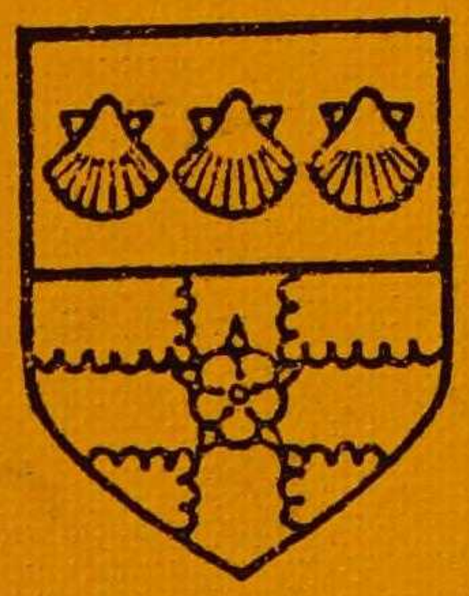


READING
UNIVERSITY
LIBRARY

6.081

2A/R1V

QUEEN MARY COLLEGE
(University of London)
LIBRARY

CLASSIFICATION

DP 268

AUTHOR

RIVAS CHERIF, Cipriano de

TITLE

Retrato de un desconocido; vida de Manuel Azaña

LOCATION & STOCK No.

MAIN LIB. 1010396 3

WITHDRAWN
FROM STOCK
QMUL LIBRARY

QMW Library
23 1010396 3

DATE DUE FOR RETURN

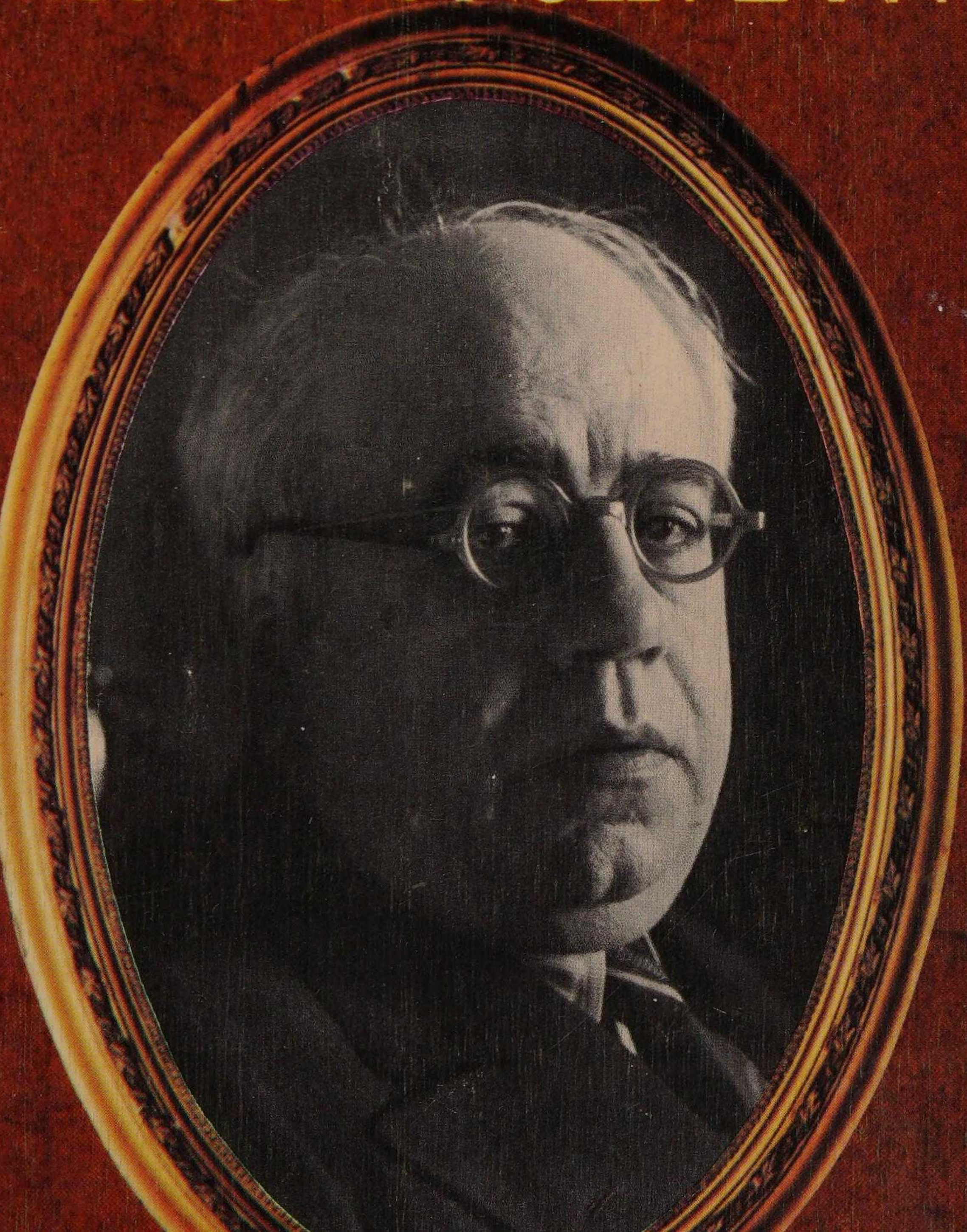
13. JAN 92		

QMW LIBRARY
(MILE END)

Cipriano de Rivas Cherif

Retrato de un desconocido

vida de MANUEL AZAÑA



RETRATO DE UN DESCONOCIDO

C. de Rivas Cherif

Ningún acontecimiento más justo para conmemorar a Manuel Azaña en el centenario de su nacimiento que la publicación en España de RETRATO DE UN DESCONOCIDO, de Cipriano de Rivas Cherif. ¿Desconocido, Manuel Azaña?, se preguntará con asombro el lector maduro, recordando la figura pública del famoso político y gobernante que tan en el centro estuvo de la vida española de 1930 a 1939. La pregunta encontrará respuesta acorde con su interés en la lectura de este libro sobre la vida de Azaña, cuyo título cobra nueva actualidad después de treinta y seis años de escrito en el país que le vio nacer. Si Rivas Cherif, cuñado y amigo fraterno suyo, al evocar los aspectos íntimos y familiares de la personalidad de su biografiado, pudo pensar en 1941-1943, cuando redactó el libro, que el hombre real que era Azaña resultaba desconocido como político y gobernante, con mayor razón podemos hoy atribuirle validez a este título, pues los años transcurridos desde la muerte de Azaña en 1940 no han sido los más propicios para darle a conocer a las generaciones que le han seguido.

Esta biografía del segundo presidente de la República, además de ser un testimonio directo de la vida y de la actuación de Azaña, constituye una recreación viva y apasionada del ambiente cultural y político español desde 1915 hasta el final de la guerra civil. Sobre el trasfondo de los sucesos de la época se va destacando la figura del «desconocido» hasta su revelación pública: la huelga general de 1917, las elecciones de 1918, la dictadura, las elecciones del 12 de abril de 1931, las reformas militares, los debates parlamentarios y los discursos que imprimieron un nuevo rumbo a la historia de España, como el del artículo 26 de la Constitución y el del Estatuto de Cataluña;

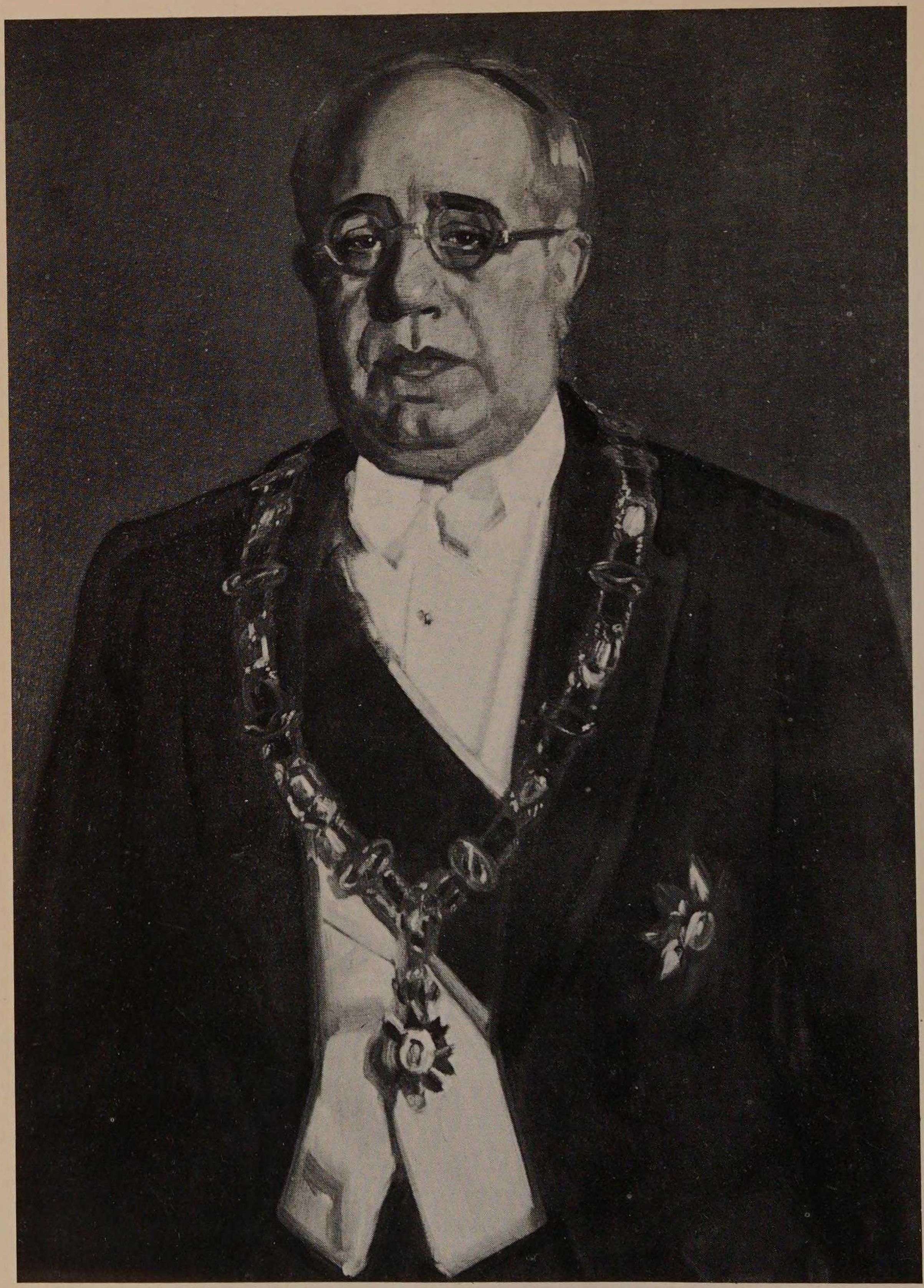
(sigue en 2.ª solapa)

ONOCIDO

RETRATO DE UN DESCONOCIDO

Colección
«DIMENSIONES HISPÁNICAS»

1. EL DESARROLLO INDUSTRIAL DE CATALUÑA (1900-1908) por *Eduard Escarra*
2. LOS HOMBRES DE LA SIERRA por *J. A. Pitt-Rivers*
3. LA GUERRA HISPANO-AMERICANA (1896-1898) por *Donald B. Chidsey*
4. LOS ORÍGENES DE LA ESPAÑA DE FRANCO por *R. A. H. Robinson*
5. LA GUERRA DE SUCESIÓN EN ESPAÑA (1700-1715) por *Henry Kamen*
6. EL CORTO VERANO DE LA ANARQUÍA (vida y muerte de Durruti) por *H. Magnus Enzensberger*
7 y 8. LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA por *Hugh Thomas*
9. 40 MILLONES DE ESPAÑOLES, 40 AÑOS DESPUÉS por *Amando de Miguel*
10. LAS CORTES CONSTITUYENTES (1931-1933) por *Juan-Simeón Vidarte*
11. ESPAÑA EN AMÉRICA por *Charles Gibson*
12. LOS SITIOS DE ZARAGOZA, 1808-1809 por *Raymond Rudorff*
13. HISTORIA DEL CARLISMO CONTEMPORÁNEO (1935-1972) por *Josep Carles Clemente*
14. LA ESPAÑA DE MI VIDA por *Ángel Ossorio y Gallardo*
15. EL ORO DEL BANCO DE ESPAÑA Y LA HISTORIA DEL «VITA» por *Amaro del Rosal*
16. LA INQUISICIÓN ESPAÑOLA por *Henry Kamen*
17. HISTORIA DEL PENSAMIENTO POLÍTICO CATALÁN (1793-1795) por *Ángel Ossorio y Gallardo*
18. NO QUERÍAMOS AL REY por *Juan-Simeón Vidarte*
19. VÍA CARLISTA AL SOCIALISMO AUTOGESTIONARIO por *Carlos Hugo Borbón Parma*
20. MISIÓN EN ESPAÑA: 1933-39 por *Claude Bowers*
21. ESPAÑA: CRÓNICA ENTRAÑABLE 1973-1977 por *Carlos M. Rama*
22. EL BIENIO NEGRO por *Juan-Simeón Vidarte*
23. EL ORO DE MOSCÚ por *Ángel Viñas*
24. GOYA: EL TRES DE MAYO DE 1808 por *Hugh Thomas*
25. RETRATO DE UN DESCONOCIDO por *C. de Rivas Cherif*



Manuel Azaña, presidente de la República española (1936-1940)
Cuadro de López Mezquita
(Cortesía de The Hispanic Society of America, *Nueva York)*

CIPRIANO DE RIVAS CHERIF

RETRATO DE UN DESCONOCIDO

Vida de Manuel Azaña

(seguido por el epistolario de Manuel Azaña con Cipriano de Rivas Cherif de 1921 a 1937)

Introducción y notas de
ENRIQUE DE RIVAS IBÁÑEZ

25

DIMENSIONES HISPANICAS

EDICIONES GRIJALBO, S. A.
BARCELONA-BUENOS AIRES-MEXICO, D.F.
1980

© 1979, DOLORES DE RIVAS CHERIF VDA. DE AZAÑA (*para el texto*)
© 1979, ENRIQUE DE RIVAS IBÁÑEZ (*para la Introducción, Notas y Epistolario*)

Derechos exclusivos sobre esta edición para España y países latinoamericanos:

© 1979, EDICIONES GRIJALBO, S. A.
Déu i Mata, 98, Barcelona-29

Primera edición
Reservados todos los derechos

PRINTED IN SPAIN

ISBN: 84-253-1192-6
Depósito Legal: B. 34.137-1979

Impreso en Márquez, S. A., I. Gráficas. Ignasi Iglesias, 26 - Badalona

405,025

INDICE

Introducción 9

1914-1917

I. El secretario del Ateneo 21
II. Su Pueblo y su Campo Laudable 27
III. Consuelos y Renunciaciones 37
IV. Los motivos de la germanofilia (Tema con variaciones) 47
V. La Silla de Felipe y el Jardín de los Frailes 52
VI. Otros paisajes de fondo para su figura 58

1918-1920

VII. La primera campaña electoral 67
VIII. Haciendo camino 72
IX. París del lado de acá 78
X. Viaje a la Frontera del Este 83
XI. La orilla derecha 90
XII. La Pluma 95
XIII. La muerte le abre las puertas de mi casa 105
XIV. La política militar en Francia y La Biblia en España. 113
XV. Puente del Arzobispo 118
XVI. El Gobierno de los que no Dejaban Gobernar . . . 124
XVII. Acción Republicana 128

XVIII. Fresdelval 132
XIX. Vísperas de San Juan 139

1928

XX. Un Baile de Máscaras 145
XXI. El Querer y el Poder 148

1929-1930

XXII. El pacto de San Sebastián 155
XXIII. Los Cuatro Jinetes del Apocalipsis 159
XXIV. En el Calderón nos encontramos 166

1931

XXV. El primer capítulo 176
XXVI. 14 de abril y martes 180
XXVII. Maura vidente 187
XXVIII. Presidente provisional de una España que ha dejado de ser católica 199
XXIX. El autor en el escenario y entre bastidores 207
XXX. La verbena de San Lorenzo 225
XXXI. Haciendo memoria 238
XXXII. Catalanes, ya no hay rey que os declare la guerra . 240
XXXIII. De Fígols a Casas Viejas 254
XXXIV. Se acabó la República 266

1933-1940

XXXV. El Vecino de Serrano 38 283
XXXVI. Su Rebelión en Barcelona 293
XXXVII. Discurso en campo abierto 303

XXXVIII. Testamento confidencial 311
XXXIX. Presidente de la República 318
XL. Apeadero en Palacio 330
XLI. Huésped de la Generalitat 351
XLII. Los cuadernos de La Pobleta y La velada en Benicarló. 375
XLIII. Don Quijote en la Ínsula Barataria 384

Epílogo

XLIV. El éxodo 395
XLV. Trámites de la dimisión 420
XLVI. Adiós a París 436
XLVII. Memorias de «La Prasle» 445
XLVIII. El maleficio de Fresdeval 459
XLIX. El fallo del doctor Monod 471
L. Miguel Maura nos devuelve la visita 484
LI. La débâcle 489
LII. Y la paz 498

APÉNDICE: EPISTOLARIO MANUEL AZAÑA - CIPRIANO DE RIVAS CHERIF . 513
ÍNDICE DE NOMBRES 697

INTRODUCCION

De todos los libros que se han escrito sobre Manuel Azaña, Retrato de un desconocido *es el único que traza una semblanza biográfica basada en el conocimiento y trato de Azaña durante un período ininterrumpido de más de veinticinco años. De aquí que su valor testimonial constituya su rasgo más destacado y el que le hace insustituible, incluso como fuente histórica inmediata, pues para algunos capítulos de la vida de Azaña y ciertos aspectos de su personalidad, ha quedado como el único punto de referencia existente.*

Que Rivas Cherif se propusiese dejar un testimonio vivo, directo y personal de la figura de Azaña, es patente por el título que inicialmente pensó: Retrato de un desconocido con el autor al lado; *por otra parte, no podía dejar de ser así: veinticinco años de profunda y fraterna amistad con Azaña, no sólo lo justificaban, sino que lo hacían ineludible.*

No entraba desde luego en los cálculos del autor que su testimonio tuviera que esperar treinta y cinco años para ser publicado en España, en vísperas ya de cumplirse los cuarenta años de la muerte del retratado *y el primer centenario de su nacimiento; ni mucho menos que la publicación del texto íntegro de* Retrato de un desconocido *ocurriera doce años después de su propia muerte. Son datos éstos que pertenecen al destino de ciertos libros, tan azaroso como el de las personas; el que le tocó a éste es fiel trasunto de la atormentada historia española del siglo* XX, *como podrá juzgar el lector por las circunstancias anómalas que han presidido su vida.*

Redacción del manuscrito

Cipriano de Rivas Cherif escribió el Retrato de un desconocido *mientras cumplía la condena a treinta años de prisión que, en conmutación de la de muerte, le fue impuesta en juicio sumarísimo en octubre de 1940. Lo empezó en el Penal del Puerto de Santa María (Cádiz) el 3 de noviembre de 1941 y lo terminó en el Penal del Dueso el mismo día dos años más tarde, es decir, exactamente en el tercer aniversario de la muerte de Manuel Azaña, como consta por la nota al final que dice: «Se terminó de escribir este borrador del* Retrato de un desconocido *el miércoles 3 de noviembre de 1943, a los dos años justos de comenzado en el Penal del Puerto de Santa María. Colonia Penitenciaria del Dueso, C.R.Ch.» Al principio del capítulo XXIII hay una nota suya que dice: «Se empieza a escribir este 6.º cuaderno del* Retrato de un desconocido, *a 25 de septiembre de 1942, en el* Dueso *de Santoña.» Coincide esta indicación con su traslado del Fuerte de San Cristóbal, adonde había sido llevado desde el Puerto de Santa María en la primavera de 1942, donde permaneció seis meses en condiciones que no le permitieron escribir, no pudiendo reanudar su tarea sino en el Penal del Dueso, acabándolo allí en la fecha susodicha, tres años antes de ser puesto en libertad.*

Como dato curioso de la gestación de la obra, cabe señalar que mientras Cipriano de Rivas Cherif estuvo en el Penal del Puerto de Santa María, tuvo un «público» a quien leerle lo que iba escribiendo. A este público, cifrado en una sola persona, alude en una nota del capítulo XVI que dice: «Al llegar aquí, me hace observar el destinatario de este borrador, cuyo acicate estimula mi empeño, que se me olvida consignar un artículo importantísimo que el retratado *publicó en diciembre de 1923. El recuerdo es justísimo.» Este «destinatario» era don Carlos Montilla, que había sido arrestado al mismo tiempo que Rivas Cherif y que con él y don Miguel Salvador compartió a ratos la misma celda. (Véase capítulo LI,* La débâcle.)

Manuscrito y título

El manuscrito consiste en diez cuadernillos de hojas grisáceas, escritas por ambas caras y sin márgenes, de número desigual de páginas. Todos, menos el primero, están en letra de mi padre. La historia

de este primer cuaderno es apropiada a las circunstancias en que se encontraba su autor: después de haber escrito los capítulos I a IX, que ocupaban dos cuadernillos, barruntó una posible confiscación de sus papeles y por precaución se los hizo copiar en uno solo a un compañero de celda. Cuando en efecto le fueron confiscados, quedó el del anónimo escriba, que es el que se conserva.[1]

No tendría este episodio mayor importancia en la historia del libro si no hubiera sido determinante para mantener desconocido el nombre del retratado a lo largo de toda la obra. Que se le ocurriera a Rivas Cherif ponerle como título Retrato de un desconocido, *obedecía a su convicción de que si bien Manuel Azaña era ampliamente conocido como figura política, no se podía decir lo mismo del hombre como tal; pero visto el episodio de los cuadernillos confiscados, mantenerse en este subterfugio tenía la ventaja de sustraer el manuscrito a la curiosidad malintencionada de algún carcelero receloso, a la par que mantenerse fiel al concepto del título.*

Por otra parte, la ocultación del nombre se adecuaba irónicamente a la práctica obligada de aquellos años en que el nombre de Azaña estaba prohibido, si no era para vilipendiarlo. El lector notará que en los cincuenta y dos capítulos del libro se designa al «retratado» con su representación, función o estado, según el momento transitorio: secretario del Ateneo, director del semanario España, *Ministro de la Guerra, Presidente, o sencillamente «el vecino de Serrano, 38». Sólo al final del último capítulo del libro y de su vida se revela el nombre inscrito en la inmutable piedra de la sepultura.*

Pasados cuarenta años desde la muerte del «retratado», cabe preguntarse si no es precisamente hoy cuando el título escogido adquiere su pleno significado.

1. El 1er cuadernillo, pues, contiene el material de los dos cuadernos originales, por lo que el cuadernillo siguiente, que se inicia con el capítulo X, lleva el número 3 (capítulo X a la mitad del XII); el cuaderno 4 va de la mitad del capítulo XII a fines del XVIII; falta completamente el 5.°, que abarca los capítulos XIX-XXII, probablemente confiscado también y reescrito enteramente después; el 6.° va del capítulo XXIII hasta la mitad del XXIX; el cuadernillo 7.° abarca desde aquí a fines del capítulo XXXIV; sigue un cuaderno más delgado, numerado 8.°, y otro numerado 8.° b, que abarcan desde el capítulo XXXV hasta el final del XXXIX; el cuaderno 9.°, del XL a fines del XLIV; el cuaderno 10.°, del XLV al XLVIII, y el cuaderno numerado 11.°, del capítulo XLIX al LII.

Veinte años después

Cipriano de Rivas Cherif sale del Penal del Dueso en julio de 1946, y fija su residencia en Madrid en espera de salir de España. Como ha quedado en libertad condicional, está obligado a presentarse a la policía todas las semanas. Las resistencias oficiales para dejarle salir del país y reunirse con su familia refugiada en México, son muchas. Existe siempre el peligro de una «recaída». Es entonces cuando hace copiar a máquina el manuscrito del Retrato. *Al obtener por fin pasaporte y permiso de salida en septiembre de 1947, deja los cuadernos manuscritos en poder de su antiguo amigo y abogado don José Valverde Piñal, precaución que no era del todo inútil, visto que el día en que se embarcó en el puerto de Cádiz había una nueva orden de arresto contra él. Pero la orden se había cursado sólo a los aeropuertos...*

El caso es que desde entonces, por no confiar los cuadernos manuscritos a los avatares del correo o a la inspección aduanera, quedaron en España hasta que los pude recoger yo personalmente en 1971.

Mientras tanto, en México, Rivas Cherif se aprestó a publicar el libro. Nuevas dificultades le esperaban, que no fueron vencidas sino hasta diciembre de 1961 en que, a los veinte años de haberlo empezado, lo publicó la editorial Oasis, *recién fundada. No sin antes verse obligado, por exigencias del editor, a reducir el número de páginas. Con gran disgusto accedió a ello Rivas Cherif, prometiéndose publicar un día la versión íntegra. Murió en 1967 sin haber podido cumplir su deseo.*

Versiones

De las 665 cuartillas mecanografiadas, el libro quedó reducido a unas 470 para la versión de la editorial Oasis, *sin cambiar fundamentalmente la redacción, sino sencillamente expurgándola de los párrafos o páginas enteras que Rivas Cherif juzgó comparativamente menos importantes. Al cotejar ahora la versión mecanografiada completa con el manuscrito de la cárcel, que mi padre designaba como «borrador» y que no tuvo ya a mano al imprimirse la versión en México en 1961, he podido observar que ya en 1946 dejó de incluir algunos párrafos manuscritos y modificó otros. Cabía la duda de los motivos para ello;*

en algunos casos, tratándose de un borrador, se debía a un deseo de mejorar la redacción; en otros, la supresión se debía al temor de dar un dato o un nombre comprometedor para algunas personas, razón de mucho peso en la España de 1946 e incluso mucho más tarde.

Al preparar esta versión íntegra para Ediciones Grijalbo, he tenido en cuenta tanto los cuadernos manuscritos como la versión mecanografiada de 1946, restituyendo lo suprimido al cuerpo del texto, salvo en los casos en que la supresión se debía obviamente a razones de estilo. En casos de duda, he preferido pecar por exceso, motivado por el criterio del interés que la información o el dato pudieran ofrecer, dándole prioridad sobre cualquier otra consideración de tipo literario, en especial al tratar de la correspondencia entre Azaña y Rivas Cherif, por la clarificación que hacía de varios puntos inexplicables de otro modo, y que a veces he utilizado en notas al pie de las cartas.

Testimonio y memoria

Han transcurrido, pues, treinta y seis años desde que este libro fue escrito en las cárceles franquistas, cuando los sucesos que narra estaban todavía frescos en la memoria de las gentes: la primera postguerra mundial pertenecía al ayer reciente; las vicisitudes de la segunda República española estaban recentísimas, y la guerra civil prácticamente no acabada, puesto que todavía había miles de personas que sufrían sus consecuencias en los paredones y las cárceles. En estas circunstancias, Rivas Cherif escribió este libro enteramente de memoria, agudo todavía el dolor por la muerte del gran amigo y hermano político, abiertas las heridas de la propia experiencia, y enclavado él en un presente negro y de cara a un futuro que resultaría eufemístico calificar de incierto.

Aunque su propósito de escribir un libro sobre Azaña era anterior a los trágicos sucesos de 1940, es sólo durante el ocio obligado de la soledad de su celda cuando puede realizarlo. En una carta del 22 de octubre de 1941 dirigida a su hermana, ya viuda de Azaña, le manifiesta su propósito:

> «El día 3 empezaré (quiero que sea en ese día) *El retrato de un desconocido con el autor al lado.* Creo que a poco bien que me salga será un buen complemento de las *Memorias políticas y de guerra.*»

En efecto, buen conocedor de los manuscritos de las Memorias *de Azaña, recordaba, sin embargo, que éstas dan comienzo sólo en julio de 1931, y que Azaña las escribía, día por día, sólo cuando estaba ejerciendo funciones de gobierno. Por complemento, entendía sobre todo escribir de la época anterior a esas memorias de Azaña, y de lo que, a partir de 1931, no estaba a la vista del gran público, de la vida privada del protagonista. Esto tiene importancia para comprender por qué de cincuenta y dos capítulos del libro, veinticinco están dedicados a los años anteriores a 1931, nueve capítulos al último año y medio de la vida de Azaña, y sólo el resto a los ocho años que comprenden la República y la guerra civil. Era lógico que fuera así, pues la obra escrita por Azaña sobre sus propias actividades políticas, sean memorias, discursos o libros como* Mi rebelión en Barcelona, *dejan testimonio inmejorable de sí mismo, y el punto de vista del biógrafo se obliga a cambiar según el campo óptico que se le ofrece, sobre todo tratándose de un homre que había dicho: «tengo la pretensión de que la verdadera vida de un escritor está en sus obras».* (Cervantes y la invención del Quijote, *O.C. I, pág. 1.114.)*

También notará el lector la diferencia de tono *de los capítulos iniciales, más lejanos en el tiempo y que quedan fijados como estampas de una época —crepúsculo del siglo* XIX*— en que los sucesos políticos se dejan sentir sólo como un murmullo lejano y predominan los culturales y artísticos, típicos de la vida de Madrid de los años 1915-1930. En nítido contraste con éstos, los capítulos que tratan de la efervescencia republicana de 1931-36, y los más esporádicos, intensos e incluso polémicos, de la guerra civil. El* Retrato *se va perfilando sobre estos fondos cambiantes a la luz o la sombra de los acontecimientos. Los últimos capítulos del libro, después de la gran catástrofe, vuelven a entrar en una especie de remanso crepuscular hasta cesar por completo la pluma del testigo narrador dejando el paso a la del último testigo de excepción: la propia esposa de Azaña que le cuenta en una carta los últimos cuatro meses en el angustioso confinamiento de Montauban.*

El libro, pues, estaba concebido como un complemento de las Memorias *de Azaña y debía haber sido publicado junto con ellas. No pudo ser así. Las* Memorias *vieron la luz en México unos meses después de la muerte de Rivas Cherif, y en España apenas en 1978. Esta última circunstancia obligaba a preparar esta edición destinándola a un público que en su inmensa mayoría no vivió los acontecimientos narrados, y proporcionarle una perspectiva histórica mínima que el libro*

no podía tener en la época en que fue escrito. Las notas puestas al pie de página no tienen otro objeto que facilitar la ubicación en el tiempo de ciertos acontecimientos que, si eran patrimonio cultural general entonces, hoy quedan desleídos y casi olvidados. Además, la existencia de la edición de Obras Completas *de Azaña y la libre circulación de varias de sus obras sueltas en España, han permitido hacer lo que era impensable hasta hace muy poco: confrontar el testimonio del propio Rivas Cherif sobre Azaña y su ambiente con el de Azaña sobre sí mismo y la sociedad en que vivió y se desenvolvió. Pocos españoles han escrito tanto y tan profundamente acerca del mundo en el que les tocó vivir y sobre sus propias reacciones ante ese mundo. La totalidad de la obra escrita de Azaña constituye un universo incomparable al que poderse referir con la máxima exactitud. Gracias a su existencia el lector de hoy día podrá verificar por sí mismo hasta qué punto se ajusta el testimonio personal de Rivas Cherif a muchos sucesos y rasgos biográficos difícilmente comprobables de otro modo.*

El epistolario

A la obra publicada de Azaña, se añade ahora el extraordinario material inédito que aparece en apéndice a este volumen: los carteos entre Cipriano de Rivas Cherif y Manuel Azaña, que corresponden a varios años de un arco de diecisiete, desde 1921 a 1937. Estas cartas constituyen de por sí una fuente documental única. Por su naturaleza de correspondencia privada enriquecen y matizan muchos datos de la vida de Azaña que si bien se encuentran ya en Retrato de un desconocido, *los amplían y les prestan la emoción incomparable de ser momentos de vida registrados «en caliente», y lo más cercano que puede darse en el lenguaje escrito a una conversación de viva voz.*

Remito al lector a la introducción general al epistolario y a las notas preliminares a los varios carteos que figuran en el apéndice, por lo que se refiere a detalles dignos de tenerse en cuenta antes de iniciar su lectura. Sólo señalo aquí que cabe ver en la recuperación reciente de estas cartas —que Rivas Cherif, al morir, consideraba definitivamente perdidas—, uno más de los azares que han presidido la vida de este libro, y en cierto modo el que viene a sellar su destino de testimonio histórico.

Aproximación a la historia de C.R.Ch.

Paralelamente a su indeclinable pasión por el teatro, Cipriano de Rivas Cherif ejerció a lo largo de su vida una continua labor de crítico literario, teatral, de ballet y de cine. En la época en que colaboró en El Heraldo *(1924) y otros periódicos madrileños, fungió de cronista de los acontecimientos culturales y políticos. Al iniciar su colaboración en* El Heraldo, *escribe que, aunque no pretende el cronista hacer historia, «que es cosa dificilísima siempre, pero imposible faltando la perspectiva del tiempo», sí quiere prestarle a la realidad, por medio del testimonio de la impresión directa, «el verdadero color de que le priva luego la rigurosa investigación de los eruditos, con no aceptar más que la letra del documento sin el espíritu que lo vivifica».*

Este mismo concepto del cronista, modificado por la natural selección de la memoria, se trasluce en Retrato de un desconocido, *siendo más patente en la última parte del libro, referida a una época más cercana en el tiempo. Pero si bien se puede indicar la existencia de este concepto de base en su actitud hacia el hecho histórico en sí, hay que señalar que había también en Rivas Cherif un rechazo del convencionalismo histórico al uso de las biografías noveladas o compuestas según un esquema preconcebido con vistas a un gusto comercializable, como, por ejemplo, las de Stephan Zweig. Si Rivas Cherif consintió en ponerle como subtítulo al libro «Vida de Manuel Azaña» fue por insistencia del editor en México —preocupado, como es natural, por su posible venta— pues Rivas Cherif sostenía que no era la* vida *propiamente dicha de Manuel Azaña, sino sencillamente un* Retrato. *Y a quien le alegaba que era un sobreentendido, universalmente aceptado desde* De Viriis illustribus *de la antigüedad, llamar* vida *a las narraciones que cuentan los avatares de la existencia humana, Rivas Cherif, apasionado siempre de las antinomias pirandellianas, argumentaba que no hay vida que quepa en un libro; todo lo más una* persona, *es decir, en el sentido griego, una máscara. Mientras que precisamente su propósito era hacer ver lo que había detrás de la máscara, el hombre real.*

Creo que me es lícito pensar —por el estímulo intelectual mutuo en que se cifraba la amistad de Azaña con Rivas Cherif— que consciente o inconscientemente, Rivas Cherif tenía también presente el rechazo que manifiesta Azaña a las «reconstrucciones biográficas buscadas por la vía de la erudición», como dice en su ensayo-conferencia sobre la Asclepigenia *de don Juan Valera (O.C. I, p. 1.062) y, ape-*

lándose al dicterio de Flaubert («concluir es necio»), que «la suma necedad es concluir — robando a la ciencia una seguridad intransferible — en la restauración de un ser moral». (Ibid.) *El carteo de 1925 revela hasta qué punto Rivas Cherif siguió de cerca el trabajo de Azaña sobre Juan Valera, trabajo que, como se descubre ahora, había iniciado el propio Rivas Cherif. Por ello no tiene nada de extraño que las consideraciones que Azaña hacía de su biografiado le vinieran a la memoria a Rivas Cherif en el momento de dedicarla a componer este retrato, aunque en una situación, con respecto al* retratado, *bastante distinta de la que obligaba al mismo Azaña con respecto a Valera, ya que no conoció ni trató a su biografiado como Rivas Cherif al suyo. No está de más recordar que cuando Rivas Cherif titula su capítulo VI «Otros paisajes de fondo para su figura» está utilizando la misma expresión que Azaña cuando dice de Valera: «podemos explorar parte de su jardín interior, de límites inciertos, y entrever algunos paisajes». Ciertamente que, por otra parte, Rivas Cherif no podía lamentarse como Azaña de Valera: «¿Qué sabemos de una persona si la inflexión de su voz se nos escapa?». Él sí puede reproducir conversaciones y casi transcribirlas, que hoy podemos cotejar en cuanto a fidelidad, con las cartas, que reproducen modismos e inflexiones familiares a las que sólo les falta el timbre de la voz. Y si fatalmente tenemos que concluir, como el mismo Azaña, que «cada hombre es un misterio impenetrable en vida y en muerte», la aproximación que nos permite un testigo presencial a lo largo de veinticinco años, de otra existencia humana, la rinde, si no menos misteriosa en cuanto a su recóndito destino último, sí más asequible, y extrañamente puede contribuir a realizar un deseo de Azaña que expresa así en 1912: «creo que un hombre de mérito no buscará la admiración ajena. Querrá más bien ser comprendido y —perdónese el barbarismo—* participado.» *(O.C. III, 796)*

De este concepto de participación *deriva en Rivas Cherif la visión de la historia que le toca reseñar, historia en la que él mismo es protagonista de fondo y testigo muchas veces de excepción. También de este concepto nace su apego al detalle, documentado en su intención —aunque de sobra está a la vista en la práctica— en el siguiente párrafo de la carta antes citada, del 22 de octubre de 1941, a su hermana, la viuda de Azaña:*

> «Desde el día en que salisteis de Pyla, hasta el 3 de noviembre, es menester que apuntes por lo menudo, incluso con detalles que

pueden parecerte insignificantes, lo que *pasó* en todos los sentidos de la palabra. No tengas la menor preocupación literaria. Si te cuesta trabajo hacerlo como unas memorias, escríbemelas a mí. No escribas tampoco con la preocupación de que nadie ha de verlas, ni yo mismo; porque no te digo que las escribas para que me las mandes, sino para que lo tengas escrito; después, será cosa que también apuntes tus recuerdos de la guerra y de los años de la República. Esos recuerdos quizá no sean para publicarlos ahora, ni tal vez mientras vivamos; pero se deben dejar escritos.»

Pasados tantos años desde que fue escrito el Retrato, *e incluso desde que se publicó la versión abreviada de México, y sin derecho de entrada en España mientras subsistió la censura, sale ahora esta versión íntegra, con notoria desventaja y desfase en el tiempo, con respecto a tantas manipulaciones fantasiosas, incluso relativamente recientes, de la figura y de episodios de la vida de Manuel Azaña. Acicate han sido estos antecedentes para restituir al* Retrato *de Azaña hecho por Rivas Cherif todos los detalles o «pinceladas», pues se hace éticamente perentorio rescatarlos, por ser reflejos auténticos de los sucesos verdaderos, de mayores tergiversaciones, siempre posibles, visto que la máxima confuciana de que el robo de un concepto es el más grave que moralmente se pueda perpetrar, parece constituir el aliciente mayor para perpetrarlo.*

El lector aficionado al tema podrá, si quiere, comparar los varios escritos que circulan sobre Azaña y su obra con esta crónica que ahora tiene en sus manos, a sabiendas de que es la primera en el tiempo en cuanto a su gestación, a veces citada explícitamente, camuflada otras, por quienes han tenido la ventaja de una atalaya más propicia, para rehacer la historia a su capricho o su interés. No es un fenómeno privativo de este libro el haber sido víctima silenciosa de tales prácticas, como no lo es tampoco el haber sido escrito en la cárcel, o el haber esperado tanto tiempo para ver la luz en su propia patria.

Late en este libro una tensión vital que se traduce en voluntad de apego al detalle y deseo de hacer participar al lector, como si fuera el autor mismo, en los sucesos que narra y los ambientes que describe. Es un deseo de cronista, como hemos visto, que le emparenta, inintencionadamente quizás, con la tradición de las viejas crónicas como los Claros Varones de Castilla *de Hernando del Pulgar, o las* Generaciones y Semblanzas *de Pérez de Guzmán. No está tampoco exento de un cierto orgullo personal por haber tomado parte en acontecimientos*

memorables, como el orgullo que manifiesta Bernal Díaz del Castillo, aquel sencillo soldado de Hernán Cortés, quien, indignado por las invenciones *que corrían sobre la conquista de la Nueva España, a la que él había contribuido, no se conformó con llamar a su crónica* historia, *sino que además la calificó de* verdadera.

También entronca Retrato de un desconocido *con otros linajes históricos o literarios. Pertenece, naturalmente, a la gran familia de libros de «dolorido sentir» escritos por tantos españoles que pusieron toda su fe en la causa de la República y compartieron plenamente su destino. Y por este mismo destino se inscribe en la serie de obras que, desde el romance medieval del prisionero que no sabe «cuándo es de día ni cuándo las noches son», hasta las* Nanas de la cebolla *de Miguel Hernández, constituyen la copiosa tradición de literatura carcelaria en España.*

Unas palabras sobre esta edición

El notorio desfase del libro aludido más arriba, ponía un problema de presentación de este texto. Cabía, por un lado, una presentación polémica, señalando las divergencias que hay entre lo que respetables historiadores profesionales por un lado, y aficionados o informadores esporádicos por otro, han escrito sobre aspectos de la actuación pública de Azaña o sobre episodios de su vida privada. Pero una mirada panorámica a la inmensidad de esta tarea la excluía desde un principio por razones prácticas: haberla realizado hubiera comportado un volumen impreso mayor que el del texto principal. Por otro lado, era pensable haber hecho una especie de confrontación sinóptica limitada a la literatura histórica testimonial *contemporánea del libro de Rivas Cherif. Pero esta misma tarea, por cuanto inferior a la otra, suponía también el acopio de un material superior en cantidad a lo que podía publicarse, aparte de la inutilidad de tal confrontación en vastas zonas de la vida de Azaña, antes de darse a la política. Quedaba como más seguro y remunerativo en datos precisos, la confrontación del texto del* Retrato de un desconocido *con los que escribió el propio Azaña, ya sea sobre sí mismo, ya sea sobre acontecimientos en que los dos fueron testigos al mismo tiempo. He preferido este último método, pero limitándolo también a una selección más o menos ejemplar, ya que cada dato que da Rivas Cherif en su libro es documentable, directa o indi-*

rectamente, con las cuatro mil páginas de las Obras Completas *de Azaña. Se imponía aquí también una restricción selectiva, en la que he hecho predominar las anotaciones de Azaña que más parecen revelar «su fuero interno», basándome en la importancia que él le da cuando dice: «Contemplar directamente en nuestro fuero interno, sin mediación de los sentidos, es la vara mágica que rompe la peña de Horeb y desaltera el alma»* (Cervantes y la invención del Quijote, *O.C. I, p. 1.108). Naturalmente, la labor, una vez acabada, se presenta como sumamente imperfecta, comparada con la aspiración ideal que hubiera supuesto hacer un paralelismo exhaustivo entre los dos textos.*

Por último, es menester señalar que todas las referencias bibliográficas a las Obras *de Azaña han sido hechas con el criterio siguiente: se ha señalado de preferencia la edición española más reciente, así, se cita por* Memorias políticas y de guerra, *Editorial Crítica, Grupo editorial Grijalbo, Barcelona, 1978, Tomos I y II; pero se da siempre la fecha de la anotación correspondiente al día, a fin de facilitar su búsqueda en quienes posean otras ediciones;* Los españoles en guerra, *1977, y* Plumas y palabras, *1976, igualmente publicadas por la Editorial Crítica del Grupo Grijalbo;* El jardín de los frailes, *Ediciones Albia, Bilbao, 1977;* La velada en Benicarló, *Editorial Castalia, Madrid, 1974, y* Ensayos sobre Valera, *Alianza Editorial, Madrid, 1970. En todos los demás casos, el lector habrá de remitirse a la edición de* Obras Completas *(indicada para abreviar por* O.C.), Oasis, *México, 1966-1968.*

ENRIQUE DE RIVAS IBÁÑEZ

1914 - 1917

I. El Secretario del Ateneo

Él se acordaba mejor que yo de la circunstancia de nuestra primera entrevista. Más que vernos entonces nos entrevimos, en efecto.

Recién llegado de doctorarme en Leyes, en Bolonia, me había reintegrado una buena tarde de mayo a mis amigos juveniles del Ateneo de Madrid.

Entré en la saleta baja, famosa en los anales de la casa por el nombre de la «Cacharrería», que le habían dado en tiempos sus mismos habituales, con ocasión de su primer acomodo y decorado de tibores, motejados luego de «cacharros».[1] Conmigo entraba Pedro Salinas, que aún había de tardar algunos años en publicar sus primeros versos, haciéndome los honores de aquella nuestra «Docta Casa», recién restaurada a la sazón.

—¿Quién ha puesto esto tan feo? —parece que pregunté con cierta insolencia.

Años después y hasta los últimos de su vida, él recordaba risueño aquella primera incidencia del destino azaroso en nuestro encuentro.

A creerle —y era tan exacto al rememorar como al prever—, Salinas me llamó disimuladamente la atención respecto a su presencia. Quien allí me estaba oyendo en un corro más o menos concurrido, y atento a mi descaro, aunque en conversación ajena a la nuestra no se diese por enterado, era el nuevo Secretario del Ateneo.

Si ahora me empeño en reconstruir la primera impresión por otras

1. «Ese saloncito es, amigo mío, la famosa e inmortal *Cacharrería,* verdadero centro vital del Ateneo, punto de reunión de lo más selecto de esta casa, fragua encendida donde se forjan rayos que admiran y anonadan a los no iniciados.» De *El Ateneo,* 20 de marzo de 1903, Manuel Azaña, *O.C.,* I, p. 48.

posteriores, le veo corpulento, y más que gordo, beatíficamente apoyado en la sotabarba que le redondeaba el rostro, proporcionándolo a la cabeza robusta. Y tan asegurada sobre los hombros que, aun erguida, no descollaba airosa, ni mucho menos voluble, de entre las espaldas recias. De cara y pelo pálidamente rubios, más encendidamente el del bigote hirsuto y abundante, aunque recortadas ya las guías enhiestas, de moda hasta hacía poco, descansaba distraído, fumando un cigarrillo tal vez, cuya ceniza sacudía con nerviosa reiteración, en contraste con su tranquila complacencia en el humo reciente. Estaba recostado en un butacón de un gran tresillo, una pierna sobre otra. Vestía un traje marrón, si no era gris. Su desaliño natural malbarataba la buena calidad de la tela y el corte irreprochable del sastre inglés de que era antiguo parroquiano. A la verdad, de primera intención no se echaba de ver.

Pronto vi que aquella aparente novedad suntuaria del Ateneo encerraba una reforma de más fondo. Al reformista que la llevaba a cabo, este calificativo le cuadraba doblemente: de un año databa, por la primavera del 14, la fundación, con tal nombre y claro propósito, del partido que bajo la jefatura del republicano Melquíades Álvarez se proponía insertar en la Monarquía, como trasantaño los posibilistas de Castelar, las esencias liberales y democráticas de Europa...

Por entonces también las elecciones estatutarias para nueva Junta de Gobierno Ateneísta, lleváronle a ella como Secretario. Sólo de poco antes se había distinguido entre los socios activos. Retraído en una tertulia que a sí propia se llamaba burlescamente de «las fuerzas vivas», porque nada hacían sus componentes, sino lo que se dice matar el tiempo, salió de su indiferencia para oponerse a la campaña de descrédito contra el antiguo Presidente de la Sociedad, don Segismundo Moret.[2] Nunca había hablado en público hasta que una tarde, en el curso de una discusión, se levantó en el salón de sesiones, para defender la

2. «Yo no había pronunciado nunca hasta entonces ningún discurso, y en la tertulia de las "fuerzas vivas", compuesta de señoritos divagadores y aficionados, nos burlábamos, por reacción contra los pedantes ateneístas, de sus oradores. Ya secretario, me vi desde el día siguiente en la necesidad de defender en las juntas generales la gestión de la directiva, y entonces había pendientes en el Ateneo cuestiones de régimen interior (la gestión Moret) que apasionaban mucho. Me encontré con facilidad para hablar, y llamaba la atención que lo hiciese con cierta elegancia y exactitud.» Manuel Azaña, *Memorias,* I, 31 de mayo de 1932, Editorial Crítica, p. 485.

gestión administrativa de quienes hasta entonces habían regido los destinos del Ateneo.

A lo que me contaban mis amigos, fue una revelación. Tras de la campaña falsamente depuradora de los contrarios, se advertía una política de reacción anti-liberal en contra de la seguida tradicionalmente por los mantenedores del espíritu *sui-generis* de casino tal: sociedad sin par y sin ejemplo, porque excedía los límites del simple círculo de recreo o tertulia ociosa y participando de la academia, la cátedra y la tribuna —no se diga de la biblioteca—, cumplía asimismo la función que llenaron los *clubs* traducidos de Francia en el siglo pasado.[3]

Asistí con curiosidad a una de las juntas ordinarias de socios que se celebraban todos los meses. El nuevo Secretario tenía tras de sí una mayoría adicta y un grupo de incondicionales. Oía impertérrito, con cierta seriedad socarrona, a un lado de la mesa presidencial, interpelaciones y preguntas al uso reglamentario, un tanto pedantescamente imitado del de las Cortes. Al cabo pedía la palabra y con elocuencia persuasiva —pero con un rigor de lógica irritante por irrebatible— derrotaba fácilmente a los contrarios; sobre todo al contrario por excelencia, cierto leguleyo ridículo, Sandalio Tendero, que aburría a tirios y troyanos con la minuciosidad ineficaz de sus exámenes de cuentas.

Bullía por entonces entre la juventud que estimábamos señalada para triunfar en política, un muchacho mayor que los de mi edad, aunque la pequeñez de su estatura, su movilidad, su facundia y su simpatía un tanto infantil, más le hacía de mis años, aparentemente, que de su generación: Rafaelito Sánchez Ocaña, que por el diminutivo le conocíamos todos, quien me instó una noche con gran empeño a que fuese con él y otros amigos a no sé qué especie de mitin o conferencia pública que el nuevo Secretario del Ateneo había de dar en el Polistilo (así se titulaba un *skating ring* trasladado de sus primeras glorias en la calle de Villanueva, casi esquina a la de Velázquez).

Al principio me resistí a la invitación. Me seducía poco la política y mucho menos la de los reformistas. Mi indiferencia, más que animadversión, por el flamante partido, no tenía motivo concreto.

Me decidí al fin, con otros cuantos ateneístas, a oír al Secretario en su segunda salida de su medio propio. Poco antes había tomado parte en un primer mitin en Alcalá de Henares, su pueblo, en compa-

3. Véase la descripción del Ateneo en esa época que hace el propio Azaña en *Tres generaciones del Ateneo, O.C.,* I, pp. 620-637, especialmente pp. 630-631.

ñía de Enrique de Mesa, ex Secretario del Ateneo a su vez, y reconocido poeta de diez años atrás, que por entonces también hacía unos pinitos en que no persistió con actividad política profesional.

No he olvidado, sin embargo, algunos detalles, que a la sazón debieron parecerme fútiles y sin importancia alguna. La persistencia de tales recuerdos, demuestra que lo importante no fue lo que dijo. Tampoco pretendo que lo sea semejante ocasión, sino por la afición que despertó en mí y de que nació nuestra amistad de por vida.

En el teatrillo, contiguo al salón de patinar cubierto de cristales, estábamos contados oyentes. Los pocos pero pertinaces patinadores, que a tales horas se ejercitaban en carreras y vueltas, chirriantes sobre la pista de portland retumbante con un eco vacío en la claraboya, distraían nuestra atención.

Apareció el Secretario del Ateneo en el escenario y avanzó hasta las apagadas candilejas, sin defensa alguna de mesa ni vaso de agua. Se produjo, ante público tan exiguo y reconocidamente suyo, con la cortedad natural que da la confianza de unos contertulios convertidos en espectadores; tan próximos además, que podía verles las caras y advertir sus gestos. Salió al proscenio con sonriente desgarbo, con paso harto precipitado para la prosopopeya que tales ocasiones piden. Llegado que hubo ante la concha sin apuntador, se encogió de hombros bonachonamente penetrado de la inanidad de aquella velada. El desplanchado de los pantalones se los acortaba con exceso.

Se acomodó los lentes, tomándolos de las pinzas con dos dedos, aunque sin llegar a contemplarlos antes de volvérselos a poner, como hacía despaciosamente cuando estaba en el Ateneo, repantigado en una butaca de mimbre al pie de la escalera y en un corro amigo.

Puesto a sacarle faltas, discrepé del coro de alabanzas, con señalar la desproporción evidente entre su corpulencia y su voz, si no tan aguda que fuese ridícula, un sí es no es inadecuada a la gravedad de su presencia. Cierto que la vivacidad de maneras y la rapidez de la elocuencia discursiva, denotaba cumplidamente la realidad de su juventud, un tanto maltrecha por su descuidada propensión a la gordura y la calvicie.

Sus palabras fluían encadenadas con rigor lógico, eminentemente persuasivo el discurso, expresado en el vocablo justo, concreto, y por lo tanto, alto, sonoro y significativo, es decir, noble, entonado y preciso. Ni la noche ni la ocasión daban lugar a la grandilocuencia. No me creí obligado, ni mucho menos me rendí a una cortesía exagerada en el elogio.

Mis aficiones literarias y teatrales me llevaron principalmente a tertulias juveniles. Empecé a frecuentar alguna otra fuera de las ateneístas; pero del Ateneo se desplazaba la que solíamos tener a última hora de la noche, a la salida de los teatros, unos cuantos consecuentes noctámbulos. Sin categoría de tal peña de café, fuimos reuniéndonos alrededor de una mesa de la Granja El Henar en la calle de Alcalá con el nuevo Secretario del Ateneo, hasta seis u ocho contertulios, sin otro propósito, repito, que el de seguir charlando, por si lo hacíamos poco durante el día. Pronto el número de los asiduos, con tal cual añadido esporádico, se redujo a Enrique Amado, excelente muchacho gallego, escritor malogrado pocos años después por atroz parálisis general; Juan Serrano, ingeniero de caminos; Juanito Lafora, que justificaba el pingüe negocio de antigüedades de su padre con la dedicación universitaria a la carrera de Letras, en la sección de Historia; y Angelito Tomás Cuesta, hijo de adinerado comerciante en telas, que erraba vago con mentida vocación consular, rehuyendo la continuidad familiar de su tienda, a que volvió al cabo de los años. Pedro Salinas trasnochaba menos. Otro compañero de Juan Serrano que de muy poco antes había terminado la carrera al cabo de dilatados cursos, Antonio García Herreros, conocido entre nosotros por Tonino, competía conmigo y con el propio Secretario en no acostarse nunca temprano. El Secretario se dolía alguna vez, sin demasiada queja, de la sujeción que significaba el tener que acudir todas las mañanas a su oficina de la Dirección General de los Registros en el Ministerio de Gracia y Justicia.

Aquellas tertulias del Henar, más descuidadas aún que las del Ateneo, no tenían la menor pretensión política ni literaria. Bromeábamos sobre todo lo humano y lo divino y no rendíamos acatamiento a ningún prestigio por reconocido que fuese.

Tampoco presumíamos de iconoclastas; pero mal podíamos acatar ni reconocer presidencia o jefatura de partido ni grupo, cuando nuestra amistad al Secretario del Ateneo —pongo por ejemplo más significativo entonces y no digamos después— se cifraba en su desinterés de toda comandancia ni maestría. Y aun de cualquier propósito ulterior.

Nadie había pensado hasta entonces que el nuevo Secretario estuviera haciendo en el salón de sesiones de la Casa inconscientes pruebas oratorias y de aptitud polémica, con la mira puesta en un acta de diputado.[4]

4. Compárese con lo que dice Azaña el 31 de mayo de 1932: «Lo que realmente aprendí yo en el Ateneo, por el forzoso ejercicio, fue la polémica, cuando

El nuevo Secretario, a primera vista un tanto adusto,[5] tenía fama de mal genio, por la violencia de sus réplicas y la inflexibilidad con que había cortado los abusos corruptores de la administración de la Casa. Es verdad que ganaba a todos sus contertulios en el desdén de la general pedantería de que abominábamos. No se daba aire doctoral; no hablaba ex cátedra. Lo hacía, eso sí, como quien, desengañado de alborotadas ilusiones juveniles, sólo quiere que le dejen en paz, con libros que leer y amigos con quienes conversar.

—¡Qué feliz era yo —gustaba decir burla burlando— cuando no me trataba más que con profesores y con putas!

La claridad y precisión de su castellano naturalmente regado de savia popular y pasado, a través de un casticismo inconfundible, por la Universidad y los clásicos de su biblioteca, prestaban a su charla un agrado excelente.

Conmigo alardeaba de viejo. Le hacía gracia el desparpajo con que, apenas me lo eché a la cara, me sustraje al respeto que había sabido infundir en torno suyo. Otro ateneísta, inconsecuente discípulo del doctor Simarro, Fernando Durán, le había puesto de mote «El Coronel», exagerando con amistosa broma el autoritarismo que sus adversarios le achacaban.

A mediados de aquel verano estalló la guerra de Austria-Hungría contra Servia, degenerada luego en conflagración europea. Dividida la España neutral en dos opiniones reñidísimas, el Secretario del Ateneo pasó luego a ser en la Casa la cabeza visible del bando francófilo.

Para nosotros la causa de los aliados contra los Imperios Centrales estaba eminentemente representada por la República Francesa.

---

en 1912 me eligieron secretario.» (*Memorias,* I, p. 485.) Y: «Este ejercicio de polemista y el hábito de entendérmelas con una muchedumbre (que vota) es lo que yo he sacado del Ateneo y que me sirve en la política.»

5. A propósito de esta impresión «a primera vista» escribe Azaña en 1927: «Fernández Almagro escribe de mi libro en *La Gaceta Literaria.* Dice que soy "encumbrado y difícil" en el trato personal. Es creíble que yo produzca esa impresión. Pero estoy seguro de que no se la produzco a todos. No se la produzco a los que me tratan íntimamente, ni a los que me tratan superficialmente; lo más penoso es la *zona media* de la amistad. Nadie se complace tanto como yo en la amistad verdadera, ni se abandona a ella tanto como yo me abandono. Pero es superior a mis fuerzas, a mi gusto, y contrario a mi razón admitir a cualquiera que frecuenta el mismo café a un trato confidencial.» (*O.C.,* III, p. 889.)

II. Su Pueblo y su Campo Laudable

Continuando, sin embargo, al curso siguiente, las conferencias propiamente literarias, peculiares de una de las actividades más destacadas de sus socios, organizó la Sección de Literatura del Ateneo una serie, semejante hasta cierto punto a la colección de «Los españoles pintados por sí mismos», tan graciosamente intentada en el pasado siglo por unos cuantos escritores y artistas. Se trataba ahora no de caracterizar típicamente a los individuos por regiones o por profesiones u oficios, sino los pueblos y ciudades de España, con su paisaje, su ambiente, su sello moral; su vida en fin. A no pocos causó cierta sorpresa que el Secretario tomase sobre sí la tarea de evocar, en una de aquellas lecturas, el panorama espiritual de Alcalá de Henares, su pueblo.

Puesto que el Secretario, que se supiera, no había hecho versos ni publicado por los albores del siglo crónicas ni ensayos literarios en el estilo de Azorín, pongo por más estragado ejemplo de imitaciones provincianas, concurrido a certámenes ni colaborado en *Los Lunes del Imparcial* o en las revistas editadas por Villaespesa y Martínez Sierra, no digamos ya en *La Lectura* de Acebal, dicho se estaba que no podía considerarse el anuncio de su conferencia sino como halago de los organizadores al prestigio de su nombre dentro del Ateneo y en atención a los méritos puramente administrativos que le concedían quienes le regateaban tantos otros.

La conferencia fue un dechado de bien decir. La leyó como cumplía a la situación y al tema, y a oídos de los oyentes se concertó en armoniosa arquitectura de palabras, la evocación de las piedras insignes que son el Campo Laudable, hito ilustrísimo de la historia española desde que Roma fundó Compluto a orillas del Henares.

No mero paseo arqueológico, relación de monumentos, cotejo de fechas ni panegírico de Cervantes, no; lo que hizo el Secretario aquella tarde fue la descripción lírica de un escenario autobiográfico, es decir, la expresión emotiva del paisaje en que, niño, se había asomado al mundo.

Su lirismo no propendía al exceso romántico ni, mucho menos, a la degeneración sentimental en que se han corrompido, con la decadencia del gusto, tantas virtudes del castellano. Y al decir tal, no me paro en el lenguaje; cuento con el hombre que lo habla y, sobre todo, que lo escribe. La gracia, en el justo sentido de la palabra, de su pluma, no se derramaba *ex-abundantia cordis,* mostrábase recatadamente, con-

cisa en conceptos claros, templada en densidad por la ternura de un matiz, la suavidad de una veladura.

Llegaba yo a él entre los grupos de entusiastas que se habían acercado a felicitarle al terminar la conferencia, cuando nuestro común amigo don Francisco A. de Icaza, el mexicano ilustre avecindado en Madrid de tantos años atrás, estrechaba su mano exaltando la sorpresa propia con el ahínco peculiar de su acento nativo:

—¡Pero qué callado se lo tenía! ¡Si es usted un *literataso*...!

Él agradecía, con una sonrisa suficiente, ponderaciones y alabanzas.

—Y usted... ¿no me dice nada? —me espetó el conferenciante.

—A mí, la verdad, no me ha sorprendido.

Andando el tiempo y con ocasión de otras seguridades previas de mi atención literaria hacia él, fundadas en el recuerdo de aquella primera conferencia, volvió a inquirir de mi sinceridad la razón del sincerísimo acento con que le respondí entonces. ¿Por qué no me había sorprendido, no ya el éxito, la calidad de semejante ensayo?

No me lo supe explicar nunca. No me sorprendió que los demás descubrieran lo que yo sabía.

Mi emoción de aquella tarde, enteramente ingenua, me reveló además la realidad de su ánimo de una simpatía indudable con el mío hipersensible. A través de las bromas de los pasillos del Ateneo y de la mesa del café, de las conversaciones fútiles a base de chismes y cuentos y chistes sin trascendencia, me había parecido entrever en el fondo de aquel hombre terrible, desencantado de ilusiones triviales y ascéticamente ajeno a toda ambición, una sensibilidad pareja de la mía, tan recientemente huérfana del amigo dilecto de mi primera juventud.[1]

—¿Qué es lo que más le ha gustado a usted? —insistió en seguir preguntándome.

—Lo del Campo Laudable —respondí sin vacilar.

Hay palabras cuyo poder de evocación supera cualquier desarrollo discursivo. Palabras evocadoras en sí mismas, Por mucho color, mezclado de sabiduría histórica y naturaleza rústica de Alcalá, nunca llegará el Secretario del Ateneo al corazón, al sentimiento del paisaje en que se asienta aquel archivo insigne del caudal patrio, como con repetir no más el nombre augusto de tal solera romana: el Campo Laudable.

1. El poeta Fernando Fortún, muerto a los 24 años en 1914.

Así se llama, en efecto, la tierra llana, a las afueras de su pueblo ilustre, en que el Secretario del Ateneo vivió, niño inconsciente, y de que tomó conciencia plena más tarde, a la luz cristalina de las mañanas primaverales, a los oros del poniente otoñal, en los lúcidos mediodías invernales y al hirviente rescoldo del verano. «Elegía del Campo Laudable» era uno de los títulos propuestos a su imaginación por el sentimiento de aquel verdor de la tierra antigua, horacianamente nombrada por los siglos.[2]

—El Campo Laudable. Así se llama —me repetía, como queriendo disculparse de toda vanagloria en aquella invención poética, florecida de una cultura recia y exquisita.

Nos prometimos ir juntos a la vecina Alcalá de Henares que, con ser madrileño, yo no conocía. Tardamos en cumplir nuestro deseo. Él hacía mucho tiempo que sólo de tarde en tarde asomaba por su pueblo, para visitar a su hermana,[3] casada allí y que vivía en la casa familiar.

Por descontado que en su pueblo no era profeta. Me refería por entonces, riéndose de buena gana, cómo muy poco antes, habiéndole encontrado en la calle una de las veces que por allí fue, cierto antiguo conocido le preguntó de la manera más natural: «Tú, ¿acabaste ya la carrera, no?». Era Doctor en Derecho a los veinte años, doce o trece antes de la ocasión de tal pregunta.

No, no lo tenían en gran aprecio sus conciudadanos. Ignoraban cuanto de sus aptitudes y cualidades le hubieran hecho siempre acreedor a la estimación, privada cuando menos de quienes tenían motivos para conocerle.

Apenas si, por los días en que lo conocí, conservaba entre sus paisanos dos amigos, rústicamente socarrón el uno, con cierta pretensión de señoritismo pueblerino el otro, los dos archiveros allí y ambos particularmente estimados por la benévola consideración del Secretario del Ateneo. A Vicario, sobre todo, que así se llamaba el más viejo, y que lo parecía más que él, aunque fuesen aproximadamente de una edad,

2. El texto de la conferencia sobre Alcalá de Henares no se ha conservado, pero este título perdura todavía al describir su ciudad natal cuando la visita en plena guerra, el 17 de noviembre de 1937: «¡Guerra y revolución en Alcalá! Increíble. El mundo se desquicia. Ya sé: el artista padece más que nadie. ¡Fuego de Dios en el querer bien! Elegía del Campo Laudable.» Manuel Azaña, *Memorias*, II, Editorial Crítica, p. 376

3. Doña Josefa Azaña y su marido don Ramón Laguardia.

le quería de veras, como recuerdo vivo de aquella su mocedad alcalaína, de que abominaba.[4]

Abominaba de la incuria, la desidía, el abandono en que dejan perecer su ciudad «los hijos de Alcalá», nombre de que se llenan la boca sus naturales, la cual él parodiaba, lastimero de la jactanciosa contemplación de la ruina de tan decantadas grandezas. Dolíale el menoscabo de una cultura arrasada por el ruralismo rancio del paleto en que ha degenerado el nativo de la ciudad; por las espuelas de la advenediza soldadesca de caballería entrechocando sus ecos bajo los soportales de la plaza; por el quiero y no puedo social de los oficiales y sus militaras; por la atroz vecindad de la Galera o Presidio de mujeres. Apenas si del cementerio de vivos en que se entierra la fama que ilustra su antigüedad, se salvaban de sus sarcasmos elegíacos las pobres Bernardas y los exhaustos Filipenses, cuyos conventos, entre tantos como pueblan cerrados muros las calles estremecidas al rumor de los pasos solitarios, alimentaban un soplo de simpatía en el disgusto de su ánimo patrio.

Echaba de menos el señorío de unas cuantas casas arruinadas y en manos de riquillos de repente o de ricachos, igualmente desatendidos, por ignorantes, de cuanto constituye la prestancia de la riqueza y el prestigio del bienestar, la seguridad de la holgura y el noble goce de vivir. Contemplando en los demás la ruina de su familia, tenía razón sobrada que dar a su pensamiento melancólico.[5]

Por no rendirse a la triste contemplación de un ayer derrumbado en el tiempo, aunque queden los vestigios de su grandeza, por no

4. Escribe Azaña en su diario el 2 de diciembre de 1912: «Estuve un día en Alcalá y ya no he vuelto; ninguna gana tengo de aportar por allí; aquello, además de empequeñecerle a uno, me entristece; *et pour cause!* La energía y el tiempo (¡el precioso e irremplazable tiempo!) que yo he malgastado allí me pesará toda mi vida.» Manuel Azaña, *O.C.*, III, p. 790.

5. Escribe Azaña a Vicario en 1914 o 1916: «No te choque mi ausencia de ese pueblo, porque si no se está bien en esta villa del adoquín y del tranvía, peor me encuentro en ese sepulcro...» *O.C.*, III, p. 696. Otras anotaciones sobre el mismo tema: En 1920: «En Alcalá, lunes de Pascua, para ver a la familia. ¡Qué tristeza...!» (*O.C.*, III, p. 865); el 2 de julio de 1931: «Carretera adelante, llegamos a Alcalá (...) El silencio inquietante, el olvido, una incitación y una tristeza despavorida.» (*Memorias,* I, p. 9, Editorial Crítica); y el 22 de mayo de 1933: «En el camino de Alcalá descargó una tormenta furiosa; llovía a mares. Estuvimos en la casa de la calle de la Imagen, que está desbaratada e inhabitable. Tristeza (...) He comprobado una vez más que vuelvo siempre de Alcalá con los humores revueltos, sobre todo si me asomo a la casa triste.» (*Memorias,* I, pp. 655-656, Editorial Crítica.)

hipotecar en el vano empeño de una supervivencia engañosa la propia libertad, acomodó en Madrid su juventud independiente y rehusó de por vida la lánguida estancia en su Alcalá.

Cuando se cumplió la visita que nos habíamos prometido, estaba yo al cabo de los pormenores más importantes de la vida anterior de mi amigo. Íbamelos refiriendo según venía a cuento, a medida que la oportunidad del recuerdo, o la incidencia de un suceso traían a colación otros de que había sido protagonista, en más o menos compañía familiar y amistosa, o simple espectador, curioso siempre. Vine así a saber que, nacido el año 80,[6] tenía a la sazón menos de los que aparentaba a primera vista y once más que yo.

De muy niño y en poquísimo tiempo había perdido padre y madre.[7] Confiado a la tutela de su abuela paterna, se graduó de bachiller a los trece años, pasando luego por propio deseo al Colegio de María Cristina, vulgo Universidad del Escorial. Se licenció en derecho en la de Zaragoza.[8] Asistió después en la Central a las clases de doctorado, de que se tituló en 1900. Particularmente a la de don Francisco Giner.[9] Se dio de lleno entonces a la vida fácil, que su acomodada situación familiar le permitía, bien que asistiera en calidad de pasante en el famoso despacho de Díaz Cobeña, abogado el más notable del foro español en su tiempo.[10] Tuvo más tarde veleidades de agricultor y la-

6. El 10 de enero de 1880.

7. Don Esteban Azaña Catarineu y doña Josefa Díaz Gallo.

8. Escribe Azaña a José María Vicario el 27 de mayo de 1898, desde Zaragoza: «Ayer, en efecto, aprobé la última asignatura de la carrera, y con un Sobresaliente, un Notable, y tres Buenos, o como si dijéramos, con uno de pecho, dos en redondo y tres naturales, he *arrematado* mi desatentada carrera.» (*O.C.,* III, pp. 654-655.)

9. Escribe Azaña el 19 de febrero de 1915, con motivo de la muerte de don Francisco Giner: «Este hombre extraordinario fue el primero que ejerció sobre mí un influjo saludable y hondo; con sólo asistir a su clase *de oyente* (de *gorra,* decía él, con gracia) comenzaron a removerse y cuartearse los posos que la rutina mental en que me criaron iba dejando en mí (...) Giner no me enseñó nada, si por enseñar se entiende hacerle a uno deglutir nociones fabricadas por otro. Pero el espectáculo de su razón en perpetuo ejercicio de análisis fue para mí un espectáculo nuevo, un estímulo. Me di cuenta del progreso conseguido mucho tiempo después, cuando ya no asistí a su curso, y me vi con nuevos hábitos que sólo de él podían venir (...) La obra de Giner es tan considerable que hoy, cuanto existe en España de pulcritud moral lo ha creado él.» (*O.C.,* III, p. 815.)

10. «Al bufete de Cobeña me llevó, apenas concluí la carrera, mi tío Félix, que había sido compañero de Cobeña en casa de un abogado famoso en su tiempo, don Luis Díaz Pérez.» (*Memorias,* I, p. 306, Editorial Crítica.)

brando su hacienda por cuenta propia, a costa del bolsillo.[11] Después, su hermano mayor,[12] que tampoco lo era tanto, comprometió casi toda la fortuna familiar en una fábrica de luz eléctrica. La sañuda indiferencia con que las gentes vieron e incluso procuraron estúpidamente la ruina de aquella empresa, contribuyó no poco al desdén que el Secretario del Ateneo sentía por sus ingratos paisanos, trabajados en aquella cuestión, como en tantas otras más extensas y profundas en el ámbito nacional, por una pasión característica de su decadencia: la envidia. Orgulloso sin vanidad, compensó con su hermano a la hermana, que por mujer y más pequeña tenían en mucho, cediéndole la propiedad de la casa grande de la calle de la Imagen y la buena huerta, orilla del río, que resumía, con un buen pasar aún, la heredada fortuna. Como el mayor se dedicara a la carrera judicial, abogado que era también y de mucho entendimiento en opinión de su hermano, prefirió él opositar en Madrid a la Dirección de los Registros y Notariado. Cuando nos conocimos había ascendido a Jefe de Negociado y aunque era muy competente y cumplidor en su oficina, el hombre menos burocrático del mundo.

Fui a verlo, pues, a Alcalá, mediado el tercer verano de la guerra europea que diputábamos última.

A la vuelta de una excursión que hicimos juntos al Norte de España, se retiró unos días a la casa de la calle de la Imagen, rememorando antiguas vacaciones que no podía revivir. Me escribía aburrido hasta la desolación, con la pesadumbre del agobio estival, aliviada en el despacho sombrío que su hermana le conservaba en la planta baja. Y sin más vagar, para descanso de sus lecturas, que el paseo por las tardes con sus dos amigos, añoraba al anochecer afueras del pueblo, respirando el cálido vaho de la mies trillada en las parvas y del bálago acabado de segar, las horas de abandono, de diez y quince años atrás, bajo el mismo candil rutilante del primer lucero. Tenía, por aquellos tiempos de mi visita, la durmiente Alcalá, cierta animación, extraña a la vida normal, de sus vecinos y forasteros estables, rara vez interrumpida por el viajante de comercio o el turista de paso. Era ocasión de aquella anomalía la presencia de un grupo numeroso de alemanes, refugiados de la colonia del Camerón en nuestras posesiones de Guinea al principio de la guerra e internados luego en España con residencia fija. Semejante injerto en la existencia, más que plácida soporífera, de la

11. Hay alusiones a esta actividad en la carta a Vicario del 14 de noviembre de 1911 en *O.C.*, III, p. 682.

12. Don Gregorio Azaña Díaz.

antigua sede universitaria, desvirtuaba su quietud y su silencio con una punta de desasosiego en el ánimo de la ciudad.

Con él recorrí las calles vetustas, me asomé al Archivo y la Universidad, a Santa María y San Justo, reliquia de una grandeza auténtica; contemplé la pila en que cristianaron a Cervantes y el sepulcro de Cisneros, monumento digno de la memoria que conmemora evidentemente, hasta hollarlo una bomba fratricida veinte años más tarde de nuestra contemplación.

Dos cosas indelebles de mi primera visita a Alcalá son una plaza con árboles, donde me dijo que siendo muy niño se iba él solo «a estar triste» y el paseo nocturno por El Chorrillo, donde su padre, en ocasión en que fue alcalde, hizo un parque urbano. Quedaban de la antigua arboleda que bordeaba el parque, hasta la vía del tren, algunos viejos ejemplares que la barbarie incivil de sus paisanos sustituía por vulgares acacias de bola. Las acacias de bola compartían con las palmeras enanas la enemiga declarada del Secretario del Ateneo. El roble y la encina, el castaño, el chopo, el álamo y el negrillo, repartíanse, con el sauce, una dilección de su gusto, en que el ciprés era señero.

Corrimos aquella misma tarde, apenas yo llegado, los soportales de la calle Mayor y la Plaza; nos sentamos a la puerta de la confitería de Salinas, deambulamos por vías desiertas. Y aquí, el lugar donde la escuela a que fue párvulo y que decía subsistente hasta poco años antes, recuerdo de aquel primer día escolar de su vida en que no hubo modo de sacarle de bajo el pupitre de su hermano; y allí la reja tras la cual vivían dos hermanas solteronas, alimento platónico una de ellas de su más lejano amorío infantil. Más allá, otra ventana baja, con memoria más reciente de su intrepidez de mozo corrido, cómplice el sereno y, ni qué decir tiene, la enamorada que fácilmente le daba paso al amparo de la nocturnidad.

Después de cenar en mi hospedaje, salimos al Chorrillo invadido de sombras gratas, que lo eran para él del pasado. En la noche de agosto, densamente estival, cantaban chicharras poblando el silencio, rasgado de cuando en cuando por el grito de un tren.

—No pueden ser chicharras —me decía riéndose—; las chicharras revientan todas el día de Santiago. Como eres un señorito de ciudad no lo sabes. Yo lo sé porque soy de pueblo.

De pronto la voz se enternecía al conjuro de un recuerdo. No sé cómo fue el sacar yo a relucir los Santos Niños patronos de Alcalá de que me había hablado al pasar junto a su iglesia.

—Yo soy un testimonio de sus milagros.

Y me contó con un punto de sentimentalismo en la ironía, que siendo muy pequeño, que apenas andaba, le aquejó no sabía bien qué enfermedad, y, lleno de granos en las piernas, estuvo impedido en un cochecillo. El día de los Santos Niños, su madre, al volver de misa, se lo encontró corriendo como si tal cosa:

—Ya ves. Pero, ¡qué quieres! Como me faltó luego mi madre, no me río de aquello.

Sí se reía, en cambio, del conflicto para familiares y vecinos, cuando había que darle una purga. Tales eran las rabietas y el sofoco que tomaba, invalidando las medicinas si por fin le forzaban a engullirlas.

La sensación de orfandad se le había agravado con los años. Recatadísimo en cosas afectas al sentimentalismo familiar, tardó mucho en decirme que su propia abuela, agonizante su padre en la recaída de la gripe epidémica del 85, le casó con una señorita, ya nada joven, con quien nada había tenido que ver, pese a tales apariencias de necesidad. Necesario lo creyó su abuela, ante el desamparo que se cernía sobre sus nietos. La novia de ocasión tan triste, atendía, no más, a su propio cuidado. Cuando andando el tiempo me contó el caso, me refirió, por lo que había oído a su vez, que su tío Félix, hermano de su madre, dio por nulo, al enterarse, aquel segundo matrimonio *in articulo mortis* y entabló «El Pleito» que duró muchos años, hasta transigirlo la desahuciada mujer mediante el pago de una pensión vitalicia.

Tenía verdadero afecto por su tío Félix, hombre cultivado y sensible de quien había heredado el sobrino no poco de su espíritu cáustico.[13] Sus paisanos de Alcalá le merecían la opinión que delatan estos versos, caricatura del alcalaíno que cree a su pueblo el ombligo del mundo:

Nunca su imaginación
sale de Alcalá un momento
y dirá en Rusia ¡qué viento!
¡Éste es del Pico Ocejón!

13. Don Félix Díaz Gallo. Alguna colaboración suya se puede encontrar entre los artículos de *La Cuna de Cervantes,* semanario que empezó a publicarse en Alcalá de Henares en 1876. También hay noticia de algún escrito suyo político de la época de la restauración.

—Era aficionado a los relojes hasta la chifladura. Mis sobrinos, siendo niños, dieron fin de los últimos que quedaban de él todavía.

En la anotación de detalles tan insignificantes se advertía el afecto del Secretario del Ateneo por su tío.

Al final del Chorrillo, fuera ya de la plazoleta, que lo cierra, en pleno campo, por entonces en barbecho, había una casa apartada, y que me dijo ser una antigua venta, refugio famoso de ladrones, cuando los había por aquellos montes de la Alcarria. Allí precisamente fue muerto a tiros de la Guardia Civil, en una emboscada, el último de una cuadrilla célebre. El Batanero, bandido comarcano, acudió más de una vez a la Notaría de su abuelo y en cierta ocasión se permitió hacer un regalo a su hermano mayor.[14]

Recordaba mi amigo sus paseos de por la tarde, siendo él muy pequeño, con su abuelo.[15] Iban hasta la viña, para volverse a la hora en que pasaba el corto de Guadalajara arrastrándose asmático, en lenta competencia con la mula ligera que tiraba de su coche.

El abuelo se divertía viéndole comer sano y glotón incluso repitiendo en su compañía alguna vez que iba a verlo después del almuerzo en la casa paterna.

—¿Qué te comías ahora? —preguntaba el viejo.

—¡La mula frita! —respondía el niño con seguridad.

Alternaba las memorias filiales con las consideraciones melancólicas y no sé qué vaga esperanza en nuestra amistad, que por no tener objeto preciso, ni más interés que el del mutuo descanso en su descuido, daba ya su logro más cierto.[16]

De madrugada me fui a acostar a mi alojamiento. Él estaba pesaroso en extremo de no haberme podido ofrecer habitación en su casa, aque-

14. En su novela *Fresdeval* hay una clara alusión al episodio de El Batanero. (Véase *O.C.*, I, pp. 845-846.)

15. Azaña recuerda estos paseos en su última visita a Alcalá en el año 37: «En la estación, una máquina, sola, suelta un chorrito de humo blanco, que el viento disipa. Puente de Torote. El moto de la legua, límite de los paseos con mi abuelo.» (Ver *Memorias,* II, p. 375, del 17 de noviembre de 1937.)

16. Resulta interesante anotar lo que escribía Azaña en su Diario del 10 de enero de 1915, dos años y medio antes de lo que se cuenta en este capítulo: «Hoy cumplo 35. Atrás quedan los años más generosos. Siento que algo se me escapa. Cada vez me siento más solo. Los amigos van desapareciendo o se encastillan en sus intreses. De día en día trato más gente, pero amigos nuevos, no. Ni me interesan ni nos entendemos. Pero esta soledad interior y este despego de las cosas, ¿son buenos? Ponen a prueba la serenidad para afrontar el declinar de la vida.» (*O.C.*, II, p. 811.)

jado el marido de su hermana de una de tantas crisis epilépticas como malograban crónicamente la felicidad de su matrimonio. Al otro día me hizo los honores de ella, con emocionada sencillez. Atravesamos, luego del zaguán, la espaciosa sala del piso bajo que presidía un retrato de su padre de inconfundible sello familiar, no tanto en la fisonomía, cuanto en la posición de la cabeza, algo envarada entre los hombros anchos, abierto el pecho y franca la expresión. De allí pasamos a su despacho, repleto de libros en gran estantería, con un grato olor de sombra de verano. Tuve, sin embargo, la impresión de un perfume remoto, que no podía percibir sino con los ojos de mi imaginación. Él me había hablado de una habitación, que identifiqué sin motivo con aquella, donde nunca podía entrar sin que le asaltara el prurito de un perfume angustioso: el de las flores en que yació muerto un niño de su hermano. Un segundo hermano había tenido él, muerto también en el primer albor de la adolescencia. Conservaba memoria entrañable de tal fraternidad incipiente. Muchos años después, dudando yo qué nombre poner a mi tercer hijo, me sugirió, sin atribuirle más intención:

—¿Por qué no le pones Carlos, que es nombre bonito? Carlos se llamaba mi hermano el que murió.

Comimos en el casino, estampa provinciana de guarnición en asueto, fuimos a la huerta y apenas nos asomamos a ella cuando el mal humor por el descuido que advertía en la posesión de que participó en tiempos mejores, nos llevó de allí.

Nos alargamos luego en coche con sus dos amigos, a comer unos melones exquisitos en el melonar mismo, «como se debe», e hizo gala una vez más del buen diente que aún le quedaba de cuando mozo, que *«no se le ponía nada por delante»*. «Estos jóvenes pálidos que no beben vino», decíame parodiando a Shakespeare y exagerando en broma mi comedimiento.

Viendo los cerros que coronan Alcalá, dominando la antigua Compluto y la beatitud de su Campo Laudable, recordaba sus andanzas de cazador *«cuando era un señorito»* y tenía con otros amigos arrendado un monte al marqués de Ibarra.

Al despedirme en la estación me dejó con la Mantoncito, preciosa chulilla que había sido, luego de modelo, madre de las hijas de un pintor afamado, con quien estaba reñida. Iba muy aseñoritada y nunca ya tan guapa como con un pañuelo madrileño de crespón a que debía el remoquete por que la conocíamos. Estaba en relaciones, para casarse, a cuanto decía, con uno de los alemanes confinados en Alcalá. Claro

que no se casó con él, afortunadamente. Más de una y más de dos desesperadas del pueblo, hicieron bodas con aquellos advenedizos que si las vieron y algo más, no se acordaron de la obligación contraída cuando, al cabo de la guerra, se reintegraron a su país.

En el andén de la estación y asomado yo a la ventanilla del tren que me regresaba a Madrid, se me acercó un primo mío,[17] joven teniente de caballería, que del pueblo de mi abuelo, en la provincia de Valladolid, donde nos tratamos de niños en mis vacaciones veraniegas, se había trasladado a Alcalá con su familia. Su hermano mayor era cura y, Capellán de la Prisión de Mujeres, empezaba a gozar de cierta fama local como predicador y aun de místico exaltado, ajeno a las vanidades mundanas de gran parte del clero, en las capitales sobre todo. El Secretario del Ateneo apenas si, por otras referencias familiares o amistosas, tenía noticias de aquellos parientes míos.

Aprovechando que mi amigo se apartaba a saludar a no sé quién, mi primo el teniente me dijo en tono de protectora reconvención:

—No me gusta verte en esa compañía...

Como yo hiciera un gesto que no dejaba lugar a dudas respecto a mi decisión de no consentirle que siguiera, insistió no más con esta insinuación:

—Su familia es muy buena; pero él...

III. Consuelos y Renunciaciones

La opinión de mi primo no podía influir en la mía ni en mi humor. Hecho a despreciar el parecer de los demás siempre que contradecía mi manera de pensar, no se me alcanzaba todavía cuánta podía ser la influencia de la animadversión sin causa. Muchos años he tardado en comprobar, a mi costa, la eficacia de una mala voluntad.

No puedo decir ahora que la que ya se manifestaba entonces en contra del Secretario del Ateneo sea inexplicable. Entonces no me la explicaba sino por los celos, naturalmente humanos, que despierta siempre el espectáculo de una inteligencia superior. Las personas dotadas de aptitudes que exceden la mediocridad experimentan más o menos a su alrededor esa pasión celosa que las desfavorece y denigra cuanto, por otra parte, contribuye a enaltecerlas.

17. Don José Sanz de Diego.

Después, en el curso de la vida de mi amigo, que el azar precipitó para la gran masa de españoles que le conocieron a la luz pública, pude convencerme de la consecuente razón histórica de aquella malevolencia insignificante. La significación que cobró después —de mito político encarnado en su nombre y su persona— vino a justificar la representación social que, sin saberlo en aquella ocasión y a conciencia andando el tiempo, personificaba, a su vez, mi primo el teniente de caballería, en su anónima vulgaridad.

No creo que comentáramos, al volver a vernos en Madrid a la entrada del otoño siguiente, aquellas palabras ociosas. Sí recuerdo, en cambio, que hicimos conversación de mi compañera de viaje, «La Mantoncito». Su agraciada guapeza, su simpatía popular, a pesar del sombrerillo y el aire señoritil que aquella modelo de un pintor conocido había tomado, le traían un recuerdo de su juventud en que se complacía muchas veces, por alusiones más que por confidencias declaradas. Tampoco puedo precisar el día ni la hora en que yendo vagamente por Recoletos nos encontramos casi de manos a boca con una mujer, si poco notable a primera vista, desde luego graciosa y aunque no ya una chiquilla, muy apetecible todavía.

Habíamos pasado los unos de la otra, cuando volviendo él y ella la cabeza al mismo tiempo con indudable impulso curioso se decidieron a saludarse:

—¡Chico, pero qué gordo estás!

—¿Me encuentras muy viejo? —le respondió él sonriente, en los ojos, tras los cristales, una nube de añoranza picaresca—. ¡Tú estás igual que siempre!...

—¡Pues ya tengo mis años! A ti no te los puedo ocultar.

—¿Y tu padre?

—¡Chico, lo mismo! A ese sí que no le parte un rayo.

Se les acabó la conversación en seguida. No sabían qué decirse. Ella me miraba de soslayo y al no reconocerme por amigo común, se atrincheraba en una reserva indiferente:

—Bueno, me voy. ¡A ver si se te ve, hombre!

—Llámame cuando quieras.

—Pues sí que te llamaré.

—¡A que no!

—Que sí, hombre, que sí. ¡Hay que ver qué gordo que te has puesto! ¿Te llamo al Ateneo?

—O a mi casa. ¿No sabes dónde vivo?

Le dio sus señas.

Cuando se despidió, me dijo recobrando su flema:

—No me llama. ¡Qué me va a llamar!

—Llámala tú a ella —le contesté, seguro de halagar su deseo momentáneo.

—¡Vamos, hombre! —protestó.

Comprendí que el momento había pasado fugacísimo.

—Bueno. Ya conoces a Consuelito —concluyó.

—Me lo había figurado, pero es muy joven —seguí—. Por lo que tú me habías dicho, creí que se trataba de una «jamona».

—Ya tendrá treinta años. Está estropeadísima. Cuando la conocí tenía dieciséis. Entonces se la podía mirar. Y era muy lista. Ha hecho más carrera que yo. «Está» de duquesa morganática, como quien dice.

Había conocido mi amigo a Consuelito, como cumplía a la moda de principios de siglo, en un baile de máscaras. La frecuentó al principio en la casa de las llamadas de «mal vivir», donde estaba de pupila.

Se reía gozoso acordándose de una noche en que, según estaba con ella, oyó cómo llegaban dos amigos ateneístas que presumían de corridos, preguntando por Consuelito a la encargada.

Consuelito le demostraba cierta predilección, en correspondencia al capricho con que la distinguía. Él vivía de huésped en una pensión; pero acabó poniéndole piso y yéndose a vivir los dos en una calleja céntrica, de la Plaza del Callao a la de Santo Domingo. Un día se presentó a verlo no sé qué amigo oficioso de Alcalá, en ocasión en que él no estaba, y Consuelito, con desparpajo y listeza naturales, lo recibió tan cumplidamente, que se fue al pueblo haciéndose lenguas. Mi amigo se complacía en el recuerdo, arregostándose en su varonil protección a la mujer que le ofrecía su primer amor. De haberse propuesto vivir una novela de Galdós, nunca lograran un tan cabal ejemplo de las mejores de Don Benito.

Aunque Consuelito no era madrileña sino de Segovia, se había hecho a la Corte y Villa con bonísima gracia. Disfrutaba él con tenerla regalada y contenta. Poco amigo de francachelas, no compartía su situación con otro amigo de quien lo era, por ascendencia alcalaína, también de mucho tiempo atrás, a la sazón de su tertulia del Ateneo, como él rico y despreocupado y por entonces con mayores pujos literarios de los que él demostraba. Años después, se fue a vivir en compañía de Joaquín Eugenio Creagh, que así se llamaba el amigo en cuestión. Con él vivía cuando yo le conocí.

Consuelito tenía un padre truhán y pintoresco que conllevaba con cierta dignidad la vida de su hija. Conservaba ésta pocas amigas de su vergonzosa existencia anterior. Mujer casera y dispuesta como suelen ser en España las malamente llamadas de vida airada o simplemente «de la vida», no la ambicionaba acaso mejor.

La ruina familiar de él vino a dar al traste con aquel regalo y descuido de amantes tan poco dados a ningún exceso sentimental que no tuviera satisfacción completa en la sensualidad sin perversión. Él supo un mal día que no le quedaba un céntimo sano de la hacienda paterna. Echó cuentas y se aprestó a ganar unas oposiciones, que le dieran para vivir independiente. Quiso ante todo hacer liquidación del lujo amoroso que hasta entonces había podido pagar. Le planteó el caso a Consuelito. Tenían que separarse.

Al contar el lance se regodeaba en el recuerdo de Consuelo —cuantas veces no le había atribuido el que le daba con su alegre abandono— presentándosele, destocada de su sombrero adventicio, nuevamente envuelta en el madrileño mantón de flecos y en la mano un puñado de billetes producto de los empeños y ventas de su ajuar con que pretendía remediar el motivo de la separación. No sé bien hasta qué punto podía ser consciente Consuelito del remedo galdosiano que vivía.

Él resistió aquella tentación. Puede que en la renuncia de tantas facilidades dichosas, encarnadas en las gracias de su querida, pusiera el despego aparente con que engañaba la fuerza de un deseo irrealizable. Empleó entonces la voluntad en retraerla a una obligación tan concreta como inmediata. Se fue a pasar el verano a Alcalá y no consintió en que ella le llorara a cuenta del escrúpulo, exagerado a sus ojos, que los separaba. Es muy posible que el instinto de conservación le ayudara a desentenderse de una fidelidad que hubiera acabado acaso con su independencia personal y achabacanado su vida.

Se encerró en casa y, atento no más al plazo perentorio de las oposiciones anunciadas para el ingreso en la Dirección de los Registros, dificilísimas por lo limitadas, se dedicó a prepararlas con ahínco.

Me contó el suceso, sin darle más importancia que la del papel que juega la memoria en toda suerte de educación.

—Eché la cuenta de los días que tenía por delante y de los temas que contestar con arreglo al programa publicado. Primero, con un montón de libros fui apuntando cada respuesta precisa. Cuando tuve los apuntes hechos, me los aprendí de memoria, de manera que pudiese repetirlos maquinalmente. Si me ponía a discurrir, preocupado como

estaba con mis cosas, podía írseme el santo al cielo. Llegué a saberme todos los temas, que eran *tantos* —y recordaba exactamente el número—, en cualquier orden, salteados, al azar de una bola, como había de ser el ejercicio oral, a capricho de una u otra pregunta. Desde luego, toda la ley hipotecaria.

Se reía al advertir mi sincero horror. No llevó recomendación alguna que le valiera. Obtuvo el número dos. No necesitó que los años le desengañaran de una vanidad burocrática que no había sentido. Fue, no obstante, funcionario capacísimo en el ejercicio de su empleo. No poco le daba que reír, cuando famoso, la ridícula leyenda que corrió por más de un periódico y en hablillas de la gente no siempre con intención maligna, de la modestia y humildad de sus servicios en la Administración Pública. No le parecía extraordinario su trabajo; pero lo estimaba en el justo valor facultativo que tiene entre las carreras más distinguidas del Estado. Le parecía, por lo demás, preferible para un intelectual puro, cuyo rendimiento científico o literario suele ser incompatible en España con la profesión libre de su ciencia o su arte, el atenerse a un sueldo oficial a someterse a la esclavitud del periodismo, por ejemplo, o a merced del gusto comercial del gran público.

A salto de mata de sus amoríos mercenarios como cualquier estudiante y purgada de sentimentalismo toda veleidad sensual, vivió poco tiempo en un entresuelo de la Plaza de Santa Ana, con otra mujer, después famosa también y de cierto tronío, que por entonces empezaba su carrera, antes de ser cupletista. Amigos los dos de bromas, y en modo alguno ajeno él a vanidades propias de la mocedad, recordaba con ingenua jactancia la ocasión en que la llevó vestida de hombre con un traje suyo a la cervecería en que se juntaba con unos amigotes. Refería aquel suceso en demostración de su esbeltez y de por qué la admiración de Consuelito al verle tan opulento diez años más tarde. Esta otra Consuelo, que, cosa curiosa, también se llamaba así, aunque nunca se lo diera, le dejó un recuerdo menos sentimental, más doloroso y con él una experiencia que le curó de mayores espantos.[1]

1. Escribe Azaña en su Diario el 7 de enero de 1915: «Al salir de comer me encuentro con Consuelo. Un rato de palique. Hacía meses que no nos veíamos. Está mejor que la última vez que la vi. Su gracia de siempre, que me hace pensar *au temps jadis*. ¡Oh tiempo de emoción continua, dónde has ido...! Esta vida, por ser *menos* vida que aquélla, tiene que ser peor. O tal vez me haga pensar así la vista de esta mujer singular, que tanto se me clavó y tantas tempestades levantó dentro de mí.» (*O.C.*, III, p. 810.) Y el 17 de febrero de 1915: «... a los bullicios

Aparentaba luego no conocerle, si al azar frecuente de la vida, más reducida entonces que ahora, del «todo Madrid» se encontraron en el teatro, el café o el tranvía del barrio de Salamanca, cuando allí se mudó el ya Secretario del Ateneo. La última vez que se vieron, ella tuvo que dar paso al Presidente del Consejo, según salía cada cual de un palco del teatro en que tenía cierta consideración de empresaria consorte. Había pues desfogado a tiempo los excesos de una sensualidad saludable, que se satisfacía cabalmente por todos los sentidos. No solo cuando le parecía que para dormir necesitaba indefectiblemente compañera, sino a las horas de comer, cosa que hacía con el mismo apetito infantil de cuando se hubiera comido «la mula frita».

A «excesos de la intemperancia» quiso atribuir un ligero infarto inguinal que me tuvo unos días en casa, a consecuencia de una rozadura en un pie y sin aparecer por el Ateneo, a los pocos meses de conocernos. Así me lo escribió con burlona prosopopeya interesándose por mi salud. Para corresponder a su atención fui por primera vez a su casa de la calle de Hermosilla, en compañía de Tonino García Herreros. Le hallamos en su despacho, sucintamente amueblado con una mesa, dos butacones de tapicería, y una librería con puertas de cristal esmerilado de color verde, tomándose un gran tazón de café con leche con pan y manteca abundante. Años nos duró la broma con que le mortificamos por no haber insistido en darnos de merendar, como nos ofreció con leve cortesía.

Cuanto repetí, solo, la visita, le pedí que me leyera algo suyo.

—¡Si yo no he escrito nada! —me contestó atusándose el bigote, con sonrisa característica de quien, más allá del bien y del mal, desdeña el escribir porque todo está ya dicho. Insistí. A mí no me engañaba. El autor de la conferencia sobre Alcalá en el Ateneo, no era un novicio precisamente.

Acabó por sacar de la librería, haciendo como que no sabía a punto fijo dónde la tenía guardada, una carpeta. Y de ella un montón de cuartillas amarillentas ya, de un abandonado proyecto de novela.

—Léalas usted; pero aquí. ¡Si no valen la pena!

---

de Carnaval iba unida, como a su marco obligado, la evocación de aquellos días tremendos en que por causa de C. sufrí yo la convulsión interior más grande de mi vida. Todavía estoy asombrado de aquella esclavitud mía, de las torpezas que cometí por mi ceguera, del desorden que puso en mi vida y del dolor, del inmenso dolor que me costó la ruptura.» (*O.C.*, III, p. 814.)

Las leí aquella misma tarde con tanta curiosidad como gusto. No me fue difícil convencerle de que era sincero en mi opinión.

—No sé. Ya ni me acuerdo. Me parece que era una cosa de aprendiz de Galdós —vino a decirme.

Mucho tenía de Galdós; principalmente por el escenario de un Madrid de diez años atrás, el de principios de siglo, que con tan juvemil desenfado había vivido. Y el sentido autobiográfico, el interés de la transposición subjetiva a la invención novelesca.

—¿Me quiere usted decir por qué no ha continuado esta novela ni ha seguido usted escribiendo? —le reproché afectuosamente.

Tampoco se hizo rogar demasiado para explicarme el caso.[2] De la tertulia de «las fuerzas vivas» en que formaba, al extremo opuesto a la «Cacharrería», y tras el biombo que la aislaba de otras peñas ateneístas menos exclusivas, tenía particular amistad con Guillermo Pedregal, hijo del ex ministro de la primera República, famoso por el «¿Quién es Pedregal?» con que recibió su nombramiento una opinión que pretendía, con malicia, desconcierto. Era Guillermo Pedregal, a cuanto mi amigo me decía, hombre de gusto difícil, trabajado por buenas lecturas y un espíritu crítico sobremanera agudo, cualidad ésta que distinguía al después Secretario.[3] Otro contertulio, no tan avisado, era Juan Uña, hijo

2. Escribe Azaña el 15 de febrero de 1915: «Ahora que vuelvo al trabajo noto cuánto se han gastado mis recursos (...) Todo el verano último estuve aplazando el comienzo de nuevos trabajos, hasta que me mudase. Y ahora, casi cada día tengo que librar una batalla para sentarme ante la mesa, coger la pluma y escribir. ¡Y eso que me causa una satisfacción sin límites ver terminada una cuartilla! (...) Alguna vez he pensado de dónde ha podido venirme esta indecisión, que ahora pago a alto precio, ocupando una situación falsa. Estimo que fue debido, junto con la desconfianza natural originada por mi deseo sincero de acertar, a la falta de consejero o maestro que me ilustrara sobre lo que verdaderamente prometían mis ensayos, y al influjo esterilizante de aquella reunión o tertulia, que nosotros mismos llamábamos en son de burla "las fuerzas vivas". El efecto último de aquella reunión era paralizar la iniciativa.» (*O.C.*, III, p. 813.)

3. De Pedregal dice: «... era Guillermo Pedregal, la inteligencia más poderosa, más sagaz, más cultivada que he conocido (...) Jamás hizo nada para el público. Pero yo disfruté de su amistad durante doce o trece años y supe apreciar lo que valía. Esta amistad se trabó por la atracción de su talento, porque era el hombre más reservado y retraído del mundo; había que asaltarle, molestarle. Puesto a discurrir en voz alta, maravillaba. Su palabra tenía una precisión absoluta, reflejo o molde de sus ideas, tan claras como bien ordenadas. Su pulcritud moral era tan perfecta como su cultura era vasta (...) Le echo de menos todos los días, a cada momento. Hubiera sido un gran maestro, y para mí era ya un ejemplo.» (*O.C.*, III, p. 813 del 15 de febrero de 1915.)

también de un prohombre republicano muy amigo de mi abuelo, espejo de honestidad y virtuoso a la manera de la antigüedad clásica.

Juanito Uña, como le seguimos llamando sus conocidos hasta ya maduro en años, «prometía mucho» en la época a que me refiero, entre los predestinados por su educación en la Institución Libre de Enseñanza al cultivo más o menos práctico de la sociología, ciencia que entonces «se llevaba», o por mejor decir se traía de las primeras pensiones en el extranjero.

Aunque mi nuevo amigo no tenía en tanto la opinión de este último como la de Pedregal, le había hecho indudable impresión la franqueza con que le aconsejó, después de leer aquellos dos primeros capítulos, que se dedicara a otra cosa que a escribir.[4]

Protesté vehementemente contra semejante parecer pronunciándome contra el gusto, no sólo apelable, sino muy discutible de Juan Uña y aun permitiéndome dudar de que las ponderaciones que de Guillermo Pedregal me hacía correspondieran a una verdad objetiva.

Acaso influyera en aquel su acatamiento la tristísima circunstancia de la prematura muerte de Pedregal, poco tiempo antes. Mi protesta iba dirigida precisamente contra un espíritu crítico cuyo escepticismo contagioso era capaz de aniquilar en verde un temperamento tan acusado de escritor como el de mi amigo.

Insistente un día y otro en que volviera sobre su proyecto, le di el título adecuado, seguro del tiro que hace en la voluntad de un autor remiso la sugestión de un nombre:

—¡Si está bien claro! —le dije—. Esa novela se llama «Pasión y muerte»—. No le pareció mal. Le halagaba, sobre todo, mi empeñado interés de lector. Pero se creía incapaz de volver sobre un tema cuya emoción se le había diluido en el tiempo.

Buscó en cambio otras cosas. Unos recortes de «La Correspondencia de España» que tenía guardados de la época de su estancia en París, tres o cuatro años antes.

Contadísimas personas sabían, pocas tuvieron interés en saberlo

4. Escribe Azaña el 17 de junio de 1927, recordando este episodio: «Recuerdo que hacia 1904 escribí yo una novela y se la di a leer a Guillermo Pedregal. Su reserva habitual no le permitió hablarme detalladamente de mi obrita; a fuerza de instancias para conocer su opinión me dijo: "Si sigue usted trabajando, llegará a ser un gran escritor." (El caso es que no he trabajado.) Guillermo, sin contar conmigo, prestó el manuscrito a Uña, que me encontró un día en el Ateneo y me *reprobó* como escritor. Quiero recordar que me desalentó el juicio de Uña más que no me animó la opinión de Pedregal.» (*O.C.*, III, p. 891.)

después, que el cronista parisiense de unos artículos publicados en aquel periódico con el pseudónimo de Martín Piñol, avatar español del diablo medieval, era el Secretario del Ateneo.[5]

Por tales artículos empezó a conocerle como escritor, y a darse cuenta de la excelencia que alcanzaría, uno de sus compañeros casuales de aquella temporada en París, Joaquín Álvarez Pastor, catedrático andando los años y desde entonces amigo suyo de los más estimados. Coincidió asimismo con otros españoles, jóvenes también, de quienes guardó siempre recuerdo simpático. Daniel Alarcón, benjamín de tres hermanos, escritor uno de ellos, fachendosos los tres, y por aquellos años bastante conocidos en las tertulias del Ateneo y peñas de los cafés; el doctor Pascual, médico cartagenero, que ampliaba por aquella época sus estudios en los laboratorios clínicos de París y que había de jugar al advenimiento de nuestra República un papel palatino de singular relieve dramático; y algunos más entre los cuales, tercero en discordia que pudiéramos decir, alternaba el después conocido periodista Juan Pujol, aunque por lo oído a unos y otros nunca con la franqueza y camaradería que usaban los demás.[6]

Presidía en cierto modo aquella pequeña sociedad madrileña desplazada al barrio latino por los años once y doce un profesor que lo fue de la Escuela Superior del Magisterio, y de más edad que ellos y que prematuramente avejentado parecía mucho mayor. Estaba casado con una señora muy guapa y simpática, que le había hecho padre de cinco hijas, lindísimas y despiertas, la mayor de las cuales tocaba ya esa edad, deliciosamente difícil, del paso de niña a mujer.

El profesor era también socio asiduo del Ateneo y a su casa me llevó mi amigo, apartado, cuando empecé a tratarle, de las frecuencias más juveniles y escandalosas de años antes. Aquella familia me recibió con la misma cordialidad sin cumplido que le dispensaban a él. Una de las pequeñas me tomó por su sobrino, pareciéndole sin duda que el parentesco justificaba más y mejor que la libre amistad nuestra mutua afición. Tan dispares éramos en apariencia.

No se necesitaba ser muy avisado para darse cuenta de que en la broma continua que se permitían mutuamente *mi tío* y la *señorita de*

5. Véanse los artículos de *La Correspondencia de España,* escritos en 1911 y 1912. (*O.C.*, I, pp. 81-115.)

6. A este período en París corresponden las cartas de Azaña a su amigo Vicario (véase *O.C.*, III, pp. 683 y 684) y los apuntes del Diario 717-788 y del «Cuadernillo de apuntes», pp. 793-801.

la casa, latía un resquemorcillo, que creí primer chispazo cuando era rescoldo. La primera vez que aventuré una insinuación en tal sentido, la rechazó sin contestación posible. Arriesgué una suposición más atrevida, a que me llevó, con harta ligereza mía, su confianza con la madre, más equiparada a él que la hija y que hubiera podido parecerlo de su marido a tener más coquetería y no la simpática honradez casera que respiraba su natural y saludable desparpajo.

Accedió al fin a contarme, no lo que había, lo que había habido o por mejor decir, lo que trasantaño pudo haber y no hubo, en París.[7] La muchacha en flor se aburría ayudando a su padre, falto de heredero varón, en los estudios etnográficos de su especialidad. Afligido por extremada cortedad de vista, no veía tampoco que la niña disfrutaba apenas otra distracción que la de los contertulios de la casa. Aunque presumieran algunos de ellos de apuestos y conquistadores, a nadie sino a él confió un día llorosilla su romántica desesperación de incomprendida por la familia. Procuró consolarla con quitarle importancia al conflicto entre el monótono deber y el vago afán; pero acudió a la madre por que viera de remediar la preocupación sentimental de su hija. La madre, más conmovida que su criatura, le confesó que su mayor contento sería verla casada con un hombre como él.

Tampoco esta vez le fue difícil sustraerse al apetito de fruto tan tierno. No quería obligarse con empeños superiores a sus recursos materiales. No estaba en situación de poder crearse una familia. Y menos con una niña de quince años. Desentendido hasta cierto punto de la suya, hallaba en su discreta libertad compensación suficiente a la vida solitaria.

No hubo más ni menos. Cuando fui presentado en casa del profe-

7. Véanse en el Diario de 1911-1912 las anotaciones de Azaña el día 8 de septiembre: «Todo este tiempo M. ha ido ganando dentro de mí. Algunos días me ha tenido embobado. ¡Qué luz tienen sus ojos! ¡Qué dulcemente habla y ríe! Una tarde la ha visto Atard y después me dijo unas palabras que me han hecho pensar con más franqueza en lo que me pasa con esta niña. Creo que si no estoy enamorado de ella completamente es que temo que les parezca absurdo a todos, empezando por ella misma.» Y el 9 de septiembre del mismo año: «Vuelvo al barrio y en el jardín del Luxemburgo me encuentro a M. Está sola con sus hermanas. Un cuarto de conversación mano a mano. Se me ha figurado que estaba muy contenta de dejar el aire de niña que conserva delante de su madre; ha puesto una gracia, una seriedad, un interés en la conversación, que me hubiera estado muchas horas oyéndola hablar y mirándola en los ojos.» Más sobre el mismo tema el 4 de enero de 1915 (*Ibid.*, p. 809) y el 15 de enero de 1915 (*Ibid.*, p. 811).

sor,[8] Merceditas tenía, a disgusto de su padre para mayor aliciente, el novio militar con quien se casó años después. Pero mi amigo conservó por ella cierta simpática ternura.

Antes había casado otra novia de un primer amor formal. Años atrás hizo la corte, fácilmente correspondido, a una prima suya, con quien pelaba la pava a una reja o balcón bajo, en el barrio de Argüelles, donde ella vivía. Distanciados por las circunstancias, siempre le guardó un afecto tan sincero como mal pagado. Casada después con un militar, que alcanzó con los años el generalato [9] quiso que fuera madrina de su boda mucho más tarde. Un destino atroz los había de separar tan cruel como definitivamente con la fatalidad de la guerra.

IV. Los motivos de la germanofilia
(Tema con variaciones)

Un instinto seguro, más que el razonamiento y el interés político, señaló la inclinación de los liberales en favor de Francia y sus aliados, al estallar la guerra de 1914.

Era lógico, no debido a la casualidad, que el Ateneo de Madrid encauzara la opinión positiva y optimista en punto al triunfo que la justicia confiere a las armas, frente al criterio negativo, que fía a la fuerza el discernimiento de la razón. Sentimentalmente, pues, derechas e izquierdas se manifestaban germanófilas y francófilas.

Si al cabo de los años hay algún espíritu curioso que quiera enterarse de lo que significó la neutralidad española, no hallará explicación más sucinta y acertada que la que entonces dio el Secretario, nuestro amigo, en la conferencia con que ilustró, en la confusión de aquella polémica, el entendimiento de los mismos que participamos en el sentir general de los francófilos. Su título revela la intención del conferenciante: *Los motivos de la germanofilia.*[1] No se fundaban sino en la negación de cuanto para nosotros significaban la cultura francesa y la inglesa, cuya influencia en España, como en todo el mundo civilizado, va unida al concepto liberal de la vida humana.

8. Don Luis de Hoyos Sainz.

9. El general Ángel García Benítez. Véase *Memorias,* I, págs. 102-103, del 13 agosto 1931.

1. Ver *Obras Completas,* I, pp. 140-157, y el artículo «La neutralidad de España», *O.C.,* III, p. 528.

Aquella conferencia y la discusión que se derivó en días sucesivos de la tribuna a los escaños del salón de sesiones, determinó, en terreno más asequible al gran público que la puramente literaria sobre Alcalá, la situación predominante del Secretario como tal ateneísta.

Vinieron a Madrid con ocasión de la propaganda desencadenada en los países neutrales por los beligerantes, deseosos de apoyar sus fuerzas respectivas en la razón moral, muchos hombres de ciencia y de letras y alguna que otra mujer. Para corresponder en su propio país a la atención que en el nuestro se les dispensaba y completar así la propaganda misma, invitaron los franceses a unos cuantos españoles distinguidos a visitar el frente de guerra. Asesoraban en ese respecto al Embajador y sus Secretarios diplomáticos, harto recluidos en la etiqueta del protocolo y su escuela del llamado gran mundo, los profesores del Liceo Francés establecido de antiguo en Madrid, más curiosos de la vida intelectual española que aquellos representantes oficiales de su nación. En la comisión invitada no podía faltar el Secretario del Ateneo. Presidíala a título de mayor excepción, porque la suya contrapesaba tantas defecciones de nuestra clase aristocrática, el Duque de Alba, que lo es antes de Berwick y que por descendiente del Bastardo de Inglaterra se tiene. A cuanto me dijo mi amigo a la vuelta de aquel viaje, los franceses daban el título de Alteza a Fitz-James Stuart —que así firma, pese al clásico Estuardo que escribiendo de su padre le discernió siempre don Juan Valera. Iban asimismo en la lucida compañía algunos académicos, como don Ramón Menéndez Pidal y don Jacinto Octavio Picón y unos cuantos escritores y periodistas catalanes, que procediendo directamente de Barcelona, hicieron gala constante de separatismo.

La guerra vista con los ojos de la cara, no con los de la imaginación, era triste, sí. Del viaje aquel trajo el Secretario del Ateneo, aparte las consabidas fotografías ante unos escombros, o un grupo académico en el obligado festejo convivial con la Comisión y sus acompañantes franceses, un curioso retrato suyo, tocado de un casco, cosa a la sazón de mucha novedad otra vez, y calzado de botas altas, contemplando los efectos del bombardeo sobre Pont-à-Mousson. Veinte años después, ejerciendo de cónsul en Ginebra, tuve ocasión de añadir comparativamente aquel retrato a las vistas tomadas en los tremendos bombardeos italoalemanes sobre Madrid, Barcelona y Guernica, en pública exposición de lo que han venido a ser los ataques de la aviación y la artillería sobre las poblaciones civiles, en la guerra del mundo que empezaba entonces por España.

La tristeza de aquella guerra no sobrepujó en su ánimo, sin embargo, las impresiones heroicas: de la «gran mutilada» de las catedrales o de la defensa inexpugnable que hacían los franceses de su suelo, enterrándose materialmente en él. Y si *Los motivos de la germanofilia* había sido antecedente lógico de aquel viaje, las breves páginas de otra conferencia en el Ateneo a su regreso, que componen el folleto sobre «Reims y Verdún»,[2] son su consecuencia, exaltada del razonamiento a la más alta y concentrada expresión del lirismo en prosa.

Visitó también, como era obligación, el cuartel general de las tropas expedicionarias inglesas, alojado en un castillo; años le duró el comentario de aquella organización, desbordada de provisiones, completando suculentamente el punto de vista deportivo en que los soldados británicos se ofrecieron a la contemplación de sus visitantes. Uno de los oficiales le sorprendió con la nueva de que las mejores guitarras de España se fabricaban en Ciudad Real. Otro oficial de mayor graduación le preguntó sin ironía: «Y en España, ¿están ustedes gobernados, como en Inglaterra, por hombres mediocres?».

Les obsequió también con una comida el señor Poincaré, Presidente de la República. El Secretario del Ateneo recordaba a menudo la fineza gala con que supo contestar a uno de los comensales, quien por ponderar el cristal de las copas o la porcelana de las vajillas dijo que de buena gana se llevaría una pieza: —«Lléveselas usted todas para no descabalar el juego».

Los italianos no quisieron ser menos e invitaron, a su vez, a los intelectuales españoles a visitar su frente de guerra en el Carso. Intervino en la preparación del viaje la Oficina de Propaganda en que yo colaboraba; pero mi poca categoría me relegó nuevamente en casa, no obstante el buen deseo del conde Ponzone que la dirigía, para que yo acompañase a mis amigos. Lo eran, en efecto, además del Secretario del Ateneo, el filólogo Américo Castro, el periodista y entonces diputado liberal Luis Bello y últimos y primeros Santiago Rusiñol y Unamuno. Oírle contar a mi amigo las menudas peripecias de aquel viaje, tema frecuente de sus conversaciones, era una delicia a cada vez renovada por la vivacidad con que lo describía.

Salió rezagado Bello de los demás y perdido el enlace de la frontera, telegrafiaba, para regocijo de sus aventajados compañeros, en ita-

2. Conferencia pronunciada en el Ateneo el 25 de enero de 1917. Incluida en *Obras Completas,* I, pp. 130-139.

liano macarrónico, al ver que no le esperaba el oficial —«Niente d'ufficiale». Nada de oficial. «L'Onorevole Bel-lo» llamó siempre el Secretario a nuestro común amigo en recuerdo del título que le dieron los italianos, por ser el que allí tenían los diputados. *Professore Uñamucco* nombraba equivocadamente a don Miguel Unamuno el guía que les tocó en suerte, cosa que el Secretario no se permitió recordar nunca al Rector de Salamanca, si siempre atrabiliario, mucho más en aquella excursión, según la referencia que de sus terquedades infantiles hacía mi amigo. No quería beber más que agua en las estaciones de la Costa Azul donde no la hay en venta como en España y prefirió abrasarse de sed a probar ningún refresco de los que abundaban al paso del tren. Empeñábase en ponderarles a los franceses, compañeros casuales, las virtudes italianas, que aquellos no tenían en tanto, y les recitaba versos de Carducci y Leopardi que no entendían. En compensación inútil, porque no podían enterarse ya los franceses aquellos cuando los perdieron de vista, en Italia todo se le volvía elogiar a Francia, recitando también, viniera o no a cuento, versos de Lamartine, Víctor Hugo y Baudelaire.

Por otra parte, parecía como si la expedición no tuviera para él mejor objeto que discutir de filología con Américo Castro, entonces con su barba negra y su tipo español para la exportación. No consintió Unamuno en ver Venecia, auténticamente a la luz de la luna, en la completa oscuridad de las ordenanzas guerreras. Para mi amigo fue una impresión inefable la que le hizo, monstruosamente desfigurada por las barricadas de sacos que ocultaban el maravilloso ornato de San Marcos y la Piazzeta, el Palacio de los Dogos y la estatua misma del *Colleone*. Tampoco hubo modo de que don Miguel interrumpiera su continua polémica filológica para dignarse mirar la catedral de Milán. Rusiñol, por el contrario, era asequible a todas las solicitudes de los sentidos y de la convivencia fácil. Dormía en un ambiente espeso de humo de tabaco, y no llevaba por equipaje más que un peinecillo roto con que alisaba el hermoso cabello blanco, no más que salpicado del agua que solía dejar incólume en el lavabo del hospedaje. No padecía por ello, milagrosamente, su simpática limpidez.

En el relato del Secretario del Ateneo, culminaba la incongruencia de semejante Comisión en la visita que hicieron a *L'Isola Bella* en el Lago Mayor. Los príncipes Borromeo, sus propietarios, quisieron tener en su compañía toda una tarde a tan ilustres españoles. Se avergonzaba mi amigo de la noble etiqueta sin correspondencia con que habían

sido recibidos, formada la servidumbre con sus libreas en el desembarcadero que daba entrada al palacio, en el umbral del cual la joven pareja que a la sazón ostentaba uno de los títulos más antiguos de la aristocracia italiana, y ya en el salón la Princesa abuela con los infantiles principillos. No queriendo atemperar su incorrección, que no independencia, a maneras cortesanas, Unamuno había accedido tan sólo a ponerse un cuello limpio sobre el alto chaleco de paño negro, que le daba a primera vista apariencia de pastor protestante. Invitados que fueron a visitar los jardines, perdiéronse unos de otros y a la hora en que habían de reunirse a tomar el té con los Príncipes, no había modo de encontrar a Unamuno ni a Rusiñol.

—Éste, todavía —aducía mi amigo en su descargo—, con su simpatía personal y con el aquel de artista bohemio, se hacía dispensar en seguida las faltas de educación, por lo bien que sabía luego entretener a las gentes con su charla y su *bonhommie* verdaderamente irresistible; pero ¡el bueno de Unamuno! Aquellas señoras, que estaban atentas a lo que pudiera decir el sabio profesor, apenas si oyeron su voz. Si la Princesa le preguntaba si quería una taza de té, se encogía de hombros y con un gesto característico suyo respondía: «Pchs». De modo que no podían saber si le gustaba o no. Para colmo, sentó en sus rodillas a las pequeñas princesas y sin hacer caso de la conversación general, que aquellos señores procuraban lo más agradable posible y dándose por enterados del saber y entender de sus invitados, se puso a hacerles pajaritas de papel. ¡A ti te parece!

Unamuno era muy hábil en cocotología, que así asegura en un tratado de su pluma que se llama ese arte para mí inexplicable.

En Milán, por primera vez en su vida, subió mi amigo en aeroplano. Unamuno por todo comentario, harto elocuente, y con la teatralidad que tanto menospreciaba en D'Annunzio, bendecía la tierra, al descender a ras del suelo. No debió quedar muy contento de aquella primera impresión el Secretario del Ateneo; sólo tres veces en su vida y una de ellas ante un peligro más acuciador, volvió a remontarse por el aire.

Admiradísimos quedaron todos del frente de línea italiano en territorio que era entonces austríaco. Ya habían llegado a Madrid precediéndoles unas crónicas prometidas por mi amigo al periódico *El Liberal* cuando la súbita noticia del desastre de Caporetto invalidó sus dotes proféticas basadas en tan inseguras probabilidades como puede proporcionar a un profano la simple vista de los campamentos y fábricas militares.

Aquella primera crónica, claro es, ni ninguna otra del viaje a Italia del Secretario del Ateneo, se publicó nunca.[3] Pero siempre conservó en la retina el recuerdo insuperable de la Cartuja de Pavía en la magnífica llanura lombarda enguirnaldada de vides entre los árboles, con el límite de los Alpes al fondo celestial del horizonte.

V. La Silla de Felipe II y el Jardín de los Frailes

No había vuelto yo al Escorial más que una vez desde mi salida del Colegio de Segunda Enseñanza que allí tenían y han vuelto a tener los Agustinos. Él creo que tampoco mucho, una vez acabada la carrera que cursó en el María Cristina del Real Sitio, vulgarmente conocido por la Universidad, aunque nunca y menos entonces lo haya sido efectivamente en punto a la extensión de sus estudios. Quisimos volver juntos al lugar de nuestros respectivos internados. Por mucho que la experiencia común nos hiciera aborrecer la pedagogía agustiniana, no advertía yo tanta animadvedsión en mi amigo como en mi ánimo propio, que en el recuerdo se proyectaba incluso contra la fábrica insigne del Monasterio. Él había logrado, afinando en el tiempo su memoria, exaltar sus impresiones puramente sentimentales a la inteligencia de la magnífica arquitectura herreriana, por el paisaje que le da fondo.

Y aquellos tremendos cierzos que barren La Lonja, o las auras primaveriles que cargan de sensualidad el perfume de las rosas abiertas en exuberante respaldar sobre la fachada a que daba su ventana de colegial, no le producían la pesadilla que a mí. Aquella excursión con mi amigo me contagió de su comprensión afectiva. Se sentía enraizado en el centro de una España que tampoco pudo nunca decir suya. Le pertenecía menos que él a ella.

Iniciábase la temporada estival. Procuramos evitar el contacto de los primeros veraneantes, estúpidamente aborregados calle arriba y abajo en la angostura de Floridablanca y darnos a la solitaria contemplación, en compañía, del Monasterio con su fondo natural; del paisaje, al par severo y rico, con el Monasterio al fondo. La noche en el Hotel Victoria, todavía sin los huéspedes estables que lo colmaban en agosto, contribuyó a poner en nuestro afán la deleitosa ajenación propia del turista.

3. Algunas sí se publicaron: *Udine, Cadorna, Las trincheras abandonadas, Notas del viaje a Italia.* Incluidas en *Obras Completas,* I, pp. 158-166.

Pasamos la mañana en la Basílica solemne, en la vacuidad funeraria de los panteones reales, en la magnificencia pictórica de las Salas Capitulares. Más que por la simple vista, se me alcanzaba escuchando el discurso de mi amigo la majestad artística de aquella obra ingente.

Con referirme a su discurso, no quiero decir que conmigo ni con nadie, fuera de la tribuna pública, se explicara en términos ni con modales propios de la oratoria, lo que hubiera sido pedantería inconciliable con la naturalidad a que adecuaba sus expresiones. No, sino que al hablar, discurría propiamente y era un regalo oírle razonar su sentimiento ante el vario espectáculo de la Naturaleza o del esfuerzo artístico del hombre.

¡Cuántas veces no había yo atravesado el Patio de los Reyes! Pues nunca, hasta entonces, allí donde el borrachín *Pelea*, pintoresco cicerone, hacía gala de su erudición ante los pazguatos a quienes guiaba, me di cuenta, apenas entramos de la Lonja al atrio de la Basílica, de la proporción solemne que compone su numerosa armonía. Pocas palabras le bastaron para que mi contemplación pasara del recuerdo personal, rezagado en la zona más fácil del sentimiento, a la comprensión razonable, a la emoción inteligente del monumento ante nuestros ojos. Ciegos habían estado los míos. Mi amigo, sin alharacas expansivas, me descubría simplemente la perfección de aquella arquitectura. Todo ya fue nuevo para mí. Apenas si mi amigo necesitaba solicitar mi admiración, no desmedida, mesurada como corresponde a la grandeza escurialense.

Atravesamos la iglesia, afortunadamente desierta aún, sin la barahúnda del afán turístico, con apenas tres o cuatro beatas, inconsciente complemento de la fábrica, cuyo tamaño nos ayudaban a relacionar con la graciosa pequeñez de su compostura o su menudo paso, en la vastedad robusta de las naves que la claraboya del cimborrio corona atrevida. Con sincera enemiga a toda vulgaridad afectada, corregía en sí mismo y a los demás cualquier propensión al falseamiento ampuloso. Así, por evitar la demasiada gravedad de nuestras consideraciones, se dio a sus recuerdos de asistente, cuando colegial, a los divinos oficios de aquel templo insigne. A los de Semana Santa, sobre todo, y particularmente a las Tinieblas del Miércoles, y al que tenía por más bello y sugestivo de la liturgia católica: el del Sábado Santo, con la bendición del fuego nuevo a la puerta de la Iglesia y la procesión del *Lignum Crucis* —cuyo estribillo me repetía, canturreándolo sonriente en voz baja— seguida de la letanía de Todos los Santos, cantada en el coro y a

que da respuesta el pueblo abajo, en tanto los tres curas yacen en el suelo ante el altar; encendido luego al «Gloria» de la misa, que descorre los morados velos de la Pasión sobrepujada.

Al pie del púlpito, donde tantas veces habíamos escuchado sin emoción los trémolos en falsete, acompañados del negro revuelo de mangas perdidas, características del predicador agustiniano, me confesó su antiguo deseo, reiterado después muchas veces con la misma broma —lo que no excluye su sinceridad— de pronunciar un buen sermón. Quizá porque le parecían todos los oradores sagrados que había oído harto inferiores a cuanto piden tan señaladas ocasiones como tienen de restaurar ese arte religioso, perdido en la vaciedad y la rutina.

No faltó seguramente, en nuestro disgustoso comentario al lóbrego sepulcro real, el que todo el mundo solía hacer contando los sarcófagos de los monarcas: «No queda sitio más que para uno ya». Salimos pronto de los panteones. A su fea magnificencia, recargada en el de reyes de tenebrosos mármoles y bronces, trivialmente blanca en el de infantes, se añadía la sugestión, a media escalera de la regia tumba, de la puertecilla del Pudridero, nombre horrible que suscitaba en mi amigo un asco sin compensación. Subimos al Museo Capitular.

Pasando de largo ante el Claudio Coello, tan famoso como fríamente académico, de la «Sagrada Forma», entramos en el *Sancta Sanctorum* de la pintura escurialense. Quise llevarle derecho al Tintoretto del perro que siempre mira al contemplador, único precio que los benditos frailes estimaban ante sus alumnos, ponderándoles uno de los más bellos lienzos del gran veneciano. ¡Qué distintamente acerté a verlo con mi amigo no más querer comunicarle mis descubrimientos de pocos años atrás en la maravillosa Italia del Robusti, del Veronés y el Tiziano! Él me llevó luego a la muestra preclara en aquella colección, del heredero directo del Tintoretto en España, del Greco sin par, que resumiendo en su pincel el hieratismo bizantino de su origen, halla en Venecia la noble maestría de su oficio y en la Toledo de su adopción el espíritu de sus extrañas creaciones. Puestos en difícil competencia el «Entierro del Conde de Orgaz» y el «Centurión» del Escorial —mi amigo se extasiaba en el goce de aquellos amarillos y azules únicos, resaltantes en el cuerpo agigantado por la expresión ideal del protagonista— no era posible discernir la preferencia a ninguno de los dos cuadros.

Al atravesar el Patio de los Evangelistas, nos vino a las mientes el olor a la retama, al tomillo, a las flores tempranas que alfombraban la procesión de las palmas el Domingo de Ramos.

Pasamos al Palacio, donde los tapices goyescos decoran con lujo borbónico la frialdad trascendente de aquellos muros. Descendimos a las habitaciones de Felipe II y, asomándonos un momento, como debe todo visitante en obediencia al empeño del celador, al ventanillo sobre el presbiterio de la Basílica, los ojos de mi amigo volviéronse luego a la otra parte, a la reja de la habitación contigua a la alcoba del rey, que da al rincón del Jardín de los Frailes, llamado del Prior. Allí, en aquel miradero delicioso, a un tiempo recatado al abrigo del muro y abierto al horizonte hasta Madrid, se entendía mejor la católica contemplación del hijo de Carlos V.

En la Biblioteca del Monasterio, se detuvo, más que ante las vitrinas de los códices preciosos, a que viéramos el Felipe II de Pantoja. De chico, por llevar la contraria a la enseñanza admirativa de mis profesores, tal efigie del rey se me hacía repulsiva. No en vano la facilidad del anticlericalismo oponía al dictado que lo titulaba de «Rey Prudente» el calificativo protestante de «Demonio del Mediodía». Mi compañero de excursión no podía resistir que se resolvieran sin más ni más tantas cosas como constituyen la verdad, en el antagonismo primario de los lugares comunes. Creo que mirando el retrato de Pantoja fue cuando le oí decir por vez primera:

—¡Qué alemán indudable este rey que nos dan como prototipo español!

En mi colegio apenas si entramos. No hizo tampoco la menor fuerza a mi desgana no más pisar aquellos claustros fríos, el Paraninfo desolado o la lucerna contigua al refectorio, cargada del tufillo a condumio conventual de no sé cuántas generaciones hiposas de cocido flatulento. Salimos al campo.

Dimos en subir. No conocíamos la carretera de los Abantos. Protestó contra la prostitución del paisaje severo a nuestros pies, cuya sola réplica posible son la piedra de sillería y la pizarra, dispuestas definitivamente por el genio del arquitecto. La carretera ha fomentado la ascensión colonial del Escorial de Arriba, en casas de liviana apariencia, que trepan por el monte deshaciendo la austera composición del conjunto monástico.

Según subíamos, completaba el descanso del respiro a pleno pulmón con la vista cada vez más dilatada y los recuerdos más precisos de los «días de campo» del Colegio, inconfundibles en su memoria de mozo sano por el de las suculentas tortillas y los filetes empanados, que eran principal aliciente de tales vacaciones.

Triscando por los vericuetos que acortaban la carretera para bajar a «Los Pinos» dio con su humanidad en tierra cuan largo era. Me reí, exageradamente quizá, por aliviar mi susto y su daño, lo que le indignó de tal suerte que a punto estuvo de acabar con el contento mutuo de aquel día de fiesta. Recobrado y andando con más tiento y sin alardes en que yo era más ligero, paramos en el bosque de «La Herrería».

El alma se le explayaba con el cuerpo, entregado a la bienaventuranza de la luz, de los olores, del rumor del campo aquel, henchido del aroma de su primera mocedad. A pocos he visto nunca gozar tan plenamente y, al propio tiempo, con tan minucioso gusto, de los «sentimientos que despierta la vida del campo». No en vano la sugestión evocadora de este tema de la Sinfonía Pastoral de Beethoven acompañaba muchas veces sus divagaciones de silbante distraído, al azar de un paseo sin rumbo. Una vez más también, el espectáculo de su contento, de su sereno alborozo, bastaba a sobrepujar con una nueva sensación placentera mi angustioso recuerdo de los antiguos colegiales.

Apenas si hablamos ya aquella tarde. Ensanchando el aliento al perfume campestre, nos dejábamos ir hacia la Fuente de las Arenitas. Yo tenía empeño, sin saber por qué, en llegar a la Silla de Felipe II.

Al pie del montículo peñascoso, se resistía a subir. Insistí en mi terquedad sin motivo y conseguí que hiciera la pequeña ascensión al propio lugar de donde es fama que el Monarca Católico gustaba contemplar la obra magna de su propia sepultura, según la levantaban compitiendo con los montes que daban la piedra al edificio. ¿Qué oscuro sentimiento le hacía resistirse, con inconsciente pudor, a mi designio de tal asiento para su descanso del largo paseo que íbamos dando? Se sentó al fin y se rindió a la contemplación inagotable del momento: el propio Herrera había elegido aquel punto de mira para la justa visión a distancia de su construcción, destacada en el centro de tan vasto panorama. A menos que se atribuya a Felipe II en persona tan adecuada inteligencia de su voluntad.

Me di a exaltar un poco vanamente y por la reacción ahora contra las diatribas de Ortega y Rubio, mi catedrático de Historia en la Central, la grandeza efectiva de un rey que encontró el mejor trono para recibir la nueva de «la mayor ocasión que vieron los siglos» en el sitial al fondo del coro de la Basílica entre los frailes Jerónimos cantando el *Tedeum* de la victoria de Lepanto. Mi amigo no me siguió en el ditirambo; pero entonces ni nunca le oí negar el hecho histórico de la monarquía imperial, tan efectivo como imposible de reproducir.

Callado en el arrobo de aquella realidad en piedra, trascendida de la Naturaleza al orden artístico en su máxima expresión, fijó su pensamiento en la perfección que se ofrecía a nuestros ojos en aquella obra lograda. Tal era el Monasterio del Escorial.[1]

Puesto a recorrer los empeños, siempre truncados, del afán español y reduciéndolos a la arquitectura, que tenía por arte superior, quizás, al de la música, no hallaba torre mocha, palacio inacabado, plaza simétrica, ni piedra sobre piedra en el vasto solar de España que no fuera, en su entender, trasunto del enorme quiero y no puedo, cuando no del cáncer destructor que corroe la entraña española, haciéndola, si no infecunda, madre de abortos. El Escorial es obra acabada y de una sola inspiración. La única en nuestro suelo.[2]

De vuelta del paseo, nos asomamos a la Universidad. La impresión ahincada de su mano en mi brazo, decíame mucho más de su emoción sencilla, al señalarme la ventana de su cuarto de estudiante, que cuanto pretendía disimular siempre que el sentimiento le ganaba el ánimo. Al entrar en el patio, fue reconociendo las novedades, que, acomodándolo mejor a su destino, lo desfiguraba en cuanto al recuerdo del colegial. Había paseado mucho por aquel claustro bajo, sin la cristalera que lo cierra ahora, expuesto a la crudísima intemperie de aquellos inviernos atroces, de nieve agravada por la ventisca inclemente. Como del Colegio de Alfonso XII, salimos muy luego de allí, huyendo de nuestras propias sombras angustiadas. Pasamos, después de asomarnos al pretil de los Alamillos, al Jardín de los Frailes.

1. Existen en las obras de Azaña numerosas referencias a El Escorial. Basten dos como más significativas de lo que representaba para él: Escribe el 26 de julio de 1931: «Domingo campestre. Almorzamos Lola y yo solos en el hotel Victoria del Escorial. Visito mi Jardín de los Frailes, a pleno sol. Nadie, siempre en perfecta comunión con este lugar. La sinfonía es hoy grandiosa.» (*Memorias,* I, p. 60, Editorial Crítica.) Y el 2 de agosto de 1931: «En El Escorial, adonde me fui anoche con Lola, he pasado muy bien el tiempo. Hacía fresco; la luz, templada por nubarrones. Estuve por la mañana en la basílica, solo. Cantaban la misa mayor. ¡Cuántos recuerdos!, treinta y tres años han pasado. ¡Qué de cosas adquirí y perdí aquí! Alcalá y El Escorial: he aquí las raíces primeras de mi sensibilidad, como París fue más tarde la escuela donde se afinó.» (*Memorias, ibid.,* p. 59.)

2. «A San Quintín se debe la ocasión de fundar San Lorenzo de El Escorial. El monasterio es obra española, aunque no lo parezca por su rara perfección, su intensidad y la armonía de esfuerzos que publica. En España, cubierta de proyectos en ruinas, no hay otra obra de su grandeza concebida, trazada y hecha con tales orden y tino, sin desmayo, pegotes, cortes ni fracaso.» (De «El *Idearium* de Ganivet», en *Plumas y Palabras,* p. 33, Editorial Crítica.)

No es Pereda novelista de mi mayor gusto; pero pocas emociones tan fuertes en mi vida de lector como en un pasaje de *Peñas arriba,* en que su autor interrumpe la novela con una † señalando el momento infeliz en que la muerte de un hijo detuvo su pluma.

Quiero plantar otra aquí, con entrar en la memoria viva de mi amigo a la paz del Jardín de los Frailes. Título de una de sus mejores invenciones, que impresa queda, no he de traicionar mi recuerdo de aquel día con insinuar la vanidad, por mi parte, de una sugestión que el tiempo había de cumplir por los puntos de la pluma de mi compañero.[3]

Cruz y raya.

VI. Otros paisajes de fondo para su figura

La guerra trajo a Madrid, con otras especies menos deseables del cosmopolitismo internacional, una revolución artística.

De algunos años atrás databa la boga europea de los «bailes rusos». El Secretario del Ateneo los había visto en París y conservaba de ellos el recuerdo deslumbrador de la impresión que a todos nos causó su aparición en el Teatro Real. La neutralidad de la Corte española fue la ocasión de que viéramos en nuestros polvorientos escenarios aquella manifestación esplendorosa en que moría bellamente el teatro de gran espectáculo del siglo XIX.

En una noche de «bailes rusos» tuvo lugar en el regio coliseo, que decían los cronistas cursis, el primer chispazo antimonárquico. El público del «gallinero» que en el Real se llamaba «paraíso» hizo objeto a Sus Majestades de ostensibles muestras de desagrado, al retirarse del palco proscenio en que solían presenciar aquellas lucidísimas representaciones. Mi amigo y yo estábamos en «las alturas» por compaginar nuestro deseo de asistir a todos los programas nuevos con el precio de las localidades. A la pugna entre germanófilos y aliadófilos se añadía el disgusto de los militares por el favoritismo que el rey personalmente introducía en el Ejército. Este disgusto se tradujo en las Juntas de Defensa, presididas por un cierto coronel Márquez muy famoso por aquellos días. Se le atribuía la misma intención renovadora de los Jóvenes Turcos en Constantinopla; cuando no veleidades republicanas que engañaban las esperanzas de los españoles auténticamente liberales, cada

3. Ver p. 98, nota 3.

vez más desatendidos de los partidos y grupos así titulados al servicio de la monarquía.

No participó poco ni mucho el Secretario del Ateneo en el entusiasmo que las tales Juntas —eco vago de los pronunciamientos de la época isabelina— suscitaban incluso entre los reformistas. A su juicio, en aquel movimiento no había sino una cuestión familiar entre los que se consideraban preteridos y los privilegiados de la misma «clase militar», opuesta a las soluciones de una política verdaderamente nacional.[1]

La situación, dependiente, pese a nuestra neutralidad, de las contingencias de la guerra europea, se agravó por el constante menosprecio que hacían del Parlamento los gobiernos y el rey. Ello dio lugar a una Asamblea de Parlamentarios,[2] reunida primero en Barcelona y luego en el Ateneo de Madrid, bajo la presidencia del senador Abadal, catalanista conservador. Concurrió en primerísima línea don Francisco Cambó, en calidad de jefe reconocido de la *Lliga* regionalista de Cataluña. Salió espectacularmente de la reunión, luego de un discurso conminatorio a los poderes constituidos, llamado a Palacio en consulta de la crisis que acababa de producirse. Cambó no volvió ya de Palacio al Ateneo. Al día siguiente, juraba como ministro en el Gabinete Nacional presidido por don Antonio Maura.

No quiso entrar en el Gobierno Melquíades Álvarez. Su correligionario el Secretario del Ateneo, me confió su opinión, que había dado en el seno del Partido Reformista, contraria a la inhibición de su jefe en momento tan decisivo para el rumbo de la política española. Melquíades Álvarez aducía, en apoyo de su actitud inhibitoria, la exigencia de una condición inexcusable: la reforma de la Constitución. Era principio fundamental, *sine qua non,* de la colaboración, ofrecida pública-

1. Compárese con lo que escribe Azaña en 1924 sobre las Juntas de Defensa: «Combatían el nepotismo de los generales y el favoritismo del rey; pedían el mejoramiento técnico del Ejército. Traían un aire de oposición a lo constituido que las hizo momentáneamente populares. Para ser reconocidas cometieron un acto de indisciplina colectiva en 1917. El Gobierno se inclinó, pero las juntas no se atrevieron a tomar el poder. Para rescatar su acto de indisciplina, se ensañaron en la represión de la huelga general de agosto de aquel año; pretendían regenerar al país mandando desde la sombra (...) Trabajados por discordias interiores, cometieron injusticias increíbles, que en otro país de más sensibilidad política hubieran despertado un movimiento análogo al dreyfusismo.» (Del artículo «La Dictadura en España», *O.C.,* I., pp. 545-546.)

2. La Asamblea de Parlamentarios se reúne en Barcelona el 19 de julio de 1917.

mente por el reformismo, en la oposición o el Gobierno de Su Majestad. Creía, por otra parte, más oportuno esperar a que fracasara, como era fácilmente previsible, aquel Ministerio de retazos. Invalidados para sustituirle todos los partidos políticos, por lo mismo que Maura había exigido la participación personal de los jefes, sería entonces inevitable el acceso de los reformistas al poder con su programa íntegro. El Secretario del Ateneo opinaba que nunca se daría otra oportunidad tan favorable para intervenir en la gobernación del Estado y asumir la responsabilidad de un verdadero cambio de política. Ello no podía estarle reservado al híbrido Gobierno que Maura se había avenido a presidir. Correspondíale a quien pudiera alzarse con el santo y la limosna de una situación sin salida parlamentaria cuando se agotaran las escasas posibilidades del aparatoso y vacuo Gabinete nacional. Había, quizás, otra salida, no por falsa menos de temer, si el rey lograba ensanchar el ámbito de su camarilla militar con la alhesión personalista de los oficiales jóvenes. Empezaba Alfonso XIII a satisfacer sus limitadas ambiciones, con ascensos a cuenta de simulacros o tergiversando en victorias pírricas las derrotas del Rif. A juicio del Secretario del Ateneo, se podía sacrificar a la conveniencia de una acción política eficaz, unos principios que no eran tan intangibles, puesto que el partido reformista renunciaba a la constitución netamente republicana del Estado, en aras de una transigencia a que el rey no accedía con ninguna promesa explícita. Entrando en el Gobierno se podía abrir la brecha con la que adueñarse luego del poder legítimamente y ofrecer así a la monarquía y al país la posibilidad de un cambio en las costumbres públicas que evitara la revolución latente. No se preveía, a principios del verano del 17, el próximo incremento de la revolución rusa, contenida todavía en las apariencias falaces de la república de Kerensky; pero se advertían ya sus primeros efectos contraproducentes en la marcha de la guerra. La descongestión del frente oriental facilitaba la nueva ofensiva de los alemanes en Francia. Debilitábase la resistencia de los franceses, desgastada por la tremenda mortandad de las contraofensivas y la propaganda derrotista del espionaje en la retaguardia. Así las cosas, complicáronse sobremanera en España con la declaración de huelga general decretada por el Partido Socialista y la Unión General de Trabajadores en agosto de aquel año.[3]

3. El 10 de agosto de 1917, la comisión ejecutiva de la UGT declara la huelga general revolucionaria para apoyar la segunda reunión de parlamentarios contra la Monarquía, y la CNT apoya la huelga.

La huelga fracasó en lo que hacía a sus objetivos inmediatos; pero puso de relieve la fuerza de la clase obrera organizada. Por primera vez se manifestó nuestra burguesía con un alarde pre-fascista: *Pioneers* de la Unión Patriótica del general Primo de Rivera y aun de los Legionarios de la Falange, los jóvenes conservadores y algunos que no lo eran tanto en la dificultad de conservar las apariencias de juventud, hiciéronse «policías honorarios» contra los huelguistas. El Gobierno de Dato reprimió, con crueldad que parecía intolerable, los tímidos excesos de unos revolucionarios harto circunspectos. Detenido en pleno el Comité de Huelga, integrado por Besteiro, Largo Caballero, Anguiano y Saborit, sobre los cuatro apuntó —en el temor y el deseo de las gentes en pugna— la amenaza del piquete de ejecución.

Acostumbrábamos mi amigo y yo a deambular noctámbulos por los altos de la Castellana o las frondas de la Florida o la Moncloa, en busca del respiro ahogado en el tremendo vaho del horno madrileño por el estío. Aliviaba yo con aquellos paseos, que degeneraban por mi parte en manía neurasténica, las naturales propensiones de la edad, exacerbadas del morbo amoroso. Mi amigo me llevaba el genio, templando mis arrebatadas melancolías, sin pretender corregirme la voluntad, ni castigar mis vanos afanes con el ejemplo de su experiencia. La inquietud pública, la inestabilidad de las situaciones políticas, la nerviosidad y el desasosiego generales, cuando no el espectáculo de la estúpida diferencia ajena al tremendo azar que corría el mundo, por manera que se nos antojaba decisiva y por los siglos, acrecentaba nuestra insatisfacción personal. Nos refugiábamos en la esperanza de una dedicación artística y literaria, rehuyendo la torpe vulgaridad del ambiente. Pero tampoco él se las prometía muy felices en punto a lo propio que pudiera sernos el campo de las letras. Pese a mi poco gusto por la política, me dejaba llevar mucho más fácilmente de cualquier ilusión que no él, cuyo escepticismo tenía raíces más hondas que mi sentimiento. Así pues, me entregaba en seguida al entusiasmo, mientras él se imponía previamente el correctivo de la razón. Su cautela —se las daba de cauteloso— era sin embargo rápida. Y como instintiva.

Forzados nos habíamos visto a interrumpir nuestros paseos nocturnos por las afueras, ante el aparato militar, siquiera la declaración del estado de guerra no tuviera tan rigurosa efectividad como las ordenanzas piden. No era cosa de sustraerse a la agitación pública, aunque no tuviéramos papel que representar; ni menos encerrarse en casa a prima noche contrariando nuestra costumbre. Clausurados los cafés, lo

que invalidaba el intercambio de impresiones, nos dimos a recorrer las calles con la vana pretensión de interpretar a simple vista los acontecimientos que nos imaginábamos, lógicamente pero con error, dependientes de una sola voluntad directora.

Hablando solos —quiero decir el uno con el otro— que era la manera que ambos teníamos de monologar, y al cabo de muchas vueltas por el Barrio de Salamanca, subimos a su casa, de madrugada ya, aquella noche en que el eco lejano de los tiros sueltos en que se apagaba la batalla de los Cuatro Caminos entre los huelguistas y la fuerza armada ponía un estremecimiento dramático en el agobio bochornoso de agosto. No teníamos sueño, y aunque nada más podíamos decirnos, volvíamos sobre lo ocurrido y lo que podría ocurrir.

Nos asomamos al mirador, que por su altura sobre las casas, en suave declive hacia Serrano y la Castellana, columbraba un espacio de cielo estrellado a través de la neblina de la Vía Láctea. Pretendíamos adivinar en el azul el resplandor de las descargas por los altos de Chamberí.

Le estoy viendo, encendiendo el cigarrillo número no sé cuántos de aquella velada —en que quizá había roto, como otras veces, la abstención de fumar, que de cuando en cuando se imponía, para darse al tabaco otra vez, según las molestias de estómago y la pérdida de memoria que decía advertir, o la necesidad, con el café, de un estimulante para escribir, le inclinaba a contrariarse el gusto o dejarse ir tras él.

—¿Será posible? —dijo al cabo de la pausa que la pesadumbre nocturna parecía insertar en la vaguedad de nuestros pensamientos—. ¿Será posible que fusilen a Besteiro?

Era natural que nuestra protesta contra el destino atroz que se cernía sobre su cabeza y las de sus tres compañeros, se concretara por modo particular a la intención del catedrático su amigo. Yo le conocía de lejos, por los de la *Institución*, que lo eran míos de pocos años a la fecha. Tampoco él, sin embargo, le había tenido en mucha intimidad.

Entonces le oí, en pocas palabras sencillas, algo que ya no sé repetir acerca del «respeto a la vida humana» como deber elemental de una sociedad civilizada.

Achacaba ya a la guerra la subversión de los valores morales característicos del progreso liberal. Y, aficionado a reverdecer las palabras corrientes en su sentido primero, la liberalidad sustantiva se le hacía más evidente al llamar Cervantes liberal al generoso enamorado de una

de sus novelas ejemplares que en el liberalismo adjetivo de los políticos de la Restauración.

Antes de la guerra —la gran guerra del 14— Europa y el mundo entero se escandalizaba ante los tormentos de Montjuich o el fusilamiento de Ferrer. Él gustaba recordar entre sus memorias, no tan lejanas todavía del París de su dilección, un mitin al que asistió de espectador curioso en pro de los armenios sacrificados en una de tantas matanzas como les hacían sus opresores los turcos.[4] Allí hablaron, en su lengua nativa incluso, que nadie entendía, los más dispares representantes del vagabundismo en la Ciudad-Luz; él mismo había contribuido con un óbolo modesto a la cuestación con que se cerró el acto. Sonreíase irónicamente con la filosófica confianza de su escepticismo, que negando como tales verdades las que se tienen por inconcusas durante una o varias generaciones, afirmaba día por día su fe en una moral obtenida de la conciencia propia.

Vencido el movimiento subversivo y condenados a presidio los dirigentes socialistas, respiramos todos seguros de que de allí a poco, como así fue por más que no les pareciera tan poco a los presidiarios, una amnistía los había de volver a la vida libre.

Volvimos nosotros a la nuestra descuidada con tal cual asomo a la cosa pública, en los coletazos de aquellos sucesos. Imborrable recuerdo el de la intervención de Melquíades Álvarez en un mitin de la Casa del Pueblo. El Jefe del Partido Reformista se había pronunciado, durante la huelga general, en pro de los mineros de Asturias.

«Lo he dicho en la Cámara Regia.» Mi amigo el Secretario del Ateneo se reía de la imitación que yo hacía del acento tribunicio de su jefe y parodiaba a su vez la ponderación de uno de sus correligionarios: «Hízome llorar a moco y baba.» Y fingía el dejo asturiano del panegirista, entusiasmado con exceso, a su pesar, que no en vano presumía de la modosidad y circunspección convenientes a un institucionista como él.

Mi amigo tenía en poco la capacidad propiamente discursiva de su jefe; pero admiraba sus facultades naturales de orador,[5] principalmente

4. Véase «El hospicio de los descontentos», del 16 de enero de 1912, en *O.C.*, I, pp. 95-98, de circunstancias muy parecidas a lo que describe Cipriano Rivas Cherif.

5. «Era el gran orador (y lo es maravilloso).» (*O.C.*, III, p. 819 del 20 de marzo de 1915.) «Al final habla Melquíades. Una arenga dedicada a Azcárate y principalmente a los aliados, perfecta de forma, de entonación, de brío. Es un orador formidable.» (*Ibid.*, pp. 826-827 del 14 de mayo de 1915.)

su magnífica voz de pecho. —«¿Cómo decís vosotros los que entendéis de eso?» —me decía son sorna—, «¿De barítono?». «De tenor dramático», respondíale yo, siguiendo la broma y corrigiéndole justamente la apreciación. Le gustaba la correcta pronunciación y su castellano fácil, pero echaba de menos un caudal mayor de conocimientos que los que demostraba en la vacuidad de sus digresiones o en la pobreza de sus referencias. No tenía Melquíades Álvarez buen gusto literario, condición que constituía en mucha parte el precio de la de mi amigo, cuyo sincero horror por la garrulería no le quitaba nada a la intención de prestar la propia voz a la del pueblo.

Seguimos, pues, gozando en compañía los oros del otoño en las tardes del Retiro, donde le hacía protestar con vehemencia la poda brutal que un famoso jardinero del Ayuntamiento operaba crónicamente en la martirizada arboleda, sin que nadie le fuese a la mano. Hay un momento, particularmente espléndido en la magnificencia sangrienta de algunos ocasos madrileños: el de ponerse el sol al fondo del arco de la Puerta de Alcalá. Muchas veces, yendo de su casa al Ateneo, embutido él en un gabán azul marino, las manos en los bolsillos, la cabeza, un tanto insolente, metida en el cuello del gabán, alta la mirada, afeitado el bigote que fue gala de su mocedad, ligero el andar, nos deteníamos un punto para contemplar el espectáculo celeste; y seguíamos calle abajo, a comprar al paso castañas asadas en el puesto de La Cibeles junto a la Casa de Correos.

—¡Mira tú qué cosas! —solía decirme todos los años a primeros de octubre. —Ya he soñado que estaba en El Escorial. Todavía me pasa desde que salí del colegio.

Otras veces, la sugestión del tiempo le hacía evocar la cursilería pintoresca del Madrid fin de siglo.

—¡Las hojas...! —exclamaba con expresión cómica de amanerado sentimentalismo, dando con el pie a las que el viento arremolinaba a nuestro paso. —¡Las hojas!... Es lo que decían los jóvenes cuando se llevaban los abrigos entallados, los gabanes-levita.

A menudo, tomábamos el tranvía 11, hasta Rosales, preferiblemente los días de trabajo, sin gente dominguera que levanta tanto polvo al arrastrar los pies en su lento paseo. La vista sobre la Casa de Campo y la sierra, le confortaba. Eran tema propicio a sus observaciones de «Paseante en Corte» que luego se llamó a sí mismo, la severidad del Pardo con sus grises y verdes plateados del paisaje velazqueño, la nitidez de los contornos, la concreción de las figuras, la definición del

bulto en la atmósfera nítida, eminente en la colina sobre el río la masa del Palacio Real, horrendamente emparejado de unos años a la fecha con el Seminario, abrumador engendro capaz por sí solo de aplastar la silueta goyesca de las Vistillas. Seguíamos frecuentemente por el Parque del Oeste, arriba y abajo, rehuyendo tras de los árboles, tan crecidos en pocos años, el disgusto del monumento resistente a rayos y centellas y bombas del cielo injusto y de los hombres torpes. Andarines probados, bajábamos por la antigua y deliciosa pineda de la Moncloa, arrasada sin piedad ni gusto y, lo que es peor, sin necesidad por los alineadores de la Ciudad Universitaria, y atravesando la plazuela del palacete, paseábamos por las escaleras de los jardincillos pensiles al paso alto de la Florida, para tomar el tranvía de vuelta en la cochera próxima a la ermita de San Antonio, sólo la primitiva todavía, y sobre todo sin el cabezudo esperpento con que después un escultor, de buen oficio en otras obras menores, quiso evocar al Goya de los frescos.

En el camino de la Florida, se dolía siempre de la barbarie de los ingenieros agrónomos y de quienes allí llevaron los campos de experimentación de su Escuela, que tan amplios puede tenerlos al Este de la capital, acabando con las arboledas y jardines de que no queda sino tal cual rincón de muestra.[6]

—Esto, ya se ve, y yo he visto todavía mucho más, era igual a Aranjuez.

También se me cumplió con el Secretario del Ateneo, el gusto particular que siempre he tenido en compartir un día en los jardines de aquel Real Sitio, con el amigo, la novia, y aun la amante volandera,

6. Compárese con lo que dice el 8 de noviembre de 1931, cuando va a visitar las obras de la Ciudad Universitaria con el doctor Negrín: «Mi sorpresa ha sido grande cuando al llegar al final de la calle de la Princesa me he encontrado con la desolación de la Moncloa destruida (...) Toda esta parte de la Moncloa, con el paisaje hasta el río, era bellísima, dulce, elegante; lo mejor de Madrid. Ya no queda nada: "una gran avenida", rasantes nuevas, el horror de la urbanización.

»Yo veía con gusto que se hiciese la Ciudad Universitaria; pero no podía imaginarme que en esta parte anterior de la Moncloa fueran a hacer tamaño destrozo. Ni podía imaginarme tampoco que la destrucción me causara tristeza; porque realmente he estado triste toda la mañana, y aun ahora no se me ha pasado la impresión. ¡Cuántas tardes de otoño, pasadas en aquel lugar! Su punto perfecto era en otoño. Finura, suavidad, grises admirables. Y aquella luz serena, cariciosa, melancólica. Si Madrid fuese un pueblo artista no se hubiera dejado quitar la Moncloa (...)

»Hoy he advertido cuánto me gustaba. Allí aprendí yo a emocionarme ante el paisaje (...).» (Manuel Azaña, *Memorias,* I, p. 274, Editorial Crítica.)

que para la amistad, el cortejo y el placer es Aranjuez el escenario apropiadísimo.

Prefería yo la melancólica soledad del Jardín del Príncipe a la gracia más recortada del de la Isla. Soliviantábale a él la docilidad con que se acepta el lugar común de la imitación versallesca que se supone en el trazado de Aranjuez. Sí, Aranjuez y la Granja son remedo de Versalles no más de lo que Felipe V o Carlos III hayan podido imitar al Rey Sol, su ascendiente máximo. Se reía de la propensión modernista, nefasta, en los demás cuanto preciosa en Rubén Darío, inspirada no en la magnificencia de aquel bosque cultísimo, sino en el recortado laberinto o en el pradillo blando al pie breve —angustiado en el alto chapín— de las falaces zagalas del Petit Trianon.

1918 - 1920

VII. La primera campaña electoral

En el seno mismo del Partido se alzó alguna voz, porque en las elecciones convocadas por el Gobierno Liberal [1] en que desembocaron varias crisis, se le atribuyera a mi amigo un puesto entre los candidatos reformistas. Su designación para Puente del Arzobispo, en la provincia de Toledo, no era, ni mucho menos, un regalo. Representábalo un don César de la Mora, hombre riquísimo, pariente de Maura, que de muchos años detentaba aquel cacicato con su diputación en el Parlamento. Cualquiera que fuese el pacto electoral que los reformistas pudieran acordar con el ministro de la Gobernación, no había modo de contrarrestar en el distrito la omnipotencia de quien partidarios y adversarios tenían por invencible. A nadie, mucho menos a mi amigo, se le pasaba por la cabeza que su candidatura le valiera sino de fogueo.

El acceso al Congreso se lograba más fácilmente inscribiéndose en uno de los partidos turnantes descompuestos ya a la verdad, cada cual en dos y hasta en tres grupos, dentro del mismo ideario, o por mejor decir, de la misma etiqueta y sin más fuerza en la masa de electores que la que le daba la viciosa subversión del régimen. El Gobierno convocaba las elecciones y, concretamente obrando por él el ministro de la Gobernación, encasillaba a los candidatos, designando previamente, con los jefes de la oposición, a quienes habían de representar esta ficción constitucional. El margen de sorpresas era muy limitado y rarísima la eventualidad de un triunfo auténtico discernido en las urnas. Las campañas electorales lo eran mucho menos de exposición doctrinal ante los votantes, que de intrigas, influencias, solicitaciones

1. Elecciones convocadas para el 24 de febrero de 1918.

y sobornos con que se trabajaba la desengañada voluntad del elector, en los medios rurales sobre todo. Si, todavía, en un Congreso así constituido, los diputados tuvieran, aun dentro de la disciplina de cada partido o grupo, cierta iniciativa personal en la discusión de las leyes, cabía atribuir al Parlamento el valor de una tribuna con más eco en el ámbito nacional que la del Ateneo.

Ése era el deseo de los admiradores del Secretario, y no mayores sus esperanzas. Sabía que ni eso era previsible. La mayoría gubernamental estaba, en parte, compuesta de íntimos familiares y clientes de los viejos que, en un a modo de escalafón riguroso, administraban la política como patriarcado vergonzante. Nadie osaba transgredir las normas impuestas por el respeto abusivo a las conveniencias de un sistema que tenía poco que ver con su modelo ideal y con las prácticas parlamentarias más elementales.

Hubiera podido mi amigo, no más terminar la carrera, insertar su actividad, descuidada de semejante afán, en la política al uso. El Marqués de Ibarra, gran propietario por aquellos términos de la Alcarria próxima a Alcalá, dispensaba protección y prebendas, que se obtenían muchas veces con sólo doblegarse a solicitarlas. Más se inclinaba su hermano mayor, al tomar posesión de la hacienda paterna, a la política conservadora, conveniente a un interés discreto de familia y de clase. No cuajó en ninguno de los dos tal veleidad de señoritos, harto pagados de su independencia para someterse a la disciplina de un turno de espera. Su primera estancia en París despertó en el Secretario del Ateneo no digamos que una ambición política suficiente para llenar inconcretos afanes; pero sí la afición que el espectáculo que la vida pública francesa legitimaba, sin acicate de recompensa, con el estímulo de una satisfacción netamente democrática: la de participar en el Poder Público. Incapaz de hacer cola en antesalas de ministerios o formar en el corro del jefecillo en el Salón de Conferencias del Congreso, no era irreductible a la sugestión de cuantos veían en el polemista del Ateneo al parlamentario nato. Que el jefe de su partido le distinguiera menos que otros, fue acaso lo que, en reacción contra su indolencia, le movió a aceptar la ocasión que se le ofrecía, aun sabiéndose de antemano condenado al sacrificio electoral.

Ni remotamente podía competir con el dinero de su contrincante. La ruina de su casa le invalidaba para tal cosa, por lo demás contraria a su manera de entender la profesión política. No había podido hasta entonces, ni pudo hasta mucho después, plantearse la cuestión tal y como

es: el logro del mando. Le iba hallando el gusto al medio, sin reparar en el fin, con vocación contraria a la del jesuita, según la aceptación vulgar que atribuye al jesuitismo la justificación de los medios por los fines.

Necesitaba algún dinero para los gastos imprescindibles de la elección. Tampoco lo tenía, sujeto por decoro propio al sueldo de su carrera, en parte empeñado, por atender al interés usurario del préstamo a que acudió en ocasión ya dicha de la pérdida de su fortuna.

Nunca supo bien quién fue o quiénes fueron los que, de su partido, le procuraron las pocas pesetas necesarias para presentar su candidatura. Se trataba de establecer el contacto con los escasos reformistas de la provincia de Toledo, sentando las bases de la oposición al diputado en propiedad, apoyado en los caciques rurales, dueños de los ayuntamientos del distrito. Se organizó convenientemente la propaganda electoral. Acompañándole fue un su amigo y profesor de la Escuela Superior del Magisterio. Unía el buen señor a la condición de correligionario —reiteradamente sacrificado también en fallidos empeños por la representación de Santander— la del conocimiento del país. Había sido catedrático del Instituto de Toledo, al mismo tiempo que Besteiro. Mucho tiempo le duró la broma con que recordaba aquella excursión y de ella especialmente alguna que tuvieron que hacer en burro de un pueblo a otro. Ponderando el candidato las dotes suasorias del candidato profesor, nos lo pintaba pretendiendo convencer, con razones más que con vergajo ni vara, a su asnal cabalgadura, de que no fuera por las lindes «siguiendo la línea de máxima resistencia», lenguaje a que el animal no se mostraba muy sensible. El profesor se reía con él. Pintándome el atraso y la miseria de no sé qué venta o mesón a la entrada de un poblacho, me repetía la contestación que le fue dada al preguntar qué había de comer: «Lo que ustedes traigan». En otro lugarejo de la serranía, se alumbraban con teas, como el hombre de las cavernas.

Propietario por aquellas tierras, era otro joven ateneísta muerto después en los albores del triunfo republicano. Cedo a su memoria la ventaja en punto al descubrimiento para con los demás del Secretario del Ateneo en tanto que político. A Martí Jara[2] se debe la decisión de la fortuna que había de trocar en hombre público al que yo acababa de descubrir como gran escritor y en cuya suerte literaria cifraba la convivencia de nuestra amistad. Martí Jara le proporcionó entonces, en

2. Véase página 129, nota sobre Martí Jara.

el pueblo donde tenía cierta influencia, los votos de sus amigos, entre los que contaba la sin par Cristeta, lugareña medianamente acomodada por quien siempre tuvo mi amigo la estimación que merecían su buena gracia y donosura, su largueza, traducida en regalos suculentos en las ocasiones señaladas, su buen sentir natural, avalorado por la experiencia política; esa discreción, en fin, característica del pueblo español. Él sabía catar muy bien su personalidad inconfundible, a través de los grandes tipos a que sirven de fondo tantos paisajes de nuestro suelo.

Esencialmente castellano y por ello tan genuino español, gustaba de las vegas del Duero, del Tajo, del Ebro, del Henares y Jarama, en que se concentra la nacionalidad capital, y de los hombres llanos, que las labran y cultivan. La Sagra de Toledo y los campos que se extienden al pie de Gredos y de Oropesa a la raya de Extremadura y Portugal, entrándole por los ojos de la cara, le abrían los más profundos de la imaginación, en él siempre viva y despierta. De aquel su primer viaje a su distrito, que nunca llegó a serlo, trajo el descubrimiento para sí de la región que llaman La Jara, asiento indudable del segundo apellido de nuestro amigo Martí, donde tenía la Cristeta una especie de matriarcado ejemplar.

No pude acompañarle entonces a aquel primer viaje electoral. Él me consolaba con exagerarme las molestias, más que el agrado, de una ocasión que contrariaba un poco el horóscopo que yo le hacía. Tampoco la contrariedad era tanta. Por muy celoso defensor que fuera yo de su integridad literaria, no podía sospechar de su afición que la política bastara a entretenerle el ocio divino en que se cuaja la creación artística.

Tuve que contentarme, como en los viajes al frente de guerra, con que me contara lo que no había podido ver con él. Aunque siempre he tenido una impresión personal de las cosas distinta de la que suele dar la referencia ajena, cuando era él quien me las daba salía ganando. Suya era esta muletilla consoladora: «Así, no nos lo han tenido que contar», que me hizo adoptar para resarcimiento de cualquier percance experimentando en nuestra vida. Sin que se propusiera exaltar la realidad, con explicarla nada más, sus relatos eran una obra de arte.[3] Se

3. «Hablar es un placer de los más vivos que se ha procurado la inteligencia. Como otros grandes placeres, el de hablar es contagioso y comunicable; mejor dicho, el placer personal de quien habla se halla sujeto a la condición de suscitar un placer correlativo en los oyentes: el placer de ser hablado.» (*Cervantes y la invención del Quijote, O.C.*, I, p. 1.097.) Véanse, como ejemplo de narración que

reía mucho de los míos, y años después, de los de mi hermana, tan exagerada, según él, como yo. —«No sabéis hablar —nos decía—; representáis.»

Entonces conoció a mi tocayo el señor Cipriano, de quien me habló luego tanto como me había escrito al punto de saludarle, pintándomelo con el arreo rústico que correspondía a su condición, trajeado de una zamarra o pelliza de piel de cordero sin teñir, tal cual la albura de su ingenuidad campesina. Contemplaba en él un ejemplo redivivo de los personajes cervantinos que se complacía en frecuentar releyendo el Quijote y las novelas. El señor Cipriano y algunos paisanos suyos, amigos de aquella fecha del candidato, tuvieron en el contraste de los años la mención que su pluma debía a tal amistad. La estimaba en todo lo que valía y mucho más de lo que ellos mismos en su digna modestia pudieran creer. Más influyente que la Cristeta y el señor Cipriano, se le mostró particularmente servicial y solícito un propietario que malbarataba su hacienda en la lucha política. No era bastante su influencia, sin embargo, para contrarrestar la del principal apoderado de César de la Mora, personaje galdosiano, hasta en su nombre de Platón Páramo. Había hecho casi toda la fortuna que su fama lugareña le atribuía, en el comercio usurario —aparte el de la usura tal, de prestamista con altísimo interés— de la compra-venta de antigüedades, so capa de coleccionista aficionado.

El Secretario del Ateneo perdió la elección; pero volvió a Madrid con una experiencia que dejó huella imborrable en su actuación política años más tarde. Con poco podían contar a la sazón los reformistas en el distrito, y con poquísimos los republicanos, pese a la breve historia revolucionaria de la vecina Talavera de la Libertad, como se tildó a la caída de Isabel II, la que en día de nuestra República se había de llamar, más adecuada y simplemente, Talavera del Tajo. Contaban ya por mucho las organizaciones socialistas. La lucha de clases y más concretamente aún la batalla en pro de la propiedad privada o por la comunal, se traducía en el término de Oropesa, cabeza de partido y pueblo más importante que la sede capital del distrito, en un pleito secular. Del siglo XVIII acá ha estado en litigio la legitimidad o no con que los derechohabientes sobre extensos territorios vinculados al

---

más nos podemos imaginar que se acercaba a la narración hablada, la que hace de su excursión a Betanzos en su carta a Cipriano Rivas Cherif del 27 de agosto de 1924.

antiguo linaje de Frías se los disputan a los bienes de propios del Común del Concejo. Por tales los reclaman, con el Ayuntamiento, los directamente perjudicados en el despojo. Para el empleado técnico en la Dirección de los Registros, no había duda: la razón estaba por entero del lado del pueblo. La conciencia de esa justicia, se nutría luego del sentimiento establecido en la comunicación inmediata del candidato con sus denostados electores. También ellos sabían que no la primera, ni tal vez la segunda, era la de vencer. Le ayudaron incondicionalmente.

No por eso se dejó llevar mi amigo del entusiasmo que su viaje despertó en quienes pudieron verle y quisieron oírle. Todo estaba por hacer. No bastaba con la buena voluntad.

VIII. Haciendo camino

Don Rafael Altamira, el respetable catedrático de Historia, a título de su hispanoamericanismo llamó al Secretario del Ateneo para pedirle el nombre de un muchacho de cierta discreción. Un profesor norteamericano, de paso para Italia, pensaba dar unas cuantas conferencias en algunas poblaciones del norte, durante el verano que ya se anunciaba. Había que preparar el viaje del conferenciante, en punto a lugares, ocasión y públicos oportunos. La Embajada de los Estados Unidos ofrecía los gastos de viático y estancia en las poblaciones que el organizador estimara adecuadas y por el tiempo preciso. No había mucho que perder. Mi amigo me lo propuso y con ello su compañía, si adelantaba un poco la licencia que el Ministerio daba a sus empleados, para un corto veraneo.

Salimos, como estudiantes en vacaciones, muy contento yo de procurarle a él con mi aceptación un motivo más de rejuvenecer el ánimo, un tanto agobiado cuando llevaba varios meses seguidos de asistencia a la oficina. Nuestra primera etapa era La Coruña.[1]

La bella ciudad nos recibió alegremente, con el simpático bullicio de su calle Real y la reverberación del sol cabrilleando en miles de cristales de sus miradores a la bahía risueña. Llevábamos cartas de presentación para el alcalde, republicano por más señas, y para otras personas de significación, que pudieran servirnos al objeto de nuestro viaje y el consiguiente del profesor. Alternábamos las visitas, recorriendo la

1. Véase Manuel Azaña, *O.C.*, III, pp. 831-832 del 26 y 27 de junio de 1918.

ciudad, con los paseos ociosos y las tertulias después de cenar, junto al kiosco del muelle. Allí se reunía la gente, anticipando un tanto las veladas estivales, cuando la lluvia no nos obligaba a refugiarnos en un café.

Una de las primeras observaciones a que me llamó mi mentor fue la de que La Coruña estaba mucho más cerca de La Habana, y aun de Buenos Aires, que de Madrid. Constantemente se oía hablar de una u otra capital, sin hacer referencia a la distancia, con relación a los familiares y conocidos que cada cual tenía del otro lado del «charco», como si el charco fuera en efecto la ensenada del puerto que teníamos delante. Los días de «paquete», que es como con términos marineros llamaban nuestros contertulios al barco correo de las Antillas o de la América del Sur, y los primeros de mes, propicios al «giro» de ultramar, veíase una cola larga de gente, mujeres aldeanas las más de ellas, esperando a la puerta de la Banca Pastor el cobro del buen dineriño con que el emigrante sostenía a la familia que quedó al cuidado de la vaca en el prado de la pobre tierra que labrar; alimentando, en suma, la esperanza en la prosperidad.

Cuando tuvimos arreglado lo concerniente al acto de propaganda cultural del catedrático americano, seguimos nuestro camino a Santiago de Compostela.[2] En Órdenes nos salió al autobús una procesión de pobres como sólo Valle Inclán ha sabido inventar en la bárbara realidad de su país de ensueño. A mi amigo, más que el ambiente pintoresco a que propende el turista fácil, le sobrecogía la arquitectura imponente que la ciudad entera supone. Tuvo que rendirse conmigo, sin embargo, a la fuerza de una escena que hubiéramos creído preparada para el viajero, al no darse por modo tan natural y sin otros espectadores que nosotros dos, el azar de nuestro encuentro con un entierro que subía estrafalariamente una cuesta contigua a la Catedral. Estrafalariamente digo, porque detrás del cadáver y de los curas, cojitrancos por los accidentes del piso, iba una cohorte de plañideras, sentidos familiares del muerto o alquiladas para el duelo ritual.

En el alto que hicimos en Pontevedra, camino de Vigo, me señala el irrisorio alarde del canal al mar en que se había empleado el caciquismo local con el empeño de tener un puerto inútil y abortado, a ojos vistas, en un dispendio de millones.

En la obligada excursión a Marín, pasamos por delante de Lourizán,

2. Véase *Ibid.*, pp. 833-837 del 28 de junio de 1918.

la finca de *Monteiro* como mi amigo llamaba al viejo político Montero Ríos. En el maravilloso remanso de la ría donde vimos anclado el viejo acorazado «Carlos V», fue donde por primera vez y ante una casa entre los pinos de nombre *Maricel*, le oí formular un deseo, repetido en el trasunto de los años en otros lugares, de afincar en un retiro propicio a la soledad de la naturaleza y al trabajo ocioso —que no es paradoja—. Dos pruritos le solicitaban de continuo, completándose en un mismo sentimiento; el de derribar y el de construir sobre lo derribado. Y ya fuera la casa de sus padres en Alcalá o el Ateneo, o la piedra donde se sentara al borde del camino, no bien se paraba a contemplar el oasis o el páramo, la ruina o el edificio cabal, siempre se le ocurría echar abajo lo que no fuera un árbol, tapiar la puerta o abrir el muro, abatir el caserón y levantar la torre caída, de manera suficiente para colmar su afán de contemplación activa.

No más llegar a León fuimos a la Plaza de la Catedral, vagamente iluminada. No fue sin embargo la catedral gótica, ni la fachada renacentista de San Marcos, lo que nos reveló la fuerza histórica del reino de León. San Isidoro fue.[3]

En el sepulcro románico de los reyes leoneses, que allí tienen panteón más severo que Austrias y Borbones en El Escorial, sentíase mi amigo penetrado del sentido perenne de una monarquía, cimiento de la gran República española de Ambos Mundos, triunfante en el idioma.

Arreglado que hube la conferencia del profesor en Gijón, nos dimos a correr Asturias rápidamente.[4] Mi compañero sentía predilección por aquel paisaje de valle húmedo y hondo. Decía que le consolaba. El verde profundo y el gris de la neblina, que difuminando el panorama lo suavizan y ablandan, le compensaban del implacable cielo limpio de la meseta esteparia en los terrenos del barbecho, y del rastrojo amarillo en el llano.

Fuimos a Covadonga, donde la falsa piedad patriótico-religiosa aminora, con una Basílica de escribanía y una cueva escenográfica, la naturaleza épica de aquellos montes. Dejamos tarjeta, como era uso ridículo, en la caverna donde es fama se refugió Pelayo del alarbe invasor. Sin tiempo para recorrer la zona minera, me llevó a San Esteban de Pravia, que era lugar de su predilección. Y volviéndonos a Oviedo seguimos a Santander, donde ya nos desentendimos de cuantos no nos era obligado ver so pretexto de nuestro viaje.

3. Véase Manuel Azaña, *O.C.*, III, pp. 839-842 del 2 de julio de 1918.
4. *Ibid.*, pp. 842-849 del 5 de julio de 1918.

De Santander hicimos una escapada, por San Vicente de la Barquera, Unquera y la garganta de la Hermida, a los Picos de Europa, por la parte de las minas y el lago, adonde subimos a caballo, rebosante él de contento con aquellas expansiones. A la vuelta nos detuvimos en Santillana. La belleza de la Colegiata le hacía indignarse contra la gárrula inanidad de una novela, malamente inspirada en aquel escenario, obra que tuvo cierta fama y se la dio efímera a uno de los escritores de nombradía más infundada en el mérito: Ricardo León. Entramos en la Cueva de Altamira. El Secretario del Ateneo me exaltaba, por encima de toda consideración arqueológica, la perfección de aquellas pinturas, sólo comparables a las obras maestras de cualquier época definida de la Historia.

Pasamos a Bilbao.[5] Nuevos amigos nos esperaban y con ellos más suculentas comilonas que en Oviedo. La ría y sus orillas industriosas producíanle a mi amigo más efecto que la Villa sentimental de los bizcaitarras. Presumía burla burlando de una abuela vasca y otra catalana,[6] pero su castellanismo neto le daba el sentimiento de la unidad española. No la cifraba precisamente en el concepto estrecho de los Borbones, degenerado el sentimentalismo real de su monarquía, sino en la idea, francesa también por lo fundamental de la Revolución, de que la Libertad es una y no puede haberla donde no se tiene el concepto de ese derecho singular. San Sebastián señalaba el término de nuestra excursión.

Los cerrados vallecillos de Vizcaya y Guipúzcoa eran menos de su gusto que los de Asturias y Galicia, más dilatados y profundos, y que los de la Montaña castellana de Santander, más soleados. El de Loyola, si apacible, interesó menos a sus ojos que las villas famosas de Azpeitia y Azcoitia, tan genuinas en su característico retraso. «Mira —vino a decirme ante un caserón con escudo, que parecía medieval—, esto en los pueblos de Castilla sería del siglo XIV. En este país es del XVII. Es el retraso que llevan».

5. *Ibid.*, pp. 851-859 del 28 de julio de 1918.

6. «Del reino de Toledo (donde era hace tres siglos la policía del bien hablar), mis abuelos, posesionados en la Sagra o en las vegas que se abren al Tajo, ascienden en derechura hasta el carpetano idólatra, anterior a la venida de las legiones; con un cuarterón de sangre vascongada (la raíz en Elgoibar) y un entronque en Arenys de Mar, soy español como el que más lo sea» (Manuel Azaña, *Plumas y Palabras,* p. 165, Editorial Crítica, y carta del 19 de marzo de 1925 a Cipriano Rivas Cherif: «Tengo un ochavo de sangre catalana, porque una mi agüela era de Arenys de Mar.»

En Oñate,[7] corte efímera del Pretendiente Don Carlos y sede de antigua Universidad, precursora de las de Deusto y El Escorial, había estudiado su amigo y compañero Creagh, quien habiendo conocido a Galdós no sé con qué ocasión ni motivo, la tuvo a petición del autor de los *Episodios Nacionales* de enviarle un croquis bien explicado de las calles, edificios y circunstancias de la villa. Así fue como en *De Oñate a la Granja* acertó el novelista a dar una impresión de vida que parece transcrita de algún espectador o copartícipe en los sucesos históricos que allí se narran.

Hicimos a pie el camino de Aránzazu, que es buena pechugada, gozando desde el alba del amplio panorama que se columbra sobre el valle. Aquella caminata nos valió el que, al detenernos en una venta, como viéramos una niña de diez años lo menos, que no sabía palabra de castellano, mi amigo se explayara conmigo en disquisiciones acerca de la necesidad de la escuela unitaria y nacional imponiendo la enseñanza del vínculo elemental del idioma. Sin embargo, su imperialismo verbal no le llevaba al error, por tal lo diputaba, de algunos grandes filólogos, como don Ramón Menéndez Pidal, que ha presidido la publicación, con el título de *Diccionario de la Lengua Española*, de las ediciones nuevas del que se llamaba propiamente de la Lengua Castellana. De lo español tenía el Secretario del Ateneo un concepto mucho más amplio que del idioma. Lenguas españolas son todas las de la Península, incluso la portuguesa.[8] Lo español es anterior a la unidad política de los Reyes Católicos. Insistía mucho en que lo ibérico, que hoy se tiene, vulgar y erróneamente, por de más extensión, no es sino un elemento, por fundamental que sea, de lo español.

Oímos en el Monasterio de Aránzazu las vísperas cantadas al estilo gregoriano, que aquellos frailes franciscanos se precian de conservar adecuadamente. Y a la mañana, muy temprano otra vez, acompañados de un guía, que hacía las veces de tal cuando no guardaba las cabras por aquellos riscos, subimos al Aizgorri. Mi amigo se hizo contar del cabre-

7. *Ibid.*, pp. 857-858, del 27 y 28 de julio de 1918.

8. «En fin, votamos que el idioma oficial es el *castellano*, como yo prefería.» (*Memorias*, I, p. 195, del 26 de septiembre de 1931, Editorial Crítica.) «... es una cosa manifiesta que, (...) la calidad de español y la nacionalidad española no dependen de su régimen político, ni de la estructura del Estado (...).» (Sesión de Cortes del 2 de junio de 1932, *O.C.*, II, p. 829.) Para una comprensión cabal de esta idea, tal y como la desarrolló ampliamente Azaña, es necesario leer los discursos sobre el Estatuto de Cataluña, del 27 de mayo, 2 y 3 de junio de 1931, y 2 de agosto de 1932. (*O.C.*, II, pp. 249-309 y 371-377.)

rillo la historia de la dama legendaria, con otras muchas de brujas y demonios en que el muchacho creía a pies juntos. Nos asomamos al llano de Vitoria y de nuevo la sugestión del campo abierto, en la transición alavesa de los montes vascos a la castellana Rioja, exaltó en el ánimo de mi amigo la claridad de su pensamiento en el arraigo de la casta.

Aún tuvo nuestro viaje, luego de regresar juntos a Madrid, el breve colofón de dos escapadas a Ávila y Segovia. Nuestra visita a la ciudad de Santa Teresa culmina en el recuerdo de la contemplación de un sepulcro: el del Príncipe Don Juan en que se malogró la empresa vital de los Reyes Católicos. Así lo creía el Secretario del Ateneo, siguiendo otras sabias opiniones, que estiman esa pérdida fatal para los destinos de España. Con el heredero varón, acabó la personalidad netamente española de la monarquía. Tema era este, de la sucesión de Doña Isabel y Don Fernando, inagotable en las divagaciones de mi amigo, concretas en su pensamiento, si no lo fijó nunca en un ensayo histórico determinado.

Si Ávila es gris de plata, Segovia inconfundiblemente de oro, salvo el acueducto, soberbio sobre el Azoguejo, movidísimo de color en el mercado mañanero. De Segovia y de aquel viaje, magníficamente otoñal, guardo memoria, al lado de mi amigo, de la vista del Alcázar alzado sobre la ciudad, que contemplamos desde el camino del Parral, orilla del Eresma cantante en cristales y espumas. La ruina de aquel Monasterio le atribulaba más aún que la del Paular. No le bastaba la justicia de la desamortización, para legitimar la incuria y el abandono que invalidaban el despojo, quitándole a la ley la fuerza de su necesidad. Como ante todo decaimiento, mi compañero soñaba con restaurar muros derribados y piedras dispersas.

Sentados en la terraza, un sí es no es demasiado fresca al caer la tarde, de un café de la plaza y a la sombra, amarilla en sus reflejos, de la Catedral próxima, vimos venir corriendo con el periódico local al muchachuelo que lo pregonaba, enronquecido al grito de la sensacional noticia: los alemanes, derrotados por el general Foch, habían pedido el armisticio.

A mí se me saltaron las lágrimas del contento. Mi amigo sonreía:

—¡Bueno! —me dijo—. ¡Hemos ganado la guerra!

IX. París del lado de acá

Al margen de los periódicos típicos del Madrid fin de siglo y con el *Sol* que alumbró la guerra europea del 14, surgieron algunos diarios efímeros, de entre los cuales *Fígaro*. No recuerdo qué oportunidad deparó al Secretario del Ateneo la de conocer al director. Ni tampoco a cuál de los dos se le ocurrió la idea de que mi amigo hiciera un viaje a la Francia victoriosa, como antes al frente, reconociendo así el mérito de su campaña ateneísta en pro de los aliados. Se trataba, so pretexto de asistir a la restauración de la Universidad francesa de Estrasburgo, en el aniversario del armisticio, de que mi compañero hiciese una encuesta en la Lorena y la Alsacia reintegradas a la República.

La corresponsalía no era tan pingüe como para llevarme de secretario. En ningún caso lo hubiera hecho. Ni entonces ni nunca quiso adjudicarme tal nombre, que le parecía poco para la consideración que yo le merecía ante la gente. Cuando más tarde se me calificó de «animador», al estimar mis empresas teatrales, él reconocía sonriente la justicia de tal dictado, en punto a la influencia de mi amistad sobre sus actividades. Me invitó, sí, a que le acompañara. Tenía yo reunidas unas pesetas, producto de algunos encargos editoriales de traducción, y a París nos fuimos juntando nuestros cortos caudales, con intención de pasar dos o tres meses, para volver en Navidades a Madrid.

Desde San Sebastián nos asomamos a la ventanilla, por que no se nos escapara, a la salida de Irún, el paso del Puente Internacional.

—¡Ya estás en Francia! —Y me apretaba el brazo, como siempre que quería familiarizar, quitándole prosopopeya, cualquier emoción.

Pasábamos en aquel momento el hito fronterizo en medio del Puente sobre el Bidasoa. No sé qué oscuro presentimiento atribuía en nuestro ánimo al sencillo paso de la frontera la importancia anticipada de un suceso fatal en nuestra vida. Aquel viaje, temporal y de puro recreo, no podía tener la que le dábamos sin proponérnoslo.

La mañana nos despertó en plena Isla de Francia.

Es posible que un español no advierta en el paisaje francés, a primera vista, sino la monotonía de su cultura. Mi compañero, deleitándose en el llano verde que corríamos, se afanaba en hacerme ver el esfuerzo del hombre completando la Naturaleza.

—Francia es un jardín. Claro que tiene un país como la palma de la mano, regado de ríos anchos y tranquilos...

La proximidad de París, rayaba de vías férreas en intrincados cruces

el campo abierto a la sugestión, palpitante en el aire, de la gran ciudad. Se regocijaba con mi ingenuo anhelo y reproducía a la vista de mi entusiasmo primerizo, el suyo de trasantaño. Como quien lleva a un niño o a un paleto, se divertía con la inseguridad de mi sorpresa al poner el pie en la escalera giratoria de subida del andén subterráneo al Quai D'Orsay. De haber podido, mi compañero me vendara los ojos para que el primer golpe de vista de su París —que suyo parecía por los honores que de la ciudad me dispensaba— no estuviese contaminado de incidencia alguna perturbadora del espectáculo del río y la vasta fronda de las Tullerías.

—¡Pues ya verás, ya verás! —me repetía, pretendiendo eludir, al paso del coche hacia el hotel, la impresión que para luego me ofrecía de una vez. Muy cerca de la estación está el del Quai Voltaire, donde es fama que se alojó Oscar Wilde durante su última estancia en París. Su primera apariencia y el aspecto de su clientela bastaban para desvanecer todo equívoco. En el zaguán de entrada, como de fonda de provincia de segundo orden, echamos luego de ver a su Ilustrísima el Señor Obispo de Angers, que llegaba al mismo tiempo que nosotros.

Nos faltó tiempo para lanzarnos a la calle. Corría un aire fino, harto más húmedo que el de Madrid y aunque las arboledas conservaban su fronda, el otoño magnificaba en ellas ese esplendor y esa pompa última precursora de la desnudez invernal. El azul del cielo palidecía en la neblina ligera.

Cruzamos el puente en dirección al Louvre. Ya en la plaza del Carrousel, que mi compañero me señalaba fijándome la atención en el Arco del Triunfo, de rosada gracia pompeyana y napoleónica, me hizo virar a la derecha hacia el muro del Palacio, para volverme luego de pronto a la parte opuesta, frente a los jardines de las Tullerías.

—¡Mira!

Me apuntaba el Arco de la Estrella arriba de los Campos Elíseos. Razón tenía. No es posible recordar en otra parte perspectiva alguna que pueda competir con tal grandeza limitada por la gracia:

—Fíjate en que la proporción es tan justa que la mirada no alcanza a más del Arco. La pendiente es tan suave de aquí allá, que no la advierten los ojos.

Creo que fue entonces cuando le oí por primera vez lo que después tantas como ejemplo: que París satisface a la razón porque está hecha a la vista normal del hombre. Ponderábame como uno de los mayores encantos parisienses, la persistencia de sus costumbres de una en otra

generación, sobreviviéndose cada cual en la que le sigue, al hacerla copartícipe del placer que supo darse. Así, el viajero, al volver tras una ausencia encuentra intacta la escena en que el recuerdo pretende detener el tiempo en el goce de la emoción primera. Allí estaba el Café Napolitano, en el recogimiento de sus divanes de peluche rojo, con sus espejos, que mixtificaban desmesurándola su perspectiva trasnochada; con sus brioches de que era golosísimo y harto más caros que en su primera experiencia. Por centro del mundo tenía mi amigo el espacio comprendido entre el Boulevard de los Italianos, el de la Magdalena, la Rue Royale y la de Rivoli y el río al fondo. Volviendo a nuestro hospedaje aquella primera noche, me hacía ver el contraste placentero entre el bullicio y la modernidad del París de los bulevares y el silencioso, con olor a provincia remota, de nuestro barrio, del lado de «acá» del Sena; del lado de acá digo, mirando desde España: a la orilla izquierda —*la rive gauche*.

Notre Dame, con su digno parangón de la Sainte Chapelle, a uno y otro lado del río, llevaron muchas veces nuestros pasos hacia la paz medieval de la Isla de San Luis.

El Louvre se nos ofrecía tan próximo, que pronto acudimos a sus sagrarios, alternando con su visita los escaparates del callejeo.

Atravesamos sin descanso ni respiro, por no distraer en la arqueología cronológica la emoción del arquetipo, salas y galerías en que las obras de los siglos desafiaban nuestro desdén. Calculando cuál de los corredores convergentes a la exposición suprema era el más escenográfico, me apuntó desde el fondo de uno de ellos a la Venus de Milo, emergente en su claridad de la penumbra en torno. Me condujo al pie de la escalera principal donde vuela anclada la Victoria de Samotracia. Y al cabo, al famoso «Salón Cuadrado», que las «Bodas de Canaán» del Veronés llenaba con la luz del Renacimiento italiano. Y luego de aquel fulgor de gran ópera de la pintura, los dos Tizianos, de que siempre se acordaba en nustras visitas al Prado en Madrid: el «Retrato de Francisco I» y el «Joven del Guante», en cuya elegancia veía resumida la cultura de varias generaciones.

Contrariamente a lo que era moda intelectual, mi amigo atendía especialmente, en todos los órdenes del Arte, a las obras maestras, con preferencia a las que, por menos decantadas, se ofrecen en una a modo de virginidad, al manoseo de quienes presumen de descubridores. Le gustaba medir la propia capacidad de gusto en las obras grandes y en aquello que compone su grandeza. Lo que no quiere decir tampoco que

no reservara una atención a la exquisitez, a la delicadeza del pormenor, a la gracia de lo anecdótico. ¡Cuántas veces, reprochándome benévolo algún resabio juvenil de frivolidad exagerada, no me había motejado de «Indiferente» imitando, a lo grotesco inclusive, la actitud del protagonista en el cuadro de Watteau que así se titula!

Tanto como el Louvre día tras día, recorríamos el Salón de Otoño en el Grand Palais, o escaleras arriba y abajo los almacenes del Printemps y las Galerías Lafayette, los grandes teatros oficiales y los cabarets de cancionistas. Mi amigo me exaltaba, sobre todo, la variedad del agrado que la simple libertad de costumbres, promulgada en las leyes y efectiva en el uso, imprimía a la vida del extranjero como a la del ciudadano francés. Y eso que echaba de ver, en todo y por todo, el cambio operado en Francia en el sentimiento y conducta de las gentes, con motivo de la guerra en que se había sacrificado una generación. No había ya, no, aquella despreocupación alegre, aquella simpatía, tan simplemente compartida con el extranjero, de su primera estancia en París. Se advertía quizá cierta reserva, si no franca animadversión, hacia el neutral que volvía al país placentero que no contribuyó a defender. A mí, por no poder comparar, la cosa no se me hacía tan evidente.

Que se dejaba sentir frío, era verdad. Saliendo el primero de noviembre del concierto de la Orquesta Colonne, un cielo bajo y negro sugería, en contraste con la nieve recién cuajada en los tejados de pizarra, soberbio aguafuerte. El claroscuro con que la humedad del ambiente decora los monumentos más ilustres de París, era una de las gracias románticas que mi amigo hallaba en el academicismo de su arquitectura. Las manchas violetas en las columnas de la Magdalena, del Odeón, de la Cámara de Diputados, se colmaban en el bruñido espléndido de la fachada posterior del Louvre. Tan sólo la blancura inexpresiva del Sagrado Corazón en lo alto de Montmartre, adulteraba con su jesuitismo sonriente la sinfonía gris de la ciudad depositada por el transcurso de los siglos al pie de la colina. Y ya le iba pareciendo que esa razón misteriosa del gusto parisiense se descubría en la aparición detonante de la Basílica, al romper el pálido sol la bruma de las mañanas otoñales del Sena y resplandecer entre nubes el templo en lo alto de la calle que desde el Boulevard va al montecillo. Tema era éste de la adaptación de los monumentos a la continuidad visual de París, frecuente en la conversación de mi compañero. Viendo, por ejemplo más vulgar y corriente, la silueta tan airosamente *sui generis* de la Torre Eiffel, penetrada del vaho ideal del río, consideraba la protesta

con que los defensores de la proporción armoniosa de París se negaron a reconocer de primeras la legitimidad de su incorporación al panorama característico que, del galo romanizado a Napoleón III, consolida su historia dispuesta en piedras y árboles con grandiosa mesura... ¿Quién podía discutir ya la belleza de aquel monumento erigido, so pretexto de una Exposición Universal, como alarde científico de construcción ajena a las normas del sentimiento artístico que se tenía por incontrovertible? Mi amigo sentía por la Torre Eiffel la misma ternura comprensiva que por la Plaza de los Vosgos o la del Palais Royal, por el obelisco de la Concordia o la dorada cúpula de Los Inválidos. Y no ya los monumentos insignes, verdaderas piedras miliares en el camino de la civilización francesa, las calles y plazuelas de otro tiempo, los rincones pintorescos, las casas anacrónicas, ya fuesen los palacios, entre patio y jardín, del Faubourg Saint-Germain, o las tiendecillas de la calle de los Santos Padres y de la del Barco —que rememora el antiguo paso fluvial del Sena de una orilla a otra— o la callejuela, estrecha como la más de Sevilla o Toledo, sombría bajo aleros y voladizos, constreñida por los abombados muros de sus antiquísimas viviendas, que se mostraba en nuestros primeros paseos a lo largo del muelle, donde el pretil del río se dobla de otra defensa con la línea de puestos de libros viejos y estampas, todo le hacía ciudadano desinteresado de aquella gran patria que Napoleón reclamaba para sí con todo el peso de su historia.

Anticipo del viaje a Alsacia y la Lorena a que habíamos de ir de un día a otro, en cumplimiento de la misión periodística que mi amigo llevaba, y a modo de guión que lo unía al pasado, tampoco muy lejano, de sus recuerdos del frente, una tarde, según cruzábamos casualmente la explanada de los Inválidos se nos ofreció un espectáculo de patriotismo desolador. Como viéramos un tropel de gentes que se adentraba en pos de unas músicas militares, nos unimos curiosos a la ceremonia, singularísima para mí entre tantas similares como la Victoria fúnebre repetía un día y otro. En el centro del gran patio, formada una compañía con bandera, no sé qué general representando al ministro de la Guerra, condecoraba a viudas y huerfanillos desfilando en luto riguroso, empenachadas las madres de colgantes tocas, en memoria del holocausto familiar ante el altar sangrante de la Patria.

—*La guerre est triste!* —me decía mi compañero y mentor, en tanto las tropas desfilaban al son de una «Marsellesa» melancólica, pese al heroísmo lírico del himno sin par.

Hacía frío.

X. *Viaje a la Frontera del Este*[1]

Tomar un tren en Francia por aquellos días de 1919 era una aventura: por el enorme tráfico de viajeros y la desorganización de los servicios, fatal todavía a consecuencia de la guerra y la desmovilización. Trabajo nos costó alcanzar dos sitios en un coche vacío, casi a la cabeza del larguísimo convoy. Entrada la noche y con mucho retraso, arrancamos camino de Metz.

Pronto nos invadió una soldadesca alborotada, que rebasados los departamentos de tercera y segunda y pasillos repletos, tomaba por asalto nuestra primera. Uno de aquellos soldados, rústico al parecer, se excusó por todos; mal podíamos tampoco no acceder a la compañía. No nos arrepentimos. Luego aceptábamos un trago del *pinard* de campaña, que así se llamó el vino en el argot de las trincheras y así lo han seguido llamando los supervivientes de tan tremenda camaradería. Cuando un oficial se presentó a la puerta del coche, intimando a nuestros acompañantes a que desalojaran, fuimos nosotros los que rogamos al jefe que, si tal apelación a la disciplina era por respetar nuestra comodidad, prescindíamos de ella gustosos, en gracia a la que los soldados nos hacían compensándonos de la estrechez.

Mi amigo entabló conversación con el que parecía más locuaz y que ya nos preguntaba de dónde éramos y a dónde íbamos. Él, con sus compañeros, a montar la guardia en el Rin. Se expresaba muy bien. Con naturalidad campesina, lo que no quiere decir precisamente con inocencia. La conversación discurrió, naturalmente, sobre la guerra y la paz. Reprochábanos el soldado en discretas consideraciones nuestra condición de neutrales. Cierto que los países que no habían tomado parte en la batalla de Europa, conservaban íntegra en número la generación que Francia sacrificó; pero, a la larga, quizá no era mejor suerte la del neutral. Pacifista, no le cabía duda ninguna sobre la necesidad

1. Azaña escribió varios artículos sobre este viaje, recogidos en el tomo I de sus *Obras Completas*: «El retraso del tren de Metz», del 18 de noviembre de 1919, I, pp. 185-187 n; «Los conquistadores de Metz», del 22 de noviembre de 1919, I, pp. 188-190; «Metz entre dos luces», del 24 de noviembre de 1919, I, pp. 190-193; «Metz prisicnero de guerra», del 29 de noviembre de 1919, I, pp. 193-195 n; «Las armas y las letras», del 2 de diciembre de 1919, I, pp. 195-198; «Los partidos políticos», del 4 de diciembre de 1919, I, pp. 198-200, y «Panorama de Estrasburgo», del 11 de diciembre de 1919, I, pp. 200-202.

de su misión militar. Era de un pueblo del sur, lejano, siempre inmediato para las gentes del norte, y no digamos para los habitantes de la Marca del Este, de una invasión boche (no había aún francés de cualquier clase y condición que fuese, que llamara de otra suerte a un alemán). Sabía sin embargo muy bien y lo decía sin equívoco que batiéndose en una trinchera o yendo a montar la guardia del Rin —de que nunca ya desertarían los franceses— defendía no sólo un concepto, una abstracción, una idea pura con el nombre de patria, sino el suelo mismo de Francia y, más concretamente, la tierra de sus padres, que con ellos labraba. Y sus padres eran no ya sus ascendientes lejanos, ni su tierra la extensión de mapa indivisa en la representación tricolor de la bandera; no, ésta era precisamente el terruño propio y aquéllos, los que le habían dado el ser a él. Adscrita, además, a un ideal administrativo manifiesto en el gobierno natural que se habían dado los franceses, con la Revolución primero, con la Tercera República después, cuando derrotado el Segundo Imperio en la guerra del 70 se había afirmado la Francia republicana en la defensa de la libre propiedad de cada francés.

—Ya ves —me decía mi compañero comentando la sorpresa que me producía el buen sentido del rústico soldado—. Eso es lo que hace la escuela primaria. Y esa escuela primaria la hace la escuela normal.

Metz nos recibió con un frío horrible que una nieve negra agravaba, endurecida por la helada cruel no más caer al suelo. Nos dimos a recorrer calles y plazas y pronto desembocamos en la gran plazuela, donde a cuenta del mercado que tenía lugar en el centro y bajo las provincianas arcadas de los soportales, mi amigo recordaba con cierta sorna:

—Lo que le gusta a Azorín: las tiendecitas, los puestecitos, el color...

Luego, la estatua ecuestre de Luis XIV, en otra plaza de un carácter monumental eminentemente francés, le da motivo para reiterarme su punto de vista incorruptible, respecto a la legitimidad de la adhesión de aquel país a Francia. No admite, sin embargo, como verdad inconcusa la teoría rígidamente nacionalista de Maurice Barrés, cuya novela de Colette Baudoche, publicada poco antes, acabábamos de leer. A Barrés le tiene por el gran escritor que es; no le hace gracia, y aun le repugna, la cerrazón de su doctrina, vinculada a la tierra y a los muertos como una fatalidad ineludible.

Metz, con todo su prestigio de avanzada fronteriza y a pesar de haber resistido en su aspecto la violencia germánica de cuarenta y ocho

años atrás, es ciudad, si no muerta, dormida. Nuestros pasos resuenan muchas veces en las losas de su pavimento con eco de sepulcro. A una de las puertas de la catedral nos llama la atención el santo que entre otros figura y para el que es fama sirvió de modelo al escultor moderno la vera efigie del káiser Guillermo II. Si abominable es el gusto de semejante conmemoración, pésimo también el de la reciente Municipalidad francesa, que halagando la perversión del vulgo primario ha adornado a la sazón las manos juntas de la estatua con ostentosa cadena de presidiario. ¡Estos franceses no tienen enmienda!, me dice mi compañero, a quien la apreciación de las muchas cualidades de aquéllos no ciega el entendimiento de sus vicios nacionales.

En busca de quien íbamos, nos perdemos hasta dar al fondo de larguísima calle, casi en los arrabales, con la imprenta a cuyo dueño nos recomienda la carta que a la mano llevamos. El ambiente, pese al tiempo transcurrido ya desde la entrada de las tropas francesas, es de guerra aún. La reserva con que el bueno del impresor nos recibe, el disimulo de conspiración en cuanto nos dice para indicarnos no más donde podremos encontrar a las personas que enteren al corresponsal del *Fígaro* de Madrid de cuanto le interesa saber en relación con la encuesta que le está encomendada, eran más elocuentes en punto a la desconfianza en que han vivido hasta entonces los loreneses y con que, sin duda, se asoman al porvenir, que las alharacas victoriosas o las diatribas contra la vencida opresión alemana.

El personajillo a quien queremos ver es director de cierto periódico regional que ha mantenido años y años el fuego sagrado del ánimo francés bajo la dominación prusiana. No recuerdo que llegáramos a verle. A mi amigo le basta, para darse cuenta de la situación, lo que vemos a nuestro simple paso. No más comer, a las siete de la tarde, con excelente vinillo de Mosele, nos metemos en la cama. Tanto frío hace, tan cansados estamos, y tan pocos alicientes nos ofrecen los cafés, harto menos íntimos que los de París.

De Metz fuimos a parar al Hotel del Cordero Negro en Mulhouse, que así se volvía a llamar la alsaciana Mulhausen de los alemanes. No llegamos a estar veinticuatro horas. Desde la estación y no más aposentarnos en aquella fonda típica cuanto inhóspita, nos encaminamos a visitar al señor Grumbach, diputado socialista por aquel su distrito de Alsacia en el Reichstag antes de la guerra, y que desde el principio de ella tomó partido por Francia. Vive modestamente con numerosa familia, en que cuenta unos niños pequeños, en una sala habitación muy espa-

ciosa, eso sí, en medio de la cual una gran estufa de ladrillo refractario irradia el calor que apiñados en torno buscan los inquilinos de la vivienda. El propio Grumbach se adelanta a recibirnos y apartándonos a un banco de madera junto a la pared, tiene con mi amigo la conversación que como corresponsal deseaba acerca del problema de Alsacia.

—No, no es enteramente lo mismo —me contestaba después, en respuesta al parangón harto primario que yo le hacía de nuestra cuestión catalana con la reincorporación de Alsacia y Lorena a Francia—. No, no es lo mismo. En primer lugar, la Lorena, no cabe duda, es completa y absolutamente francesa: por la geografía, por la historia y por lo que vale más que la historia y la geografía, por la cultura. Alsacia, ya es otra cosa. Tiene una personalidad propia, es un cruce en los caminos de la civilización europea. De que no es alemana, no cabe duda tampoco. Lo que no sé yo es si es tan francesa como los franceses quieren. Trabajo les va a costar incorporarla a la rigidez de la administración unitaria. El caso no es el de Cataluña, porque Cataluña es tan española como las provincias vascongadas o como Castilla.[2] Muy santo y muy bueno que los catalanes quieran hablar catalán. Pero son tan españoles como todos los demás. La razón del castellano como lengua nacional para inter-nos es evidente. Los comerciantes de Tarrasa que venden principalmente para España y para América, no discuten esa razón. Que no es la de él ni puede ser la razón política de la unidad. Tan insensato le parece el catalán separatista, como el castellano que, hecho a la idea de la dualidad peninsular con Portugal, admite a la desesperada otra posibilidad doblemente suicida: la separación de Cataluña; no ya como un reconocimiento de personalidad propia, sino como castigo que España puede infligirle. El corresponsal del *Fígaro* propende a justificar el unitarismo que Napoleón implantó con su Imperio y que es acaso su sola herencia virtual de la Revolución. Unidad para la libertad y en la libertad. Razón fundamental de la República Francesa. Lo autonómico es re-

2. Compárese con lo dicho por Azaña en las Cortes el 22 de octubre de 1931: «... porque la cultura catalana y la cultura castellana son la cultura española, y cada una de ellas forma su parte alícuota en la cultura de mi patria y es absurdo sembrar la discordia, crear un resquemor injustificado cuando a la noble ambición de aquellos hombres que traen de su país una aspiración, un lenguaje y una ambición legítimas se le pone, como valladar, el respeto a la cultura castellana, que nada tiene que temer de ninguna otra cultura nacional, puesto que forma parte, como todas las otras, de la cultura española. Señor Maura, no hablemos a los catalanes en tono de oposición de la cultura castellana. Tan española es la suya como la nuestra y juntos formamos el país y la República.» (*O.C.*, II, pp. 73-75.)

gresivo, degenera en la concejalía y en la alcaldada, cuando no en la dispersión feudal. Sobre todo en España, dada nuestra propensión anárquica.

Mulhouse tiene poco que ver, y si algo tiene no lo vimos. El señor Grumbach nada le dijo que él no supiera, y con ganas de hallar mejor acomodo a nuestro afán, nos encaminamos a Estrasburgo.

Su cielo, limpiamente azul, no nos fue más clemente que el negro plomizo de Metz.

—Hace un frío como el que tenéis en Valladolid —me dice—, que parece que el viento le tira a uno piedras a la cara. Más que en la Lonja del Escorial —sigue ponderándome no más abrir la ventana a nuestro primer despertar en la capital de Alsacia.

Pero aquello ya es otra cosa. A la belleza característica de la ciudad antigua, que la catedral señorea por modo magnífico y gracioso a la par, la organización alemana en los años de su dominación nada le ha quitado de su carácter peculiar con añadirle la vida que, pese a su importancia fabril, le falta a Metz. Estrasburgo nos gana con sólo recorrer las calles modernas que el río circunda, si regularizado en un curso más estrecho, compensado a la vista del viajero por el sinnúmero de puentecillos que decoran cuanto facilitan el paso de una a otra orilla.

Subimos a la torre de la Aguja famosa y, según ascendemos, me va mostrando a cada vertiginosa tronera del atrevido caracol el país a nuestros pies, con el padre Rin cruzado del atrevidísimo puente metálico hasta el cual ha empujado la guerra la frontera francesa del Este. Vemos en el museo, entre otras tantas pinturas y con algunos buenos cuadros españoles, la preciosa figura de Zurbarán, pareja de la Santa Catalina del Prado, en punto a delicadezas y elegancias femeninas, puramente pictóricas, es decir, bellas sin mezcla del estomagante misticismo sangriento, retorcido o aberrado de tan ascético, que el extranjero suele tener en concepto de más genuinamente español. Y fuimos a Kehl:

—Para que puedas decir —me dice con aire de conquistador— que has pisado suelo alemán.

Kehl, primer pueblo del lado alemán del río, es una de tantas colonias veraniegas. Por las calles silenciosas y ya con más olor a campo que a jardín, se ve poca gente. La que vemos nos parece más suspicaz que simplemente curiosa de nuestras personas. Una manada de gansos sin dueño aparente, añade un encanto idílico al paisaje pueblerino. La torre de la catedral en la próxima lejanía pone en el panorama de Estrasburgo su acento inconfundible.

Tampoco recuerdo exactamente, ni importa gran cosa, qué cargo tenía en la Administración francesa, ni cómo se llamaba el funcionario estrasburgués a quien interrogó mi compañero acerca del problema de la enseñanza. Los alemanes habían impuesto a rajatabla los métodos y el idioma propios de su cultura. Ello había dado lugar a la organización de la resistencia en un aspecto esencial de la vida del país. Para el funcionario en cuestión, no hay duda en ese punto: como alsaciano francés, su cometido estriba en hacer ver al Gobierno de París que hay que evitar el caer en la misma falta capital de los alemanes. ¿Hasta dónde, sin embargo, puede hacer tampoco dejación de su deber permitiendo la suplantación más o menos subrepticia de la lengua francesa por la alsaciana, a título de materna? El bilingüismo es una solución que tiene su fundamento en la realidad. A mi amigo le parece tan grave o más la cuestión religiosa, que se le antoja definitivamente resuelta en el resto de Francia, por mucho que la separación de la Iglesia y el Estado haya avivado el sentimiento católico en la práctica del culto y en su mantenimiento por las asociaciones competentes, sin que los gobiernos laicos sufran ya el tiro retrógrado de la influencia clerical en la política. Hay una cierta tendencia a la amnistía de toda contienda civil.

Mi amigo propende a creer que el nacionalismo netamente republicano de la administración central puede transigir con una tradición relegada a su ámbito propio fuera del orden político y cuyos celosos defensores no tienen ya verdadero empeño en traspasar.

Cierra nuestra estancia en Estrasburgo la ceremonia con ocasión de la cual nos hemos desplazado: la inauguración de la Universidad francesa en la misma sede donde la Alemania Imperial instaló, en adecuados edificios, su enseñanza ostentosa. El paraninfo, severo en su modernidad, decora la frialdad protestante de sus muros con grandes banderas francesas. A la hora señalada hace su entrada el Presidente Poincaré, tan pequeño y regordete, tan parecido a un mi vecino en la calle de Atocha de Madrid y más abogado que él. Le acompaña, en calidad todavía de gobernador especial de Alsacia, el señor Millerand, antiguo socialista y desde hace unos cuantos años a la sazón representante de la derecha republicana escindida del radicalismo. Mi amigo me ha iniciado más que los periódicos y los libros en el conocimiento de la política francesa desde el proceso Dreyfus a nuestros días, de modo que pueda darme cuenta de personas y sucesos con cierto conocimiento de causa. Él la vive con apasionamiento, y gustoso del sistema pese a los vicios que lo dificultan, nunca confunde los defectos de su degeneración con

la virtualidad y eficacia de sus reglas normales. Si a mí, por ejemplo, llevado de un primer impulso irreflexivo y simplemente vulgar, se me ocurre lamentar la ingratitud del pueblo francés para con Clemenceau, el famoso «Tigre», a cuya resolución al frente del Gobierno se debió en momentos de crisis del ánimo nacional, la galvanización del espíritu público que llevó a tantos soldados desconocidos a la victoria bajo el mando de Foch, mi amigo halla, precisamente en esa circunstancia, el mayor motivo de alabanza del régimen democrático. Clemenceau, como buen dictador jacobino, ha sido el hombre del momento. Pasado el cual, adscribir a una política de intransigente radicalismo, pura y exclusivamente francesa, la conveniente a una paz que ha de exceder los límites de los fértiles campos de Francia y de la gran París, hubiera sido un error. Imposible además por la fuerza de los hechos. El pueblo francés y no una clase, ha ganado la guerra. Ha sido carísima en hombres y en dinero. No se puede, quiérase o no, intentar la restauración del arruinado patrimonio con la estrecha visión y el solo punto de vista de un partido burgués. Mi amigo, reconociendo el mérito indiscutible de Poincaré —enemigo irreductible por lo demás de Clemenceau, por mucho que uno y otro hayan tenido que rendirse a la necesidad de una colaboración circunstancial—, piensa que las elecciones primeras que se celebren han de señalar un decidido rumbo hacia la izquierda en la política de Francia.

Del teatro de aquella inauguración académica me queda, sobre todo, al lado de mi compañero, la emoción de la «Marsellesa» que acompaña la entrada de la comitiva del Gobierno en el Paraninfo. Los franceses han llegado a hacer del himno revolucionario, como de la Revolución misma, una perfección nacional. Despaciosa y gravemente se dejó oír una voz de barítono entonando las primeras estrofas desde la galería alta al fondo de la sala. Un estremecimiento nos corrió la espalda cuando a tiempo que llegaban al estrado, tras el Presidente y los ministros, los catedráticos con las coloreadas mucetas de sus facultades respectivas, entonó la concurrencia a coro el estribillo exaltante:

Aux armes citoyens;
Armez vos bataillons;
Marchons, marchons!

Después, en el desfile ante las autoridades a la puerta de la Universidad, bajo el frío mañanero, nos tomó cierta melancolía a la vista

de aquellas corporaciones, cómicamente enlevitadas y con bombín, o agrupadas en fila tras de sus estandartes y emblemas, y de aquellas tropas victoriosas cuya disimulada penuria me hacía ver mi amigo, señalándome los tristes caballos, pequeños y peludos, con que los jinetes militares veían sustituidas las terribles bajas equinas de sus lucidas monturas de un tiempo, perdidas en la guerra.

XI. La orilla derecha

Viendo que el trabajo de traducciones que teníamos montado para una editorial española nos daba con qué prolongar nuestra estancia en París, decidimos mudarnos de alojamiento. A mi mentor le seducía el Barrio Latino, reviviendo sus recuerdos de trasantaño. Luego vimos la inutilidad de nuestra pretensión, ante la afluencia de estudiantes y de quienes sin estudiar vivían en condición de tales, llenando los hoteles, las casas de huéspedes y pensiones de familia. Al cabo de no pocas vueltas dimos en una aparente «boarding house» inglesa, aunque pronto nos enteramos de que tal apariencia no era sino la familiaridad del *pot-au-feu* sin ninguna de las ventajas de la novedad británica. Todo el mundo en Francia propendía a la exaltación de la alianza en la victoria. Y aunque la ayuda americana hubiera sido tan eficaz o más que la inglesa, los franceses gustaban más de las modas de allende el Canal que las de allende el Océano. Lo desmesurado del aparato yanqui pugnaba con esa mesura que llega a ser pedante en el francés. Un escritor netamente parisiense, Abel Hermant, había pintado años atrás el descubrimiento de París por una familia neoyorquina en su novela cómica de *Los Trasatlánticos,* que él mismo refundió para la escena propiamente. Mi amigo y yo la tradujimos creyendo que podría interesar a algún empresario de Madrid. No conseguimos después ni que la leyeran. El dualismo irreductible que en ella se representa tiene raíces hondas en las personas en quienes el autor encarna la figuración de uno y otro mundo. «Cuando ustedes —dice uno de los personajes americanos a un parisiense— hablan de la orilla izquierda, se refieren al Sena; nosotros al Atlántico.»

Aunque mi amigo era tan gustoso de la apacibilidad de la vida burguesa en Francia, no cultivamos, voluntariamente apartados del trato social, y más él que yo, las relaciones que hubiéramos podido procurarnos fácilmente. Apenas si mi amigo visitó de cumplido a tal o cual

profesor a quien había conocido en sus andanzas de ateneísta fancófilo; no le insté tampoco a que me acompañara a mis escarceos por el ambiente pseudoliterario y artístico con cierto vago recuerdo de los *salones* de un tiempo: «el último salón donde se cose», me decía burlón refiriéndose a la decadencia manifiesta de tales costumbres en pobrísimas imitaciones, tanto como a la barbarie de tal cual traducción al español que hacía posible su frase paródica del *«dernier salon où l'on cause»*. Tuvimos ocasión de vernos alguna vez con Ventura García Calderón, el escritor y diplomático peruano avecindado en París, y no sé si nuestro encuentro con Corpus Barga, corresponsal entonces del «Sol» madrileño, pasó de la noche que nos invitó al teatro de las Artes, donde la compañía, célebre más tarde y a la sazón incipiente, del matrimonio Pitoef representaba con abstrusos alardes de modernidad indigente una de las primeras obras de Lenormand.

Seguíamos de meros espectadores curiosos picando en los espectáculos parisienses, divertidísimos en los cabarets de cancionistas en que con la sola excepción del *Bobino* de Montparnasse habían venido a parar los antiguos cafés-concierto. Mi amigo se siente parisiense con participar en la picardía inocente de su sátira ciudadana contra ministros y personajes de la vida política, literaria y artística de la capital. Ríese una noche especialmente conmigo de la burla que uno de aquellos cancionistas hace del Presidente Poincaré. El cuplé se titula algo así como «Las inauguraciones de don Raimundo». La canción va refiriendo cómicamente cómo el Presidente y su señora asisten el 21 de marzo, desde muy temprano, a los actos oficiales previstos en el programa del día: inauguración de la exposición de plantas y flores; inauguración de la estatua del mayor desconocido; inauguración de un juzgado de barrio; inauguración de un curso de estudios indochinos; inauguración de un nuevo postigo de consumos. Monsieur y Madame Poincaré se acuestan rendidos. Se despierta el Presidente a medianoche y sintiéndole rebullirse su mujer le invita: «¿Vamos a inaugurar la primavera?».

—¿Tú concibes en España un humor semejante? ¿Qué no se diría allí del respeto a las personas representativas?

Y atribuía a la fuerza del régimen republicano el consentimiento benévolo de tales diatribas sin hiel. Ese humor que tradicionalmente se ha llamado en Francia *frondeur* cuando trasciende al orden político de la protesta subversiva más o menos explícita, salpimentaba los periódicos y las campañas electorales. A unos cuantos mítines asistimos, en el fragor de la contienda electoral que nos tocó presenciar, y oí los

mayores denuestos, incluso con relación a su vida privada, del Tigre Nacional, el Clemenceau de la Victoria. Más que todo —no obstante el color de estampa revolucionaria de algunas reuniones públicas de barrio— me llamó la atención la silba estrepitosa que acompañó el discurso del Presidente Poincaré en un picadero, con el público de pie frente al orador en su gran mayoría.

—Pues ¿qué creías? ¿Que aquí hace las elecciones el señor García Prieto?

La realidad de la libertad de expresión, aun con los excesos inevitables en la práctica de un régimen, no ya de tolerancia, de reconocimiento debido a los derechos del ciudadano, le afirmaba en la mayor seguridad de la República, que así podía desafiar la opinión contraria en la lucha civil, de los partidos que sustentan el sistema político de la democracia.

A la propaganda socialista, fortísima por el numeroso contingente obrero de la población parisiense, se oponía asimismo la que organizaban las derechas reaccionarias contra el espectro del bolchevismo, representado, a cuenta del efecto electoral que perseguían, por el cartel, desde entonces famoso, que pinta el peligro comunista, figurado en una cabeza de tamaño doble del natural de tremendo revolucionario soviético con el cuchillo de matar burgueses entre los dientes.

Si yo, a la vista de los grandes periódicos de París, temía que el resultado de las elecciones favoreciera a la reacción derechista, mi amigo me aseguraba que, pese a la opinión manifiesta en los diarios de tipo conservador —nunca en el sentido peyorativo que para nosotros tiene el adjetivo conforme a nuestra experiencia de la prensa española—, París no era la República Francesa. Contaban y decidían los departamentos. Y sobre todo el campo. La República estaba arraigada a la tierra de Francia por el ideal de libertad concreto en la propiedad rural. Y además la enorme masa obrera de la región industrial de París era mucho más importante que los *camelots du roi*. Explicábase mi temor y me tranquilizaba en ese respecto por lo difícil que le es a un español, acostumbrado a considerar la política como un mundillo ajeno a la existencia propia del país, el darse cuenta de la consistencia que, a su juicio, tenían las instituciones y la sociedad francesas; lo cual constituía el dramatismo de su vida parlamentaria, por ejemplo más característico del régimen. Quiso llevarme un día a la Cámara y acertamos con una sesión emocionante, en que tuvo que subir a la tribuna desde donde hablan los diputados, un cierto Lenoir acusado de traición y que por ello fue

condenado a la última pena en un proceso tristemente célebre por aquellos días.

Poco duramos en la casa frontera al parque Monceau. De allí nos trasladamos a la casa de huéspedes, que con su nombre propiamente francés de pensión de familia, tenía la señora viuda de Verdin en la Avenida de Victor Hugo en las proximidades de la Estrella. El ambiente era familiar, en efecto, y desde luego aceptamos sendos sitios en la mesa redonda con preferencia a las tres o cuatro mesitas aparte destinadas a los menos sociables.

Madame Verdin tenía una hija muy bella y displicente que apenas si se comunicaba con los huéspedes, entretenida como estaba, en toda la extensión de la palabra, con un joven persa «muy hábil o listo» («fort habile») según la redicha criada que nos hacía la habitación. Por ella supimos que la hija de la patrona tenía un estudio de escultura. La criada, muy leída al parecer, husmeaba en nuestros libros y nos comunicaba sus impresiones literarias. Los domingos, muy peripuesta con su gabán de corte, aunque probablemente de almacén, y su sombrerete, en nada se distinguía de cualquier señorita. Esa nivelación de las apariencias en un término medio decente y el que lo mismo a la mujer del Presidente de la República que a la vendedora de periódicos se les diera por todo el mundo el simple tratamiento de *Madame,* constituía a ojos de mi amigo el signo de la igualdad republicana en el señorío propio.

El estreno por la compañía de Bailes Rusos en la Ópera de *El sombrero de tres picos* de Falla, me llevó a solicitar de nuestro antiguo conocido las localidades que no nos era fácil encontrar.[1] Falla nos colocó a punto de empezar la representación, brillantísima, en dos asientos de proscenio entresuelo donde fuimos compañeros casuales de un antiguo ateneísta, muy amigo de literatos y artistas canarios que lo eran nuestros, y a la sazón, por razones de paisanaje, empleado en la Secretaría del embajador Quiñones de León.

Seguíamos frecuentando muy gustosos los teatros de París. De una representación en el Vieux Colombier le vino la ocurrencia feliz de traducir La Carroza del Santísimo[2] de Merimée, que después hizo por manera adecuadísima y preciosa. El circo le gustaba como a un chico y a Medrano fuimos en los bulevares fronterizos de la colina de Mont-

1. Véase la reseña de Azaña del estreno de *El sombrero de tres picos,* el 20 de febrero de 1920, en *O.C.,* I, pp. 216-218.

2. Véase «La temporada teatral», del 17 de abril de 1920, *ibid.,* pp. 232-233.

martre, a que subió conmigo más de una vez a contemplar el espectáculo impresionante de la inmensidad de París a nuestros pies.

De Montmartre al centro comercial de los marchantes de cuadros, habían éstos descendido, después de la guerra, con los pintores cubistas que el arte de Picasso lanzó a la conquista del mercado. Una viejecilla avisada en ese género de compraventa artística fue quien nos dio la razón del éxito de la nueva pintura. Había en la exposición de aquella tiendecita muchos cuadros de Juan Gris, a quien yo conocí en su primera bohemia en Madrid, y con ellos, otros muchos de franceses anónimos que como André Lothe empezaban a tener nombre. Preguntándole mi amigo a qué se debía el que pareciéndonos casi todos iguales aquellos cuadros se vendieran más, a creerla, los de Lothe, le contestó sin vacilar: «¡Ah!, porque escribe». Monsieur Lothe hacía ya, en efecto, la crítica de arte.

En contradicción con semejante procedimiento me llevó ante el *atelier* del romántico realista Courbet, en que el propio pintor se retrata ante sus modelos y sus caballetes paleta en mano, como el Velázquez de las Meninas, según estaba quizás el día en que es fama que discutiendo de pintura en su estudio unos cuantos críticos de oficio, como alguien le pidiera su opinión profesional, respondió sin más: «A mí todo eso me parece fácil». Y volviéndoles la espalda, siguió pintando.

El Courbet y los Manet de las salas modernas del Louvre, nos habían llevado al Luxemburgo, donde la «Olimpia» y «Las Majas al balcón» pretenden la herencia que Goya acreció, del patrimonio europeo de su siglo. Pero del Luxemburgo prefería, sobre todo, la exposición consagrada al esplendor del impresionismo. Y de la misma manera que en Madrid se complacía alternando la contemplación natural y la artística en los fondos velazqueños del Prado, así en París me llevaba, del puente sobre la Estación de San Lázaro, fantástica en la atmósfera gris de sus humos, a su reproducción magistral por Monet en el museo. Y así los innumerables Corot, en cuyas frondas anida el espíritu inefable de los alrededores parisienses, nos llevaban después a la comprobación de los paisajes propuestos a su pincel camino de Fontainebleau o de Saint Germain, río arriba o abajo en el paisaje que los ojos miran de las terrazas de Saint Cloud o en pleno bosque de Compiègne. Nunca como en los antiguos jardines de los bosques de la corona de Francia ha sido tan evidente la definición de Rusiñol, nuestro paisajista poeta: «Un jardín es la naturaleza puesta en verso». Y verso alejandrino,

amplio como una fronda, y no rondel ni cuarteta puramente graciosos, el que canta en las fuentes de Versailles. La perspectiva desde el Palacio hasta el gran estanque era ejemplo insigne del concepto majestuoso de la jardinería como arte arquitectural, que mi amigo me ponderaba en tanto que característico del concepto grandioso del trono de Luis XIV, tan lejos del lindo afeite, no más de laberintos y pequeños trianones, como representan lo versallesco en entender de los insensibles a la verdad que entra por los ojos de la cara.

La primavera nos trajo, con sus molestísimos *giboulets* o lluviosas ventolinas de marzo, los primeros cielos claros. Se reía mi amigo recordando mi susto de morir ahogado en los apretones de la muchedumbre estacionada al paso de la vulgarísima cabalgata de la *Mi-Carème.* Más gustoso me era el pueblo bajo de la *Villette* en el barrio que fue de apaches tales, al extremo nordeste del Sena, donde los muelles tienen como un remanso del prestigio equívoco de los puertos de mar, contaminado del suburbio de tierra adentro. Cantor de la *Villette* era el poeta unanimista Jules Romains; y de la atmósfera azul que la humedad del río presta a los inefables crepúsculos de abril en sus riberas parisienses, impregnadas del olor a la mezcla del alquitrán del pavimento y los escapes de gasolina, perfume añadido al París de nuestro tiempo en su trascendencia de siglos.

XII. La Pluma

El sombrero de M. Deschanel nos despidió inconscientemente en nombre de Francia. Pocos días antes de nuestra salida para España, tuvimos, en nuestra curiosidad, ocasión de corresponder al mecánico sombrerazo —de copa naturalmente— con que el recién elegido Presidente de la República Francesa saludaba al público, no muy entusiasta, a su paso en un *landeau* a la *Grand d'Aumont,* camino de la Casa de la Villa.

Aún seguí escribiendo unas cuantas crónicas en *La Libertad,* diario escindido de *El Liberal,* durante nuestra estancia en París y en el que había publicado algunos artículos de mis impresiones postguerreras. El *Fígaro* a que iba adscrito el pretexto inicial del viaje de mi amigo, murió en flor. Con nosotros traíamos las últimas traducciones que allí hicimos para la editorial Calpe. De entonces data la de *Simon le pathétique* de Giraudoux, cuya fama se iniciaba, que mi amigo hizo con

gusto especial; el que faltaba, sin duda, a los burócratas literarios que administraban el catálogo de la casa, para darse cuenta del precioso estilo, conveniente al original, con que el traductor la había trabajado. No sé qué azares se opusieron, sin malévolo designio de nadie, a que, cobrándola como la cobró, no se publicara ni entonces ni nunca. Creo que se haya perdido para siempre aquel texto, curioso en la historia del escritor llamado luego a un destino logrado en punto a la perfección de su pluma. De por entonces es también la versión castellana de las *Memorias de Mlle. de Lespinasse* en que colaboramos por única vez. No porque él no me lo propusiera. Tampoco creo que se haya dado un caso de un escritor con más facultades naturales ni más preparación desinteresada, menos pagado de sí mismo. ¿Qué digo pagado? Menos seguro de sus posibilidades en un campo que tan abonado tenía, por apartado que estuviera del camino real de la feria de las vanidades. Más que en sí mismo, por lo que hacía a la dedicación propia del escritor de oficio, pensaba en mí. Yo, por el contrario, me daba cuenta exacta no sólo de mi inferioridad y con ella del peso muerto que supondría luego para su estímulo; pero de la invalidez de mi esfuerzo en colaboración tal, provechoso, en cambio, cuando lo empleara en solicitar verdaderamente el suyo en el cumplimiento de una obra, en la cual podía tener y tuve parte importante por el ánimo que le infundí.

Volvía a llamarme la atención sobremanera el teatro, aficionado que he sido a ese arte culminante, desde la niñez, con la resistencia de familiares y amigos, que temieron siempre verme perdido en la inanidad de nuestra escena contemporánea. El ejemplo de la renovación llevada a cabo en París me seducía tanto más cuanto que los nuevos directores del movimiento teatral en toda Europa daban el ejemplo de su pobreza apasionada contra el vacuo esplendor del teatro rico. Mi amigo, sin oponer claramente una razón contraria a mi deseo, me insinuaba las dificultades que en un medio como el de Madrid, tan ajeno a la varia curiosidad del afán parisiense, podían malograr mi intención. Perdería tiempo y trabajo más remuneradores, por deslumbradora que sea la farándula en punto al resarcimiento material más inmediato de cuantos venden su alma al diablo chabacano, malbaratador de la tradición española degenerada en la irrefrenable producción de nuestro tiempo.

Acabamos fundando una revista literaria mensual. Nuestro amigo Amós Salvador, que aprovechando no sé qué circunsancia había pasado por París mientras estábamos nosotros, se hizo cargo de nuestro propósito, ofreciéndose a regalarnos la dieta de quinientas pesetas que

poco antes se habían adjudicado los diputados españoles, entre los cuales figuraba en el mismo sector del Partido Liberal que el ex ministro su padre. Con ello teníamos para comprar una partida de papel suficiente y asegurar en ese respecto, importantísimo por el alza experimentada desde la carestía de la guerra, la vida de *La Pluma*[1] durante un cierto período de prueba. El título fue invención de mi compañero, que también encontró el lema que presidía la publicación en el archivo de su memoria de tantas sentencias castizas: «La pluma es la que asegura —castillos, coronas, reyes— y la que sustenta leyes». Suyos fueron el designio, y la traza interior, la disposición de títulos y páginas y sobre todo la punta de humor, el toque de ironía que aliviaba el empaque literario de la publicación. Los españoles somos difíciles a la broma. La que nos permitimos ligeramente y que por su ligereza sin trascendencia me fue atribuida en el corro de amigos, con el mismo error que me discernía una intención malévola el chismorreo de las tertulias, nos valió desde luego el ceño desdeñoso y aun la malquerencia exagerada de quienes se dieron por ofendidos. La cosa fue que, faltos del capital inicial necesario para pagar la colaboración que nos prometíamos, la obtuvimos graciosamente de los altos nombres de Valle Inclán, Unamuno, Juan Ramón Jiménez, amén de quienes como Enrique Díez Canedo y nuestro amigo mexicano Alfonso Reyes, avecindado por aquellos años en Madrid, y los más jóvenes en trance de consagración, considerábamos en cierto modo copartícipes en nuestro intento, y quisimos, sin ánimo peyorativo, por señalar el matiz que podía diferenciar *La Pluma* de cualquier otra similar, en vez de publicar en un principio, como es uso, la lista de colaboradores y redactores, apuntar, en breve nota cómica al pie del primer número, a quienes dábamos por cierto que no colaborarían en nuestra revista, adelantándonos esta vez al desdén que notoriamente les merecíamos.[2]

Contaban entre ellos y muy principalmente Pío Baroja, Ortega y Gasset y Eugenio d'Ors. Los tratábamos, esco sí, con un «Don» muy

1. *La Pluma,* de junio de 1920 a junio de 1923. Véase el carteo entre Cipriano Rivas Cherif y Azaña de 1921-1922.

2. La nota decía: «*Palinodia.* Esta revista no cuenta con la colaboración de don Mariano de Cavia, don Jacinto Benavente, don Pío Baroja, don José Ortega y Gasset, don Ricardo León, don Julio Camba, don Eugenio D'Ors, don José Martínez Ruiz (Azorín), la condesa de Pardo Bazán, ni, probablemente, con la de don Gregorio Martínez Sierra.

»Imponiéndonos sacrificios, hemos adquirido la seguridad de que no colaborarán en *La Pluma.*»

circunspecto y sin más comentario los mezclábamos con otras personas importantes, pero de diferente condición literaria. Por ejemplo, doña Emilia Pardo Bazán. A los tan inocentemente aludidos, les picó aquella burleta, y menos la eximia condesa —que ni se enteraría de nuestra salida al reducido mundo de los aficionados a la pura literatura—, los demás no supieron disimular ni nos perdonaron nunca, a mi colega sobre todo, el poco respeto que nuestro desenfado demostraba.

A mí me interesaba que mi amigo escribiera. A ese interés sacrifiqué toda veleidad personal que, de haberme dado enteramente por el teatro, hubiérale quitado las ganas de hacer por sí solo lo que se le había ocurrido como una comandita espiritual conmigo. No es otra la explicación de que a mi nombre esté dedicada más tarde la edición en volumen del *Jardín de los Frailes*.[3]

De tiempo atrás venía dándole vueltas a una idea que, como toda buena inspiración, no le fue soplada a la oreja por ninguna musa de una sola vez. No era hombre de inspiraciones súbitas. Si se ha podido decir en francés que «el genio es una larga paciencia», el suyo literario era el trabajo de muchos ocios fecundos. Si algún panegirista e incluso tal cual enemigo, han podido después con la mejor o la peor de las intenciones, presentárnoslo como un empollón, no he podido por menos de reírme con el aludido. Unamuno, que más de una vez —no hay cosa que no escribiera tres veces por lo menos y la repitiera mil y una en los monólogos en corro a que llamaba conversar— dijo que la obra esencialmente poética es producto del ocio, no quiso sin embargo, con maliciosa animadversión en sus últimos años, reconocer, en quien no debió considerar nunca a un adversario, esa virtud del ocio artístico en que se engendra la creación, fruto, como las criaturas humanas, del amor. Le llamó, encanallando su propia verdad, holgazán mental. Él mismo se tenía por perezoso y, efectivamente, mi amigo en tanto que escritor no era un grafómano. Le costaba trabajo sentarse a escribir. Cuando se sentaba, obligado por el deber que se había impuesto, nunca con regularidad ni hora fija, no se abandonaba a la mano. Era la pluma la que obedecía siempre al pensamiento. No lo trasladaba al papel, sino cuando la divagación de la mente se le concretaba en forma precisa; [4] de ahí las pocas tachaduras en sus cuartillas; y su lentitud relativa.

3. Véase capítulo V, *La Silla de Felipe II* y *El Jardín de los Frailes*.

4. Existen en las obras de Azaña varias alusiones a este tema, que puede relacionarse con lo que él mismo dice de sus discursos: «... yo jamás he improvisado un discurso, porque los saco del interior de mi propio espíritu, en el que no

No porque fuera premioso, ni mucho menos atento a preciosismos extravagantes, que pugnaban con su claro concepto del arte literario; pero porque apuraba la dificultad y concentraba sentimiento y razón en una expresión cabal. Quería el vocablo exacto, la frase acuñada y el engarce del período musical, propiamente discursivo; que la idea fluyera corriente y clara por un cauce limpio de arrequives. En suma, que el estilo diera la emoción en la medida conveniente: contenida toda efusión excesiva por este respeto moral que traducido a la obra artística se llama el buen gusto. Él lo llamaba el gusto nada más.

No sabría decir en qué momento de nuestras conversaciones sobre un tema como el de sus años juveniles en El Escorial, tan rico en sugestiones de un primer pasado, pudo sentir el impulso verdaderamente inicial de su novela. Me es sobremanera grato pensar que merecí su dedicatoria no sólo por la insistencia con que materialmente le insté luego a escribirla; pero por el efecto que sus confidencias escurialenses me habían producido, antes de transcritas y redivivas en la ficción literaria, al oírselas referir aquí y allá, cuando venían a cuento de nuestras mutuas divagaciones, peripatéticas por los paseos públicos más que sedentarias en la intimidad de su casa. Quiero creer que fue la ocasión de aquella excursión que juntos hicimos al Monasterio y su campo la que le inspiró precisamente, con esa necesidad ajena a toda consideración utilitaria, no el motivo original del libro, latente en la conciencia memorable de su vida de colegio; pero la exaltación confidencial de una referencia de su persona, a los términos propios de la invención.

---

hay nada improvisado» (*O.C.*, II, p. 870). Dice en sus apuntes de París de 1912: «Si escribes, vuelve a pensar en lo que has escrito y trata de distinguir lo que sea *de source,* de las reminiscencias ajenas. Arranca estas últimas de tus escritos» (*O.C.*, III, p. 798). En relación con *La Corona* dice: «Escribí *La Corona* en febrero del 28. Me ocupó las tardes de veinte días (...) Hacía mucho tiempo que llevaba en la imaginación la situación de la escena primera, sugerida por el paisaje, y la revivía continuamente, y hasta compuse de memoria las primeras réplicas...» (*Memorias,* I, pp. 352-353, Editorial Crítica), del 18-21 de diciembre de 1931. Pero quizás el pasaje más interesante es el que escribe el 24 de julio de 1937: «La imaginación se prende en un tema y trabaja con furia, no sé si por desasirse o por agotarlo. Anoche, con un brío, una abundancia, una plasticidad hace tiempo no conocidos por mí. Hasta hace unos años, ocho o diez, estas orgías me eran habituales y las provocaba a voluntad, sobre todo a favor del estado de duermevela. En mi juventud inexperta, creía yo que eso era una mina para el trabajo literario. Pero he aprendido después que no es así, ni ése es el camino. Anoche la imaginación no inventaba, era la memoria quien llevaba el grano a moler.» (*Ibid.*, II, p. 167.)

No en vano invención vale tanto como hallazgo. Y, en este caso, del propio ser considerado no como quien se mira al espejo que nos da nuestra imagen tal que en la actualidad del momento en que nos miramos, sino contemplando con esa enajenación de nosotros mismos que da la lejanía en el tiempo.

Quienes le elogiaron a su hora[5] —sin el escándalo fugaz de otros éxitos de librería más de relumbrón— o cuantos se han ensañado denigrándole, con la insana pasión del adversario político, han coincidido en el mismo punto de vista erróneo al apreciar *El Jardín de los Frailes* como una autobiografía de su mocedad. Le irritaba, exageradamente quizás, el que se tomara al pie de la letra la primera persona gramatical del protagonista del libro por el hecho de no prestarle un nombre novelesco que declarase la ficción. Daba por supuesto en sus lectores posibles un mínimum de respeto al convencionalismo literario para que, sin necesidad de una explicación previa, se abandonaran al equívoco de una composición en que entraba la sinceridad, tanto como el pudor. ¿Es que podía el autor mismo, sin dejar de ser sincero, darse por el tal personaje que recuerda días de colegial universitario con los padres agustinos de El Escorial? Tampoco era posible que la emoción, trascendente de aquel perfume de jardín y campo, de humedad secular del Monasterio y secreto interior de un hombre en ciernes, no le hiciera al lector sensible la impresión de cosa viva, de confesión tal.[6]

De las primeras conversaciones de nuestra intimidad, sabía yo su simpatía, apasionada que fue, en sus lecturas de un tiempo, por el Rousseau de las *Confesiones,* y si el freno con que castigaba los excesos del sentimentalismo propio los sometía a un orden riguroso de su expresión —de donde su clásica continencia y serenidad— no por eso renegaba del sentimiento que se ha dado en llamar romántico. Como nunca

5. Entre los críticos que comentaron *El Jardín de los Frailes*: «Andrenio», Juan Chabás, Enrique Díez-Canedo, Fernando González, Julio Álvarez del Vayo, Antonio Espina, Melchor Fernández Almagro, Eduardo Ortega y Gasset. Véase también la opinión que le mereció el libro a Jaime Salinas el 2 de mayo de 1927 (*O.C.*, III, p. 878), que le hace escribir a Azaña como corolario: «Le parecen magníficos los capítulos XIII y XIV. Precisamente los que me daban a mí más temor. Estoy muy contento de que le guste a Salinas.»

6. «Repaso indiferente el soliloquio de un ser desconocido prisionero en este libro. No es persona con nombre y rostro. Es puro signo.» (Manuel Azaña, prólogo a *El Jardín de los Frailes*, p. 8, Ediciones Albia, Bilbao, 1977.) Y en la carta a Cipriano Rivas Cherif del 5 de marzo de 1925, año en que termina *El Jardín de los Frailes*: «Las criaturas que imagino no tienen nada que ver conmigo, no llevan nada mío (...).» (Véase carteo 1925.)

había declarado a nadie la impresión de su lectura primera,[7] en edad propia al hechizo, no es fácil que después de trabajado por la reacción en contra de semejante influencia, acierte nadie tampoco a señalarle un antecesor espiritual que es para mí inequívoco. En los últimos días de su vida, como me viera tomar con cierto reparo la *Nueva Heloísa,* que por no formar ya parte de la educación literaria de mi tiempo no había tenido especial curiosidad en conocer, me instó a que la leyera, ponderándome su agrado. Por lo demás, si no era un fetichista del Rousseau del *Contrato Social* cuando en mis dispares, si no disparatadas lecturas de París me dio a leer *El único y su propiedad* de Max Stirner y, poco después, *Las reflexiones sobre la violencia* de Sorel, ponía coto a mi ingenuo entusiasmo, propenso a descubrir mediterráneos, con referir su importancia, relativa, a la que tuvo por modo decisivo en la teoría política de nuestra historia europea, de la Declaración de Derechos del Hombre acá, la obra capital del gran ginebrino. Yo, como el autor de *El Jardín de los Frailes,* prefería con todo y con eso al sentimental exacerbado de las *Confesiones*.

Si no de colegial, de los años en que en El Escorial estudiaba, me mostró por aquellos días de *La Pluma* un retrato que con algún otro de su niñez, montado en un caballito de cartón, o en grupo familiar, había encontrado en Alcalá. Era un instantánea hecha al aire libre, en el campo, y parecía en ademán de señalar, hablando con alguien que en la fotografía no estaba, quizás el fotógrafo mismo, algo en la distancia ante sí. Adelantado un brazo, echado un tanto hacia atrás el cuerpo, robusto ya y con marcada propensión a la gordura, no tan alto y corpulento como fue más tarde, enérgica la actitud de la cabeza recia sobre los hombros, aquel perfil era muestra evidente de la persistencia de la misma persona cuya humanidad se nos daba lograda al cabo del tiem-

7. De «la impresión de su lectura primera» queda alguna traza, como se ve por la cita siguiente de su artículo «Un amigo de Rousseau», escrito el 14 de julio de 1912 (*O.C.,* I, p. 114): «Para honrar como debía la memoria de Juan Jacobo Rousseau he releído algunas de sus páginas mejores. Ya están un poco lejos aquellos años de la primera mocedad en que el fuego de los períodos rousseaunianos nos abrasaba la sangre de las venas, y sus lágrimas eran nuestras lágrimas y su turbación la nuestra. La lectura de Rousseau es una revelación para los adolescentes, porque en él admiran desenredada y ovillada la maraña sentimental de los años críticos, y contemplan, además, en cuadros maravillosos, constante prodigio de observación y ejecución, la primera y decisiva batalla de nuestra vida, el primer encuentro de un corazón sensible y juvenil con el espectáculo de la belleza natural y con la frenética legión de las pasiones.»

po. Pero hasta mucho después no tuve oportunidad de comprobar en la ampliación de otro retrato de busto y de frente, la exactitud espiritual con que el autor de *El Jardín de los Frailes,* con todas las reservas y protestas de un pudor acendrado, había sacado de sí mismo la imagen enternecedora del alumno de María Cristina. Fino el rostro que la sotabarba redondeó después con gravedad prematura, clara la mirada que la miopía enturbió vagamente y a que sólo los cristales del óptico devolvieron su vigor natural, se acusa en su expresión, con ese indecible encanto que la melancolía añade a algunos jóvenes soñadores, un rasgo característico de las cejas, apuntada la una sobre la otra, en que el tiempo puso como una tilde de irónico desdén añadido a la simple ternura de la efigie.

Con todo, el autor de *El Jardín de los Frailes* tenía razón. Mirándose con narcisismo naturalmente humano, hacia adentro, en los posos del tiempo, había descubierto en su ánimo, junto a los recuerdos que la simple memoria le traía con las piedras escurialenses, contempladas desde la ventana de su cuarto frente a Los Alamillos, un personaje desconocido para él hasta el instante de ir fijando en palabras las emociones que en su mocedad se le quedaron inefables. Ése era el hallazgo, la invención. Y la modernidad del libro, pareja de los mejores ejemplos del intelectualismo agudo con que los escritores de la generación entre las dos guerras del mundo de nuestro tiempo han interpretado sensualmente la vida que nos ha tocado vivir, reside en la emoción, difícil de captar, pero henchida de zumos olorosos, con que el novelista de sí mismo insinúa, sugiere, explora y ahonda, más que pinta ni refiere. El claroscuro con que los sucesos fútiles al parecer, por cotidianos, se nos muestran templados por el lirismo personal del protagonista, descubre, a ojos del buen conocedor del sitio real en que la pasión del personaje cobra existencia de persona viva, no de entelequia ni trasgo, de figurón ni personaje, descubre, digo, el punto de mira, propicio a la mejor comprensión sin más palabras ociosas, de *El Jardín de los Frailes* con la Galería de Convalecientes; cuyos arcos, abiertos al sol del Mediodía, suavizan, con grata penumbra de claustro, la luz infinita de El Escorial en primavera.

La Pluma fue el aliciente crónico que le movió, como una regla perentoria, a la consecución de su obra. El tener que llenar necesariamente nada más las páginas destinadas a publicarla con un ritmo atemperado a la curiosidad que dábamos por supuesta en el lector, le acuciaba más y mejor de cuanto yo hubiera podido con mi solicitación única-

mente. Por mucho que estimara mi juicio y mi interés personales, mi labor había de consistir y consistió en convencerle de que no éramos uno y otro tan superiores ni tan raros, que lo que uno y otro hiciéramos, él sobre todo en este caso concreto, no fuera comunicable a un público escogido entre la masa general de lectores. Si a él como a mí nos repugnaba la idea de una selección alquitarada, que sólo pudiesen discernir desde su Olimpo los diosecillos de la opinión literaria, era porque creíamos en la posibilidad de hallarla correspondiente a nuestro gusto en un medio ambiente lo suficientemente dilatado nada más para mantener nuestro propósito. Logramos de primera intención unos dos centenares de suscripciones y distribuimos, a cuenta, por las librerías de Madrid y provincias, amén del envío de propaganda a América, el resto de la edición del primer número. No pasó de los dos mil ejemplares. Después la redujimos a mil, visto que el impulso inicial no aumentaba en la progresión que el éxito de salida nos permitía prever.

Anunciábamos la redacción y administración en el domicilio de mi colega en la calle de Hermosilla. Llegaba yo todos los días después de comer, si no nos encontrábamos en el camino para dar una vuelta; pasábamos la tarde escribiendo y a última hora de ella nos reuníamos en el Regina con la peña presidida a título de indefectible por Luis García Bilbao, timidísimo personaje, aunque aventurado mecenas del semanario *España* y literato materialmente ahogado en la triste pasión del alcohol, que nos ocultaba pudorosamente, agravándola para su mal por el café que ingería de continuo, creo que por único alimento dada su desgana de todo ejercicio, y abandonado a la perdición de sus aptitudes. Puntos fuertes de aquella tertulia eran Díez-Canedo; Valle Inclán, cuando estaba en Madrid; Luis Bello; Ricardo Gutiérrez, más conocido por el seudónimo de Juan de la Encina con que firmaba sus críticas de arte; el pintor Juan Echevarría; Luis Araquistáin, que después desertó por un puntillo de autor dramático con Canedo; el arquitecto Gregorio Marañón, a quien burla burlando conocíamos por «el bueno» por distinguirlo de su primo el médico; Sindulfo de la Fuente, que procedía de nuestra tertulia nocturna del Henar, refundida además, y continuada de la misma del Regina, después de cenar los más asiduos a ella; Julito Lafuente,[8] abogadillo recortadete, que juraba por don Ángel Ossorio, en cuyo despacho pasaba su aprendizaje y presumía entonces mucho de nuestra amistad; el mexicano Martín Luis Guzmán, de la raza de los con-

8. Julio Martínez de la Fuente.

quistadores con que la América española nos corresponde en los siglos. Añadíanse varios contertulios esporádicos y muchas veces a última hora, pero siempre antes de la de cenar, se asomaba Amós Salvador con el cotilleo del compadrazgo político.

Tirábamos *La Pluma* en la imprenta de los hermanos Sáez a espaldas del cine del Noviciado. Regíanla sus propietarios, dos madrileños castizos, malogrado muy joven por la tuberculosis de allí a algunos años el más pequeño, trabajadores y simpáticos. Iban sacando el negocio a pulso y no tardaron mucho en apuntarnos la idea de que nos asociáramos a ellos para la compra de maquinaria. Mi colega acarició el proyecto y hasta se lo insinuó a Amós Salvador, no tan propicio como a la pequeña pero desinteresada ayuda que nos prestaba. Mi amigo y colaborador en *La Pluma,* viendo después la prosperidad de aquella imprenta artística, me ponderaba la justeza de sus previsiones.

Terminada la correción de pruebas del número, que hacíamos minuciosamente y mucho mejor él que yo, quedaba una vez que lo recibíamos con puntualidad nunca desmentida en los primeros días de cada mes, la faena de envolver cada ejemplar en su faja correspondiente y llevarlo al correo, cosa que hacíamos nosotros mismos también en sendos paquetes que como más hábil —siempre encareció mi poca habilidad manual— ataba y anudaba.

No se limitó desde luego su labor en *La Pluma* a la publicación paulatina de El *Jardín de los Frailes* conforme lo iba componiendo apremiado por la continuidad a que se obligaba.[9] Alternaba su firma con dos seudónimos, cervantino el uno, y como tal *Cardenio* quijotesco se tenía en mucho, en prueba de sus sentimientos románticos; propiamente madrileño el del *Paseante en Corte,* digno del Mesonero Romano y, mejor, del Larra de quienes hubiera podido considerarse heredero en sus divagacions apasionadas por Madrid, a no serle tan ingrato el madrileñismo profesional de saineteros y periodistas de quinto orden, en que ha venido a decaer la gracia y el sentimiento del *Curioso Parlante*

9. De los diecinueve capítulos de *El Jardín de los Frailes,* Azaña publicó los doce primeros en *La Pluma*: el I en el número 16 de septiembre de 1921, el II, III y IV en el número 17, de octubre de 1921; el V y VI en el número 18, de noviembre de 1921; el VII, VIII y IX en el número 20, de enero de 1922; el X en el número 22, de marzo de 1922; el XI en el número 23, de abril de 1922, y el XII en los números 24 y 25, de mayo de 1922. Azaña acabó *El Jardín de los Frailes* como cuenta él mismo: «... el año 1925 es probablemente el más triste de mi vida (...) Por entonces también me refugié en la afición a escribir. Concluí *El Jardín de los Frailes.*» (*Memorias,* I, p. 108, del 18 de agosto de 1931.)

y el *Fígaro* suicida. Mucho de lo que *Cardenio* y el *Paseante en Corte* publicaron entonces a tenor de las circunstancias, él mismo lo reunió en el volumen de *Plumas y Palabras*.[10] Aparte las críticas y referencias de libros firmados con sus iniciales, la colección de *La Pluma* contiene preciosas muestras de su ingenio cáustico, que el liviano entender de quienes creían conocernos a simple vista me atribuía casi siempre.

XIII. La muerte le abre las puertas de mi casa

De los diez hijos vivos que tuvieron mis padres quedábamos cinco; los dos últimos bastante más pequeños que los tres primeros, de los cuales, el mayor, yo. A los pocos meses de mi regreso de París, Ramón, que había cumplido diecisiete años y era el mejor mozo y en apariencia el más robusto, guardó cama bastantes días con unas fiebres que diagnosticó el médico de paratíficas, de cuya convalecencia salió con tantos bríos que se dio luego de nuevo a las excursiones al Guadarrama, a que se había aficionado mucho. Creo que fue mediado enero cuando, hallándose fuera de Madrid mi padre para un asunto profesional de abogado, le dio a mi hermano el primer vómito de sangre. No tuvo remedio ya. Ni moverlo pudimos de casa al campo, donde poníamos la esperanza de un alivio posible. Mediado marzo empezamos a querer darnos por enterados de la fatalidad de nuestra espera, más desesperada cada día. Mi hermana menor, encariñadísima como estaba con él, que sólo la llevaba un año, no pudo resistir su vista cuando de casa de una tía nuestra, adonde se la habían llevado para evitar el grave peligro del contagio tuberculoso, quiso volver un día al menos, porque no se muriera sin despedirle secretamente. Se cayó al suelo no más entrar a la

10. *Plumas y Palabras,* Madrid, C.I.A.P., 1930. Reedición: Editorial Crítica, Grupo editorial Grijalbo, Barcelona, 1976. La edición de *Obras Completas* de la Editorial Oasis, de México, contiene estos artículos en orden más o menos cronológico, pero no bajo el título original que le dio Azaña a su libro. Los artículos y ensayos son: «El *Idearium* de Ganivet», «Asclepigenia», «Jorge Borrow y *La Biblia en España*», «Almanzor», «Los curas oprimidos», «De enero a enero», «El león, Don Quijote y el leonero», «Premios y castigos», «Quintana, en la infausta remoción de sus huesos», «Una Constitución en busca de autor», «La inteligencia y el carácter en la acción política», «Minúsculos placeres del egoísmo: 1923», «El descreído en Palacio», «¡Todavía el 98!», «La justicia en libertad», «Caciquismo y democracia», «Grandeza y servidumbre de los funcionarios», «Uno muere por todos», «Madrid».

habitación, que habíamos habilitado para el enfermo lo más aislada posible, en una de las mejores del piso en que vivíamos en el Paseo del Prado, vecinos del político carlista Vázquez Mella. Los dos chicos habían hecho buenas migas con él, que no tenía más compañía familiar que la de un perrazo que le cuidaban los porteros; no era mi amigo el ex secretario del Ateneo quien menos bromas le daba a mi hermana por la simpatía que el viejo solterón demostraba inocentemente a la niña. Pero todas las risas familiares, que mi amigo sin gran confianza aún en mi casa, no había tenido ocasión de compartir mucho hasta entonces, se trocaron en lágrimas y angustia. En vano pretendía yo engañar el dolor de nuestra desgracia con los ratos que en su compañía pasaba, en el empeño literario de *La Pluma*. La tremenda suerte que colmaba el infortunio de mis padres, heridos años atrás con la muerte de la hermana que antecedía a Ramón y en que yo me miraba en toda la extensión de la palabra, por el mucho parecido conmigo de aquella criatura, me rebelaba contra la injusticia de esta vida y la torpeza de los hombres a quienes confiamos su cura. Caí en la vulgaridad de echale la culpa al médico amigo que, a mi ver, no se había enterado a tiempo. Tanta impresión le hizo a mi colega aquella mi desesperada protesta, que, veinte años más tarde, en la enfermedad que se lo llevó a él, temía que me pronunciase iracundo contra el dictamen de los facultativos que le visitaban y en cuyas manos estaba su remedio imposible.

Venía más frecuentemente a mi casa que hasta entonces lo había hecho, por interesarse cerca del enfermo y tenernos triste compañía. Sensible como era en extremo, le impresionó mucho la referencia que le hice de lo ocurrido a mi hermana pequeña en su fraternal empeño de ver a Ramón moribundo como estaba y desconocido a ojos de cuantos habían dejado de verle los pocos meses transcurridos desde la primera hemoptisis. Una noche, según nos hallábamos silenciosos mi amigo y yo en el amplio despacho contiguo a la habitación del enfermo, entró mi madre desolada, y, deshecha en sollozos a que sobreponía de continuo junto a la cabecera de Ramón una sonrisa forzadísima y una naturalidad tremendamente afectada por la verdad de la situación, se abrazó a mi cuello diciendo: ¡No puedo más! ¡No puedo más! Mi amigo se había retirado a la puerta y contemplaba, trémulo y demudado, el cuadro de dolor que hacíamos. Mi madre, dándose cuenta luego de su presencia, pidió excusa para aquella expansión involuntaria de su duelo. Como él quisiera dejarnos solos, porque mi madre no cortara aquel

desahogo efusivo de su sentimiento, le dijo ella, sin saber el alcance de la mutua fidelidad que sellaba: «¡No, no se marche usted; usted es de casa!».

De entonces más, mi amigo dejó de sentirse huérfano. Las desgracias de su familia y el desacuerdo consiguiente a la ruina del patrimonio heredado, aun entre hermanos que bien se quieren, le habían llevado a vivir solo y aunque no desafecto a los suyos, sin influencia apenas de unos en otros. Su hermano mayor, viudo dos veces, y la segunda con cinco hijos, se había vuelto a casar, en el pueblo andaluz donde era juez, sin decirle nada a él, conociendo de antemano su opinión desfavorable a aquel matrimonio, no por otra cosa que por la carga y no alivio que daba por supuesta en determinación semejante.

La desgracia le adentraba en nuestra intimidad. Aquel deseo de compartir nuestras horas más infelices, en vez de pretender egoísta sustraerme al dolor de mi sangre, me hacía ver, en efecto, cuán minúsculos los placeres del egoísmo tan agudamente contemplados por él después en uno de los mejores ensayos de su *Pluma,* y cuán grande el contento, por amargo que sea el sabor de las lágrimas, de ajenarse en un sentimiento familiar cuyo calor le había faltado precisamente en su expresión primigenia. Tenía del amor filial un concepto claro; pero sin otra experiencia que la de las primeras caricias maternales de que quedó tan pronto huérfano. Aquel acento de mi madre, le resonó en el corazón como un eco remoto. Murió mi hermano en plena primavera, suya y del tiempo. Decidimos cambiar de domicilio y a la busca de casa nueva me eché a la calle sin respeto a las conveniencias sociales del novenario. En aquella ocupación perentoria me acompañó casi siempre mi amigo. Como el médico nos aconsejaba, previendo el retiro del luto, que procurásemos hacer una vida lo más al aire libre que nos fuese posible, en atención sobre todo al cuidado que habíamos de poner en la pequeña, me decidí a trasladarnos al barrio de la Prosperidad, a una quinta de las primeras construidas de bastantes años atrás en pleno campo. Mi exagerada precaución de que habíamos acudido tarde y sin remedio, acabó por contagiar a los míos. Y todo fue mirar celosos por mi hermana Lola, cuyo decaimiento asustaba. No veíamos en ella por ser la última, sino la niña que ya no era.

Pensamos en familia, porque la temporada de campo lo fuera realmente, volver a nuestra casa del castillo en Villalba de los Alcores, provincia de Valladolid, adonde no habíamos vuelto, rompiendo la costumbre de tiempos de mi abuelo, desde que ocho años atrás había muer-

to en ella mi hermana María. Por hacer fuerza a mi colega, a quien yo había invitado a que pasara unos días con nosotros, le escribió mi padre recobrando un punto el simpático humor que le hacía tan bienquisto de sus amigos, una epístola en verso refrendando mi invitación en nombre de la «pequeña» de la casa, a quien no le hizo mucha gracia la broma paternal, por la demasiada inocencia que atribuía a sus pocos años. Mi colega contestó en verso también. Por modo sorprendente, más para mí que para nadie; y no porque le creyera incapaz de semejantes bromas, sino porque ni en broma había versificado nunca a cuanto me aseguraba con ingenua admiración por quienes versificábamos aunque mal.

Mi hermana conservaba la respuesta de mi colega,[1] sorprendida a su vez. Y ella no tanto porque le creyera sin aptitudes poéticas, como por creerle, con notorio error, no obstante las protestas de mi testimonio, ajeno al humorismo fácil que la epístola en cuestión demostraba. Llegó de tan buen humor, que no más arreglarse un poco, como al bajar la escalera de su habitación al gran portal o zaguán de la casa, donde solíamos estar reunidos, viese a nuestra huésped,[2] la compañera de mi hermana Adela, le dijo sonriente:

—Ya ve usted que no traigo ningún anuncio de *La Pluma* en ninguna parte.

Nuestra invitada se enfadó conmigo, al comprender que yo le había dicho un comentario suyo cuando estábamos esperándole: «Traerá un cartelito en la tripa». Pronto se convenció de que él era muy bromista y no se enfadaba porque le llamasen gordo.

Los días que con nosotros estuvo disfrutó grandemente, aliviando con ello la gravedad de nuestro duelo. En seguida planeó la restauración del castillo, que con las murallas del pueblo compró mi abuelo para que no estuvieran sus históricas piedras a merced de cualquier desaten-

1. El original no se conserva. Sí los versos siguientes en la memoria de su destinataria: «A su alteza cherifiana / señora de horca y cuchillo / que me invita a su castillo / de la estepa castellana / contesto carta sin ripios / que acepto de corazón / su graciosa invitación / pues soy hombre de principios. / Dejo que la suerte corra, / que en tiempos de tanto apuro / es el modo más seguro / de vivir, vivir de gorra. / Mas digo al aceptar mis condiciones / por prevenir el mal de un desengaño / ya padecido en ocasiones / y no vaya a resultarlo hogaño, / yo no bailo, no canto, no hago chistes. / Aunque el genio en el cuerpo me retoza / estoy catalogado entre los tristes. / Para la gente moza / soy funesto ciprés o fraile o cura / y en general procuran / arrancarme de sí como las chinches...»

2. La señorita Carmen Rodero.

tada veleidad lugareña de sus paisanos. Planeaba la obra como si fuéramos a empezarla al día siguiente.

Dedicábamos las mañanas a hacer alguna excursión en coche de mulas o a leer y escribir, que nos cundía poco. Esperábamos el correo después de comer e íbamos indefectiblemente a merendar a la Esperanza, la viña que mi abuelo plantó adornada de frutales y con un poco de huerta y jardín, dispuestos en paseos urbanos los caminos que la cruzaban hasta el montecillo, que había dejado sin plantar de vides, enclavado en el monte comunal del pueblo, mal vendido en su mayor parte no muchos años atrás a un ricachón de Santander.

Volviendo un día, como solíamos a la caída de la tarde, en el coche familiar, echamos de ver que nos seguía un hombre a caballo, con el traje montaraz que usan los guardas. Mi hermana pequeña preguntó con una de sus salidas de niña: «¿Será algún bandido?». Tanto le divirtió a él oírla que le duró el recuerdo toda la vida. ¡Cuántas veces no hizo después memoria de aquella ocasión, en que tocada mi hermana Lola con un sombrero de paja a modo de pamela y presumiendo de perseguida por un bandolero, parecía jugar con la evocación de un romanticismo paródico del de la Condesa de Teba, Emperatriz después de los franceses! ¿No le decía yo a él, apurando la broma: «así empezó Napoleón III» cada vez que sus amigos ateneístas le reprochaban no sé qué supuestas ínfulas de autoritarismo cesáreo en el desempeño de la Secretaría?

El bandido en cuestión era un guarda que hasta casa nos siguió y por ello se entró a nuestra zaga portador de un obsequio con que correspondía a no sé qué favor recibido.

Se preciaba mi amigo de hablar naturalmente bien y le molestaba hasta la irritación el constante menosprecio que hacen del castellano las señoritas incultas. Un regalo era para él poder disfrutar de la compañía y conversación del tío Rufino, antiguo criado de la casa y que en ella hacía, con más prosopopeya que eficacia, las veces de bodeguero y cochero en una sola pieza. A mi amigo le gustaba ir con él en el pescante, e incluso tomar las riendas, por oírle hablar con la propiedad y justeza que lo hacía, dando a cada cosa su nombre propio, lo que pocas gentes saben, según mi amigo comprobaba de continuo muy atinadamente. Con el sentido del idioma y del discurso, tenía el tío Rufino el sentido común, que lo es mucho menos de lo que cumpliría a las personas que por sabidas se tienen. A nuestro huésped le seducía ese saber popular que no se cifra en los refranes, como suele decirse vul-

garmente, sino en una experiencia secular trascendida por tradición, en el uso y costumbre de una cultura que no se improvisa en el bachillerato.[3] Sentía además el tiro que hace el campo al cabo de mucho tiempo en el vano ajetreo de la convivencia ciudadana; pero en modo alguno prefería la decantada vida de la aldea o el villorrio a la de las grandes capitales. «Las ciudades —me dijo una vez— empiezan a estar bien a contar del segundo millón de habitantes». Era antiprovinciano por principio y por convicción probada.

Visitando una tarde el antiguo monasterio de Matallana, en el coto parejo del de Valdebusto, propiedad de una hermana de mi padre, cuya herencia harto diluida vino a compartir luego mi amigo al entrar en la familia, a punto estuvo de quedarse cojo; porque según estábamos a una puerta corralera, le pasó por encima de un pie un trillo arrastrado por una mula que corría espantada a la era. Saltó el madero en una piedra y sólo de refilón le tropezó sin hacerle daño; pero el susto que a todos nos dio fue grande. Casi tanto como el que se llevó cuando desmandándosele las mulas que guiaba, mal domadas al coche, no le respondió el freno del carruaje en una cuesta abajo. Echando a broma después el peligro corrido, nadie podía sospechar los que juntos habíamos de correr con el tiempo, guiados por él asimismo.

Visitando los castillos de los alrededores fuimos a dar en Medina de Rioseco por ver las cinco magníficas iglesias que son su única gala y de allí con nuestros parientes los Cuadrilleros a cazar a su monte-coto en la provincia de Zamora, cerca de Villalpando, donde el yermo parameño deja entrever el fondo del paisaje, salpicado de sotos y alamedas orillas del Cea, la línea azul de los montes de León.

No me había olvidado yo de mi primera y única experiencia de cazador años antes en que estuve a punto de matar a un guarda, y me

3. Véase en abono de este testimonio, lo que dice Azaña en su emocionado recuerdo del alcalde de Torrico, fusilado en plena guerra: «Este rústico, pobre y sin letras, hablaba un castellano portentoso. Deleite de oírle nombrar las cosas con la eterna novedad que los escritores ignoran. Gracia y exactitud de los giros, pureza cristalina de la dicción. Lenguaje sorbido de bruces en el manantial. Hace muchos años, en la clase de don Francisco Giner, alguien dijo que los campesinos de la provincia de Ávila hablan como santa Teresa. "Pero no dicen las mismas cosas", observaba don Francisco Giner. Cierto. No lo es menos, que el buen lenguaje es de por sí una categoría intelectual. Era evidente que Ildefonso y todos los Ildefonsos desesperados, hubieran aprendido y sabido muy bien cuanto puede decirse en aquel idioma. Nadie se lo había dicho. Tenían de su raza el carácter y el habla...» (*Memorias,* II, p. 346, del 1 de noviembre de 1937, Editorial Crítica.)

negué a coger la escopeta; pero andando todo el día por aquel monte bajo, de tan fácil suelo como se ven en Castilla la Vieja, disfruté con ver la salud con que él se gozaba en el ejercicio natural de la marcha, puesta en un objeto definido. Si yo le decía que tanto daba el pasear como otras veces hacíamos, divagando a contento, me respondía que no, que como yo no era cazador no sabía el placer que supone la caza y que acaso la única cosa que echaba de menos de sus tiempos de «señorito» era el poder satisfacer, como entonces, una pasión tan noble.

En aquel viaje visitamos juntos el Museo Provincial de Valladolid, malísimamente alojado antes de que el Gobierno de la República lo instalara como conviene a su riqueza escultórica. Le interesaron grandemente los Berruguetes como un Rioseco, pero nunca con un entusiasmo parejo del que le producía la gran pintura española, culminante a sus ojos en Velázquez, o la obra literaria que cifraba en Cervantes, despertaba en él la contemplación de los arquetipos clásicos, o del Renacimiento, o de Rodin, o las nueve sinfonías de Beethoven. Me parece que en aquel nuestro paseo por el entonces desapacible Museo Vallisoletano, donde los ásperos guardianes habían de abrir puertas y ventanas, probando grandes llaves y desentumeciendo fallebas, le tomó más que el gusto de lo mucho bueno el desagrado de los sangrientos modelos en que se han complacido, con alarde realista, nuestros imagineros típicos. De Valladolid prefería el Patio de San Gregorio, tan alcalaíno, si no en rigor de semejanza, por la indudable evocación resonante en su ánimo al eco de nuestros pasos por aquel claustro plateresco, donde yo había entretenido años atrás la incierta espera de mis exámenes de la licenciatura de Derecho.

De vuelta en Madrid, aparte la continuación del *Jardín de los Frailes,* la guerra en África le dio ocasión para alguna crónica agudísima que en *La Pluma* queda.[4] Como lo eran las sorprendentes citaciones que hallaba en crónicas e historias, a que era muy dado, de sucesos anteriores en los siglos cuya identidad con los que vivíamos era demostración tan evidente de la persistencia de nuestros errores en una continuidad nacional que sólo en los errores se descubría, como para publicarlas sin comentario. *La guerra contra los moriscos de Granada* de Hurtado de Mendoza, le proporcionó más de una ocasión de establecer

4. Véase «Almanzor», en *La Pluma,* número 23, de abril de 1922, reproducido en *Plumas y Palabras,* pp. 129-136, Editorial Crítica; «Si el alarbe tornase vencedor», en *La Pluma,* número 16, de septiembre de 1921, incluido en *O.C.,* I, páginas 648-655.

parangones resistentes a toda polémica en ese respecto. La guerra del Rif no era ni más ni menos que la continuación del toma y daca guerrillero que en ochocientos años de duración —hasta que los Reyes Católicos decidieron darla por terminada— se ha resumido en un concepto posterior de Reconquista. ¿Reconquista de qué? Mi amigo aventuró más de una vez la idea de que tan españoles son los árabes venidos a España,[5] como los iberos y celtas, cartagineses y romanos, vándalos y visigodos hispanizados antes. Sobre que es incuestionable la existencia de una misma raza berebere a un lado y otro del Estrecho y tan extranjeros los árabes de Oriente en Marruecos como en España. En ese punto, la Reconquista es la suma innumerable de tantas guerras civiles en que se ha debatido la unidad peninsular, no más conseguida en el Imperio de la Monarquía Católica que en intentos anteriores, sobre otra base mucho más imperial en que cabían las tres religiones nacionales.

Mi amigo pensaba que la última gran ocasión europea de fundar una patria común con el nombre de España, se había malogrado en la que nosotros llamamos guerra de la Independencia y los historiadores ingleses —él fue quien me lo advirtió en diferentes oportunidades— llaman la Guerra Peninsular, nombrando así la expedición de Wellington.

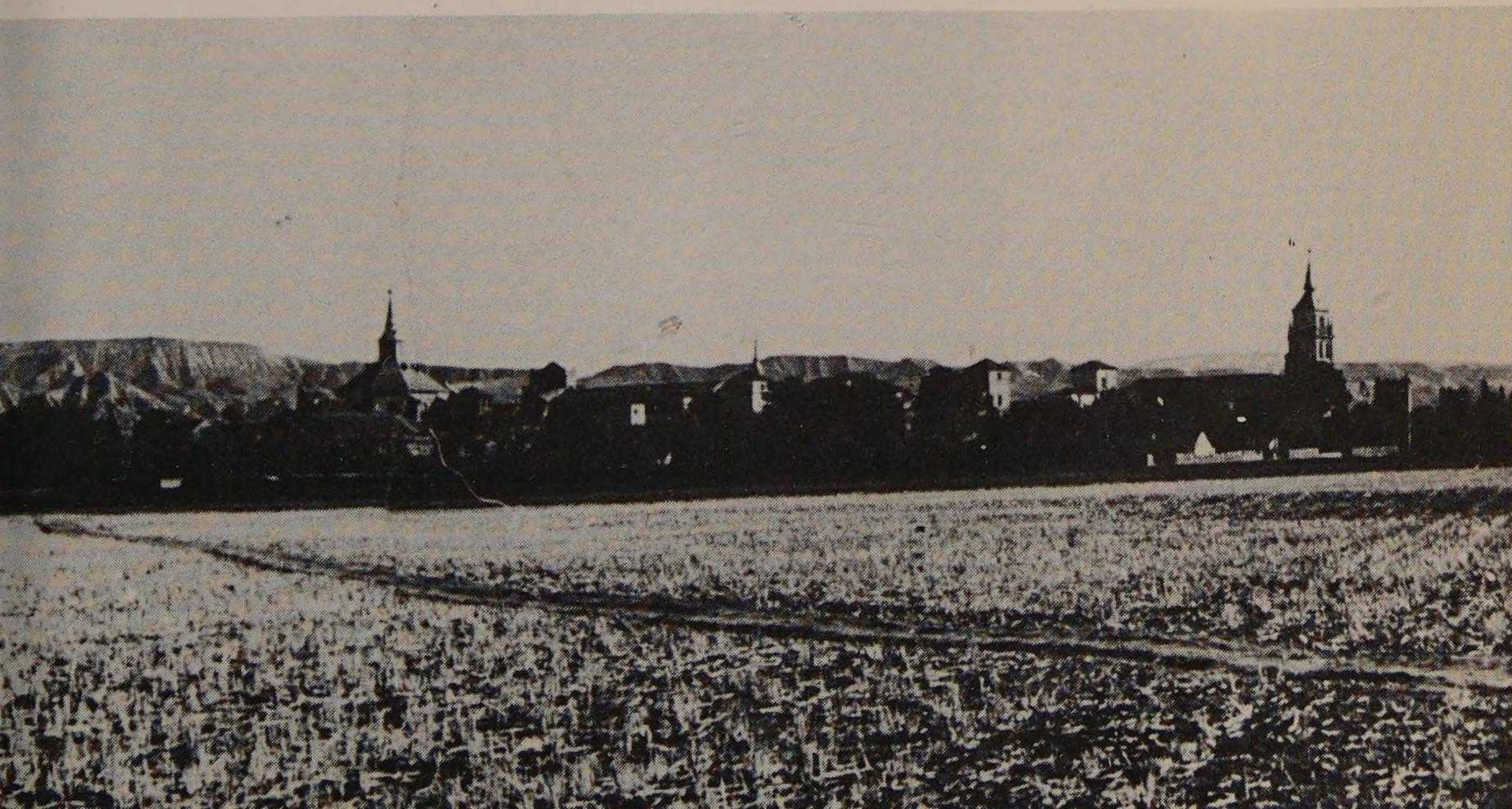
Tema verdaderamente fundamental éste de la realidad política española, sobre que especulaba sin pretensión de profesor ex cátedra, le preocupaba entonces con desinterés inmediato de cualquier empeño, a que se creía lo más ajeno; después con pasión de gobernante; y por último con la desesperada serenidad del vencido en el tiempo.

Por aquellos días del veintiuno, nefastos en nuestra fortuna militar en Marruecos, le divertía simplemente el encontrar los trozos escogidos de otro siglo, que impresos en cursiva daba luego en *La Pluma* y antes a mí, leyéndomelos entusiasmado a cada hallazgo pertinente, sin tener

5. «Los moros, en su mayoría, eran españoles secuaces de otra fe. Bastantes de ellos, de casta rural, convertidos al islamismo, más rancios españoles que los soberbios godos ganadores de tierras y poder. Abundaban las mezclas de sangre, pero en conjunto, como *nación,* se logró aislarlos, convencerlos de la diferencia, segregarlos y finalmente expulsarlos. Y no tan sólo del territorio, sino de la conciencia histórica de los otros españoles, de cuya enseñanza ha sido excluido durante varios siglos el conocimiento y hasta la simple noticia de la civilización andaluza en la Edad Media.» (Manuel Azaña, *La velada en Benicarló*, p. 189. Editorial Castalia.)

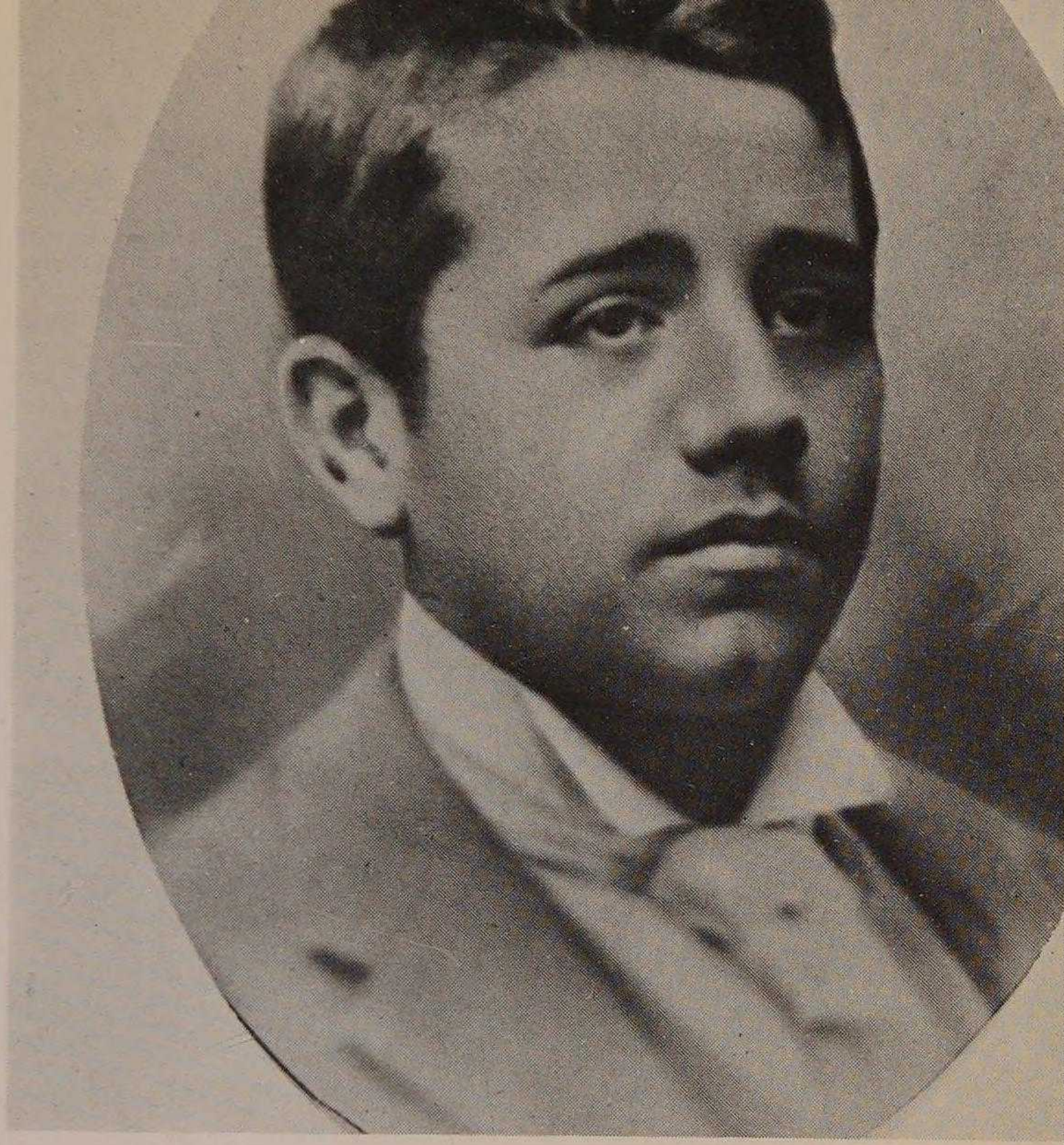
Casa donde nació Manuel Azaña, en la calle de la Imagen, n.º 3, de Alcalá de Henares.

Vista de Alcalá de Henares desde el cementerio (1930).



Los hermanos Azaña Díaz. De izquierda a derecha: Carlos, Manuel, Gregorio y Josefa (en la cuna).

La familia de Manuel Azaña Díaz. De izquierda a derecha: su padre, Esteban, su hermano Gregorio, su tío Félix Díaz Gallo, su madre Josefa con su hermana Josefa en brazos, y Manuel.



Manuel Azaña a los veinte años.

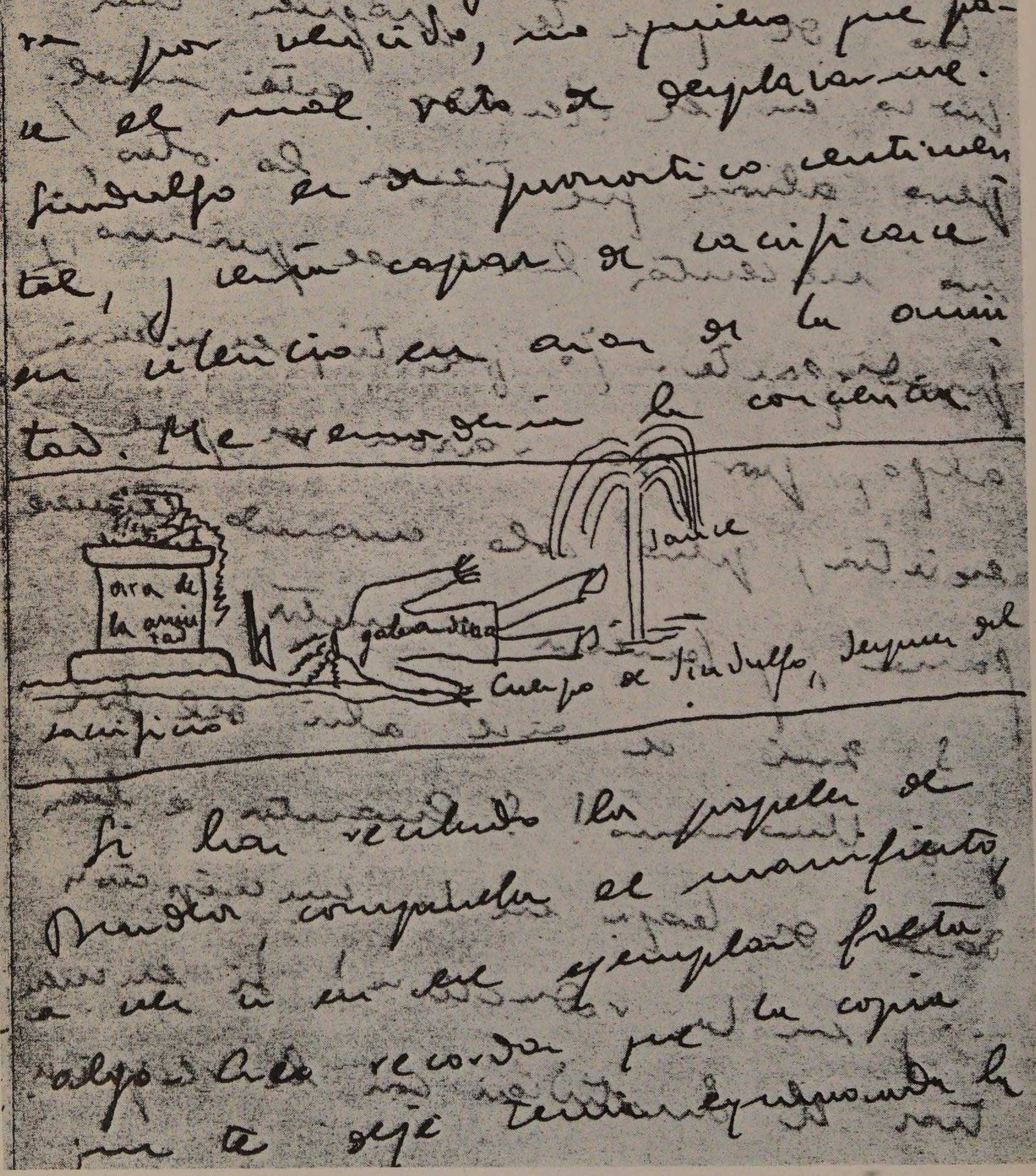
Manuel Azaña en su época de estudiante en El Escorial.

Azaña con sus compañeros de clase (es el quinto de la segunda fila contando de arriba abajo y de izquierda a derecha).

Visita al frente francés (1917). Manuel Azaña, con casco, es el quinto desde la izquierda.

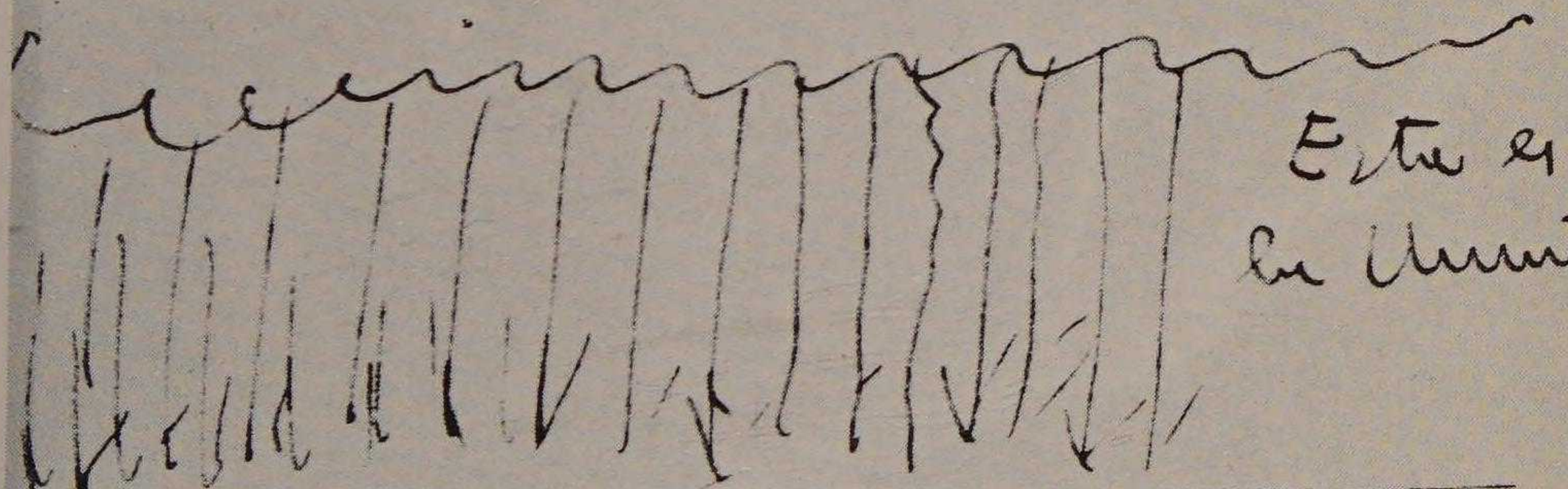
En el parque del Retiro, en Madrid. De pie, de izquierda a derecha: Enrique González Martínez, Ramón del Valle Inclán, Manuel Azaña y Néstor de La Torre; sentados: el actor Gómez de la Vega, Enrique Díez Canedo, González Rojo, Cipriano de Rivas Cherif y Luis G. Urbina (foto de hacia 1927).

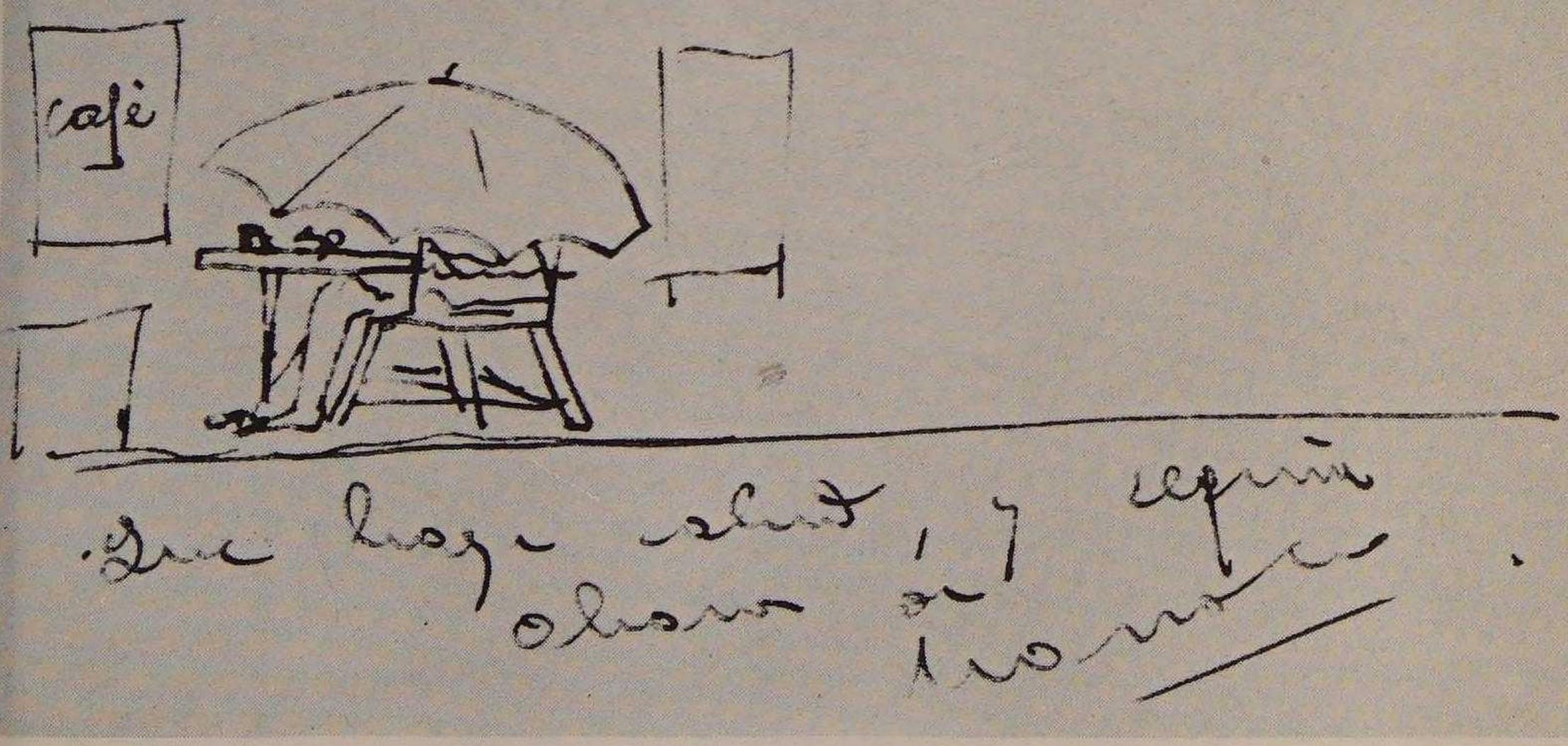
Otra fotografía de 1927 en el Retiro: Manuel Azaña, Luis G. Urbina, Ramón del Valle Inclán y Enrique González Martínez.



Fragmento de una carta de Azaña a Rivas Cherif de fecha 28 julio 1924.

Chiere, Chiere, Chiere, Chiere, Chiere
Chiere, Chiere, Chiere, Chiere, Chiere,
Chiede, Chiere, Chiere, Chiere, Chiere
Chiere, Chiere, Chiere, Chiere, Chiere...
Chiere, Chiere, Chiere, Chiere
Chiere, Chiere, Chiere Chiere
Chiere Chiere, Chiere
Chiere, Chiere, Chiere,
Chiere, Chiere
Chiere





Fragmento de una carta de 8 septiembre 1924.

Visita al frente italiano (1917). De izquierda a derecha: Santiago Rusinyol, Manuel· Azaña, Luis Bello, Américo Castro, Miguel de Unamuno y dos oficiales no identificados.

que quitarse los cristales para ver mejor, como años después, cuando, trocando lentes por gafas, se desprendía de ellas al leer.

XIV. *La política militar en Francia y la Biblia en España*

Una serie de conferencias pronunciadas desde la tribuna del Ateneo con el título de *La política militar en Francia,* sirvió a mi colega para componer un volumen apretado que publicó la Editorial Calleja.

El libro había de ser el primero de una serie que nunca se cumplió y el título exacto que tal prometía, es el de *Estudios de política francesa contemporánea: La política militar.*[1]

Apenas si tuvo que hacer otra cosa mi amigo, para que el libro fuese cabal, que colegir unos tras otros aquellos textos de los discursos leídos. No lo han sido mucho, por los lectores habituales de sus obras y particularmente de las de exposición y polémica políticas, aquellas páginas en que formula, sin traducir todavía a la realidad española que fue llamado a labrar nuevamente, un concepto fundamental para la vida de la República.

Como sus especulaciones no eran nunca desinteresadas de toda aplicación práctica, hasta el punto de que definía la filosofía como «la manera de conducirse en la vida», dicho se está que para él «la cosa pública» no era tampoco una abstracción fuera del tiempo histórico y el espacio de un Estado. Si había elegido el ejemplo de la República Francesa precisamente, era —aparte su mayor conocimiento del problema tal como se había planteado y resuelto en el país vecino— por clarísimo espejo del nuestro. ¿No se había debatido ante nuestra neutralidad, partida en dos campos discutidores, la cuestión de la fuerza militar alemana contra el sofisma de la indisciplina francesa, que en opinión de los germanófilos acarrearía indefectiblemente la derrota de la Tercera República? En España había, fundamentalmente, un problema militar, agudizado, de la pérdida de las Colonias a la fecha, por el resultado desastroso de la preponderancia militarista en el presupuesto nacional. La «clase» militar agraciada con el favor real para el mantenimiento del orden público, se había desprestigiado más de lo que estaba, en las campañas de África de 1909 a 1921. Pero el antimilita-

1. La primera edición fue realizada por la Editorial Saturnino Calleja, Madrid, 1919. Está incluido en *O.C.,* I, pp. 260 a 434 con el título cambiado en *Estudios de política francesa.*

rismo, sofocado por una ley retrógrada, que atribuía la jurisdicción en los delitos contra el ejército, nuevamente definidos, a los propios tribunales militares y con arreglo a un código excepcional, había degenerado en opinión antimilitar que oponía una crítica negativa por parte del hombre de la calle, un espíritu subversivo sin concretar en ningún remedio valedero.

Salvadas las distancias de tiempo, de lugar, de cultura; por encima —o por debajo— de las diferencias características entre españoles y franceses, había una indudable relación de causas y efectos históricos que, no obstante la traducción necesaria, era ejemplo evidente para nuestra experiencia posible.[2] Un proceso célebre había servido para esclarecer de una vez el compromiso civil en que se asentaba la virtud de la Tercera República Francesa. En el asunto Dreyfus, *l'affaire* por antonomasia sobre el que ha girado la política del país vecino de últimos del siglo pasado a nuestros días, consideró mi amigo el punto neurálgico de la crisis de crecimiento del régimen.

En los años que duró el *asunto*, Francia se partió en una lucha verdaderamente civil, por incruenta, ya que no degeneró en guerra fratricida. Deslindados los campos, estuvieron en contra de Dreyfus —inopinada víctima propiciatoria— las fuerzas de la reacción en pro de la Monarquía y del Imperio, del clero regular, de un patriotismo en fin vinculado a las ideas caducadas con la Revolución y cortadas a cada retoño en el transcurso de un siglo.

Mi amigo se propuso demostrar que la depuración llevada a cabo en el ejército francés por el ministro de la Guerra André era la culminación de un esfuerzo de muchos años atrás contra el caudillismo. Y eso que el caudillismo en Francia contaba nada menos que con la única figura épica del mundo moderno; con el nombre de Napoleón.

La lección de mi compañero, primero a sus oyentes, a sus lectores más tarde, consistió en demostrar con datos irrebatibles, en prueba de una lógica derivación de principios fundamentales, que si la evidente

2. Dice Azaña en el prólogo a *Estudios de política francesa contemporánea*: «Quisiera contribuir a que en la conciencia política española acabasen por hacer nido algunas ideas que hasta hoy no han sido siempre bien recibidas. La historia de la política militar francesa es, por más de un motivo, un gran ejemplo para cualquier hombre que tenga patria, pero lo es sobremanera para los españoles de nuestros días (...) La organización militar del Estado plantea la dificultad esencial del problema político: la dificultad de armonizar la autonomía de la conciencia individual con las exigencias del grupo nacional, como entidad con vida propia.» (*O.C.*, I, p. 260.)

superioridad de Alemania en la guerra del 70 demostró la perfección de sus métodos tácticos y estratégicos, no era menester supeditar la educación nacional a una disciplina de cuartel incompatible con las normas civiles de libertad.

Cuando, bastantes años después de aquellos en que dictó sus conferencias ordenadas definitivamente en el libro, alguien pretendió hallar en él un antecedente a las reformas militares del Gobierno Provisional de la República, mi amigo se defendía de la comparación. Las reformas del primer ministro de la Guerra de la República del 14 de abril, no eran un calco, imposible a todas luces, de la política militar de la Tercera República Francesa; pero el principio que las informó, el concepto en que se fundaban, la idea de rehacer, no de deshacer un ejército correspondiente a la novedad del régimen, atento no más a la consecución de su deber profesional, cifrado en una política militar y fundamentalmente la abstención de los militares de la política, eso sí estaba implícito en la traducción de las ideas, por netamente republicanas trascendentes del orden exclusivamente francés al universal, que mi amigo se propuso.[3]

Viénese a los puntos de la pluma la palabra traducción al referirme a ideas que no están concretas en un texto anterior extranjero; a hechos y sucesos políticos cuya relación es enteramente original en el autor de la «Política militar en Francia». Gustábale traducir, en efecto, y ejercitaba en la traducción literaria sus naturales dotes de escritor. No sé a qué casualidad, más que a designio de nadie, se debió el que nuestro amigo Alberto Jiménez, Director de la Residencia de Estudiantes y editor de una colección *Granada* de libros españoles y extranjeros, le encargara la traducción de *La Biblia en España,* preciosa relación del viaje que su autor, Mr. George Borrow, hizo por nuestra tierra, por los años del siglo pasado en que Mendizábal fue Presidente del Gobierno. Don Jorgito el Inglés, nombre que a sí mismo se da, aceptando el que los españoles le dieron, iba a nuestra tierra con intención proselitista, es decir, a vender el Nuevo Testamento por encargo de la Sociedad

3. Compárese con lo que el propio Azaña le dice al general Miaja en noviembre de 1937: «No diré que soñaba con el ejército, pero sí que soñaba con un ejército, el que podía hacernos falta. Las dificultades no eran de orden técnico ni económico, sino político. Yo no quería que se enseñase a nadie a convertir un despacho de oficial en patente de corso para secuestrar a los demás españoles su libertad. Por haberlo intentado he sido el político más villanamente insultado en nuestro país.» (*Memorias,* II, p. 375.)

Bíblica. Resultado principal de su viaje fue el delicioso cuento que hizo de sus andanzas, por Extremadura y parte de Andalucía, para pasar después a Galicia.

Borrow se muestra el viajero más veraz, más sensible al panorama español, y sobre todo, a la condición de las gentes de nuestro pueblo, de cuantos han ostentado la gloria literaria de nuestro reiterado descubrimiento. Esa complacencia en el trato popular es lo que llevó, por afinidad simpática, a su traductor, a poner en su trabajo el mismo gusto que don Jorgito el Inglés al escribir las páginas sobremanera pintorescas y enjundiosas de *La Biblia en España.*

También se dio a traducir mi compañero después el libro de los *Gitanos* del propio Borrow.[4] No tan interesante, acaso por excesivamente detallista y minucioso en su aspecto, harto arbitrario, de cientificismo filosófico y etnográfico.

Hablando de Sevilla en *La Biblia en España* hace referencia a un oidor o magistrado que diríamos hoy, nieto de un emperador de Marruecos e hijo de cierto converso, notable por su principado y su eventual derecho al trono de su padre.[5] Apenas si Borrow habla de semejante conversión, que constituyó un suceso importante en el reinado de Fernando VI y de que procede mi apellido materno. Porque el príncipe moro en cuestión vino a ser mi tatarabuelo, por su matrimonio con mi tercera abuela, granadina ella, y a lo que parece, motivo inmediato de su profesión católica.[6] El príncipe cherifiano tuvo tres hijos,

4. George Borrow, *Los Zíncali* («Los gitanos de España»), Ediciones «La Nave», Madrid, 1932.

5. Dice Borrow: «En Marruecos se encendió una guerra civil por las opuestas pretensiones de dos hermanos al trono. Vencido uno de ellos, huyó a España, implorando la protección de Carlos IV. Pronto le dedicaron los curas atención especial, que no anduvieron tardos en convertirle, y consiguieron que el rey le señalase una pensión de un duro diario. De allí a pocos años murió en Sevilla hecho un vago, despreciado de todos. Dejó un hijo, hoy notario, muy devoto exteriormente. Pero es el hipócrita y picarón más grande que existe.» (George Borrow, *La Biblia en España,* pp. 527-528, Alianza Editorial, Madrid, 1970.)

6. Se trata, en efecto, de Sidi Mohammed Ben Ahmed Scherif, hijo de Muley Almostadi, y nieto por lo tanto del gran Muley Ishmaïl. Muley Almostadi fue proclamado sultán en 1738 A. D. (1157 a/H). (Véanse *Archives Marrocaines,* X, pp. 200-208). Sidi Mohammed fue bautizado a los 28 años de edad en la Parroquia de San Ginés de Madrid, el 23 de diciembre de 1770, con el nombre de José María Cayetano Thomas Scherif. La grafía del apellido en castellano, adaptada del fonema árabe, puede ser *sch, x,* o *ch.* Quedó finalmente fijada en Cherif en el Registro Civil. Cipriano de Rivas Cherif intentó, en los últimos años de su vida, unir

fraile el uno, luego de colegial con sus hermanos en el Sacro-Monte de Granada; muerto otro de ellos con gloria en la batalla de Bailén contra el francés invasor; oidor el tercero en Sevilla por los años del viaje de don Jorgito, que no hace de él otra mención, sino que había venido muy a menos en su dignidad real.

A mi amigo le divertía no poco lo seriamente que mi madre protestaba contra la ligera afirmación del inglés atribuyendo a su abuelo, que ella no había conocido y de quien nada sabía, la mala fama que se da vulgarmente a muchos administradores de la justicia.

No dejaba el misionero la ida por la venida, ni se le iba el santo al cielo con el entretenimiento de su viaje por España. Al traductor le hizo desde el primer momento particularísima impresión la visita de Borrow a Mendizábal, el desamortizador, el revolucionario liberal, en la eficacia de cuyo gobierno se las prometía muy felices el misionero evangélico. No recuerdo si Borrow dice en alguna parte lo que a su traductor oí muchas veces, con ocasión, incluso, de *La Biblia en España:* Que es el nuestro un país que está por cristianar, lo que le parecía un atraso evidente, manifiesto sobre todo en regiones como las provincias Vascongadas y Galicia, resistentes a la romanización que universalizó la nación española con el signo de una civilidad inextinguible.[7] Borrow fue a visitar a Mendizábal y le encareció las ventajas que para el régimen liberal que el ministro pretendía implantar sobre la firme base de la propiedad individual ha de representarle la ayuda en su misión a cam-

---

el apellido y prefirió la grafía X a la Ch, pero nunca llegó a legalizar este cambio. La ascendencia árabe del apellido Cherif es probablemente el origen al que hay que trazar el comentario que hace Azaña el 12 de octubre de 1931: «Entre las cosas que inventan ahí para "desacreditarme" figura ésta: *que estoy casado con la hija de una mora.*» (Memorias, I, p. 217.)

7. Compárese con lo que dice Azaña en *La velada en Benicarló* (p. 149, Editorial Castalia): «Cierto, en el alma española, aun en lugares muy atrasados, se hallan vetas civilizadas, notables en sentimientos de hospitalidad, de cortesía, de buen juicio, por mucho que los estrague la vileza del ruralismo. Los debemos a veinte siglos de romanismo y cristianismo. La lengua, el derecho, la religión, nos han incorporado a lo que llaman civilización occidental. Harto se nota la falla en las comarcas españolas más débilmente romanizadas o cristianizadas. Pero debajo de todo, subsiste la roca primitiva, no quebrantada por las intemperies.» Esta misma idea está trasladada al ánimo de Bruno, personaje de su novela *Fresdeval*: «Terrores de antigüedad insondable lo asaltan; el barniz de civilizado, sin exceptuar el cristianismo, se le cae; padece el asalto de fuerzas ignotas, a las que no puede allanarse con sumisión de bárbaro ni dominar con recursos de la sabiduría.» (*O.C.*, I, p. 880.)

bio de lo que significaba la influencia anglicana. A lo que el ministro le contestó, según el propio misionero, que más que Biblias necesitaba que los ingleses le mandasen cañones para ganarles la guerra a los carlistas. No fue sólo al leer y traducir tan sugestiva página histórica, cuando mi colega en *La Pluma* echó de ver la razón que asistía a quien por otras señales de su fortuna política pudo considerar su antecesor y su espejo.

No recuerdo en qué *Episodio Nacional* de don Benito Pérez Galdós, hay una página preciosa de un *pronunciamiento* con su batalla tal en la Puerta del Sol. El traductor de *La Biblia en España*, libro desconocido de los españoles hasta que él lo tradujo en prosa pareja de la suya mejor, me mostró la identidad de la referencia del novelista español con el texto anterior del inglés.

Como ocurre muchas veces en pueblos de tan pocas lecturas como el nuestro, si el libro no se hizo popular, como antes no había logrado su autor evangelizar a los españoles, sí lo fue el propio don Jorgito. No de otro modo se explica el que al cabo de un siglo de su viaje pudiera yo regalar a su traductor una pequeña pintura, sin valor artístico, pero de gran interés anecdótico. En ella se ve a un tipo, con ese aspecto estrafalario con que pintan los andaluces a los ingleses, su buena Biblia debajo del brazo, regateando a ojos vistas el precio que unos gitanos le piden por un burro. Me lo ofreció el gordo Meléndez, como llamábamos sus antiguos contertulios del Ateneo al librero de la calle de Cedaceros esquina a Arlabán. Creo que él lo había encontrado en el Rastro.

XV. Puente del Arzobispo

En la primavera de 1923 el gobierno liberal que presidía García Prieto obtuvo del rey la disolución de las Cortes y convocó nuevamente a elecciones generales.[1] El comité directivo del Partido Reformista propuso nuevamente la candidatura de mi colega por el mismo distrito de Puente del Arzobispo en que ya había luchado. Intervino esta vez, aparentemente, como principal financiero de los gastos de la elección un cierto marqués, rubio y barbudo, a quien mi amigo conocía mucho más que yo, que apenas si había cruzado con él la palabra

1. Fines de abril de 1923.

alguna vez en los pasillos del Ateneo. No era, sin embargo, persona de su intimidad, ni, que supiéramos, contaba tampoco entre los más incondicionales admiradores del Secretario, como para justificar su generoso dispendio, ya que el donante no era muy rico. El candidato no tardó en saber que, aparte lo que entrara en la contribución el fondo del Partido, la aportación fundamental se debía a un millonario bilbaíno, naviero por más señas y de cuyo republicanismo se hacían lenguas algunos conspicuos de la Institución Libre de Enseñanza. Si mi amigo pudo aceptar aquel dinero, fue precisamente por el recato que garantizaba su independencia personal contra cualquier hipoteca de índole política en que nunca hubiera consentido.

La cantidad no estaba destinada, ni mucho menos, a competir imposiblemente con las dilatadas posibilidades del contrario; pero sí a procurar al candidato reformista las garantías elementales que le asegurasen, en punto a interventores, muñidores y notarios, contra la ilegitimidad de un cacicato ejercido por los secretarios de los Ayuntamientos y el chamarilero don Platón Páramo.

Esta vez me era dado acompañarle. La campaña tuvo lugar en dos etapas: la primera, como es uso, de propaganda y captación de votos; y la de la elección tal, el día señalado. Aquella fue para mí de puro recreo y curiosidad, avivada por el éxito creciente de mi amigo entre sus partidarios y exaltada hasta la fe en un triunfo que él no llegó nunca a ver tan seguro como a mí se me antojaba. Su sentido crítico le hacía *desconfiable*, como él gustaba decir con sorna aldeana, poniendo en la incorrección del vocablo toda la ironía del patetismo a que se acogía al abrigo de cuantas vanas asechanzas podían asaltarle.

El castillo de Maqueda en lo alto de la carretera que corríamos y la leve posada en Talavera para alimentar el coche, son hitos señalados en mi memoria de aquel primer camino hasta Oropesa. Llegamos entrada la noche a la casa donde nos ofrecía arriesgado hospedaje el representante reformista del lugar. Arriesgaba aquel buen hombre con hospedar al candidato anticaciquil nada menos que la tranquilidad de su familia. Su desgracia posterior, agravada la ruina más que incipiente de su hacienda por la malquerencia política del vencedor, confirmó, no mucho después, aquella mala ventura. Componían la familia en cuestión un matrimonio, no ya muy joven, con unos cuantos hijos mocetes, de que descollaba alguna hembra graciosa. Completaba el cuadro una abuela disponedora que, con las demás mujeres, se sentó por rara excepción a la mesa. En cuantas otras casas nos hospedamos en el trans-

curso de aquel viaje, apenas si nos fue presentada ni aun la dueña y señora, al uso antiguo de Castilla.

En esta de Oropesa nos tenían preparada, en la planta baja, amplísima habitación, a la frialdad de cuyos altos muros se añadía la humedad natural del piso, aumentada por la continua cerrazón de aquel cuarto de forastero.

No más entrar echamos de ver a los pies de una cama, ingente orinal de los llamados pericos, previsión justificada por la contingencia de cualquier ineludible salida nocturna. El candidato me contó, borbotándole la risa, los apuros en la primera noche de su estancia anterior, cuando, sin tiempo ya a la hora de recogerse para inquirir discretamente de su huésped una de las indicaciones más necesarias en casa desconocida, esperó a que todo el mundo se retirara y aventuró por su cuenta la indagación de la noticia que deseaba. Nunca lo creyera tan difícil y complicado. No bien sonó escandalosamente por los ecos de escaleras y zaguanes el aferrado pestillo de la puerta, surgió una voz vigilante en la oscuridad y luego la luz de una vela, a que siguió de allí a muy poco una encendida procesión, atenta a las exhortaciones y los avisos con que, de la abuela al niño pequeño, anunciaban a mozas más o menos de cántaro y espoliques, el prurito del candidato con tan poco fruto recatado. Quieras que no, tuvo que dejarse conducir a través de patios, corredores y corralizas, hasta el fondo del corral de la labranza, luego de sujetar al perro guardián que ya andaba suelto; y llegando a un cobertizo, al que se subia por nada fáciles escaleras de tan vacilantes, se vio en antro oscurísimo y harto trascendente a su destino, ante tres horadados sitiales en hilera:

—Supuse que serían para poder celebrar sesión del Ayuntamiento —decía.

En él creo, en efecto, que tenía asiento nuestro huésped amable.

El suceso más saliente de nuestro arribo al distrito, fue, al otro día, la exposición deambulatoria de una vaca, cuyo holocausto al votante eventual era prometedor de hecatombes triunfales para los electores tragaldabas. Anunciaba la propia víctima su sacrificio conducida por la plaza y calles del pueblo con este cartel en el rabo: «*Biban las izquierdas*».

A otro día, cruzando el soberbio Tajo por el magnífico puente que da nombre al lugar y recuerda al dignatario de la Iglesia de Toledo a que se debe su construcción antigua, fuimos a parar a la sede titular del distrito, y en ella a casa del boticario, hombre acaudalado por las

muestras de su vivienda, harto espaciosa para nuestra sensibilidad al frío, que se deja siempre sentir en tan desamparadas habitaciones. El paisaje de aquella vega, guardada de los vientos del Norte por la muralla que le hace la Sierra de Ávila, es deleitoso en extremo. En aquel camino llano, como él los prefería, a través de una planicie con árboles y una sierra limitando en la exaltación de la altura el placer de los ojos, inhibido de la utilidad inmediata del viaje, se dejaba llevar gozoso.

Culminó nuestro viaje preparatorio en el pueblo de los Navalmorales, sede principal de la Casa Pacho, constituida por una gran labranza, cuya administración llevaba anejo el consiguiente negocio de préstamos con usura en que suele fundarse el caciquismo rural. Estaba representada entonces por la propia viuda de Pacho, titular con su nombre de aquella hacienda, a quien creíamos recientemente fallecido por el severo luto que le guardaba su consorte. Luego vimos que aquel alarde era el que cumplía, dilatándose en años de recogimiento y negras vestiduras, conforme a la costumbre del lugar. La Casa Pacho, hasta entonces fiel al pacto electoral que permitía a don César de la Mora la representación del distrito sin apenas lucha de muchos años atrás, se mostraba propicia a dar los votos de que disponía, entre sus servidores y clientes, al candidato reformista. La Casa Pacho hace *así* —y quienes nos lo repetían de Oropesa a los Navalmorales acompañaban la frase de un movimiento achulado, como de volcar el bolsillo del chaleco sopesado por la mano a la altura del pantalón—, la Casa Pacho hace *así* y no hay más que hablar.

La Casa Pacho se nos mostró de un paletismo refinado en la persona de la viuda. Recatada y circunspecta, de pocas palabras que entrecortaba de miradas, más o menos furtivas, a su administrador, escuchó la exposición de motivos que el candidato llevaba aprendida de los muñidores que le asesoraban, y que él apoyó con razones propias que estimaba de peso. La señora echó por delante la ineficacia de una presión declarada sobre los servidores de su casa y los afectos a ella y acabó por decir que en todo caso habría que resarcirle de los gastos que la elección le ocasionara. El administrador precisó la cuantía a razón de tanto el voto. La Casa Pacho hacía *así*... con el dinero del candidato.

Muy de otra suerte se comportó el pueblo consciente. Estimaron los obreros organizados que en lugares como aquél, trabajadísimos por una rutina desmoralizadora, había que recurrir a remediar el soborno que intentase como siempre el contrario, compitiendo con él en la misma medida. Había que comprar votos, y con el huésped que allí

nos había tocado en suerte, ni con mucho tan honesto como el de Oropesa, y el honradote secretario de la Casa del Pueblo, me dediqué a recorrer por el barrio más pobre las viviendas que me señalaba. Pocas palabras solían bastar a mis acompañantes para convencer, con un duro en la mano, a los más reacios. La Casa del Pueblo de los Navalmorales —creo que todas las organizaciones sociales del Distrito hicieron lo propio— no consintió, ni aun a título de obsequio del candidato al fondo social, en admitir una sola peseta que no estuviera destinada a los gastos estrictos de la mesa electoral.

El día de la elección me tocó a mí vigilarla en Calera, donde no contábamos con ningún «pudiente» —así los llamaba el candidato, hecho al lenguaje lugareño de sus electores—. Sí con la decisión de la gente adicta. Conmigo habían ido nuestros amigos Francisco Vighi, más poeta de afición que ingeniero, de la clase de estudiantes de pueblo con residencia en Madrid y vida vaga de tertulia en café, y Ciria Escalante, poeta también de la hornada ateneísta más reciente entonces, muchachito en extremo simpático e inteligente, rico por su casa, a quien Vighi había embarcado para que le llevase en su coche a muñir la elección del Secretario del Ateneo. Como viéramos mediada la mañana que Calera se nos daba muy por bajo de lo previsto y que ante la presión descarada y amedrentadora de los pudientes a las órdenes de don Platón y el candidato de la Mora valían poco nuestros votos, fue Ciria a ver a nuestro amigo en su cuartel general de Puente del Arzobispo y volvió con la orden de que a punto de las doce rompiéramos las urnas atiborradas de *embuchados* del contrario (así se llamaban en el argot de la picardía electoral los votos falsos metidos en un montón). Rápidamente corrimos la consigna y aunque ya desesperábamos de verla cumplida, porque se acercaba la hora de dar la votación por cerrada y muy entrada la tarde nada se hacía por quienes habían tomado sobre sí aquel cometido, Vighi entretuvo suficientemente al Jefe de la Guardia Civil que estaba de servicio, y una vez que el primer osado afrontó la responsabilidad del primer puñetazo, se contagió de aquel colegio a las mesas de los demás el sonoro rompimiento de cristales.

La noche del domingo de la elección nos dimos cuenta del atropello de todo derecho con que se producían los partidarios del candidato gubernamental. A medida que llegaban las noticias de los pueblos del distrito, veíamos cómo los Secretarios de los Ayuntamientos vinculados al cacique amañaban las actas allí donde no habían podido obtener por la intimidación y el soborno los votos precisos.

Regresamos a Madrid penetrados del sentimiento de la derrota. Considerando solos el candidato y yo en el camino de vuelta la inanidad de un esfuerzo tan vanamente gastado, mi exaltada indignación me asomaba en lágrimas a los ojos. La mezquindad de las circunstancias malogró una vez más en torno suyo toda posibilidad de expansión de sus facultades en el marco de la vida política española.

—Tendremos que dedicarnos a escribir —me decía con desengañada sonrisa.

Pero yo no podía resignarme así como así. Por mucho que mi afán se circunscribiera a la exaltación de su persona, había una realidad evidente en aquella correspondencia del sentimiento público con el mío, traducido en la representación moral que delegaban en él los derrotados electores de Puente del Arzobispo. Mi protesta se expresaba vehemente. No, no era posible que las gentes no tuvieran manera de expresar su voluntad política tergiversada, falseada, desconocida por las clientelas detentadoras del Poder.

—Habrá que pensar en otra cosa.

—¿En qué? —le interrumpí deseoso de una solución inmediata que corrigiera la injusticia social, que se me hacía intolerable ni un día más.

—¡Qué sé yo! —continuó con calma—. En otro sistema. Esto de las elecciones así, no sirve para nada.

Su reformismo evolutivo —que decíamos entonces— tropezaba ya con la fuerza de la realidad. Era ineludible proponerse otros expedientes menos acomodaticios.

La gravedad del acta del candidato proclamado dio lugar al juicio en la Sala correspondiente del Supremo, conforme a lo que prescribía la ley electoral vigente. Se vio en el edificio de Consejos de la calle Mayor, en que aquél tenía asiento durante las obras de restauración del edificio de las Salesas destruido años atrás por tremendo incendio. El candidato derrotado impugnó el acta de César de la Mora con cuantas pruebas hubieran valido, de ser valederos semejantes trámites. Defendió al candidato infamemente proclamado, un diputado maurista también de pocos años atrás conferenciante en el Ateneo y luego adscrito en su actividad tan cínica como inteligente a la defensa de los intereses de la plutocracia bilbaína. Félix de Lequerica se produjo en contra del Secretario del Ateneo, con violencia y desfachatez que parecían demostrar un encono personalísimo. El abogado de César de la Mora atribuyó a su contrincante, con osadía desvergonzada, todos los

desmanes, las falsificaciones y violencias cometidas por el diputado y sus caciques locales en el distrito de Puente del Arzobispo.

En aquellas elecciones fue derrotado también el ilustre republicano de por vida don Gumersindo Azcárate, por primera vez después de años y años de representar a León en el Congreso. Los ateneístas cursis y algún periódico liberal no más elegante, le dieron en compensación el título de Presidente del Congreso Moral.

Mi amigo se reía y rechazaba un puesto en semejante areópago ilusorio. Para él la política no era entelequia ni abstracción. Se podía elegir el hacerla o no; pero si se dedicaba uno a ella había que aceptar la evidencia de las derrotas.

Don Ángel Ossorio le consoló, a través de amigos comunes que comentaban con la derrota del Secretario otras más señaladas.

—Esas Cortes —parece que dijo— no se reunirán.

Les tocaba entender, en el célebre expediente que fue llamado a abrir el General Picasso, para dilucidar las responsabilidades militares por el desastre de las tropas españolas en Annual, dos años antes.

XVI. El Gobierno de los que no Dejaban Gobernar

En junio del 23, al cumplirse los tres años justos de su publicación, suspendimos *La Pluma*. El semanario *España*, fundado que había sido en holocausto de los dineros de Luis García Bilbao a Ortega y Gasset y que al desertar éste pasó a ser dirigido por Araquistain, quien hizo allí su nombre de polemista durante la guerra del 14, veíase en trance de desaparecer, si no se acudía en socorro de su administración deficitaria. Solicitado Amós Salvador, nos propuso a nosotros, como Director y Secretario respectivamente, el continuar la obra del semanario preferentemente político, a lo que debía su indudable peso en la opinión. Más lo sintió y más vaciló mi colega que yo. Me pareció que la ocasión se le ofrecía para hallar en *España* el mejor cimiento de la profesión política a que —pese a mi mayor deseo de verle «consagrado» hombre de letras— tampoco quería que renunciase unido a la primera ni a la segunda derrota electoral. Echamos cuenta y nos la hicimos de que estacionada *La Pluma* en su primer impulso corríamos el riesgo de verla morir lánguidamente más tarde, sin la compensación y el nuevo aliciente que *España* nos deparaba.

Culminó la colección de *La Pluma* en el número especial que dedi-

camos a Valle Inclán,[1] en correspondencia al favor inapreciable con que había ilustrado sus páginas. Colaboraron en el número de homenaje a don Ramón, plumas ilustres entre sus antiguos compañeros de mocedad literaria.[2] Nadie de cuantos le conocíamos con alguna camaradería más íntima acertamos como mi colega a estimar justamente el precio de su figura en las letras españolas contemporáneas. No era incondicional admirador del autor de las *Sonatas*, pero sobre toda otra condición artística su criticismo simpático señaló agudamente la sensibilidad nativa, es decir, de gallego típico, y la humanidad que el artificio de su propia vida encubría. El figurón pintoresco enmascaraba a un hombre.[3]

Empezábamos a acomodarnos mi colega y yo a la nueva actividad semanal de *España* cuando la reacción política latente en el proceso de descomposicón de la monarquía vino a cifrarse en el golpe de Estado del general Primo de Rivera.

El director de *España*, aún inconsciente de la red que el destino tendía ya a su paso descuidado, tuvo clara visión de lo que el acontecimiento significaba. Ni por un momento pudo prestar la menor aquiescencia a la militarada subversiva. Nadie más en contra que él de la viciosa práctica en que languidecía el mentido parlamentarismo de nuestra vida pública. Pocos tan desdeñosos de la política al uso y de cuantos la personificaban en inveterada clientela familiar y de compinches. Pero de ahí a dar por bueno el supuesto saneamiento que el general sublevado proclamaba, ni mucho menos admitir como tal novedad la que pretendía para su política, mediaba un abismo.

No bastaban a llenarlo las vagas sugestiones que desde un principio insinuaban nuestra incorporación al movimiento fascista triunfante en Italia con Mussolini. No reconocía la similitud y sobre todo se negaba a renegar de la política por el solo motivo de que los que la hacen la hagan mal. En modo alguno se allanó a la pretensión de que la disciplina militar sea nunca norma suprema del orden civil. La

1. *La Pluma,* año IV, enero de 1923, número 32.

2. Los colaboradores fueron: E. Gómez de Baquero; E. Díez-Canedo; R. Pérez de Ayala; Antonio Machado; Alfonso Reyes; Ramón María Tenreiro; Manuel Bueno; Ricardo Baroja; Corpus Barga; J. Moya del Pino; Jean Cassou; Francis de Miomandre; Jorge Guillén, R. Gómez de la Serna; Manuel Azaña y Cipriano Rivas Cherif.

3. Véase «El secreto de Valle-Inclán», en Manuel Azaña, *La invención del Quijote y otros ensayos,* Madrid, Espasa-Calpe, 1934. Incluido en el tomo I, de *O.C.,* pp. 1.091-1.095.

división de poderes que es fundamento de la democracia administra el Poder atribuido a la nación; pero el legislativo, el judicial y el ejecutivo son otras tantas emanaciones de la delegación popular de la Autoridad única. La función del militar es clara y terminante: defender el territorio nacional contra el enemigo; hacer la guerra. Que derrotado un ejército busque la revancha contra los propios compatriotas que han delegado en él su defensa, es monstruosidad inequívoca, desorden inalterable, so pena de destrucción y aniquilamiento del Estado.

Le parecía inicuo, si no era tonto, el aceptar que Primo de Rivera se pronunciaba, con menos riesgo aún que los caudillos militares del siglo XIX, en contra de «la vieja política». Pues, ¿qué representaba él? ¿A qué debía el encumbramiento en su carrera, abonada por insignificantes hechos de armas, sino al politiqueo y la politiquilla de baja estofa, que presumía de aborrecer?

Muy poco le duró a mi compañero la esperanza de que Melquíades Álvarez se alzara con el sentido común y democrático, en defensa del Poder Público, que el presidente del Consejo, García Prieto, abandonaba al complaciente capricho del rey, a la primera intimación del general insurrecto.[4] Melquíades Álvarez, elegido presidente del Congreso de los Diputados al constituirse pocos meses antes, tenía un solo camino que seguir en defensa de la Constitución vulnerada por Alfonso XIII, cediendo aparentemente a una violencia que Primo de Rivera nunca hubiera osado sin el regio consentimiento previo. ¿Qué mejor oportunidad para declarar definitivamente caducada la intención que con la flor de la juventud política española le había llevado a insinuarse con tan inequívoco como legítimo afán en el ámbito de la monarquía? «Que gobiernen los que no dejan gobernar» podía ser la expiación propuesta a un monarca por el más celoso conservador de las prerrogativas reales, y no en otro sentido que en el de una última advertencia había que interpretar semejante frase en boca de don Antonio Maura. De ninguna manera tal condescendencia, ni aun a título de conminación, por parte de un republicano que sólo para evitar la violencia en la crisis histórica de España se avenía a cohonestar los principios fundamentales de su política con las formalidades propias del régimen monárquico. Hasta entonces se podía justificar, más difícilmente cada vez, la espera.

4. «...Y cuando llegó lo de septiembre de 1923, mi deseo más vivo era que Melquíades hubiese tomado la actitud que mis sentimientos pedían, en lo que le hubiese ayudado y secundado con fervor.» Escribe Azaña en su *Diario de 1927*, el 17 de junio. (*O.C.*, III, p. 891.)

Era hasta cierto punto legítimo, para hartarse de razón, el prorrogar los plazos de un crédito renovado un día y otro, con la inevitable disminución de la confianza pública, en la intención real y verdadera de la Corona. Tenía más Melquíades Álvarez que recabar su libertad de acción y la de los reformistas, reintegrándose a la pureza republicana?

No lo hizo. El derrotado candidato por Puente del Arzobispo, escribió una carta a su hasta entonces jefe, separándose del Partido.[5] Muestra evidente de su paso quedaban, en algún programa manifiesto, las huellas de un pensamiento inconfundible en punto a las reformas, que creía absolutamente necesarias, en el Ejército, como base de la reforma general del Estado.

No por eso creía oportuno trocar su actividad literaria, en que tanta parte me cabía a mí, por la decididamente política. Menos que nunca podría, falto de medios y ambiente propicios y sin la menor vocación tampoco para la conspiración revolucionaria, pronunciar discursos, lo que era en él necesidad física más que ambición proselitista, cuya satisfacción no se le lograba desde que se cansó de las polémicas ateneístas en las juntas de socios. La censura, por lo pronto, invalidaba toda intención verdaderamente crítica de la política dictatorial. *España* padeció desde luego los rigores del lápiz rojo. Acentuado su matiz literario sin punta de sátira, la clientela del aguerrido semanario había de llamarse a engaño; tan difícil como escribir sin libertad, es leer entre líneas.

Al juzgar la dictadura por aquellos días de su instauración, no se limitaba en su desánimo, para oponerse a ella y derrocarla a considerar la vacuidad de los gobernantes dictatoriales, sino también y muy principalmente de los gobernados, que, acaso, tenían con semejante gobierno su merecido.

Queda constancia de su opinión clarividente en el fallo que echó —como solía decir con frase de casta popular, de cualquier sentencia sobre personas o sucesos— a la dictadura de Primo de Rivera, en un ensayo político, publicado en diciembre de 1923 en sendos números de

5. Azaña mismo lo recuerda en su discurso-respuesta a Lerroux el 3 de octubre de 1933: «En efecto, yo recuerdo muy bien que el año 23, al día siguiente del golpe de Estado, mi inacción de miembro del partido reformista me indujo a escribir una carta al señor Álvarez diciendo que lo hecho por el rey con los generales sublevados me parecía una enormidad tal y una demostración tan evidente de que la tesis reformista había quebrado o era falsa desde su origen, que era el momento de disolver el partido o de irnos todos a la República. Esta carta se la escribí yo al señor Álvarez el día 14 de septiembre del año 1923...» (*O.C.*, II, p. 865.)

la revista francesa *Europe* y en *Nosotros* de Buenos Aires, en el texto castellano original.[6] Allí expone los hechos anteriores a la decadencia del liberalismo constitucional, incompatible a ojos vistas con la dinastía, y, sobre todo, explica la instauración del Directorio Militar y el Gobierno de Dictadura como la agonía del régimen monárquico en España. De ningún modo como la aurora de una regeneración. No cree, sin embargo, que el proceso de disolución se acelera. Predice los trámites de la incapacidad de la *clase* militar para resolver el problema fundamental del Estado español, y se apresta a contemplar, sin el optimismo de cuantos creen que las cosas se derrumban por sí solas, el curso del tiempo largo.

XVII. Acción Republicana

Sin la sujeción de la revista literaria ni el semanario *España*,[1] pasado a mejor vida; sin aliciente mayor en mi vocación de escritor que la emulación de mi amigo, el teatro me llama de nuevo con voz de sirena adormecida en la concha del apuntador. Y esta vez con el pretexto a mi favor de emolumentos más cuantiosos de cuantos hasta entonces me prometían la literatura y el periodismo. El marido y empresario de una actriz italiana[2] de cierta nombradía me pide colaboración, en condición de asesor y propagandista para una excursión de su mujer actuando exóticamente en castellano y con compañía española en una serie de representaciones por la península, preparatoria de una jira eventual a la América del Sur. Mi compañero y mentor no encuentra razón alguna que valga a detenerme junto a él. Se limita a señalarme los inconvenientes de una decisión precipitada. Bien está, en fin de cuentas, la primera correría por España y Portugal. Lo de irse a América ya es cosa de pensarlo más despacio y con la vuelta asegurada. No le tiene la menor afición a la colonia de los antiguos virreinatos. En Eldorado no cree. Pone siempre su fe en cosas más asequibles. Aunque

6. Véase «La dictadura en España». (Manuel Azaña, *O.C.*, I, pp. 540-554.) En *Europe* se publicó en noviembre de 1923, y en *Nosotros,* en enero-abril de 1924.

1. «Un comentario anónimo del director de *España* al bombardeo de Corfú por el Gobierno fascista de Italia, precursor inmediato del Directorio español, determinó la suspensión gubernativa del semanario que, agobiado por la persecución del censor, dejamos de publicar definitivamente con el Año Nuevo.» (Nota original del autor, Cipriano Rivas Cherif.)

2. Mimí Aguglia. Véase al carteo de 1925.

no necesita tocarlas es, desde luego, un sensual. El entendimiento tan agudo que en las cosas tiene, le entra por los sentidos, que es el camino derecho.

Mi amigo puede creer que tengo en poco su inclinación política, o mejor dicho, que temo verle perderse en ella, descuidando la actividad literaria que sé que he despertado en él y a que tiene que dedicar un esfuerzo que no quiere ni puede repartir.[3] Claro que a mí me gustaría verle afanado en una cosa y otra. Pero esa es la disposición de que se duele en mí. Se me antoja que abandonado al ocio tranquilo de su soledad, sin nadie al lado que le pique, volverá a caer en el marasmo indiferente de que se quejaba cuando le conocí.

Durante mi primera ausencia de Madrid con la Compañía, mi amigo se dejó llevar a la farmacia del doctor Giral, en la calle de Atocha, por las proximidades de San Sebastián. Quien allí le introduce es Martí Jara,[4] nuestro consocio del Ateneo, cuya sincera admiración por él se traduce, en esta nueva gestión en su pro, después de las dos fallidas tentativas del candidato por Puente.

En el piso entresuelo, sobre el despacho al público, tiene el doctor Giral su laboratorio.[5] Allí se reúnen los primeros republicanos de la nueva generación.

Con tal cual desengañado del reformismo, como mi compañero, unos cuantos jóvenes penetrados de lo que cumple hacer. De los viejos patriarcas de la del 73 quedan apenas en el mundo don Gumersindo Azcárate, sin prestigio revolucionario, pese al respeto que se le dispensa y el ancianísimo y valetudinario don José Fernando González, postrado en un sillón y sin la menor actividad política desde hace muchos años. Hay unos pocos federales trasnochados. Están además Rodrigo Soriano, del género de los periodistas «batalladores» y con cierta popularidad chocarrera, por sus empeños de «España Nueva» y sus desfachatadas intervenciones en el Congreso cuando ha sido diputado. Es hombre superior a su fama, por el despilfarro sin grandeza

3. Véanse cartas de Azaña del 27-I-1925 y de Cipriano Rivas Cherif del 30-I-1925.

4. «Martí Jara es el que me llevó, casi tirando de mí a la fuerza, a los primeros trabajos para organizar la Alianza Republicana (...) Por Martí Jara fui al comité ejecutivo de la Alianza, y de ahí vino que fuese al Pacto de San Sebastián, y que me incluyesen en el comité revolucionario, convertido después en Gobierno de la República», escribe Azaña el 18 de agosto de 1931. (*Memorias*, I, pp. 108-109, Editorial Crítica.)

5. Véase carta de Azaña del 25-IV-1925.

que ha hecho de sus cualidades; Roberto Castrovido, tantos años Director del *País*, republicanísimo, excelente periodista y hombre cuya honradez se ha acendrado en la adversidad donde otros naufragan.

Está Lerroux al frente de la única organización republicana constituida en España desde los tiempos en que los «Jóvenes Bárbaros» renovaban con insolente ordinariez, indudablemente eficaz, el ambiente de protesta, motín y algarada de la oposición monárquica de «la calle». Lerroux es con todo y con eso, el obstáculo insuperable. Por su inmoralidad. Nadie más lejos que él de la clásica *virtud* republicana, que ostentaron en España Castelar, Pi y Margall, Salmerón. El tonante don Nicolás fulminó contra él su jupiterino rayo, muchos años ha. Más recientemente lo repudiaron, en pleno Congreso, Azcárate y Pablo Iglesias. Perdida la esperanza del Reformismo, sin otro dios republicano del Sinaí, que para los que no oímos la voz de Castelar, pero hemos podido alcanzar algún rugido del león de Graus, es más bien Costa, habrá que ver de hallar el aglutinante, el galvanizador de los ánimos no por dispersos menos unánimes en la aspiración. Unamuno es un símbolo, no un jefe. Blasco Ibáñez, pese a sus correrías por el mundo, no obstante el acrecimiento americano de su fama de novelista, no pasa en el orden político de su bandería de Valencia.

En Valencia doy con mis cómicos. El italianismo de la primera actriz aviva la simpatía con los nuevos amigos a quienes voy dirigido en la prensa local. Azzati, italiano también aclimatado en nuestra patria, dirige *El Pueblo*. Una peña de redactores, colaboradores y adláteres me recibe con Sigfrido Blasco, hijo del novelista famoso en el Café de la Democracia, donde a diario el pianista local ha de tocar más de una vez La Marsellesa en el transcurso del concierto. Andan muy afanados aquellos amigos en la impresión y distribución clandestina del folleto *Por España y contra el rey*, que Blasco Ibáñez ha escrito en Francia y que desde París envía su secretario Carlos Esplá. Aceptan gustosos el que me lleve gran número de ejemplares, disimulados en los cajones del material de la Compañía para repartirlos a mi paso por los lugares donde vamos.[6]

Al cabo de unos meses de excursión, nos encontramos mi amigo y yo en Bilbao,[7] adonde ha ido en funciones de juez en el Tribunal de Oposiciones a Notarías. En los ratos libres, de noche sobre todo, alter-

6. Véase carta de Cipriano Rivas Cherif del 23 de abril de 1925.
7. Véase carta de Manuel Azaña del 4 de agosto de 1925.

na a veces con mis cómicos y algo más los dos con algún que otro amigo de los que conocimos en nuestra visita anterior siete años atrás. Mourlane Michelena, Joaquín Zugazagoitia, boticario con ínfulas de literato y que parece pagarse mucho de nuestra amistad, son los más solícitos. De regreso en Madrid, inválido por un ataque de reuma neurítico, dejo la compañía de la italiana.

Se agudiza en tanto el carácter nervioso de mi mal que fácilmente diagnostican y me curan más amistosa que profesionalmente los doctores Lafora y Sacristán. Con Sacristán, director del Manicomio de Ciempozuelos, está de médico también Luis Fortún, hermano de Fernando, mi compañero de Universidad y de mis primeros escarceos literarios, cuya muerte prematura diez años antes gravó de desconsuelo mi juventud. Fuimos por entonces mi amigo y yo a visitar el establecimiento, movidos de natural curiosidad, avivada por las campañas divulgadoras de Lafora en pro de las mejoras imprescindibles en tales sanatorios. Se da la circunstancia de que en Ciempozuelos se halla recluida de muchos años atrás su tía Rosaura. La descubrió al fondo de una galería, ataviada con una bata blanca, que arrastraba dignamente como atavío real, cual si representara un papel de loca de teatro. Nada podía recordar y no reconoció a su sobrino. Vivía feliz una existencia ilusoria haciendo mentido palacio de aquella reclusión y de médicos y guardianes sus fieles servidores y pajes. Con todo, más emoción que su tía le produjo a mi amigo el espectáculo de otra enferma, monja según nos dijeron y que no más verle entrar en su celda se dispuso a guardar su ajuar en un maletín como si con mi amigo, a quien solicitó preferentemente, hubiera de salir de allí desde luego.

A mi amigo aquella «monjita de Azorín» le dio una lástima indecible. No, no acertábamos a reírnos de aquella prisa insana, de aquel afán de libertad, tan presto sosegado para cobrar nuevo aliento de estúpida esperanza a cada nueva aparición en su puerta de cualquier impertinente curioso.

Una vez en Madrid, mi amigo no prodiga ciertamente sus confidencias de conspirador. Primero porque no quiere que mi natural propensión a dispersarme en múltiples actividades infecundas, tenga una ocasión más en que perder el tiempo, cosa que, por otra parte, no le parece mal, siempre que se pierda de veras, es decir, en el ocio, no en el ajetreo insustancial. Luego, porque la ternura que me dispensa su amistad le lleva, con instinto segurísimo en su previsión infundada, a precaverme de no sabe bien todavía qué posibles riesgos de que quiere

defenderme. Hablándome, sin embargo, de las dificultades que se oponen a la distribución de un segundo folleto de Blasco Ibáñez, se me ocurre otra añagaza para recibir el nuevo envío que hacen desde Francia los conspiradores emigrados. Entre ellos cuenta don José Sánchez Guerra, víctima también de la enemiga del dictador a los «viejos políticos». Se me ocurre que desde París vayan consignados a la Secretaría de Relaciones Culturales en el Ministerio de Estado y a nombre de Amós Salvador, que en calidad de arquitecto y miembro del Patronato no ha de despertar sospecha alguna, en dos o tres cajones, los folletos que se esperan. Dicho y hecho a la perfección, nos repartimos después entre varias casas la tarea de dar curso a aquellos manifiestos.

Viene a la mía con aquella ocasión mi amigo más asiduamente de lo que todavía suele, y mis hermanas y hasta mi madre cooperan con graciosa condescendencia en poner fajas y sellos al montón de papeles, que una sola vez y con la etiqueta de inocuo producto comercial se han de poner en el correo con la misma naturalidad con que antes echábamos al buzón los números de *La Pluma*. Tan sólo mi hermana la pequeña se permite levísima protesta, quejándoseme a mí, burla burlando, de aquel señor amigo mío que nos trae a mal traer con sus incumbencias políticas. Él sigue bromeando con ella a cuenta de las proclividades carlistas que parece demostrar con su simpatía a nuestro antiguo vecino Vázquez Mella.

No pasa de ahí por entonces la actividad política del nuevo conjurado de la botica de Giral. Los que allí se reúnen no constituyen un partido nuevo. La integridad de los principios republicanos no ha menester de una declaración que los afirme por modo subversivo dentro del credo propio. La República es una aspiración que necesita, más que definiciones doctrinales inéditas, un programa mínimo de gobierno. Hay que *hacer*. Ahora bien, si en el principio fue el Verbo hay que empezar por formular las normas de la acción posible. El grupo, que no partido, congregado en torno a Giral, representará más tarde, con el signo de Acción Republicana precisamente, el impulso renovador de la idea inmarcesible. La República está en marcha.

XVIII. Fresdelval

De juez calificado en otras oposiciones fue mi amigo a Burgos en el verano del 26. Allí nos reunimos nuevamente unos días, por consolar

yo en su compañía, como otras veces, una ausencia de amor, a la vuelta precisamente de un rápido viaje a Francia, a despedir a mi novia, que embarcaba en Boulogne para Norteamérica. Dados como éramos a jugar con nuestros propios duelos, seguíale la broma que de antiguo me daba, comparándome con el Caballero «de los Griegos», traduciendo así, al uso de no pocos traductores bárbaros, el *Des Grieux* de la *Manon Lescaut*. Más me comparaba, en su simpática burla, con el tenor protagonista de la ópera de Massenet que con su figuración original en la novela del Abate Prévost, una de las mejores del genio francés para su gusto. Recordando sus temporadas de abonado a un palco del Real con otros amigos de juventud, me repetía las divertidas sugestiones de los libretos de las óperas: aquello de «aparece Vasco de Gama a cuya vista se pasman todos», en *La Africana*, o de la escena del primer acto *de Manon*: «Calle polvorienta en el Havre de Gracia». «Acabaréis —me decía risueño refiriéndose a las alternativas de mi noviazgo— yéndoos a Nueva Orleans a morir en un felpudo». No de otra manera se representaba, en efecto, en el escenario del *regio coliseo* el verde césped al pie de un árbol, donde da fin la historia lírica de aquellos amantes ejemplares —lo que no quiere decir necesariamente dignos de imitación— representados en nuestros teatros por Anselmi y la Storchio o la Vix.

Me recibió en la capital castellana recién mudado a otro hotel del primer hospedaje en que había tomado pie. Como en Zumárraga y San Sebastián nueve años antes y trasantaño en Bilbao, le perseguían encarnizadamente las pulgas, y, lo que se le hacía insoportable, las chinches encastadas en la incuria de los seculares muros españoles. Me contó cómo pasada la media noche en la de su llegada, corrió medio Burgos de un sereno a otro, por ver de encontrar acomodo más decente que los que se ofrecían al viajero de paso. Los primeros días había coincidido con Pedro Salinas, que profesaba un curso de verano para extranjeros. Ahora, no teníamos otro amigo allí que Amós Salvador, veraneante con su mujer y sus dos niñas en su casa de La Vega, a un paso de distancia.

Sin otro quehacer yo, cuando él terminaba el suyo nos íbamos un día y otro a la Catedral, cuya invención, en la parte restaurada por Lampérez, le hacía añorar el espectáculo de las que en Francia y en España se ofrecen propiamente al contemplador en el desaliño romántico de su fábrica, aprisionadas por el barrio creado en derredor suyo al correr de los años, en el lento transcurso de su construcción. Exentas

del caserío aglomerado en torno a sus muros, las catedrales góticas disminuyen a ojos vistas. Lo que gana la perspectiva con el espacio abierto, lo pierde tal vez la intención de la estrechez que nos forzaba, puestos al pie de las torres, a levantar espiritualmente la mirada al cielo a que apuntan.

Recorriendo sus naves, aventuraba una observación sobre el carácter peculiar y distintivo de la Iglesia Mayor de Burgos con respecto a la de León o a las de Toledo y Sevilla —y nunca con el menor alarde técnico en punto a la construcción, pero sí con referencia al orden artístico. No eran sus comprobaciones una expansión ajena a la arquitectura, por más que no se expresara en términos propios del arquitecto o el constructor exclusivamente. Al contrario de lo que suelen muchas gentes indigestas de literatura, procuraba adecuar su emoción a la categoría del objeto, natural o artístico, que se la suscitaba y no se daba el caso de confundir el dato que le entraba por los ojos con lo que tocaba u oía. La inteligencia le servía, por modo preciso, para relacionar y graduar sus impresiones. Tan simplemente se producía en él esa función normal —lo que no quiere decir ni mucho menos común y corriente— que no daba nunca la sensación agobiante y enojosa del maestro aleccionador a toda hora, sino la seguridad del amigo merecedor de confianza. No se arriesgaba bajo las bóvedas ni ante los sepulcros de Burgos, en gárrulas disquisiciones, lamentables siempre, por mucho que pretendan a la exaltación.

Con él visité la Cartuja y Las Huelgas, monasterio famoso y diputado todavía como notable entre las comunidades de religiosas, por la prestancia aristocrática de una tradición de señorío en las allí profesas. La verdad es que, a la sola vista del coro bajo tras las rejas, nuestra ilusión cayó por tierra. Aquellas señoras no tenían más empaque ni distinción, al andar procesionalmente, que las pobres coristas figurantes en las bodas de «Lohengrin» en el Real, pongo por cortejo poco ejemplar, ya que daba más lástima que producía admiración su ninguna virtuosidad.

Afuera de Burgos vese y vimos la ruina del Palacio que fue de la Princesa de Eboli, que nadie conoce todavía sino por la «Casa de la Puta del Rey». Mi amigo se deleitaba repitiéndolo, gustando el encanto sonoro de las palabras rotundas y de lo más expresivo en su concisión. No fue esa vez sola cuando le oí ponderar, no ya la precisión del concepto, la musicalidad de lugar común en que ha venido a traducirse el insulto «hijo de puta», que Cervantes dignificó tan graciosa-

mente por los siglos en la boca de Sancho. Y no «hi de puta» como Sancho decía, sino «hijo de puta» en toda la extensión de la palabra, repetía mi compañero regocijándose en los motivos eufónicos de su agrado:

—Es frase llena. No se repite una vocal y las tiene todas. Sin que predominen las consonantes, iguales en número. Pocas tan claras en castellano.

Y volvía sobre el origen de aquella breve disquisición: «¡Qué bien suena! ¡La Casa de la Puta del Rey! La puta. La querida. Y no la "amante", como se ha venido a decir malamente.»

No se ha de creer por eso que mi amigo era mal hablado, al uso corriente de los hombres en España y muy particularmente de riojanos y navarros. Bromeando conmigo juraba alguna vez, o si se enfadaba, o por redoblar la energía de la expresión, pero nunca, ni por descuido, delante de mujeres.

La casa de La Vega en que nuestro amigo Amós pasaba los veranos, era una finca de las llamadas en Castilla la Vieja cotos redondos. Tiene, rodeando la vivienda, tierra de labranza, un soto de antigua arboleda y hasta el aliciente de un río que riega las praderas, donde a su tiempo alternaban el pasto con el de los rastrojos las ovejas de un buen rebaño. Una vez más mi compañero se sintió un punto atraído por la posibilidad de un retiro semejante para sí. Un punto no más, porque luego le tomaba el hastío de la vida lugareña, que el español no sabe compadecer con las comodidades ciudadanas sin menoscabo del agrado campestre.

El día que fuimos a comer con nuestro amigo común, coincidió por la tarde la visita de unas señoritas rancias, que ignoraban o no querían darse por enteradas del parentesco certísimo, si no muy próximo, que tenían con mi compañero de viaje. A la verdad creo que nunca habían tenido trato anterior. De familia muy conocida en Madrid por su gran fortuna, veraneaban también por aquellos alrededores de Burgos. La sola vista del coche «familiar» a manera de ómnibus en que se paseaban sus parientas —que al uso de los riquillos del pueblo no utilizaban el carruaje durante el verano, sino los contadísimos días de fiesta en que se puede distraer del trillo un par de mulas de tiro— produjole a mi compañero la misma impresión que otras veces le hacía renegar de una casta de españoles así, de tan poco gusto para gozar sencillamente de la vida. No se diga cuando, al azar de la conversación y a cuenta de no sé qué comentario, fuimos a dar en añorar más o menos

los inmediatos tiempos pasados y a temer por el porvenir incierto, comparando la seguridad del ayer con la incertidumbre del mañana, y una de aquellas señoritas aventuró esta sugestión no más, en relación con el bolchevismo y el recuerdo, relativamente reciente, de la revolución rusa:

—Y luego... ¡esa pobre familia!

Se refería a la del último Zar de la Santa Rusia. Su queja tenía tanto de pretensión a la conmiseración aristocrática del semejante, como de vulgar duelo casero en torno a la camilla de las tertulias modestas. En todo caso era una ridiculez. Y si mi compañero no había necesitado antes disculparse conmigo de su desistimiento de semejante sociedad, en que sus estrafalarias parientas contaban por modo muy principal, de entonces más que nunca pudimos recordarlas si no era tan enjutas de carnes que el negro tan español de su vestido exageraba subrayando la falta de toda feminidad —tan resecas por fuera y por dentro, tan retiesas en su vanidad sin prestancia, encastilladas en una atalaya de estúpida resistencia a la ola, la hidra, la «*pantasma*» revolucionaria —decía riéndose mi compañero— que amenazaba acabar, si el mal se contagiaba a todo el mundo, con lo que ellos representaban del orden legítimo asentado en la reconocida probidad del dinero sin investigación de origen.

Aquella breve estancia en Burgos, sin embargo, había de culminar en otra visita, y ésta solos los dos en compañía, y a unas piedras sin otro pretexto ya para la contemplación que el de su ruina ingente. Amós Salvador nos había dicho que no dejáramos de ir a Fresdelval.

No era mi compañero tan característicamente romántico que prefiriese de modo especial la ruina del muro vestido de yedra, disociadora y sostén al propio tiempo, a la perennidad cabal. Antes bien, lo conturbaba, arrastrándole a desesperadas melancolías, la contemplación de toda derrota, cuanto más la dispersión de las piedras un tiempo en perfección de obra maestra. No podía faltarle tampoco en aquella ocasión de nuestra visita a Fresdelval la lástima que como en otras tales se producía en la diatriba contra los españoles decadentes. Ni era para él la decadencia lo que para el vulgo que se tiene por más docto. No se cifraba en frases hechas en lamentación de pasadas grandezas imperiales de vacua resonancia. Su sentimiento tenía poco o nada que ver con la retórica. Lo decadente a su entender, tan justo siempre por lo bien que hablaba, esto es, por lo bien que empleaba las palabras en su sentido verdadero —como quien sabe una lengua de la manera expresiva de ser

de un pueblo—, lo decadente significaba para él lo caedizo sin remedio de sostén ni apoyo. Y al considerar la obra inexorable del tiempo en toda construcción de los hombres, lo que se le hacía intolerable no era tanto la ruina misma en lo que tiene de fatal, sino la cantidad manifiesta de la virilidad, la virtud, la fuerza histórica de una sociedad humana, que el espectáculo de toda ruina revela. No es que pudieran darle satisfacción las restauraciones, los retoques y aceites que componen exteriormente una apariencia fácil de continuidad; mucho menos que le diera contento lo nuevecito por el hecho de serlo, si a la novedad no añadía la belleza de lo necesario, el equilibrio de la tradición, fundada en la necesidad misma y lo original, que no quiere decir tampoco extravagancia. Le cumplía la conservación de los fundamentos y cuando el edificio resistente y durable sobrepujaba su propio destino y trascendía de su actividad primera al puro desinterés del orden artístico, cuando el templo o el palacio no sustentaban ya otra cosa que su propia fábrica solemne, adquirían a sus ojos la plenitud de su significación.

Por mucho que uno quiera desentenderse en el paisaje español del centro de gravedad que suponen los monasterios erigidos en las rutas naturales de nuestra historia, es evidente la capitalidad monumental de sus piedras, sobre el orden inculto de la cantera próxima.

A un espíritu tan sensible y alerta como el de mi compañero, le llegaba al alma directamente, no más mirar la iglesia señera del lugar, o el convento antiguo presidiendo el valle, o el castillo atalayando la frontera que fue, la intención sublime que inspiró en los siglos su necesidad transitoria. Y en el alma le dolía ver almenas y torreones, patios claustrales, bóvedas y campanarios, abatidos más que por la guerra ni el incendio del rayo, por el indiferente abandono en la solución de continuidad que rompe con ritmo alterno una época española respecto a la que antecede y a la que le sigue.

Pocas contemplaciones tan provechosas en nuestras excursiones desde Madrid como la que repitiendo yo a mi vez otras dos de mi primera mocedad, habíamos hecho juntos a Sigüenza, típica fortaleza fronteriza entre Castilla la Nueva y Aragón, y no sólo frontera natural, sino transición evidentísima de la voluntad medieval al gusto clásico renaciente que su sola Catedral, baluarte, templo, palacio y mausoleo, declara con su fábrica insigne. Quizá de la masa imponente del edificio lo que más le impresionaba, como si el cincel hubiera sutilizado en una emoción ejemplar la obra común del cantero, era la estatua del doncel que se figura en aquella iglesia y cuenta entre los modelos de la escultura se-

pulcral. No yace, no, muerto el mancebo gallardo, sino recostado con un librito en la mano.

Mi amigo aseguraba que la inspiración correspondiente a aquella obra maestra de la estatuaria en el orden poético, no podía ser otra que la de las Coplas de Jorge Manrique en la muerte del Maestre su padre, pieza única en la perfección literaria de un siglo español que habla su prosa dramática por boca de la Celestina.

Pero Sigüenza, al cabo, monstruo impar, subsiste en el íntegro vestigio de su fuerza pétrea, con la misma seguridad en el desafío al tiempo, que los montes que respaldan sus murallas. Otro es el caso de Sobrado de los Monjes, en la provincia de Lugo, cuyo descubrimiento por mi amigo en otra de sus estancias profesionales, dobladas de cierto proselitismo político precursor de su vocación fatal, había de proporcionarle nuevas y más encendidas consideraciones al tema de su lamentación elegíaca sobre el decaimiento en la barbarie de una cultura que la bóveda hundida, el arco exento del recinto a que daba paso, y la columna todavía en pie, proponen a los ojos para el llanto. En la descripción apasionada de mi amigo, el Monasterio de Sobrado de los Monjes, de que le regalaron luego magníficas reproducciones fotográficas que siempre conservó, era un Escorial gallego levantado romanamente con el mismo impulso católico de Compostela, en aquel encantador nido de brujas y trasgos, duendes y demonios coronados, cuyo céltico paganismo primitivo resiste a toda penetración. Cómo había podido venirse abajo aquella fundación, al débil soplo revolucionario de la desamortización de los bienes eclesiásticos en tiempo de Mendizábal, noventa años atrás, era cosa que soliviantaba su conformidad filosófica, tan acomodada a otras mudanzas de la fortuna. El Paular y El Parral, más próximos a Madrid, si menos definidos en una grandeza insustituible, le daban siempre qué sentir cuanto el Monasterio escurialense de San Lorenzo colmaba sus apetencias en el soberano equilibrio de razón y sentimiento con que su arquitectura satisface una y otro, levantando el ánimo al sosiego.

Más, mucha más impresión que el derruido claustro de Fresdelval, que como dice su nombre se alza todavía en un valle umbroso, me hizo a mí aquel día de nuestra visita la divagación exaltada de mi amigo recordando tales memorias de sus ojos.

Sentía mi compañero con una sensación que estoy por decir física, en su propia carne, esa angustia que siempre producen la airosa ojiva y la frágil columna del gótico, la trabajada flor y el monstruoso labe-

rinto de animales y frondas fantásticas en gárgolas y remates; angustia por la ruina previsible en las obras que resisten sobre el suelo, perennemente lanzadas al vuelo lírico del arquitecto atrevido —o que tiemblan en el agua que socava sus cimientos en Venecia. Pero pudo tanto en aquella tarde remansada del verano el sencillo deleite de la ruina tal, que cediendo mi compañero de sus lamentos razonables, nos dimos al puro éxtasis en un silencio entrecortado de palabras cuya vulgaridad corriente cobraba su virtud primera. De haber sido nosotros, en efecto, los románticos cabales que pedía aquel teatro natural, tradujéramos a buen seguro en puros ayes y suspiros la licitud de una emoción que nuestra estimación nos obligaba a incluir, sin alardes, en el ámbito del puro sentimiento. Calladamente.[1]

Al día siguiente, al cabo de los meses y en el transcurso de los años, mi amigo, verdaderamente *encantado,* se mostró prendido por manera singular en el conjuro de aquel nombre: Fresdelval.

Aún transcurrió bastante tiempo, sin embargo, antes de que resolviera, quitándole una *ele,* porque «Fresdeval» le sonaba mejor, titular así la novela, que el azar varias veces, y la muerte al fin, truncaron como el claustro del Monasterio en ruinas en tierra de Burgos.

XIX. Vísperas de San Juan

Íbase poco a poco concretando la Acción Republicana en un programa definido. Los amigos que con tan claro sentido habían llamado con ellos al que hasta entonces lo era mío con manifiesta exclusividad, no sintieron nunca por mí la misma afición. Sin duda, porque aunque sin proponerse ninguna incompatibilidad me consideraban harto disperso en el gusto de la literatura, de las artes e incluso del trato humano en

1. Véase la descripción de Fresdeval del propio Azaña: «Los ritmos de la masa labrada en estilo y del natural frenético, deparan un contraste creador: opuesta al arrebato del mundo, la onda que sigue Fresdeval, extemporánea a fuerza de ser lenta, inicia, al parecer, lo eterno. La peidra declara en su equilibrio la razón de existir; en su armonía, la gracia, aligera los pesos, disimula el grandor. Temples que estofan los muros grisientos, atenúan la materia con transparencias de perla y ámbar, embeben la luz. A cualquier alusión patética de orden accesorio, estímulo de almas primerizas (mitos, ensueños, reviviscencia de acciones humanas cumplidas a su sombra), Fresdeval, ya sin destino propio, sin asidero postizo en la nuda integridad de su forma, opone la serena virtud de estar, en que comienza y acaba su espléndida poesía.» (*O.C.,* I, pp. 879-800.)

su más ociosa acepción de «buena sociedad» para esa dedicación profesional a la política, que supone cierta amputación del sentido crítico de sí mismo y, por lo tanto, en relación a los demás. Quizá pudieran temer, dados a pensar en ello, que mi poca o mucha influencia en las resoluciones de mi amigo, contribuyeran a distraerle de esa menuda atención a la cosa pública que se traduce en la actividad de los comités de partido. No sabían bien hasta qué punto me tenían por aliado, simplemente por el hecho de solicitarle para una acción, aunque fuese republicana, si ello significaba para él la posibilidad de expansión de sus aptitudes —la oratoria principalmente, para mi gusto— que yo procuraba en otro orden de cosas mucho más compatibles a mi entender, que en el suyo, con cualquier actividad. Más escéptico que yo, mi amigo no quería para mí la suerte a que él iba accediendo y a que tampoco se entregó tan de primeras, ni nunca *motu proprio*. Condescendía de sus más íntimos propósitos personales a la acción pública, más que por nada por no caer en la fácil inapetencia y desasimiento, de los fracasados sin lucha ni esfuerzo en pro de ninguna ambición. Pero temeroso de que yo me perdiera en esa otra facilidad del mariposeo político que va de la pasantía de un bufete a la redacción de un periódico, a la pretensión al escaño de diputado, tampoco solicitaba él mi veleidad, para que le acompañara en la conspiración que se tramaba en la rebotica del doctor Giral.

Mucho más que él me hubiera divertido yo seguramente como tal aprendiz de conspirador. Como toda persona profundamente seria, era de humor propenso a la ironía y al sarcasmo, y se reía, si no tan descaradamente como yo, con más escepticismo, de cuantas fórmulas ineludibles constituyen los modos rituales de los partidos, derivados de los más solemnes del culto en las diferentes religiones.

Sus nuevos amigos políticos eran, en su mayoría, masones; como casi todos los republicanos y, por lo tanto, no pocos de los reformistas a quienes había abandonado. No sé si entonces le solicitaron ya para que ingresara en la masonería.[1] La curiosidad, tan malsana, digámoslo así, como inocente, que me inclinaba a mí por entonces a pretender a la iniciación, era en él, por el contrario, disgusto previo que le apartaba de tal cofradía, a que con el tiempo había de acceder, bien que por

1. Aprendiz masón en la Gran Logia Regional del Centro de España el 23 de marzo de 1923. En 1932, es iniciado en el grado de aprendiz masón en la Logia Hispanoamericana número 2.

muy poco, ya que de la simple categoría del iniciado pasó a la de durmiente, por su desistimiento de toda práctica ritual. Mis leves insinuaciones de aspirante a masón no tuvieron nunca la menor acogida, por la frivolidad de que era tachado mi descuido habitual, que yo exageraba siempre con los pedantes, por maestros que fuesen en cualquier disciplina. Esta mi aversión a la pedantería era uno de los fundamentos simpáticos de nuestra amistad.[2]

Aún tuvo tiempo, luego que acabó *El Jardín de los Frailes* y que colgamos *La Pluma,* de distraer el aburrimiento que, no obstante su aquiescencia al grupo de Acción Republicana, le producían no pocas veces las menudas incidencias de la politiquería —con otra dedicación literaria de cierta monta:

Había yo tenido ocasión, no mucho antes, de conocer y tratar a doña Carmen Valera, hija del autor ilustre de *Pepita Jiménez,* y como le fuera encomendado a mi amigo para la Biblioteca de «Clásicos Castellanos» el prólogo y las notas a una nueva edición de la novela famosa, quiso y obtuvo el permiso para visitar el epistolario de don Juan, de que quedaba —y queda— inédito lo más importante y revelador. Una revelación como tal crónica del siglo XIX fue para su nuevo exégeta la lectura de aquellos papeles que daban una luz insospechada sobre la obra del gran novelista y crítico, que mi amigo releía alumbrado por su entendimiento, parejo en más de un aspecto del de aquel ingenio amabilísimo.

Entró, pues, en ganas de escribir una *Vida de don Juan Valera,* intención a que le animé,[3] apenas cumplido el de la novela del *Jardín de los Frailes* que me dedicó; y dicho y hecho dio cima a su tarea, a tiempo todavía de poder presentar el libro inédito al Concurso Nacional de Literatura, en que le fue discernido el premio. No entraba en las condiciones del concurso obligación alguna de publicar la obra premiada. Ello fue causa de que sólo se imprimieran, en publicaciones especiales, los capítulos de «Valera en Italia» y «La novela de Pepita

2. Compárese con lo que Azaña dice sobre la pedantería en *Asclepigenia*: «Descubierta de nuevo la importancia de tener estudios, desde que las empresas industriales invocan para sus negocios la cultura, el vicio de ser pedante causa estragos en España. Muchos quedan señalados en el cuerpo. Yo soy de los pocos españoles de mi tiempo a quienes, sabiendo leer y escribir, no le ha nacido un cartapacio en la axila, horrenda deformidad que denota los casos más graves.» (*O.C.*, I, p. 1.061.)

3. Ver carteo Azaña - Cipriano Rivas Cherif de 1925.

Jiménez», si de los mejores, nunca bastantes a consolar al lector de la pérdida del manuscrito entero, en que siguió trabajando y que pretendía mejorar imposiblemente; porque era obra acabada tal como se premió, e inútil su prurito de perfección, por lo mismo que su índole la hace de suyo inagotable en punto a la crítica y la investigación. El tremendo azar en que vino a dar su propia vida, hizo desaparecer todos los papeles concernientes a la *Vida de don Juan Valera,* sin duda sustraídos con los muchos de su archivo político de después, o malamente extraviados sin provecho de nadie.[4] Compendioso y preciosísimo resumen de su labor en torno a la figura del autor de *Pepita Jiménez,* es el prólogo susodicho a la edición de la novela magistral en «Clásicos Castellanos».

Viendo el desaliñado amor filial con que doña Carmen Valera atendía a la publicación de las obras de su padre y a la conservación de su archivo inédito, escandalizábase su no menos amoroso y desinteresadísimo biógrafo de la indefensión de un tal tesoro, a merced del caprichoso gusto de herederos y derecho-habientes, no siempre atentos al solo interés por la obra misma que están llamados a conservar. Instaba un día y otro a nuestra amiga a que, de no considerar pertinente toda-vía la divulgación de cuantos sucesos y opiniones atañaderos a personas vivas aún en la memoria inmediata de sus más íntimos familiares y unidos por una amistad tradicional a la propia familia de Valera, avaloraban la literatura de su padre con imponderable precio histórico, se apresurase a poner aquel epistolario autógrafo a cubierto de las vicisitudes que pudieran hacer peligrar su existencia, bajo la salvaguardia de la Biblioteca Nacional, aunque fuera con el designio expreso de que no viese la luz pública en tantos años cuantos creyera conveniente a la decencia del trato social, en que se fundaba la reserva del propio autor. El marido de doña Carmen Valera, por entonces en desavenen-

4. Referencia a lo que sucedió el 10 de julio de 1940, ver pág. 392. *La Vida de don Juan Valera* estaba imprimiéndose a fines de 1938, como resulta de la anotación de Azaña el 16 de diciembre de 1938: «Están imprimiéndose: *Fresdeval,* para la revista *Madrid*; un volumen con mis cuatro discursos de guerra, que hace el Ministerio de Estado; el primer tomo de Valera (si por fin tengo papel...), y *Plumas y palabras,* para la edición de seis volúmenes míos que hace Propaganda, destinada a la Exposición de Nueva York. ¡Qué actividad! Hay motivos para dudar que todo ello se logre.» (*Memorias,* II, p. 419, Editorial Crítica.) Los capítulos o partes publicados en vida de Azaña están incluidos en el tomo I de las *Obras Completas* y en el volumen Manuel Azaña, *Ensayos sobre Valera,* Alianza Editorial, Madrid, 1971.

cia con ella, había cometido ya con el epistolario en cuestión algún atentado irremediable e imposible de concebir en persona de la ilustración y cultura que es de suponer en un diplomático de carrera: Mi amigo había tenido en la mano el texto original de una de las cartas de don Juan Valera, escritas cuando Secretario de Embajada a su vez en San Petersburgo, bárbaramente mutilado a cuenta de las supresiones que su yerno consideró pertinentes al editarla en el volumen correspondiente de las Obras Completas, por no tomarse el trabajo, sin duda, de copiar lo que hubiera de ir a la imprenta. A la razón que oponía la propia hija al deseo de mi amigo y leal biógrafo de su padre, de que le autorizase a dar ya el epistolario completo, suponiendo ella que las cartas pertenecen exclusivamente al orden privado de las relaciones humanas, objetaba él que, si no lo estimaba así en ningún caso, mucho menos en el de don Juan Valera, de quien se conservaban, de puño y letra, una y hasta dos copias a veces de algunas correspondencias suyas, por ejemplo, la muy divertida, por licenciosa precisamente, con Estébanez Calderón («El Solitario»), muestra evidentísima de que pensaba legarlas a una posteridad que pudiera gastar, sin el escándalo hipócrita de sus contemporáneos, de aquellas preciosas maledicencias literarias de las Cortes de Nápoles y el Brasil, o de sus amistades y aun familiares de Madrid.

Compaginando las obligaciones propias de su cargo en la Dirección de los Registros del Ministerio de Gracia y Justicia, con las nuevas de su reciente vocación política a la Causa de la República, asistió mi amigo en Valladolid, donde hubo nuevamente de formar en un Tribunal de Oposiciones, a unas cuantas reuniones, correspondientes a las de la rebotica de la calle de Atocha en Madrid, y más próximamente relacionadas, corriendo los días, al golpe que se intentó luego, de acuerdo con los militares, para derrocar la dictadura de Primo de Rivera y que por la fecha del 24 de junio, convenida para la intentona, se llamó «la Sanjuanada». En ella colaboraba muy principalmente don José Sánchez Guerra, consecuente jefe conservador a quien el dictador había desterrado y que en París se hallaba. En Francia estaba también el ex ministro liberal Santiago Alba, víctima de los primeros tiros morales del jacarandoso general; morales digo, ya que no necesitó disparar ningún fusil para, con la connivencia del rey y la sumisión del presidente del Consejo y el de las Cortes, acabar con el simulacro de democracia y liberalismo de que venía disfrazándose la dinastía de los Borbones españoles.

Contaban los republicanos de Acción con el concurso de prestigiosos artilleros, disgustados con el dictador por el menosprecio que hacía del arma en relación a los ascensos por méritos de guerra, a que eran opuestos en pro del sistema de escala cerrada; y con no pocos jefes de infantería, a la cabeza de los cuales el general Aguilera, manchego de tan buena fe como graciosa incultura, traducida, al decir de la gente, en pintorescas expresiones y torpes barbarismos populares, que se compadecían poco con sus principios y su graduación.

Valladolid había sido hasta entonces feudo político de Santiago Alba, de quien nunca fue partidario mi padre, que como pequeño terrateniente y propietario del próximo castillo de Villalba de los Alcores, podía tener una cierta influencia electoral cuando el caso llegaba. Sin embargo, viéndole infamemente perseguido por Primo de Rivera, y poco gustoso él de la disciplina militar, como alumno desengañado que había sido en su primera juventud de la Academia de Segovia, no se había recatado para ofrecerle su valimiento, que no fue poco en relación con la justicia que el dictador quiso hacerle injustamente, aunque la mereciera de otra suerte de como se intentó, a favor de la impopularidad de su fama.

Mi amigo tuvo ocasión en Valladolid de conocer y tratar a algunos sinceros republicanos y a otros, no por circunstanciales adversarios del general tirano, tan sinceramente demócratas ni liberales como pedía la Acción reclamada por el instinto popular. De ellos se significó más tarde enconado adversario de mi amigo, un cierto periodista con ínfulas de escritor, y cursi redomado, que no le perdonaba, a título de consecuente monárquico, no sé qué liviana insolencia con que se había pronunciado en la mesa de un café, de que eran contertulios, a cuenta de Doña Virtudes, como llamaba la gente a la Reina Madre de Alfonso XIII, en estimación sarcástica de su beatería.

La «Sanjuanada» fracasó por impreparación y falta de opinión y ambiente adecuados todavía, hallándose ya a la vista de Valencia el barco en que Sánchez Guerra regresaba de Francia a participar en el movimiento subversivo, a que había de contribuir, y no contribuyó, Castro Girona, capitán general de la plaza.

De por entonces data el conocimiento de mi amigo con su primer ayudante que fue, luego, el comandante y hoy general de la República, don Juan Hernández Saravia, y con Arturo Menéndez, bravo aviador a la sazón y después unido a la Segunda República española por el infortunio de sus destinos.

1928

XX. Un Baile de Máscaras

Nunca habíamos amistado con Pío ni con Ricardo Baroja; pero el tardío matrimonio de éste con una señora norteamericana, aunque de origen y apellido catalán, muy dada a figurar en un pequeño mundo literario y artístico, con ciertas pretensiones de «salón» en el comedor de su casa, nos deparó a mi amigo y a mí la ocasión de tratarlos, con alguna intimidad, en la de las tertulias que una vez por semana hacíamos después de cenar en su domicilio de la calle de Mendizábal algunos de los asiduos al Café Regina y al Henar con Valle Inclán, que como antiguo amigo de Ricardo y contertulio con él de una famosa peña de pintores en el Café de Levante, asistía con nosotros a tan gratas reuniones. Ocupaban Ricardo y su mujer el piso bajo de la misma casa, propiedad de la familia Baroja, cuyos otros miembros principalísimos, a saber, la madre, Pío y su hermana Carmen, casa con el editor Caro Raggio, y dos hijos, niños entonces todavía, vivían en el piso superior. Pío, de suyo huraño e importante, desdeñaba por lo general nuestra compañía, compartida con alguna más asiduidad por la señora de Caro. Pero nunca pasamos de seis u ocho los interlocutores de aquellas sobremesas. Ricardo, que había pretendido, incluso por su segundo apellido italiano de Nessi, a una vaga imitación de artista del Renacimiento en sus aficiones de grabador al aguafuerte, pintor, novelista y dramaturgo, de que nunca a la verdad había hecho verdadera gala profesional, sentíase, en los umbrales de la vejez, impelido a una competencia emulatoria con su hermano el novelista famoso, cuya celebridad, si nunca hasta la fecha le había dado envidia, suscitó un tanto los inocentes celos de su mujer. Ricardo nos leyó algún ensayo dramático de su minerva y ello fue causa de que a mí se me ocurriera organizar un escenario de cá-

mara en aquel mismo lugar, que con el nombre de «Teatro del Mirlo Blanco», a imitación paródica de los «Murciélagos», «Pájaros azules» y «Gallos de oro» de que se titulaban algunas compañías exóticas que por entonces corrieron Europa procedentes de Rusia y Alemania, tuvo cierto renombre por su misma exclusividad, ya que la entrada, muy reducida siempre por lo exiguo del local casero, estaba limitadísima a las familias de los autores, que doblados de intérpretes de sí mismos en su mayoría, y en proporción muy superior los dueños de la casa, nos guisábamos y nos comíamos aquel teatro de Juan Palomo.

Tales representaciones, a que mi amigo no asistió nunca sino como espectador, fueron motivo de que mis familiares frecuentaran en esos días la casa de los Baroja, tanto más cuanto que mi padre se encargó graciosamente, en su condición de abogado, de resolver los últimos trámites del litigio que la mujer de Ricardo tenía con la viuda de un su hermano, a cuenta de la herencia paterna que aquélla había aportado al matrimonio.

Al acercarse los carnavales del año 28 quiso doña Carmen Monné de Baroja divertir aún más nuestros ocios del «Mirlo Blanco» con un baile de máscaras entre los colaboradores y concurrentes al teatrillo. Y a todos se exigió el disfraz, *sine qua non* había invitación que valiera. Sólo una excepción mereció la supuesta seriedad de mi amigo. Él podía ir al baile si quería, sin careta, y hasta quedarse en casa, como prometió, para no perturbar tampoco con su adusto testimonio la insensata alegría de los jóvenes de verdad y de los que no siéndolo tanto quizá se sintieran, a su sola vista, intimidados en sus retrasadas expansiones. Nadie le esperaba aquella noche. Tampoco yo, en verdad —no más aceptada la excepción en su honor con que la señora de la casa creía adelantarse a la inhibición de mi amigo—, que él me propusiera, exigiéndome el secreto de su designio, que le buscara, entre mis conocimientos de teatro, quién le pudiera proporcionar disfraz que lo fuera tanto como para disimularle enteramente, y, puesto que nadie sospechaba, de su supuesta seriedad y desgana de tales burlas, semejante voluntad de embromar a nuestros huéspedes, hacer la más indescifrable máscara del festejo. Como lo fue.

Mi hermana la pequeña tenía decidido vestirse, con antiguo damasco familiar, de damisela del Segundo Imperio francés, muy a la moda de la española Eugenia de Montijo. Grandísima fue también la sorpresa de mi casa, cuando se presentó en ella mi amigo a vestirse de Cardenal, con el traje y la perilla de Niño de Guevara, que don Fernando Díaz

de Mendoza, a la sazón director y propietario con doña María Guerrero del Teatro de la Princesa, lucía magnífico en la *Dama del Armiño* de Ardavín, y que prestó gustoso a mi requerimiento. Como mi hermana mayor, también desentendida entonces ya de fiestas y diversiones, por el retiro de nuestros lutos, se resolvió asimismo a última hora a acompañarnos igualmente enmascarada con una amiga conocida apenas de los Baroja, la cual con atuendo eclesiástico hacía las veces de familiar del Cardenal llevándole la cola en gracioso contraste de estatura, y como yo me las compuse para presentarme de muy otra manera de como me esperaban, con mi hermano monstruosamente desfigurado del rostro, formando entre todos la más disparatada comparsa en seguimiento del Cardenal y la dama apoyada en su brazo, nadie nos conoció al entrar, ni mucho menos a mi amigo hasta que quiso declararse, ya muy de vencida la fiesta.

La dueña de la casa supo descubrir mejor que yo —sin duda por mujer— el secreto motivo de aquella ocasión insólita en el ánimo de mi amigo.[1]

La señora de Baroja acertó a adivinar en la desenfadada compostura del Cardenal de su baile, la profunda verdad de aquel fingimiento de «cavalier servente» con que mi amigo vencía con soberano poder de captación, hasta entonces sin empleo adecuado, la tímida resistencia de mi aniñada hermana, llamada por una suerte fulgurante a determinar en su vida ese riesgo de la ventura por que un hombre se señala en el tiempo.

1. Escribe Azaña el 10 de julio de 1927 en su Diario: «¿De qué estoy yo tan tiernamente enamorado? ¿Es de una graciosa persona, es del amor, es de mi capacidad de ternura que busca empleo, y con él, una dicha comunicable, quizá la postrera en mi vida? Yo no lo sé. Anoche pasé un momento angustioso. Las conveniencias sociales —que ni aun para descifrar el enigma debo romper— me impiden una explicación, un diálogo, contraste de la realidad y el ensueño. Y yo no podía más. Temí que iba a decirlo a voces, delante de todos. Estaba transido. Ella lo sabe, tiempo ha. Y es cruel, sin darse cuenta. ¿Será locura, y me tratará como a un loco? Desde mi conveniencia personal, es cuando menos una extravagancia, una aventura imprudente. Trastornaría mi modo de vivir. Ciertos consejos del egoísmo me inducen a retirarme a mis trincheras. Pero la dicha de revelarle el amor, siendo ella tan sensible, tan capaz, vale más que todo. La situación es absurda. Yo no tengo la libertad que tendrá otro cualquiera para salir de ella. No sé qué hacer. Y entretanto, divago, me atormento y me entristezco.» (*O.C.*, III, página 893.) Véase también carta de Azaña del 15 de septiembre de 1927.

XXI. El Querer y el Poder

¡Voy a escribir una comedia! —me dijo un día de pronto, al azar de uno de nuestros paseos sin rumbo por las calles de Madrid.

Leía yo en el risueño contento de sus palabras como una especie de reto a mi afición, un poco y aun mucho desperdiciada en el vago afán del teatro sin concretar en una obra tal de creación propia. Sin duda que al manifestarme su propósito como una ocurrencia momentánea, no hacía sino comprometerse consigo mismo por el hecho de una confidencia en que declaraba no sé qué secreto impulso hasta entonces recatado en su más íntimo sentir. Dicho y hecho, se dio poco a poco, pero de un tirón a la tarea.[1]

Me aseguraba que el propósito había sido anterior a la idea y mucho menos al «argumento» de la obra en sí. Se había impuesto académicamente, como si dijéramos, una cosa que no había intentado nunca y toda vez que ya tenía con el *Jardín de los Frailes* una novela y con *Plumas y Palabras* y la *Vida de don Juan Valera* los «ensayos correspondientes a la moda literaria de nuestro tiempo», quería hacer el *drama*. Era incapaz, ni aun en la confianza de nuestra amistad sin recato, de declarar orgullosamente su intención de ir renovando el gusto que le había tomado a escribir con un ejemplo maestro cada vez en los distintos géneros literarios.

Releyendo, para un estudio ulterior[2] de que ya iba apuntando muchas notas, las obras de Galdós, hacíasele un tanto descuidado y farragoso el novelista, por la facilidad de su extensión, cuando cobraba mayor importancia el dramaturgo, contrariamente al parecer de la crítica de su tiempo, a que se adelantó en la calidad de su producción teatral, de que mi amigo prefería asimismo la menos favorecida por el clamor de una popularidad debida a las circunstancias callejeras de

1. «Escribí *La Corona* en febrero de 1928. Me ocupó las tardes de veinte días. Es lo primero que he hecho para el teatro. Comencé la escena primera del acto primero y la obra me salió toda seguida, sin interrupciones, cortes ni pegaduras.» (*Memorias,* I, pp. 352-353 del 18-21 de diciembre de 1931, Editorial Crítica.)

2. De este estudio, que no se conserva en castellano, existe una traducción francesa hecha por Matilde Pomès, la conocida hispanista con quien correspondió Azaña y a quien conocía personalmente. La traducción de Matilde Pomès se publicó con el título de «Le Théâtre de Pérez Galdós» en un periódico francés, cuando Azaña era ya Presidente del Consejo. Pero el recorte de periódico conservado con este pequeño ensayo no permite dar la fecha (ni el nombre del periódico) con mayor aproximación.

su representación, más que a su justa estimación por un público adecuado. Ni que decir tiene, sin embargo, que no se propuso la imitación del teatro galdosiano. Nutrido en excelentes lecturas, sus modelos lo eran siempre verdaderamente clásicos y las enseñanzas que de ellos tomaba nada tenían que ver con las calcomanías de un pseudoclasicismo de que se reía con repetir, a propósito del estilo de ciertos escritores tenidos por casticísimos, que escribían en «una fabla que nunca fe fabló en Caftiella».

—He empezado por la primera escena, sin saber lo que les va a pasar a mis personajes. No sé si es así como hay que hacer. He imaginado un escenario y una situación crítica de los protagonistas de que arranque la acción que imponga fatalmente lo que lógicamente les vaya sucediendo.[3]

Una mujer vestida de hombre y un compañero de camino a través de una sierra fragosa, llegan a una hoguera mortecina, en torno a la cual duermen supuestos pastores. No había hecho el incipiente autor más que referirme esta iniciación del primer acto, cuando eché de ver, y se lo dije, una voluntaria filiación calderoniana, en tanto que ligera evocación aparente de la entrada de Rosaura en *La Vida es Sueño*. Pero esa influencia remota, como la de Schiller que acertadamente señalaba nuestro común amigo el filósofo Álvarez Pastor luego de ver ya *La Corona* sobre las tablas, como la de Musset, que puede muy bien señalarse en una escena episódica del tercer acto y que el propio autor se complacía a su vez en señalar, en nada afectan, menoscabándola, antes bien afirman la personalidad del dramaturgo, que abordaba el teatro saturado y trabajado el ánimo por la mejor literatura dramática de los tiempos modernos, ajeno como era al gusto de los griegos, a quienes no podía leer sino traducidos.

La acción se va deduciendo, para el lector y el espectador, como para el autor mismo, del diálogo, en modo alguno narrativo, sino viví-

3. Véase nota 1 de la página 148 y la continuación del mismo párrafo: «Hacía mucho tiempo que llevaba en la imaginación la situación de la escena primera, sugerida por el paisaje, y la revivía continuamente, y hasta compuse de memoria las primeras réplicas. No había pensado el conjunto de la obra, y si alguna vez se me ocurría preguntarme qué iba a hacer con los dos personajes que se me aparecían tan insistentemente, más bien me inclinaba a una cosa humorística y satírica. Cuando me puse a escribir, revolviendo los dos personajes principales con los rústicos leñadores, fui tirando del hilo de los caracteres y salió la comedia.» (Manuel Azaña, *Memorias,* I, p. 353, del 18-21 de diciembre de 1931.)

simo como conviene a la realidad creada por el suceso de que la acción se origina.

No recuerdo, ni en la magnificencia de *La Celestina,* en las licencias más ilustres de Lope, Tirso y Calderón, ni en la sublimación shakespeariana de las pasiones naturales en el hombre y la mujer, escena tan evidente de la pasión amorosa por excelencia, como a la que a la vista del público transporta a un clima poético de la más rigurosa autenticidad, en un espectáculo sin par en mis recuerdos teatrales, el amor cabal, en el primer acto de *La Corona.* Espectáculo propiamente sugestivo, en que la palabra traduce no ya el sentimiento, la acción simplificada del placer inefable en el juego de los personajes, simplemente derrumbados en el suelo, con un ribazo por almohada y, cuando más, unidos en un abrazo, que arrullan los rumores nocturnos, asimismo confiados a la expresión verbal más que a los trucos de la escenografía, y que interrumpe al cabo con el canto de los gallos y el graznido de la corneja siniestra la irrupción de los soldados apercibidos por los mentidos pastores y ante los cuales se descubre el mancebo fugitivo ser la Princesa Real de Lys.

No admitió sin réplica mi broma, cuando antes de leérmelo ya me contaba el segundo acto, del cierto parecido que tiene con *La Tosca* de Sardou. Tampoco quería yo con ello depreciar, rebajándola a categoría de melodrama, por bien armado que esté, la calidad tragicómica, en la mejor tradición de Shakespeare y de *La Celestina* que justifica con el necesario desarrollo sentimental en la inflexible lógica de la escena, la anécdota que es en Sardou trivial, por elementalísima.

Como toda obra realmente dramática, *La Corona* se vale a sí misma y no ha menester de explicación. La evidencia de la acción no esconde ningún símbolo abstruso. «El querer y el poder» quisieron titularla los autores franceses de la traducción, todavía inédita, no por otra cosa sino por haber otra comedia registrada con el mismo título según creo, y fue de ver la protesta airada que mi amigo hacía en contra de lo que estimaba innecesaria reiteración del posible efecto en el antagonismo dramático, de ninguna manera adscrito en su intención a una tesis política ni moral. No se había propuesto otra cosa que escribir un drama. De amor, por lo tanto.

Traducía, eso sí, un estado de ánimo personal parejo de los más grandes desahogos que hayan inspirado nunca una invención poética.[4]

4. Escribe Azaña el 18-21 de diciembre de 1931: «Y he gustado, no la emoción de estrenar, sino otra más profunda: la de revivir los sentimientos que me

Testimonio fehaciente del mío, las simples iniciales de la dedicatoria a D. R. Ch.[5] en la primera edición de *La Corona*. Mi amigo se había enamorado. Ni tan tardía ni tan resignadamente como su insigne biografiado don Juan Valera, cuando viejo y ciego besaba a escondidas la trenza de la joven que por él se suicidó no muchos años antes. Yo, ni lo sospechaba. A salvo le creía del desengaño que supone en la edad madura un amor no correspondido, y no digamos un matrimonio de conveniencia, cuando en buen día me sorprendió burla burlando, con la confidencia que menos podía esperar de su escepticismo amoroso a prueba de cualquier asechanza y el propio engaño. Me preguntó, tan de improviso y por la calle como me había dicho que quería escribir una comedia, mi parecer acerca de su posible matrimonio. Harto noté, pese a la sonrisa con que salvaba la gravedad de su emoción, que no se trataba de una broma. Díselo yo como otras veces preguntándole si el objeto de tal mudanza en su decidido criterio de tantos años era por fin la viuda apetecible[6] y bien acomodada que le venía aconsejando de tiempo atrás la madre de las niñas guapas, entre las que contaba su jovenzuela enamorada de muy trasantaño. Se divertía de veras gozándose en mi despiste que traducía una vez más mi poca observación y mi descuido de cuanto pasaba a mi alrededor, cosa que a menudo me repetía en afectuoso reproche de mi aturdimiento. Me quedé de un aire, como suele decirse, cuando acabó por declararme que a quien quería hacer su mujer era la más pequeña de mis hermanas, a quien yo llevaba trece años y él veinticuatro, y que si ya no era tan niña, por tal la teníamos y en modo alguno yo como la mujer que en ningún caso pudiera convenirle. Así se lo espeté casi tan de manos a boca como él

---

inspiraron las principales escenas de la comedia, digo las escenas amatorias: la gran escena del primer acto y las primeras del tercero. Toda la ternura que yo puse en ellas ha vuelto por un instante a mí. Y lo autobiográfico de la obra, que nadie verá, ha revivido, dejándome el consuelo de haber labrado con ello una obra noble.» (*Ibid.*, p. 353.)

5. Dolores de Rivas Cherif.

6. El 18 de agosto de 1931, recordando su estado de ánimo en 1925, Azaña escribe: «Entonces estuve a punto de hacer una tontería gigantesca (...) Entré en unos devaneos que al punto no fueron entendidos, y que al serlo, fueron rechazados. ¡Qué suerte! ¡Lo que me habría pesado después! Lo chusco es que ya por entonces pensaba en otra cosa, pero me parecía inasequible, y la cultivaba nada más que como cebo de la imaginación. Si aquello hubiera salido a medida de mis momentáneos deseos, mi aburrimiento y mi enojo ahora no tendrían límite, y la situación habría sido insostenible.» (*Memorias,* I, p. 108, Editorial Crítica.)

se había decidido a participarme una decisión a que había contribuido en su ánimo el lento trabajo de los años en una participación familiar a que tanto había contribuido nuestra amistad precisamente.

A duras penas pude contener una emoción que traicionaba, declarándolo en contra de mis palabras, mi verdadero sentir. No me había atrevido nunca a desear un bien semejante para nuestra convivencia. Y ahora que se le ocurría a él, tan prudente, de puro escarmentado, en cuantas decisiones podían trocar el rumbo de su vida, una solución tan grata a mis más puros afectos, tenía que desengañarle y precaverle contra la negativa de la propia interesada, que se me antojaba segura. Y adelantándome a la cual me esforcé en exagerarle las desventajas que podía acarrearle, en punto a la seguridad con que dominaba las veleidades del ánimo, lo disparatado del propósito. Disparatado, en el sentido exacto de la palabra, por la disparidad, con los años de uno y otra, de gustos y aficiones. No digamos ya de temperamento y de carácter, porque mi hermana estaba muy mal educada en fuerza de mimada y consentida, como una señorita de tantas. Parecidísima a mi madre, cuya sensibilidad exquisita era bastante a que mi amigo sintiera por ella una especie de ternura filial, valedera por sí sola para justificar una asiduidad que de otro modo y groseramente se hubiera podido estimar como vulgar adoración del santo por la peana, el parecido valíale para rechazar risueño mi empeñadísima insistencia en demostrarle los inconvenientes de su propósito. Pero lo que yo quería con menoscabar los méritos de mi hermana, incluso los físicos que tan a la vista estaban, y que por modo tan principal habían solicitado su atención por ella, era templar el dolor que sin duda había de causarle la segura derrota de sus aspiraciones. Yo sabía igual y ventajosamente solicitada a la «pequeña» de mi padre, que gustaba de seguir llamándola así, en la complacencia de su contemplación por otros pretendientes, desde luego más convenientes a sus años e incluso a la natural modestia de sus aficiones. Porque en lo que mi sinceridad no mentía, pese al mayor conocimiento que debía tener de la «naturalidad» de mi amigo, era en mi creencia de que como a hombre verdaderamente superior, ella, con toda su gracia e inteligente sencillez, no lo entendería. Desde luego, a fuer de enamorado consciente, él me ponderó las cualidades que no sabíamos quizás advertir ninguno de la familia en aquella criatura, a quien mimábamos, sí, pero como a la niña que había dejado de ser, sin perder la inocencia que le encantaba, seguro de hallar en ella la estatua viva que supo modelar con la fuerza de su amor.

Mutuamente nos hicimos luego mi madre y yo confidencia del caso. No habíamos querido hablar de ello, pero no hubo más remedio, y como yo esperaba, mi madre participaba de mi disgusto, no ya porque presintiera como yo, porque creía saber de cierto que a Lola dábanle tal sonrojo las inequívocas asiduidades de mi amigo que procuraba eludir sus visitas cada vez más menudeadas. El disgusto de mi madre se ocasionaba precisamente del profundo afecto que la familia entera le tenía. Le consideraban como uno de la casa y ello hacía tanto más delicada la situación cuanto que no había otro motivo de oposición por parte de mis padres que la mucha diferencia de edad entre el pretendiente y la pretendida.

Tal era la situación de ánimo del autor de *La Corona* al escribir en su drama una autobiografía mucho más valedera que la que pretendían atribuirle críticos menos sagaces en el relato novelesco del *Jardín de los Frailes*. Porque si es verdad que la pintura aparente de su propia mocedad en el protagonista de su novela escurialense coincide con hechos ciertos de su vida de colegial, no así los sentimientos; que, en todo caso y aun rememorados con intención autobiográfica, nunca podrían corresponder a los del autor, sino traducidos por el recuerdo en el tiempo largo, y siempre chocantes con los auténticos en el momento de transcribirlos a tal distancia de años.

Mientras que en *La Corona,* si la anécdota nada tiene que ver con los sucesos de la vida del autor, los sentimientos de todos y cada uno de los personajes traducen los propios del dramaturgo, que al prestárselos, con voz antagónica de la propia razón, cumple el deber ineludible de todo creador enajenándose en cada una de sus criaturas de ficción. Y, sobre todo, en los dos protagonistas iniciales sublima el sentimiento amoroso que conscientemente, o en los entresijos de la subconsciencia, guiaba la pluma del poeta.[7]

Mi amigo había conocido a Margarita Xirgu cuando invitados por García Lorca asistimos a la lectura en el Teatro Fontalba de la *Mariana Pineda* estrenada a poco, en el otoño del veintiocho. Margarita, a cuyo camerino llevé a mi amigo una o dos veces, le llamaba, admirada de su buen discurso, «el señor republicano», dándole ya por antonomasia el nombre que años más tarde le discernía el aura popular más propiamente con designarle por el «Hombre de la República». Le di *La Corona* a leer luego de escrita y aunque me ponderó mucho sus méritos

7. Véase p. 150, nota 4.

literarios, que a su entender hacían la obra particularmente apta para el gusto del buen lector, le achacó, con vulgaridad impropia de su talento excepcional pero harto acomodada a la opinión corriente en los cómicos, cierta lentitud y exceso que invalidarían su suceso para con las audiencias de nuestros teatros. Atendiendo mi consejo, mi amigo se avino mal que bien a reducirla un tanto,[8] en cuanto no fuera muy esencial a las exigencias del desarrollo dramático, lo que se le hacía sobremanera difícil porque a la obra no le sobra nada; pero no logró con aquella corrección mayor interés de la actriz, como tampoco de Irene López Heredia cuando al año siguiente me encomendó, para que juntos fuéramos a la Argentina, la asesoría artística de su Compañía.

La Corona se publicó en volumen y obtuvo un éxito inusitado por parte de los principales críticos teatrales, que no suelen hacer mención tan señalada e importante de las comedias que no se representan. Fueron excelentes las crónicas de Enrique Díez-Canedo, Melchor Fernández Almagro y Luis Calvo, desertos después del *ABC* cuando proclamada la República se tenía por amigo del ministro de la Guerra, y desertor más grave de nuestra amistad cuando más había que probar esa cualidad tan pertinente a la hombría de bien.

8. «Al copiarla, fui suprimiendo réplicas redundantes y palabras inútiles, que siempre las hay en todo cuanto se escribe.» (*Memorias,* I, p. 353, del 18-21 de diciembre de 1931, Editorial Crítica.)

1929 - 1930

XXII. El Pacto de San Sebastián

De todas nuestras amistades la única que se había percatado, no ya del interés del Cardenal por la Dama del Segundo Imperio, sino de la correspondencia que no se había manifestado ni en la intimidad de nuestra casa, fue la señora de Baroja, la graciosa Mecenas del «Mirlo Blanco». No se distinguía nuestra amiga por su discreción, pero lo fue en aquella oportunidad, y nadie más que el interesado conoció su segura opinión de mujer respecto a la seguridad que a su juicio podía tener mi amigo en el logro de su callada pretensión.

Con el pretexto de cumplir con la señora de Baroja y las mujeres de mi familia, obligado socialmente a las atenciones que le dispensaban, quiso invitar mi amigo con ella a mi madre y mis hermanas, sin ninguna otra representación varonil en aquella merienda en uno de los salones de té más en boga entonces en Madrid. La complacencia con que las mujeres de mi casa asistieron al sencillo convite y la inocente alegría con que el anfitrión se solazaba viéndome confuso, me hizo ver luego que todos nos habíamos equivocado al estimar como un repudio de la pretensión de mi amigo, cuantas pudorosas ausencias de mi hermana no demostraban otra cosa que inocente temor de simple enamorada. Sin duda que el primer pronto de mi amigo, pese a su corrección y buenas maneras, no predisponía en favor de su sociabilidad. Su fisonomía de hombre aparentemente impertérrito ocultaba a primera vista el carácter afectuoso y la violencia de una ternura con que vencía, apenas descubierto su ser natural, toda resistencia —del ánimo de una doncella o de una muchedumbre. No era otro el secreto de su fuerza de atracción en el trato particular— cuando aparecía, tras el discurso talentoso del hombre razonable, el arrebato sentimental de la pasión amistosa, política o de amante.

Unos meses transcurrieron todavía desde la formalización de las relaciones hasta la boda,[1] que tuvo lugar en la misma iglesia de los Jerónimos donde se casó Alfonso XIII y si no con aquella pompa soberana, con todo el aparato familiar de «buena sociedad» de que juntos nos reíamos en otros casos semejantes y que yo le repetía con burlona e inconsciente predicción al asegurarle, cuando le diputaba soltero impetinente, que se casaría a los acordes de la marcha nupcial de Mendelsohn. Lo que así fue en tributo al ingenuo deseo de la novia de lucir las blancas galas de tul y a la ninguna oposición que el novio hacía a cualquier costumbre compatible con la integridad de una conducta rigurosa con la propia conciencia. Mi madre y más aún si cabe mi padre, trocaron su primera incertidumbre por una alegría incontenible superando el mismísimo inconveniente de la diferencia de edad a que se avenían en temerosa previsión de que la ya resplandeciente esposa no se hubiera resuelto luego a serlo por propio impulso que, a ser contrario, tampoco hubiera visto nunca contrariado por la voluntad ni el deseo de sus padres y sus hermanos.

Se casaron en febrero del 29, y durante su viaje de novios a París, donde mi hermana repitió mi absorto entusiasmo de años atrás con el mismo cicerone, me casé yo y a mi vez decidiendo una suerte entretenida años también por la ventana que de casa de mi amigo, en la calle de Hermosilla, daban al mismo jardín, sin escala, de mi Julieta. Poco después de que se reintegraran a Madrid, salíamos mi mujer y yo, como director por primera vez de una compañía teatral, rumbo a Buenos Aires. Volvimos a fines de diciembre, con la pesadumbre de no haber visto morir a mi madre y al padre de mi mujer, el poeta también muy mi amigo y de mi nuevo hermano, Enrique de Mesa; [2] y con nuestro primer hijo en brazos, nacido porteño dos meses antes.

Corrió el año treinta dado yo a mis nuevos afanes teatrales de una provincia en otra, hasta volver a Madrid bien entrada la Primavera. Mi cuñado seguía alternando su oficina en la Dirección de los Registros, con los trabajos políticos de la conjuración que venía fraguándose en contra de la Monarquía, y a que había dado ciertos bríos la caída del

1. El 27 de febrero de 1929.
2. Enrique de Mesa era en realidad el padrastro de la esposa de Cipriano de Rivas Cherif, Carmen Ibáñez Gallardo, cuya madre, Carmen Gallardo, casó con él en 1911.

Su primer marido, el coronel José Ibáñez Marín, había muerto en el Barranco del Lobo en Marruecos, en 1909.

dictador Primo de Rivera y su muerte subsiguiente en París en el mes de febrero. En junio y con ocasión de mis representaciones en Barcelona dirigiendo la compañía de la joven actriz Isabel Barrón, reanudé mi amistosa relación con Margarita Xirgu, de que se originó, para el otoño aquel, mi contrato como director del Español de Madrid. Entre tanto y mientras yo pasaba el verano en la antigua Cartuja del Paular en la sierra de Guadarrama, mi hermana y su marido lo hacían en Fuenterrabía, aprovechando la reunión de San Sebastián de los representantes de los partidos republicanos y el socialista, titulada luego del Pacto famoso, el origen inmediato de la Segunda República Española.

Poco me dejó traslucir entonces de los pormenores de cuanto en San Sebastián se trató. Pero sí lo suficiente para que pudiese darme cuenta, como los que llegaron a saber tanto como yo, de que, en efecto, y pese al prudente juicio de mi cuñado, se había dado un paso decisivo en los trabajos políticos preparativos de la República. Se había conseguido en primer término la adhesión de los republicanos catalanes, con quienes, a título de intelectual y en calidad de Secretario del Ateneo, había tenido ya un primer contacto mi cuñado en Barcelona poco antes, destacándose su personalidad por manera inusitada en los brindis de un banquete,[3] con mucho más acusado relieve que otros de sus compañeros, si más conspicuos en el orden de cierta consideración pública que daba la *Revista de Occidente* o el «Olimpo» de la redacción del *Sol,* mucho menos dotados del sentido de la vista política, sin picardía, sobre todo en cuanto se refería a la posibilidad de conciliar en el marco de un nuevo Estado español las aspiraciones autonomistas de Cataluña. No se contó, sin embargo, todavía con los vascos. Y si es verdad que ya hubo una representación del Partido Socialista, tampoco aún de la Unión General de Trabajadores, de que el Partido era, sí, la expresión propiamente política pero con la suficiente independencia, en tanto que organismo sindical, para no adscribir la masa numerosa de sus afiliados a ningún compromiso revolucionario, por el solo hecho de la adhesión, y mucho menos por la sola presencia de los representantes del Partido en la reunión de las fuerzas republicanas. Y habíase consolidado la alianza de los nuevos elementos de Acción con los antiguos y numerosos comités de Lerroux.

Pero en realidad no hubo pacto tal, y sí sólo, que valió en fin de

3. El 27 de marzo de 1930, en el restaurante Patria. (Véase *O.C.*, I, pp. 573-576.)

cuentas mucho más, la voluntad por parte de los reunidos, en ocasión magnificada después por los acontecimientos posteriores, de llevar a cabo el deseo hasta entonces inconcreto del pueblo español y que para sí reclama lo más florido de la clase media, de regenerar el gobierno de la nación tomándola propiamente en sus manos.

En aquellas reuniones de San Sebastián cuajó la presidencia en la persona de don Niceto Alcalá Zamora, tránsfuga del alfonsismo liberal, que de su paso por el Ministerio de la Guerra tenía el sincero escarmiento del cacicazgo militar, y que inspiraba a la hegemonía de los conservadores secundado por Miguel Maura, cuya significación republicana se agigantaba por el solo hecho de su inmediata ascendencia en la persona de su padre, en cuyo nombre vinculaban izquierdas y derechas, hasta pocos años antes, el encono, todavía civil, que había de brotar incivilísimo siete años después en la más cruenta de cuantas guerras intestinas han movido a matarse a los españoles unos contra otros en el transcurso de los siglos y las generaciones.

De la reunión de San Sebastián obtuvo mi cuñado los primeros datos ciertos acerca de algunas personas a quienes antes no había tenido ocasión de tratar, o muy ligeramente y que las circunstancias y sucesos de los años siguientes no variaron en lo fundamental. De por entonces databa su simpatía, nunca desmentida después, por el propio Miguel Maura, de quien le separaban muchas diferencias, salvadas siempre, hasta en algunos incidentes enojosos provocados por la intemperancia de su nuevo colega, por aquella atracción simpática que mi cuñado no disimulaba. Y de entonces arranca otra amistad política, que llegó a serlo personal y muy sincera por su parte, con Indalecio Prieto, de quien, un tanto desengañado cuando en la derrota volvió a verse sin otra compañía verdadera que la de su mujer, la familiar y la mía, presidiendo a poquísimos amigos más, nunca supo, sin embargo, toda su monstruosa ingratitud.[4]

Con los primeros oros del otoño madrileño volvieron mi hermano político y su mujer, sin que se tradujera en la referencia de aquel suceso de San Sebastián —que los arbitristas traían y llevaban en lenguas de una fama prematura—, nada que valiera a sacarle a él de su apa-

4. Referencia al artículo publicado por don Indalecio Prieto a los dos días de la muerte de Azaña, en el diario *Excelsior,* de México, el 5 de noviembre de 1940, acerca del supuesto enviado del general Goded a Azaña, asunto del que trata este libro en la página 470. Indalecio Prieto interpretaba este episodio en modo inculpatorio para Azaña, y de ello se han hecho eco algunos comentadores.

rente escepticismo. Yo, que le hacía muchas veces de abogado del diablo, con exagerar mi natural propensión al optimismo más disparatado y desacorde con lo que suele decirse la realidad de los hechos, pude advertir con todo que ya se le tardaba la ocasión de poder explayarse a gusto y a conciencia con toda una muchedumbre, como trasantaño con «su» público del Ateneo. Lo que se le ofreció de allí a muy poco como nunca hasta entonces.

XXIII. Los Cuatro Jinetes del Apocalipsis

Mediado septiembre empezaron los preparativos del mitin republicano de Madrid, que había de dar fe pública al Pacto concertado en San Sebastián entre los representantes de los partidos antidinásticos.

Con Alcalá Zamora y Lerroux alternarían en la Plaza de Toros, en representación de los partidos y grupos que integraban la unión, otros oradores de menos nombradía. En calidad de supervivientes *de la del 73* y en nombre de los federales, subiría a la tribuna el viejísimo Cárceles, famoso cantonal de Cartagena, y a la sazón simple vestigio de un pasado cuya ejemplaridad no se le alcanzaba a la mayoría de los asistentes.

Quienes sabían a qué atenerse en ese respecto y entre ellos alguno de los oradores que con él compartieron el estrado, como mi reciente hermano, disimulábanse a sí mismos, al considerar la poca o ninguna representación actual del federalismo histórico, la repugnancia que pudiera causarles semejante compañía por la consideración de la culpa que les cabía en grado máximo en la ruina vertiginosa de la primera República. La aceptación, explícita en el convenio de San Sebastián, del nacionalismo catalán, implicaba para lo sucesivo otras promesas semejantes a Vasconia y Galicia, que ponían miedo en los más dispuestos al sacrificio del Gobierno exclusivamente central.

Nadie —ni aun los mismos amigos fieles a mi cuñado y yo el primero, con todo y con estar seguros de que no había mejor definidor que él—, nadie acertó a creer, por mucho que lo deseara, que el acontecimiento de aquella reunión primera, *la revelación de la República* como se dijo desde luego y con mucha más evidencia un año después, fuese el Secretario del Ateneo, que mi cuñado había vuelto a ser.

«Pero, ¿quién es este hombre?», fue el rumor que la sorpresa levantó de una en otra boca hasta estallar, antes que en el aplauso y la aclamación, en la carcajada enorme con que el orador novísimo derriba-

ba de una sola frase los últimos puntos de la vacilante monarquía borbónica en su feudo español de los siglos.

Aquel hombre, de cuyo primer éxito clamoroso no podía gozar ya su promotor más decidido, el amigo Martí Jara, estúpidamente arrebatado de este mundo por el azar de una enfermedad rapidísima de que apenas si pudieron darse cuenta los pocos compañeros que compartían con él los calores del verano madrileño por los días de la reunión de San Sebastián; aquel hombre en cuyo triunfo nos complacíamos muchos ya, si bien ninguno con la violencia de mi afecto, revelábase, de buenas a primeras para el gran público que le desconocía, su intérprete acabado. Si bien empezó a hablar con voz ligeramente inadecuada, por su agudeza, a la gravedad del porte y mayor prestancia de su figura, luego había ido cobrando volumen y, ensanchándolo en el desarrollo del razonamiento, ora se ahilaba en la ironía, ora se hacía profundo en la severidad de la admonición. Aquel hombre vindicaba con su palabra de una vez y para siempre muchos años —y aun siglos— de la fatalidad histórica que parecía pesar irremediablemente sobre el pueblo español por las generaciones. Una lógica irrebatible, en que el desprecio de toda mezquindad era la prueba más segura del ánimo en abono del entusiasmo, alimentaba la fe de un auditorio multitudinario, pronto a la acción determinada.

De meses atrás venían trabajando algunos prohombres políticos por la restauración de las libertades públicas en el papel de la Constitución. El Gobierno del general Berenguer no tenía otra misión que la de ir restituyendo poco a poco los órganos del Poder a su función constitucional.

Herederos directos de la política instaurada por Cánovas y Sagasta —y alguno íntimo familiar de este último—, los antiguos titulares liberales pugnaban por establecer de nuevo la precaria legalidad constitucional vulnerada por el general Primo de Rivera con la aquiescencia del rey. El grupo de los *constitucionalistas* estaba en realidad compuesto por poco más de sus cabezas visibles, primero entre ellos Melquíades Álvarez, que tan sin resistencia había visto desde la Presidencia del Congreso de los Diputados el asalto a su representación eminente. A su lado, Villanueva, antiguo liberal sagastino, Santiago Alba, ex presidente del Congreso como sus otros dos compañeros, y Burgos Mazo, igualmente retestinado cacique, componían la cuadriga que con una sola frase acertó a desbaratar el orador que se alzaba, no más levantarse en la tribuna, con el santo y el signo de la República. «Caricatura de los

Cuatro Jinetes del Apocalipsis»[1] los llamó con sarcasmo apoyado en el leve apuntamiento de las cejas que le asemejaba un sí es no es al difunto Canalejas. La plaza entera se estremeció en unánime risotada. Era el epitafio conveniente a la política pseudoliberal de un cuarto de siglo de reinado infausto.

Ni más ni menos merecía. Era necesario, sin embargo, señalar aquel día la irreductibilidad de los republicanos frente a cuantas tentativas pudieran hacerse ya en sostenimiento de la corona tambaleante.

El compromiso con Alfonso XIII era de todo punto imposible y tan tardía la adhesión al reformismo constitucional de los antiguos colaboradores del rey, como la intención del propio jefe reformista. No quedaba más cauce político que el de la República para la revolución social ineludible. Trece años después de 1917 empezaba a cumplirse el plazo de aquella prórroga. Nueve después del desastre militar de los generales alfonsinos en tierras rifeñas de Annual, siete cumplidos desde la instauración de la dictadura castrense, se abría en la conciencia pública, ya que no todavía ante las Cortes, el proceso de las responsabilidades de aquella campaña, envuelto el rey en la culpa como principal inductor de tan irremediable catástrofe nacional. Todas las apariencias hacían prever el cambio de régimen fundamental en la gobernación del país.

No estaban, sin embargo, las cosas a punto ni mucho menos. Mi cuñado, pese a mi entusiasmo, parejo del que renovaba el de todos los republicanos, reverdecidos en la ingenua fe que mueve los montes, creía que quedaba por desollar mucho más que el rabo. Por lo pronto, los socialistas regateaban ahincadamente una adhesión sin la cual era vano cualquier intento decidido. El jefe manifiesto de Acción Republicana no recataba para conmigo los temores que en el seno del llamado «Comité Revolucionario» le hacían propugnar como ineludible la unión con la General de Trabajadores.

Creía que ni los republicanos netamente burgueses, ni los obreros organizados podían rehuir una colaboración basada en un programa de reivindicaciones sociales con una radical reforma agraria por fundamento.[2] Temía y con harta razón que los jefes obreros cerrados a la más

1. «... Es lo que hay que decir a los cuatro jefes liberales, que parecen en caricatura los cuatro jinetes del *Apocalipsis,* porque vienen precediendo el acabamiento de todo.» (Alocución del 29 de septiembre de 1930, *O.C.,* II, p. 15.)

2. Esta misma idea reaparece en 1935, y Azaña le recuerda a Indalecio Prieto la postura que aquí describe Cipriano Rivas Cherif: «No necesita usted recomendarme la necesidad de la coalición. Habla usted a un convencido. Y yo a otro.

elemental comprensión del momento, siguieran encastillados en una política sin otras miras que las de afirmar la disciplina del partido en la abstención de cualquier concomitancia realmente comprometedora con el capitalismo burgués. Y todavía el Partido Socialista podía muy bien adquirir cierto género de compromisos, puramente políticos, sin que ello implicara el arrastre de la masa de la UGT en pos de la aventura republicana. Ahora bien, por mucho que significara la adhesión, más o menos implícita, de los dirigentes del Partido, lo que importaba era contar con la Unión General de Trabajadores.

Ni su secretario Largo Caballero, ni el antiguo republicano y a la sazón socialista neto de muchos años antes, Julián Besteiro, se mostraban tan propicios a entrar en el Pacto de modo que la ejecución material de la revolución política correspondiera a sus huestes, como se habían mostrado solícitos a colaborar vergonzosamente con la Dictadura aceptando el Secretario de la Unión, a título de tal, un puesto en el Consejo de Estado.

Si yo le argüía a mi cuñado con sus propias razones de antaño, abonando la presencia de Largo entre los consejeros del general Primo de Rivera con el oportunismo político que en tiempos echaba de menos en su antiguo jefe Melquíades Álvarez, me contestaba fácilmente que la cuestión era muy otra, ya que no se podía admitir, ni aun so capa de poner un pie en la ciudadela enemiga, la aceptación de un puesto cuyo tecnicismo no disculpa nunca la inmoralidad que supone el transigir de hecho con quien nos niega los derechos elementales del ciudadano libre.

Muy otra era la colaboración que los republicanos consideraban absolutamente necesaria para la sustitución, que se anunciaba violenta, de los hombres, los métodos y los principios en la vida política de la nación. Si la República había de significar, y no podía ser otra cosa, el ordenamiento de esa revolución capital, era menester fijar concretamente los puntos de coincidencia entre los diversos partidos dispuestos

---

Recordará usted que siempre la he predicado, antes y después de disolverse las Constituyentes, y que sobre ese supuesto se hizo la ley Electoral, en la que tanto interés tenía Largo Caballero, suponía yo que expresando el sentir de su partido (...) La coalición con los socialistas, para una obra realizada desde el poder por los republicanos, es legítima, normal y deseable, y usted conoce mis puntos de vista sobre la colaboración de los socialistas en la construcción de la República.» (Carta a Indalecio Prieto del 20 de abril de 1935, *O.C.*, III, pp. 601-602.)

a la implantación del régimen republicano y no dejar al azar de la competencia los fundamentos esenciales del nuevo estado de cosas.

La Secretaría del Ateneo fue, como vengo diciendo, sede del Comité Revolucionario. Discutíanse allí, bajo la presidencia incuestionable de don Niceto Alcalá Zamora, las condiciones y extensión del Pacto pro República; pero poco se pudo traslucir de aquellas reuniones, pese a la natural curiosidad de los socios de la Casa y la propensión de los madrileños a correr las noticias, redoblado su interés por el sigilo desmentido de hora en hora. Mi cuñado, hecho al buen callar, consiguió mal que bien que no trascendiera demasiado lo que allí se trataba y aunque la policía estaba al tanto de las idas y venidas de los conjurados y públicamente seguía sus pasos, nunca se creyó en las llamadas altas esferas que de tales conversaciones y cabildeos fuera a resultar, ni mucho menos, el destronamiento de Alfonso XIII y la proclamación de la República.

Se acordó desde luego que el Gobierno Provisional que en un día se hiciera cargo del Poder estableciera por decreto, que habían de refrendar las Cortes Constituyentes más adelante, las leyes primarias concernientes a los derechos individuales; la separación de la Iglesia y el Estado; el sometimiento del Ejército a normas de rigurosa disciplina y obediencia propiamente civil en el cumplimiento de la función estricta como tal brazo armado de la nación; la reforma agraria; la de la enseñanza en todos los órdenes; un cierto estatuto del Trabajo en fin, que señalara el mínimo de las concesiones a la clase obrera, sobre que establecer paulatinamente las reivindicaciones sociales en un máximum compatible con el régimen económico de la sociedad europea y el mundo en general.

Más ardua la cuestión de las autonomías regionales, mi cuñado, propulsor decidido de la de Cataluña, no consideraba pertinente la misma concesión por igual a todas las regiones españolas, sino en principio y ateniéndose a lo que las circunstancias aconsejaran en cada caso; sobre que no se trataba tampoco de incluir en las leyes preconstitucionales, y como tales ineludibles por decreto gubernamental, la de la autonomía catalana y sí solo de anunciar el compromiso contraído por los firmantes de aquellos acuerdos previos de presentar a las Cortes esa ley autonómica extensible según y cómo a otros casos particulares. Por lo demás la presencia en el Comité Revolucionario del catalán Nicolau d'Olwer hablaba mejor de cuanto pudiera hacerlo cualquier declaración prematura. Obtenida la presencia de los socialistas con la

de Indalecio Prieto a más de Fernando de los Ríos, la cuestión económica se complicaba un tanto por lo que hacía a la posibilidad o no de conceder a los vascos la misma o parecida libertad administrativa y política que a los catalanes. La opinión de Prieto, contraria en un todo, compartíala el propio Secretario del Ateneo. No era la misma pretensión, pese a su similitud aparente, en Cataluña que en Vasconia.[3] Significaba lo opuesto precisamente, ya que las libertades catalanas coincidían con la aspiración de su logro con los fines inherentes a la República Española, mientras que los supuestos de la reivindicación vasca contradecían aquéllos en sus principios esenciales. Los nacionalistas catalanes, hablando claro y pronto, eran de *izquierda*; netamente reaccionarios en todos los órdenes los vascos. No había paridad. Socialistas y republicanos en Vizcaya y Guipúzcoa eran declarados enemigos del nacionalismo.

Fuese concretando asimismo en el seno del Comité Revolucionario la colaboración de los militares contrarios al favoritismo alfonsino y decididos partidarios de la República. Desde entonces eché de ver la poca estimación que mi cuñado sentía por el alborotado comandante Ramón Franco, cuyos vuelos a través del Atlántico, teatralmente explotados por su avidez familiar del relumbrón, le habían hecho exagerada y nocivamente famoso. Poco supe aún de sus labios acerca del capitán Galán.

Obtenida al cabo mal que bien, y merced en muchísima parte a los esfuerzos de Prieto, la aquiescencia de los socialistas respaldados por la UGT, el intento revolucionario por la obtención del Poder íntegro para un gobierno provisional republicano y cuando ya se precisaban las circunstancias de la colaboración de cada cual, vino a tratarse concretamente del papel correspondiente a los militares insurrectos en el momento de declararse la huelga general revolucionaria, a que no se prestaba tan declarada y unánimemente como la UGT la Confederación Nacional del Trabajo de los anarco-sindicalistas. Llegado que se hubo a fijar estrictamente las condiciones en que, a favor de una

3. Compárese con las propias palabras de Azaña escritas en 1939: «Aunque muy poderoso electoralmente en su país, el peso relativo del nacionalismo vasco en la política general de España era mucho menor que el del catalán. El nacionalismo vasco, sin excepción apreciable, forma un partido de extrema derecha, de confesión católica. La creencia religiosa se mantiene robusta en aquellas provincias. El problema lingüístico es también distinto...» (Del artículo «La insurrección libertaria y el "eje" Barcelona-Bilbao», *O.C.*, III, p. 516.)

madrugada, se daría el asalto al gobierno, parece ser que uno de los militares presentes aquella tarde en el Ateneo, joven impetuoso y de arrestos, a creer sus primeras palabras, se pronunció por la necesidad no ya de detener a todos los ministros del general Berenguer, con su Presidente a la cabeza, sino de asesinarlos en sus domicilios. El futuro ministro de la Guerra se reía contándome, transcurrido el tiempo, los aspavientos de don Niceto. Él no se había escandalizado tanto. Fingiendo su aquiescencia al proyecto, se limitó a preguntar al proponente si él estaba dispuesto a encargarse de parte importante de misión tan concluyente; y de qué ministro por modo señalado. A lo cual le respondió el aludido: «Eso no es cometido de oficial». No se habló más de ello. Creo que fue en noviembre ya cuando Lerroux —que no ocultaba su descontento por habérsele discernido el Ministerio de Estado en el Gobierno provisional, donde, naturalmente, no vislumbraba el mismo campo de operaciones que en el de la Gobernación o en el de Hacienda—, sorprendió un día al Comité con la noticia de haberle visitado el Nuncio, Monseñor Tedeschini, dándose desde luego por enterado del *complot* político que amenazaba, apenas ya sin velo alguno, a la monarquía secular y mejor avisado por propios y extraños que los mismos gobernantes españoles, para preguntar sin ambages al jefe republicano sin, dado caso que la República se implantase en España, la Iglesia podría estar a salvo de una persecución declarada. El propulsor de los incendios de conventos en la Barcelona de 1909 comunicó al Comité la respuesta que se había permitido dar al Nuncio, en funciones prematuras de su Ministerio diplomático, conforme al acuerdo que era ya firme en esa cuestión primordial: el representante de Su Santidad en Madrid podía estar seguro de que las intenciones del futuro Gobierno Provisional de la República no eran otras que las de proclamar —*ipso facto* y sin más consecuencias de momento— la separación de la Iglesia y del Estado español republicano.

No obstante estas muestras del convencimiento general de un cambio de régimen relativamente fácil y sin gran resistencia de los detentadores del Poder a la sazón, el Comité Revolucionario se aprestaba a una activa interinidad dictatorial de seis meses cuando menos, una vez que instaurada la República por el alzamiento militar en Madrid y en las principales guarniciones, con el concurso máximo de la huelga general, se pudiera encauzar el funcionamiento normal de los órganos del Gobierno y aprestarse a las elecciones generales para Cortes Constituyentes.

Íbamos él y yo hacia nuestro barrio a la caída de la tarde, una de las primeras de diciembre, cuando me dijo inopinadamente, más regocijado, contra su costumbre, que asustado por las consecuencias de una previsión azarosa:

—¡Quién sabe cómo estará esta calle de Alcalá dentro de una semana! —Ante mi extrañeza y mi curiosidad, asintió, afirmando las manos en los bolsillos del gabán, levantada la cabeza de suyo un tanto rígida sobre los hombros:

—Sí, el viernes que viene. No sé, no sé...

No hubo manera de que fuera más explícito conmigo. Pero yo me abandoné a las más arrebatadas ilusiones. No creí, sin embargo, tan próxima la justicia del rápido encumbramiento de mi hermano político. Tampoco, a buen seguro, los cuatro paródicos Jinetes del discurso de aquel advenedizo en la Plaza de Toros consideraron tan inminente el apocalíptico derrumbamiento del vano mundo en que vivían.

XXIV. En el Calderón nos encontramos

El 12 de diciembre estábamos invitados mi mujer y yo a comer por la noche en casa del Primer Secretario de la Embajada norteamericana. Cuando me vestía ya, recibí un aviso telefónico de mi cuñado diciéndome que no dejara de pasar por el Ateneo antes de la comida porque necesitaba hablar conmigo urgentemente.

Mi mujer se quedó esperándome a la puerta en el taxi que nos llevaba. Entré derecho a la Secretaría. Mi cuñado me espetó la noticia que sabía de muy poco antes y que el gobierno se había cuidado muy bien de no hacer pública aún: El capitán Galán, empeñado como estaba en la sublevación prevista, y retrasada por acuerdo del Comité, se había levantado aquella mañana con la guarnición de Jaca. Todo se había perdido. No me dio tiempo a que yo opusiera la menor probabilidad de que no fuese así. Años he tardado en saber, aunque no comprobar, que Galán no recibió la noticia del retraso. Era menester procurar eludir con rapidez las consecuencias inmediatas del fracaso inevitable, dado que estando todo dispuesto para unos días después, la confusión que el alzamiento prematuro ocasionara rompería la conexión necesaria. Por lo pronto, las autoridades se aprestaban a detener gente comprometida. Seguramente aquella misma noche los dirigentes del movimiento, a quienes la policía seguía tan

de cerca, serían presos si no acertaban a escapar. Él tenía tomadas localidades para presenciar, en el Calderón, la presentación de una compañía de ópera rusa.

Pensaba asistir de todos modos; pero no volver a dormir a su casa. Quería, pues, que yo acudiese al teatro a tiempo de recoger a mi hermana y acompañarla a la salida, mientras él trataba de escabullirse. Tampoco era cosa de alarmar demasiado a su mujer, renunciando a la función. Con todo, se sabía también que la policía iba a proceder a las detenciones en cuestión durante la madrugada próxima, cuando todo el mundo estuviese en su domicilio y no antes. Convenía, por lo tanto, que sus guardianes de vista, tan solícitos siempre en pos de sus pasos, no lo creyeran advertido ni suspicaz por ello.

Era la primera vez que yo asistía a casa del Secretario norteamericano. Su mujer, rica y un tanto estrafalaria, había obtenido de la mía, por amistades comunes, que le diera lección de español y, lo que es más, le ayudara en escribir una Historia de España, mejor dicho, que escribiera ella lo que la otra se proponía firmar, a juzgar por la calidad de la colaboración que le exigía. Tenía con su marido cierto interés en conocerme, cosa que yo rehuí en dos o tres ocasiones por mi poca práctica del inglés y el escaso interés que, por lo que mi mujer me decía, me inspiraba el matrimonio.

Tardamos en sentarnos a la mesa lo que en rectificar el mayordomo los puestos dimitidos por los comensales asustadizos que a última hora seguían augurando en sus excusas por teléfono la inminencia de una noche azarosa que autorizaba todas las previsiones del temor y el retraimiento de la circulación por las calles. Durante la comida, el dueño de la casa se levantó dos o tres veces a recibir noticias que le transmitían sus informadores. A medida que la velada avanzaba se confirmaba la opinión de cuantos allí estábamos —pues que forzado me veía más que a disimular la mía, el disgusto angustioso que me producía la evidencia del fracaso—, todos conformes en que no podía tener importancia alguna la insurrección militar de Jaca, dominada como había sido ya, a cuanto aseguraban las noticias oficiales que se iban sucediendo. La señora especialmente insistía en la imposibilidad a su entender de que en España pudiera haber otro gobierno que no fuese conservador de la monarquía de Alfonso XIII.

Ausente de la reunión, pese a mi presencia en cuerpo, no conseguía yo hilar una conversación seguida, preocupadísimo con la obligación que me había impuesto de ir al teatro a recoger a mi hermana.

Luego de breve sobremesa pedimos autorización para retirarnos, lo que hicimos al cabo no sin cierto trabajo. Dejé a mi mujer en casa y seguí al Calderón en el mismo coche. «En el Calderón nos encontraremos» era la frase burlesca con que nos reíamos del pequeño maestro Benedito, atribuyéndosela de años atrás cuando, con ocasión de su primera salida como director de orquesta en un concierto especial del Ateneo, se le desmandaban los profesores a sus órdenes, y sólo en los calderones, en efecto, hallaban lugar fácil al nuevo encuentro armónico. Según corría el coche a la calle de Atocha, una voz interior me repetía con obstinación irónicamente desacorde con las circunstancias: «En el Calderón nos encontraremos», refiriendo el equívoco a las que tan apretadamente me llevaban en busca de una solución dilatoria, cuando menos, del apuro en que el conspirador se veía.

Al llegar a la taquilla, como era de suponer, no había billetes. Pedí una entrada de palco y subí al primer anfiteatro. Por doquier se advertían las precauciones que habían tomado las autoridades por la presencia en el espectáculo de la reina y las infantas, que presidían desde un proscenio el lucido concurso de espectadores en alarde de descuido elegante. Pronto descubrí a mi hermana con su marido en la segunda fila. En el entreacto, salió él conmigo al pasillo, en tanto mi hermana comentaba con unos amigos con quienes había coincidido, la belleza de la reina Victoria, de quien era tan admiradora que su marido se burlaba de ella, recordando de esa y otras noches de teatro las ponderaciones que hacía de un collar de aguas marinas «del mismo color de sus ojos» que la soberana gustaba ostentar.

No bien encendió un cigarro, en lo alto de la escalera que descendía al *foyer,* le rodearon unos cuantos amigos. Se escandalizaban demasiado de la tranquilidad que mi cuñado afectaba. Y los «¿Qué hace usted aquí?», «¿No sabe usted que hay orden de detención de los republicanos significados?», «Es una imprudencia», «¿No ve usted que no le quitan ojo aquellos policías de la secreta?» acabaron por irritar su paciencia, que era mucha más que su fama de impaciente.

Nos llegaban noticias de las que corrían por el teatro. Se comentaba la conversación que en el patio de butacas sostenían un momento antes el doctor Marañón y el abogado Leopoldo Matos, ministro hasta hacía poco con el general Berenguer, todavía Presidente a la sazón. Al decir de los comentaristas, uno y otro aseguraban que el movimiento desatado por Galán era una locura, y no escatimaban sus sarcasmos para los republicanos.

Ocurrióseme entonces, en la necesidad de mi cuñado de rehuir la salida con el tropel del público, invitarle a bajar al escenario:

—Slaviansky —le dije— me ha preguntado por ti. Me ha dicho en el entreacto anterior que si no pensabas ir a verle.

Se me quedó mirando, sin acabar de entender mi intención. Slaviansky era el director de orquesta de la ópera rusa que estábamos viendo y no le conocíamos hasta entonces ni de nombre. Insistí:

—Dice que si ya no te acuerdas de nuestra camaradería en París.

Comprendió entonces que quería justificar, ante los importunos que nos rodeaban, la evasión del corro. Como le vi dispuesto a seguirme sin más le insinué que tomara el abrigo que en la butaca había dejado, no fuese a enfriarse en las corrientes de entre bastidores. Comprendió ya y descendimos rápidamente a los sótanos donde están los cuartos de los artistas. A nadie de las gentes que por allí pululaban podía chocarle en todo caso el verme como en busca de algún conocido a quien saludar efectivamente. Llegando a una puertecilla excusada por donde solían entrar el material de escena, le puse en la calle que baja a la Plaza del Progreso. Regresé a la sala y me senté en su butaca junto a mi hermana, a tiempo que de nuevo se hacía oscuro para empezar el último acto.

Cuando terminó la función, los amigos solícitos a nuestra espalda, se ofrecieron a acompañar a mi hermana, dándome a entender que habían advertido la inopinada ausencia de su marido. Nuestro objeto se cumplió plenamente por lo demás; al salir del teatro, una vez que la reina y las infantas lo hicieron más ostentosamente aplaudidas que otras veces por el público pseudoaristócrata de palcos y butacas, vimos cómo los agentes de policía se despistaban al notar que el pájaro había volado.

No supe por aquellos días dónde se hallaba concretamente. Después sí me fue contando, si no muchos detalles, porque tampoco era cosa de señalar demasiado a cuantos le prestaron ayuda, sus azarosas andanzas de la ceca a la meca.

Pasó la noche cerca de su propia casa, en la del amigo mexicano Martín Luis Guzmán en la calle de Velázquez, que se la había ofrecido siempre reiteradamente. A la mañana siguiente, le reiteró el ofrecimiento de la Legación de México, previo consentimiento afectuoso del doctor González Martínez, el poeta y ministro de su país a la sazón, con quien nos unía asimismo cordial amistad. Pero el fugitivo, estimando prudentemente que no debía permanecer allí, tampoco se creía

autorizado a abusar de la confianza del diplomático. Se trasladó, pues, a casa de otro contertulio nuestro del Regina. Lo hizo muy oportunamente: a las pocas horas de haber dejado a Martín Luis Guzmán, registraba la policía su piso.

Una tarde, de allí a poco, llegó no sé quién al Regina preguntando por Álvarez del Vayo, el cual, encargado de avisar a Largo Caballero lo que había de hacer al día siguiente, fecha señalada para el levantamiento republicano, se había escondido prematuramente, eludiendo la persecución policíaca. Largo Caballero, según supe allí mismo con poco secreto, estaba designado, en unión de mi cuñado, para esperar en el Hotel Florida el paso de las tropas del Cuartel de la Montaña, luego de sublevadas de mañana, y uniéndose a ellas en la calle de Preciados continuar su camino al asalto material del Poder por la toma del Ministerio de la Gobernación. Como al propio tiempo se preveía la ocupación de Correos y Telégrafos, se daba por segura la rendición inmediata del Gobierno, por lo mismo que fracasado el inoportuno intento de Jaca no habían de sospechar una insistencia tan pronta. Ahora bien, los dueños del Hotel Florida, republicanos convencidos, avisaban de la inconveniencia del plan propuesto, toda vez que la policía se había presentado a hacer un registro que, demostrando su acertada suspicacia en aquella ocasión, invalidaba el proyecto en un extremo a la verdad no decisivo ni mucho menos. Me ofrecí a ver inmediatamente a Largo en su Secretaría de la Casa del Pueblo. Como no nos conocíamos, dudó un poco cuando le fui con semejante embajada. Y a tiempo que comuniqué igualmente a mi cuñado la improcedencia del plan dispuesto, lo que ya le acababan de decir también, quedé con Largo Caballero, que desahuciado del Florida no tenía preparado dónde meterse, en procurarle refugio circunstancial, de allí a una hora. Me lo llevé por lo pronto al Teatro Español, donde no sin que lo echaran de ver los tramoyistas que de sobra conocían a su Secretario de la UGT, disimuló su breve estancia, primero en mi despacho y luego, porque no se aburriera solo, al fondo de un palco, presenciando la representación de la tarde.

Recuerdo que hacíamos *La Calle,* traducción de una interesante pieza teatral norteamericana de Elmer Rice. A Largo Caballero le interesó tanto la obra en cuestión que muchas veces me recordó después lo indignado que le dejó para siempre el no haber podido ver el desenlace. No había empezado aún el tercer acto cuando un recado de Miguel Maura me llamó urgentemente al Ateneo. Luego de tantos

escondrijos y disimulos, el Comité Revolucionario se reunía sin más precauciones que de costumbre. Mi cuñado tomaba de ello motivo una vez más para hacerme ver la inconsecuencia de sus compañeros, harto ligero Maura y no mucho más discretos la mayor parte de los otros para nada que requiriese cierta prudencia. Claro que todo ello demostraba, por otra parte, la imposibilidad en que se veía ya el Gobierno para atajar por la previsión lo que no dominaría por la violencia. Tan desmoralizadas estaban las autoridades responsables del orden establecido.

Al día siguiente por la mañana, voló en efecto sobre Madrid el comandante Ramón Franco, poco antes escapado de Prisiones Militares donde estaba recluido. Pero contrariamente al ataque que se preveía por su parte contribuyendo al alzamiento de la guarnición de Madrid, en vez de arrojar bombas sobre el Palacio Real se limitó a lanzar octavillas tranquilizando a la población e instando al Gobierno a rendirse. La sublevación, por lo demás, no se produjo y al faltar la insurrección militar, no se declaró la huelga general, que a ojos del vulgo había de constituir el arma principal del triunfo.

En vano me aseguraba Largo, cuando acudí a su llamamiento al laboratorio clínico de la calle de Claudio Coello, a que desde la reunión del Ateneo de la tarde antes le había llevado el propietario de aquel, consocio nuestro de la Docta Casa y amigo particular de Martí Jara y otros promotores de la acción republicana; en vano me afirmaba el Secretario de la UGT que a tales horas del mediodía ya tenía que estar totalmente interrumpido el servicio de tranvías y comenzado el paro en la Construcción. Sólo pude decirle, por el contrario, que, a salvo mi cuñado y Lerroux, estaban detenidos desde por la mañana don Niceto Alcalá Zamora y Miguel Maura. Le puse en comunicación con el hijo de Ossorio y Gallardo, que encargado de no sé qué misión especial entre los conjurados, veía derrumbarse por defecto de quien fuera —tampoco era ocasión de dilucidarlo— el artificio del golpe de Estado. Mi cuñado y Lerroux fueron, en efecto, los únicos que no cayeron en manos de la policía gubernamental.

Largo Caballero se entregó no sé por qué consideraciones de partido y antes o después que él y con él pasaron a la cárcel los componentes del Comité Revolucionario que se hallaba en Madrid. Mi cuñado consideró que tampoco debía seguir en casa del segundo amigo [1]

1. Don Sindulfo de la Fuente.

que con él le tenía, y aceptando una de las propuestas que le hizo Fernando Salvador se prestó a trasladarse al hotelito particular que la hermana[2] de un catedrático profesor de la Institución Libre de Enseñanza y compañero mío que había sido de Universidad, tenía en una de las nuevas colonias por las alturas del Hipódromo.

Oírle contar después su Nochebuena en tan amable, pero dispara-tada compañía, era cosa de risa. Celosos guardadores del secreto de su huésped, la dueña de la casa y su hermano, ni a su propia madre le habían dicho de quién se trataba y como le presentaran en fingida condición de catedrático de Valladolid, en trance de vacaciones de Navidad, fue de ver la escena ridícula a que dio lugar la superchería, al encontrarse, entre los convidados a la comida pascual con un ateneísta a quien, naturalmente, por mucho que le dijeran, le costaba trabajo creer en el extraordinario parecido del supuesto vallisoletano con el Secretario del Ateneo. Había de estarse lo más del día recluido en su habitación; de suerte que al visitarle escondidamente su mujer, se lo encontró, tan aburrido y aun desesperado por el forzoso aislamiento, en sólo dos días que en él llevaba, que no le opuso el menor reparo a que se escondiera, más seguramente que en parte alguna, por lo mismo que nadie había de sospecharle allí, en casa de nuestro padre en la calle de Columela.[3] Era la mejor manera de que el matrimonio siguiera haciendo vida en común, no obstante mi hermana continuara viviendo en su piso de la calle de Hermosilla. A nadie podía extrañar que pasase lo más del día, por no verse sola en ausencia de su marido, en la casa paterna. Había en ella una criada, hecha a los azares de la conspiración, por su anterior servicio en casa de Giral. Es la Juana, que tal su nombre, mujer discreta hasta la abnegación y no había miedo que ella, ni Enriqueta la cocinera, dijesen a nadie palabra del nuevo familiar. Penetró éste una noche en la casa, sin dejarse ver ni aun del sereno y en ella estuvo tres meses sin salir apenas de las dos habitaciones en que, por haber muerto mi madre en la alcoba, seguían como de respeto, sin ocuparlas mi padre luego de viudo. De suerte que los parientes y amigos que frecuentaban a mi familia no se extrañaban poco ni mucho de que estuvieran siempre cerradas. Únicamente mi pequeño José Ramón que ya balbucía algunas palabras y con quien se entretenía su tío muy largos ratos tan infantilmente como el

2. La señora Jacinta Landa.
3. Don Mateo de Rivas Cuadrillero.

chico, estuvo a punto más de una vez de descubrir el escondite y al escondido; porque siempre al pasar por delante de la puerta, la señalaba con ahínco queriendo entrar.

Fracasado el intento republicano, el espíritu público, lejos de amilanarse con el fusilamiento, por demás impolítico, de Galán y García Hernández, cobró nuevos bríos. Y como coincidiera con la fiesta de Navidad la representación en el Español del *Gran Teatro del Mundo* de Calderón cuya significación religiosa poco o nada tenía que ver con las apetencias populares de la hora, nuevamente se dio en el teatro municipal que yo dirigía el espectáculo de un público que, contrariamente al designo del propio autor, catolicísimo y monárquico del gran siglo, aplaudía los versos irreverentes en boca del rústico al ver que la muerte se lleva a su soberano y señor natural.

Tenga yo llena mi troj,
que con buen año y sin rey
lo pasaremos mejor.

Se le ocurrió entonces a mi cuñado, persuadido de que nada mejor podía hacer que estarse quieto en casa, la conveniencia de dar por hecho que había huido al extranjero. Escribí yo, pues, a Carlos Esplá que estaba en París desde que allí fue como secretario de Blasco Ibáñez, para que a su vez escribiera una carta dando cuenta de la supuesta llegada del Secretario del Ateneo. Estaba previamente destinada al celo de la censura oficial que, en efecto, dio luego cuenta de ella al Ministro de la Gobernación. El general Marzo, titular de la cartera, no dejó de traslucir confidencialmente, con cierta satisfacción por el buen funcionamiento de los Servicios de la Dirección General de Seguridad, la noticia que confirmaba a su entender el desbaratamiento del complot republicano. Por otra parte, hice correr entre los más amigos y personas de la familia incluso, que mi cuñado, al amparo de un maquinista del Norte, que se lo había llevado a Burgos consigo, y de Burgos había pasado a Francia no sé cómo, se encontraba a la sazón en Pau, a salvo del acecho policíaco.

Le parecía una actitud harto más cómoda y evasiva que la suya y la de Lerroux, la de sus compañeros del Comité Revolucionario que, imitando la conducta de don Niceto, se habían dejado prender, cuando no se entregaban después como Largo Caballero por solidaridad con los demás comprometidos. Seguía pareciéndole que la organización del

movimiento, descabalada por su precipitación, había sufrido un retroceso incalculable.

Como se aburría en su encierro, se dio a escribir la novela que dos años atrás le inspiraba la simple sugestión de un título caprichoso: *Fresdeval*.

1931

XXV. El primer capítulo

Habría transcurrido como cosa de un mes cuando quiso leerme lo que llevaba hecho de *Fresdeval*: el primer capítulo de la novela.[1] Había imaginado una escena, revivida en parte de sus más lejanos recuerdos de infancia y en parte de relatos y referencias de cuando en su casa de Alcalá hacían jabón sus abuelos.

Como viera luego mi interés, parejo si no superior al de otras veces en que me leía algo, me contó el punto en que se hallaba de su invención, sin definir todavía en los límites precisos de su idea. Comenzada la trama de la novela a mediados del siglo XIX, proponíase una manera en que al realismo pictórico de la composición no correspondiese necesariamente la ordenada cronología del relato. Tres generaciones, cuando menos, de una misma familia, centradas en la propiedad del desamortizado Monasterio de *Fresdeval,* de que la novela toma nombre, habían de alternar, más que sucederse, en la diligencia del novelista por llamar la atención curiosa del lector, a compás de su imaginación discursiva, por los caminos, vericuetos, sendas y trochas del sentimiento, a las cimas de la pasión y los remansos de la nostalgia.

Íbame leyendo, regodeándose sin remilgos en lo escrito, el autor de la incipiente *Fresdeval* e iba yo descubriendo, a primera vista, aquí y allá, en los rasgos característicos de un personaje, en los trazos de un paisaje, en las líneas de un edificio o en las incidencias del suceso inventado, los elementos que la imaginación del escritor compone, extrayéndolos del modelo vivo y natural, atribuyéndoles una existencia independiente, una propiedad exclusiva, una condición personalísima,

1. Incluida en *O.C.*, I, pp. 827-913.

una geografía peculiar. Y ya era el reconocimiento de una fisonomía amiga y casi familiar en el retrato del segundo Budia, con que aparece ante el lector uno de los primeros personajes de la ficción novelesca; ya el bandido, trasunto en cierto modo del Batanero real a quien se alude luego; ya el Bastardo de Anguís, en quien se declara paladina la simpatía creadora y hasta cierto punto autobiográfica del novelista desde el primer momento, encuadrados, en el mundillo a su alrededor, en una vivísima estampa de postguerra carlista, abriendo una perspectiva tan dilatada como sólo los grandes ejemplos de Tolstoi y Dostoyewski han descubierto en el panorama de la novela moderna.

Seguramente que muy pocos correligionarios políticos, entre los más entusiastas del orador revelado a la gran masa en el mitin de la Plaza de Toros de Madrid, acertarían a comprender entonces la disposición, predominantemente poética con que el ministro de la Guerra en un futuro que él mismo no sabía tan inminente, se preparaba a la acción más eficaz de cuantas afrontó al arribar al poder el Comité Revolucionario de la República. Para él y para mí esa predisposición poética, esa tensión creadora es lo que constituye el mayor precio de la sensibilidad humana en que se han de forjar las acciones valederas del hombre, por comunicativas a aquella parte de la humanidad coincidente por el genio de la lengua en la virtud popular de una nación y por ella trascendente a los demás pueblos en el concierto civil del mundo.

Nuestro amigo Amós se presentó un día a buscarme a casa de mi padre, donde le habían dicho que me hallaba casualmente. Necesitaba hablar con nuestro hombre. Más que nadie de los pocos que sabíamos su fácil refugio, procuraba yo eludir la curiosidad de su paradero. Le negué saber dónde estaba. Tampoco me era difícil convencerle de que era así, dada la poca confianza que otros que mi cuñado ponían en mi discreción. Pero Amós me hablaba con tan acuciada premura de la necesidad política que le llevaba en su busca, que el mayormente implicado no supo resistir a tanta insistencia y, oyéndole como le oía pared por medio del despacho de la casa, abrió sin más la puerta que le separaba del gabinete donde vivía recluido y se presentó a los atónitos ojos de nuestro Mecenas literario. Le tomó un gran susto por la que estimaba imprudentísima confianza en semejante escondite. A su juicio ni un día más debía permanecer allí, donde, a merced de cualquier indiscreción, involuntaria incluso y no se diga del insospechado acecho del enemigo, podía ser descubierto con daño para todos.

Amós ofreció la mejor solución: tenía desalquilado un piso contiguo a su oficina de la calle de Tetuán, sobre su misma vivienda familiar y al cual, asistido por alguna persona de confianza, podía trasladarse inmediatamente.

Ahora que, estando el piso vacío y habiendo de habitarlo con algunos muebles, el portero en primer término y los vecinos curiosos, incluso de su misma familia, se extrañarían seguramente de la rara condición del extraño ocupante y el servicio que le acompañara, cuyas dificultades para guardar el secreto serían tanto mayores cuanto más fuera su apartamiento de todo trato, con lo que suscitaría las sospechas que se trataba de evitar. Fuese, pues, a casa de nuestro amigo y contertulio del Regina y el Henar, Sindulfo de la Fuente, que con su mujer, polaca avecindada en Madrid desde la guerra de 1914, le recibió alborozado y contento de poderle servir. Solamente mi hermana supo el nuevo refugio de su marido, con quien podía comunicarse por teléfono o mediante su encubridor.

Una noche de sábado, de los que seguíamos frecuentando la tertulia de Ricardo Baroja, recibimos los asistentes asiduos particular aviso para que no faltásemos de ningún modo. Cuando llegamos nos encontramos ya con mi cuñado y desde luego di por hecho que allí era donde estaba oculto. Ni lo pregunté. Comentamos risueños las incidencias de los menudos acontecimientos que nos entretenían en el hervor de una esperanza, que cada vez se concretaba con más probabilidades de logro.

A medianoche, como de costumbre, nos despedimos y saliendo a la calle todos, eché de ver luego que me había equivocado una vez más de medio a medio respecto al lugar donde pensé que podía estar mi cuñado. Sindulfo tomó el tranvía con quienes todavía continuábamos la tertulia enlazándola con la diaria del Ateneo y el conspirador, embozándose en su capa con misteriosa sorna, tomó el camino contrario hacia la calle de la Princesa. Aunque intrigado ya, me mantuve diginamente sin hacer con propios ni extraños el menor comentario a tal respecto. Volvióse luego a casa de mi padre. Entrado marzo y acuciado por el prurito de reintegrarse a su casa; decaído al parecer el empeño de la policía, toda vez que prejuzgados por la opinión pública los inculpados del Comité Revolucionario y sancionada la lenidad de su delito por el fallo absolutorio del Tribunal, poco o nada tenían que temer los demás, fuese mi cuñado a su casa con su mujer y se dio de lleno, recluido en ella, a la consecución de la novela que tanto le dis-

traía el ánimo de empeños más inconsistentes, con embargárselo por entero en el gustoso esfuerzo de escribirla.

Mi mujer me dio por aquellos días un segundo hijo, que él apadrinó con el nombre de Enrique Manuel. En razón de su disimulado encierro, no le tuvo en la pila del bautismo.

Un buen día me llamó por teléfono Miguel Maura, a quien yo no conocía personalmente. Quería saber de mi hermano político, con quien había de hablar tan necesaria y urgentemente como Amós días antes, aunque desde luego eché de ver que con harto más motivo. También, como a nuestro amigo, le aseguré que no sabía su paradero y tampoco me creyó. Para el domingo 12 de abril, estaban convocadas elecciones municipales a concejales en toda España. El gobierno, también interino a todas luces, del almirante Aznar había sustituido de poco tiempo atrás al que, presidido por el general Berenguer, se había llevado por delante por lo pronto el heroico capitán Galán y su desventurado compañero García Hernández.

Miguel Maura era sobremanera simpático y atractivo a primera vista. Mi cuñado estimaba mucho el desenfado gracioso con que se había desentendido de un pasado político abrumador en el seno de su propia familia; pero desconfiaba de la consistencia de aquel optimismo contagioso con que ganaba los ánimos fáciles, como el mío, a toda sugestión arriesgada.

Oyéndole hablar tan seguramente no se podía por menos de creerle, sin pararse a considerar la validez de las pocas razones que aducía en abono de su seguridad. Mi cuñado, tan exageradamente precavido contra los desengaños de la fortuna aparente, se llevaba las manos a la cabeza, por decirlo así, aunque mejor fuera decir, para mayor exactitud, que las agitaba en el aire, a tiempo que por dar a entender más claramente su ajenamiento del dislate, se paseaba brevemente de un lado a otro de su despacho, cuando me oyó referirle lo más exactamente que pude:

—Dice Miguel que quiere verte en seguida: que el tiempo urge; que el 12 son las elecciones y el lunes 13 se va el rey y es menester, por lo tanto, que os reunáis y esté todo dispuesto para el caso.

—¿Pero tú ves? —me contestó—. Así es Miguel. Un fuguillas. ¡Qué disparate! ¡Y lo dice como lo cree! Además, estoy seguro, se lo dirá a todo el mundo. ¡Conque el rey se va al día siguiente de las elecciones!... Sin más ni más. En primer lugar, las elecciones, que estos gobiernos de generales y de paisanos tontos han convertido en puramente

políticas y por el fusilamiento de Galán y García Hernández en acto de acusación a la monarquía, se ganan, claro, en Madrid, en Barcelona, en Valencia, en Sevilla, en Bilbao; pon que en todas las grandes capitales. Pero quedan los pueblos en que el Secretario del Ayuntamiento sigue siéndolo todo. Y en los pueblos en general las elecciones las pierden los republicanos. Como nos veremos obligados a producir malamente la insurrección porque no contamos ya con la sorpresa que hubiera sido en diciembre nuestra arma principal, a no haberse levantado antes de tiempo los de Jaca, al gobierno, cualquiera que sea, le costará muy poco el sentarnos la mano para mucho tiempo. Porque ten en cuenta que, eso sí, el rey sabe lo que le va en ello y se defenderá con los más de los militares a su alrededor. Y un asalto a Palacio no se hace así como así como creen algunos. Para defenderse en ese último extremo le bastaría contra nosotros con los alabarderos, y cuenta con bastante más que con los alabarderos. En fin...

Accedió a ver a Maura en casa de mi padre, mejor que en la suya propia, en la seguridad, como así fue, de que Miguel, por defenderle incluso de quienes considerasen excesivamente prudente y circunspecta la conducta personal que se había trazado, saldría contando a unos y otros que el futuro ministro de la Guerra estaba en Madrid y actuando, como era su deber, en la preparación de los acontecimientos próximos.

—Me ha dicho lo que a ti —me dijo luego— y pocas cosas más, que a él le bastan para dar por hecho la abdicación del rey. No olvides que Miguel es un señorito, que se paga de los mismos chismes y cuentos con que se ha hecho siempre aquí la política, de los corrillos del Congreso, las redacciones de los periódicos y la mesa de café, a la antecámara de Palacio. Miguelito sabe o cree saber que está sacando no sé qué tapices bien embalados para el extranjero. Las novelerías de siempre. Así no se va a ninguna parte.

Yo no encontraba razones que oponer al anticipado desengaño de mi cuñado que, no obstante, estaba conforme con ponerse de acuerdo con los demás del Comité y obrar en consecuencia; pero me sentía llevado de la misma corazonada a cuyo ritmo latía anhelante el ánimo de España entera. Después de todo, más me atraía el arrebato de Maura que la cautelosa conducta de amigos que se decían tan partidarios de mi cuñado en Acción Republicana.

De Maura, además, me había contado mi cuñado, poco después del pacto de San Sebastián y con ocasión de un viaje azarosísimo que,

en automóvil y conducido vertiginosamente por él, hubo de hacer a Madrid, cierta sugestión, a mi entender con vista y oportunidad política, sobre la conveniencia de atraer a la conspiración republicana, interesándole de firme, al famoso millonario March. A punto estuvo, creo, de proponerle la conversación al azar de un encuentro en el restaurante donde comía el contrabandista celebérrimo coincidiendo en otra mesa con algunos conspicuos del Comité. Se desechó desde luego, por la tacha de inmoralidad que semejante contubernio arrojaría sobre la República, siempre *Niña* en tierras españolas, como fue motejada de sus propios y enternecidos padres en 1873. Después de proclamada la República oí referir, me parece que al mismo Fernando de los Ríos, que hallándose con Maura en un mitin en Toledo, si mal no recuerdo, y en vísperas ya de las elecciones, tuvo que tirarle materialmente de la chaqueta, porque embalado en el entusiasmo del auditorio, se prometió con él de allí a dos días la defección de Alfonso XIII, ante el resultado electoral que tan inequívocamente había de manifestar la voluntad del país. De los Ríos creía también que Miguel exageraba.

XXVI. 14 de abril y martes

El domingo 12 salí de Cádiz por la mañana para Madrid, de regreso de una breve excursión artística. El camino hasta la capital me fue ofreciendo el espectáculo del entusiasmo popular, a medida que avanzando el tren con el día se demostraba cada vez más patente el éxito republicano de las elecciones municipales. De una estación a otra íbamos sabiendo los viajeros del rápido el triunfo rotundo de las candidaturas de izquierda por doquier. Llegué a Madrid a la hora de cenar y me eché a la calle luego. En el café de Lyon, frente a Correos en la calle de Alcalá, me reuní entre otros amigos con una joven periodista y entonces entusiasta republicana, Josefina Carabias, que por aquellos años hacía sus primeras armas en las redacciones y bullendo por el Ateneo, y otra consocia ateneísta también, si no compañera de letras, Mercedes, que se apresuró a llevarme en su coche, que ella misma conducía, y en compañía de su amiga buscar a mi cuñado a quien habíamos de llevar con cierto recato a casa de don Niceto en la calle de Martínez Campos y recoger más tarde de la reunión del Comité que allí se celebró. Todo era motivo de exaltado regocijo para las dos graciosas compañeras, vanagloriosas de su amistoso servicio para con el Secretario

del Ateneo, en cuya vanguardia aguerrida dentro de la casa formaban alegres y decididas.

Una vez que dejamos a nuestro amigo en casa del futuro Presidente, cuya exaltación no veíamos tan inmediata, nos volvimos al Lyon por entretener la espera hasta la medianoche en que habíamos de volver en busca del Secretario. Cada recién llegado al corro traía nuevas noticias de la calle alborotada en el gozo rebosante de gritos, cánticos y banderas en tropel. Entró García Lorca disimulando con graciosa exageración la evidencia de su sobresalto. Según se encaminaba al café le había sorprendido, atravesando la Plaza de la Cibeles, una manifestación pacíficamente expansiva, saliendo a cuyo encuentro, no acertaba a decir cómo, de qué manera ni por dónde, una tropa de civiles la estaba atropellando a sablazos echándole los caballos encima. El propio Federico se había visto derribado al suelo en el tumulto y a punto de perecer bajo los cascos equinos. Corrió en esto la voz de que el Gobierno se aprestaba a declarar el estado de guerra. No faltó quien, dándolo por hecho, aseguraba haber leído el bando.

Corrí de nuevo con mi amable *chauffeuse* y su gentil acompañante a la puerta de Alcalá Zamora.

Luego de cambiar breves impresiones en la confusión de los pocos circunstantes, deshízose del todo la reunión que ya había terminado y nuestras amigas nos dejaron en la esquina de Velázquez y Hermosilla, por no llamar demasiado la atención del sereno, a quien el vecino del 24 duplicado seguía suponiendo ignorante de su regreso. Abriéndose, pues, él mismo la puerta, con aquella llave de soltero que le había permitido eludir durante tantos años la curiosidad minuciosa del vigilante nocturno, lo que le hacía ahora despistar más fácilmente el acecho y aun la simple impertinencia del transeúnte cauteloso, subimos a su casa. Acompañando a mi hermana, nos esperaba el matrimonio Guzmán.[1]

Poco más pudo decirnos el conjurado de lo que ya sabíamos. La situación era muy confusa y la evidencia del éxito electoral no la aclaraba de momento. Como él había anticipado en sus fáciles pronósticos, si los datos que se tenían por fidedignos acusaban el triunfo republicano en las capitales y aun en los pueblos grandes, no parecía que la gran masa rural hubiera votado de otra suerte que por los caciques, que en mayoría administraban la vida municipal de los españo-

1. El escritor mexicano Martín Luis Guzmán.

les. El Gobierno, por las muestras que empezaba a dar frente a las naturales expansiones del contento popular, parecía dispuesto a contradecirlo por la violencia. Él no las tenía todas consigo respecto a la posibilidad de obtener de una vez todas las consecuencias políticas de las elecciones. Su natural caviloso y poco propenso a dejarse llevar de la primera impresión fácil, hallaba acaso motivo de satisfacción en el rumbo probable de los acontecimientos. Los Guzmán, como mexicanos avezados a los azares, sobresaltos, zozobras y esperanzas de las revoluciones, compartían más que nadie quizás en aquellos momentos nuestra afanosa inquietud. Él llevaba ya unos cuantos años en España en calidad de emigrado, fugitivo en una de las mudanzas que ora depuran, ya corrompen el curso de la historia política de su país en nuestro siglo. La señora, dulce y bondadosísima amiga de mi hermana, se compadecía tanto de ella y tal impresión le causaba, recordando su propia aventura, el verla tan animosa alentando a su marido con infantil empeño, que no más salir de la casa aquella noche y en el breve trayecto hasta la suya, sufrió un síncope producido, sin duda, por el esfuerzo que había puesto en contener su emoción, avivada por recuerdos no siempre felices, que excitaban sus nervios enfermos, siquiera lo disimulase con la afabilidad de su trato y la exquisita finura de su carácter —propio de los naturales de la Nueva España— al decir, comprobado por la experiencia posterior, de los primeros cronistas.

A la hora de comer al día siguiente, tuvo la primera noticia de la reunión celebrada en casa del doctor Marañón entre Alcalá Zamora y el conde de Romanones, a que siguió después la entrevista con el general Sanjurjo, Director de la Guardia Civil, conforme a precisiones detalladísimas en boca de cada cual y enterado todo el mundo, como si hubiese sido testigo de vista, de unas conversaciones que diferían notablemente en la referencia de unos a otros. Lo que parecía cierto es que, irreductible el Presidente del Comité Revolucionario a toda sugerencia que no fuese la de la abdicación pura y simple del rey —ya en diciembre estando en la cárcel se había negado a pasar de la prisión, con todos sus compañeros, a un gobierno eventual propuesto como única solución por la oficiosidad de Sánchez Guerra—, y aconsejado el propio Alfonso XIII por su ex-Presidente del Consejo Romanones, visto que la Guardia Civil incluso no parecía dispuesta a arrostrar el cúmulo de impopularidad, acaso irrefrenable, de una nueva represión sangrienta, se había acordado para aquella tarde una transmisión de poderes que legalizara pacíficamente el cambio de régimen.

Comentando estaba yo al día siguiente con otros amigos los últimos rumores que a la hora del café llegaban a nuestra peña del Henar confundida con otras tertulias aquella tarde cargada de presagios, cuando entrando en esto Martín Luis Guzmán, nos invitó a que saliéramos a ver lo que nuestros oídos no creían: la bandera republicana ondeando sobre la Plaza de la Cibeles en lo alto del Palacio de Comunicaciones. Corrimos luego a casa de mi cuñado para decirle que le esperaban ya en la de Miguel Maura, donde estaba reunido todo el Comité:

—Un mes más de encierro y terminaba la novela —dijo tranquilamente con sincero fastidio, recogiendo las cuartillas de *Fresdeval* que escribía en aquel momento, en la carpeta que guardaba el montón primero.

Guzmán y yo nos fuimos a recorrer las calles tomadas arrebatadoramente por la alegría republicana del pueblo de Madrid. Desde el balcón de casa de mi padre habíamos visto a Leopoldo Matos, camino de la comisaría, conducido, aunque sin daño, por una turba hostil.

Quiso él que mi hermana participara del espectáculo indecible que ofrecía el general entusiasmo propagándose de los barrios populares al centro y nos la llevamos en un coche al encuentro de las manifestaciones espontáneas con que el regocijo público se expansionaba sin recato ni cortapisa. Mi compañía del Español se había trasladado al pequeño teatro de la Chelito, veterana cupletista, recién titulado de Muñoz Seca, para estrenar una comedia de Benavente, que reñido con el último Ayuntamiento madrileño de la monarquía, se negaba a dárnosla durante nuestra temporada en el Coliseo Municipal. Margarita me recibió casi en la puerta de la calle —las dependencias de aquel teatrillo eran muy sucintas— y me hizo dar el primer ¡viva la República! que salió de mis labios, coreado por nuestras huestes cómicas con entusiasmo teatral.

Al caer de la tarde volvimos donde Miguel Maura. El hotel en que vivía Maura en la calle del Príncipe de Vergara rebosaba de gente por el jardín hasta la verja, la acera y la calzada. Logramos entrar al *hall* invadido de una verdadera multitud a que eran ajenos los dueños de la casa, reunido él con sus compañeros y recluida la señora con personas familiares y amigas en alguna habitación más interior. A una puerta del *hall* veíamos aparejado el comedor para la merienda que, dispuesta en honor del Comité sin duda, vimos después asaltado o punto menos por muchas de aquellas gentes que habían tomado la casa

por suya, como se suele en los pueblos en las fiestas familiares y los duelos con pan.

Oíase de cuando en cuando hablar por teléfono desde un despacho contiguo. Una de las veces, por modo notorio a Fernando de los Ríos, al parecer, por lo que elevaba la voz, comunicando con provincias. Abrióse en esto la puerta de la habitación y apareciendo en ella mi cuñado, dijo sonriente a quienes nos agolpábamos a su alrededor:

—Señores, Maciá ha proclamado la República en Barcelona al grito de ¡Viva España!

El entusiasmo en los circunstantes subió de punto.

Estábamos impacientes todos ya, esperando el momento de la anunciada transmisión de poderes que legitimara de una vez y para siempre nuestras esperanzas, cuando saliendo de una de las habitaciones interiores una señora, familiar de la casa y que reiteradamente había cruzado el *hall* como ajetreada en un quehacer afanoso, exclamó dirigiéndose a cuantos permanecimos a tan dilatada espera, con voz alterada por la emoción:

—Dicen por teléfono que se suspende hasta mañana la entrega del Gobierno y que esta noche, para mantener el orden, se declara el estado de guerra.

A la estupefacción de los crédulos hasta entonces en la solución pacífica del tremendo conflicto suscitado por la voluntad republicana manifiesta en las elecciones, sucedió muy luego la indignación de los desengañados.

Pero se abrió definitivamente la puerta del despacho y salió Miguel Maura, abrochándose la chaqueta con cierta actitud jaque, habitual en él, seguido precipitadamente por todos sus compañeros. En menos que se dice fueron ocupando los coches que había a la puerta, y nosotros, mal que bien a su zaga, emprendimos por Príncipe de Vergara y Alcalá el camino de la Puerta del Sol. No sé el tiempo que tardamos en hacer el recorrido. Sólo sí que la muchedumbre que circulaba estentórea llenando arriba y abajo la amplia vía, al reconocer a los ocupantes de los primeros carruajes, se abalanzaba frenéticamente a ellos en su deseo de estrecharlos en un desbordado amor republicano. Era noche cerrada cuando, mucho después que los miembros del Comité, separados a su vez en grupos de dos o de tres, conforme les había sido posible tomar los coches, llegamos ante el Ministerio de la Gobernación. Una ovación clamorosa señaló la presencia en el balcón principal del Gobierno Provisional en pleno, tal y como previsto de meses

atrás acababa de constituirse. Cierto que el espectáculo para cuantos de una manera o de otra participábamos en él con los ojos y con el corazón era magnífico. A las estampas que quedan en los periódicos de aquellos días, les falta la emoción del trueno de mar embravecido que trascendía a mucha distancia a la luz de la noche primaveral.

Al cabo de no pocos esfuerzos y apreturas, insinuándonos poco a poco entre el gentío, logramos penetrar mis compañeros y yo, unido que me había al cuñado de Fernando de los Ríos, mi antiguo compañero en Bolonia, Bernardo Giner, en el Ministerio por la puerta de Pontejos, anticipándome insospechadamente a mi destino infausto de diez años después cuando convertido el Ministerio en Dirección General de Seguridad entré, con la custodia de la policía que me había secuestrado en Francia, en un calabozo subterráneo.

Atravesamos, una vez conseguido a fuerza de súplicas y aldabonazos que nos abriesen el portón, el zaguán y el primer patio atascado de los coches que habían de ser oficiales de allí a poco, y subiendo por una escalerilla excusada al pie del ascensor a la planta principal, fuimos a dar en el salón del centro y de allí en la antesala y el despacho del ministro, en busca de quienes ya lo eran por la confianza implícita en el voto esencialmente democrático y por demás tradicional en España, de los electores, municipales. Bien puede decirse que la Segunda República española fue proclamada en concejo abierto.

Reunidos los ministros del Gobierno Provisional con su Presidente en un despacho contiguo al del titular de Gobernación que con los salones principales del Ministerio invadíamos los intrusos, salía de cuando en cuando alguno de ellos y se asomaba con nosotros a contemplar el aspecto de la plaza abarrotada primero y poco a poco descongestionada del gentío, de que quedaban compactos grupos y transeúntes exaltados afanosos de dar expansión a su contento. Cuando allí volví, después de cenar en casa porque supieran de mi persona y no temiesen que hubiera perecido estrujado, coincidió mi ocurrencia de asomarme al balcón nuevamente con la entrada en la Puerta del Sol de un camión de soldados que, manifiestamente borrachos, iban cantando su exaltada alegría. El nuevo ministro de la Guerra dio benévolo las órdenes oportunas para que aquellos inocentes transgresores de la disciplina militar más elemental desaparecieran cuanto antes de la circulación, no fuera su ejemplo a dar ocasión de algún castigo inevitable si la exagerada expansión tomaba los cuarteles.

Eran más de las once cuando mi cuñado decidió, de acuerdo con

sus compañeros, tomar posesión efectiva del Ministerio de la Guerra. Allá se dirigió, pues, acompañado del comandante Saravia y el capitán Arturo Menéndez, mientras yo me acogía, entre vítores y plácemes, abrazos y enhorabuenas del mutuo contento, a nuestra tertulia habitual de la Granja el Henar, frente al Palacio de Buenavista precisamente.

Llevábamos un rato comentando los precipitados acontecimientos del día histórico que nos había tocado vivir tan apasionadamente, cuando llegó uno de tantos conocidos, radiante la expresión, comunicándonos la última novedad e invitándonos a comprobarla de *visu*: El ministro de la Guerra llevaba un cuarto de hora con el Capitán General de Madrid, Federico Berenguer, que en posición firme ante él, no obtenía la venia de su nuevo jefe superior para ponerse cómodamente en su lugar. Su Excelencia era quien, por lo visto, quería dejar bien sentado desde el primer momento que estaba en el suyo. Sus recentísimos ayudantes y secretarios contemplaban regocijados la escena con los circunstantes, a que se iban uniendo los curiosos que, sin que nadie les saliera al paso en la puerta de la calle ni escaleras arriba, penetraban hasta el mismísimo despacho del ministro. No quise, con los amigos más discretos, acceder a la invitación del mensajero, estimando que a mi cuñado había de parecerle mal mi intromisión importuna en un acto oficial al que nadie ni nada nos llamaba a los contertulios del café. Después, cuando le conté la referencia que tenía de su toma de posesión del Ministerio, me dijo que no era rigurosamente exacta, aunque hubiera en ella mucho de verdad. Había salido, en efecto, de Gobernación para Guerra inseguro todavía del recibimiento que podía encontrarse. Apercibidos iban sus acompañantes, en función de servicio ya, aun cuando no estuvieran nombrados, por falta material de tiempo, pero no encontraron resistencia ni se formalizó en una opinión manifiesta la reserva natural en los elementos militares ocupantes hasta entonces el Ministerio. En lo que hacía a Federico Berenguer, cierto que se le había presentado en acto de obligatoria sumisión a su superior jerárquico; pero no recordaba que le hubiese tenido cuadrado ante él más allá de lo que pide una disciplina elemental, incompatible en aquellos momentos con inadecuados extremos de cortesía ni mucho menos compañerismo impertinente. El ministro, sin dar desde luego el cese al Capitán General, le había ordenado simplemente que retirara el bando de declaración del estado de guerra, dispuesto por el Gobierno que había dejado de serlo y asegurase el buen orden en los cuarteles de la guarnición en acatamiento al Poder constituido. No había habido más

ni menos. Él conocía a los Berenguer y principalmente a Federico de cuando, al igual que el tristemente célebre Silvestre, motejado entre sus compañeros de promoción de «Salvaje», había estado destinado como oficial de caballería en Alcalá. Otro de los hermanos, borrachín sempiterno, era asiduo a una tertulia contigua de la nuestra en el Regina. Al día siguiente fue detenido en su domicilio Dámaso Berenguer, el ex Presidente del Consejo, a quien se procuró toda clase de miramientos. Federico volvió de allí a poco a interesarse por su hermano cerca del ministro, cuando trasladado aquél de Prisiones Militares en el antiguo e infecto convento de San Francisco de Madrid, al Alcázar de Segovia, solicitó la familia que se le permitiera, como así se hizo, que tuviera a su lado un asistente encargado de curarle no sé qué ligera afección. Por lo menos entonces mi cuñado decía saber que los Berenguer le estaban en cierto modo agradecidos.

El resumen del día hízolo mi hermana Lola al siguiente, con echarnos en cara las burlas que su marido y yo le gastábamos a cuenta de la inocencia con que manifestaba sus opiniones y esperanzas:

—Cuando venga la República... —había dicho más de una vez; y como nos riéramos de la sencilla intención que en sus palabras ponía, cual si el suceso, personalizado en cuerpo vivo, hubiera de venir calle adelante, nos decía a la sazón de su cumplimiento, toda gozosa y en sus trece—: ¡Conque la República *no venía* de modo que se pudiera ver desde un balcón! ¡Pues así ha venido! —Y unía su risa a la nuestra, embobada con haber dado a su padre la satisfacción de ver cumplidos unos pronósticos que yo mismo nunca hubiera aventurado para tan pronto, respecto al yerno que estimaba en tanto—: ¡Menos mal —añadía irónica— que nos hemos casado hace dos años! De haberme casado ahora nadie creería que lo hacía por otra cosa que por ser ministra de la Guerra.

Con gran contento suyo, su marido decidió, por lo pronto, no trasladarse a vivir al Ministerio, y continuar en su piso recién puesto, en que tan a gusto estaba.

XXVII. Maura vidente

El Gobierno Provisional de la República debió su primer buen suceso ante la opinión, a las reformas militares decretadas por el ministro de la Guerra. Se proponía con ellas sentar la base de una reor-

ganización fundamental del brazo armado de la nación. Disolver el Ejército pura y simplemente hubiera sido, quizá, el deseo más o menos explícito de los extremistas de toda condición; que tal se hiciera podía serlo también el de los reaccionarios, con la intención de suscitar un estado anárquico que demostrara la incapacidad de los hombres de la revolución para hacerla pacíficamente. El ministro de la Guerra se proponía hacer un ejército republicano, es decir, verdaderamente nacional y en modo alguno pulverizarlo, de lo que se le tachó injusta y capciosamente.[1] El problema militar estaba fundamentalmente unido en España al problema político y social, en cuanto la oficialidad vinculada más que a la idea monárquica en sí a la persona de Alfonso XIII, corruptor de todo concepto noble en erróneo provecho propio, procedía de una determinada clase de la sociedad, educada por las órdenes monásticas y adscrita a un orden económico en pugna cada vez más evidente con la realidad de la vida del país. En términos concretos, el Ejército español, en los últimos tiempos de la monarquía, tenía superabundancia de oficiales con relación a sus efectivos. Reducir el presupuesto de guerra, para equilibrar sus necesidades con las del resto de la administración pública, era, sin duda, la más apremiante. Bastaba a su entender, por el momento, con reducir la oficialidad a la conveniencia estricta del Ejército; sin causar, de otra parte, un desequilibrio en la economía particular de los oficiales, quienes, puestos en el trance de dejar la carrera, se hubieran lanzado seguramente a la desesperada contra el nuevo estado de cosas. Ideó, pues, y ello constituyó el decreto en cuestión, su pase voluntario a la reserva con el sueldo entero; de suerte que la economía no se hacía a rajatabla de una sola vez, sino a medida que se iban produciendo las amortizaciones sucesivas.

La sustitución de las Capitanías Generales por simples comandancias afectas al mando militar de las regiones, sin relación con la división administrativa del país para otra cosa que no fuera de su competencia jurisdiccional; la inclusión de las antiguas Órdenes Militares en el fuero ordinario de Guerra; la supresión del Tribunal Supremo de Guerra y Marina, fueron otras tantas decisiones con que el decreto famoso sentaba de una vez y para siempre no ya «la supremacía del Poder Civil» sino su instauración. No distinguía el ministro de poderes en la unidad del Poder Público y muchas veces le oí protestar

1. Véase el prólogo a los *Estudios de política francesa.* (*O.C.*, I, pp. 259-263.)

contra la ignorancia de que se había nutrido y pasado a frase estereotipada en la vulgaridad de los periódicos ese lugar común, que su antiguo jefe don Melquíades muy principalmente prodigaba harto en la canora garrulería de sus discursos.

En realidad, las reformas militares propuestas en aquellas primeras disposiciones, si eran en su iniciativa, en su estudio y redacción obra del ministro de la Guerra, obedecían a un plan general del Gobierno Provisional de la República en todos los demás órdenes de la Administración.[2] Repetidamente le oí lamentarse después de que sus compañeros no se hubiesen atenido tan estrictamente como él a lo convenido en el Comité Revolucionario, respecto a la necesidad de legislar por decreto en punto a las reformas que se estimaban capitales para la implantación efectiva del régimen republicano.

Si la improrrogable decisión con que el ministro de la Guerra cumplió su primer compromiso, consigo mismo y con el país, le valió la popularidad excepcional que la opinión sólo discierne a los verdaderamente elegidos, le señaló desde luego también a la animadversión enemiga como punto de mira de sus ataques. Por lo mismo que su personalidad se revelaba con la República naciente, contra ella había de concentrarse la oposición reaccionaria, segura de que derribando la encarnación, por decirlo así, del régimen, perecería en la ineficacia el orden nuevo antes de su implantación definitiva. Lo cierto era que de la noche a la mañana y no más publicarse el decreto, el de la Guerra fue el ministro más notable y más notado del Gobierno Provisional, con todo y con figurar en él personajes de mayor abolengo en el campo republicano y nombres harto más conocidos en la política nacional.

Creo que fue el primer día que visité el Ministerio de Instrucción Pública después de proclamada la República, cuando me encontré, toda afanosa, a la puerta de la calle de Alcalá, a nuestra amiga Carmen Monné de Baroja. De buenas a primeras, y como si desde luego dependiera de mi influencia, me dijo que era necesario de todo punto que Ricardo, su marido, fuese nombrado Director de Bellas Artes. Procuré inútilmente convencerla de que de ningún modo podía depender de

2. Dirigiéndose a Lerroux, dice Azaña el 3 de octubre de 1933, en las Cortes: «Cuando se formó el Gobierno Provisional ya tenía yo trazado delante del Comité Revolucionario a que Su Señoría perteneció al designárseme candidato para el Ministerio de la Guerra, cuáles iban a ser mis planes de reformas militares, y en las reuniones que celebrábamos en el Ateneo allí las expuse.» (*O.C.*, II, pp. 866-867.)

mí, ni aun de mi cuñado, la consecución de aquel deseo suyo; pero le prometí que hablaría en su favor, sin esperanza de poderlo conseguir. El ministro de la Guerra me dijo que no le competía, en efecto, semejante nombramiento ni le parecía procedente la recomendación a su compañero Marcelino Domingo, por lo mismo que la diversidad de los partidos políticos representados en el Gobierno obligaba a cada cual a respetar cortésmente la jurisdicción ministerial de los demás. Contra mi parecer, que atribuía la pretensión de Baroja a prurito femenino, en competencia con otras señoras de personaje, nadie más por entonces me solicitó para que interviniera cerca de mi cuñado. Corrió pronto la voz, por lo visto, de que estaba dispuesto a desmentir el nepotismo corruptor de la política española hasta entonces.

El periódico *El Sol* había pasado de manos del negociante Urgoiti a las del marqués de la Viesca y por él se encargó de la gerencia un notario muy amigo de juventud de Amós y Miguel Salvador por quienes yo vine a conocerle. A poco de ofrecerme una colaboración que me había regateado hasta entonces, bien que tampoco la solicité nunca abiertamente de la olímpica junta de rabadanes que asesoraba el periódico con anterioridad, volvió a dirigirlo Manuel Aznar de regreso de Cuba y me pidió que yo fuese portavoz, como se ha dicho después, de la opinión del ministro de la Guerra y su partido de Acción Republicana, ya que deseaba no tanto adscribir el periódico bajo su dirección en una determinada tendencia, como a que fuera el exponente medio de la opinión de los partidos gubernamentales. Algo así como lo que el *ABC* había sido para la política conservadora de la monarquía. Aunque suponía la respuesta de mi cuñado, le transmití oficiosamente la proposición de Aznar. El ministro de la Guerra no consideraba pertinente el procedimiento. Creía que, a la sazón, su periódico era la *Gaceta* y a falta de un órgano propio, para el que no creía propicia la ocasión por lo mismo que se hallaba en el Poder, no estaba de acuerdo conmigo ni con cuantos queríamos que tuviera un diario a su disposición. Que yo escribiera por mi cuenta y riesgo era otra cosa; pero si no me lo decía abiertamente, harto se me alcanzaba que no le hacía mucha gracia y puesto que como medio principal de vida tenía ya el teatro, más le hubiera gustado que no expusiera mi pluma a las tentaciones que me asaltarían, a buen seguro, con peligro de su tranquilidad. No tardó mucho, en efecto, en presentarse ocasión de que yo pusiera de manifiesto la independencia de que me convenía hacer gala personal de una vez y para siempre.

Nombrado Lerroux ministro de Estado, no halló mejor subsecretario que un cierto Agramonte, diplomático de carrera, a quien yo había visto no más de dos años antes en Buenos Aires de ministro consejero con el embajador de la Dictadura Ramiro de Maeztu, propugnando el partido de UP (Unión Patriótica) que había fundado entre la colonia española de la Argentina. En un periodicucho, órgano del susodicho Partido, había denigrado a contento a los prohombres republicanos y de manera muy especial al que no sospechaba que fuese tan pronto su jefe en el Ministerio. Pocos meses después, molesto, a cuanto se dijo, porque el rey, de quien la señora de Agramonte había sido manicura hasta su boda, tampoco muy lejana, no le obtenía del ministro el ascenso prometido, se hizo republicano, coincidiendo, a cuanto parece, con la publicación en *El Sol* de un artículo en que Ortega y Gasset con el título de «*Delenda est monarchia*» predijo fácilmente ya la ruina del régimen, luego de los fusilamientos de Galán y García Hernández. Agramonte había sido compañero de Ortega y Gasset en el Colegio de Jesuitas de El Palo, de Málaga, y a una sugestión del filósofo periodista se atribuía el nombramiento de aquél para subsecretario de Estado del primer Gobierno de la República. El caso me indignó por el escándalo que había de producir en cuantos le conocieran tan bien como yo y me apresuré a denunciarlo en una de las primeras ocasiones que me brindaba mi incipiente colaboración en *El Sol*. El día que se publicó mi artículo, en folletín reservado antes a plumas más escogidas que la mía, había Consejo de Ministros. Hallándose en él, Lerroux transmitió el periódico al ministro de la Guerra preguntándole qué le parecía: Mi cuñado le contestó que siendo yo mayor de edad y responsable de lo que firmaba con mis dos apellidos, no podía responder por mí, tanto más, cuanto que ni siquiera contaba como correligionario en las filas del Partido a que él pertenecía. Por cierto que, de allí a poco y cediendo al empeño de algunos amigos, más oficiosos que el propio ministro, me inscribí en Acción Republicana, aunque sin intención de dedicar mi actividad a la política tal y como esperaban que hiciese quienes tan indefectiblemente unido me veían a mi cuñado por el afecto.

Una mañana de aquel mes de mayo y hallándome en la calle me enteré de la nueva que corría por Madrid, propagándose con la rapidez de los incendios prendidos de improviso aquí y allá: estaba ardiendo la Residencia de los jesuitas en la calle de la Flor. Acudí a verlo. Ante los muros en llamas del convento impopularísimo una multitud impa-

sible contemplaba los estragos del fuego. Algunos mozalbetes hicieron un corro danzante en manifestación de su alegría. Mezcláronse a ellos algunas personas conocidas, como el poeta festivo Luis de Tapia, mi casero y amigo siempre juvenil, a quien me uní un momento en la chocarrera zarabanda. Cuando poco después se lo dije con ingenua jactancia a mi cuñado, me contestó que mi baile le hacía costado unos cuantos millones al ministro de Hacienda. Lo era en aquellos tiempos Indalecio Prieto y queríame decir no tanto que la culpa era exclusivamente mía, como que cuantos nos regocijábamos con aquella purificación populachera éramos, en parte, culpables de la depreciación de los valores públicos en Bolsa y del perjuicio causado a la economía nacional, con el descrédito del Gobierno mantenedor del orden, por la supresión de no sé qué operaciones en curso con los Estados Unidos.

Se dijo por entonces que los mismos jesuitas habían quemado su Residencia. Lo cierto es que tuvieron tiempo de salir de ella sin sufrir daño alguno y que después se supo que poco antes la habían vendido a un súbdito inglés. Mi cuñado no participaba ciertamente del sentimiento popular, exaltado en contra del clero, del regular especialmente y mucho más de los jesuitas y el jesuitismo en general, hasta el punto de aprobar aquellas fogatas poco oportunas en tanto que contribuían a soliviantar el fanatismo católico, adormecido por la libertad sin restricciones que el Estado Republicano concedía a la Iglesia al separarla de su administración. Pero si se le argüía con supuestos ejemplos de la barbarie antirreligiosa, aduciendo entre otras menos vulgares y corrientes el de la matanza de frailes del 34 del siglo pasado so pretexto de haber envenenado las aguas, decía que él no lo creía así; pero que si el pueblo lo aseguraba, era desde ese momento una verdad histórica irrebatible.

Esto no lo decía sólo hablando conmigo o en círculo de amigos. Lo repitió en un discurso por lo menos. No se paraba siquiera a sacar la consecuencia que yo deducía de tales palabras. Ya he dicho que al hablar lo hacía concretamente y en términos precisos. Creo que mi deducción de que los frailes envenenaban siempre los manantiales del saber y aun del simple conocimiento, se le hacía un tanto pretenciosa y pedante.

Pese a la actitud del Vaticano, cuyo representante diplomático siguió ocupando su puesto en Madrid sin solución de continuidad en sus relaciones oficiales con el Estado español, el cardenal Segura, arzobispo de Toledo, se atrevió a iniciar cierta campaña que el Gobierno es-

timó ajena a sus funciones, por lo que le intimó a que abandonara la Diócesis Primada y el territorio nacional. Mi cuñado se congratulaba de que hubiese sido Miguel Maura, a título de ministro de la Gobernación, quien pusiera a la firma del católico Presidente del Gobierno Provisional el oportuno decreto. Su catolicismo precisamente justificaba la necesidad improrrogable de aquella decisión.

El ministro de la Guerra, que muy contra su gusto había accedido al deseo de sus compañeros de que las autoridades civiles resignaran el mando en las militares, conforme a una viciosísima tradición de la monarquía liberal, decretó aquella misma tarde a las pocas horas la vuelta a la normalidad civil, una vez demostrado asimismo que no le tenía miedo por el momento a ningún posible desmán militarista. Del general Cavalcanti para abajo, habían ido pasando por su despacho los más conspicuos representantes de un estado de ánimo que ponía en la afectación espectante más esperanzas que en la protesta ni el pase a la reserva con todo el sueldo. Según Pérez de Ayala, que para que lo contase me lo contó apenas agraciado con el nombramiento de embajador en Londres, Juan Ignacio Luca de Tena, que de Londres venía de entrevistarse con Alfonso XIII, le había hecho una confidencia sobremanera interesante. El duque de Alba, amigo particular del nuevo embajador de la República Española, le ofrecía en cierto modo su protección para con la alta sociedad inglesa a que pertenece, puesto que el rey, lejos de procurar el aislamiento de los nuevos gobernantes españoles, había llegado a aconsejar a los jefes militares más afectos a él personalmente y que le pedían su opinión acerca de la conveniencia o no de su pase a la reserva conforme el decreto del ministro de la Guerra, que de ningún modo se retiraran, antes bien permanecieran al frente de sus guarniciones y en los puestos de mando que les fueran confiados. Supimos asimismo por Sindulfo de la Fuente, quien tenía la noticia de su amigo Javier Ortueta, compañero de caza de Alfonso XIII y desde niños ambos, que el rey le había escrito significando su admiración por tan decidido ministro de la República, con decir que a tener él consejeros así no se hubiera visto en la necesidad de ausentarse del país.

No obstante todas estas señales evidentes de que la realidad era muy otra que la apariencia de paz en que se había realizado la transmisión de poderes políticos de una a otra forma de Gobierno nacional; a pesar de la clarividencia con que, pocos meses antes, todos los miembros del Comité Revolucionario habían estado conformes en man-

tener el Gobierno dictatorial de la primera hora hasta tanto que no estuvieran en su mano los resortes que los caciques electoreros detentaban en la organización política para falsear en provecho propio la voluntad popular invalidando de hecho las elecciones; con la opinión en contra del ministro de la Guerra a quien sus compañeros empezaban a tildar, siquiera fuera amistosamente todavía, de tirano y mandamás, opinión de la que hubo de ceder, convencido hasta cierto punto de las ventajas que también tenía el procedimiento que se siguió, el Gobierno Provisional, limitando su legislación fundamental a las susodichas Reformas Militares, acordó la convocatoria de elecciones para diputados en las Cortes Constituyentes. El ministro de la Guerra fue quien propuso que se hicieran reformando por decreto la ley electoral en punto a la división de los distritos y circunscripciones, de modo que no fuera posible o por lo menos tan fácil la corrupción que suponían en el sistema los que en Inglaterra se llamaron «burgos podridos» cuya pestilencia política inficionaba la generalidad del país. Así se hizo y a ello se debió en mucha parte, por la imposibilidad de comprar los votos de las circunscripciones numerosas o de amañar la elección encasillando a los candidatos en el Ministerio de la Gobernación, el triunfo indudable de la opinión pública al manifestarse tan contrariamente a lo que el propio ministro Miguel Maura y el Presidente del Gobierno consideraban artículo de fe en el nuevo orden de los partidos, a saber, la preponderancia de la derecha republicana que pretendieron fundar. Los electores votaron en gran mayoría por los socialistas y los republicanos radicales y de izquierda divididos en varios grupos; disimuláronse vergonzosamente los monárquicos con el nombre de agrarios, hecha excepción honrosa del hábil conde de Romanones que con su significación de siempre ostentó su representación por Guadalajara. Catalanes y vascos aportaron en número suficiente su significación nacionalista. Un número reducido de díscolos con distintos títulos extremistas inició desde luego la subversión de los mismos principios que el régimen republicano supone. Contaban entre ellos algunos oficiales, republicanos de la primera hora, compañeros algunos de Galán y que, más o menos abiertamente, se llamaban a engaño al ver que el ministro de la Guerra no ponía en sus manos las riendas de la política militar que quería sustraer a la injerencia de los cuartos de banderas. Intentó disuadir a Ramón Franco, a duras penas contenido en el feudo que quiso hacerse en la Dirección General de Aviación del Ministerio, de sus pretensiones a la política activa. No lo consiguió y sí el hacerse un

enemigo, sin fuerza para declararse tal, pero no por eso menos molesto con sus inquietos congéneres, descontentos al no ver premiada su contribución revolucionaria con ascensos del quítate tú para ponerme yo. El ministro en sus primeras audiencias y conversaciones con los jefes más calificados no pudo ver otra cosa que afán de medro por escalafón. Curiosísimas, sobre todo ahora al cabo del tiempo, sus impresiones acerca de Sanjurjo, Goded y Franco.[3] Le asquea aquel desfile en que la súplica y la adulación alternan con la soplonería a cuenta del ascenso o del destino. No parece que ninguno de los militares españoles tenga otra preocupación. Se complace en señalar la excepción que acredita su golpe de vista. Tan sólo dos personas pueden decir que no le han pedido nada para sí, con tenerlos a su lado: su secretario el comandante Saravia y su ayudante Leopoldo Menéndez.

Se abren las Cortes Constituyentes con solemnidad inusitada; que si falta el boato real de carrozas y palafreneros de las últimas de la monarquía diez años antes, tiene el acompañamiento magnífico del entusiasmo popular. Yo asisto a la sesión de apertura y no puedo, obligado a tomar asiento en la tribuna horas antes, presenciar el paso de la comitiva del Gobierno desde el palacete de la Presidencia a la entrada de la Castellana, hasta el edificio del Congreso. Las páginas y las palabras que el ministro de la Guerra dedica a narrar, como testigo de vista más que como actor principal si no protagonista, los incidentes del suceso, son sabrosas.

Repartidos en sendos coches de dos en dos los miembros del Gobierno Provisional, le toca de compañero a Fernando de los Ríos, quien, efusivo y dispensador de sonrisas, se deshace en mieles a diestro y siniestro: «No sea usted *sequerón* —dice a su acompañante, sin advertir la contenida emoción que hay en la dignidad aparentemente fría de su continente—. ¡Es a usted, es a usted!», insiste subrayando los aplausos, sin duda redoblados a su paso, que van señalando a lo largo de la carrera el paseo triunfal del cortejo. «Lo mismo le hacían a Primo de Rivera», le contesta por boca del ministro de la Guerra «el hombre de pueblo *repezoñado*» como suele decir de sí mismo burla burlando y adelantándose al comentario de la malevolencia el nuevo alcalaíno de pro. De entre aquella apretadísima multitud vociferante a un lado y otro de Recoletos y el Prado, sólo se acuerda, distinguiéndolo,

3. Las referencias a los tres generales mencionados son numerosas en las *Memorias políticas y de guerra,* sobre todo en 1931 y 1932.

del único discrepante manifiesto: un independiente que agita ostensiblemente un brazo en signo negativo sobre el mar de cabezas de aquella muchedumbre.

Dos cosas se destacan en su *Memorias* de aquel día: la figura del general Queipo de Llano caracoleando quijotesco en el último caballo de Alfonso XIII que queda en las Caballerizas Reales y la penosa silba con que el buen pueblo saluda a la Guardia Civil que cierra el desfile militar, a la vista del Gobierno en pleno, suspendida que ha sido la sesión inaugural de las Cortes para que los ministros puedan salir a presenciarlo en el peristilo de entrada al Congreso.[4] Muchas son las voces que piden la disolución de la Benemérita; no pocas las insinuaciones que se le hacen en el mismo sentido. El ministro, que cree necesario llegar paulatinamente a ese extremo, no considera que sea llegado el caso de hacerlo. Puesto que de momento al menos se cuenta con la disciplinada adhesión del Cuerpo a las órdenes incondicionales del general Sanjurjo, tiempo habrá de ir sustituyendo aquel Instituto con otra organización puramente policíaca y rigurosamente afecta al nuevo régimen. Acaso el cuerpo de Guardias de Asalto, que los madrileños llaman «los galarzas» apodándolos del nombre del Director General de Seguridad que los organiza.

El ministro, agobiado con la labor de su departamento y las sesiones de Cortes, que continúan sin la habitual interrupción canicular, apenas si sale a tomar el aire más que por las noches. Lo hacemos, por lo general, después de cenar, en pequeño grupo. Muchas veces Martín Luis Guzmán y yo solos con él y a pie, seguidos de cerca por un policía harto evidente a nuestra zaga. Una noche cálida de julio salimos tarde ya del Ministerio y esta vez sin otra compañía de amigos. La calle de Alcalá, a aquellas primeras horas de la madrugada, está poco frecuentada de gentes que se vuelven curiosas a nuestro paso, por cerciorarse de lo

4. Compárese con el texto de Azaña correspondiente al 14 de julio de 1931: «Yo voy en el penúltimo coche, con el ministro de Justicia. La Castellana y Recoletos, cuajados de gente, detrás de la hilera de la tropa. Muchas espadas, saludos militares, músicas, vítores, aplausos atronadores. Aclaman al ministro de la Guerra. que por lo visto va algo serio o indiferente, porque Ríos me dice: "No sea usted sequerón."» (*Memorias,* I, p. 37, Editorial Crítica.) «Miro atrás: el general Queipo, flaco y gigante, se luce en la yegua del rey, a la derecha del coche presidencial.» (*Ibid.*); «Otro individuo, en primera fila, me hace con la cabeza signos negativos, como advirtiéndome que no está conforme con tanto aplauso.» (*Ibid.,* p. 38.) «Anochece y continúan pasando tropas. Le toca el turno a la Guardia Civil, y de los jardinillos de la plaza sale una silba estrepitosa.» (*Ibid.,* p. 39.)

que a primera vista no pueden creer: que el ministro de la Guerra se pasee tan descuidado. No se le da precisamente el poder hacerlo así conmigo como en la libertad, que ya empieza a echar de menos, de pocos meses atrás. Llegando a la Puerta del Sol el reloj señalaba las dos:

—¡Hombre! —me dice jovialmente levantando los ojos al balcón de la Gobernación—. ¡Vamos a decirle a Maurilla que nos invite a chocolate!

Dicho y hecho, como está cerrada ya la puerta principal, entramos por la de la calle del Correo, atravesando patios olientes a caballerizas de la Guardia Civil, de que hacen cochera los automóviles del ministro y su séquito obligado. Le sorprendemos en su despachito particular junto al oficial, a que nos hace pasar luego, encargando acto seguido el chocolate con churros, tal y como su compañero le ha pedido sin ambages. Ya están empeñados en la discusión inolvidable que es ocasión de estas páginas, cuando se nos sirve el soconusco. Soy todo oídos, Miguel ha dicho:

—Prepárese usted a ser Presidente del Consejo.

Mi cuñado protesta con sincera indignación; pero Maura desarrolla su razonamiento que se le antoja irrebatible:

—Lo que le digo a usted. Dentro de un mes a más tardar está votada la Constitución. Don Niceto, démoslo por hecho, es Presidente de la República. Lo natural hubiera sido que Lerroux fuera Jefe del Gobierno. Está visto que no puede ser. Es hombre acabado. El proceder de los radicales, lejos de salvar las diferencias que antes existían, las ahonda. No puede ser. Usted es el ministro del éxito, la revelación de la República...[5]

Su compañero de la Guerra no le deja acabar. Uno por uno va deshaciendo con lógica inflexible los supuestos de Maura. En primer lugar, la Constitución no está votada, como su compañero cree, dentro de un mes. A su juicio se discute el Código fundamental de la República de un modo absurdo. Lo prudente hubiera sido elaborar el propio Gobierno una Constitución breve y lo suficientemente elástica para que no haya que recurrir al expediente de modificarla a cada cambio de Gobierno, siempre que cada cual considere impugnable cualquiera de sus artículos, harto prolijos y minuciosamente atenidos a

5. Esta conversación corresponde a las anotaciones de Azaña en las *Memorias,* I, p. 49, del 21 de julio de 1931, de la Editorial Crítica, que empieza: «Vuelvo a casa a cenar. Luego viene Cipriano. Salimos a dar un paseo. Se me ocurre subir a Gobernación en busca de noticias...»

la satisfacción de uno u otro partido en cada caso particular. Y en cuanto a lo demás, ni hablar de ello. ¿Cómo puede ocurrírsele una cosa así? En primer término cree, contrariamente a Maura, que no se debe romper en mucho tiempo la conjunción republicano-socialista que ha instaurado el régimen con tan inesperados auspicios de paz. Votado que haya sido el articulado de la Constitución, no lo será efectivamente en tanto no se aprueben las leyes complementarias, la Reforma Agraria, sobre todo, en que ha de reposar el edificio social de la República. Después será ocasión de diferenciar netamente la política republicana conforme al ideario de cada partido. Entretanto, es menester que sea Lerroux quien presida el Gobierno. No le hay más calificado, dígase lo que se quiera y él es testigo de mayor excepción. El primer Presidente además se ha de gastar con tanta mayor rapidez cuanto que se aumenten las innovaciones al paso de la joven República. Tiempo habrá de afianzar en un Gobierno que pueda presidir andando los años el ministro de la Guerra a la sazón, las características revolucionarias que no sin razón le atribuyen por igual amigos y adversarios. Tiempo habrá.

—Ya me lo dirá usted —insiste Maura—. Prepárese usted a ser Presidente del Consejo.

—¿Y por qué no? —le digo yo como único comentario a la discusión que he presenciado en silencio, cuando en coche que ha ido de Buenavista en nuestra busca volvemos a casa. Me mira con un gesto inequívoco que no admite duda respecto a la opinión que le merece mi insensatez pareja de la del simpático *Maurilla.* Ni él ni yo tenemos remedio. ¡Qué se le va a hacer! Renuncia a convencerme, seguro de que el tiempo le dará la razón.

Más que mediado julio salgo con mi mujer y mis dos pequeños a pasar un mes en Zarauz, aprovechando que he de reanudar en agosto en San Sebastián la temporada con Margarita Xirgu. Entre las veraneantes de la playa hay alguna que otra comadre murmuradora y vergonzante contra la República y sus hombres, a cuenta de los sermones que pronuncia en vasco todos los domingos el cura de la Parroquia. La animadversión sorda —nunca mejor dicho por lo que tiene de negada a toda razón mi razonamiento— suscitada en su disfavor por el ministro de la Guerra entre las gentes decepcionadas por el afianzamiento del nuevo Estado, no para, sin embargo, en tales comadreos. Pica, si no más alto, con más aviesa intención. En San Sebastián veraneaba también por aquellos días Sindulfo de la Fuente, huésped de «su

amigo *el rico*», como él mismo dice de Xavier Ortueta aceptando la broma con que censuramos implícitamente la notoria desproporción entre su dinero y su generosidad. Va a verme una tarde a Zarauz con cuidado más especial que su amistoso desinterés de siempre. Su amigo acaba de hacerle una confidencia importante. Parece ser que algunos aristócratas andan suscribiendo un fondo destinado, sin duda, a procurar un levantamiento contra la República. Pese a su monarquismo, no accede aquél a la pretensión de los que le piden su óbolo. Supone, claro, que el Gobierno estará más o menos al tanto de los peligros que le acechan y más que a nadie el ministro de la Guerra a quien Sindulfo es tan afecto. No quiere declararse más, no sabe nada concreto; pero nuestro amigo comprende que el complot que los monárquicos preparan supone el asesinato previo del ministro de la Guerra. Sindulfo advierte en la obstinada reserva de su huésped, que tampoco quiere pasar por delator de quienes con solicitarle confían en su discreción, el motivo principal de su alarma. Los conjurados cuentan entre aquellos con quienes más se le ha podido ver aquellos días.

XXVIII. Presidente provisional de una España que ha dejado de ser católica

El 13 de octubre me veía agobiado, como tantas veces en mi vida desde mis primeros tiempos de estudiante al llegar los exámenes, con el quehacer ineludible e improrrogable ya, que me había impuesto con presentarme al Concurso Nacional de Literatura. Corría a su término el plazo de presentación de los trabajos con que se había de opositar al premio y me faltaban unas horas para dar por terminado el mío. La asistencia a las Constituyentes íbase haciendo viciosa en mi gusto. Como mi cuñado me aseguraba que no hablaría de ninguna manera aquella tarde, decidí quedarme en casa a escribir las últimas cuartillas del «Teatro del siglo», título del ensayo que tenía que terminar. Mucho disgusto tuve al saber a primera noche que el ministro de la Guerra no sólo se había levantado a hablar, sino que su discurso, el primero en los tres meses que llevaba el Gobierno Provisional en el Poder, había suscitado una emoción indecible traducida en aplausos clamorosos. Había versado no sobre las indiscutidas, sino indiscutibles reformas militares, que todo el mundo esperaba fuese el argumento capital en abono de su obra ministerial, pero sobre la política religio-

sa de la República y concretamente sobre el artículo 24[1] de la Constitución que se discutía.

Al contarme el suceso que ya diputaban histórico los entusiastas, protestó una vez más contra el injusto elogio cifrado en la supuesta improvisación de su discurso. No sabía lo que era improvisar. Él no había improvisado nunca. A menos que se dijera tal siempre que discurriera sobre cosas que de tantos años tenía sabidas.

¿Qué ha dicho? De tan apretados conceptos como traban la materia densa de aquella elocuencia, queda acuñada para siempre esta sentencia precisa: «España ha dejado de ser católica».[2] Como un reto la recoge desde luego el catolicismo trabucaire.

España ha dejado de ser católica y, con repetir lo que en su lejana juventud ha oído a sus profesores de El Escorial y de continuo vienen diciendo los doctores que la Iglesia tiene, no descubre nada nuevo. ¿No se quejan los obispos de la falta de vocaciones que se advierte en los Seminarios? ¿No se escriben en las Pastorales y se grita en los púlpitos la decadencia de la fe de nuestros mayores? Algo más, sin embargo, habrá querido decir con asegurar esa dejación del título que la monarquía española tenía por mayor florón de su corona. Nunca ha rebatido después la sencilla exégesis con que declaro mi entendimiento de la frase tan rebatida: España ha dejado de ser católica, ha dimitido de la empresa universal de su gran siglo y, abandonando el signo de Roma a las memorias de sus andanzas y aventuras, se recluye en sí misma dispuesta a vivir sencillamente. España ha dejado de ser católica e imperial (ni colonia, ni provincia, ni metrópoli) para ser nación y nacer verdaderamente a vida propia, dentro de los límites que la Geografía impone a su destino histórico.

No renuncia a él en lo íntimo de su conciencia española, móvil de su designio de gobernante, el ministro de Acción Republicana. Anterior a la unidad nacional de unos reyes menos católicos de lo que su renombre pretende, pues que la hacen a costa de muchos súbditos, judíos y moros, tan españoles como el que en más de ellos[3] se tenga de cuantos quedan tras de las expulsiones en el territorio estricto de su soberanía peninsular; anterior a esa unidad de la fe a que la monarquía católico-romana vincula su brazo, un rey con verdadero alien-

1. Cambiado luego el número a 26.
2. Ver discurso en *O.C.*, II, pp. 49-58, y *Memorias,* I, pp. 217-224, del 13 de octubre de 1931.
3. Véase p. 112, nota 5.

to de Emperador, Alfonso VII «el Emperante», ha tenido la visión clara de un Imperio liberalmente español sobre las tres razas fundadas en un solo pueblo, con conciencia nacional, instintiva del nacionalismo característico de tiempos muy posteriores, pese a la diversidad de las tres Iglesias en que comulga su diferente fe religiosa. Tan español es el judío y el árabe arraigado en nuestra tierra como el godo por quien se llaman góticos los mejores campos castellanos. Una misma es, sin duda, la raza antigua que puebla de bereberes —anteriores en Marruecos también a las primeras invasiones islámicas— una y otra orilla del Estrecho. Viniendo a cuentas más recientes, la unidad centralizadora, al modo peculiar de los Borbones en Francia, que los ministros de Carlos III sellan por manera evidentísima a nuestros ojos con la expulsión de los Jesuitas, tiene en el ministro de la República más denodadamente partidario de la autonomía catalana, un adepto convencido. Y no ciertamente, claro, por lo que el Gobierno centralista tiene de monárquico, de personal en su fundamento; antes bien, por lo que el arrastre enciclopédico, que pudiéramos decir, de la Revolución francesa, ha impreso para siempre en la carta política del mundo civilizado con la Declaración de los Derechos del Hombre.

La tercera república de Francia, espejo en que se mira con complacencia que no excluye la clara percepción de cuantos vahos lo empañan, debe su fuerza, su prestancia, la seguridad de su destino, a la solidez de sus principios fundamentales: reparto equitativo de la propiedad individual de la tierra; escuela laica, rigurosamente adscrita a una Enseñanza oficial del Estado con exclusión manifiesta de las órdenes monásticas; ejército nacional.

El artículo 24 de la naciente Constitución de la República de Trabajadores de todas clases, que los españoles pretenden con definirla vagamente, señala el punto crítico del debate importantísimo sobre las relaciones del Estado con la Iglesia de Roma. La diafanidad con que el jefe nato de Acción Republicana ha presentado la cuestión a la Cámara; el triunfo rotundo de sus razonamientos, manifiesto en el voto en que socialistas, radicales, radicales-socialistas y *Esquerra* catalana declaran ser aquella la expresión propia de la República española en materia religiosa; el clamoroso entusiasmo con que la opinión adicta ve traducido su sentimiento anticlerical en el Código fundamental de la Nación, han de hallar en la opinión recalcitrante de los reaccionarios un revulsivo fácil con la aventurada cuanto exacta frase del ministro: «España ha dejado de ser católica».

La cabeza de la reacción se alza airada con la del propio Presidente del Gobierno Provisional.

Don Niceto ha transigido con la separación de la Iglesia y el Estado, con tal de que no trascienda eficazmente a ninguna otra medida con que se invalide en efecto la acción contrarrevolucionaria del clero español. En fin de cuentas el ministro de la Guerra quiere encauzar, dirigir la revolución necesaria. El Presidente del Gobierno Provisional y candidato a la Presidencia efectiva de la República, quiere contrarrestarla, detenerla, ahogarla.

Puesto a elegir, el pueblo soberano ha diputado tales delegados suyos para el debate constitucional a los republicanos y socialistas. Las derechas no tienen mayoría en el voto y se han quedado sin voz.

Alcalá Zamora presenta inopinadamente a sus compañeros la dimisión del cargo que al frente de ellos ejerce por unánime consenso y con el compromiso por parte de todos de no producir crisis alguna en tanto la Constitución no se haya votado. Dimite en una carta en que arremete furiosamente, tildando de traidor o poco menos, al ministro de la Guerra.[4] El Consejo de Ministros quisiera no admitirle la dimisión, importuna dada la situación anómala de un Gobierno sin órganos adecuados todavía para resolver una crisis normal. Irreductible, el Presidente, cuya actitud no se hace pública con la esperanza de que vuelva de ella, no asiste a la sesión de Cortes. Mi cuñado nada me ha dicho que me permita traslucir algo de lo que ocurre. Insisto en preguntarle si va a hablar otra vez, no sea que como el día anterior me pierda el espectáculo y de nuevo me asegura que no hablará. Ya no hay por qué. Aprovecharé, pues, la tarde, última fecha definitiva en el plazo del Concurso.

En casa estoy, cuando una llamada apremiante al teléfono me intranquiliza sobremanera. Mi cuñado me avisa, por boca de no sé quién, para que vaya inmediatamente al Congreso. Parece que la cosa es grave. ¿Qué puede ser? No acierto a vislumbrarlo. Que con tal apremio me llame, él de suyo tan circunspecto, es insólito y obedece, sin duda, a circunstancias extraordinarias de que no se me alcanza el motivo ni la ocasión. Tomo un coche que me deja en la puerta de Floridablanca, por donde entran los ministros y los diputados habitualmente; creo que aun sin esperar el ascensor corro al encuentro suyo. Me sale al

4. «Leo el papel, que es disparatado. Hay un párrafo que me concierne personalmente. Me acusa de deslealtad, de haberle sorprendido con mi intervención, etcétera.» (*Memorias,* I, p. 227, del 14 de octubre de 1931, Editorial Crítica.)

paso, sonriente pese a la inquietud que su llamada me significa, en el escritorio de los teléfonos, a la izquierda del salón central que llaman, imitando el nombre de otros parlamentos extranjeros, de «los pasos perdidos». Más que por sus dimensiones le cuadra por la inutilidad de los muchos que dan por él cuantos vienen y van afanosos sin mayor motivo.

Con la serenidad que se impone, traicionada tan sólo por la vivacidad que imprime a las chupadas al cigarrillo que está fumando, parece reprocharme mi angustiosa pregunta:

—¿Qué ocurre? ¿Qué pasa que dices tan grave?

—¿Te parece poco, que voy a tener que ser Presidente del Gobierno?

Retirados a uno de los despachos, antesala del de Besteiro, me cuenta en pocas palabras lo sucedido desde la noche antes. Dimitido irrevocablemente don Niceto, estima el Presidente de las Cortes, en funciones de Jefe del Estado de hecho, las más delicadas en circunstancias tan críticas, que no ha de transcurrir el día, ni en modo alguno levantarse la sesión suspendida luego de leída la comunicación del Presidente del Gobierno dimitiendo, sin que tenga sustituto que asuma el Poder. De otra suerte, quedaría éste a merced de cualquier osadía. Quizá no falte ya quien se apreste a emular el *golpe* del general Pavía contra la primera República española. Reunidos los ministros en un primer consejo, Lerroux (¿hasta qué punto decidido por la mayoría de sus partidarios, que consideran su exaltación a la Presidencia como una decapitación política del Partido?) ha declinado el ofrecimiento que sus compañeros le hacen, sin entusiasmo alguno los socialistas, que tampoco ven con gusto la probabilidad presidencial de Besteiro. Lerroux es quien propone el nombre del Ministro de la Guerra. La exigüidad de la minoría que preside, con relación al número de los otros dos grandes partidos republicanos, el radical y el radical-socialista, limita la preponderancia que pueda ejercer personalmente, por su solo prestigio más que por la fuerza exclusiva de sus adeptos garantizando la ecuanimidad del término medio a que estaba virtualmente adscrita y acrecida por su misma derrota electoral la presidencia de don Niceto. Besteiro está celebrando las últimas consultas con los jefes de los distintos grupos parlamentarios. El ministro de la Guerra sólo se avendrá a presidir el Gobierno Provisional si subsiste tal y como está constituido, incluso con los mismos hombres que lo componen.

—Bueno, ¿tú qué quieres? —me pregunta, dando otra chupada al cigarrillo y mirando a otra parte al sacudir la ceniza con un golpe nervioso del meñique.

—¿Yo? ¡Nada! —le contesto sin vacilar en un impulso que tiene tanto de sentimiento propio como de reflejo del suyo.

No insiste. Le parece bien. No, no quiero nada, sinceramente. A él tanto o más que a mí le molesta que la gente pueda atribuir a mi actividad personal, gustosamente ajenada de la Administración Pública en cualquiera de sus aspectos, la menor influencia por su parte.

Fuerza es separarnos sin dar más expansión a mi contento. Él también lo está, con toda la carga, que no pesadumbre, que con el Gobierno se echa encima. Besteiro le llama para confiarle expresamente el Poder que Alcalá Zamora ha arrojado violentamente de sí, con ánimo indudable de que se vieran forzados a instarle que se quede, sometiéndose, faltos de la opinión vinculada a su nombre, los que verdaderamente representan sumando a la propia de cada cual, la soberana del país, por mayoría incuestionable de sufragios. El Gobierno se retira a deliberar bajo la presidencia, aceptada ya, del ministro de la Guerra, antes de su presentación a las Cortes, que el Presidente Besteiro quiere sin más dilación para aquella misma tarde. El ministro de la Guerra, que continúa, claro es, con la cartera, les expone el texto verbal de la declaración que ha de hacer de allí a un momento. No ha desertado el público de las tribunas abarrotadas. Periodistas y curiosos privilegiados deambulamos impacientes por los pasillos y el salón de conferencias o nos asomamos a la cantina, a caza de las últimas impresiones. Es unánime el elogio a Besteiro, que se ha capacitado de Presidente constitucional salvando con enérgica decisión la falta del texto preciso, de la norma por establecer todavía, que asegure el funcionamiento de los órganos de Gobierno.

No ha transcurrido media hora desde que los ministros se han reunido, cuando un movimiento hacia el Salón de Sesiones de los que esperan su paso anuncia la salida del Presidente nuevo. No se detiene, precediendo a sus compañeros, a responder a las rápidas preguntas de los periodistas; serio y erguido, acentuada por la decisión en su breve itinerario la habitual rigidez de la cabeza robusta entre los hombros, avanza seguido de sus compañeros, más pródigos que él en sonrisas y saludos. Según me acerco a la mampara que comunica el pasillo con el Salón, entre la tribuna presidencial y el banco azul, oigo que alguien responde suficiente a la curiosidad apremiante de no sé qué

interlocutor acuciado, sin duda, por saber lo que el nuevo Presidente haya podido decir de pasada:

—Un Gabinete-puente para aprobar la Constitución.

Es lo que opina probablemente la mayoría. La parlamentaria incluso. Logro acomodarme mal que bien, de pie, entre el golpe de diputados que no han llegado a su escaño y el sinnúmero de intrusos de que formo parte, a tiempo que una salva nutridísima que hace unánime el aplauso subraya la sencilla ceremonia con que el Presidente y los Ministros suben a saludar al de las Cortes. Las palabras con que don Julián Besteiro explica breve y austeramente, con sencilla dignidad, el crítico trance por que ha pasado la República y la solución de la crisis, son recibidas con una ovación clamorosa, vivas estentóreos y señalado homenaje a la discreción con que el jefe socialista, interpretando republicanamente el sentir general y con valor que nunca mejor puede decirse cívico, ha afrontado y resuelto el trance dificilísimo.

Nuevos aplausos saludan al reciente Presidente del Gobierno al levantarse a la cabecera del banco ministerial. Empieza, como suele, en tono suasorio, la voz sin énfasis, más bien agudo el timbre, reposado el ademán, cortado de cuando en cuando de algún movimiento más rápido. Nada hay en su discurso que trasluzca la cuestión personal planteada tan aviesamente por Alcalá Zamora. Nadie sabrá nunca por él de una manera pública la conducta infame de su antecesor. Explicado y lamentado por el Presidente de la Cámara el motivo político que ha inducido a aquél a dimitir la presidencia del Gobierno Provisional, el entrante no hace más hincapié. Obtiene un aplauso estruendoso para su compañero Miguel Maura, cuya actitud respeta y cuya solidaridad, que su retirada del Ministerio tampoco desmiente, es apreciada como merece de cuantos con él han compartido las esperanzas del ayer próximo y las dificultades de la primera hora. El ex ministro de la Gobernación tiene que levantarse y agradecer, conmovido, la justicia favorable que el nuevo Presidente recaba para su merecimientos.

Luego de breve pausa, proclama netamente la verdad de la situación que el azar le ha llamado a presidir. Entiende ser Presidente del mismo Gobierno Provisional que constituye con las Cortes la República; pero en modo alguno interino; de ninguna manera en precario.[5]

5. Discurso de la Sesión de Cortes del 14 de octubre de 1931: «... no es un gobierno interino, no es un gobierno provisional, no es un gobierno transitorio...» (*O.C.*, II, pp. 62-63).

Su intención y su voluntad son de servir plenamente el designio personal que sus compañeros representan. Intérprete del sentir público, consciente del deber que supone el llevar a cabo la obra común, su propósito es el de ejercer la función presidencial, que se le confiere, mientras cuente con la confianza que se le otorga y desde luego sin limitarla de antemano en el tiempo, dándolo a la esperanza maliciosa de quienes puedan aguardar al acecho del desánimo la ocasión de un desquite imposible. Él está allí con la presencia de quien estima el presente fructífero como una continuidad sin interrupción presupuesta por un plazo. El Gobierno, todo lo provisional que requiera la necesidad de la labor que la Cámara se ha impuesto hasta el logro de la Constitución, gobernará desde aquel momento como si hubiera de hacerlo por los años. No ha habido en el discurso fluido, rápido, conciso en su lógica irrebatible, seguro en la decisión, contundente, rotundo, elocuentísimo en su sencillez, ni una vacilación ni una sombra. La Cámara entera, unánimes los diputados, a que se unen los espectadores de las tribunas rompiendo la rigidez del reglamento, estalla en una ovación clamorosa. Hay ojos que lloran y gargantas apretadas por la emoción. Con nadie comparto la mía, avaro de mi propio contento en una realidad tangible, de un afán hasta entonces vago de puro ideal. Estoy tocando con los sentidos corporales la Historia. El tiempo se ha detenido un punto en mi imaginación, para señalar un hito. Participo en el goce general con un sentimiento exclusivo e intransferible. Aquel hombre cuyo alcance excede a ojos vistas el nivel del término medio, aquel hombre *eminente* en toda la acepción de la palabra, es un poco obra mía. He sido vanguardia, ignorado de los demás, en la confianza general que el nuevo Presidente asume de pronto al dar cima al primer alcor. Y en tanto los diputados en su mayoría, con poquísimas excepciones que subrayan la unanimidad, desfilan ante el banco azul con efusivas muestras de adhesión, trasciende a la calle en el rumor hirviente del entusiasmo, en el rescate del despecho acobardado, la emoción de la jornada, constituyente en verdad la República. Su revelación clara, en el verbo que interpreta la propia acción del Presidente, manifiéstase incorporado al sentimiento público en el hombre señalado por su destino de español para regir la suerte de una patria sin restricciones ni reservas en el ánimo nacional.

Entretanto, la caricatura, simpática o acerba, de su figura nueva en los anales satíricos del periodismo madrileño, ha ido fijándose, a través de rasgos y líneas más o menos torpes, hasta la falsa imagen que,

multiplicando en un rostro gordinflón las verrugas efectivas, se significa principalmente por la perpetuación en su boca de una mella mentida. En los primeros meses de su ministerio en el de la Guerra, ha tenido, aquejado de ligera molestia, que acudir al dentista. Una vez más en la silla clínica se ha dejado hacer, más que pedir que le operen la levísima pronunciación de un incisivo. Ello hará que, desde entonces, todos sus caricaturistas, pintándole de memoria y casi siempre con la malévola intención de sus patronos, servidores a su vez del suscriptor y el accionista a quienes se deben, le vean afeado por el hueco negro en la dentadura. Así se escribirá también su historia, por algunos comentaristas diarios. La envidia no ha dejado de ser católica.

XXIX. El autor en el escenario y entre bastidores

Juzgó el nuevo Presidente que no convenía ya a su comodidad, a la dignidad del cargo ni a las necesidades ineludibles de su representación, el seguir viviendo en el piso de la calle de Hermosilla y se trasladó con su mujer al Palacio de Buenavista, donde de antiguo tienen asiento los ministros de la Guerra. Las oficinas de la Presidencia siguieron establecidas en el palacete de la entrada de la Castellana. Llevóse allí de subsecretario a Enrique Ramos, y en calidad de secretario particular a Juan José Domenchina, conocido poeta entre los jóvenes y amigo nuestro desde los tiempos de *La Pluma*. Era muy devoto de mi cuñado y por asiduo a la tertulia del Regina bienquisto de aquella compañía selecta.

Planteóse desde luego en el seno del Gobierno y en tanto proseguía la discusión parlamentaria de la ley constitucional, el problema de la Presidencia que la dimisión de Alcalá Zamora suscitaba de nuevo. El ex Presidente, una vez desahogado con el inoportuno desplante que puso a pique de perdición al régimen recién nacido, se dio contrito a expiar aquella intemperancia. Se atuvo al silencio que le fue prescrito y aunque volvió a la Cámara luego de una breve temporada de abstención, se mostró discreto y digno de la responsabilidad que con sus compañeros de Gobierno le había sido discernida anteriormente. De suerte que cuando llegó el momento de pensar en la provisión de la Presidencia, próxima ya la votación definitiva de la Constitución, otra vez se recurrió al nombre de Alcalá Zamora, a falta de mejor expediente con que afrontar el problema fundamental de la Repúbli-

ca. Subsistían, a juicio de los representantes más significados de la voluntad nacional, las dificultades que entorpecieron en un principio cualquier otra representación indiscutible. Unamuno, por ejemplo, que ostentaba en las Cortes la suya propia y que como Ortega y Gasset y Pérez de Ayala recababa la integridad de su independencia y la del grupo, por demás equívoco, que se denominó harto vagamente «Al Servicio de la República», no contaba con la confianza propiamente política del país para presidir los destinos del Estado. Ossorio y Gallardo, con pretensiones más fundadas, tampoco podía atribuirse la legitimidad sin discusión de semejante presidencia. Mi hermano político opinaba sin ambages ni circunloquios que la supuesta independencia de toda disciplina de partido no era bastante para justificar, antes al contrario contradecía, la necesaria elevación del Presidente en ciernes sobre las contiendas civiles de la opinión en que toda República tiene su fundamento. Por eso no acababa de parecerle bien tampoco, aunque accediera a su candidatura, la que se pensó en la persona de don Manuel Bartolomé Cossío, heredero espiritual y familiar, incluso sobre los naturales lazos de la sangre, de don Francisco Giner, fundador de la Institución Libre de Enseñanza. Enfermo el señor Cossío de gravedad meses hacía, el Presidente del Gobierno tenía por una de sus mayores satisfacciones la que le proporcionó la visita que quiso hacer a aquél para interesarse por su salud y agradecerle la opinión que sabía merecerle, a cuanto le venían diciendo quienes le oían asiduamente en torno a su lecho;[1] pero cuando por la enfermedad que le tenía tan adolecido que al cabo le llevó a la muerte, declinó el privado ofrecimiento presidencial, mi cuñado me confesó que prefería la abstención prudentísima del ilustre maestro, a verle disminuido, como no hubiera podido ser menos, por la misma inexperiencia política de su dirección espiritual. Él no creía que la política fuese una profesión escalafonada; pero la quería con vocación manifiesta y no que se entregara a los aficionados simplemente o los teóricos puros.

No sé si con cierta presunción por mi parte, en punto a la validez de mi opinión, harto impresionable a sus ojos de tan sensible como siempre he sido, es el caso que me pareció que no sin temor a mi

1. «Nos hemos visto en la alcoba del señor Cossío, que está en cama, enfermo de cuidado hace ya muchos meses. La alcoba es monacal, blanca, chiquita. Unas flores. El señor Cossío, acostado, risueño y melifluo como siempre, me saluda con gran emoción, y me retiene una mano entre las suyas, mucho rato, diciéndome mil cosas amables.» (*Memorias,* I, p. 250, del 27 de octubre de 1931, Editorial Crítica.)

reacción violenta, me dijo un mal día que estaba asegurada la presidencia de Alcalá Zamora, a falta de otro mejor. Me revolví, en efecto, oponiéndole su opinión de poco antes, cuando se consolaba del enorme trastorno causado por la dimisión de su antecesor con decir que no hay mal que por bien no venga y que no era poca suerte que el propio don Niceto se hubiera eliminado por sí mismo, eludiendo el choque en la lucha política ineludible si la República se implantaba sin restricciones. Como a su vez opusiera a mis exageradas razones en contra de la elección de Alcalá Zamora la imposibilidad de encontrar quien le sustituyera, puesto que los radicales seguían resistiéndose a la elección de Lerroux, y los socialistas, con el propio Besteiro a la cabeza, se negaban a repetir el ejemplo, no muy alentador ciertamente, de Ebert en la Alemania Social-Demócrata de la Constitución de Weimar, le di, a la desesperada de mis escasos pero firmes argumentos, un nombre con barba blanca: don Rafael Altamira, ilustre *repúblico,* título ambiguo que los periódicos discernían a algunos personajes como el Catedrático de Historia en cuestión, miembro significado de la Conferencia de La Haya e hispano-americanista neto. Hizo como que no asentía a mi sugestión. Le parecía, como un mes antes, que la solución mejor era la de Lerroux, toda vez que uno de los problemas que los republicanos verdaderamente nuevos seguían teniendo por resolver era el de su neutralización. Inutilizarlo era imposible e incluso injusto y contraproducente, porque su nombre y su historia representaban una contribución a la República, que se debía sobrepujar y purificar; pero no ignorar en modo alguno. Pensaba que si uno de los estigmas que podían cancerar el régimen nacional era la inmoralidad inconcusa que el jefe radical imprimía, con la propia, a la actuación de su partido en general, desacreditándolo en el concepto de las gentes, sería preferible darle, con el sueldo presidencial, el millón al año que necesitaba don Alejandro y el retiro honroso anejo a la vanagloria del Poder que suponía, para la generalidad de la opinión también, el acceso a la Presidencia de la República. Y no porque al ceder él, en ese último caso, a tal opinión, participara sinceramente en ella. Opinaba por el contrario que erraban cuantos atribuían al Presidente, interpretando mal la Constitución a punto de ser votada, el mismo papel meramente *moderador* de un rey constitucional a tenor de los últimos nuestros desde la restauración monárquica en el padre de Alfonso XII. A su juicio, al Presidente de la República le incumbía nada menos que la dirección efectiva de la política.

Me atreví a decirle, a título no más de repetidor de un parecer lisonjero, el de Monsieur Herbette, embajador de la República Francesa en Madrid de pocos meses antes y desde su llegada particularmente afectuoso con mi hermano político, de quien se manifestaba entusiasta, hasta la imprudencia profesional incluso. No se había recatado para manifestarme, al azar de un encuentro casual en el Salón de Conferencias del Congreso, su esperanza, casi segura, de que el ministro de la Guerra y Presidente del Gobierno a la sazón, lo fuera en breve plazo, en la Primera Magistratura del país. Pero él, como su personaje central de *La Corona,* precavido, si no desengañado, con exagerada previsión cazurra, «no sacaba los pies fuera de la manta». En sus memorias consta, contrariamente a la que me oponía, que tomó muy en cuenta mi opinión en pro del señor Altamira.[2]

Llegó el día, que fue más bien noche y al cabo madrugada, de la votación definitiva de la Constitución y se cumplió con ello el primer plazo de aquel azaroso Gobierno Provisional. En poco estuvo que la República se constituyera en federal por pequeñísima diferencia de votos e inestabilidad de la opinión parlamentaria de los partidos sin la suficiente disciplina aún para atenerse en su conducta a principios doctrinales incontrovertibles. Pero si la Constitución Federal le parecía al Presidente del Gobierno un peligro gravísimo, dada la propensión española a disgregarse en esfuerzos regionales o locales mínimos, mucho más intolerable se le hizo la ocasión en que se concedió, de sorpresa y por uno solo de mayoría, el voto a la mujer. Quizá por naturalmente aficionado a ellas era profundamente antifeminista y si no se tomaba siquiera el trabajo de discutirlo, su opinión y no se diga su sentimiento, estaban siempre en contra de la intervención manifiesta y de derecho de la mujer en la vida pública.[3]

2. Escribe Azaña el 1 de diciembre, con motivo de las discusiones en torno a la elección del Presidente de la República: «Se repasan nombres. Martínez Barrio, que Lerroux ya no puede ser, después de sus declaraciones de estos días. Yo hablo de Altamira. Ríos propone a Ortega; otros a Marañón o a Pedregal. Ninguno gusta a todos.» (*Memorias,* I, p. 316, Editorial Crítica.)

3. Compárese, sin embargo, con lo que anota Azaña al respecto, mucho más matizado: «La señorita Kent está por que no se conceda ahora el voto a las mujeres, que en gran número siguen las inspiraciones de los curas y los frailes, y si votasen se pondría en peligro a la República. La señorita Campoamor es de la opinión contraria (...) Yo creo que tiene razón la Campoamor y que es una atrocidad negar el voto a las mujeres por la sospecha de que no votarían a favor de la República.» (*Memorias,* I, p. 199, del 1 de octubre de 1931, Editorial Crítica.)

Tocaba a término la sesión nocturna de las Constituyentes, que ya apuntaba en matutina con las primeras horas de la madrugada, cuando mi amigo Luis Araquistáin, acercándose a mí a la puerta del hemiciclo, diose a considerar elogiosamente la rápida carrera de mi cuñado:

«Hasta el nombre de su Partido confirma el carácter temperamental de su política», me dijo ponderando las cualidades que le distinguían entre sus compañeros de Gobierno como verdadero hombre *de acción*. No recuerdo precisamente y no quiero forzar el recuerdo con una coincidencia mentida y en todo caso ociosa, si entonces ya me apuntó lo que luego dijo paladinamente: «¿Por qué no se hace este hombre socialista?» «Porque no lo es», le respondí riéndome. «¡Pchs! ¡Tantos no lo son!» Cierto que no llegó a decir: «tantos no lo somos». Poca gente sabe que algunos socialistas conspicuos desde la proclamación de la República no se habían sometido a la disciplina del Partido hasta poco antes de la convocatoria de las Constituyentes. A la pluma de Araquistáin se debió después en su revista *Leviatán* el mejor artículo [4] que se ha hecho, sin duda, sobre la actividad política del Presidente del Consejo a la sazón. En él y pese al prejuicio que no le permitía al propio aludido el admitir por entero aquella opinión clara en abono de su personalidad y de su acción pública, apreció siempre mi hermano un deseo clarividente y logrado en mucha parte de estimar con simpatía la obra que se proponía hacer. Acababa diciendo que dadas las premuras que las circunstancias imponían, o el Presidente del Consejo se preparaba a presidir en efecto la revolución española inevitable, o se vería arrollado por esa contingencia. Más que ese vaticinio le impresionó, molestándole por mucho que lo disimulara con su sorna habitual, la comparación que se permitió en broma un diputado propietario del *Pueblo Vasco* de San Sebastián, pronosticándole, entre burlas y veras en un pasillo del Congreso, que sería el Kerenski español.

Poco antes, o poco después, vino a Madrid el ex presidente ruso y mi hermano sacó de la mera visita de cumplido que aquél le hizo

---

Véase también *La velada en Benicarló,* Editorial Castalia, p. 96: «Por eso afirmo paradójicamente que la igualdad de derechos para hombres y mujeres, o, como suele decirse, "la emancipación legal y política de la mujer", produciría a la larga el fruto inesperado de asegurar al marido una independencia, una libertad que con demasiada frecuencia no ejerce.»

4. Luis Araquistáin, «La utopía de Azaña», *Leviatán*, número 5, septiembre de 1934.

en el Ministerio de la Guerra, la impresión de que era un hombre sin muchos alcances y sin ningún interés, ni como espejo de gobernantes desgraciados. Con todo, creo tener motivos sobrados para suponer que el pronóstico juicioso de Araquistáin y el augurio sin importancia del vasco simpatizante, pero inoportuno, ejercieron una influencia en su ánimo, no menos cierta por mucho que él mismo creyera en el curso de los años haberse desententido de ella. Y no tanto porque se lo hubieran dicho, ni porque tuviera presente aquel escrito enjundioso y aquellas palabras ligeras, como por la efectividad que, hasta cierto punto y salvando distancias físicas y morales en la política y en la historia, las imprimió el curso fatal de los sucesos de su vida.

Llegado que fue el momento de elegir Presidente de la República me hallaba yo fuera de Madrid en mis funciones teatrales por Barcelona. Al encargarme el año antes de la dirección de la Compañía de la Xirgu, me propuse desde luego que representase *La Corona.* Sin esperar a que me hiciese insinuación alguna en ese sentido, le recordé el gusto con que decía haberla leído antes de su publicación en librería y la docilidad con que el autor se había prestado a reducir su texto, que juzgábamos demasiado denso y enjundioso. Queriendo redoblar mi intención con otra más valedera ante la misma Margarita, por los mutuos intérpretes creados en la profesión teatral, aproveché la obligada visita que hice a los hermanos Quintero, durante su veraneo en Fuenterrabía y el mío en Zarauz y en San Sebastián, a fin de solicitar de ellos una comedia nueva, para pedirles al propio tiempo que recomendasen a su amiga e intérprete el drama de mi cuñado. Nuestro parentesco y amistad cohibían en ese caso concreto la libertad del asesoramiento que cumplía a mi función en la Compañía, y sabedor yo, de trasantaño, que los Quintero habían manifestado al autor su gusto por *La Corona,* me pareció que su influencia podía corroborar la mía, tanto más cuanto que en modo alguno verían ellos un competidor temible en aquel hombre de letras aventurado en el teatro sin el empeño minucioso de la profesión decidida en tal comercio con intento de lucro.

Hubiera yo cejado, sin embargo, en mi deseo de estrenar *La Corona* al producirse rápidamente los sucesos a que el autor debía ya notoriedad política tan destacada. Estimaba demasiado la obra para someterla a un fallo que necesariamente veía contaminado de prejuicios contrarios a su sencillo entendimiento por parte de un público sin la ingenuidad requerida para una representación teatral. Pero contraria-

mente a lo que me hacía suponer mi conocimiento amistoso del autor del drama en cuestión y de aquella su intérprete elegida, uno y otra, lejos de rehuir la tentación que las circunstancias nos ofrecían, se apresTaron a aprovechar el momento, como empresaria la actriz y dándose a sí en espectáculo el ministro, y a ofrecer a la curiosidad morbosa del espectador fácil lo que debían a su gusto, por escogido, más merecedor de tan buen manjar. Ello es que decidimos para nuestra segunda temporada en el Español que había de ilustrarla estreno tan llamativo. Como según una cláusula del contrato de cesión del Teatro Municipal habíamos de compartirlo aquel año aún con otra compañía, quisimos que las primicias de *La Corona* en la interpretación de Margarita fuesen para el público de Barcelona.

Estando yo en Madrid a fines de aquel verano, me solicitó Pérez de Ayala, de paso con licencia en sus funciones de flamante Embajador de Londres, para que dirigiera en otro teatro que el Español cierta adaptación de su antigua y famosa novela *A.M.D.G.* que un actor de poco nombre y acertada intención acababa de hacer con vistas a su representación inmediata. Accedí porque el autor a la sazón extremosísimo conmigo no echara a mala parte mi negativa y la obra se dio bajo mi responsabilidad artística en el Beatriz que como el Victoria y el María Isabel disimulaban malamente su anterior dedicación a la reina y a las infantas de la última Corte de la monarquía española. El éxito fue escandaloso y grande la batalla, que los jesuitas nos dieron ostensiblemente, aceptando la que le ofrecíamos los republicanos en todos los terrenos de su vasto dominio español.[5] Hubo bofetadas y puñetazos entre los espectadores de las butacas; rompiéronse algunas y tal cual cabeza dura. Fueron de los más batalladores mi cuñado Diego, el hijo de Enrique de Mesa, y Rafael Sánchez Guerra, subsecretario hasta pocos días antes de la Presidencia del Gobierno. La significación católica de que alardeaba hacía más ostensible su protesta contundente contra quienes se manifestaban iracundos en contra de la representación, interrumpiéndola airados apenas comenzada.

Estando yo en Barcelona con la Compañía de la Xirgu fueron otros cómicos que los míos en Madrid a representar en otro teatro que el nuestro, a la sazón, el *A.M.D.G.*, que tanto ruido había hecho. No tenía yo arte ni parte en aquella empresa; pero no pude sustraerme

5. Primera semana de noviembre de 1931.

tampoco al influjo de tal representación en mi negocio teatral. El Gobernador Civil, Anguera de Sojo, cuyo prestigio naciente en la política procedía de la independencia de su actuación, rigurosamente republicana, con respecto a sus convicciones religiosas profundamente católicas, me llamó a su despacho y se creyó en el caso de explicarme las disposiciones que había tomado para asegurar las representaciones de la obra de Pérez de Ayala. Al parecer, unas damas, en nombre de la sociedad barcelonesa, herida en no sé qué sentimientos cristianos, se dirigieron al Gobernador porque viera de evitar el escándalo que suponía el anunciado estreno de *A.M.D.G.* Anguera de Sojo les contestó que no habiendo censura previa para los espectáculos teatrales, no podía prohibir de antemano la representación; que el fiscal sería, en todo caso, quien denunciaría la obra como delictiva si lo era y que al juez correspondía el suprimirla o no del cartel. El Gobernador únicamente a título de conservador del orden público, si era perturbado durante el espectáculo, estaba facultado para tomar la decisión de prohibirla. Al oír lo cual las damas en cuestión, mirándose significativamente, le habían dado las gracias. Comprendiendo lo que aquellas miradas y aquel agradecimiento podían significar, dio inmediatamente las órdenes oportunas a la Dirección de Seguridad para que en modo alguno se permitiera nadie perturbar la representación anunciada, sin la merecida sanción. Poco tardé en comprobar la rectitud de su conducta en aquella ocasión. De allí a pocos días se estrenaba *A.M.D.G.* en Barcelona y las damiselas, que con sus galanes acudieron a escandalizar al teatro fiados en la impunidad que creyeron erróneamente les prometía el gobernador, fueron a dar con sus huesos en la comisaría correspondiente y en la Dirección de Seguridad regentada todavía por Arturo Menéndez, Director que fue luego de la de Madrid. Anguera de Sojo, acendradamente católico por su madre, beata venerada incluso en algún altar de la propia Barcelona, no me había solicitado tan sólo para darme aquella noticia que no me incumbía gran cosa, dado que nada tenía ya que ver con la Compañía que daba *A.M.D.G.* Quiso decirme, porque me interesaba más directamente, que había recibido otras confidencias, anónimas y expresas de palabra, acerca del insulto que suponía para los buenos católicos la obra del Presidente del Gobierno, que Margarita Xirgu preparaba bajo mi dirección para su inmediato estreno en Barcelona, precisamente el 8 de diciembre, festividad de la Purísima Concepción. A creer aquellos disparatados informes —por tales los tenía desde luego el Gobernador— la comedia

se titulaba «*Conchita*» y era una burla grosera del dogma con que la Iglesia católica ha coronado el delicadísimo y fundamental de la Virginidad de la Madre de Jesús. Tranquilicé fácilmente los escrúpulos de Anguera de Sojo y no tanto la aprensión de Margarita que veía en tales rumores, por muy absurdos que fueran, una señal inequívoca de la animadversión política que pretendía malograr nuestros planes exclusivamente artísticos, y nos dimos a los últimos preparativos de *La Corona* que ensayábamos para cuando su autor pudiera ir al estreno.

Amigo de Margarita, más que mío, era el escritor Joaquín Montaner. Tenía un hermano conocido por su lerrouxismo y otro que hacía de crítico teatral en Barcelona. Montaner se me mostraba particularmente afectuoso desde el advenimiento de la República y decía tener puestas en mi cuñado las esperanzas particulares que le correspondían en el sentimiento general.

Conocedor de los catalanes, entre los que se contaba pese a su origen extremeño y tan influyente con los gobernantes de la Generalitat como antes con los representantes de la Dictadura, que instó a que procurase el estreno de *La Corona* no en el teatro Goya, donde habíamos la temporada, sino en el Liceo, que si siempre destinado a la ópera, era el único digno en Barcelona del espectáculo singular que preparábamos. Le parecía que el homenaje dedicado al Presidente del Gobierno, cuyo prestigio se adornaba por modo muy principal del compromiso mantenido y en vías de cumplimiento con la voluntad autónoma de Cataluña, merecía el mejor escenario de la capital. Se ofreció a procurar que en él se celebrara tan gran función y con mi permiso, ya que cuanto decía me parecía justo, puso manos a la obra de lograr su propósito, que ya era nuestro. Justo es decir que Margarita, sin oponerse al intento, no participaba enteramente de nuestro criterio. Quizá porque temía el primer descalabro que habíamos de sufrir con la negativa de unos y el poco empeño de los más obligados. Margarita, catalana por los cuatro costados, sentía, no obstante, muy poca simpatía personal por los separatistas. En efecto, las autoridades de aquel Gobierno en que se ensayaba provisionalmente el autónomo, no supieron o no quisieron con mucho empeño reducir la resistencia pasiva de los propietarios de los palcos del Liceo, entre los que contaban los nombres más conocidos de la poca aristocracia netamente catalana y los muchísimos advenedizos que constituyen la alta mesocracia barcelonesa, y al cabo de unas cuantas gestiones ineficaces con-

vinimos todos en que era mejor estrenar *La Corona* en el teatro donde actuábamos.

Escrita la obra sin precisión de época ni lugar determinados, pensamos de acuerdo con el autor, Margarita y yo, que el ambiente más adecuado a su representación era el de la época que en España llamamos Isabelina y en Francia de Luis Felipe; pero cuando vi los figurines de los trajes, del hermano de Margarita, y los bocetos del decorado del escenógrafo Burmann, harto estilizados, el de la primera decoración sobre todo, que por serlo ha de ser siempre especialmente cuidado porque no yerre la atención del espectador al situársele desde luego erróneamente, no estuve conforme. Disimulé, sin embargo, mi disconformidad. Me pareció asimismo, en los ensayos muy adelantados durante mi estancia en Madrid, que la evidente flojedad con que los actores traducían el texto a la acción teatral no correspondía a la intención del poeta dramático. Mi mayor decepción, inconfesable entonces, era la rara incomprensión, a mi entender, con que Margarita la emprendía con el papel de la protagonista. Tanto me acobardó mi desilusión prematura, que no acerté, cohibido por no sé qué respeto, a manifestar directorialmente mi descontento, como si mi fraternidad con el autor menoscabase en lo íntimo de mi ánimo la seguridad de mi opinión acerca de *La Corona*. Margarita por su parte, según pude darme cuenta luego, contrariamente a su aventajada experiencia, sentíase asimismo coartada por un indudable sentimiento de inferioridad que le sobrecogía el ánimo en presencia del «Señor republicano» cuya sonrisa cordial para con ella no era bastante a darle confianza que contrapesara el respeto. No era la ocasión de la obra ciertamente lo que cohibía a la intérprete de la reina Diana, sino la responsabilidad de su interpretación misma, que disimulaba, como yo, con atender a las incidencias exteriores inherentes al viaje del autor. Comprendí que no se sentía confiada y a gusto en el papel cuando le oí decir que, como todos los grandes dramaturgos españoles había hecho obra de varón y no de mujer, refiriéndose a la primacía, según ella, en la acción de *La Corona* de los personajes masculinos sobre el que ella encarnaba. No sabía, sin embargo —no lo sabía yo tampoco tan cumplidamente como acerté a comprenderlo después—, hasta qué punto tenía razón. La protagonista del drama de mi amigo era, en efecto —ya lo he dicho—, pura transposición del ánimo del autor en la ficticia encarnadura que ella había de incorporar.

Mostró deseos mi padre de asistir al espectáculo que le prometía

la concesión por nuestra parte a Barcelona de las primicias de aquel acontecimiento, que algún cronista se adelantó a señalar como menos singular de cuanto pudiera creer cualquier profano en los anales político-literarios del siglo XIX español. Martínez de la Rosa siendo Presidente del Consejo, Echegaray de Ministro de Hacienda aunque con pseudónimo que disimulaba su personalidad, don Adelardo López de Ayala, presidiendo a su vez el Gobierno, habían sometido el prestigio de su autoridad a la opinión del espectador teatral, harto menos respetuoso y disciplinado que el simple contradictor en la opinión pública. Aunque avanzado mi padre en años y dolido de su viudez relativamente reciente, su buena salud y su excelente espíritu abonaban el deseo, que mi hermana quiso cumplir adelantándose con él a la llegada de su marido a Barcelona, en compañía del subsecretario Enrique Ramos y su mujer. No hubo manera luego de que accediera a esperarle en el hotel Colón, donde el Gobierno de la Generalitat tenía preparado alojamiento al Presidente del Consejo de Ministros. Eludiendo mi vigilancia se escapó con los demás a la estación y pudo así presenciar con riesgo de estrujamiento la entrada del rápido en que viajaba su yerno, acogido por una magnífica demostración de simpatía de los ferroviarios agolpados en las techumbres de cuantos trenes llenaban las vías, ocupados asimismo los andenes de una multitud desbordante que unía sus vivas estentóreos a los silbidos de las locomotoras y al estruendo del aplauso unánime. Antes que el cortejo presidencial volvió mi padre al hotel y se asomó al balcón con lágrimas de alegría en los ojos. A poco, desembocaba por la Ronda de San Pedro en la Plaza de Cataluña el coche descubierto que conducía al Presidente a paso de carroza por entre la multitud que lo rodeaba vitoreándole. Enrique Ramos, a mi lado en el balcón también con mi padre y mi hermana, me hizo notar sin embargo, lamentándose de la mala organización de la entrada, que la plaza no estaba enteramente llena como debiera. Las sombras de la noche, pese a los potentes focos del numeroso alumbrado público, disimulaban un tanto la falta que Ramos echaba de ver; pero era evidente. Se nos hacía poco el recibimiento, siquiera el viaje no fuese oficial y acaso por la misma razón. Ramos, probablemente con motivo, atribuía, ya que no la frialdad, porque el entusiasmo era patente asimismo, la defección que en el número de concurrentes advertíamos a las diferencias políticas que separaban en Barcelona a los catalanistas, y entre éstos a los antiguos elementos conservadores de la *«Lliga»,* de los republicanos de *«Ac-*

ción» deseosos, contrariamente al íntimo pensar del propio presidente del Partido, de formar grupo aparte de la *«Esquerra»* manteniendo ciertos fueros de la política centralista en Cataluña. La masa victoriosa que acompañaba al Presidente rodeándole de banderas catalanas y alguna de la República desde la estación, le obligó reiteradamente con sus vivas a salir al balcón contiguo al nuestro a agradecer aquellas muestras de entusiasmo de su sola presencia. No hubo manera de que hablara. A fuer de orador no desaprovechaba nunca la ocasión propicia y aquella noche no lo era, ni había ido a eso.

Quiso asistir a la representación desde el público y no, como es uso, entre bastidores. Como el palco había de ser, pues, un proscenio, compartió con los actores la atención de la platea, deseosa, por irresistible curiosidad, de atender a las intenciones que pudiera reflejar la fisonomía del autor tanto o más que a la escena.[6]

Margarita señaló luego con indudable acierto ese primer error psicológico de nuestra previsión, que corregimos en Madrid pidiéndole que no repitiera la experiencia contraproducente del estreno de *La Corona* en Barcelona. Y no es que en modo alguno, ni en ningún momento se mostrara el público, que más que llenar abarrotaba la sala no muy numerosa aunque suficiente del teatro Goya, desatento, frío ni indiferente. Oyó el primer acto en un silencio que hacía doblemente dramática la comunicación de la sala en el escenario, cuyo fluido espiritual constituye la esencia del teatro. Y al caer el telón, un aplauso cerrado ininterrumpido, vueltos los espectadores todos del patio y asomados sobre el balcón los de la galería hacia el palco en que el autor presidía la función, le saludó largamente. Margarita me traducía después, en la reflexión que siguió un día tras otro a las encontradas emociones de aquel estreno, la impresión de desasosiego que con ella habían experimentado sus compañeros todos, al sentir la dualidad del interés del público, ajenado del espectáculo escénico por el que se daba con la contemplación del palco presidencial. No habían conseguido lo que se dice entrar en situación. El público tampoco, pese a las manifestaciones personales a la figura erguida del Presidente, reproducidas al final del segundo acto y al terminar la obra; pero

6. «Mi extraño destino ha querido que venga a estrenar cuando estoy en la punta de la cucaña, incómodamente expuesto a la curiosidad pública, y que asista a un estreno de obra mía, no desconocido como yo lo imaginé, sino despertando más curiosidad que la obra misma.» (Manuel Azaña, *Memorias,* p. 352, del 18-21 de diciembre de 1931, Editorial Crítica.)

inequívocamente dirigidas a él en tanto que *«revelación de la República»* como político más que al dramaturgo. El poeta dramático tenía que dolerse y se dolió de aquel suceso. No me disimuló su descontento:

—Me habéis estropeado la obra —me dijo no más encontrarnos de regreso en el hotel—.[7] ¡Qué más quisieron, entre los amigos que de Madrid habían acudido al acontecimiento, quienes, presentes en aquel instante por presumir de más afectos, encontraban en aquellas palabras ingenuas la mejor explicación de su incomprensión de *La Corona*! Inútil hubiera sido decirles, y no se lo dije, que su disgusto procedía de su natural insensibilidad, convencido como estaba de que por muy bien que la hubiéramos representado nunca se alcanzaría a su corto entendimiento la hondura poética, la profundidad humana de aquella invención, tampoco tan torpemente interpretada que se perdiera del todo su fuerza ni su gracia.

Yo sabía muy bien, o lo supe enteramente entonces, que si el autor de *La Corona* aceptaba al cabo su representación en tanto en precario, pues que se le ofrecía de añadidura en el ejercicio del Poder con la facilidad que hubiera querido dos o tres años antes, esa aceptación implicaba una piedra de toque con que estimar si la adhesión fervorosa al hombre de gobierno significaba tal capacidad de sensibilidad común con su público como para fiar en la eficacia de aquella delegación que la voluntad popular le otorgaba sin restricciones aparentes, antes bien, instándole a nuevos empeños de más ardua consecución. El fracaso de *La Corona* ante sus primeros espectadores —que por tal diputaba, bajo tanto entusiasmo vocinglero y de palmas, su representación en Barcelona —le desengañaba una vez más, en contra de mi optimismo comunicativo, de la posibilidad de hallar en el ámbito de la sociedad española un círculo suficiente de personas discretas —él atribuía a la discreción el valor exaltador que se daba al vocablo en nuestro gran siglo— en que fundar cierta comunidad del sentimiento artístico español, correspondiente en nuestro tiempo a la grandeza que unas cuantas plumas y algunos pinceles elegidos nos han dejado por herencia resistente a todas las mudanzas de la fortuna imperial y al hundimiento, ruina y deprecio de los antiguos galeones americanos cargados con el oro colonial.

7. «Teatralmente, la obra *no sale* (...) Yo salí del teatro disgustadísimo. Con un dolor, como si hubiese visto violar a una hija mía.» (*Ibid.*, pp. 353-354.)

Probándose de nuevo los trajes de escena, para los últimos retoques pertinentes antes del ensayo general en Madrid, pasado que habían tres meses del estreno en Barcelona, me comunicó Margarita su sobresalto. La modista le había dicho que se preparaba algo en los medios aristocráticos con ocasión de la primera de *La Corona.* La tal modista, mujer de un buen ver todavía y, como suelen las de su oficio, de mucho mundo, tenía, por su clientela y por el padre de su única hija, ciertas concomitancias con la «buena sociedad» madrileña. No se recataban sus clientes, a cuanto ella decía, para prometérselas felicísimas de allí a poco. Sabiendo como sabían su amistad con la Xirgu y que solía asistir invitada a todos los estrenos del Español, le habían aconsejado que no lo hiciera al de *La Corona.* La suficiencia de sus sonrisas decía mucho más de cuanto hablaran, que ya era bastante. Margarita por su parte me reiteró sus admoniciones de otras veces: La gente era muy mala, mis amigos y el Gobierno en demasía confiados y todo daba que pensar en que había en efecto mucho que temer; cuantas precauciones se tomaran eran pocas a su entender.

El Presidente del Gobierno quiso asistir, ya que no lo había hecho a ningún otro ensayo, al general que antecedió al estreno de su obra en Madrid. Se celebraba como muchos otros a prima tarde y me quedé a comer en el Ministerio para acompañarle al teatro. A punto de salir y con el coche al pie de la escalera ya alguien llamó al teléfono con urgencia a mi cuñado. Por la viveza de sus respuestas y el disgusto del semblante que mostraba advertí que se lo causaba desde luego el aviso:

—No, lo mejor entonces será que me quede en casa y no vaya ni antes ni después —pareció concluir, disponiéndose a dejar el aparato. Pero sin duda el interlocutor al otro cabo del hilo corregía su primer aviso, por cuanto luego de escuchar unos minutos más, volvió sobre aquella primera decisión de su mal humor, insinuante una sonrisa en sus labios. —Bien, bien, ¡ya! Si es así, ahora mismo salimos —y volviéndose rápido a mi pregunta al dejar el teléfono—: No, nada importante. Tonterías. Vamos.

Y echó a andar hacia la puerta del despacho y el ascensor. Pasábamos por Neptuno, cuando me dijo sin la menor importancia:

—¿Sabes quién me llamaba? Arturo Menéndez. Me decía que, según parece, había no sé qué preparado... ¡Nada, seguramente! Que si un atentado...

—Pues ya sabes que no soy precisamente pusilánime; pero me parece una temeridad que si te ha dicho eso, vayamos al ensayo ahora.

—No; me decía únicamente que si no podía retrasar la hora, porque según las confidencias que tenían, había de haber tres apostados a cada una de las puertas del Español, la entrada de los artistas por la calle de la Visitación, la principal de la Plaza de Santa Ana y la de la calle de Echegaray...

Insistí en que no debíamos seguir el camino si el director de seguridad nos lo aconsejaba así; pero atajó mi movimiento hacia el cristal por llamar la atención del lacayo y del conductor.

—... Al darse cuenta de mi mal humor me ha dicho que, después de todo, no hay ya peligro alguno, porque han detenido efectivamente en una taberna frente al teatro al individuo que tenían señalado, con una pistola cargada.[8] Como los otros dos estarían dispuestos, no a sustituirle si lo descubrían, sino de primera intención por si entrábamos por cualquiera de las otras dos puertas, me ha dicho él mismo que podemos ir.

En el teatro nada sabían ni nada les dije, sino que por todas partes había policías: En las puertas, en los pasillos, en el patio de butacas, en los accesos a las galerías altas, entre cajas, en el telar. Margarita, nerviosísima, aunque satisfecha con aquel inusitado lujo de precauciones, me dijo aparte que no tuviese el menor reparo, si lo creía conveniente, en suspender la función para otro día y, por mucho gusto que ella pusiera en la asistencia del autor al estreno, si podía ocurrirle el menor accidente o su presencia dar lugar a cualquier cosa, era mejor que no fuese. Ella, ¡a qué negarlo!, tenía mucho miedo de que la pasase algo en el teatro. La tranquilicé echando un poco a broma sus exagerados temores y ponderando el caso que hacía de sus advertencias, pues que ya veía las precauciones adoptadas. El autor asistiría a la representación, como teníamos convenido, entre bastidores según se acostumbra.

No recuerdo que se pasara en el ensayo toda la obra, ni que mi cuñado hiciese mayores reparos a las pocas modificaciones que habíamos hecho en la representación, a tenor de sus quejas de Barcelona; quizá no los hiciera convencido de la inutilidad del esfuerzo en querer vencer un vicio de origen, sin remedio a tales horas ya. Se mostró por el contrario amable y decidor con sus intérpretes, con el actor Maximino y el veterano Contreras, muy contento el uno según me decía del honor del papel y aunque un tanto mohíno el segundo, que pretendía

8. «Después han detenido a un tal Lahoz, que rondaba el teatro aquella tarde, y está en turbia relación, que nadie sabrá aclarar, con gentes de la derecha.» (*Memorias,* I, p. 456, del 14 de abril de 1932, Editorial Crítica.)

por su condición de «barba» que se le hubiera repartido a él, honradísimo también con interpretar el drama de su ídolo. Consecuente republicano, no se contentaba con menos de ese y otros dictados exageradísimos con que manifestaba su adhesión entusiasta al hombre genial, al único, al insuperable, al insustituible y qué sé yo cuántos epítetos elogiosos de su devoción al Presidente del Consejo. El buen Contreras, de la estirpe liberal de los sin tacha del siglo pasado, tiene la bondadosa inocencia del masón y el arrebato propio del wagneriano. Tocaba al piano de oído los temas más escogidos de la Tetralogía e incluso una transcripción íntegra de la obertura de *Tannhaüser*.

Con Margarita estuvo el autor especialmente afectuoso y, de entonces más, la llamó Diana siempre que quiso demostrarle su simpatía personal. Ella, que en su presencia perdía mucho de su natural desenvoltura femenina, de lo que se daba cuenta llamándose tonta y doliéndose de que a él se lo pareciera, me estaba particularmente agradecida por la mediación que ponía en aquel mutuo afecto que el respeto al grande hombre entorpecía en sus expansiones más corrientes; la conversación incluso. En una ocasión poco antes o poco después, no recuerdo bien, Margarita me dijo entre burlas y veras: «¡Qué feliz será la mujer a quien quiera usted!» «¡La mía!», le interrumpí, sin saber a dónde iba a parar, ya que entre mi primera actriz y yo no había ni podía haber ningún sentimiento que complicara la sencillez de nuestra amistad. «Porque si sabe usted muy bien —continuó— halagar a una buena amiga como yo, con lo que más pueda satisfacerle en un momento dado, ¡qué no hará usted con la mujer de quien esté enamorado verdaderamente!»

Todo porque encontrándose unos días en El Escorial, pasando los de la vacación teatral de Semana Santa, convaleciente de una de tantas crisis como han amenazado su vida a lo largo de su carrera de actriz, me apresuré a acompañar a mi cuñado en su deseo de hacerle una visita, aprovechando nuestro paseo habitual; lo que ella había atribuido a mis insinuaciones más que al impulso naturalísimo del autor de *La Corona*.

Entre los muchísimos curiosos que se quedaron sin localidad para el estreno en Madrid,[9] recuerdo a la hermana de doña María Guerrero, actriz también en sus últimos años por justificar con su trabajo la ayuda que le prestaba el matrimonio Díaz de Mendoza, pensionando su viudez del que había sido de por vida administrador gerente de la empresa.

9. El 12 de abril de 1932.

Anita Guerrero era amiga de mi suegra y fiada además en el obligado compañerismo de la Xirgu, acudió aquella noche a que la dejáramos presenciar la representación desde cualquier parte. Se acomodó en una silla en la primera caja para poder espiar mejor al ilustre autor que, entre bastidores también, quería seguir la reacción del público madrileño ante su obra.

Momentos antes de levantarse el telón, cuando todo el mundo estaba ya sentado, entró en el zaguán del saloncillo Jacinto Benavente. Mi cuñado y yo nos encaminábamos ya hacia el escenario.

—Quiero venir a darle la enhorabuena por anticipado, antes del tumulto que habrá en el entreacto —dijo saltarín, tendiéndole la manita blanca y fría, sonriente, pero como siempre sin mirar a la cara.

—Muchas gracias —le contestó secamente el Presidente del Consejo. Y volviéndose a una niña, que solía hacer con gracia los papeles de tal en nuestra Compañía, se dio a acariciarla y hablarle con exagerado interés. El viejo Contreras, caracterizado de pastor, presenciaba la escena a una parte del zaguán. Claro que Benavente no volvió a entrar aquella noche, ni a saludarme a mí tampoco en mucho tiempo. Yo ya me había adelantado a negarle el saludo, excepción hecha de las veces que nos encontrábamos en presencia de Margarita. Era la única solución que merecía su conducta. A mis oídos y a mis ojos había llegado meses antes el texto de unas cartas indignas escritas, por los días de la proclamación de la República, desde Arcachon, donde terminaba la comedia que le estrenamos en el teatro de la Chelito, a su administrador al parecer, con quien tarifó luego escandalosamente. En aquellas cartas, y sin motivo que justificara su agravio personal para conmigo y mi cuñado, insultaba nuestra amistad fraternal, atribuyéndola a un sentimiento de los que antes se decían inconfesables y que él no siempre ha disimulado en su vida íntima. Tampoco puedo saber por qué arremetía también, por otro concepto, contra Indalecio Prieto. Todo a título de antirrepublicano furibundo, condición de que dejó de presumir desde su punto de vista de entonces, de monárquico-liberal, para hacerlo de simpatizante, ideal cuando menos, con las doctrinas políticas más arriesgadas contra la burguesía a que él pertenecía sin remedio.

Al final del primer acto, aunque se había prometido no hacerlo hasta terminarse la obra, tuvo que salir ya el autor a saludar al público que le aplaudía largamente y, a lo que nos parecía, más directamente interesado en el drama que el de Barcelona.

—¡Qué pálido está! —fue el comentario de Anita Guerrero—. ¡Es que el público frente a un escenario impresiona más que nada!

Nunca fue rubicundo el Presidente del Consejo. Difícil era poner colorado al autor de *La Corona*. Ni la comentarista, fidedigna porque a la vista estaba, ni yo mismo, podíamos suponer entonces el signo fatal de aquella palidez.

El éxito se tradujo al final de la función en una ovación imponente que recibió adelantado unos pasos del coro de sus intérpretes.

Caído el telón accedió a retratarse con Diana y su corte. En los entreactos y terminada que fue la obra, desfilaron ante él, amigos entrañables y curiosos sin número a estrecharle la mano cuando no entre sus brazos. Entre el segundo y el tercero le llamó para felicitarle don Niceto, que se dignó asistir desde el proscenio oficial, al frente del Gobierno en pleno, repartido por los palcos contiguos. El mundillo teatral de los estrenos se sumó sin distingos al espectáculo, insólito en nuestro tiempo; pero los críticos que más habían elogiado el drama cuando su publicación en librería tres años antes, excusaron con el juicio anterior el reiterarlo con otra cosa que con señalar el felicísimo suceso del estreno en el Español. No faltaron las reservas, como con obras teatrales de Galdós, a título de la supuesta superioridad literaria de *La Corona* respecto a sus cualidades propiamente dramáticas. El pedante majadero que hacía la crítica en *La Época* trocó su exagerada benevolencia para con Margarita y conmigo hasta aquella fecha, por una actitud de intransigencia incomprensible en quien se las daba de hombre de mundo. Lo menos que dijo fue que se había dormido. La verdad es que troyanos y tirios se llamaban a engaño: los unos porque no hallaban en la obra del Presidente del Consejo nada que pudiera abonar la campaña política contra el reformador del Ejército y el propulsor del artículo 26 de la Constitución; los otros, entre los cuales muchos partidarios, porque le hubieran querido afrontando desde la escena los mismos problemas circunstanciales que el orador planteaba, discutía y resolvía razonable y elocuentemente desde la tribuna.

Con todo, hubiérale resarcido con creces el éxito de Madrid del de Barcelona, si a la segunda representación no hubiera acudido de nuevo al teatro y visto, ante una sala menos que mediada, la interpretación languidísima que, como suelen fatalmente en todas las segundas, daban los actores, pasado el fervor nervioso del estreno y antes de realzarlo luego del primer domingo por la tarde, al contacto con el público *sano*.

—¡No hay obra que resista! —dijo una vez más por todo comentario, y se desentendió por mucho tiempo de aquel fracaso, a que era tan sensible, por motivos más nobles que el afán de lucro en la ventanilla de la Sociedad de Autores.

A las veinte o treinta representaciones retiramos *La Corona* del cartel. Como los empresarios de provincias advirtieran al gerente de la compañía del *boicot* que sus abonados y habituales oponían de antemano al estreno de la obra del Presidente, se quitó del repertorio. Álvarez del Vayo, embajador en México por aquel tiempo, quiso agasajar al Jefe del Gobierno cumplidamente y organizó, con una empresa del país, el estreno de *La Corona.* Tuvo un éxito de ocasión tan lucido o más que el de España, aunque sin quedar tampoco vinculada a compañía alguna.

Yo sigo teniéndola por la mejor tragicomedia española de nuestro siglo y al par de las mejores del más grande.

XXX. La verbena de San Lorenzo

Asomaba yo algunas mañanas por la secretaría particular del Ministro de la Guerra, que seguía rigiendo el comandante Saravia; pero casi nunca veía a mi cuñado, agobiado con el despacho y el visiteo, hasta la hora de comer, cuando me quedaba a hacerlo con él y con mi hermana, la mayor parte de las veces sin invitación previa. Invitado siempre y recibido con más agrado que yo incluso, lo estaba mi primogénito José Ramón, a quien el mundillo de ujieres, chóferes y centinelas de escaleras abajo divertía sobremanera. Después de comer, a prima tarde, salíamos en coche con el presidente a dar un paseo por las afueras y los alrededores hasta El Escorial, Alcalá o el Puerto de Navacerrada. Martín Guzmán era, con Sindulfo y conmigo, de los acompañantes más asiduos. El niño no faltaba casi nunca, porque nadie distraía a su tío tanto como él.

Pagadísimo de su presencia en la casa, se hacía valer con distinciones y mimos que, por otra parte, merecía su compañía infantil. El Embajador de Francia, monsieur Herbette, pudo advertir alguna vez la libertad de que el sobrino del Ministro gozaba en el Ministerio.

—¿Y de quién es la culpa? —le contestaba gozosa su mujer, si el Ministro le traía un tarugo de pan o media galleta que el Embajador había podido ver encima de la mesa de su despacho oficial—. Un día

te pondrá en ridículo de veras. —A él, sin embargo, no se lo pareció cuando entrando una tarde un asistente a limpiar en una de las habitaciones particulares, se encontró a Su Excelencia tumbado en el suelo bocarriba y al chico dando saltos encima de él como quien va a caballo. Años atrás, siendo Secretario del Ateneo, me contó un día la grata impresión que le había producido, en una visita al Conde de Romanones, Presidente entonces de la Docta Casa, el ver que durante la breve espera que hizo se habían asomado a la puerta dos o tres veces unos niños haciéndole burla y jugueteando traviesamente entre cortinas. Luego se dio cuenta de que eran los nietos del Conde y que éste les consentía que interrumpieran la conversación con infantil importunidad, que en modo alguno le impacientaba.

Entretenidísimo estuvo el Ministro aquella primera temporada en sus ocios entre el despacho y las Cortes, con enseñar a su sobrino, que hablaba mal todavía, los nombres de las cosas todas, los árboles, la sierra próxima, los monumentos al paso en sus paseos de por las tardes. Disfrutaba verdaderamente viendo los esfuerzos del niño por corregir el arrastre de la *erre* al señalar la Puerta de *Hieggo,* y mucho más cuando comprobaba la relación que el propio José Ramón hacía de sus conocimientos, si al pasar en un pueblo próximo a Madrid, por una puerta corraliza, exclamaba suficiente:

—¡Por esa puerta salía Don Quijote! —recordando las estampas que su tío le enseñaba y el relato que le hacía de los episodios primeros: —¡Aquéllas no son ovejas, son un ejército! —y se reía a su vez contento de que las personas mayores se dieran cuenta de su alusión, extremadamente aguda para una criatura de tan pocos años. Su mayor satisfacción, sin duda, era que su tío le llevara, al cabo del paseo, a un merendero de las afueras a tomar *patatitas fritas.* En uno de la carretera de Villalba nos encontramos más de una y más de dos veces al Embajador de Francia con su estrafalaria mujer. Desde entonces mi cuñado llamó siempre a aquel merendero *les Follies Herbette,* así como decía conmigo *Las Locuras Pastoras* al teatro de variedades parisiense más famoso ya en nuestro siglo que las *Follies Bergères* del XVIII, donde damas y galanes hacían, de la sociedad campestre, un juego de Corte.

El Presidente del Consejo no abundaba en la opinión de que las virtudes republicanas hubieran de ir necesariamente unidas a las apariencias de mediocridad y chabacanería, so capa de modestia y espíritu democrático. Creía, antes bien, que todas las representaciones del

Estado debían, si no conservar el rígido empaque ni el lujo ostentoso de la monarquía, sí manifestarse siempre con el decoro que el prestigio de la autoridad exige. Contrariamente, al parecer, del Presidente de la República, quiso, antes de que lo fuera efectivamente don Niceto, durante el primer Gobierno Provisional, que se edificara o comprara un palacio tal para Presidencia, ya que el Alcázar real suponía mucho más gasto que comodidad. Su iniciativa prevaleció un punto en el Consejo de Ministros y en tratos estuvo el Gobierno para comprar «La Huerta» de Cánovas, en La Castellana, propiedad de la marquesa de Argüelles, o el Palacio de Larios, esquina a Villamagna y con vistas a la Castellana y a Serrano. Las exageradas pretensiones de los dueños hicieron fracasar el propósito, tampoco enteramente feliz en lo que hace a la mejor habilitación de aquellas viviendas. A su parecer, se le dio al pequeño problema la peor solución, a gusto de don Niceto. Siguió viviendo el Presidente en su hotelito particular del Paseo de Martínez Campos, que los concejales republicanos habían rotulado, con mucho más motivo, de don Francisco Giner de los Ríos, porque en una de sus primeras casas vivió muchos años en su Institución Libre de Enseñanza; siguió viviendo el Presidente en su hotelito particular, del que salía todas las mañanas, como oficinista cumplidor, a su despacho oficial en Palacio, instalado en las habitaciones que se llamaban, del tiempo de don Amadeo, del duque de Génova, mirando al Campo del Moro. En los salones y el comedor de gala del Palacio, titulado de Nacional luego de su desafección de la realeza caída, se dieron las primeras recepciones y banquetes oficiales. Mi cuñado comentaba conmigo el poquísimo gusto que el Presidente de la República tenía por cuanto significase prestancia y aun por cuanto significaba buen gusto simplemente. Que a título de republicanos sus dueños encargaran las comidas oficiales al Hotel Florida, por no encender las cocinas reales, harto costosas en efecto, le parecía al Presidente del Consejo cicatería indigna. Y no se diga el que don Niceto, alardeando de modesto y desprendido, devolviera todos los meses o todos los trimestres parte de la consignación establecida en el presupuesto constituyente para la Casa Presidencial. Podía, a su entender, si bien le parecía, hacer donación de su sueldo; pero en modo alguno atribuirse restricciones en su representación que, en todo caso, redundaban en perjuicio del pequeño empleado o del número de ellos que utilizar, siquiera no fuese que como pretexto, en la Secretaría:

—¿Por qué no compra unos cuadros o hace una orquesta de cá-

mara? —se preguntaba, deseoso de que el Primer Magistrado de la República mostrara en el boato imprescindible la intención noblemente artística que faltó a los últimos Borbones. Y se escandalizaba cuando el Ministro de Obras Públicas le decía que don Niceto pretendía que fuese el Estado quien le pagase el tren especial que había pedido para su primer viaje en funciones de Presidente y que desde luego nunca más consentiría en ir de otra suerte que en automóvil o en un tren de viajeros.

Él, entretanto, no descuidaba, por atender a los negocios públicos, el cuidado de aquel decoro exterior de la República que deseaba en la instalación de sus departamentos oficiales. Se dio pues a adecentar convenientemente el propio palacio de Buenavista, horriblemente tapizado por sus inquilinos anteriores, amueblado sin orden ni concierto, apenas habitable en fin, en su destartalado arreglo de unos ministros en otros, harto hechos a lo transitorio de su paso por el Ministerio, las más de las veces fugacísimo. Lo primero que hizo fue descolgar toda una sala de los retratos, vulgares y feos en su mayor parte, que adornaban por decirlo así las paredes y conservando los pocos dignos por su pintura, arrumbar los demás. Con tapices y muebles del Patrimonio Real descubiertos, muchos de ellos al nacionalizarse aquél, en buhardillas y desvanes del palacio de Madrid y del de La Granja, arregló los salones contiguos a su despacho y, en el primer banquete que ofreció al Cuerpo Diplomático, viose éste sorprendido con la distinción de aquella comida, que nada tuvo que envidiar por ningún concepto a los más delicados obsequios que en cualquier parte puede gustar un Embajador acreditado en las Cortes más antiguas.

En cuanto a la política general, no había conseguido el Presidente del Consejo que permaneciera en el Gobierno Lerroux ni representación alguna del Partido Radical.

—Espero que ahora nos prestará usted su colaboración —me había dicho muy risueño don Alejandro en un pasillo del Congreso a los pocos días de acceder mi cuñado a la Presidencia del Gobierno Provisional. Y como yo me extrañara de que pretendiese para mí una cartera, contestó a mi burlesca protesta, ratificando su intención: «¿Por qué no en una Embajada?». Dos meses después, sin embargo, se negaba él a seguir formando parte del Gabinete.

—¡Ya veréis, ya veréis el resultado que os da don Niceto! —me había dicho en la época del primer Gobierno Provisional, al encontrármelo casualmente en un tranvía, después de mucho tiempo de no

vernos, mi antiguo compañero de Bolonia, Eugenio Barroso. Hijo del ex ministro liberal y famoso cacique de Córdoba, sobrino de Sánchez Guerra, a pesar de lo cual no estaba muy a bien con su primo Rafael, había visto truncada su flamante carrera política en el puesto de Subsecretario de la Presidencia con García Prieto ocho años antes, al derribar Primo de Rivera los últimos restos de la ficción constitucional de la monarquía. Por mi recomendación, que él y su madre me pidieron, y con la aquiescencia de Saravia y los más íntimos ayudantes del Ministro de la Guerra de la República, que no veían en ello inconveniente alguno, Antonio Barroso, su hermano, fue nombrado agregado militar en la Embajada de España en París. Allí estaba todavía, cinco años más tarde, cuando se sumó desde luego al movimiento iniciado por la sublevación de los generales ocultamente desafectos al régimen. Eugenio insistió en su breve comentario conmigo en aquella casual conversación del tranvía:

—No comprendo cómo tu cuñado transige con don Niceto. ¡Ya veréis, ya veréis!

Yo, entonces, había echado semejante admonición a la parte de la natural enemiga entre caciques de la misma provincia. Cada vez que, andando el tiempo, una nueva triquiñuela del Presidente entorpecía la marcha regular que quería imprimir al Gobierno del país su innovador afortunado, he recordado la profecía terrible que, sin enterarse el profeta, encerraban aquellas sencillas palabras de mi condiscípulo.

No obstante su empeño en callar cuanto creía poco conveniente al crédito de las personas investidas de una representación oficial, el Presidente del Consejo fue poco a poco manifestando en la intimidad sus diferencias con el de la República.

A duras penas toleraba éste la rigurosa interpretación que aquél daba al texto constitucional en punto a la mutua relación oficial. Entendió desde luego el Primer Ministro que con él había de ser el despacho de los asuntos de política general, toda vez que el régimen parlamentario implicaba una confianza de las Cortes, y el del Gobierno era responsable del Gabinete ante el Presidente de la República. Quería con ello acabar con la costumbre viciosísima del rey último, que despachaba directamente con cada Ministro, rompiendo la gradación indispensable en la responsabilidad ministerial.

Don Niceto fue tanteando desde el primer momento a los políticos a quienes creía susceptibles de corrupción en punto a consecuencia consigo mismos. ¿Para qué? El «divide y vencerás» como norma de con-

ducta presidencial fue, sin duda, la regla que don Niceto se trazó, conforme a la práctica inveterada de la monarquía a que había servido. Suscitar frente al nuevo jefe de una coalición parlamentaria y gubernamental las ambicioncillas de algún impaciente, fue el designio más inmediato de su rencor oculto contra el hombre que le había ganado la partida en juego limpio. Perdida en las elecciones la ocasión legítima de constituir en torno a su persona una fuerza capaz de conservar incólume la organización social del país, se proponía invalidar la profunda labor revolucionaria que sin conmoción aparente había comenzado el Presidente del Consejo.

El retraso en la implantación de la nueva Ley Agraria, elaborada con lentitud que la invalidaba antes de nacida, fue causa principal del desasosiego que malograba los pacíficos auspicios del 14 de abril. Contenido que se habían los desmanes esporádicos en Madrid y alguna otra capital, a raíz de las primeras quemas de conventos, los reaccionarios provocaban en el campo, con su resistencia pasiva y el arraigo de las fuerzas caciquiles, la exaltación de los desposeídos injustamente y de los ilusos delirantes. En el seno de las organizaciones socialistas, incluso, rápidamente extendidas por los distritos campesinos y sin la preparación política de los obreros fabriles de las ciudades, prendió el morbo revolucionario, arrollando muchas veces los advenedizos al partido y a las sociedades de resistencia la táctica probada en la experiencia de los más viejos. Dos de tantos sucesos como se habían venido repitiendo en la historia del último Borbón, señalaron la persistencia de una lacra siempre abierta. En la Rioja y en Extremadura se produjeron, por causas parecidas, sendos choques con la Guardia Civil, de que surgió inevitablemente la cuestión política que el Gobierno y su Presidente con más empeño que nadie querían evitar. Hubo muertos y heridos a costa de la fuerza pública y de la gente del pueblo y la consiguiente derivación parlamentaria. El criterio del Presidente era firme: había que castigar el abuso de autoridad, porque no era tolerable que, conforme a una práctica terriblemente inveterada, la Guardia Civil respondiera a tiros ciegos a las pedradas de un motín. Pero no se podía consentir en modo alguno que, al amparo de una impunidad subrepticia, los propensos al alboroto callejero hostilizaran a los guardias en desprestigio de la autoridad que representaban. Ésa era la principal garantía que podía exigir de los jefes socialistas colaboradores suyos en el Gobierno. ¿Hasta qué punto eran conscientes de la responsabilidad que les incumbía?

El Presidente del Gobierno quiso evitar de momento la cuestión planteada en términos que, según él, no correspondían a la realidad de los hechos. Creía tener motivos para saber que Sanjurjo, director de la Guardia Civil y personalmente ajeno a la desgraciada derivación del conflicto, no ponía empeño manifiesto en vincular el prestigio del Cuerpo que dirigía a la extralimitación de unos subordinados suyos, malísimamente acostumbrados a obrar por cuenta propia respaldados por sus jefes en riguroso escalafón hasta el Ministro del ramo. Había tenido más de una ocasión de hablar con el general, harto acomodado a la buena vida que el Gobierno Republicano le conservaba, agradecido a su servicio del 14 de abril, y estaba seguro de que no abrigaba propósito alguno en contra de las nuevas instituciones. Desde luego no parecía que nadie hubiese contado con él para fundar la UME, sigla de la Unión Militar Española, a que se acogieron los primeros renegados de la fe patria jurada en la bandera tricolor, y algunos voluntarios, más o menos forzosos, de la reserva con sueldo entero. Sanjurjo no era hombre difícil de entender ni de muchas luces. Barbarote, valentón y mujeriego, representaba muy bien a la soldadesca tradicional del siglo pasado. Sus campañas de África abonaban su historia, compuesta de anécdotas de cuarto de banderas. El Presidente del Consejo le entendía tan bien, que lograba decir por él las palabras con que el General no acertaba a expresar sus pensamientos en el transcurso de la conversación.

Defendió, pues, como Ministro, al General, sorteando mal que bien el conflicto de la sustitución inmediata en su cargo, cosa que se aprestó a hacer una vez que, pasado un plazo prudente, no pudiera en todo caso atribuirse a la sola presión de la parte menos sensata de la opinión en que el Gobierno apoyaba su mandato. No dejó de la mano el asunto, sin embargo, ni tardó en satisfacer razonablemente a unos y a otros con pasar a Sanjurjo de la Dirección de la Guardia Civil a la de Carabineros, puesto pingüe, que el General pareció agradecer con balbuceos, traducidos elocuentemente por el Ministro, y convenidos ambos en que nada podía cumplirle más a aquél, sin otra ambición ya que la de gozar buenamente del descanso tan lucrativo en que pasaba su carrera, sin menoscabo del prestigio que su prudencia acrecía.

Trabajaban en tanto los disconformes con ahínco y el Presidente lo sabía por modo cierto y seguro. Casares Quiroga, asistido en su Ministerio de la Gobernación por Arturo Menéndez desde la Dirección de Seguridad, seguía paso a paso los que daban, cada vez más osados, los resistentes al nuevo orden de cosas, cada vez más firme sobre el suelo

nacional y más afianzado en el común sentir de las gentes de buena voluntad. Pero nada me dejaba traslucir mi cuñado y muy poco se me podía alcanzar de cuanto los demás supieran, porque real y verdaderamente apartado de la vida política en mis actividades teatrales, no tenía con Ministros y Subsecretarios relación más íntima que la puramente personal de nuestro anterior conocimiento, o la que se derivaba de evitar toda confusión entre su vida pública y su vida privada. A Casares Quiroga no le había tratado yo apenas siendo Ministro de Marina. Empecé a frecuentarle, con su mujer de encantadora simpatía, en sus visitas al Ministerio de la Guerra, ya muy entrado el año 32. Me ganó desde luego su jovialísima expansión, pareja de la mía, y la virulencia comunicativa de su natural jocundo, extremado, sin duda, como suelen los tuberculosos, por la amenaza constante que la enfermedad ha venido haciendo a su vida ejercitándole en el desprecio alegre de la muerte. Se reía mucho conmigo de la leyenda que la murmuración adversa había forjado acerca del Presidente del Consejo, a quien él, viéndole jugar tan descuidadamente con mi chico, llamaba «el Ogro». Para unos cuantos amigos —entre los que contaba y contó más don Ángel Ossorio— «el Ogro» siguió siendo. Nombrándole así nos entendimos después en alguna ocasión, cuando, pasados los años, no la hubo siempre de decirnos su nombre a las claras.[1]

Llegado el verano, me trasladé, como acostumbraba, con mi mujer y mis dos chicos a la celda de cartujo que de muy antiguo tenía alquilada mi suegra en el Paular. Allí fue a visitarnos más de una tarde el Presidente y de allí iba yo a Madrid de cuando en cuando, por romper la monotonía del veraneo harto campestre, so pretexto fácil de preparar la temporada próxima en el Español. Queríamos Margarita y yo la colaboración de algunos de los primeros actores famosos que pudieran disputarnos el teatro municipal en el concurso en que se concedía, y fracasada una gestión con Francisco Morano, me entrevisté con Ricardo Calvo. A verle tenía que ir la noche del 9 de agosto y mi cuñado no me instó mucho a que faltara a la cita, aunque sí en que no me retrasara en volver al Ministerio donde me esperaba con otros amigos. Fui, pues, al Teatro Fuencarral, donde Calvo hacía una temporada barata y de allí salí antes de medianoche en compañía del actor López Silva y otro compañero suyo que no recuerdo. Por no hacerme espe-

1. Véase carta de Manuel Azaña a Cipriano Rivas Cherif, del 16 de marzo de 1936.

rar demasiado en el Ministerio tomamos un taxi, que dejé en la Puerta del Sol. No me gustaba alardear tampoco de mis asiduidades a la residencia del Presidente y me despedí de mis acompañantes, excusando mi premura. No me extrañó, por lo avanzado de la hora, que el centinela de la verja se cerciorara de quién era yo antes de darme paso, lo que hizo luego, acompañándome hasta la puerta del Palacio el sargento de guardia. El despacho, la Secretaría particular y el gabinete contiguo, que lo era ya de las habitaciones privadas, estaban iluminados y los balcones abiertos de par en par al aire caliginoso del jardín. Mi sorpresa fue grande cuando me enteré de pronto de lo que los demás sabían ya muy bien: Desaparecido Sanjurjo, había aparecido de pronto en Sevilla para capitanear la sublevación que de un momento a otro se esperaba en Madrid y contra el Ministerio muy probablemente. Allí estaba el Ministro Presidente con Saravia y Leopoldo Menéndez sus ayudantes, y Enrique Ramos, que seguía de subsecretario de la Presidencia. Abierta la puerta de comunicación, cerrada casi siempre, de la Secretaría con el gabinete de mi hermana, participaba ella también de la sonriente expectación con que todos aguardaban los acontecimientos inminentes y celebraban, con el triunfo de su recatada discreción, mi abobada sorpresa.

Atentos a los teléfonos de la Dirección de Seguridad, del Ministerio de la Gobernación y del directo con la Comandancia Militar de Sevilla, el ministro en persona, o sus acompañantes inmediatos, nos transmitían al punto las últimas noticias. Como parecía que Sanjurjo se aprestaba a marchar sobre Madrid, levantando las guarniciones al paso, se ordenó a la de Badajoz que se le cortara de flanco. El ministro en persona, más conocedor de la red de carreteras que sus ayudantes, se quitaba las gafas, con que antes de casarse había sustituido los lentes de moda en su juventud, para ver mejor —que ya se le cansaba la vista—, en un mapa extendido sobre una mesa, las posibles incidencias de la persecución al rebelde. No dio tiempo a que tales órdenes se cumplieran. De Gobernación transmitían luego la comunicación del Gobernador de Sevilla, dando cuenta de que, fracasado por completo Sanjurjo en su intención, y huido en dirección a Portugal, al parecer, se le seguía con muchas probabilidades de prenderlo. Nuevamente se ordenó a todos los gobernadores, de Sevilla a la frontera portuguesa, que procurasen su captura sin violencia irremediable, a ser posible.

2. Compárese este capítulo con la narración del propio Azaña en los dos discursos del 10 de agosto y 11 de agosto de 1932. (*O.C.*, II, pp. 379-392.)

Llegó en esto la noticia de que, en un piso alto o estudio de la calle de doña Bárbara de Braganza, había sido detenido el reducido Comité que, pretextando una partida de juego, preparaba directamente el movimiento insurreccional para aquella noche. Mi hermana, que nos había servido más de un café, se resistía a retirarse a descansar como su marido la instaba que hiciera. Nada quedaba que ver, puesto que, descubiertos los conspiradores, el alzamiento en Madrid podía considerarse cortado como el de Sevilla. Accedió al fin, y despidiéndose, se fue a acostar o tal nos dijo.

Entró de allí a poco Arturo Menéndez, en el rostro aquella su risa sempiterna, a punto de estallar.

—¡A ver cuántas gorras agujereadas me trae usted! —díjole sonriente el Ministro. Era, claro es, un modo de decir «duro y a la cabeza» como se suele; sin otra intención ni más malicia que la de hacer frente a la batalla —callejera si no campal, pero exclusivamente militar y tan de graduación que muy pocos soldados se atrevieron los oficiales insurrectos a sacar de los cuarteles—. Con todo, ¡qué diferente la animosa exclamación del Ministro al fiel servidor de la República, de la que tan bajamente le atribuyó después la maledicencia de sus adversarios en otra ocasión y circunstancias! ¡Qué lejos aquella natural expansión del Presidente del Consejo con su defensor más inmediato, de la de *«los tiros a la barriga»* de tan soez invención, pese a su inverosimilitud en boca nunca grosera, admitida y propalada como cierta por gentes que tienen la religión por escudo y la mentira y la calumnia por pecados nefandos!

Se marchó Arturo Menéndez y quedamos los demás a la espera que no había de tardar. El Presidente, encendiendo un pitillo tras otro, se paseaba del despacho a la Secretaría, charlando con Leopoldo Menéndez, deteniéndose de cuando en cuando una vez más a mirar distraídamente el mapa de la persecución de Sanjurjo, yendo al teléfono a recibir una noticia del Gabinete telegráfico o directamente de Casares desde Gobernación.

No había transcurrido media hora cuando una descarga cerrada estremeció la noche, muy en las proximidades del Ministerio:

—Ya están ahí —dijo el Ministro con voz tranquila y no digo que poniéndose intensamente pálido, como hubiera creído su curiosa espía del estreno de *La Corona,* porque era muy difícil advertir en su semblante un descenso de su color habitual, siempre bajo.

A los primeros tiros, notoriamente por la parte de la calle de Prim

a espaldas de Buenavista, sucedieron otros cuyos ecos, rebotantes en las casas más próximas de la del Barquillo, me dieron al pronto la impresión de que éramos asaltados por todas partes, ya que hacia la Cibeles se corrió luego el tiroteo con violencia estruendosa.

—¡No pases por delante de los balcones! —me dijo Enrique Ramos, disimulando su temor, tan natural como evidente, con no sé cuáles consejos de su experiencia alerta contra mi descuidada imprevisión.

Al cabo de un cuarto de hora fragoroso se hizo el primer silencio:

—Voy a ver a Lola, que estará asustada.

—¡Déjala! —me contestó su marido—. Si no le dices nada se estará quieta.

Atravesando el gran salón, siempre vacío, si no era en la espera de los días de mucha audiencia, y otro gabinete al fondo, en comunicación ya con la vivienda particular del Ministro, me acerqué a la puerta de la alcoba, que entreabrí con cuidado al advertir que mi hermana rebullía:

—¿Quién? Entra, entra... —dijo en seguida al darse cuenta.

Estaba acostada y con el embozo hasta la barbilla a pesar de lo caluroso de la noche. —¿Qué pasa? —Nada —le contesté con estúpida indiferencia—. Son los cohetes de la verbena de San Lorenzo. He venido para que no te creyeras otra cosa. Nada; no pasa nada.

A la mañana me dijo risueñamente enfadada y después me lo ha repetido muchas veces, que si la creía tan tonta como para aceptar semejante explicación, que no venía a cuento. Ella, obediente a su marido y deseosa siempre de no importunarle, cuanto más en los negocios públicos, se había retirado a la alcoba, pero sin acostarse, segura de que algo esperábamos los demás todavía al quedarnos en el despacho con el Presidente. Sentada en una silla la había sorprendido la primera descarga y sólo de oír que alguien se acercaba por el pasillo, se acostó de prisa y corriendo. El tonto era yo que creía engañarla así. Su marido no había querido soliviantarla ni que compartiera nerviosamente nuestra inquietud, pese a la serenidad en que todos nos hicimos fuertes; harto sabía él que no la engañaba. Tampoco todavía lo que sus nervios daban de sí para sostenerla en momentos más graves que aquel primer aviso de tantos azares posteriores.

Con el amanecer decreció la batalla y con el día la dimos por ganada del todo al cesar completamente el fuego.

Corrí a casa de mi padre que, muy de mañana, supo por su propia hija al teléfono, las vicisitudes de aquella noche de verbena. Conté de

prisa lo que había presenciado y lo que había oído y me volví a Buenavista. En el antedespacho del Ministro, donde estaba Saravia siempre, me encontré ya a Largo Caballero. Ninguno de sus colaboradores, salvo el de Gobernación, tan directamente implicado en el caso, con Carlos Esplá su Subsecretario, supo hasta entonces por el Presidente lo que estaba ocurriendo. El de la República tampoco fue avisado sino a las ocho de la mañana, por no interrumpir la beatitud de su sueño en su residencia veraniega de La Granja. Don Niceto, felicitando muy cordialmente a su Primer Ministro, y aunque éste le aseguraba que no era necesaria su presencia si no quería molestarse, se apresuró a ir a Madrid.

Formalmente y *motu proprio* quiso comprometerse Alcalá Zamora ante el Primer Ministro de su Gobierno, de que nunca jamás su firma sancionaría la vuelta al servicio activo de los militares traidores. De los primeros políticos en acudir a dar testimonio de su lealtad, estremecida por aquel primer alerta reaccionario, fue Ossorio y Gallardo, con su humanidad tan simpáticamente graciosa en su digna apostura. Llamábame al mismo tiempo al teléfono de la Secretaría mi antiguo amigo, en tanto que patrono de mi Colegio Español de Bolonia, el Duque del Infantado. Su voz era angustiada y por su palabra le creí. Al levantarse por la mañana se había enterado de la defección, aquella noche, de la casa paterna, de dos hijos suyos. Sorprendido por las noticias que le llegaban de lo ocurrido y presumiendo que sin su consentimiento, ni su conocimiento siquiera, se hubieran visto complicados en el suceso, quería saber si estaban entre los detenidos. Le prometí enterarme y enterarle. Me enteré y le tranquilicé. El Ministro de la Guerra no sólo no autorizó procedimiento alguno contra aquellos seguros encartados, sino que visto luego que su padre, el Duque, no parecía, en efecto, haber tomado arte ni parte en el levantamiento frustrado, continuó y llevó a cabo con él las negociaciones que tenían pendientes para la compra por el Estado y con destino a los Cuarteles que en ellos se construyeron, de unos terrenos contiguos a la propiedad de Viñuelas que el Duque tiene en las proximidades de Madrid, donde andando los años había de ofrecer instalación provisional al generalísimo Franco.

Una manifestación con banderas llegó hasta la misma puerta del Palacio de Buenavista, cuando ya se hallaba reunido el Consejo de Ministros. Parlamentario eminente, hecho ya a triunfar con mucha más facilidad en las Cortes que en los Comités de Partido, el Presidente logró el triunfo de su opinión resuelta en favor de la continuación

normal de la vida política en el Congreso. Acordó el Gobierno la inmediata presentación de un proyecto de ley de un solo artículo, incluyendo en las incautaciones previstas por la Ley Agraria, sin indemnización, los bienes de los nobles que hubieran tomado parte probada en la rebelión. La Ley fue votada sin debates y ovacionado con entusiasmo el Presidente al dar cuenta a la Cámara, con sencilla dignidad, de los acontecimientos de la noche antes.

El General Sanjurjo había sido preso en su huida a Portugal. El Presidente se preocupó de que fuera conducido a Madrid en un coche, con toda clase de miramientos y precauciones. Estaba seguro de que no le había movido un puro afán personal, ni siquiera el espíritu de clase, que la UME naciente recogía sin los suficientes bríos aún para lanzarse a la desesperada por el derrotero de semejante insurrección. De Goded no podía dudar. De Franco, se supo luego que, como antaño en los primeros contactos de los conjurados, no había querido tomar parte en nada que significase una oposición delictiva contra la República ni el Gobierno que la representaba con apoyo entusiasta de sus partidarios. No se le ocultó al Presidente desde el primer momento que la instigación procedía del campo político y de las mismas filas republicanas.

Poco antes, en un discurso en la Plaza de Toros de Zaragoza, Lerroux había profetizado con harta seguridad la inminencia de sucesos delatores del malestar que decía sentir una determinada clase social. Evidentemente la que él procuraba atraerse con malas artes, de la peor especie de cuantas habían corrompido el régimen constitucional de la última monarquía. Inútil era que el ministro de la Guerra de la primera hora republicana y Presidente del Consejo a la sazón, intentara convencer a los hombres, civiles todos, de que cualesquiera que fuesen sus diferencias doctrinarias, los unía un nexo natural; el de la elección popular a que debían sus mandatos los diputados y, por consiguiente, los ministros responsables ante la Cámara y el propio Presidente de la República. Fiar a la fuerza de una facción, que no otra cosa es un ejército o arma del adscrito a determinada política de partido, era subvertir los fundamentos mismos del régimen, que como ministro trataba de encauzar conforme a normas y principios irrebatibles en puridad de doctrinas. Los radicales y más concretamente su jefe avieso, lo entendieron de otro modo y desde entonces diéronse a socavar solapadamente, para obtener el Poder, el orden republicano con halagar a los elementos descontentos del Ejército en vías de depuración legítima. Lo

que el Presidente del Consejo presumía en este respecto, no pudo comprobarse, sin embargo. De entonces más, Sanjurjo tuvo en su mano la carta que poder jugar un día.

Aquel 10 de agosto transcurrió en Madrid y en el Palacio de Buenavista en plena euforia triunfal. Quien más, quien menos, todo el mundo consideraba vencido al enemigo, una vez tajado el absceso que de un año a la fecha habíamos ido viendo crecer y degenerar. Celebrando estaba mi hermana en familia y con las más íntimas amistades que acudieron aquella tarde a felicitarle del éxito de su marido, las incidencias de la noche antes —que ya veíamos en su comicidad muchas de ellas pese al soldado herido cuya vista había puesto un atisbo de tragedia en la consideración de la servidumbre al acecho por pasillos y ventanas— y comentábamos la comprobación que hizo Enrique Ramos conmigo, de mañana ya, de los impactos en el zócalo de la fachada principal del Palacio, cuando los que nos acompañaban en el gabinete contiguo a la Secretaría quedaron suspensos al oír una detonación muy cercana:

—Un tiro —dijo alguien; y me asomé al balcón para convencerme de que se trataba del estallido de un neumático de los coches que esperaban en el rellano de la entrada. Algunos soldados y chóferes levantaban la cabeza hacia el primer piso donde estábamos.

—¿Un tiro? ¡No! —dijo mi hermana, sonriendo con suficiencia—. Los he oído muy de cerca y ya sé cómo suenan...

Supimos de allí a unos minutos que, precisamente en la habitación de al lado, se le había disparado al comandante Riaño la pistola que estaba enseñando a quien con él hablaba. Mi hermana juzgaba por su experiencia, hecha tan sólo a las descargas de fusilería.

XXXI. Haciendo memoria

Pasaron unos días sin que el Presidente, agobiado por el trabajo y el visiteo, saliera de su residencia, ni de su despacho apenas. Atando cabos sueltos, en punto al fallido golpe de los insurrectos, nos refirió su entrevista, poco antes del suceso, con el general Cabanellas, que había ido a pedirle una licencia breve. Cabanellas dirigía entonces la Guardia Civil en sustitución de Sanjurjo y, a cuenta de lo que el Presidente pudiera haberle dicho, se había deshecho en protestas de tan exagerada adhesión al régimen, que mi cuñado las suponía, visto lo

ocurrido, dato casi seguro de su conocimiento de lo que se tramaba. Hasta había llorado. Contándonoslo de espaldas al balcón central, tal y como había tenido lugar la escena, el Ministro reproducía con cierta sorna paródica contenida en el toque irónico, las palabras y gestos exagerados de su subordinado. El general Cabanellas, republicano de fama anitgua y notorio masón, era, con su cabeza y barba enteramente canas, que acentuaban la ternura de su rostro, lo que se dice una máscara. Ni que decir tiene que lerrouxista.

Una noche de aquellas y a punto de disolverse ya la tertulia que le hacíamos los más asiduos, quiso el Presidente airearse un poco y salir a la calle. Airearse seguía siendo para él ir al café. Eran pasadas las doce y había muy poca gente en el de Lyon, junto al de Correos, en cuyo simpático recogimiento, dada la poca cabida del primero de los dos locales contiguos que tuvo después, nos habíamos refugiado algunas veces, en sus últimos tiempos de «señorito» particular. Se nos unieron a poco algunos contertulios amigos de otras mesas, sorprendidos como siempre que ello sucedía, de la graciosa liberalidad y sencillez con que el Presidente gozaba de los últimos destellos de su vida pasada. Y tomado que hubimos nuestro buen chocolate —lo que es un decir, a menos que se tome a comparación relativa con los mucho peores de después— nos volvimos por donde habíamos ido en dirección al Ministerio. Se paró en la esquina del palacio de Linares a considerar el campo de batalla de pocas noches antes en la Cibeles y alguien quiso mostrarle las señales de las balas en los troncos de los primeros árboles de Recoletos y en algunos postes del tranvía.

Como habíamos salido y vuelto a pie, que no merecía la pena de sacar los coches a deshora para tan poco trecho, le acompañamos hasta el ascensor y nos despedimos. Dos o tres días después, como le hallara solo un momento en su despacho, me dijo con la sonrisa, que hacía tiempo no me había sido dado ver en su semblante, de las buenas lecturas de antaño:

—Siéntate ahí.

Y sacando del cajón de la mesa un abultado cuaderno comercial, encuadernado en negro, con conteras y lomo color de cuero, se dio a leerme lo que había escrito de muy reciente. Por aquellas páginas tuve conocimiento de que estaba haciendo un diario. No lo era hasta entonces, ni lo fue nunca después, sino de las fechas más señaladas de su vida pública; o de los días que sin ser precisamente memorables, lo son ahora ya para nosotros por el hecho de que en ellos le tomara

el deseo de comunicar sus impresiones al desconocido lector, a quien cumple en la posteridad la ardua sentencia de sus antecesores.[1]

XXXII. Catalanes, ya no hay rey que os declare la guerra

Me sonríe el Presidente, comentando el nacimiento de un mito popular en torno a su persona, en la referencia periodística de la noche del 10 de agosto en el Ministerio. Creo que fue Ramos el que, sin darle más importancia de la que en realidad tenía, me hizo notar en un momento dado la ceniza persistente en el cigarrillo que el Presidente fumaba. No recuerdo que ni él ni yo atribuyéramos al hecho la mayor significación. Desde luego el propio interesado no le atribuía la que el periodista, que dio la noticia como de un suceso significativo, acertó a imprimir en la imaginación de los lectores con evidencia irrebatible; ni estoy muy seguro de que al devolvernos el eco popular aquella anécdota exaltatoria del Presidente, no la aceptara yo con el propio Ramos como comprobada por nosotros con la misma intención que la opinión pública ponía en correrla de boca en boca. El protagonista, sin embargo, resistente siempre a las asechanzas de todo desvarío, cree que su serenidad interior nunca puede mostrarse con tales apariencias. Otras cosas tiene, sin duda, mejores que el pulso. Muchas veces me lo ha hecho notar, antes de que la constante ocupación de su tiempo en los afanes de su Ministerio le colme los vacíos del ocio placentero, incluso con tal o cual asalto de la aprensión; tantas como yo me he reído del «aneurisma» que se empeñaba en mostrarme en el cuello, apoplético, a temporadas más que robusto, o del temblor de la mano luego de haberla ejercitado demasiadamente con la pluma, fumando cigarrillos o tomando café. Es curioso que la imaginación del vulgo haya ido a prender en esa estampa de su tranquilidad y presencia de ánimo que tan mal se aviene con la realidad de sus condiciones físicas; aparte de que, lo habitual en él cuando fuma, es sacudir constantemente la ceniza del cigarrillo y no siempre, para desesperación

1. Este capítulo termina en la edición de México de 1961: «No es culpa mía, si no se ha publicado todavía, como era su voluntad manifiesta.» (Véase prólogo, página 14.) Creo que en la siguiente anotación de Azaña del 10 de enero de 1915, está una razón profunda de su afición a escribir: «Al fin siempre vuelvo a este refugio que consiste en emborronar cuartillas. La atención y recogimiento que la tarea exige parece que me devuelve a mí mismo y me cura un poco de la dispersión y aturdimiento en que las circunstancias me tienen metido.» (*O.C.*, III, p. 810.)

de su mujer, en los ceniceros de que pretende rodearle. Pero así se escribe la historia. Y no con mentira. Que si el detalle en que se concreta aquella verdad histórica no se comprueba en el recuerdo fehaciente de los circunstantes aquella noche al Presidente del Consejo, su presencia de ánimo en todo momento es inequívoca garantía de la autoridad que su persona representa. No es en la conservación de la ceniza del cigarrillo donde más se advierte la presencia de ánimo del Presidente del Gobierno. Un solo testigo tiene de la satisfacción que a sí propio se da, en lo más íntimo del corazón, por encima de toda consideración política, con perdonar la vida a su enemigo. No ha querido que lo fuera suyo el general Sanjurjo. Sinceramente sigue creyendo que no es él enteramente el culpable de su propia traición; pero la ley es, en su letra, implacable, y no hay dentro de ella posibilidad alguna de que el tribunal que lo juzga no lo condene a muerte. Cientos y cientos de telegramas se amontonan en la Secretaría del Ministro. Ni uno solo pidiendo clemencia. Toda España es Fuenteovejuna para pedir a una la cabeza expiatoria. Quienes no han podido el 14 de abril hallar en la inocente alegría del pueblo ningún motivo que justifique la condenación del *populacho,* se refocilaban ya ante la sola idea de aquella víctima propicia al holocausto que nadie de ellos osaría arrostrar por cuenta propia.

—¡Pero qué hacen los señores obispos! —exclama el Ministro, deseoso de apoyar en una sola voz la piedad a que su ánimo le inclina. En los animosos tiempos del liberalismo, en efecto, cualquier condenado en capilla, por vulgar, por atroz que fuese su crimen, obtenía cuando menos, la mínima piedad de una petición formularia de indulto por parte de los Pastores de la Iglesia de Cristo. No es extraño, por lo tanto, que los pacíficos ciudadanos que hacen dejación de un sentimiento de venganza incluso, delegándolo en la justicia del Estado, insistan en que ésta se cumpla de una vez y para siempre, con el escarmiento del primer alzado contra la República que acaba de jurar. También había jurado por el rey. Los representantes legítimos del pueblo, los diputados en el Parlamento, y de ellos muchos de los que ejercen cargos públicos y hasta algún Ministro, están dispuestos a respaldar con entusiasmo el cumplimiento de la sentencia vindicatoria. El Ministro de la Guerra siente desde el primer momento la necesidad de indultar a Sanjurjo. Quien primero lo siente es mi hermana. Yo no necesito ni que me lo diga. Ni le hablo de ello. Una vez sentido el impulso, discurre sobre él. Es una operación normal en su vida.

Inútil sería que intentase mover a compasión a aquellos de sus compañeros que no comparten su sentimiento o que lo dominan, creyendo hacerse fuertes en una justicia irreductible. Habrá que persuadirlos. Porque tampoco está muy seguro —él tan experto parlamentario en tan poco tiempo— de que las Cortes le sigan tan inequívocamente si se pone la cuestión a debate. Sobre que el solo supuesto le repugna. Si entre las atribuciones privativas del Presidente de la República no está la gracia de indulto —error craso de los legisladores fundamentales del régimen—, a él como Presidente del Gobierno le incumbe la responsabilidad de proponerlo a la suprema sanción de aquél. No tiene ciertamente fama de sentimental el Ministro de la Guerra; porque se suele decir tal únicamente de quienes, a falta de inteligencia superior, se muestran afeminados y blandengues en la expresión de sus afectos, como si la debilidad, por defecto del sentimiento mismo que se trata de exaltar, fuese un precio y no un demérito. Pero se equivocan quienes le admiran por no sé qué supuesta frialdad de su temperamento, confundiendo la dignidad de las expansiones del ánimo varonil con la carencia de sensibilidad —humana por cultivada en las raíces más delicadas del instinto. Lo que hace, eso sí, a fuer de inteligente, es hablar a cada cual en el lenguaje oportuno, en el más apropiado a cada circunstancia y ocasión. En ésta, poniendo sobre el tapete —dejémoslo así en recuerdo rutinario de cuando lo tenían obligadamente las mesas de los Consejos de Ministros— la cuestión política, sobre cualquier otra consideración más o menos cordial. «La política no tiene entrañas» es un refrán maquiavélico de menor cuantía y sin carácter especulativo. De *redaños* es la que le atribuyen aquellos de sus incondicionales menos dados a pensar sobre lo que les gusta. Sus compañeros de Gobierno se dejan convencer por las razones, de índole puramente gubernamental, que abona en su opinión sobre la conveniencia del indulto.

Nada de hacer un mártir de quien no ha sabido ser un héroe. Fusilando a Sanjurjo, respirarán tranquilos quienes le han lanzado solapadamente a la disparatada intentona. No habrá mejor manera de que calle para siempre. Que haya callado hasta la fecha no quiere decir que no los comprometa aquel silencio a mucho más de lo que ya lo están. De otra parte, quienes fusilaron, en riguroso cumplimiento de la ley, a Galán y García Hernández, saben muy bien la debilidad que acusa un Poder que no quiere, sabe ni puede perdonar en un momento dado. Por el contrario, el general rebelde en un presidio será la mejor

prenda de la quietud de los demás comprometidos. A quienes le dicen que tampoco pensará nadie, una vez indultado, que se le ha de tener preso de por vida, les contesta seguro el Presidente que no, en efecto; pero que la amnistía que el propio Gobierno pueda proponer en su día a la consideración y el voto del Parlamento, relegará para siempre al olvido al general sin mando ni prestigio. Tiempo al tiempo. Y nada de resoluciones irremediables.

Cumplidos los trámites del proceso y la condena, corresponde al Consejo de Ministros, reunido para el caso, resolverlo sin ninguna dilación que ningún pretexto legal ampara. Hasta entonces han podido cambiar impresiones los Ministros, sin el apremio de una decisión ineludible. Aquella mañana no tiene demora.

Mi hermana lo sabe y espera ansiosa que su marido vaya a comer. Accedo, como otras tantas veces y con más interés que muchas, a acompañarles a la mesa. Que el Consejo se prolongue no es raro ni mucho menos; pero ella se impacienta más que nunca. No las tiene todas consigo. Él no ha podido darle las mismas seguridades que en otras ocasiones, porque no la tiene de salir adelante con su criterio. Y ella ve clarísimo lo que tan claro le parecía cuando en absoluto ajena, desde nuestra casa familiar, a la más remota posibilidad de aquella influencia que ahora pudiera tener sobre un gobernante máximo, se le antojaba fácil la intervención piadosa de una reina, de una *presidenta* o *ministra* en el indulto de un reo de muerte.

Pero a la ansiosa pregunta con que le recibió al verle aparecer en el gabinete donde le esperábamos, sólo le pudo contestar, en un tono y con un gesto cansado que no daban demasiado lugar a la confianza, que nada nos podía decir en concreto, que el Consejo nada había decidido aún y que lo mejor que podíamos hacer todos era hablar lo menos posible y dar pocos oídos a cuanto quisieran importunarnos sus amigos o conocidos.

Asistí con él a la sesión de las Cortes. Nada se habló en público de la sentencia, que se sabía ya recaída; ni mucho menos, claro es, de sus consecuencias inmediatas. Me invitó con él a su coche a la salida, y nos encaminamos, sin atreverme apenas a romper el silencio durante el camino, a casa de Alcalá Zamora. Me quedé esperando afuera, viéndole cómo sin atender a la turba de periodistas que acechaban su llegada, subía la escalinata del hotel particular del Presidente. Tampoco tardó mucho en salir y esta vez con una sonrisa, radiante el ancho rostro pálido:

—Señores —dijo desde la puerta—, el Presidente de la República se ha dignado firmar el indulto del general Sanjurjo.

Rehuyendo los aplausos, subió de nuevo precipitadamente al coche y echamos a correr al Ministerio, mientras los periodistas se diseminaban divulgando la nueva:

—¡Cómo pesa en la mano la vida de un hombre! —me dijo cuando estuvimos solos en el amplio salón que le hacía las veces de despacho oficial. Yo sentía, con verle no más, el ancho respiro de su generosidad, rebosándole por los ojos de la cara la grandeza de alma. Y me sentía colmado de gozo por la prioridad de aquella confidencia única. Tales secretos guardaba para mí.

Fuese luego a consolar a su mujer. Comprometido con sus compañeros a no dejar traslucir del acuerdo del Consejo ni una palabra de que pudiera tomar pie la opinión pública para intervenir la decisión del Gobierno antes de que el Presidente de la República le sancionara con su firma y por evitar ante todo que la noticia pudiese llegar al Congreso y dar origen a una penosa y difícil discusión parlamentaria, había permitido que mi hermana se estuviera intranquila, seguro ya de poderle compensar con un sueño descansado aquella noche. También sabía yo hasta qué punto le enorgullecía a él la sensibilidad, rayana en el delirio enfermizo, con que la compañera de sus horas había padecido apasionadamente la incertidumbre de aquellas tremendas en que se jugaba la vida del enemigo traidor por quien ella misma, con su marido, había podido perderla, a poco que un fallo cualquiera en la bien preparada defensa, los hubiese entregado a la vindicta de los atacantes del Ministerio de la Guerra la noche de la verbena de San Lorenzo. Y me sentía en ella, orgulloso de mi sangre, por digna de él.

Más que en su santo, poco más extenso estos dos últimos años que los anteriores de la sola celebración familiar, se complace el Presidente ahora en el día de Reyes. Entre todos los juguetes con que la familia regala a mis hijos, sobresale fastuoso el tren eléctrico que le ha mandado al mayor, como muestra particular de afecto de su tío, el Embajador de Francia. Solamente la colocación circular de la vía requiere un espacio mucho mayor del que José Ramón puede disponer en nuestro piso tercero de Velázquez. El Presidente del Consejo, arrastrándose materialmente por el suelo, se divierte mucho más que el niño colocando el tren y echándole a andar en medio del gran salón del Ministerio habilitado para la espera de las audiencias. El sobrino es-

pera impaciente una y otra vuelta del ferrocarril; el paso por la estación; el ver encenderse los discos; pero se cansa en seguida de mirar tan sólo. Es un juego para grandes. El obsequio me obliga a visitar agradecido al Embajador, que a su vez me invita desde entonces a comer en la Embajada con mi mujer siempre que honra su mesa el Presidente del Consejo con mi hermana, y aun, de cuando en cuando, siempre que sienta a ella a políticos, periodistas distinguidos —recordando su procedencia de redactor del *Temps*—, literatos y artistas. Monsieur y Madame Herbette tienen poco trato con la aristocracia madrileña.

Orgulloso de su mujer, se complace mi cuñado en la simpatía que le demuestra la sociedad diplomática y se esfuerza en corresponder sencilla y dignamente a recepciones y comidas, compensando con discreción, tanto las faltas de educación excusables en algunos de sus compañeros de Gobierno, como los excesos de otros en su prurito de figurar. Quiere, por otra parte, no ya mantener la cordial intimidad de sus tertulias del Ateneo, del Henar y el Regina con reunir a merendar los domingos, después del paseo que acostumbra, a los amigos más afectos, sino manifestar por manera especial a sus compañeros de letras la estimación social que le merecen como Presidente del Consejo. Si ha abandonado la Presidencia de la Docta Casa, para que fue al fin elegido, sin cumplírsele el deseo que de muy antaño tenía de verla instalada en el palacete de Sánchez Toca en el Salón del Prado, si no es hora ya de pensar en un club literario de «Recoletos» como en los tiempos en que el rebajamiento del Ateneo le apartaba de allí, puede demostrar su atención constante a la gente de letras y la persistencia de sus gustos, invitando a literatos y artistas y representantes escogidos de toda profesión liberal sin criterio partidista alguno, a la inauguración de los salones nuevamente decorados en la planta baja de la Presidencia del Consejo. Todos se hacen lenguas con justicia de la elegancia con que el primer Ministro restaura, o más bien instituye en las costumbres políticas españolas, el gusto que una aristocracia decadente pretende privativo de las cortes de los reyes. Los invitados admiran precisamente en la suntuosidad de aquellas salas, cuadros y cornucopias, mesas y sillerías, tapices y arañas que yacían arrumbados en las cuevas de los Sitios Reales, el buen uso que «el señor republicano» por excelencia —que supo decir tan atinada como ingenuamente Margarita Xirgu— sabe hacer de la heredada prestancia que ha de acompañar siempre al Poder Público a ojos de las gentes. Si el ré-

gimen político es, en su esencia, de representación, las personas que lo representan, y en tanto que lo representan lo encarnan incorporándolo físicamente —tal es la imagen tangible que el pueblo soberano ve revelada en sus ídolos (en su ídolo, porque el pueblo, la *masa* que decimos ahora es simplista, unitaria, personalista)—, las personas que ostentan con su nombre propio la autoridad de que están investidas han de mostrarse con el prestigio que le pertenece y llamar a compartirlo —como tal herencia incluso— a quienes se atribuye cualquier otra representación eminente en el orden social, literaria, artística, científica. La República lo es muy principalmente de las Letras para el Presidente del Consejo. En su discurso quiere incluso que gobiernen normalmente a las armas. Y éstas no siempre al brazo, sino en la paz de una dichosa edad, mejor no por pasada, sino por venir.

De cuantas tareas le incumben en su afán político de cimentar un gobierno sobre bases firmes, una de las más difíciles e ineludibles es la resolución de lo que ha venido llamándose, de la Regencia a la República, «el problema catalán». Resolverlo con una fórmula de *«conllevancia»* nacional, según el acertado vocablo con que ha definido Ortega y Gasset esa política —la única posible sin tiranía—, significa para el Presidente del Consejo satisfacer una de sus más caras apetencias. Tiene contraído, con la que se consideraba antes del 14 de abril del 31 la representación más distinguida de la intelectualidad catalana, una deuda de honor político: la consecución de la autonomía para Cataluña en el amplio cuadro de la libertad española que la República integra. Pocos españoles tienen como el Presidente del Consejo un concepto tan claro, tan extenso en el tiempo y en el espacio de la Geografía y de la Historia, tan estricto y concreto en la política de la Segunda República, de lo que España ha sido, de lo que es, de lo que debe ser. Nunca como en esta ocasión, en que se discute en el Parlamento la autonomía de una de las más ricas provincias ligadas por los siglos a un destino común en el ámbito hispánico, la tendrá este parlamentario nato de persuadir a una mayoría que no comparte enteramente ni mucho menos su opinión sobre el caso; pero que tampoco tiene otra segura. De Felipe V a la fecha, Cataluña ha mantenido el fuego sagrado de una personalidad inextinguible en el acervo de la gran patria común. Soterrada o a los cuatro vientos, la protesta de una fe innata en la peculiaridad del propio ser, se manifiesta, más o menos aparente, más o menos virulenta, en relación con los altibajos del Poder establecido en Madrid, sede lógica y natural de la monar-

quía de Felipe II. En la mente discursiva del Presidente del Consejo no hay equívoco posible respecto a la relación de los catalanes con el resto de los españoles. Lo son tanto como el que más. La palabra España envuelve un concepto amplísimo. De una parte, excede el estrictamente territorial que le está asignado políticamente en el mapa de la Península; porque Portugal es tan España como Cataluña. Tampoco, pese a la difusión verdaderamente imperial de la lengua castellana, le corresponde a ésta la exclusividad del verbo español.[1] Lenguas españolas son el catalán, el vasco, el galaico-portugués. Equivocada le parece la estimación filológica que hace la Academia de la Lengua con atribuir al idioma castellano esa exclusividad. Por ser él españolísimo y afirmar su solar alcalaíno en raíces catalanas y vascas, sabe que la unidad española, aunque de Cervantes más que de los Reyes Católicos, se nutre de muy diversas savias peninsulares, en que han prendido otros injertos.[2] Nuestra tradición literaria, como la política, fundidas en la monarquía universal de los Austrias, admite, respeta e incluso fomenta esa variedad natural. ¿Cómo puede recabar para sí la Segunda República Española esa tradición, sin caer en el minucioso desperdigamiento cantonalista de la Primera? A quienes, adversarios de un régimen especial para Cataluña —y no digamos para Vasconia y Galicia—, sustentan un ideal estrictamente unitario, vinculándolo a un concepto erróneo del antiguo imperio monárquico, les pregunta no más si saben siquiera que en tiempo de los reyes verdaderamente imperiales, Cataluña no estaba obligada a contribuir a las levas de soldados para aquellos ejércitos. Pero tampoco admite la desintegración que pretenden los separatistas, en nombre de una tradición exclusiva del país catalán. Otros que yo pueden entender menos la conciliación política que el Presidente del Consejo intenta y que primeramente le ha trabajado el ánimo. Otros que no acierten con

1. «En fin, votamos que el idioma oficial es el castellano, como yo prefería.» (*Memorias,* I, p. 195, del 26 de septiembre de 1931, Editorial Crítica.)

2. «Las regiones, cada una en su personalidad, cada una con sus modos, cada una con sus aspiraciones e intereses, son, de por sí, los sillares en que se asienta la figura majestuosa de la patria nacional, y lejos de querer sumirla en la oscuridad, en el silencio o en una uniformidad extirpadora del carácter, lo que hay que hacer es encauzar este carácter, estimularlo, levantarlo, empujarlo y que sea dueño de sus destinos, porque de esta concordia y del esfuerzo regional español saldrá, por encima de todos los intereses locales, más alto, más fuerte, más durable, el interés total de la patria española.» (De la alocución en el banquete republicano de Valencia de 4 de abril de 1932, *O.C.,* II, p. 241.)

tanta facilidad como a mí me es dado —por haberle oído antes que leído y mucho más de lo que ha podido escribir—, a discernir en el gobernante oportuno de ahora, en el hombre de acción o *práctico,* que intenta lo que dice, y dice lo que piensa, el romántico lector apasionado de Rousseau en sus años mozos. ¿Acaso no hay en la teoría del contrato social, tan rica en sugestiones especulativas, una de posible trascendencia en el orden de la revolución española? Si la República confiere al concepto de libertad el poder normativo que ha de substituir a la autoridad monárquica, constituyente, al reunir en un solo dominio los pueblos españoles de la Península, el ente nacional que se llama España, esa libertad no presupone elección caprichosa al azar de un sufragio inconsecuente, sino aceptación voluntaria y en común de un destino patrio imprescriptible. Venga, pues, el pacto político, el concierto del Estatuto, regulando la ley particularmente autonómica del pueblo catalán con su fisonomía peculiar, con su acento propio, con sus características regionales; pero dentro siempre de la nación española, que la República sanciona y sella. No, no hay equívoco en el ánimo, en el pensamiento, ni en las palabras del Jefe del Gobierno español. Si alguien en Cataluña entiende que la autonomía es un paso para la separación y que el Presidente del Consejo transige con proponer su otorgamiento por las Cortes de la República, como un paliativo del desgarramiento doloroso, se equivoca. El Presidente del Consejo entiende hacer con ello obra constitucional del nuevo régimen y, por eso, que el Estatuto para Cataluña es ley complementaria de la Constitución republicana de España, pero no admite sutilezas que quiebren la derechura de su razón. No engaña a nadie.

Por fuerza he de remitirme a los «Discursos Políticos y Parlamentarios» reunidos al cabo de la primera etapa de su carrera fugaz y en ellos al pronunciado con ocasión del debate sobre el Estatuto catalán. Creo que fue ya de los que siempre nos anunciaba a sus íntimos y familiares con la desgana con que iba a pronunciarlos:

—No sé lo que voy a decir. ¡Tengo un dolor de cabeza! —y arqueaba las cejas con gesto de cansancio y desdeñosa indiferencia.

Después, siempre que había de producirse en público le preguntábamos si no había dormido —que era otra de las condiciones que, a nuestros ojos, avaloraban luego sus discursos— y si tenía jaqueca.[3]

3. Véase carta del 16 de marzo de 1936 (anotación del 4 de abril).

El día en que tras empeñada discusión de varias sesiones, se votó la ley catalana propuesta magníficamente por el Presidente del Consejo, la emoción de los diputados fue indescriptible.[4] Abrazábanse los representantes del antiguo Principado con los aborrecidos *castellufos* de un día, no tan lejano como el Corpus de Sangre. Y, vencido por la irrebatible fuerza del número, a que doblaba liberalmente el tesón aragonés, le felicitaba de corazón su antiguo amigo del Ateneo, don Antonio Rojo Villanova, anticatalanista furibundo. No menos cordialmente me felicitó a mí con su ironía baturra:

—¡Bien contento estará el rey-padre! ¡Ya puede, ya puede! —aludiendo con ello a la satisfacción con que el suegro del Presidente recibía los plácemes amistosos como el suyo y contemplaba la devoción popular hacia su yerno.

Aprobado el Estatuto, se organizó el viaje del Presidente del Consejo a Barcelona, para hacer su entrega solemne al del Gobierno de la Generalitat de Cataluña. Yo me adscribí a la comitiva oficial, como invitado particularísimo con tantos otros periodistas; pero sin ninguna corresponsalía que suscribir, iba a gozarme en aquella oleada de entusiasmo desbordante con que todo un pueblo se alzó al paso del hombre que significaba la hermandad española en la libertad igualitaria de la República. Le acompañaba, con otros catalanes de pro, don Jaume Carner, Ministro de Hacienda a la sazón, en quien mi cuñado halló el colaborador a la medida de su intención, del otro lado del Ebro. ¡Quién había de decirnos entonces que de allí a unos meses presenciaría yo también la patética despedida de aquellos dos hombres, irremisiblemente condenado por el diagnóstico de sus médicos el gran catalán; pero no dolido sino del rumbo de la República, que con su grande amigo y ex Presidente ya, presumían vertiginosamente incierto, como antes seguro.

Una vez que salimos de Madrid nos acostamos pronto los acompañantes, seguros, como así fue, de que habríamos de levantarnos temprano. Ya en Mora de Ebro, muy de mañana todavía, una alborotada muchedumbre —el pueblo en masa, sin duda, por el rumor que trascendía del andén al interior del coche-cama— pretendió que se asomara el Presidente. No creo que llegara nadie a proponerle la peti-

4. Ver discursos sobre el Estatuto de Cataluña del 27 de mayo de 1932 (*O.C.*, II, pp. 249-286); 2 de junio de 1932 (*Ibid.*, pp. 287-315); 20 de julio de 1932 (*Ibid.*, pp. 355-370); 2 de agosto de 1932 (*Ibid.*, pp. 370-378), y 31 de agosto de 1932 (*Ibid.*, pp. 397-408).

ción, que de antemano había previsto y denegado la noche antes con sus comensales de la cena y sus más íntimos contertulios de después. Yo me había relegado voluntariamente a la compañía de los periodistas amigos, secretarios y gentes de menor cuantía del séquito. Se asomaron, sí, dos catalanes, presididos por Carner, y mal que bien consiguieron acallar un tanto aquel entusiasmo clamoroso, que, si no hacer salir al Presidente, sí pudo despertarle cuando menos y ponerle de mal humor. El madrugar con gusto no era, a la verdad, una de sus virtudes.

Saliendo de la estación, acerté a asomarme no bien vestido aún. A unos doscientos metros de la vía, en el tejado de una casa en construcción en medio de un campo, un hombre hercúleo en mangas de camisa, remangado el brazo robusto, agitaba una gran bandera de la República.

Cerca ya de la capital, el espectáculo empezó a hacerse impresionante. No sólo en los andenes de las estaciones abarrotadas, a lo largo del camino de hierro, gentes y gentes esperaban a pie firme el paso del tren presidencial que cruzaba su grito vaporoso con el eco del ¡viva! humano y la estela de ojos avizores en pos del convoy veloz. No nos daba tiempo a nosotros a percibir, en el rapidísimo encuentro de miradas, la desilusión de aquel afán espectante sin la correspondencia deseada en el viajero, precavido contra la fatiga de los dos días que en Cataluña le esperaban y nunca pródigo en mostrarse a la curiosidad popular.

La entrada en Barcelona sobrepujó en magnificencia del arrebato cívico cuanto se habían propuesto el elemento oficial y las organizaciones de que el Gobierno de la Generalitat podía disponer. Un buen rato tardó el Presidente con mi hermana y cuantos le seguíamos, en poder descender del vagón. Relegados a la espera, en el salón dispuesto como es uso en actos tales, del Presidente Macià con su esposa y su hija —«la Princesa María», como la llamaban con simpática broma sus propios compatriotas—, hubimos de esperar todos a que se despejara un tanto la salida del coche, invadida como estaba la estación de Francia de una multitud estentórea —sobre los techos de los trenes los ferroviarios entusiastas— mezclando sus clamores a los silbidos de las locomotoras en el clamor general de la ovación inextinguible. Cuando pudieron acercarse unos a otros, recién llegados y huéspedes deseosos de manifestarse en la pintura que de los catalanes quiso hacer Cervantes llamándolos por los siglos «archivo de la cortesía» por corregir, quizá, la tremenda sentencia dantesca: *«de l'avara povertá dei catalani»*, había

transcurrido mucho más tiempo del que pide la simple etiqueta de ceremonias oficiales, dándolo a que se desorganizara la comitiva tan meticulosamente preparada en el programa de los actos en honor del Presidente del Consejo; pero estaba lograda la intención del homenaje sin igual que Cataluña en masa se proponía rendir al gran castellano libertador. La verdad es que la emoción sincera de aquel delirio de una sola voz innumerable nos ganó a todos y si las gargantas enronquecidas agravaban aquel rumor adensándolo con prestigio de oleada marina, las nuestras unidas, se atascaban de llanto que, contenido en los ojos, arrasaba las miradas en la efusión del mutuo contento.

Me acomodé como pude en un coche con no sé qué personajillo desvinculado de su puesto por la confusión del momento y unas cuantas personas más, con sobra de las que cabíamos, desde luego, y emprendimos lentamente el camino en seguimiento del automóvil de los dos presidentes, en dirección al antiguo Palacio donde la Generalitat tiene su sede propia en la Plaza de San Jaime —corazón de la ciudad—, frente a la Casa del Ayuntamiento. El trayecto era corto pero imposible de andar materialmente entre la compacta muchedumbre que más que presenciar el paso de la comitiva, pretendía formar en ella. Al pasar por delante del Gobierno Civil, me saludó desde uno de sus balcones, mostrándome su alegría con inequívocas y exageradas señas, el poeta Eduardo Marquina. A poco, conocí a su hermana, la señora de Moles, entre las damas catalanas que con la señora de Macià recibieron a la del Presidente del Consejo y se dispusieron con ella a asomarse a oírle en su saludo al pueblo barcelonés.

—¡Catalanes! —se oyó en el silencio mágico, siguiente al primer clamor de su aparición sobre la muchedumbre que colmaba el ámbito de la Plaza y por las bocacalles ennegrecía las circundantes, extendiéndose por las Ramblas y la Gran Vía Layetana, en torno a los altavoces colocados por doquier de punta a cabo de la gran ciudad, del Tibidabo a Montjuich—; ¡ya no hay rey que os declare la guerra! [5]

Un nuevo alarido de triunfo resonó en el aire divinamente azul de la mañana. Y cuando al final de la breve oración, henchida de comprensión española, llenó el aire la gravedad dramática de *Els Segadors,* ningún castellano de los allí presentes dejamos de entender la significación de

5. La frase fue luego corregida en la versión escrita del discurso en «Ya no hay en España reyes que puedan declarar la guerra a Cataluña». (*O.C.*, II., página 452).

aquella música, excedente el sentido preciso de las palabras retadoras de un día, en la rebosante intención fraternal de tantos y tantos millares de corazones.

No sé si fui yo solo, sin embargo, el echar de menos entonces el himno solidario del verdadero pacto nacional. Un músico había querido componerlo, por su sola cuenta y razón, y hacer la prueba en el Ateneo, en el hervor todavía de los primeros días de la República. Óscar Esplá, a quien el entonces Ministro de la Guerra no más distinguía de muchos años atrás con su afecto y su mejor deseo, teniéndole como muy enterado de su arte, por aficionado a otras fuentes de la cultura, patrocinó aquella primera audición del «himno rural» que así se llamaba, con inspiración un tanto pedante en su prurito popular. El resultado fue que el público ateneísta, luego de aplaudirlo cortésmente, pidió a la Banda Republicana que tocara el «Himno de Riego»— aceptado desde el primer momento por la muchedumbre que lo tarareaba sin letra— y acabó cantando «La Marsellesa» simbólica de la República Universal legada al mundo por la Revolución Francesa.

Pronto habíamos de ver, aquel mismo día máximo de Barcelona, el muy diferente ánimo con que el propio Presidente de la Generalitat recibía el Estatuto. Coronel del Ejército, en la reserva de muchos años atrás, el señor Macià, *l'avi* (el abuelo) que le decían atribuyéndole cierta patriarcalidad sentimental, habíase distinguido como separatista acérrimo, cuyos partidarios contaban con poquísimas probabilidades de pesar en la política catalana, a poco que los conservadores de la *Lliga* las hubieran contrapesado, aceptando la colaboración autonómica que el nuevo régimen les brindaba. Pero las elecciones del 12 de abril determinaron inopinadamente un rumbo muy distinto del previsto en el pacto de San Sebastián, toda vez que triunfantes las izquierdas extremas y desplazado casi el Partido Republicano de *Acción Catalana* —la *Lligueta* por mal nombre—, se le vino a Macià el Poder a las manos. Trabajo costó el reducirle a términos razonables haciéndole ver que el hecho consumado nunca podría valer, para el mejor fundamento de las libertades catalanas, lo que su consignación en la ley escrita. Transigió, pues, con el pacto Constitucional, convencido, eso sí, de que si hubiera declarado la independencia absoluta de Cataluña, los intereses circunstanciales de la región catalana con las demás españolas padecerían hasta un punto de ruina, inconveniente para la industria del país tanto más que para la nacional de España. Pero desde el primer momento su actitud fue precisamente la que el Presidente del Consejo pretendía inva-

lidar con el otorgamiento del Estatuto y siempre su reserva mental se declaraba en el cúmulo de pequeños incidentes que se complacía en suscitar con el Poder Central. El Presidente del Consejo, por ejemplo, no admitía ni sombra de discusión respecto a la suprema representación del Jefe del Estado y en ningún momento quiso consentir en la menor oportunidad que pudiera valer un precedente en punto a la igualdad entre los dos gobiernos. El uno estaba constituido por el Consejo de Ministros de la República; el otro era exclusivo de la Generalitat de Cataluña, tenía limitada su función regional y la autoridad de su Presidente no se podía equiparar a la que ejercía el de la República. Que no era más que una, y no federación de varias distintas. *L'avi* cultivaba celosamente el espíritu mezquinamente aldeano y reaccionario de toda *patria chica* con ínfulas políticas trascendidas de un sentimentalismo terruñero y de campanario. Necesariamente había de molestarle —con sus secuaces— que el pueblo catalán, para comunicarse por manera espontánea y con su más elocuente y firme valedor, prescindiera de todo trámite en el entusiasmo y demostrara al Presidente del Consejo la adhesión inenarrable que significaba su entrada triunfal en Barcelona. Así pues, y aunque estaba en un principio acordado que no se pronunciaría más discurso que el de la llegada desde el balcón de la Generalitat, quiso Macià decir él la última palabra y brindar en el banquete oficial preparado para la misma noche. Aunque a disgusto transigió el Presidente del Consejo, no sin la reserva explícita de que había de serle sometido con anticipación el texto del brindis, a fin de preparar él a su vez la obligada contestación. Vistiéndose estaba para ir a la comida y un mucho impaciente por no haber recibido a aquellas horas el discurso prometido, cuando al cabo de varias idas y venidas y ya a punto la mesa, llegó Ramos al Hotel Colón donde nos hospedábamos, portador de las cuartillas de Macià. Tan viva irritación le produjo su primera lectura a mi cuñado, que arrancándose el botón del cuello y rompiendo el ojal de la camisa planchada que se estaba poniendo, empezó a quitársela desistiendo de asistir al banquete. Le parecía una fuerza intolerable la que se le hacía, obligándole a aceptar de aquella manera la reticencia que había temido y que seguía dispuesto a no consentir, en las palabras inoportunísimas del Presidente de la Generalitat. No las recuerdo ya siquiera.

Entre Ramos y yo —que me atreví a proponer la tachadura de una frase o dos, con la que ya me parecía viable— conseguimos que aceptara el brindis. Hubo que someter todavía al orador la corrección *sine*

qua non asistiría el Presidente del Consejo a la comida en su honor. Tarde porque transcurrió en todo ello más de una hora, con lo que el banquete se retrasó lo menos media hora, pudo celebrarse al fin. Yo no tenía puesto señalado y me fui a esperarlos al Teatro Olimpia, donde se daba con carácter popular la función oficial que no hubiera sido posible en el Liceo elegante.

Al día siguiente, luego de otra comida en un restaurante del Tibidabo, y de una recepción en el Gobierno Civil, a que no asistió Macià, salimos en coche para tomar el tren en Reus, dando así ocasión a una despedida que corrigió un tanto el malestar que corrompía la hermosa manifestación popular de aquel viaje. Se presentó con Macià en el balcón del Ayuntamiento y luego de unas palabras vibrantes del primero tan sólo, a que correspondió el segundo con un abrazo menos torpe que sus intervenciones orales, recibieron juntos la ovación delirante de la multitud, que ya no nos dejó hasta nuestra salida para Madrid poco después.

Con mis amigos y compañeros periodistas, en que contaban alguna diputada y alguna otra amiga, cené, bailé, en un salón improvisado en el comedor, luego que las personas de representación se retiraron a descansar, y estuve de charla animadísima y descuidada hasta muy entrada la noche. Cuántas veces después no he oído íntimamente como en un eco irónico, aquellas palabras del Presidente desde el balcón de la Plaza de San Jaime: «¡Catalanes! ¡Ya no hay rey que os declare la guerra!...»

XXXIII. De Fígols a Casas Viejas

En puridad de doctrina y llevándola al extremo, se ha tenido la anarquía —el anarquismo digamos más políticamente— por término o desembocadura lógica del republicanismo neto, esto es, individualista y liberal. La reacción natural, sin embargo, contra los excesos doctrinarios de la Revolución —por antonomasia la francesa— ha venido en nuestros tiempos a sustentar toda República —incluso las coronadas en la persona de un rey— sobre una base social: socialista, hablando claro. La Segunda República Española quería, en intención de los más previsores de sus dirigentes, hallar el equilibrio conveniente a su viabilidad entre una y otra dirección divergente de las masas populares, llamadas, de siglo y medio a la fecha, al gobierno de todo el mundo.

No se logró desde luego la aquiescencia de la Confederación Nacional del Trabajo —organización de los sindicatos anarquistas— para cooperar a la instauración del nuevo régimen, en que tan directa participación tomaba desde el Pacto de San Sebastián el Partido Socialista y tras él, respaldándolo con su fuerza creciente, la Unión General de Trabajadores. La CNT, preponderante en Cataluña, accedió al cabo a secundar la revolución republicana y autonomista votando por la Esquerra Catalana. Los sindicalistas tenían asimismo muy trabajado al obrero andaluz. Otra rama importante del sindicalismo tenía su sede en La Coruña. La natural enemiga entre las dos grandes asociaciones en que estaban agrupados los obreros españoles, conforme a teorías y prácticas aparentemente irreductibles a principios y procedimientos comunes, se agudizó al proclamarse la República por la decidida colaboración de los socialistas en su gobierno primero. Mi cuñado me dejó traslucir alguna vez la enemiga que Largo Caballero, Secretario del Partido de tiempo atrás y Ministro del Trabajo a la sazón y desde la primera hora, manifestaba contra las organizaciones sindicalistas que, principalmente en el campo andaluz, dificultaban la labor reformista del Gobierno Provisional y del que le sucedió en el Poder. Pero fiel al compromiso contraído y con poca o ninguna simpatía por cuanto significase desorden anárquico del pensamiento —no digamos ya en la acción— por mucho que fuese su individualismo republicano; amén de la poquísima estima, cuando no aversión, que le merecían los dirigentes de la CNT, no vaciló nunca el Presidente en subrayar con su autoridad personal los acuerdos del Consejo de Ministros que presidía, siquiera muchas veces hubiera preferido una cierta contemplación atrayente con respecto a los sindicalistas más propicios a la colaboración gubernamental con la República.

Ya durante el Gobierno Provisional de Alcalá Zamora y siendo ministro de la Gobernación Miguel Maura, se habían producido en Sevilla algunos sucesos lamentables, principalísimo el ocurrido en el Parque de María Luisa, donde con motivo de un traslado de presos y el asalto a un camión en que eran conducidos, por gentes apostadas para facilitarles la escapada, dispararon los Guardias Civiles responsables de la conducción, dando lugar una vez más a que se reprodujera la campaña contra la llamada «ley de fugas» tan tristemente acreditada en los peores años de la represión ejercida en Barcelona por el General Martínez Anido en calidad de Gobernador Civil y el General Arlegui desde la Jefatura de Policía, en los últimos años de la monarquía. No discutía

tanto el entonces ministro de la Guerra en los Consejos, con sus compañeros, la resolución de Miguel Maura en el caso concreto del Parque, como en alguno de los incidentes que por entonces también contribuyeron a llamar la atención pública exageradamente sobre los sucesos de Sevilla. El ministro de la Gobernación se complacía con exceso, en entender de su colega, en tomar pie de alguna circunstancia pintoresca para sus desplantes jaques. A cañonazos mandó destruir la llamada «Casa de Cornelio», centro probado, por lo visto, de reuniones clandestinas; y como el ministro de la Guerra encontrara que era demasiada represalia y Maura le arguyera que en la casa en cuestión no había nadie, no se recató mi cuñado para comentar conmigo por una vez la improcedencia de agravar la cuestión con un alarde innecesario de fuerza malgastada e inicua.[1]

No faltaban algunos republicanos —aparte los federales propensos naturalmente a la disgregación ideal en la anarquía— para propugnar el acercamiento a la CNT. Desde luego los radicales, por marcar más su contra a la colaboración gubernamental con los socialistas, estuvieron siempre dispuestos a las peores concomitancias con tan declarados enemigos del régimen recién instaurado como pudieran serlo las derechas extremas, propicias a aprovechar asimismo cualquier motivo de subversión que justificara las medidas reaccionarias de la violencia y el estrago contrapuestos; pero de acuerdo al fin y al cabo para impedir la consolidación normal de la República.

Fracasado el movimiento, predominantemente militar, del 10 de agosto, no cejaron, los mismos que solapados lo habían alimentado, en el propósito de hostigar de continuo al Gobierno republicano-socialista con suscitarle conflictos, ora desde el punto de vista de las clases patronales y mercantiles —las llamadas gentes de orden— atentas no más a la conservación maliciosa de sus privilegios, ya levantando el ánimo, de suyo levantisco, de los constantes subvertidores de la sociedad presente por ver de obtener de golpe y porrazo, en toda la extensión de la palabra que alcanzaba ya al tiro de pistola mercenaria, la ilusión de un mundo sin gobierno al puro arbitrio de la competencia indivi-

1. «*Por fin* hoy han disparado en Sevilla los cañonazos que tanto le gustaban a Maura. Han destruido una casa, después de hacerla desalojar por sus moradores, el principal de los cuales se llamaba Cornelio. Han bombardeado un almacén de jamones, embutidos y conservas. Y se han quedado tan contentos. Cuanto más lo considero, más disparatado me parece lo que han hecho.» (*Memorias,* I, p. 55, del 23 de julio de 1932.)

dual. Produjose así, pues, al año y medio de los sucesos de Sevilla, en el pueblo de Fígols, en Cataluña, otro alzamiento de mucha más importancia ya que aquél.[2]

Se decidió deportar a Villa-Cisneros, donde ya estaban unos cuantos *señoritos* pagando la algarada de San Lorenzo, a algunos destacados elementos del sindicalismo catalán.

Atajó el Gobierno el mal cortando por lo sano; pero no era menester ser muy experto médico ni mucho menos —que bastaban los ojos de un lego— para darse cuenta de la posibilidad de un retoño virulento de aquellos primeros síntomas de cáncer.

Por otra parte, no menos importante, pese a la benevolencia con que el Gobierno y muy particularmente su Presidente se esforzaban en paliar cualquier dificultad en la aplicación de la ley de Separación de la Iglesia y el Estado, el elemento católico oficial —rendido de primeras aparentemente a la evidencia de las buenas relaciones que el Gobierno español mantenía con la Santa Sede— no tardó en sumarse, con las más de las órdenes religiosas —no se diga los jesuitas, que, disueltos sus colegios, se diseminaron en eficacísima propaganda a domicilio, por los de sus mejores clientes— que no tardó en sumarse, repito, a la campaña de los púlpitos y los confesionarios, de las sacristías y las asociaciones de caridad aristocrática, de las cofradías y las catequesis que trascendía al vulgo beato de las colas de petición milagrera a tal cual imagen; a la amalgama de las peregrinaciones y las Semanas Santas locales; a los cofrades de las Cuarenta Horas y de la Adoración Nocturna. Y allí de la moda ostentosa de las cruces de oro y de brillantes en los atavíos de las señoronas y en los opulentos calvarios carnales de las más descotadas cupletistas y segundas tiples. Allí de la comedia de santos, falsamente poética y sin la fuerza de los años clásicos y, mucho más frecuentemente, de la pieza soez reída a título de sátira por el público habitual de los teatros más pudibundos en punto al repertorio. Allí de la procesión y el triduo y la novena de desagravio. Y hasta de las apariciones de la Virgen a no sé qué pastores.

No daban todavía la cara, sin embargo, semejantes enemigos. Antes bien, se prestaban a cualquier retractación que se les pidiese en forma. El Rector de la Residencia de los Agustinos, en la calle de Columela, se rindió a la primera queja mía, a que un fraile de su Comunidad subiera al púlpito de aquella su Iglesia de San Manuel y San Benito, no

2. 19 de enero de 1932.

ya para condenar la calumnia en general como arma política —que era lo único que le había pedido en advertencia de la señora, desconocida para mí y cuyo nombre ni supe ni quise averiguar, que en aquella Sacristía se había permitido hablar de mi hermana en términos tan ridículos como indecentes— sino que, tomando pie de aquella fea acción y apoyado en una encíclica del Papa y en una Carta Pastoral del Primado al proclamarse la República, encareciendo el respeto a los Poderes constituidos, se deshizo, sin nombrarla tampoco, conforme a mi exigencia, en elogio de la maledicencia que así pretendía inútilmente contrariar su política, cosa que pugnaba contra el espíritu cristiano de obediencia y caridad; mucho más en aquella ocasión en que tan notoria justicia se hacía a una dama, feligresa, por añadidura, de aquel mismo templo, etc., etc. Como yo había anunciado previamente el desagravio, sin decir a quién ni para qué, en un comentario mío a la actualidad desde las columnas del *Sol,* los parroquianos excedieron, a la hora de aquella misa de domingo, el ámbito de la Iglesia. Por cierto que la eficacia de mi intención fue muy relativa. Empezaron por enfadársenos de mala manera dándose por aludidas las amigas y familiares a quienes me permití, a modo de invitación no más, enviar el recorte del periódico anunciando el acto. Y a la salida pude oír cómo una de aquellas damas catolicísimas comentaba con otra: «Ya estarán contentos. ¡Claro, estos pobres señores —por los frailes— qué iban a hacer!» Seguramente siguieron con su comentario lamentando la restricción de toda libertad que aquello significaba para ellas.

Mi cuñado, pese a todas estas señales, presumía y con razón de la fuerza de su sola presencia ante las gentes que sólo de oídas o de lectura de los periódicos adversos le conocían; e incluso se jactaba en broma de lo bien que se le daban las mujeres, apenas le hablaban. Y no solas cuatro viejas, o las cuatrocientas, cuya entrevista con él constituye desde entonces una de las más sabrosas anécdotas de su vida presidencial.

Había que oírle contar el éxito aquel, a poco de su instalación oficial en la Presidencia del Consejo, de la visita, un tanto tumultuaria que pretendieron hacerle en son de manifestación de protesta unas señoras católicas, defensoras aguerridas de la religión que nadie se ocupaba mayormente de atacar. Llegados que fueron los primeros grupos a la Plaza de Colón y no más intentaron producirse a la entrada de la Castellana en actitud airada, ya se disponía a disolverlas con el líquido elemento un manguero de la Villa, cuando enterado el Presidente de lo

que ocurría, decidió, con muy buena gracia, que lejos de estorbar su intento y deseando oír las razones en que apoyaban su manifestación a puros gritos de ¡Viva Cristo Rey! se las invitara a subir en audiencia especial e improvisada hasta cierto punto nada más, toda vez que el grupo presidente la tenía solicitada al parecer.

Mucho después le oí —y siguió por los años contándolo regocijado— el suceso de aquella entrevista, en que luego de escucharle, sorprendidas primeramente por la suavidad insinuante de su voz y después por la amabilidad de sus palabras suasorias y prometedoras, exclamó la más ingenua: «¡Pero si no es tan feo!» Y alborozadísima en seguida se dio a gritar, viendo que no se producía el Presidente como el energúmeno contra quien, sin duda, iba preparada: «¡Es nuestro! ¡Es nuestro! ¡Dios lo hace! ¡Dios lo ha hecho!» [3]

Pese a la burla que de aquella buena mujer hacía, describiéndola horriblemente ridícula con su atuendo de ostentosa modestia y unas gafas que exaltaban la fealdad del rostro carirrendondo y herpético, no podía disimular la inmejorable voluntad que siempre puso, tanto como en resolver los negocios políticos de monta, en mostrarse natural y sencillamente a los simples de corazón, por insignificantes que fuesen.

De muy otra condición era la dama que, por manera muy señalada, le distinguió, no sin cierto regocijado escándalo de la sociedad de embajadas y legaciones. En la de Grecia,[4] creo, conoció en una de tantas comidas más o menos protocolarias, a la princesa Elisabeth Bibesco, así titulada por su matrimonio con el príncipe rumano a la sazón Ministro de su país en Madrid. Inglesa de nacimiento e hija de Lord Asquith, Primer Ministro en la Gran Bretaña de la coalición liberal que presidió la primera gran guerra europea de nuestro tiempo, se atribuía a la princesa el mismo prurito de notoriedad de su madre, cuyas

3. Comparar con la narración de Azaña: «... Lo chistoso fue que, de pronto, una señora comenzó a decir que de un Presidente tan amable nada había que temer, y que creían ganada su causa. Pues ¿con quién pensaban ustedes encontrarse? ¿Con un demonio colorado? ¿O pensaban que yo estaría aquí en mangas de camisa y con dos bombas de dinamita en las manos? —les pregunté».

«Una cosa así esperaban, porque otra señora gorda y con gafas alzó la voz y con grandes aspavientos me dijo: "Desde que tengo la honra de estar en presencia de vuestra excelencia siento una gran alegría, porque estoy segura de que vuestra excelencia es nuestro, es de nuestra causa, y no es un ogro como yo creía"...» (*Memorias,* I, p. 242, del 23 de octubre de 1932.)

4. Error de memoria: en la fiesta de la Embajada de Egipto, como se deduce por lo escrito por Azaña (v. nota 5).

Memorias, de reciente publicación entonces en Inglaterra, habían dado no poco que hablar. En aquel almuerzo de la Legación de Grecia parece que la princesa, apenas presentada al que no era todavía en el Gobierno español más que Ministro de la Guerra, se produjo con éste por manera harto inconveniente, queriendo sin duda que pagara la que se le antojaba, acaso, novatada en aquel mundillo elegante. El Ministro consigna en su memoria de tal día [5] la mala impresión que la dama en cuestión le había hecho en su empeño de lucir un ingenio fácil, a que por lo demás supo contestar él con notable ventaja y mucha más decisión, dejándola, como suele decirse, en su sitio. Pero si a mi cuñado no le hizo gracia la princesa, a ella en cambio le atrajo él como uno de los mejores ejemplares del «hombre público», cuya amistad apreciábase de cultivar en Hitler, Mussolini y Stalin.

Yo fui presentado a la princesa por el entonces Secretario de Estado y antiguo amigo mío, Justo Gómez Ocerin, en una velada en la Embajada de Alemania. La princesa me presentó al príncipe su marido y una y otro me dieron a leer sendas piezas de teatro, originales de cada cual con destino eventual a su traducción y estreno en el Español. Desde entonces, me invitó varias veces a la Legación, en la casa que tenían alquilada en la calle de Quintana al hijo de la Infanta Eulalia. Unida a su vez en gran amistad con José Antonio Primo de Rivera, ponía especial empeño en que mi cuñado y el entonces joven agitador de los primeros fascistas españoles se conocieran por ella.[6] Uno y otro —con mucha más indiferencia el Presidente del Consejo— eludieron aquel encuentro inútil. La princesa insistió con mejor gracia que el primer día en llamar la atención del Primer Ministro con las suyas continuas y, gran admiradora de Lord Asquith su padre, se complació más de una vez, incluso por carta con ocasión de algún discurso de mi cuñado en las Cortes, en compararle con aquél en punto a virtudes

5. «El sábado, el ministro de Egipto dio una recepción con cena y baile en el Ritz. Hubo mucha gente. Allí conocí a la ministro de Rumania, la princesa Bibesco, hija de Asquith, que está algo loca. Habla a gritos, con voz rajada, de apache, y acumula las impertinencias. Presume de desgarro. Me dijo que tengo espíritu de dictador, me habló de la voz aguardentosa de Primo de Rivera, del rey, de Berenguer..., en fin, muy discreta. La princesa se echa encima de los hombres, quizá con la esperanza de que los hombres se echen encima de ella; pero no es nada apetitosa.» (*Memorias,* I, pp. 445-448, del 28 de marzo de 1932.)

6. «Anoche, en la Embajada de México, la Bibesco tuvo la ocurrencia de proponerme que me presentaría al hijo de Primo de Rivera.» (*Memorias,* I, p. 608, del 22 de abril de 1933.)

parlamentarias. De la carretera de Alcalá, que ella frecuentaba mucho, por la moda en que se había puesto a la sazón el ir al merendero o parador instalado en local contiguo a la Ilustrísima Universidad complutense, decía que era *«la plus belle route du monde»* (el camino más hermoso del mundo) exagerando notablemente el agrado que sin duda daba a sus ojos aquel paisaje, en verdad característicamente español y madrileño, y el gusto que en él tenía por motivos más hondos y naturales, su ya dilecto amigo.

Íbase en tanto enrareciendo cada vez más el ambiente político. Si el partido de *Acción Republicana* se había visto acrecido con la suma de los componentes de *la Orga* de Casares Quiroga, resistíanse a la misma sumisión los radicales-socialistas, entre los que contaban los ya famosos *jabalíes,* así llamados donosamente por Ortega y Gasset por las dentelladas malignas que tiraban a diestro y siniestro en su desatentada carrera parlamentaria. Por otra parte, si se escindía de la compacta masa de los radicales de Lerroux, un grupo acaudillado por Martínez Barrio, ministro que había sido en los dos gobiernos provisionales, no se avenía tampoco a formar simplemente en la disciplina del partido cuya jefatura ostentaba tan inequívocamente el propio Presidente del Consejo. Apoyado éste, con más decisión cada vez en la política republicano-socialista que respaldaba poderosamente la UGT, insistía en su propósito de encauzar los principios revolucionarios que habían de vivificar a la decaída sociedad española, en normas correspondientes a una implantación progresiva del régimen democrático, en toda la pureza compatible con las exigencias de la realidad ineludible. A su entender, su criterio, por suficientemente probado en otros países, no tenía vuelta de hoja: En el Parlamento está representada y manifiesta la voluntad de la nación. Ese Parlamento gobierna por delegación de la opinión pública, delegando a su vez en el Gabinete ministerial el poder ejecutivo, del cual es en último término responsable su Presidente ante la propia Cámara y ante el de la República. Aunque no tiene en principio limitación la facultad que a éste compete de disolver las Cortes y convocar a nuevas elecciones, siempre que estime que así conviene por hallarse agotadas las posibilidades de su representación antes del término legal de cinco años que la Constitución establece para cada legislatura, el Presidente ha de atenerse en la práctica a sostener con su confianza la que el Parlamento confiere al Gobierno con sus votos. La teoría inequívoca del Jefe del Gobierno reposa sobre el supuesto ineludible de que mientras él u otro cualquiera se vea asistido de la mayoría, no debe

faltarle la confianza del Jefe del Estado, que nunca puede ser personal, sino delegada y discernida por la opinión general. Únicamente si no hubiera modo de formar ningún Gobierno con mayoría suficiente en las Cortes, puede y debe el Presidente de la República convocar de nuevo al país a otras elecciones. Conviene que del Primer Magistrado al último votante, pasando muy principalmente por todos y cada uno de los diputados, se vayan dando cuenta de la responsabilidad que a todos incumbe en mantener intactos los principios del Régimen y encauzar su consecución en la disciplina saludable de que se nutren las costumbres públicas de los pueblos verdaderamente libres.

Con cualquier ocasión y en cualquier momento que el Presidente del Consejo se levante en el Congreso, su elocuencia fácil, triunfante de la propia densidad de sus discursos, arrebata a la mayoría de los diputados y acalla la oposición parlamentaria y aun el rencor enemigo, más que por la brillantez y el fulgor castelarinos, por la fuerza lógica de su razonamiento y la precisión de su léxico en oraciones impecables.

¿Cumple la oposición con su papel de tal contribuyendo a la elaboración de las leyes con discutirlas? ¿Se atiene el Presidente de la República a su contemplación eminente sin menoscabarla con veleidades de mero jefe de partido y aun diríamos que de partido judicial? No, en modo alguno. El grupo numeroso que pudo haber sido del republicanismo burgués, esto es, ciudadano, los radicales que Lerroux acaudilla, caen cada vez más del lado que se inclinan —hacia la derecha reaccionaria, vindicatoria de sus privilegios en trance de perdición más que perdidos—. Los socialistas gubernamentales responden a la campaña insidiosa y entorpecedora del lerrouxismo parlamentario con la denuncia pública de sus escandalosos abusos.

El Presidente del Gobierno alterna sus deberes de tal con la extensión de sus discursos políticos, en orden a la propaganda legítima de su partido, en sendos mítines en Santander y Valladolid. En uno y otro viaje me uno al séquito de partidarios y amigos.

El discurso de Santander [7] señaló el primer hito de una campaña en pro de la misión republicana real y verdadera, es decir, atenida en la diversidad de la opinión equilibrada en la competencia civil de los partidos, a las afinidades de una política que en vano los personalismos diferenciaban sin razón esencial. En el de Valladolid [8] ya señaló más concretamente la fórmula unitaria tendente a recabar para una sola

7. Discurso del 30 de septiembre de 1932. (*O.C.*, II, pp. 429-445.)
8. Discurso del 14 de noviembre de 1932. (*O.C.*, II, pp. 457-472.)

organización de izquierda la representación de las fuerzas electorales y parlamentarias que ninguna doctrina dividía. Fue, sin embargo, en un banquete que le fue ofrecido en el Frontón Central de Madrid [9] donde la gradación de su propósito de avenencia trascendió de los límites circunstanciales de la política conveniente a una etapa determinada no más por la ocasión, a la esfera verdaderamente comprensiva de su pensamiento dominador. Lo era en efecto; pero no con la veleidad de quien propende a la dictadura en el Gobierno, sino de quien atalaya de lo alto el panorama que el futuro ofrece a un gobernante que tiene memoria histórica y conciencia propiamente nacional. Su designio aspiraba no menos que a integrar en una sólida masa, organizada conforme a principios universales, la República social que encauzara la revolución ineludible, más que inevitable a su entender, en nuestra patria. El acto tuvo inmensa resonancia y la asistencia de un gran público que llenaba, a más de las mesas en la cancha, las localidades del frontón, ocupadas entre los entusiastas por muchas señoras.

La reacción conservadora de los antiguos privilegios y procedimientos, alarmábase cada vez más del ritmo acelerado que, sin alterar gravemente la vida nacional, imprimía a su política renovadora el Presidente del Consejo. Vista la imposibilidad de deshacer en las Cortes la coalición que lo sostenía votación tras votación, e invalidaba intrigas y manejos, dilaciones y resistencias que se amparaban en un reglamento de la Cámara harto atenido a los prejuicios del liberalismo sobrepujado, la oposición más aguerrida se aventuró nueva y subrepticiamente por los caminos de la subversión. Los extremos se tocan y no es difícil establecer una inteligencia entre fuerzas de opinión opuestas, pero a quienes puede unir en un momento dado el interés común de derribar una fortaleza. Así la que se llevó a cabo concretamente entre ciertos diputados lerrouxistas de la peor especie y algunos agitadores del sindicalismo andaluz, ya que contribuyeron, con más o menos conciencia de lo que hacían, muchos que debieran haberse interesado en la simple conservación del orden público, si su prurito catastrófico no prevaleciera, a costa de la ruina y el estrago, sobre cualquier consideración de la más elemental prudencia. No era la primera vez, ni había de ser la última, que las clases acomodadas de la sociedad española preferían, a otra mejor transigencia que pudiera brindarles un arbitrio gubernamental, el tremendo azar de jugar con fuego.

9. Discurso del 14 de marzo de 1933. (*O.C.*, II, pp. 631-643.)

Así, pues, cierto día, corrió por los periódicos y trascendió en principio no más que a una «pregunta» en el Parlamento, la noticia de que en el pueblo de Casas Viejas, próximo a Jerez, se habían producido sucesos lamentabilísimos. Pocos días atrás, agudizada la campaña de subversión con que los anarquistas sindicados perturbaban la tranquilidad del campo andaluz, dando lugar a que el Ministro de la Gobernación Casares Quiroga, proclamara *sagrada* la cosecha, por dar a entender que no seguiría tolerando los excesos incendiarios, siquiera fuesen esporádicos aún, ni las tropelías que aquí y allí se cometían con frecuencia amedrentando a terratenientes y cortijeros, telegrafió alarmado el alcalde de Jerez, ante la supuesta irrupción inminente de una avalancha revolucionaria que de Casas Viejas se dirigía a aquella población. El Gobernador había pedido refuerzos policíacos y el Director General de Policía, que seguía siendo Arturo Menéndez, envió al capitán Rojas, de la Guardia Civil, cuñado por más señas del comandante Saravia, Secretario en el Ministerio de la Guerra del Presidente del Consejo.

La primera vez que un diputado se levantó en el Congreso a preguntar al Gobierno qué había ocurrido en Casas Viejas, el Presidente, como se hallara ausente el Ministro de la Gobernación, inquirió del Subsecretario Carlos Esplá, sin más que volver la cabeza al escaño donde se sentaba detrás del banco azul, la respuesta pertinente; pues que nada sabían, en efecto, de lo que hubiera podido ocurrir. En poquísimas palabras díjole el Subsecretario la información que tenía y que dio de momento al Presidente con la misma sencillez con que alzándose éste de nuevo a contestar la pregunta capciosa, dejaba caer con absoluta seguridad que, como siempre, decidió la confianza de los partidarios numerosísimos del Gobierno: «En Casas Viejas no ha pasado más que lo que tenía que pasar.» [10]

El Presidente obtuvo del Director de Seguridad, Arturo Menéndez, la de que no había dado al capitán Rojas orden alguna que autorizara el atropello. Ello es que en la prensa extrema, sindicalista y de la derecha reaccionaria, y a su frente, claro es, el ABC, se desató una campaña virulenta traducida no ya en el denuesto, en la insidia que pre-

10. La frase exacta es: «En Casas Viejas no ha ocurrido, que sepamos, sino lo que tenía que ocurrir.» (*O.C.*, II, p. 535.) Véanse, para este capítulo, los discursos del 23 y 24 de febrero, 2, 3 y 7 de marzo de 1933. (*O.C.*, II, pp. 575-630. Véanse también *Memorias*, I, pp. 547-576, del 1-10 de marzo, y 16 de marzo de 1933.)

tendía envolver al Presidente en la culpabilidad del crimen que con sus aspavientos denunciaban los mismos que días antes clamaban contra la indefensión de las llamadas gentes de orden, aterradas en sus feudos jerezanos.

Fiel cumplidor de la ley y rompiendo con el criterio que había sido hasta entonces de todos los Gobiernos, monárquicos, liberales y conservadores, el Presidente, en vez de respaldar con su Ministro de la Gobernación y el Gabinete entero la demasía que empezaba a demostrarse probada, dejó actuar libremente al juez instructor de la causa abierta al efecto, consintió en la dimisión y el procesamiento, con prisión preventiva, del Director de Seguridad, luego absuelto, y abandonó al capitán Rojas a la entera responsabilidad de la fechoría que en modo alguno la representación del Poder público podía amparar disimulándola en el cumplimiento de un acto de servicio. Inútil todo ante la maldad recalcitrante del enemigo viejo apostado en el refugio de sacristías, cuartos de bandera, redacciones, *boudoirs*... y aun en la inmunidad, más que del salón de sesiones, de los «Pasos Perdidos» de la Cámara. Si no se había inventado entonces, volvió a aparecer en el periódico de Luca de Tena, sin que nadie le fuera verdaderamente a la mano, por engañoso respeto a la libertad de la prensa, la frase inverosímil, pero de tan malévola fortuna contra el Presidente del Consejo, que le suponía capaz de ordenar al Director de Seguridad «los tiros a la barriga».

No fue, sin embargo, la violencia de la campaña contraria lo que disminuyó por modo evidente su autoridad parlamentaria, por más que no le faltara el número de votos con que compulsaba la opinión favorable a su Gobierno. No, sino que por primera vez, y por manifiesta ligereza del Subsecretario de Gobernación, en su afán de quitar importancia y alcance al suceso que desconocía verdaderamente —y de ahí su culpa con la del Ministro y el Gobernador de Cádiz—, el Presidente del Consejo había incurrido en manifiesta falta de información con decir, ante las Cortes, tan seguramente como afirmaba siempre su conducta en principios fundamentales, que «en Casas Viejas no había pasado más que lo que tenía que pasar».

XXXIV. Se acabó la República

Desde aquel punto y hora arreció la campaña contra el Gobierno. Más o menos abiertamente concitados en contra suya, monárquicos, anárquicos y republicanos antirrevolucionarios, opusieron la obstrucción parlamentaria, la campaña social, la algarada callejera o campesina y por doquier el acecho y la intriga a la labor fundamentalmente renovadora de la alianza republicano-socialista que ejercía el Poder Público bajo la presidencia de mi cuñado, el antiguo Secretario del Ateneo.

No había éste podido obtener, conforme a su designio en los días de la algarada de agosto, la aquiescencia de los partidos, a merced de los enemigos del Régimen, en la efectividad de una dictadura de las Cortes, puesta en ejecución por el Gobierno. Enemigo el Presidente del Consejo de recurrir al gastadísimo expediente de la suspensión de los derechos constitucionales, tan desprestigiado durante la regencia y el reinado de Alfonso XIII, era partidario en cambio de atemperar las necesidades de su política a la virtualidad de unas cuantas leyes de excepción que, sin vulnerar el Código fundamental, invalidaran la oposición maliciosa de sus manifiestos subvertidores.

Era escandaloso que a la cabecera de los impugnadores de la Constitución, apenas votada y sin que lo fueran todavía las leyes complementarias en que había de arraigar, el mismísimo Presidente de la República pretendiera cambiar su signo, marcadamente socializante, pero sin detrimento de ningún derecho individual del ciudadano libre, propugnando no menos que una campaña en pro de la reforma constitucional. A ella intentaba responder el Presidente del Consejo con la Ley de Defensa de la República, en que sin suspender ninguno de los derechos individuales ni políticos de los ciudadanos en general, en atención a las circunstancias, se otorgaba al Gobierno facultades excepcionales para proceder en determinados casos y con determinados tipos de delincuencia política con arreglo a normas que en opinión de algunos jurisperitos transgredían los principios democráticos en que se fundaba el nuevo estado de cosas.

La campaña en pro de la juridicidad estricta de los actos del Gobierno encontró algún que otro valedor sobresaliente. Principalísimo entre ellos nuestro gran amigo —luego vino a serlo mucho más— el ilustre jurisconsulto don Ángel Ossorio y Gallardo, que pese a su independiente adhesión a la causa republicana y acaso por lo que tenía de independiente de toda disciplina de partido, recordaba harto su proce-

dencia conservadora bajo la jefatura de don Antonio Maura, con quien a título de admiración hallaba un gran parecido —y no físico ciertamente— en el Presidente del Consejo. Don Ángel Ossorio publicó en el diario *Luz,* cuyos redactores más destacados, con Ortega y Gasset a la cabeza, habían abandonado el *Sol* de algún tiempo atrás, un artículo señalando «el caso inquietante» que a su entender apuntaba en las veleidades dictatoriales —poco menos venía a decir si no lo decía paladinamente— del Jefe del Gobierno.[1] No necesitaban muchos avisos así los propios colaboradores del Presidente del Consejo, para mostrarse tan alarmados como en la mañana del 11 de agosto. En la misma mayoría, incluso muchos que admiraban la decisión ejecutiva del Ministro de la Guerra, no aventuraban una opinión favorable al desestimiento de las contemplaciones en que la «juridicidad» de los procedimientos gubernamentales hallaba sus puntales más firmes. Cuántas veces no recordó después mi hermano, en circunstancias mucho más azarosas, aquella admonición de nuestro amigo, después tan decidido propulsor incluso de una política personal del Presidente, que galvanizara las fuerzas defensivas del pueblo español acuciado por el fascismo internacional.

Manuel Aznar había intentado otro asalto más directo al Presidente del Consejo, que el de mi colaboración en *El Sol* a raíz de la proclamación de la República. Decidido a congraciarse con su antiguo valedor Ortega y Gasset, se propuso el acercamiento del filosófico orientador de la juventud española a la realidad, políticamente tangible, del antiguo reformista Secretario del Ateneo. Ortega y Gasset había tenido un rasgo tan inopinado como elegante, con ocasión de su primera intervención en el Parlamento, adonde habíanle llevado, como a otros intelectuales de primera, los votos socialistas, a propuesta principalmente de Fernando de los Ríos; aunque sin adscribirse en el partido ni, por lo tanto, a ningún otro. Constituyó, pues, un grupo aparte, vagamente intitulado «Al Servicio de la República», como queriendo dar a entender que desdeñando todo interés circunscrito a principios determinados en el orden táctico, se elevaban de las contingencias de la menuda realidad a la at-

1. «Esta noche publica *Luz* un artículo de Ossorio: "El caso inquietante de don Manuel Azaña", que muestra el punto a que ha llegado esta campaña. Ossorio, que no se cansa de decir en todas partes lo mucho que me admira, dispara contra mí un artículo mal intencionado, en el que en virtud de un análisis de mi carácter me denuncia como un probable dictador.» (*Memorias,* I, pp. 420-421, del 5 de marzo de 1932.)

mósfera pura del ideal sin mácula. Ya he dicho hasta qué punto consideraba impertinente el Presidente del Consejo una manera así de entender la política. Creía que las actividades del hombre tenían esferas definidas; pero también que no era lícito el estar a las maduras y no a las duras nunca en lo que hace a la responsabilidad que a cada cual incumbe en un Gobierno democrático.

Que a título de salvaguardar la independencia personal del propio juicio rehusara nadie el adscribirse a una organización o partido, para constituir un sanedrín o un oráculo al que los representantes legítimos del Poder Público hubieran de rendir acatamiento subrepticio y prestar atención tan indefinida como ilimitada, le parecía de todo punto intolerable. Y si discutible el rendimiento a que se prestaba, más que una masa popular de lectores, un cierto contingente de reclutas intelectuales a cuenta de un indudable toma y daca de valimientos y honores periodísticos, no admitía de ninguna manera que la indudable preeminencia literaria de Unamuno, de Ortega y Gasset, de Pérez de Ayala —y no digamos de otros congéneres de menos cuantía— hubiera de traducirse en un aval de sus caprichos respectivos en orden a la gobernación del Estado. No era menester ser muy lince para advertir de tiempo atrás la profunda discrepancia que separaba a dos hombres tales como el Presidente del Consejo y el catedrático ensayista de filósofo no tanto en el rigor de la doctrina cuanto en la conducta. La gente —que en masa no suele engañarse, como se engaña circunstancialmente uno por uno de los individuos que van implicados en ella— no se equivocaba al elegir como representante de su opinión política a quien se conducía por manera inequívoca, sencilla y paladinamente, y no con los distingos y reservas de quien no quiere comprometer su palabra de oráculo sibilino.

Sorprendente fue pues, que al alzarse por primera vez en la Cámara Ortega y Gasset lo hiciera pidiendo un aplauso para el ministro de la Guerra autor de las Reformas Militares, por lo que tenían de principio político.[2] Incontrovertible en el orden republicano, de las nuevas instituciones que se discutían.

Sinceramente agradecido oyó aquél en pie la ovación con que el Parlamento respondió a la iniciativa del diputado cuya excelencia se amparaba con facilidad de aquella justicia que otros menos avisados no habían sabido hacer al Primer Ministro hasta aquella oportunidad. Pero

2. Véase *Memorias,* I, pág. 65, del 30 de julio de 1931.

no trascendió a ningún empeño realmente fructífero, ni a una colaboración sinceramente decidida, aquel simpático conato. Enrique Ramos apuntó alguna vez la conveniencia de intentar la atracción de Ortega a la política del Presidente del Consejo; el cual, demócrata convencido, y como tal poseído de la representación, traducida en votos numéricos, que ostentaba, no se avenía así como así a transigir en ella un punto más de lo que significara una coincidencia efectiva y un reconocimiento explícito de su autoridad a través del partido o, en todo caso, un acuerdo en la medida que Ortega, por conspicuo que fuese, aceptara el juego político tal y como él lo planteaba; nunca al puro arbitrio de las personalidades eminentes, sino encuadradas en la disciplina de las organizaciones democráticas. Así las cosas, ocurriósele a Aznar el suscitar una entrevista de los dos prohombres y a ello se avino mi cuñado sin gran entusiasmo y más bien porque no se dijera que rehuía ocasión ni oportunidad de que no era el director de *El Sol* el único afanoso. Reuniéronse, pues, los tres a comer un buen día en su antiguo restaurante de Lhardy; pero no pasó de una sobremesa de puro cumplido y sin trascendencia —ni aun periodística—, obligado a silenciarla en su periódico el propio anfitrión, en gracia a una discreción elemental [3].

De allí a algún tiempo Manuel Aznar se me confesó sin ambages. Aspiraba a ser embajador de la República. No se distinguía ciertamente por sus escrúpulos y no los tenía al pretender a una representación diplomática de categoría siendo así que poco antes del 14 de abril del 31, y dirigiendo *El País* de La Habana o colaborando en el *Diario de la Marina*, se había manifestado convencido de la continuación de Alfonso XIII en el reinado español de sus mayores, como después partidario de una política republicana transigente con el capitalismo vergonzante cuyos intereses le parecían asequibles, en punto a cierta participación, más o menos papelera, en los beneficios.

Apenas si me atreví a insinuarle semejante pretensión al Presidente del Consejo. Martín Guzmán vio el deseo que Aznar tenía de ser em-

3. «He comido con don José Ortega, y Aznar, director de *El Sol*, en Lhardy Invitaba Aznar, para que Ortega y yo tuviésemos ocasión de hablar (...) Yo no iba de buen grado a la comida, porque conozco a Ortega, y me temía que no saliese nada de nuestra entrevista. Así creo que ha sucedido. Hemos estado juntos cuatro horas. Yo he estado "natural" y hablador. Ortega me ha echado muchas flores, pero no se ha "destapado". Sospecho que pretendía examinarme. Todo esto no dará nada útil; pero si yo, siguiendo mi impulso primero, hubiera eludido esta entrevista, me habrían llamado huraño y salvaje.» (*Memorias,* I, pp. 449-450, del 3 de abril de 1932.)

bajador y consideró que era desde luego inútil hacerle semejante petición a mi cuñado y buen amigo suyo; mucho menos a cuenta de la ventaja que pudiera suponer el desentendernos, en el periódico, de director tan ambicioso, a costa de una pretensión tan desmedida. Podíamos, en cambio, podía yo muy bien, a juicio de Martín Guzmán, que me tocaba al corazón con ponderarme el servicio que al Presidente haríamos poniéndole —aun en contra de su opinión— en posesión virtual de un diario de gran circulación y mayor solvencia y peso en la opinión pública, podía yo muy bien, digo, someter directamente al mismísimo ministro de Estado —nuestro buen amigo Luis de Zulueta— la pretensión de Aznar y la conveniencia de acceder a ella, no fuera más que por alejarle, ganando su voluntad con satisfacerle el prurito diplomático, de la dirección de *El Sol* donde nunca nos sería enteramente fiel y a la que estaba bien agarrado por un contrato que preveía, en caso, una indemnización cuantiosa. Zulueta, impuesto de nuestro deseo, coincidente hasta cierto punto con el del director de *El Sol,* nos prometió hacer suya la propuesta y llevarla a Consejo, en la seguridad, que Martín Luis Guzmán y yo le habíamos dado, de que el Presidente, ya que no patrocinarla, no se opondría a ella, si la iniciativa procedía del ministro. No prosperó, sin embargo, poco ni mucho; porque apenas hubo aventurado su propósito de nombrar a Aznar ministro en Río de Janeiro, Indalecio Prieto se manifestó tan decididamente en contra y con tan buenas razones, que no necesitó apoyarlas gran cosa y no hubo quien se tomara el trabajo de rebatirlas, ni de insistir en el nombramiento.

No fui yo quien comunicó al director de *El Sol* el mal resultado de mi gestión; pero no faltó, sin duda, quien le enterara por lo menudo y con detalle de lo que en el Consejo había pasado y que no supe sino después, cuando mi cuñado me confirmó lo que yo le pregunté, enterado por otro que por él ni el ministro. Aznar, que de antiguo manifestaba poca simpatía por Prieto, emprendió una campaña en el periódico contra los socialistas en el Gobierno. Ello dio lugar a que en el seno del Gabinete y en pleno Consejo se le hiciera ver al Presidente la improcedencia de semejante conducta, dado que de público se daba por cierta la inspiración de sus amigos. Con ello no se obtuvo otra cosa sino que mi cuñado insistiera en su absoluto desinterés de *El Sol,* como tal órgano propio, y que se negara a facilitarle ningún género de información oficiosa, ni aun a título de esclarecer las dudas que algún colaborador como Luis Bello se permitía exponerle para que se las resolviera conforme al criterio que estimase rigurosamente gubernamental.

En realidad no era que tuviese a menos el descender a sortear desde un periódico la información conveniente o no, según las necesidades de la política, en pugna muchas veces con la ilustración detallada de la opinión pública; sino que le dolía, y se lamentaba conmigo, de no tener a su lado gentes capaces en todo momento de arrostrar la responsabilidad de hacer las cosas enteramente por su cuenta y al propio tiempo sin perjuicio del apoyo al Gobierno en cada caso. No sabían escribir sino al dictado, y tanto *El Sol* como los periódicos más afectos a los distintos grupos gubernamentales, más que comentar con personalidad y criterio propios los discursos del Presidente, o los beneficios seguros de sus iniciativas, se limitaban a publicar íntegro el texto y a glosar malamente, entre elogios y ditirambos, harto más vacuos y menos consecuentes que la diatriba de la Prensa de oposición, de suyo envenenada, la doctrina expuesta por el orador, que si podía sentirse en cierto modo halagado por el entusiasmo del elogio, no, ni mucho menos, al apreciar lo desasistido que estaba de valedores tales y de propagandistas eficaces.

Le producía indudable irritación la pasividad de las gentes, insensibles a toda emoción primera; repetidoras de conceptos aprendidos y frases hechas. Que nadie, o muy pocos, supiese pensar por su cuenta, era cosa que a él, caviloso de suyo, le producía siempre la misma irritada sorpresa. De ahí que, si le agradaba en lo íntimo del ánimo, naturalmente asequible al halago que pudiéramos llamar legítimo, cualquier manifestación del entusiasmo público en su favor, se hastiaba en seguida del lugar común en el ditirambo.[4]

En el espectáculo de la multitud agolpada a su paso con los demás ministros, apreciaba al único discrepante manifiesto. Un indiferente recalcitrante constituirá el tema incidental pero caracterísico en grado sumo, de uno de sus mejores discursos. Yendo una tarde como suele por los alrededores de Madrid, al pasar por un pueblo de la sierra castellana, detiénese el coche un punto, dando lugar a que el vecindario descubra

4. Escribe Azaña el 3 de junio de 1932: «También opina Ortega que estoy rodeado de aduladores. Es otra idea provinciana de lo que constituye la realidad del Gobierno. Ignora qué resistencias tengo que vencer, y que nadie me facilita nada. Para que haya adulación, es menester ser dos: el adulador y el que se deja adular. Ahora bien: siempre he sido un bárbaro con quien se atreve a elogiarme en mi cara, y éste es uno de los fundamentos de mi reputación de adusto. Hace años decía yo de mí mismo: "Hostil al halago, indiferente a la censura."» (*Memorias,* I, página 487.) «Tampoco tengo gusto en que nada se me subordine; los elogios me sonrojan, y la adulación me encoleriza. Porque veo la bajeza que los dicta.» (*O.C.,* p. 892, del 17 de junio de 1927.)

al paseante y se arremoline en derredor suyo a contemplarle curioso tanto como a vitorearle. También entonces descubre él a *su hombre* de entre los entusiastas fatuos. Atendiendo al requerimiento de quienes le solicitaban a la puerta de su herrería, creo, ha dejado un momento el trabajo y asomádose con su mandilillo de cuero. Con gesto inequívoco de superioridad, sin jactancia, con ese digno continente del que no necesita del alarde para vivir seguro de sí, ha mirado como si tal cosa al Presidente y le ha vuelto, sin desdén, la espalda para reintegrarse a su trabajo. No se trata de un protestante que quiere hacer constar su disconformidad: pero de uno de tantos filósofos que no se avienen a que los grandes del mundo les priven un momento, no ya de su sol, de la sombra de su cobijo. ¡Qué lejos estará siempre el hombre aquél del encendido elogio que hace de su orgullo, desinteresado de toda vanidad, el primer español de la República!

«¡Quién tuviera un mandil de cuero!», dice sin alusión alguna masónica, nuestro antiguo amigo Juan Uña, envidioso del comentario que ha merecido al Presidente, en su discurso más sonado a la sazón, la actitud a su paso de un castellano como al Presidente le gusta que sean sus paisanos.[5] Tan sincero es el entusiasmo con que Juanito Uña (que así le seguíamos llamando los que más jóvenes que él vamos ya para viejos) se apresta a felicitar a mi hermana, que ésta le promete y le regala un mandilillo tal.

Pocas veces se me logra ya el ver ni hablar a solas a mi cuñado. Harto se preocupa, a mi entender, aunque no se lo diga, de la opinión

5. Se trata del discurso en Valladolid el 4 de noviembre de 1932, y el comentario aludido es el siguiente: «Hace pocos días también —y va de anécdotas en vuestro país— he tenido esta impresión de la raza que me ha llenado de contento. Atravesaba yo una villa castellana. Era un día de fiesta o de feria: la plaza estaba llena de gente. Es claro; pasa el Presidente del Consejo de Ministros, ¡y qué se le va a hacer! La gente se agolpa al coche, grita, saluda, nos cuesta trabajo abrirnos camino. ¡Ah! Pero todo esto que, agradecido, a veces es penoso, nos hace salir de la plaza, y en la esquina había un hombre magnífico, un hombre de gran estatura, atezado, seco, que debiera de ser, supongo yo, curtidor, con un enorme mandil de cuero que le caía desde los hombros hasta los talones. Apenas reclinado en un poyo de piedra, me vio pasar. Yo iba a pie. Me reconoció, me dirigió una mirada de desprecio sublime y no se movió. Desde entonces tengo por este hombre una admiración tal, que digo: éste es el hombre castellano que yo quiero. Pasa el Presidente del Consejo de Ministros y él está con su mandil de cuero, quizá con su hambre, y con su olímpico gesto castellano dice: "somos iguales". Este tipo sustancial de vuestro país es el que hay que resucitar y restaurar.» (*O.C.*, II, página 468.)

—y no siempre la peor la necesariamente adversa— que me atribuye entremetimiento ni la menor influencia en los negocios del Estado. Sigo frecuentando su mesa en la intimidad y comparto con él la de tal o cual invitante. Mi cuñado no desdeña el trato con los aduladores, aunque, en caso más favorable en punto a su diversión, nunca trasciende ésta a ningún compromiso indecente. Más de una vez vamos a comer a Fuentelarreyna, el restaurante elegante de la carretera del Pardo; o merendamos a la vuelta de los habituales paseos en Alcalá, en El Escorial o en Las Rozas.[6] Muchas tardes, voy a buscarle después de comer y vamos a «La Quinta» del Pardo, donde pretende restaurar la antigua gracia francesa de su trazado sobre la grosera ruina que han hecho en ella los últimos Borbones, a cuenta de las supuestas aficiones avícolas del infeliz Príncipe de Asturias. Como de los Jardines de la Moncloa, quiere que el especialista Winthuysen se encargue de su arreglo y conservación. Al cabo, es Cándido Bolívar, hijo del naturalista famoso y heredero de su padre en la afición profesional, quien se propone satisfacer, en su doble calidad de afiliado a Acción Republicana, el deseo del Presidente.

Como trasantaño en su huerta de Alcalá y ahora con motivo más propio si desinteresado, se le alegra la fisonomía no más dejar la carretera general del Real Sitio y adentrarse por el monte a la puerta de «La Quinta», riéndose con José Ramón y sus preguntas:

—Si aquélla es la Puegta de Hieggo, ¿ésta cómo se llama? —inquiere el niño al pasar un portillo de madera.

—¡Puerta de Palo! —le dice el tío, regocijado e interesadísimo en señalar con el chico los distintos hitos que jalonan sus paseos en común.

Mostrándome la avenida de altos árboles a la entrada de aquel recreo de «La Quinta» abandonado a la incuria, me muestra, cuando me lleva por primera vez, el estrago hecho en la glorieta, al pie de los escalonados pensiles, por el experto huertano de Valencia que descuajó el jardín de su parte más baja para plantar el pasto de los cerdos y las aves de corral, cuyos gallineros modelos —y no *Petit Trianon* precisamente—

6. De lo que significaban los paseos por los alrededores de Madrid, para Azaña, de los cuales hay un sinfín de alusiones en las *Memorias,* nos da buena idea lo que escribe, añorándolos, el 24 de julio de 1937 en Valencia: «El caso de Madrid es singular para una capital. A los quince minutos de salir de casa, puede uno emboscarse en un monte solitario, disolverse en el natural, no corregido por nadie. Sin hablar de la calidad del paisaje. Aquellos lugares infunden en el ánimo el tónico acendrado de su hermosura (...) Apropiándome por la emoción tales lugares, he sido más fabulosamente rico que todos los potentados del mundo.» (*Memorias,* II, p. 166.)

estropeaban la agreste rusticidad de las colinas del bosquecillo. A media ladera de la subida al palacete se abre uno de los estanques circundado de simple arquitectura neoclásica, entreverada de hiedras y jaramagos. En lo alto se alza la casita, en el orden de las que en otros sitios imitan asimismo las *delicias* de gusto francés de una sola planta y decoradas graciosamente sus paredes con los primeros papeles pintados que se vieron, a principios del siglo pasado, en la Corte de Madrid: chinerías caprichosas de quioscos y palanquines, puentecillos y lagos, sicomoros y sauces bajo una luna multiplicada en la repetición de la misma escena de mandarines y princesitas de té de porcelana, campos de arroz y cielos de laca. Los suelos tendidos de esterilla fina sugieren a nuestro paso huellas de tantos reales veraneos campestres de cien años atrás. Como otras tantas veces, doliéndose melancólicamente de la desolación de páramo que pone el español en los mejores intentos de cualquier cultura, se apresta con uno y otro proyecto a derribar palomares infectos y bardales de corralón, para levantar otra vez el agrado del buen artificio en la esplendidez del paisaje natural.

Tampoco le parece que los administradores de la República sepan apreciar en lo que vale el caudal artístico repartido por los antiguos Sitios Reales. Cree que, a semejanza de lo hecho en Francia, las antiguas propiedades de la Corona deben permanecer afectas a una administración inteligente del Estado y nunca a la populachería chocarrera de las representaciones municipales y de los Comités republicanos. Por su parte, ha procurado salvar del desastre edificios, jardines y montes como aquel del Pardo, tan caro a sus ojos. El espectáculo de la Casa de Campo los lunes siguientes a cualquier domingo, le hace ver la improcedencia de dar paso sin más ni más a los que, en nombre de un madrileñismo de ventorro y jarana de San Eugenio, de merienda social en el mejor de los casos, llenan de grasientos restos de *El Heraldo* y *El Liberal,* céspedes y tomillares, cuando no amenazan con sus fogatas la integridad del encinar y la alameda. Por otra parte, también le parece improcedente que el Palacio de Riofrío,[7] sirva de asilo de niños, mal acomodados y ne-

7. «Visitamos el palacio, en parte ocupado por las colonias escolares de Segovia y Madrid. El palacio es muy hermoso, y me apena verlo estragado y desmantelado. Todavía hay en él muchos muebles, y gran número de cuadros, casi todos sin valor. Es lastimoso cómo tenían los reyes estas cosas. Y también lo es que no se puedan aprovechar ahora con refinamiento y gusto. Emplearlo en una obra humanitaria está bien; pero salta a la vista la desproporción del marco con su destino actual. En Francia, la República hace las cosas mejor.» (*Memorias,* I, p. 140, del 30 de agosto de 1931.)

cesariamente destrozones del edificio, que estaría mejor afecto a un servicio nacional de museo de la caza, como quiere Valle Inclán, o de cazadero en efecto, como los Presidentes de la República francesa tienen en Rambouillet y en Compiègne para uso de huéspedes ilustres principalmente. Por iniciativa suya ha sido nombrado Valle Inclán conservador del Museo del Tapiz instalado en Aranjuez, expediente que no hará sino reducir el veleidoso humor oposicionista del gran escritor, nunca satisfecho como es de razón, en su afán justiciero.[8] En tanto no le es dado al Presidente llevar a cabo en el tiempo preciso los derribos y edificaciones que su imaginación le propone, la entretiene con dar la pauta de lo que sería en efecto una buena administración republicana del legado patrimonial de los siglos a la nación española.

Saliendo de «La Quinta» por la puerta trasera, luego de recorrer el camino plantado de vides a un lado y otro, la vista y el ánimo se le ensanchan por el dilatado Cuartel arrendado por el Patronato del Pardo a una sociedad de cazadores. Preservar el monte de la invasión urbana que pretende edificar dentro de su recinto ya un barrio obrero, ya un sanatorio de tuberculosos, es uno de sus cuidados de madrileño, consciente del valor perenne del paisaje de Velázquez en el ámbito de la capital de España. No es, no, un prurito inteligente, ni una operación intelectual, sino un efecto de su ánimo sensible, aquel goce del campo abierto en que le veo complacerse, con el mismo puro abandono de años atrás en nuestras descuidadas andanzas por los campos de España o simplemente por aquellos mismos alrededores de Madrid.

Con el sentimiento del campo, placer inefable, se compadece él de su expresión más pura por medio de la música. El lema propuesto por Beethoven al oyente de su *Sinfonía Pastoral* es motivo preferido de los mejores recuerdos filarmónicos de mi hermano político. Pocas lecturas puede darse, como se daba, libre de mayores cuidados en el ocio dilatado de sus años de libertad. En el descanso de su trabajo actual, la música continúa siendo, efectivamente, el mejor lenitivo de sus preocupaciones y su afán diarios. De muchos años atrás socio de la Filarmónica de Madrid, continúa ahora asistiendo, si no a los conciertos de aquella Sociedad a que no ha tenido tiempo de darse de alta luego de casado, a los de la Orquesta de Pérez Casas, que le ha hecho su Presidente de Honor, en sustitución de La Cierva, el antagónico ministro de Gobernación de tantos impopulares gobiernos de la monarquía. Es-

8. Véase *Memorias,* I, pp. 498-499, del 21 de junio de 1932.

tando en uno de los conciertos semanales de aquella su Orquesta en el Teatro Español, en los primeros tiempos de su ministerio en el de la Guerra, fueron a sacarle del palco en que era oyente asiduo, sus correligionarios de Acción Republicana. Celebrábase aquella tarde la sesión de clausura de la primera Asamblea del Partido, luego de proclamada la República, y reclamaban su presencia en el escenario del María Guerrero, donde tenía lugar. No tenía pensado asistir, ni mucho menos hablar; pero no pudo resistirse al cabo y de muy mal humor, porque le interrumpían el concierto, accedió a cerrar el comicio con unas palabras. Nunca me consolé de no haberlas oído; tan inopinadamente salió de un teatro para otro y tan lejos estaba yo, por lo que acababa de oírle, del gusto sorprendido que había de dar a quienes le oyeran. Acostumbrados a la firmeza de sus decisiones, tampoco le esperaban los organizadores del acto; de suerte que cuando le vieron entrar por las puertas y presentarse en el estrado, no había ningún taquígrafo dispuesto, ni tiempo de correr en busca de uno que tomara el discurso. Vino así a perderse una de las más bellas improvisaciones de su fulgurante carrera de orador público, a cuanto aseguraban después sus arrebatados oyentes.

—¿Sabes por qué me ha salido tan a gusto? —me dijo—. Porque acababa de oír la Sinfonía *Júpiter,* de Mozart.

Asistiendo con él a otro concierto de la propia Orquesta Filarmónica en la pista del Circo de Price, ya en este año del 33, presencié el espectáculo, por demás significativo, que dieron, desafiando a la gran mayoría del público, del de las gradas sobre todo, algunos protestantes subrepticios en contra de la manifestación de simpatía con que en el primer entreacto se señaló su asistencia en un palco visible.

El día de su cumpleaños nos invitó a almorzar la princesa Bibesco. Con ella y el ministro su marido nos sentamos, en tan señalada fecha, poquísimos invitados para mayor intimidad de la reunión. Contaban en ella naturalmente, por modo muy principal, mi hermana y mi cuñado. No creo que éramos, además, sino el embajador de Inglaterra con un secretario de la Embajada; Carlos Morla, que lo era de la de Chile, con su guapísima mujer; la mía y yo. Transcurrió el almuerzo amablemente, exagerando siempre un tanto la princesa sus alardes de ingenio, culminantes aquel día, con buena gracia, en el momento en que entrando la tarta de postre, adornada de las velas que se usa poner en conmemoraciones tales en número igual al de años que cumple el festejado, como se hiciera un silencio casual o momentáneo:

—No se molesten contando —dijo la princesa—. Son treinta y siete.

Hasta que picada de una mala tentación se le ocurrió preguntar al Presidente en el francés, tan malamente acentuado, en que se llevaba la conversación:

—¿Y su amigo de usted, el asesino de los ojos azules?

Quiso mi cuñado hacerse el desentendido; pero insistiendo la princesa torpemente, no hubo manera de que el Presidente eludiera la alusión a su Ministro de la Gobernación, Casares Quiroga. La respuesta fue tan en su punto, que no se restableció ya la cordialidad descuidada de la primera parte de la comida; y apenas llegué a casa de regreso, me vi llamado de nuevo al teléfono por la Bibesco, para sincerarse conmigo de lo sucedido, luego de sufrir a cuanto decía durísimos reproches de su marido, otras veces complaciente, y del Embajador de Inglaterra, echándole en cara una incorrección que nunca había sospechado en la que pretendió broma inocente.

No paró conmigo hasta conseguir que acompañara a mi cuñado a su casa nuevamente —y esta vez a solas los tres— de allí a muy pocos días, para darle explicaciones rendidas. Mi cuñado las aceptó, pero no en modo alguno los avances que la princesa le hacía en orden a una amistad confidencial, de que el Presidente no se hubiera defendido tanto veinte años antes, así me lo volvió a repetir con aburrida sorna al salir de allí.

Por entonces también se presentó en Madrid inopinadamente el ex Presidente del Consejo francés y alcalde perpetuo de Lyon, Monsieur Herriot. Inopinadamente digo, porque, aunque después se vino a saber que no había sido ajeno, ni mucho menos, a la intención del viaje, el Embajador Monsieur Herbette, el Gobierno español se vio sorprendido, casi de buenas a primeras, con aquella visita de incógnito, con el pretexto de tomarse unas vacaciones; pero a la que se le dio por las gentes de la oposición antirrepublicana una significación improcedente. Al Presidente, desde luego, le sentó mal que el Embajador francés, obrando materialmente por su cuenta, a lo que después supo mi cuñado, se permitiera, sin duda, proponer a Herriot la conveniencia de aquel viaje, en que la personalidad del visitante podía hacer un tanto la forzosa al Gobierno de la República española, sobre no sé qué vagas pretensiones, que no llegaron a concretarse. No llegaron a concretarse, en primer lugar por la actitud de nuestro Presidente, resuelto a mantenerse en la dignidad de su cargo y su representación, sin adelantarse poco ni mucho a presuponer la menor aquiescencia a los avances de una política que el Embajador francés se proponía, por lo visto, sin contrapar-

tida y, lo que era peor, porque la escandalosa alarma de los adversarios, clamando exageradamente de antemano contra todo intento de supeditación de nuestra política extranjera al interés particular de Francia, espantó la caza, como suele decirse. Recibido en audiencia protocolaria por el presidente del Consejo, M. Herriot no tuvo mejor ocasión de hablar con él que durante la excursión en automóvil a Toledo, organizada por el Embajador; pero aquél, atenido a las reglas estrictas del buen orden diplomático, no dio pie —según me dijo después— a otra conversación que sobre el Greco. Asistí con mi hermana y mi cuñado a la velada que M. Herbette asimismo dedicó en la Embajada a su huésped ilustre. Como había un concierto de ocasión, el Presidente español hizo gala de sus buenas lecturas francesas, hablando muy oportuna y discretamente a su colega del libro sobre *Beethoven,* el mejor título literario de M. Herriot que tantos tiene bien ganados en su política de la Tercera República.

En reacción simpática contra la recepción hostil que la prensa antirrepublicana había hecho al político francés, fuimos muchas gentes en acompañamiento numerosísimo, que llenó la estación del Norte, a despedirle a muy pocos días de llegado. No pasó más entonces; pero mi cuñado ha aludido conmigo más de una vez a las consecuencias, tan incalculables como insospechadas entonces, a que dio lugar la improcedencia de aquel viaje inesperado. M. Herriot tuvo que mostrarse, acaso, disgustado con su antiguo amigo el Embajador, que sin duda se había precipitado a prometerle una disposición de ánimo aventurada a una inteligencia rendida por parte del Gobierno español. Se firmó de allí a poco, eso sí, un nuevo tratado de comercio con Francia. Muchas fueron las dificultades que hubo de vencer en defensa de los intereses de nuestra producción. El Embajador francés hizo cuestión capitalísima y *sine qua non* de la obligación para España de adquirir en las fábricas francesas exclusivamente el armamento necesario en caso.

Aquel verano murió mi padre, al cabo de unos días crueles. Hasta su tránsito había de aprovechar el enemigo feroz y solapado para darnos que sentir en el recato de nuestra intimidad familiar. Indiferente como los más de los españoles en punto a prácticas religiosas y siempre respetuoso con los sentimientos de su mujer y de sus hijos, quisieron mis hermanas y la que lo era de mi madre y con nosotros vivía desde su viudez de pocos años atrás, que se le administraran los Santos Óleos al moribundo, a quien no habían querido solicitar para que se confesara y comulgara cuando aún conservaba sus sentidos. Así pues,

una de las últimas noches de su vida, avisado el cura de la Parroquia de San Jerónimo, se le dio la Unción ante las mujeres, retirado que nos habíamos los hombres a una habitación interior, afectadísimo el Presidente que compartía con nosotros el desgarro de aquellas horas, y deseosos de obtener para su duelo el respeto de los ajenos, cuanto más de los sacerdotes de Cristo. Nadie más que el cura y sus sacristanes, sin embargo, pudo dar la noticia que el avieso *ABC* publicó señaladamente con este epígrafe inexacto: «El padre político del Presidente del Consejo pide los Últimos Sacramentos».

Quiso la suerte caprichosa que mi padre tuviera un acompañamiento digno en el camino a su sepultura. Siempre había considerado como uno de los deberes más obligados de la vida social el rendimiento de ese público testimonio a la amistad, que se da con seguir el entierro del amigo. No lo hacía él nunca ciertamente por el interés de un cierto aviso adverbial, que gustaba de repetir en advertencia de desengaños, a que era muy sensible, si nunca pudo escarmentar: «Si se muere el intendente, acude prontamente; mas si se muere la mujer del intendente, acude más prontamente, porque queda el intendente.» Con él moría el padre de la mujer del intendente del refranillo y acudía mucha gente a enterrarle, muchísima y, a la verdad, tanto como del mundo oficial, de los muchos amigos que supo dejar. Ya en el cementerio y a punto de darle tierra, se adelantó a rezarle un responso mi primo Rafael Sanz, el cura compañero de mis primeras comedias infantiles en el pueblo de mi abuelo, y hermano del tenientillo de Caballería, que tan ingrato comentario me había hecho de la incipiente amistad de mi cuñado el día de mi primera visita a Alcalá, cuando ya de regreso me lo encontré en la estación. Ahora había perdido la carrera, en levísimo castigo por su sublevación con los compañeros de guarnición el 10 de agosto del año anterior.

Al despedirse el duelo en el cementerio, quiso Santiago Alba, el perseguido ex Ministro del dictador Primo de Rivera, manifestarme, en encendido elogio de mi padre, la gratitud que le debía por su comportamiento para con él. No se consideró, sin embargo, obligado con su yerno el Presidente del Consejo que, de tres años no más a la fecha, había saltado de la meseta del toril de la Plaza de Toros de Madrid en comicio memorable, a la cabecera del Banco azul en las Cortes Constituyentes de la República. El ridiculizado jinete apocalíptico de aquel día tascaba el freno y no se daba a partido con su desdeñoso y triunfante rival.

Ningún compromiso de otro orden que las obligaciones públicas de su representación, ataba al Presidente con sus representantes; hasta luego de Ministro de la Guerra, no ingresó en la masonería, a que le creían indudablemente afiliado los ingenuos franceses de cuya visita y de cuyo saludo ritual sellado con un beso en la mejilla, conservaba tan hilarante recuerdo.[9] Una vez iniciado en gracia a los deseos de muchos de sus amigos —grados importantes— y más rendido en apariencia que a la necesidad en que no creía, por ineficaz ya en estos tiempos en su sentir, no volvió a la Logia y en calidad de durmiente quedó, desdeñando —quizás exageradamente también— la influencia social y política que poder oponer desde el Gobierno, con sus nuevos cofrades, a la fuerza reaccionaria de la Iglesia Católica. Aunque nadie mejor que él sabía la parte que cabía a los masones en las profundas realizaciones republicanas de Francia, consideraba que en España no era el mismo caso: la participación de los socialistas en el Poder, ajenos en su mayoría, aunque con excepciones que confirman la regla, a las logias y aun en pugna con ellas, ahondaba las diferencias del Presidente con los radicales, cuyo anticlericalismo histórico tenía en aquéllas su cebo más auténtico. No es, pues, en modo alguno extraño el caso que fuese precisamente Martínez Barrio, Gran Maestro a la sazón, el encargado de ponerle el cascabel al gato, sin que esto quiera decir tampoco que yo atribuya a una decisión masónica la brusca oposición que el ex Ministro reciente declaró al Jefe del Gobierno con un discurso famoso en el debate sobre los sucesos de Casas Viejas. En él pronunció la frase, que los adversarios públicos y vergonzantes del Presidente del Consejo habían de repetir con sañuda profusión: No señalaba otra cosa en el camino del Gobierno que «fango, sangre y lágrimas». No por ello flaqueó en votos la cohesión de la mayoría; pero el Presidente del Consejo, a quien don Niceto había empezado a manifestar por manera ostensible su disconformidad, incluso devolviendo constitucionalmente a las Cortes alguna ley sometida a su sanción definitiva, presentó al Presidente de la República la cuestión de confianza. El Presidente admitió la dimisión y encargó a Lerroux la formación de nuevo Gobierno.

Solos él y yo en el coche que le llevaba a presentar sus respetos a don Niceto, en visita de despedida a su domicilio particular la noche en que se resolvió la crisis, me dijo sin más:

—Se acabó la República.

9. Véase p. 140, nota 1.

Como yo le arguyera con su argumento, tantas veces repetido, de que el régimen no podía estar adscrito a su persona exclusivamente como querían sus incondicionales, me replicó con decirme que no era en modo alguno su sustitución lo que le hacía hablar así; pero el modo como el Presidente, vulnerando desde luego el espíritu republicano de la Constitución, se precipitaba a disolver un Parlamento en que el Gobierno contaba con mayoría suficiente y, en todo caso, capaz de sostener otros varios con distinta significación y apoyo, sin menoscabo de la voluntad del país, que ningún pretexto autorizaba a solicitar de nuevo en consulta electoral.[10]

10. Véase el discurso de Azaña del 2 de octubre de 1933. (*O.C.*, II, pp. 843-862, y *Memorias,* II, pp. 102-119, del 1 de julio de 1937.)

1933 - 1940

XXXV. El Vecino de Serrano 38

Lerroux formó Gobierno sin el concurso de los socialistas, que tampoco se lo hubieran prestado. Al Ministerio de Estado llevó a un Catedrático de Historia, afiliado a *Acción Republicana* y que se hallaba en ocasión de la crisis cruzando la mar, de vuelta de una excursión académica a Buenos Aires. «Ministro náufrago»,[1] lo llamó al intervenir parlamentariamente en la discusión de la crisis su desairado jefe el ex Presidente —a quien Lerroux no había consultado siquiera para incluir a aquél en la lista del Gabinete—. Resultado del discurso fue que el nuevo ministerio no logró la votación imprescindible al pedir Lerroux la confianza a las Cortes. De serpiente motejó a su antecesor, dándose él a sí mismo título de león; pero se vio obligado a dimitir y don Niceto a consultar de nuevo para resolver la crisis tan improcedentemente abierta por su terca veleidad.

A su piso tercero de la calle de Hermosilla, 24 duplicado, adonde mis hermanos habían vuelto al abandonar rápidamente Buenavista, fue el doctor Marañón a visitar al ex Presidente. No a la verdad en visita de médico, sino en calidad de figura destacada en la política, como venía siendo desde que en su casa y con su intervención se acordó entre don Niceto y el Conde de Romanones la transmisión de poderes que había de dar paso a la República. Mi cuñado le hizo saber, como había

1. Se trata de don Clandio Sánchez Albornoz. Las palabras de Azaña en el discurso fueron: «En efecto, mi partido, que tiene a su Ministro a punto de desembarcar en las costas peninsulares —y el que desembarca es un poco náufrago—, mi partido no tiene, ¿cómo diré?, participación alguna en la confección de la declaración ministerial.» (Discurso del 2 de octubre de 1933 ante las Cortes. *O.C.*, II, p. 859.)

dicho públicamente y en la Cámara Presidencial, que estaba dispuesto en todo momento a hacer valer, en cuanto estuviera en su mano, su opinión favorable a cualquier situación republicana —y mucho mejor republicano-socialista—, que obtuviera en las Cortes actuales a la sazón, los votos necesarios para gobernar; que todo era preferible a su disolución porque, a su entender, no habían cumplido aún enteramente su cometido; y que, aunque en su calidad de Constituyentes no tenían plazo marcado para su término legal, estimaba que nada podía ser tan beneficioso para el régimen como su afianzamiento paulatino por agotamiento de todos los períodos que la propia Constitución señalaba para los órganos correspondientes a cada función política en la esfera de las instituciones fundamentales.

Vencidos todos los reparos que el amor propio hubiera podido hacerle, no escatimó su apoyo a Martínez Barrio cuando éste recibió el encargo que, no más prometer y presentarse al Parlamento, tuvo que declinar Lerroux. Incluso se prestó, haciendo sacrificio muy ostensible, a visitar una noche, en compañía de Marcelino Domingo, al decaído león don Alejandro, que se negaba terminantemente a colaborar con ningún ministro radical en la formación que su antiguo y desleal amigo Martínez Barrio intentaba en vano.[2] Al cabo, Martínez Barrio se vio nombrado Presidente del Consejo. Pero contrariamente al espíritu de la coalición republicana que le prometió apoyo decidido, no bien se vio Primer Ministro, se olvidó de todo propósito y promesa y se avino a refrendar el decreto suspendiendo las sesiones de las Constituyentes promulgando su disolución.

Del mal el menos; cabía esperar, si acaso, que viniera por bien el de disolver quieras que no las primeras Cortes de la República y cuando todavía tenían encomendada importantísima tarea. Cabía esperar del espíritu de conservación de los republicanos conscientes que no se prestaran a la fácil maniobra del enemigo en casa y que, al convocarse nuevas eleciones en plazo breve, los partidos fueran a la lucha con la misma cohesión que les había dado el triunfo el 14 de abril. La tesis

2. Escribe Azaña el 1 de julio de 1937, recordando este episodio: «Marcelino Domingo, después de hablar con Martínez Barrio, me buscó en la sección del Congreso donde yo estaba con los diputados de mi partido, y me propuso que fuésemos juntos a casa de Lerroux, para convencerle de que debía levantar su veto a los socialistas (...) Fuimos a casa de Lerroux ya acostado. Nos recibió en su alcoba. Le impresionó mi presencia, me llamó "querido Azaña", y en pocas palabras accedió a que "Diego" hiciese lo que quisiera.» (*Memorias,* II, p. 110.)

del Presidente saliente no tenía vuelta de hoja: si disueltas las Cortes y propuesto nuevamente en sufragio el dilema político entre izquierdas y derechas se presentara igualmente aguerrida que en las elecciones para diputados a las Constituyentes la coalición republicano-socialista que se había mantenido en el Poder dos años y medio, era indudable que el resultado, en punto a votos y personas, vendría a ser el mismo.[3] Con lo que demostraba por manera evidente la caprichosa terquedad del Presidente de la República, y contradicha por la opinión la de aquél, acerca de la supuesta necesidad de variar de política, se hallaría en el mismo caso del general Mac-Mahon ante Gambetta: «O someterse o dimitir».

No fue así. Los socialistas, divididos en punto a la conveniencia o no de mantener la coalición electoral con los republicanos de izquierda —constituido que se había en un solo partido con este título una fusión del de *Acción Republicana* con el *radical-socialista*—, decidieron en la mayoría de sus organizaciones provinciales la presentación de candidaturas cerradas.[4] Triunfó con ello el criterio de Largo Caballero —a quien le halagaba oírse llamar el Lenin español, de los mismos, sobre poco más o menos, que atribuían a mi cuñado el papel de Kerenski en la Revolución rusa. El Secretario de la Unión General de Trabajadores creía firmemente en el triunfo electoral de los socialistas, sin concomitancia con los republicanos. Éstos, por su parte, y muy en particular los de *Izquierda,* no transigieron tampoco con la fórmula que acaso hubiera salvado la situación, de aceptarse en último término la propuesta que, a cuanto supe, llegó a hacer la agrupación socialista de Madrid. Según la cual, quedaba resuelta la cuestión con una sola candidatura por la capital, que integrarían los socialistas, con un solo republicano al frente: el ex Presidente del Consejo.

—¿Cómo quieres que yo acepte eso? No puede ser.

No era él, ciertamente, el llamado a aceptar semejante proposición, si atrevida en apariencia, mucho más ajustada a la realidad política, a mi entender, de lo que se escandalizaban los republicanos desahuciados.

3. Véase el análisis de la situación preelectoral en 1933, que hace Azaña también el 1 de julio de 1937, y que culmina en la frase: «En mi opinión, la ruptura de la coalición electoral en noviembre del 33, es el mayor dislate político cometido después del de disolver las Constituyentes en tan mala oportunidad.» (*Ibid.,* p. 113.)

4. Izquierda Republicana se constituyó en abril de 1934. Para la breve historia de la fusión de los partidos republicanos de izquierda en Izquierda Republicana, promovida por Azaña, véase *Memorias,* II, p. 127, del 4 de julio de 1937.

Por encima de la estricta representación de su jefatura de partido, el ex Presidente del Gobierno representaba una fuerza difusa, de que él tenía conciencia clara y que pretendían aprovechar personalmente sus correligionarios sin la suficiente opinión para compartir verdaderamente aquélla. Creía yo, aunque no me consintió el interesado que lo dijera a otro que a él, negándome incluso que estuviera conforme con mi manera de pensar, creía yo que el Partido de *Izquierda Republicana* debía acceder a la pretensión de los socialistas, siquiera fuese exagerada. Primero, por lo que significaba de reconocimiento de una representación eminente sobre las diferencias partidistas. Luego, y muy principalmente, porque transigida así la discrepancia en punto a la necesidad electoral de reanudar la coalición, era casi seguro que se pudiera compensar en los acuerdos de los restantes distritos aquella falta de equidad que a mí no me lo parecía tanto; toda vez que los socialistas podían presentar por Madrid una candidatura de personalidades destacadísimas, con quienes, salvo el ex Presidente, no admitía comparación ninguno de los posibles candidatos republicanos. Me parecía incluso que los socialistas le hacían a mi hermano político una justicia que el pueblo le tenía discernido desde el primer momento y que sus propios correligionarios no sabían acatar.

Por el contrario, y como sucedió, al no llegarse a un acuerdo en Madrid, las organizaciones provinciales, al obrar por su cuenta y riesgo en cada caso siguieron el mal ejemplo aquél. Y de no haberse impuesto en Bilbao el criterio de Prieto, que se avino a mantener la conjunción, el propio ex Presidente hubiera corrido el riesgo de quedarse sin representación parlamentaria. Desde luego también se la hubiera ofrecido Barcelona; pero ni en hipótesis admitió aquella posibilidad, ominosa para su legítimo orgullo, negado a ciertos pagos de una gratitud sin correspondencia con la realidad política.

Accediendo a la petición de sus correligionarios de Levante fue, y yo con él, a pronunciar unos discuros de propaganda electoral, a beneficio de los candidatos de *Izquierda*. Salimos una buena mañana, pues, para Alicante, ciudad que cuenta entre las de más abolengo republicano, que recibió al ex Presidente en triunfo, de que se envanecían Carlos Esplá y sus amigos, los organizadores del viaje.

Pronto se terció la recepción tan brillantemente inaugurada. Ya en el primer mitin, en un amplio teatro de Alicante, surgieron las primeras voces infantiles y femeninas, por donde vinimos a advertir muy luego la poca espontaneidad de la protesta, que al grito de «¿Y Casas

Viejas?», «¡Casas Viejas, Casas Viejas!», había de acompañar nuestra jornada en lo sucesivo. Una comida junto al mar en que Alicante se mira, precedió al comicio en la Plaza de Todos de Elche, donde la enemiga de los sindicalistas se agudizó con conatos de escándalo. A la mismísima tribuna hizo el orador que le subieran a un muchacho, que no tendría veinte años, cuyo descaro no fue bastante para que supiera afrontar la respuesta que el Presidente se dignaba darle: «¡Vamos a ver! ¿Qué es lo que quieres saber de Casas Viejas? ¿Qué te han dicho a ti?» Calló azorado y confuso en su graciosa osadía y una vez asegurado así personalmente por mi cuñado contra las iras extemporáneas de los adictos, se le soltó fuera de la arena y el tendido, porque fuera a dar cuenta de su hombrada a quienes le hubiesen incitado.

En la Plaza se nos unió una de sus sobrinas,[5] que de Almansa, donde vivía con su marido, ingeniero agrónomo, había corrido a oír a su tío. Desde su boda, había reanudado mi cuñado las relaciones familiares con los suyos, si no interrumpidas del todo, menos frecuentes desde el tercer matrimonio de su hermano, Presidente de la Audiencia de Zaragoza a la sazón. Pocos meses antes, había ido mi cuñado a la boda de la sobrina aquella, en ocasión en que su padre, por ausencia del Gobernador Civil, ejercía de tal. No pudieron tener mejor ocasión de manifestarse los señoritingos zaragozanos, al paso del Presidente por las naves del templo del Pilar; y la aprovecharon con escándalo, seguros, como así fue, de que el Gobernador interino —con el mismo error nuestro— había de sentirse cohibido en la merecida represalia, por no mezclar sus afectos familiares a las obligaciones de su cargo.

En Elche nos llevan al famoso bosquecillo de palmeras conocido por el «Huerto del Cura». El ex-Presidente, consecuente en su poquísima afición a aquel árbol «tan disparatado» —en su expresión— «como la jirafa en el reino animal», no participa sino en la firmeza ritual a semejante alarde de exuberancia monstruosa, que atestigua el libro ofrecido al testimonio de tantos visitantes como ilustran aquella gloria de la región. En el trayecto de Alicante a Valencia, que hacemos en coche, apenas si el panorama de Ifach nos levanta los ojos del ánimo a la contemplación desolada de aquellas costas más africanas que griegas, en lo que nuestra imaginación entiende atribuir al mundo helénico trascendido a Denia. En no sé qué pueblo, instan al viajero a que hable desde el balcón del Ayuntamiento; y como en sus tiempos de

5. La señora Anita Azaña y su marido, el señor Antonio Martínez Díaz.

novato en Novalucillos de Toledo, también le interrumpen y chillan los desafectos, si no muy numerosos, lo bastante para que no se atrevan con ellos nuestros acoquinados partidarios, harto propensos a la protección del Poder Público en la defensa de su opinión.

Ya en Valencia, feudo lerrouxista a la merced de Sigfrido Blasco, el mal hijo de Blasco Ibáñez, no nos es dado organizar en la capital ningún acto político de la propaganda, en que sus correligionarios han embarcado con torpeza notoria al Presidente. Decidida la celebración de su mitin en Játiva, pronto vemos, por los anuncios que de ello hace *El Pueblo* con jactancia, la que allí se nos prepara. Desde la entrada de la población a lo largo de todo el trayecto hasta el teatro, una muchedumbre hostil, en primera línea de la cual, según me dicen, los concejales del Ayuntamiento, silba y cencerrea insultante. La sala, ocupada en su totalidad por afiliados locales y de los pueblos de alrededor, no admite discrepantes; pero en tanto dura el discurso de mi cuñado impropio por superior a la ocasión, al lugar y al auditorio, sigue el tumulto afuera; agravado el estruendo por las campanas de todas las iglesias, no en son de júbilo sino en calidad de cencerros máximos.

Bilbao y Barcelona fueron, asimismo, dos etapas de la campaña electoral del ex Presidente.[6] En Bilbao, adonde no le acompañé, y hablando en un frontón en un mitin en que también tomaba parte Indalecio Prieto, les fueron arrojados gases lacrimógenos, que atacándoles los ojos túvolos después largo tiempo molestos. A Barcelona[7] ya fui con él otra vez. Muerto poco antes el Presidente Macià, lo había sucedido, en la presidencia de la Generalitat, Lluís Companys. Después del gran mitin de la Plaza de Toros, con Prieto también, de quien decía mi cuñado jocosamente en aquella ocasión que se había puesto a hacer juegos malabares con el corazón de Macià[8] —aludiendo a las frases sentimentales que dedicó al fallecido patricio—, fuimos el ex Presidente del Gobierno y yo a visitar a la viuda. Le acompañamos asimismo a visitar a don Jaume Carner, recluido en su casa, si no en el lecho, desahuciado ya del cáncer terrible que se lo llevó a los pocos meses.

—¡Qué me dice usted! —murmuraba apenas, cuidadoso, por pres-

6. Discurso del 16 de noviembre de 1933. (*O.C.*, II, pp. 891-900.)
7. Discurso del 7 de enero de 1934. (*Ibid.*, pp. 901-910.)
8. «En el discurso de Prieto me llamaron la atención sus inesperados fervores autonomistas y los juegos malabares que, oratoriamente, hizo con el corazón de Macià.» (*Memorias,* II, p. 126.)

cripción de los médicos, de no hablar mucho ni, sobre todo, forzar la voz. Y con gesto y actitud más elocuentes que cuanto podían decir el uno al otro, moviendo la cabeza con pesadumbre, doliéronse juntos de la suerte que corría la República, derecha a su perdición.

A juicio de mi cuñado —que emocionadísimo se despidió aquel día de su colaborador, sabiendo que no le vería más—, con Carner,[9] a quien estimaba mucho y de quien decía que no le faltaba para ser un buen jefe de Gobierno más que la elocuencia parlamentaria, se perdía la mejor posibilidad de incorporación, propiamente republicana, de Cataluña a la nación española. Carner, financiero solvente y de gran autoridad entre la alta burguesía barcelonesa, sustentaba su vida pública y privada en un puritanismo de principios, que no necesitaba popularizar con denigrantes concesiones a la política de baja estofa ni a los fondos más corrompidos del catalanismo anarquizante, para obtener la mayoría de los sufragios de su país.

—De haber sido Presidente de la Generalitat —como estaba llamado a serlo—, otro gallo nos cantaría.

El ex Presidente, derrotado en Madrid, pero triunfante por Bilbao, confirmándose con ello sus pronósticos respecto a la conjunción electoral de republicanos y socialistas, no apareció por el Parlamento, donde el Gobierno de Martínez Barrio fue sustituido al cabo de pocos meses por otro, suscitado entre las filas radicales por el propio don Niceto, bajo la presidencia del valenciano Ricardo Samper. Retirado mi hermano a la vida doméstica y familiar,[10] de entonces data la lealísima afección hacia su persona de uno de sus más fieles y devotos adeptos de la generación última del Ateneo, Santos Martínez.

9. Escribe Azaña el 11 de mayo de 1932: «Carner es muy simpático (...) En los primeros Consejos, Prieto recibía de uñas cuanto traía Carner; pero Carner le ha desarmado y domesticado a fuerza de honradez, de lealtad, de paciencia y de competencia (...) He conquistado de este modo, en primer término, un hombre de gran valía para la República.» (Véase también el emocionante recuerdo que le dedica en *Mi rebelión en Barcelona. O.C.*, III, pp. 61-62.) «En las Cortes tenía autoridad, que nunca pudo fundarse en su oratoria, poco fácil y sin brillo, sino en la impresión segura (menos frecuente de cuanto promete la abudancia del título) de que, en efecto, era "un ministro".» (*Ibid.*, p. 61.)

10. Escribe Azaña el 4 de julio de 1937, recordando estos días: «Fuera de eso, todas mis horas transcurrían en la aparente y placentera inacción que sigue al recobro de la intimidad de la vida privada. Desde chico he sido siempre muy apegado al rincón casero. Volver a él, significaba para mí entrar en un clima apacible. Despertar de una pesadilla. Reposo profundo, después de una caminata. Silencio, después de tanto estruendo. Sobre todo, silencio.» (*Memorias*, II, p. 127.)

Con otros cuantos correligionarios, pensó que no se podía permitir que el ex Presidente —incluso por razones de seguridad personal— no tuviera coche al quedarse sin el servicio de los oficiales del Ministerio y la Presidencia. Venciendo, pues, sus escrúpulos, consiguieron que aceptase el regalo de un *Ford* costeado entre unos cuantos amigos de quienes creía poderlo aceptar. En él seguimos dando aquellos paseos siempre con servicio de policía detrás —cosa que al interesado le molestaba sobremanera— a que se unían Durán y Santos con una consecuencia y una constancia verdaderamente ejemplares.

A últimos de la primavera y principios del verano, volvimos a reanudar nuestras salidas nocturnas. Casi invariablemente me decía al tomar el coche:

—¿A dónde vamos?

—A donde quieras.

—¡Qué lata, tener que ser yo el que decida!

—Bueno, decidiré yo. Vamos a Alcalá.

Torcía el gesto como si, en efecto, no quisiera ir.

—Al Escorial.

—¿Otra vez?

—A Navacerrada.

—¿Tan tarde?

—Al Alto del León.

—¿Pero vamos a ir todos los días al Alto del León?

Al cabo, ordenaba al conductor que tomara por la carretera de Guadalajara, eufemismo que disimulaba inocentemente su intención. Yo sabía que acabaríamos parándonos a la entrada de Alcalá, para dar un paseo a pie por el Chorrillo en sombras. A veces, nos adentrábamos por las calles desiertas. Alguna tarde, visitábamos a su hermana y a su cuñado —siempre enfermo— en la casa paterna de la calle de la Imagen. De Ministro aún habíamos estado un día a hacer una visita a su amigote Vicario, que le recibió con gran alborozo, y juntos departieron en el mismo patinillo sede de sus charlas descuidadas de muchos años atrás. Otra vez, subió a ver a su prima y madrina de boda, la mujer del General García Benítez, Comandante Militar de la Guarnición, que todavía hacía ostentación en su sala de recibo de los retratos protocolarios que le habían dedicado el rey y la reina, cuando él era Coronel de la Escolta.

Si por la carretera de Guadarrama, la transversal de este pueblo al Escorial, o la de Manzanares, nos bajamos del coche y echamos a an-

dar, antes que él se cansan los policías del séquito o los acompañantes más jóvenes.

—Ya huelo a mar. Debemos estar cerca de La Coruña —nos decía burlón y sin aliento ya Casares Quiroga, una noche en que al ex Presidente le dio por pasear y a paso ligero, como solía siempre, Torrelodones arriba.

Otro de los proyectos que se le habían ocurrido, al azar de la carrera del coche oficial —en competencia por turno los conductores, obedientes de muy buena gana al gusto del Presidente por las grandes velocidades—, era la desestimación de la Presa de Santillana como tal depósito de agua potable insuficiente y peligroso, y su conversión en un lago de recreo para Madrid. Más aventuraba en sus conversaciones con quienes le acompañábamos al paseo tales ideas urbanísticas, que las referentes a los negocios de Estado, como no fuera en exaltada elucubración que ensanchaba el designio centralista de Felipe II al hacer de Madrid la sede de la Corte, en agrandar la capital magníficamente hasta el mismo pie de la sierra cabe el León y Siete Picos entre Los Molinos y Cercedilla.

Una tarde, en que no había ido yo con él, me vino contando que en una de las ventas a la salida de Madrid, donde estaba de moda el ir a merendar «la gente bien», se le había acercado inopinadamente el torero Sánchez Mejía, que en otra mesa estaba con la bailarina entonces famosa y muy amiga mía La Argentinita, en quien mi cuñado, sin reconocerla de momento, se fijó como en cara conocida:

—Me permito presentarme, por cumplir un deseo que tenía de antiguo y que Cipriano me había prometido satisfacer. No he querido que fuera, hasta que dejara usted el Ministerio. Yo soy un convencido de usted, aunque no figure en el Partido —vino a decirle el valiente lidiador.

Como el ex Presidente se sonriera y le aconsejara que pusiera sus convicciones a rédito más positivo, insistió Ignacio en ponderar la política, prudente a su entender, que preconizaba mi cuñado:

—Se lo digo a usted a título precisamente de conservador, como propietario que soy en Andalucía.

—No dicen lo mismo otros paisanos suyos.

—Pues, les cortarán la cabeza. Se lo tengo dicho.

A mi cuñado le hizo excelente impresión aquel hombre, a quien él no había visto torear —años hacía que no iba a los toros, a los que nunca fue lo que se dice verdaderamente «aficionado» y de los que

yo me había retirado años atrás también; no nos era muy simpático, por lo demás, el tipo de torero «señorito» cuanto más este novísimo de «torero intelectual» que a título de literato y dramaturgo figuraba en una peña literaria de jóvenes, iconoclastas de otros ídolos. Su amistad notoria con Sanjurjo, por añadidura, nos lo hubiera hecho más antipático, si en ella no hubiera encontrado precisamente el motivo principal de su admiración al Ministro de la Guerra, que había sabido afrontar, tan valientemente como la insurrección, el riesgo de la impopularidad que pudo acarrearle el indulto del General insurrecto.

Entrando el verano, y dejando las aguas de Corconte en Santander, con que había combatido eficazmente en sus últimos años de soltero los primeros efectos de una cruel nefritis, dolorosamente repetida, fuese con su mujer al balneario de Sant Hilari en Cataluña, muy indicado para la misma afección. Pasó allí, aunque incómodamente alojado, muy buenos días, halagado por el afecto entusiasta que le demostraban los catalanes, siquiera se quejase, un poco de vicio, de que no le dejaran descansar cuando él quisiera.[11]

Uno de los agasajos que más hubo de recordar, de su temporada en aquel balneario, fue la invitación que le hizo el poeta Eduardo Marquina a su casa de Cadaqués, donde le ofreció una comida íntima, a que hubo de acceder tras de mucha insistencia el ex Presidente, rendido al cabo con mi hermana a las exageradas manifestaciones de entusiasta adhesión que el veleidoso escritor le hacía. A la vuelta de aquella excursión, que hicieron en el yate de unos amigos, estuvieron a punto de sufrir un serio percance, batidos como lo fueron, antes de desembarcar en Rosas, por una borrasca de las tan características en aquella Costa Brava, que recorrieron, por lo demás, en días anteriores y sucesivos con agrado y satisfacción ante el panorama espléndido y la entusiasta cortesía de los naturales —del burgués menestral sobre todo—. Por entonces también conoció al arqueólogo insigne Bosch Gimpera, que le hizo los honores de sus magníficos descubrimientos helénicos en el Golfo de Rosas.

11. «Finado julio vine a Cataluña en demanda de ciertas aguas para descansar y curarme.» (*Mi rebelión en Barcelona. O.C.*, III, p. 35.) «Aquellos lugares de tan enmarañado acceso, me retuvieron por su amenidad y con la rumorosa oferta de una quietud bucólica. Para quien gusta de poner a salvo sus soledades, perder el incógnito es muy cruda intemperie. Conseguí eludirla unos pocos días (...) La oleada estruendosa del afecto popular comenzó a batir, dentro de pocos días, mi retiro.» (*Ibid.*, p. 43.)

Lejos estaba de suponer a su regreso a Madrid de las benéficas aguas de Sant Hilari, que tan pronto hubiera de volver a Barcelona, ni con tan inopinadas y graves consecuencias para su seguridad personal en el general trastorno del país.

XXXVI. Su Rebelión en Barcelona

Anteriormente a la estancia de mi cuñado en Sant Hilari, había hecho yo en Barcelona, con la Compañía del Español, la temporada de San Juan. Al regresar a Madrid, fui a hacer una visita de cortesía al Presidente de la Generalitat, que la aprovechó para darme una carta con destino a mi paciente, encareciéndome mucho que la pusiera a buen recaudo. En ella le daba cuenta de la situación cada vez más tirante que la cuestión llamada de los *rabassaires* creaba entre el Gobierno de Cataluña y el de la República, a cuenta de un pleito que afectaba a los catalanes únicamente, en punto a cierta forma de arrendamiento y usufructo de la tierra, peculiar de su derecho civil. El problema se agudizaba en una derivación política en que derechas e izquierdas se manifestaban nuevamente en pugna, que el Ministerio presidido por el radical Samper no podía ser el llamado a resolver en modo alguno.[1] Los catalanistas extremos deducían del conflicto una consecuencia que el vecino de Serrano 38 consideraba inoportuna, puesto que nada tenía que ver la recta interpretación del Estatuto con aquel caso concreto. Por otra parte, y eso era ya más grave, las organizaciones obreras de la Unión General de Trabajadores, particularmente en Asturias, denotaban una inquietud creciente ante la descarada reacción que, al amparo del Gobierno, ganaba las clases medias con el miedo a no sé qué hidra revolucionaria, solicitada precisamente por la provocación absurda del contrario. Los jefes socialistas se decían impotentes para dominar la exaltada fuerza de sus afiliados, dispuestos a contrarrestar de una vez y para siempre la política, que de solapada íbase trocando en harto jactanciosa, de los enemigos declarados del Régimen y de los que pretendían apoderarse de él por manera definitiva e invalidar con ello lo que la República pudiera tener de reformista más que de revoluciona-

1. Ver lo que escribe Azaña el 4 de julio de 1937: «Es preciso recordar que Samper ha sido en España Presidente del Consejo; su elevación fue uno de los antojos de don Niceto que más han costado al país.» (*Memorias,* II, p. 130 y siguientes.)

ria, en el orden social. Al vecino de Serrano, 38 le desesperaba de toda posibilidad de Gobierno aquel desistimiento de las gentes responsables, abandonadas así tan de buenas a primeras a la fatalidad de una revolución sin tino ni dirección, a merced las personas solventes de la veleidad azarosa de un pueblo inconstante y soñador a la bartola.

Falleció en esto, mediado septiembre del 34, don Jaume Carner y a Barcelona fue de nuevo el ex Presidente a cumplir el penoso deber de acompañar su entierro. Con él asistieron Indalecio Prieto y Fernando de los Ríos, a quienes la silenciosa muchedumbre que presenciaba el paso de la comitiva fúnebre hizo objeto de una manifestación, no por callada en el silencio, menos imponente en punto a numerosidad y digna compostura del dolor general. Antes de que regresaran a Madrid tan ilustres delegados, obsequiáronles los catalanes con una comida íntima en el restaurante de *La Font del Lleó*[2] en el Tibidabo. Allí repitió Fernando de los Ríos, apoyado un poco más cautamente por su compañero Prieto, la opinión que había manifestado pocos días antes el ex Presidente, quien solo contra el parecer de sus amigos socialistas y de la Generalitat, expuso de nuevo el suyo, favorable a cuanto significase apaciguamiento de las masas populares, cuya exaltación sólo podía conducir a la represalia que los detentadores legítimos del Poder —pues que lo habían obtenido por una alianza, todo lo monstruosa que se quiera, pero indudablemente mayoritaria en las últimas elecciones— preparaban contra la subversión que las derechas extremas se encargaban de provocar asimismo.[3]

Juzgó conveniente de todas suertes mi cuñado permanecer en Barcelona, donde su presencia podía, acaso, conjurar la ruptura entre la Generalitat y el Gobierno de la República, agravada la situación política por la crisis que se consideraba inminente y que al cabo se resolvió con la formación de un nuevo Ministerio presidido por Lerroux y con participación importante de la *CEDA,* o Confederación Española de Derechas Autónomas, constituida a título parlamentario en las Cortes bajo la presidencia de Gil Robles, diputado genuino de los jesuitas más que por Salamanca, a quien ahora se le confiaba nada menos que la cartera de Guerra.

2. Font del Gat dice el manuscrito con error, que he corregido según el texto de Azaña, *O.C.*, III, p. 67: «De igual libertad usábamos todos aquella tarde del 28 de septiembre, en la Font del Lleó.»

3. Véase también *Memorias,* II, pp. 134-136, donde Azaña amplía el relato de *Mi rebelión en Barcelona* en la Font del Lleó.

Los amigos de *Izquierda Republicana* consideraron oportuno asimismo que su Presidente continuara en Barcelona, a salvo incluso del riesgo personal que pudiera correr en Madrid, si se producían los sucesos, más revolucionarios que propiamente políticos, que todo el mundo esperaba ya con esa impaciencia tan característica nuestra, dispuesta siempre a echarlo todo a rodar, para acabar de una vez lo que sólo en el tiempo tiene arreglo y compostura. Mi hermana consideraba conmigo la conveniencia asimismo de aquel alejamiento, no fuera más que por evitar la coincidencia con enemigos y aun con amigos que le pusieran en trance de adoptar actitudes que pugnaban en aquel momento con su manera de pensar. No creíamos de ninguna manera que en Barcelona pudiera ocurrir nada y mucho menos con caracteres tan agudos como desde luego se produjo el 6 de octubre, fecha en que, decretada la huelga general en toda España, había de ceder el Gobierno a las instancias apremiantes de la opinión hostil a su formación. Para el ex Presidente del Consejo no tenía nombre, desde luego —aunque temeroso del resultado negativo no creyese oportuno ningún acto de fuerza popular que excediera los límites políticos de la protesta civil—, el que el Presidente de la República se aviniera a dar entrada en el Ministerio a elementos destacados de la *CEDA,* cuyos miembros en el Parlamento no habían jurado la Constitución.

«La República para todos, sí —era su lema manifiesto repetidamente—, pero gobernada por los republicanos.» [4]

Fracasó la huelga general en Madrid desde el primer día. Cogiéronme los tiros en la calle de Toledo, después en la propia sede de *Izquierda Republicana* en la calle Mayor, donde fui en busca de amigos que me supieran dar noticias, y todavía tuve que ir casi constantemente con las manos en alto y por el centro de la calle, desde la Plaza del 2 de Mayo, en una de cuyas casas se había escondido bien Casares Quiroga, hasta la mía en Velázquez, 38, bajando por los bulevares y Génova hasta Goya, luego de atravesar la Plaza de Colón, desierto mi camino al caer la tarde, ante las intimaciones que la tropa hacía, decla-

4. «La República cobijará sin duda a todos los españoles; a todos les ofrecerá justicia y libertad; pero no será una monarquía sin rey; tendrá que ser una República republicana, pensada por los republicanos, gobernada y dirigida según la voluntad de los republicanos.» (Alocución en el banquete del 11 de febrero de 1930, *O.C.,* II, p. 10.) «La República es para todos los españoles; pero tiene que estar pensada, gobernada y dirigida por los republicanos.» (Sesión de clausura de la Asamblea del partido de Acción Republicana, el 28 de marzo de 1932. *O.C.,* II, p. 227.)

rado que fue el estado de guerra, seguidas de tiro de fusil a la menor desobediencia.

Poco después de cenar tuve noticia de que mi hermana, atenta como estaba con natural inquietud a las que daba la radio oficial, había oído de buenas a primeras la del rumor, sin confirmación todavía, de haber sido detenido en Barcelona, en el escondite donde se hallaba, el Presidente de *Izquierda Republicana* y ex Presidente del Gobierno. Corrí a su lado. Más que nada le angustiaba la incertidumbre. La manera como se había dado la noticia no daba lugar a seguridad alguna. Hubiera preferido, sin duda, saberle preso de una autoridad responsable. Se me ocurrió tranquilizarla llamando al punto al Capitán General de Cataluña. Lo era el General Batet, que al serle presentado yo antaño por Joaquín Montaner se me había mostrado solícito y amable con exceso, cosa que me autorizaba, creía, a solicitarle a mi vez ahora. Lo tuve prontamente al otro cabo del teléfono y no fueron muchas las palabras que necesité para decirle quién era y cómo le hablaba al lado de mi hermana, angustiadísima por la suerte de su marido, de quien yo no pretendía saber otra cosa sino que, en efecto, estaba detenido. Me contestó con frialdad que preguntáramos en todo caso en Auditoría, porque él nada sabía tampoco.[5] No nos fue difícil comprobar de allí a unos días hasta qué punto nos había mentido inútilmente. A la hora en que le telefoneábamos tenía a su disposición en el Patio de la Capitanía al ex Presidente del Consejo, sentado en un banco entre dos guardias civiles, objeto del escarnio de los oficiales de la guarnición que por allí pasaban curiosos a solazarse con el espectáculo. Emplacé al General *in mente* para ver mi desquite en su persona. Harto lo pagó y su muerte vindicó su memoria en la mía sin rencor ante su sacrificio.[6]

Poco antes de acudir a refugiarse en el piso que le ofreció un hijo de un magistrado catalán,[7] el ex Presidente había podido facilitar la salida de Barcelona —intervenida ya por las autoridades de la Generatat— al señor Brauns, súbdito alemán, como director que era de la «Siemens» en Madrid y suegro de un hermano de mi mujer. El señor

5. «El hecho de mi detención se divulgó por la radio en las primeras horas de la noche del día 9 (...) Sobre la una de la madrugada, un allegado mío preguntó por teléfono desde Madrid al general Batet qué había de cierto en el suceso; el propio general contestó que no sabía nada: lo sabría el auditor.» (*Mi rebelión en Barcelona. O.C.*, III, p. 101.)

6. Véase p. 343.

7. El doctor Rafael Gubern.

Brauns se prestó en cambio a llevar a mi hermana y a mí una carta en que mi cuñado nos instaba a que sacáramos lo que tenía en una caja del Banco del Río de la Plata para adelantarse en caso a cualquier medida del Gobierno en contra suya, visto las noticias que por doquier le llegaban de la animosidad personal a su intención. Muy luego, en efecto, hizo la policía un registro en su casa y en la mía, donde ya tenía yo a buen recaudo el tesoro que mi cuñado guardaba en el Banco. Consistía, por modo principal, en una prueba fotográfica fehaciente de una cierta estafa, no muy antigua, de Alejandro Lerroux a un propietario extremeño, si no recuerdo mal.[8]

Fracasada la huelga en Madrid, Barcelona y el resto de España en general, el levantamiento de los mineros asturianos sirvió al Gobierno para ejercer desde luego la tremenda represalia, anuncio pálido de la guerra incivil que la reacción más negra de cuantas ensombrecen la Historia de España había de mover a la República dos años después, prestando nuestro suelo y nuestra sangre al tanteo infame de la contienda correspondiente a nuestro destino entre la fuerza bruta y el espíritu inmemorial, por la posesión de la tierra.

Como no había señales de que fueran a poner en libertad a los presos, entre los cuales el ex Presidente con todo el Gobierno de la Generalitat y muchos catalanes distinguidos, ni tampoco de su posible traslado a Madrid, decidimos mi hermana y yo encaminarnos a Barcelona, de donde la telefoneaba como amiga una señora desconocida que había logrado verle no más puesto en comunicación, según nos decía. Los amigos, harto pusilánimes a nuestro entender, nos aconsejaban que desistiéramos del viaje azaroso por aquellos días. A última hora, y según nos despedía en grupo el diputado por Navarra, Mariano Ansó, saltó desde el andén al coche y se vino con nosotros, al ver que otros más íntimos o más obligados nos dejaban partir solos. Arrancó el tren con las luces apagadas y rogando los mozos del coche-cama a los pocos viajeros que se tumbaran en el suelo para evitar las descargas que solían hacer al expreso los huelguistas a la salida de la estación. Ansó y yo accedimos a pasar los primeros momentos en el fuelle entre dos coches.

Llegamos a Barcelona el 12 de octubre de mañana y hasta pasados unos cuantos días no pudo verle mi hermana, pese a las gestiones de los amigos oficiosos, magistrado uno de ellos y que se decía muy amigo de mi cuñado, y más principal y eficazmente don Juan Moles, abogado

8. Véase carta de Azaña a Cipriano Rivas Cherif del 6 de octubre de 1934.

conocidísimo y cuñado por más señas de Eduardo Marquina. Los afiliados a Izquierda Republicana y particularmente el Presidente local del Partido, en cuya casa había sido preso también Luis Bello, más nos ayudaban a caer, como suele decirse, que otra cosa, o pusilánimes también como sus correligionarios de Madrid o en demasía atentos a los piques provincianos con la Esquerra Catalana. Al cabo, obtuvo mi hermana, como digo, la autorización para ver a su marido y sola fue a bordo del vapor *Uruguay,* donde estaba recluido en montón con sinnúmero de presos significados, Lluís Companys entre ellos y Casanovas, cuya relación teatralísima con una guapa mexicana *vedette* de revista, era escándalo de las señoras que veían, luego de esperar horas a veces en el puerto, incluso en días inclementes, cómo se les adelantaba sin dificultad, salvando turno y colas merced al favor de los oficiales de la guardia, aquella graciosa y descocada suripanta.

Pude al fin ver a mi hermano en compañía de su mujer, uno de los últimos días que estuvo en el viejo transatlántico. Fue en visita general, bajo la vigilancia de la Guardia Civil, en el salón central del barco habilitado de cárcel, y otros tantos compañeros de cautiverio del ex Presidente. No podía disimular su irritadísimo humor:

—¿Sabes cuántos telegramas he recibido? Siete.[9] Si hubiera sido unos meses antes, recibo siete mil.

Fácil me fue explicarme y explicarle aquella aparente falta de asistencia. Muchos amigos y partidarios se habrían abstenido de hacer manifestación ninguna, que pudiera perjudicarlos, y perjudicarle; pero muchísimos, sin duda, se habían manifestado, sin que él llegara a saberlo. No dejaba de ser una habilidad perversa el entregarle siete telegramas tan sólo, que podían darle idea de un abandono por parte de los suyos y de ninguna manera de prohibición o secuestro de correspondencia por parte del Gobierno.

Irritadísimo estaba el ex Presidente, sí, con la pasividad de los nuestros ante el ataque del adversario. Encargado de su defensa don Ángel Ossorio, no admitía las exhortaciones que por escrito y a mí por teléfono desde Madrid nos hacía encareciéndonos la ventaja del trato injustísimo que a su defendido se le daba y que a juicio suyo había de reportarle la exaltación imponderable que la doctrina de Cristo asegura

9. «Desde el comienzo, mi correspondencia postal y telegráfica fue abolida. Algunas cartas devolvieron a su procedencia; me entregaron siete telegramas. Todo lo demás desapareció en el arcano policíaco o judicial.» (*Mi rebelión en Barcelona. O.C.*, II, p. 98.)

al que se humilla. Él no sabía, podía, ni quería humillarse.[10] A mí me parecía monstruoso que nuestros amigos se allanaran sin revulsión violenta a la actitud de Santiago Alba, Presidente de las Cortes, que, maliciosamente a mi ver, no hallaba medio hábil de cumplir con su deber primordial de defender, la inmunidad de los diputados primero, el trato decente a una personalidad como la del Presidente después, con la consideración obligada y —mucho más él personalmente— a quien, no fuera más que por hijo político de mi padre, había de estar obligadísimo. En cuanto al Presidente de la República ni que decir tiene que no encontró manera ni modo de oponer la menor opinión a la de Lerroux y sus enconados colaboradores que tan miserablemente se avenían a rebajar su propia condición con perseguir a su antecesor en el Gobierno. Hablé por teléfono y escribí de mi puño al Secretario General de la Presidencia y su respuesta evasiva, fría repetición de lo que el propio don Niceto le había dicho, culpablemente inhibido en apariencia de aquella torpeza incalculable, soliviantó más la ofendida dignidad del preso, a quien el papel de víctima, con todos los pronunciamientos favorables a su causa que pudiera entrañar el porvenir, incomodaba en extremo. Le era intolerable que se le incluyera en modo alguno, a él, cuyo respeto al Poder Público constituía precisamente la norma fundamental de su conducta política, en la responsabilidad de una subversión que había intentado evitar por todos los medios a su alcance. Tema principal de sus primeras conversaciones, con que aliviaba el mal humor, era la referencia de la reunión que en el mismo Hotel Colón, donde se hospedaba, había tenido con algunas personalidades importantes de la política catalana, tan erróneamente entregadas, a su juicio, a la violencia propia de los catalanistas extremos y sin responsabilidad, pero inadecuada en los gobernantes de la Generalitat, como le seguía pareciendo imprudentísima la actitud de los socialistas. Contábanos sobre todo las incidencias dramáticas de su reiterada discusión con el diputado Lluhí, a quien estimaba tanto entre los jóvenes políticos catalanes. Seguía sosteniendo que era de todo punto inadmisible el recurso de la insurrección por parte de quienes, con los recursos del Poder en la mano, no sabían

10. «Aquí tuve un momento difícil, porque el caballeroso coronel Ibáñez, jefe de policía, no les hizo saber a los guardias de asalto a quién iban a prender, y en el primer encuentro, por poco no me matan. Claro que después no me han escatimado ninguna vejación, ninguna humillación, incluso en el régimen al que me sometieron en el *Cádiz*.» (Carta a Indalecio Prieto, del 25 de diciembre de 1934. *O.C.*, III, p. 589.)

servirse de ellos, incapaces de otra cosa que de conspirar mezquinamente. No podía consolarle que la insensatez del Gobierno de la República y de los radicales, criminalmente aliados con las derechas igualmente subversivas, diera pábulo a su vez a la reacción popular, todavía insuficiente y desmandada.

De esta reacción teníamos mi hermana y yo alguna prueba, si mínima, no por eso menos significativa. Hallándonos almorzando uno de los primeros días en la vasta soledad del comedor del Colón, oí como una pareja de hombre y mujer que en una mesa contigua eran con nosotros los únicos huéspedes del hotel, comentaban una noticia que leían en un periódico.

—Parece ser que Rivas Cherif, cuñado de ese *tío*, ha ido a sacar de un banco todo lo que ha robado y allí tenía.

Mi hermana que, un poco tarda de oído, de nada se había podido enterar, se quedó muy extrañada al verme llamar tranquilamente al camarero:

—Haga el favor de decirle a ese señor que Rivas Cherif soy yo, que en efecto mis hijos son los sobrinos de *ese tío* y que se quite inmediatamente de delante de mi vista.

Estupefacto y confuso se quedó el bueno del hombre, al darse cuenta de la pifia que un curioso azar le había hecho cometer. ¿Cómo iba a suponer que fuéramos a estar allí para oír lo que él repetía de otros comentarios tan sin fundamento como el suyo? Pero no había acabado yo de hablar cuando ya estaban ante nosotros con el *maître* y el gerente, hasta uno de los cocineros, que tras el servicio, atento en hilera a mi defensa, precipitaban la salida del huésped inoportuno con su acompañante, presurosa a su vez y apremiándole a que satisficiera la cuenta, para marcharse sin más como lo hicieron en seguida. Por cierto, que de allí a unos días compartieron con nosotros la soledad de aquel alojamiento dos extraños personajes, marido y mujer en el registro del hotel y ostentosa ella, no ya muy joven, con su pelo rubio platino a la moda exageradísima de entonces y con una colección de perros raros siempre en derredor suyo.

Supimos por un camarero, o jefe de ellos, anarquista por más señas, que de ello se preciaba, que aquellos dos extranjeros notorios eran Monsieur y Madame Strauss, holandeses de nacionalidad y famosísimo él por entonces en España, a causa del escándalo suscitado poco antes por su propuesta y aceptación eventual por el ministro radical que ocupaba el Ministerio de la Gobernación y sus cómplices, de una cierta

ruleta sacadineros y engañabobos, que del nombre de sus inventores titulaban *straperlo,* llamada a constituir la atracción de los casinos de Mallorca, San Sebastián y no sé cuáles más donde los puntos fuertes acudían a dejarse las pesetas. Por donde *straperlo* vino a ser sinónimo de fraude flamenco en tierra de pícaros.

Nos hallábamos una noche de aquéllas conversando en el *hall* mi hermana y yo con nuestro amigo el conocido periodista en Barcelona y reciente ex gobernador, Braulio Solsona, que nos había acompañado a cenar, cuando entrando en esto el que lo era muy mío también, Max Aub, alemán nacionalizado en España desde niño y que alternaba la literatura con las amistades que ella le proporcionaba, nos dijo con alarma, que nos comunicó, a mi hermana sobre todo, lo que acababa de decirle en el cine un comandante conocido suyo: había crisis y se encargaban del Gobierno los militares. Mi reacción contra la veracidad de la noticia, al ver el sofoco y súbita palidez que tomaban a mi hermana, fue tal, que sólo al cabo de un buen rato de silencio embarazosísimo, me dio que reír Braulio Solsona con decir seriamente:

—Ahora que sabemos que es mentira, ¿quiere usted que pregunte por teléfono a los periódicos a ver qué nos dicen?

Braulio Solsona, después de consultármelo a mí, que no conté para nada con el parecer de mi cuñado, obtuvo para él, de su amigo Rocha, ministro de Marina a la sazón, embajador en Lisboa hasta poco antes y que hizo por aquellos días una visita a Barcelona, su traslado, del *Uruguay,* donde seguía en hacinada prisión con innumerables compañeros, al cañonero *Alcalá Galiano,* surto con otros barcos de guerra en el puerto. Así se hizo, no sin la protesta del interesado que se resistía a aceptar la distinción; pero que luego se halló mucho mejor de ánimo en su nueva cárcel, si tan injusta, más decente y cómoda, toda vez que se dispuso para él la cámara del Segundo Oficial y desde el primer momento se esforzó el Comandante en demostrarle su buena voluntad. Mi hermana pudo verle a la mañana siguiente a su traslado y, una vez que obtuvo la autorización correspondiente, yo también todos los días. Sabedores del nuevo trato fueron ya a Barcelona otros amigos, Enrique Ramos, Amós Salvador, Martín Luis Guzmán, Marcelino Domingo y su señora.

Antes estuvo don José Giral, a quien vi llorar cuando se despedía de él, tanto como la señora de Casares Quiroga que con su marido fue a acompañarnos unos días y con nosotros compatieron la casa de Margarita Xirgu en Barcelona, adonde nos habíamos trasladado a instancia

suya. Supe que el empresario del Teatro Principal de Valencia había borrado del cartel mi nombre de director de la compañía y me apresuré a ofrecer a mi amiga la rescisión de mi contrato, por no perjudicar sus intereses. Margarita no sólo no consintió en ello, llegando incluso a decirme que ella se retiraría de la escena si yo insistía en retirarle mi colaboración y a cambio de no ir yo a Valencia a presentarme de su mano ante el público, que exigía que aceptase para mi hermana y para mí la casa que tenía, cerrada en ausencia suya, en la playa de Badalona. Muy otro era el comportamiento de su colega, primer actor y empresario Enrique Borrás, que tras de adularme un día y otro con elogios a mi cuñado que me hacían sonrojar, y después de haberme instado a que aceptara su casa cuando estuve en Barcelona de paso para Sant Hilari no se atrevía entonces ni a mandarme una tarjeta, antes al contrario, recomendaba a Margarita que se abstuviera de toda manifestación en favor del ex Presidente.

Caso curiosísimo, con que atestiguar tantas otras demostraciones telepáticas, la misma noche de la detención de mi cuñado y cuando nada se había podido saber aún en Zaragoza de lo que en Barcelona le había sucedido, se despertó Margarita sobresaltadísima. Llamando a su marido le instó nerviosa y descompuesta a que avisara a quien pudiera acudir en ayuda del ex Presidente, a quien *veía* en aquel momento en trance muy difícil.

De allí a pocos días, la suerte infausta hirió a mi cuñado en lo más vivo. Su hermano, agravada la afección cardíaca que venía padeciendo, murió en Zaragoza, sin tener el consuelo de volverle a ver. El comandante del *Alcalá Galiano* se ofreció a pedir al ministro la autorización que creía no le sería denegada para que fuese el ex Presidente al lado del moribundo, ofrecimiento que rechazó ante la sola idea de tener que ir conducido por la guardia civil. Al entierro desde Zaragoza al panteón familiar en Alcalá fui yo con numeroso cortejo. Presidiendo el duelo con el hijo del muerto, asesinado dos años después en Córdoba en los primeros momentos del levantamiento militar contra la República, iba el general García Benítez. Mala impresión me hizo ya el gesto violento y la actitud airada con que se volvió, al entrar la comitiva en el cementerio, a imponer silencio al alcalaíno sencillo que gritó en homenaje al muerto y al ausente: «¡Viva la República!».

El 28 de diciembre, fecha que por ser la de las usuales *inocentadas* era poco propicia para que nadie creyese una noticia feliz, fue puesto el Presidente en libertad. Con objeto de que descansara tranquilamente

unos días antes del regreso a Madrid, nos lo llevamos a Badalona, donde sólo hasta cierto punto le dejó descansar el continuo visiteo de los que ya no tenían cortapisa ni miedo para manifestarle de nuevo su adhesión rendida.

El primero de enero de 1935 quisimos pasarlo todavía en Barcelona. Fue tal la cantidad de telegramas —uno de ellos de Bilbao con millares de firmas en no sé cuántas hojas— que tuvieron que hacer servicio extraordinario voluntariamente para transmitirlos y entregárselos en sacos en un carrito, cuando fueron insuficientes los ciclistas.

En seguida dispusimos la vuelta a Madrid, que hicimos por carretera en compañía de Cándido Bolívar que había ido a buscarnos, con Fernando, el pequeño de los Salvador, y otros amigos suyos que ya lo eran nuestros también. La casa de Serrano 38 se llenó de flores para mi hermana y de gentes de toda condición que acudían de nuevo a manifestarse por modo entusiasta.

Fueron tantas, que hubieron de tomar, no más que para abrir la puerta, a un muchachillo vivo y despierto, que ya cumplía ese cometido a las horas de consulta en casa de mi hermano el oculista: Antonio Lot, espejo de fieles agradecidos, a quien la suerte se la dio consoladora de acompañar a su señor hasta cuando a mí ya no me fue dado.

XXXVII. Discursos en campo abierto

Hasta entrado enero no se le ocurrió a Ramón Pérez de Ayala, que seguía de embajador en Londres, transmitir una carta que la princesa Bibesco le había dado, con destino al ex Presidente, en los primeros días de su detención. El ministro de Rumania había sido trasladado de Madrid a Lisboa y su mujer hallábase por entonces en Londres. No más enterada por los periódicos de lo que en España ocurría, se precipitó a la Embajada. El embajador nos contaba después, con burla, el apuro con que nuestra amiga, temiendo por la suerte de mi cuñado, se ofrecía a hablar si era preciso al mismísimo rey de Inglaterra por que interviniese en su favor. Como Pérez de Ayala lograra tranquilizarla, quiso la princesa dar nuevo testimonio al ex Presidente con aquella carta de su amistad que ponía por encima de cualquier consideración v circunstancia, dándosela al embajador para que se la hiciera llegar más fácilmente. No había hallado ocasión de hacerlo hasta entonces. Con la carta enviaba unos libros, que para el ex Presidente había comprado en

Londres a fin de que se entretuviera en su encierro. Otra cosa se le podría negar a Pérez de Ayala que el gusto. En aquella elección lo demostraba muy bueno. Recuerdo entre otros volúmenes uno sobre Cisneros —antiguo como los demás— con quien gustaba de comparar al ex Presidente cuando, como a la sazón, quería halagarle. Al enviar la carta y los libros, pedía disculpa para su desidia que así le había hecho demorar el mandarlos, tanto que parecían inoportunos ya. Por más confianza con mi suegra —viuda en segundas nupcias del poeta Enrique de Mesa, que le fue siempre amigo, a prueba de egoísmos repelentes—, a ella le dio el encargo de transmitírselo a mi cuñado. Sabedor de la opinión que me merecía su conducta, harto atenida a un concepto de representación impersonal de la República, en la postal que dirigía a mi suegra con el paquete, le decía que me saludara pidiéndome indulgencia en mis juicios respecto de su persona. Me limité a contestarle que no creía tan próximo el cambio de política y ni tan para pronto un Gobierno de izquierdas, como parecía deducirse de su nueva amabilidad para con nosotros.

No había yo podido conseguir que mi cuñado accediese a escribir por aliviar su encierro. Le era insoportable en extremo y ni en la incómoda baraúnda del *Uruguay* ni en la apacible tranquilidad y respeto de que se veía rodeado en el cañonero, pudo hallar sosiego para coger la pluma. Ya en Madrid, y pasados los primeros días de recuperación familiar y amistosa, se prometió hacer el relato exacto de lo que había pasado. Contrariamente a otras veces, en que me pedía ayuda para dar con un título verdaderamente adecuado, ésta acertó en seguido *motu proprio* con el de *Mi rebelión en Barcelona*, con que se publicó de allí a unos meses, con gran éxito de librería,[1] la referencia veraz de los sucesos en que se había visto implicado, por designio malévolo de quienes querían eliminarlo a toda costa, sabedores de que era por su espíritu eminentemente constructor la afirmación por excelencia de la República.

No accedió a colaborar en el Parlamento con una oposición acogotada por la prepotencia de una mayoría incivil. La reacción cívica que se produjo en todas partes en contra de una situación que luego de amnistiar, como lo había hecho desde el primer momento, a los insu-

1. Dice en carta a Indalecio Prieto del 7 de agosto de 1935: «He estado estos días atareadísimo en la confección de un libro que espero esté a la venta hacia el 15 de este mes (...) El libro se llama *Mi rebelión en Barcelona,* y en él cuento mi historia personal en el asunto del 6 de octubre catalán (...).» (*O.C.*, III, p. 603.) «Del libro se han vendido 25.000 ejemplares.» (*Memorias,* II, p. 105.)

En Villalba de los Alcores (1921). De izquierda a derecha: Manuel Azaña (sentado), Adelaida de Rivas Cherif, Mateo de Rivas Cuadrillero (sentado), Ma. Luisa Valdés y Dolores de Rivas Cherif (sentada).

LA PLUMA

REVISTA LITERARIA

Se publica mensualmente en Madrid en fasciculos de 48 páginas.

Redactores: MANUEL AZAÑA, C. RIVAS CHERIF

PRECIOS DE SUSCRIPCION

SEIS números, 9 pesetas. :-: DOCE números, 15 pesetas.

Ejemplar suelto, DOS PESETAS.

Pedidos y suscripciones a

MANUEL AZAÑA, HERMOSILLA, 24 DUPLICADO.—MADRID

Sumario del número 1.° (junio, 1920)

Dos palabras que no están de más.—E. DÍEZ-CANEDO: Madrid (poesías).—M. AZAÑA: A las puertas del otro mundo.—P. SALINAS: Voz de jugar.—A. SALAZAR: Apuntes para una geografía musical de Europa.—Crónicas de la DAME DE CŒUR.—EL PASEANTE EN CORTE: ... castillo famoso.—A. REYES: América.—Libros y revistas, por Diez-Canedo, Moreno Villa, Alvarez Pastor, Rivas Cherif.—Gacetilla.

Portadilla del número 1 (junio 1920) de la revista literaria «La Pluma».

La Pluma

Año I. | Madrid, junio 1920. | Núm. 1.º

Dos palabras que no están de más.

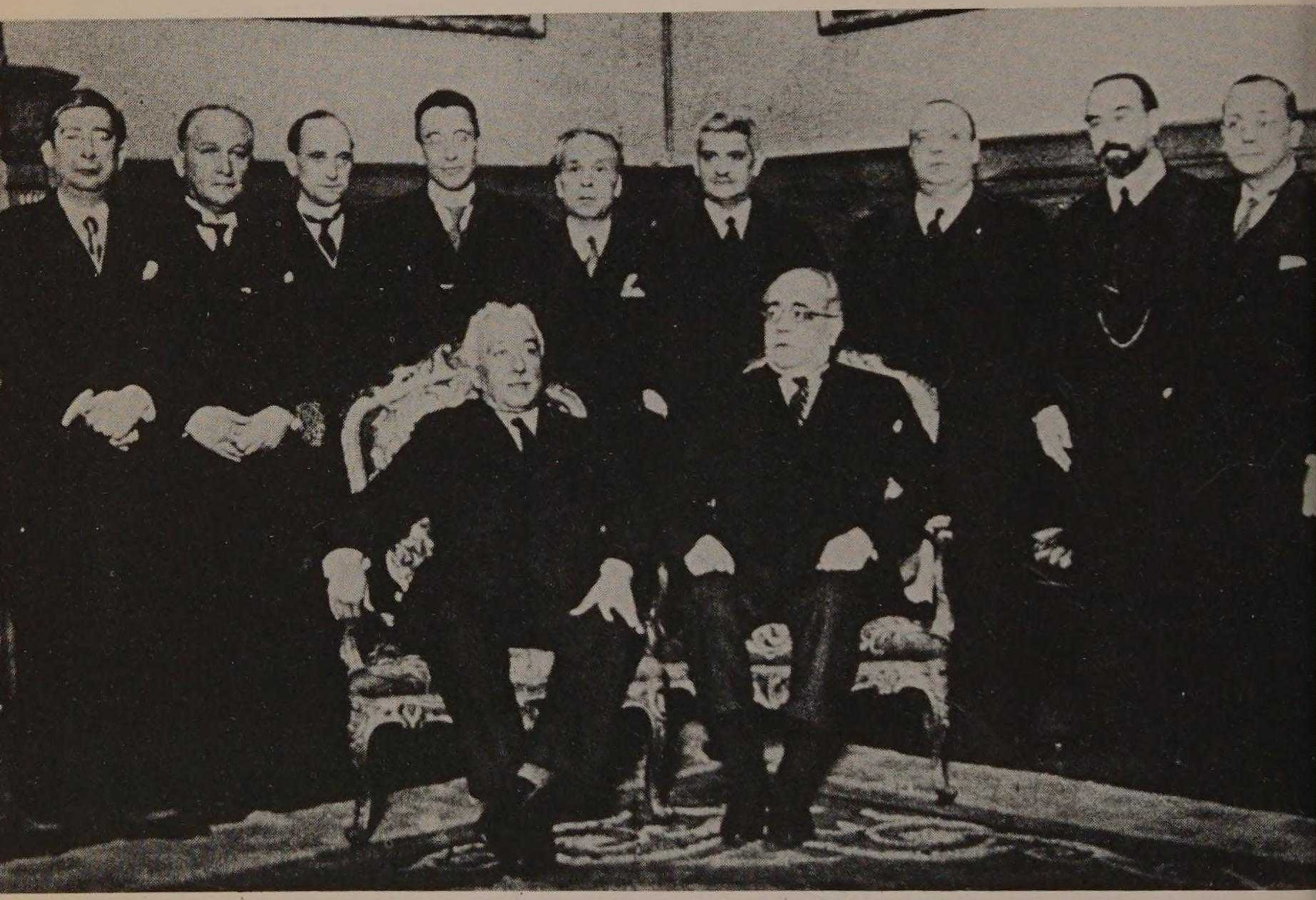
Este periódico, que hoy por vez primera, desconocido lector, llega a tus manos, apenas te dará en su forma actual el bosquejo de nuestras esperanzas sin límites; pero quisiéramos que desde ahora se defendiese ante ti con algo más que la buena voluntad de sus fundadores.

Mientras fué sólo un designio, pábulo de nuestra fantasía de proyectistas, lo adornábamos con todas las perfecciones imaginables y nos parecía muy bueno; por haber distraído unas horas nuestro tedio y habernos hecho reir de gozo alguna vez pensando en el inesperado suceso de su nacimiento, nos es caro. Al arrojarlo, por decreto de nuestra providencia, a los embates del mundo, se emancipa, toma puesto en la vida pública, y en cierta medida ya no nos pertenece; pero antes de echarlo a volar, clavámosle este cartel, para que

Primera página del número 1 de «La Pluma».

Dolores de Rivas Cherif dos meses antes de su boda con Manuel Azaña
(foto de diciembre de 1928)

Dolores de Rivas Cherif (carnaval de 1928): «Mi hermana tenía decidido vestirse con antiguo damasco familiar, de damisela del Segundo Imperio francés...»

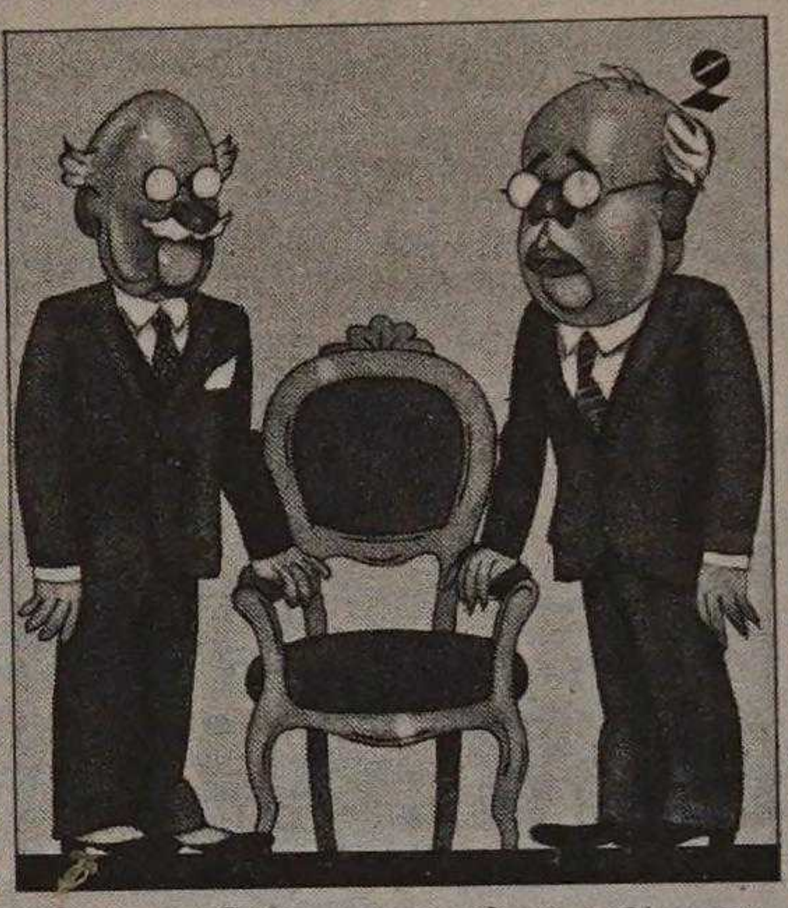


El Gobierno de la República (14 diciembre 1931). De izquierda a derecha: Marcelino Domingo, Francisco Largo Caballero, Santiago Casares Quiroga, Luis de Zulueta, Álvaro de Albornoz, Jaume Carner, Indalecio Prieto, Fernando de los Ríos, José Giral. Sentados: Niceto Alcalá Zamora y Manuel Azaña.

El gobierno en uno de los actos celebrados en Madrid para conmemorar el segundo aniversario de la República (14 abril 1932). Desde el tercero por la izquierda: figura eclesiástica no identificada, Álvaro de Albornoz, Luis de Zulueta, Marcelino Domingo, Julián Besteiro, Niceto Alcalá Zamora, Manuel Azaña, Fernando de los Ríos, Largo Caballero, Jaume Carner, Santiago Casares Quiroga, José Giral y Queipo de Llano (del gabinete militar de Alcalá Zamora).

Aleluyas semanales de los hechos nacionales

¿Quién nos gobernará con la nueva Constitución?



¿Será Lerroux? ¿Será Azaña el que nos "mande" en España?

Porque a Largo Caballero hay quien le pone algún pero

En este afamado bar sirven café con "Star"

Don Jacinto - y yo lo lloro - se retira por el foro

Y D. Ramón, gran poeta, desprecia a la vil peseta

Nunca vayas al Congreso cuando se vea un proceso

Porque si hay un condenado serás tú, lector amado

¿Habrá, por fin, presupuesto para el próximo bisiesto?

«Aleluya» publicado en la revista *Estampa* de Madrid.

rrectos del 10 de agosto y, lo que es más, a darles mandos sin veto ni protestas del olvidadizo don Niceto, cometía la terrible torpeza de la represión de Asturias, sobrepujando la atrocidad de cuantos conservadores del orden habían contribuido al divorcio sin compostura posible entre el pueblo español y la monarquía secular, le hizo ver cuán cierta la fácil profecía de su abogado don Ángel Ossorio al anunciarle, en los días en que el aparente abandono de las gentes amordazadas le hacía desesperar, la exaltación próxima. La primavera coincidió, como trasantaño la proclamación de la República, con el mitin del campo de fútbol de Mestalla en Valencia.[2] Los organizadores del acto, podían estar satisfechos de que, al año y medio de la silba preparada en Játiva, le ofreciera la capital compensación tan grande como espontánea.

El orador desvirtuó un tanto el entusiasmo de la recepción, negándose a asomarse al balcón del Hotel Victoria, adonde llegó un tanto fatigado del viaje en automóvil. Pero a la mañana, que amaneció lluviosa, ya nos dijo que le dolía la cabeza —lo que nos hizo presagiar el gran discurso— y que no había podido dormir por el continuo paso de coches y camiones de los muchísimos forasteros que al acto llegaban.

Hervía materialmente el campo de Mestalla, llenas las tribunas mucho antes de la hora anunciada para el discurso, cada vez que para distraer el apretadísimo concurso de gentes, manteniendo al propio tiempo la tensión de los ánimos en espectativa del suceso, iban apareciendo, señaladas por el locutor al micrófono, las distintas personalidades, deseosas de manifestarse en aquella primera reivindicación de los derechos del ciudadano libre que significaba la apelación al pueblo del ex Presidente del Consejo, jefe reconocido de Izquierda Republicana. Particularmente emocionante fue su entrada y el abrazo con que saludó a Mario Blasco —el buen hijo de Blasco Ibáñez— que aquejado de prematura ceguera quería mostrarse ante el pueblo valenciano y la copiosa representación de toda España allí reunida al lado de quien significaba el espíritu de la revolución republicana frente a los renegados, tanto como frente a los reaccionarios recalcitrantes. El entusiasmo de aquel delirante auditorio correspondió a la magnificencia del discurso. Con todo y con haber recibido después otras manifestaciones semejantes, y algunas superiores en número a la de aquel día, siempre de entonces más llevó consigo el álbum precioso con las fotografías evocadoras de tal fecha imperecedera en el recuerdo de los puros demócratas españoles. Pocas veces la emo-

2. El 26 de mayo de 1935. Texto en *O.C.*, III, pp. 229-247.

ción civil de todo un pueblo ha palpitado por manera tan evidente en el corazón innumerable de la muchedumbre.

Casi toda la tarde pasó el orador en la Redacción de *El Mercantil Valenciano* corrigiendo las pruebas del texto traducido del taquígrafo que el periódico había de publicar con los principales de Madrid al día siguiente. Era cosa en que ponía siempre especial cuidado y gusto. Y notable la minuciosidad con que recordaba la palabra exacta, la inflexión de voz que pedía una coma o el guión del inciso, por lo que era muy difícil que quedase nunca satisfecho de las correcciones que pudiéramos hacerle cualquiera.

Enorme fue la repercusión del acto de Valencia. Inmediatamente se aprestaron las izquierdas de Vizcaya a organizar otro semejante en Bilbao. Ni que decir tiene que los socialistas particularmente afectos a Indalecio Prieto, director además del *Liberal,* se aprestaron a manifestar a su diputado, la inquebrantable adhesión a la política de conjunción que su persona representaba por manera eminente y elocuentísima. El mitin tuvo lugar en el campo del Baracaldo en los primeros días del verano.[3]

Bello y eficaz el discurso de Baracaldo, no podía nunca sobrepujar al efecto del de Mestalla en Valencia. De todas suertes, contribuía a ratificarnos en la justa apreciación del ambiente público en torno al Presidente de Izquierda Republicana cuya popularidad crecía avasalladora con el signo de un plebiscito manifiesto por manera rotunda o inequívoca en la unanimidad innumerable de tantos millares de votos en una sola voz aclamadora.

Borrábase con ello además la impresión deprimente no ya sólo de la silba en Játiva, sino del mitin de La Coruña, a raíz también de la fusión de los partidos de Acción y Radical-Socialista en el de Izquierda, en que queriéndonos demostrar el amigo Casares Quiroga la preponderancia de su organización regional gallega sumada anteriormente a la de Acción Republicana, y queriendo contar con el respeto cuando menos de los sindicalistas coruñeses, hizo arrostrar otra vez al Presidente del Partido, en compañía de Marcelino Domingo y en la suya denodada —es verdad—, el peligro, para su seguridad personal incluso, de una oposición levantisca que con la pasividad de las autoridades de la nueva situación reaccionaria interrumpió continuamente el acto y en poco estuvo que no saliéramos mal de la Plaza de Toros.

3. El 14 de julio de 1935. Texto en *O.C.*, III, pp. 249-268.

El renacimiento del espíritu republicano traducido en aquellos comicios populares del 35, coincidía teatralmente con la exaltación a las nubes del éxito del drama *Yerma* de García Lorca —que a principios del año estrenamos en el Español [4]— y con la representación de *Fuenteovejuna* de Lope en que Margarita Xirgu había culminado en su doble aspecto de artista eminente y actriz popular con categoría política en su triunfo. A poco de reintegrado el Presidente de Izquierda Republicana de su prisión en un cañonero a la vida pública, hizo el Partido un homenaje a la gran actriz, mi colaboradora, que tan amable invitación le había hecho de su casa. Nada mejor que la asistencia en masa al teatro en día señalado y el ofrecimiento de la insignia de la Orden de la República, con que había sido agraciada antaño Margarita, que subió a recibir del autor de *La Corona* en un palco, quien, a la vista del público y entre el clamor del entusiasmo, le prendió la condecoración en el pecho.

Sólo otra mujer, artista también, había sido condecorada por la República e igualmente por mi cuñado y en el Español, a raíz de un artículo mío en *El Sol,* señalando la importancia para la propaganda de nuestro arte en el extranjero de Antonia Marcé, «La Argentinita», cuyo nombre de bailarina sucedía en el mundo al de la rusa Pavlova.[5]

Entretanto, mi cuñado se prometía con mi hermana una segunda luna de miel en los lagos italianos, después de los años azarosos que llevaba sin descanso a partir de la proclamación de la República.

Así las cosas, la declaración de guerra de Italia al Negus de Abisinia, detuvo desde luego nuestros planes y los trastrocó después por entero. Comentando mi cuñado en su casa y en un corro de amigos los primeros incidentes de la desigual contienda, vino a decir no sé cómo y contradiciendo a los que harto vanamente se pronunciaban por el rey de reyes de la sombrilla, que él, después de todo, se sentía más romano de Tarragona, que africano etíope. Cuál no sería mi sorpresa, cuando al día siguiente, el Delegado de Prensa italiana en Madrid me llamó por teléfono para decirme que celebraba mucho el deseo del ex Presidente del Consejo de ir a Italia, y que sabedor el embajador de ese propósito, así como del juicio que le merecía la guerra italo-abisinia, quería verme confidencialmente.

Nuestro amigo Guariglia, portador que fue a Mérida, con ocasión de

4. 29 de diciembre de 1934, hasta el 3 de abril de 1935.
5. El 3 de diciembre de 1931. (Ver *Memorias,* I, p. 320.)

nuestra *Medea,* de una rama de laurel del Capitolio,[6] había sido sustituido en aquellos días del centenario de Lope, por el señor Pedrazzi, que venía a la Embajada de Madrid a título de amigo particular del Duce, más que como ascenso en un escalafón diplomático a que no pertenecía. Se había presentado a Margarita y a mí, en otro festival lopesco en el Retiro, antes de la presentación oficial de sus cartas credenciales, y, a cuenta de nuestro proyectado viaje a Italia, había manifestado simpático interés en hablar conmigo.

Me recibió privadamente y me habló con desusados avances ponderándome la admiración que le producía el pueblo español cuya revolución republicana comparaba a la fascista italiana en cuanto una y otra significaban para él la ruptura con un pasado de mediocridad. En ese sentido se consideraba tan revolucionario como el que más y complacidísimo del artículo que podía mostrarme de uno de los más importantes periódicos de su país, creo que fue *Il Corriere della Sera,* en que se hacía un elogio dedicado a mi cuñado, a quien atribuía las mismas condiciones políticas de los grandes reformadores de Europa en aquellos años que eran entonces últimos. Se mostró contentísimo del propósito del ex Presidente de hacer un viaje a Italia, donde sería recibido como se merecía; y como yo le atajara diciéndole que, en todo caso, la excursión de mi cuñado sería estrictamente privada y sin pasar de los lagos, donde pensaba tomarse una temporada de descanso, insistió en que sin perjuicio de su intimidad vería demostrada la admiración profunda que en su país se sentía por él. Era necesario además, imprescindible, que se viera con el Duce. El embajador Pedrazzi exageraba su adhesión a Mussolini, quizá porque su procedencia no era netamente fascista de las primeras camisas negras, sino del antiguo partido nacionalista.

Apenas comuniqué a mi cuñado mi conversación con el embajador de Italia, decidió cambiar su plan:

—Pero no te apures —le dijo risueño a su mujer, de quien le gustaba ser *cicerone*—, que no quedarás sin viaje. Iremos a Bélgica, donde tengo muchas ganas de volver —había pasados unos días durante su estancia en París veinte años atrás—, ya verás como te gusta. —Y volviéndose a mí—: Comprenderás que de esa manera ya no puedo ir a Italia. Lo dejaremos para cuando podamos ir juntos los dos matrimo-

6. La *Medea* de Séneca en traducción de Unamuno fue representada por la compañía de Margarita Xirgu dirigida por Rivas Cherif el 18 de junio de 1933 en el teatro romano de Mérida.

nios. No, ni pensarlo. Lo menos que dirían es... ¡qué sé yo!, que me había vendido a Mussolini.

No se le daba toda la importancia que tenía a la exaltación de Hitler al poder en Alemania. Ni nuestro embajador en Berlín el año 33, Luis Araquistáin, de quien fui huésped casual el día de las elecciones en que, humeante el Reichstag aún del incendio provocado por los *nazis* y de que se culpó a los comunistas —se afirmó el triunfo del *Führer*—, acertó, creo yo, a prever las tremendas consecuencias de aquel resultado impresionante. Pero ¡qué mucho! si tampoco lo veían los ingleses ni los americanos. Fueron pues, a París, Bélgica y Holanda mis hermanos a disfrutar de un mes de descanso veraniego, dando con ello ocasión a que se manifestara el espíritu antirrepublicano de nuestros representantes en el extranjero. El señor Cárdenas, embajador en París, se creyó en el caso de preguntar al ministro de Estado cuál había de ser su actitud durante la estancia en la capital de Francia del ex Presidente del Consejo. Fácil le fue ignorarle, porque mi hermano, ateniéndose al riguroso incógnito a que era, de veras, tan aficionado, no apareció, claro es, por la Embajada. Otro fue el caso de Aguirre, el embajador en Bruselas, quien más discreto o más avisado con respecto a tan claro porvenir como se le presentaba entonces a mi cuñado le acompañó, o le prestó su coche oficial, aunque se abstuviera de ninguna invitación protocolaria, cosa que la estación favorecía además por la ausencia de la capital belga de las personas a quienes hubiera podido invitar con él.

De Holanda, que no conocía, venía encantado instándome a que no dejara de ir en cuanto se me presentara ocasión a descubrir a Rembrandt, a ver el Museo de Harlem y el retrato de Guillermo *el Taciturno* de Antonio Moro en La Haya. De París traía, como otras veces, y entre muchas reiteraciones de otros recuerdos vivos, el de una *Armida* de Gluck en la Ópera, donde mi hermana, cuya sensibilidad le producía a él tanto contento, había hecho de público igualmente entusiasta como trasantaño yo, guiado igualmente por él y copartícipe de la nueva comprobación de sus primeras emociones parisienses. Que a uno le gustara o no el bruñido de las piedras de París era para él piedra de toque.

De regreso en Madrid se apresto ya para el discurso que había de cerrar la campaña iniciada en Valencia y continuada en Bilbao. Yo estaba en Barcelona, preparando desde la escena la excursión de la Compañía a México, suspendida *sine die,* como habíamos dejado, a causa de la guerra de Abisinia, nuestro viaje teatral a Italia. Desde Barcelona fui, pues, aquel memorable día de octubre, a asistir a la inmensa asamblea,

innumerable sobre cualquier otra manifestación política ante un orador, que tuvo lugar en el entonces llamado campo de Comillas.[7]

Si el campo de Mestalla me había parecido extenso para una concurrencia eventual que luego sobrepujó en mucho nuestras esperanzas, harto más aventurada me pareció la elección del vastísimo campo de Comillas, no obstante la espectación despertada en España entera y su solo anuncio hiciera presagiar fácilmente la enorme masa que allí se congregó.

Hasta el gato del Ateneo, tan hecho a las conferencias de la Docta Casa, asistió, llevado en una jaula, a aquella apoteosis en que culminó la gloria popular del antiguo Secretario. Inenarrable fue el momento en que, al ascender a la tribuna el orador y estallar en el aire la aclamación unánime, se oyó en toda España la irónica comprobación que, ante el micrófono que ignoraba estuviese abierto ya, hizo al enfrentarse con la muchedumbre que ennegrecía hasta el confín la explanada dilatadísima:

—¡Cuatro gatos! —era el vaticinio que, en punto a concurrencia probable, se había permitido hacer no sé qué periódico contrario.

Dos momentos, sobre todo, diéronme la magnitud del acto: aquel en que al iniciarse el discurso, se vio que la voz llegaba ya con un cierto retraso por la mucha distancia, que la duplicaba como un eco, a los últimos altavoces; y el instante, prolongado unos minutos, en que los pañuelos al aire pusieron una sugestión de aleteo de palomas en el saludo triunfal al tribuno.

—¿Qué te ha parecido? —me dijo volviéndose a mí, según estaba yo al pie de la tribuna, en la pausa a que le obligaba la ovación estruendosa. Era una pequeña manía aquella de quererme demostrar que no se emocionaba, cuando, en efecto, contenía la emoción y la desvirtuaba con un cambio de tono forzadísimo a cierta pretensión de naturalidad.

De todo el discurso, lo que más me impresionó, sin embargo, contrariamente al pueblo allí congregado en cientos de miles de oídos y bocas y que tal vez vaciló un punto al escucharla, fue aquella admonición —que yo podía entender más correctamente que nadie— a cuenta de la oposición a ciertas formas de gobierno, que, en opinión suya, debíamos limitarnos a precaver en nuestro país, sin involucrar en ello los intereses de la política exterior, delimitada siempre por la geografía.

7. 20 de octubre de 1935. Texto del discurso en *O.C.*, III, pp. 269-293.

A lo que añadió, remachando el clavo, que España no tenía por qué considerar incompatible con sus derechos sin prescripción la existencia de una Italia fuerte en el Mediterráneo.

Lo que no quería decir precisamente que sintiera la menor inclinación ni simpatía hacia el fascismo (palabra que le repugnaba pronunciar incluso, y mucho más en su bárbara degeneración castellana de *facismo* y *facista,* que le saca de tino) ni hacia Mussolini.

Estuvo conforme conmigo en que era lo más importante que había dicho aquella tarde. Y lo más arriesgado.

XXXVIII. Testamento confidencial

El mitin de Comillas fue señal grandiosa del Frente Popular a que propendían, al conjuro del verbo republicano, las fuerzas españolas de la libertad, solicitadas por la reacción contraria. Renacía en el ánimo de las gentes sencillas aquel entusiasmo del 14 de abril y hasta podían creer los ingenuos de bonísima fe que, en efecto, los españoles cobraban conciencia de la necesidad del momento, aprestándole, con sentido de la responsabilidad que a cada cual incumbe, al gobierno propiamente nacional del país. No las tenía todas consigo, sin embargo, el orador del campo de Comillas. Desengañado de toda fantasía y hecho a poner las cosas en su punto, sabía muy bien hasta dónde podía fiar en la sinceridad y más que en la sinceridad en la eficacia de aquella nueva conjunción, si numerosísima en sus diversas representaciones, harto distinta todavía en matices y calidades de aquella masa enorme, que sólo circunstancialmente se avenía a manifestarse unida ante la perspectiva de otras elecciones.

El Presidente de la República, fiel a su mezquino propósito de gobernar distrayendo y poniendo en pugna fuerzas y elementos políticos cuya desavenencia podía darle la autoridad que en él buscaran sucesivamente las minorías, incapacitadas por modo notorio para asumir cada una la representación de ese término medio que constituye la expresión liberal de un pueblo democrático, asomaba claramente ya la oreja de su procedencia monárquico-caciquil de la última política borbónica, confiando el Poder, que el monstruoso contubernio radical-CEDA no era capaz de seguir administrando, a Portela Valladares, prototipo nefando de la picardía que la República había venido a desarraigar. Era el contrapeso, simplemente corruptor, que los liberales de Alfonso XIII hacían

alternar con los feroces conservadores, de que era Martínez Anido representante calificadísimo, en el Gobierno Civil de Barcelona, pongo por punto neurálgico de la política española en los últimos veinte años. Portela Valladares, con fama de hombre listo y sin escrúpulos, y a título de masón reconocido, con ciertas pretensiones de demócrata para andar por casa ya que no por el mundo, se encargaba de la Presidencia del Consejo para servir el interés personal de don Niceto, que creía aún en expedientes dilatorios de una contienda ineludible ya. Alcalá Zamora podía creer, sí, posible todavía una política de triquiñuelas, para salvar con un partido de *término medio* la diferencia fundamental adecuadamente representada en los votos de los electores. No se avenía a comprender —sin consuelo por la derrota de su intención primera— que el único cauce, la sola transacción, estaban vinculadas a la acción republicana del ex Presidente del Consejo, tan maltratado por él, desconociendo la suerte que la fortuna le había deparado con colaborador tan firme, poca confianza que en efecto se le diera corroborando la del pueblo. Portela Valladares, electorero gallego, que es decir dos veces taimado, se las prometía acaso muy felices y, dispuesto a ayudar el propósito del Presidente de la República, se aprestaba a corromper afinidades legítimas, desvirtuar uniones seguras, deshacer alianzas, romper pactos, que ya por la izquierda descontenta, bien por la derecha insaciable, acuciaban por modo improrrogable a la resolución de los problemas vitales que habían de resolver por mucho tiempo, si no definitivamente —pero definitivo es sobrehumano—, la vida del pueblo español.

Derechas e izquierdas unidas cada cual en apretado bloque, si frente al contubernio reaccionario, que tan triste prueba había hecho del Poder Público, conseguía el Frente Popular la cohesión efectiva de su manifestación impresionante en el campo de Comillas, dirimirían su contienda en todo caso con notoria descalificación de don Niceto. Sus primeros colaboradores considerábanse traicionados por él y a su cuenta cargaban la responsabilidad de la terrible represión ejercida en Asturias, en liquidación del octubre del 34. Pero mucho más indignamente le señalaban los católicos de la CEDA que contaban con su pasividad, si no con su colaboración decidida, para llevar a cabo en España una transformación del Estado de democrático en totalitario, a semejanza de las llamadas revoluciones nacionales de Italia y Alemania. No en vano el joven Primo de Rivera había hecho un viaje a Roma, donde el Duce desconfiaba un tanto de la virtud política del hijo de aquel

padre que él había conocido en una sola visita desengañadora; [1] y el general Sanjurjo y Gil Robles asimismo a Berlín uno tras otro, por ver de tantear el terreno de una posible concomitancia, que la ocasión vino a favorecer sin tardar mucho.

Suspendido mi viaje a Italia con la Compañía del Español, era inminente nuestra excursión a América, que habíamos ido demorando y que, pese a mis deseos de quedarme, no podía eludir ya, una vez de acuerdo oficialmente con el Gobierno de México para actuar en el Teatro de Bellas Artes. Gustoso como era de correr mundo y con tantas ganas de venir otra vez al Nuevo Continente y asomarme a los Estados Unidos, no me hacía gracia ninguna el ausentarme de Madrid en aquellas circunstancias. Dolíame incluso que mi cuñado no hiciera la menor objeción a mi propósito de viaje ni contara conmigo para el porvenir inmediato, que a él no se le alcanzaba tan dichoso como a mí.

Muy en los primeros días de enero, y a punto ya de emprender mi viaje, me llevó mi cuñado una tarde a dar un paseo de despedida en coche por la carretera de La Coruña. Mucho tiempo hacía, años, que no se me daba el gusto de tener tan largo rato para los dos solos.

Empezó disculpándose conmigo de no haberme hecho fuerza alguna para que me quedara. No se creía con derecho a sacrificar, sin ninguna compensación segura que poderme ofrecer, las posibilidades materiales que podía significar para mí la excursión americana, de que Margarita, avezada con su marido y el gerente de la Compañía a los negocios teatrales y considerando muy conveniente nuestro alejamiento de España por una temporada o dos, tampoco quería prescindir. Como yo le dijera que mi único pesar y mi desgana procedían del sentimiento de mi ausencia en los sucesos que habían de coronar nuestras esperanzas políticas de por entonces, me atajó con su opinión contraria a tan felices augurios. No las tenía él todas consigo ni mucho menos y no era cosa de hacerme compartir los azares de una ocasión que no se le hacía tan fácil como querían los entusiastas propulsores del Frente Popular.

Su mayor preocupación era precisamente: los trabajos preparatorios de la integración en un bloque homogéneo y compacto de las fuerzas afines con un programa definido, no sólo por el triunfo en las elecciones que habían de ser convocadas de allí a poco, sino para obtener un resultado positivo en su consecución gubernamental, no daban el resultado apetecido que la aclamación delirante del campo de Comillas pare-

1. En noviembre de 1923.

cía producir sin demora. A la decisión inequívoca de la multitud suscribiendo con el aplauso unánime y la voz estentórea la afirmación de una política rotunda —constructiva, como ya se decía entonces con palabra de una pedantería traducida, muy poco del gusto del orador— no respondían, en las gestiones de sus delegados con otros de los distintos partidos y grupos, sino la cicatería, zancadilla, marrullería y egoísmo.

Precisamente había hablado aquel mismo día o el anterior con nuestro amigo Amós Salvador, que de constitucionalista en los tiempos inmediatamente anteriores a la proclamación de la República pasó a contar entre los más fieles adictos al Presidente de Acción Republicana, primero, de «izquierda» después, a título precisamente de liberal conservador de las últimas conquistas democráticas y de su vinculación en la persona de mi cuñado —amargado de llevar las gestiones conducentes al pacto electoral en afirmación del Frente Popular constituido con más empeño y decisión del pueblo que con unidad atenida a la jefatura indiscutible, discernida en el plebiscito elocuente de Comillas por cuatrocientos mil votantes a pleno plumón—, se quejaba de sus compañeros, los delegados de otros grupos. Todo eran —por lo que se podía ver, tan próximas como parecían ya las elecciones— tiquismiquis y argucias por la representación de cada partido en la proporción adecuada a su fuerza efectiva en las circunscripciones y distritos; y si a las dos tendencias manifiestas con cierta diversidad en el seno de los socialistas se añadía la pretensión de los comunistas, abrogándose, no sin motivo ni razón, la primacía en punto a la invención o hallazgo de la nueva fórmula de Alianza en el Frente Popular preconizada desde Moscú para todos los países democráticos por el famoso Dimitrof, como punto de partida para la lucha común contra el *fascismo,* y entre la Unión Republicana de Martínez Barrio y aun dentro de la Izquierda, a cuenta de las diferencias personales entre los procedentes del radical-socialista y los fundadores del de Acción; amén de la disidencia señalada por el pequeño grupo que de aquéllos no se había refundido en la nueva organización, por no hablar de los federales, si no muy numerosos nunca, lo sobradamente autónomos siempre para entorpecer toda unión efectiva —estaba más que justificada la aprensión de mi cuñado y la melancolía con que desesperaba del porvenir inmediato—: «¡Quién sabe si lo mejor sería que se perdieran las elecciones!».[2]

2. Véase referencia a esto en carta de Azaña del 16 de marzo de 1936: «Te saliste con la tuya en lo del triunfo electoral. Creo que mis pesimismos sobre el resultado de las elecciones... (etc.)» (bajo anotación del 29 de marzo).

Como yo le rebatiera alegremente, con decirle no más que, sin duda, aventuraba su humor aquella preferencia absurda, ante la seguridad del triunfo, insistió:

—No creas, no creas. Si se gana será por tan pocos votos y con tal fuerza de oposición, que no habrá quien gobierne un Parlamento así. Ya ves lo que pasa en el seno del Comité Frente Popular. No hay manera de ponerse de acuerdo. Ahora son los comunistas los más interesados, claro, en sacar de los socialistas, y más en daño de ellos que nuestro, las ventajas que puedan. A mí no sólo no me parece mal, sino que creo necesario que traigan diputados a las Cortes. Pero nadie quiere atenerse a la realidad y todos pretenden, forcejeando unos puestos en las candidaturas, los votos que no tienen efectivamente.

De los sindicalistas, ni se podía hablar siquiera. El equívoco de su apoliticismo, con que negociaban, a su entender, toda clase de alianzas, incluso las más nefandas, hacía imposible cualquier pretensión sincera de colaboración con la CNT cuya táctica difería en un todo de la CGT francesa, en franca colaboración con los gobiernos de Izquierda Republicana, como aquí la Unión General de Trabajadores.

Insistí yo en que el triunfo sería rotundo, opinión que abonaba defendiendo la de las tertulias de los cafés, en que se nutría y que el Presidente aparentaba despreciar más de lo que, en efecto, contaba para él esa señal indudable del sentir general, no por independencia de una disciplina política determinada, menos de tenerse en cuenta. Había que contar con la masa neutra, que dijo el bíblico de levita don Antonio Maura. Sí, no sólo se triunfaría y se podría gobernar, sino que gobernaría él... desde la Presidencia de la República. No podía envanecerse de mi vaticinio, porque era tan claro que saltaba a los ojos.

—En primer lugar yo no debo ni quiero presidir el primer Gobierno que se forme.[3] Es necesario ir acostumbrando a las gentes a la idea, no sólo de que no soy imprescindible, sino de la conveniencia de que cada cual y en su momento cargue con la responsabilidad que le corresponde. ¡No, no!, que lo presida don Diego... (Martínez Barrio).

En cuanto a la Presidencia de la República fue más explícito y terminante:

—Eso es un disparate. No soy sospechoso de amor por don Niceto... Pero he dicho y repito que hay que acostumbrar a la gente a que

3. *Ibid.* «Más seguro era que se me frustraría el deseo de no formar yo el primer gobierno, en caso de victoria. Esto sí que era una ilusión. Fue imposible. Nadie comprendía ni admitía mi negativa...»

la República *dure*. Y empezar por ello, si es posible, con que el Primer Presidente cumpla el plazo legal de su mandato. Hay que ensayar las formas republicanas, encauzar el régimen haciendo que funcione propiamente.

Y a esto le argüí fácilmente, con sus propias razones, que si había que *ensayar* la Constitución poniéndola en práctica, tanto valía a ese efecto el que el Presidente agotara el plazo presidencial como que dimitiera por el voto de censura de la Cámara, si al discutirse la disolución de las Cortes, la mayoría se pronunciaba por la inconveniencia de tan reiterados llamamientos a la opinión del país. Era indudable que izquierdas y derechas coincidían en su desengaño de don Niceto. Que tuviera por seguro que no habría otro remedio que el de prescindir de su persona. Ni más sustituto que él.

Le parecía un disparate. Como trasantaño cuando Maura le predijo en mi presencia su próxima ascensión a la Jefatura del Gobierno Provisional, se empeñaba en demostrarme ahora que le quedaba mucho por hacer al frente del Partido y presidiendo un Ministerio que, insistía, tampoco le parecía el más oportuno para liquidar la primera situación a raíz de las elecciones próximas. Pero yo no empleaba para rebatirle otras razones que las suyas. ¿No me decía una vez que había que encauzar el Régimen y que contrariamente a la interpretación constitucional que daban algunas gentes —las más— al papel del Presidente, confiriéndole una representación pasiva, creía él que le correspondía con la Presidencia nada menos que la dirección de la política? Porque la sanción de las leyes, con el voto suspensivo que le estaba atribuido, y sobre todo, por modo principalísimo, el otorgamiento de su confianza a los gobiernos sucesivos, ateniéndose para ello a lo que el Parlamento dijera con su voto, era función delicadísima, y en efecto, aun no siendo lo que se dice presidencial la forma de nuestra República, eminente en la gobernación del Estado. ¿Y quién otro que él podría presidir la consecución de los Estatutos regionales?

—No —volvió a decirme—. No te empeñes en convencerme. Además, ¿quién piensa en eso?

—Pues tú me dirás entonces. Porque tampoco me parece a mí que es invención de nuestra tertulia del café lo de la imposibilidad de la continuación de don Niceto. Y eso en Madrid. Si vinieras como yo de Barcelona... verías que allí todo el mundo da por descontado que no pueda seguir en la Presidencia. Y entonces... ¡tú me dirás!

—¡Pchs! —se quedó un momento pensativo. Y luego sonriendo a

una idea demasiado fácil—: Si no hubiera otro remedio y en efecto don Niceto no pudiera seguir de ninguna manera... quizás el Presidente sería un hombre como... Giral. —Adelantándose a mi réplica con sólo verme el gesto, continuó el merecido elogio de su amigo, desconocido según él en sus principales virtudes, porque unía la timidez y la modestia, hijas de su poca elocuencia, a un republicanismo acendrado en principios irrebatibles, y a una discreción y un conocimiento político del país, como muy pocos, de lo que había dado prueba constante a quienes le conocían de cerca.

—Desde luego —vine a decirle—. Y has puesto precisamente el dedo en la llaga. De cerca le conocéis poca gente. La *gente* no le conoce. Es muy posible que las virtudes republicanas de don José sean las que convengan a un Presidente de la República francesa, hecha a unas costumbres que datan de más de medio siglo. Pero lo que te digo como hombre de la calle, y de eso ahora sé más que tú, porque, a tu pesar, hace mucho tiempo que no sales a ella como antes —(¡cuántas veces no me había dicho de las ganas que le daban, yendo en el coche oficial, de saltar a la calzada y tomar de un brinco la plataforma de un tranvía de Goya!—), lo que te digo es que de aquí a un mes serán las elecciones, ¿no?, pues el triunfo será insospechado por lo visto, para ti y los pocos que como tú piensan; no tendrás más remedio que encargarte inmediatamente del Gobierno... y digas lo que quieras, prepárate a ser Presidente de la República. Y si no, ¡al tiempo!

—Si al tiempo me lo fías, claro que cosas más difíciles habrá; pero... ¡en fin! ¡Vaya usted a saber! Acaso lo que haría falta sería... no un Presidente..., ¡un Gobernador General de la República!

Fue entonces cuando me dijo por primera vez, me parece, que el fracaso de su mando primero (consideraba un fracaso lo que todo el mundo la revelación de un gobernante genuinamente republicano) se debía a haberle faltado cincuenta gobernadores civiles. Le pregunté risueño:

—¿Un Gobernador General? ¿Un Cromwell?

—No..., un Protector, no. Tampoco me gustan los *Protectores*. ¡Un Gobernador! ¡Un Gobernador!

Convinimos en que en España lo que hacía falta era imponer la libertad. ¿No había dicho él asimismo, con aquello de la «República para todos, pero gobernada por los republicanos», lo de «Contra la libertad no hay libertades»?

Callamos, como muchas otras veces tantos años atrás, al regreso de

nuestras divagaciones a pie por aquella misma carretera del Pardo, que ahora hacíamos en coche, sin tiempo yo para despedirme de aquellos árboles, testigos, con los del camino alto de La Florida que corre paralelo, de las andanzas de mi amistad y de mi amor juveniles.

En aquella conversación, tras de una interrupción de tantas charlas en más compañía que la de nuestra intimidad y confianza, me hubiera ido, quizá, desconsolado. Que en un momento de incertidumbre, más que de desmayo, recurriera de nuevo a confiarme los temores de que alimentaba la fuerza de sus propósitos, me la daba a mí para el viaje que con tan contrarios deseos en el ánimo, me ofrecía, eminentes ya, sus perspectivas inseguras, pese a lo bien trazadas en la intención que me llevaba. Íbame, pues, consolado y rehecho en el contento, seguro de un porvenir inmediato de que se me negaba la presencia en el fácil espectáculo del triunfo apoteósico.

De allí a muy pocos días, mi cuñado, con buen golpe de amigos, acudía a despedirnos a mi mujer y a mí en trance de tomar el tren y el barco para Nueva York, precediendo a Margarita Xirgu y sus huestes que nos seguirían después. Asomados ya a la ventanilla, a punto de los últimos adioses y precisamente cortando esos instantes embarazosos —propicios tan sólo al intercambio de frases hechas que disimulen la agonía sin dignidad de tales despedidas—, adelantándose a mi cuñado alguien que de fuera llegaba presuroso, lo sacó del grupo, y en poco estuvo que no nos diéramos el último apretón de manos.

—¿Sabes —me dijo arrancando ya el convoy— a quién piensan hacer Presidente de la República las derechas cuando ganen las elecciones? ¡Al general Sanjurjo!

Una señora frescachona todavía, con ostentosas tocas de viuda, nos miraba atenta, pero con manifiesta hostilidad, asomada, en el mismo pasillo del vagón, desde la ventanilla de al lado. Todavía vi cómo el grupo se dirigía compacto a la salida, entre la curiosidad de las gentes, que le abrían paso.

XXXIX. Presidente de la República[1]

Estuvimos mi mujer y yo tres o cuatro días en La Coruña, agasajadísimos por los amigos de Casares, y aproveché aquella obligada estan-

1. Véanse, en relación con todo este capítulo, la carta de Azaña a Rivas Cherif del 16 de marzo - 10 de abril, la del 14-18 de mayo, y la del 5 de junio de 1936.

cia para hacer una excursión a Santiago, donde había muerto pocos días atrás mi dilecto amigo el gran escritor Valle Inclán, y decidí al cabo, visto que, embarrancado en Vigo el *Marqués de Comillas* que había de llevarnos a La Habana, la Transatlántica Española no nos daba solución pronta, tomar el camino de Francia por ver de llegar a tiempo de embarcar en El Havre para Nueva York.

Al llegar a La Habana, y antes de que hubiera tenido tiempo de dejar una tarjeta al embajador de España, me envió al Primer Secretario —que era, por cierto, de familia cubana muy notada por su significación conservadora en la sociedad habanera— a cumplimentarme en su nombre. Y con rigor diplomático, que excedía mi simple representación particular, no bien le hice una visita, me la devolvió con su hija, para que saludara a mi mujer ausente la suya, de riquísima familia madrileña, a quien según las malas lenguas había sustituido para los íntimos menesteres de la vida conyugal con una secretaria, no mal parecida y muy dispuesta, que, desde luego, disponía en la Embajada, a ojos vistas, con autoridad efectivamente superior a los funcionarios de carrera. Don Luciano López Ferrer se deshizo, no más presentarme a él con la carta que me había dado mi cuñado a tal intento, en elogios del ex Presidente, a quien tenía motivos de estar agradecido, por haberle llevado de Alto Comisario del Protectorado en Tetuán, en condición de técnico civil, por desarraigar el cargo de todo mando militar. Mucho me había elogiado su discreción Enrique Ramos, y aunque yo, por reiterada experiencia personal, sabía a qué atenerme respecto al mérito de nuestros diplomáticos y daba por descontado que sería todo lo más tuerto entre ciegos, me sorprendió la torpe sinceridad con que se produjo:

—Soy un ferventísimo admirador de su cuñado —me dijo, no sin halagar cortésmente mi vanidad, poniendo por delante que mi nombre de escritor y hombre de teatro no necesitaban para él otra presentación que la que tanto agradecía, por lo que estimaba al presentante—, por eso siento tanto más que vaya a las próximas elecciones con los socialistas otra vez. Tengo la absoluta seguridad de que si todavía —faltaban ocho días para el 16 de febrero— publicara un manifiesto separándose de ellos, le votarían todas las derechas.

Fácil me fue contestarle que dando por supuesto que así fuera, no podía yo comprender qué hubiera podido hacer con aquellos votos ni qué es lo que él admiraba de mi cuñado, cuya política, precisamente por templada, no admitía de ninguna manera otra transigencia que la de

la oposición civil con sus antagonistas natos. El 18 por la noche acudió a saludarme al teatro todo solícito y no se le ocurrió ponderarme el triunfo del Frente Popular y la formación del nuevo Gobierno, sino con decirme que había caído muy bien en la opinión cubana el nombramiento de Augusto Barcia para ministro de Estado, por ser yerno del ex Presidente del Ateneo de Madrid, ya fallecido, don Rafael María de Labra, nacido en Cuba. Claro que me apresuré a poner en conocimiento del nuevo titular del Ministerio, cuál podía ser la actuación de nuestro representante en La Habana cuando así se manifestaba conmigo.

Podía ser, sin embargo, sincera la admiración que López Ferrer me había dicho sentir por el Presidente de Izquierda Republicana. Lo comprendí en la visita que juntos hicimos al coronel Batista, jefe no más entonces del Ejército cubano, pero que hasta tal punto intercedía influyentísimo en todos los aspectos de la vida pública de su país, que me llevó a verlo para la preparación de un espectáculo que yo me proponía al aire libre, de la competencia en todo caso del Departamento de Bellas Artes, si no del Ayuntamiento de la ciudad. Me presentó como tal cuñado de mi hermano político, que no era precisamente el título que allí me llevaba, a quien parangonó con el propio Batista en la hombría de Estado.

Por entonces conocí al joven periodista Manuel Millares Vázquez, fundador, con otros españoles allí residentes, de la agrupación Izquierda Republicana de Cuba y que me llevó a inaugurar en Pinar del Río un pintoresco casino, donde como en el correspondiente de La Habana, se rendía un culto entusiasta a la persona de mi hermano político.

No sino al cabo de tres años, cuya medida en el ánimo de los españoles excede con mucho la cuenta de los meses y de los días, vine yo a saber, de labios del antagonista que tomaba de nuevo el primer papel en la tragicomedia política española, los sucesos capitales de aquellas jornadas siguientes al 16 de febrero del 36. Tan señalada fecha, pálida ahora ante las efemérides más inmediatas de la tremenda guerra en nuestro suelo, cobraba de nuevo la importancia que tiene realmente en el curso de la historia actual en España. Como yo había predicho a mi cuñado con la misma facilidad que pudieran innumerables otros, apenas el escrutinio de las elecciones generales proclamó el éxito irrebatible de los candidatos de izquierda, no tuvo más remedio el ex Presidente del Consejo que encargarse otra vez del Poder. Con angustioso apremio le llamó Portela Valladares, sin plumas como el gallo de Morón y cacareando asustadísimo, como poco antes harto fiado en las argucias que,

con la confianza del Presidente de la República, habían de hacer de su mediocridad el eje de una situación ambigua y en modo alguno correspondiente a la virulencia con que se manifestaba, extremadamente de una parte a otra, la vida efectiva del país.

Fue en vano que el jefe indiscutible de las izquierdas gubernamentales intentase, como siempre, encauzar el conflicto que podía suponer una crisis inmediata, en una norma valedera no ya para el momento, para lo sucesivo:

—Yo no había hablado nunca con Portela —contábame mucho después su antecesor no tan próximo como sucesor inminente—, pero me encontré con un hombre muy distinto del que me figuraba. Estaba descompuesto y deseando marcharse, aquella misma noche. «Yo no tengo nada que hacer aquí —me decía—, los gobernadores dimiten uno tras otro y a mí no me hace caso nadie. Tiene usted que encargarse de esto inmediatamente». Le dije que no hiciera tal; que había que acostumbrar a la gente a hacer las cosas por sus pasos. Que lo normal y lo prudente era reunir las Cortes en el plazo legal y ante su voto, abrir la crisis, que con todo aquel tiempo por delante podría resolver el Presidente sin el apremio de las circunstancias de aquel día.

Portela Valladares insistió de tal manera y con tal irreductible apresuramiento por dejar el Gobierno [2] aquella misma noche mejor que al día siguiente, que, planteada como estaba de hecho la cuestión de confianza, no quedaba sino arrostrar mucho más azarosamente que la primera vez, aunque no lo pareciera, la responsabilidad del poder.

No pasó en aquella entrevista nada más, ni nada menos. El Presidente del Consejo saliente no insinuó siquiera que hubiese habido la menor indicación por parte de ningún general, mucho menos de Franco, respecto a la eventualidad de una resistencia desde el Gobierno contra la opinión manifiesta en el resultado de las elecciones. Se cuidó muy bien de no hacer referencia alguna a aquel propósito. Tanto es así que cuan-

2. «Voy después a Gobernación, en busca del Presidente dimisionario. Me dice palabras vagas y triviales. Produce la impresión de un fantasma, no de un jefe de Gobierno. Quiero llevar la conversación a los asuntos del día y le pregunto qué hay de cierto en las alarmas de ayer: "Yo, del Ejército, no sé nada" —me responde— (...).» (*Memorias,* II, p. 14.) «Al transmitirme el poder, Portela no me dio más que un apretón de manos, y lo único que me dijo fue que esperaba de mi buena suerte, de mi patriotismo y de no sé qué más, el acierto para vencer tantas dificultades. Quise preguntarle algunas cosas relativas al orden público, pero en sus primeras respuestas evasivas advertí que no sabía nada de nada.» (*Memorias,* II. p. 197, del 7 de agosto de 1937.)

do mucho después comenzó a correr el rumor —concreto luego en la propia declaración de Portela, corroborada por el testimonio del vencedor adventicio en nuestra contienda— del aviso, a título oficioso y de ofrecimiento, en contra de la voluntad popular, que Franco se había permitido hacer al todavía Presidente, aunque desautorizado ya por su misma relajación, mi cuñado, que presidía ya la República ferozmente combatida por propios y extraños, no podía creer en la veracidad de las referencias que daban por cierta la entrevista y la reacción simplemente fugitiva de su antecesor. No podía creer, de ninguna manera, que Portela Valladares le hubiera ocultado una cosa de tan extraordinaria gravedad, contribuyendo con su culpable silencio a la impunidad con que los conjurados de la primera hora pudieron preparar extensamente la insurrección.

Así parece ser que fue, sin embargo. No quiere decir tampoco que mi cuñado, a quien cuarenta días antes había tenido yo ocasión de oír una opinión tan pesimista acerca de las posibilidades de un Gobierno relativamente tranquilo, si las izquierdas triunfaban por puntos en las elecciones, creyera, cegado por la aclamación popular que lo exaltaba de nuevo a la Presidencia del Gabinete ministerial, que habían desaparecido como por el encanto de su sola presencia las dificultades insuperables de la situación política del país. No se le ocultaba la tremenda gravedad del momento. Por no desconocerla y contrariamente a la inmensa mayoría de los dos bandos antagónicos que se disputaban el mando efectivo, quiso dirigirse a los españoles «con palabras de paz» apenas hubo de encargarse del Gobierno. Contrariamente digo, porque unos y otros extremistas de derechas e izquierdas se aprestaban —sin saber los más responsables hasta qué punto— a la guerra más atroz y despiadada.

De poco servía que un sector importantísimo del país, acomodado a las circunstancias, recibiera con cierta esperanza el saludo radiado por el micrófono nacional [3] del nuevo Presidente del Consejo a los españoles todos. Él se regocijaba en su corazón, halagado, pese a su des-

3. «Por la tarde he ido a Gobernación, para decir unas palabras ante el micrófono. Lo habíamos acordado en Consejo, a fin de calmar el desordenado empuje del Frente Popular y aconsejar a todos la calma.» (*Memorias,* II, p. 19.) La alocución empezaba: "A todos los ciudadanos españoles, el Gobierno de la República se dirige con palabras de paz, como corresponde al poder legítimo de la nación, constituido en virtud de la voluntad manifestada en las elecciones pasadas, etc...» (Ver *Memorias,* II, p. 19, nota a.)

confiada experiencia, cuando iban a decirle que unas señoras elegantes que tomaban el té en una pastelería de la Castellana celebraban agradablemente sorprendidas aquella primera declaración del nuevo Jefe del Gobierno. Pero mucho más seguras eran otras noticias. No ya los socialistas, comunistas y revolucionarios anárquicos eran los desencantados de semejante propósito pacífico. En el mismísimo centro social de Izquierda Republicana de la calle Mayor hubo afiliados que rompieron sus *carnets* en señal de airada protesta contra aquel comedimiento de su Presidente. ¿Para eso se habían ganado las elecciones? Ni que decir tiene que las derechas no desarmaron tampoco ni mucho menos.

Reunido el Parlamento y cuando se aprestaba a la dificilísima tarea de responder constitucionalmente de las crisis y disoluciones de Cortes pendientes de discusión inmediata, supo el Presidente del Consejo, por conducto verídico, que Alcalá Zamora se disponía, sin rebozo apenas, a contrarrestar con una transgresión descarada la afirmación republicana vinculada al Gobierno de izquierdas.[4]

—Como aquí todo el mundo lo cuenta todo —decíame al referírmelo pasado algún tiempo—, el propio Calvo Sotelo se dejó decir en el Congreso que don Niceto estaba comprometido y dispuesto a remediar la situación con una nueva disolución de Cortes.

No se podía dudar, por lo tanto, en el camino a seguir; harto había echado de ver que el Presidente de la República, más reticente que nunca en los Consejos de Ministros, no perdía ocasión de restar autoridad al Gobierno con exagerar la creciente inquietud que producían en el ánimo público los constantes desórdenes, traducidos en asaltos esporádicos a mano armada de los elementos anárquicos, soliviantados, cuando no pura y simplemente recibidos, por las gentes llamadas de derechas. Según me dijo tiempo después también Luis Araquistáin, no había faltado entre esas gentes alguna tan caracterizada como la de *El Debate,* órgano reconocido de la CEDA, a la sazón y siempre de los jesuitas, para intentar un acuerdo más o menos explícito con el Presidente de Izquierda Republicana que lo desvinculase del Frente

4. Comparar con la conversación de Azaña con Martínez Barrio del 7 de agosto de 1937: «A medida que ha transcurrido tiempo y se han desarrollado los sucesos se me ha robustecido el convencimiento de que, si no hubiésemos destituido a don Niceto, habría dado él un golpe de Estado —afirma Martínez Barrio—. Estoy seguro de que, después de las elecciones de febrero, un día cualquiera habría destituido al Gobierno que usted presidía, nombrado otro extraparlamentario, y disuelto las Cortes». (*Memorias,* II, p. 198.) Confirmado plenamente por lo que dice Azaña en su carta a Cipriano Rivas Cherif, del 16 de marzo 1936.

Popular. Cuando le pregunté a mi cuñado a tal respecto, no me negó la posibilidad de que el intento pudiera haber existido —por más que nunca de una manera expresa—. En todo caso, ello había de haber sido por los días anteriores a las elecciones, coincidiendo aproximadamente con la fecha en que el embajador de España en La Habana me manifestaba la misma opinión como deseo vehemente suyo.

Advertido el Gobierno de que los socialistas se disponían a proponer un voto de censura al Presidente de la República al discutirse la crisis y la disolución del Parlamento anterior, quiso mi cuñado advertir a su vez a don Niceto, por evitarle, con una renuncia previa, la violencia que suponía su destitución por la Cámara. Don Niceto, estimando mal la delicada [5] atención del Primer Ministro, se resistió terco a toda propuesta que disimulara su completo divorcio de la opinión que cinco años antes reconocía su Presidencia, con entusiasmo incluso, los incautos; con respeto, cuando menos, los desconfiados como yo.

Se tramitó, pues, con arreglo a lo preceptuado en la ley constitucional, el voto de censura, que aprobado por mayoría absoluta implicaba, como así fue, el cese inmediato de Alcalá Zamora en su función. Como en la interinidad inexcusable hasta la nueva elección presidencial, prevista de allí a un mes, correspondiera ejercer la más alta Magistratura al Presidente de las Cortes, se dispuso la inmediata toma de posesión, en el Palacio Nacional, de don Diego Martínez Barrio. Tan irritado estaba el Presidente saliente que no asistió a recibir a su sucesor circunstancial.

La tormenta fraguábase con densas nubes y tal y cual relámpago precursor del trueno en que había de estallar al cabo. Sucedíanse los atentados personales, en pugna unos contra otros extremistas, causando más de una vez víctimas enteramente inocentes. No en vano el *fascismo* italiano y el *nazismo* alemán tienen un punto inicial de su acción en el sindicalismo anárquico que, por lógica regresión a una justicia medieval, atribuye directamente al afiliado a sus milicias la propia defensa. Había culminado tan caótico sistema de venganza justiciera, en la muerte, algún tiempo atrás de Manuel Andrés,[6] el mejor Director de Seguridad que

5. Véase la mencionada conversación con Diego Martínez Barrio del 7 de agosto de 1937, en que éste le dice: «Y recuerde usted cómo tomó el recado que le enviamos con su amigo Centeno, poco antes de ponerse a votación la propuesta. Lo que era una deferencia personal, le sonó a insulto e intimidación.» (*Memorias,* II, p. 200, y carta de Azaña del 16 de marzo —anotación del 10 de abril— y lo mismo, repetido, en la carta del 14 de mayo de 1936.)

6. «En septiembre del 34 tuve que salir dos veces de Madrid, por fúnebres

tuvo la República. Diéronsela alevosamente en San Sebastián, donde residía, los que así creyeron vindicar el asesinato, inmediatamente anterior, de un conocido representante de las Derechas donostiarras.

Mi cuñado no se consoló nunca de aquella pérdida tan prematura como irremplazable y que dejaba presagiar tantas otras y una mayor sobre todas. Por cierto que siempre recordaba, con protesta indignada, la solicitud con que algunos amigos quisieron retirarle de la vista del cadáver, cuando llegó especialmente desde Madrid a acompañar su entierro, creyendo que desfallecía contemplando al amigo muerto. («Si no me desmayo; ¡es que lo *siento*!», porque había permanecido un rato ante el ataúd, velados los ojos por la mano, en actitud de recogimiento doloroso.)

El 14 de abril y durante el desfile militar en la Castellana, se produjo la primera manifestación violenta de unos pocos conjurados, que arrojando unos petardos cerca de la tribuna donde Martínez Barrio presidía, sembraron la confusión y el desconcierto y a pique estuvieron de producir una catástrofe tal, si el tumulto, dominado al cabo por la serenidad de los más —y en primer término del Presidente de Consejo— se hubiera propagado a la muchedumbre que llenaba el paseo. Todo terminó aquel día en unos cuantos tiros, más o menos al aire, y en el primer movimiento de cobarde inhibición de algunos representantes extranjeros, meses después delictuosamente fugitivos de su deber, que ya entonces se arrojaron al suelo, sin consideración a las mujeres —las de los ministros en primer témino y en primerísimo mi hermana—, que tomando ejemplo de la dignidad con que su marido aconsejaba calma sin desertar un momento de su puesto, lo dio ya de la compañía más estrecha que desde aquel momento había de hacer al hombre a quien había unido su suerte.

Hasta entonces no había tenido yo en La Habana sino dos o tres cartas de mi cuñado; preciosas para mí y como mejor testimonio de sí mismo. Contábame en la primera sencillamente, sin el menor detalle de su entrevista con Portela Valladares, la jornada del 16 de febrero.[7] En otra, posterior a la destitución de Alcalá Zamora, me daba cuenta de la

---

motivos. La primera vez a San Sebastián, donde Manuel Andrés, ex director de Seguridad, había sido asesinado. Fui al entierro (...).» (*Memorias,* II, p. 135, del 4 de julio 1937.)

7. Se trata de las cartas ya referidas del 16 de marzo, 14 de mayo y 5 de junio, incluidas en el Apéndice.

aceptación por su parte, de su candidatura, propuesta por Prieto principalmente, para la Presidencia de la República. Sin recordarme nuestra conversación de dos meses y medio antes, ni mis pronósticos, tan prontamente confirmados, me daba como disculpa las mismas razones propias en que yo había fundado las mías. No era la primera vez, ni sería la última, en que, haciendo de abogado del diablo en su misma causa, me había rebatido un parecer que harto sabía yo coincidente con su sentir más íntimo y que, con negármelo, quería ver afirmado en mi opinión.

Tampoco había esperado yo a su asentimiento para permitirme escribir al director de *La Libertad* de Madrid, con quien me unía una gran amistad, instándole a que a título de republicano precisamente, propugnara la candidatura del Presidente del Consejo para la Presidencia de la República, en vez de sostener, como hacía, la tesis contraria. Eran muchos, entre los afiliados de Izquierda incluso, los que como trasantaño los lerrouxistas, estimaban la exaltación de su Jefe como una decapitación política del Partido. Lo que al cabo había convencido a mi cuñado sobre cualquier otra reflexión de la necesidad de su aceptación, era la propuesta que por contrariar la de Prieto más que por cosa alguna hacía abiertamente nuestro antiguo amigo Araquistáin en favor de Álvaro de Albornoz.

Estimaba mi cuñado que una elección así tenía todos los inconvenientes que yo le había señalado en la de Giral, por ejemplo; toda vez que tampoco significaba a ojos de la masa de electores un prestigio tan sin discusión, y por otra parte, podía implicar por la de Araquistáin una determinada influencia del Partido Socialista, a través de su persona, propensa en cierto modo al papel de Ninfa Egeria que, más tarde y con no menos daño, habían de atribuirle cerca de Largo Caballero. Triunfó, sin embargo, el designio de Prieto, una vez que propios y extraños supieron por modo claro que el candidato no sólo accedía, sino que se mostraba convencido de la necesidad de su elección para la Presidencia; y acordado por los socialistas que sus compromisarios votaran al Presidente del Consejo, no hubo ya discrepancia manifiesta ni, por lo tanto, otro candidato que le disputara la elección. Tampoco, como es natural, bastó el acatamiento de los subordinados a la disciplina de sus respectivos partidos para que la unanimidad fuese sincera. El incidente ocurrido al reunirse los compromisarios en el Palacio de Cristal del Retiro es señal evidente del estado de los ánimos en punto a cuestión tan delicada. Julián Zugazagoitia, amigo particular a más de corre-

ligionario de Indalecio Prieto, abofeteó a su compañero Luis Araquistáin, denodado contradictor de la opinión favorable a la Presidencia de mi cuñado. Éste supo, por referencias que estimaba ciertas por lo verosímiles, que Araquistáin se había consolado de la derrota que para él significaba personalmente la elección del Presidente del Consejo —de quien por lo demás nunca se había mostrado enemigo declarado y sí alguna vez admirador razonable—, con decir al saber el resultado del escrutinio:

—Mejor. Así caerá desde más alto.

Me lo contaba, con cierta melancólica ironía, cuando, meses después, le ponderaba yo la buena voluntad que mostraba en servirle Araquistáin, su Embajador en París a la sazón.

Había muerto entre tanto en La Habana el marido de Margarita Xirgu [8] y a su entierro asistió oficialmente López Ferrer en representación de mi cuñado, Presidente del Consejo todavía, aunque inminente ya el tránsito de don Niceto a la vida privada. Pero la diligencia con que el Embajador quiso exagerar su representación en tal caso, pretendiendo inútilmente, por discreción elemental de la viuda, hacer la capilla ardiente en la Embajada, no le sirvió para contrarrestar el efecto, casi fulminante, del desacuerdo conmigo en punto a la celebración del 14 de abril, que él quería soslayar y que yo me empeñé en realzar, retrasando incluso la salida de la Compañía para México y desenmascarando en público a López Ferrer en su actitud equívoca. De allí a poco se le daba el cese en su cargo, al par que se concedía la Orden de la República al joven periodista Millares Vázquez, fundador, ya lo he dicho, de *Acción Republicana* entre la colonia española de Cuba y a quien hasta entonces el Embajador no tenía en mucha estima precisamente. Con tal oportunidad llegó aquella gracia en que el Presidente del Gobierno se complacía, a los postres del obligado banquete de despedida a López Ferrer. Ni que decir tiene que apenas estalló en España el movimiento insurreccional contra la República, el ex Embajador en Cuba, confirmando mi opinión primera, se ofreció a la Junta de Burgos que gobernaba la insurrección. Pasada la traición, no le fue conferida, sin embargo, al traidor, por el Gobierno español reconocido de las Potencias al fin de nuestra guerra civil, ninguna representación diplomática de importancia.

En México ya leí en los periódicos las primeras noticias y recibí

8. Don José Arnall.

luego por correo trasunto familiar de la apoteósica toma de posesión del nuevo Presidente.[9] Era una de tantas alegrías íntimas —ante el espectáculo que tantas veces me había adelantado a imaginar— como sabía al salir de Madrid que había de negarme mi ausencia en aquellas circunstancias. El que mi hermana y él sobre todo me echaran de menos aquel día, compensaba mi disgusto.

Apenas prometió constitucionalmente el cargo, el nuevo Presidente ofreció el Poder a Indalecio Prieto.[10] Divididos cada vez más profundamente los socialistas en punto al apoyo que había de otorgarse a los gobiernos republicanos, triunfaba ahora el criterio de limitar aquél a los votos en el Parlamento, sin colaborar en el Gobierno con ministros propios. Caía con ello por la base la opinión del Presidente entrante, deseoso de mantener la conjunción republicano-socialista incluso dirigida desde la Presidencia del Consejo por un marxista liberal, quiero decir, que no vinculara la revolución social, ineludible en el cimiento sólido de la República, a la forma política del comunismo soviético. Pero Prieto, atento a la disciplina del Partido a que siempre había pertenecido, no arrostraba la responsabilidad de una escisión si el Partido le desautorizaba como era de prever. Consultados el Presidente de la Cámara y los jefes políticos de significación, todos estuvieron conformes en aconsejar el encargo de formar Gobierno a Santiago Casares Quiroga.

Cumplíase con ello por entero mi predicción a mi cuñado unos meses antes. Contrariamente a su parecer, repito, me permití augurarle su Presidencia, en que tendría un colaborador inapreciable llevando desde luego a la del Consejo, a su excelente amigo el ex ministro de la Gobernación; con lo que se obtenían todas las ventajas una vez que, Presidente Casares del Gobierno, era lo mismo que si las dos jefaturas, la del Estado y la del Ministerio, estuvieran virtualmente vinculadas a su misma persona. Sobre que semejante expediente le parecía absurdo desde el punto de vista exclusivamente republicano —único que podía aceptar—, atenido al principio inexcusable de la división de poderes y la variedad de funciones, me equivocaba también, en entender de mi

9. El 11 de mayo de 1936.

10. «También era muy razonable, muy prudente, el encargo de formar Gobierno que yo le di a Prieto en mayo, y los cortos de vista que se movían por pequeñeces de partido lo impidieron. Muchos han reconocido tardíamente que mi indicación era la buena.» (*Memorias,* II, p. 192, del 7 de agosto de 1937 y carta del 14 de mayo de 1936.)

cuñado, si creía que la sola presencia de Casares al frente del Gobierno, por muy amigo suyo que fuese y precisamente por serlo, podía significar nunca una sumisión absoluta a sus directrices. Antes al contrario, estaba seguro de que, una vez que se viera Presidente del Consejo, tendría a gala, porque no se dijera, y por una reacción naturalísima, demostrar su independencia y personalidad.

Cuando le vi nombrado, sin embargo, sólo acerté a darme cuenta de las seguras razones que abonaban mi opinión. No podía el Presidente de la República, desde el primer momento y mucho menos por escrito, demostrarme tan evidente y fatalmente como pudo más tarde, que el equivocado era yo. Y conmigo cuantos apreciaban en nuestro excelente amigo unas cualidades que no eran, según él, las más de estimar entre otras que verdaderamente le adornaban. No en vano habíamos fundado Casares y yo un partido para nuestro uso particular, que llamé *inmoderado* por el mote amistoso que él me daba a mí personalmente, y de cuya jefatura burlesca le investí, atribuyéndome yo solo el papel de *la masa*.

Alarmada la familia que habíamos dejado en Madrid por la enfermedad del mayor de mis niños, decidió enviarlo, y luego al segundo, también en previsión, al preventorio de Guadarrama dirigido por el doctor Gómez Pallete, compañero de niñez de mi hermano Ramón —en recuerdo del cual se llamaba así mi primer hijo—, y de mi hermana Lola. Al pequeño llevóselo el Presidente con él y su mujer a la Quinta del Pardo, donde estableció gustosísimo su primera residencia, para tomarse un cierto descanso de la ímproba labor de aquellos meses antes de febrero, y en tanto le arreglaban en el antiguo Palacio Real las habitaciones que fueron de la Reina Cristina.

Contrariando los deseos de Margarita y acuciado por un prurito angustioso, aunque sin fundamento en nada que supiera de cierto, decidí adelantar el regreso mío y de mi mujer a Madrid, aceptando la propuesta de una casa editora de películas para ensayarme en la dirección cinematográfica y con vistas a una nueva concesión del Español, no obstante mi empresaria y colaboradora presagiara que la situación política de España no sería propicia a nuestra intención teatral.

Al salir un día de julio de comer en la Embajada, invitados por el Embajador Gordón Ordaz, oímos gritar los periódicos con el asesinato en Madrid de Calvo Sotelo. El 18 de julio embarcamos mi mujer y yo en el *Cristóbal Colón* en el Puerto de Veracruz. Estando por la mañana con nuestro amigo el cónsul, recibió una comunicación por teléfono, al

cabo de la cual y pretendiendo restarle importancia, nos aseguró que no se confirmaban oficialmente los rumores de un levantamiento militar en España. Pero en el momento de cargar el barco a medianoche, el propio cónsul nos comunicaba el alzamiento de alguna guarnición en África, sin otra consecuencia que la de variar de momento el rumbo de los barcos con destino al sur de la Península. Me prometió, de cualquier manera que fuese, tenerme al corriente.

XL. Apeadero en Palacio

Dos días llevábamos ya de navegación, cuando recibí un primer radio de nuestro Embajador en La Habana, Domingo Barnés, respondiendo a uno mío apremiante: «Sin noticias concretas, ruégole aceptar alojamiento en esta Embajada.» No quise participar a mi mujer, que iba algo delicada, la impresión que me producía aquella noticia. Todo estaba perdido, sin duda, puesto que el Embajador mi amigo me daba a entender nada menos que la imposibilidad de continuar el viaje. ¿Qué había pasado? ¿Qué era de los nuestros? Menos mal que horas después recibía asimismo otro radio de Cándido Bolívar, Secretario General de la Presidencia: «Madrid y Barcelona, dominadas. Reconquistadas, Alcalá, Guadalajara...» No seguí leyendo. ¿Qué tremendo alcance tenía el movimiento? A poco me comunicaba de nuevo Barnés: «Todo acabado. Le esperaré en el puerto.» Sólo entonces me dijo mi compañero de viaje Comenge, nuestro agregado comercial en México, lo que por el Cónsul de Veracruz sabía del día de nuestro embarco: lo que éste había sabido por teléfono, cuando lo tomó respondiendo a una llamada, durante la visita de cumplido que le hicimos mi mujer y yo, no era otra cosa que el supuesto asesinato del Presidente mi cuñado. Tuvo la serenidad suficiente para no decirme nada, mientras no tuviera confirmación de aquella noticia que le daban, de procedencia neoyorquina. Pero no tanto disimuló como para que no echara yo de ver que, contrariamente a su diligencia en obsequio nuestro con ocasión de nuestro paso a la ida, mostrábase en aquella de vuelta retraído y huidizo.

Me recibió el Embajador en el puerto de La Habana, en efecto, con buen golpe de amigos. Agitaba ostensiblemente un periódico, queriendo adelantarme, según atracaba el barco al muelle, la noticia que en letras capitales ocupaba enteramente la cabecera y gran parte de la primera página: el General Sanjurjo había perecido víctima de un acci-

dente, al intentar despegar, en el aeródromo de Lisboa, el avión que había de llevarle a dirigir militarmente la insurrección contra la República. Todo había, pues, acabado lo mejor posible para nosotros.

Al gesto de duda con que mi reflexión se oponía al exagerado optimismo del Embajador, como antes me había servido para hacerme fuerte contra la desesperanza, insistió Barnés:

—Nada, nada. Todo está acabado. Por lo que me dice mi hermano —ministro de Instrucción entonces—, están en los coletazos.

—No sé, me parece que tenemos encima otra guerra civil como la otra.

—Afortunada o desgraciadamente, los españoles no podemos ahora resistir siete años de guerra.

—Siete años —le contesté— no lo sé, repito. Pero lo que es siete meses... ¡Ya lo creo! Ya lo verá usted.

A nosotros se unió desde La Habana y con nosotros llegó a Madrid, Millares Vázquez. No es éste lugar de relatar los incidentes de aquel viaje azarosísimo. Iba el *Cristóbal Colón* a Vigo como puerto de arribada y en él habíamos de seguir a Santander donde, según el designio de nuestra salida de México, coincidiríamos ya con el Presidente y mi hermana que con mis pequeños nos esperarían en la residencia que les estaban preparando en Piquío, adecuadísima vivienda alquilada a un particular y, a cuanto nos habían dicho, espléndidamente situada en una altura sobre El Sardinero. Pero a la deriva de los acontecimientos, fuimos a dar, primeramente en Southampton y luego en El Havre, donde tomamos el tren para París.

No supe hasta entonces que, atacado Irún, teníamos cerrada la frontera de Hendaya. Fuerza nos era, como lo hicimos, entrar por Port Bou y deteniéndonos unas horas en Barcelona, continuar por Valencia hasta Madrid, toda vez que estaba desde el primer momento ocupada Zaragoza por los rebeldes.

En el andén de la estación del Mediodía nos esperaban los pequeños con sus tías, mis hermanas y las de mi mujer, estrujados por una muchedumbre que, según supimos luego, no iba tanto a esperar a los que de fuera llegaban, como a estarse allí horas y horas, y hasta de un día para otro, por ver de tomar los trenes de salida.

Los niños, el pequeño sobre todo, alardeaban de puño en alto y de gritar con regocijo ¡U! ¡H! ¡P! Me falta tiempo para correr a Palacio.

Tomo un coche que me deja, entrando por la llamada Puerta del Príncipe, al pie del tramo de escalera comunicante el portalón con la

planta baja que hace esquina a la explanada de Caballerizas. Saludando rápidamente a los amigos que me salen al paso, atravieso dos habitaciones angostas y altísimas de techo, que hacen las veces de antesala y despacho de los ayudantes. En la tercera, se levanta de un sillón, al verme entrar, el Presidente de la República. Palidísimo —él de suyo pálido— me estrecha en un abrazo robusto:

—¡Ya ves! ¡Ya ves! —No acierta a decirme más y yo no sé decirle nada. Cortamos rápidamente nuestra mutua emoción, desentendiéndome de sus brazos, para estrechar la mano de algún otro amigo. Allí está, con elegante circunspección, alto y erguido, el Secretario General Cándido Bolívar. Creo que también Sindulfo. Mi hermana disimula malamente las lágrimas.

Emprendemos al cabo la conversación sobre los incidentes de mi travesía. No sabía yo bien a lo que había estado expuesto. Con el alma en un hilo había seguido él las peripecias del viaje del *Colón* que desde Madrid sabían solicitado primero y perseguido después por los sublevados, con ánimo de capturar el barco; y la carga, de que no era yo lo menos importante, más que por otra cosa, por el íntimo parentesco con el Presidente. Me pondera éste, con levísimo reproche en la ponderación, la publicidad que el periódico *Frente Rojo,* de creación reciente, ha dado al radiograma que desde el Atlántico he dirigido a la Pasionaria, luego de oír su voz emocionante, en la alocución radiada a la América española.

Me quedo a cenar. Caras nuevas entre los ayudantes. El General Masquelet, en calidad de Jefe del Gabinete Militar de la Presidencia; un Almirante, sospechoso, según me entero a poco, de cierta inclinación simpática a sus compañeros rebeldes; Riaño, conocido mío de antiguo... Al azar de las primeras preguntas inconexas, pido noticias de Casares y me responde una breve pausa de vacilación en los circunstantes. Casares, me entero luego, no va por allí. Voy dándome cuenta de lo ocurrido durante mi viaje. El Ministerio Martínez Barrio, que tan últimas esperanzas daba a algún que otro pasajero del *Colón* temeroso de los excesos revolucionarios que pudieran seguir a la cuartelada, no había durado ni siquiera el tiempo necesario para jurar el cargo los ministros. Le había sucedido, en circunstancias extremas, don José Giral. Saravia había pasado de Secretario Particular del Presidente a Ministro de la Guerra. Impelido de un optimismo que no contradecía ninguno de los que con nosotros estaban, y que no era bastante a disipar mi propio cuñado con su melancólica gravedad cavilosa, todo se me

antojaba favorable. De la frontera a Madrid, pero muy principalmente desde Valencia, y tanto más cuanto más cerca de la capital, me parecía haber comprobado en cuantas manifestaciones esporádicas del espíritu público me mostraban el estado de ánimo popular, una irrebatible confianza en la victoria segura. No era posible que durase mucho la sublevación —la guerra tal en que había desembocado lo que parecía un golpe en falso—, pese al enorme aparato del alzamiento.

Como el Presidente, cuidadoso siempre de los pormenores atañaderos a mis pequeños, me hablaba de que no le gustaba saberlos jugando en la calle de Velázquez, no sé qué dije, en son de aquiescencia, sobre la oportunidad de aprovechar para ellos los paseos, más posibles que antes, a la Casa de Campo y al Campo del Moro.

—¿A la Casa de Campo?

Recuerdo principalmente la mirada de Sindulfo de la Fuente, y con las de los demás a mi cuñado, la terrible sonrisa de éste, que los encontrados sentimientos convergentes en aquella expresión de sarcasmo doloroso, convertían en una mueca indefinible. Vine así a saber que a la Casa de Campo no se podía ir, porque allí se habían dado los primeros «paseos», espantoso sinónimo con que tomaba estado una práctica de eliminación clandestina del enemigo y aun del sospechoso de tal. No necesitaba tampoco ninguna explicación para que se me alcanzara el tremendo duelo que ponía en el ánimo del Presidente la impotencia del Poder Público para atajar de una vez el desmán criminal, parejo, a título de depuración, del crimen por excelencia, de la guerra civil declarada por los militares rebeldes.

Sin orden posible, a saltos en las incidencias de la conversación, atropellada por el afán de comunicarnos, fui sabiendo, aquella noche ya de mi llegada, lo sucedido en los primeros momentos de la sublevación: Hallábase el Presidente en «La Quinta» del Pardo todavía, la tarde del 16 de julio, cuando con todo apremio se le instó a salir de allí ante las graves noticias de las sublevaciones de las guarniciones de África. Mi hermana había ido a visitar a mis dos niños mayores al preventorio de Guadarrama, y a toda prisa fue en su busca el Secretario General Bolívar, para que volviera inmediatamente a reunirse con su marido. Ya no lo encontró en «La Quinta», donde, a haber tenido más decisión los conjurados del Regimiento de Transmisiones del Pardo, lo hubieran hecho fácilmente prisionero. Pocos días antes, precisamente, había estado en la residencia presidencial, haciendo no sé qué instalación radiofónica, uno de los jefes del Regimiento aquél. Mi her-

mana corrió a Palacio, donde, demoradas desde hacía más de un mes las obras en las habitaciones de la Reina Cristina, a causa de una complicada huelga de la Construcción, sostenida por la CNT, hubieron de instalarse con mi hermana soltera, que había accedido últimamente a acompañarlos en «La Quinta», en la planta baja donde habíamos cenado.

No pude, como hubiera querido, prolongar la velada para empaparme de una vez, reviviéndolos en aquel relato entrecortado, de los sucesos que en vano había querido adivinar en mis imaginaciones de la travesía. Mi cuñado puso mucho empeño en que me retirase pronto a casa, inseguras como estaban las calles a medianoche y no obstante el auto oficial, de los de la Secretaría de la Presidencia, me pareciera a mí que bastaba para ponerme a salvo de todo contratiempo.

De regreso en casa, se afanó mi mujer sobre todo por saber qué impresión me había producido el Presidente. Y como yo no pudiera por menos de señalar el indudable estrago, traducido en la visible pesadumbre reflejada en su aspecto, me ponderó mi suegra la reacción que, sin duda también ya, se había operado en él, de los primeros días al de aquella fecha, transcurridos veinte; porque el calendario señalaba el 7 de agosto:

—Sobre todo, las manos. No puedes figurarte qué efecto me hicieron aquellas manos, la primera vez que le vi, después de los dos primeros días en que, entre otras cosas, no había dormido apenas; ¡tan blancas, tan desmayadas sobre las piernas o caídas a lo largo del cuerpo! Estaba sentado, palidísimo, la mirada rendida... ¡y aquellas manos!...

Claro que a mí ya no me había producido la misma sensación angustiosa. No. Parecía aviejado en poco tiempo, aunque puede decirse que desde que yo le conocía no era la juventud el rasgo distintivo de su figura; pero como siempre, apenas empezaba a hablar y por mucha que fuese su agonía, hallaba la suficiente compostura del ánimo, nunca rendido a la adversidad, digno y serio, cuando las circunstancias no pedían broma.

A la mañana me faltó tiempo para volver a Palacio. Estaba ya en «la oficina» como decíamos él y yo de don Niceto, en el saloncito que tenía habilitado para recibir Alcalá Zamora, en las llamadas habitaciones del Duque de Génova.

Tenía mejor cara y más alegre semblante. En lo que entraba por mucho la diferencia de verle recién levantado luego de un buen sueño y a la luz del sol, a como me había sido dado al llegar, después de

todo un día, como tantos otros, fatigoso, con más mi espera, y por añadidura en una de aquellas lóbregas habitaciones del Príncipe donde me recibió, tapizado de rojo oscuro, con una luz alta y triste, sin el agrado y comodidad, en suma, del recogimiento casero en el hogar propio y dichoso. (Ossorio, hablándome meses después en su Embajada de París, cuando en ella sustituyó a Albornoz, del pesimismo exagerado a su entender del Presidente, lo atribuía en mucha parte a la abrumadora tristeza que caía de aquella luz angustiosa.)

Me llevó a uno de los balcones sobre el Campo del Moro:

—¿Ves aquel humo? —Y me señalaba la línea azul de la sierra, hacia el Alto del León—. Ahí están ellos. Un día nos los encontraremos en la Plaza de Oriente.

Contradecía las descuidadas razones de mi optimismo invulnerado hasta entonces, con el relato de los sucesos. Cierto que habían sido frustrados los propósitos primeros del levantamiento en Madrid; pero no por la previsión del Gobierno.

Un día y otro le habían reiterado a Casares quienes tenían motivos para estar enterados, lo que se tramaba para un golpe de fuerza. Casares, sin tener en cuenta la muy distinta situación del 10 de agosto del 32 a la fecha, y fiado en mucha parte de lo que pudiera informar su yerno, militar poco versado en el conocimiento de sus compañeros, a quien se llevó con él al Ministerio de la Guerra (desde luego había caído en la manía de imitar su presidencia primera encargándose de esa cartera, lo mismo que antes Gil Robles, ¡y antes que él Lerroux!), respondía con burlas y sarcasmos a las advertencias y los consejos: «Cuentos de miedo.» Como el Presidente me había predicho al desconfiar de las aptitudes de Casares para Jefe del Gobierno, lejos de continuar la frecuentación diaria de su amigo, se le pasaban los días y alguna vez una semana entera sin aparecer por «La Quinta». Hasta el punto de tener que llamarle amistosamente la atención.

Mi cuñado se atribuía mucha parte de la culpa por haberse rendido a la fatiga del esfuerzo anterior y a la tentadora molicie de aquel pequeño descanso campestre, desentendiéndose hasta cierto punto de los negocios del Estado en aquello que no le competía directamente; fiado en la confianza con que la Cámara subrayaba la confianza del Presidente del Consejo.

Luego de la primera noticia de la sublevación en África, cuando empezó a recibir una tras otra comunicación de las provincias en que las autoridades del Gobierno iban cediendo más o menos de grado a

las intimidaciones o al atropello de los insurrectos, no sólo accedió a la distribución de armas al pueblo, sino que la estimó perentoria para poder contrarrestar la sublevación de la mayoría de la oficialidad del ejército, al par que se dispensaba a la tropa de la obediencia debida a sus superiores, perjuros a la República. Medida, por lo demás, ineficaz. Mi cuñado sabía muy bien, y lo repetía de continuo, contra el parecer, en general, de sus colaboradores socialistas, que el soldado raso sigue al sargento y al teniente y al capitán.[1] Y el capitán al comandante y al coronel, en quien reside la efectividad del mando de tropas. El coronel es quien saca a la calle o no un regimiento. Y en cuanto a los generales, nadie le apeaba de ello, no había ninguno en España con el prestigio político —ni militar, claro, mucho menos— suficiente para resistir la contrariedad de un pase a la reserva y aun de una simple situación de disponible. Cierto que él, durante su actuación en el Ministerio de la Guerra había templado prudentemente en su aplicación las leyes de su propio dictado, sin menoscabo de su validez, pero procurando la atracción y el acomodo del oficial que, políticamente remiso, sintiera la dignidad militar de su empleo. Pero le había parecido siempre condición elemental del cumplimiento de su designio republicano en ese respecto, la relegación de los generales con ínfulas de jefes de facción política; y no se diga de representantes más genuinos que otros de una clase, con preferencia a las demás arma al brazo, y por lo tanto subversiva del buen orden de la administración pública del país. Intolerable se le hacía que en los dos años siguientes a su último Gobierno, los que le sucedieron se encargaran de restaurar en las comandancias militares a los instigadores, propulsores y continuadores, más o menos declarados, del espíritu de cuartelada del 10 de agosto.

Muy poco, por no decir nada, le gustaba la frívola alegría con que muchos madrileños tomaban la guerra.[2] Lo que a mí se me hacía he-

1. Véase la conversación con don Fernando de los Ríos el 1 de julio de 1937: «No ignoraba los trabajos que intentaban en los cuarteles. Tenía la impresión de que los directores carecían de experiencia y de conocimiento cabal del ejército para medir bien el valor de esos trabajos (...) Si le iban a contar a Largo, o a quien fuese, que la tropa, antes que disparar sobre sus hermanos proletarios, desobedecería a sus jefes, se engañaban y le engañaban, y que sería ceguera muy culpable no reconocerlo y "saberlo".» (*Memorias,* II, p. 116.)

2. Compárese con lo escrito por Azaña en el artículo «La revolución abortada» (*O.C.*, III, p. 499): «Madrid ofrecía una apariencia alegre, de jolgorio y holganza. Miles de coches recorrían velozmente las calles, derrochando la gasolina del Estado. Se derrochó también, en fabulosa escala, los víveres y toda clase de

roísmo alegre y desenfadado, le parecía a él insensatez y alarde inconsecuente. Contábame que la gente iba y venía al frente de la sierra, como a una excursión dominguera. Y no sólo los paisanos con ínfulas de milicianos de ocasión y francotiradores de café, sino algunos militares profesionales daban muestra de un atolondramiento —por no llamarlo otra cosa que no le permitía presagiar tan fácil y pronta victoria como me empeñaba yo en augurar, contagiado del ambiente callejero.

—No puedes hacerte una idea —me repetía— de lo loca que se volvió la gente. ¿Querrás creer que el día de la toma del Cuartel de la Montaña llegó hasta mí un desconocido diciéndome fuera de sí: «¡Yo, yo mismo he matado a Fanjul!»? —e imitaba, llevándose ambas manos al pecho, la actitud de vesánico de aquel intruso en Palacio hasta su misma Cámara—. ¡Se lo creía como lo decía!

Sabido es que el general Fanjul fue fusilado, luego de preso en la toma del Cuartel en efecto y de juzgado en Consejo Sumarísimo de allí a unos días. Manifiestamente opuesto a las reformas del Primer Ministro de la Guerra de la República, no logró en el Parlamento, donde se sentó como diputado de las Constituyentes, galvanizar la oposición, impotente en aquella primera hora para contrarrestar el suceso republicano.[3] Relegado a la reserva en virtud de la ley de retiro, no cejó nunca en su campaña, tan lícita como ineficaz políticamente, hasta unirse a los conjurados que en Madrid habían de rematar el golpe de Estado una vez iniciada la subversión con el ejército de África.

Relevado el general Riquelme del mando de las fuerzas que guardaban el paso del Guadarrama y sustituido por el coronel Asensio, quiso el Presidente visitar la línea en aquel punto y, sin previo aviso, que no era cosa de propagarlo a beneficio del enemigo, fuimos allá, caída la tarde, una de aquellas de agosto. A la comitiva pudo agregarse mi amigo Millares Vázquez, a quien yo había llevado a ver a mi cuñado, en su calidad de fundador y acérrimo propulsor en Cuba de *Izquier-*

---

recursos. Músicas, desfiles, columnas que iban al frente, o volvían (...) Jóvenes ociosos, en vez de combatir en la trinchera, lucían por los cafés arreos marciales, el fusil en bandolera. La prensa adoptó un tono jactancioso, semejante al de 1898. Los tópicos eran aparentemente otros, pero la misma frivolidad.»

3. Dice Azaña a propósito de su discurso en las Cortes, acerca del proyecto de ley sobre la prensa militar: «La impugnación del proyecto careció de fuerza. Habló Maura, y Ossorio. El pobre general Fanjul, que se creerá uno de los amenazados, intentó combatirme. No supo, ni dio una en el clavo.» (*Memorias,* I, p. 419, del 5 de marzo de 1932.)

da Repúblicana. Llegamos al pueblo ya de noche. Al cruce de la carretera con la de El Escorial, por donde de regreso luego me enseñó, con inequívocas señales de los bombardeos de la aviación, el preventorio donde, por visitar a dos de mis pequeños allí recluidos, sorprendió a mi hermana unos días antes el aviso de que volviera en seguida a «La Quinta» del Pardo.

Apenas pasado el preventorio y cerca de otro de los varios sanatorios que constituyen principalmente aquella colonia, nos apeamos tras el Presidente, a quien, advertido poco antes, saludaba ya el coronel Asensio con su Estado Mayor. Subiendo un trecho por el monte y en la oscuridad de la noche, que el silencio en torno parecía adensar, nos dirigimos a una casita, donde mi cuñado estuvo viendo un mapa de las operaciones en aquel lugar y observando por una ventana los puestos más próximos del enemigo en unas peñas a muy pocos pasos. Tan pocos, que a cada momento nos encarecían nuestros acompañantes que hablásemos en voz lo más queda posible y mejor que no hablásemos nada. La luz de la única lámpara que alumbraba la habitación donde estábamos, cerrada la ventana con persianas tupidas por cuyas rendijas habíamos podido mirar como digo, aparecía velada por el profundo tinte azul de la bombilla y la pantalla verde.

De vuelta por la carretera de El Escorial, que tanto habíamos frecuentado en sus paseos de descanso del afán ministerial y donde más de una vez nos bajamos del coche a ver los toros de una de las ganaderías que por allí pastan, me fue mi cuñado haciendo el elogio de Asensio. Teníalo por buen militar.

El Presidente, tildado ya de pesimista por cuantos, de sus afectos incluso, oponíamos un optimismo sin restricciones al discurso de la razón y al desengaño de la experiencia, sentíase desde luego mucho mejor de ánimo cuando como aquel día podía compartir, siquiera fuese unos momentos no más, el vigilante azar de la guerra, que relegado a las tristísimas habitaciones de Palacio donde había languidecido el Príncipe de Asturias. Érale además sobremanera insoportable que sus más inmediatos y obligados guardianes prefirieran tenerlo siempre encerrado, hasta el punto de parecerles mal que pasease por el Campo del Moro. Quiso hacerlo una de aquellas tardes agobiosas, como suelen las de agosto en Madrid, y bajando por la rampa de Caballerizas salimos tras él sus ayudantes y algún amigo más conmigo. Creo que incluso el propio General Masquelet, pero desde luego recuerdo perfectamente que el Jefe de la Escolta, el comandante Casado, me hicieron ver la

improcedencia de aquel paseo —harto melancólico y aburrido en verdad— abiertas como estaban a la osadía de cualquier malaventurado las puertas que daban a la Cuesta de San Vicente y la de la Vega. No se les ocurría, como yo les dije un tanto molesto, que fuese preferible cerrarlas, a que el Presidente se privase de tan poca expansión. Me escandalizó y alarmó muchísimo que el Jefe de la Escolta se escandalizara y alarmara, hasta el punto de comunicármelo a mí, que no era ciertamente el llamado a remediarlo, del sinnúmero de familias que, a ciencia y paciencia de los administradores del Patrimonio, seguían viviendo en las habitaciones altas de Palacio, las unas por gracia o dejación de don Niceto, y desde los tiempos de los *Señores,* como la gente de escaleras abajo seguía llamando a los reyes. Así, las dos señoritas solteronas encargadas de la ropa blanca de cama y mantelerías que había en la casa y que, después de todo, y con el mismo cargo, tal que algún que otro portero, no eran precisamente huéspedes tan molestos como los más recientes. De entre los cuales llegó a saber mi cuñado antes de que fuese desahuciado al fin, nada menos que un hermano de Lahoz, el pistolero condenado por habérsele cogido en la calle de la Visitación, frente a la puerta excusada del Español, dispuesto a atentar contra su vida el día del ensayo de *La Corona.*

Llegó en esto a Madrid el primer Embajador de la URSS, hasta entonces sin representación diplomática ni consular en la República española; compensación que, siéndolo de la huida de los demás representantes acreditados, agravaba por otra parte nuestra posición internacional, dando pábulo a la propaganda de los insurrectos, con el supuesto de que el levantamiento militar no pretendía sino restaurar el orden social, amenazado por no sé qué inminente revolución comunista.

El propio comandante Casado me comunicó, la tarde antes de la recepción de Rosemberg, su temor de que, anunciada como había sido la ceremonia de la presentación de credenciales, pudieran los fascistas deslucirla gravemente, con arrojar bombas sobre Palacio. Me faltó tiempo para decirle al Ministro de la Guerra, aprovechando su visita al Presidente, aquella noche, lo que acababa de decirme el Jefe de la Escolta Presidencial; y no porque me alarmara tanto la posibilidad del hecho en sí como la alarmada confidencia.

Como yo no tenía puesto oficial alguno, presencié la entrada del Embajador en la Plaza de la Armería y al pie de la gran escalera de Palacio. El momento de atravesar la verja la comitiva y romper a tocar

la Internacional la Banda que rendía honores fue de una solemnidad que la ironía de las circunstancias hacía sobremanera melancólica. En torno al coche, un grupo nutrido de jóvenes comunistas, aplaudía y daba vivas a los Soviets. En el momento de apearse el Embajador se le espantó al comandante Casado el caballo que montaba y en poco estuvo que no diera con él en tierra o nos pisoteara a los curiosos.

Al Presidente no le fue particularmente simpático el Embajador, que, frío y circunspecto, se limitó al discurso de rigor y a corresponder con las imprescindibles palabras de cortesía a la acostumbrada conversación, no menos protocolaria, que suele seguir a la ceremonia de presentación de cartas.[4] No le compensaba, no podía compensarle la asistencia soviética, que tampoco se mostraba tan decidida ni mucho menos, de la desatentada deserción de los Embajadores de Inglaterra y Francia, al retirarse imprudentemente a Hendaya llevándose luego tras ellos a casi todos los Jefes de Misión de las demás Potencias; cuando no se quedaban, como los más destacados de las repúblicas suramericanas, a organizar en los locales de sus Embajadas y Legaciones, a que añadieron después arbitrariamente sinnúmero de anejos, el sedicente asilo de quienes, a título de refugiados del desmán revolucionario, constituyéronse en auxiliares eficacísimos de la sedición.

Empeño principal del Presidente y del Gobierno fue la reclamación hecha al de Francia, para que en cumplimiento del Tratado Franco-Español de 1912, hiciera retirar el Sultán de Marruecos los contingentes moros afectos al Protectorado Español, de que se valían ya los militares sublevados en aquella zona para combatir en la península contra el Gobierno de la República. Pero el Gobierno francés, faltando, no sólo al espíritu, a la letra taxativa del Tratado, como a la obligación de procurarnos armamento y no ya cumpliendo un precepto internacional, sino la que nos incumbía de proveernos en Francia, en virtud del último y para nosotros oneroso convenio comercial en ese respecto, se inhibía con culpable eludimiento de todo compromiso y todo cuanto se logró por nuestra parte fue la platónica protesta de S.M. Cherifiana, satisfacción mínima y sin trascendencia, contradicha además por la adhesión del Califa de Tetuán al movimiento militarista desatado desde aquella zona precisamente.

4. «Dos únicas conversaciones tuve yo con el embajador soviético. Por ellas vine a saber que en Moscú creían en el triunfo inmediato y fácil de la República. Las observaciones del embajador debieron de convencerle de que no era así.» (Del artículo «La U.R.S.S. y la guerra de España», *O.C.*, III, p. 476.)

No podía yo consentir en mi ánimo la ausencia de Casares de Palacio, cualquiera que fuese el motivo de su apartamiento y por muy en contra que tuviera por aquellos días la opinión de propios y extraños, atribuyéndole enteramente la imprevisión de los sucesos, y a la imprevisión la causa de la guerra. Tenía y tengo de la amistad un concepto más resistente a las apariencias de la suerte. Fui, pues, a su casa, donde me lo encontré dolidísimo del comportamiento que había tenido el Presidente con él, sustituyéndole sin más, a cuanto decía el 19 de julio.

Cuando le referí a mi cuñado la visita que por mi cuenta había hecho a nuestro antiguo amigo, me refirió algún detalle más del estado de ánimo en que estaba Casares al sorprenderle la sublevación: había telefoneado al Presidente a prima noche con mucha urgencia, acusándole inminente el ataque del regimiento de Artillería de guarnición en Carabanchel, que según acababan de decirle, se dirigía ya sobre Madrid. No obstante no se advirtiera ninguna otra señal que confirmara noticia tan grave, y puesto que de ser cierta sería cuestión de muy poco tiempo el que los sublevados llegaran a Palacio —de cuyos balcones a Poniente hubo quien quiso atisbar el camino que desde allí se descubre en línea recta—, se dispuso mi cuñado, apremiado insistentemente por el Jefe del Gobierno, a abandonar su residencia oficial y a refugiarse en un escondite que Saravia, su Secretario Particular no más todavía, arbitró en un momento. Contándomelo, me representaba, con aquella su tremenda ironía en que la indignación se templaba de la conmiseración ajena y de sí propio, la escena de su despedida del Gabinete militar, en el portalón del Príncipe, los dos coches en que él y su mujer habían de salir, con sus acompañantes imprescindibles:

—Señores, ¡hasta la Tercera República!

A punto de lo cual, había sonado otra vez el teléfono y comunicado Casares que se trataba de una falsa alarma y que no se confirmaba la noticia:

—¡A ti te parece!

A la natural tensión de ánimo tan sensible como el suyo, sensibilidad acrecida notablemente por las obligaciones del Poder, en circunstancias tan tremendas como el destino le deparaba, se unía en el Presidente la congoja que le producía la situación de sus familiares. A punto habían estado su hermana y su cuñado, siempre enfermo, de caer en poder de los sublevados durante su efímero apoderamiento de Alcalá en los primeros días. Se habían refugiado en una finca del marido

en un pueblo de Murcia, de donde era natural y tampoco allí lograron mayor seguridad ni sosiego. Incautada aquella propiedad por los elementos revolucionarios de la localidad, desobedecían toda autoridad gubernamental que no sancionara desde luego el atropello falsamente reivindicador de la justicia social que más hubiera valido reclamar del enemigo común. Una noche se presentaron a ver a su tío las hijas del general García Benítez, y de su prima y madrina de boda por lo tanto. Iban a pedir gracia por dos de sus hermanos militares —jóvenes artilleros todos, cuatro según creo, y a quienes su tío había distinguido con un afecto que no habían sabido merecer. Tal cara de angustia puso al solo anuncio de la visita, que su mujer quería evitársela:

—¡Cómo quieres que no las reciba! —fue su respuesta.

Me enteró del caso. Al día siguiente de la sublevación, como sonara el teléfono a una hora en que estaba con él su secretario, salió éste a la llamada:

—¡El Presidente no tiene sobrinos que se subleven!

Y como el Presidente inquiriese al oír tal cosa, entre curioso y alarmado:

—¡A ver, a ver qué es eso!

—Nada —le contestó—. Unos oficiales sublevados que han sido hechos prisioneros en los alrededores de Carabanchel y que, según los de la Dirección de Seguridad, dicen que son sobrinos de usted.

Se confirmó luego la verdad del caso. Eran en efecto los hijos de su prima. Hubo que acudir a Saravia, que todo cuanto pudo obtener aquella noche fue el sustraerlos al obligado Consejo Sumarísimo. Pretendían las sobrinas del Presidente con aquella visita que no se juzgara entonces tampoco a sus hermanos transcurridos que habían unos cuantos días más. Su tío les prometió interceder nuevamente con el ministro, en cuanto estuviera en su mano, porque la sublevación militar en que habían participado tan activamente no era una cuestión familiar. Volvió a donde estábamos:

—Ya les he dicho que si saben algo de su primo Gregorio.

Era cuanto se le ocurría reprocharles a las hijas del general García Benítez, que sumado desde el primer momento a la rebelión militar, nada intentó en pro del sobrino carnal del Presidente. Hasta aquella noche nada había oído yo tampoco de la suerte, que se presumía infausta, de Gregorio, durante mi ausencia destinado a Córdoba como fiscal de aquella Audiencia y a quien por muy pocos días le cogió allí la sublevación. De intento callaban todos cuando el Presidente aven-

turaba, falto de mejores noticias, una eventualidad fatal.[5] Se vino a saber tan sólo que en los primeros momentos y cumpliendo con su deber, se había personado en el Gobierno Civil.

Por aquellos mismos días el general García Benítez presidía el Consejo de Guerra sumarísimo que condenaba a muerte en Burgos, donde fue fusilado, al general Batet. Terrible cumplimiento de un plazo, que nunca pensé tan breve en octubre del 34, ni tan irreparable en la satisfacción que le pedí al destino.[6] Nombrado por don Niceto Jefe del Gabinete Militar de la Presidencia, lo respetó Martínez Barrio en su interinidad presidencial y le confirmó mi cuñado en el puesto que el general insistía en dimitir. No era cosa, en entender del nuevo Presidente, de dejar al ex comandante militar de Barcelona en mera situación de disponible, por lo mismo que tan mal se había portado con él cuando su detención año y medio antes. Tanto impresionó a Batet aquel rasgo, tan elegante como natural en quien no necesitaba sino dejarse llevar de su sentir para acertar con la norma de conducta más pertinente a cada caso, que se aprestó a demostrar con creces el agradecimiento que le debía. Ninguna ocasión mejor que la que le deparaba la triste ocasión del levantamiento militar contra la República. Con tanto empeño quiso ir en persona a Burgos, estimando, erróneamente, que su presencia allí reduciría a sus compañeros de armas a una sumisión, más o menos pactada, que el Presidente no pudo impedirlo, aunque le pareció ineficaz el propósito. Nunca tampoco tan descabellado, como para pensar que arriesgaba la vida. Que hubiera sido precisamente García Benítez el encargado de presidir aquel tribunal tan inexorablemente revolucionario de toda disciplina, le acongojaba el ánimo.

Mi hermana, que a disgusto del Presidente, deseoso de evitarle el triste espectáculo de los heridos y los consiguientes disgustos de tales organizaciones adventicias, presidía un hospital[7] donde hacía servicio asiduo de enfermera, vino a saber a poco, por referencia de un cordobés, cuyo padre había corrido la misma suerte que Gregorio, el fusilamiento alevoso de éste, sin formalidad de Consejo ni sentencia. Decidió, sin embargo, no abrumar a su marido con aquella referencia verídica, en tanto no se confirmara. Harto le agobiaba la consideración de tan gra-

5. «La hija de Saravia cuenta muchas cosas tristes de su cautiverio (...) Sospecho que la hija de Saravia cuenta algo más, que no me dicen, porque me toca muy de cerca.» (*Memorias,* II, p. 311, del 5 de octubre de 1937.)

6. Ver p. 296.

7. Instituto Oftálmico de Madrid, convertido en Hospital de sangre.

vísima digresión de nuestra contienda, como eran los asesinatos en ambos bandos, que a la retaguardia de los combatientes en campo abierto, colmaban el horror de la guerra cainita. Le sacaba de tino el que los periódicos dieran cuenta, entre otros ejemplos menos notables, de los servicios que prestaba la llamada «Brigada del Amanecer», al margen de la Dirección de Seguridad.

Que un populacho se tomara la justicia por su mano en los primeros momentos de la traición militar, notoriamente compartida por un clero bárbaro y una burguesía suicida, tenía a sus ojos disculpa. Nunca en modo alguno que ningún representante del Poder Público hiciera dejación de su autoridad, menoscabada por las bandas de delincuentes tales, que respondían con el asesinato y el robo al asalto de la reacción contra la República, no menos feroz y desde luego metódicamente organizado, en apoyo de los militares insurrectos y con su aquiescencia, a que se sumó, monstruosamente instigadora, la Iglesia oficial.[8]

Una mañana de aquellas de agosto,[9] eché de ver, no más saludar a los oficiales de servicio en la antecámara de las audiencias en Palacio, que algo grave ocurría. Santos Martínez me contó en pocas palabras lo que yo no sabía aún. La tarde antes se había producido en la Cárcel Modelo un intento de fuga general de los presos, so capa de un incendio, sofocado luego; pero al que la gente había respondido con asaltar la prisión, matando a algunos personajes que allí estaban detenidos. Para su mayor seguridad personal incluso, en entender del Gobierno. (De un hijo de Álvarez Valdés se contaba que había solicitado él mismo, o punto menos, la detención de su padre por librarle del azar terrible de la persecución de los extremistas.) Toda la noche había durado el tumulto y el estrago. Entré en la sala de audiencias del Presidente, ya lo he dicho, en que me había recibido don Niceto alguna vez, en aquella de las habitaciones llamadas del Duque de Génova, tapizada de amarillo y decorada de preciosos cuadritos de Tiépolo. Estaba sentado a una mesa de mármoles de colores en el centro de la estancia, la cabeza apretadamente entre las manos. Levantó el rostro y me miró como nunca lo había yo visto. Estaba desencajado.

—¡Cómo quieres que esté! —fue la respuesta, más agria que lamen-

8. Comparar con lo escrito en *La velada de Benicarló*: «No he lanzado la revolución, ni la patrocino, ni me aprovecho de sus actos. A quien debe pedírsele cuentas de ella y de sus excesos, es al campo rebelde.» (Editorial Castalia, p. 145.) Ver p. 471.

9. 24 de agosto de 1936.

tosa, que dio a mi saludo habitual; pero en que se traducía no ya un simple enfado, sino cierta desesperada indignación—. ¡Han asesinado a Melquíades! —volvía a su ensimismamiento. No me hacía caso. Cuando quise que me contara, creyó que yo insistía cruelmente en que repitiera lo que tan profundo dolor le causaba y que, a la verdad, no me era conocido sino por lo poco que acababan de decirme. No era sólo Melquíades Álvarez el muerto. También habían perecido Martínez de Velasco y algunos calificados fascistas, como Ruiz de Alda, promotor de los sucesos. No sabiendo qué decirle me puse a hojear *El Liberal*, que con los demás periódicos tenía sin abrir sobre la mesa:

—Pero, ¿qué prensa es ésta que no dice lo ocurrido en la cárcel?

Nuevamente me miró entre espantado y con indignación:

—¿Querías que además lo dijeran? ¿Qué iban a decir?

—La verdad —me atreví a responderle—, ¿por qué no se puede decir que se han sublevado los presos y que la gente, indignada, ha entrado y ha luchado a tiros con quienes a tiros la recibía?

Calló sin más protestas. Salí al gabinete de los ayudantes. Santos acabó de referirme los sucesos de aquella noche. El Gobierno había decidido la constitución de un tribunal especial que empezó a funcionar inmediatamente en la misma cárcel. Yo le oí sin conseguir impresionarme tanto con la relación del suceso mismo, como por la impresión tremenda que le había producido al Presidente.

—¡Esto no, esto no! —me había repetido con angustia. Y llevándose las manos al cuello violentamente—: Me asquea la sangre, estoy hasta aquí; nos ahogará a todos.

Inútil era que intentase consolarle con su absoluta irresponsabilidad en los desmanes que, de una parte y otra, y no los mayores en la nuestra, adensaban la sombra espantosa que entenebrecía nuestra contienda fratricida. Aquella repercusión, cobarde y desmandada, de la guerra civil en la retaguardia, le hacía desesperar de la virtud de nuestra justicia.

—¿Qué hacemos? —me pregunté a mí mismo diciéndoselo a Santos. No había tiempo que perder. Sin que me lo hubiera dicho terminantemente, temí al oírle que desfalleciera hasta el punto de dimitir la Presidencia—. ¿A quién llamamos? —Me consideraba desde luego impotente para ayudarle a afrontar aquella pesadumbre con que nunca le había visto. Se me ocurrió en seguida el único paliativo posible—. ¡Que venga don Ángel! —A pesar de los distingos críticos a que sometía el Presidente su estimación por Ossorio, no veía yo en aquel mo-

mento nadie mejor que pudiera influir sobre su ánimo tan en extremo abatido.[10]

No creo que tardara media hora en llegar a Palacio en el coche que desde Palacio se le envió. Yo no había vuelto a entrar en el despacho, sino para comunicarle mi decisión al Presidente. Apenas si objetó:

—¿Y para qué le llamas?

—Para que le oigas lo que no quieres oírme a mí.

Explicándole estaba yo en las menos palabras que pude a don Ángel Ossorio, en qué estado de ánimo me había encontrado al Presidente, y por qué me atrevía a llamarle por ser él quien mejor podía, de entre los amigos desinteresados, aliviarle con su opinión, cuando abriéndose de improviso la puerta del despacho y apareciendo en ella mi cuñado, no me dio tiempo a que acabara de poner en antecedente al recién llegado, tampoco bien enterado todavía de lo ocurrido en la cárcel.

Salió don Ángel a punto ya de la hora de comer, rehusando la amable invitación que porque se quedara a acompañarnos le hacía el Presidente, en cuyo semblante asomaba ya aquella mirada en que el acento irónico se templaba de melancolía, dulcificando la actitud del juicio que solía merecerle el espectáculo del mundo en torno suyo. Cuando salimos de la antecámara y ya casi a la puerta de la calle, don Ángel me comunicó su impresión correspondiente a la pregunta que yo le hacía:

10. Véase la referencia a su propio estado de ánimo escrita el 7 de noviembre de 1937 en ocasión de la visita de don Mariano Gómez que le cuenta lo ocurrido en la Cárcel Modelo del 22 al 23 de agosto de 1936: «Recuerdo personal: tarde de un agosto madrileño: contemplo la plaza desde una ventana: humaredas: síntomas de inquietud: noticia del incendio en la cárcel: anochecido: que todo se ha acabado y hay tranquilidad: a las once y media, conversación telefónica con Bernardo Giner, ministro de comunicaciones: Primeras noticias del suceso: mazazo: la noche triste: problema, en busca de mi deber: desolación: a las siete de la mañana, Giral me lee por teléfono el decreto creando los tribunales populares: "Salvamos así algunos miles de vidas", exclama. Pesadumbre de esta razón. Duelo por la República. Desde mi cuarto, el solar en obras de la antigua caballeriza, abrasado de sol. Lejos, en la vertiente de la sierra, humareda de cañoneo. Insondable tristeza. Por la tarde, lágrimas del Presidente del Consejo.» (*Memorias,* II, pp. 358-359). Compárese con lo que dice el personaje Garcés de *La velada en Benicarló,* p. 144, Editorial Castalia: «Yo estaba en Madrid la terrible noche de agosto en que fue asaltada la cárcel y asesinadas por una turba furiosa algunas personas conocidas. Yo también hubiera querido morirme aquella noche, o que me mataran. La desesperación no me enloqueció... ¡Ingrata fortaleza! El Presidente del Consejo lloraba lágrimas de horror. Razón le sobraba.»

—¿Qué le ha dicho usted, que ya tiene otra cara?

—Lo que tenía que decirle, lo que ya le había dicho otra vez, aunque nunca creí que fuera tan de verdad. ¡Que nos ha dado el pego! ¡El ogro dolido de veras en su corazón, porque han matado a Melquíades!... Que de haber podido, hubiera dejado que le mataran a él de no serle posible matarse él mismo. En fin, ya parece que está más tranquilo. Hasta de dimitir me ha hablado. Le he dicho lo que tenía que decirle.[11]

Se despidió de mí con extremos que harto denotaban en su resolución lo emocionado que iba y lo satisfecho de haber merecido de mi confianza y no se diga de la del ogro, el amistoso honor de que acudiéramos a él mejor que a nadie.

—¡Este Ossorio es siempre el mismo! —comentó conmigo el Presidente, no bien corrí de nuevo a unirme con él para ir ya a comer. Y como le reprochara con cierta sorna triste que se rindiera a las mismas razones que había intentado en su consuelo, cuando era otro que yo quien se las decía, continuó sin hacerme caso—: Ya le he dicho que todo eso estaba muy bien, pero que si estuviera él, en mi caso, pensaría y sentiría lo mismo que yo ahora.

Aunque la empresa productora de películas que me había contratado y por la que había yo emprendido con tan buena oportunidad el viaje de regreso de México, aparentaba durante aquel mes de agosto continuar en el empeño, harto se me alcanzaba su inutilidad. Deseoso, por otra parte, de unir mi esfuerzo, en la medida más compatible con mis aptitudes, al esfuerzo general en defensa de la República, se me ocurrió organizar la propaganda oficial, todavía a tientas, y a tal efecto hablé con Giral y con Esplá, Subsecretario a la sazón de la Presidencia. No me dijo el Presidente del Consejo sino que le parecía muy bien. Pero a los pocos días, y después de una conversación un tanto viva con

11. Ver *Memorias,* II, 17 de junio de 1937: (Don Ángel Ossorio) «Estuvo a verme poco después de ocurrir los espantosos sucesos de la Cárcel Modelo. No le oculté mi abatimiento, mi horror, ni el conflicto de conciencia en que el caso me había puesto. "¡Vaya! ¡Nos ha engañado usted, o nos hemos engañado! ¡Le creíamos a usted un hombre terrible, y resulta que es usted una buena persona! ¡Qué chasco! Yo no justifico nada; no. Pero está en la lógica de la historia. Note usted que muchos de esos hombres, hace dos años, creyéndose los amos del país, hicieron algunas atrocidades, y a usted mismo le envolvieron en una maraña, en la que participaron políticos, magistrados, policías y algunos militares, con el sano propósito de fusilarlo a usted. Pues ya ve usted: ¡son ellos los fusilados! El pueblo no se había olvidado de aquellas atrocidades. Está en la lógica de la historia (...)."» (*Memorias,* II, p. 83.)

nuestro amigo Barcia, Ministro de Estado, y que a mi entender no se daba entera cuenta de la actitud de los diplomáticos de carrera, me vi sorprendido por el Subsecretario con el ofrecimiento de la Embajada en Bruselas. La rehusé, entendiendo que cumplía enviar allí un Embajador de categoría política, Ossorio, por ejemplo, tanto más cuanto con su significación católica contrarrestaría la tremenda propaganda en contra de la República, del clero en general. Cuando se lo dije al Presidente, opinó como yo que no era conveniente mi nombramiento para tan alto puesto, aunque desde luego tampoco se mostraba conforme con mi deseo de permanecer en Madrid a su lado.

Me entristecía una vez más el verme alejado de su compañía en circunstancias tan difíciles; pero viendo que estaba decidido y que con ello se quedaba más tranquilo que teniéndome al lado, acepté el nombramiento de Cónsul General en Ginebra, que el Subsecretario de Estado me ofrecía al día siguiente de declinar el de Embajador en Bruselas. El consulado no tenía importancia política destacada y, por otra parte, el llevar anejo la Secretaría Permanente de la Delegación Española en la Sociedad de Naciones atribuía a mis posibilidades de una información eficaz respecto a la actitud del extranjero, una ocasión favorabilísima. Al Presidente le pareció bien la solución, y a mí mucho mejor que el pretexto que mi cuñado buscaba en una de tantas misiones como después, con menos motivo, sirvieron de subterfugio a muchas gentes para eludir obligaciones más perentorias en España.

Nuestra mala fortuna en las operaciones militares encaminadas a impedir el paso de las tropas insurrectas desembarcadas en Algeciras y acrecidas con los sublevados en Andalucía, hacia Castilla la Nueva, determinó la caída del Gabinete Giral. Fracasado el primer intento del general Miaja de tomar Córdoba en los primeros días de la guerra y relegado a un segundo término de que no había de salir, al azar de las circunstancias, hasta la defensa de Madrid, vinculada a su nombre, instaba el Presidente de la República al Ministro de la Guerra —ni más ni menos que daba al propio Saravia cuatro años antes por aquellos mismos días las órdenes que estimaba más convenientes a la fácil captura del general Sanjurjo— a que se procurase a toda costa salir al paso de los rebeldes antes de que tomaran Mérida. Que no se intentara siquiera cortar el puente sobre el Guadiana, le pareció luego irremediable incapacidad de resistencia. Subió de punto su indignación cuando supo el abandono por nuestras fuerzas del Puerto de San Vicente en la Sierra de Ávila, inexpugnable a poco que allí nos hiciéramos fuertes y cuya

posesión en manos del enemigo significaba nada menos que la comunicación del ejército insurrecto del Norte con el del Sur. La desastrosa batalla de Talavera y, más que nada, la indisciplina de los milicianos, empeñada cada región y aun cada partido en hacer su revolución particular, le hacían desesperar más cada día de toda posibilidad de lograr la unión que se había propuesto en el primer momento: Al encargarse de formar Gobierno Martínez Barrio, quiso el Presidente recabar, como en los primeros tiempos de la República, la colaboración de todos los partidos, de la extrema derecha a la extrema izquierda, que hubieran jurado la Constitución.[12] Aún pudo hablar por teléfono a tal intento con Maura, que veraneaba en La Granja, creo, y que ya consideró inútil, por tardío, cualquier intento de conciliación republicana. Inmediatamente de lo cual, pudo salir para el extranjero, de donde no volvió a tener relación ninguna con el Presidente de la República. Los derrotados en Talavera y en Maqueda —pese a las defensas dispuestas por el General Masquelet a título de especialista en fortificaciones y que, a lo que mi cuñado me dijo, contestaba muy oportunamente a quienes le reprochaban más o menos declaradamente su ineficacia: «Las trincheras sirven si los soldados están en ellas; solas, no se defienden»—, los derrotados en Talavera y en Maqueda llegaron corriendo con sus camiones hasta las mismas puertas de Madrid, donde según el Presidente, que del propio protagonista lo sabía, salió a detenerlos y volverlos mal que bien al frente el mismísimo Indalecio Prieto.

Desesperábale, repito, al Presidente que, mientras tanto, se empeñaran los catalanes en una disparatada acción de desembarco en Mallorca, de donde fueron desalojados por manera inmediata y definitiva, al

12. Escribe Azaña el 7 de agosto de 1937: «Esto nos lleva a tratar de la terapéutica política en los primeros momentos de la rebelión. "El curso de los sucesos —le digo a Martínez Barrio—, no ha hecho más que confirmarme en mi propósito, al intentar que se formase un gobierno nacional, que era bueno. El caso no podía tratarse más que como una rebelión militar, en contra de la Constitución y de la República. La respuesta, en el orden político, me pareció que debía ser un Gobierno formado por todos los que estaban dentro de la Constitución, desde las derechas republicanas hasta los comunistas. Sin más consigna ni etiqueta que la de restablecer el orden y someter a los militares. Casi nadie quiso entenderlo así. Yo mismo hablé por teléfono con Maura, que estaba en La Granja, invitándole con ahínco a que entrase en el nuevo Gobierno. Era extraordinario que el Presidente de la República hiciese una gestión así; pero lo excepcional y urgente del caso lo justificaba. Maura, como usted sabe, me dijo que él no podía participar en tal Gobierno y "que era tarde para todo".» (*Memorias,* II, pp. 191-192.)

par que demostraban en Castilla su escasa combatividad los pocos batallones de voluntarios que de Cataluña acudieron al frente central.[13] Creía también que si la natural desconfianza popular no se hubiera traducido por el fusilamiento, incluso por la espalda alguna vez, de los oficiales de quienes se sospechaba que pudieran pasarse al enemigo, y si muchos de los que formaban de casualidad entre los insurrectos hubieran podido rendirse, sin miedo a que se hiciera con ellos inmediata justicia, se quebrantara, acaso, la resistencia rebelde, ante la eventualidad de una guerra que los primeros días no creyeron posible, contando, como contaban, con el éxito del golpe de Estado.

Como se me ofreciera una tarde la ocasión de ir a Toledo, no la desaproveché, ni la lección sucinta que el Presidente nos dio, cuando a la vuelta de mi rápido viaje le conté la impresión que me había producido el entrar en la ciudad de soslayo por evitar el fuego del Alcázar sobre la carretera, y después el espectáculo de la Plaza de Zocodover batida asimismo por los sitiados, que más parecían sitiadores.

—No hay más que tomarlo al asalto; pero ¡qué quieren ustedes! —decía volviéndose a los circunstantes—. Hemos llegado a entrar en el mismo Patio y nos hemos vuelto. Así no hay manera de hacer nada. —Y ello, porque en mi referencia yo había insistido en ponderar el ánimo simplemente espectante de los milicianos de Toledo, que todo lo fiaban a la eficacia de un cerco, harto burlado y que con razón, como después se vio, esperaban ver deshecho por las tropas que ya subían de Mérida a Talavera.

Por aquellos mismos días, se intentó la rendición del Alcázar, con el envío del entonces Coronel Rojo a parlamentar con los sitiados, y más tarde del prestigioso sacerdote y elocuente predicador don Santiago Camarasa, con la misma intención fallida. Desde luego el Presidente no creía en que semejantes gestiones pudieran tener ya ningún resultado. Una de aquellas noches, le oí repetirle al general Saravia que era menester bombardear seriamente aquel importante reducto insurrecto. No le parecía, sin embargo, que fuese menester minarlo con dinamita, arriesgando una explosión que pudiera derrumbar la Catedral incluso.

Lejos de afianzarse la situación republicana, desmerecía el Gobierno

13. «Que hubiera sido muy útil recuperar las Baleares, nadie lo ponía en duda. Que existieran los medios adecuados, era para examinarlo y discutirlo. Que no servían para el caso los que se juntaron, estaba fuera de discusión para cualquier persona enterada. Militarmente, era una improvisación loca.» (*Memorias,* II, página 219, del 10 de septiembre de 1937.)

Giral en el concepto público, soliviantada la opinión belicosa por la actitud intransigente de los socialistas, partidarios de imprimir a la guerra un sentido netamente popular, en tanto que revolucionario. Si yo me atrevía a rebajar la condición de gobernante en don José Giral, al punto mi cuñado me salió al paso con decirme que lo que había hecho aquel hombre el 19 de julio era impagable.[14] Y me reproducía la escena en que con la misma sencillez que cuando le hizo ministro por primera vez en el segundo Gobierno provisional, se le ofreció con auténtico sacrificio.

Decíale yo al Presidente, en la incidencia de una de nuestras últimas conversaciones antes de mi salida para Ginebra —y haciéndome intérprete una vez más de la opinión del café trascendente a la de la calle—, que debía obedecer a la voz pública y llamar al Gobierno a Largo Caballero. A sus objeciones de todo orden y como yo le arguyera que, en todo caso, sería conveniente la experiencia, porque si era el Lenin español, en efecto, ganaría la guerra, que era lo que había que hacer, y si no se hundiría y con él el espantajo de su prestigio, añadió con indeclinable seguridad:

—No es el Lenin español; y se hundirá; pero la República con él.

XLI. Huésped de la Generalitat

El día antes de mi marcha, me llevó a un gabinete contiguo a su despacho y sacando del cajón de una cómoda isabelina un paquete bien envuelto y atado, me entregó, para que conmigo me lo llevara, el origi-

14. «El sacrificio de aquellos republicanos que en los días más terribles de la rebelión tomaron sobre sí la gobernación del Estado, es un sacrificio que ningún español sabrá agradecer nunca bastante, como no sea yo, que lo conozco por dentro.» (Discurso en Madrid, el 13 de noviembre de 1937, *Los españoles en guerra,* pp. 87-88, Editorial Crítica.) En las *Memorias,* Azaña escribe el 17 de noviembre de 1937: «Giral, muy emocionado, me dio las gracias por el recuerdo que había dedicado a su Gobierno. "No exagero nada —le respondí—, cada cual es dueño de pensar como guste sobre la gestión de aquel Gobierno, y yo también lo soy. Lo que debe admirarse y agradecerse sin reservas es el valor tranquilo con que usted se encargó del mando, cuando nadie quería obedecer y cuando el que más y el que menos engrasaba el coche para fugarse. Harto se vio que no todos eran capaces de hacer lo que usted."» (*Memorias,* II, p. 372.) También hay una alusión a este tema en el artículo «El Estado republicano y la revolución», *O.C.,* III, p. 494: «No es probable que ningún Ministerio se haya hecho nunca cargo del poder en circunstancias tan terribles.»

nal en varios cuadernos, de lo que tenía hecho de sus *Memorias,* desde el año 31. Mucho tiempo hacía que no me leía nada. Se reía complacido cuando mi hermana me ponderaba las páginas, que él se había dejado sorprender y leyendo las cuales la sorprendió a ella alguna vez, al azar de un regreso inopinado a su casa, sentada a la mesa del despacho donde las guardaba.

Salimos mi mujer y yo con los tres niños en los primeros días de septiembre. Acompañábanos a Ginebra, donde había de ir a buscarla su marido y continuar a Polonia, su patria, a dilucidar no sé qué herencia familiar, la mujer de nuestro amigo Sindulfo. En la estación y luego en el tren me encontré con José Ortega y Gasset, a quien aviejadísimo por grave enfermedad de la que empezaba a convalecer, no conocí al pronto sino por verle del brazo de su hermano. Dirigíase también a Alicante con su mujer y sus tres hijos ya mayores, los dos varones de los cuales según supe luego, uno de ellos cuando menos seguramente, habían sido, por especial favor del Gobierno de la República, sustraídos a sus obligaciones militares porque pudieran acompañar a su padre. En el hotel adonde fui a parar en Alicante y entre otras personas menos conocidas, saludé a Sánchez Román. Mucho me impresionó la desesperanza fugitiva con que se manifestaba. No había tenido yo ocasión de frecuentarle ni aún de conocerle apenas. Poco comunicativo y no de los mayores amigos de mi cuñado, no le había saludado nunca antes ni en los primeros tiempos de la República. No me era enteramente simpática su actitud durante las Constituyentes, en que, fundador de un pequeño grupo al margen de los grandes partidos gubernamentales, distraía las fuerzas republicanas, necesitadas de la mayor cohesión, con sustraer su indudable prestigio a las responsabilidades del Poder que pretendía influir y que influía negativamente, incluso por la atención que le prestaban algunas personalidades tan opuestas como Indalecio Prieto y Miguel Maura, si bien éste mucho más naturalmente que el jefe socialista. Como yo me extrañara con mi cuñado alguna vez de la sugestión que, a cuanto de público se sabía, ejercía Sánchez Román sobre Prieto, explicábamela aquél por el deslumbramiento que suele producirles a los iletrados la seguridad con que se producen los catedráticos; de quienes abominan, con la protesta del hombre de acción, que reconoce al mismo tiempo su inferioridad en cuanto a formación intelectual. Pero todas mis reservas respecto a Sánchez Román se desvanecieron, cuando a mi vuelta de Barcelona en 1934, de acompañar a mi hermana en la asistencia a su marido preso, me llamó aquél a su despa-

cho y de tal manera se produjo en favor del perseguido y con tan buenas razones republicanas abonó la adhesión a su causa que, de entonces más, piedra de toque como era para mí la conducta que cada cual siguiera con mi cuñado, estimé a Sánchez Román como uno de los hombres más necesarios a la República. Deploré su apartamiento del Frente Popular en las elecciones de febrero del 36 y mucho más el desánimo, repito, con que le veía marcharse de España en aquellas circunstancias en que yo lo hacía tan contrariamente a mi deseo de acompañar en lo posible a mi hermano político. No estaba para otra cosa en el puerto de Alicante; me preguntó con sumo interés por el Presidente; pero cuando a los pocos días se lo dije a éste, se dolió mucho del abandono en que los republicanos le iban dejando y con él a la República,[1] dando así refuerzo poderosísimo al argumento en que los insurrectos abroquelaban su perfidia, a saber, que el Gobierno no tenía fuerza para oponer a la revolución demagógica y anárquica producida, según ellos, por el régimen contra cuya justicia legítima se alzaban.

En Ginebra, adonde iba yo en sustitución del cónsul fugado, sumado desde el primer momento a los diplomáticos subversivos, me encontré con un vicecónsul, joven petulante y que luego eché de ver muy poco de fiar, y un canciller viejísimo y circunspecto de muchos años atrás establecido en Suiza. Recién llegado supe que Pablo Azcárate, alto funcionario, de tiempo ya también, en la Secretaría de la Sociedad de Naciones, acababa de ser nombrado Embajador en Londres, dimitido que había López Oliván al decretar el Gobierno de Largo Caballero la disolución del Cuerpo Diplomático de carrera. No más salir yo de Madrid en efecto, el Presidente se había visto obligado a dar el Poder al Secretario de la UGT. Mis predicciones, no eran por lo visto tan disparatadas, por más que los sucesos una y otra vez dieran la razón a mi hermano político, por modo triste.

De allí a muy pocos días, creo que el 12 de septiembre, tuvo lugar la inauguración de la Asamblea ordinaria de la Sociedad de Naciones,

1. Le dice Azaña a Ossorio el 17 de junio de 1937: «Han desaparecido republicanos (muchos, por desgracia) señalados y hasta eminentes. ¿Por qué? Lo ignoro. Todos se han ido sin mi anuencia, sin mi consejo, y algunos (se los nombré), engañándome. Los que han querido quedarse, ahí están, y no les ha ocurrido nada (...) Todos tenían con la República la obligación de servirla hasta última hora, y conmigo la de acompañarme mientras estuviese en pie (...) Los republicanos siguen teniendo en la política la importancia que ellos pueden o saben conquistar.» (*Memorias,* II, p. 81 y p. 82.)

a que acudió, en funciones ya de Ministro de Estado y delegado de España, Álvarez del Vayo. Acompañábanle notablemente, con el propio Azcárate, versado en las prácticas de la Liga, don Ángel Ossorio, Fernando de los Ríos, Jiménez Asúa, Carlos Esplá e Isabel Oyarzábal de Palencia. Fabra Ribas, de antiguo adjunto al BIT (Bureau International du Travail) fue nombrado por entonces Ministro de España en Berna. Como no estuvieran enteramente en orden los poderes de la delegación estimó pertinente Vayo que alguien de absoluta confianza fuera a Madrid con una carta para el Presidente del Consejo y volviera luego con la respuesta y el casco de la primera bomba incendiaria alemana que nos había sido dado recoger en el campo de Talavera. Me ofrecí yo, aprovechando así la ocasión de comunicar al Presidente de la República mis primeras impresiones de Ginebra.

Le referí mi viaje de que no había podido enterarle sino en breves conferencias telefónicas. No era cosa de disimularle las primeras peripecias, que me descubrían el trato contrario que «los amigos extranjeros» nos daban. Creyendo que sería mejor el viaje por mar de Alicante a Marsella, que atravesando por tierra las provincias valencianas y de Cataluña, habíamos ido a embarcar en un vapor francés, que creía yo el correo oficial de Argelia. Pero hubimos de hacerlo en un barcucho infecto, sí francés en efecto, donde tuve que cederle el único camarote decente a Ortega y Gasset, puesto que tan delicado iba, y a quien a bordo me encontré, pese a haberme dicho el día antes que no pensaba moverse de los alrededores de Alicante. Pude ver en el puerto, sin embargo, el crucero inglés en que embarcaban, a título de refugiados, fugitivos de la revolución, cuantos facciosos, más o menos con brazaletes muy aparentes de súbditos cubanos, escapaban de España ya que no podían de la propia conciencia. Menos que yo se extrañó el Presidente cuando le conté que entre tales fugitivos iba una muchachita muy joven, nieta de Cossío, a quien despedían sus padres en la estación del Mediodía de Madrid y a la cual tuve que ayudar en Alicante, viéndola llorosa y asustada, recomendándola al Gobernador, que justamente indignado por tanto pasaporte y salvoconducto como veía en manos enemigas, se negaba a darle autorización de salida con la familia inglesa que consigo se la llevaba. Más natural le parecía al Presidente que los padres quisieran librar a sus hijos, y aun librarse ellos mismos, del horror de la guerra civil, que el verme, como me vi, maltratado de palabra con toda mi condición diplomática —y aun precisamente por esa condición que mi pasaporte declaraba— por los dos aduaneros adven-

ticios que la FAI, a ciencia y paciencia del Gobierno de la Generalitat, había puesto en la estación de Barcelona. Lo peor era, claro, no que aquellos irresponsables abusaran de una función que nunca debió encomendárseles, sino que el Consejero Ventura Gassol me dijera por toda disculpa que eran unos «incontrolados».

Tanto más subió de punto mi asombro ante la insensibilidad de los administradores del Poder Público al oír tan graves desacatos a su autoridad, cuanto que el propio Largo Caballero no se alteró mucho ni poco al entregarle yo en el Ministerio de la Guerra la carta de Vayo de que era tan celoso portador, roto el sobre por los susodichos anarquistas encargados del registro de equipajes de la Aduana de Barcelona.

No quise hacer mucho hincapié en las incomodidades que habíamos padecido mi mujer y yo con los niños durante los dos días que duró el viaje por mar de Alicante a Marsella, rodeados de un pasaje hostil, hacinados los pasajeros en las cámaras exiguas, y la cubierta materialmente abarrotada, pese al precio carísimo que, a cuanto pude saber, cobraba el capitán por llevarlos. En Barcelona habíamos permanecido fuera del puerto. De un barco de guerra extranjero surto también aguas afuera, trasladáronse al nuestro antes de zarpar para Port Vendres y Marsella muchas monjas mal disimuladas con trajes del siglo que por manera ostensible se santiguaban al pasar por nuestro lado, según pudo observar nuestra atribulada compañera la mujer de Sindulfo de la Fuente, que lloraba viendo y oyendo en mi daño lo que comentaban aquellos fugitivos de la hidra revolucionaria, figurada a sus ojos circunstancialmente en mi humilde persona.

En cuanto a Ortega, no podía por menos de sonreírse el Presidente de la descripción detallada que yo le hacía del filósofo en trance de despedida de Alicante. Habíame dicho al zarpar, señalándome dramáticamente la línea de la costa, calcinada en verdad como la del África vecina: «¿Cree usted posible que vuelva a haber ahí una civilización?». No le contesté, pero no veía por qué no había de seguir habiéndola. Luego de lo cual, y a vuelta de algunas preguntas que querían demostrarme cierto interés piadoso por el Presidente, se había puesto a hablarme mal de Araquistáin, ponderándomelo como un hombre nefasto y a quien había que mandar a las quimbambas. Como el sesgo de nuestra conversación me hubiera encarecido —sin duda para que lo transmitiera— que el puesto diplomático más interesante en aquellos momentos y para un futuro próximo era Viena, me atreví a preguntarle a su hijo mayor si creía que su padre aceptaría el ir allí de Ministro

de España. Al ver que me autorizaba para solicitarle directamente, lo hice al siguiente día y si bien adujo sus achaques en desestimiento del cargo que se le pudiera ofrecer, tampoco dijo que no en redondo. Al Presidente, como a Barcia, a quien no más arribar a Marsella se lo escribí, no les parecía mal mi sugerencia. Una vez ministro de allí a muy pocos días Álvarez del Vayo, no lo estimó pertinente. Creo que la indiferencia con que el nuevo Ministro de Estado y el Gobierno de Largo acogieron mi propuesta particular del nombre del famoso ensayista para representar a España en Viena, entró por mucho en su desdén para con nosotros.

Cuando llegué al aeródromo de Barajas para regresar a Ginebra cumpliendo el rápido encargo de mi Jefe el Ministro de Estado, a los dos días de llegar a Madrid, me encontré inopinadamente con mis hermanas que, en compañía de las hijas de Prieto, se dirigían a Alicante en inspección de no sé qué refugios infantiles. A punto de salir el avión, Prieto, que había ido a depedirlas, noticioso de que yo me dirigía a mi destino oficial, me invitó a cambiar de aparato, ofreciéndome el que un momento después despegaba conmigo en dirección a Toulouse. Luego supe por el único viajero en mi compañía, que iba custodiando una remesa de oro para garantía en Francia de nuestras compras de material.

Fuéronse precipitando los acontecimientos en Madrid, a tenor del avance sobre la capital del ejército insurrecto. En entender del Presidente había que decidirse: o permanecía en Madrid con todo el Gobierno, atrayendo sobre sí toda la fuerza del ataque, caso en el cual, y previendo la toma de la capital por los rebeldes, era menester tener dispuesta la propia sustitución, o se defendía, dando lugar con el establecimiento del Presidente y los organismos todos del Estado en Barcelona, a la organización de la defensa.

La Asamblea de Ginebra había soslayado el conflicto español. Nuestra delegación se había contentado con infringir a los italianos la aceptación, por parte de la Asamblea, de los Delegados abisinios. Reintegrado nuestro ministro de Estado a Madrid, nombrado Embajador en París su cuñado Araquistáin, en sustitución de Albornoz, y accedido que hubo al cabo el Gobierno belga al nombramiento para nuestra Embajada en Bruselas de don Ángel Ossorio, me quedé solo en Ginebra, una vez que Azcárate se fue también a tomar posesión de su puesto en Londres. Es decir, más me hubiera valido quedarme solo en efecto que en la mala compañía del joven vicecónsul Antonio Espinosa, que Barcia me había pintado erróneamente como muy afecto, por haberse mostrado con él

correcto y servicial. Pertenecía a la hornada diplomática de las oposiciones convocadas en el Ministerio de Estado, durante la República ya, cuyo tribunal calificador atento a la brillantez de los opositores expertos en lenguas, no había tenido en cuenta la procedencia social de los llamados a representar en el extranjero a un nuevo Estado español fundamentalmente en pugna con la tradición aristocrática de la carrera, agravada en su decadencia por las pretensiones de una alta burguesía advenediza. El tal Espinosa me dio desde el primer momento mala espina, tanto más en cuanto vi su camaradería con un secretario, diplomático también, en el séquito de Álvarez del Vayo, que ya de ese viaje, y aprovechando una licencia que el Ministro le dio, lejos de volver a España, se sumó a sus compañeros facciosos del consulado de Génova.

Libertados los defensores del Alcázar de Toledo, por la entrada de los insurrectos en la Ciudad Imperial, diversión que retrasó la marcha sobre Madrid y decidió tal vez la suerte favorable de la primera resistencia y la formación después en sus trincheras de la primera brigada internacional contra las ostensibles fuerzas alemanas que constituían la vanguardia y dirección de aquel ataque, dio el general Mola, Comandante en Jefe del Ejército del Norte contra la República, la afortunadísima respuesta a la pregunta de un corresponsal en una entrevista, acerca de cuál de las columnas dispuestas por los rebeldes había de tomar la capital: «Madrid lo tomará la Quinta Columna». No se nos alcanzaba entonces toda la verdad de aquel aserto.

Impacientísimo estaba yo aquellos últimos días de octubre y primeros de noviembre, falto de noticias oficiales en que el Ministerio de Estado era en extremo parco y sin comunicación apenas con mi cuñado, cuando al volver una tarde a casa me dieron la noticia de haber telefoneado mis hermanas desde Marsella, anunciándonos que al día siguiente se encontrarían con nosotros. Mi hermano [2] se hallaba también de pocos días antes en Marsella con una misión en su calidad de médico adscrito al Cuerpo de Sanidad, que había de cumplir en Ginebra, para regresar luego, como lo hizo a Barcelona. Fui a esperar a las viajeras a la mañana siguiente, cuando ya los periódicos franceses daban noticia insidiosa de haber pasado la frontera la esposa del Presidente de la República Española.

Dos días antes, hallándose en una playa próxima a Alicante, ocupadas con las hijas [3] de Indalecio Prieto de la instalación de un refugio

2. El doctor Manuel de Rivas Cherif.
3. Doña Concepción y doña Blanca Prieto.

infantil, recibieron aquéllas aviso de su padre para que salieran en avión para Francia. Mis hermanas, alarmadas al no tener otra noticia de Madrid que la de la salida del Presidente, se decidieron a acompañar a las hijas de Prieto, con ánimo de dejar a la soltera conmigo y reunirse con su marido, donde estuviera, la mujer del Presidente. Cuando pudimos hablar con él, desde Ginebra, fue para darle cuenta del feliz arribo de las viajeras y de mi inmediata salida con su mujer. Muy de mañana a la siguiente, tomamos ella y yo el avión. Luego de descubrir sobre las nubes que remontábamos la ingente cima nevada y rosa del Mont-Blanc pasando por encima de Grenoble, aterrizamos en Marsella, donde por no haber desde Suiza servicio directo con España, habíamos de cambiar de aparato. Me sorprendió el encontrar dispuesto para nuestro trasbordo uno de la *Luftwafe* y no, como yo creía, de la *Air France*. No me alarmó gran cosa sin embargo, cuando supe que así seguía haciéndose regularmente, no obstante la anomalía de que los aeroplanos civiles alemanes siguieran interviniendo tan principalmente nuestras comunicaciones, cuando la aviación militar de su país participaba en favor de los rebeldes contra la República. A poco de elevarnos, descendíamos otra vez. Teníamos una pequeña avería, subsanable, a cuanto nos aseguraban, de allí a una hora o dos. Quise telefonear a Barcelona porque no estuviera el Presidente intranquilo cuando advirtiera el retraso; pero ya habían salido a buscarnos al aeródromo del Prat quienes iban a recibirnos y me contenté con dar aviso de que llegaríamos de todos modos un poco después. En el aire nuevamente, me di cuenta de la imprudencia que cometíamos. Íbamos muy pocos viajeros, entre ellos una mujer, alemana a ojos vistas, que a cuanto me dijeron luego hacía aquel viaje reiteradamente sin que se supiera por qué. Pero al llegar a nuestro destino y ver la violencia con que se producía el comandante ocasional del campo en aquel momento, mi conocido y muy amigo de la familia de mi mujer, Perico Fuentes, comprendí el peligro corrido. Reprochábale aquél al piloto que contraviniendo órdenes anteriores, hubiera pasado en vuelo rasante sobre el puerto; para evitar lo cual en lo sucesivo, daba órdenes de que disparase la artillería antiaérea cuando el avión alemán del correo insistiera en la transgresión. Fue su último viaje, porque desde aquel día quedó suspendido el servicio.

Nos recibió el Presidente en su alojamiento del Palacio de las Cortes Catalanas, habilitado en el Parque de la Ciudadela, donde la Regente María Cristina había vivido al inaugurar la Exposición de Barcelona del 88. Al fondo de un salón amplísimo habíale preparado con gracia y

comodidad Dalmau Costa, Jefe de la Casa del Presidente de la Generatat, unas habitaciones, a modo de camarote de barco, en que podía sustraer en lo posible la intimidad, tan de su gusto, a las obligaciones representativas del cargo. Harto echaba yo de ver la satisfacción que le dábamos con desobedecer su mentido deseo de no compartir con su mujer las penalidades de la situación.

Luego nos contó: Indalecio Prieto, alarmado por la noticia que, confirmando algunas soeces alharacas de Queipo por radio, daba por muy posible un intento de desembarco de tropas moras en la playa de San Juan próxima a Alicante, había decidido la salida de sus hijas para Francia. Al mismo tiempo, comunicaba al Presidente el acuerdo del Gobierno de trasladar su residencia fuera de Madrid, amenazada ya muy de cerca por los insurrectos. No había vuelto a hablar con Largo Caballero de tal posibilidad, cuando hallándose una mañana en un festival en honor y agradecimiento a la URSS —cosa, a la verdad, no de su mayor agrado, por lo poco que estaba para fiestas o por lo inconveniente que le parecía el extremar manifestaciones exclusivas que pudieran abonar la propaganda enemiga— le avisó Prieto con urgencia de que se apresta a abandonar la capital. El Gobierno se disponía a hacerlo a su vez. Creyó el Presidente que rindiéndose Largo Caballero a sus razones estaba decidido el traslado a Barcelona, adonde él se dirigió como tenía previsto.

En Barcelona había tenido la impresión de que Companys le recibía, en su calidad de Presidente de la Generalitat, como al jefe de un Estado extranjero, su aliado en la defensa contra un enemigo común. Los catalanes mostraban harto empeño en poner de relieve «el hecho diferencial» de su guerra contra los que, a título de separatistas precisamente, combatían a los republicanos. Ése era precisamente el motivo principal que el Presidente de la República tenía para personarse en Barcelona y procurar el establecimiento allí del Gobierno. Sobre todas sus ideas acerca de la autonomía de Cataluña, prevalecía su pensamiento inequívoco de español, afianzado en aquellas circunstancias contra cualquier veleidad traidora de la ley consignada en el Estatuto para Cataluña y que en modo alguno autorizaba a sus naturales a vulnerarla, subvirtiendo los principios fundamentales de la República.[4] Que el Gobier-

4. Véase lo que escribe Azaña al respecto después de constituirse el Gobierno Negrín, el 31 de mayo de 1937: «Desde "El Gobierno debe restablecer en Cataluña su autoridad en todo lo que le compete, manteniéndose estrictamente dentro de la ley (...)" hasta "La autonomía es un sistema basado en la democracia,

no, desatendiendo su consejo, se hubiera quedado, al parecer, en Valencia, con lo que rompía la imprescindible relación diaria con el Presidente, le contrariaba sobremanera.[5]

Tan sin noticias directas estaba del Presidente del Consejo y del Ministro de Estado, que se enteró por la radio y los periódicos de cosa tan grave, y tan decisiva en la suerte de nuestra contienda, como la ruptura de relaciones diplomáticas con Portugal, antecedente a la que no podía por menos de ocurrir con el Reich e Italia, cuya intervención en contra de la República Española manteníase subrepticiamente con el monstruoso equívoco aceptado por las demás Potencias.

Saliendo a la antesala de las audiencias del Presidente, al siguiente día, me encontré a Gabriel Alomar, Embajador en Roma que había sido, y a la sazón Ministro en El Cairo. Se mostró de acuerdo con lo que el Presidente no se recataba para decir en punto a la necesidad de procurar de un modo o de otro la mediación de Inglaterra y Francia en favor de la paz.[6] La palabra mediación soliviantaba los ánimos de las gentes,

---

y en su expresión legal, el sufragio, del cual sale el órgano principal autonómico, el Parlamento, llamado a elegir al Presidente de la Generalitat, que forma el Gobierno responsable ante el Parlamento mismo"». (*Memorias,* II, p. 58.)

5. Hablando a don Nicolau D'Olwer, dice Azaña el 12 de octubre de 1937: «Le recuerdo que el año pasado, cuando el gobierno consideraba la necesidad de marcharse de Madrid, mi opinión era que se trasladara a Barcelona. Así se acordó. Vigente este acuerdo, salí yo de Madrid, por decisión del Gobierno, y fui directamente a Barcelona donde esperaba encontrar a los ministros al día siguiente. Aplazaron la salida y después, sin comunicarme la rectificación del acuerdo, se quedaron en Valencia. Yo permanecí en Barcelona siete meses, creyendo que mi presencia era allí más útil.» (*Memorias,* II, p. 318.)

6. Compárese con lo que le dice Azaña a Giral el 30 de agosto 1937: «La obligación actual es aprovechar el tiempo y trabajar en el campo de la política internacional, de donde todavía puede salir una solución de paz que ponga término al estrago. Se entiende que yo deseo la paz con la República. Porque para que en España reine una paz fúnebre, después del aplastamiento de la República y del fusilamiento de todos los republicanos, no hace falta calentarse los sesos. Basta seguir como vamos.» (*Memorias,* II, p. 245.) La idea de lograr la paz negociada es un tema recurrente en las *Memorias* de Azaña, susceptible de muchísimas citas. El mejor resumen de todas ellas está en el artículo «La moral de la retaguardia y las probabilidades de paz» (*O.C.,* III, pp. 519-524): «En tales condiciones, procurar la paz, para que la suerte de la República y la de España no estuvieran pendientes del azar de las armas, no quería decir que se abandonase la resistencia. Todo lo contrario: la única probabilidad de obtener una solución medianamente aceptable consistía en que la capacidad de resistencia fuese tan poderosa y duradera, que los enemigos y sus protectores hallasen también ventajoso poner término al conflicto por una negociación.»

mal avenidas no ya con el solo pensamiento de una derrota posible, sino con el menor intento de transigir la justicia que se nos debía por entero. La conducta para con nosotros de los Gobiernos con quienes la República estaba en relaciones normales, acrecidas por nuestra adhesión constitucional al pacifismo ginebrino, era atroz y sin justificación. Que a título de una neutralidad, normal en una guerra declarada entre dos países, y con el neologismo de la «no-intervención» en los asuntos interiores de un Estado, se negaran al Gobierno de la República Española las armas que legítimamente se nos debía procurar en conformidad con la ley internacional, tanto más, ya lo he dicho cuantas veces lo repetía el Presidente, que en virtud del último y oneroso tratado con Francia estábamos obligados a adquirirlas de la administración francesa, era iniquidad sin ejemplo. No podía justificarla el temor de desatar con ello la guerra general en Europa, peligro aducido para la inhibición insensata en nuestro daño de quienes tan amenazados como nosotros y derrotados con nuestro vencimiento si se nos vencía.

Ahora bien, opinaba el Presidente, constreñido a aceptar la realidad política de los hechos, que no nos cumplía otra cosa en nuestro desamparo, y por más que mantuviéramos nuestro derecho a la asistencia negada, que el aceptar la «no-intervención» declarada por Inglaterra y Francia, y, sumándonos mal que bien a ese criterio novísimo, solicitarla enteramente, recabando ya que no la ayuda del amigo, la retirada del enemigo. Si la retirada se obtenía con un armisticio, y después se reanudaban las hostilidades entre los españoles solos, lo que era improbable, el triunfo del Gobierno sobre los militares rebeldes abandonados a sus propias fuerzas era seguro.[7]

7. Comparar con lo que Azaña le dice a Negrín y a Giral el 14 de junio de 1937: «Hay que preparar políticamente el desenlace de la guerra, empezando por buscar los medios políticos que puedan influir en la situación actual en los factores de la guerra, alterándolos en nuestra ventaja. Me refiero expresamente a la retirada de los extranjeros (...) Si se obtuviera, para pronto y total, la retirada de los extranjeros, podría ir acompañada de acuerdos entre las potencias, que la facilitasen, siempre que el Gobierno español no tuviera que suscribir tales acuerdos. Por otra parte, si el Gobierno está dispuesto a admitir comisiones de neutrales para comprobar la retirada, no veo por qué no aceptaría la suspensión de hostilidades para realizarla. El cansancio de la guerra cunde. Si se suspendiesen las hostilidades, sería fácil no reanudarlas.» (*Memorias,* II, p. 77.) Y al General Rojo el 1 de noviembre de 1937: «Le pregunto su parecer sobre una posible suspensión de hostilidades, para la evacuación de extranjeros, como resultado de un acuerdo del Comité de Londres, si se logra. "Militarmente, todo serían ventajas para nosotros", responde.» (*Memorias,* II, p. 345.) Y todavía, el 23 de

La opinión en general, excitada por una propaganda netamente guerrera, se manifestaba contraria a toda sugestión pacífica que no llevara aparejada la victoria aplastante. El Gobierno estimaba como una muestra de debilidad la menor concesión al espíritu de transigencia, tanto más cuanto que dar en el momento de su salida de Madrid la impresión de que podía terminarse la guerra, era tanto como darse por vencido. Únicamente Prieto sustentaba la opinión del Presidente —pesimista, que decían los beligerantes de la retaguardia.

Una de las tardes que estuve en Barcelona y a la vuelta del paseo que como siempre tuvo por costumbre había empezado a ser habitual en el Presidente, nos vimos detenidos a la entrada de la ciudad por la insistencia de un «control» en desconocer al principal ocupante de los tres coches en que íbamos, acompañados de la policía y los ayudantes militares. Como no se dieran a las razones de éstos, ni de los agentes, y siguieran empeñados en exigir pasaportes y salvoconductos, se asomó impaciente a la ventanilla y preguntó al inquirente, con cierta sorna:

—¿No me conoces? ¿No me has visto nunca? Pues entonces tienes razón, si son esas las órdenes que te dan.

El Presidente no podía por menos de ver que tanto el Gobierno de la Generalitat como el de la República aceptaban una situación tan intolerable, justificando so capa de cumplimiento estricto de la vigilancia imprescindible, semejantes atropellos del sentido común.

Otra tarde, nos alargamos a Montserrat donde yo no había estado nunca. Aunque desalojado el convento, de que sólo quedaba un lego, no había sufrido daño alguno en la fábrica del edificio, ni en la biblioteca, que vimos perfectamente en orden bajo la salvaguardia de la Generalitat, que tenía allí algún representante; mucho menos en las personas de los monjes. Asomados, ya puesto el sol, a un pretil del jardín conventual, como oyera hablar al Presidente del gusto que sería para él poder acogerse a aquel retiro, le insté a que se lo diera, pues que nadie había de disputárselo.

Echamos de ver luego los demás la inconveniencia de apartarse a vivir tan lejos de Barcelona, teniendo para ir a ella diariamente que

---

mayo de 1938 a Álvarez del Vayo, Ministro de Estado: «Insisto en la necesidad de una política, detrás de la resistencia. Caben tres direcciones: con los anglo-franceses, para la suspensión de armas y el plebiscito; con Italia, para hacer la paz, sobre bases comerciales e internacionales; con los rebeldes sobre la unión contra los extranjeros.» (*Ibid.*, II, p. 397.)

recorrer una carretera harto frecuentada y sumamente expuesta —sobre todo de noche— a cualquier peligro de los muchos que acechan siempre a un Jefe de Estado; muchísimo más en circunstancias tan azarosas como las que atravesábamos. Se decidió, sin embargo, a fijar su residencia particular en Montserrat y allá se fue con mi hermana y el pequeño séquito íntimo, continuando instalado en el Parque de la Ciudadela de Barcelona el despacho oficial de la Presidencia.

La erramos todos. El retiro del Presidente dio pábulo a la noticia difundida por el extranjero de que estaba prisionero o poco menos del Gobierno, que, por lo demás, mantenía con él trato tan distante. A los amigos de cierta representación como don Ángel Ossorio, tampoco les gustaba mucho ni poco lo que parecía inhibición del Poder, y así me lo hizo saber sin ambages nuestro Embajador en Bruselas, sin duda también para que yo lo transmitiera al más interesado,[8] el cual se cansó pronto de la soledad de aquellos montes, de que tan poco disfrutaba sino por el camino yendo y viniendo a la capital de Cataluña. Trasladóse, pues, de nuevo al Palacete de la Ciudadela en Barcelona, donde sufrió el primer bombardeo de la ciudad por parte de uno de los barcos de la flota insurrecta, y en el que permaneció hasta muy entrada la primavera del 37.

No volví a verle en todos aquellos meses, retenido en Ginebra por las obligaciones de mi cargo; pero con mucha más frecuencia y a temporadas casi a diario, me telefoneaba para tener un cambio de impresiones que le aliviara de la soledad entre tanta compañía. A poco de llegar habíaseme presentado un simpático e inteligente italiano, a quien por su título familiar llamamos luego sus más amigos el *Barone,* aunque él nunca lo usaba. Carlo A. Prato, de noble ascendencia triestina, se había pasado con su avión, del ejército austríaco en que servía al principio de la guerra de 1914, al de su verdadera patria, Italia, y en el que se distinguió con categoría de *as.* Llevóselo consigo después al Ministerio de Negocios Extranjeros el Conde Sforza y cuando el

8. Le dice Azaña el 17 de junio de 1937: «La carta de usted era infundada, y, en la parte que se refiere a los republicanos, un poco calumniosa. ¿De dónde ha sacado usted lo de mi reclusión en un monasterio? Dos meses largos he estado durmiendo en Montserrat, hasta que me he hartado; pero ni uno solo he faltado de Barcelona, en mi residencia oficial, ni de recibir visitas y audiencias, ni de recorrer los caminos, visitar pueblos, etcétera. Una vez sola falté de Barcelona, porque la nieve y la niebla pusieron intransitable el camino. Mi comunicación con el Gobierno era la que debía ser, y la que el Gobierno quiso que fuese.» (*Memorias,* II, p. 81.)

advenimiento del fascismo al Poder, se refugió en Suiza, fundando en Ginebra el *Journal des Nations,* verdadero órgano de la Liga, ya que contribuían las delegaciones de los países en ella representados con suscripciones y subvenciones oficiales, no a los solos efectos de la propaganda respectiva, sino por la bonísima información diplomática del periódico, único en su género. Sabiendo yo que Álvarez del Vayo era gustoso de compensar la buena campaña en nuestro pro que venía haciendo el *Journal des Nations* con anterioridad a nuestra guerra, propuse a nuestro Ministro de Estado que le subvencionara con diez mil francos suizos de una sola vez. De allí a un mes próximamente apareció, en un periodicucho de cierto escándalo y notoria significación fascista, el facsímil del recibo de A. Prato que yo guardaba en un cajón de mi escritorio. Pronto eché de ver que el autor del robo era el vicecónsul. La premura que puso en advertirme del pequeño escándalo periodístico, atribuyendo la sustracción a la fiel mecanógrafa del consulado, me confirmó en mi sospecha, pero al darle yo cuenta al Ministro, se apresuró de tal modo a trasladarlo a Valencia, que el Espinosa lo notó y sin esperar a hacer más méritos, que hartos se llevaba en el equipaje, desapareció sabiéndolo la policía e incluso con su ayuda, pasando inmediatamente a Salamanca y después a Biarritz a hacer espionaje como asistente de mi antecesor en el consulado de Ginebra.

Como se me ocurriera de allí a poco leer de corrido las *Memorias* que el Presidente me confió al salir yo de Madrid, vi que no correspondía el final de uno de los cuadernos con la numeración siguiente en el otro, ni con la cronología del interrumpido relato. Me apresuré a decírselo por teléfono, usando los circunloquios y supuestos con que sustraíamos en parte nuestra intimidad a la curiosidad de la censura, cuya desorbitada vigilancia habíamos podido advertir en nuestras conversaciones. Quería yo creer que hubiera podido quedarse él a sabiendas con el cuaderno que faltaba.[9] Al punto comprendí que lo daba por perdido, con mucho disgusto; pero que atribuía el robo, tal vez, a una sirvienta en la calle de Serrano, donde mi hermana pudo notar otras sustracciones de menos importancia. Mi mujer y yo estuvimos desde luego convencidos de que el autor del robo no podía ser otro que el vicecónsul Espinosa. Como así resultó al cabo.

9. Las *Memorias* publicadas ofrecen un hueco desde el 23 de julio de 1932 al 27 de febrero de 1933; y otro a partir del 1 de junio de 1933 hasta la época en que Azaña dejó el Gobierno. Véase también p. 382, donde se hace referencia a dos cuadernos.

Entretanto, se celebró en el mes de diciembre la Asamblea Extraordinaria de la Sociedad de Naciones que ratificó la monstruosa «no-intervención» e instituyó el Comité de Londres compuesto por representantes de Inglaterra, Francia, Italia, Alemania y la URSS, sin la menor intervención, en efecto, del Gobierno español tan bárbara, tan incivilmente condenado a morir, a manos de las democracias eminentes de Europa, al alimón con los Estados autoritarios que nos agredían. Por entonces, fue nombrado vicecónsul al lado mío Víctor Hurtado, hijo de don Amadeo, el consecuente republicano catalán. Antes de ser nombrado y no se diga después, se afanó Víctor Hurtado en ofrecer por mi conducto al Presidente los buenos oficios de su padre, que, retirado a París, decíase en un todo conforme con el criterio presidencial. Para ponerlo en práctica, en lo que hacía a las relaciones suboficiales, que pudiéramos decir, de nuestro Gobierno con el de la República francesa, se creía en mejores condiciones que nadie por su mejor conocimiento de los medios políticos de París.

Cuando, a sabiendas de lo que iba a contestarme, le transmití el recado al Presidente, agradeció la opinión del «Saboyano», nombre que para entendernos le dimos sin ponernos de acuerdo previamente, trayendo a colación la dinastía de Saboya, que en la historia de España representa únicamente el nombre de don Amadeo I.

Agradecía asimismo la buena intención que pudiera haber en el ofrecimiento. Ahora bien, quería dejar sentado de una vez y para siempre y cuanto más amigo más claro, que no admitía la conversación epistolar, ni a través de terceras personas —mucho menos mediando yo— con quienes tenían siempre abiertas las puertas de su despacho en su residencia circunstancial de Barcelona. No admitía las fugas vergonzantes de los políticos en activo. Y mucho menos que nadie pretendiera, a espaldas del Gobierno y de los Embajadores y Plenipotenciarios acreditados, servir subrepticiamente en el extranjero una opinión presidencial que, en todo caso, habría que hacer valer públicamente ante los españoles ciegos.

Como, no obstante la incorrección del procedimiento, la opinión de Hurtado no discrepaba del parecer del Presidente, respecto a la necesidad de establecer contactos con los Gobiernos de Inglaterra y Francia que pudieran servir en un momento dado para procurar la mediación, de que no se podía hablar sin escándalo de los puramente justicieros, me presté a saludar en Ginebra al señor Fouq du Parc, alto funcionario del Ministerio de Negocios francés, como tal diplomático de carrera, y

miembro adjunto a la delegación francesa en la Sociedad de Naciones, de quien el «Saboyano» se decía amigo. Procuré ponerle al tanto y me pareció que le dejaban convencido las razones del Presidente que yo le traduje para su mejor ilustración. Y en cuanto a la preponderancia o no de la URSS en la política internacional de la República española después de la insurrección militar, no hice más que repetirle lo que el Presidente repetía respecto a la defección de los Embajadores francés e inglés ignominiosamente establecidos en Hendaya.[10]

Me había contado mi cuñado, durante mi estancia en Barcelona, que, al llegar él allí, se le había presentado, harto imprudentemente, pero con desenfadada simpatía, el cónsul de la URSS. Éralo el famoos Ovseenko, a quien se atribuía, no sabíamos bien si con entero fundamento, la matanza de doce mil anarquistas en los primeros tiempos de la Revolución rusa, lo que le daba un prestigio, contraproducente hasta cierto punto, en el ambiente obrero de la capital catalana. Estaba, sin embargo, en relación, quizá más ostensible que eficaz, con el Gobierno de la Generalitat, y pareciéndole como le parecía al Presidente que aquella ostentación, en punto a la asistencia en mítines clamorosos con Companys, no era muy pertinente, tampoco había, claro está, de parecerle bien que se permitiera hablarle como lo hizo el primer día al ir a cumplimentarle, demasiado mano a mano. Otro cónsul no más se creyó en el caso de saludar al Presidente de la República a su llegada a Barcelona: el de los Estados Unidos. Y también hubo de declinar mi cuñado el ofrecimiento, harto prematuro, para que pudiera ser nunca efectivo andando el tiempo, que el representante americano le hizo de un barco de guerra de su país, dado caso que se viera obligado por las circunstancias de la guerra (sin duda creía inminentes las más desfavorables) a abandonar la Presidencia y España.

Coincidiendo con el Consejo ordinario de la Sociedad de Naciones, tuvo lugar en Valencia, en enero del 37, el primer discurso público de los que el Presidente pronunció durante nuestra guerra.[11] Hay constancia del acto en una fotografía en que aparece erguido, como siempre robusto, y jovial la expresión y franco y decidido el paso, siguiendo el claustro de la Universidad, hacia el salón donde el discurso tuvo lugar. Dos cosas hay en él que lo señalan como una de las piezas históricas

10. Véase el artículo «La U.R.S.S. y la guerra de España». (*O.C.*, III, pp. 475-479.)

11. Discurso del 21 de enero de 1937. (*Los españoles en guerra,* pp. 15-43, Editorial Crítica.)

más interesantes para el juicio de la posteridad, en tanto que clarividentes del presente a la sazón y del futuro que el tiempo vino a demostrar. Es la una la exposición rotunda del problema español en la política europea: La República española, al corroborar con su pacifismo, declarado en la Constitución, la inteligencia con Inglaterra y Francia de los últimos tiempos de la monarquía, era un pivote esencial del equilibrio del Mediterráneo en que aquélla se sustentaba; y el desarme de España una contribución efectiva al *statu quo* fundamental de la hegemonía inglesa en la ruta de Oriente y en la seguridad del dominio francés en el Norte de África. Una vez armada España, y cualquiera que fuese el resultado de nuestra contienda armada de nuevo, ya no significaba en el juego europeo una Potencia necesariamente adscrita a la política de Francia e Inglaterra. Por entonces precisamente se había firmado el *Gentlemen agreement*, el «trato caballeresco» con Italia, que salvaguardando el interés puramente británico en el Mediterráneo, dejaba virtualmente en libertad a Mussolini para ayudar a la reacción española con notorio signo fascista, sin que el Gobierno inglés se considerara agraviado en sus intereses vitales, no digamos ya en el puro sentimiento liberal de su pueblo.

Expuso asimismo el Presidente en aquel discurso de Valencia la razón que nos asistía, en punto al cumplimiento del acuerdo franco-español en el Protectorado de Marruecos, subvertido gravemente con la aportación de tropas del Sultán a la insurrección de los militares españoles.

Por otra parte, el Presidente auguró cuál sería su suerte cuando la guerra terminara: «*Se me romperá el corazón* y nadie sabrá nunca quién ha sufrido más por la libertad de España». Seguro vaticinio de una conciencia serenamente desolada.[12]

Dificultades para la impresión del discurso que en mi impaciencia por que llegara a tiempo a Ginebra me parecían maliciosas, retrasaron su reparto, en la traducción francesa que de él se hizo, a los delegados en el Consejo de la Sociedad que tocaba ya a su fin.

Cuando el Presidente me llamó por teléfono para preguntarme qué efecto había producido su discurso, no pude decirle sino que todos los

12. La cita exacta es: «... porque cuando se tiene el dolor de español que yo tengo en el alma, no se triunfa personalmente contra compatriotas. Y cuando vuestro primer magistrado erija el trofeo de la victoria, su corazón de español se romperá, y nunca se sabrá quién ha sufrido más por la libertad de España.» (*Ibid.*, p. 43.)

miembros de la delegación española, muy especialmente el Ministro de Estado y el Embajador en Londres, me lo habían ponderado con entusiasmo efusivo; pero que ningún efecto más importante podía producir, como yo hubiera querido, entre los delegados de los países asociados en Ginebra, toda vez que llegaba tarde en extremo para cualquier resultado del Consejo de la Sociedad.

—Bueno, mira —me dijo el Presidente—, le vas a decir a Vayo y a Azcárate de mi parte, que ese discurso no me lo he sacado de la cabeza ni lo he soltado así sin más ni más. Que antes de pronunciarlo, ha sido consultado punto por punto en Consejo, y aprobado y después aplaudido y llorado incluso, por los ministros; que no se trata de que ellos me lo aplaudan también, sino de que saquen las consecuencias pertinentes y obren conforme a ellas; porque el discurso no es más que el programa de una acción política: de Gobierno. Hazles una nota subrayándoles lo que hay que subrayar: lo del *statu quo* en el Mediterráneo, lo de Marruecos, y les dices que me permito hacerles estas indicaciones por conducto tuyo, porque contigo me entiendo por teléfono a medias palabras y me es mucho más fácil. Que creo deben reunirse, ahí o en París, con Araquistáin, con Ossorio, con Pascua y Jiménez Asúa —que Embajador en Moscú y Ministro en Praga, respectivamente, se hallaban asimismo en Ginebra— y fijar de común acuerdo la conducta que el discurso señala.

Como yo le saliera al paso con la observación de que acaso no les pareciera adecuado el conducto por el cual recibían el aviso, conocedor como era yo de la suspicacia que despertaba en el ánimo de Vayo y Azcárate la reserva del Presidente respecto a los resonantes triunfos ginebrinos de nuestro Ministro de Estado, que mis informes particulares desvirtuaban un tanto, contradiciendo la propaganda oficial que Vayo se hacía, insistió mi hermano airadamente jovial:

—A menos que me ponga una barba postiza y me vaya a Ginebra a decirles lo que tienen que hacer.[13]

Sucedió lo que yo me figuraba. Recibieron la nota presidencial, que me cuidé de redactar y copiar para cada uno de ellos, y ni siquiera me

13. Compárese la broma con la que le gasta al señor Bugeda: «Mire usted, Bugeda; lo que yo puedo hacer es dejarme la barba, que ya debe de estar blanca, ponerme unas gafas ahumadas, con lo que nadie me conocerá, y si Negrín se compromete a convencer a las gentes de que estoy recluido en mi habitación por enfermo, me iré a París, haciendo de embajador entre bastidores...» Bugeda se ríe. (*Memorias,* II, p. 349, del 2 de noviembre de 1937.)

invitaron a que se la ampliara de viva voz como la había recibido por teléfono. Ni que decir tiene que no se reunieron en París ni en ninguna parte, ni fijaron en normas seguras el programa de acción política internacional que el Presidente les apuntaba en anuencia del Gobierno. Le confirmé, pues, mi primera impresión en lo referente al disgusto que mi intervención oficiosa les había producido; pero hasta que fui a Valencia meses después nada supe de las consecuencias que yo había previsto de mi gestión infructuosa. Azcárate había ido de allí a poco a Barcelona y al frente de Madrid y hecho luego declaraciones a los periódicos en exaltación del admirable espíritu combativo de los defensores de la capital; cosa que al Presidente le parecía fuera de lugar e impropio del Embajador en Londres, a quien se había mandado allí precisamente a título de hombre ponderado y en quien encarnaba, como antiguo funcionario de la Sociedad de Naciones, el espíritu de Ginebra. Como en visita de obligada cortesía fuera a saludar al Presidente, aprovechó éste la ocasión para significarle que si me había utilizado como mensajero de una opinión que excedía los límites de la confianza particular, no por la relación que nos unía, mas, por la circunstancia de ser yo, en mi calidad de cónsul, Secretario Permanente de la delegación española en la Sociedad de Naciones, Azcárate murmuró, a cuanto mi cuñado me dijo, vagas excusas, pero ni él ni Álvarez del Vayo cejaron ya nunca en una política tan personal como ineficaz, en un todo contraria además a la prudente consideración en que el Presidente fundaba sus designios. Creo que fue en el primer viaje que hice a París desde Ginebra, cuando don Amadeo Hurtado quiso que nos viéramos con Luis de Zulueta, quien Embajador en el Vaticano cuando estalló el movimiento insurreccional contra la República, cedió a la presión del enemigo y solicitando del Gobierno autorización para retirarse personalmente, no obstante la República no rompiera sus relaciones con la Santa Sede, se quedó en Francia, sin ir a Barcelona a presentar protocolariamente sus respetos de despedida al Presidente. En el mismo caso o muy parecido, estaba el ex Embajador en Lisboa, Sánchez Albornoz. Luis de Zulueta, de acuerdo con el «Saboyano» en la necesidad de procurar un ambiente propicio a la pacificación de España en las cancillerías extranjeras, particularmente en París y Londres, no creía poder hacer nada particularmente, ya que su situación le imposibilitaba para cualquier gestión oficiosa, no digamos oficial. El Presidente no admitía esos equívocos; y le parecía intolerazble la actitud de algunas gentes como Salvador de Madariaga, que pretendía a una «Tercera España» entre ambos contendientes, pero

atenido a la cómoda tribuna de las *Cartas al editor* en el *Times* de Londres y, sobre todo, sin una razón moral que pudiera justificar semejante inhibición.[14] Cualquiera que fuese el desmán del pueblo y aun la insensatez criminal de algunos de los detentadores de una autoridad adventicia, la justicia estaba enteramente de nuestro lado, por mucho que no se nos hiciera. Era una aberración que, a título de salvadores de la patria contra el peligro del comunismo, los militares alzados contra la República no hubieran vacilado en provocar la tremenda hecatombe sin ejemplo, de cuya responsabilidad estaban en absoluto exentos los gobernantes republicanos. Pocos diputados había sacado el Partido Comunista en las elecciones del 36. Y eso contando con la colaboración de los restantes partidos componentes del Frente Popular. ¿Qué supuesta amenaza de subversión revolucionaria del orden social podía nunca absolver la culpa de una guerra tan atroz? Toda caía sobre los insurrectos y no se podía consentir que nadie se inhibiera, ni mucho menos medir a los republicanos por el mismo rasero que a los facciosos. La serena exposición vindicatoria de nuestra causa, sustancia del discurso de Valencia, cobraba en la intimidad familiar y en las conversaciones con los amigos, la violencia apasionada de quien se sabe dueño de la verdad.

Ocurrió en tanto en Inglaterra una grave crisis constitucional. So capa de desautorización de la boda morganática de Eduardo VIII con una norteamericana, divorciada para mayor escándalo de la Iglesia Anglicana, el Primer Ministro y Jefe a la sazón del Partido Conservador Mr. Baldwin, consiguió con la abdicación del rey desvirtuar la osadísima influencia de los *nazis* a través de la mujer del joven monarca, un tanto propicio, con tal cual alarde personalista, a interrumpir la tradición del liberalismo inhibitorio característica de la Dinastía hannoveriana. Como se dispusiera, no más acceder al trono Jorge VI, su coronación para unos meses después, me llamó a París nuestro Embajador Araquistáin con la pretensión que apoyaba luego nuestro amigo don Ángel Ossorio

14. La misma idea en su conversación con don José Gaos, el 18 de octubre de 1937: «Algunas de esas personas —le interrumpo— han querido reservarse para escribir, como si dijéramos, el último capítulo de la filosofía de la historia, y ya en posesión del dato definitivo demostrar fácilmente que siempre tuvieron razón y que ya ellos lo habían dicho... En la vida pública es menester exponerse a fracasar. Cuando se supedita todo a suprimir ese riesgo, el fracaso es seguro.» (*Memorias,* II, p. 328-329. Véase también, sobre lo mismo, el discurso de Valencia del 21 de enero de 1937, *Españoles en guerra,* p. 25, y *La velada en Benicarló,* p. 68, Editorial Castalia.)

desde Bruselas, de que fuera el propio Presidente quien asistiera en Londres, y no por ningún delegado o representante, a las fiestas que con aquel motivo habían de tener lugar; tampoco por otra cosa que por tener así ocasión de tantear personalmente la cuestión española al Gobierno inglés y, acaso, al propio rey. Mi cuñado estimó desde luego que en ningún caso le cumplía ir; sobre todo, sin que la cuestión estuviese de antemano tratada y aun resuelta. Exponerse, como Presidente de la República, al resultado de una negociación, era en extremo azaroso; y de malísimo efecto —podía serlo contraproducente— que no resultara nada de la visita. Pero no había por qué pensar en semejante posibilidad. A la coronación de Jorge VI, se supo con la conveniente anterioridad protocolaria, que no asistiría ninguno de los monarcas reinantes, ni el Presidente de la República Francesa. Cuidadosísimo siempre de su prestigio presidencial, mucho más en las difíciles circunstancias por que atravesaba la República, no quiso que se propusiera al Consejo de Ministros la eventualidad de su viaje a Londres. Podía parecer acatamiento a la soberanía, no ya al arbitraje del rey de Inglaterra, el presentarse en su Corte con los Jefes de los Dominios británicos y los representantes coloniales del Imperio. Don Ángel Ossorio me contestó con graciosa ironía, cuando le opuse la respuesta del Presidente a su insinuación oficiosa: «Bueno, mandaremos a José Ramón, en calidad de Príncipe heredero», aludiendo con ello al cariño siempre manifiesto por el Presidente al primero de mis niños.

Recordaba con mis hermanas la última tarde que don Ángel pasó, después de comer con ellos en la intimidad de «La Quinta» del Pardo, muy poco tiempo antes del levantamiento insurrecto. Tenían entonces al pequeño de mis tres chicos y don Ángel, poniéndose a tono con el niño, se compadecía sin embargo del corderito que un pastor beneficiario de aquellos pastos le había regalado para jugar.[15] Hacíalo tan intensamente, que el animal desfallecía a ojos vistas y apenas si podía tenerse en pie tras de tantas carreras como atado de una cuerda le hacía dar Carlitos; y tanto fue que al siguiente día el Presidente devolvió el cordero al campo, dándole otra vez la vida con ello. Con las lamentaciones graciosas por el cordero, alternó don Ángel aquella tarde las de sus fallidas pretensiones a la Presidencia. Eran lo bastante amigos mutuamente para poder expansionarse en compañía. Y, pese a la reserva que imponía a la entera compenetración de aquellos dos hombres la diversa

15. Véase carta del 5 de junio de 1936.

carrera política de uno y otro, los dos se estimaban y juntos se entregaban a cierta confianza, atemperada, conforme al genio propio de cada cual, por la ironía con que castigaban, incluso para sí, sus mismos sentimientos:

—Hay que ver —vino a considerar don Ángel—, tengo tantos —y dijo los que tenía—, llevo tantos de ejercicio de la abogacía —y los contó también—, he sido diputado tantas veces; gobernador cuando tenía tal edad —y citó la juvenil en lo que fue de Barcelona en 1909—, ministro y al cabo, no soy nada.

—Pues yo —le contestó con cierta sorna el Presidente— no he sido nunca nada y ahora a los cincuenta y cinco años soy Presidente de la República.

Hablando conmigo en Bruselas, en aquel enero del 37 —con ocasión de la conferencia sobre teatro español que fui a dar, en orden a la propaganda organizada por el Embajador— insistió en su lamentosa consideración acerca de lo conveniente que hubiera sido a la República su presidencia en vez de la de mi hermano político, quien Jefe indiscutible del Gobierno, hubiera tenido siempre la confianza presidencial que le faltó con don Niceto.

Cuando le transmití al Presidente la amistosísima lamentación de su amigo y abogado, no pudo menos de recordar a su vez aquel artículo de *Luz* en que le señalaba como un peligro de autoritarismo.[16]

La victoria de Guadalajara pudo dar lugar a la pretensión del Presidente, y a que nunca se habían negado paladinamente el del Consejo y el Ministro de Estado, de procurar un arreglo civil en nuestra contienda. La única razón de Largo Caballero y Vayo, a que todos los ministros, incluso Prieto, se sumaban para no intentar desde luego la paz por parte del Gobierno, era la imposibilidad de obtenerla sin menoscabo hasta tanto no se infligiera a los rebeldes una derrota manifiesta. Que la derrota fuera de los italianos, podía quizás haber acercado a uno y otro bando de españoles en pugna, dado el poquísimo prestigio militar que siempre han tenido entre nosotros los entonces súbditos de Mussolini; pero pronto advirtió el Presidente la inutilidad de su intento. En toda Europa, y particularmente en los periódicos afectos de Inglaterra, se levantó un verdadero clamor de sarcasmos, y Guadalajara fue sinónimo de Caporetto de veinte años atrás en la guerra con Austria. Ello determinó la imposibilidad para el Duce de aceptar cualquier insi-

16. Véase la nota 1 de la p. 267.

nuación que hubiera podido hacérsele para transigir su retirada de España. Guadalajara fue nuestra ruina por la necesidad, imprescindible para la Italia fascista, de recabar la preponderancia en el envío de tropas a la insurrección militar española, vinculada ya al nombre de Franco, en quien había venido a recaer, tras no pocas cuestiones difíciles entre los insurrectos, la herencia caudillista de Sanjurjo.

Inútil hubiera sido tampoco intentar convencer al pueblo español de que debía dirimirse su justicia de otra suerte que por la fuerza de las armas. El Presidente no se dejaba engañar por las vanas apariencias de nuestro triunfo efímero. Sabía que Francia e Inglaterra no estaban dispuestas a dar un paso más en nuestro favor y que ello implicaba la impunidad, en nuestro daño, de Alemania e Italia. Inútil era a ese respecto la argumentación capital del discurso de Valencia, atribuyendo a estrategia en previsión de la próxima guerra general el esfuerzo de las naciones del Eje —por entonces llamaron así a su alianza alemanes e italianos— en ayuda de la sublevación contra la República española. Insistía el Presidente en que no buscaban tanto Hitler y Mussolini —a quienes nunca nombró— un cambio de régimen en España, por lo que tuviera de pura adhesión a los principios comunes al nacionalsocialismo y al fascismo, como la posición estratégica de la Península. Tenía motivos sobrados y harto recientes para saber que si la República española se hubiera mostrado propicia a las sugestiones alemanas e italianas ante la eventualidad de una nueva guerra europea, como la que ya amenazaba, no hubieran apoyado la menor veleidad antirrepublicana de los militares y los curas españoles al frente de una gran parte de la burguesía suicida.

Araquistáin llegó a sumarse al criterio del Presidente de la República, pero quizá más impresionado por el trato distante que le concedían los franceses, que convencido de la necesidad de transigir la guerra, si hacía tal cual gestión, un tanto por su cuenta y riesgo, en vista de un posible acercamiento a Alemania e Italia que les hiciera desistir de la aventura de España, era en todo caso tardía.

Por aquellos mismos días de nuestro triunfo en Guadalajara contra los italianos, me dio mi mujer el cuarto hijo, que fue hija, y ocasión una vez más de que se manifestara con la alegría de mi hermano cuán equivocadamente le juzgaban quienes le suponían cuando no desafecto de todo sentimiento, por lo menos fácilmente sustraído a las acechanzas de la ternura del sentimentalismo familiar.

Creo que fue al volver muy a primeros de mayo de otra conferencia

de propaganda cultural que fui a dar a Holanda, bajo los auspicios de nuestro Encargado de Negocios en La Haya, José María Semprún, cuando me dijo don Ángel en Bruselas, a cuenta siempre del *pesimismo* del Presidente de la República, que «por lo pronto y afortunadamente se había equivocado» en sus negras predicciones de pocos meses antes. «Dile —me contestó mi cuñado cuando se lo dije— que no me he equivocado más que en las fechas.»

De Holanda volví a Ginebra por Bruselas y París. Allí me encontré con la sorpresa de que Álvarez del Vayo, que por aquellos mismos días se alojaba en la Embajada, huésped de su cuñado Araquistáin, se proponía trasladarme de Ministro a Copenhague. Disimulaba mi alejamiento de Ginebra con una mayor dignidad diplomática; pero, perjudicadísimo yo, por lo que para mí significaba, en primer término, la mayor distancia de España y muy principalmente el que me apartara de la Sociedad de Naciones, privándole así al Presidente de la información particular que yo pudiera darle y que tanto contradecía muchas veces la propaganda propia del Ministro de Estado, le rogué insistentemente que no me moviera de donde estaba. Como todavía en la estación del Quai d'Orsay, adonde fui con el Embajador a despedirle, me dijera desde la ventanilla del vagón y a punto de arrancar el tren, que cuando llegara al Ministerio firmaría mi traslado, me permití contestarle en el mismo tono de broma amistosa que él empleaba conmigo: «¡Ah, cuando llegue! ¡Si tan largo me lo fía!...» No podía yo sospechar que tan breves tuviera las horas el Ministro cuando regresara a España; pero al verse dimitido de allí a poco, no creyó que no estuviera yo en antecedentes del propósito que tenía el Presidente de aprovechar la crisis que latía en el Gobierno, para intentar un cambio paliativo de la mala política de guerra del Gabinete de Largo Caballero y la ineficacia perniciosa del Ministro de Estado.[17]

Estando yo en París todavía, se tuvo noticia de la sublevación anárquica en Barcelona —dicho se está que con la participación activa y probablemente el designio de las derechas fascistas— que puso en

17. «... Vayo llevaba las cosas interiores del ministerio con un desorden increíble, según ahora se comprueba, y la acción exterior, aparte de sus hábitos y cánones de periodista internacional, consistía en pensar lo que podría hacerse en Ginebra y en comentar lo que se había hecho. El trabajo directo, incansable, cerca de los Gobiernos, a compás de las situaciones de cada día, faltaba. Tal es mi impresión, y, en algún caso muy señalado, no es impresión, sino certidumbre.» (*Memorias,* II, p. 73, del 12 de junio de 1937.)

grave peligro la causa que defendíamos e incluso la seguridad personal del Presidente en el Palacio de la Ciudadela.[18]

Al cabo de mes y medio me enteré del alcance de los sucesos y del apuradísimo viaje del Presidente a Valencia para establecerse allí con el Gobierno. Entretanto, había pasado dos veces por París, de ida a Londes y vuelta de la coronación de Jorge VI, adonde fue por designio del Presidente, don Julián Besteiro. Apartado hasta entonces en Madrid de todo contacto directo con Largo Caballero, no muy bienquisto tampoco de Prieto, a Madrid se volvió, luego de dar cuenta de su viaje y su misión, a reintegrarse a la relativa soledad que se había impuesto cerca de los regidores del Ayuntamiento de la capital y sin querer participar en una política para que tampoco le solicitaban sus compañeros de partido.[19]

XLII. Los cuadernos de La Pobleta y «La velada en Benicarló»

A poco de encargarse Negrín del Gobierno, solicité y obtuve un permiso de días para ir a Valencia, adonde, a raíz de los sucesos del mes de mayo en Barcelona y sin resolver todavía la situación de la capital catalana, se había trasladado el Presidente de la República. Le hallé muy satisfecho de la solución de la crisis política y tan esperanzado de la buena disposición del nuevo Jefe del Gobierno hacia él, que llegó a decirme no bien comentamos mi primera conversación con nuestro antiguo contertulio del Regina: «¡A ver si éste es el hombre!».[1] Tanta

18. Ver la narración de los sucesos en Manuel Azaña, *Memorias,* II, pp. 22-38 y el artículo «La insurrección libertaria y el "eje" Barcelona-Bilbao». (*O.C.,* III, pp. 511-517.)

19. Ver *Memorias,* II, p. 38.

1. «El nuevo Presidente tiene confianza en sus designios, en su autoridad, afirma que la guerra durará mucho todavía (¡otro año!) y que se prepara para ello. Negrín, poco conocido, joven aún, es inteligente, cultivado, conoce y comprende los problemas, sabe ordenar y relacionar las cuestiones. Podrá estarse conforme o no con sus puntos de vista personales, pero ahora, cuando hablo con el jefe del Gobierno, ya no tengo la impresión de que estoy hablando a un muerto. Esto, al cabo de los meses, es para mí una novedad venturosa. Parece hombre enérgico, resuelto, y en ciertos respectos, audaz. Algunos creerán que el verdadero jefe del Gobierno será Prieto. Se engañan. No solamente porque Prieto es sobrado inteligente para salirse de su papel, sino porque el carácter de Negrín no sirve para eso. Deseo ardientemente que les acompañe el acierto.» (*Memorias,* II, pp. 56-57, del 31 de mayo de 1937.)

era la solicitud del Primer Ministro, que a veces se presentaba en la residencia presidencial a las tantas de la madrugada para consultar cualquier cuestión sin importancia, e incluso para decir con desgaire al propio Presidente que le hiciera el discurso de presentación a las Cortes, porque él no era orador. Por de contado que mi cuñado no hacía transgresión, ni en broma, de las normas del régimen parlamentario republicano, en cuyo funcionamiento regular cifraba la salud del Estado.

Tanto Prieto, que continuaba de Ministro de Defensa, como Negrín, a quienes fui a visitar más amistosamente que por obligación protocolaria, me preguntaron qué efecto había causado en Ginebra el cambio de Gobierno en España. A los dos, como al Presidente, les contesté lo mismo: «Muy bueno. Todo el mundo estima, por las informaciones de la prensa autorizada, que se trata de un Gabinete Prieto, presidido por Negrín».

Prieto se apresuró a contestarme, repantigado como estaba en un diván de su casa, mirándome socarrón, engurruñidos los ojos tiernos: «Ya se convencerán de que no es verdad». Tampoco lo creía así el propio Presidente mi cuñado. El más implicado de los tres en aquel supuesto fácil de la opinión europea, se limitó a sonreír.

Le expliqué en pocas palabras, y lo repetí luego en casa, lo que tal suposición tenía de satisfactorio para las probabilidades más inmediatas de la política internacional. Lo que querían decir quienes aventuraban esa afirmación era pura y simplemente su creencia de que en la pugna manifiesta entre Largo Caballero y Prieto, pugna hasta entonces mantenida en el seno del propio Gobierno, sin menoscabo aparente de su cohesión, había triunfado el criterio de Prieto, partidario, sí, de afrontar la guerra, pero supeditando a sus necesidades ineludibles las vagas y dispares esperanzas de una revolución caótica, e incluso procurando una limitación de nuestras aspiraciones desmedidas a la eficacia inmediata de una transigencia: al «pastel», que decía, desaprobando toda posibilidad de un nuevo «pacto de Vergara», nuestro buen don Ángel Ossorio trasladado de Bruselas a París [2] al cesar Araquistáin en aquella Embajada por solidaridad con Largo Caballero, cerca de quien ejercía de Ninfa Egeria.

2. Comparar con lo escrito por Azaña el 29 de octubre 1937: «Un viajero me ha contado que cierto embajador español dice: "El Presidente de la República es un derrotista y quiere hacer un pastel." Y otras veces: "Si se pierde la guerra, ¿qué va a ser de mí?". No le vendría mal entonces un poco de pastel.» (*Memorias,* II, p. 343.)

Al manifestarle a Negrín mi contento por el que advertía en mi cuñado, hasta poco antes abrumado por la conducta de Largo, le disculpó con cierta perfidia indiferente, asegurándome que no había en aquel proceder animadversión especial ni propósito decidido de obrar de aquella manera con el Presidente de la República, al que no comunicaba sus decisiones menos que a sus ministros, poseído de un prurito omnipotente del que sólo descargaba en Vayo durante la primera época de su gestión ministerial cuanto se refería a la política exterior.

No creía otra cosa tampoco el Presidente; admirador cinco años atrás de la discreción con que se producía en los primeros tiempos del Gobierno provisional el Ministro de Trabajo, no podía por menos de reírse dolorosamente ahora de la suficiencia con que «Don Paco el Estuquista» le decía con cualquier motivo de más o menos importancia en la marcha de la guerra:

—Me ha dicho a mí... el Estado Mayor...

E imitaba, refiriéndomelo, el dejo del ex Presidente del Consejo —harto poseído, repito, de que era él quien dirigía las operaciones en curso— y el gesto rasgado de la boca tan característico del pueblo de Madrid y de aquel su castizo representante.

Largo Caballero atribuía su caída a la presión de los comunistas, disgustados, según él, porque se hubiera desentendido del primer Embajador de la URSS e incluso conseguido que fuera retirado de España, por su ingerencia en nuestra política de guerra.

A cuenta precisamente del poco o ningún caso que Largo Caballero hacía de las sugestiones del Presidente de la República en punto a la dirección de la política internacional, a que tan íntimamente ligado estaba nuestro destino, me había dicho Negrín sin ambages:

—El Presidente de la República no sólo debe estar enterado al día, sino llevar en efecto esa dirección, porque él representa la continuidad de la política general; es la representación eminente del Estado. Pues, ¿por qué ha hecho Ministro a Giral, sino porque, aparte sus méritos propios, es lo mismo que si lo fuera el propio Presidente?

A Giral, sustituto de Vayo, no le hizo maldita gracia la confidencia del Jefe del Gobierno, al parecer *ex abundantia cordis:*

—¡Hombre, hombre! —me respondió el nuevo Ministro—; no, no está bien que se diga eso. Sería tanto como atribuir al Presidente de la República los errores que yo pueda cometer en mi Ministerio.

El Presidente torció el gesto también al saber de mi boca la excesiva expansión de Negrín, a quien, por lo demás, no concedía en su

ánimo un crédito desmedido, atento a comprobar en los actos del Jefe del Gobierno la constancia de sus propósitos.

No había trascendido a París ni a Ginebra la importancia del levantamiento de Barcelona. Al referírmelo mi cuñado, poniendo en el relato toda la fuerza desapasionada de la evidencia en que fundaba sus juicios irrebatibles, no lo tomó por el principio, ni atribuyendo de primeras aquellos efectos a la causa originaria. Me fue dando, simplemente, los detalles familiares del verdadero asedio del Palacio de la Ciudadela en que se albergaba.

El Presidente de la República padecía más que nadie, por más consciente y avisado, las consecuencias de tamaña transgresión de todo orden político. Había visto cómo los tales ministros sindicalistas se negaban a llamarse otra cosa que Consejeros, más atentos a la letra de sus principios que al ineludible espíritu de colaboración que —en caso de haber sido sincera y no simplemente por socavar al Poder Público desde su sede propia— hubiera significado su entrada en el Gobierno. Me constaba, sin exagerar la protesta, no más que por consignar el hecho a mis oídos, cómo no le habían sido presentados los ministros nuevos por el Presidente del Consejo, ni le habían cumplimentado nunca como es uso, no ya protocolario, sino de la más elemental educación. Únicamente *la Federica,* nombre con que, por el propio, era más conocida la Montseny, asistió con el resto del Gobierno y exceptuándose de sus compañeros, al discurso susodicho del Presidente de la República en Valencia. Como yo le dijera que Federica Montseny me había hecho muy buena impresión en Ginebra, así como a los Delegados de Higiene ante los cuales hizo un brillante informe en calidad de Ministra del ramo, mi cuñado volvió a recordar conmigo sus tiempos juveniles del Ateneo, cuando los padres de la Montseny se levantaban por turno a leer el uno el discurso del otro en sus respectivas intervenciones en cualquier discusión académica, y decía la mujer acabada la lectura de las cuartillas de su marido: «Ha dicho Federico Urales», así como él, al cabo de comunicar al público las de ella: «Ha dicho Soledad Gustavo.» Veníamos a considerar risueños el prurito inocente por el cual aquel ingenuo anarquista de la «Revista Blanca» había trocado el Montseny de su apellido nativo por la cadena de montañas entre la Rusia europea y la asiática, estimando sin duda que los Urales eran unas altas cimas a que su ideal propendía. Eran los tiempos de ateneísta de Azorín, en que apoyado en un paraguas rojo se levantaba con airada premiosidad en aquellos mismos escaños gritando: «Yo soy anarquista.»

No era lo peor en su opinión que se manifestara tan viva una oposición a los poderes constituidos, por parte de elementos cuya preponderancia subversiva era una de las razones que aducían contra la República los facciosos «nacionales». No, sino que esos mismos elementos «confederados» en organización que parecía potentísima, tampoco demostraban entre ellos otra cosa que la indisciplina característica del individualismo antiestatal y netamente insociabel que daba al traste incluso con la representación atribuida en el seno del Gobierno a los mismísimos anarquistas. Y me refería el Presidente, disconforme en un todo con aquella participación gubernamental de quienes tenían por principio incuestionable la oposición a todo espíritu de Gobierno, la poca autoridad que ejercían sobre los demás afiliados de la CNT aquellos ministros que invitaban por radio a sus correligionarios y a la Guardia Civil y demás fuerzas armadas de la República a deponer las armas que ya volvían unos contra otros.

—Ni más ni menos —me decía mi cuñado— que si se tratara de una huelga. No van más allá.

Al trasladarse a Valencia, se alojó el Presidente en la Capitanía General donde ya habíamos estado él y yo, con ocasión del regreso de Alcalá Zamora de su excursión presidencial a Mallorca, siendo Comandante Militar el General Riquelme. Ya entonces nos había regocijado el decorado y moblaje de aquel caserón maloliente a ranciedad de la Regencia.

En los pocos días que en la capital estuvo padeció Valencia el primer bombardeo, en que fue a perecer por manera terrible el marido de la sobrina del Presidente, ingeniero agrónomo, con motivo de cuya boda en Zaragoza tres años antes se había producido la desagradabilísima protesta en el interior del templo del Pilar.

Pocos meses antes de mi salida para América había estado yo en Valencia con Margarita Xirgu y tenido ocasión de tratar a Antonio Martínez Díaz y su mujer, a quien como a sus hermanas apenas conocía, ausentes de Madrid durante los años de mi primera intimidad con su tío. Como le ponderara a mi cuñado la amabilidad que me habían demostrado y la satisfacción que como tío-abuelo podía tener en el extraordinario parecido con él del primer vástago de aquel matrimonio, me contestó con afectadísimo desdén, so capa del cual disimulaba tantas ternuras y se defendía de tantas acechanzas del afecto familiar:

—¡Si vieras lo poco que me importa a mí ese niño...!

No quería que le importase. Pretendía a un desasimiento de la voz

de la sangre, que tan insistentemente reclamaba, de su soltería primero, de su infecundo matrimonio después, el imprescriptible tributo a la especie. Era, por lo demás, sorprendente en extremo, y nada lo había exagerado yo en mi referencia, la semejanza familiar de aquel pequeño de pocos meses, no ya con su abuelo materno, con el hermano de su abuelo. No me engañaba al suponer la impresión que había de causarle a él como se la causó dos años más tarde, al advertir en el parecido físico y la inteligencia precoz de Manolito el honor que hacía con su grave desparpajo al nombre que por su tío le pusieron en el bautismo.

El padre de la criatura, hombre de bien y discretísimo, adolecía de una tuberculosis de que fue a curarse poco antes de estallar la guerra civil, a un monte próximo a Madrid, en Torrelodones. Cuando tuvo que salir de allí al ser evacuado el lugar, por las necesidades de la campaña, se trasladó de nuevo a Valencia, donde volvió a prestar servicio oficial en su carrera, pese a lo delicado de su salud. El Presidente de la República, que no gustaba de pedir favores y mucho menos para sus familiares, solicitó para él de un conspicuo de Izquierda Republicana, ingeniero agrónomo también por más señas y que ocupaba un cargo importante, una comisión para México, entre las innumerables que con motivo mucho menos justificado —éste era justo— se concedían durante la guerra, para librar de su terrible estrago a los paniaguados de más osadía. No lo consiguió. A poco de llegar el Presidente a Valencia, como digo, una bomba de aviación fue a dar en el autobús donde iban de casualidad su sobrina y su marido, causándole la muerte a él.

Al encontrarnos poco tiempo después de su instalación en Valencia, no estaba ya en el incómodo caserón de Capitanía. Se había trasladado a La Pobleta, finca incautada a un particular en las proximidades de Porta-Coeli, a unos cuantos kilómetros de la capital, donde se le habilitó residencia confortable y con el menor valencianismo posible, porque no eran muy de su gusto ciertamente los alardes levantinos del decorado pseudopopular. La Pobleta, apartada un buen trecho de camino todavía de la carretera, estaba enclavada en la falda de un monte oloroso, respaldado de otros más altos y con un jardín en pensiles dentro de sus muros. Habíase hecho en la fábrica de la casa una buena obra para adaptarla a las necesidades más perentorias del Presidente y su séquito, lo que en fin de cuentas a nadie favorecía más que al dueño. Lo mejor de la vivienda era una galería de cristales sobre el jardín y el monte a la altura del piso principal, donde sus moradores

circunstanciales se pasaban lo más del día. En la sala a que desde la tal galería se entraba, veíase el reciente retrato de mi hermana por López Mezquita, parejo del que tenía hecho del Presidente muy poco antes de su salida de Madrid y que al Consulado de Ginebra me llevé por librar tan excelente pintura de los azares de tanto traslado como había de padecer el modelo.

Vivía por entonces en La Pobleta mi hermano el médico, a quien su mujer le había dado el primer hijo por aquellos días, y hasta poco antes de mi llegada había pasado allí una breve temporada la sobrina del Presidente y recentísima viuda. El Presidente mostrábase encantado de la simpatía y la gracia natural de Manolito, su sobrino-nieto, de quien me aseguraba, dos años antes, al conocerlo yo recién nacido, que no lograba despertarle el menor interés. Estaba como suele decirse «chocho» con la criatura y se enternecía dolorosamente al contarme cómo el pequeño corría a refugiarse en él apenas se oía un avión. Inútil hubiera sido ocultar a su listeza el desventurado fin de su padre. Al cabo de su estancia en La Pobleta, el niño y la madre, próxima a dar a luz, habían salido para reunirse con sus hermanas, que con la del Presidente y su marido —agravado en su dolencia crónica— residían ya en un pueblecito francés cercano a Perpignan...

Nadie había vuelto a hablarle de Gregorio, respetando el silencio con que el Presidente alimentaba en vano su esperanza de que estuviera vivo, cuando inoportuna e inconscientemente le dio el pésame el todavía coronel Leopoldo Menéndez, creyéndole sabedor de su fusilamiento en Córdoba. Mi hermana me contaba cómo, rendido a la evidencia del triste pensamiento de la desaparición de su sobrino, con que vivía calladamente atormentado, se pasó una noche entera sentado en una silla de su alcoba y desahogando en lágrimas la tristísima suerte familiar que en aquel único hijo varón de su hermano acababa el apellido por modo tan atroz e injusto. «¡Qué desgraciado soy! ¡Qué desgracia tan grande!» Él, tan elocuente, no hallaba mejor expresión de su dolor que con aquellas palabras vulgares del acervo común del sentimiento humano.

A cuenta de lo que Ossorio me había dicho en Bruselas, de la venturosa equivocación del Presidente de la República respecto a los plazos pesimistas que su desesperanza oponía a la insensata confianza popular, me volvió a decir lo mismo que por teléfono al comunicarle yo mi viaje a Bélgica y mis amistosas conversaciones con el Embajador: «No me he equivocado más que en las fechas.»

—Ya es mucho —me atreví a objetarle— en una guerra como la nuestra, equivocarse en las fechas. Ahí es nada lo que significa el ganar tiempo.

—Cuando se gana, sí —me replicó—, pero hasta ahora el tiempo a nosotros no nos sirve para nada; mientras que ellos —los facciosos— aprovechan el suyo y corrigen sus errores. Ya verás cómo no incurren en el de querer tomar Madrid, de frente y al asalto. Cuando pudieron hacerlo, y de hecho ya estuvieron dentro, no se atrevieron, por temor a una resistencia que no podíamos oponerles y que se organizó después. Ahora ya no necesitan tomarlo. Irán cosa por cosa.

Y me fue diciendo con abrumadora previsión los trámites de la campaña y casi casi el calendario de nuestra derrota.

Con todo su pesimismo tampoco se rendía sin condiciones a la fatalidad.[3] Sin pretender arrogarse la abrumadora responsabilidad de un General en Jefe, opinaba ante el Gobierno y muy especialmente ante el Presidente del Consejo y el Ministro de Defensa, insistiendo en la necesidad de contrarrestar con una ofensiva vigorosa el avance de los rebeldes. Creía que debiera emplearse la mayor fuerza de que pudiéramos disponer, en un ataque a fondo, y a su juicio sobre Extremadura con preferencia a Zaragoza. Adiestrando un ejército en La Mancha podía lanzársele en momento oportuno sobre Mérida y Sevilla, clave de la guerra y, a buen seguro, el medio más eficaz de desvincular la comunicación entre las tropas facciosas del Norte y las del Sur.[4]

No habíamos vuelto a hablar de la desaparición de los dos cuadernos de sus *Memorias,*[5] cuando una de aquellas tardes se dispuso a leerme su continuación en el que titulaba *Cuaderno de La Pobleta.* Al pro-

3. Comparar con lo que Azaña le dice a Martínez Barrio el 7 de agosto 1937: «Le repito que la guerra no es cuestión de amor propio, y que una cosa es la capacidad de resistencia y otra la posibilidad de victoria. Nuestra resistencia, salvo el caso de un desastre militar decisivo (...), puede durar mucho, pero si la posibilidad de victoria se desvanece, hay que hacer lo necesario para no ir dejándose desplumar poco a poco. Nuestra posición actual y los recursos que tenemos, son importantes, y si un día se llega al convencimiento de que no bastan para vencer, habrá que darse cuenta de que sirven para negociar, mientras no los aniquilen.» (*Memorias,* II, pp. 190-191.) Y el 3 de noviembre de 1937 a Giral: «Aún estamos a tiempo —quiero creerlo— de obtener una solución decorosa para la República. En mi discurso de enero, sabiendo lo que hacía, dije que nuestros fines de guerra eran resistir y rechazar la invasión y conservar la República. Ni menos ni más.» (*Ibid.,* p. 351.)

4. Véase p. 386, y n.° 3, acerca de las operaciones sobre Sevilla.

5. Véase p. 364.

pio tiempo me enseñó los recortes de algún periódico de Sevilla en que se había publicado tal cual trozo «apócrifo» de aquellos primeros.[6] Advertí con descanso de mi ánimo que no le causaba tan gran disgusto la divulgación de sus textos, aun menoscabados por la malevolencia de la propaganda enemiga. Apenas se tuvo noticia de semejante publicación, se apresuró el Gobierno, por indicación del propio autor, y sin atribuirle demasiada importancia, a desmentir la existencia de tales *Memorias* y por lo tanto la sustracción; pero era inútil convencer de ello a los aludidos en sus páginas. Uno, Indalecio Prieto, a quien se hacía alguna ligera alusión, no pareció mostrarse molesto. Ni se dio por enterado de otra manera que diciendo risueño con fingida alarma, al entrar un día en el despacho del Presidente y verle escribiendo: «¿Otras Memorias?» Mi cuñado se reía contándome lo que le contaban de otro amigo de *Izquierda Republicana,* que decía no querer leer aquellas páginas transcritas en los periódicos facciosos, no fuera a encontrarse con que el Presidente le llamaba tonto. Cierto pesar le causaba, aunque tampoco valía la pena de tomarlo muy por la tremenda, el que Fernando de los Ríos pudiera leer, dándose cuenta inequívoca de que aquel texto era cierto, la referencia de un lapsus del Ministro durante un Consejo en Palacio, respecto a la calidad de los Tiépolos que adornaban las paredes de la sala y que Fernando de los Ríos había tomado impensadamente por unos cromos escogidos por el mal gusto de los Borbones. El ya Embajador de la República en Washington no se lo perdonaba, según vinimos a saber después, exageradamente sensible a la inocente burla de sus conocimientos artísticos.

Carlos Esplá, Subsecretario de Estado que había venido a ser con Giral en aquel primer Ministerio Negrín, me hizo confidencia de su entusiasmo por unas páginas recientes que el Presidente le había leído aquellos días. Cuando mi cuñado me hizo referencia por primera vez de *La velada en Benicarló,* creí que se trataba de la reunión que celebró poco antes, con Largo Caballero y Companys en el Parador del Patronato del Turismo allí instalado. Me había hablado a su tiempo de tal entrevista como de un suceso político venturoso, dada la enemiga hasta entonces del Presidente del Consejo y el de la Generalitat, resuelta de momento en un acuerdo que tampoco dio después mayores frutos. Pero no tenía el título en cuestión relación ninguna con la po-

6. Estos «trozos» de las *Memorias* aparecieron en el *ABC* de Sevilla durante el año 1937 en las siguientes fechas: 21, 22, 24, 27 y 29 de agosto; 2, 5, 8, 11, 14 y 18 de septiembre; 2, 10, 16, 23, 29 y 31 de octubre y 14 de noviembre.

lítica menuda. *La velada en Benicarló* era un diálogo socrático, al modo platónico, es decir, animada la moral política de su filosofía por el resplandor de la creación de arte. En él iba consignando el autor no ya las incidencias de su vida diaria, relegada, en medio del tráfago de la guerra, a la monotonía del retiro presidencial a que sus gobiernos le obligaban más o menos consciente ni declaradamente; no, sino las reflexiones dramáticas a que por manera mucho más directa que en *La Corona* trascendía su pensamiento, incorporándolo a diferentes figuraciones humanas de la trágica controversia civil, que se dilucidaba en nuestra guerra. Estaba muy contento y el escribir le resarcía del retraimiento en que le tenían sumido.

Cuando salí de Valencia para reintegrarme a mi Consulado, ya pensaba Negrín en trasladar la sede del Gobierno a Barcelona. Giral y Amós Salvador, en su calidad de arquitecto tanto como de amigo particular del Presidente, buscábanle alojamiento decoroso, independientemente de todo hospedaje de la Generalitat ni el Ayuntamiento de la capital catalana. Se estimó inadecuado, desde luego, para vivienda particular el Palacio Real de Pedralbes, donde se instalaría la Presidencia oficial de la República.

El Presidente no estimaba tanto, en la decisión de Negrín respecto al traslado a Barcelona, la coincidencia con su primera opinión al tener que salir de Madrid el Gobierno en pleno, como la necesidad de paliar la urgencia que podía surgir de un día a otro: aquel en que los facciosos lograran, como era su propósito manifiesto, llegar al Mediterráneo cortando la comunicación entre Cataluña y Valencia.

En La Pobleta estaba yo todavía cuando se tuvo noticia de la muerte del general Mola.[7] Creyó entonces mi cuñado, equivocándose con casi todos los nuestros, que aquel suceso había de perjudicar grandemente la causa del enemigo. En primer término porque tenía en mucho más a Mola que a Franco. No consideraba, como tampoco los demás, la ventaja que significaba para el último la desaparición del único rival posible en el mando supremo de la facción, una vez muerto Sanjurjo.

XLIII. Don Quijote en la Ínsula Barataria

Alguna parte me cupo en la sustitución del Embajador de Francia, Monsieur Herbette, que traidor a la amistad, particular incluso, que nos

7. El 3 de junio de 1937.

debía y no contento con su deserción de Madrid, pareja de su colega inglés que tanto contribuyó a la desmoralización de los demás diplomáticos extranjeros, en daño de nuestra República, procuraba desde Hendaya, a los españoles conspiradores contra el régimen legítimo, la impunidad de sus manejos por toda aquella costa. Mi hermana y mi cuñado sabían por referencias dignas de crédito que el Embajador y su mujer se habían hecho pagar a muy buen precio las facilidades que para la propia evasión, amén de las de sus capitales y alhajas valiosísimas, habían encontrado en la Embajada francesa de Madrid muchas personas conocidas.[1]

Nombrósele sustituto en la persona de Monsieur Labonne, a quien ya se esperaba cuando estuve en Valencia aquel mes de julio del 37; pero que todavía tardó en llegar, tanto, que no hubo lugar a que allí se le recibiera como estaba dispuesto.

A primeros de septiembre fui a Moscú, presidiendo la Comisión invitada al Festival Teatral que tenía lugar todos los años en la capital de la URSS por la misma época. En el aeródromo de Riga salió a saludarme nuestro buen amigo Ceferino Palencia, encargado de Negocios de España en la capital de Letonia, quien me refirió emocionado —no era para menos— la entrevista insólita a que le había llamado el día antes el Presidente del Consejo y Ministro de Negocios Extranjeros, Munters. De regreso reciente de un viaje a Alemania, donde tenía grandes amistades en los medios oficiales del Reich, se permitía manifestar confidencialmente a nuestro representante que, según su impresión particular, si el Gobierno de la República Española hallaba el modo de ponerse al habla con el alemán, sería tal vez posible obtener la retirada de toda ayuda militar a Franco. La circunstancia de abrirse por aquellos días la Asamblea anual de la Sociedad de Naciones y de corresponderle presidirla al propio Munters, añadía interés especialísimo a una confidencia de tan fácil e inmediata comprobación.

Ni nuestro Embajador en Moscú, Marcelino Pascua, a quien se lo dije no más llegar y que antes que yo iría a Ginebra de allí a muy pocos días, ni una vez en la sede de la Sociedad de Naciones, nuestra Delegación en la Asamblea, brillantemente integrada por el propio Negrín, Giral, Vayo, Azcárate, Pascua, Jiménez Asúa y Esplá como sub-

1. «También en la embajada de Francia hay refugiados: unos ochocientos. Hace tiempo me contaron que *madame* Herbette se prestó a pasar a Francia alhajas y valores.» (*Memorias,* II, p. 96, del 28 de junio de 1937.)

secretario de Estado, consideró oportuno darse por enterada con Munters de su confidencia a nuestro Encargado de Negocios. Con gran sorpresa mía tampoco mi cuñado el Presidente pareció atribuir demasiada importancia a aquella ocasión fallida de intentar nuevamente una vía de transigencia con los responsables por manera más directa del empeño subversivo de los españoles facciosos en contra de la República. Quizá porque, como otras veces, no quería verme aventurado, ni aun de lejos, en gestiones que pudieran comprometerme mucho ni poco.

A cuanto Vayo dijo, Litvinof, Delegado de Ginebra y Comisario del Pueblo para los Negocios Extranjeros de los Soviets, tenía a Munters por redomado germanófilo servidor de los nazis. A la entrada de los ejércitos soviéticos en Riga, con ocasión de la última guerra, vine a saber por referencias de la prensa que pudo llegar a mis manos en mi prisión española, que Munters había pasado a Moscú encargado especialmente por Molotof de los asuntos de Letonia, incorporada de nuevo a la URSS.

Aquel diciembre se tomó Teruel.[2] Cúpole al Presidente la satisfacción de que correspondiera la gloria aquella, por más que efímera, al general Saravia y al coronel Leopoldo Menéndez, a quienes tanto estimaba. De allí a poco reconquistaron la ciudad los insurrectos, haciéndonos perder toda posibilidad de ofensiva hasta Zaragoza, única acción de verdadera importancia con que haberse podido consolar el Presidente de su deseo de reconquistar Sevilla.

No supe yo entonces hasta qué punto coincidía con la opinión presidencial en ese respecto la del general Rojo, Jefe del Estado Mayor Central, con quien a primeros de noviembre había ido a Madrid a celebrar en el aniversario de la defensa el heroísmo de las tropas milicianas a la vanguardia del pueblo invicto.[3]

2. La ofensiva de Teruel comienza el 14 de diciembre de 1937.

3. Escribe Azaña el 18 de noviembre de 1937, a su vuelta de su viaje a Madrid: «A propósito de las operaciones que se prevén, el general Rojo dijo: "Hoy debíamos estar atacando Sevilla." En el calendario de la ofensiva sobre Andalucía, propuesta por Rojo al Gobierno para adelantarse a la del enemigo, se marcaba la fecha del 14 para esa acción. "Les vi a ustedes —añadió el general— en tal unanimidad para rechazar la propuesta, que no insistí." ¿Decía eso el general Rojo para que yo me enterase, suponiendo que podría no estarlo? No lo creo. Pero, aunque es muy parco en palabras y juicios, prosiguió: "En la ofensiva que preparan los rebeldes, nos lo jugamos todo. Si rompen el frente y no podemos contenerlos, la guerra está perdida. Si acertamos a contenerlos, ganaremos tiempo para seguir organizando el ejército. Con mi plan, también nos lo jugábamos todo, pero si salía bien, la guerra estaba ganada."» (*Memorias,* II, p. 379.)

El presidente de la República se trasladó con el Gobierno a Barcelona en febrero del 38. Habíanle hallado acomodo decente en otra casa particular, incautada por el Ayuntamiento de Tarrasa, a diez kilómetros de la población en la ladera de un monte, sobre la carretera y harto descubierta a la aviación si hubiera querido atacar la residencia presidencial.

Allí fui a verle con mi mujer, entrado ya marzo.

Experimentamos una gran sensación de seguridad no más advertir el cambio operado en la simple apariencia de nuestra aduana fronteriza y en las atenciones que nos fueron dedicadas por los jefes de carabineros, tan ostensiblemente encargados de nuevo, con su función propia, de las que hasta la insurrección correspondían a la Guardia Civil y en mucha parte al mismísimo ejército regular. Los «cien mil hijos de Negrín» llamábalos la gente, atribuyendo, como era cierto, al Presidente del Consejo, aquel conato de reintegración de las fuerzas armadas del Estado a la disciplina militar, y la recuperación por el Gobierno de los elementos de mando que se habían disgregado anárquicamente en la competencia miliciana de las dos grandes organizaciones sindicales y aun de los partidos políticos.

La finca donde se alojaba el Presidente llamábase «La Barata», españolizado el nombre del de un su amigo propietario de apellido italiano. Conservábanse en ella, a la parte baja del monte, lindando con la carretera y a poca altura, hasta dos o tres edificios de la primitiva edificación, en el estilo de las masías catalanas. La casa principal, construida por el último y desventurado dueño, alzábase más alta y destacadísima, con la apariencia de un buen hotel particular de la Castellana de Madrid. Hasta mucho después de aposentado en ella no había sabido el Presidente, corrompiéndole la comodidad y el sosiego de aquella vivienda, la tremenda noticia de que el propietario de «La Barata», conocido fabricante de Tarrasa, había sido muerto violentamente. Ocultáronselo cuidadosamente —y de ello se dolía— quienes, sabiéndole sensible en extremo a semejantes excesos, no acertaban a encontrarle mejor acomodo para su residencia. A Pedralbes iba, si no todos los días, cuando menos tres veces por semana, a tener audiencias y presidir los Consejos de Ministros. En «La Barata» vivían familiarmente con mis hermanos, Cándido Bolívar, Secretario General de la Presidencia; Santos Martínez, Secretario Particular del Presidente, y Sindulfo de la Fuente, encargado de la Tesorería de la casa Presidencial, desde que su antecesor Renso, que ocupaba el cargo con don Ni-

ceto, se había pasado al enemigo a favor de una licencia que solicitó para visitar a su familia en el sur de Francia.

El Presidente seguía haciendo vida retirada; no madrugaba, leía y escribía mucho, daba algún que otro paseo a pie, aunque no ya con la frecuencia de años anteriores, mostrábase en público en todos los conciertos que semanalmente empezó a dar en el Liceo la Orquesta Filarmónica de Pérez Casas y se entretenía muchos ratos más que con la radio, de que no era gustoso, con la gramola que sus ayudantes le habían regalado con ocasión de su santo, bien provista de discos de música clásica; en las nueve sinfonías de Beethoven se complacía más que en ninguna otra cosa.

Hablamos del padre Isidoro, su antiguo profesor del Escorial, de quien me había contado en Valencia la extraña aventura y que, a la sazón en Bayona, se escribía conmigo. Un buen día había recibido el Presidente una carta, firmada no más Isidoro Martín, solicitando verle. Sin acertar quién pudiera ser, aunque no recordaba de aquel nombre a otro que el fraile, quiso recibirlo y se encontró en efecto con él en persona, muy viejo y derrotado en su atuendo seglar.[4] Fue contándole que merced a llevar en el bolsillo una sencilla carta suya agradeciéndole la enhorabuena que cinco años antes le había dado al ser nombrado Ministro de la Guerra, se libró de la muerte que otros frailes del Escorial, recluidos como él en la cárcel habilitada de San Antón, de Madrid, tuvieron a manos de las bandas armadas que más o menos subrepticiamente sustituían a la policía desafecta o se atribuían sus funciones. Quiso saber el Presidente qué había sido de sus sobrinos los García Benítez, de quienes nada sabía desde que pudo sustraerlos a su inmediato fusilamiento al ser presos en plena rebelión, pero el buen fraile no pudo acallar la vehemente protesta de su antiguo discípulo el Jefe del Estado contra el destino que, a no dudar, había cabido a aquellos desventurados, sino con decirle que estaban locos y que desafiaban de continuo a la suerte despotricando terriblemente. Diole a entender que contra su tío incluso. No bastaron a consolarle ciertamente las exculpaciones que con ello hacía el fraile de quienes así se habían excedido en una justicia tan arbitraria.

Dolíale tanto más aquella venganza cuanto que nunca cedió a semejante espíritu en su ánimo atribuladísimo por la muerte, más atroz aún,

4. Véase la entrevista con el padre Isidoro Martín el 6 de septiembre de 1937, *Memorias,* II, pp. 251-255.

que el único hijo varón de su hermano había sufrido en Córdoba en los primeros días de la guerra. El fraile, inopinadamente puesto en libertad por el insospechado aval que con la antigua carta del Presidente llevaba consigo, se había disimulado durante cierto tiempo en Madrid con un carnet de la CNT hasta llegar a Valencia, y no pedía otra cosa sino salir de España. Le ayudó sin dilación el Presidente, dándole algún dinero y dispensándole de antemano de la promesa que le hacía de refugiarse en Francia y no volver a la zona de nuestro país ocupada por los rebeldes. Me puse al habla con él por escrito desde Ginebra, por ver de utilizar en lo posible sus buenos deseos de sernos útil. Pronto vi que estaba mucho más desengañado que yo de toda posibilidad de acercamiento entre los irreductibles españoles en pugna. Procuré, sin embargo, por mi parte, algunos canjes infructuosos, si bien luego me fue dado servirle en su interés personal por su también alumno antiguo del Escorial, el escritor Sánchez Mazas, preso en Barcelona como complicado muy señaladamente en la revuelta anárquico-fascista del año anterior.

Quise ver asimismo si por su mediación obtenía la restitución de los dos cuadernos de las *Memorias* de mi cuñado que me había sustraído en Ginebra mi antiguo Vicecónsul, pero el propio Presidente, a quien no podía ocultar del todo mis gestiones, se escandalizó cuando vino a saber, creo que por Giral, a quien necesariamente tenía yo que dar cuenta de mis propósitos, de que se le había ocurrido —lo que conociendo al interesado nunca se me hubiera pasado a mí por la cabeza— proponer un canje personal por aquellos escritos en cuestión.[5]

El día que salimos mi mujer y yo de Cataluña de regreso a Ginebra y precisamente en la frontera, recibimos la noticia, que nos dieron con gran alborozo, del hundimiento del *Baleares* en una acción del Mediterráneo.

No me produjo de allí a poco demasiada extrañeza la nueva crisis ministerial en que salió del Gobierno Indalecio Prieto.[6] Cumplíase con ello el vaticinio que con entero conocimiento de causa me había hecho meses antes el dimisionario, al asegurarme que se equivocaban quienes cdeían que la presidencia de Negrín significaba la afirmación de la tendencia prietista en el seno del Gabinete.

5. «Durante el entreacto, Giral me comunica la negativa de Burgos al canje del obispo por mis papeles.» (*Memorias,* II, p. 418, del 16 de diciembre de 1938.)

6. El 5 de abril de 1938.

Como otras muchas veces, tampoco en esta ocasión pude hasta meses después enterarme de los pormenores de aquella situación embarazosísima en que se vio el Presidente de la República, a merced de los intereses políticos en pugna. Concretando su referencia en pocas palabras, vino a decirme que la opinión de los políticos responsables no era tan incondicional en favor de Negrín como parecía reflejar una prensa sometida a una censura más atenta que a las necesidades de la guerra, a las ventajas de uno u otro partido de los que matizaban el Frente Popular de colores tan inequívocos aparentemente:

—Uno tras otro han venido, desde el Presidente de las Cortes, al último republicano de Izquierda, pasando por *tu amiga* la Federica, y no se diga Companys, que no hace más que repetirme: «¿Cuándo nos quita usted a este don Juan?» —e imitaba risueño el acento catalanísimo del Presidente de la Generalitat— con el cuento al oído de que no es posible seguir así; que Negrín es un dictador, que está entregado a los comunistas, que la guerra va mal, que la gente está muy descontenta... ¡Ah! Pero cuando un día he reunido a cuantos habían venido a decírmelo a mí, para que me lo dijeran con la responsabilidad cada cual de sus propios actos, ha bastado que Negrín se levantara a hablar, para que todos callaran e incluso los amigos particulares de Prieto y que le están obligados personalmente, le han dejado solo. Él mismo se ha resignado a marcharse sin protesta, dejándome a mí, si no en situación desairada, porque sé muy bien lo que hago, que no es nunca más de lo que debo, como cuando hace dos años le ofrecí y rehusó la Presidencia del Consejo.

Al decirle yo que, de todas maneras, Negrín me parecía tan incondicionalmente afecto como meses atrás al encargarse del Gobierno, me respondió el Presidente:

—No sé, no sé.

A punto estuve de echarlo todo por la borda, cuando a los dos meses no cumplidos de mi viaje a «La Barata» me vi sorprendido un buen día —que tal vino a ser como otros muchos que de primera intención se nos antojan aciagos— con un telegrama del Presidente del Consejo en funciones de Ministro de Estado, conminándome a que cesando inmediatamente en el Consulado de Ginebra, me presentara en Barcelona. La orden me la comunicaba el Ministro de Estado efectivo, que había vuelto a ser Álvarez del Vayo, quien en aquellos primeros días de mayo acababa de llevar al Consejo Ordinario de la Sociedad de Naciones. Llamé por teléfono a mi cuñado para decirle lo que ocurría.

Tres o cuatro días antes se me había presentado el corresponsal de la *United Press* norteamericana para preguntarme qué alcance podría tener la noticia publicada aquella mañana en un periódico de segundo o tercer orden de Londres, según la cual yo estaba haciendo gestiones oficiosas con el representante en Ginebra de una república hispanoamericana, con vistas a la consecución de una paz de transigencia en la guerra civil de España. Desmentí semejante información, que podía tener cierto fundamento en una conversación mantenida con el Secretario de la delegación argentina, y que como todas las celebradas por mí en aquellos días con otros representantes, para ilustración de nuestro Ministro de Estado, conforme a las órdenes recibidas respecto a la preparación del Consejo, había transmitido al Ministerio oportunamente. El cese en mi cargo, fundado en el abuso de la confianza familiar con el Presidente de la República para gestionar la paz a espaldas del Gobierno, me sorprendió sobremanera, y mucho más a mi cuñado, que extrañadísimo de lo ocurrido sin que se le tuviera la mínima cortesía de advertírselo, contuvo su indignación por templar la mía, aconsejándome que nada hiciera mientras él no hablara con Negrín, a quien esperaba de una excursión al frente próximo aquel mismo día.[7] Contábame después, así como mi hermana y los demás de la casa, las voces que le había dado al Presidente del Consejo, quien soslayando la cuestión con restarle importancia, decía que era cosa de Azcárate y Vayo, molestos por no sé qué supuesta indiscreción mía.

Dispuesto estaba yo a cesar sin más; pero no a volver a Barcelona, donde exento de todo servicio militar por mi edad y mi inutilidad total por cortedad de vista veinticuatro años antes, no tenía obligación de presentarme. Y sí, a mi entender, la de contar públicamente lo sucedido, poniendo de relieve la notoria discrepancia entre el Presidente de la República y el del Gobierno, en cosa de tanta monta como la dirección de la guerra y la estimación de las posibilidades de una paz necesaria. Era tolerable que el periodista norteamericano Fisher, a pingüe sueldo de nuestra propaganda, publicara una información como la que de reciente había yo visto destacada en algún periódico francés, atribuyendo al Presidente en connivencia con Prieto un espíritu derrotista que,

7. Alusión a este episodio el 9 de mayo de 1938: «El otro motivo de esquivarme: al empezar la tarde, telefonazo de Cipriano. Lectura de un oficio bárbaro: el memo y el hipócrita se han vengado. Dio las órdenes Negrín, el sábado, y para no hablarme de esta coz, hasta que hubiera dado en el blanco, no me ve.» (*Memorias,* II, p. 391 y 392.)

según él, sólo los comunistas, fieles a la política de Negrín, serían capaces de afrontar victoriosamente...? [8]

—Tú eres el único —me dijo gravemente en aquella conversación decisiva de Barcelona a Ginebra— que no puedes hablar. Ya llegará el día en que podrás hacerlo e incluso en que yo te lo pediré. Pero el decir eso que quieres ahora, me obligaría a dimitir. Ni más ni menos.

Como yo le respondiera que no había ningún mal en que le deparara una ocasión de salvar la responsabilidad que no podía caberle a él, del mal fin que pudiera tener la guerra, insistió definitivamente:

—No. Mientras haya gentes que mueran o se dejen fusilar dando vivas no sólo a la República, sino a mí, tú no puedes hacer eso.

Como Negrín le dijera a mi cuñado que mi cese en Ginebra no significaba, en todo caso, sino que quería darme otro puesto, puse por condición previa que el nombramiento había de ser tal que me resarciera por sí solo de la inculpación que se me hacía de haber faltado a la confianza del Presidente.

—Bueno. Tú espérate y no hagas nada sin que yo te lo diga. *¡Mira que son muy malos!*

Al día siguiente, otro telegrama me comunicaba mi nombramiento de Introductor de Embajadores, Jefe del Gabinete Diplomático de la Presidencia de la República, que dejó para que yo lo fuera, dándonos ese gusto al Presidente y a mí, nuestro amigo de tantos años Amós Salvador.

Temeroso mi cuñado de que yo pudiera decirle al Presidente del Consejo alguna impertinencia, trató de evitar que le viera en los primeros días de mi llegada a Barcelona y mi instalación particular en «La Barata» y oficial en el Palacio de Pedralbes; pero Negrín, cuando me vio de casualidad, antes de que yo hubiera ido a saludarle, se me mostró alegre y dicharachero, tratándome como si nada hubiera ocurrido con

8. Escribe Azaña el 28 de junio de 1939, recordando este episodio: «... Luis Fisher, periodista internacional, a quien, según dicen (no me consta), nuestro Gobierno había dado gruesas sumas para propaganda, publicaba en *L'Ordre* de París (subvencionado desde Barcelona) unos artículos de inspiración oficiosa. En uno de ellos decía que Negrín y Vayo representaban la voluntad nacional, mientras que el Presidente de la República, mal ayudado por Prieto y el partido de Izquierda Republicana, no tenía poder bastante para imponer sus planes de transacción, basada en un plebiscito. Me trataba poco menos que de imbécil, porque *fiaba en un plebiscito realizado en presencia de los moros y de los italianos.* Todo esto salía del Ministerio de Estado.» («Carta a don Ángel Ossorio» en *Memorias,* II, pp. 438-439.)

la camaradería de siempre. Vayo se congratuló conmigo de la solución dada al caso y me recomendó que, ateniéndome rigurosamente al protocolo, no tuviera trato oficial con los representantes extranjeros que no fueran de mi categoría. Como quiera que no había en Barcelona más que dos Embajadores, el de México y el de Francia, y éste ausente por unos días, claro estaba que no podía relacionarme con nadie. El Presidente tuvo empeño en que me mostrase siempre con él y atenido estrictamente a mí ningún quehacer de mi nuevo cargo. No consintió en que mi mujer ni los niños fueran de momento a Tarrasa. Me instó por el contrario, a que se instalaran en «La Prasle», casa de campo en el pueblecito de Collonges-sous-Salève, a seis kilómetros de Ginebra, que habíamos tomado en previsión de que él necesitara usar de ella no tardando, cosa que mis necesidades veraniegas podían disimular verosímilmente.

En ausencia del señor Labonne, visité a mi conocido de dos años antes en Ginebra, el señor Fouq du Parc, a quien, sin duda, el conocimiento que de la cuestión española tenía por mí había valido el ser nombrado Consejero de la Embajada de Francia. Muy felices me las prometía yo con aquel encuentro; pronto vi que no había nada que hacer. Mi amigo adventicio no quiso demostrarme mucho la amistad o tenía órdenes de no aventurarse en ninguna gestión comprometedora. No se creyó siquiera en el caso de corresponder personalmente a la invitación que a comer le había hecho en mi casa de Ginebra.

Fui, sí, una tarde con el Presidente a Vich, donde estaba preparada por el insigne arqueólogo Bosch Gimpera, Consejero de la Generalitat, una entrevista con Mr. Leche, Encargado de Negocios de Inglaterra, de quien sabíamos fidedignamente que era muy afecto a nosotros. Por entonces había enviado el Gobierno inglés a Checoslovaquia a Mr. Runcinan, delegado para resolver con un arbitraje la cuestión de los «sudetes» que amenazaba, por la presión alemana sobre aquel país vecino, la paz europea. Cedió el Gobierno de Benes a la fuerza conminatoria del británico y transigió la cuestión con notorio daño de sus intereses nacionales.

Pese a mis seguridades de que no estallaría el conflicto general en Europa, quiso mi cuñado que mi mujer y los niños, a quienes había dejado muy pocos días antes en Collonges, a mi regreso de una breve vacación, se reunieran a toda prisa con nosotros en «La Barata», por salvarlos de la terrible contingencia de la guerra en Francia. Habíase decretado allí la movilización, y Vayo, que con Negrín asistía a la

asamblea ginebrina, aseguraba a Giral —que, Ministro sin cartera, volvía a encargarse de la de Estado en ausencia de su compañero— la inminencia del estallido, que tan decisiva y favorablemente esperábamos influyera en nuestra suerte.

Yo seguía negándome a creer —por lo que acababa de oír y leer en Ginebra y en Francia— que un ejército ruso se encaminara ya, a través de Rumania, en socorro de los checos. Tal comunicaba Vayo, acordándose más de sus tiempos de corresponsal de *La Nación*, de Buenos Aires, que de su ministerio. Por el contrario, y conforme a mis noticias, Mr. Chamberlain, Presidente del Gobierno británico, se avino con su colega francés Daladier a asistir a una conferencia propuesta por Mussolini y convocada por Hitler en Munich, para resolver en un acuerdo de paz (de veinticinco años se la prometía Chamberlain) las cuestiones vitales para los países en tensión de guerra tan manifiesta.[9]

Aprovechando un viaje de Besteiro a Barcelona para asuntos de la Comisión de Reconstrucción de Madrid de que era Presidente, quiso verle mi cuñado y en «La Barata» le recibió al caer de una tarde de octubre. Hablaron a solas durante cuatro horas.

—No hay nada que hacer —me dijo mi cuñado, cuando el visitante se marchó.

—Está en un todo de acuerdo conmigo en que la guerra se pierde y en que hay que hacer la paz. Dice que Negrín es un Karamazov[10] —aludiendo a la novela de Dostoyevski tan de moda *intelectual* por aquellos años, cuyos protagonistas son cuatro hermanos delirantes en su degeneración— y que así no se puede seguir. Pero al decirle yo que, con quién podría contar él en un momento determinado, si a mí me hacía falta, me ha contestado que con nadie; que está solo y que se vuelve a su puesto en la «reconstrucción de Madrid», empleo en que entretenía su inacción política.

Al cabo de tres años y ya en presidio,[11] vine a saber por Rafael Sánchez Guerra, que Besteiro llegó a Madrid entonces con la impresión de que no había nada que hacer con el Presidente de la República, poco menos, según el propio Besteiro, que prisionero de Negrín.

9. 30 de septiembre de 1938.

10. «Por la tarde, Besteiro. Cuatro horas de conversación (...) Hablando del carácter de Negrín, dice: "Es un Karamazov".»

11. Coincidieron Cipriano Rivas Cherif y don Rafael Sánchez Guerra en una de las varias cárceles en que estuvieron en 1942.

EPÍLOGO

XLIV. El éxodo

A su vuelta de la Asamblea de Ginebra, donde había sorprendido a propios y extraños con el anuncio de la retirada de los voluntarios extranjeros que luchaban en España por la República, tuvo ocasión la visita de Negrín al Presidente en que se manifestó de muy otra manera que al encargarse del Poder año y medio antes. El Presidente del Consejo, sabedor de la enemiga política que le acechaba sin atreverse a hacerle frente, habíale dicho sobre poco más o menos:

Sé lo que me tienen preparado. No tengo inconveniente alguno en dejar el Gobierno, si al reunirse las Cortes no consigo el voto de confianza de la mayoría. Pero no sé el efecto que ello puede producir en el frente, donde la voluntad de resistencia es unánime contra todo propósito de transigir la guerra. No sé lo que dirán ni lo que harán los soldados; tampoco a lo que me veré obligado si me solicitan...

La cosa era tan grave que el Presidente de la República creyó oportuno advertir de la actitud de Negrín a los jefes responsables de los partidos gubernamentales y especialmente a aquellos que más se habían producido en tono confidencial con franco espíritu de oposición a las veleidades autoritarias del Presidente del Gobierno. El Parlamento se reunió de allí a poco y, oído que fue el Presidente del Consejo, el de la Cámara propuso el voto de confianza que la oposición subrepticia votó unánimemente con los más adeptos a la política de Negrín.

El 18 de julio había pronunciado el Presidente de la República su último discurso en el gran salón de la Diputación de Barcelona.[1] Según

1. Véase el discurso del 18 de julio de 1938 en *Los españoles en guerra,* Editorial Crítica, 1977.

íbamos en el coche, no podía contener su protesta contra aquella celebración festejada con colgaduras, que los insurrectos habían logrado imponernos:

—Que hagamos fiesta nacional de la fiesta triste del alzamiento contra la República, es sencillamente insensato y demuestra el poco sentimiento de la gente, empeñada en celebrar como un triunfo la ocasión de la guerra civil; aunque se nos diera el triunfar, que está por ver.

Con seguro y rápido paso, como era en él habitual, revistó las fuerzas que le rendían honores en la Plaza de San Jaime entre los aplausos de la multitud apiñada en las bocacalles y en los balcones. Después, y al contrario que otras veces, todo el mundo echó de ver la notoria fatiga, la extrema palidez e incluso la falta de aliento con que pronunció el discurso, con cierto agobio que nos empeñábamos en atribuir al mucho calor, para calmar con la nuestra la inquietud de los amigos, pronto advertidos de aquellas señales evidentes de un desfallecimiento que nos era desconocido en su resistencia incansable al parecer, hasta entonces.

Del discurso en sí, en que sin confesarse vencido, pudo el más lerdo advertir el desasimiento de la vanagloria del Poder que tomaba su ánimo, no por eso decaído de su dignidad, antes bien, poseído de esa serenidad indestructible que sabe elevarse sobre toda contingencia favorable o adversa, quedó flotando en el ambiente denso, la terrible profecía sobre el panorama español de la paz sin ventura y la misericordiosa endecha del final agónico: «Paz, piedad, perdón», anticipada justicia victoriosa de una reivindicación futura de todas las derrotas que pudiera infligirnos el destino. La suerte estaba echada y él se preparaba a componer el ánimo, atemperándolo a la desolación del destierro.

—¡Vamos a ver! —me dijo entrando de pronto una mañana en mi habitación de «La Barata», por los días en que, por calmar la tensión nerviosa de la inminencia de la guerra de Europa, me empeñaba en diputarla imposible—. ¡Vamos a ver! ¿Qué crees tú que debo hacer si, perdida Cataluña, el Gobierno decide trasladarse a... Cartagena, por ejemplo?

Le contesté sin ambages:

—Ahora ya, y puesto que no has querido dimitir cuando todavía tu dimisión hubiera significado tu falta de conformidad con la de los gobiernos a merced de un impulso sin concierto, creo que no cabe sino el compartir su suerte hasta el final.

—No sé... No sé... Le he dicho a Negrín, para que lo sepa desde

ahora, que si me veo obligado, por la fuerza del enemigo, a pasar la frontera, desde ese momento dejo de ser Presidente. Mi idea de la República está asentada sobre el territorio nacional.

A últimos de septiembre o primeros de octubre, fue a despedirse de él Monsieur Labonne, que de la Embajada de Francia en España pasaba a la Residencia General de Túnez. Tipo extravagante por de fuera, pero con esa conciencia de hugonote característica de los protestantes franceses, se había hecho estimar de mi cuñado, tan justo apreciador cuando no en demasía solicitado por su propensión afectiva a Francia, de su campo, de sus jardines, sus escritores, sus políticos, sus francesas, sus soldados.

—¿Será posible —le decía el Presidente— que los franceses no vean qué significaría para ellos la derrota de la República Española?

Fue entonces cuando el Embajador le contó que al ir a despedirse del Presidente francés Monsieur Lebrun, éste le había preguntado sin recato: «¿Y a qué va usted a España ya?». Francia —añadió Monsieur Labonne a mi cuñado— necesita una dictadura jacobina.

—¿A cargo de quién?

—No sé. Quizá del mismo Daladier.

El Presidente español desconfiaba siempre que se hablaba como de una necesidad saludable de tales autoritarismos. No eran pocas las veces que oía en torno suyo, ¡a aquellas alturas!, solicitando de su decisión «que se erigiera en dictador». Su respuesta era invariable:

—Lo primero que se necesita para una dictadura es un dictador, en efecto, y yo no tengo vocación de ello, pero además, para ese viaje... ¡ahí tienen a Franco!

Nuestra vida, aparte las audiencias de Pedralbes, se reducía cada vez más a la convivencia estrictamente familiar en «La Barata». Seguía levantándose tarde, leía los periódicos sin gran interés, escribía algún rato, asomábase alguna vez, antes de comer, a donde lo hacían los niños. Hacíale gracia el verlos vestidos de soldados de la Guardia Presidencial, con los uniformes que, para sorprender a su tío, les había hecho el sastre militar por encargo especial de los ayudantes. Le divertía verlos hacer la instrucción, y hasta subir al monte con ellos a verlos actuar diestramente con el cañón antiaéreo a que se consideraban destinados formalmente. Habían aprendido su fácil comisión en el manejo mecánico de la pieza artillera y era cosa de risa el verlos empinarse o, tomado en brazos el pequeño por un soldado, en funciones de adscritos a la DECA.

Alguna vez íbamos de paseo carretera adelante y por lo general a la casa en los altos de la playa de Caldetas, adonde habían ido a refugiarse, en zona hasta entonces respetada por la aviación enemiga, casi todos los diplomáticos extranjeros. Allí solíamos pasar las tardes, entretenido el Presidente en cortar el boj con tijeras de jardinero, subido en una escalera de mano, sin que su presencia animara gran cosa a los albañiles que de meses atrás venían trabajando con desesperante lentitud en aquella obra, que parecía de romanos, para alojar sencillamente al Presidente peregrino. Negrín había insistido, sobre todo después de la toma de Lérida por los rebeldes, en la necesidad de que se trasladara a lugar menos próximo al frente. La nueva casa no parecía ofrecer tampoco mucha seguridad si había que precaverse contra la posibilidad de un ataque, toda vez que se ofrecía desamparada en lo alto de Llavaneras, a mar abierto. Él y yo la teníamos muy buena para «el armisticio».

Estaban haciéndole un refugio y acomodando la habitación del edificio de que era el jardín el único agrado, por sus espléndidas vistas marinas y de la montaña.

Regresábamos de aquellas excursiones, que nos ocupaban la tarde, a la hora de cenar. Oíamos la radio y jugábamos al Russian Bank, especie de solitario entre dos que le distraía mucho, sobre todo conmigo porque me ganaba siempre, sin fatigarle como el ajedrez. Quiso enseñarme el tresillo en que era maestro; abandonó el empeño en seguida ante nuestra torpeza y falta de interés, que él tampoco se tomó por aprender el bridge, que mi mujer propuso para variar un tanto las veladas y que a él le parecía «una sosería de viejas inglesas».

Suprimidos por su parte los convites oficiales que hubieran hecho resaltar más la escasez que padecía la gente y la ausencia de los Embajadores extranjeros, llegó a aceptar en principio el propósito que el de Francia tenía de dar un banquete en su honor; pero le hizo saber luego su inconveniencia cuando supo que pretendía la asistencia del Presidente de la Generalitat en otra Presidencia frente a la suya.

—No, no somos dos Presidentes de dos Repúblicas. No hay más que la española que tiene su Gobierno cuyo Presidente a su vez precede en representación a los otros dos de los Gobiernos catalán y vasco. Que me invite a mí si quiere, y otro día a los Jefes del Gobierno, siempre por delante el de la República.

En un concierto del Liceo, a que asistió con Companys, cuando ya se habaín tocado *Els Segadors* y el *Himno de Riego,* el público, mal acostumbrado por las tolerancias populacheras de los miembros del Go-

bierno de la República incluso, pidió la *Internacional* y los cantos anarquistas que eran entonces de rigor en casi todas las reuniones públicas. Apenas terminado el himno nacional se retiró ostensiblemente del palco, donde se quedó Companys con los catalanes que le acompañaban, sin cortesía ninguna. Solemne y conmovedor fue el concierto que el gran Pau Casals quiso dar, haciendo alarde de la adhesión a la causa republicana de que hacía gala en el extranjero y al que asistió el Presidente gustosísimo de oír al magnífico intérprete y de la ocasión tan digna. Rebosante el Liceo, nunca como entonces se manifestó el público en ovación tan clamorosa, que duró desde que el Presidente se apeó del coche a la puerta del teatro, hasta que se despidió,[2] harto sabía él que para siempre, de aquella muchedumbre arrebatada en un sentimiento inconsciente todavía del desgarramiento de la despedida. Casares, que ya, estando en Valencia mi cuñado, había roto el hielo de su apartamiento, iba de cuando en cuando a «La Barata» y era, con Amós Salvador, de nuestros poquísimos comensales. Un día, sabedor por mí de que había sido trasladado de Bruselas, donde era Secretario de Embajada, al Ministerio de Estado en Barcelona, Paco García Lorca, hermano de Federico, quiso que viniera a comer en nuestra compañía, con otro joven diplomático, su amigo, que lo era de los nuestros, y que estando en Londres al estallar la guerra en España, había salido a recibirme a Southampton por encargo especial del entonces Embajador López Oliván. El Presidente pasó muy mal rato recordando a Federico, sacrificado a una suerte injusta por la atrocidad del enemigo en casa. Tenía como yo la convicción de que no tanto la adversidad política como la envidia había malogrado por modo horrible aquel ingenio amable.

Esperada como era, fatal e inevitable, la ofensiva del enemigo para primeros de diciembre, todavía se retrasó unos cuantos días, que lo fueron para nosotros de tensión nerviosa, disimulada en el Presidente por aquel su hábito de dominarse, que le daba siempre la serenidad de juicio pertinente a la reflexión.

2. Alusión a este acto el 16 de noviembre de 1938; cuando Negrín le dice: «A usted le quedan muchos años de acción política. Hace un año, no lo hubiera dicho, pero estoy persuadido de que usted será el único que salga con su prestigio intacto de todo esto (...) ¿Para qué me ha dicho eso? ¿Qué sugestiones, qué descubrimientos se lo dictan? ¿La escena del Liceo, el día del concierto Casals, que los dejó admirados? (...) La censura tachó las declaraciones a la prensa de la Comisión extranjera de Canjes, que asistió al teatro y se quedó pasmada de tanta popularidad.» (*Memorias,* II, p. 406.)

Una de aquellas noches fue Saravia a cenar en nuestra compañía. No mucho antes, entrado el otoño, había ido yo por vez primera a su Cuartel General y acompañándole a la inspección de un Campo de Recuperación de Desertores, de donde regresé a casa muy mal impresionado, entre otras cosas al ver a los soldados descalzos, que era lo que más a los ojos saltaba de su necesidad. Saravia, siempre animoso, no pareció estarlo tanto aquella noche de la cena en «La Barata». A manteles levantados y luego de ligerísima sobremesa, el Presidente invitó al general a su despacho y, cosa insólita, me dijo que fuera yo también. Cuando estuvimos solos preguntó a Saravia cuál era su opinión concreta sobre la situación militar y sus probables consecuencias inmediatas. El general creía que, aun rotas que fueran nuestras líneas, y no lo habían sido aún, todavía era posible resistir dos o tres meses en Barcelona. Insistió el Presidente en preguntarle si creía en la eficacia de una retirada gradual de nuestras tropas hasta el Pirineo. Y cuál podía ser la duración de aquella resistencia. Hasta seis meses calculaba Saravia. Entraba en ese cálculo que en ese tiempo se habría declarado la guerra en Europa y acudido naturalmente en nuestro favor Inglaterra y Francia.

Cierto que la retirada de los voluntarios extranjeros que luchaban en nuestro campo y a que había accedido Negrín en Ginebra, sin contrapartida en el Comité de Londres respecto a los contingentes alemanes e italianos mucho más numerosos que devastaban nuestro suelo en ayuda de Franco, redundaba en desmoralización de nuestra retaguardia. La revista militar con que aquéllos fueron licenciados solemnemente en Barcelona había dado lugar a dos incidentes, privado el uno hasta cierto punto; público el otro y que dio al traste con la ceremonia interrumpiéndola de improviso.

Llegados que fuimos el Presidente y su séquito a la tribuna que habíamos de ocupar para presenciar el desfile en la avenida de Pedralbes, se produjo vivísimo altercado, repetición de otro ocurrido en los preparativos de la revista, entre Cándido Bolívar, Secretario General de la Presidencia, y el Subsecretario de Guerra, de reciente promoción comunista, aunque militar de carrera. La cosa no tenía en principio gran importancia, pero había evidentemente en la discusión acerca de puesto y preeminencias, menosprecio de la representación del Presidente y en particular de su persona, y costó trabajo que de momento no se enterara de la violencia de palabras acerca de su presencia en el acto. El cual comenzó bajo el signo de esa tristeza que siempre producen las despedidas; mucho más en ocasión como aquella en que el aplauso popular

no podía acompañar a los que partían con el grito de la victoria. A tan última hora y sin que se enterara muy bien de quiénes eran unos y otros, fuéronle presentados al Presidente algunos jefes de aquellas Brigadas Internacionales que tanto ruido habían dado en pro y en contra de nuestra causa. El italiano Gallo y el francés Marty se me quedaron más grabados que los demás, de cuantos subieron a estrechar su mano. Veía marchar el Presidente de la República a los soldados extranjeros sin mucho pesar. Nunca le había entusiasmado el concurso de los combatientes que de fuera venían por espíritu revolucionario o de simple aventura; de suerte que en su empeño de obtener del Comité de No-Intervención la retirada de cuantos «voluntarios» sedicentes, fuéranlo de veras o por fuerza, luchaban encontradamente en nuestro suelo, entraba, tanto como la seguridad de que, restándole a Franco el apoyo exterior, se le inutilizaba y con ello triunfaba la República, el deseo de vernos libres de una colaboración por demás onerosa en todos los órdenes, una vez cumplido su primer esfuerzo positivo para el encuadramiento de la defensa de Madrid.

Si nos faltaron siempre mandos, que difícilmente podían improvisarse con la defección de tanto oficial de carrera, no precisamente los Estados Mayores, cuya competencia no admitía la de unos técnicos extranjeros, inferiores por lo general a nuestra plana mayor. Riéndose me había contado el gracioso episodio que Saravia refería con su peculiar gracia socarrona y de que fue protagonista uno de los instructores rusos que vinieron desde luego en nuestro socorro. Parece ser que llegado con el *Periboschi* o intérprete al puesto de mando del General, anunció éste a su huésped antes de mostrarle los planos de las operaciones en curso, que le tenía preparado un ligero refrigerio con jamón y vino. Apenas oyó el buen ruso las explicaciones de los gráficos que el intérprete le traducía, volviéndose a nuestro General, le dijo muy seria y simpáticamente lo que el *Periboschi* a su vez tradujo en castellano neto:

—Que está muy bien y que saquen el jamón.

El Presidente no podía explicarse en aquella fecha de la despedida de los voluntarios extranjeros, a qué obedecía la repentina docilidad de Negrín al obligarse unilateralmente a una retirada, que en vano él había procurado que dimanase de un acuerdo del Comité de Londres, que libertara realmente el suelo español de toda injerencia militar extraña. Bastante después me dijo que Negrín había obrado así al notificarle la URSS que retiraba sus pocos contingentes de España ante la eventualidad, que ya preveían fatal, de la total ocupación del territorio

español por los fascistas, y en evitación de que la presencia de los rusos provocara el conflicto con Italia y Alemania que la agresión de las dos potencias a nuestra República no había suscitado con Inglaterra, Francia y los demás países asociados en Ginebra. Dábale qué pensar hasta entonces el hecho, asegurado en informes verídicos, de que Italia y la URSS fueran las que más empeño ponían en que no se resolviera por una paz de compromiso la guerra civil española. Según él, la continuación de la guerra en España detenía su declaración en Europa, cosa ésta que daba sin duda qué temer a una y otra potencia, antagónicas sí, pero cuyo interés nacional padecía con la probabilidad de la conflagración general más de lo que pudiera favorecer a cada cual en sus previsiones.

El incidente público que deslució el digno aparato de la revista de despedida de los extranjeros fue que, anunciado el acto por la prensa y radiado durante su celebración, pronto se supo que de la base insurrecta de Mallorca salían aviones enemigos en dirección a Barcelona. El aviador Hidalgo de Cisneros, que ocupaba un alto cargo en el Negociado del Aire del Ministerio de Defensa, fue quien llevó la noticia al palco presidencial. Negrín invitó inmediatamente al Presidente de la República a retirarse, cosa a que éste no accedió hasta ver el desfile prudentemente suspendido, en evitación de un duelo más innecesario de los ya infligidos a la ciudad y sus habitantes por las incursiones aéreas del enemigo.

Hallándonos en un cine de Tarrasa, a que habíamos ido por única vez, a no sé qué fiesta obligada, y a muy pocos días de haber celebrado en familia el santo del Presidente y la fiesta de Reyes en un refugio infantil próximo a la Casa presidencial, recibimos la noticia de la entrada del enemigo en Tarragona.

Al siguiente, o a los dos días, nos despertó la primera alarma de aviación sobre «La Barata». Los pequeños, que ya se habían levantado, corrían escaleras abajo buscando el refugio nunca utilizado aún. Mi mujer tomó a la niña en brazos, de la cuna en que se despertaba con aquel sobresalto y envolviéndola en una manta se dispuso a ponerse en salvo con los demás. Enrique, mi segundo, se detuvo al bajar de un piso a otro en el *hall* del principal, pidiendo con presurosa insistencia infantil que saliera también su tío y padrino, «que era el más importante». Pero su tío, que sólo una vez accedió en Valencia a acogerse al refugio y que nunca lo tuvo en Pedralbes, tampoco aquella vez se sobresaltó ni se levantó de la cama hasta más tarde, como de costumbre. Antes de que llegáramos abajo ya vimos que el avión —«una pava» que decían

los niños repitiendo lo que oían— no tiraba sobre la casa, quizá porque creyeran sus tripulantes, si la sabían residencia particular del Presidente, que no era posible que estuviera todavía tan cerca de la línea de fuego. Dos días después el Cuartel General de Saravia se trasladaba a cuatro kilómetros a retaguardia de «La Barata».

Una de aquellas noches, según estábamos en el comedor después de cenar, como oyéramos en el terrado de entrada a la casa rumor de gentes que el silencio nocturno aumentaba con ese prestigio misterioso que dan la soledad y el campo oscuro a las palabras perdidas, nos asomamos al amplio ventanal sobre el valle en dirección a Montjuich, que nos cerraba la vista de Barcelona. Sobre el cielo se advertía un resplandor de incendio, a la distancia del mar, cuya brisa nos llegaba por el boquete de Badalona. Luego vimos la estela de los aviones enemigos siluetados por los cohetes de la DECA. Y en seguida la lluvia de fuego, como artificio de pirotécnico en la lejanía, con un eco sordo de feria retumbante. De pronto, le oí decir a mi lado, con voz que la angustia apagaba en una reflexión dolorida:

—¡Esto no, esto no! ¡No hay justicia en el mundo que valga la pena del horror de una guerra así! ¡Ni república ni nada![3]

Le conturbaba, sobre todo, el sentimiento de no participar en el peligro común, de que, por otra parte, insistía en querer apartar a cuantos no teníamos un deber militarmente eficaz que cumplir, o en la política de retaguardia. Lastimado como estaba de que nunca encontrara oportuno el Gobierno que él visitase el frente, tampoco le parecía bien la continua ostentación que con fácil desprecio de su vida, eso sí, hacía Negrín yéndose un día y otro a la primera línea y teniendo alguna vez que tirarse al suelo en una cuneta para sortear un ataque de la aviación.[4]

De un día a otro dispuso que mi mujer y los niños salieran para «La Prasle», la casa de campo que teníamos alquilada en Collonges-sous-Salève en la Alta Saboya francesa, a seis kilómetros de Ginebra, en la misma raya de la frontera suiza. De allí habían venido apenas hacía tres meses, acuciado el Presidente por el temor de que les cogiera en Francia la guerra general de Europa, contenida luego y que, agudizada de nuevo la nuestra a un punto de imposible resistencia, nos obligaba a

3. Idea arraigada de muy antiguo en Azaña. En 1920, anota: «La guerra es un crimen que nunca se disculpa, que no debe aceptarse jamás, que es necesario impedir.» (*O.C.*, III, p. 864.)

4. Azaña a Negrín el 22 de julio 1937: «No me parece bien que el jefe del Gobierno haga esas cosas, ni que se exponga inútilmente.» (*Memorias,* II, p. 164.)

tomar la misma precaución evasiva. Yo me negué a acompañarles ni aun a la frontera de Perthus. No hacía muchos días que un amigo me manifestaba su contento al saber que tenía conmigo a mi mujer y los pequeños: «¡Lo que se van a alegrar mi madre y mi hermana! ¡Porque si está aquí la familia del Presidente, no irán todavía tan mal las cosas como para creernos perdidos del todo!» Quedé con él de avisarle del momento en que el Gobierno creyera oportuno evacuar la capital. Entonces comprendí la razón que tenía mi hermana Adela, al insistir un año antes en volverse a Madrid desde Ginebra.

El 31 de diciembre precisamente, había tenido lugar la presentación de credenciales de Monsieur Jules Henry, nuevo Embajador de la República Francesa. Decíanle amigo personal, aparte su calidad de diplomático de carrera, del Ministro de Negocios Extranjeros de su país, Monsieur Bonnet; y, por especialista en cuestiones financieras, atento en España a determinados intereses favorables en Francia a ciertas especulaciones económicas e industriales. Aquella ceremonia postrera fue la única en que intervine como Introductor de Embajadores. De mañana, y muy puesto de *chaquet* y chistera, estuve esperando en el jardín de Pedralbes a que pasara la alarma de incursión aérea, que como siempre que se anunciaba más o menos una ceremonia oficial, amenazaba su lucimiento. Llegué al alojamiento circunstancial de la Embajada, a cuya puerta había de encontrarme con la escolta, dispensada de ir antes a buscarme por no cansar los caballos y a los soldados que los montaban con el largo trayecto del Cuartel a la Residencia Oficial del Presidente, camino que tenían que recorrer de todos modos dos veces con ir y venir escoltándonos al Embajador y a mí —y eché de ver que coincidían conmigo en aquel momento, un tanto tardío ya, porque los había dispersado la aviación enemiga, retrasando su arribo. Monsieur Jules Henry me esperaba, con mi antiguo conocido de Ginebra y Consejero entonces de la Embajada Monsieur Fouq du Parc. Nadie me hizo la menor alusión al bombardeo. Al punto nos pusimos en marcha hacia Pedralbes. Al paso, nos saludaba una doble hilera de gente, respetuosa más que entusiasta. El Presidente recibió oficialmente al Embajador, introducido protocolariamente por mí en el salón, improvisado con magníficos tapices del Patrimonio Nacional. Teníamos a gala y honor que el decoro de la República no padeciera con las necesidades de la guerra. Después de los discursos de rigor y de la amistosa conversación obligada que se suele, emprendimos el Embajador y yo, con su séquito, regreso a la Embajada de Francia. Monsieur Henry parecía de veras impresionado por lo que

el Presidente le había dicho en confidencia, más que por el discurso, aquella vez más que ninguna otra sopesado y medido tanto como la protocolaria respuesta, objeto por parte del Presidente, a través del Ministerio de Estado, de alguna que otra corrección precisa. El Embajador se hacía lenguas conmigo de la clarividencia con que aquél se había producido en la conversación; aunque demasiado se me alcanzaba lo crítico del momento, todavía quise agarrarme a la esperanza del esfuerzo que el Presidente ponía sin ninguna ya de lograr su empeño pacífico. Luego mi cuñado me repitió lo que, sin faltar a la prudencia elemental, había dicho al nuevo Embajador igual que a su antecesor en el cargo Monsieur Labonne, que si aparentemente la URSS tenía cerca del Gobierno español una cierta preponderancia con respecto a las demás representaciones extranjeras —cosa discutible, puesto que a la sazón y desde el relevo del segundo Embajador soviético nadie le había sustituido y ejercía sus funciones un Encargado de Negocios—, culpa era en todo caso de los Gobiernos de Inglaterra y Francia, que haciendo dejación de su ineludible influencia para con nosotros, habían permitido, cuando no aconsejado a sus Embajadores, la retirada vergonzante a Hendaya, tardíamente rectificada por el Gobierno francés, aunque él esperase mucho de la buena voluntad que con su sola presencia nos demostraba Monsieur Henry. El cual, apenas recibido, salió de nuevo a celebrar el año nuevo en París, de donde no le dio tiempo a regresar sino a Figueras en trance ya de huida los Ministros y el Presidente de la República.

En precipitada retirada nuestras tropas de Cataluña, e instalado a retaguardia de la casa presidencial el Cuartel General de Saravia, nos instó éste y el Presidente del Consejo una vez más, a que saliéramos de «La Barata».[5] Accedió el Presidente de la República al fin, ante el apremio de las circunstancias, y en dos días evacuamos la vivienda, que se entregó tal cual había sido ofrecida, al Ayuntamiento de Tarrasa, que con notoria exageración pueblerina la tenía en concepto de museo, por las cuatro o cinco pinturas decentes, aunque modernas, y los cuatro cacharros que a título de colección de cerámicas se guardaban visibles en unas vitrinas.

Después de pasarnos un día quemando papelotes inservibles en la

5. «Cuando Saravia instaló su Cuartel General a nuestra espalda, vino a decirme que no debíamos continuar allí ni un día más. Rehusé tomar ninguna determinación, mientras el Gobierno no lo estimase necesario. Estuvimos allí hasta el sábado 21 de enero.» (Carta a Ossorio del 28 de junio de 1939, en *Memorias*, II, pp. 424-448.)

chimenea, fuimos a dar en Llavaneras la noche de un sábado, y tan retrasado estaba aún el acomodo de la casa principal que allí se destinaba al Presidente, que hubo que habilitar a toda prisa otra contigua, desalojando de ella a sus inquilinos, uno de los cuales hasta muy pocos días antes el Presidente del Tribunal Supremo don Mariano Gómez.

Nos dispusimos a cenar, de muy mal humor el Presidente. Se encontró la casa fría, luego llena de humo al querer encender la calefacción y al cabo de la cena, como fuera a visitarle Giral, se encargó con el propio Bolívar de salir cuanto antes en busca de otro alojamiento a que pudiéramos acogernos en la eventualidad del ataque a Barcelona, de que quedábamos tan cerca. Dormimos incómodamente —la casa era harto exigua para todos nosotros— o, por mejor decir, durmió mal el Presidente, que yo, como siempre, lo hice a pierna suelta y con el descanso que ello da de un día para otro. Al siguiente, que pasamos casi por entero en la casa de arriba, presenciamos desde el jardín el intenso bombardeo aéreo de que fue objeto Barcelona. Por teléfono me llamó mi mujer, desde Collonges-sous-Salève ya, y aunque con gran dificultad en la comunicación, pude saber que habían llegado sin novedad, y ella que habíamos salido de «La Barata». Tan apresuradamente tuvieron que hacerlo las gentes del servicio con el último equipaje, que en poco estuvo no los hallara allí el enemigo. Salieron el domingo por la noche. El martes ya habían ocupado las vanguardias de Franco la casa donde todavía estaba el Presidente dos días antes.

En menos de veinticuatro horas pudo la voluntad de Giral y el empeño de Bolívar lo que no se había logrado en seis meses. El domingo por la noche estaban de regreso para decirle al Presidente que tenían dispuesto alojamiento, verdaderamente digno, en el castillo de Perelada, incautado al conocido comerciante catalán Mateu, donde se hallaba salvaguardada la mayor parte del tesoro pictórico del Museo del Prado. Dos años hacía —me permití recordárselo a mi cuñado— que era sabedor por el chófer del propio Mateu —refugiado en Ginebra con su señor, y que iba al consulado a hacerme confidencias de fiel republicano, sin mucho perjuicio de su amo—, de que el dueño del castillo de Perelada deseaba ver instalado al Presidente en su casa, para asegurarla contra la eventualidad de cualquier otro inquilino menos escrupuloso; así se lo comuniqué, sin que me hiciera caso y aviniéndose, en cambio de ir de ceca en meca sin ventaja para su comodidad ni su prestigio, a la aventura desdichada de nuestra suerte guerrera. El Presidente me repitió que lo que entonces era ineludible ya, no hubiera sido prudente dos años atrás,

dado lo lejos que estaba Figueras de Barcelona, y de Valencia donde el Gobierno residía, y más cerca de la frontera, lo que más parecía precaución prematura que otra cosa. Decidimos, pues, continuar viaje de allí a dos días.

Pero no bien nos había dejado Giral, rehusando la invitación familiar del Presidente para que cenara con nosotros y cuando por entretener la espera de la cena jugábamos en el mismo comedor dos partidas de Russian Bank, mi hermana Adela con nuestro cuñado, y yo con su mujer en una mesita al lado de la de comer, un estampido inequívoco y un estrépito de cristales rotos nos interrumpió bruscamente el juego. Lola se puso en pie de un brinco; yo me quedé clavado al asiento y —cosa curiosísima— *me vi* en un corral amplio y lleno de boñigas, aguantando en un simulacro de verónica, la embestida de un chotillo. Vine así a saber al cabo de treinta y cinco años que aquella emoción inefable de mis primeros conatos taurinos en la vacada de mis tíos los Cuadrilleros, en Medina de Rioseco, tenía un nombre: miedo. Tampoco entonces corrí.

El Presidente, con serena calma, pero con aquella intensa palidez tan característica de sus indignaciones, nos instó a que saliéramos con él, apenas se presentó luego Santos a aconsejarnos que así lo hiciéramos. Al parecer, era un barco a la vista el que nos había lanzado la andanada rompiendo la vibración del proyectil en el aire los cristales de la galería exterior sobre el camino de subida al alto de Llavaneras. Convenía ponerse a espaldas de la casa, por sortear así mejor el peligro de una bomba en el edificio. Por la puerta trasera, atravesando la cocina, salimos pues uno tras otro y allí aguardamos menos de lo que parecía prudencial, porque el Presidente se impacientó como otras veces en ocasión parecida y se negó a permanecer al sereno, no obstante la apacibilidad otoñal de la noche de enero. Decidimos, sin embargo de su protesta, subir a la casa de arriba, donde si no las camas todavía, teníamos, aunque sin concluir del todo tampoco, el refugio dispuesto. Nos recogimos en el comedor a pasar la noche como en un duelo. Alguien hizo esta comparación fácil cuando a la vuelta de media hora del suceso reciente, y comprobado que no había sido tal barco el bombardero sino un hidroavión castigador de aquel trozo de costa, de Barcelona a Mataró, ya no nos ocupamos sino de entretener el tiempo con chascarrillos, sin acordarnos, por decirlo así, del difunto. Probamos a jugar al póker y nos aburrimos. Al cabo, visto que la aviación no nos molestaba más, decidimos dormir en los amplios butacones y el sofá, incomodado y vejado

el Presidente por que la alarma hubiera sido tan infundada al parecer. A la primera luz del alba, sin embargo, entró Santos a indicarnos la conveniencia de que bajáramos al refugio. En el mismísimo jardín caían las bengalas del avión que desde la noche antes rondaba la costa. Obedecimos soñolientos y de malísima gana el Presidente; tuvieron que bajar una silla, en que no quiso sentarse. Poco, por fortuna, fue el tiempo que en el refugio permanecimos. Su seguridad, en todo caso, era muy relativa, porque todavía no estaba cubierto del todo.

Con la mañana desapareció el peligro corrido. Supimos luego que en el estruendo de la noche anterior se había hundido una casita que tenía alquilada Negrín, al pie de la colina en que se asentaba la nuestra, junto a la línea férrea, que era el objetivo que el avión enemigo perseguía.

Dormimos aquella noche en Llavaneras y apenas estrenada la casa, donde ya se amontonaban en su presunta decoración fallida tapices y candelabros del Patrimonio Nacional, dispuso el Presidente que sin más dilación y puesto que se le esperaba en el castillo de Perelada, emprendiéramos el viaje a prima tarde. No fue tan precipitada la decisión como lo era la fuga en masa de cuantos pueblos se veían amenazados de cerca por el enemigo, que nos pisaba materialmente los pies. Salimos en una comitiva de cuatro o cinco coches, sin más acompañantes que los ayudantes del Presidente, Santos Martínez y la policía de servicio. Con el Presidente y su mujer, mi hermana Adela y yo. El espectáculo del camino era por demás deprimente. Toda la tarde empleamos en una jornada que hubiéramos podido hacer descansadamente en dos horas. La carretera estaba intransitable por el atasco de unos vehículos tras otros y no siempre detrás del carro y la carreta del Hispano Suiza y el Ford. Al paso por los pueblos, el vecindario nos miraba con triste impasibilidad entre impotente y rendida a la evidencia de nuestra derrota. Algunas gentes saludaban con respeto. En otras se pintaba la desolación.

Entramos en el castillo de noche ya, a poco de atravesar Figueras y no sin tener que preguntar yendo y viniendo a la salida de la carretera, lo que impacientaba al Presidente como siempre que echaba de ver la imprevisión desconsiderada de cuantos debieran haberle evitado tales inadvertencias. En el patio, al pie de la gran escalera, nos esperaba Negrín con Giral, José Giner y Pérez Rubio, en su calidad especial de custodios de los cuadros del Prado que allí se guardaban. Luego, nos hicieron recorrer las salas principales del castillo, bien alhajado de tapices, cuadros y cristalería por su dueño a la sazón, el conocido fabricante

Mateu, ya lo he dicho. Nos sorprendió sobre todo la valiosísima colección de Vicente López, iniciada por uno de los últimos condes de Perelada y en que el Presidente me hizo notar un buen retrato del pretendiente Don Carlos, a quien los carlistas llamaban Carlos V y los liberales Carlos Chapa, y otro de un fraile —trabucaire sin duda a juzgar por la cara inequívoca de faccioso energuménico—, ejemplo evidente de que el tiempo no corre tanto, ni mucho menos cambia como nos empeñamos en creer los progresistas.

Despidiéronse el Presidente del Consejo de Ministros y Giral que seguía siéndolo sin cartera; cenó a nuestra mesa Pepito Giner, que así le llamábamos todos de la antigua costumbre de sus parientes y amigos de la Institución Libre de Enseñanza, y a los postres subió Pérez Rubio, que con Giner y otros adjuntos al servicio del Museo, entre los cuales una cuñada de aquél, se alojaban en la planta baja del amplísimo edificio. El Presidente se interesó mucho por la suerte del tesoro imponderable, que tanto había costado sustraer a las incidencias de la guerra, sacándolo del Prado, bombardeado por los insurrectos de allí a poco, llevándolo a Valencia, donde estuvo segurísimo, aunque enrollados todos o los más de los lienzos en la Torre de Serranos, y de allí al castillo de Perelada; traslado este último azarosísimo y en que estuvo a punto de destrucción, al pasar por Benicarló, nada menos que el famoso cuadro *Los fusilamientos del 2 de Mayo* de Goya, al caerle encima, por la trepidación del camión en que iba, un balcón de hierro, desarraigado del muro por una bomba enemiga y que fue a agujerear la tela, que por los días de nuestra llegada al castillo se estaba restaurando cuidadosamente.

La casa, atendida por el mayordomo de su dueño, con algún sirviente más, estaba confortablemente puesta, hasta ese cierto punto de que no sabe pasar con verdadera grandeza ningún comerciante catalán. El Presidente echó de menos en seguida, y no digamos yo, tan friolero siempre y más en la inclemencia lluviosa de aquellos días, destemplado como teníamos el cuerpo, una calefacción suficiente. Nos pasábamos las horas, a falta de otra instalación más moderna, soplando los leños en las chimeneas, que por deshollinar de tiempo atrás nos llenaban de humo, levantándonos dolor de cabeza. Las alcobas, cada una tapizada en un color y en un estilo diferente, tenían sendas camas colgadas de pesadas cortinas, que eran necesarias en el desamparo de tan amplias estancias. A mí me cupo en suerte un lecho sin colgar, en un saloncito Imperio, en cuyo decorado destacaba, sobre una mesa, un primoroso dibu-

jo de David. Sentí después no habérmelo llevado. Acaso habrá desaparecido después de nuestra salida y a buen seguro que la malquerencia ajena nos atribuirá su desaparición.

En todo el día siguiente al de nuestra llegada no apareció por allí ningún ministro. A la noche y por la radio italiana, oímos la voz antipática del propio Mussolini dando la noticia de la caída de Barcelona.

El Presidente me mandó a Figueras, de que sólo distaba Perelada seis kilómetros, a la mañana siguiente. Giral pretendía no saber nada de la entrada de los rebeldes en la capital de Cataluña. Llegó a preguntarme si yo creía en las patrañas de la radio de Roma. No encontré ni rastro de Negrín y me llevé conmigo a Vayo, luego de esperarle bajo las bombas que circundaron el castillo de Figueras, donde se habían instalado en las inhóspitas salas del antiguo presidio las oficinas deambulantes del Ministerio de Estado. El Ministro, que había tenido que regresar precipitadamente de Ginebra, sin tiempo ya para llegar a Barcelona, me había dicho antes de partir que me presentara a él a su vuelta:

—Aunque de momento ya no es ocasión —me dijo según nos dirigíamos a Perelada—, yo le tenía preparado el nombramiento de Embajador en Bruselas.

Me quedé estupefacto. Nuestras relaciones diplomáticas con Bélgica estaban interrumpidas por un incidente que, una vez resuelto, invalidaba de todas suertes la presencia de Mariano Ruiz Funes, nuestro representante hasta entonces. Precisamente, al cesar en el Consulado de Ginebra quise verle e instarle a que se reintegrara a Barcelona cerca del Presidente, a quien yo sabía muy bien dispuesto en su favor, al par que desatendido de políticos real y verdaderamente republicanos. Él se había mostrado un tanto remiso y mi cuñado había cortado mi iniciativa desautorizando cualquier gestión por mi parte en aquel sentido. A él le parecía que debiera haber sido el propio Ruiz Funes y no yo, quien decidiera su reintegración a la política interior en momentos como aquéllos.

Vayo, viendo mi sorpresa, continuó:

—Sí, ahora no es ocasión; pero puede serlo pronto. —Y ante mi sonrisa de escepticismo doloroso, insistió:

—¡Ah, si resistiéramos una semana tan sólo! Porque de aquí al martes estalla la guerra entre Italia y Francia y el conflicto general de Europa es nuestra salvación.

El Presidente le habló tan claro como siempre, mucho más en aquellas circunstancias, y le instó a que buscara a Negrín. Pero Negrín no

apareció por allí ni aquel día ni al siguiente. No fue, aparte Giral, otro ministro que Bernardo Giner, del cual supimos que de Gerona a Figueras había tenido que andar a pie un buen trecho de carretera, interceptada por el sinnúmero de coches, carros y carretas, a la desbandada. La misma suerte había corrido Casares, que fue nuestro huésped los dos últimos días de su estancia en España. El Presidente no le instó a que se quedara cuando nuestro amigo le dijo que con gusto le acompañaría; pero que consideraba que era la única persona que no debía salir con él.

También fue a visitarle Martínez Barrio, alarmadísimo por la que juzgaba excesiva pasividad del Presidente, que esperaba las decisiones del Gobierno y el poder al menos hablar con Negrín para tomar la suya.

Como del Embajador francés sabíamos que estaba instalado en Perpignan con harta más razón que nuestro ministro de Estado que pasaba asimismo la frontera todas las noches, quiso el Presidente avisarle oficialmente, para que fuera a verle, y, aprovechando que mi hermano había de ir a Le Boulou, donde tenía a su mujer y al pequeño, y regresar inmediatamente, a él le dio una carta para Monsieur Henry.

Visto que Negrín no se presentaba con el general Rojo como el Presidente quería, decidió en último término llamar al general solo, puesto que la precipitación de los acontecimientos obligaba a soluciones urgentes. Al cabo, el día 24,[6] si no yerro, se anunciaron juntos en Perelada aquellos dos personajes. Hablaron largamente los tres.

Cuando el Presidente volvió al comedor donde solíamos hacer vida familiar aquellos días, estando yo solo en él a su espera, advertí en seguida, por la descansada expresión de su rostro, que se le había cumplido su mayor deseo. Antes de que tuviera tiempo de preguntarle nada, me dijo, con sonrisa en que se transparentaba la contenida emoción, a tiempo que echaba hacia atrás ambas palmas de las manos, aquel su ademán tan característico: «Paz».[7]

No por esperada me sobrecogió menos la noticia:

El general Rojo le había dicho no más entrar en el despacho con el Presidente del Consejo:

6. El 28 de enero 1939. (Carta a Ossorio, *Memorias,* II, p. 430.)

7. «Terminada la entrevista, cuando me reuní con las personas que me acompañaban en el castillo de Perelada, contesté a sus impacientes preguntas con esta sola palabra: "Paz..." Tal era la impresión obtenida por mí, y todos advirtieron la alegría que me causaba el posible término inmediato de la estéril tragedia.» (*Ibid.,* p. 432.)

—¿Qué hace usted aquí, señor Presidente? Entre esta casa y el enemigo, ya en Arenys de Mar, no hay más que la carretera.

—¿Quiere decirse entonces que la guerra está perdida? —Y ante la callada respuesta del general—: ¿Cree usted que hay manera de resistir en el Centro?

El general contestó que no sabía bien la capacidad de resistencia del frente de Madrid, una vez derrumbado el de Cataluña; pero que, en todo caso, sería cuestión de cien mil bajas más.

—Entonces, señor Presidente del Consejo —dijo el de la República—, no queda sino requerir los buenos oficios de Francia e Inglaterra por ver de obtener una paz humanitaria. Es cuanto podemos pedir ya.

—¿Quieren ustedes que vaya yo a París a gestionar ese armisticio?

El Presidente del Consejo no había creído conveniente ni oportuno el infligir al Presidente de la República una humillación así. Tal creo recordar, por lo menos, de la referencia que mi cuñado me dio.

Negrín había, al par del general, insistido en que el Presidente abandonara cuanto antes aquella residencia. Y en lo que hacía al requerimiento de los representantes de Inglaterra y Francia, el Ministro de Estado, que estaba al habla con ellos, a fin de trasladar a Ginebra el tesoro artístico del Prado, era el más indicado para aquella gestión.[8]

Contándomelo parecía aliviado de la inmensa pesadumbre de aquellos días sin esperanza. Una paz humanitaria. La entrega de la República, a cambio del destierro para los que no teníamos otro camino, y la clemencia, la amnistía, para los vencidos por la injusticia de la fuerza.

Creo que fue aquella misma tarde, o a la siguiente, cuando se destacó el comandante Parra al pueblo relativamente vecino de Massanet, donde se alojaba el Presidente de las Cortes y nos habían dicho que había una residencia posible para el Presidente y su séquito familiar cuando menos. A todo esto habíamos sufrido, amparándonos por todo refugio en los amplios quicios de las puertas, el reiterado bombardeo, tras el terrible de Figueras, de los campos de aviación que cercaban, puede decirse, el castillo de Perelada.[9]

El comandante Parra volvió diciendo que bajo su responsabilidad el Presidente no podía de ninguna manera acogerse a semejante desamparo como le proponían. Lo de menos era la inhóspita incomodidad del caserón que había visto en el pueblo susodicho. La casa y el pueblo en

8. *Ibid.*, p. 431.
9. *Ibid.*, pp. 435-436.

cuestión estaban al fondo de un valle pirenaico sin otra comunicación que una carreterilla a la general de Francia.

Entretanto, convocadas las Cortes, ausentes ya la mayoría de los diputados, reacios en volver desde Francia a semejante simulacro, se acordó, sin que el Presidente del Consejo diera cuenta, ni aun insinuándolo, de su conversación con el Presidente de la República acompañado del general Rojo, se acordó, digo, la continuación de la guerra a ultranza hasta la victoria. Alguien le refirió después al Presidente que hubo diputado que, por urgente necesidad,[10] o por todo comentario de aquella última sesión, orinó en un rincón del salón de sesiones improvisado, en no sé cuál castillo desapacible también.

Se preocupó el Presidente asimismo, por manera muy especial, de que el general Saravia se reuniera con nosotros en Perelada. Encargado de la defensa de Barcelona, tan a última hora que cuando fue a tomar el mando de la plaza se la encontró desguarnecida, y tuvo que salir precipitadamente, interrumpiendo o poco menos la cena en el hotel donde se había alojado, cuando ya bajaban las tropas italianas de Montjuich a la Gran Vía Diagonal y el Paseo de Gracia, hubo no sé qué conato de Consejo de Guerra que pretendió juzgarle y atribuirle la culpa que en modo alguno le correspondía.[11] Trabajo le costó a mi cuñado convencer al general de que se preocupase ante todo de recoger a su familia abandonada en una primera retaguardia que ya no lo era y se aprestara a ponerla en salvo. Disparatado le parecía que Saravia hablase en serio de organizar bajo su mando, desprovisto de fuerzas, no sé qué guerrillas imposibles. Harto evidente era la razón que le asistía meses antes, cuando en aquella famosa reunión ministerial e intersindical en que fue sacrificado Prieto al prurito falsamente revolucionario y guerrero de los comunistas y como alguien hablase de Numancia, como ejemplo a seguir a la distancia de los siglos, había dicho sensata y valientemente el Presidente de la República: «No sé. Pero sí que los numantinos no tenían aviones en que poder huir».

Mi hermano, que con mi hermana soltera había ido al Boulou en ánimo de regresar a los dos días, no pudo hacerlo. A medio camino y

10. *Ibid.*, p. 439.

11. «El martes le echaron a Saravia el mochuelo de la defensa de Barcelona para que cargara con la pérdida de la plaza; los facciosos estaban ya en Molins y en el Tibidabo (...) Destitución fulminante de Saravia, y diligencias previas instruidas para depurar las responsabilidades de la rendición de Barcelona.» *Ibid.*, p. 429.

ante la imposibilidad de franquear la carretera, atascada horas y horas de una noche de aguacero invernal, tuvo que volverse, no sin mandarme a decir que no le había sido dado hallar al Embajador de Francia, ni, por lo tanto, hacerle saber el vivo deseo que de verle tenía el Presidente.

Al cabo, y visto que nuestra situación personal empeoraba sin que nadie tomara sobre sí el trabajo de aliviársela al Presidente, decidió éste que recogiendo mi hermana en sencillo equipaje de mano lo más imprescindible, y dejando dispuesta en Perelada la salida de la servidumbre para Francia, saliéramos una tarde nosotros sin más acompañantes que el comandante Parra y el secretario particular Santos Martínez, el cocinero y cuatro policías por toda guardia, rumbo al Cuartel General, desde el día antes establecido en un pueblo cercano. En el castillo permanecían esperando asimismo la orden de salida el general Masquelet y cuantos con él componían la Casa Militar del Presidente. Al general había habido que requerirlo a nuestra llegada al cumplimiento del más elemental de sus deberes, que eludió con notable impaciencia a nuestro arribo a Perelada, adelantándose a instalarse por su cuenta en la mismísima frontera, unos cuantos kilómetros a la vanguardia del castillo en que tenía con su puesto el servicio del Presidente.

Llegamos al Cuartel General a media tarde y no es para dicha la sorpresa que se pintó en la cara del Jefe de las fuerzas militares de la República cuando vio al visitante que se le entraba por las puertas sin más aviso. Se había alojado en un hotel particular del peor gusto catalán, decorado el *hall,* donde nos hallamos no más entrar, con chillones cristales de colores en puertas y ventanas. Retiráronse luego el Presidente y el general a cambiar impresiones rápidamente, al mismo tiempo que lograban comunicarse con Negrín, en tanto mi hermana, con su maletín en la mano, esperaba de pie con Santos Martínez y conmigo, apoyados en una mesa en el centro del vasto zaguán.

A poco de hablado por teléfono, entraba Negrín en la casa y se dirigió a mi hermana, todo sonriente:

—Pero, ¿qué hace usted aquí, señora?

—¿Qué quiere usted que haga? Acompañar a mi marido.

—¡Cuánto mejor no estaría usted en Francia! ¡Las señoras, y usted perdone, no hacen más que estorbar!

—Yo no estorbo. Soy pequeña y ocupo poco sitio. Donde vaya él, quepo yo.

—Me agrada verla a usted siempre sonriente.

—¿Qué quiere usted? ¿Que agobie a los demás con caras tristes? Por fuera me sonrío siempre.

—Pues tiene usted que aprender de mí a reírse también por dentro.

—No podré. Por dentro no sé reírme; porque lo que pasa no tiene gracia.

Lo perentorio de nuestro caso cortó el incidente que amenazaba agriarse a cada réplica de mi hermana.

El general Rojo consideró que era imposible que el Presidente permaneciera allí; tanto más cuanto que el Cuartel General se vería obligado, tal vez al día siguiente, a retirarse a otra parte, una vez que lo descubriera el enemigo. No podía hacer otra cosa sino ofrecernos su camión de campaña y que con él subiéramos a pasar la noche en pleno monte, en tanto el día nos deparaba alojamiento menos azaroso. Emprendimos, pues, la marcha los tres coches en que íbamos, a la espera del camión que había de seguirnos.[12]

A la entrada del pueblo de La Bajol, el comandante Parra echó pie a tierra para informarse sobre las posibilidades de nuestro alojamiento. A través de la ventanilla de nuestro coche, cuyo cristal llevábamos levantado por el frío que se dejaba sentir, le vimos que discutía vivamente con un paisano. Después vinimos a saber que al enterarse el individuo en cuestión de quién era el huésped de la localidad, había preguntado a su vez en tono despectivo: «¿Y a qué viene aquí el Presidente de la República?» Era un funcionario de Hacienda y el Presidente tuvo que intervenir para que Parra no lo detuviera.

Llegamos a la puerta de una casa, poco más que de peón caminero, que nos señalaron a la salida del lugar, al pie de la carretera que parecía seguir hasta la falda misma del monte a cuyo amparo se cobijaba el pueblo. Como nos bajábamos del coche, mi hermana pisó tierra con tan mala suerte que se torció un tobillo muy dolorosamente, cosa que la apuró mucho aquellos días en que veía cumplirse una profecía de su marido al comienzo de la guerra: «Saldremos de España a pie». Y que ella, al cabo, venía a ser el estorbo material que decía Negrín.

En La Bajol había una guarnición de carabineros, que el Presidente estimó sobrada para su guardia, que correspondía, claro es, al Batallón Presidencial. Para alojarlo era menester que los carabineros les cedieran el puesto; y a este fin solicitó repetidamente del Presidente del Con-

12. Desde aquí hasta el final del capítulo, los acontecimientos son los mismos narrados en versión más amplia en la Carta a Ossorio. (*Memorias,* II, pp. 436-448.)

sejo que retirara aquella tropa, en evitación de rozamientos y suspicacias, que no faltaban ya, por la resistencia de los carabineros a marcharse y el recelo que su presencia suscitaba, en el ánimo del Presidente incluso, harto propenso en aquellos días a la imprevisión de vigilancia en torno suyo, que no podía menos de herirle como una vejación.

No llegamos a dormir en el camión del general Rojo. Apenas instalado a las afueras del pueblo y no bien cenamos en él, echamos de menos la calefacción necesaria a aquellas alturas por aquellos primeros días de febrero. Nos lo habían enviado sin el aparato eléctrico necesario para calentarlo y no se podía sufrir el frío. Nos acomodamos finalmente en la casa donde habíamos parado de primeras, cuya guardiana, mujer de un carabinero también, nos recibió con lloros y lástimas, aun después de enterada de la calidad de su huésped, por los cargos que pudieran hacerles sus amos. Eran los tales, el Subsecretario de Gobernación muy afecto a Negrín, y tres o cuatro médicos de Sanidad Militar, que tenían de tiempo atrás alquilado aquel refugio no sé bien para qué menesteres, aunque muy probablemente en previsión del mismo paso en que todos nos veíamos sobre poco más o menos. Entre ellos contaba un hijo del doctor Pittaluga, hermano de mi amigo Gustavo, que, apenas transcurridas unas horas, se presentó ofreciéndosenos amablemente con sus compañeros. Con ellos se avino gustoso a dejarnos las seis o siete camas que componían todo el mobiliario de la casa, yéndose ellos a dormir al camión del general. Epifanio el cocinero tuvo que brasear los pollos de la cena en una hoguera al aire libre. Tan difícil y exiguo era el fogón de la casa.

Al día siguiente fueron a ver al Presidente, el de las Cortes don Diego Martínez Barrio, extraordinariamente solícito, y el de la Generalitat, don Lluís Companys. Éste le manifestó su deseo de no salir de España, caso de que fuera necesario, un minuto antes ni un minuto después que él. Pero no participaba mi cuñado de la misma opinión. Consentía y estaba dispuesto a salir acompañado del Presidente de las Cortes; pero nunca a la par de ningún otro de los Jefes de Gobierno cuya compañía pudiese, ni en aquella extremidad en que estábamos, significar paridad de representación y categoría con la suya.

A los dos días de estancia y ya resuelto, no sin tener que reiterárselo al Presidente del Consejo, el relevo de los carabineros por la Guardia Presidencial, fuimos, en compañía de Giner y Bolívar —que iba y venía a Perelada y a Perpignan— a ver el último reducto del tesoro artístico del Prado, guardado a salvo de todo riesgo en una cueva de

un molino antiguo, creo, al socaire de un monte. Importábale más que nada al Presidente la suerte de aquellas pinturas insignes y ya en su primera conversación en Perelada con Pérez Rubio y hablando después con Álvarez del Vayo había insistido en la primordial importancia de aquel empeño, hasta entonces logrado, de salvar el Museo: «Dentro de cien años —decía— habrá mucha gente que no sepa quiénes éramos Franco ni yo; pero todo el mundo sabrá siempre quiénes son Velázquez y Goya».

A la mañana siguiente del tercer día me llamó el Subsecretario de Estado para decirme que el Embajador de Francia y el Encargado de Negocios de Inglaterra estaban extrañadísimos de que el Gobierno español no les instara a intervenir poco ni mucho en favor nuestro, siendo así que constituía ya un verdadero conflicto el paso incesante al otro lado del Pirineo de los fugitivos españoles, en número superior a todas las previsiones. Nada, pues, había hecho Vayo en punto a la gestión convenida con el Presidente del Consejo, ocho días antes en el castillo de Perelada. Por el mismo conducto hicimos saber a Monsieur Henry que el Presidente de la República deseaba verle con urgencia, así como a Mr. Stevenson, el Encargado inglés.

Aquella misma tarde, quiso ir mi cuñado hasta una masía próxima, en una altura casi en la raya fronteriza, donde se alojaba el Batallón Presidencial. Mi hermana, con el tobillo vendado todavía, nos acompañó por entretenerse en andar de nuevo, cosa que vimos hacía con relativa seguridad, lo que la tranquilizó no poco. Por el camino, su marido, que la llevaba del brazo, íbale mostrando la frontera cercana, no tan alta como mi hermana creía, desde los mil metros y pico de altura a que estábamos ya.

Nos recibió el Batallón formado. Pasamos luego a visitar las dependencias del caserón aquél, mero pretexto de la visita. Desde un terrado de la masía vimos una pintoresca comitiva de fugitivos, que buscaban ni más ni menos que nosotros el desvío de la carretera general para pasar al otro lado de la frontera. En la cocina nos encontramos con un grupo de catalanes, alto empleado de la Generalitat alguno de ellos, que nos saludaron con cierta timidez vergonzante. Tampoco esperaban otra cosa que la señal de sálvese quien pueda.

Al salir de regreso, revistó la tropa el Presidente con la cabeza descubierta. Llegado que hubo al centro de la alineación se cuadró: ¡Soldados! ¡Viva la República!

Unánime y clamoroso le respondió el viva que por el eco trascendía

a los montes. Un muchacho resuelto rompió la fila adelantándose a vitorearle a él con su nombre y apellido.

—¡Viva! —respondió el Batallón.

Y una voz de un catalán rezagado:

—¡Visca Catalunya!

Nadie le siguió.

Con la garganta apretada, brillantes los ojos de lágrimas en cuantos le acompañábamos, rompió al cabo el silencio al emprender la vuelta:

—¡Has visto ese soldado...!

—¡Sería de mi pueblo! —dijo él corrigiendo su emoción con una de aquellas salidas características de su humor en propia defensa de cualquier caída en el sentimentalismo fácil.

Antes de llegar a casa, nos salió al encuentro un emisario: El Embajador de Francia esperaba al Presidente. Allí nos lo encontramos y en el angosto zaguanillo me quedé con mi conocido de antaño Ministro Consejero de la Embajada Monsieur Fouq du Parc en espera de que Monsieur Henry y el Presidente hablaran en el comedor. El Embajador se ofreció incondicionalmente para cuanto de él se necesitara.

Aquella noche se presentaron después de cenar Negrín, Martínez Barrio, Giral y Álvarez del Vayo. Venían a comunicar al Presidente la conveniencia de su salida del territorio nacional. El enemigo estaba a veinte kilómetros no más de La Bajol, último pueblo de España en todos los sentidos. Ante la reiteración de mi cuñado a Negrín de cuanto le tenía dicho en Perelada y aun en Barcelona, referente a su propósito de dimitir la Presidencia no más se viera obligado a trasponer la frontera, el Presidente del Consejo le rogó que se aviniera, a fin de lograr las ventajas posibles en la rendición de la República, a establecerse en la Embajada de España en París. El Gobierno francés estaba de acuerdo en la ficción que suponía la estancia del Presidente español de incógnito, en el ámbito del territorio español que la Embajada podía suponer, a los efectos de la gestión que a París le llevaba. El Gobierno español venía así a aceptar tardíamente la proposición del Presidente de la República que no se había aceptado ocho días antes. Quedó, pues, estipulado que el pueblo español conocería por una comunicación radiada del Presidente del Consejo la salida de España del Presidente de la República para nuestra Embajada en París, donde habían de reunirse los dos inmediatamente. Sólo por ver de salvar vidas como se comprometían en una rendición sin condiciones podía aceptar el Presidente la responsabilidad de continuar ejerciendo el cargo, de que se consideraba dimitido

con haberse visto obligado a salir de España por la fuerza de las armas. A una pregunta de Vayo sobre la posibilidad de su regreso, contestó el Presidente ratificándose en la decisión que de tanto tiempo atrás tenía tomada.

Me llamaron para que copiase a máquina la comunicación pertinente al Gobierno francés, que Vayo, de quien vi varios borradores empezados, no era capaz de escribir con calma.

Toda la noche estuvimos oyendo el paso de los camiones que apresuradamente y tan a última hora pasaban a Francia, con destino a Ginebra donde serían depositados, los cuadros del Prado. A la tarde siguiente salieron los coches por la carretera general, obstruida las más horas del día, que habían de esperarnos del otro lado del Pirineo en el pueblo de Las Illas. De madrugada emprendimos viaje en otros coches hasta donde la carretera de La Bajol se perdía en el monte. No era muy numerosa la comitiva. Echamos pie a tierra en el primer atasco del auto en que iba Martínez Barrio con su señora y su cuñada, a quienes, por cierto, no nos había presentado —ni siquiera a mi hermana—. Por timidez según Giral, que también formaba con nosotros. Nos acompañaba Negrín hasta el primer pueblo francés; con nosotros iban, a más de la policía y el comandante del Batallón Presidencial que el día antes había hecho entrega al Presidente de su bandera, el comandante Parra y el comandante Riaño, Santos Martínez, Epifanio el cocinero y el ayuda de cámara Antonio, mi cuñado Diego, hermano de mi mujer rescatado a última hora del Cuartel General de Saravia con quien había estado desde la toma de Teruel y Luis Martínez Díaz, hermano del infortunado sobrino del Presidente muerto en Valencia, ingeniero como él y en servicio de la República hasta aquella fecha y que al amparo de la memoria fraternal había acudido a refugiarse en Francia con nosotros. Pasamos la frontera todavía de noche. Advertido el puesto de carabineros de que no opusiera el menor reparo a quienes hubieran de pasar a la hora que nosotros lo hicimos, todavía uno de ellos conoció quién era el más destacado de los fugitivos y le presentó armas. Mi hermana no se dio cuenta del momento en que pisábamos tierra extranjera.

A las primeras luces del amanecer, vimos en un barranco un automóvil despeñado por modo inverosímil, dado lo inaccesible, incluso a pie, de aquellos vericuetos. Giral se cayó al resbalar en el hielo del sendero y Martínez Barrio se quedó rezagado al torcerse un tobillo como mi hermana pocos días antes.

En Las Illas nos recibió el alcalde, y cuando ya habíamos tomado

los coches de la Presidencia que allí nos esperaban después de dar la vuelta por el Perthus, y nos encaminábamos al Boulou, llegó a nuestro encuentro un Delegado del Prefecto de los Prineos Orientales. Negrín se despidió del Presidente hasta de allí a dos días en París. Mas tuvo que contener la emoción al decir adiós al comandante López Gómez, a quien ordenó que licenciara a los soldados a sus órdenes. Muchos otros vimos ya a la deriva de aquellos caminos de montaña. También licenció allí mismo a los agentes de policía.

Llegamos hasta Perpignan, a dejar a Giral en la estación, por que fuera a reunirse con su familia y después con el Presidente en París, al mismo tiempo que Negrín y Martínez Barrio. Eran las nueve de la mañana todavía cuando sorprendimos a sus hermanos y a sus sobrinas, que con mi hermano, mi cuñada y mi hermana soltera no nos esperaban aún en Le Boulou. El primer momento del destierro fue de alivio y descanso...

XLV. Trámites de la dimisión

En Le Boulou dejamos todavía a mi hermano con su mujer y mi hermana soltera recogiendo la casa de aquéllos, y yo sin más acompañantes que Santos Martínez y el comandante Parra seguimos aquella misma tarde nuestro camino a Collonges-sous-Salève en la Alata Saboya. No más salir de Le Boulou, nos cruzamos con un coche a gran velocidad, a una ventanilla del cual se asomó gritando una francesota energuménica: «*Vivá Francó!*»

El Embajador de Francia cerca de la República Española, Monsieur Jules Henry, me había dado aquella misma mañana en Perpignan un salvoconducto donde se ordenaba a todas las autoridades francesas del trayecto que habíamos de recorrer, que se nos dejara paso libre y se nos prestara el auxilio que pudiéramos necesitar. No se extralimitaba en ello ciertamente el Gobierno francés, que muy pocos días antes había puesto, por medio del Secretario de la Prefectura de los Pirineos Orientales, ya que no directamente ni por el propio Prefecto, toda clase de inconvenientes al paso del camión, que yo acompañé hasta Perpignan, en que iban ropas, enseres y libros del Presidente como bagaje diplomático. No hubiera faltado sino que nos hubieran hecho pasar los horrores de los campos de concentración a que desde el primer momento sometieron a los refugiados españoles, contenidos en la frontera por las

bayonetas de los zuavos argelinos, cuando iban huyendo de los marroquíes de Franco.

Cenamos todavía en Montpellier, a hora ya muy avanzada de la noche para una provincia francesa. Y si nuestro paso no fue del todo inadvertido se debió a la curiosidad que despertó a la puerta del hotel donde paramos poco más de una hora el insólito «Mercedes» que conducía el mismo sargento Benito, *chauffeur* del Presidente desde su Ministerio de la Guerra, capitán a la sazón, por ascenso anormal de la campaña en que la República había venido a perecer. Dormimos en Nîmes y a la mañana muy temprano y con frío y nieve desde que entramos en la Saboya, llegamos a casa a prima tarde, para comer. Mi cuñado, mohíno y desatento del paisaje, como nunca le había visto yo, no pudo por menos de reírse al cabo, disimulando así su impaciencia ante mi empeño en ponderarle las vistas del camino como cosa propia. Dentro de la acera de «La Prasle», a la misma puerta, mis tres pequeños, orgullosamente vestidos con sus uniformes de la Guardia Presidencial, se cuadraron al descender del coche el Presidente. Sustrájose rápidamente a las máquinas y a las acechanzas de los reporteros y luego de recibir breves instantes al Subprefecto de la Alta Saboya y al Alcalde del lugar, que habían acudido a cumplimentarle a la llegada, nos retiramos familiarmente de toda curiosidad ajena.

Mi mujer y yo echamos de ver que no le gustaba mucho la casa que le teníamos dispuesta —desde luego harto estrecha para tanta gente como íbamos y que nunca pudimos calcular en nuestras previsiones—. Fuimos una temporada más de treinta entre familiares y gentes del servicio, a quienes mis hermanos no podían despedir de buenas a primeras, hasta en tanto que fueran acomodando su deseo a las posibilidades, nada fáciles, de emigrar a América o colocarse en Francia, cosa que vimos desde luego dificilísima.[1] En seguida quiso el Presidente que avisase a nuestro Embajador en París la inminencia de nuestro arribo a la Embajada, conforme a lo convenido con Negrín. Con sorpresa vivísima e indignación mal contenida en mí y harto sufrida por parte del Presidente, el Embajador, luego de hacerse enteramente de nuevas

1. «Hemos llegado a ser aquí treinta y una personas; naturalmente, no cabían en la casa, y se han albergado en el pueblo. Además, tengo en Montpellier a mi hermana y su marido, a las hijas y nietos de mi hermano, y a un cuñado de mi sobrina viuda. Otras diez personas (...) No pudiendo ayudarlos de otra manera, me he traído a vivir aquí provisionalmente a unos cuantos emigrados (...).» (Carta a Ossorio, *Memorias,* II, p. 426.)

de lo que le decíamos, se permitió dar su opinión desfavorable al establecimiento del Presidente en París, donde aseguró que había de producir muy mal efecto la visita, por más que los términos protocolarios del incógnito estuvieran establecidos asimismo con el Gobierno francés. A las pocas horas llegó Giral y el Embajador volvió a llamarnos por teléfono para decirnos que por él se enteraba al fin de lo que le habíamos anticipado, y que nos esperaba al día siguiente.

Como, aunque en territorio francés, nuestra casa estaba mucho más cerca de Ginebra que de Bellegarde, pasamos la frontera de la confederación —como solíamos hacerlo todos los días mi mujer y yo desde que dejando aquel consulado nos establecimos en Collonges— y tomamos el tren en la capital suiza. En la estación nos despidió buen golpe de «amigos de la España Republicana», a la cabeza de los cuales el reciente ex presidente del Cantón y jefe del Partido Socialista ginebrino Monsieur Nicole. Momentos antes de partir, se acercó a la ventanilla el delegado chino de la Sociedad de Naciones, Monsieur M. Hoo, que había tenido un hermano de secretario en la Legación de su país en Madrid y en Valencia y me pidió que le presentara para ofrecer sus respetos al Presidente.

Sólo le acompañamos el comandante Parra y yo. Santos Martínez se quedó en Collonges con las señoras y en París se nos unió el general Saravia, luego de acompañar a su familia, mal que bien en Marsella.

En la estación de Lyon de la capital de Francia no nos esperaba, a la tempranísima llegada del expreso, más que el Embajador, con algún Secretario, mi suegra, desde tiempo atrás empleada en nuestro consulado en París, y mi cuñado Diego, que por haberle dejado nosotros también en la estación de Perpignan se había librado de caer en un campo de concentración como otros tantos. También cumplimentó, protocolariamente al Presidente, en nombre del Ministro, un funcionario del Quai D'Orsay.

No más llegar a la Embajada, advertimos el trato descortés de que había de hacernos objeto el embajador Marcelino Pascua, cuyos méritos diplomáticos, a cuanto decían los bien enterados, no se valoraban sino por el capricho de Negrín, su colega médico y protector decidido, a cambio de una sumisión indigna. Por lo pronto, nos dijo que no tenía alojamiento más que para el Presidente y otras dos personas. Fui yo, pues, el que se hospedó en un hotel próximo, por que fueran los ayudantes militares del Presidente quienes oficialmente le acompañaran en la Embajada. Donde, de allí a pocos días, fueron hués-

pedes, harto más gratos al Embajador, el Ministro de Estado Álvarez del Vayo y el Embajador en Londres, Pablo Azcárate.

Ya la primera tarde se excusó de acompañar Pascua al Presidente, a quien se limitó a ofrecer uno de sus coches por si quería salir a tomar un poco el aire, cosa que desde aquel entonces hicimos todos o casi todos los días que duró nuestra estancia en París, por los alrededores que tan placenteros le habían parecido otras veces a mi cuñado y que ahora se me hacían a mí como influidos de la melancolía que nos tomaba el ánimo. A la mañana siguiente de una visita que hicimos a St. Denis y su catedral famosa, panteón de los Reyes de Francia, *Le Matin,* en un suelto insidiosísimo en primera plana, dio cuenta de ello en estos o parecidos términos: «El Presidente de la República Española, luego de quemar sus bellas iglesias, se recrea en la contemplación de la nuestra de St. Denis.» El agente de policía encargado de su custodia, se creyó en el caso de disculparse conmigo, diciéndome que *Le Matin* estaba vendido a los alemanes.

Solamente un político francés, Monsieur Paul Boncour, se creyó en el caso de cumplimentar al Presidente español dejándole tarjeta. Mi cuñado me encargó que hiciera saber al ex Presidente del Consejo de Ministros, cuyo último paso por el Ministerio de Negocios Extranjeros durante nuestra guerra se había señalado por su política favorable a nuestro interés, lo que le valió salir del Quai D'Orsay, su deseo de saludarle personalmente: *¡Pauvre France!,* fue la exclamación de Monsieur Paul Boncour al estrechar su mano. Creíamos entonces que no expresaba tanto un sentimiento propio como una excusa.

Dos o tres días llevábamos ya en París sin que Negrín compareciera de allí ni diera señales de vida, cuando se presentó en la Embajada el hasta entonces Subsecretario de Economía, Demetrio de Torres, yerno de nuestro amigo Amós Salvador. Era portador de una carta del Presidente del Consejo, rogando al de la República que se trasladara a Madrid, donde, recién llegados desde el Sur de Francia en avión, aseguraba que había un espíritu invencible de resistencia hasta el fin. La respuesta estaba dada de antemano. No había ningún motivo para que el Presidente se volviera atrás de su decisión, desde el momento en que el general Rojo había dado la guerra por perdida. Toda resistencia le parecía inútilmente cruel. Se perdía, por otra parte, un tiempo precioso en gestionar un armisticio humanitario, que era a lo que él estaba en París, esperando la prometida asistencia de Negrín.

Todas las tardes se reunían con el Presidente en la Embajada don

Diego Martínez Barrio, Augusto Barcia, don Antonio Lara, ex Ministro del Partido de Unión Republicana y desde los primeros tiempos de la guerra adscrito a no sé qué servicios de asesoría en una de las oficinas creadas en París para la compra de armamento o cosa por el orden, y Casares Quiroga. Con ellos, con Largo Caballero y Araquistáin que, recién llegados a su vez, habían ido a cumplimentarle, consultó mi cuñado la opinión que les merecía el requirimiento de Negrín. No porque él fuera a modificar la que de tiempo atrás tenía formada a tal respecto; pero por saberla. Todos estuvieron conformes en que era disparatado el volver a Madrid en aquellas circunstancias. Martínez Barrio, sin embargo, sostuvo la teoría de que el Presidente de la República no debiera dimitir en ningún caso.

Pocos días después coincidieron, como he apuntado, en la Embajada Vayo y Azcárate, procedente el uno de Madrid, de Londres el otro. El Ministro de Estado llevaba de nuevo el especialísimo encargo, que reforzaba con un empeño personal, de convencer al Presidente de la conveniencia de volver a España:

—¿Dónde está el general Rojo?

El general en jefe de las fuerzas de la República seguía en Francia, sin intención de reintegrarse a aquel mando en modo alguno.

Vayo seguía insistiendo:

—¿Qué puede pasarle a usted en último caso?

—A mí nada —contestó sereno el Presidente a semejante impertinencia—, como a usted tampoco. Ya sé que en ese último caso tendríamos un aeroplano usted y yo. Pero, ¿y los que se quedan?

—Bien —respondió melodramáticamente el Ministro—. Me iré a que me corten la cabeza.

Una sola vez tuvo la atención el Embajador —que más de una vez se excusó de acompañarnos a su mesa—, de reunirnos en ella con Vayo y Azcárate. Como en el curso de la comida, que más era *bebida*, por la poca correspondencia entre la exquisitez de los vinos y la incuria de la comida, hablase el Presidente de la magnitud de nuestro desastre, en que había fracasado, a su entender, todo el mundo, le respondió Vayo con aquella su sonrisa de bobalicona suficiencia:

—Estoy seguro de que el señor Presidente está conforme conmigo en que algo no ha fracasado: el admirable pueblo español.

—Pues si cree usted que me arredra el decirlo, se equivoca usted —le replicó el Presidente—. El pueblo español es tan admirable como usted quiera, como todos los pueblos, después de todo; pero yo no sé

bien qué quiere decir eso. El pueblo español es una cantera. Para hacer de ella una estatua o un edificio, hay que labrar la piedra lo primero. En España todo está siempre por hacer.

Cierto día se presentaron de improviso en la Embajada los generales Rojo e Hidalgo de Cisneros. En el curso de la conversación que tuvieron con el Presidente, en presencia de Giral, como aquél requiriera al general para que le dijese por escrito lo mismo que allí de palabra, referente, me parece recordar, a su decisión de no regresar a España, Hidalgo de Cisneros apenas salió del despacho se lo comunicó al Embajador, con la pretensión de que advirtiera a Rojo la inconveniencia del requerimiento del Presidente, anticonstitucional en opinión suya. Y en la de Pascua, que, en efecto, conminó al general a que no respondiera a la pregunta del Presidente. Pero la excusa que Rojo dio en una carta a Giral al día siguiente, era prueba más que suficiente de la veracidad de la referencia.

Otro suceso harto más triste colmó el duelo español de aquellos días infelicísimos. El poeta Antonio Machado, nuestro dilecto amigo, que hasta última hora había permanecido en Barcelona desoyendo los consejos prudentes que le animaban a pasar a tiempo el Pirineo, murió en el modestísimo hotel que pudieron depararle en su rápida enfermedad, a poco de trasponer la frontera francesa. Con otros compañeros de letras y profesores en caravana dolorosa, con el enemigo a la zaga por las carreteras de Cataluña, tuvo que hacer un alto obligado en el camino y sufrir unas horas de inclemencia del tiempo, adverso también, sentado en una cuneta. Lo que le produjo, sin duda, la bronconeumonía y la muerte que nos lo llevó. Su última obra fue un prólogo encendido a un volumen del Presidente, que no llegó a ver la luz y cuyos tipos de impresión cargamos en nuestros equipaje.

Llevábamos ya unos veinte días de infructuosa espera, cuando llamándome no al Quai D'Orsay, como solía hacerlo, sino al bar de un hotel próximo a la Embajada, por no llamar la atención con nuestras idas y venidas, más asequibles en el Ministerio a la curiosidad de los informadores de los periódicos, me preguntó de buenas a primeras Monsieur Henry, que continuaba oficiosamente sus funciones de Embajador cerca del Presidente de la República Española:

—¿Dónde está M. del Vayo?

—No sé —le contesté—; en Madrid, creo.

—¿Cómo? ¿No sabe usted que ha llegado a París hace dos días? M. Bonnet le espera desde hace catorce.

Siguió precisándome. En esa fecha el Ministro francés de Negocios Extranjeros había preguntado a nuestro Ministro de Estado cuánta gente calculaba el Gobierno español que había de salir de España en previsión del armisticio. El Gobierno francés, de quien había ya un delegado especial en Burgos, M. Léon Bérard, con la misión de tratar los términos del reconocimiento del general Franco, a que se aprestaba de antemano Inglaterra, intentaba procurar una salida a los políticos más directamente amenazados de represalia en la victoria de los llamados nacionales. Vayo había calculado en unas diez mil las personas obligadas a emigrar de España.

—Muchas son a estas alturas —parece que le había contestado M. Bonnet—, pero, en fin, contando con la ayuda de la escuadra inglesa se hará lo que sea posible. Es menester para ello que, con toda urgencia, el Gobierno español establezca las listas y vaya reuniendo a los emigrantes en los puntos de embarco.

Pero transcurría el tiempo, era inminente el ataque final a Madrid y el Ministro de Estado de la República no contestaba al requerimiento de su colega francés. Nunca le contestó. Vine a saber al cabo que Vayo se disculpaba con la imposibilidad de seleccionar entre tantos como rebasaban el número previsto, y que al Ministro francés le parecía excesivo, los que verdaderamente necesitaban salir de España. En los primeros días del éxodo imponente, Vayo se quejaba de que hubieran pasado a Francia las gentes en masa. «¿Adónde van y qué temen?» Se olvidaba de que nuestra propaganda, y no a los solos efectos de impresionar al mundo, sino con harta razón y verdad, en los momentos en que flaqueaba la resistencia de Cataluña, había proclamado por la radio la suerte espantosa que cabía a los primeros pueblos ocupados por el enemigo, atribuyendo a las vanguardias italianas el fusilamiento en masa de mujeres, niños y ancianos sin distinción.

El Presidente no se sorprendió poco ni mucho cuando le di cuenta de lo que el Embajador francés acababa de decirme. Había predicho —sin recatar su opinión— lo que estaba ocurriendo y que hasta el último momento trató de evitar sin conseguirlo. Había querido —y me lo repetía entonces— transigir la guerra salvando la República primero, salvando vidas cuando menos a última hora.[2] Nada se lograba

2. Comparar con lo escrito el 7 de agosto 1937: «No puede tampoco perderse de vista la situación en que podrían quedar los adictos a la República en caso de derrota. No es concebible que emigren de España un millón o dos de republicanos y socialistas. Faltaría hasta la posibilidad material, porque Francia les

ante la obcecación —¿hasta qué punto ya de buena fe?— de Negrín y los ministros. Claro estaba que los republicanos gubernamentales incluso, con la sola excepción de Giral, designado para acompañarnos en aquella anticipación vergonzante de nuestro destierro, participaban de la veleidosa opinión del Presidente del Consejo, tan remiso de nuevo al cumplimiento de lo convenido en Figueras o en La Bajol con el Presidente de la República, abandonado en la Embajada de París a la espera de los acontecimientos fatales.

Por aquellos mismos días, tuvo conocimiento del telegrama que Lord Halifax, Ministro inglés de Negocios Extranjeros, había dirigido a Negrín ofreciendo sus buenos oficios para la obtención de una paz honrosa en España. Nuestro Presidente del Consejo había contestado a su vez textualmente: «El gobierno español, consciente de su fuerza, no cree que sea llegado el momento de una intervención extranjera en la guerra civil de su país.»

No tardó mucho más en participarme el Embajador, para que se lo hiciera saber al Presidente, que con gran sentimiento suyo el gobierno francés se vería obligado en plazo próximo a reconocer al gobierno del general Franco, una vez que el británico lo hiciera. El gobierno francés, a quien no podía ocultársele la intención manifiesta de dimitir con que ya había ido a París el Presidente español, deseaba que la dimisión se produjera con anterioridad al reconocimiento susodicho. De otra suerte, pudiera parecer que el gobierno francés era quien daba *la puntilla* (sic) a nuestra República.

Me permití adelantar a M. Henry la respuesta del Presidente, a

---

cerraría su frontera. Por falta de una política previsora, fundada en la realidad, ¿iban a quedar ahí abandonados a las horribles represalias de los rebeldes?» (*Memorias,* II, p. 191 del 7 de agosto de 1937); el 6 de noviembre de 1937 les dice a Giral, Prieto y Negrín: «Aprovechando que tenía a los tres reunidos, he recapitulado mis opiniones y mis consejos y vuelto a repetir que la misión de un hombre de Estado sería la de acelerar el fin de la guerra en condiciones decorosas para la República, y de no lograrse y perderse la guerra, preocuparse *a tiempo* de la situación en que van a quedar millares y millares de personas.» (*Ibid.,* p. 356); el 22 de abril de 1938 a Negrín: «Algún día tendrá usted que pedir la paz. No aguardará a que los últimos defensores de la República pasen la frontera a bayonetazos. Los que en proclamas y arengas se desposan con la muerte, se divorcian antes de consumar el matrimonio (caso del norte) y se van. Quedan millares entregados a la venganza (...) El drama es terrible y muy doloroso aceptar sus términos. Pero se ha de pensar en los demás, en los que no tienen aviones, y en el estrago inútil, etc.» (*Ibid.,* p. 386 y 387.)

quien, no obstante, transmitiría su encargo. Le había oído muchas veces su opinión en ese punto y no podía haber cambiado de buenas a primeras. Estaba yo seguro de que mi cuñado no se avendría a aquel requerimiento oficioso. Uno de los motivos de su dimisión era precisamente la falta de asistencia a la República Española por parte de los gobiernos de la República francesa y de Su Majestad británica. Mal podía acceder a facilitarles el apresuramiento tardío con que, acuciados por las derechas reaccionarias de uno y otro lado del Canal, querían contrarrestar cerca del general Franco la imponderable ayuda de Alemania e Italia a que debía la victoria.

Creía, sin embargo, mi cuñado, que aún hubiera sido posible, a querer Negrín, utilizar la buena disposición en que se hallaba a aquella hora extrema el gobierno inglés, con su cuenta y razón, claro está, para ver de obtener ciertas ventajas de orden exclusivamente humanitario, de salvación de vidas, en la rendición de la República Española. La propuesta de M. Halifax como la propuesta de M. Bonnet a Vayo, implicaban un interés político que hubiera podido ser aprovechable, a juicio del Presidente. Los franceses y los ingleses podían acercarse a Burgos todavía con la pretensión de ahorrar al general Franco el desgaste de una última ofensiva contra la República, resistente aún en Levante y en Madrid. Que se pactara una paz entre los contendientes, con la ventaja para vencidos y vencedores de una mediación franco-inglesa que salvaguardara a los primeros y desentendiera a los segundos de una represalia necesariamente atroz, significaba para Inglaterra y Francia, derrotadas con la República Española ante Alemania e Italia, la posibilidad de influir a última hora en el nuevo orden de cosas de la Península. No se me había olvidado una advertencia de mi cuñado meses atrás, cuando, hablando un día de lo superficialmente que tratan los problemas históricos los políticos, no ya los iletrados o los eruditos de manual y enciclopedia, me decía que los ingleses, al hablar de la resistencia a Napoleón en España, que nosotros llamamos nuestra «Guerra de la Independencia», no dicen sino «La guerra peninsular», o sea la guerra de Inglaterra contra el Imperio francés en la península ibérica. Pero además teníamos el Presidente y yo reciente en la memoria un artículo de Mr. Winston Churchill, antiguo voluntario en Cuba contra España y candidato inminente por aquellos días a Primer Ministro del Reino Unido. En ese artículo, publicado en *Paris Soir*, donde colaboraba asiduamente, cuando todavía no se había producido la derrota desastrosa del gobierno español, se pregun-

taba el inglés ilustre qué consecuencias podía tener para su país el triunfo de Franco. Es evidente —venía a decir— que la República Española no tiene viabilidad, pues que no ha sabido mantener el orden en el país, que es la condición esencial de cualquier régimen de gobierno. Desde luego, el general Franco no puede sernos afecto, por afín a la ideología antidemocrática cara a los regímenes actuales en Italia y Alemania, y por haberle ayudado eficazmente los fascistas y los nacional-socialistas en el logro de sus designios. No sé qué probabilidades puede tener una restauración monárquica en España; falta la dinastía tradicional del prestigio necesario a la realeza. Consolémonos —acababa pluralizando a título de inglés—, con pensar que cualquiera que sea el régimen político español, todo gobierno tendrá que contar siempre en España con Inglaterra.

Mi cuñado me dijo que había hecho bien en adelantar al Embajador francés la imposibilidad moral en que se veía de dimitir la Presidencia, en tanto no se produjera por parte de Francia e Inglaterra el reconocimiento de Franco, que él no hubiera creído nunca tan imprescindiblemente necesario, sino a título de gobierno de hecho y sin afianzarlo desde luego con el establecimiento de relaciones diplomáticas normales; pero que en todo caso tuviera la bondad de avisarnos con tiempo, no fuera a producirse el reconocimiento en cuestión estando nosotros en París todavía, y se presentara Quiñones de León en la Embajada a reclamar su puesto, desahuciándonos de improviso.

Entre tanto, me vi sorprendido una mañana con la visita de un periodistillo español, a quien había conocido en Ginebra como afecto a los facciosos y por otras referencias además que no le favorecían profesionalmente. Iba a hacerme una pregunta de parte de la Infanta Eulalia, la vieja tía de Alfonso XIII, que harta de escandalizar a la Corte española, a que había vivido ajena casi siempre, y al mundillo parisiense, vivía a la sazón recluida como señora de piso en el famoso convento en que era superiora, hasta su muerte ocurrida muy poco antes, la Madre Loriga, monja intrigante, muy afecta a la familia real española, y tía del Comandante Vidal, nuestro republicanísimo amigo, por aquellos mismos días emigrado a París como nosotros. La Infanta quería saber si era cierto lo que sabía de dos años antes por referencia del ex Ministro Chapaprieta, según el cual a mi cuñado se debía que unas joyas de propiedad de S.A. halladas en un baúl al incautarse de Palacio la Junta del Patrimonio Nacional en los comienzos de la República, fueran depositadas en el Banco de España

hasta tanto que su dueña las reclamara. Le trasmití la pregunta al Presidente, que me contestó con detalles que así era en efecto como la Infanta sabía, aunque él ya no, nada más desde que Lerroux y el propio Chapaprieta habían tenido la responsabilidad del Gobierno y del Ministerio de Hacienda. El periodista me llamó por teléfono para darme las gracias de parte de doña Eulalia, quien hubiera ido personalmente, de no hallarse enferma, a saludar al Presidente a quien tenía por «un caballero español». No juzgó oportuno mi cuñado que fuera yo a ver a la Infanta, cosa que me hubiera gustado, tan curioso como soy de personas y cosas pintorescas y más propenso a la historia por la anécdota que por la erudición libresca.

Transcurrían los días lentos y aburridos en el encierro de la Embajada, en el desabrido aunque escaso trato del Embajador, de quien no nos gustaba sino un magnífico perro siberiano cuyo cuidado traía a mal traer no ya a la servidumbre, a los secretarios incluso, alguno de los cuales tenía por principal ocupación sacar al magnífico animal a satisfacer sus necesidades naturales por la acera de la calle. Ya he dicho que el Presidente no salía sino a dar un paseo por las tardes. Se acostaba temprano, luego de breve tertulia en la intimidad, no siempre armoniosa; porque, irritados con el contenido desasosiego de aquella espera, que a mi mujer y a mi hermana se les hacía interminable en Collonges-sous-Salève, más de una vez se producía algún incidente desagradable, en que por mi desenfado habitual me tocaba ser el protagonista. Recuerdo que una noche tales fueron las cosas que dije de Negrín, en desahogo de la opinión que me merecía su proceder, que Giral se creyó en el caso de retirarse al punto, casi sin despedirse de nosotros. Ello colmó mi indignación contra nuestro prudente amigo, con quien estaba molesto desde que, a nuestra llegada a París, se había quejado amistosamente al Presidente de que mi mujer, asediada por un reportero, se hubiera permitido decir, por los días en que se anunciaba ya nuestra salida de España y nuestra llegada a la Alta Saboya, que, a poder, mi cuñado hubiera hecho la paz tiempo atrás. No había visto yo el periódico ni mi mujer me había dicho nada tampoco, considerando, sin duda, que la cosa no tenía importancia. El Presidente tampoco se la dio; pero reaccionando muy contrariamente a como el buen Giral creía sin duda que pudiera hacerlo, le contestó que, en efecto, no le gustaba que los familiares hicieran declaraciones más o menos de orden político; pero que en aquella ocasión y puesto que, como otras muchas veces, quienes tenían obli-

gación no decían lo que no siempre debía estar callado, justo era dejar que mi mujer, contagiada inopinadamente de mi indiscreción —tampoco nociva siempre ni mucho menos—, se diera el gusto de decir una verdad que, después de todo, no perjudicaba a nadie y a él le favorecía.

Un sábado por la mañana, me llamó nuevamente M. Henry para decirme que al martes siguiente un diputado haría en la Cámara una pregunta, que el gobierno tomaría en consideración, respecto al reconocimiento del gobierno del general Franco en España. El Presidente decidió el viaje para el día siguiente, no obstante haber tomado ya un palco en la Ópera Cómica, donde poder asistir al concierto en que el gran Weingartner, cuya interpretación de las nueve Sinfonías de Beethoven recordaba siempre mi cuñado entre sus más gratas memorias de su primera estancia en París veinticinco años atrás, dirigiría la *Pastoral*.

Aquel mismo día se presentó en la Embajada el Ministro de Hacienda, hasta entonces harto remiso en presentarse al Presidente, que no obstante el incógnito de su estancia en París, lo que le dispensaba del gasto inherente a la Casa Presidencial, vivió en la Embajada atenido a la misérrima cantidad que para sus atenciones inmediatas le había dispensado Negrín a duras penas. El Presidente había salido de España sin haber obtenido siquiera del Centro Oficial de Contratación de Moneda el cambio en francos de su último sueldo. Sólo se le adjudicaron doscientos cincuenta mil, e incluso, para que a última hora pudiera disponer de dos mil para cada uno de los funcionarios afectos a la Presidencia y a las gentes de servicio en los primeros momentos de la emigración, costóle al Secretario General Dios y ayuda que le fueran concedidos aquellos francos, no obstante ser del bolsillo particular del Presidente las pesetas españolas cuyo cambio se solicitaba.

El Ministro más que retraído, repito, en aquellos días de nuestra estancia en la Embajada de París, se presentó la víspera de nuestra marcha con la pretensión de que el Presidente le firmara dos decretos: el uno, enajenando todos los bienes muebles e inmuebles del Estado español en el extranjero a una sociedad anónima. El segundo cediendo a la URSS, en no sé cuántos millones, unos barcos surtos en puertos rusos, detenidos, creo, en prenda de deudas de material de guerra.

No había inconveniente alguno por parte del Presidente en firmar ese segundo decreto, puesto que si de todos modos había de quedarse la URSS con los barcos susodichos, mejor era cobrar lo que el Go-

bierno de Comisarios del Pueblo se avenía a satisfacer por la diferencia entre nuestra deuda y el valor de los barcos. Pero en cuanto al primer decreto, consideraba disparatado incluso el hecho de proponérselo. En primer término, por ineficaz. ¿Quién podía creer que ningún gobierno francés daría por buena la venta del edificio de la Embajada de España en París un día antes del reconocimiento oficial del general Franco? No había paridad alguna en el ejemplo, que el Ministro le aducía como precedente, de Alfonso XIII firmando en París alguna Real Orden en época normal, y en la circunstancia de un viaje, oficial o no.

Sobre todo, a él le repugnaba profundamente el aparecer a última hora como salteador de unos bienes que pertenecían a la Nación, representada, quisiéramoslo o no, con justicia o sin ella, por el Poder de hecho a quienes los gobiernos extranjeros se apresuraban a dar trato legal en Derecho. En vano adujo el Ministro el informe de un asesor de la calidad jurídica de Sánchez Román. Con él habló asimismo el Presidente y no pudieron convencerlo sus razones. Tanto, que el ilustre jurisconsulto se consideró, erróneamente, ofendido en su dignidad profesional, que para nada entraba en la opinión invencible del todavía Presidente de la República. No era bastante para obligarle a lo que creía un disparate que se le insistiera con la razón de que el capital importante que pudiera lograrse de tales transferencias se uniría con el oro legítimamente situado en el extranjero, eso sí, por el Gobierno de la República a quien correspondía su administración por designio de la voluntad popular, que ninguna fuerza podía modificar; se uniría, digo, a los fondos destinados a aliviar la situación de los emigrados, problema pavoroso que ninguna previsión había sido bastante a calcular en la magnitud con que se presentaba. Desde el comienzo de la guerra estaba atento el Presidente a aquella necesidad, aunque nunca con la pretensión de que se arbitrara una sinecura a quienes se vieran en la precisión de emigrar en el peor de los casos; sino por proporcionarles los primeros recursos y siempre pensando que no alcanzara la emigración el número cuantioso de la realidad que teníamos ya ante la vista en los inmensos campos de concentración donde fueron recluidos sin distinción por la impiedad del Gobierno francés ante la indiferencia culpable de Francia entera, los desventurados *rojos* españoles; que en el noble tinte de la sangre vino a fundirse el tricolor republicano de nuestra bandera. No hacía un año todavía que, a requerimiento de Giral, y con aquiescencia del Presi-

dente, reintegró al Ministro de Estado a la sazón aquel primer depósito a mi nombre en un Banco de Ginebra. Negrín lo recibió con intención de hacer algo más pertinente a las circunstancias que pudieran presentarse. Una vez en Barcelona, Araquistáin me había preguntado si nada sabía yo de lo que Negrín pensara a tal respecto, porque siendo no más que Ministro de Hacienda en el Gabinete Largo Caballero, había propuesto a su entonces amigo todavía el Embajador en París, un cierto depósito sin otra intervención del Gobierno que la suya propia con la de algunas pocas personas más que lo administraran secretamente a efecto de la mayor eficacia. A lo que Araquistáin decía haberse opuesto. El Presidente de la República nada sabía de todo aquello. Alguna vez había hablado al Presidente del Consejo acerca de la eventualidad que ahora se presentaba con caracteres agudísimos, y sólo le había respondido con la seguridad de que nada le faltaría en caso de necesidad. Lo cual había sido más que suficiente para que el Presidente de la República, por una delicadeza elemental, no volviera a hablarle de ello.

Quedó, pues, con Méndez Aspe, en que le firmaría el decreto referente a la enajenación de los barcos surtos en puertos rusos. Y recluido con Saravia, Parra y yo en el fondo de un palco disimuladísimo, se despidió con melancólica dignidad de nuestros sueños falaces, sumiéndose en el deliquio de la Sinfonía de Beethoven.

—Qué blanco está ya —fue su comentario a la cabeza, todavía enérgica, del gran director alemán, cuando volvió, al cabo de los años, a verle aparecer, saludado por la ovación del público, batuta en mano ante la orquesta de la Ópera Cómica.

Al verle salir del teatro, rezagados de la muchedumbre de espectadores, le conoció, tras de mucho mirarle, un vasco que al vernos tomar el coche se quitó con respeto emocionante la boina nacional.

Del concierto a la estación no tuvimos sino el tiempo preciso para recoger en la Embajada y en mi hotel nuestro equipaje y dirigirnos a tomar el tren.

A despedirnos, con un reducido número de amigos, entre los que no cuento al desapacible Embajador, presididos por Giral y Victoria Kent, secretaria que era por entonces en la Embajada, se reunió buen golpe de curiosos y hasta algún fotógrafo que no pudimos evitar. El interventor de la puerta de entrada al andén le dirigió, al taladrarle el billete, un saludo de *buen republicano francés*, a que mi cuñado no pudo por menos de sonreír con deferencia. Al arrancar el tren, en un

silencio impresionante, se me acercó M. Lachenal, presidente del Cantón de Ginebra, que viajaba en un departamento próximo del mismo coche-cama. Accedió mi cuñado a su solicitud de serle presentado y juntos estuvimos breve rato con conversación de pura cortesía.

Cuando, a la llegada a la mañana siguiente a la estación de Cornavin, quiso M. Lachenal señalar a los periodistas ginebrinos la presencia del Presidente español, se encontró defraudado. Previendo la misma curiosidad a nuestro paso por Suiza que a nuestra salida de París, habíamos avisado a Santos Martínez que saliera el coche a esperarnos a la estación fronteriza de Bellegarde, para evitar precisamente el arribo a Ginebra.

No había llegado, entre los que acudieron a despedirnos a la estación de París-Lyon-Mediterráneo, el Ministro Méndez Aspe con su decreto a la firma. Pero al día siguiente de habernos reintegrado a nuestra casa de Collonges-sous-Salève se presentó de mañana un propio de la Embajada con el texto ya dispuesto. El Presidente lo firmó sin más. Grande fue su sorpresa cuando a prima tarde se hizo presente un segundo enviado de la misma procedencia, portador de un telegrama de Negrín al Presidente, dirigido todavía a la Embajada en París, en el cual, y en nombre del gobierno de la República, se le conminaba a presentarse en Madrid a resolver la situación, para lo cual le ofrecía su dimisión, si creía oportuno su relevo. En caso de no acceder el Presidente al requerimiento, descargaban sobre él la responsabilidad de cuanto pudiera ocurrir.

El Presidente obtuvo fácilmente del enviado en cuestión la confidencia fácil de su llegada en el mismo tren que el portador del decreto; pero con la orden expresa del Embajador de que no se los presentaran sino a distancia de unas horas y siempre aquél primero.

Mi cuñado salió de la sala donde estábamos a su despacho y volvió luego con un papel, que me dio a leer: «Excelentísimo Señor Don Diego Martínez Barrio, Presidente de las Cortes en París. —Con esta fecha vengo en dimitir la Presidencia de la República Española», y su firma al pie.

—¿Te parece bien?

—No. Porque no dice, y hay que decirlo, los motivos que te inducen a dimitir.

—Tienes razón.

Salió de nuevo y volvió en seguida. El nuevo telegrama decía así sobre poco más o menos:

«Oída la opinión del general Rojo, jefe responsable de las operaciones militares, en presencia del Presidente del Consejo, de que la guerra está perdida; y en vista del reconocimiento del general Franco por los gobiernos de Francia e Inglaterra, vengo en dimitir la Presidencia de la República.» [3]

Cuando, de allí a veinticuatro horas, consideró que ya obraba oficialmente en poder del destinatario, me mandó reunir en la sala de «La Prasle» a los representantes de la prensa extranjera en Ginebra y leerles la comunicación susodicha.

Así terminaron mis funciones —adscritas a las de Introductor de Embajadores— de jefe del Gabinete Diplomático de la Presidencia de la República.

Negrín contestó con un telegrama saludándole respetuosamente en nombre de los demás ministros.

—Ahora verás —me dijo—, por qué tenía tanto empeño don Diego en que no dimitiera yo la Presidencia, aunque no volviese yo a Madrid en modo alguno. No quería verse en el trance en que ahora se ve. No irá a Madrid tampoco, claro es; y legalmente no hay otro Presidente que él, mientras no se elija —¿cómo, ya y de qué manera?— mi... sucesor...

Pero la actitud de Martínez Barrio no le producía indignación. La de Negrín sí. De *chantage* calificaba su proceder para con él. Ahora comprendía —y no lo supo nunca tan bien como yo lo supe después— la resistencia pasiva del Presidente del Consejo a proporcionarle el dinero que se le debía en el prometido cambio de francos, puesto que el último sueldo de *billetes Negrín* eran puros papeles mojados; ahora se le alcanzaba el porqué del regateo en los gastos mínimos de su estricta representación en la Embajada de París. Y, sobre todo, la fuerza que había pretendido hacerle con el decreto fallido de la enajenación de todos los bienes del Estado Español en el extranjero, a una sociedad anónima...

Por más que pusimos atención —lo que era en nosotros desusado— a las emisiones de radio, no pudimos captar la menor señal de que la dimisión del Presidente hubiera sido comunicada al pueblo español en sus verdaderos términos.

3. El texto completo, mucho más largo, está reproducido en *O.C.*, III, p. 567.

XLVI. Adiós a París

Días después, un periódico de Toulouse, *La Depêche,* famoso en los anales del periodismo francés, publicó, sin darle gran importancia, como una simple inserción solicitada, una rectificación del general Rojo al texto de la dimisión presidencial. Parece ser que primeramente había exigido del Presidente de las Cortes que tal rectificación se hiciera desde luego, fundándose el solicitante en que él «no era ni había sido nunca el responsable de la guerra». Cuando el Presidente lo supo por Parra, que tuvo, a lo que parece, comunicación directa por el propio general su amigo, no pudo por menos de producirle cierto disgusto que Rojo se enfadara tan sin razón ni motivo. Accedió a que Parra le diese por su cuenta una explicación tratando de deshacer su enojo, aunque sin menoscabo de la dignidad del Presidente, que harto hacía con avenirse a hablar para quienes tan pocas entendederas demostraban. No había querido decir más ni menos que lo que había dicho: que Rojo, como general en jefe, era técnicamente responsable de las operaciones militares. Y con ello no se le achacaba culpa alguna y mucho menos política, aunque no sé si el Presidente estaría tan seguro como yo de que pudiera tenerla. No sino que en la opinión del general en jefe, repito, descansaba la suya el Presidente de la República de que la guerra estaba perdida, y no había por qué seguirla sin otra esperanza que la de un estrago mayor.

Públicamente no se contestó a la inoportuna rectificación del general, que luego salió para Buenos Aires, reconciliado con Negrín, quien le dio cuando menos un subsidio para viático en compañía de su numerosa familia.

Durante nuestra estancia en París habíase visto solicitadísimo el Presidente por agentes de prensa francesa y extranjera que querían de él declaraciones sensacionales, o la publicación de sus *Memorias políticas*. Se negó a ello terminantemente, no obstante el precio que algún periódico, como *Paris Soir*, puso a los artículos que le pedía. Parecíale que, en ningún caso, estando pendiente todavía de una decisión, por muy fatal que nos fuese la suerte de la guerra en España, era decente ni permisible que él se produjera ante el público juzgando sucesos y personas a que no podía decirse ajeno. Una vez dimitido, ya era otra cosa. Concluido que hubo la redacción de sus *Memorias políticas y de guerra* y puesto en limpio *La velada en Benicarló*, cuya lectura íntegra en la intimidad familiar de «La Prasle» después de la

cena nos había producido a los circunstantes una emoción sin ejemplo en nuestra experiencia personal, decidió que nos fuéramos a París, a tratar con un editor la publicación en francés —y posiblemente en español también— de una y otra obras.

Todavía estábamos en Collonges-sous-Salève, cuando, oyendo una noche la radio de Madrid, lo que sucedía pocas veces, porque al poco gusto que mi cuñado tenía en general por las audiciones radiofónicas, se unía la antipatía, insufrible a su sentir, de las noticias procedentes de España, cada vez más confusas y desatentadas, nos sorprendió la de la constitución de la Junta de Defensa de Madrid con Besteiro y el coronel Casado a la cabeza.

En vano quise salir al paso de su mayor intranquilidad con decirle que, en cierto modo, el abandono del Poder por parte de Negrín y su administración, que daban por interina, por parte de la Junta susodicha, significaban en cierto modo y hasta cierto punto lo mismo que él venía propugnando: la paz.

Pero él no podía admitir que lo que sucedía tuviera mucho ni poco que ver con su manera de pensar y, desde luego, nada en absoluto con su modo de proceder. Hombre pacífico y que «con palabras de paz» había saludado a los españoles todos a su advenimiento a la Primera Magistratura de la República, nunca hubiera querido ver ensangrentado bajo su mando el suelo patrio por una guerra civil —la más atroz y despiadada en memoria de cristianos—. Ahora bien, no se le alcanzaba cómo Besteiro —que pocos meses antes se decía, ante el Presidente, incapacitado para asumir la responsabilidad del Gobierno en momentos como aquéllos, y precisamente por creer que no contaba con la opinión de la mayoría, no ya de la nación, del propio partido incluso— podía sumar su esfuerzo al de un militar que, al rebelarse también contra el Gobierno legalmente en funciones, repetía el golpe de Estado de Franco, y, lo que era peor, con el mismo pretexto: la preponderancia excesiva o la demasía intolerable de los comunistas. Creía el Presidente además, contra mi parecer —y claro es que me equivoqué, como siempre que me oponía a sus razones—, que no había en la actitud de Besteiro y Casado el menor fundamento para suponerse especialmente respaldados por Inglaterra y Francia, de modo que su gestión en pro de la paz tuviera la menor garantía ante los facciosos triunfantes. Él estaba seguro de que Besteiro, atribuyendo a su innegable prestigio y a su evidente apartamiento de la guerra civil una virtud que no tenían para el enemigo; y el coronel

Casado, engañadísimo con el espíritu de su cuerpo, que sus compañeros de armas y de promoción no sentían de ninguna manera como una solidaridad, por remota que fuese, con quienes consideraban traidores a la clase militar, se habían lanzado a la aventura de una rendición, creyendo cuando menos que serían respetados en sus personas, y con ellos los miles y miles de incautos que pudieran aceptar como posible la generosidad del vencedor.

—No han conseguido con ello otra cosa, ya lo verás —me decía—, que dar a Negrín y sus ministros una salida del atolladero en que estaban. No. Ya era tarde, en efecto, para transigir la guerra. Ni aun de darse por vencidos era ya tiempo. Y puesto que el Presidente del Consejo había empeñado su palabra en «la guerra a ultranza», lo mejor hubiera sido que llevara a cabo su propósito. En todo caso, que se viera forzado a rendirse. O que, a lo peor, se viese el enemigo faccioso sin tener enfrente ninguna representación constituyente de quien aceptar una rendición, cuyas condiciones, sin estipulación garantizada por un intermediario, no habían de cumplirse en favor de los vencidos.

Fuímonos, pues, a París, enteramente solos los dos, como veinte años atrás; pero con muy diferente ánimo. Tampoco derrotados en el nuestro, y hasta cierto punto resueltos a empezar de nuevo, uniéndonos otra vez, con la experiencia de la tremenda aventura que habíamos corrido, en la literatura —y el teatro de mis sueños—. Sin duda que en el designio del ex Presidente de que tampoco esta vez le acompañara su mujer, habiéndolo hecho siempre desde casados, entraba por mucho el deseo de resarcirme con aquel viaje de tantas añoranzas más de una amistad, malograda, en su más íntimo sentir, por la vulgaridad de la política. No hablamos de ello; pero a mí me bastaba aquel retorno melancólico a nuestra soledad en compañía, para darme por pagado de tanta publicidad del destino en que mi cuñado malgastaba el secreto tesoro de su vida, sacrificándolo en holocausto al monstruo insaciable de la Nación. La derrota de una ambición de poder, compartida generosamente por un pueblo inconstante, me devolvía a mi amigo, maltrecho y herido como yo no podía suponer aún; pero en modo alguno decaído de su dignidad personal, antes bien con esa prestancia insuperable del ánimo esforzado, que templa el carácter propio en la adversidad de la desgracia, aguzando al par la sensibilidad hasta un punto de finura musical susceptible de vibraciones etéreas, a fuer de sutiles e imponderables.

No, no necesitábamos decirnos nada para que yo experimentara

al correr del tren que nos llevaba a París, harto más cómodamente en el coche-cama que en la aglomeración del departamento de segunda de nuestro primer arribo años atrás, la sensación de alivio y descargo que mi recuperado amigo me transmitía en aquella sonrisa infantil de sus alborozos de un tiempo en nuestros paseos por el campo, ante un buen plato de cocina francesa u oyendo una sinfonía de Mozart. La libertad no era para él una matrona simbólica, ceñido el cuerpo de una bandera tricolor y tocada de un gorro frigio. No; sino el ambiente concreto y determinado, en límites precisos de sombras y luces, de olores y rumores, de la capital del mundo: París.

Pero, ¡ay!, aquella libertad de nuestras expansiones juveniles ya no nos era dada. No más bajar del tren se me acercó un inconfundible agente de policía, a ofrecer a *M. le Président* la protección y vigilancia debidas a un huésped de su calidad. Inútil era rehusarlas. En todo caso, tenía orden de seguirnos si no queríamos aceptar sencilla y llanamente el coche que la Dirección de Seguridad nos tenía destinado. Yo nada había dicho en requerimiento de aquel servicio; pero la policía afecta al de nuestra casa en Alta Saboya y la suiza habían comunicado a sus colegas de París el viaje del Presidente español, y de ahí la oficiosa solicitud de los franceses. Aquella misma tarde se presentó a ofrecernos sus respetos en el hotel el Comisario especial que nos había escoltado durante nuestra estancia en la Embajada, agradecido, sin duda, a la liberalidad con que mi cuñado había premiado sus obligadas atenciones para con él. Y a fe que no fue ociosa su presentación ni inoportuno su nuevo ofrecimiento. Huyendo de los hoteles más conocidos del centro había querido el ex Presidente acogerse al retiro de uno menos ostentoso, aunque muy decente, en una calle próxima al Arco de la Estrella. Le había hecho muy buena impresión en ocasión de la visita con mi hermana a un diplomático amigo, por los días de su excursión a Bélgica y Holanda cuatro años antes; sobre todo porque el título de su reclamo, y las gentes que entonces había visto allí hospedadas, podían bastar para suponerlo ajeno a la clientela española e hispanoamericana, temible por su detonante cursilería en aquella elegante barriada parisiense.

Allí nos había dejado nuestro acompañante policíaco bien de mañana, instalándonos en dos habitaciones confortables, aunque sin mayores lujos. Almorzamos solos, sin que nuestra presencia en el comedor nos hiciera víctimas de una curiosidad penosa por parte de los demás huéspedes; salimos por la tarde a dar un paseo al Bosque de Boulo-

gne, recibimos al regreso la sola visita de Carlos Esplá y de Giral, únicas personas de nuestra relativa intimidad a quienes hasta entonces habíamos advertido de nuestra llegada, y nos disponíamos a cenar y tomar temprano descanso, cuando llamándome a su oficina el gerente del hotel me sorprendió con el ofrecimiento, harto amable, de cuatro habitaciones, mucho mejores que las dos que allí teníamos, en la sucursal frontera, próxima a inaugurarse; pero ya terminada, aunque sin huéspedes aún. A mis extrañadas preguntas, acabó por decirme que su clientela, compuesta casi exclusivamente de sudamericanos y españoles refugiados en Francia blandamente durante nuestra guerra civil, a la cabeza de los cuales el ex ministro catalán de la monarquía Felipe Rodés, le amenazaban con marcharse todos si el ex Presidente de la República Española seguía allí alojado, insultándolos, por lo visto, con su sola presencia. Me limité a decirle que no creía que el Presidente accediera a salir del hotel por manera tan inicua, y aprovechando la visita de cortesía de nuestro antiguo conocido el Comisario, le referí el caso. A los pocos minutos, me llamaba de nuevo el gerente para decirme que yo no había entendido bien el alcance de su ofrecimiento; que no quería sino proporcionar a *M. le Président* las mayores comodidades, evitándole cualquier molestia; pero que de todas suertes, ninguna habían de producirnos los huéspedes cuya vista pudiera incomodarnos. (El Comisario le había dicho no más que si el Presidente salía de allí a causa de cualquier inconveniencia, le cerraría el hotel, que, como todos, vivía a expensas del disimulo policíaco respecto al incumplimiento de las leyes y reglamentos pertinentes al permiso de su explotación.) Allí pues, permanecimos los diez o doce días de nuestra última estancia en París y no sólo no hubo lugar al menor desaire, sino que, por el contrario, alguno de los huéspedes, propietario por más señas de uno de los más importantes diarios de Buenos Aires, se nos ofreció solícito, haciéndose presentar por mi amigo Carlos A. Prato, a quien de casualidad nos encontramos allí en ocasión que había ido a tratar también no sé qué asunto periodístico o editorial.

Sólo una vez, yendo mi cuñado y yo, como trasantaño, al azar de un paseo sin rumbo por los bulevares, creo que fue el de las Capuchinas, cuando volviéndose a nuestro paso una de dos señoras jóvenes que le habían reconocido, dio en proferir no sé qué sarcasmos, que yo atajé con dirigirme a ella mucho más cortésmente de lo que su intemperancia merecía, diciéndole que me permitiese conocer el nombre y domicilio de su marido o valedor, a quien poder exigir una reparación

en regla. Quedó tan corrida que, sin responderme más, obedeció luego sin resistencia al brazo imperioso de su compañera, que tiraba de ella por sustraerla a una polémica conmigo en plena vía pública.

Fuera de aquel levísimo incidente, sólo recibió a su paso continuas muestras de respeto y simpatía, traducidos en el reguero de sombrerazos, sonrisas y aun de vivas sueltos a la República Española que íbamos dejando como una estela de curiosa admiración por aquel hombre, cuya fisonomía habían popularizado harto —y mucho más en días todavía próximos por entonces— los periódicos y las revistas para que, aparte su innegable parecido con el ministro francés M. Sarrail, pudiera pasar inadvertida su presencia en cualquier parte, como él hubiera deseado.

Aquella misma tarde del incidente —en que habíamos salido del hotel con Carlos Esplá, que nos acompañaba todavía— quiso sentarse a una mesa en la acera del Café Napolitano, el primero a que me había llevado en mi visita a París con él veinte años atrás.

—Ya verás —me decía— lo que tardamos en tener un corro de españoles.

Apenas habíamos tomado asiento cuando, en efecto, apareció por allí saludándonos con alborozo el matrimonio Novais Teixeira, portugués él muy simpático y que de su larga permanencia en España había sacado con nuestra amistad, adquirida en «la tertulia del Regina», un fervor republicano que tenía ya muy poco, es decir, nada que ver con el motivo político de su emigración de Portugal en calidad de «paivante» como eran llamados los jóvenes partidarios de Paiva Couceiro, antecesor en la Península de los Franco (también Portugal tuvo el suyo), a los Primo de Rivera y los Oliveira Salazar. Y no bien se sentaron los Novais a nuestra mesa, cuando se nos unieron, teniendo que tomar las de al lado, cuantos compatriotas conocidos acertaron a pasar por allí a aquella hora de la merienda, que fueron muchos, parándose a saludarnos de unos en otros, según el ex Presidente esperaba.

Como el objeto principal, por no decir único, de nuestro viaje a París era el de tomar contacto con editores fáciles a nuestra intención de publicar las *Memorios políticas y de guerra* del ex Presidente y *La velada en Benicarló,* sólo vimos a nuestro antiguo amigo Max Aub, emigrado como nosotros en un tercer avatar nacional por decirlo así, ya que su naturalización española, conseguida en casi todo menos en el acento nativo, procedía del establecimiento en Valencia de sus padres, alemán él y francesa ella, cuando al estallar la guerra de 1914 no quiso aquél traicionar sus sentimientos peleando en unión de sus compatrio-

tas contra los hermanos de su mujer. Max Aub tenía alguna relación con editores responsables, y en unión de los traductores de *La Corona,* Monsieur Jean Cassou y Monsieur Jean Camp, que habían aceptado asimismo el serlo de las dos obras cuya edición nos llevaba a París ahora, estaba viendo de procurarla en las mejores condiciones posibles. Fuera de ellos, sólo vimos, de nuestros amigos políticos, a Giral y a Santiago Casares, que con Esplá nos acompañaron algunos ratos.

Fue cuestión también por entonces del estreno en francés de *La Corona*. Habíame yo encontrado en París durante nuestra guerra con una muchacha francesa, muy guapa por cierto, a quien conocí casada en Madrid con un violinista poco famoso, que limitaba la afición de su mujer al teatro, consintiéndola que trabajara sólo en funciones de aficionados, organizadas con cierto prurito artístico, por una señora muy afecta a Federico García Lorca. Germaine, como llamaban sus amigos familiarmente a la francesita aquella, había conseguido hablar el castellano con tal perfección que al regresar a París, separada de su celoso marido, durante nuestra guerra como ya digo, pudo representar como una tal actriz española la traducción francesa de la *Fuenteovejuna* de Lope, que Cassou y Camp habían hecho, intercalando en ella canciones castellanas, con tan rara maestría, que lo que más celebraron los críticos parisienses en la debutante Germaine Montero —que tal nombre español quiso darse— fue precisamente lo bien que poseía el francés, sin acento apenas. Parecíame a mí que, pues había representado a más de *Fuenteovejuna* la dama joven de *Bodas de Sangre*, de García Lorca, en su reciente versión francesa asimismo y con éxito notable las dos, podía ser excelente intérprete de *La Corona* si, al cabo, se me lograba darla en París. Comprometí también burla burlando a la niña de Casares —a quien la veterana comediante Colonna Romano, prendada de sus aptitudes, protegía decididamente— el papel delicioso de la menina mussetiana que en el tercer acto tiene poético coloquio con un paje. No podía yo suponer que al cabo de muy poco tiempo María Victoria Casares se adelantara a justificar la predicción que hice a sus padres —viéndola en una comedia infantil y casera algunos años antes— mostrándose, en el tremendo azar de la guerra y durante la ocupación de París por los alemanes, como la heredera inopinada de la gran Sarah Bernhardt, muerta sin sucesión artística directa, al hacerse la tregua de una a otra guerra del mundo, veinte años atrás.

Habíale yo presentado a Germaine al Presidente en los días de nuestra estancia en la Embajada y no le habían parecido mal el físico y

el desparpajo parisiense de la muchacha. Ahora, Camp, que de los dos traductores era el más apto para los menesteres inherentes a la colocación de una obra en un teatro de París, se interesó en presentarme a un antiguo actor-empresario, M. Rosemberg, un tanto venido a menos en esta su segunda e importante condición y que no parecía tan animado a tomar por su cuenta la empresa como a influirme para que el propio autor corriera con todos los gastos. No llegué a insinuarle al ex Presidente aquella sugestión; él, aunque gustoso, sin duda, de ver su obra traducida y representada en la capital del teatro del mundo, no recogió de mi sugerencia nada que me autorizase a proponerle el negocio, que yo, de haber dispuesto libremente de dinero, no hubiera dejado para más adelante. Sin haber abandonado del todo la idea y puesto que él quería limitar sus actividades por el momento a la publicación de aquellas dos obras, no tratamos otra cosa. El editor de *La Nouvelle Revue Française* trató directamente el asunto con el ex Presidente enviándole a su hijo. Quedó convenido que publicaría primero una edición de veinte mil ejemplares de *La Veillée à Benicarló* considerando que este admirable diálogo debía anteceder, para con el lector francés poco versado en la política española, a las *Memorias* tales, que verían la luz en seguida también.

No se nos logró, por el contrario, que se encargara asimismo de administrar en toda la América de habla española la edición en castellano de una y otra obra. Cuando ya parecía haber accedido a ello, en principio, la Casa Hachette, distribuidora exclusiva de casi toda la traducción francesa en el Nuevo Mundo, y desde luego de las ediciones de *La Nouvelle Revue,* se desentendió de tal propósito. A nuestro entender, en tal desistimiento había entrado por mucho la enemiga política.

Fracasados en absoluto aquellos otros tratos con los editores —en punto a la colaboración en algún periódico como el *Paris-Soir* que un mes antes se mostraba tan escandalosamente solícito de la firma del Presidente, a quien ofrecía ahora unas condiciones muy inferiores y que, por lo tanto, sin compensarle suficientemente, coartaban su libertad con forzar el pudor profesional de que siempre había hecho gala— nos dedicábamos, los ratos libres de tales negociaciones, a deambular por las calles como en nuestros buenos tiempos, lejanos ya, de apacible descuido. Nuestros fueron otra vez los tibios atardeceres en que la humedad del ambiente primaveral, trascendente al olor primero de las acacias, envuelve París en esa neblina azul que la naturaleza copia de los pintores impresionistas (diríamos plagiando a Oscar Wilde). Juntos

volvimos a correr de Montmartre a la Torre Eiffel, abierta a una nueva perspectiva a través del boquete donde el antiguo Trocadero, entre los dos palacetes de la Exposición del 37; y si no a husmear como entonces en los puestos de libros del Sena, a correr calles y bulevares con el pretexto de buscar casa, que deseaba mi cuñado no muy lejos de París a ser posible, en alguna quinta de campo, con preferencia a la ciudad, donde nos sería difícil hallar acomodo para tan numerosa familia como éramos. No entraba en sus cálculos el viaje a América que mi mujer y la suya deseaban. Harto echaba yo de ver, por encima de las razones que pretendía aducirme, el verdadero motivo de su poco gusto de trasladarse allí donde los españoles emigrados habían, según él, de retrotraerle, sin otro fruto que el de la desesperación de toda enmienda, a la política, en que no quería volver a aventurarse, por más que no abominara de su propia experiencia. No, lo que yo veía, por el contrario, era su resistencia a alejarse mucho del suelo ingrato de que renegaba; a más de su complacencia, pese a la desapacibilidad del ambiente francés en torno nuestro, en aquellas piedras parisienses de su predilección, extendida, no ya a las más insignes de los edificios ilustres, caros a sus ojos, sino las mismas del pavimento bajo sus pies.

No fuimos al teatro de que era tan gustoso; pero sí alguna noche al cine, donde la oscuridad nos amparaba más fácilmente de la expectación a costa suya de que huía por ver de recobrar enteramente la libertad perdida en sus años de hombre público. La circunstancia de habernos sido retirada, a los pocos días de llegados, la guarda de que éramos objeto por parte de la policía, una vez que fue normalizándose la situación de los políticos españoles que allí tomaban pie, ayudó no poco a la impresión de descanso, que logró en aquella breve temporada de nuestro adiós a París, que si entonces no, ahora creo que presintió inconsciente en el fondo de su ánimo, propenso ya a esa ternura con que la muerte suele señalar a sus elegidos.

Estando una tarde en el hotel fue a despedirse mi cuñado Diego de Mesa, el hermano pequeño de mi mujer, en obligado trance de partida rumbo a México, a la vanguardia de la familia y por ver de hacerse una vida nueva; si bien puede decirse que, como otros muchos jóvenes, no había empezado a ganársela en España, cuando la guerra incivil le desarraigaba ya de ella. Se emocionó mucho al darle un abrazo.

Una noche de las últimas que estuvimos en París, leímos en los periódicos la tristísima cuanto esperada nueva de la entrada de los «nacionales» de Franco en Valencia. No por esperada le causó menos pesa-

dumbre, aumentada por el temor de la suerte que hubiera podido correr Leopoldo Menéndez que mandaba aquel ejército. Quiso que nos acogiéramos a un cine de barrio, pero tuvimos que salirnos, desasosegados, antes de terminar el espectáculo.

Del maltrecho Gobierno, derrotado por la Junta del coronel Casado, Besteiro y demás representantes póstumos del espíritu de transigencia de la guerra, nada supimos, sino que en París estaban ya instalados Álvarez del Vayo, Azcárate y Negrín. Por cierto que Giral se expresó acerca de éste en tales términos, aventurando incluso que no tuviera otro propósito que el de fugarse con el dinero, que me levanté de mi asiento en señal de fingida protesta, haciendo intención de irme a la cama. Mi cuñado no pudo por menos de reírse de mi desplante, recordando cómicamente su actitud de un mes antes en la Embajada.

XLVII. Memorias de «La Prasle»

El invierno se prolongó en la Alta Saboya hasta muy entrada la primavera. Más que el intenso frío, las nieves y lluvias nos tenían recluidos en casa, sin apenas asomarnos a Ginebra, de donde estábamos tan cerca, pues que era contadísimos los amigos a quienes habíamos dado acceso a «La Prasle». Mi cuñado quería descansar retirado de las obligaciones del trato mundano y en la primera temporada de nuestra estancia en aquel verdadero destierro tan sólo mi excelente amigo el señor Isidro Fabela, delegado de México en la Sociedad de Naciones, frecuentó un poco más nuestra compañía. Habíase llevado consigo a Pérez Rubio y Pepito Giner, que, encargados de entregar a la Secretaría de la Sociedad de Naciones, para su depósito y custodia hasta su reintegración a España, los preciadísimos cuadros del Museo del Prado, veíanse desamparados de toda previsión de las Juntas de Ayuda a los expatriados españoles, constituidas en París por los dos grupos antagónicos en que se había escindido por lo pronto la representación del que fue Gobierno Español Republicano. El señor Fabela y su señora habían recogido asimismo, en el horror de los primeros campos de concentración a que fueron sometidos los refugiados españoles, a dos pequeños huérfanos a quienes prohijaron desde luego con toda clase de atenciones y miramientos paternales. Fuera del delegado mexicano, tan sólo el eminente historiador Guglielmo Ferrero, catedrático en Ginebra desde la dictadura de Mussolini en Italia, y con quien había intimado yo mucho du-

rante mi consulado, y otros dos italianos distinguidos, el «Barone» A. Prato y el abogado Reale, poquísimos fueron, repito, nuestros visitantes. El Subprefecto de la Alta Saboya, cuya sede era la vecina Annemasse, y el Prefecto, desde Annecy, guardaban al ex Presidente ciertas deferencias elementales e incluso tenían establecido para su vigilancia un servicio de policía, adscrita al puesto de la frontera suiza, que en principio llegó a molestarnos con la pretensión de montar la guardia dentro del jardín y aun de la casa misma, no tan amplia, ni mucho menos, como para poder permitirnos el lujo de alojar en ella a los agentes policíacos, sin detrimento de nuestra independencia familiar.

La incomodidad del acceso a nuestro rincón, a menos que fuera a cosa hecha, nos libró por otra parte del asedio de los españoles que, en las tremendas circunstancias por que todos pasábamos, de haber vivido nosotros en París o en cualquier ciudad importante, nos hubiera perturbado el sosiego. Por si el deseo del ex Presidente de mantenerse alejado de la menor actividad política fuera poco, la desgraciada actitud de nuestros compatriotas más conocidos era de tal suerte, que hubiera justificado por sí sola nuestro retraimiento de la vida pública. Por entonces llegó Prieto a París procedente de América. Pero tampoco hubo lugar a que nos visitara. Y ello sí desengañó al ex Presidente aún más de toda vanidad fundada en la amistad puramente política.

Cuando al cesar yo en el consulado de Ginebra, un año antes, tuve el impulso de echarlo todo a rodar como suele decirse, una de las razones que el Presidente me dio para calmar mi impaciencia y aconsejarme tranquilidad fue, como siempre, la de nuestro parentesco y amistad:

—Comprenderás que no es cosa de hacer una crisis porque tú hayas dejado de ser cónsul. Pero como la cuestión no era ésa y va a haber muy pronto ocasión de plantearla con otro motivo en sus verdaderos términos, no hay para qué precipitarse.

Luego supe que aquella ocasión se presentaría con motivo del propósito que se le atribuía a Negrín de enviar a Indalecio Prieto de Embajador a México.

—Y por eso sí que no paso. Tanto más cuanto que él tampoco quiere. ¡Ah! Eso sí que no lo firmo. Que lo tomen por donde quieran. Pero quedarme yo sin él precisamente, de quien poder echar mano en un momento de apuro, como se va a presentar sin duda, *de ninguna manera*. Hasta ahí podíamos llegar.[1]

1. Véase *Memorias,* II, p. 392 del 9 de mayo de 1938.

Pero Negrín, más hábil y marrullero que ninguno de los tres, se abstuvo prudentemente —no bien tuvo noticia de lo que se preparaba— de presentar a la firma del Presidente de la República un nombramiento tan disparatado como aquél. Dejó pasar el tiempo. Y al cabo, encargó a Prieto una misión en Chile y México, que el desahuciado Ministro aceptó más gustoso que el Presidente, que veía así apartado de su consejo en cualquier eventualidad a quien tan necesario podía serle a él y a la República:

—Adiós, Prieto —parece que le dijo al despedirse—. Hasta que nos volvamos a encontrar... donde sea.

Prieto entonces no creía, no obstante su pesimismo en punto al final de la campaña, que no había de tener tiempo ni de volver siquiera a Barcelona. Como así fue. Regresó a París como digo estando nosotros ya en «La Prasle». No se alargó a vernos. Quizá por considerarlo indiscreto, en aquellos momentos en que tan notoriamente apartado quería mostrarse el ex Presidente de la menor ingerencia en la liquidación política de la República. Antes de la llegada de Prieto a París me parece —pero no estoy seguro— que se había reunido allí la Comisión Permanente de las Cortes.

En aquella reunión, y sin que nadie protestase en contra, la *Pasionaria* había atribuido sin más la pérdida de nuestra guerra a la defección del Presidente de la República.

—Después de todo la *Pasionaria* está en su papel. (Más de una vez me había hablado con elogio de aquella mujer, pese a la poca simpatía que solían inspirarle las viragos políticas.) Negrín, que ha asentido a semejante afirmación, ya no es justificable que se atreva a decir tal cosa. Pero ¿y nuestros amigos? Allí estaban con otros menos significados, Carlos Esplá y Fernández Clérigo, Vicepresidente de las Cortes. Y nadie, absolutamente nadie, ha dicho nada.

No podía manifestar su agravio más que con un desdén absoluto para cuanto, en su ausencia e indefenso, pudieran atribuirle sus enemigos y permitir, cobardemente indiferentes, los que le debían amistad. Luego se produjo la ruptura definitiva entre Negrín y Prieto. La referencia que de lo sucedido tenía el ex Presidente, era, sobre poco más o menos esta:

—Indalecio Prieto había sido anteriormente encargado por Negrín de depositar en México las alhajas y el dinero que constituían la carga famosa del *Vita,* barco fletado a expensas del Gobierno español y que el Presidente mexicano, que lo era el general Cárdenas, había accedido,

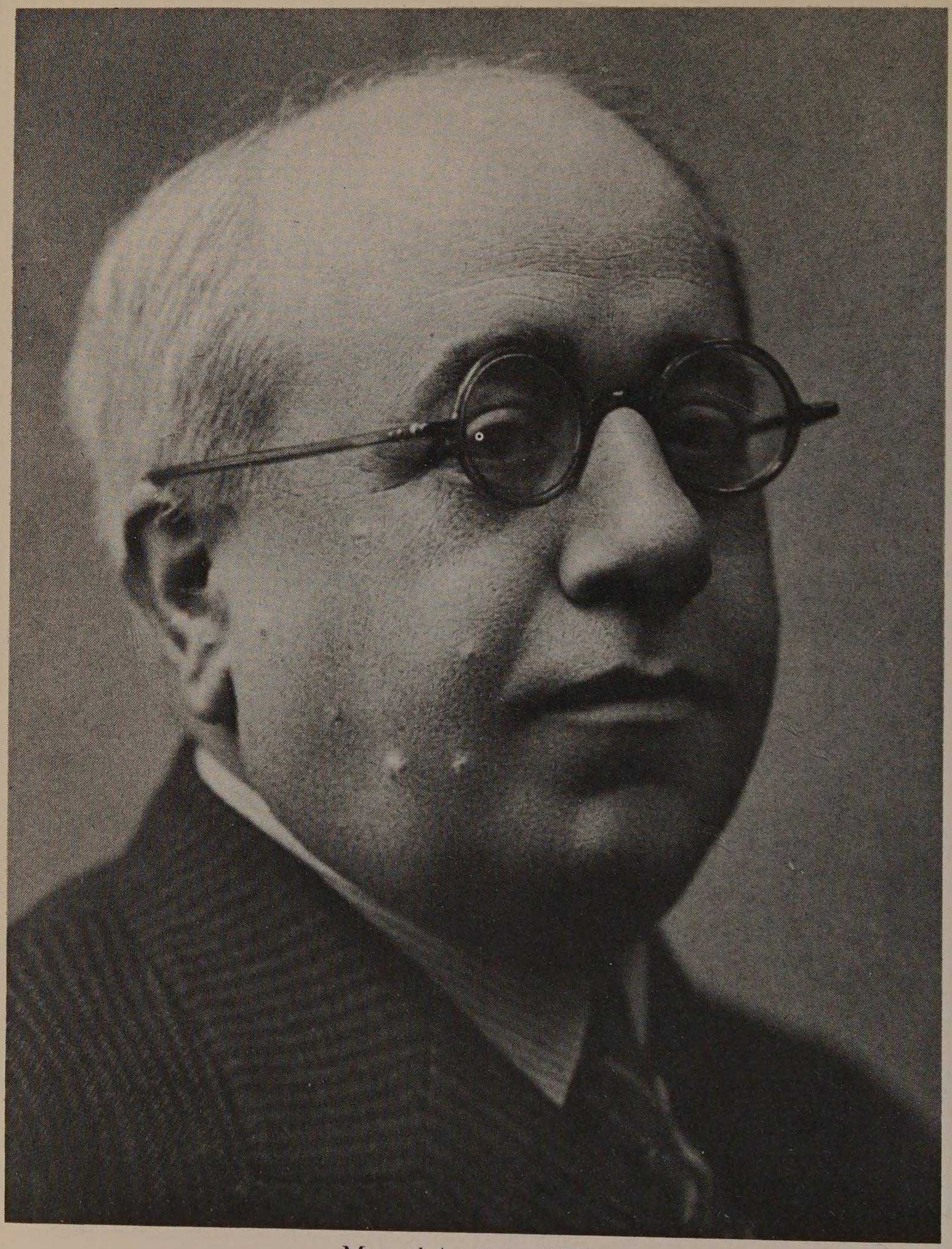
directamente con Prieto, a recibir eximiendo aquellos valores y efectos del oneroso pago de aduanas.

La noticia del desastre de la República sorprendió a Prieto en Norteamérica de regreso de Chile. Allí le hizo entrega nuestro Embajador Fernando de los Ríos, de un dinero que le había sido devuelto, del precio de un armamento, aéreo me parece, adquirido por el Gobierno español en los Estados Unidos y que al no ser entregado por cesación de las hostilidades militares en nuestra guerra civil, invalidaba la compra. Parece ser que Fernando de los Ríos hizo la entrega de aquel dinero para que Prieto lo transmitiera a su vez a la Comisión Permanente de las Cortes Españolas. Ahora bien, cuando quiso cumplir el encargo, suscitando por otra parte la cuestión capital del oro depositado en el extranjero por el Gobierno de la República con el fin principal de atender a las necesidades de los desterrados, Negrín sostuvo el criterio de que el Gobierno era él, y que a él le tocaba, pues, administrar aquel tesoro nacional, administración de que daría cuenta a las Cortes cuando la República fuera restaurada. Entendimos saber después que el propio Negrín se avenía a constituir una Junta o Comisión administrativa de los fondos susodichos, de la que formaban parte Prieto y él. Prieto, por el contrario, opinaba en favor de una Comisión, en que no habían de sentarse Negrín ni él. En fin, el caso fue que no hubo manera de ponerse de acuerdo. Y así se constituyeron en París dos juntas dispares, el SERE («Servicio de Emigración de Refugiados Españoles») o cosa por el orden; y la JARE («Junta de Ayuda a los Republicanos Españoles»). Era lo peor que pudiera hacerse y las consecuencias se tocaron desde luego; trascendió la discusión, dividiéndose nuestros correligionarios del Frente Popular en tantos grupos como tendencias personales de sus jefes en las respectivas organizaciones; corrieron por los campos de concentración propagandas contrarias en sendos folletos de escándalo. Todo ello a beneficio de nuestros vencedores y en desprestigio de cuantos habíamos salido de España, rehuyendo la bárbara reacción enemiga.

Atribulaba al ex Presidente, más aún que el de la vista material de los regateados refugios y los campos inhumanos, el espectáculo, mucho más desmoralizador, de nuestra incapacidad aparente para la simple vida en común; que el español anárquico no parece propicio a las más elementales normas de la convivencia.[2]

2. «Lo que me ha dado un hachazo terrible, en lo más profundo de mi intimidad es, con motivo de la guerra, haber descubierto la falta de solidaridad nacional.» (*Memorias,* II, p. 281, del 15 de septiembre de 1937.)

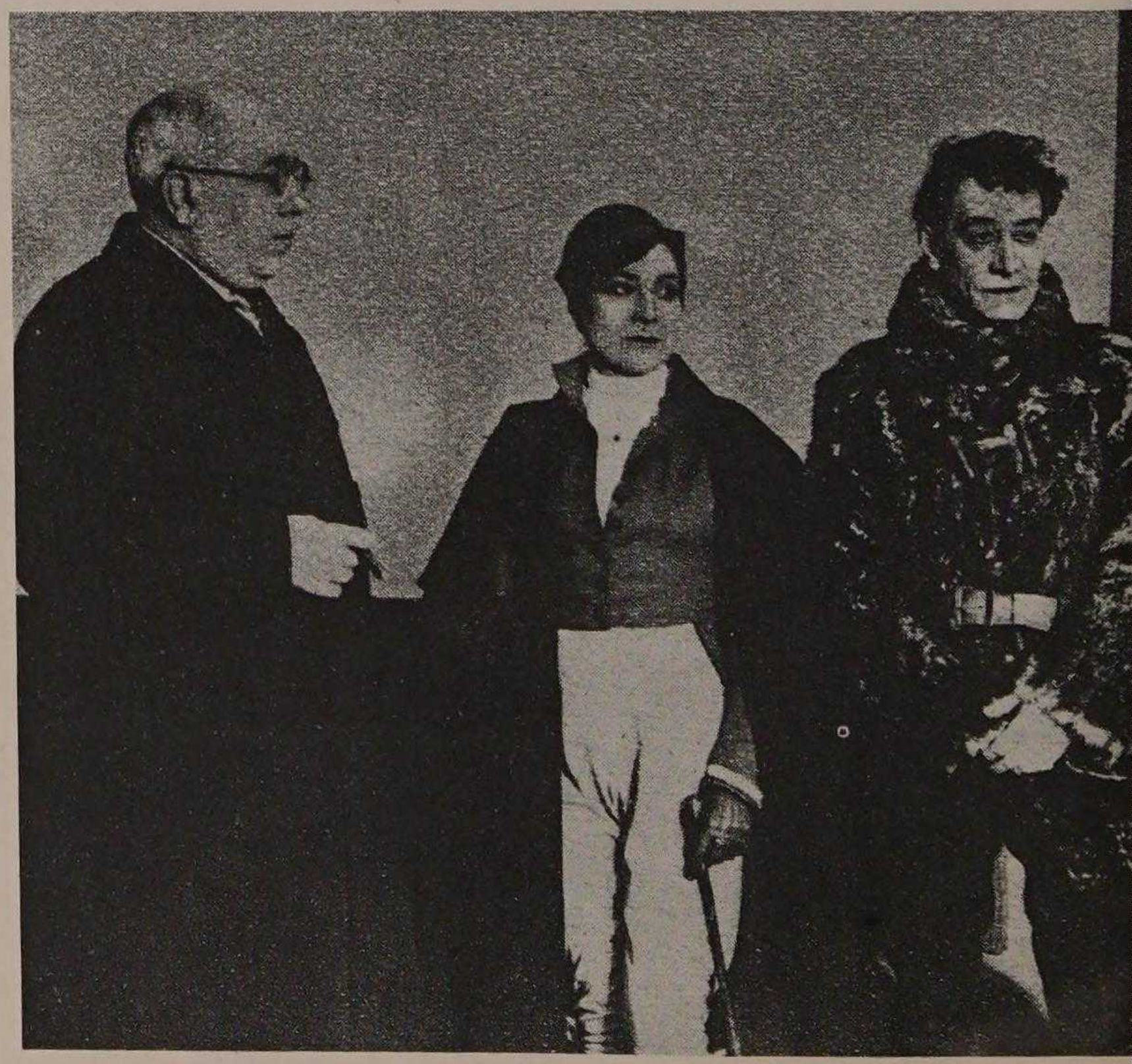
Manuel Azaña y Francesc Macià, presidentes de la República española y de la Generalitat de Catalunya, respectivamente, asisten al desfile de las tropas que rindieron honores a ambos jefes de gobierno a su llegada a Gerona para hacer entrega de sus históricos baluartes a la inmortal ciudad (foto Sagarra en «La Vanguardia» de Barcelona, 22 diciembre 1932).



Manuel Azaña en 1933.

Dolores de Rivas Cherif en 1933.

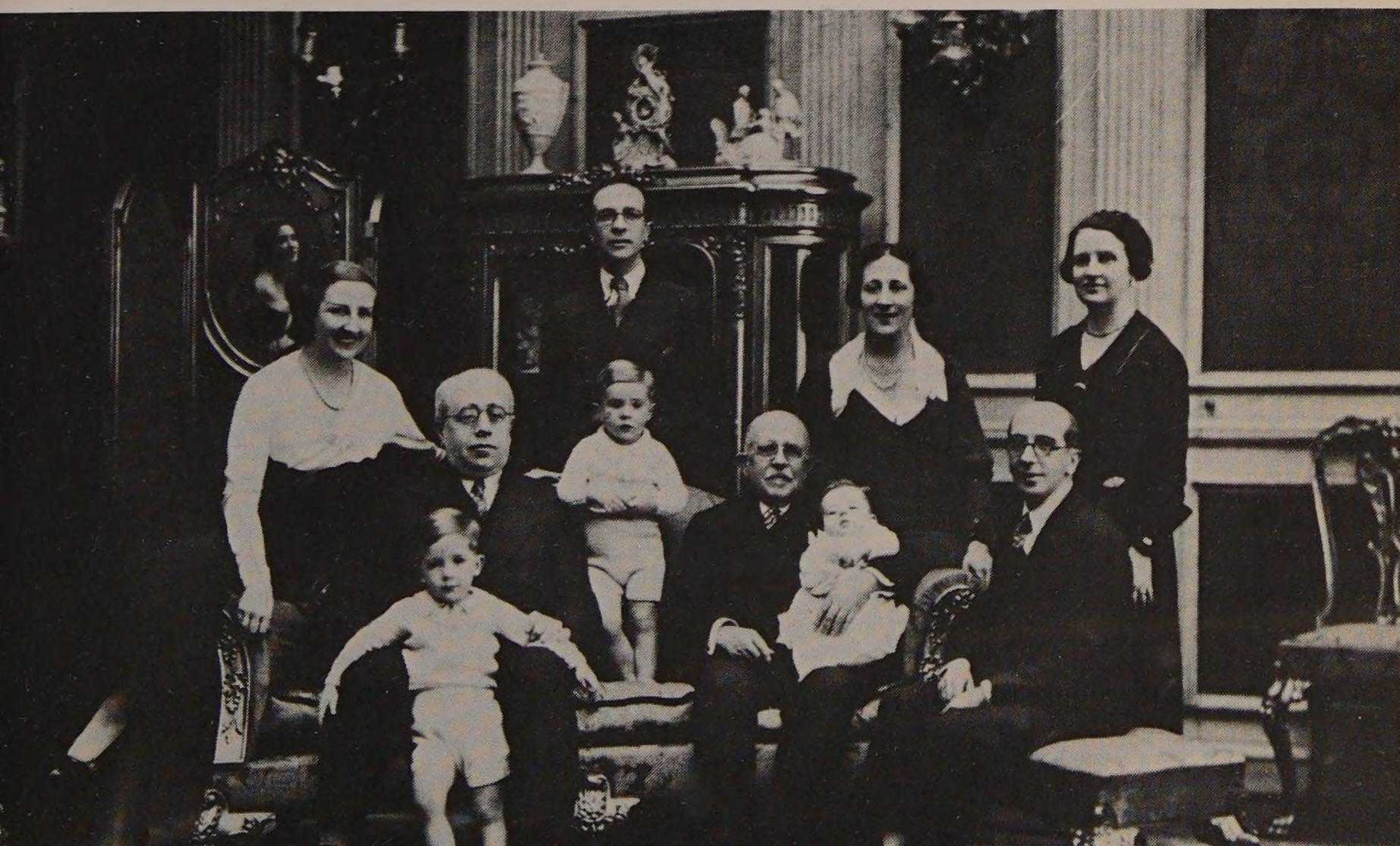
El jefe del gobierno durante un discurso en la Plaza de Toros de Bilbao. En él sostuvo que la coalición de las oposiciones no puede producir en ningún caso el quebrantamiento del gobierno...



El jefe del gobierno, don Manuel Azaña, con los ilustres actores Margarita Xirgu y Alfonso Muñoz, al terminar la primera representación de «La Corona», obra de Azaña acogida con ferviente aplauso por el público de Madrid.

Manuel Azaña en El Escorial (1932).

Madrid, principios de 1933. De izquierda a derecha: Dolores de Rivas Cherif, Manuel Azaña y el niño José Ramón de Rivas, Enrique de Rivas, Mateo de Rivas Cuadrillero, Carmen Ibáñez de Rivas Cherif y Manuel de Rivas Cherif. De pie, en el centro, Cipriano de Rivas Cherif, y, a la derecha, Adelaida de Rivas Cherif.



23 de julio

EL DIPUTADO A CORTES
POR
BILBAO

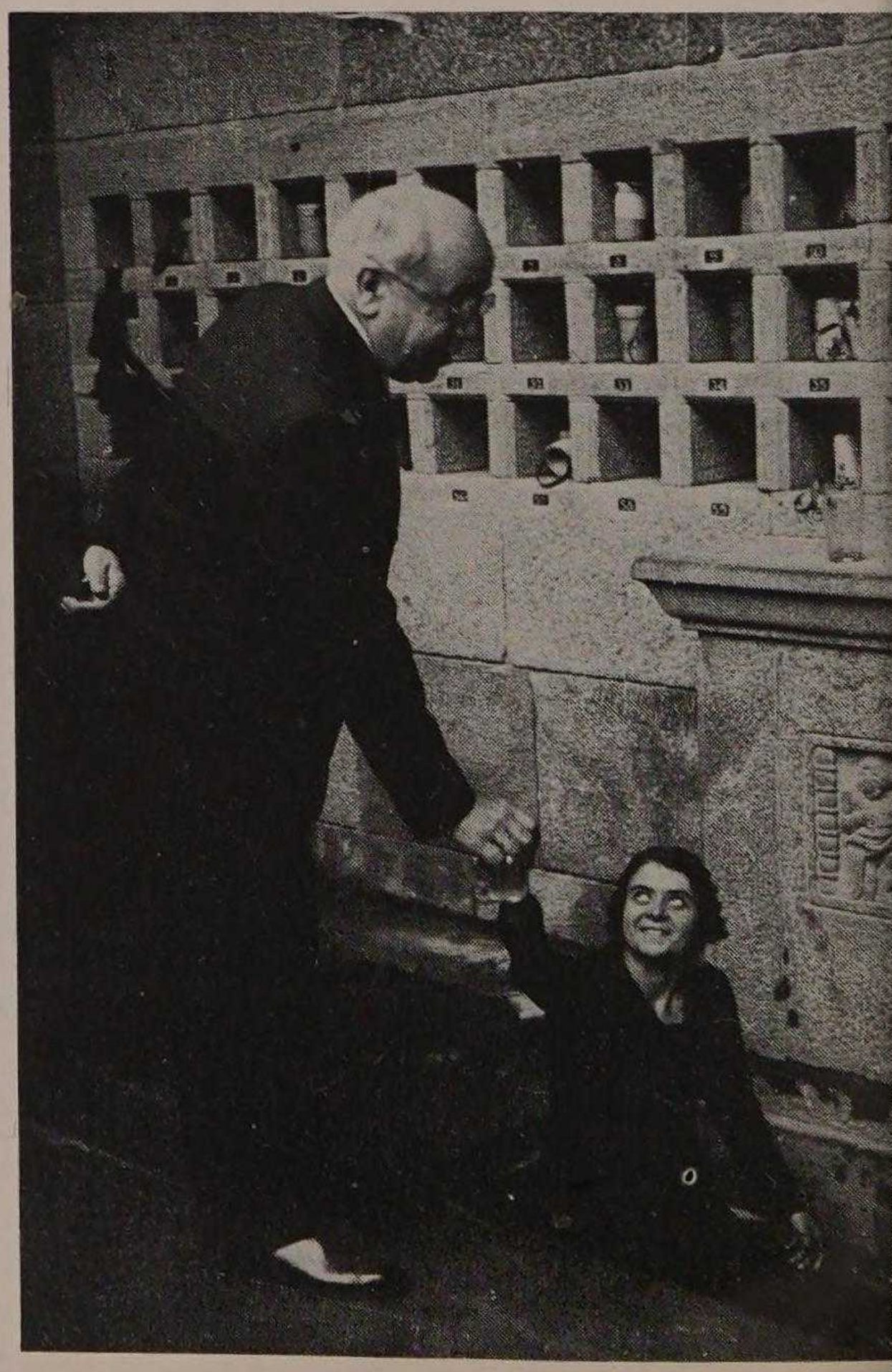
Querido Cipriano: sí; probablemente nos iremos ahora a San Hilario, y después al cuerno, no de oro, sino de asta purísima. Todo por su orden. He pedido informes de San Hilario, porque de este personaje no sé más que esto: "Ciento y veinte años vivió el glorioso San Hilario y cada año le creció un palmo el escapulario". Antes de ir a catalanizarme los riñones (pienso hacer esta frase en la rambla), he preguntado a Don Hipólito, hidrólogo republicano, qué sabe de aquellas aguas. Están en opinión de salutíferas para los que padecemos empedernimiento de las entrañas. Hoy escribo al balneario, y si todo marcha bien, nos iríamos el sábado. En aquel apartamiento meditaré a donde vamos después. En quince días, bien puedo formar una resolución. Mas tiempo ha estado nuestro amigo Bernardo, pues meditando sobre la situación política para acabar adhiriéndose (¡y tanto!) a Martínez Barrio, aquí nos ha contado un suelto oficioso del Liberal. No sé si cuajará lo de

Carta autógrafa de Azaña a Rivas Cherif (23 julio 1934).

Palma (ya te avisaría), o un pequeño tour por el extranjero, o... nos volvemos a Madrid. Después de todo, ya hemos echado fuera el verano; no me lo negarás... A continuación vendrá lo de irse al cuerno, a no ser que los sucesos se precipiten. En efecto: nos reunimos el día 14, como te dije, tres insignes republicanos, tres socialistas (entre ellos Don Paco) y Hulú. Después de explicarles mis propósitos y de invitarles a la acción común, Don Paco nos dijo sencillamente que habían acudido a la cita por cortesía, pareciéndoles mal darnos una negativa por carta; pero que un comité (el del Partido y el de la U.G.T.) habían acordado no colaborar con los republicanos, ni para la paz ni para la guerra, porque ellos van a hacer solos la revolución, implantando, con un gobierno socialista, no el programa marxista, sino una serie de reformas audaces, de las que solo es garantía su presencia exclusiva en el Poder. Hulú habló a continuación, ofreciendo todo apoyo para una acción común. No sirvió de nada. Luego nos dijo que su conversación con nosotros les perjudicaría moral y materialmente, si fuese conocida. No lo hemos publicado porque estaba Hulú presente, y dejaríamos a la generalidad en mala postura. Nos separamos sin reñir, gracias a mi paciencia. De modo que por este lado, nada. Torpeza, pedantería; ¡Talento político! Cero. El periódico de las juventudes socialistas dice en su último número

Continuación de la misma carta.

En Sant Hilari, con su esposa (julio de 1934). «Finando julio vine a Cataluña en demanda de ciertas aguas para descansar y curarme.» (*Mi rebelión en Barcelona*, *O.C.* III, p. 35).



Sant Hilari, 1934. «Antes de ir a catalanizarme los riñones....» (carta de 23 julio 1934).

Prieto le había insinuado su deseo de que fuera a París a efecto de la susodicha Comisión de las Cortes:

—Ya le he dicho —me repetía a mí— que creo que en la polémica con Negrín, es él (Prieto) quien tiene toda la razón; pero yo no puedo de ninguna manera y pase lo que pase, después de dimitir, con el cargo presidencial, toda responsabilidad, prestarme a presidir una tan fundamental discrepancia.

Y se encerró en sí mismo, atento no más —lo que me interesaba muchísimo compensándome de tantas amarguras y pesadumbres— a concluir las *Memorias políticas y de guerra* y dar cima a la traducción de *La velada de Benicarló,* que hacía nuestro buen amigo Jean Camp, colaborador con Jan Cassou en la versión francesa de *La Corona.*[3]

La casa de «La Prasle», que se nos hacían comodísima a mi mujer y a mí con sólo los niños, que juzgábamos suficiente para la interinidad, en todo caso, del acomodo de mi cuñado, nos resultaba harto estrecha para tantos huéspedes como habíamos acabado por meternos en ella; pues aparte mi hermano, con su mujer y el pequeño José Manuel, mi hermana soltera, el comandante Parra, a quien el ex Presidente no quería permitir que se separara de nosotros hasta tanto que tuviera colocación o salida decorosa, y Santos Martínez, eran en la cocina, o formaban en el séquito familiar de la servidumbre, hasta treinta o treinta y dos personas, entre criadas, ayuda de cámara y chóferes, que iban saliendo después paulatinamente en la medida que nos era posible recomendarlos para la marcha lo más inmediata posible, rumbo a América.

Mi hermano inició la suya a México, sin otro asidero para su mujer y el niño con él, que la colocación a la llegada en la llamada *Casa de España en México* que el gobierno mexicano había arbitrado poco antes de terminada nuestra guerra, para alivio precisamente de los refugiados españoles de cierta categoría intelectual. En Francia no había que pensar en la posibilidad de que pudiera dedicarse al ejercicio de la medicina en su especialidad de oculista, que era lo que a México le llevaba. Mis hermanas hubieran querido retrasar su marcha, y mi mujer adelantar la que proyectábamos nosotros emprender —yo a decir verdad mucho menos decidido que ella; porque veía el poco gusto de mi cuñado en apartarse mucho de España—. A la que, por lo demás y con harto motivo, no pensaba volver. Pero sin gana ninguna de irse a

3. La versión francesa de *La Corona* no se llegó a publicar.

México, donde veía agudizado, aunque todavía sin otro motivo que el de su previsión natural, el problema capitalísimo de las diferencias —irreductibles, por más personales que otra cosa precisamente, entre nuestros compatriotas emigrados—, tenía puesta la intención de permanecer en Francia e incluso en afincar empleando con ello el dinero de que disponía, no tanto a la verdad, ni mucho menos, como para sostener a todo el familión inactivo que le rodeaba.

Su hermana y su cuñado enfermo con sus cinco sobrinas y sus dos sobrinos nietos, habíanse trasladado del Boulou a Montpellier, donde fue a visitarlos con su mujer una vez instalados. Volvió malhumorado y deprimido. Le dolía el ver a los suyos sometidos a privaciones, o incomodidades cuando menos, que él remediaba con subvenir a cuanto pudieran necesitar sin excesos superfluos; y en aquella obligación que de atenderlos se había impuesto, ponía el mayor obstáculo para la posibilidad de nuestro viaje a América, en que mi hermana, escarmentada en cabeza propia de la fortuna —favorable o adversa—, mostraba vivísimo empeño.

No conseguí que se interesara poco ni mucho por ver Suiza. Una vez creo, no más, logré que se aviniese a dar una vuelta entera al lago Leman. La naturaleza, a que era tan aficionado, nada le decía con su novedad alpina. Tardó incluso en querer salir a pasear a pie de nuevo, como en sus buenos tiempos conmigo.

El general Menéndez había pasado, en los últimos días de la resistencia española, de Valencia a Marsella y de allí, sin posibilidad de detenerse en el obligado tránsito por Francia hasta Inglaterra, donde con pocos españoles más, repartidos en casas particulares, pasaban menos mal aquellos primeros tiempos del destierro. Mi cuñado pudo obtener para él un permiso que le autorizara a trasladarse a nuestra casa de Collonges, en espera de que su mujer y sus hijas pudieran salir de España y reunida la familia, pasar a América, como consiguieron hacer al cabo de unos meses. La llegada de Leopoldo Menéndez renovó en el ex Presidente el deseo de conocer los verdaderos términos de la cuestión suscitada por la última Junta de Defensa de Madrid a que había correspondido el sino fatal de rendir la República a sus enemigos. No varió por la referencia de nuestro amigo el general la opinión de mi cuñado, respecto a los sucesos políticos que habían dado fin a la guerra de España. Antes por el contrario se afirmó en la que ya tenía respecto a la ineficacia e improcedencia de aquella reacción tardía.

Según Menéndez, él se había enterado oficialmente del movimiento

después de haberlo oído por la radio el mismo cinco de marzo por la comunicación telefónica que le hizo el propio coronel Casado y de que dio cuenta inmediata.

El general se sorprendió al ver que el ex Presidente —cuya opinión conocía muy bien acerca de la necesidad de haber transigido la guerra, una vez que vio, antes de perdida, que no se podía ganar —no aprobaba en modo alguno la resolución de Casado, militar sublevado a su vez contra el Gobierno, y mucho menos la de Besteiro, hasta pocos meses antes reacio a toda insinuación del Presidente a la legítima participación de la responsabilidad del Poder. Como siempre, la argumentación de mi hermano político era tan irrebatible por lo clara y elocuente en la simplicidad de la conversación amistosa.

Otras cosas contó de sus hechos de guerra, que al ex Presidente le movían a pedirle, como solía hacerlo con Parra, que escribiera aquellos recuerdos. Comentaba luego conmigo la respuesta que le daban: «No tenemos datos»; como si él quisiera de ellos una relación técnica de la campaña, mucho menos importante a su juicio que la crónica viva, con que hacer en tiempos venideros la historia, transparente en aquellos relatos informes, al azar anecdótico de la conversación.

Entrado que era ya el verano, y aunque fresco y harto entreverado de lluvias, recobró un tanto su hábito de pasear a pie, cada vez con menos gusto por el coche, que le cansaba y no le permitía tanta compañía como quisiera en sus paseos con no llevar siquiera más que la nuestra. No teníamos ya más que el «Ford» —regalo de sus amigos cinco años antes y que yo había utilizado para mí en Ginebra—, una vez que consiguió deshacerse dignamente de los dos magníficos coches oficiales, el «Hispano-Suiza» y el «Mercedes» que con nosotros habían salido de España. Supo que se estaba malbaratando el sinnúmero de autos y camiones que habían pasado la frontera y esperó a que se resolviera la situación de los primeros días, cuando agotados los permisos de introducción en Francia, a efectos del puro tránsito y sin pago de los derechos de aduana, era menester pagarlos elevadísimos o hacer dejación de los coches al Estado francés. Ésta fue la decisión adoptada por el ex Presidente y así se lo comuniqué de su parte al Subprefecto de la Alta Saboya, quien por encargo a su vez de su superior jerárquico y previa consulta, sin duda, con el Ministro de Finanzas y probablemente con el Jefe del Gobierno, dio aviso al cónsul de España en Lyon para que fuera a hacerse cargo de aquellos dos magníficos automóviles. De esa manera, volvieron o debieron volver, a las autoridades españolas el

«Mercedes» y el «Hispano» presidenciales, previo recibo que el Subprefecto me dio de su entrega, que asimismo exigió del cónsul español. Ni más ni menos que con las obras maestras del Prado, salvadas de los atroces bombardeos y el vandalismo de la terrible victoria cainita de los «nacionales» y entregados en perfecto estado de conservación a la Sociedad de Naciones, que con no mucho gusto del nuevo Gobierno de España, hizo con ellas una importantísima exposición habilitando todas las salas del Museo de Ginebra. De esa manera, no la hubo de que pudiera nadie aducir con falsedad que los cuadros, que nunca mejor pudiéramos decir imperecederos, de Velázquez y Goya, de Tiziano y de Rubens, habían padecido en mano de los *rojos*.

Uno sólo no quisieron exponer, el de los fusilamientos del 3 de mayo, según la versión oficiosa, por no suscitar en el Gobierno francés un sentimiento de molestia, dado ese espíritu antinapoleónico con que el Sordo magnífico lo pintó. Patraña ridícula. La pintura en cuestión no se expuso, ya lo he dicho, porque no se echara de ver la restauración del lienzo a causa del daño sufrido a consecuencia de un bombardeo.

Aunque M. Gielly, director del Museo ginebrino, que con su señora había ido a saludar al ex Presidente y acompañarle anteriormente a visitar aquella galería, le invitó por manera muy especial a ver la exposición española, ni él ni ninguno de los de casa quisimos ir en competencia con Alfonso XIII.

Ya he dicho que el ex Presidente permaneció retraído de toda frecuencia mundana. Correspondió amablemente a la atención de Guglielmo Ferrero, yendo a visitarle en su casa de Ginebra, y accedió a cenar una noche en casa del abogado italiano, Reale, que quiso sentar a su mesa con él a dos catedráticos franceses amigos suyos. Alguna que otra vez fuimos a casa de A. Prato en Annemasse y a comer dos o tres veces con el delegado mexicano Fabela. De ordinario, seguíamos haciendo estricta vida familiar, en que constituía un verdadero regalo para todos la lectura de sus *Memorias* y de *La velada en Benicarló*.

En nuestros paseos por las tardes, con Santos Martínez, Menéndez y Parra, discutía sobre sucesos próximos o remotos con la clarividencia de siempre. Recuerdo sobre todo el triste comentario que hizo un día en que yendo, como solíamos, por aquel campo, de cuya vista sobremanera apacible ya empezaba a gustar con más sosiego, como hablásemos a la vista de los bueyes y caballotes con que se hacen allí todas las labores, vinimos a dar en la cuestión de la conveniencia o no de emplear, como se acostumbra con preferencia en España, el ganado mular. Y el

corolario, trascendente de la agricultura al orden más propiamente social y político fue que, exaltándose como no lo hacía de mucho tiempo atrás, concluyó deduciendo del razonamiento de su experiencia que en España las gentes eran como las mulas también, irreductibles si no era por el palo en la cabeza, pero doblegadas después al trabajo más rudo en la tierra más ingrata.

Tan penosa impresión les hizo a los dos fieles militares, callados sin réplica que oponer, que tuve que decirles luego una vez más, por si no lo sabían bastante, que aquella reacción un tanto brusca del ex Presidente, no significaba menosprecio ni desdén, sino indignación compasiva por el desventurado pueblo español, del que abominaba en ocasiones como aquella con toda la pasión, verdaderamente amorosa, de quien desespera del objeto amado.

Otra tarde, por explicarle a Parra, que un tanto a la ligera, aunque fuera justo su desdén, había hablado de los franceses malamente, diciendo que también allí estábamos rodeados de «fascistas», hizo una exposición tan evidente de lo que era y significaba la República francesa desde el «o someterse o dimitir» de Gambetta al Presidente MacMahon, hasta la reelección de M. Lebrun que por aquellos días tuvo lugar, que de haber tenido un taquígrafo a mano, el texto de aquella digresión amenísima constituyera una lección impagable de historia contemporánea. En España había fracasado la República, porque no había gente con el suficiente espíritu republicano, para haberse unido frente a don Niceto al disolver éste las Cortes Constituyentes. De haberse presentado al sufragio popular los mismos candidatos anteriores, bajo el signo de la misma coalición republicano-socialista de la primera hora, Alcalá Zamora, como MacMahon, hubiera tenido que someterse o dimitir, sin esperar, tarde y con el mayor de los daños, a tres años después.

No en vano repetía la histórica frase de don Amadeo de Saboya al dejar el trono de España: «*Questo è un paese ingovernabile*».

Entrado agosto recibimos la visita de nuestro buen amigo Carlos Montilla, que casado en segundas nupcias durante la guerra, y después de representar a la República en Belgrado y en La Habana, había regresado de América a Francia con el empeño, entre otras cosas, de saludar al ex Presidente. Amparábase principalmente para solicitar verle en el pretexto, gustosísimo motivo que fue luego —para nosotros—, de presentarnos a su mujer, encantadora dama de aristocrático linaje por bisnieta del ilustre Duque de Rivas. Tenía mi cuñado con él un cierto resquemor que ya no había querido disimular y de que venía a sincerar-

se sin rebozos ni eufemismos. El ex Presidente tenía de él una queja algo desvanecida; la de que habiendo sido —contrariamente a su parecer— Presidente de la Junta del Tesoro Artístico, nutrido muy principalmente durante los primeros meses de la guerra civil española, de las incautaciones de la propiedad privada, y habiéndose jactado, con notoria burla periodística, de poner en la picota de unas punzantes «Notas de Sociedad» a cuantos republicanos huían más o menos descaradamente de la contienda y de cualquier obligada responsabilidad que pudiera incumbirles, después aceptó un puesto diplomático en el extranjero, para donde salió sin despedirse siquiera del Presidente, su amigo tan particular, que había firmado el nombramiento.

La exuberancia cordial de Montilla era irresistible, y mi cuñado se rindió aun antes de verle de nuevo y sin que tuviera necesidad de referirle lo que, con gran elegancia de espíritu, no le contó de primeras y que sólo mucho después supimos, del trato disparatado de que había sido víctima, hasta un punto que a poco no lo cuenta, por parte de los famosos «incontrolados», en funciones, más o menos legalizadas, de policías. Su mujer había sufrido asimismo en los primeros días, en unión de un hijo de su primer matrimonio, no pocas vejaciones y molestias, viéndose tildados de «fascistas» por el hecho de pertenecer de nombre a una clase social que los consideraba traidores al no verlos sumados a la insurrección contra la República.

Vino el matrimonio a pasar un día entero con nosotros en «La Prasle» y desde entonces la simpatiquísima discreción y finísimo trato de Conchita Ximénez de Sandoval nos ganaron a todos por la buena gracia, la donosura, el tino exquisito, amén de una belleza a punto del primer albor del otoño, que habían conquistado al bueno de Montilla. El cual se nos mostró más expansivo que nunca y más rotundamente navarro que en sus mejores tiempos de ferviente partidario del Presidente de Acción Republicana, a quien siempre había pertenecido. Yo, además, le estaba especialmente agradecido con mi mujer por el trato deferentísimo que había concedido a mi suegra, llevándola a Belgrado con mi cuñado Diego de Mesa, a quien tuvo de Secretario en la Legación hasta que juntamente con su hijastro vino a España a cumplir sus deberes militares.

Pero en la conversación necesariamente política a vuelta de las demás incidencias amistosas de aquel encuentro, tan *ex abundantia cordis* se produjo nuestro amigo, que suscitó la respuesta, exaltada primero, irritada luego hasta la intemperancia incluso, del ex Presidente, movido

a defenderse con violencia de la imputación que Montilla le hacía, en punto a si se había inhibido o no de alguna de las muchas responsabilidades que le incumbían como tal Presidente, en orden a la dirección política de la guerra y, más concretamente, al Gobierno del país durante la contienda tan desastrosamente acabada para nosotros.[4]

Montilla era tan amigo y admirador de Prieto, que sólo a mi cuñado rehuía la primacía en su admiración y en su amistad. Mal enterado, por su ausencia de España, del curso real y verdadero de unos sucesos no siempre transparentes a la comprensión pública, culpaba pura y simplemente a la malquerencia del correligionario político, de las fallas propias a que debía su fracaso con el de la República, el famoso ex Ministro socialista. El ex Presidente creyó entender en la lamentación de nuestro amigo Montilla en favor de Indalecio Prieto, un sí es no es de censura a su actitud presidencial, en que, atenido rigurosamente a las normas elementales del Régimen, se había mostrado fiel intérprete de una voluntad nacional que sólo por la manifestación del sufragio, traducida en los representantes en Cortes del sentimiento popular, podía declararse.

El ex Presidente, como digo, rebatió las insinuaciones de Montilla arremetiendo contra Prieto, a quien culpaba, no ya como a Negrín y los comunistas de haber perdido la guerra por su «pesimismo» desmoralizador, cosa que en modo alguno podía ser cierta, sino por la irresolución con que se rindió al veto insensato de sus compañeros socialistas, cuando recién elegido mi cuñado Presidente de la República quiso encargarle del Poder.

En ese punto la argumentación del ex Presidente no tenía vuelta de hoja y antes y después de aquella circunstancia, me la expresó reiteradamente, de modo que no puedo dudar un punto al transcribir una opinión que trasciende los límites de la simple crónica para sentar doctrina incontrovertible de buena política republicana. Según la cual, si bien no era cierto, como había propalado la malevolencia de Araquistáin, pongamos por amigo, que hubiera pacto alguno expreso entre Prieto y mi cuñado cuando el líder socialista propugnó la candidatura de éste para Presidente de la República, de ninguna manera hubiera aceptado

4. Compárese con lo que Azaña le escribe a don Roberto Escribano el 25 de enero de 1940: «... Pero no conozco a nadie que por su conducta, por sus opiniones sagacísimas, o por sus aciertos, tenga autoridad para reprocharme un desfallecimiento o una defectuosa comprensión de mis obligaciones...» (*O.C.*, III, p. 559).

mi cuñado semejante responsabilidad si no creyera que aquél se avendría a presidir, con el Gobierno, la necesaria unión republicano-socialista. Prieto, Presidente del Consejo, acaso no hubiera podido evitar la guerra; es más, quizá la provocara; pero con ello la habría estrangulado al nacer.

Cierto, sí, que el Frente Popular había demostrado su incapacidad de gobierno en los pocos meses que mediaron de las elecciones triunfales de febrero a la elección presidencial de mayo del 36. De no haber precipitado con terrible culpa los acontecimientos, las mismas gentes que diciéndose defensores del orden social nos llevaron al caos revolucionario de la guerra, era seguro que las derechas parlamentarias hubieran participado legítimamente del Poder, sin necesidad de recurrir, como en los ominosos tiempos de la regencia de don Niceto, a disolver las Cortes; antes bien, y por lo mismo que era pequeña de diferencia numérica de uno y otro bloque antagónico en el Parlamento, hubiera podido intentarse más de un Gabinete integrado por coaliciones circunstanciales que, rompiendo la rigidez de las alianzas de los respectivos grupos de izquierdas y derechas, dieran paso legítimo al Poder a los representantes de una política necesariamente transigida entre los opuestos polos de la vida nacional. En entender del ex Presidente ningún hombre mejor que Prieto, a quien ningún principio impedía, con o sin título de tal, presidir un Gobierno republicano substantivo que no excluye la adjetivación socialista, podía haber encauzado las opiniones contrarias manifiestas en las Cortes ni reducirlas a un común denominador netamente español, por lo mismo que las derechas, faltas de una dirección máxima, le temían y le admiraban. Prieto se había atenido mezquinamente a un concepto estrecho de disciplina partidista, imposible luego de ensanchar cuando la guerra rompió los cauces de la convivencia nacional, siempre difícil entre los españoles.

Y así como rehuía la máxima responsabilidad en el pasado reciente, con no menos ímpetu rechazaba toda responsabilidad de reintegración suya a la política en un futuro más o menos próximo, como Montilla se empeñaba en vaticinar. No creía en semejante posibilidad por mucho tiempo. España había retrocedido a los tiempos más negros de la reacción fernandina y era inútil creer en la restauración de la República constitucional. Él desde luego no tenía nada que hacer y con él ninguno de sus colaboradores. ¡Ah pero si, lo que no era previsible, ni mucho menos probable, un mal día se le ocurriera a nadie solicitarle de nuevo, él se asomaría a la frontera de los Pirineos para gritarle: «¡Imbécil!».

Era harto pronto para que su indignación, rebosante la copa del dolor, se evaporase templando la cargada atmósfera de las discusiones candentes. Montilla no podía medir aún la hondura del estrago que en el ánimo de nuestro amigo había producido el horror sin medida de nuestra guerra.[5] Así, cuanto más quería animarlo con oponer a sus razonamientos o a su exaltada protesta, un optimismo irreductible, más y más se le alborotaba el genio, hasta entonces adormecido por la pesadumbre de la reflexión inteligente.

A los pocos días de la visita de los Montilla, mi mujer, aquejada súbitamente de gravísima apendicitis, tuvo que ser operada a vida o muerte en una clínica de Ginebra. Con ello, volcóse en puro sentimiento familiar la angustia en que vivíamos y una vez más comprobé, en la apasionada compañía con que participaba mi cuñado en tan grave congoja de mi ánimo, la inagotable generosidad del suyo.

Una vez que, salvado el peligro de aquella vida preciosa, que era una sola con la mía, nos reintegramos a la normalidad de los días corrientes, volvió el ex Presidente a la intención de tomar una casa mejor acondicionada que «La Prasle» a nuestras necesidades y sus gustos. Habíamos hecho a tal propósito unos cuantos viajes sin fruto, llegando en uno de ellos a las inmediaciones de Poitiers, donde se le ofrecía, en no malas condiciones, un verdadero palacio, siquiera fuese muy deteriorado, con amplísimo jardín, bosque y praderas hasta las márgenes del río, del que se entusiasmó más que mi hermana que veía en su aislamiento todas las desventajas de la costumbre hecha a la vida ciudadana. El administrador de las primeras muy solícito, volvióse atrás luego, creíamos entonces que al enterarse de la calidad del comprador, pues que empezaba a hacérsenos evidente lo que nunca hubiéramos sospechado en nuestra ingenua admiración por las cosas francesas: el fondo de reacción, avara de una comodidad nacional en pugna con la tradición liberal de la revolución, característico de los últimos veinticinco años en Francia. No podía compensarnos de tan palpable desengaño la simpática contrapartida que podía ofrecernos —ejemplo vivo del espíritu republicano que el ex Presidente había aprendido en el París de su juventud y en las buenas lecturas de Rousseau a la fecha— una vieja maestra retirada en Collonges y

5. Compárese con lo que escribe Azaña el 17 de junio de 1937, en ocasión de la visita de don Fernando de los Ríos: «Sentados al borde de un camino, se ven los campos, el pueblo, los pueblos, las muertes, las hambres, la inmensa desventura; una verdad me arrasa el alma: empujada por la barbarie, España rueda otra vez al abismo de su miseria (...).» (*Memorias,* II, p. 87.)

que al encontrarnos un día en la calle nos detuvo para saludarle con muy buena gracia: «Señor Presidente, permítame que lo salude y le dé las gracias por honrar con su presencia esta tierra de Francia. ¿Está usted contento en ella? Le acompaña, se lo aseguro, el corazón de todos los buenos franceses.» Era uno de los ejemplares que quedaban ya, sin embargo, de la última generación de «la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad» de la República francesa.

A vuelta de buscar más o menos por los alrededores y de escribir a unas cuantas agencias, el ex Presidente, volviendo de improviso sobre su propia opinión, dio en la idea de comprar «La Prasle». Su propietaria, mujer dispuesta y comerciante, con esa dosis de pedantería inherente a una buena burguesa que presume de parisiense venida a más, consiguió convencerle en el curso de una visita, de que hacía un excelente negocio con la compra, y a punto estuvo de firmar el contrato.

Pero se declaró la guerra tanto tiempo esperada, nos advirtió luego el Prefecto de la Alta Saboya de la conveniencia de que saliéramos de allí toda vez que en la inminencia de la declaración de la guerra de Italia y Francia y la invasión de Suiza por los alemanes, cosas ambas previstas en las posibilidades inmediatas del conflicto, se evacuaría toda la población civil de aquella zona, e interrumpiendo todo trato con la propietaria de «La Prasle», nos dispusimos al traslado. No era fácil, sin embargo, hallar casa que nos conviniera a las primeras de cambio. Hice dos viajes infructuosos a Limoges y a Gueret en cuyos alrededores encontré dos o tres caserones campestres, que no acababan de convenirnos; costábale trabajo al Presidente, como le había costado el hacerse a «La Prasle», el mudar otra vez de intención. Ya la tenía de poner en obra su afán de derribar y construir en aquel refugio de Collonges que tan duro se le hacía al principio. Pero era indudable que allí corríamos peligro de vernos desahuciados de la noche a la mañana.

La guerra, pese a lo mucho que la esperábamos —y ya, una vez perdidos nosotros, sin el tremendo aliciente de nuestra salvación—, nos había sorprendido. «*C'est la guerre!*», había entrado diciendo Carlitos, con repetir alegremente lo que acababa de oír en la calle en torno a los bandos fijados para conocimiento de los soldados de Francia. Contrariamente a 1914, los franceses habían recibido con gravedad que tomábamos a reflexión inteligente de experiencia, la orden de movilización. Hízose en efecto sin alharacas, sin himnos vibrantes, sin entusiasmo en fin de cuentas. Pero nosotros queríamos que aquellas señales no fueran las de la derrota.

La marcha fulminante de los alemanes sobre Polonia,[6] la toma de Varsovia a los pocos días de comenzada la lucha y sin apenas resistencia, nos hacía prorrumpir al coronel Parra, a mi hermana y a mí sobre todo, en entusiasta elogio póstumo de los madrileños heroicos año tras año. No nos rebatía el Presidente, más cauto, sin embargo, en el ditirambo ni el denuesto. Esperamos los primeros partes franceses y cuando pareció iniciarse un ataque contra la línea Sigfrido, partiendo de la Maginot, llegó a decir con profética nostalgia: «Vamos a ver si hacen la entrada clásica en Alemania, por el Palatinado». Se le tardaba el que los franceses declararan la guerra a los italianos y lanzándose a través de los Alpes abajo irrumpieran napoleónicamente en Austria, como se decía que era el plan previsto por el general Gamelin.

Una tarde en que luego de la visita, por entonces diaria, al dentista, en Annemasse, nos alargamos a ver a nuestor amigo A. Prato, comentó burla burlando con él, ante las noticias, cada vez más inquietantes, de la actitud de la URSS:

—Todavía vamos a ver otra vez a los rusos en Zurich. La historia se repite de muchas maneras.

Acertó en esto a escribirnos Montilla, que de París y en previsión de la guerra se había trasladado a Arcachon, diciéndonos que en las proximidades de su casa se alquilaba alguna otra que la parecía muy conveniente. Mi suegra y mis cuñadas no tuvieron tiempo de despedirse de otra suerte de nosotros, que en una carta anunciándonos su improvisado viaje a México.

El ex Presidente decidió un buen día que fuéramos él y yo a ver aquellas posibilidades de que nos hablaba Montilla. Corría, mediado ya, el mes de octubre.

XLVIII. El maleficio de Fresdeval

Fuimos, no en automóvil, que era difícil ya tener gasolina y permiso de circulación por las carreteras, sino en tren y sin coche-cama, suprimido también por aquellos días. Hubimos de hacer el trayecto en dos etapas, de la mañana al mediodía hasta Lyon, y desde allí, de la noche a la mañana, hasta Burdeos y Arcachon. En Lyon tuvimos tiempo sobrado para comer y pasarnos gran parte de la tarde, sentados en

6. Polonia capituló el 27 de septiembre de 1939.

la terraza de un café, donde era mucha la gente que al pasar le reconocía y le miraba con simpática curiosidad cuando menos, y las más veces con manifiesto respeto.

Al cabo de los años vínose a repetir en nuestro viaje nocturno una escena muy parecida a la de veinte años atrás en el tren de París a Estrasburgo. Como entonces, unos soldados irrumpieron en nuestro departamento, y si como entonces les dimos acomodo a nuestro lado en perjuicio de nuestra comodidad, no nos divertimos tanto ni mucho menos. Las circunstancias eran muy otras; en aquella ocasión lejana, los soldados y nosotros íbamos a celebrar la victoria, ellos montando la guardia en el Rin, nosotros asistiendo a la inauguración de la Universidad francesa en la capital de Alsacia. Ahora, los soldados se incorporaban a filas para ir a una guerra triste, de la que nosotros volvíamos ya, perdida nuestra batalla y sin que se nos diera, por parte de los nuevos combatientes, el trato que hubiéramos merecido, de hermanos de armas contra un enemigo común. Muy lejos de la simpática y locuaz camaradería del rústico soldado del año de la victoria, los que se nos entraron, con cierta insolencia hostil, por la portezuela del departamento, no nos prestaron atención apenas y cuando se dieron cuenta de que éramos españoles, aunque sin acertar con la calidad y condición del compañero de viaje, harto echamos de ver que participaban del sentimiento, muy generalizado en Francia por aquella época deplorable, de que éramos unos intrusos que íbamos poco menos que a vivir a costa de los franceses.

A la misma luz temprana de la mañana, sobre poco más o menos, de veinte años atrás, volví a sentir el estremecimiento del puente sobre el Garona a la entrada de Burdeos, de cuya estación no pasamos, sin tiempo más que para el traslado al corto de Arcachon, adonde llegamos a tiempo de desayunar todavía. Nos esperaba el hijastro mayor de Montilla con un agente de fincas urbanas. Decíanle muy afecto a nuestra causa que lamentaba ver perdida, como buen radical-socialista candidato a la concejalía en su circunscripción municipal. Nos llevó en su Citroën hasta casa de Montilla en Le Moulleau, uno de los poblados que bordean la carretera hasta las dunas famosas a diez kilómetros de Arcachon.

Con el matrimonio Montilla, recién levantado de la cama, fuimos en seguida a ver la casa que tenían vista y apalabrada para el ex Presidente y que no obstante conformarse en un todo a las indicaciones que les habíamos dado, luego comprendí que a mi cuñado le parecía insufi-

ciente. Después de comer con nuestros amigos fueron a tomar allí el café un compatriota nuestro y su mujer, Ministro él durante nuestra guerra en Ankara y de los pocos diplomáticos, procedente de la carrera consular, que habían permanecido enteramente fieles a la República. Ella se nos ofreció al punto para coadyuvar con la señora de Montilla y el agente, que tenía a su vez por eficacísima colaboradora a su mujer, a la busca de una casa, ya que en aquélla, apenas nos vio allí el administrador, se complicaron mucho más las cosas de lo que creíamos al ir a verla. Lo que desde luego nos encantó fue la suavidad del clima, el paisaje oloroso, la tranquilidad del ambiente, el reposo agradable que se respiraba por doquier, la limpia comodidad de las construcciones campestres, aisladas cada cual en jardines y jardinillos que daban al poblado un aspecto de rusticidad civilizada lo más atractiva. Dimos un corto paseo por la extensísima playa y después de cenar nos retiramos a descansar temprano, a unas habitaciones muy bien dispuestas que el agente y su mujer tenían para alquilar en su propia casa. En la de Montilla, justa para sus estrictas necesidades y las de sus tres hijos, no teníamos acomodo posible. Yendo como íbamos del invierno precoz de la Alta Saboya, blanqueada ya de las primeras nieves, la tibieza de aquel otoño, que en el cielo azul se espejaba quietamente en las aguas de la bahía, le llenó de contento el ánimo, contristado por el apartamiento más que por otra cosa. Muchas veces, en los inviernos despejadísimos de Madrid, echaba de menos las nieblas y encapotados cielos de París, y si ahora ponderaba la deliciosa blancura de Arcachon no me parecía a mí que era tanto por el aire y la luz como por la compañía de amigos con quienes hablar. Locuacísimo estuvo aquel primer día y cuantos allí permanecimos, como no había vuelto a estarlo desde que salimos de España ocho meses antes. Y por cierto que era cosa curiosa y que más de una vez me hizo notar, el que de algún tiempo atrás no paraba más de ocho meses en ninguna parte, y de ocho en ocho contaba sus estancias en Valencia, en Barcelona, en Collonges.

Aunque no madrugamos mucho al día siguiente, sí más que lo que tenía por costumbre en casa. Salimos, apenas desayunados, a deambular por la carretera de las dunas y los caminos transversales del pinar a la playa, y volvíamos de regreso, próxima la hora del almuerzo, cuando sus ojos y los míos se encontraron, contemplando de soslayo al paso una casa cuya fábrica sobresaliente de las demás a su alrededor nos llamó la atención y el deseo, contenido calladamente en la misma consideración que acabamos por declararnos el uno al otro: Aquella sí que

estaba bien; pero nos parecía superior a las posibilidades y cálculos del ex Presidente. Aparentaba mucho más de lo que pretendíamos buscar. En el camino nos encontramos a la mujer del diplomático. Corría a decirnos que le habían hablado de una casa que, sin duda, nos convenía. Nos señaló la misma que acabábamos de descubrir.

No hubo manera ya de que pudiera gustarle cualquier otra. Situada al pie de la carretera, a medio camino de Arcachon, en el fondo de la bahía, de boca a la gran duna frente al mar libre, entre playa y pinar, en medio de un jardinillo menos frondoso que otros circunstantes, pero con el aislamiento suficiente de las casas vecinas. «El Edén», que así se titulaba la villa, con nombre harto paradisíaco que el ex Presidente rechazaba, se nos ofrecía como el más digno y placentero refugio de cuantos hasta entonces habíamos visto a tal propósito. Nos enseñaron la casa dos viejas, madre e hija, que hacían las veces de guardianes vergonzantes, a título de señoras venidas a menos a quienes el dueño de la finca permitía vivir en la planta baja destinada a cocina y habitaciones del servicio, en tanto no se vendiera el inmueble. Alquilar, no se alquilaba. Pretendían las guardianas en cuestión que, en todo caso, y en tanto durase la guerra, no habría, atenidas a un reciente decreto del Gobierno, quien las desahuciara de allí. De muy otra manera opinaba el agente, que dándose cuenta del capricho de su huésped, se ofreció a salir aquella misma noche para París y ver de tratar con el propietario las condiciones exactas de la venta. Mi cuñado, haciendo números, había venido en descubrir que comprarla era el mejor negocio que pudiera hacer quien tuviera francos, cada vez más depreciados en su valor monetario a causa de la guerra. Si a él le detenía alguna consideración era la de no atreverse a emplear, por otra parte, todo su capital en una finca cuyo precio había de aumentar necesariamente con el tiempo; pero que en las eventualidades de la ocasión que vivíamos no se podía aventurar íntegramente en una sola cosa. Sabedor yo del gusto que tendría mi hermana Adelaida en dárselo tan oportunamente, le dije que no vacilara en ese punto, que ella compraría «El Edén», con lo que colocaría su dinero provechosamente y correspondería así, dándole alojamiento digno con su mujer, a la familiaridad fraternal con que siempre la habían tratado.

Dicho y hecho, allí nos quedamos unos días más de los que al principio pensábamos, en tanto regresaba el agente de París. Nos dio tiempo con ello a buscar también para su hermana, su cuñado y sus sobrinas otra villa alquilada en Arcachon mismo, de modo que pudiendo estar cerca

se mantuvieran independientes en su casa, lo que en familia tan numerosa sería más cómodo para todos, tanto más cuanto que la parálisis que aquejaba a su cuñado necesitaba más libertad en el reposo del que pudiéramos darle viviendo todos juntos huéspedes del ex Presidente.

Acertó a ir a Arcachon por los días de nuestra espera, nuestro antiguo amigo García Miranda, diplomático de carrera, casado con una señora argentina de muy simpático trato, quienes habiendo ido poco antes a visitarnos en Collonges, buscaban cerca de Montilla asimismo, que les había hecho la propaganda del país, un asilo seguro al abrigo de los primeros bombardeos alemanes. De regreso en París, ya no pudieron volver, ante la negativa de las autoridades franceses, a instancias del Embajador de Franco, a proporcionarles salvoconductos ni permisos de tránsito.

Todos los días, y algunos dos veces, mientras allí estuvimos esperando el regreso del agente, íbamos mi cuñado y yo a la casa y la recorríamos de punto a cabo, contentísimo él como chico con zapatos nuevos haciendo el reparto de la vivienda para nuestra mayor comodidad.

Había que pensar en darle otro nombre. No podía vivir —se reía diciéndomelo— en una casa que se llamara «El Edén».

—Desde luego —afirmé con él. Y me anticipé a darle el nombre que le convenía. Se llamaría *Fresdeval,* puesto que allí había de concluir la novela de tantos años atrás empezada y que yo ponía tanto empeño en verle continuar, como veinte años atrás *El Jardín de los Frailes*.

Protestó en contra. *Fresdeval,* de ninguna manera. Tenía mala sombra. Él no creía en maleficios; pero era cosa de pensarlo. Protesté a mi vez contra su protesta. Cierto que la redacción de *Fresdeval* se había visto interrumpida varias veces desde su comienzo; pero no siempre con desgracia. ¿No fue la primera interrupción el 14 de abril, cuando al darle la noticia de haberse proclamado la República, me había dicho con sinceridad que la desproporción aparente del suceso hacía cómica: «¡Qué lástima! ¡Un mes más y terminaba la novela!». Puesto a trabajar en ella de nuevo, al dejar el Gobierno a fines de 1933, apenas pensó en dedicarse por entero a su consecución, cuando le sorprendieron los acontecimientos del otoño del 34 y no pudo ya seguir su trabajo, dado de lleno, desde que salió de su prisión en el barco, a la propaganda política que le llevó del Campo de Comillas a la Presidencia del Ministerio y a la de la República. Descansando de la fatiga de tantos meses trabajosísimos, cogía otra vez la pluma y las cuartillas de *Fresdeval* en

el reposo de la Quinta del Pardo, cuando el 18 de julio veíase de nuevo cortada su invención novelesca con la tremenda sacudida de la rebelión militar y la guerra, liquidada en su intención con las páginas de *La velada en Benicarló* y las *Memorias políticas* a que había dado cima, con tan mala ventura editorial asimismo, que *La velada* se publicó en francés el mismo día de la declaración de la guerra de Francia a Alemania,[1] restándole toda curiosidad del lector, ajenado de momento de cualquier literatura, máxime si la censura oficial, temerosa de cualquier crítica polémica en torno al libro, prohibía, como lo hizo, todo comentario en torno a la obra recién aparecida. Sin embargo de lo cual, la edición francesa se agotó en menos de un año.

—Ya le buscaremos otro nombre. No, *Fresdeval,* no.

Llegados que fuimos a «La Prasle» de regreso de Archachon, nos dimos a preparar el traslado, que con la mucha impedimenta, de libros sobre todo, que con nosotros llevábamos, no fue cosa de tan pocos días. Fueron por delante mis hermanos y me quedé con mi mujer y los pequeños a dejar en orden la casa de Collonges. Dijímosle adiós mi mujer y yo con cierta melancolía. Después de todo, al amparo de sus viejos muros habíamos pasado unas horas de remanso en nuestra agitada existencia de los últimos años. ¿Qué nos depararía el destino en «El Edén»? Yo le ponderaba a mi mujer el agrado incomparable de la costa atlántica en aquellas proximidades a la España del golfo de Vizcaya a que propendíamos por inclinación fatal. «Porque —me había dicho el ex Presidente con cierta reserva irónica— no creo que Franco vaya a buscarnos a Burdeos.» Y como yo lo tomase a broma e insistiera en el supuesto, demasiado razonable para ser valedero, de que nuestros vencedores estaban muy a gusto con vernos fuera de casa y antes nos pondrían puente de plata que hacer de nosotros unos mártires de la libertad, él movía la cabeza en señal de duda: «No sé, no sé», con aquel fondo inmarcesible de reserva aldeana que constituía una de las raíces más firmes de su carácter «desconfiable» que decía él, riéndose de sí propio y empleando un vocablo rústico lo más expresivo. Había accedido, sin mucho esfuerzo por mi parte, a desechar de sí tamaño disparate. ¡Allí iba a ir Franco a buscarnos sin más ni más y sin más ni más iban a dejar los franceses que se nos llevara lindamente!

Cuando llegamos a «El Edén» mi mujer y yo con los pequeños, adver-

1. *La Veillée à Benicarló.* Traduit de l'espagnol par Jean Camp, Gallimard, París, 1939.

tí en el ex Presidente cierta fatiga y no era para menos por el excesivo trabajo que se había impuesto con el de colocar por sí mismo y uno por uno todos los libros de su biblioteca. Los que correspondían a su despacho, en el primer piso, no le habían dado tanto quehacer. Pero tanto y tanto cajón como había que ir abriendo y tanto subir hasta la terraza, donde instaló los más de ellos, le rindieron, interrumpiendo aquella labor apenas comenzada y que no me dejó seguir por el empeño que tenía en ser él quien clasificara y ordenara por estantes todos los volúmenes, en número crecidísimo, que aún le quedaban por colocar. Suerte había sido y grande la corrida por su biblioteca. Llevóla al levantar su piso de la calle de Serrano, a la cueva del almacén de un librero amigo, en una de las calles afluentes a la Plaza de Isabel II, donde se salvó por venturosísima casualidad de un incendio en aquel depósito, de que no sé si salió tan bien parado el propio dueño. Al cabo, los fue sacando en dos o tres expediciones de los camiones de vuelta de Madrid a Valencia, que llevaban suministros de la Casa Presidencial a algunos funcionarios, todavía en Palacio en los primeros tiempos y adscritos después a servicios oficiales incompatibles con su desplazamiento de la capital. Pasó luego el ex Presidente sus libros a casa de su hermana en Francia, hasta recuperarlos a su salida, con los muebles de su casa, harto más aventurados en su destino azaroso en los primeros tiempos de la guerra. Levantado como digo su piso particular y puesto que no era cosa de llevarse el mobiliario a Palacio, ofreciósele ocasión de dejárselos en depósito a un amigo particular, Ministro que era de una República Centroamericana; en ausencia del cual y por indiscreción del Secretario de la Legación, invadieron el tal domicilio unos cuantos refugiados de los muchos acogidos, con violencia de toda ley, al asilo de las Embajadas. Cuál sería la sorpresa de Santos Martínez, Secretario entonces del Presidente, al enterarse de quiénes eran los usufructuarios de los muebles en cuestión, lo dice el hecho, que él mismo me contaba risueño, de su irrupción violenta en la Legación, acompañado de los mozos de carga suficientes para llevarles al punto sofás y sillones en que se repantigaban, igorantes de su dueño, aquellos precursores de la quinta columna. Lamentó siempre mi cuñado el haber perdido en aquel depósito, y no casualmente sin duda, unos preciosos cuadros japoneses, adquiridos por él en la Exposición que poco antes de la guerra se había hecho en Madrid de pinturas de aquel país.

Lejos estaba el ex Presidente de imaginar, aun entonces, la inutilidad del esfuerzo hecho para salvar aquellos libros y muebles de nuestra

guerra incivil que al fin padecieron a manos de la soldadesca alemana y de la policía franquista el destino al que habíamos querido sustraerlos.[2]

No del todo instalados todavía, se despidió de nosotros Santos Martínez para embarcarse rumbo a México. Lágrimas le costaba la separación a que el Presidente le instaba un día y otro. No era cosa de que sacrificara su juventud a la inutilidad de una compañía sin compensación posible ya. El ex Presidente no podía permitirse el lujo de un secretario particular, cuyas necesidades, por mínimas que fuesen, habían de exceder las posibilidades de un sueldo costoso siempre al bolsillo de mi cuñado, quien, por lo demás, nunca había necesitado de nadie (a no ser en sus épocas de Ministro) que le llevara la correspondencia.

Fue Santos a París a preparar el viaje. Muy poco antes se había visto obligado también nuestro inolvidable y fidelísimo amigo el comandante Parra a dejarnos, con rumbo a la Argentina. Embarcados asimismo los chóferes oficiales, sólo quedaban con nosotros el del Ford particular y Epifanio el cocinero, con una criada vieja que había dejado en España a su hija única y sólo esperaba la ocasión de volver. Santos Martínez regresó indignado de su visita al SERE y a la JARE, organizaciones de ayuda donde le habían contestado, a su solicitud de lo que necesitaba para el viaje en su calidad de funcionario de Obras Públicas, «que se lo pagara el Presidente». Era manifiesto el desdén de los administradores de tales oficinas, por quienes ni de cerca ni de lejos tuvieran relación alguna con la Casa Presidencial. El chófer oficial pudo al fin obtener pasaje para Chile. Al general Menéndez se lo llevó a Colombia un antiguo amigo agradecido, que desde allí le envió el dinero para el viaje. En cuanto a Saravia[3] y su numerosa familia, tan mal lo pasaron desde el primer momento, en un pueblecito al lado de Marsella, que su yerno, que con nosotros había servido al lado de su padre político y que, como militar de carrera, tenía por qué temer, pese a la relación de sus más íntimos familiares con los vencedores, la represalia de sus compañeros, prefirió correr el albur de volver a España con su mujer y su hijo, de muy corta edad, a sufrir la espantosa inclemencia del desamparo en Francia, sin una mano amiga.

2. Véanse p. 496 y siguientes.

3. «A Saravia no he podido traerle conmigo porque son once de familia. Vive malamente en una aldea cerca de Marsella. Los que distribuyen los fondos de socorro a los emigrados son tan miserables, que a Saravia no le han dado un céntimo, porque no era comunistoide y sí republicano amigo mío.» (Carta a Ossorio, *Memorias,* II, p. 426.)

En los primeros días de febrero tuvo el Presidente que guardar cama uno o dos días, aquejado de un fuerte enfriamiento. Achacábamoslo mi hermana y yo a su empeño de permanecer leyendo y escribiendo en su despacho, sin calefacción suficiente. Entre las desventajas que la casa tenía, no la menos importante el excesivo gasto que suponía el carbón necesario para calentarla, encarecidísimo por la guerra su precio. No consintió en que se llamara al médico y así siguió unos días, cayendo y levantando, entreteniendo lo que creíamos un simple proceso gripal. Hasta muy poco antes no habíamos recibido ejemplar ninguno de *La velada en Benicarló* editada en español en Buenos Aires al mismo tiempo que se publicaba en francés en París. Sólo teníamos dos volúmenes enviados por el editor en avión, que el autor guardó para sí cuidadosamente en espera de que pudiéramos recibir ejemplares para las atenciones inmediatas a los amigos y ver de establecer en las proximidades de la frontera española algún depósito que ir vendiendo. Algún tiempo después nos escribió a tal efecto un librero de Portugal, con el que no hubo manera luego de ponerse de acuerdo, aumentadas las restricciones del correo internacional con las censuras de guerra. Sabíamos que el libro no había gustado a muchos amigos, porque las pocas noticias que de su recepción nos llegaban eran desfavorables. Entendían que era prematuro que el ex Presidente manifestara tan paladinamente su juicio acerca de los acontecimientos en que había perecido la República, aun dramatizándolo en el diálogo harto cristalino en su transparencia. No faltaban los juicios adversos de plumas anárquicas, que no nos llegaban, por lo demás, sino de referencias, las cuales comentamos alguna vez en la mesa a la hora de comer. Oía los comentarios Antonio Lot, el fidelísimo ayuda de cámara del Presidente, de quien supe que había comprado y estaba leyendo a duras penas la edición francesa de la obra. Se lo dije al Presidente, que le prestó gustosísimo uno de los dos ejemplares en español. El muchacho lo devoró, durante la convalecencia de una fortísima gripe que había llegado a preocuparnos. Y como le preguntara si le gustaba, me contestó que sí, que mucho, y tanto como a él a algún amigo español, zapatero por más señas, que había hecho en Arcachon. «¿Y ese libro es el que dicen que no le parece bien a la gente? ¡Será a los ministros!», me contestó ratificando su opinión, que al Presidente le agradó sobremanera.

Por aquellos mismos días se dirigió a mí nuestro último Embajador en Lisboa, Sánchez Albornoz, aquel correligionario a quien el propio Presidente había tildado de ministro náufrago al aceptar, sin consultar

al partido, una cartera en el primer Gabinete Lerroux hallándose de camino de Buenos Aires para España en 1933.[4] Al cesar en la Embajada de Lisboa, adonde fue enviado en 1936, por los primeros incidentes que condujeron a nuestra ruptura diplomática con Portugal, no volvió a España, cosa que tenía muy disgustado al Presidente, por lo mismo que se trataba, como en algunos otros casos, de un afiliado a Izquierda Republicana. Se estableció en Francia, de donde escribió reiteradamente al Presidente, que no le contestó. No se le ocurrió cosa mejor que comentar en una carta, a un amigo común, aquel silencio que atribuía a la mediatización que sobre el Presidente pudieran ejercer no sé qué ocultos poderes, interviniéndole o punto menos la correspondencia.

—No es eso —habíale dicho el Presidente a Amós Salvador, para que se lo transmitiera a su vez—. No le he contestado, porque no tengo por qué escribir a quienes como él no han tenido siquiera la cortesía, que es obligada protocolariamente además, de venir a presentárseme al cesar en su Embajada.[5]

Fue al cabo a saludarle a Valencia, para obtener al mismo tiempo el cobro de sus haberes de diputado; pero el Presidente estuvo serio con él y no le quedaron muchas ganas de seguir manteniendo la relación que los unía antaño. Mediada la guerra, hizo un viaje a Cuba, donde estaba Carlos Montilla de Encargado de Negocios y coincidiendo su estancia y no sé qué conferencias que fue a dar en aquella Universidad a título de Profesor de Historia de la Edad Media, con la fecha del 14 de abril, se negó a participar en la conmemoración, puramente diplomática, que nuestro representante en La Habana organizó con tal republicano motivo. Montilla se la guardaba y fue lo primero que sin ambages le espetó al echárselo a la cara en nuestra casa de Arcachon; que no era otra la ocasión de haberse dirigido a mí entonces, sino el ofrecer sus respetos al ex Presidente y antiguo amigo. Mostrábase éste reacio en recibirle; pero le insté a que lo hiciera. Tanto más cuanto que residía en Burdeos donde la Universidad le había conferido una pequeña sinecura y no tendría razón para quejarse; como se quejaba de que

4. Véase p. 283 (capítulo XXXV).

5. Escribe Azaña el 19 de agosto de 1937: «Entre los visitantes de hoy, Claudio Sánchez Albornoz, que ha entrado azaradísimo y sin saber qué decirme ni por dónde romper. Nombrado por mí embajador en Lisboa, estuvo allí hasta la ruptura con Portugal, y lo pasó malamente. Desembarcado en Francia, allí se quedó, hasta ahora. Me había escrito varias veces, la última hace quince días, y telegrafiado en fechas señaladas. Nunca le he contestado, porque su conducta me parecía intolerable, como la de otros muchos.» (*Memorias,* II, p. 226.)

hallándose ya en «El Edén» no fuera a despedirse Indalecio Prieto, quien al embarcarse en Burdeos para México dejó no más a un comisario de policía amigo suyo el encargo de saludarle y disculparle de no ir, estando tan cerca, por la premura con que hacía el viaje.

Sánchez Albornoz se presentó en casa acompañado de una graciosa muchacha que le llevaba en su coche de que era gentil conductora y que añadió a la sencilla presentación que él nos hizo la de su condición de prometida en que el catedrático no hizo mucho hincapié. Pronto surgió la discrepancia desagradable, no más permitirse aventurar la señorita bordelesa en cuestión, entre pasta y pasta del té con que mi hermana les obsequiaba, un juicio denigrante para los emigrados españoles «que tanto habían perjudicado en Francia la opinión de la República». Aseguraba tener visto a algunas mujeres de baja condición sacándose del abultado pecho bajo el corpiño alhajas de precio, robadas sin duda, y que ofrecían por muy poco. Mi hermana no pudo reprimir su indignación y contestó como debía a la indiscreta visitante. No negaba que pudiera haber algún ladrón, entre tanta persona digna como con nosotros se había visto en el caso de pisar el suelo de Francia. Pero nadie le había contado más que sus propios ojos el espectáculo de los policías franceses desvalijando en la frontera a infelices españoles que por unos francos, o por nada de tan amedrentados, entregaban hasta el reloj que llevaban encima.[6] Si no había tenido ocasión de verlo también ella misma, nuestra hermana Adelaida en el primer campo de concentración, improvisado al pie de sus ventanas a las afueras de Le Boulou, había presenciado la quema, en previsión de no sé qué contagios, de los pobres ajuares de muchos emigrados.

No estuvo más prudente nuestro amigo que su acompañante y con tal viveza suscitó la réplica del Presidente, que sin tener en cuenta el desconocimiento de nuestra lengua por parte de la gentil e importuna francesa, se dio a hablar en castellano, con una vehemencia que de mucho tiempo atrás no le conocíamos. A todos los demás nos alegró el verle así excitado, y no con el templado tono de la resignación.

—¿Es cierto —le preguntó Sánchez Albornoz— que Martínez Barrio se dirigió a Mola por teléfono, iniciado ya el movimiento y que la causa

6. «En los caminos de la frontera a Perpiñán, tomados por los gendarmes y los senegaleses, se daba caza al español fugitivo. Empezaba una de esas tragedias que parecen reservadas a la desventura de nuestro pueblo. ¡Cómo los han tratado y los tratan! Peor que a bestias.» (Carta a Ossorio, en *Memorias,* II, p. 448.)

de su dimisión, no más nombrado Presidente del Consejo, fue la negativa del general a parlamentar?

No era la primera vez que mi cuñado oía una cosa semejante; pero aseguró que ni Martínez Barrio le había dicho nada entonces, ni nadie después con demostración [7] de que aquello pudiera ser cierto. En cuanto a una gestión hecha cerca del Presidente, advirtiéndole de parte del general Goded de cuanto podía ocurrir, rebatía en absoluto, aunque no se había tomado el trabajo de rectificarlo en los periódicos, un artículo publicado en una revista francesa por el supuesto enviado del general. Tratábase de un título de Castilla, conocido periodista, y a quien mi suegra, que lo conocía por Enrique de Mesa, su marido, había facilitado la entrevista. En ella había manifestado no más el deseo del general de hablar con él. El Presidente había contestado al emisario que Goded podía verle cuando quisiera sin más que solicitar su ida a Madrid desde la Comandancia de Mallorca donde tenía su destino, con cualquier pretexto reglamentario: el de lo que se llamaba «sacar caballo», por ejemplo. Él mismo haría que el Ministro de la Guerra le concediera inmediatamente el permiso. Una vez en Madrid, no sólo podía sino que debía cumplimentar al Presidente de la República. Quien, por otra parte, no tenía por qué llamarle de una manera especial.

Que Goded, otras veces solicitado por sus compañeros y remiso hasta entonces, quisiera con aquel intento insinuar lo que nunca dijo, era otra cosa. Pero no había habido nada más.

En cuanto a que el Presidente hubiera sido nunca prisionero de su propio Gobierno, como se atrevía a asegurar Sánchez Albornoz, era cosa que le soliviantaba y más como cuando aquella vez se le decía tan a las claras:

—No, amigo mío, no, yo no he sido nunca prisionero más que de mi deber, que no he rehuido nunca, como han hecho otros tan obligados como yo a defender la República. ¿Que ha habido excesos y crímenes de que yo abomino? Cierto, certísimo. ¡Ah! Pero la culpa de ellos no recae de ninguna manera sobre mí ni sobre los republicanos; no, sino sobre Franco y sus cómplices. Yo tenía la obligación, repito,

7. Escribe Azaña el 7 de agosto 1937, recordando los sucesos del mes de julio de 1936: «Después de recibir el encargo de formar Gobierno, Martínez Barrio trató de ponerse al habla con algunos de los generales, más o menos presuntos jefes de la rebelión. Habló con Martínez Monje, que mandaba en Valencia, creo que también con Mola, no sé si con alguno más. Las respuestas debieron desanimarle.» (*Memorias*, II, p. 193.)

de permanecer en mi puesto, en tanto mi presencia sirviera de algo.[8] He creído que se perdía la guerra; no es culpa mía. La hemos perdido, sépalo usted, por Francia e Inglaterra. Ya sabe usted mi parecer. El tiempo nos juzgará a todos.

A medida que avanzaban los días, notábamos que lejos de mejorar en lo que creíamos catarro pertinaz y mal cuidado, se le ponía muy mala cara. Una tarde, tuvo que volverse precipitadamente a casa, no más llegar a la de Montilla, aquejado de repentino dolor que le dejaba sin respiración.

Nos alarmamos mucho. Desde hacía dos meses aproximadamente compartía nuestra vecindad Miguel Salvador, el hermano de Amós, con su segunda mujer y su hijo. Ellos tanto como los Montilla, temían, por su aspecto, que pudiera tener un cáncer.

No pude por menos de recordar la obsesión de mi hermano, que pocos días antes nos había entusiasmado leyéndonos a Montilla y a mí los capítulos de *Fresdeval* que había reanudado con vivo empeño y sumo gusto.

XLIX. El fallo del doctor Monod

Aprovechando la visita a Antonio, que seguía convaleciendo, conseguí que el ex Presidente se dejase ver del médico. Accedió como excusándose de que le hubiéramos llamado para cosa tan sin importancia a su parecer; no sé bien si en el fondo de su ánimo no sentía la preocupación que quisiera ahuyentar con desentenderse de sus propios dolores y molestias. La que más me alarmaba era la que decía en la parte alta del pecho, casi en la garganta, cada vez que sentado en una butaca se apoyaba en el respaldo. El médico, de primera impresión un tanto serio, le resultó muy simpático apenas habló con él. Cuando supo que pertenecía a la familia de los Monod, ilustre en Francia y muy particularmente en la historia, por tantos conceptos digna de mención, del protestantismo hugonote, se explayó con el doctor largo tiempo haciendo

8. Ver p. 344, n.º 8, y lo que le escribe a D. Roberto Escribano el 25 de enero de 1940: «Y he preferido hundirme con todo y con todos incluso con quienes menos lo merecían: primero, por fidelidad al deber de representar una causa que no dejaba de ser justa; segundo, por respeto a los que daban su vida por ella; tercero, por estar al acecho de cualquier ocasión de acabar la tragedia en condiciones menos desastrosas.» (*O.C.*, III, p. 559.)

gala, como siempre, de su conocimiento y su gusto por las cosas francesas.

Salió el doctor Monod de su primera visita, sin dar muestra aparente de su diagnóstico. Pero como al despedirse, con cierta prisa profesional, me invitara a montar en su coche, que él mismo conducía, para que de ese modo trajese yo de la farmacia la receta que acababa de hacer, me asaltó la impresión de que quería comunicarme algo que no le había dicho a mi hermana:

—¿No habían ustedes advertido hasta ahora ningún síntoma alarmante? —me dijo no bien arrancamos de la puerta de la casa. Ante aquella pregunta reveladora no supe sino contestar con esa vehemencia exculpatoria que pone el temor en boca de los apercibidos a la desgracia, por la sorpresa inevitable ya. Nada habíamos advertido. Únicamente aquellos últimos días, el semblante descompuesto que nos había hecho llamarle. Tenía una lesión de corazón muy importante. De años, sin duda, a cuanto podía colegir de la primera investigación, lo suficientemente segura para afirmar que aquella aorta y aquel corazón dilatadísimo, a juzgar por una auscultación inicial, estaban enfermos de tiempo atrás. Le contesté que hasta muy pocos días antes había hecho su vida normal, incluso reanudando conmigo sus largos paseos de antaño, yéndonos a pie los diez kilómetros que separaban nuestra casa del casco de la población de Arcachon, y si se había cansado un poco, no era de extrañar tras del mucho tiempo que no paseábamos así. Cierto, ahora empezaba a darme cuenta que en Collonges prefería los caminos llanos a la subida al monte, pero tampoco me extrañó esa mayor comodidad que yo compartía. El doctor palió sin embargo la verdad del caso con la espera de la consulta que podría hacer con un especialista de la Facultad de París a quien esperaba por aquellos días con ocasión de las vacaciones, tradicionales en Francia, de la Pascua Florida.

Aunque le había prescrito la mayor quietud posible, le permitió que fuese en coche a la consulta susodicha, una vez que el especialista estuvo dispuesto a hacerle una radiografía en el sanatorio que el doctor Monod dirigía por los altos de Arcachon, en la llamada Ciudad de Invierno, en una villa antigua de medio siglo, próxima a la que, señalada con una lápida, conmemoraba las «vistas» de la Archiduquesa María Cristina de Habsburgo-Lorena con el rey Alfonso XII de España, preludio de la promesa oficial y la boda que llevó al trono a la después Reina Regente.

No obstante las precauciones que tomamos en el breve trayecto, se

fatigó un tanto con el bajar y subir las pocas escaleras de la alcoba al *hall* del «Edén» y en los pocos escalones de un y otro jardín, el de nuestra casa y el del sanatorio. No pareció que le impresionaba gran cosa la consulta, o quizá quiso asegurarse, con salir de casa y prestarse a la radiografía, de que no padecía ningún mal grave; mucho menos, desesperado. Dificilísimo me fue sustraerme a la verdad ineludible, que el especialista me confirmó, y disimular con el enfermo con fingimiento que se me antojaba indigno de nuestra amistad fraterna. Que entre nosotros hubiera la sombra de la muerte y que no nos atreviéramos a afrontarla, como habíamos afrontado la vida, se me hacía intolerable sometimiento a la cobardía general de la humanidad, y menoscabo de la propia conciencia soslayando la reflexión de nuestro fin. Con mi hermana Adelaida y con mi mujer hablé claramente. Con la misma valentía de los últimos años, se dispuso «la pequeña», que decía mi padre, a resistir la prueba fatal, sin rendirse a la evidencia, disponiéndose a salvar aquella vida que se le iba de entre las manos, acariciadoras, con desesperación disimulada en el hábito de la ternura matrimonial. Lloré en una noche mi amargura impotente y me resolví también a contribuir, con el esfuerzo del ánimo cuando menos, a ahuyentar la inminencia del peligro. Mucho nos ayudó él, que convencido, pasados unos días, de la gravedad de su mal, evidente en la angustiosa fatiga, que no le permitía ya dormir enteramente acostado, y en las severas prescripciones del médico, las obedecía sin reparo, manteniéndose quieto día y noche en su alcoba del piso segundo, sin moverse apenas de la cama, sin hablar, entreteniéndole el silencio con la lectura que yo le hacía, por descansarle de que leyera él, que también le cansaba. Como solían acudir algunos ratos, que procurábamos breves, Miguel Salvador y Montilla, participaban de aquellas lecturas. Y con el pretexto de entretenerlos a ellos, aunque él tomaba tanto o más gusto que nuestros amigos, me mandaba buscar un tomo de la colección de *La Pluma* y escoger alguno de sus artículos humorísticos de un tiempo, con que se divertía hasta la risa franca. Entre ellos, uno famoso entre los amigos de la época en que lo escribió, dieciocho años antes, y prodigiosamente profético, de «Don Niceto, el antiguo» y la gran batalla de los Carabancheles [1] contra el alarbe invasor, cosa que podía parecernos bufonamente disparatada unos años antes por los de nuestra derrota de Annual en

1. Se trata del artículo «Si el alarbe tornase vencedor» publicado en *La Pluma*, número 16, septiembre de 1921. (Incluido en *O.C.*, I, pp. 648-655.)

1921. Por cierto que, más de una vez, habíamos comentado, siendo ya Ministro y Presidente del Consejo con el propio Alcalá Zamora, el riesgo de que algún curioso viniera a resucitarlo reproduciéndolo en un periódico, cosa que le hubiera creado una situación embarazosa cuando menos, por la burla que en el artículo se hacía de la gárrula elocuencia de don Niceto, poniendo en evidencia su ridiculez; peligro de que le había librado en definitiva la misma pobreza de la vida literaria española, donde las publicaciones de cierto tipo intelectual suelen hacerse poco menos que en secreto y son contadísimas las personas con cierta memoria, ni aun anecdótica, que pueden aprovechar detalles y circunstancias como aquélla.[2] Otras veces, me pedía que las lecturas —en que me relevaba su mujer en ocasiones, siempre gustosas para ella, pese al motivo— fueran no ya de su pluma, sino escogidas de entre sus mejores recuerdos, principalmente cervantinos. Y era de ver entonces la satisfacción que se daba siguiendo de corrido un pasaje del *Quijote,* apenas lo iniciábamos los lectores, o haciéndome repetir una página del *Coloquio de los perros.* Sabedor como era yo de lo mucho que le gustaba todo lo francés, intenté, y no una vez sola, leerle también algo de lo que prefería o alguna novedad; pero al punto me atajaba, porque de la misma manera que en los últimos años no iba al teatro —según decía porque le gustaba mucho, y no, por lo tanto, el que se suele—, así tampoco le daba ningún contento, oír pronunciar el francés sin la gracia de los parisienses, sin la eufonía de sus inflexiones, por mucho que yo me esforzara en hacerlo justamente.

Precisamente en los últimos años, y aun durante la guerra, había seguido con verdadero deleite la serie numerosa de *Les hommes de bonne volonté* de Jules Romains, algunos de cuyos volúmenes había releído con fruición. Otro de los libros que le habían distraído el ánimo y que me recomendó como uno de los mayores alivios de su aburrimiento en el destierro inactivo de La Pobleta, fue el *San Michele* del doctor Axel Munthe, el famoso médico sueco, residente tantos años en París y retirado después a Capri, donde se construyó placentera vivienda sobre las ruinas de un antiguo palacio del Emperador romano Tiberio. Gran apreciador como era de las *Memorias* —mucho más que de las biografías noveladas a la moda del día—, no le hizo mucha

2. Concretamente en la página 653 del tomo I de las *O.C.,* el párrafo que dice: «Renovados los cebos (...) hasta (...) Eran las posiciones de Covadonga, ilustradas por don Pelayo.»

gracia el *Diario* de André Gide, de gran novedad en los días anteriores a la guerra. No contaba entre sus preferencias el cinismo literario.

Pasados unos días accedió el doctor Monod a que lo viese otro gran especialista de Burdeos, de que nos había hablado, me parece, el oculista a quien yo había ido a que viera al tercero de mis chicos.

El nuevo diagnóstico no fue más consolador que el del médico de cabecera y el del catedrático de París. Antes bien, agravó nuestros temores y si nos dijo que podría, en todo caso y salvando las complicaciones que se presentaran, vivir unos años, siempre como un enfermo en peligro de muerte en un momento de emoción, que debiéramos evitarle a toda costa.

Insistió en el parecer del doctor Monod de que una lesión tan importante no era posible que se hubiera producido en poco tiempo. Sin embargo de lo cual, cuando yo le repetí las circunstancias azarosas por que habíamos pasado en los últimos tiempos y, sobre todo, la tremenda pasión de su ánimo en la responsabilidad del poder, tan terriblemente combatido, convino en que en un hombre como él sensible en extremo a la par que contenido en la expansión de sus emociones, esa contención atormentada podía producir un estrago cardíaco comparable en poco tiempo a la labor de los años. Admiradísimo quedó cuando le dije la predicción que el Presidente había hecho de sí mismo en el primer discurso que pronunció en Valencia durante la guerra: «Se me romperá el corazón y nadie sabrá nunca quién ha sufrido más por la libertad de España.»

—Pues no hay dignóstico mejor que ése. Porque lo que tiene no es otra cosa sino que se le ha roto el corazón.

Tenía lo que los médicos franceses llaman *coeur de boeuf* y los españoles *corazón de vaca*. La dilatación era tremenda. Según le auscultaba los primeros días y en el de la radioscopía, había yo podido observar en la apreciación que el doctor hacía con imponer las manos, como una medición, que el espacio que ocupaba el corazón en la caja torácica era desproporcionadísimo al normal. Se sonrió conmiseradamente al oírme repetir lo que los españoles decimos del hombre generoso: «que tiene un corazón que no le cabe en el pecho».

—Muy justa expresión. Porque cuando a uno no le cabe el corazón en el pecho, no puede vivir.

Por muy animoso y paciente que el enfermo fuera, no podía disimulársele la gravedad de su mal, que con tan fatigosa molestia se acusaba. Y aunque todos los de su alrededor, y más que nadie su mujer,

nos empeñásemos en querer aliviarlo con no mostrarnos apesadumbrados y hasta con forzar nuestra manera de ser habitual exagerando en torno suyo las caras sonrientes, no había modo de ocultar la realidad a su propio sentir. Las prescripciones de quietud y absoluto silencio era tan rigurosas, que era vano querer explicárselas por motivos más valederos que los ciertos. Por si era poco su natural perspicacia, doblada de la hipersensibilidad característica de algunas enfermedades, un joven ayudante del doctor Monod, su substituto por aquellos días en que nuestro médico vino a perder por manera fatal una hija de veinte años a consecuencia de una infección irremediable, no tuvo mejor ocurrencia que aprovechar, inopinadamente para cuantos rodeábamos a mi cuñado, la ocasión que de visitar al gran español le deparaba la suerte, solicitando su firma dedicada en la primera página de un libro sobre dolencias cardíacas. No podía escapársele la intención del indiscreto muchacho.

—Quiere apresurarse a tener un autógrafo, valedero para su vanidad cuando me muera... de la enfermedad que está estudiando en ese libro... y en mí.

No por eso se divertía menos, y aun creo que se divertía más, al advertir el azoramiento del mediquillo en cuestión al presentarse por primera vez, y al inyectarle en las visitas sucesivas.

Cuando volvió a visitarle el doctor Monod dispuso que, con grandes cuidados, se trasladase al piso bajo, donde mi hermana pensó que tendría mejor acomodo en la habitación, hasta entonces antedespacho, frente al comedor y al otro lado del *hall*. Quisimos bajarle sentado en una silla, pero se rebeló al intento y lo hizo por su pie, y harto de prisa, escandalizando al médico, que le sorprendió acertando a llegar en el momento del traslado. Quedó instalado en la alcoba, sentado en un sillón por el día y recostado en la cama, sin poderse echar, por la noche. Transcurrido algún tiempo, fue autorizado para que se le llevara desde mediodía al comedor, rodándole el butacón porque no diera un paso, de la alcoba, a través del *hall*, hasta la chimenea, donde permanecía con todos y recibía las pocas visitas que nosotros; a saber, ya se ha dicho, su hermana, que tampoco podía hacerlo muy a menudo por acompañar a su marido, sus sobrinas, con el pequeño Manolito alguna vez, aunque tampoco tantas desde que su tío estaba enfermo. Mis chicos también le frecuentaban menos, en parte, claro, porque procurábamos evitar el agobio consiguiente a su excesiva compañía y, en parte principalísima, porque las criaturas, con ese egoísmo de los niños, rehuían

señaladamente el enterarse bien de lo que ocurría. Fue, sin embargo, motivo de curiosidad para ellos el ver cómo le ponían las ventosas escarificadas, cosa que yo nunca pude sufrir con tranquilidad y a ellos les asustaba un poco también. La pequeña Susana gozaba ahora con Manolito —y aún más que él por la proximidad al tío— de las prerrogativas inherentes a su primera infancia. La niña tenía siempre entrada franca en la alcoba, donde, por lo demás, tampoco paraba mucho tiempo seguido.

Habíasele presentado, a más de la complicación renal que suele llevar aparejada la aortitis y la dilatación cardíaca, la pleuresía no menos característica, conjunción que hacía sobremanera difícil de sobrellevar la crisis tremenda. Apenas nuestros amigos refugiados en París tuvieron noticia de la enfermedad y de su importancia, quisieron apresurarse a prestarnos la poca ayuda que podían. Entre ellos Casares se ofreció, si a mí me parecía bien, a dirigirse a un doctor amigo,[3] huido de España desde el principio de nuestra guerra civil. Los Montilla eran asimismo partidarios, y así me lo aconsejaban, de no rendirse al diagnóstico fatal de los tres médicos que ya le habían visto. Mi hermana, sin atreverse a decidir por su cuenta, adelantó su opinión de que el ex Presidente no aceptaría el ofrecimiento, en todo caso creyó que en modo alguno se le dijera nada al propio enfermo sin contar con Monod. Se prestó el doctor, a petición mía, a ser él mismo quien insinuase a su cliente la conveniencia de que le viera algún otro, y, si era posible, que le hubiera tratado o visto, cuando menos, alguna otra vez. Pero el paciente, agradeciendo al de cabecera su delicadeza, se mostró satisfecho y confiado en la asistencia que ya tenía, sin especificar más delante de él los verdaderos motivos de su repulsa a tal propósito. Con nosotros fue más explícito. ¿Acaso en Francia no había buenos médicos para ir a recurrir precisamente a aquél? No, tenía un agravio, no ya político sino personal, con su antiguo amigo, para quien los gobiernos republicanos y singularmente los que él había presidido, sólo deferencias tuvieron en su condición de médico ilustre; y al estallar nuestra guerra, corrió a refugiarse en Francia, «sin querer nada con unos ni con otros», como si esa reserva pudiera ser nunca admisible en los que tienen más obligación que nadie de tomar partido. ¿De cuándo acá podía tolerársele que renegara de la República, por mal que lo hubieran hecho los republicanos, diciendo que se había mantenido siempre alejado de la

3. El doctor Teófilo Hernando.

política? Al menos, tales eran las noticias que de referencia teníamos y suficientes para que el ex Presidente se doliera a su vez de una amistad cuya liviandad hacía resaltar tanto más la abnegación de los miles y miles de hombres que habían muerto y seguían muriendo al grito no ya de viva la República, sino su Presidente, y no sólo en calidad de tal representación eminente del Poder: Con su nombre propio y el apellido que lo definían como tal persona. Otras defecciones como aquélla se le hacían menos duras a su sentir, por lo mismo que no había atribuido nunca a su constancia tampoco la virtud de una amistad imperecedera: En uno de los muros del gabinete antedespacho que había venido a ser su alcoba, lucía un grabado —«pequeño grabado, curioso grabado» que pudiéramos decir con paródica reiteración azoriniana— representando una mujer joven y bella, vestida de blanco y tocada de corona real. *La Couronne* decía el rótulo del grabado en cuestión, y a la moda romántica. Al pie constaba la dedicatoria de Azorín. Era un delicado obsequio del ilustre escritor y paciente visitante de librerías y puestos de viejo al autor insigne de *La Corona* por los días, sobre poco más o menos, de su estreno. Mudanzas de la fortuna, al azar de su rueda, no había vuelto a saber de Azorín el Presidente desde tiempos anteriores a nuestra guerra civil, hasta que muy mediado el curso de ella, le escribió para interesarse por la suerte de un dilecto amigo nuestro, Antonio Espina, que apenas llegado a Palma de Mallorca nombrado Gobernador Civil —y falta de medios la República todavía para galardonar a los escritores más adecuadamente que con un puesto político— viose asaltado por los sublevados contra el Poder Constituido, encarcelado luego y a punto de morir como otros muchos. Había en la carta de Azorín al Presidente como una especie de reproche velado, creyendo sin duda que las vicisitudes terribles por que Espina había pasado podían haber tenido mejor remedio acudiendo a quienes compartían en calidad de víctimas propiciatorias las asechanzas de un destino adverso, que recurriendo a quienes le tenían preso y condenado a muerte. Espantosa preocupación había sido siempre para el Presidente la situación de nuestro amigo. Giral y Esplá, Ministro aquél de Estado, y cuando no especialmente encargado de gestionar y tramitar los canjes posibles entre un y otro bando de españoles, y Subsecretario el segundo, especialmente afecto además al Presidente, saben bien la apasionada violencia con que éste los instaba, sin que fuera menester que Azorín le acuciara, a procurar la reintegración de Antonio Espina, para quien se arbitró un auxilio que por defecto del envío nunca llegó a manos

del destinatario, según supo después. Le desesperaba el saber que, a punto de ser entregado, creo que más de una vez, y ya en el puerto de Barcelona, fue devuelto a su prisión de Mallorca y en el mismo trance de muerte, por dificultades de última hora en la consecución de su canje. Yo confiaba, y así se lo dije al Presidente por consolarle en su desesperada lamentación, en que algún día, aunque tarde para la satisfacción completa —él ya no la ha tenido sino en el fondo de su conciencia—, yo la tendría de boca del propio Espina, que nunca dudó —como su amigo el Presidente llegó a temer— de que se hiciera por él cuanto se estaba en la obligación de hacer no por él sólo, pero para muchos con harto más provecho, si no con mayor razón ni motivo.

Creo que fue ya entrado abril, cuando se recibió inopinadamente una carta [4] de don José Giral acompañando un cierto manifiesto republicano, corrido desde México a los principales refugiados políticos dispersos por el resto de la América española y Francia, a fin de que lo suscribieran en su calidad, como los primeros firmantes, de Ministros o Subsecretarios. Encabezábalo don Diego Martínez Barrio, fundador asimismo en México, según supimos poco antes o poco después, de un Ateneo titulado con el nombre de Salmerón, sin duda por no venírseles a las mentes otro más significativo para nuestra historia reciente, ni que mejor encarnara en persona viva la República que se trataba de conmemorar en una sociedad, siquiera fuese platónica, de españoles libres. A mi cuñado, no porque le pareciese ridículo el papel de «republicano histórico» de que había vivido durante la Regencia y la Monarquía de Alfonso XIII tal cual fantasmón, dejó de herirle el menosprecio que sus más íntimos colaboradores hacían de su persona, pretendiendo relegarlo, como a otro cualquiera de ellos, a la simple categoría de ex Ministro con que le invitaban a firmar el manifiesto susodicho, según se sinceró en otra carta al propio don José Giral, porque no habían tenido en cuenta, al no contar más que con él, sin duda, la calidad de ex Presidente.

Lo peor sin embargo no era la condición en que le invitaban a firmar el tal manifiesto; sino el texto mismo.[5]

4. Carta del 3 de febrero de 1940, a la cual contesta Azaña el 16 de abril de ese año. (Incluida en *O.C.*, III, pp. 563-564.)

5. Nota del borrador: «Veníase a decir en él que, derrocada la República por la fuerza de las armas, si, en todo caso, el General Franco se aviene, conforme a lo estatuido en la Constitución republicana del 31, a convocar en España un plebiscito que decidiera la forma de Gobierno conveniente al país, en el caso de

El ex Presidente se apresuró a dictar una carta, que vino a ser el último documento político de su vida. No tiene desperdicio. Empieza celebrando que los republicanos se hayan dado cuenta cabal, al cabo de un año, de que se ha perdido la República. Luego, pasa a considerar brevemente las razones de su abstención de tales proclamas. No cree que el vencedor quiera atenerse a la expresión de una voluntad nacional contra que se ha alzado triunfante. Le parece prematuro, por otra parte, el intentar una restauración pura y simple del régimen derrotado. Mucho menos los republicanos solos, sin la colaboración socialista. Personalmente cree que su hora ha pasado y que ni él ni sus colaboradores tienen nada que hacer.[6] Ahora bien, si en algún momento, más o menos próximo, pero que él no ve todavía, las circunstancias cambian y se le solicita, entonces, en Burdeos o en Mestalla, estará otra vez dispuesto como trasantaño. Por entonces también contesta como es debido a un Secretario de *Izquierda Republicana*, procedente de la «Acción» primera y que incluso diputado ha sido en las elecciones del Frente Popular, quien se ha permitido escribirle, a propósito de *La velada en Benicarló* que ha podido leer en México y que, por lo visto, le ha parecido mal. La respuesta corre pareja con la infligida a los firmantes del manifiesto...[7]

Después se explaya conmigo, ratificando su opinión sin vuelta de hoja. No, él ya no tiene nada que hacer en España. Ha fracasado. Y con él todos los hombres de la República. Tanto como nos hemos reído de las barbas inconmovibles del 73. ¿Es que se puede pretender a una republiquita del 14 de abril con su Constitución, su Cámara Única o sus dos Cámaras, sus diputados discutiendo una reforma constitucional, una reforma agraria, unas reformas militares, y el divorcio y la

---

que la mayoría del sufragio fuese contraria a la República, los republicanos se comprometían, sin colaborar con el Régimen así proclamado, a no combatirlo por la violencia acatando la voluntad popular. En las firmas, exclusivamente de los prohombres republicanos, no contaba la de ningún socialista.»

6. «Ninguna indiferencia es posible, pero alistarme de nuevo en acciones políticas, cualquiera que sea su interés o el aprecio en que se tenga a las personas, es cosa que no haré mientras no se produzcan las condiciones necesarias para que yo en conciencia pueda creer en la utilidad de mi acción política en España. Veo casi fuera del horizonte la realización de esas condiciones, pero si se produjeran me encontrarían todos donde mi deber me lo dictase.» (Carta a don José Giral del 16 de abril de 1940, *O.C.*, III, pp. 563-564.)

7. Véase la Carta a don Roberto Escribano del 25 de enero de 1940. (*O.C.*, pp. 557-559.)

separación de la Iglesia y el Estado y...? No, él no tiene nada que hacer, repite, y haya lo que haya en España, cuando esto acabe, que va a durar mucho más de lo que creen las gentes, porque el terror es muy eficaz, cuando esto acabe, será, «entiéndelo bien» —me dice—, lo que hagan los españoles. Pero no desde Francia, que ya ves lo que se puede hacer, ni desde la Argentina, México ni los Estados Unidos. No, sino los españoles que en España están.

Como antes me ha dicho que en España no hay nadie, porque los que no bajo tierra o desterrados, están en la cárcel, no comprendo quién pueda ser el que haga eso que los españoles tienen que hacer y no desde el extranjero, me repite contrariando mi referencia a los liberales emigrados de hace un siglo; porque los liberales emigrados del siglo pasado podían conspirar, a favor del ambiente general de Europa, que nos era tan propicio entonces como adverso ahora:

—¡Quién sabe! —me responde sonriente—. Puede que lo haga un funcionario de Gracia y Justicia que nadie conoce.

No, su desasimiento del Poder, que un día ha podido tentarle, no es un fruto de la desesperanza fundada en el desengaño; mucho menos en el despecho. La enfermedad le ha sutilizado. Físicamente, la prescripción facultativa que le prohíbe comer apenas, le ha enflaquecido notablemente en pocos días, lo que le hace notar un cierto alivio. La delgadez le envejece; pero le depura y espiritualiza. Moralmente, la enfermedad, agudizándole la sensibilidad, le hace tocar el último poso de la conciencia y la mejora día por día hasta ese punto de perfección en la santidad («Santo quiere decir hombre perfecto y no otra cosa», me ha dicho más de una vez) que constituye el *summum* de humanidad por el dolor. La comprensión afectiva, que su serenidad de juicio reflejaba a ojos del vulgo en una como máscara impertérrita de la justicia, y que ha sido siempre para mí el fundamento de su carácter, se sublima ahora ante la muerte en una voluntad de sufrimiento por los demás, en una complacencia, más que resignada, activa en la pasión, que dignifica con aquella luz de último sol en las bardas, de las páginas postreras del *Quijote* (su Biblia española) el resplandor en que se apaga su existencia. Viéndole se me saltan las lágrimas; como me hace llorar la majestad de algún poniente en el mar, o la última irradiación solar tras de los montes.

Un día se ha sentido morir. Cuando se ha dado cuenta de que mi hermana Adelaida, que alterna en velarle con su mujer, si no le asisten juntas, ha acudido a las inyecciones que se guardan en el cajoncito

de un mueble próximo a su butaca, se ha incorporado un punto en su desfallecimiento para preguntarle si se ha fijado bien, si son las de aceite alcanforado. Ve venir la muerte, pero cara a cara, sin miedo, sin rendirse. Cumple con su deber hasta el último momento y el deber del hombre es vivir hasta que Dios quiera.

Pasado aquel primer trance de muerte, se recobra y a un lado su mujer y al otro yo, nos dice arrasados los ojos en lágrimas:

—Ya no me tenéis.

Mi hermana llora con él. Yo acierto apenas a ponerme en pie. Nunca he sufrido un dolor tan agudo en mi alma. Ni antes ni después.

No, no se muere. El genio, ya que no la figura, le sostiene al borde de la sepultura misma. Ya está tranquilo. Y tranquilamente me dice que mi hermana no quiere oírle; pero que quiere decirme a mí la voluntad de dejar arregladas las cosas, de modo que ella no tenga que dar cuentas a nadie de su independencia material. Le interrumpo tomando a broma su requerimiento. ¿Qué quiere? ¿Que yo le diga que sí, que está muy malo? Pues no se lo puedo decir, porque no lo cree el médico.

Me voy de su lado con vergüenza de mi vulgar consuelo de mí mismo en el engaño infantil.

Pese a su afirmación de alguna otra vez, de que todos somos desde hace veinte siglos más cristianos de lo que podamos creer, no hace nunca la menor alusión al propósito de prepararse a bien morir conforme a las prácticas rituales arraigadas en la costumbre que decimos católica.

Un tanto aliviado de su gravedad, en un como respiro de nuestro ánimo, a tenor del nuevo aliento que parece cobrar, nos visita una tarde Miguel Salvador con su mujer.

Aunque no parece muy afecta a nuestros sentimientos políticos, cuando menos en la desventura de la derrota comparte nuestros afanes y ahora nuestros más íntimos sentimientos familiares pendientes de aquella vida, que se nos va a ojos vistas, sin apenas posibilidad alguna de defensa contra el Destino. El enfermo quiere verlos, y agradecerle a ella, por lo mismo que la creíamos un tanto remisa políticamente, las atenciones personales que le demuestra, mandándole tal cual confitura de sus manos.

Surge inopinadamente la conversación peligrosa. La visitante ha venido a hacer no sé qué consideración, que a los demás nos parece inoportuna, acerca de los crímenes que se hayan podido cometer en el

desate de la pasión revolucionaria suscitada contra el desmán faccioso de los militares. Presente está también a la conversación una nuestra amiga que ha ido a Pyla a recoger un niño suyo, albergado con otros españolitos desterrados, en casa de un filántropo. Ha discutido con el autor de *La velada en Benicarló* la opinión que ella ha creído ver en punto a la mujer española, malamente retratada a su juicio, con presentar en el diálogo a una tiple de zarzuela. Claro que el autor no ha pretendido ni mucho menos —qué disparate— que la tiple en cuestión personifique a nadie, y mucho menos a una clase social, ni a las mujeres en general. Pero ella empieza por suponer que un diálogo es necesariamente de dos personas no más. Le parece raro que intervengan otros interlocutores en *La velada en Benicarló.* Con la mujer de Salvador la discusión toma un carácter más adecuado a la respuesta pertinente del enfermo, súbitamente recobrado de su decaimiento. No podemos contenerle en la conveniencia de su reposo. Se exalta sin enfado, con cortesía que no quita a lo valiente. Su interlocutora ha venido a caer en la vulgaridad del comentario a las pobrecitas monjas muertas por los rojos. El Presidente tiene clavada en su corazón hipertrófico la espina de esa irresponsabilidad del crimen suelto que mancha de sangre inocua, si no inocente, el albor de las revoluciones históricas. Ha sufrido más que nadie la vergüenza, el oprobio, el asco del crimen ajeno. Más repugnante cien veces el de los contrarios, culpables además del crimen por excelencia de la guerra misma; pero en punto a los curas, los frailes, las monjas y, sobre todo, los señores obispos, tiene opinión formada:

—Lo que ha hecho en España la Iglesia Católica, no tiene perdón de Dios, y si terrible ha sido lo sucedido, mucho más será lo que suceda. Porque entonces, el estrago será mucho mayor, no quedará uno de ellos para contarlo. Y además, entonces, la gente tendrá lo que no ha tenido ahora: razón.[8]

8. Compárese con lo que Azaña escribió el 7 de septiembre de 1937, en *Memorias,* II, pág. 256: «La Iglesia española ha participado en esta guerra como en una cruzada contra infieles. Ahora cuenta con los moros y los infieles son otros (...) Aunque la Iglesia se creyese atacada, y atacada con injusticia, su papel era muy otro. No debió alentar los enconos políticos. Ni azuzar a unos españoles (a unos prójimos) contra otros. La religión no se defiende tomando las armas ni excitando a los demás a que las empuñen (...) Después de catorce meses de matanza, todavía no ha pronunciado nadie, con autoridad en la jerarquía, las palabras de paz, de caridad, de perdón que les corresponde decir, si de verdad su reino no es de este mundo.»

L. Miguel Maura nos devuelve la visita

La guerra iba mal. A la conquista de Polonia por los alemanes había seguido con rapidez napoleónica la ocupación de Dinamarca y Noruega, la invasión de Holanda y el ataque fulminante a Bélgica.[1] En Francia, al Gobierno del triste Daladier, cuyas quejumbrosas arengas radiadas ponían de mal humor al ex Presidente español, sucedió el de Reynaud. Un día le oí decir inopinadamente por la radio: «El rey felón de los belgas nos ha hecho traición.» Gamelin, general en jefe del ejército francés, lanzó sobre Bélgica la flor de sus tropas. Fueron aniquiladas, puede decirse que en una sola batalla. Los ingleses se retiraron hacia Dunquerque, para reembarcar, como lo hicieron, rumbo a su país. Divisiones motorizadas del ejército alemán penetraron audazmente en Francia. Mi cuñado dio en pensar que la guerra, si no estaba perdida por Francia, podía perderse de un momento a otro. Mi hermana Lola y mi mujer insistían en añorar las ventajas que hubiera tenido para nosotros el habernos ido a tiempo a América. Yo buscaba en mi ánimo las inspiraciones en que fundar mi razonamiento valedero para justificar el deseo de mi cuñado y mío de permanecer en Francia. Weygand fue nombrado General en Jefe en sustitución de Gamelin.

A todo esto, pasado abril y mayo, el Presidente empezó a mejorar notablemente. Nos habíamos llevado con nosotros al doctor Gómez Pallete, compañero de colegio que había sido de mi hermano Ramón muerto a los dieciocho años, hacía veinte. Mi hermana Lola conservaba por él un gran afecto, y cuando recibimos una carta suya desde un campo de concentración pidiéndonos noticias del Presidente, de quien había sabido la enfermedad por referencia y rumores ajenos, nos apresuramos a procurar que se reuniera con nosotros. Ya recibió mi respuesta hallándose trabajando en un hospital; pero pudimos obtener para él una autorización que le permitiera estar a nuestro lado y con ello constantemente junto al enfermo, y con nosotros se fue a Pyla. Tales eran las noticias que yo le había dado, que no le alarmó tanto como creí el primer aspecto de mi cuñado. Luego de su primera conversación con el doctor Monod, sin embargo, y como le persistiera aquel dolor en la parte alta del pecho que nos había alarmado tanto los primeros

1. Fechas de las campañas alemanas de 1940: Ocupación de Dinamarca y ataque a Noruega: 9 de abril; ataque a Holanda y Bélgica: 10 de mayo; Bélgica se rinde el 27 de mayo.

días, pensó con su colega francés en la terrible posibilidad de un cáncer de mediastino. Desvanecióse luego mi temor con un segundo diagnóstico menos pesimista, y como empezamos a verle mejorar tan notablemente, llegamos a cobrar esperanzas que Pallete alimentaba con su optimismo, aferrado a la consideración de su propia suerte en medio de la desventura.

De México nos escribían mi hermano y Santos Martínez instándonos a que dispusiéramos el viaje, que no nos atrevíamos ya a hacer, aunque mi cuñado empezaba a mostrarse tan propicio como antes reacio. No era posible todavía pensar en trasladarle, ni aun al puerto próximo de Burdeos, sin grave peligro de una recaída fatal. Por otra parte, eran escasísimos ya los barcos. Se le ocurrió entonces al enfermo que solicitara de Mr. Bowers, último Embajador de los EE.UU. en Madrid, la autorización necesaria para que pudiéramos incluirnos entre los súbditos norteamericanos a quienes habíamos visto advertidos en la prensa de la próxima llegada de un trasatlántico de bandera estrellada que los trasladaría a su país en última instancia improrrogable. Quienes permanecieran en territorio francés se atendrían, bajo su responsabilidad, a las consecuencias de la guerra sin la protección de su Gobierno. Precisamente por aquellos días había yo recibido una carta de Mr. Bowers, desde Santiago de Chile, donde era Embajador, preguntándome por el estado de salud del ex Presidente, que le decían delicadísimo. Aproveché la circunstancia para contestarle en el sentido que mi cuñado me indicó al ver el interés que por él se tomaba nuestro amigo.

Un buen día me llamó como otros tantos, por teléfono desde Burdeos, Sánchez Albornoz. Pese a la violencia de su visita de unos meses antes, seguía comunicándose con nosotros; sobre todo desde que se enteró de la gravedad de su jefe y amigo. No más saludarle me anunció que Miguel Maura, allí presente a su lado, quería hablarme a su vez y preguntarme si no sería inoportuno que él visitase al ex Presidente. Le dije que desde luego, y sin necesidad de preguntárselo yo, podía ir a casa cuando quisiera, en la seguridad de que sería recibido con verdadera complacencia. Insistió, sin embargo, en que se lo comunicara de antemano a mi cuñado, repitiéndome que tenía verdaderos deseos de verle; pero siempre que no creyéramos que podía perjudicarle la visita. Como yo suponía, el enfermo, apenas se lo dije, me contestó:

—¡Hombre!, sí, que venga, ¿por qué no? Ése viene a algo, ya verás.

Quedó, pues, convenido, en que iría con Sánchez Albornoz al día siguiente por la tarde.

A la pregunta que Miguel me hizo de si no se impresionaría el ex Presidente al verle después de tanto tiempo y en circunstancias tan críticas, le contesté que no, porque una vez advertido como lo estaba, sabría contener su emoción de modo que no le hiciera daño la visita. Le precaví, en cambio, contra la que había de causarle a él cuando le viera tan otro de como le conoció. Representábaseme en todo aquello el venturoso afán de diez años antes, cuando conocí al propio Maura al azar de otra llamada telefónica a mi casa, para que fuese a verle a la suya y luego él a la de mi padre, donde mi cuñado se encubría. Me acordaba, sobre todo, de aquel chocolate a que nos invitamos el entonces no más que Ministro de la Guerra y yo, cuando paseando una noche de agosto del 31 se le ocurrió a mi hermano político la idea de que subiéramos a hacer una visita a «Maurilla». La que Miguel nos hacía ahora se me antojaba, al cabo de los años, en pago de aquella, tan sabrosa, y más que por el chocolate ni los churros, por la acertadísima predicción que Maura hizo de la próxima accesión de su visitante a la Presidencia del Gobierno Provisional, augurio de que el aludido se escandalizó, prediciendo a su vez los males que podía traer consigo el que los sucesos políticos se precipitasen por manera impensada.

Recibió el ex Presidente a su antiguo amigo con un abrazo sincero. Pese a las diferencias que pudieran separarles estimábanse mutuamente y mi hermano, sobre todo, en Miguel, la espontaneidad simpática con que se producía siempre; aunque le impacientase, hasta irritarle incluso, la ligereza y veleidad, retardatariamente juveniles, del ex Ministro de la Gobernación.

De tal veleidad tenía yo más pruebas que nadie, que le había visto, en los primeros tiempos de la República, saludarme extraordinariamente solícito en los pasillos del Congreso, o negarme el saludo, según estaba en punto a relaciones políticas con mi cuñado.

Conmovido ante la escena afectuosa que con su apretado abrazo nos ofrecían Maura y el ex Presidente, y atento a las expresiones, no tan sinceras, con que celebraban el verse «tan buenos» el uno al otro, no advertí al pronto que Sánchez Albornoz, luego de entrar con Miguel en el comedor, se había retirado al *hall*. Creyéndolo, cuando lo advertí, un exceso de delicadeza por su parte, salí a buscarle. Me lo encontré sentado en el sofá de la entrada, la cabeza entre las manos. Me pidió perdón por no haber podido hacerse fuerte a la vista del ex Presi-

dente. En los cuatro meses transcurridos desde su visita famosa, se había convertido en un anciano, impresa ya en el rostro la huella de la muerte. Tuve que ser yo quien le diera fuerzas para poder seguir toda la tarde con nosotros. Por lo pronto nos retiramos al despacho con los demás, dejando al ex Presidente y a Miguel en el comedor sin testigos, en tanto se preparaba la merienda. Habían llegado especialmente invitados Miguel Salvador y Montilla con sus mujeres cuando decidió mi hermana, de acuerdo con Pallete, que interrumpiéramos la conversación del visitante con el enfermo, no fuera a fatigarse demasiado.

Mientras merendábamos nada pudimos traslucir de lo que habían tratado ni de cuál pudiera ser por lo tanto el verdadero motivo que había llevado a Maura hasta Pyla desde Niza. No sé cómo, sin embargo, en la conversación general vinimos a dar en la guerra de la independencia española contra Napoleón, y a estar conformes los dos interlocutores principales en que si la razón teórica podía estar de parte de los afrancesados, puesto que Napoleón encarnaba el espíritu de la Revolución triunfante, la tuvieron al cabo quienes se opusieron a su poder imperial. El ex Presidente opinaba que los diputados en las Cortes de Cádiz eran, en todo caso, los depositarios de una verdad nacional incontrovertible todavía a estas fechas, en que la idea de libertad se aúna al sentimiento de la patria independiente, de los españoles dueños de su destino.

Maura se despidió hasta de allí a pocos días en que volvería a pasar para Niza de regreso de París, adonde se dirigía. No le daba que temer la inminencia de la declaración de guerra de Italia a Francia, pese a la proximidad de su casa a la frontera italiana.

Cuando nos quedamos solos me refirió el ex Presidente el designio reservado de la visita de Miguel. A cuanto decía, M. Delbos, ex Ministro francés de Negocios Extranjeros durante la mayor parte de nuestra guerra civil, se habían dirigido a él confidencialmente, ante la inminencia en efecto de la declaración de guerra de Italia que esperaba el gobierno francés: deseoso el cual de asegurar la neutralidad de España, en evitación de un frente en los Pirineos, solicitaba, a título oficioso, de Miguel Maura, que tantease la opinión de todos los prohombres políticos españoles refugiados en Francia incluidos con los republicanos y socialistas los monárquicos notorios, el Conde de los Andes, su próximo pariente, entre otros, que permanecían en Biarritz principalmente, reacios a volver a España en tanto el general Franco no restaurara al rey pura y simplemente. La consulta de Maura tenía

por objeto el proponer la intervención del gobierno francés para obtener en nuestro país una amplia amnistía que permitiese la repatriación de tantos y tantos miles como había en los campos de concentración, a cambio de que los jefes de los Partidos refugiados en Francia aceptasen el nuevo orden de cosas triunfante en España, con la seguridad para el gobierno de Franco de que en ningún caso los españoles acogidos a la hospitalidad francesa tomarían las armas para suscitar una nueva guerra civil en nuestro suelo. Todo ello en afianzamiento de la neutralidad que los franceses temían comprometida en su daño, si Franco se obligaba a atacar a Francia por la espalda, al declarar Italia la guerra.

El ex Presidente le había contestado que, ante todo, cualquier cosa le parecía preferible a que la guerra asolase a España; que él no creía que Franco accediese a nada que pudiera parecer disminución de su victoria. En todo caso, estaba dispuesto a mucho más de cuanto nadie pudiera creer, en evitación de nuevas víctimas de la represión reaccionaria en España.

Me aventuré a preguntarle qué más quería hacer. En el caso de que Franco accediera a una amnistía general, se ofrecería en holocausto al vencedor, por ver de rescatar con su sacrificio tantas y tantas vidas de supervivientes de la atroz venganza, que llaman ahora justicia en España.

Disparatado me pareció el propósito de que él me daba cuenta con entera serenidad de juicio y segura decisión. Luego comprendió que no habría caso. Franco no tenía ya por qué ni para qué aceptar proposición semejante del gobierno francés. A lo que yo añadí que tampoco le importaba su entrega. Si a enemigo que huye, puente de plata, era indudable que llenarían de lodo al ex Presidente; pero no consentirían en aceptarle como mártir, reivindicando para su nombre la aureola entenebrecida con su fuga obligada de España bajo el fuego del vencedor.

No hubo caso. Maura no tuvo tiempo de llegar a París. Declarada súbitamente la guerra de Italia a Francia y ante el avance de las tropas alemanas, el Mariscal Pétain, requerido en su Embajada de Madrid para asumir el Poder, viose cruelmente llamado por el destino voluble a la necesidad de pedir el armisticio a los vengadores de la derrota del imperio alemán en 1918. Y no volvimos a saber de nuestro amigo Miguel.

LI. La débâcle

Pocos días antes había yo recibido un radiograma de Mr. Bowers, el antiguo Embajador de los EE.UU. en Madrid, a la sazón en Chile, como he dicho, en respuesta a mi carta. Me comunicaba que el Presidente Roosevelt había dado orden a Mr. Bullit, su Embajador en París, de facilitar al ex Presidente español y su familia el viaje a Norteamérica. Coincidió la llegada del radiograma con la violenta ofensiva de los alemanes en territorio francés ya. El Embajador de los EE.UU. anunció su permanencia en París. Escribí a mi amigo Gustavo Pittaluga, a quien, por haber estado en los últimos tiempos de nuestra guerra en la Embajada de España en Washington, suponía en relación con los norteamericanos, para que se interesara personalmente cerca de Mr. Bullit. Me contestó rápidamente que me dirigiera al consulado de los EE.UU. en Burdeos, donde ya tenían las órdenes oportunas. Allá me fui y a duras penas conseguí hablar privadamente con el Secretario, con el propio cónsul después. Nada sabían. Al exponerles el caso, no se mostraron muy solícitos en atenderme. ¿Qué podían hacer? No había señales de barco americano a la vista. Con Mr. Bullit no podían comunicar ya. Pensar que el consulado tomase al ex Presidente español bajo su protección era inútil. Los alemanes no habían de respetar una bandera estrellada sobre una casa particular. Si tal radiograma tenía yo de Mr. Bowers, era seguro que Mr. Bullit trataría del caso con el propio Hitler. Mi alarma subió de punto. ¿Qué puede temer el ex Presidente?, vino a decirme el cónsul. Como yo les arguyera con la terrible muerte del Presidente del Consejo austríaco, me quiso convencer con la razón de que no era comparable el agravio, incluso personal, que el Führer pudiera tener con aquél, a su relación de interesada amistad con Franco. Al salir del consulado, me enteré por la pizarra de un periódico de que el gobierno francés había pedido el armisticio.[1]

Llegué a casa cuando todavía el enfermo no sabía la noticia cuya gravedad temí fundadamente que pudiera aumentar la suya por modo fatal. Optamos por que yo se la diera antes de que al día siguiente se enterase por los periódicos, ya que no aquella misma noche por la radio, que no gustaba de oír. Contra lo que suponíamos todos, y yo el primero, me contestó serenamente.

—¿Sabes qué te digo? Que ahora creo que los ingleses ganarán.

1. 17 de junio de 1940.

Sin preguntarle el porqué de su seguridad en momento tan crítico, asentí convencidísimo, radiante de satisfacción al verle reaccionar por manera tan optimista y favorable a su salud personal en lo que hacía a la vigilancia de sus propias emociones.

—Sí —corroboró—, porque ahora es cuando van a poder hacer su guerra. La alejarán de Inglaterra, la llevarán a Oriente y al África y con tiempo por delante... la ganarán. ¡Si lo que yo echaba de menos era la perfidia tradicional de los ingleses...! ¡Qué lástima que no hayan propuesto a Francia hasta ahora lo que ahora se les ocurre! [2] Comentábase al mismo tiempo que la rendición de los franceses, la proposición que, a la desesperada, habían hecho los ingleses de gobierno a gobierno; audaz, atrevidísima y, sin duda, un tanto tardía, como todo lo que los ingleses vienen haciendo con una seguridad propia, no siempre compatible con la seguridad de los demás; pero genial: el abandono militar del territorio francés al invasor alemán, la concentración de todas las fuerzas navales francesas en los puertos de Inglaterra y la constitución de un solo gobierno y un solo parlamento franco-inglés a los efectos de la guerra, que Francia continuaría con los recursos de sus colonias. Nada menos que el germen activo, y no en la pura teoría de los tratados, de una gran confederación europea. Era tarde.

El ex Presidente, por otra parte, compadecía verdaderamente la situación de su admirado Pétain de un tiempo, a quien no obstante su ignorante desdén por el ex Presidente español y a pesar de su desdichadísima Embajada cerca de Franco, sabía hacer la justicia pertinente al defensor de Verdun en la guerra del 14 al 18. El Mariscal no podía ser un traidor. Él sabía su tremendo sacrificio en aquellos momentos en que el mismo pueblo a quien supo defender ganancioso, contribuyendo tanto como Foch a la victoria de veinte años antes por su empeño en defender la plaza confiada a su mando, no obstante lo costoso de vidas de soldados irreductibles, le pedía ahora que se aviniese a presidir la derrota más atroz e incalculable. Lo político, lo genial —repetía—, hubiera sido el acceder a la proposición inglesa; pero eso suponía en el pueblo francés una capacidad de resistencia a que no estaba dispuesto. ¿No veíamos la descansada resignación con que recibían la paz a tanta costa? Nadie quería la ocupación total del territorio (que había de ser la primera consecuencia del resistir sin rendirse). ¿No veíamos lo fácilmente que prendía la propaganda alemana al señalar a los políticos

2. Propuesta hecha por Winston Churchill en Tours.

a quienes se daba por partidarios de la continuación de la guerra como vulgares explotadores de la sangre francesa, desde un cómodo y pingüe destierro? En vano reprochaba yo al Mariscal, como a los políticos franceses de cualquier partido, y mucho más a los del Frente Popular, su culpabilísimo desvío, hijo de la más vanidosa ignorancia, hacia el ex Presidente español y cuanto en España representaba en favor de Francia. Se había desasido de toda consideración egoísta y juzgaba de personas y cosas con imparcialidad impresionante, como sólo un santo en su perfección puede estimar la varia fortuna del mundo, sin atender a sí propio. Sabía distinguir muy bien en el error de Pétain, por lo que tenía de perjudicial para nosotros, lo que había de interpretación fiel del respetable y evidente acobardamiento del pueblo francés.

—Es la consecuencia de los dos millones de muertos de la otra guerra. Desapareció con ellos una generación entera, la que ahora tendría de cuarenta a cincuenta años. Y se nota. No quieren ver morir a otros dos millones.

No mucho antes, sin embargo, aunque todavía en España, en sus últimas conversaciones con el Embajador Labonne, le había oído yo manifestarse con menos acomodo a la fatalidad, bien que aceptara la dimisión de Francia de su rango de gran potencia.

—¿Qué dicen ahora los franceses? ¿Que no quieren ser los gendarmes de Europa? Están en su derecho de renunciar a ese privilegio, que constituye ciertamente una obligación. Ahora que, para ello, hay que resignarse a ser una potencia de tercer orden y recluirse, sin imperios ni colonias, en el huerto patrimonial.

Aún volví otro día a Burdeos, a ver al cónsul de México, que pese a los reiterados telegramas de mi hermano asegurándome la salvaguarda nuestra por parte del gobierno mexicano, tampoco nos daba mayores facilidades. Ni siquiera pudimos saber por él del Embajador de su país que con los demás acreditados en Francia había salido de la capital a la entrada de los alemanes.[3] En Burdeos me encontré a Casares, con su mujer y su hija, desesperada de ver fallidas sus esperanzas, que le habían prometido cumplir próximamente, de presentarse como actriz en un teatro parisiense, para lo que se preparaba desde hacía un año con una vocación y un estudio acendradísimos. Mucho me emocionó el encuentro con aquellos amigos.

A las pocas noches y hallándome en casa de Montilla después de

3. El 14 de junio de 1940.

cenar, me avisaron por teléfono que regresara a «El Edén» inmediatamente, aunque advirtiéndome que nada grave ocurría. Corrí materialmente el cuarto de hora de distancia que separaba nuestras casas y llegué cuando Negrín ya se había marchado. No era otro el inopinado visitante de cuya presencia quisieron advertirme porque llegase a tiempo de verle, lo que, repito, ya no pude conseguir por la premura con que llegó y se fue.

En pocas palabras había manifestado a Gómez Pallete, de quien era amigo, lo que allí le llevaba: no sino la intención de llevársenos a Inglaterra aquella misma noche al ex Presidente y a mí. A nadie más. Tenía preparado un barco pequeño en el puerto de Burdeos en el que se llevaba también a Lamoneda y a Casares, que era quien le había dado noticia del estado del ex Presidente y la situación en que nos hallábamos. No había materialmente sitio para ninguna mujer, y se daba por supuesto que nada había de sucederles con la entrada de los alemanes. Quería ver al ex Presidente, si su colega el joven doctor y mi hermana creían que no le impresionaría demasiado la visita.

—¿Impresionarme la visita de Negrín? —parece que dijo cuando se lo dijeron—. ¡Estoy acostumbrado! —Y al verle entrar por la puerta y en respuesta a su animoso saludo: —Ya ha hecho usted, con venir, más que muchos amigos.

Contándomelo se sonreía: —Le he dicho que no estoy para moverme. ¿No te parece que no debo ir con Negrín a ninguna parte, y menos a Inglaterra?

Convine en que tal era también mi parecer, pero tuve que sacar fuerzas de flaqueza para que no se me notara la incertidumbre. Pallete le había presentado la cuestión a Negrín en sus verdaderos términos. Ya veía el estado del enfermo. Tampoco quería arrostrar la responsabilidad de que se quedara allí. Mi hermana llegaba en su angustia a escoger para su marido la muerte en el camino, a que los alemanes lo capturasen, posibilidad contra la cual me rebelaba yo con toda la fuerza de un temor apenas desechado.

Había recomendado Negrín con mucho empeño, vista la negativa del enfermo a acompañarle, que fuera yo otra vez a Burdeos y procurase ver al Ministro de los EE.UU. en Polonia, a quien el Presidente Roosevelt había encargado interinamente su representación cerca del Gobierno francés, a la deriva, en la zona exenta de ocupación alemana. Podía ir de su parte y hacerle ver la difícil situación en que el ex Presidente español se hallaba, en la seguridad de que me atendería.

No fue así. El Ministro se me negó y cuando logré hablar con su Secretario, toda la tranquilidad que quiso darme fue con decir: «¡Después de todo, los alemanes no están precisamente en los Pirineos!»

Todavía no habían pasado el Loire; pero la petición de armisticio de pocos días antes no tenía respuesta aún, y las tropas de invasión seguían avanzando.

Le aseguré al enfermo que me habían recibido amabilísimamente y que, en todo caso, podíamos contar con la protección de la bandera norteamericana.

Supimos en tanto que el escritor M. Legrand, que en calidad de vecino nuestro nos visitaba alguna vez, había embarcado rápida y subrepticiamente para Inglaterra, con toda su familia, en un barco que rondaba aquella costa solicitado por unos cuantos fugitivos. El doctor Pittaluga, que de París venía huyendo, el ex Ministro Just, así como unos meses antes nuestro buen amigo López Gómez, comandante que fue del Batallón Presidencial, visitaron al ex Presidente y nos instaron que procurásemos alejarnos de la zona de invasión. Otros, más apresurados, o impedidos, como Casares, por la policía que les negó el permiso de circulación de Burdeos a Arcachon, pasaron de largo.

El espectáculo de Burdeos era muy parecido al de Figueras año y medio antes. Salvo que Burdeos se rindió declarándose ciudad abierta, al primer tímido bombardeo aéreo.

Los que más instancias me hicieron para que no permaneciéramos allí fueron el escritor alemán Von Unruh y su mujer, que refugiados en nuestra vecindad asimismo, luego de recluido él en un campo de concentración al comienzo de la guerra por ser alemán, aunque notoriamente antihitleriano como buen social-demócrata, me ponderaban el peligro terrible que corríamos todos con permanecer tan descuidados de la invasión cada vez más próxima.

No era descuido, sino impotencia la que me hacía atemperar el ánimo a la esperanza de que nada le sucediera al ex Presidente, abandonados como nos veíamos de toda protección amistosa. Publicóse un bando prohibiendo el traslado de unos departamentos a otros de Francia y asegurando a los habitantes de los territorios ocupados por los alemanes, incluidos los refugiados extranjeros debidamente documentados, la protección de las autoridades francesas, ya que el mando alemán no tenía jurisdicción sino sobre sus soldados, en lo concerniente a las medidas que juzgasen oportunas al buen éxito de la ocupación. Me tranquilicé. El Comisario especialmente afecto a la vigilancia de los

extranjeros en la zona de Arcachon, habíasenos mostrado muy solícito y era de esperar que nos tuviera al corriente de las vicisitudes de la situación. Cuando creíamos vernos libres de la ocupación, pues que el gobierno recién constituido del Mariscal Pétain anunciaba su establecimiento en Burdeos, supimos que se apresuraba a salir de nuevo ante la inminencia del incontenible avance ademán. Casi inmediatamente se hicieron públicos los términos del armisticio,[4] incluyendo en la zona de ocupación el departamento de la Gironde y toda la costa hasta la frontera española de Hendaya. El Comisario nos comunicó al mismo tiempo que, deseoso el Prefecto —a quien había yo visto más de una vez sin ningún fruto— de evitar al ex Presidente español las molestias posibles, y pues que la sola vista de los alemanes podía perturbar su tranquilidad y su delicada salud, le autorizaba a salir de la zona poniendo a su disposición una ambulancia.

Al punto quedó decidida su salida con mi hermana, el doctor Pallete y Antonio Lot para Montauban. Querían el ex Presidente y mis hermanas que yo le acompañase, a lo que no accedí porque si me parecía bien evitarle a él la sola vista de los alemanes, no el dejar la casa sola expuesta a las vicisitudes de la ocupación, y, aunque apesadumbrado por no acompañarle, me resistí incluso con cierta violencia a sus insinuaciones:

—¡Dejadme hacer lo que quiera una vez al menos!

Se miraba las palmas de las manos con actitud muy característica suya que disimulaba mal su descontento.

Repuesto notablemente y hasta rejuvenecido, se mostraba en la mañana del viaje. Acomodado ya al fondo de la ambulancia, como yo me agitara nervioso de un lado para otro, pretextando insignificantes quehaceres con que mi ánimo rehuía la despedida, me llamó señaladamente, con tierno reproche en la ironía.

—Bueno, adiós. Conste que me despido. No vayas a escribirme desde México, diciéndome que no lo he hecho.

Aludía con ello a la broma celosa que yo le daba, desde que en la Estación del Norte y al pie de la ventanilla del expreso que nos llevaba a mi mujer y a mí rumbo a La Coruña y después a Nueva York y Cuba, se le acercó presuroso no sé qué amigo confidente, que interrumpiendo la intimidad de aquella despedida, le anunció que el general Sanjurjo era ya virtualmente el jefe de quienes propugnaban entonces un golpe

4. El armisticio se firma el 21 de junio de 1940.

de Estado. Con lo que apenas si nos despedimos y de lo que me quejé cuando ya estaba casi de vuelta.[5]

No creía yo que no nos volveríamos a ver, cuando la ambulancia echó carretera adelante. Muy por el contrario, el ánimo con que se iba me hacía presagiar como cierta la esperanza que se empeñaba en darnos el doctor Pallete. Eran nuestros huéspedes por aquellos días el catedrático de Barcelona y diputado José Xirau Palau con su mujer y sus tres chicos a quienes habían ido a recoger a casa del filántropo susodicho. Apuraba a los Xirau el deseo de pasar a Lyon donde el matrimonio se había establecido desde la salida de España, y donde al cabo consiguieron volver de allí a dos días, cuando ya los viajeros a quienes sabíamos establecidos en un castillo de las afueras de Périgueux emprendían de nuevo el camino de Montauban, lo que en principio les impedía las disposiciones de las autoridades con respecto al desarme de las tropas rendidas.

Entretanto, los alemanes en una marcha impresionante por lo rápida, aun cuando con la no resistencia francesa, hicieron su entrada por la población de Arcachon y la carretera de Le Moulleau y Le Pyla hasta el pie de la gran duna. En doce días no tuvimos molestia por parte de las tropas de ocupación. Un oficial, con quien mi mujer se entendía en alemán, fue a solicitar alojamiento. Se lo dimos y dejó dispuesta una sola habitación, y no la mejor sino la que juzgó más independiente, para un general, apercibiéndonos a que nadie más alojásemos allí y a que dirigiéramos a la *Kommandantur* a cuantos volvieran con la misma pretensión.

Recibí una carta magnífica del enfermo, la primera de su mano después de mucho tiempo de no poderlo hacer. Estaba escrita con gran seguridad de trazo y el mejor y más fino humor de sus tiempos de antaño. Contábame en ella que llegados que fueron a Périgueux y a la Prefectura por no saber dónde alojarse, el Prefecto en persona había bajado a cumplimentarle y dispuesto su acomodo en un castillo a las afueras, propiedad de la nuera del célebre Nobel, fundador de los famosos premios discernidos por la Academia de Suecia, su país. Era la tal señora francesa de nacimiento y si al principio notoriamente circunspecta con sus alojados, luego en extremo solícita y contrariadísima cuando el Gobierno francés dispuso de aquella casa requisándola para nuevas atenciones, y permitiendo en cambio el establecimiento del ex

5. Ver p. 318 (fin del capítulo XXXVIII).

Presidente en Montauban, desde donde ya me escribía, instalado provisionalmente con amigos españoles a quienes presidía el antiguo director del *Imparcial,* Ricardo Gasset.

Nos la prometíamos todo lo felices que las circunstancias permitían y ya nos dábamos al blando respiro de aquellas áuras atlánticas, cuando en la madrugada del 10 de julio y creyendo nosotros que llamaba a nuestra puerta el general para quien teníamos dispuesto alojamiento, se nos presentó, sin que en un buen rato acertáramos a darnos cuenta de lo que se trataba, golpe de policía alemana, con notorios agentes españoles, que por alemanes se daban. Empezó por decirme el más destacado que sólo quería «documentos políticos» visto que el dueño de la casa, o que ellos creían tal, no estaba allí, ni les era dado llegarse, como querían, a Montauban por no hallarse en «nuestra zona» (tales fueron las palabras del agente español). Acabó luego de instarme a que no dejáramos en la casa dinero, porque los alemanes iban a hacer un registro, llevándosenos a todos, chófer y cocinero inclusive, con la vieja doncella de mi hermana, detenidos a la Ciudad Universitaria de Burdeos. Con nosotros reunieron a las pocas horas a Carlos Montilla y Miguel Salvador. Aquella noche nos llevaron a la cárcel a los hombres; de donde nos volvieron a sacar, a la mañana siguiente, para conducirnos, en el mismo autobús de la víspera— sentados en el cual nos encontramos a Teodomiro Menéndez y Francisco Cruz Salido, detenidos en la madrugada—, hasta Irún, donde el policía alemán que nos conducía nos entregó a los mismos agentes que nos detuvieron en Pyla. Mi mujer, mi hermana Adelaida, los niños y la criada quedaron detenidos en la Ciudad Universitaria.[6] No más llegar a Burdeos, los alemanes nos registraron el equipaje y se incautaron de todo el dinero de la casa, del cual devolvieron a mi mujer y mi hermana pocos miles de francos. En la cárcel de Irún permanecimos dos días. El 13 por la mañana en un camión harto incómodo emprendimos el viaje a Madrid. En la cuesta de Régil, a un recodo de la carretera, se nos adelantó el coche que nos

6. Mientras los hombres fueron llevados a la cárcel de Burdeos, la esposa de Rivas Cherif, sus cuatro hijos y su hermana Adelaida permanecieron detenidos en la *Kommandantur* situada en la Universidad de Burdeos durante tres días, al cabo de los cuales fueron reintegrados a la villa «El Edén» en arresto domiciliario indefinido. Durante esos tres días la casa había sido registrada y saqueada por los ejecutores de la detención. Sólo a fines de enero de 1941 pudo la familia obtener un permiso de las autoridades alemanas para pasar a la zona libre, en Aix-en-Provence. Las tropas de ocupación se instalaron después en la casa hasta el final de la guerra.

seguía con la policía y descendiendo luego el agente que me detuvo, me hizo bajar a mi vez. Llevóme atrás un trecho de camino, con un guardia de asalto a la zaga y haciéndome subir unos metros por el monte espeso me conminó a que antes de cinco minutos, so pena de muerte inmediata, le dijese en qué banco tenía mi cuñado el dinero. Le dije que el dinero estaba allí, sin duda, en el mismo camión que nos llevaba, toda vez que en él había descubierto la maleta en que mi hermana lo había metido al salir para Burdeos, y que con casi todas las de la casa y sinnúmero de baúles y cajones abarrotados de papeles y libros, veía rodeando nuestro incómodo asiento.

—¿Quiere usted hacerme creer que no tiene más dinero que ése?

Ya el día antes me había ponderado, al descubrirlo, sin contarlo por lo visto, la «fortuna» que representaba.

—¿Cree usted —le había contestado yo— que es mucho ahorrar para el Presidente, que tenía de asignación un millón de pesetas?

Ahora, mi respuesta fue la contraria:

—¿Le parece a usted poco lo que ayer le parecía «una fortuna»? Pues no ha podido ahorrar más.

Quedamos en que no había querido sino poner a prueba mi firmeza porque harto sabían ellos que «el oro del Banco de España» lo tenía Negrín. Me limité a contestarle que por lo visto sabía más que yo.

Una hora después, en un parador del camino, bajáronme a desayunar a mí solo con el agente susodicho y otros dos, uno de los cuales, según vine a saber, Secretario General de la Dirección de Seguridad, e hijo del Marqués de Linares el otro. Me preguntaron, verdaderamente curiosos, por qué no se había ido mi cuñado con su amigo Prieto, y para qué tenía guardadas en una maleta setecientas cincuenta mil pesetas en «billetes Negrín».

Las mismas de su último sueldo cuyo cambio en francos se le prometió al Presidente a su salida de España.

Ingresé en la Dirección General de Seguridad, instalada en el antiguo Ministerio de la Gobernación, en plena Puerta del Sol, el 13 de julio como digo. No volví a tener noticia alguna de los míos hasta tres meses después. Los mismos que mi mujer, mis chicos y mi hermana Adelaida se pasaron presos de los alemanes en «El Edén» y sin poder, por lo tanto, trasladarse a Montauban ni comunicarse con el ex Presidente y nuestra hermana.

A mediados de agosto, descubrí al azar de una salida de mi calabozo al aseo, que estaban presos con nosotros Companys y Zugazagoi-

tia. A Companys pude hablarle breves momentos, de pasada. No me permitieron que partiera con él la comida que mis parientes de Madrid me enviaban ni que a su casa enviara su ropa con la mía. Se lo llevaron a Barcelona una mañana de septiembre y sólo por referencias muy posteriores supimos de su fusilamiento en Montjuich.

Un día entre tantos se entreabrió la puerta de mi celda y un oficial, creo que de asalto, me dijo con torpe socarronería:

—Conque... ¿ya han cogido a su cuñado? Todos van cayendo...

Comprendí que no era verdad. Hecho como estaba a contenerme en la paciente reflexión de los días que llevaba saludablemente confinado en aquel tenebroso encierro, no le contesté. Me limité a llamar al oficial de guardia y denunciar la ruptura de la incomunicación a que estaba sujeto. Nadie volvió a molestarme.

Pensando que mi cuñado no se había muerto con la emoción de aquel desastre culminante en mi desventura, di en aferrarme a la idea de que la adversidad de nuestro común destino quedaría definitivamente purgada con mi prisión. Desde el día siguiente a mi encierro en Madrid di en hacer versos, los primeros, una serie de catorce sonetos, el inicial y el último dedicados a su recuerdo vivo; con lo que empecé a componer de memoria entreteniendo el tiempo de mi detención hasta principios de octubre, que llegué a los cuatro mil ochocientos, incluido un poema dramático en tres actos, que me sirvió de mucha distracción.[7]

LII. Y la paz

Las primeras noticias que mi hermana Lola pudo transmitirme me confirmaron en la tranquilidad que me empeñaba en alimentar. El enfermo, a pesar de la terrible conmoción sufrida en su ánimo con saberme preso de aquella suerte, lo había sobrellevado con serenidad. Bastante mejorado había sufrido una recaída de que se levantaba nuevamente, a lo que mi hermana me decía, sin que yo acertara a descifrar la verdad.

El 21 de octubre fui trasladado a las Salesas con Zugazagoitia, Cruz Salido, Teodomiro Menéndez, Carlos Montilla y Miguel Salvador, juzgado en Consejo Sumarísimo y condenado con mis compañeros, a excepción de Teodomiro, a la última pena. No me conmovió la petición fiscal

7. Material inédito.

y sí sólo un punto, al oír, como tal acusación, que yo había sufrido la influencia de mi «nefasto» hermano. Le dediqué en aquel momento el más puro efluvio de mi alma. Todo lo demás no me produjo más efecto del que tantos años atrás la incomodidad humillante de los exámenes ante un tribunal. Me parecía estarle viendo detrás de mí, sentirle mejor dicho a mis espaldas, padeciendo con mi torpeza en las oposiciones a la carrera diplomática veinticinco años antes y burlándose cariñosamente de mí después, por corregir mi ligereza, fracasada además aquella vez en el apocamiento ante los examinadores. Su presencia conmigo en lo más íntimo de mi conciencia, sin que nadie de aquellos jueces, y aquella turba callada de curiosos, de mis compañeros de proceso incluso, pudiera sospecharlo, me sostenía seguro y firme. Todo lo que estaba sucediendo era una paparrucha. No creí nunca que me mataran.

Aquella misma noche, sin conocerse el fallo aún, fuimos trasladados a la prisión llamada de Porlier. Me obstiné inconscientemente en no advertir, como advirtieron mis compañeros, ninguna señal de la capilla en que estábamos virtualmente.

En el escritorio de la cárcel, pendientes de la ejecución que pesaba sobre nuestras cabezas, permanecimos algún tiempo. Después, nos trasladaron durante el día a la capilla del establecimiento, donde pudo verme mi primo Pedro Cuadrillero, conmutado de la pena de muerte también un año antes y donde recibíamos, con la visita del capellán, la del doctor Roquero y un practicante, reclusos que iban a curar a Zugazagoitia de un grano molesto.

En ello estaba al caer la tarde del 5 de noviembre, cuando Perico vino a decirme lo mejor que pudo la noticia que quería evitarme de otra manera. Los redactores del periódico carcelario *Redención* acababan de saber la muerte del ex Presidente. Se tenía por un radio de pésame del ex ministro Velao a mi hermana, captado en España. Los periódicos estaban autorizados a dar al día siguiente la noticia escueta, sin ningún comentario. Luego no fue así, y, que yo sepa, no se publicó oficialmente. Se dejó que corriera y se dio en las prisiones, por capellanes o misioneros, a efectos proselitistas. Yo nunca la oí, sin embargo.

Quise contenerme; pero Montilla me vio llorar. Todos me acompañaron con el silencio de la pesadumbre en mi duelo, pronto contenido en la efusión, como mejor y más decidido homenaje de mi intención a su memoria. Aquella noche, tendido en mi petate, confié en la discreción de mis cinco compañeros el desahogo de mis lágrimas. Con todo, me dormí. Con ese solo pensamiento: Ya tiene *su* paz.

En la madrugada del 8 al 9 se ejecutó la sentencia que nos condenaba a todos cinco —Teodomiro tan sólo a treinta años— en Julián Zugazagoitia y Francisco Cruz Salido. Fue el terrible adiós de la despedida el momento que eligió nuestro abogado —hombre, por lo demás, humanamente sensible— para confirmarme mi desgracia personal en la muerte de mi hermano, con decirme con error:

—Sí, parece que es cierta. Le ha asistido en sus últimos momentos el obispo de Toulouse.

De allí a poco, y hallándome en vela a la puerta del despacho del director donde estaban encapillados, aunque se les evitó al menos el horror recalcitrante de la capilla tal, Zugazagoitia y Cruz, preguntó don Amancio Tomé, que era quien dirigía aquella cárcel, si habían accedido a confesarse. Como callara el R. Padre agustino Félix García, que había acudido en mi ayuda material aquellos días y héchose amigo de mis dos compañeros más infortunados, insistió el director:

—¡Qué orgullo ante Dios! ¡Pues ya ven! ¡Dicen que su cuñado de usted se ha confesado!

—Y puede que sinceramente —le contesté—. Por la Iglesia se casó muy ostensiblemente el año 29. Y nunca le he oído renegar del bautismo.

El padre Félix García interrumpió discretamente aquella conversación penosa:

—Muchas gentes que no practican aparentemente, son más cristianas que otras tantas.[1]

Meses tardé en saber, por manera cierta, las circunstancias de su fin. Bastante tiempo después de mi llegada al Puerto de Santa María a cumplir mi condena, logré una carta de mi hermana con precisiones irrefutables. Solamente ahora nos ha sido dado a los dos el transcribir sin rebozo aquella relación reiterada a mi intención, sin cotos de la censura epistolar, en la libertad del destierro:

«A la llegada a Montauban, y a consecuencia sin duda de los dos viajes tan seguidos como tuvimos que hacer, nuestro enfermo se sintió hasta tal punto agotado, que apenas si pudo subir el pequeño tramo de escalera hasta la casa, ni menos aún ya en ella, por falta de voz, hablar a las personas que le esperaban. Tras de descansar un rato en una

1. Véase la introducción a este libro. La narración de la condesa de Rivas Cherif, Carlos Montilla, Miguel Salvador, Julián Zugazagoitia y Cruz Salido, ha sido publicada en *Tiempo de Historia*: Cipriano de Rivas Cherif, *Tres mártires, Tiempo de Historia,* núm. 42, mayo de 1978.

butaca, se acostó en seguida. Asustada al verle y conmigo Pallete, decidió ponerle una inyección. Conseguimos que durante la noche descansara. Pronto las cartas que de Adela y tuyas recibía a diario, sabiéndoos tranquilos a pesar de la ocupación, fueron su mejor medicamento, y poco a poco, pasados esos primeros días sin ver casi a nadie, se fue rehaciendo de nuevo. No estaba muy conforme con el alojamiento, pero imposibilitado el Prefecto por falta de sitio en esos momentos en Montauban, donde no había una habitación disponible para nadie, y puesta a un lado la idea que tuvo de llevárselo a la Prefectura, de lo que según le dijo en la visita que le hizo en nuestra casa, al día siguiente de llegar, había desistido por estar allí de paso alojado un cuartel general, aceptó sin ningún comentario con los demás, claro, lo que le tenían con el mejor deseo preparado: la casa donde el doctor Cabello vivía *en república.* Presidíala Ricardo Gasset, y acompañábanlos además un señor ya viejo, diputado de Martínez Barrio, una señorita catalana, parienta o simplemente amiga de la familia de este señor, otro diputado de Izquierda Republicana llegado dos o tres días antes que nosotros, y el primo de Santos, también en la casa desde hacía muy poco.[2] Para podernos instalar en ella, se marchó la señorita a la de una amiga, ocupando nosotros la pequeña habitación que dejó, aunque por hacer las veces de ama de casa seguía viniendo constantemente, y no faltaba para acompañarnos en la mesa, a la hora de las comidas. Solos en nuestra habitación, comentaba con pesar nuestro enfermo a lo que habíamos llegado. Contribuíamos a *la república,* seguros como estábamos, de los pocos medios con que cada uno contaba; sólo así aceptó quedarse nuestro enfermo. Pero llegó, a pesar de tanta molestia y violencia como suponía vivir en una casa tan pequeña, rodeados de gentes a las que no nos unía confianza alguna, a sentirse tranquilo, y sin salir a la calle no tardó en hacer su vida casi normal. Cambió su bata y pijama de enfermo por el traje que se ponía —según él, le parecía una incorrección presentarse como si estuviera en su casa— para salir a comer con todos. Aprovechaba el tiempo leyendo y escribiendo a ratos, aunque lo que más hiciera fuera su reposo habitual. Vuestra falta de noticias, tres o cuatro días seguidos, empezó por alarmarle. Inútil era quererle convencer de un retraso en la correspondencia, dándose cuenta de que otras llegaban.

2. La señorita Josefina Deó y don Enrique Navarro son «la señorita catalana» y el «diputado de Izquierda Republicana». No ha sido posible averiguar el nombre del «diputado de Martínez Barrio».

Su contento, agradeciendo como un niño a Adela y a ti vuestra preocupación por él y vuestro deseo de mimarle, hasta el punto de escribir por separado en previsión precisamente de que alguna carta se perdiera, cambió de pronto por una obsesión respecto a vuestra suerte. Seguro como estaba de que algo os había pasado, desde ese instante pendiente de la radio y de la llegada del cartero, contaba las horas esperando poder averiguar lo sucedido. Y así, al conocer la letra de su hermana en un sobre que dirigido a Pallete, por el temor que suponía en Pepita de poner su nombre desde esa zona ocupada por los alemanes, lo rasgó, pensando que no podía ser más que para él. De este modo se leyó lo que nadie pudo evitar.

»Toda la familia de la villa "El Edén" había desaparecido, sin que se supiera lo que había sido de ellos. Como de piedra nos quedamos él y yo, solos en aquel momento en nuestro cuarto. Hizo ademán de levantarse de la cama, y en vista de que no atendía mis razones de que no se moviera, fui en busca de Pallete, para que como médico le aconsejara, en bien de su salud, que se estuviera quieto; a lo que contestó que si lo que le podía pasar era morirse en la plaza que había de atravesar hasta llegar a la Prefectura, lo prefería, antes que dejar de enterar él como quería, al Gobierno francés, de lo que acababa de saber. Se fue al fin con Pallete y alguno más, pero ya una vez allí en el despacho, no pudo hablar con Vichy ni apenas con el Prefecto, que impresionado, comunicó al Ministro los deseos del Presidente, a quien tenía a su lado. Tan grave era la noticia según el Ministro, que no podía ser cierta, y anunciando su traslado a Burgos, prometió, una vez informado, una contestación, que nunca llegó. El Prefecto, para evitar que nuestro enfermo, dada su gravedad, se viera en el caso de repetir lo que acababa de hacer con grave peligro, ordenó en la Prefectura que tantas veces como él quisiera hacer uso de la red oficial, se la pasaran al aparato de su casa. Rara vez su salud le permitió volver a hablar, pero sí me instaba a que lo hiciera yo de su parte, con preferencia a las Embajadas de Estados Unidos y México. Consiguió hablar a Herriot, pero demostrándole éste el temor a la censura que pudiera haber a través del hilo, le cortó casi la conversación. En su desesperación habló también otro día con el Encargado de Negocios o Secretario de la Embajada de los Estados Unidos. Le hizo conocer su situación, y le rogaba por la facilidad de poderlo hacer, que le proporcionara un coche de la Embajada para poderse trasladar a Vichy. Su contestación fue que no tenía gasolina... Un par de días más le costó esta terrible incertidumbre, sin que nadie le hiciera

caso, hasta una segunda carta, esta vez de Monod, con más detalles. Presos e incomunicados en la casa las mujeres y los niños, y desaparecido cuanto en ella había de valor, archivo y dinero, sin noticias tuyas, se te suponía del otro lado de la frontera. "¡Bien saben lo que me han hecho! ¡Esto sí que no lo resisto!", fue su comentario, seguido de una preocupación por mí, que le hacía, con asombro de todos, sobreponerse a su desgracia con una entereza de ánimo tremenda. Este esfuerzo falló en seguida, y como él temía, muy pocos días después, se despertó una mañana, rozando las palabras al intentar hablar. Lo notó con el consiguiente susto, al darse cuenta de que no pronunciaba normalmente. Fui a buscar a Pallete a su cuarto, y ante el estado del enfermo, decidió con Cabello avisar al médico, que en Montauban había de sustituir a Monod. El amago de ataque cerebral que Pallete descubrió nada más verle, le hizo no querer ser él solo el responsable, en aquel momento de gravedad. De acuerdo con el diagnóstico el doctor Pouget, por quien el enfermo mostró desde el primer momento gran simpatía, le sometió de nuevo, como al principio de la enfermedad, a régimen más riguroso, y otra vez el reposo y el aislamiento le hicieron volver a mejorar. Llegó a leerles en la casa, a los que con nosotros vivían, párrafos de sus escritos, cosa que, según Pallete, hacía como estudio, en su obsesión de llegar a conseguir pronunciar bien. Así fue pasando desde fines del mes de julio, cuando mediado septiembre, intranquila yo por la presencia de un grupo de falangistas recién llegados de España a Montauban (Monod en su carta advertía la gravedad de que hubieran preguntado dónde estaba el enfermo, cuando os detuvieron) y ante el apremio del dueño de la casa por que la desocupáramos, logré convencerle, llamando yo al Ministro de México, de que aceptara la invitación que el general Cárdenas había hecho para su instalación en la Embajada de Vichy. Convenido ya todo con el Ministro Rodríguez, iría a buscarnos en un coche, acompañado por el Secretario de la Legación, señor Castro, el 15 de septiembre por la mañana. La tarde anterior, consideró oportuno nuestro enfermo, ya que él se veía imposibilitado de hacerlo, atendiendo a su cuidado en víspera de viaje, que en su nombre, y acompañada de Pallete, fuera yo a despedirme del Prefecto agradeciendo así de una vez la visita que él hizo al llegar, y todas las conferencias siguientes que con él había tenido. (Había mandado también por aquellos días a Pyla, con una misión supuesta, a dos señoritas que no llevaban otro encargo, que el de traer noticias más directas de las detenidas.) Así lo hice, con la sorpresa de que el Pre-

fecto me dijera que sin una orden del Gobierno francés, el Presidente no podía abandonar Montauban. Me volví a casa, con el natural disgusto, que procurábamos disimular con el enfermo para no aumentar el suyo, al mismo tiempo que queríamos hacerle creer que seguramente el Ministro traería consigo el permiso que necesitábamos. Difícil de engañar, me contestó en seguida que no me hiciera ilusiones porque la realidad era otra: Confinados en Montauban, como ya había podido darse cuenta, no podría salir de allí por muchas gestiones que hiciésemos. A la mañana siguiente, queriendo creer que, una vez en Montauban el Ministro, quizá todo tuviera arreglo, nos preparamos a esperar a los que habían de ser nuestros acompañantes. Impaciente estaba nuestro enfermo viendo pasar las horas, sin que el Ministro, que llegó con retraso a la cita, apareciera: Asombro con nuestra noticia, seguridad de que en un momento todo estaría resuelto, conversaciones con el Prefecto, para acabar por dar razón al enfermo de que todo era inútil, y que no nos podíamos marchar. Decidió entonces el Ministro nuestra instalación en un hotel,[3] adonde él mismo nos acompañó en su coche. Puso a nombre de la Legación la habitación que habíamos de ocupar, y avisó para que dos o tres personas —un cónsul, un secretario y un militar allí agregado— vinieran para estar a nuestro cuidado mientras él se marchaba a Vichy, para hablar al Gobierno. Dormimos pues ya en el hotel la noche del 15 de septiembre, y a la mañana siguiente el Ministro pidió permiso antes de marcharse, para presentar a los representantes de la Legación recién llegados a Montauban, y que quedarían a nuestro lado hasta su regreso.[4] Muy contento y agradecido, de conversación estuvo con todos ellos un buen rato, hasta que despidiéndose el Ministro, tras él salieron los demás hacia su habitación muy próxima a la nuestra. Tranquilo, después de la gran contrariedad por no haber conseguido al fin hacer el viaje, pasó el resto de la mañana hasta la hora de comer. No consintió que en aquel hotel, tan de segundo o tercer orden, pero el mejor que había en Montauban, tratáramos para su comodidad de remediar en lo posible sus defectos, uno de ellos y el principal, el de la comida. Pretendía yo que nadie más que Antonio el criado preparara su alimento, no sólo en el momento de servirle, sino bajando incluso a la cocina. A todo hubieran accedido los dueños del

3. Hotel du Midi.

4. El Ministro: Don Luis I. Rodríguez; el Secretario de Embajada: Lic. Ernesto Arnaud; el Agregado Militar: don Antonio Haro Oliva.

hotel, quienes desde el primer día hasta el último mostraron deseos de sernos útiles y agradables, pero no pudimos convencerle, porque en modo alguno quería aparecer con pretensiones de régimen especial distinto a los demás huéspedes. Resuelto a que todo nos pareciera bien, empezó por ponderar cuanto tomó en ese primer almuerzo, y como hacía siempre, se echó después un rato en la cama, con ánimo de reposar. A su lado, sentada en una silla leyendo, me quedé yo, mientras él, sin tardar mucho, parecía ya dormir tranquilo. No había pasado una hora, cuando al darme cuenta de que se incorporaba, creyéndole despierto me volví hacia él. Sentado en la cama y haciendo intención de salir de ella, le vi, al mismo tiempo que sin conseguirlo quería hablar, la cara terriblemente desfigurada. Acertó a entrar en ese momento Ricardo Gasset, que dándose cuenta de lo que pasaba y de mi impresión, haciéndome señas desde la misma puerta de la habitación para que tuviera calma, desapareció en busca de los médicos, que con él volvieron en seguida. El ataque le había repetido, y esta vez con tal gravedad, que consideraban sin remedio ya. Esperando todo el día el momento fatal, llegó la noche que creímos la última. Avisado el Ministro que no había tenido tiempo de llegar sino a Toulouse, se volvió para acompañarme. Contra lo que incluso los médicos creían, el enfermo empezó a reaccionar, pero según pasaban los días, me daba más cuenta de que la mejoría no era la de tantas otras veces pasadas. Se marchó de nuevo el Ministro, y con nosotros quedaron las otras tres personas de la Legación, que si no para otra cosa, sí servían, y mucho, para darle tranquilidad sabiéndolas allí. Empezó a poder andar ayudándose con un bastón, por su poca seguridad para sostenerse; la parálisis facial le desapareció mucho, pero hablaba con gran dificultad y más que nada me hacía verle acabado ya el que no razonara, aumentada esta impresión además por la expresión tan distinta a la que él tenía. Volvió, después de estos primeros días, a pasar tantos ratos discurriendo normalmente, que en ellos olvidaba yo su padecimiento, llegándome a hacer la ilusión de que desapareciera, y volviera su imaginación a su estado normal. Un buen día apareció, con la pretensión de que la recibiera, una monja de Montauban. Me resistí a verla en las varias veces que volvió al hotel, por temor a que su visita no fuera otra cosa que el entrometerse en algo que al enfermo pudiera molestarle. Ante su insistencia la vio Pallete, y lejos de lo que yo presumía, venía, como personas que pudiéramos acercarla al Ministro de México, en ayuda (nadie mejor que yo podía comprender, dijo) de unas familias judías que querían salir de

Francia.[5] Lo consiguieron al fin algunos, viendo después en el hotel a otra señora que todavía en Montauban quiso agradecerme cuanto habíamos hecho por ellos. Así, llegué a conocer a Soeur Ignace. Siguió viniendo desde ese momento de vez en cuando a interesarse por el enfermo y por vosotros, y tanto llegó a oír hablar a Pallete de la simpatía de la monja que quiso conocerla, agradecido como decía estar a su amabilidad, cosa que hizo otro día con la señora de Acosta, hija de Altamira, de la que, sabiendo también la asiduidad con que iba a preguntar por él, mostró deseos de que entrara a su cuarto para saludarla. Muy poco rato estuvieron el día de su visita una y otra, pero la de la monja le trajo el recuerdo del gusto con que vería al Padre San Sebastián.[6] Me hizo que a la primera ocasión le preguntara si, como vasca francesa y amiga, como le había contado el día que le vio, de frailes españoles, pasados a Francia al terminarse la guerra, le conocería y podría averiguar dónde se encontraba. Enterada la monja del encargo, le buscó por todas partes, sobre todo porque en nuestro enfermo llegó a ser una obsesión el poder ver al fraile. No logramos complacerle, y como me insistiera tanto para que le buscáramos y Pallete me viera desorientada y atormentada por no saber qué hacer, éste, queriéndose tranquilizar, me hizo ver cómo, sin darse ya muchas veces cuenta, pasaba de un razonamiento normal, a no saber bien lo que decía. Por lo tanto, me añadió, no debes tomar al pie de la letra todo lo que le oyes. Dolor al que no pude nunca acostumbrarme. Su preocupación por ti le hacía pensar en todo el mundo que pudiera ayudarte; perdida la razón o consciente de cuanto decía, su idea, fija siempre en el mismo recuerdo, le hacía hablar constantemente de todos y así, horas antes de morirse, en un delirio espantoso te llamó desesperadamente.

»Vivíamos sin separarme yo un segundo del lado del enfermo. Avisado por Pallete, que consideraba que por la gravedad debía venir a Montauban, llegó un día Saravia. Fuera de él, y de media docena de personas más, no había nunca visitas, pero sí el enfermo, cansado de estar en su habitación, cambiaba unas veces su butaca por la del cuarto de Saravia, al que por estar en el mismo piso que el nuestro, y serle por lo tanto más fácil, se marchaba a ratos. Otros, obsesionado en ir en

5. Una de estas familias, Monsieur et Madame Marcuson, ofreció, al morir Azaña, la sábana de lino que sirvió de mortaja. (Testimonio de Dolores de Rivas Cherif, viuda de Azaña.)

6. Cipriano de Rivas Cherif y Azaña habían conocido al padre San Sebastián Donostia por las aficiones musicales de don Miguel Salvador, amigo de los tres.

vuestra busca, se paseaba simplemente por el pasillo acompañado por Antonio, mientras yo desahogaba, sin que él me viera, las lágrimas que me producía la contemplación de su desesperación por veros. El primero en entrar todos los días, así como el último antes de que se durmiera, era Pallete, ya que lo mismo a las ocho y media de la mañana que para que descansara durante la noche, le ponía a diario esas inyecciones. No sin que también a diario y dos veces fuera el médico de cabecera. Con gran aparato de campanas en la Catedral que teníamos enfrente, y las noticias de algún amigo que le vio, en el momento en que daba la bendición a las personas que le esperaban a su paso, supo nuestro enfermo la llegada a Montauban del nuevo obispo. Muy bien aquella tarde, comentaba conmigo después lo bonita que sería la ceremonia en la Catedral: «¡Lástima no poder verlo!», y recordaba con ese motivo las fiestas de iglesia en El Escorial. Días después, y como una de tantas veces en que se le pasaba por la imaginación qué nueva gestión haríamos por vosotros, como de pasada recordó al obispo, pero no volvió a decir nada a ese respecto, hasta que en otro momento y en medio de una conversación, volvió a decir de qué buena gana le vería. Insistió varias veces en este deseo, al que yo me resistía a dar gusto, sin saber cómo acertaría mejor: "¡Quisiera que alguien pudiera saber en Francia que no soy un bandido!", decía otras veces, dolido del poco caso o ninguno, que las autoridades franceses le hacían, así como las extranjeras que representando a sus países seguían en Vichy. Y esto que hablábamos serenamente, llegó a formar parte de una de sus preocupaciones, cuando no sabiendo bien lo que decía mezclaba unas cosas con otras, sin orden ni concierto. Su afán por ver al obispo llegó a ser tan grande, que estando Saravia con nosotros, se dolió con él de que yo no le escuchara. Pero a pesar del poco trabajo que según Saravia costaba complacerle, animándome a que lo hiciera, no me dejé convencer entonces, recordando las razones con que Pallete procuraba tranquilizarme.

»En la mañana del 15 de octubre, extrañados los dos, más todavía el enfermo, de que Pallete no viniera como de costumbre a nuestro cuarto, salí en busca de Antonio para que le advirtiera nuestra espera. Ya en el pasillo, salió a mi encuentro Saravia con la cara desencajada. Pallete, según me decía, había sufrido durante la noche un ataque de apendicitis, y con toda urgencia había habido que llevarle al hospital, donde, dada su gravedad, dudaban de operarle. Bajo esta terrible impresión, me volví al lado de mi enfermo, al que sin decirle lo que Saravia acababa de contarme, quitándole importancia y como caso muy

leve, le enteré de que a causa del ataque de apendicitis estaba en el hospital. Creí mejor hacerlo así, por miedo a que alguno de los que nos rodeaban, en un momento de olvido, cometiera la imprudencia de hablar de ello. Engañada estuve yo también todo el día, siendo la monja, la que ante mi deseo por ir a verle al hospital, encontró el mejor modo de hacerme desistir, ya que, según ella, acostumbrado mi enfermo a que no me separara de su lado, nada podía alarmarle más que verme marchar. Pasado todo el día, al salir muy de mañana de mi cuarto al siguiente, intranquila porque alguien me diera noticias, la monja me esperaba ya, y abrazándose a mí llorando me dijo: "¡Ya no hay nada que hacer!". Y fue entonces cuando por encargo de Saravia me confesó lo que durante tantas horas me habían ocultado. Sequé mis lágrimas, y otra vez sacando fuerzas de flaqueza, me volví como si nada pasara a mi habitación. El enfermo preguntó varias veces por Pallete, encargó desde el primer momento que avisara al doctor D'Harcourt que estaba en Toulouse, pero, sin duda dándose cuenta de lo que pasaba, ya no volvió a preguntar más, ni a nombrarle.

»Ante este nuevo horror, y así lo aconsejaba el doctor Pouget tratando de aliviar en lo posible el estado del enfermo, quise salir de Montauban. Si no curarse de cuanto tenía, sí guardaba la esperanza el doctor Pouget de que, con clima más templado, y sobre todo, en un ambiente más agradable, donde pudiera tener algo más que aquel pasillo triste del hotel, su estado nervioso había de calmarse. Hizo pues un certificado demostrando como médico a las autoridades todas estas necesidades para su enfermo. No pudiendo acompañarnos él, por no dejar a los demás enfermos que tenía, nos habló de Acosta, el que a su modo de ver no tendría inconveniente, ya que en opinión de Pouget, faltando Pallete, era una temeridad trasladarse hasta Aix (sitio que habíamos elegido) enteramente solos. Acosta apareció en seguida, cuando por su mujer [7] le hice preguntar si tendría algún inconveniente en venir con nosotros. Pero el viaje no pudo hacerse. El Gobierno, ni aun tan grave, accedió a verle salir de Montauban. Acosta, sin embargo, siguió hasta última hora cuidándole muy bien, y tanto se acostumbró el enfermo a él que constantemente le reclamaba.

»Me resigné, cambiando simplemente la habitación por otra más alegre, donde, preguntando todos los días el enfermo por el viaje, esperó inútilmente ver cumplido su deseo de ir a Marsella. Desde la ventana

7. La señora M. Altamira de Acosta.

de esta segunda habitación, se dedicaba a contemplar la plaza adonde de buena gana bajaría —dijo un día— para poder dar la mano a los españoles que había en Montauban que no se atrevían a subir a verle. Otras veces mirando la puerta de la Catedral, que veía mejor que desde el otro cuarto, repetía con su insistencia de enfermo el deseo de conocer al obispo. En los últimos días de octubre, creo que fue el 28, y encontrándose en el cuarto de Saravia leyendo el periódico, no sé qué amigo llegó espantado al verle con él en la mano, y se apresuró a decir a Saravia la única causa que le llevaba al hotel por si no lo habían visto: que el periódico traía la noticia de tu condena. Arrebatándoselo materialmente, le dejaron no sólo a él, sino a mí, de tal manera asombrados, que me salí de allí para averiguar qué pasaba. Querían evitarle según me dijeron la información de la condena de Companys. No conseguí leerlo como yo quería, porque el periódico desapareció. Otra noche de terrible angustia creyéndome de nuevo engañada, cosa que comprobé nada más despertar. Tras la resistencia de Saravia a que se me dijera, y venciendo los que opinaban de muy distinto modo, me contó al fin la verdad de todo lo que habían leído: Habías sido juzgado en juicio sumarísimo y condenado. Sin moverme de su cuarto adonde me habían llamado, me puse a redactar cables para los amigos y enemigos repartidos por el mundo, que pudieran ayudarnos a evitar tu fusilamiento. Y en seguida, acompañada por la monja, me fui a ver al obispo, quien recibiéndome en al acto, trató de calmarme y consolarme. Dictó dos cables, dirigido uno a Franco y otro a Roma, entregándomelos a mí para mayor tranquilidad, siendo yo la que los cursara. A la mañana siguiente, alarmado por no haber recibido contestación de España, se presentó en el hotel para recibir noticias. Fue cuando ya una vez allí pasó a ver a nuestro enfermo, al que, ignorante de cuanto ocurría, le hicimos creer que su presencia no se debía a otra cosa que al deseo de saludarle. Muy complacido y sonriente, sentado al lado de la chimenea, en el corto tiempo que estuvo, le habló de ti, de los niños, de su juventud en la Universidad del Escorial, en fin, de cuanto le preocupaba, sobre todo de vosotros, como una idea fija. Poco más pudo decirle porque ya estaba muy mal. El obispo, viendo sin duda que se cansaba, nos dejó en seguida. No le volvimos a ver más; seguía sí interesándose por tu suerte, hasta que enterado de su extrema gravedad, volvió de nuevo a vernos, esta vez acompañado por un cura español refugiado en Francia, a quien yo no conocía, y que llevaba la pretensión de entrar a verle. Aun cuando el enfermo de nada se daba cuenta, no accedí a que lo

hiciera, y sí al obispo a quien tantas veces reclamó. Así terminé, al fin, sin saber si cumplía con lo que él quería. Atormentada con que alguien pudiera importunarle, llegué incluso a echar la llave de la puerta de mi cuarto, donde yo sola con mi enfermo, apenas si entró nadie más que Saravia y Antonio, que lo hacían por la habitación que se comunicaba con la nuestra. Ya por la noche, pasadas las diez, con Antonio a mi lado, viéndole morir y angustiada por mi soledad en aquel dolor, le encargué que llamara a Saravia, reunido en su habitación con unos amigos. Una vez Saravia conmigo, también por encargo mío, Antonio salió de nuevo en busca de la monja, y ésta más tarde, cumpliendo mis deseos igualmente, volvió acompañando al obispo. Minutos después,[8] nuestro enfermo expiraba, sin que yo, falta ya de resistencia, pudiera darme cuenta de nada hasta que al cabo de no sé si horas o segundos, porque nunca he vuelto a tener noción del tiempo pasado, me encontré echada en la cama de la habitación de al lado, rodeada de los amigos que me acompañaban. No pude volver a mi cuarto; sólo a la mañana siguiente quise entrar por última vez, pero de nuevo las fuerzas me faltaban para quedarme allí como quería, y tuve que salirme antes de verlos marchar.[9]... El Ministro de México, que con todo el personal de la Legación asistió al entierro, me llevó ese mismo día a Vichy, haciendo que conmigo vinieran también Saravia y Antonio. Antes de salir de Montauban, quise que Saravia me acompañara para despedirme del obispo. Y encargados quedaron algunos amigos de hacer como yo quería los arreglos del cemen-

8. A las 11,45 de la noche del 3 de noviembre. Las personas que estaban en la habitación eran: El general Hernández Saravia, el señor Francisco Galicia, el obispo Monseñor Theas, la monja Soeur Ignace y el señor Antonio Lot. (Testimonio de la señora Dolores de Rivas Cherif, viuda de Azaña.)

9. La última página del borrador de Cipriano de Rivas Cherif, sustituida luego por la carta de la hermana aquí reproducida, decía: «Pero mi hermana no puede asistir, falta de fuerzas, al último viaje de su marido por la tierra.» (Él ha dicho y repetido siempre que no le levanten, por nada ni por nadie, de allí donde se muera. Pocos meses antes, se ha estremecido de horror al enterarse de la macabra caminata falangista de Alicante al Escorial con el cuerpo de José-Antonio Primo de Rivera, como en *La Pluma* se reía, igualmente horrorizado, de los traslados de los Románticos al Panteón de Hombres Ilustres, o caricaturizaba en magnífico ensayo humorístico no sé qué remoción de los ruesos del Cid.) Las publicaciones aludidas son: «Quintana, en la infausta remoción de sus huesos» (*Plumas y Palabras,* pp. 160-161) y «Auto de las Cortes de Burgos o triple llave al sepulcro del Cid y divino zancarrón», publicado en *La Pluma,* en el número 15 de agosto de 1921, y reproducido en *O.C.,* I, pp. 641-648.

terio: Simplemente una lápida de piedra con dos cipreses a su cabecera, y en la piedra una cruz de bronce sobre la inscripción:

MANUEL AZAÑA
1880-1940

»Dime —dice mi hermana en su carta de entonces— que no he hecho mal.»

Has hecho bien.

Él ya tiene lo que *quería*: *Su paz.*

APÉNDICE

Epistolario Manuel Azaña - Cipriano de Rivas Cherif

1921 - 1937

constituido por

Carteo de 1921-1922
Carteo de 1924
Carteo de 1925
Cartas de Manuel Azaña a Rivas Cherif de 1927
Cartas de Manuel Azaña a Rivas Cherif de 1934
Cartas de Manuel Azaña a Rivas Cherif de 1936
Una carta de Manuel Azaña a Rivas Cherif de 1937

APÉNDICE

EPISTOLARIO MANUEL AZAÑA - CIRILIANO DE RIVAS CHERIF

1921 - 1937

constituido por

Cartas de 1921-1922
Cartas de 1924
Cartas de 1925
Cartas de Manuel Azaña a Rivas Cherif de 1927
Cartas de Manuel Azaña a Rivas Cherif de 1934
Cartas de Manuel Azaña a Rivas Cherif de 1936
Una carta de Manuel Azaña a Rivas Cherif de 1937

EPISTOLARIO DE MANUEL AZAÑA CON CIPRIANO DE RIVAS CHERIF

Este epistolario constituye siete calas de importancia variable en otras tantas épocas de la vida de Manuel Azaña: 1921 a 1922; el verano de 1924; los siete primeros meses de 1925; la segunda mitad de 1927; la segunda mitad de 1934; los meses de febrero - junio de 1936, y un momento del verano de 1937. En cada grupo de cartas predomina una o varias de las facetas de su personalidad: director y escritor de la revista *La Pluma*; letrado del Ministerio de Gracia y Justicia y activista republicano clandestino; novelista del *Jardín de los Frailes* y biógrafo de don Juan Valera; contertulio de escritores y hombres de cultura; hombre enamorado; político perseguido; «ídolo» de multitudes, y político ensalzado a la Presidencia del Gobierno y de la República; Presidente de España en guerra civil.

Entreverados con los temas predominantes de las épocas señaladas, aparecen en todo momento los rasgos de cuyo conjunto se va dibujando su humanidad. Enumerarlos no tendría objeto, quedando como quedan a disposición inmediata del lector; pero sí es menester hacer hincapié en el hecho de que si bien los rasgos de todo ser humano —los datos más externos de su actuación en la vida *visible,* tanto como los datos de su *interior*— pueden ser proyectados como síntesis total de su personalidad, no es lícito hacerlo sin tener en cuenta las circunstancias en que se da cada uno de ellos. El valor existencial auténtico de cada dato deriva de que sea visto y comprendido en función del medio en que se da y del momento en que se produce en el tiempo. Quien no lo entienda así, escamotea a la historia —de una vida individual como de una colectividad— el significado de sus signos exteriores, y convierte a és-

tos en meras señales arbitrarias sin valor comunicativo alguno. O los tergiversa, sacándolos totalmente de *su* historia que es *la* historia.

Por otra parte, es obvio que nadie puede reconstruir totalmente el entorno de una vida humana. Lo más que se logra es una aproximación, que a veces trasluce una tensión, casi desesperanzada, por rescatar de la nada el tesoro que encierra esa vida; desesperanzada porque quien se somete a esa tensión sabe que en el fondo sólo logrará rescatar una parcela mínima de lo que verdaderamente se quiere rescatar, que es el *ser*. Con todo, la operación de rescate vale la pena, si aceptamos con humildad que forzosamente lo que resulte de ese rescate es sólo una reconstrucción, un rompecabezas parcialmente juntado, con algunas superficies encajadas y otras sueltas o huecas, como presencia de un misterio más allá de toda causa identificable.

Tengo para mí que lo anterior se aplica sobre todo a un epistolario privado, como en este caso, que no fue pensado para ser publicado; leerlo es como escuchar unas conversaciones al azar y que sin un mínimo de reconstrucción de su entorno, al azar, quedarían sin significado. Afortunadamente, el texto de *Retrato de un desconocido* nos proporciona un marco lo suficientemente amplio para abarcar estos carteos y permitirnos situarlos con certera aproximación y del modo que corresponde; si no totalmente, en gran parte por lo menos. Las notas al pie de página y las referencias al texto o viceversa, se proponen cumplir con este objetivo hasta donde es posible, suponiendo también un mínimo conocimiento de la época y de las personas. Algunas alusiones quedan sin identificar porque explicarlas todas sería tarea fuera de los límites de esta edición: tal los nombres y los pequeños episodios de la vida cultural de Madrid en los años 1920-27, frecuentemente mencionados.

El estilo

Tanto Azaña como Rivas Cherif eran grandes conversadores y gustaban de la narración detallada y de la comunicabilidad que sólo por medio de la palabra se cumple cabalmente. Escribe Azaña: «Hablar es un placer, de los más vivos que se ha procurado la inteligencia. Como otros grandes placeres, el de hablar es contagioso y comunicable; mejor dicho, el placer personal de quien habla se halla sujeto a la condición de

suscitar un placer correlativo en los oyentes: el placer de ser hablado.» (*Cervantes y la invención del Quijote,* O.C., I, p. 1.097). Acostumbrados a un diálogo continuo, las cartas parecen su extensión, y reflejan por lo tanto un estilo de habla sumamente familiar, hasta el punto de que recurren a modos de decir que denotan estar restringidos al grupo estricto de miembros de una misma familia o de un reducido grupo de amigos frecuentados casi a diario.

Especialmente Rivas Cherif, hombre esencialmente dedicado al teatro, más que reportar la conversación con una persona, solía repetirla mímicamente, dándole la entonación y la pronunciación del hablante. De ahí que utilice mucho el subrayado de palabras, indicando o bien inflexión de voz, o una particularidad de la pronunciación. También se puede observar esta costumbre en las cartas de Azaña desde muy joven, como lo demuestran las que se conservan a su amigo de Alcalá de Henares en los años 1898-1918 (tomo III de las *Obras Completas*). Entre varias modalidades estilísticas de estos carteos, cabe hacer notar una bastante singular, por la frecuencia con que ocurre: Tanto Azaña como Rivas Cherif cambian el tiempo verbal para lograr algún matiz especial. Por ejemplo. «¿Tú qué decías?» en lugar de «¿Tú qué dices, qué piensas?»; «¿Tú qué sabías?» por «Tú, ¿qué sabes?». Indudablemente esto tenía un origen anecdótico en la experiencia común de los dos amigos, que les hizo gracia y que repiten como un cliché de sobra conocido. En algunos casos, esto produce un efecto cómico; en otros es como una suavización de un concepto que parecería más áspero dicho normalmente. En todo caso, es una afinidad de estilo humorístico-afectiva entre dos personas o pocas más, que poseen un lenguaje en común, con un eco de resonancias reducido proveniente de expresiones acuñadas a viva voz, y difícilmente transmisible en todo su colorido a una colectividad mayor.

La grafía

Las cartas están escritas a vuela pluma; quizás por eso Azaña no se detenía a poner los acentos casi nunca (rasgo por lo demás bastante frecuente entre escritores e incluso gramáticos de profesión); no hace nunca tachaduras y aprovecha todo el espacio del papel, sin dejar apenas márgenes. La letra de los años 1921-1925 es de tamaño mayor que

la de 1927-1937, pero menos uniforme; no siempre es inteligible a primera vista; algunas palabras han quedado sin descifrar, sobre todo tratándose de nombres de persona.

La letra de Rivas Cherif es bastante uniforme, clara y espaciada, igualmente sin tachaduras y sólo rara vez con algún remiendo ininteligible.[1]

1. Las cartas se han reproducido respetando las particularidades ortográficas de los autores: por ejemplo, frecuentemente no aparece el signo inicial de la interjección o de la interrogación.

CARTEO DE 1921 y 1922

Las cartas de estos dos años van referidas especialmente al capítulo XII *La Pluma,* pues esta revista constituye su tema principal.

La correspondencia de 1921 ocurre entre Rivas Cherif, que ha ido de veraneo con su familia a la casa solariega de Villalba de los Alcores (Valladolid), y Azaña en Madrid. No está completa, como se infiere por las fechas. Hay 6 de Rivas Cherif desde Villalba de los Alcores y sólo 3 de Azaña desde Madrid. La primera existente es del 11 de agosto y la última del 19 de octubre. Hay que tener en cuenta la interrupción de la correspondencia por la visita que Azaña hace a la familia de Rivas Cherif a partir del 12 o 13 de septiembre.

Del carteo de 1922, entre Rivas Cherif en Zamora y Azaña en Madrid, no hay más que 3 cartas de Rivas Cherif contra 10 de Azaña. Aparte de las que se hayan perdido, Rivas Cherif hizo algún viaje a Madrid y conversaron por teléfono en algún momento en lugar de escribir. Hay cinco cartas de Azaña sin indicación de fecha en absoluto, que han sido ordenadas cronológicamente en base a lo que el contenido parece indicar.

Algunas, más que cartas, son breves comunicaciones de tipo práctico en lo referente a *La Pluma,* y al trabajo de Rivas Cherif en Zamora, a propósito del cual nos dice él mismo: «Por su consejo e influencia había solicitado un Registro interino vacante en Madrid en la primavera del año 22, por si se daba el albur de que me lo dieran y con ello la seguridad de unos cuantos miles de duros en el bolsillo, sin más trabajo que el de firmar las inscripciones estrictamente legales. No me dieron el que pedía, pero presumiendo el Director, conocido mío, que me pudiera interesar, como a tantos otros aspirantes en trance de oposiciones, el hacer las prácticas pertinentes, me vi sorprendido con la interinidad del Registro de Zamora. Mi amigo y valedor me instó a

que aceptara, tanto más cuanto que nada tenía que hacer aquel verano y no me vendrían mal los miles de pesetas que me reportara el cargo. Regocijábale la aventura, por lo poquísimo que yo tenía de oficinista.» [1]

Villalba de los Alcores 11 de Agosto (1921)

Querido Manolo: Te incluyo la carta que he recibido de Ángel de Gregorio, y tu verás si vale la pena de indicarle algo o no. Yo no sé verdaderamente qué hacer, porque es un hombre a quien casi no conozco y que no sé por qué —es decir, sí, por aquello de «dime con quien andas»— no me merece una gran confianza así de primeras. Que tiene dinero o que lo sabe buscar no cabe duda, porque está reciente lo del Español, que no ha sido él solo, ni por lo tanto exageración suya, a decirme lo que se ha gastado. Al contestarle recientemente a la que él me escribió desde Valencia disculpándose de no haber asistido a la cita del Regina, le decía yo que me hubiera gustado hablar con él de lo del teatro y de cosas de otro orden. A eso se refiere. Por otra parte, el que me pida traducciones —él ignora seguramente las *Ediciones de La Pluma,* y creo que *La Pluma* misma, no me da muy buena espina. Sin embargo, si tú crees que se debe o se puede insinuar algo puesto que parece que *toma varas,* se le escribe con un primer *toque,* susceptible de ser aclarado en sucesivos pourparleos o de saldar a las primeras de cambio con un *fin de non recevoir.* No creas que tengo un interés muy grande en interesar al Sr. De Gregorio, pero por otro lado pienso que... quien sabe... ¡como dicen que donde menos se piensa salta la liebre! Y ese señor debe de pensar muy poco... Dime, pues, sin ambages tu parecer.

Esta mañana he estado en Valdebusto,[1] y esta tarde en La Esperanza,[2] que me han producido tan desagradable impresión como todo. Además esta tarde se han desencadenado con un viento terrible los grrrrrandes friiiiios de Agosssssto. Pienso que esta noche tendréis que ir a tomar chocolate ladrillo a Kutz en lugar de la bolita y el limón vallisoletanos.[3] Ma-

---

1. Del manuscrito, nota inédita, del *Retrato de un desconocido.*
1. Finca llamada «Colonia agraria» de doña Natalia de Rivas, tía paterna de C.R.Ch. Véase pág. 107.
2. Pequeña finca de la familia Rivas Cherif muy cerca de Villalba de los Alcores.
3. Alusión al café «Valladolid» de Madrid.

ñana me pongo ya a trebajar. ¡Ah! ¿Te acuerdas de cuando fuimos a San Rafael? Pues me estoy pelando ya como entonces.

Recibe un abrazo de tu abrumadillo

Cipri

(Madrid) 27 de Agosto (1921)

Querido Cipriano: He recibido tu postal, y al recoger esta tarde la otra serie de ciento, me han dicho que lo del título es cosa de la imprenta; de modo que se lo diré a Sáez [1] el lunes, para si lo quiere hacer, que lo haga pronto. Esta 2.ª serie no está tan bien como la otra, porque la prueba era peor. Los dos clichés quedan en mi poder hasta que vengas; mandártelos ahora sería tanto como enviarlos a la destrucción... Ahora voy a poner un certificado con El Hijo, La Madre Ballena, y el libro de Alberto Guillén, para que hagas sendas notas, si quieres.

He tenido carta de R. Marquina. No tiene traducido el cuento que yo le pedía; dice que es bastante largo, y *que si yo quiero,* lo traducirá. Le contesto que lo traduzca, si cree que puede caber en 20 págs de La Pluma, o en dos números, a 20 págs. cada uno, si es tan largo; o que traduzca otro del mismo autor, más breve. Le ofrezco pagarle como un artículo, quedándose él con la disposición de su traducción. Y le encargo que hable con *Doña Víctor* para ver si le traduce Solitut. A Unamuno he vuelto a escribirle pidiéndole original para Octubre; le ofrezco 100 pts. ¿Es poco? Ya le digo que nos escriba con franqueza lo que desea. Te mando la carta de La Serna. Creo que se le puede contestar agradeciéndole el envío, aceptándolo en principio, y quedando en arreglarlo definitivamente en Octubre, a tu regreso, cuando planeemos la continuación de la serie 1. La novela tiene el inconveniente de su recentísima publicación.

Ha llegado crónica de Bertaut. A Puccini le dije en mi carta que te enviara a ti directamente el *articolo.*

De modo que para el n.º de Septiembre tenemos: Disparata; Moros y cristianos (páginas inactuales); versos de Domenchina; El alarbe [2] (si no te ríes de él es que estás muy hipocondriaquito); crónicas de P. Colin, Bertaut, y creo que de Puccini; y las notas que envíes, más las que hay aquí. Está bien, pero me parece poca literatura; si lo de Catalá hubiera llegado a tiempo, muy bien; pero no hay que contar con ello ahora. Así es que casi estoy por dar el principio del Jardín de los Frailes, pedazo que

1. Los hermanos Sáez, impresores de *La Pluma.*
2. *Si el alarbe tornase vencedor,* artículo de Azaña, incluido en O.C., I, p. 648-655, firmado con el pseudónimo de «Cardenio».

ya conoces, y de aquí a Octubre, a ver si puedo rellenar los huecos que hay, para seguir dándolo.[3] Lo de hacer tirada aparte con la misma composición de La Pluma, tiene algunos inconvenientes, porque hay que hacer imposición nueva, quitando folios, paginación, cabecera, firma, etc., y complica además el ajuste, para que haga pliego entero. Va a ser mejor no tirarlo ahora en libro, y hacer después otro, más bonito.

Moreno Villa me ha escrito, excusándose por la tardanza en contestar y mostrándose de acuerdo en todo. Bueno. A Salazar se conoce que le has regañado mucho, porque no me ha pedido los números.

Espero el *Camarada,*[4] y seré intransigente con sus defectos. Lo que me leíste me gustó. Si está todo así, está bien. El cuento que has mandado es peor que los otros ya publicados en La Pluma. Encuentro duro y premioso el estilo (¿ibas inventándolo al escribir?) y sobre todo, que parecen tres cuentos diferentes, empezados a contar por sitios distintos. A mí me parece que este defecto viene de que no *afrontas ninguna escena,* sino que todo está dicho *que pasó.* A mi parecer, en cosa tan breve como estos cuentos, se debe poner un dialogo, un suceso, enfin una escena, muy fuerte (fuerte, por alguno de los muchos modos de ser fuerte) y lo demás en turno, más bajo. Si no, ocurre lo que con las comedias de los Quintero, que pasan entre bastidores. Bueno; no nos ensañemos con tu cuento, después de todo! ¿Y el otro que decías?

Por aquí, lo de siempre. Hoyos interrogante, Bilbao eruptante, Barroso durmiente, Sindulfo[5] sonriente. Espinosa nos desprecia, al fin. Y el Sr. Echevarría, como el doctor se ha ido a Maroc, nos busca por las noches y nos lleva en su auto a Parisiana. Dos veces hemos estado. Bilbao se negó a entender el Faraón; y la 2.ª noche, como Echevarría le dijo que se cepillara, no quiso pasar de la puerta. Ya les he dicho que no vuelvo más, porque este ricacho, como otros, necesita una corte *con quien no hablar* (por cierto) y ahora nos busca, porque se ha quedado solo, y todo el verano ha estado viéndonos, sin venir a buscarnos, ni hacernos caso. Conmigo no cuenta. Según dice Sindulfo, Bilbao está ya inaguantable; ahora le ha dado por no cenar, y erupta menos; es una ventaja. Se ha quedado solo en su casa, y la criada parió, y no le guisa; come en casa de un primo suyo, que es lechero, y se queja de que no hay allí ambiente literario. Creemos que no cena por timidez. Además cree que es muy gracioso y muy original no llevar dinero; enfin, para darse de baja.

Te supongo enterado de la boda de Beruete, y de la muerte de Tomás Morales. Beruete, según su novia, tiene 39 años! ¡Ya se lo dirán de misas!

Ah! Parece arrangé lo de España.[6] El Sr. Sabino viene de Bilbao a ser

3. Véase pág. 104 del *Retrato.*
4. Novela de C.R.Ch. publicada por *La Pluma*: *Un Camarada Más.*
5. Sindulfo de La Fuente.
6. La revista *España.*

gerente. Consejo de Admon: Luis Bilbao, Araquistáin, Barcia, Sánchez Díaz, Amós. Esto me dijo Bilbao que *ponía* en unos papeles enviados por Sabino; pero con las explicaderas de nuestro amigo no pude sacar si era un proyecto o ya hecho. Creo que Amós viene uno de estos días.

También parece cosa cierta que tu tío Santiago Alba[7] y el rey han *reñido muy mal* en la última consulta. El Alba le dijo al rey —sonsacado por éste— lo de su inteligencia con Silvestre, y creo que hubo la gran bronca. Con esto, y con no haber llamado a Melquíades,[8] parece ya seguro el porvenir del reformismo. Muchos recuerdos a tu familia.

Un abrazo de

Manolo

(Madrid) Miércoles, 7 septiembre (1921)

Querido Cipriano: Ayer, en cuanto recibí tu carta, me tiré de la cama, y fui corriendo al correo a poner el n.º para el Sr. de Badajoz. ¡Ya decía yo que pasarías a las antologías!

Por la tarde, al salir de la imprenta, fui a casa de Amós. Estuve allí un rato y luego le acompañé a Floralia, y me llevó de paseo, que fue breve, porque hubo tormenta, y, ¡oh dicha! lluvia *benéfica.* Nos metimos en Regina. Hablamos de cosas vagas, pero profundamente ininteresantes, con palabras comedidas. Averigüé que Amós no había leído *La Pluma* de Agosto. No tocamos punto alguno de importancia, le expliqué cómo van las ediciones, me escuchó, se mostró complacido, y nada más. Del semanario España nada sabe. Llegó después, Canedo,[1] de regreso de Zarauz, y el Sr. Rollin. Tras ligeros escarceos, me fui. Amós parecía conciliador, y me dijo que Canedo tiene para nosotros una novela, y no sé qué otra cosa. También me dijo Canedo que lo de «Muley Ismail», que me ofreció para La Pluma, y yo no acepté, va a salir, supongo que en *Indice.* Y esto es cuanto dan de sí los amiguitos, y las hirvientes tertulias literarias.

Esta mañana, *a las 8 y media,* fui a la imprenta; salí a las 12; he vuelto a las 3, y salgo ahora al anochecer. Tirada ya pliego y medio, y leídas y corregidas dos veces todas las pruebas, ya no vuelvo. Si salen erratas, *tant pis.* El sábado recibirás el n.º; así, cuando yo llegue, ya habrás tenido tiempo de sacarle todos los defectos. Ah! Hoy, a última hora, a pesar de tus notas y de lo largos que van algunos *articolos,* nos faltaban tres planas; he

7. «Tío» en broma. D. Santiago Alba era amigo de Don Mateo de Rivas Cuadrillero, padre de C.R.Ch.

8. Melquíades Álvarez, Jefe del Partido Reformista.

1. Enrique Díez-Canedo.

metido una de las poesías de Répide que estaban compuestas y se retiraron la otra vez.

Al venir me he encontrado con Marquina, que me ha ofrecido traducir un cuento del catalá para el n.º de Octubre.

He decidido marcharme el lunes por la mañana. Giraré visita de inspección a las puertas de las estaciones. Pero no vayas a tomarte la obligación de salir a Valladolid. Preguntando, preguntando, creo que llegaré incluso al *castello*.[2] Dime si quieres algún encargo, para llevarlo. Recuerdos. Un abrazo de

Manolo

(Sin fecha)[1] (8 de septiembre 1921)
(Madrid)

Querido Cipriano: He recibido los papeles que me has mandado. Mañana haré las correcciones y lo llevaré a la imprenta. No sé qué misteriosos éxitos has conseguido que no quieres declarar, prefiriendo guardártelos para ti. Ni sé tampoco cuándo te he tachado sentimentalismos .....[2] para que ahora te reserves tanto. Di que no te sientes porté a la confidencia, y es más claro.

No paro de escribir cartas, para dejar todo al día. ¡Queeee laaaata! Y ahí, en el solar, hay un hombre dando hachazos, y un galán albañil que consuela a una criada del principal y me marean con los delicados piropos y finas endechas con que se apedrean.

Douglas Goldring acepta la colaboración y empezará en Octubre. Dice que *el formato* de la revista es muy bonito, pero que él ¡alas! no lee el español *por él mismo*. Pide que se le pague en cuanto llegue el artículo, *before its actual publication!* Bueno. *English!* o Englishman, si te parece.

Como te decía ayer, iré el lunes, en el tren de la mañana. Creo que con este 2.º aviso, bastará. Si no, enviaré un propio.

A ver qué efecto te hace el n.º de La Pluma, ahora que te *has puesto de parroquiano,* en cuanto a su confección, y en mucha parte, en cuanto al texto. He puesto en el kiosco un letrero grandísimo anunciando el *Alarbe,* «profecía de la invasión marroquí». ¡A ver si nos lo cierran!

Recuerdos. Un abrazo de *Manolo*

2. Por «castillo». Alusión al castillo en ruinas de Villalba de los Alcores, propiedad de los Rivas Cherif. Véanse pp. 107-108.

1. La carta no lleva fecha en absoluto, pero se deduce de la frase «Como te decía ayer...» en referencia a la carta precedente que sí lleva la fecha.

2. Palabra ininteligible en el manuscrito.

Villalba de los Alcores 5 de Octubre (1921)

Querido don Manuel: Ahí te van tres notas más —y hasta otras tres te puedo mandar— pergeñadas entre los mareos, bascas, purgas y horrores de una indigestión que ya se me hace larga, y de que voy mejorando muy poco a poco. En la nota de *Gaspar y el quinto* falta un nombre: el del autor de Les croix de bois —¿Bertaud?—. Si no te acuerdas o no tienes medio a mano de comprobarlo, suprímelo. *¡Poecillo!* [1] Como nada sé de ti últimamente, ignoro si ha llegado la traducción prometida por Marquina, ni si has podido continuar *El jardín de los frailes*. Amós me escribió ayer interesándose por mi salud; me decía que habías estado a verle y que, aunque de nada hablasteis porque estaba de visita Canedo, suponía que nada especial tendrías que decirle.

Hoy nos ha cogido, de vuelta de La Esperanza, una tormenta de gran espectáculo. Mi hermana Lola me ha conferido un accésit extraordinario de cochero, porque dice que el premio es tuyo por la jornada conocida por la de «la cuesta de Matallana».[2]

¿Se le pasó del todo el arrechucho a tu cuñado? Todos te recuerdan y te saludan enternecidos.

Tuyo

Cipri

(Villalba de los Alcores) Viernes 7 (de Octubre 1921)

Querido Manolo: Recibo hoy tu carta del 5. Ahí te van las notas que faltaban y la continuación de la de Guillén. Arregla lo que tengas que arreglar para que case con el principio; creo que como va se une bien con los párrafos anteriores; pero, claro, no me acuerdo bien de si los términos con que empiezo repiten o no excesivamente las líneas anteriores. En todo caso, *eso* es cuanto *puedo* decir. Refúndelo como quieras. No he tenido tiempo esta tarde de traducirte esas estrofas. Sí, ahora trabajo; entre otras cosas porque no tengo otra cosa que hacer. Verdaderamente, yo debía estar ayudándote en Madrid; pero no te puedes figurar lo mal que me sentía días atrás. Ya estoy bien y hasta casi como. Tengo, por si acaso, pero no me hace falta ya, la receta del neutrácido, que me envió mi hermano. La vendimia empieza el Lunes, terminará con la semana. Así que el domingo o el lunes siguiente, es decir, el 16 o el 17, cuento con arribar a la Pros-

1. Por «pobrecillo».
2. Alusión el episodio narrado en pág. 112 del *Retrato*.

peridad.[1] No tengo ninguna gana de ir, pero me ha entrado fiebre de trabajo, y te prometo descargarte en cuanto esté en mi mano del engorro de la admon. Te mando esa carta de Amós. Ahora me escribe todos los días. *A pesar de todo*, creo que no debemos alarmarnos Estoy resuelto a perecer *Pluma* en ristre, ¡ea! Nada me dices de tu *Jardín de los Frailes.* Bueno, sí, envíame unos cuantos ejemplares de mi *Camarada*,[2] pocos. Cuando vaya *dedicaré* a las *amistades*. Ha regresado mi tía Natalia, trayéndonos noticia de un *posible* cuarto en la calle del Barquillo, ya casi esquina a Fernando VI, próximo a desalquilarse. No creo en fantasmas.

Tu cuñado, por lo que no dices, bien. Muchos recuerdos de todos. Nada me dices de si sales o no por las noches. ¿Qué haces, cuando ya nada te queda que hacer de revista y demás? ¿Ves como lo de Répide es pura haraganería? Me hace gracia lo de Cosmópolis, ¡qué estúpidos! Pero no me pienso dar por enterado. No faltaba más.

Tuyo

Cipri

No, no pases por la estupidez de la *i.* Yo se la suprimo en las transcripciones; aún sería discutible, pero admisible, si le publicásemos una poesía de otro engendro *autónomo*; pero esa sección de Letras extranjeras requiere uniformidad, por lo menos tipográfica. Díselo así. Y si se pica que coma ajos.

Villalba de los Alcores 13 de Octubre (1921)

Querido Manuel: He recibido tu última y la que me has mandado de Gómez de la S.[1] No te he contestado porque creía poder decirte ya que había recibido algún ejemplar del *Camarada*,[2] y con seguridad el día de la marcha. Como me decías que el Lunes se mandaba a la Sociedad, pienso si habrá pasado alguna pequeña catástrofe en la encuadernación, errata en la portada o cosa por el orden. Si es así, no te sulfures demasiado. Toma las cosas con filosofía. Parece que la vendimia terminará el Lunes, si no pueden acabar el domingo; contaremos con salir de aquí el Jueves. Hace un tiempo espléndido, hoy hemos comido en la Esperanza[3] con Fernando Cuadrillero[4] y su hija Trinidad. Me ha preguntado por ti y por el

1. Barrio de Madrid donde vivían los Rivas Cherif por aquella época.
2. Novela de R.Ch. Véase carta del 21 de agosto de 1921.
1. Ramón Gómez de la Serna.
2. Véase carta del 21 de agosto de 1921.
3. Véase carta del 11 de agosto de 1921.
4. Pariente de los Rivas Cherif.

registro policiaco. Mi prima me ha vuelto a pedir nuestros libritos. Cuando tengas tiempo, certifícale a Mayorga de Campos (Valladolid) Molino de Arriba, «Agua en Cisterna», «Silvia» y «El Hijo», «El camarada» se lo daré yo.

Amós me ha vuelto a escribir, ya verás la carta; en mi última, a la que contestó con la que te envié, volvía yo a insistir en lo de su *reserva* para conmigo, lo ha tomado por algo a que yo no me refería en aquel momento y me hace una breve síntesis de su *interés* por mí en cuanto se relaciona con Carmencita, muy significativa por el hincapié que hace en su *acendrado* cariño por mí. Aunque no ha dejado de alarmarme un poco lo de las revistas, le escribí una carta *muy buena,* que no somos incompatibles, y que estoy dispuesto a no matar *La Pluma* ni a prescindir de su mecenismo, del que estoy encantado y que no sé agradecerle más que continuando contra viento y marea, mucho más con viento y marea favorables. Creo que no debemos perder de vista a Gómez de la S. Ya hablaremos. El tiene interés. Y no es la primera vez que se gasta el dinero. Quizás por ahí agarráramos ayuda para la editorial. No es la 1ª vez que se me ha ocurrido. Lo que me dices de Canedo y mi teatro, me hace pensar que quieren dorarme una pildorita... Ya veremos lo que se les ocurre. Au reovir. ¡Qué poquísimo mosto! A Rufino[5] le da calentura solo de verlo ¡Señor!

Tuyo

Cipriano

(Villalba de los Alcores) 13 Oct.[1] (1921)

Querido Manuel: He recibido hoy, como dices en tu carta, ésta y los diez *Camaradas*.[2] En efecto, está mejor encuadernado. Supongo que ya le habrás mandado alguno a Amós. Envía otro a Carmen. Cuando vaya dedicaré los de los amigos. Los aplaudidos autores de mis días se han dado con avidez a su lectura. Desde el despacho le oigo decir a mi padre en el comedor que le parece caro... Hasta ahora no he podido saber qué más les ha parecido. Lola me ha dicho muy divertida que ya llega a lo del *tupi.*

Ahora sí que creo que dentro de ocho días estaré en esa. Llevaré terminada, gracias al pechugoncillo que le estoy dando, la *Filosofía de la Autoridad*, que me harán 500 beatas de Ruiz Castillo. Cuando llegue la emprenderé por fin con *Sexo y carácter,* ¿o es muy grande? Ya veremos como *saliemos*,[3] no? De Ruiz Castillo tengo tres tomos más, no sé por fin

5. Empleado agrícola de D. Mateo de Rivas. Véase pág. 108.
1. Son dos cartas del mismo día.
2. Por «diez ejemplares». Véase carta del 21 de agosto
3. Por «salimos».

qué será del nuevo editor Rodríguez; en cuanto al volumetto para Jiménez Fraud [4] ha de ser poca cosa.

No sé si alegrarme o no de ese espíritu resignado que muestras ¡incluso ante las madrugadas! ¿Pero de veras vas al Minis a las 9? Y que ya no vienen nunca los *lüber alles* [5]...

Por muy hermoso que esté ahí el tiempo no nos gana. Te has ido *a lo mejor*. Pero, por lo visto, te has puesto bueno en cuanto has llegado. Aquí ya estamos bien, después de un *envenenamiento definitivo* con unos pasteles de Rioseco, de que el señor Rufino, Lola y yo nos libramos únicamente.

¡Ya hemos echado fuera el verano! ¿Está ya el número? Quiero decir el original. Tardecillo va a salir, pero qué remedio. Noviembre será otro mes.

Muchas cosas de todos, y que te pasees. ¡Pobre Sindulfo! ¡Qué solo se debe sentir!

Un abrazo de

Cipri

Villalba 17 (de Octubre) 1921

Querido Manolo: Carmencita [1] no me escribe todos los días, tú casi has perdido esa costumbre; en cambio Amós me contesta a vuelta de correo. ¡Y qué cartas! No te mando la que he recibido hoy, porque no entenderías bien qué dice, y hasta te podrías figurar que he vuelto a consultarle *casos* de conciencia. Pero ya la leerás. ¿Pretenderá con estos entusiasmos *paternales* compensar su frialdad *mecenaria*? No acepto el cambio. Si me quiere *tanto*, me tiene que decir *cuánto*, ¿No te parece?

La carta tiene fecha 16. No me habla nada de haber recibido el libro. ¿Es que se te ha olvidado mandarle ejemplares? Quizás sea también que mi *historia amorosa* le interese más que mi literatura. ¡Como yo no soy *que* un hombre de placer!... [2]

Seguimos pensando salir de aquí el Jueves y llegar el Viernes por la mañana.

Tuyo

Cipriano

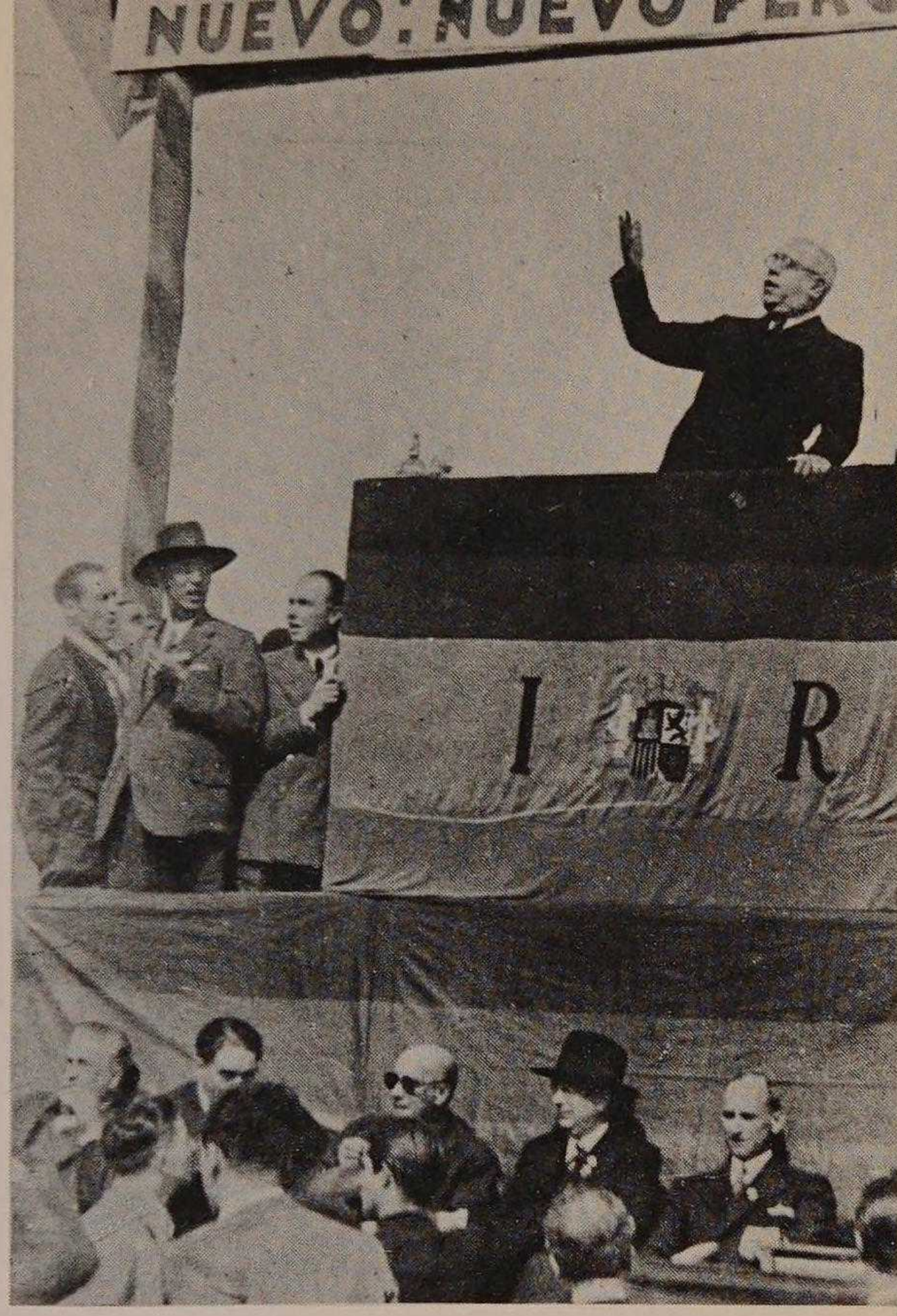
4. La editorial de don Alberto Jiménez Fraud.
5. Posible alusión a las clases de alemán que tomaba Azaña (*lüber* en el manuscrito, en lugar del correcto *über*).
6. Sindulfo de la Fuente.
1. Carmen Ibáñez Gallardo, con quien casará R.Ch. en 1929.
2. Galicismo humorísticamente intencionado.

Con su esposa en el barco *Sánchez Barcaiztegui* (1934).
«Me acostumbro a todo, con una facilidad que casi me deshonra a mis propios ojos. A esta vida me acomodo también, sobre todo si consigo no pensar en que estoy preso. Pero a veces, me acuerdo, y aunque sea poco heroico, me pongo de mal humor y me entristezco» (carta de 6 diciembre 1934).

Barcelona, 1934. De izquierda a derecha: Cipriano de Rivas Cherif, su hijo José Ramón, Manuel Azaña y Santiago Casares Quiroga.

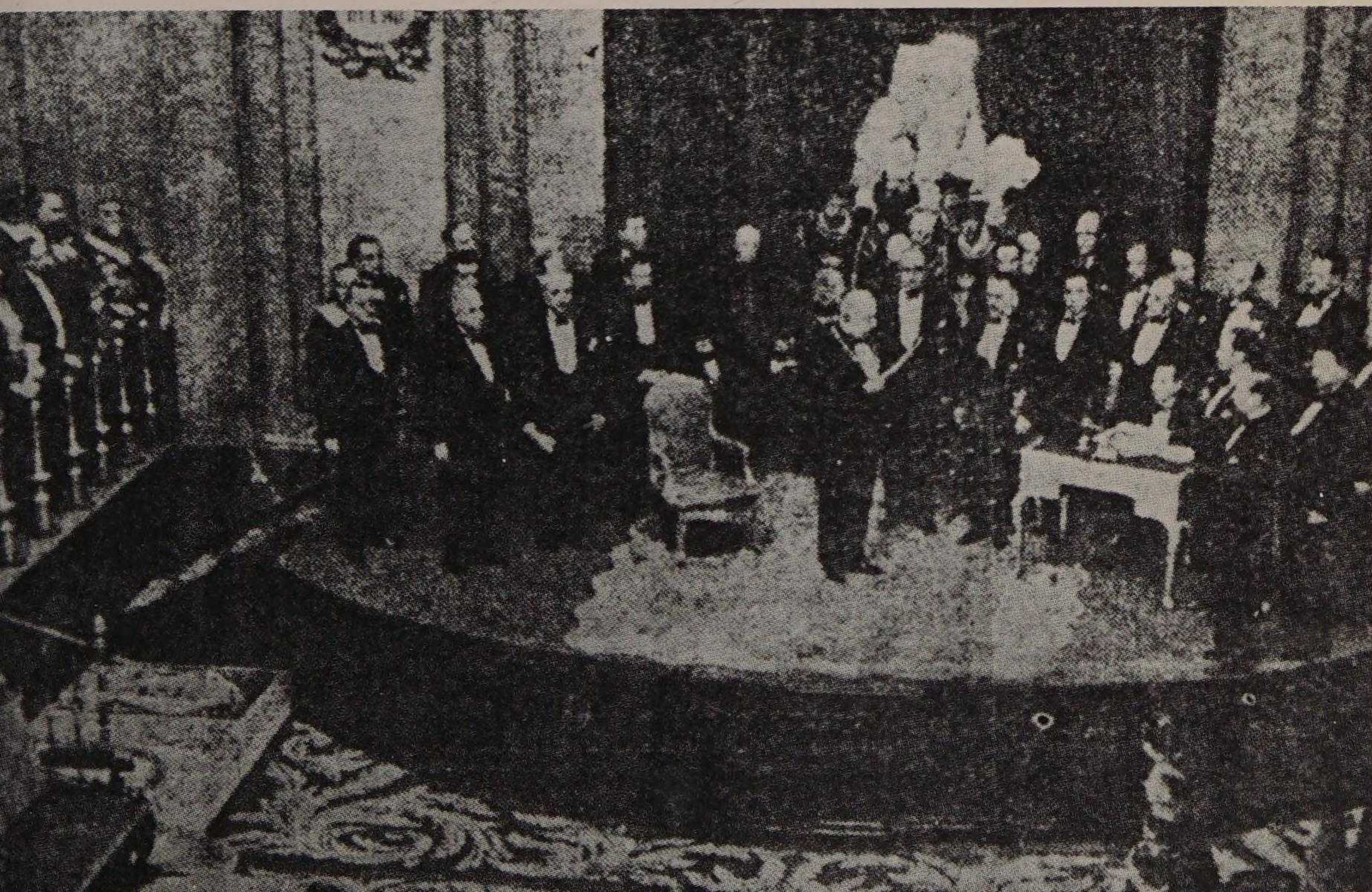
Manuel Azaña y Marcelino Domingo en el *Sánchez Barcaiztegui* (octubre 1934).

Manuel Azaña hablando en el mitin de la Plaza de Toros de Bilbao.



«¡Por España y por la República, todos a una!». Palabras finales del discurso pronunciado por Azaña en Comillas (Madrid), el 20 de octubre 1935.

«La ceremonia de la promesa, al día siguiente, en las Cortes, fue solemnísima e imponente (...). Asúa, en un muy rico escaño, me tomó la promesa» (de la carta de 14-18 mayo 1936).



El Instituto Oftálmico de Madrid convertido en Hospital de Sangre durante la guerra civil. De izquierda a derecha: dos heridos, Adelaida de Rivas Cherif, Rosita Riquelme, Dolores de Rivas Cherif de Azaña y una persona no identificada (julio-agosto 1936).

Manuel Azaña con el general Rojo. Frente de Madrid, noviembre 1937.

Valencia, 19 julio 1938. Manuel Azaña, Juan Negrín y Diego Martínez Barrio dirigiéndose al Ayuntamiento, desde donde aquél habló al país con motivo de cumplirse el segundo año del inicio de la guerra.

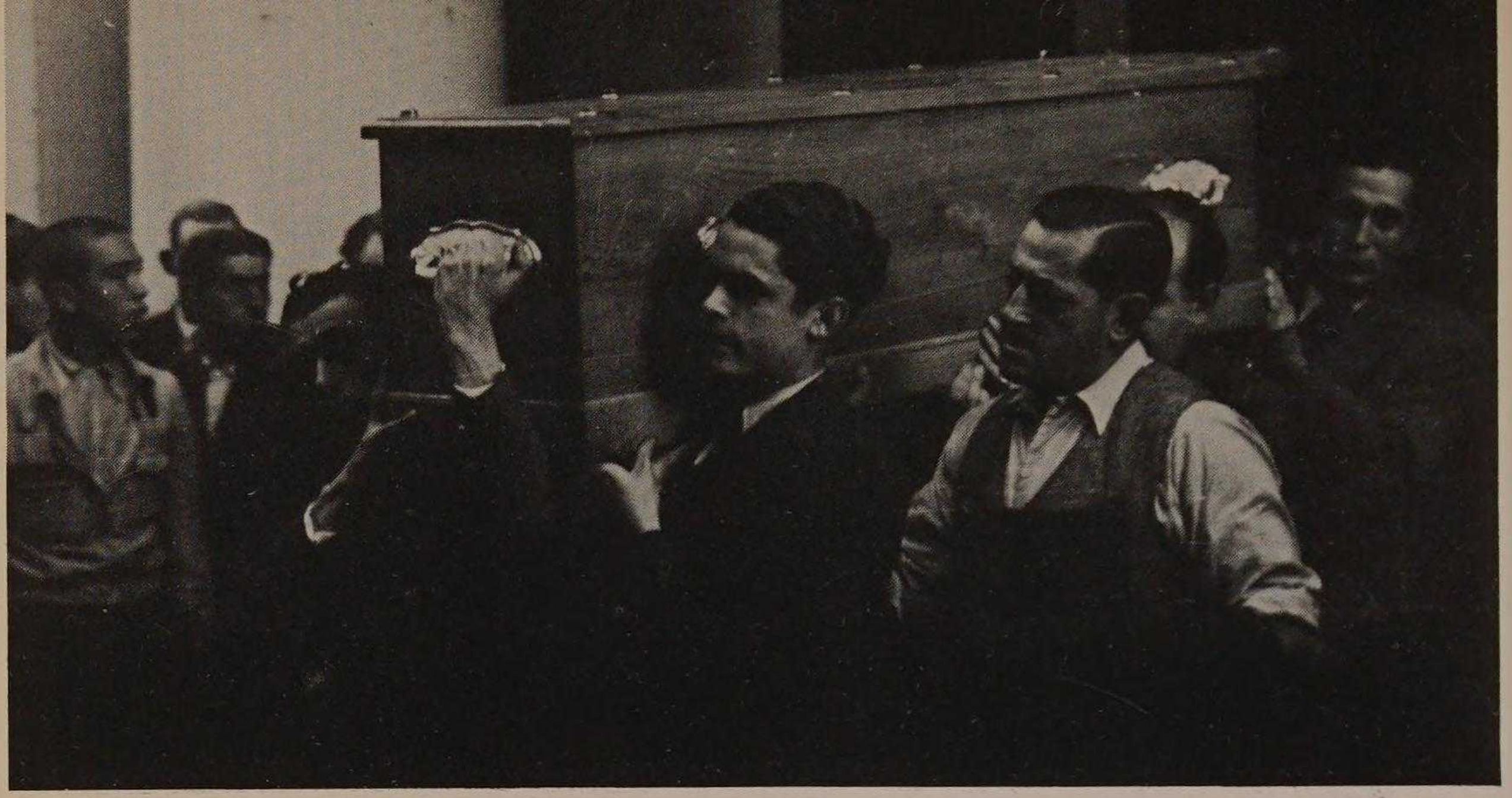
Manuel Azaña con el general Miaja durante una visita al frente de Madrid (noviembre 1937).

Madrid, noviembre 1937. Manuel Azaña en el Hospital para Obreros. «Había pocos heridos. Hablé con todos los de una sala.... Si a tales hombres se les pudiera *sonar,* como una moneda contra el mármol, el sonido declararía su calidad» (*Memorias,* II, p. 364 de 16 noviembre 1937). De espaldas, Juan Negrín. Al fondo, a la izquierda, Indalecio Prieto.

Alcalá de Henares, noviembre 1937. De izquierda a derecha: Juan Negrín, Manuel Azaña (detrás, José Giral), Indalecio Prieto, el general Miaja (detrás, Cándido Bolívar) y el Campesino.

Collonges-Sous-Salève, marzo de 1939. De izquierda a derecha, de pie: Carmen Ibáñez de Rivas Cherif, Manuel de Rivas Cherif, José Ramón de Rivas, Salud Lobo de Rivas Cherif, Cipriano de Rivas Cherif, Adelaida de Rivas Cherif, Dolores de Rivas Cherif de Azaña. Sentados, Carlos de Rivas, José Manuel de Rivas, Manuel Azaña con Susana de Rivas y Enrique de Rivas.

Última fotografía de Manuel Azaña, en junio de 1940. Arriba, derecha: la señora de Azaña; en medio, la hija de Rivas Cherif, Susana, y, a la izquierda, la hija de José Xirau.



Arriba: 4 de noviembre de 1940; entierro de Manuel Azaña, que falleció la víspera de ese día en el Hotel du Midi, en Montauban. En primer plano, sosteniendo el féretro, Antonio Lot. Abajo: la sepultura de Manuel Azaña en Montauban. «Él ya tiene lo que quería: Su paz... Él ha dicho y repetido siempre que no le levanten por nada ni por nadie, de allí donde se muera.» De la última página de *Retrato de un desconocido*.

Ayer se acabó la vendimia. ¡Qué desastre! Creo que no habrá para los gastos. Se cogerán unas 500 arrobas de vino...

(Madrid) 20 Junio (1922)

Querido Cipriano: me extraña no tener carta tuya. Te escribí el jueves de la semana pasada. Creí que no habrías recibido mi carta, pero ayer en tu casa me enseñaron una tuya, en la que repetías algo que yo te había contado de tu primo. ¿Era que ya no te tratabas? [1]

En esa mi última carta te decía lo de la recomendación hecha al Registrador de Toro, y te indicaba la conveniencia de que tu amigo el administrador de Villachica, retire el título del Registro de Toro y lo presente en Zamora; tenía curiosidad por saber si habíamos obtenido resultado.

Mañana sabré qué día se firma la escritura. Dificulto que pueda ser el sábado; si no, el lunes. Te avisaré con tiempo; en cuanto hable con Coronas. Mándame tu cédula personal.

La Pluma va a entrar en máquina. El Sr. La Serna se había marchado a Granada sin dejar el original. Llamé a varias puertas (Ayala,[2] Tenreiro) sin obtener nada. Pero ya volvió Ramón.

Contra la Sociedad de Librería han entablado pleito: Ragio, Yagües, Castillo y Fraud.[3] ¡Un lío! Ya te lo contaré, o te lo contará Valle, que no habla de otra cosa.

Me ha escrito Guillén una carta muy graciosa, en la que me cuenta que mandó a la Libertad un artículo refutando el tuyo sobre Unamuno, y no se lo publicaron. ¡Pobrecillo!

Cuando vengas tienes que firmar una carta de contestación a Barbusse.

También ha escrito Supervielle, dando las gracias.

¿Tienes tú el libro: La conquête de la joie? Si no, lo he perdido.

¿Has recibido un libro de un Sr. Reyes (Adolfo) hijo de Arturo Reyes? Me escribe preguntándolo.

Aún no hemos llegado a un acuerdo con la imprenta. Creo que se resolverá mañana.

Recuerdos a Viriato.

Abrazos

Manolo

1. Por «¿Es qué ya no te tratas?» Véase nota introductiva al Epistolario.
2. Ramón Pérez de Ayala.
3. Alberto Jiménez Fraud.

(Madrid, sin fecha) (Probablemente fines de junio de 1922)

Querido Cipriano: he recibido tu carta de hoy; te mando las de Falla y Giral, que abrí creyendo que traían artículos. El folleto de que habla Falla no ha llegado; pero no copiábamos nada.

Están tirando hoy La Pluma. No va nada de Serna.[1] Ayer me mandó el original, del tamaño de siempre, escrito la noche antes, diciéndome que el *novelista* va a escribir muchas novelas. ¡De ningún modo! Le he escrito una carta finísima, pero decisiva. Le doy 60 páginas de La Pluma, repartidas en tres n.os (Agosto, Octbre - Dic o Nov), según concluya para terminarlo; y después, que haga otras cosas. Precisamente le digo que hay que dar más variedad a los sumarios.

Como ponías que no salga más que un *continuará,* yo no tengo que publicar *Jardín*[2] hasta enero porque Valle *durará* hasta fin de año. Publico el Almanzor[3] en este nº; pero no hago más que explicar el símbolo; lo que pensaba añadir, sobre la guerra, no cabe. Y por no poner continuará, lo cierro en un punto... redondo. Si lo continúo, será con un título parecido, por no seguir con el defecto que queremos evitar.

Veo que no has perdido la fertilidad para inventar títulos de obras; me parece bien; así empecé yo, y al fin estoy escribiéndolas. En efecto, el *Tiro del sol* no me gustó nada; no me pareció atrevido, sino feo.

No sé si te gustará la disposición que he dado a tus *teatros*;[4] va en la sección de *Crónicas literarias*, a continuación de Colín; si no te gusta así, no se pone más.

Valle quiere *echarme a la abogacía*, para que gane dinero y ocupe un gran puesto en la política. La otra noche, no estando yo, planteó a la tertulia este problema: ¿Qué resorte le falta a Azaña? No se pusieron de acuerdo. A la noche siguiente me contaron las soluciones propuestas; Bilbao dijo que a mí me pasaba lo que a él; me indignó. ¡Figúrate que Valle opina que sé muy bien mi carrera! No me extraña que Ortega pase por filósofo. Cuando vengas, darás tu opinión. — Voy a corregir el 5º pliego. ¡Qué palito le dabas[5] a ese poeta pequeño! A tu amiguito Puccini le ponen verde en el Mercure; dicen que es un cabotin. El sábado o así tendrás el número, porque tengo que hacerlo yo solito.

Abrazos

Manolo

1. Ramón Gómez de la Serna.
2. *El Jardín de los Frailes.*
3. Artículo de Azaña, publicado en *La Pluma* en el número de julio de 1922 (y no en abril, como indica O.C., I., p. 451). Incluido en el volumen *Plumas y Palabras,* Edit. Crítica, 1976, pp. 129-136.
4. Se refiere a las crónicas teatrales de R.Ch. firmadas «Un crítico incipiente».
5. Por «le das».

(Sin fecha) * (Probablemente de principios de Julio de 1922)

Querido Cipriano: el otro día estuvo en este Centro un señor de Zamora o de sus alrededores y le dijo a Barahona que el interino se iba a ganar tantos miles de pesetas, porque había muchos documentos detenidos. Como yo le contesté a Barahona que las señas no eran esas hasta ahora, me advirtió que quizás los escribientes del Registro te escondan los documentos, si no han quedado contentos en el arreglo. Cerciórate, e indaga, porque ya son muchos los que dicen eso.

Veo que te diviertes. Solo te falta completar la carrera del Registrador casándote con la dueña de las mil fincas que no vas a inscribir. No importa que sea beata como la de tu primo; la pegaríamos un poco, a ver si se espabilaba. Ya me figuraba yo que Mirandita estaría en el fondo de la abyección! ¡Con que capilla y todo! ¡Pues que lo exhumen!

Ayer estuve en tu casa. Tu mamá leía Pandorge; tu papá fumaba un puro; tus hermanitas escribían a máquina. Todos están buenos. Nuestro contrato de *sociedaz* no estará despachado en la Delegación de Hacienda hasta fines de la semana que viene; después haremos la [1]. En la sociedad de librería grave crisis. Aguilar ha dimitido; después me han dicho que lo han destituído; luego que le van a reponer en el cargo. No sé cuáles serán las últimas noticias, porque hace unos días que no veo a la tertulia. Por cierto: invitados en casa de Echevarría Pilar Zubiaurre, Valle y Encina, el crítico de arte no asistió ni se excusó...

Hay una exposición de dibujos muy bonita, con cosas de Madrid de mucho interés. Allí saludé ayer de lejos a Doña Carmen. Después me encontré a Donoso, que está, claro, contentísimo porque Ortega ha comido con el Rey.

Con que me estás agradecido? Qué idiota eras [2] en Zamora! Dices cosas como si *ibas* [3] a casa de los Sres de Fortún! [4]

Tu familia me ha leído una carta, y veo con placer que calificas los documentos como un hipotecario experto. ¡A ver si tu disposición es venir a este Centro!

Espero esas otras notas, que no son de calificación sino de crítica.

Recuerdos al arciprestre o arcediano de Toro.

Abrazos de Manolo

* Membrete: Ministerio de Gracia y Justicia —Dirección General de los Registros y del Notariado

1. Palabra ininteligible. Probablemente «letra».
2. Por «eres»
3. Por «si fueses».
4. La familia de Fernando Fortún, véase pág. 28, nota 1.

(Sin fecha) (Probablemente precede a la del 5 de julio de 1922)

Querido Cipriano: esta mañana he certificado los paquetes con n.os de La Pluma, y libros; mañana te mandaré el otro. Habrás recibido mi postal, donde te explicaba lo de las facturas o vales.

No debes en modo alguno acceder a mudar el Registro; es cosa que no incumbe al interino;[1] al pago del alquiler no podrás sustraerte, me parece a mí, si el viejo es avaro. Lo de la retribución con el 50 % es demasiado. Eso se da *cuando no está el Registrador en su registro*; pero como tú estás, no tienes porqué pasar por ello; un 40 % es bastante. A ver si te cae algún asunto bueno, hombre!

Anoche fui a la tertulia, de la que faltaba hacía varios días. Valle está indignado con la comida de Ortega[2] (por eso te he recomendado que leas el Imparcial del Viernes), y dice cosas graciosísimas. Los demás, como siempre. Valle sigue dándole vueltas al disco de la Sociedad de Librería; tan pronto es lo mejor del mundo y tiene cien millones como van a suspender pagos. Voy a ver si consigo que nos entregue el original de su novela. Sabino (a quien he vuelto a dar otro *fregado* de los buenos), me dice que el precio de Saez por La Pluma es caro. Voy a ir con él a casa de Torreno a pedir precio por los cinco pliegos, y si nos sale más barato que en Saez (450 pts), nos mudamos de imprenta. Esto tendría el inconveniente de cambiar el aspecto tipográfico de la revista, pero el ahorro vale la pena; mi idea es hacer los 5 pliegos por el mismo dinero que cuestan los 4. Ha salido el n.º cuatro de *Indice*; ya no es amarillo, es blanco; aun no lo he recibido.

Los de España van a tratar de adquirir la casa donde está la revista, que se vende. Parece que Amós se presta a ayudarlos. Sabino ya no es partidario de Bilbao (ciudad). Se lamenta de que en España (nación) mueren muchos niños por no recibir una irrigación a tiempo... Es muy sentimental!

Con tu familia hablé ayer por teléfono. Sabrás cómo están buenos. Hace aquí un tiempo precioso; llueve a mares. Habremos echado fuera el verano? Pero este fresco ya no hay quien nos lo quite...! (creo que así se dice).

Es de temer que ya no puedas ser más interino —ni bueno ni malo— porque están preparando un decreto que reforma todo eso. Yo me voy a gastar los últimos cuartos que me quedan en asistir al banquete de la concentración! El albur callejero, como dice Valle! Yo trabajo lo que puedo, que no es mucho. Porque, quién se *emociona* con tanto calor como ha hecho? Supongo que estarás haciendo notas para la revista.

Por teléfono me dijeron de tu casa que habías recibido una citación

1. Véase introducción al Carteo de 1921-1922.
2. De José Ortega y Gasset con el Rey. Véase carta precedente.

de la ¿Asociación de Escritores? [3] —Ya contesté que estaban avisados de tu ausencia; pero como éste es uno de los asuntos de que no me hablas... no sé si hay algo que hacer.

Recuerdos a V i r i a t o. Abrazos de

Manolo

(Madrid) 5 Julio (1922) [1]

Querido Cipriano: te he mandado los nos de Junio y los libros que había para ti.

El descuento que podemos dar al librero por suscripciones nuevas es el 30 por 100.

La lista del concurso ya se publicó. Los nombramientos de los nuevos registradores (y compris Zamora) se harán el día 7 o el 8. Siento que haya fracasado lo de Toro, única justificación que hubiera tenido esta aventura.

Si no tienes queridas en Zamora, peor para ti, porque las que no tengas ahora no las tendrás a mis años, con el poco dinero que estabas teniendo.

Lo del viaje a París no me sorprende nada, nada. Te diré que estaba echándolo de menos, quiero decir que me extrañaba que no hubiese surgido el proyecto.

Algo escandaloso sería, en efecto; escándalo innecesario.

Por una parte claro es que no me importa; pero por otra, más apreciable, sí me importaría que hicieses una gansada.

Pero no opino nada, porque no sé cuáles motivos (de los varios que pudiera haber) te han inducido a desechar el proyecto.

Ya le pediré a Valle su obra. También espero que Tenreiro me envíe un cuento. Yo no he escrito nada. Hace un calor horroroso, y estoy con la cabeza como un bombo.

Barnés tiene mucha mano en Calpe. Gollach quiso hacerle gerente, y no aceptó. Ahora suele aconsejar al nuevo gerente, y le ha dicho que les conviene apoderarse de la edición de los mejores autores modernos; y en eso creo que andan.

Precisamente hoy me han contestado a la carta que escribí hace tanto tiempo a Calpe. Dicen que hasta fin de año no empezarán a vender en comisión. Es una evasiva; pero no quita nada a la gestión de Barnés.

Divertirse! Abrazos de

Manolo

3. En su número del 1.° de julio de 1922, el semanario *España* anuncia la creación de esta Asociación de Escritores, y Rivas Cherif aparece como uno de los secretarios.

1. Habiéndose perdido la carta de R.Ch. a la que está contestando, varias de las alusiones no tienen explicación.

(Sin fecha) (Probablemente entre 5 y 9 de julio 1922)

Querido Cipriano: He recibido ayer y hoy las notas. Ya están en la imprenta donde se disponen a darnos la lata. Ausente el Sr. Salvador, nadie sabe por donde se anda; van todavía haciendo poquito a poco el libro de .[1] Paciencia.

Sentiré que Amós haga comentarios con Sabino de lo que tú le hayas escrito; la cosa no es para tanto, y si ha de servir de algo, es lo mejor que se puede entre los dos. Fue que me dijo que, con motivo de la apertura del quiosco, nos había *probado*, había visto cómo hacíamos las cosas. Entonces le repliqué que eso era una pedantería intolerable, y que yo no me dejaba probar por él, y que si me dejaba sería en otras cosas que en abrir quioscos, porque al nuestro, y a lo que había dentro y alrededor me lo pasaba por debajo de la pierna. Se puso rojo: sopló, dijo que tenía razón. Pero esto... no te lo conté antes de marcharte? Creo que sí, ahora. Después me dijo, no sé qué día, que pensaba escribirte para que colaboraras en España. Me puse muy contento al oírle, porque estaba aguardando la ocasión para zarandearle por lo que hizo. Le dije que mejor sería no escribirte, para no ponerte en el caso de darle una mala respuesta, después de lo que había hecho contigo y con Humberto Rivas; que si a éste podía tratarlo mal, se había equivocado tomándote por un monigote, y había cometido una pifia gorda queriendo emplearte para *deplorar* a Canedo; que afortunadamente, tú eras una persona correcta, y no habías hecho caso de su invitación, mientras no te la dirigiera el Sr. Araquistáin; que había traspasado sus funciones, etc, etc. Quiso hacer el pillín, y me dijo que la forma no importaba, sino el *fondo*; y que el fondo estaba conseguido; que era quitar a Canedo los teatros. Le di otra carga mayor, explicándole que la forma era la buena educación, y la corrección; y que puesto que habría de aprenderlo así a fuerza de disgustos si continuaba en Madrid, valía más que yo se lo dijera de una vez claramente. Como le había salido mal, recogió velas, y contestó que todo era debido a una mala inteligencia, y a no ver[2] podido encontrarse con Canedo un día que le citó. Al separarnos me pidió *por favor* que te enviase recuerdos suyos. El sábado volvió a decirme que piensa escribirte; si lo hace, no lo trates mal, porque ya tiene bastante; pero en lo de no admitir propuestas de colaboración más que viniendo del director, creo que debes insistir.

Anoche, haciendo conversación de estas cosas, decía Bilbao que no se explica porqué, siendo tan amable Sabino y esforzándose por hacer amigos, no lo consigue; yo le contesté que se debe a que es un pobre hombre, bas-

1. Nombre ininteligible.
2. «y a no ver». Así en el manuscrito. Evidentemente, error de pluma en lugar de «no haber».

tante tonto, y demasiado novelesco, que quiere abrir con ganzúa las puertas que están de par en par.

Lo de la Sociedad de Librería parece que se arregla; se queda Aguilar, y no tomarán libros más que en comisión.

En el banquete de concentración (¡qué hambre! ¡qué liberales! ¡qué asquito!) vi a Don Mateo, y a tu consecuente primo Saracíbar. Estuve junto a Pérez Ayala y .[3] Habló mal D. Ramón Pérez: de Calleja, de la Serna, de Pedroso, de Espina, de Proust, de Calpe, de los que no alaban su novela, etc. etc. Elogió tus notas sobre RAMÓN[4] diciendo que te mantienes en loable reserva, sin alargar tanto la cuerda como hacen otros; porque en RAMON, no hay nada... Del banquete no te cuento nada; ya habrás leído el discurso de García Prieto...

Estuve en Calpe; vi a Gollach; quedó en contestarme; aún no lo ha hecho. Volveré mañana!

Había tomado en serio lo de los doce duros, porque no se conocía que fuese broma. Me preocupaba que pudiese costarte el dinero. Creo que estarás ahí hasta el 10 de julio; lo más hasta el 15, si ese registro obtiene alguien que tenga que ascender, porque entonces, tardan algunos días en expedir el título. El anuncio se publicó hace ya mucho.

No encuentro quien conozca a Laspra. Pero uno de los registradores que hay aquí en comisión se ha ofrecido a escribirle, como compañero. No creo que se consiga nada, ni aunque tú lo envíes, te sería fácil despacharlo a tiempo para cobrar.

Siento la visita que me anuncias; almuerzo en perspectiva. ¡Queee laaata!

El granizo sobrante de Zamora cayó aquí ayer tarde. A tu cuñadastro le debió de hacer algún chichón.

Que trabajes mucho en el Registro. ¿Y qué vas a escribir ahora?

Abrazos de

Manolo

(Madrid) 9 de Julio (1922)

Querido Don Cipriano: esta vez sí que no te tratabas.[1] Después de haber venido unos días a Madrid sin más fin que alborotar con tus salvajes pasiones, te has ido al parecer a darte importancia callando. Bueno.

Te mandé esas colecciones de libros que vas a regalar a tus queridas zamoranas. En esta te incluyo unas cartas que han llegado. Mañana te certificaré unos pocos libros, para que hagas notas.

3. Nombre ininteligible.
4. Ramón Gómez de la Serna.
1. Por «no te tratas».

Hoy he tenido una tarjeta de Colin, ofreciéndome una crónica.

Acabo de hablar con Barnés largamente. Le mandaré todos los prospectos que nos quedan, después de enmendarlos en lo del número de páginas. Van a intercalarlos en los libros que les vende Calpe. En cambio he pensado que podemos poner una hoja amarilla — como la del nº pasada — con la lista de sus obras, que me ha dado.

Barnés se ha interesado mucho por nuestros asuntos, y ha quedado en presentar en Calpe la proposición que yo hice a Gollach.

También ha indicado que Calpe podría quedarse con la revista, siendo tú y yo el *comité* director, con una participación. Pero yo le he dicho — sin rechazar en redondo esto— que preferimos seguir como estamos, dándole la exclusividad a Calpe mediante un mínimo tomado en firme. También le he hablado de nuestros libros en proyecto. Quedó en *pasar una nota* al gerente. Veremos.

Recuerdos de la tertulia. Abrazos de

Manolo

(Madrid) 11 Julio (1922)

Querido Cipriano: he recibido tu carta, y las segundas notas que mandas. Mañana entregaré en la imprenta: Cara de Plata (tres escenas de la 1ª jornada); R. Baroja: La gran corrida de toros; los versos (A. Quesada y Rivero); las *páginas inactuales* de Mendoza; [1] el artículo de Colin; el tuyo; los libros; cuatro o cinco páginas de revistas. Espero lo de Serna, y acabaré mi artículo *Almanzor*,[2] creo yo. Es todo el número.[3]

Lo de Baroja es una gansada muy grande; algo pesada pero muy graciosa en la idea, y que *a lo último* hace reir. Mal escrita.

Tenreiro me dice que me enviará mañana, o pasado su cuento, que yo le pedí para este número. Pero no va a cobrar, ni nos conviene darlo ahora, si va lo de Baroja. Creo que lo mismo le dará que se publique en Agosto. De todos modos le escribiré.

En la confección del número introduzco la variación de poner al comienzo (como el 1er de semestre, y de tomo, por ende) la portada y la anteportada, que poníamos en el medio pliego suelto que dábamos con el índice; y en las últimas cuatro páginas del nº de Diciembre se pone el índice. Más barato, y mejor.

1. Diego Hurtado de Mendoza. Es una selección de este autor, que *La Pluma* intitula: «De un ejército contra moros». Véase último párrafo del Capítulo XIII.
2. Artículo de Azaña, véase Carta de fines de junio de 1922.
3. Número 26 del mes de julio de 1922.

Eso de las señoritas me parece muy bueno. Yo creo que lo mejor sería que las violases ahora, a ver cómo resultan; porque a lo mejor, peregrinantes y todo, les gusta. Y si no, le pedías una indemnización por tus molestias. Mis consejos son buenos, sacados de la experiencia. Todo está en que tengan uno o dos o medio... Pero debes aprovechar los tiempos en que todavía causas impresión en provincias, y redimirte a metálico. Tiempo para hacer versos ya te quedará, aunque fuesen versos maldiciendo a tu señora. Porque tú vas a ganar tanto dinero en la vida como yo.

Si estuviese más joven, iba a que nos casáramos con las dos hermanas. Aumentábamos las páginas de La Pluma, y la calidad del papel. Si eran muy tontas, *no nos acostábamos!*

Te digo que no creo en la solución del affaire, porque observé en París los efectos de la ausencia...[4] Te ponías desesperado! Por lo demás, claro *es que soy muy dueño de pensar,* etc. etc.

Ayer han circulado los nombramientos nuevos. Me parece que te va a dar ahí Santiago. Pero tú echa bien la cuenta de lo que ganas cada día, y si ya no cubres gastos, lo mejor es que te vengas aquí con permiso del juez, y vuelvas solo a dar posesión al otro. El señor Hervella es un gran señor. Hoy he hablado por teléfono con Don Mateo.[5] El otro día tuve la visita de Julito, que vino a ver a Josefa con su *criá* y hablamos con *tu hermanita*, porque el joven se empeñó en llamar a su tía.

Has visto que se ha muerto López Marín. Pero tú, si conquistas a Doña Urraca de Zamora, no te entregarás a la crápula, ni serás subsecretario.

Recuerdos de los tertulianos

Manolo

(Madrid) 24 Julio (1922)

Querido Cipriano: supongo que ya habrás recibido La Pluma. La eché al correo el viernes, a última hora de la tarde. Te habrá hecho buena impresión. Para que veas que yo también sé hacer números.

Te mando el recibo de tu tía Bernarda para que tú se lo envíes, con ruego de que me mande por giro postal las 18 ptas. Estoy juntando dinero para pagar la letra del día 30, última de las que firmé por La Niña-Bonita; por eso hay que cobrar, pero no quiero escribirla yo, no sea que se *azare*, como el año pasado. Cuando cobres lo del Casino, como a ti no te hará falta, me lo mandas por giro. Es una pizca, pero así tengo que reunir cerca de trescientas pesetas para ese día. ¡Se ha suscrito Barroso! También nues-

4. Referencia a la estancia de ambos en París. Véase capítulos IX, X y XI.
5. Mateo de Rivas Cuadrillero, padre de R.Ch.

tro amiguito de La Paz ha reanudado su suscripción. De Canarias han venido diez suscripciones. Pero con la Sociedad vamos mal.

Se me ha olvidado decirte que nuestro suscriptor de Sevilla, Izquierdo, el pobre se ha muerto. Le hereda Vidaurreta, con sus nueve pesetas.

También verás lo bueno que está Salazar.

Me parece que voy a tener vacaciones ministeriales desde 1º de Agosto. Las aprovecharé para darme una encerrona y terminar las más cosas que pueda. Pero tengo que empezar por no acostarme a las dos y media, para no estar durmiéndome todo el día siguiente.

Bilbao se levanta a las 9 de la noche. Está con nosotros hasta última hora. Luego se va a leer, y a las 6 de la mañana se marcha a pie a la cuesta de las perdices. Valle anda malo. Echevarría le dio unas drogas para que se durmiera por las noches y pudieran ir al estudio a dejarse pintar. Valle se tomó la droga a puñadas, como corresponde a su temple heroico, y ayer estaba como para tirarlo a la espuerta. Dijo [1] que había estado cataléptico. En el hotel ha armado el otro día una bronca fenomenal, saliendo a insultar a un grupo de diputados que discutían en una sala inmediata. ¡Creo que fue algo... barroco! ¡Todos locos y yo sin resorte! [2]

Abrazos

Manolo

(Membrete: Círculo de Zamora)
25 de Julio (1922)

Querido Manolé: Mañana Miércoles, porque hoy ya no es hora, te enviaré dinero para la letra. No te mando más que doscientas, pero como de un día a otro empezaré a cobrar las cuentas gordas y las flacas que tengo pendientes, si te hace falta más, dilo. Te hubiera enviado desde luego las 300; no lo hago, primero porque calculo que algún piquillo habrá en caja cuando sólo me hablabas de las 18 pelas del Casino y de Dª Bernarda; en todo caso, telegrafía, pues te repito que si hoy no te envío las 300 para no quedarme con poco dinero hasta que cobre lo demás, como tampoco he de tardar, creo yo, en embolsarlo todo arriba de esta semana, no hay apuro. Si me lo hubeiras dicho —nunca me decías *nada* y ahora podías suponer que tenía dinero— no hubiese pagado en estos días hotel, personal, etc. — Y no hubieras tenido que andar preocupado en *raspar* al contribuyente suscritor. — No me extraña que lo sea ya Barroso; que habrá recibido el 3er aviso. Debía serlo desde el principio. Te adjunto la carta que me

1. En el manuscrito, después de *dijo,* una inicial ininteligible.
2. Alusión a la carta de fines de junio de 1922, último párrafo.

envían de Thuiller. Hoy le escribo y le digo que, en todo caso, se aviste contigo. Supongo que será para hablar de *Trasatlánticos*.[1] Así que como lo tienes tú, y además es vecino tuyo, sería conveniente le hablases de mi parte. Yo no le tenía que decir nada más sino que me devolviera *La Costumbre*[2] si *por fin* no le gustaba, y que leyera y adquiriera (a cobrar después a medias, para que *tome interés*) *Los trasatlánticos*. Si no te avisa él, podías, si quieres, avisarle tú. — Ya habrás recibido mi carta contándote mi gran impresión de *La Pluma*. No me has mandado para los libreros, ni todavía la he visto en el Casino. — Qué nos pasa con la Sociedad? ¿No vende nada? — Buen *pogama*[3] veraniego!

Salud y manda

Cipri

(Sin fecha) (Probablemente entre 26 - 30 de julio 1922)

Querido Cipriano: Te mando estos tres recibos para que se los remitas certificados a tu pariente de Zaragoza, cuyo nombre y dirección he olvidado. Le dices que cuando los haya cobrado nos envíe el importe por giro postal aquí. El recibo de la Facultad de Letras se cobra en la Librería de Gorca, y se le hace un descuento que ya va marcado en el recibo.

Nos convendría que hablase con el otro librero de Zaragoza, que se llama Allue, y le preguntase si quiere representar a La Pluma y a las Ediciones; si tiene la revista y los libros; y caso de que no, si le abrimos una cuenta de comisión, mandándole una y otros con el treinta por ciento de descuento. Tu pariente podría informarte de la solvencia y formalidad del Sr. Allue, cosa importante, porque el librero Sintes, de Barcelona, a quien le mandé unas colecciones de libros, ni siquiera me ha acusado recibo de ellos.

Tú me dirás si tengo que mandarte el recibo para el Casino de Zamora.

Abrazos

Manolo

(Zamora) 28 de Julio (1922)

Querido Manolo: He cobrado hasta la fecha con el importante pico de ayer, que me compensa de la falta de los de Toro, 6300 pts. Los dos

1. Obra de Abel Hermant. Véase pág. 90.
2. Comedia de C.R.Ch. Escribió también un cuento con este mismo título, publicado en *La Pluma*.
3. Por *programa*.

títulos de la testamentaría de que te hablaba, y cuya inscripción ha llevado de trabajo todo este mes, han importado, en vez de las 3000 que yo calculaba, 5000 en números redondos — faltan unas pelas —. Tengo despachadas y para cobrar de un día a otro otras 1700 u 800 pts. Las 8000, pues, ya están en casa. A pesar de los *cuantiosos* gastos, llevaré algo más del dinerete que me *profetizó* Barahona. Creo que puedo adelantarle a *La Pluma* y hasta regalarle por lo menos lo necesario para que no distraigas en rascar (y pensar *dónde*) el tiempo necesario para ese Jardín,[1] cuya continuación ni siquiera insinúas... Supongo que harás un esfuerzo, y no faltará en el nº que viene. Han llegado los libros, que no he visto, porque el cartero me ha dado el correo en la calle, y el paquete y *Las Plumas* seguían camino del hotel. Preguntaré en el Casino, donde desde luego estos días no habían puesto el número en la sala de Lectura. Pensaba mandarte versos, pero ya veo que no hacen falta, y son largos los dos poemas que estoy incubando: *Epístola inmoral a Fabia* (en tercetos clásicos) y *Oda al Duero*, como cualquier Marquina. Te mandaré notas como siempre y, si se me ocurre, alguna *pequeña* prosa. Para el caso de que a última hora falte original.

Es un fastidio verdaderamente grande lo de la Sociedad. Pobre Valle y *pobes*[2] nosotros; de Calpe... ná, ¿eh? Bien me parece lo de la propaganda con los de *La Lectura*. Que es tonto Sabino, ¡eso es viejo! Desconfío de que Amós dé luces. Pero en el otoño pienso presentarle mis *agravios* nuevamente. Porque, ¡no hay derecho a tanto moler con esperas, dilaciones y bobaliconadas!

Loro, no conozco ninguno. ¡Dile que si le es lo mismo una lechuza que se fije...![3]

El Regis, sin respirar. Y yo, respirando porque me ha dejado acabar con estas cosas que salvan la *temporá,* ¡Y además, siguen entrando documentos y documentillos. Pero... ...! vendrá alguna vez, creo yo! Porque aquí no me *quería*[4] quedar.

Me amaga la visita de [5] con su cultura general.

Tuyo

Cipri

1. *El Jardín de los Frailes.*
2. Por «pobres».
3. Alusión a un chiste bastante conocido: engañado el protagonista de la historia con una lechuza pintada de loro, al preguntarle si «habla» contesta: «hablar, lo que es hablar, precisamente, no; pero se fija, se fija.»
4. Por «no me quiero».
5. Nombre ininteligible.

De mi familia sé que a la pequeña la mandan a veranear a Deva para ver si consiguen evitarle la muerte de la pobre Pepa,[6] que por lo que me dicen, viene y no tan callando.

(Zamora)
31 de julio (1922)

Querido don Manuel: En efecto, ese artículo contra las familias[1] está muy bueno. Chócala. — Ya no llego el miércoles, sino el jueves. A Toro voy mañana, vuelvo aquí por la tarde. Salgo el miércoles a las 2 posmeridianas con dircción a Salamanca, me estoy allí esa tarde, la noche y la mañana siguiente, el jueves a las 2 de la tarde tomo el tren de Medina y llego en el rápido. Se me ocurría que podías haber ido a Salamanca y en vez de estar un día, pasar alguno más; pero caigo en la cuenta del daño que te hace el calor. Yo estaba dudando y solo no hubiera ido, porque en un día no hay tiempo para *guiarse,* pero se ha ofrecido a acompañarme un joven zamorano y algo intelectual y acepto para dar un vistazo a la Atenas de Unamuno. De todos modos, si te decides, telegrafía.
Te abraza

Cipri

Por si no llega la anterior, te ruego, si no vas a buscarme a Salamanca, que lo hagas con un auto a la estación, o avises a mi family.

6. Una anciana sirvienta de la familia R.Ch.
1. Se refiere indudablemente al artículo de Azaña «El joven ahorcado en el colegio» aparecido el 29 de julio en la revista *España,* y que está incluido en *Plumas y Palabras.*

CARTEO DE 1924

Entre Manuel Azaña en La Coruña y Cipriano de Rivas Cherif en Madrid.

La época corresponde al verano de 1924, diez meses después del golpe de Estado del Gral. Miguel Primo de Rivera, acontecimiento al que alude Rivas Cherif en el capítulo XVI *El gobierno de los que no dejaban gobernar*. Sin embargo, Rivas Cherif no hace mención específica de esta estancia de Azaña en La Coruña, a donde había ido a tomar parte en el Tribunal de Oposiciones a notarías. Tampoco hay referencia detallada a este período en los cuadernos de apuntes de Azaña de esos años.

El carteo empieza con dos cartas de Azaña y Rivas Cherif, ambas fechadas el 21 de julio, y acaba el 8 de septiembre de ese año. Consta de 24 cartas, 12 de Azaña y 12 de Rivas Cherif. De estas dos primeras del 21 de julio se deduce la existencia de otras dos anteriores que hay que dar por perdidas. Por lo demás, la serie parece estar completa, pues hay que tener en cuenta alguna conferencia telefónica. Las cartas de Azaña llevan todas membrete del Palace Hotel de La Coruña, y están todas escritas a mano. También lo están las de Rivas Cherif, salvo las tres últimas, que están escritas a máquina.

Las cartas tratan principalmente de lo que en la primera se llama «lo de Burdeos»: la impresión de un documento político de Azaña, que ha de hacerse clandestinamente, formado por 3 folletos. Uno de ellos estaba constituido por la Apelación a la República, que sólo conocemos parcialmente (*Obras Completas,* I, pp. 555-556). De cuáles hayan sido los otros dos, sólo se pueden hacer conjeturas, porque no hay una indicación precisa. En todas las cartas menos una (la de Azaña del 27 de agosto) se alude —casi siempre veladamente— a este asunto.

Las cartas de Azaña describen el ambiente local de La Coruña; el

tribunal de oposiciones; las tertulias; varias excursiones a los alrededores; la llegada de Primo de Rivera; el sermón de un obispo, y la salida de los quintos para la guerra de África. Rivas Cherif se hace eco de sus impresiones, comenta algunos sucesos de Madrid, y transmite a veces comentarios de Sindulfo de La Fuente, amigo de ambos, quien compartía —según se infiere— la lectura de las cartas de Azaña.

La Coruña, 21 de julio (1924)

Querido Cipriano: supongo que habrás recibido mi carta; espero noticias de lo de Burdeos.[1]

Se ha confirmado tardíamente la predicción nefasta de Espinosa. Hoy ha llegado a este hotel, decidor y pelmazo. Item: Vidaurreta deambula por los cantones, se deja convidar y prorrumpe en barbaridades que escandalizan al notario que me acompaña. Item: el hotelero, que me había alojado en una mansarda por trece pesetas —donde no se podía estar— al enterarse por las visitas que recibo de lo importante que soy, me ha trasladado de cuarto y subido el precio bruscamente a 25 pesetas.

Poseo una habitación con mirador sobre el mar, cuarto de baño, y *retrete en el mirador,* que es una idea delicada, para la atracción de forasteros. Estos gallegos son el diablo.

La Coruña está muy bonito; ya he cogido dos mojaduras sin importancia. Quiere decirse que llueve sin avisar, y casi sin nubes en el cielo. Nada de calor; ni memoria de lo que es calor. Ayer a las tres y media estábamos sentados al sol en el camino del faro. Todo está lleno, pero aquí el veraneo carece de distinción. En la playa, muchos chicos, y algunas damas que se bañan con unas precauciones de franela verdaderamente increíbles. En el teatro, una compañía de zarzuela, y en el cine «El veraneo de Maciste». En los jardines, junto al hotel, la banda de Isabel la Católica ejecuta las *más escogidas,* y las oyen los soldados del regimiento. Todo muy fresco, muy vaporoso, algo soñoliento y enervante. ¡Ah! el rudo paisaje de Castilla...!

En mi hotel vive uno de los notarios del tribunal, que me pregunta por Dubois, Candamo,[2] y asegura que Díez-Canelo tiene ya mucha importancia. Es lector de *España,* pero ignoraba que hubiese desaparecido. Ha hojeado la *Biblia* de Borrow (un hombre nos ofrecía un ejemplar de la otra biblia), pero no sabía que la hubiese traducido yo. No puede negarse —dice— que Unamuno tiene una personalidad, ni que *Valle ha creado un*

1. Véase introducción al carteo de 1924.
2. Probablemente Bernardo G. de Candamo.

estilo, si bien es una mala persona... Enfin, me recuerda mucho a Emilio Acevedo, hasta en el tipo, pero es algo más leído, como ateneísta antiguo. Por eso me ha dicho que Vidaurreta «no es un verdadero ateneísta».

Hoy hemos comenzado los ejercicios. Cincuenta habíamos llamado; no se ha presentado ninguno en primera vuelta. Es muy gracioso lo que ocurre en el Tribunal, donde todos —menos yo— llevan un gallo tapado, y ahora no hacen más que observarse los unos a los otros. Me parece que solo el Presidente, que no es gallego, está libre de enredos. Tengo a mi derecha en el tribunal a un oidor que debió ser de los que condenaron a Don Rodrigo Calderón, por la edad y el tipo que ostenta. Conmigo están la mar de deferentes, *porque soy su jefe,* y aguzan el oído a cada cosa que hablo, a ver *qué tipo soy.* Hoy me he desatado contra el Directorio. El presidente de la *Audiencia* asentía, muy contento. Después, el notario me ha dicho que tenga cuidado con lo que hablo. Yo le he enviado a esparragar.

Se me presentan varias excursiones pintorescas, que haré, si a estos majaderos del tribunal no les da por ir muy deprisa. Todavía no sé si podré ir a Santiago el día 25.

También se me presenta una novia con dos millones de pesetas, que desea legalmente casarse. Posee, *ella sola,* un automovil disforme. Tú qué decías? [3] Le echa la pata a la proposición de Sindulfo. Sería la única manera de resarcirme de los gastos.

El mismo día que a ti, le escribí al Amós. Escríbele, o mándale desde luego el documento; pero el ejemplar que tienes me parece que está sin corregir.

Averigua si Tenreiro está todavía en Aravaca. Si está en Puentedeume iré a verle, que es muy cerca.

Que os divirtais, y hasta otra.

Manolo

Los alimentos —diría Fernández— son muy flojos, y la cerveza detestable.

(Madrid) 21 de Julio (1924)

Querido Manolo: Ayer, cuando ya no alcanzaba el correo de Galicia, recibí la adjunta. Bien has acertado lo cual que pensaste. Sin decirle yo nada más que lo medido, opinó Sindulfo inmediatamente como yo, que el asustado es tu tocayo.[1] Pensé telegrafiarte, pero luego se me ocurrió que

3. Por «Tú qué dices?»

1. La lectura del carteo entero permite afirmar que se trata de D. Manuel Núñez de Arenas, fundador de La Escuela Nueva. Aunque el nombre entero no

nada podrías decidir por telégrafo. Lo que si hice inmediatamente fue escribirle a él, diciéndole que espere órdenes tuyas, pero que si tuviera que salir antes de allí, me lo devuelva a mí todo. Sí que es un plan... Tú me dirás que se hace.

Creo, en efecto, que no habrá mejor solución que lo que él indica. Hoy volveré a tu casa por si tienes alguna noticia de Salmerón, comunicártela enseguida.

¡Ya es fastidioso, ya! Pero lo que dice ese hombre nos parece tan inverosímil... Enfín, veremos.

Por acá nada nuevo, salvo que por las noches hace bastante fresco y que hemos vuelto a desertar de la Bolsa. Hemos probado, con éxito en cuanto al *género,* pero descontentos de la instalación los días de «nocturna» en Millares, Alcalá Street frente al Retiro. Anoche estuvimos chez Baroja [2] que se van a Barcelona. Nos dieron muchos recuerdos.

Que no dejes de *instruirme.*

Tuyo

Cipri

(Madrid) 23 de Julio (1924)

Qdo. Manolo: Supongo en tus manos la mía en que te daba cuenta del *fracasco* [1] de Bordeaux; espero noticias tuyas y del otro. Recibí tu carta

---

aparece nunca, todo parece indicarlo, pues Núñez de Arenas se hallaba en Burdeos desde 1924, y en la carta del 28 de julio Azaña dice: «Si has recibido los papeles de Burdeos (...)» «Al corregir la copia enviada a Núñez (...)»; y Rivas Cherif el 30 de julio: «No he tenido noticias de Núñez (...)»; y Azaña, en la del 3 de agosto de 1924: «Tu aviso telefónico me hizo creer que se trataba del asunto Núñez Arenas (...) Lo de Núñez empieza a asombrarme.» Y en la carta del 7 de agosto de Azaña: «Espero saber qué hace Núñez de Arenas». De su relación con La Escuela Nueva, desde 1920, da cuenta Rivas Cherif en un artículo de *La Pluma* número 11 de abril de 1921.

2. Nota inédita del manuscrito de R.CH.:

«En *La Pluma* no había colaborado Pío Baroja; pero sí su hermano Ricardo, que a su maestría de aguafuertista unía veleidades propiamente pictóricas y literarias, que su mujer, con quien se había casado más que maduro, consideraba rebajadas y tenidas en menos de su valor por la sombra del novelista famoso. Vivían los dos con su hermana casada también, con el editor Caro Raggio en casa propia de la calle de Mendizábal, que todavía presidía su madre, señora de mucha edad, pero despierta y hacendosa todavía. La mujer de Ricardo quiso tener una tertulia de amigos de su marido y allí nos reuníamos unos cuantos los sábados por la noche.» Véase también el principio del capítulo XX, *Un baile de máscaras.*

1. Por fracaso.

que nos hizo de reir mucho y nos instruyó a Sindulfo y a mí, porque siempre sabes unir lo útil a lo agradable. Como es un poco de antología, porque está plagada de ordinarísimo humorismo, la guardaré entre tus *papeles póstumos*. —Nos alegramos de tu contento, y siento haberte amargado el humor, sin duda, con las noticias que te daba. ¿Escribo a Salmerón? Ordena.

Desde anteayer estoy nombrado eso tan importante que casi no sé decir: Secretario de la Sección de Relaciones Culturales [2] del Ministerio de Estado y por lo que me darán poquísimo dinero haciéndome ir ¡cuatro horas! a la oficina. Menos mal que mi Jefe superior, el Sr. Plá, parece muy buena persona, y desde luego es muy ama*be*,[3] y que mi Jefe inmediato es mi amigito [4] Agelet, anciano suscriptor de *La Pluma,* en sustitución de Sangróniz, que parte a la Presidencia del Directorio para los afares maroquinos. Dicen y que enseguida me darán posesión, el viernes o el sábado, y ¡adiós mis mañanas! Enfin... —Decididamente, el año que viene, ¡no lo hago por menos de siete cientos reales! El Sr. Marquina me ha pedido colaboración en vista de mi gran éxito: *Tes* [5] o cuatro artículos mensuales a treinta o cuarenta pesetas. Una fortuna. Los Srs. de Baroca [6] salen mañana para Barcelona y Vera. Senora de Echevarría asistió ayer con ellos y su Juanon a Henar y nos reímos muchísimo. Ya te contaremos. Dice que al incierno que viene «se encarga ella de casarme a mí», pero tiene tan mal acento, que dice *cazarme,* y su marido la corrige, advirtiéndole que *no es lo mismo*. Están muy contentos porque su Pepito Biberón ya no va siendo tan inocente. Les dice a sus papás que no tengan criado, porque se *magrrrea* con las crrriadas.

Ahí te mando lo que me he encontrado *chez toi,* incluso el cheque, por si te interesa cobrarlo, me lo devuelvas con firma, y lo demás por si te interesa contestar.

Sindulfo se pone enfermo de la persecución de Melchor.[7] No hay manera de engañarle. En Miyares, a donde vamos por las noches, hay bonísimo café, pero a lo peor se estropea la tertulia porque Melchor llama a los Cambas y los Anselmos consiguientes. Al día siguiente, que era ayer,

2. De una nota inédita del manuscrito de *Retrato*: «Ofrecióseme ocasión de ocupar en la Secretaría de Relaciones Culturales del Ministerio de Estado la plaza ocupada hasta entonces por Enrique Díez Canedo... unos cuantos meses después, injuriado gravemente don Miguel de Unamuno con la privación de su cátedra, dimití la Secretaría de Relaciones Culturales, por estimar, y así lo declaré por escrito sin ambages, que tal violencia contra el catedrático ilustre y escritor ilustrísimo habría de acarrear la ruptura de relaciones culturales con el mundo civilizado.»
3. Por amable.
4. *Amigito* por amiguito.
5. Por tres.
6. Por Baroja.
7. Melchor Fernández-Almagro.

nos íbamos al Henar a buscar a los Barocas, y allí estaba Melchor espiándonos. ¡Es horrible!

Ayer iba a ser la revoli, pero se ha suspendido por lo visto. Cuentan de Africa que ha sido un desastre para Primo, que incluso le han dicho ¡mentiroso! y no han ido a los banquetes en su honor.[8] Yo había hecho un artículito tan sensacional para el día de Santiago que no sé si me lo publicarán.

Enfin muchos recuerdos de los Barojas, los Eche,[9] los Canedos [10] —Bilbaos— Melchores —Bernardogíneres [11], etc— los Rivas, y la Mona.[12] Más expresivos de Don Fifito, y tu siempre aftmo admirador

Cipri

Hacía fresco y por las noches tiene frío hasta Sindulfo! Recuerdos de tu *quiada* [13] la Jusepa.

La Coruña, 25 de julio 1924

Querido Cipriano: el paquete Alfonso XIII que vinimos a esperar hace cinco años, llegó ayer. Desembarca el Sr. Martínez Ponce, fumando su boquilla de metal, y me dice que el gran poeta venezolano Eloy Andrés Blanco viaja en ese barco con rumbo a sus bosques nativos. De modo que ya puedes estar tranquilo.

Martínez Ponce, Vidaurreta, Espinosa, Cartiñeira, me rodean en el café. Los opositores, en grupos de treinta o cuarenta, se instalan cerca de nosotros y me espían. Comentan la compañía que llevo y se imaginan —anoche lo supe— que Vidaurreta y Ponce son también opositores. Gran alarma la suya, viéndonos tan amigos. Ha de saberse que, por noticias recogidas, yo vengo *precedido* de una reputación imponente. Dicen que soy «más terrible que Carrasco». Vidaurreta se pone al habla con algunos, y me trae recaditos y tarjetas. ¡Habrá idiotas!

Las oposiciones van para largo. Hemos examinado a dos, y los aprobamos, de lástima. Uno, sobre todo, pasó un rato mortal; alargaba el pescuezo y bebía agua como las gallinas, mirando al cielo. Las interioridades del tribunal son inenarrables. Al Sr. Pérez Porto le he retirado el título

8. Probablemente alude a la visita del Gral. Primo de Rivera a los campamentos del Norte de África, hacia el 19 de julio de 1924.
9. Por Echeverría (Juan).
10. Por Enrique Díez Canedo.
11. Por Bernardo Giner de los Ríos.
12. Perra de la familia Rivas Cherif.
13. Por criada.

de escualo y le doy el de *boa constrictor*. ¡Qué tío! ¡Qué cosas hace, qué cosas oye, y cómo se hace el sordo para no oir lo que no le conviene! A mi lado tengo al magistrado Don Pedro, muy ancianito, que al fin de cada ejercicio me pregunta «cómo ha estado el opositor». Espero que los menguados aspirantes a las notarías galaicas no nos silbarán. Ahora tenemos cuatro días de vacaciones y yo me aburro todo lo que tengo gana.

Ponce y Vidaurreta se han marchado a Vigo. El notario Cartiñeira, a Pontevedra. Espinosa me ha hecho fracasar la excursión a Santiago. Se encargó de buscar el automovil y anoche me dijo que no lo había. En el de línea hay que hacer cola desde las 6 de la mañana. No lo siento, porque según noticias Santiago está imposible hoy; no hay ni donde comer, y seguramente no veríamos nada. He renunciado a ver «el fuego del Apostol», que es una iluminación con fiesta de pólvora en la fachada de la catedral. En cambio, tendré aquí mañana al Dictador, y no perderé el festejo.

Desembarcó ayer tarde, de improviso. Yo no lo vi, porque estuve de excursión en Sada. Desde la escalerilla de desembarco al Hotel donde se hospeda (el antiguo pabellón Lino, transformado en Atlantic Hotel), hay 20 metros. No obstante, *El ideal gallego* dice que le recibió una «imponente masa humana.» Paseó por los jardines, seguido de chiquillos; algunas personas mayores «le sacaban el sombrero», como dicen aquí. Desde mi balcón le vi salir del hotel, después de la cena. Irían cien personas, o doscientas. Algunos daban gritos. Y no hubo más.

La excursión a Sada es buena cosa. 18 kilómetros de tranvía, hasta ese pueblo pequeño, al borde de una ría maravillosa. Luego se sigue una carretera, creo que la de Betanzos, al borde de la ría. Estupendo lugar. Completamente al natural todavía; nadie a la vista, y algunos playazos solitarios. Velas coloradas en la ría, y una carreta chillona en la playa. Tengo el propósito de volver, y llegar, si puedo, a pie, hasta Betanzos. Al regreso se descubre desde un monte La Coruña, la bahía, el faro, el Orzan y el mar abierto, en panorama, todo encendido.

Ahora que estoy solo hago una vida semisalvaje. Después de estar en la playa un rato viendo nadar a tres damas gordas, que hacen la figura más grotesca del mundo, me voy por la costa, a *enterarme* bien. En estas peñas, lo que más se ve son tritones y nereidas; también se encuentran unos seres pequeñitos, que andan a gatas por la arena. Deben de ser hijos de gallegos, por los gritos que dan.

Después de almorzar, y leída la prensa de Madrid, voy a las aldeas próximas. En todas hablan da festa, disparan cohetes detrás de una tapia y pasean un pendón, entre manadas de chiquillos. Por las noches no hay más diversión que el sexteto del Casino, en la terraza. Es muy aplaudido, y todas las piezas que se tocan en pianíssimo (señal de que son muy buenas y delicadas), se repiten. Hoy se presentan unos bailes rusos. ¿Qué serán?

Desde mi balcón veo entrar y salir los *paquetes,* y recibo sin pestañear los focos del crucero que ha traído el botarate.

También observo los manejos de la banda del hospicio en el kiosko. Los músicos se colocan en círculo. Un hombre sale al centro, pinta un jabeque en el aire, y los músicos rompen a tocar. El del jabeque se marcha, y los músicos tocan sin descanso, hasta que vuelve el otro y con un signo les impone silencio. Pero no acaban todos a un tiempo; deben de estar distraídos, o con muy pocos mandobles. Después se van todos a su hospicio, aplaudidos por una muchedumbre de cincuenta personas.

Me han regalado una tarjeta de entrada en el Sporting. Esta sociedad posee un jardín, donde se baila los miércoles. He asistido el otro día, y no pude por menos de censurar duramente en las propias orejas del socio presentante la ridiculez del título: Sporting Club Park! Allí, *lo mejor de la Coruña* se entrega al baile. Lo mejor de La Coruña son unas señoritas bastante lindas, apretadas de carnes, que para no tiritar de frío en el parque, sin duda, se adormecen en los brazos de los deportistas coruñeses. Aquí tendrías mucho campo, muchísimo... Enfin, no quiero callar que, para remate de mis visitas de protocolo, le he devuelto al Presidente de la Audiencia la que él me hizo —sin encontrarme— en el hotel. Yo creía que este personaje estaba ausente, así es que he cometido la ligera pifia de dejarme visitar por él primero. Me ha recibido en su casa presidencial, Un ujier, parecido a Manuel Casanova, me lleva a un estrado rojo. Hay un retrato de Carlos III, otro de Isabel 2ª, y un cuadro que representa la despedida de unos militares en una estación de ferrocarril. Digo que en una estación porque puede leerse este letrero: *Despacho de billetes,* encima de una ventanilla. El Sr. Presidente es tartamudo. Tartamudea a la perfección, sin altos ni bajos, con un ritmo siempre igual. ¡Y así me cuenta toda su carrera! Desde que hizo oposiciones el año 85! ¡Y me cuenta los temas que le tocaron! Yo estoy pensando en introducirle un taruguito entre dos sílabas, a ver si se para! Como regalo me ofrece que pasearemos juntos por el Canton.

Tal es la fastuosidad del veraneo en La Coruña. Debe añadirse la presencia de algunos madrileños indeseables. Si no fuese porque en Madrid hará calor, me marchaba de aquí.

Te felicito por tu entrada en el redil del presupuesto. Y por lo del Heraldo. Pero no te conformes con lo de 20 o 40 pesetas. Que sean por lo menos 40; a no ser que nuestro amigo piense guardarse la diferencia.

Leo las burradas del *Sol* contra Unamuno. Mucho había que decirles, pero no hay donde. También he visto, por la nota de Primo, que ha fracasado el movimiento Cavalcanti; y que el Dictador le llama necio. Si acertara siempre así, sería un genio.

Escribí a Núñez, para que te envíe todo. Escribo a Salmerón (sus señas: Restaurant Riviera. Cascaes), para ver qué puede hacerse. Si no, recurrire-

mos a París.[1] Una carta de Corpus[2] debe de haber en el cajón de la mesa de la administración de «España», entre otras muchas. En ella está el presupuesto. Ya te diré lo que se hace con la carta de la hermana Eleanore, y con el cheque.

Abur. Recuerdos, y abrazos de

Manolo

(Madrid) 26 (de Julio 1924)[1]

Qdo don Manuel: Mucho me extraña no haber recibido aún contestación a mi primera en que te daba cuenta del fracaso de todo el proyecto bordelés, y te pedía instrucciones. Como tampoco de allí he vuelto a tener noticias, supongo que tampoco le has escrito.

Por si se ha perdido la mía, en que te incluía la de él, sabe que a última hora, dice que *se han negado* a hacer nada, por lo del anónimo (!!!) y que preguntando después en otras partes ha obtenido respuesta contraria también, amén de que ya los tipos no eran los mismos, ni se hubiera podido hacer en iguales condiciones. Pero ¿es posible que se haya perdido la mía? Te volví a escribir, pero certificado, con las cosas que tenías en tu casa; claro que a esta segunda no has tenido tiempo de contestar, sobre todo si has ido a ver al *botafumeiro*...

Tenreiro está ya sin duda en Puentedeume porque su teléfono no contesta. Don Sindulfo no ha podido disimular su alegría al enterarse de tu encuentro con muchimillonaria más apetecible que tita Adela, por la que él profesa apasionadas intenciones crematístico-sentimentales.

El lunes ya tenía que ir a la Oficina. ¡Qué desgraciado soy! En el *Heraldo* no me pagaban más que de cuatro a seis artículos mensuales a 25 piastras solamente. ¡A qué extremos llega uno! En fin, todavía me puedo rehacer una virginidad periodística.

Corren los bulos de siempre. Anoche era que ya no había nada de lo dicho, y que el rey había firmado la destitución de Cavalcanti y Franco. Pero no pasaba nada, a pesar de que adelantaran en el *Heraldo* la salida de mi articolito, para que no me lo estropeara el nuevo golpe de Estado.

Mandé a tu adepto político[2] tu documento, al que por cierto o le falta un párrafo, o una cuartilla entera, caso en el cual está mal la numeración, porque se corresponde bien (de la 22 a la 23 es el salto en el vacío, que no he podido llenar).

1. Véase carta de Azaña del 7 de agosto de 1924.
2. Corpus Barga.

1. En el manuscrito aparece sólo el número 26. Pero claramente se refiere a la carta del propio R.Ch. del 21, o a la anterior, no conservada.
2. Probablemente don Amós Salvador, pues en la carta del 30 de julio de 1924, se refiere a él como «tu adepto don Amós».

Supongo que mañana terné [3] noticias tuyas, que nos distraigan un poco del aburrimiento en que estamos sumidos. Iba a decir que *yacemos,* pero no sería verdad. Icaza,[4] persigue por las calles a Sindulfo, para que le acompañe a ver las funciones que echaban en La Latina. Todo está igual parece que *foyer* [5] el año pasado; hasta ha venido Antonio Brú y ha vuelto a decirme que soy un tonto por no ir a Norteamérica a dar conferencias. Ya le he dicho que el año que viene voy. Hemos escogido hasta el tema y todo. ¡Verás cuantísimo dinero voy a ganar!

Muchos recuerdos de mi familia.
Tuyo

Cipri

La Coruña, 28 de Julio (1924)

Querido Cipriano: llueve a cántaros. «Ha estropeado el tiempo», dicen aquí, a su manera. El conserje del hotel, respondiendo a una observación mía, me explica: «El viento estaba de Norte, y púsose del Oeste». Siempre es bueno saber el por qué de las cosas sin necesidad de ir a preguntárselo al Sr. Ortega.

Con la lluvia, y las oposiciones que se reanudan esta tarde, se acaban por ahora los viajecitos. Ayer hice un raid en automóvil. Puedes decirle a Icaza [1] que las Torres de Meirás existen realmente; yo las he visto. Son tres, mandadas construir por la eximia Da Emilia. También he visitado un castillo que el Cavalcanti posee frente a La Coruña, sobre unas rocas dentro del mar, y no lejos de otro castillo, imitado, de nuestro amiguito Pedro Sangro. Asistí a una merendiña en la finca de mi amigo Feijoó en Cambre. La posesión es maravillosa, con unos castañares soberbios y *urbanizados,* que es como deben estar los bosques. Estas gentes, por menos de nada, tienen unos parques principescos. Una merendiña, por lo menos como yo voy viéndola, es una consolación para estómagos famélicos. No te digo más. Una señora simpática, dulcemente provinciana, hacía los honores. Después vino en el auto, y me aprendí todas las anécdotas de todos los vecinos de las casas y pazos en veinte kilómetros a la redonda.

Llegó el Primo y el Anido. Recepción fría, más bien. Exito de curiosidad. Se paseaban por el Canton seguidos de la gente, buscando y provocando los aplausos, como unos toreros. Los discursos en Santiago han sido cosa buena; conservo los periódicos, con la alocución de Manuel, Arzobispo de

3. Por tendré.
4. Probablemente don Francisco A. de Icaza.
5. *Foyer* por «fue ayer».
1. Ver carta anterior de R.Ch. (nota).

Santiago y algunas de las poesías más delicadas que con este motivo *han salido*. Debe saberse que Primo y Anido han tocado sus espadas en el arca del apóstol. Todos han hecho el mamarracho de un modo increíble. El segundo día nos hizo saber por un cartel puesto en *El Noroeste,* que «para corresponder a los agasajos del pueblo y ponerse directamente en contacto con las necesidades de La Coruña», se quedaban unas horas más. Les dieron una verbena (dos columpios y unas barcas) y una función de pólvora en la bahía: 36 cohetes, y unas bombas atroces que se oyen en Cuba. Parece que esto de las bombas y de los cohetes es el verdadero secreto de Galicia. Cuando los de Cambre oyen los cohetes de Guisauro, dicen: «Cómo *tiran* en Guisauro». Y apedrean al párraco si el día de la festa no *tira* más que en Guisauro. En el programa de las ferias de Agosto, además de las salvas matutinas, todos los días anuncian pólvora; hasta *quemar la silueta* del Palacio Municipal. Mi amigo Cartiñeira ha ido a Pooontevedra a decirle a su mujer: «Mira el programa; escoge lo que más te guste, y ese día te llevaré a Coruña». De modo que en viendo que vea aparecer a la esposa de Cartiñeira, sabré cuáles son sus preferencias en pirotecnia.

No he vuelto a ver a la Señora de mis pensamientos. Reside a 90 kilómetros de La Coruña, en algún Pazo que debe de ser mejor que el palacio de Galiana. Aunque se muestre esquiva no volveré a insistir en el plan de tita Adela. Barrunto que Don Sindulfo la anhela; y aunque yo no pretendo competir con él en *juventud* ni en línea, y me doy desde ahora por vencido, no quiero que pase el mal rato de desplazarme. Sindulfo es de pronóstico sentimental, y sería capaz de sacrificarse en silencio en aras de la amistad. Me remordería la conciencia.

aquí hay en el original un

DIBUJO

de Manuel Azaña

Si has recibido los papeles de Burdeos, comprueba el manifiesto, a ver si en ese ejemplar falta algo. Creo recordar que la copia que te dejé tenía equivocada la numeración. Un hoja repetida. Al corregir la copia enviada a Núñez yo no advertí nada. Espero noticias de Salmerón, como te decía en mi anterior.

Eso de que te paguen tan poco en el *Heraldo* está mal; pero ahora que tienes lo otro, no necesitas hacer el primo y prodigarte. Yo que tú, escribi-

ría algo, por dar razón de que existía, pero sólo cuando tuviese gana, y buenos asuntos.

¿Qué se dice ahí del Sol[2] y de Unamuno? ¿Cuántos se han dado de baja en la suscripción... y en la redacción? Si encuentras el quotidien con la recepción en Cherburgo y demás noticias del caso, guárdalos.

Son las cuatro, y a las cuatro y media se reúne el tribunal. Que haya salud. Muchos recuerdos aquí y allá y un abrazo de

Manolo

(Madrid) 30 de Julio (1924)

Qdo Manolé: Ayer tarde, a eso de las cinco, me anunciaron la visita de don Joaquín Creagh. Como puedes suponerte me quedé *de un aire*. Venía a pedirme una recomendación, que ha regocijado sobremanera a Sindolfo[1] por que demuestra su teoría acerca de mi importancia para con empresas y cómicos: Tu amiguito tiene una amiguita, que desea ingresar *chez* Cadenas, en el Alkazar. Yo le aseguré que mi influencia en los escenarios es nula; pero no obstante le ofrecí recomendarle, por medio del señor Bonald, al susodicho empresario, y caso de que fracasáramos en esa primera aspiración, a Apolo o el Cómico. Con ese motivo me ha convidado a cenar mañana en compañía de su amiguita. No sé si será el *incesto* de que nos habló; y claro que me preguntó mucho por ti y me dijo que tenías muchísimo talento, si bien quedamos en que te falta la *mundología* del Sr. Baquero, a quien tu amiguito llama vividor y a quien, naturalmente, sigue admirando.

No he tenido noticia de Núñez;[2] y supongo habrás recibido ya las que te envié procedentes de Lisboa. — El que ha llegado ha sido tu adepto don Amós, que no me ha dicho otra cosa del documento hasta ahora, sino que estaba lleno de erratas y que faltaba, como te dije, un trozo. — Dice que ha estado muy preocupado porque... ¡creía que iba a tener un hijo! Cuenta estupideces muy sabrosas de Santiago Alba a quien ha visto a su paso por París.

Todavía no me han dado traslado de mi nombramiento,[3] aunque ya lo he visto extendido hoy. Creo que no lo pasaré mal, porque lo que hay que hacer no parece que es para matar a nadie, y la gente se muestra simpática. Todos son muy señoritos, pero ya sabes que yo hago en general buenas migas con la gente de mi edad y circunstancias.

2. Se refiere probablemente a la actitud favorable a la Dictadura de este periódico, en aquella época.

1. Por Sindulfo (De la Fuente).
2. Véase la carta de R.Ch. del 21 de julio de 1924.
3. Véase la carta de R.Ch. del 23 de julio de 1923 (nota).

De lo que dices del *Heraldo,* la verdad, ya me he cansado de hacerme el importante. Prefiero cinco duros más al cabo del mes, si de esa manera los puedo obtener. Que bien pudiera ser que luego quedara todo en que me pagaran como si escribiera muy poco, y me publicaran el mínimum como si me pagaran mucho.

He hecho un *Bradomín en la Corte,* anunciando y jaleando un poco las cosas de Valle. Espero que salga uno de estos días.

¡Bien te diviertes! Supongo que no dejarás, en efecto, de ir a Puentedeume. Por aquí hace tanto frío, que anoche salí de invierno y ¡el propio Sindulfo me pidió sustituir la *recalada* última en «Valladolid» por el chocolate en Savoia!

Enriquelope *ha firmado* por fin para toda la temporada en el teatro del Centro, así que procuraré cargar de nuevo sobre él a propósito de *Los Trasatlánticos,*[4] amén de «Pepita».[5] Claro que según se presenten las cosas porque sigo sin hacerme ilusiones.

El número del *Quotidien* de la llegada a Cherburgo, no se ha recibido, pero sí el del día antes con sendos artículos y retratos, y el del banquete y llegada a París. Ha habido sus más y sus menos con la germanofilia de Soriano (que era una calumnia); y ha hablado Eduardo Ortega, y un breve espiche,[6] muy bien, Uñamuco.[7]

Lo del *Sol* repugnante, pero nadie hace ni quiere hacer nada. Así da gusto.

Tú que *eras, sobre todo*?

¡¡*UN CARACTER*!!

Me lo ha dicho tu amiguito *Clea,*[8] que lo sabía muy bien.

Todo el mundo me encarga saludos, y mis papás me encargan te diga que se corre el rumor de que se mudan los vecinos de al lado; pero no hemos visto ni fumigar siquiera...

Que te sigas divirtiendo, que apruebes a mi amigito[9] Linares Rivas. ¿Se te ha presentado? Y manda a este tu affmo esclavo.

Cipri

4. Véase la carta de R.Ch. del 25 de julio de 1922, y pág. 90.
5. El arreglo de *Pepita Jiménez* de don Juan Valera, que R.Ch. hizo para la escena.
6. Por «speech».
7. Por Unamuno; en deformación italianizante del nombre, como se explica en el Capítulo IV, *Los motivos de la germanofilia,* p. 50.
8. Por Creagh.
9. Por amiguito.

(Madrid) 1.º de Agosto (1924) (*)

Querido Manolo: Esa lata con susto que siempre me tocaba cuando te marchabas a cualquier cosa, por no estar nunca enterado de *nada,* de *nada,* de *nada,* me ha correspondido anoche y esta mañana, por lo que habrás podido colegir de mis dos telefonemas.

Anoche, a las 12 y 1/2, cuando volvía yo de cenar con Creagh y su amiguita y protegida artística mía, se le ocurrió a Bilbao,[1] después de haber estado media hora con él en la tertulia, y no obstante habernos visto antes de cenar, se le ocurrió, digo, preguntarme, al tiempo que me alargaba un sobre, si yo sabía algo de su contenido. El sobre encerraba un aviso del Banco de Bilbao para cobro de una letra de 1000 ptas girada a Publicaciones España; al aviso acompañaba carta del señor Nicolás diciendo a su protector que había ido a tu casa, que estabas fuera de Madrid y que creía oportuno comunicárselo. El señor Bilbao no *sabía* qué letra podía ser esa, *porque desde luego* no podrá ser de las avaladas por él, por ser de 1000 ptas, y las que él creía tener pendientes, de 500, o de 4000.

Yo no me hubiera alarmado nada, a no decirme que si estaba enterado de que te habían protestado una letra el mes pasado o no sé cuando, por ausencia de Amós; lo cual le daba que pensar si sería la misma, por más que en ese caso tendría recargo, que no aparecía en el aviso.

Decidí, pues, telefonearte para que acudieras a la conferencia, cuyo anuncio habrás recibido, con retraso sin duda, porque a las 9 y 1/2 y hasta las 10 menos 10 he esperado inútilmente. Ya me figuraba yo que no te despertarían en el Hotel.

Total, que como no dabas razón de vida, y Bilbao me había advertido que en todo caso fuera a pedirle a Arenzana que retirase la letra, me encaminé a A.G.P. una vez comprobado en el Banco que de la Papelera era en efecto. Porque Bilbao llegó a pensar si sería cosa de Careaga, y una porción de cosas absurdas, que me sumían en más líos. — Arenzana no está en Madrid. Vi a su lugarteniente, y me dijo que nada podía hacer. Me ha enseñado los antecedentes... Y, en efecto, la letra es de las avaladas por Bilbao, que las tiene de 1000, de 500, y de 4000, y ha sido ya retirada dos veces. Enseguida he comprendido que se trataba del *famoso* arreglo por Araquistáin...

He avisado con urgencia a Bilbao de lo que se trataba... y allá él.

Lo que sí has hecho mal es no decirme lo de la letra protestada anteriormente, que es lo que a mí me ha dado cierta intranquilidad, y hecho pensar que si era cosa tuya ésta del aviso de ayer, como Amós está aquí, se hubiera podido arreglar esta misma mañana.

* Con membrete: Ministerio de Estado, 2.ª política, Oficina de Relaciones Culturales Españolas.

1. Luis García Bilbao.

Me molestó mucho el que se enteraran, a medias, lo que es mucho peor, los contertulios, de que había una letra de quien nadie sabía nada. Pero esta noche se lo pienso decir; sin enfadarme, pero se lo pienso decir. Me rogó, puesto que yo nada sabía de la letra protestada, que nada te dijera, ya que sin duda me lo habrías ocultado, a pesar de nuestra *cofianza*,[2] por evitarme «¡qué sé yo!»,

aquí hay en el original un

DIBUJO

de Rivas Cherif

la preocupación de ¡¡quererlas pagar!! — Claro que esto me lo dijo muy azorado y muy en secreto; y puedes figurarte lo que le contesté; pero en fin, de eso no hace falta decirle nada.

Con lo cual me he estado toda la mañana, hasta mi entrada en este *estalecimiento*[3] (donde, por cierto, todavía no estoy posesionado) de ceca en meca, por el Sr. Bilbadito, y dándote la lata a horas absurdas. Menos mal que tú no te preocupabas[4] como yo de esas cosas.

La amigita de tu amigito,[5] la srta Carmen Rivera, era[6] muy guapísima. Hoy vamos a ver a Cadenas, pero tu amigito, como es muy hidalgo, no quiere pasar, nos esperará a la *peta*.[7]

Te abraza

Cipri

La Coruña 3 de Agosto (1924)

Querido Cipriano: he recibido tus dos últimas cartas el mismo día —ayer—, una por la mañana y otra por la tarde; la segunda con un membrete que me ha cortado la respiración. Lamento mucho las alarmas y tra-

2. Por confianza.
3. Por establecimiento
4. Por preocupas.
5. Por amiguita, amiguito.
6. Por es.
7. Por puerta.

bajos que la inutilidad de Bilbao te ha hecho pasar; lo que menos podía yo imaginarme es que tu intentada conferencia telefónica se refiriese a las letras de Publicaciones España. Deja a un lado el estribillo de que «no sabías *nada, nada, nada*»; en el asunto ése, no podía *ocultarte* cosa alguna porque nada había que saber. De las letras de «España» con la Papelera, unas están aceptadas por «Publicaciones España», con el aval de Bilbao, y son la deuda antigua del periódico, que como sabes he reducido en tres mil pesetas y otras están aceptadas por mí particularmente y son las de consumo corriente de papel. Las aceptaba yo, porque la papelera no le concedía crédito al periódico. Estas últimas letras están ya pagadas todas; para eso, y otras cosas análogas, han sido las entregas de Amós, con quien me falta liquidar los pagos hechos en Junio. Pero todas están, como digo, recogidas y en mi poder; de suerte que yo no había dejado pendiente nada que me afectara personalmente y por lo que debiera preocuparme. Es claro que si hubiera quedado por hacer algún pago en mi ausencia te habría dejado las instrucciones convenientes. No siendo así, nada tenías que hacer, y sólo procedía que yo hablase con Amós a nuestro regreso. *A mayor abundamiento,* escribí a Amós desde aquí, indicándole que se habían terminado las liquidaciones. Te digo todo esto, porque *me regañas,* diciéndome que soy muy despreocupado. ¡No te lo creas! Me parece que en nuestros asuntos he tenido bastante seguridad para no incurrir ahora en un lapsus como el de dejar una letra sin provisión de fondos para que tú la pagases en mi ausencia. Lo que ocurre es que no me creía obligado a ser tutor de Bilbao a 800 kilómetros de Madrid, ni pensaba que te encargase a ti de gestionar sus asuntos. Como has visto, esa letra era de las suyas, *y precisamente era la que él y Araquistain aplazaron* después de su famosa negociación, que recordarás. Si a mí no se me olvida cuando tengo que pagar una letra, tampoco debe olvidársele a Bilbao, sobre todo habiéndola firmado y aplazado en la ocasión que sabes, y después de hablar tanto. Más: últimamente se lo recordé aconsejándole que llegase a un acuerdo con la Papelera. Más: debió bastarle el hecho de que la presentaran al cobro en Prado 11 para comprender que era de las suyas, pues las aceptadas por mí estaban domiciliadas, como es natural, en mi casa. Siento que te hayas molestado en conferencias con los papeleros; eso, es para Bilbao. Claro que tú lo hacías creyendo que era cosa mía. Pero nada le costaba recapacitar, y molestarse por sí mismo. El día 4 ó 5 de este mes, tiene otras letra, la grande de cuatro mil y pico de pesetas. Veremos cómo se las arregla. Por otra parte, como yo no voy a ser «gerente» toda la vida a medida que esas letras van venciendo, dejo de poner mi firma en ellas. Y que se lo arregle Araquistain.

Lo del protesto es una cosa análoga. Ya te lo demostraré, y no ahora, porque ya se escribió demasiado de esto. Pero no había nada que contar. Realmente, quien debió tener el arranque de pagarla fue él y no... tú!

Total: nada. Puedes comprender que si hubiera habido algo, serías tú

el que lo supiera y el que me hubiera sustituido, *a petición mía,* en mi ausencia. ¡Iba a ser la polka!

Tu aviso telefónico me hizo creer que se trataba del asunto Núñez Arenas. Me dieron el telefonema a las diez. La camarera me dijo que como estaba dormido no quiso entrar. Bueno. Fui a teléfonos a pedir otra conferencia contigo para las 4 ó 4 y 1/2. El ordenanza, un gallego locuaz, hizo los imposibles *para quitármelo de la cabeza.* Por lo visto, era un demonio. Me dijo que las conferencias hay que pedirlas el día antes!!! El día antes del que hacen falta?, pregunté —No, señor. El día antes de conferenciar! —Y las que no se piden así, no se logran. En efecto, me ofrecieron la hora de las diez de la noche. Preferí ponerte el telefonema, que se cruzó con el tuyo, explicándome lo sucedido.

Lo de Núñez Arenas empieza a asombrarme. Le escribí hace una porción de días; en cuanto recibí la carta que tú me mandabas. Le dije que te enviase los papeles. Como no he vuelto a saber nada, ayer le puse un telegrama. Procura tú ponerte en comunicación con él. Si recibes los papeles, mándamelos. Respecto del pedazo que falta en el documento, no sé a qué atribuirlo. Pídele a Amós el primer ejemplar que le di, y si tienes tiempo confróntalo y añade lo que falte. El borrador lo rompí, pero tengo otra copia en el ministerio; malo sería que también tuviese esa falta. En lo que le mandé a Núñez, no advertí nada; verdad que no hice más que corregir las erratas.

No sé cómo mis cartas te «dan la sensación» (diría Barahona) de que me divierto mucho. Más bien me aburro. Y por añadidura me estoy volviendo imbécil. Dos cosas me imbecilizan: *la provincia,* que es un pozo; y el *notariado.* ¡Qué horror, qué horror! Se me está poniendo una *mente* de notario rural. Ya no sé lo que es literatura, ni política, ni *humorismo,* ni nada. Prefiero refunfuñar en el Henar y bostezar en el tranvía. Si me garantizases que no hacía calor, no acababa las oposiciones.

Tu amigo Linares se me ha presentado. Es simpático; pero he podido comprender que *no está preparado.* El apuro va a ser grande, porque sólo podemos aprobar a 20, de 160 que hay. Hasta ahora hemos aprobado a 6, de 40 examinados.

Mira qué tertulia he puesto ayer: el fiscal de la Audiencia; un gallegazo de Becerrerá, del tamaño de una torre; el jefe de los bugallolitos de Pontevedra, hombre simpático del antiguo régimen; un hermano del marido de Isabel Uña, y Cartiñeiras, ¡¡que admira a Espinosa!!!! y quiere reivindicar la personalidad de Galicia.

Hoy he asistido a una función eclesiástica *solenisima,* que conmemora «el voto de la ciudad.» Yo creía que Alcalá era la única ciudad que había hecho votos. También Coruña. Se trata de un voto hecho con motivo del asedio puesto a Coruña por los ingleses. He oído un pedazo del sermón del Obispo de Orense. Oírlo ha sido la razón de mi asistencia. No me ha

defraudado. ¡Gran cosa! Figúrate que este obispo, que lo será por influencia de Bugallal o de García Prieto, dice que él es el Felipe 2º, *nuestro* gran rey! Ha insultado a la herética Inglaterra, a la impía y revolucionaria Francia, a la Constitución (pobre!) y nos amenaza con los castigos de la Pentápolis. Ha pasado revista a los ejércitos de Covadonga, de Las Navas, de Roncesvalles; en fin, todo. Ha proferido anatemas furibundos contra Sibaris y los sibaritas (¿tú qué decías: *el ser,* ¿es un sibarita?), y contra Babilonia, «la de los pensiles y las estatuas gigantescas». Muy divertido. En rigor, si en España hubiese policía, le habrían llevado a la cárcel.

Por último: mañana voy a ir de merienda, ¿con quién dirás? Con el señor Arzobispo!!! Vamos a bendecir la primera piedra de no sé qué casa en Cesuras, lugar de excursión, a donde nos llevarán en tren especial. Me he sumado alegremente a la expedición, invitado por un miembro del tribunal, que se come a los santos. Veré de cerca a todo este gremio; es lo único que hay aquí.

Estamos en plenas fiestas. Consisten en no dormir. Todo se vuelven disparos, músicas y aclamaciones. Parece que *entra alguien.* No entran más que gallegos, cada vez más. No sé todavía cuántos hay, pero lo menos sesenta millones. La Coruña vive en medio de la calle. A las tres de la mañana todavía estaban aplaudiendo a la banda de Zamora, que ejecutaba una olla-podrida (diría Corpus), donde se armonizaban la Marsellesa y la Marcha Real. Gran entusiasmo. Bombas. Gritos. ¡El ideal gallego!, voceado con la lotería a la hora de salir el sol. Y el hotel, hecho un infierno, con durmientes en los cuartos de baño, en las escaleras, y en esta sala donde escribo.

En la calle Real, ha aparecido un torero, «constelado» de brillantes, de donde toma la calle cierto aire andaluz. Debe advertirse que en la entrada de la calle los cafés se suceden una puerta sí y otra también. ¡Y tienen divanes! Es muy fácil poner tertulia, y variarla, y fugarse, porque tienen puerta a dos calles.

Bueno. No sé qué más tonterías escribir. He resuelto no ir a los toros en vista de que nunca voy, y no tendría *lógica* que yo fuese taurómaco en Coruña. Voy a ver si tengo tiempo de escribir al Amós, cuya resolución me espanta. La verdad; no sospechaba yo eso. Lo que no acabo de percibir es el conflicto que podría resultar de eso.

También me divierte el asunto de mi amiguito Creagh. Y esos elogios, casi pintureros, que me tributa, me emocionan. En efecto: yo soy un *carácter*... avinagrado!

Aunque quisiera, no puedo escribir más. Tengo al lado dos señoras de Madrid conversando con un señoritingo, que ya han pasado revista a todas las majaderías de este invierno. Ahora están reflexionando sobre el actor Vilches, después de considerar el mérito de los hijos de la Guerrero. Me marean. Recuerdos a los tertulios, genéricamente.

A Don Sindulfo, que tenga *ésta por suya,* como siempre, y mis saludos a la familia Rivas.

Abrazos de

Manolo

(Madrid) 6 de Agosto (1924)

Querido Manolo: No sé, porque te escribo desde la Ofi, si hoy tendré noticias de Núñez.[1] De todas suertes, escribo a su hermana, para que me diga si sigue en Burdeos, cosa que voy temiendo que no, o dónde está. Sí que es una lata. Ya veo que todo lo sucedido con la letra era como yo me figuré cuando pude figurarme algo. Lo del protesto anterior fue lo único que me asustó, sobre todo por los aires ridículamente misteriosos que le dio Bilbao al hecho de que yo no lo supiera. No le he visto después, porque les huimos una y otra noche; pero supongo que le habrán protestado todo lo protestable. Allá cuidados.

¡Y nosotros que creíamos que te divertías tantísimo! — No, no interrumpas las *opos.*[2] *Se ha presentado* el calor, y aunque suponemos que será una añagaza de los próximos grandes fríos, por el momento no nos atrevíamos a recomendarte el regreso.

De política, nada en concreto; pero el haber sido puesto en libertad Ruiz Albéniz a requerimiento de Berenguer, y el regreso de Primo sin detenerse en León, para llegar a Madrid una hora antes que el rey y coincidiendo con el plazo que los Africanos —dicen— han fijado al Gobierno para que restituya a aquel a su antiguo puesto en Africa, dan cierta amenidad a los comentarios de estos días. Lo que sí sabemos es que el rey habló en San Sebas[3] con Ortega y le dijo que no sospechaba que Primo, a quien conocía de antiguo y tenía por muy ligero, fuese tan estúpido. Que para evitar rozamientos él se había llevado consigo a Cavalcanti, y Primo lo estropeaba todo insultándole en una nota, cosa que había hecho imposible ya todo areglo. Ortueta aventuró entonces la posible solución: Gobierno de la Unión Patriótica. Pero el Señor le contestó que eso era un fracaso, que no se apuntaba nadie, y que no habría más remedio que volver a los de antes.

Romanones, a quien Ortueta dio poco después la enhorabuena, la recibió muy gozoso, asegurando que ya faltaba poco para que estos se marcharan...

1. Véase carta del 21 de junio de 1924 de R. Ch., nota 1.
2. Por oposiciones.
3. Por San Sebastián.

Y nada más. Anoche estuvimos en el cine con Doña Elena,[4] que por lo menos nos hace reír, y ¡con Palmiri! — Bueno, adiós; si no apruebas a Linares, ya sabes que lo siento por él, pero que no importaba nada.

¿No vas a ir a Puentedeume? Recuerdos al Sr. Arzobispo, de cuyo trato contigo esperamos ópimos frutos esperpénticos.

Recuerdos de D. Sindul,[5] y de mis padres y hermanitas.

Y Salud

Cipri

Fui a tu casa el otro día; no estaba Josefa, que me había dejado la llave, pero no supe abrir. Luego ella fue a mi casa a llevarme el correo e hizo *declaraciones*. Dijo que tú no querías arreglar la puerta y que decías y que no te importaba; y que ella se está muchas veces muchas horas sentada en el descansillo y hasta que luego pues la puerta ya se quiere abrir.

La Coruña 7 de Agosto (1924)

Querido Cipriano: anoche he recibido tu carta. Para hoy espero los periódicos que me anuncias. También tuve ayer carta de mi hermana que me ha puesto de mal humor; ahora es ella la que está enferma y no me cuenta más que contrariedades.

Espero saber qué hace Núñez de Arenas. No me ha contestado al telegrama. A menos que se haya marchado de Burdeos, su conducta es inexplicable. Martínez Ponce, que ya estará en Madrid, podrá decirte dónde se encuentra. Salmerón me telegrafía que tampoco en Lisboa quieren hacer eso. ¡Qué lata! Habrá que recurrir a París. Si vas por mi casa, registra el cajón de la mesa de «España», a ver si está allí la carta de Corpus, que tiene sus señas y el presupuesto.

He tenido carta de Amós, diciéndome sus planes de viaje, y comentando la carta de Maura. Me invita a detenerme en León. Así lo haría, si acabásemos pronto las oposiciones. Pero ayer hemos comprobado con horror que terminaremos muy entrado Septiembre. ¡Otra lata! Hemos tenido dos días de verano *riguroso,* con 29 grados a la sombra. Hoy está un día otoñal nublado y fresco.

Se comprueba mi teoría sobre la fundación de las tertulias. Me he sentado tres días seguidos en un café nuevo, frente al hotel, regido por un antiguo camarero del Regina (que me ha preguntado por todos vosotros), y ya *hay núcleo* de tertulianos. Comparecen: el arquitecto Rivas, amigo de Amós en cuyo despacho trabajo, y compañero de Lacarra; el arquitecto Tenreiro,

4. La actriz Elena Jordi.
5. Sindulfo (por Sindulfo de la Fuente).

hermano de Ramón; un vasco aldeano, ingeniero que me admira mucho *porque hablo seguido*; otro bilbaíno, contratista muy gracioso y campechano, que se expresa como los personajes de [1] Castellanos. Dice por ejemplo que la Aurita, una alcahueta, «no tiene consiensia, porque no se contenta con un trentasinco por siento de ganancia». Por último: el señor Espinosa, que aquí representa el papel de mundano. Antonio Tenreiro no se parece a su hermano, sino a su primo, Anton Rodríguez Pastor. Es *mu liberal.* Este y Rivas me han ponderado ya el muchísimo dinero que Amós se ha gastado en «España». También ha pasado por aquí el hermano Camilo, pero yo no le he visto. Y llama la atención en los Cantones el exquisito poeta Augusto D'Holmar, saludado con entusiasmo por la prensa local. Ha comparecido igualmente el Sr. Díaz del Castillo y Pan Español, primo, por lo que tiene de Pan del Sr. Pan de Soraluce, el amigo de Amós.

Renuncio a contarte mi expedición con el Sr. Arzobispo. Un gran *fracasco.*[2] Calor Discursos. Mitras e hisopos. Una piedra primera. Y *lunche.*[3] La flor y nata de la clerigalla coruñesa. Graves defectos de organización, en virtud de los cuales surgió una *cuestión de etiqueta.* El ministerio de Gracia y Justicia y el de Marina *nos retiramos.* Con ese motivo, el comandante de Marina despotricó contra los militares. Dos mil bombas de dinamita nos tiraron encima de las cabezas con ocasión de ese festejo. La última que nos tiraron, cuando ya estábamos metidos en el tren, fue tan horrorosa, que las señoras se asustaron. He averiguado que cada una de estas bombas se compone de tres cartuchos de dinamita embutidos. El año pasado mataron a uno. ¡Es muy fino obsequio! Por la noche tuvimos en la bahía función de pólvora, de lo más *precioso.* 900 kilos de pólvora quemaron, según han contado los periódicos. El estruendo era tal, que no sabía uno dónde meterse. ¡Qué barbaridad!

Te mando esos recibos de la casa de Prado 11 [4] para que se los envíes a Martí Jara, si es que está en Madrid y tú te *tratas* con él. Supongo que no habrá hecho Bilbao ninguna bobada nueva.

Esta tarde suspenderemos seguramente a Linares Rivas. Ha prometido retirarse, si no tiene suerte, para no ponernos en un apuro.

Lo que empieza a fastidiarme es que no tengo tiempo de hacer nada, ni de escribir.

Las tardes se pasan en el tribunal, desde las cuatro, y como aquí se cena a las diez y media de la noche, después ya no hay más que dar un paseo, oír la música y acostarse. Las mañanas se me van en escribir cartas y en recibir y devolver visitas. Hoy no he tenido más que dos.

1. Nombre ilegible.
2. Por fracaso.
3. Por lunch.
4. Administración de la revista *España.*

El Heraldo es un periódico desconocido en Coruña. Pude encontrar en casa de Lino un número, donde venía tu articolito de Santiago; pero no he visto ninguno más.

Para Sindulfo, a quien escribí hace unos días, es ese *programa* con explicaciones.

Son cerca de las dos. Me voy a comer.

Abrazos de

Manolo

La Coruña 10 de agosto (1924)

Querido Cipriano: He recibido dos certificados, pero no los periódicos cuyo envío me anunciabas.

Conforme enteramente con la solución que propones. Aquí tratábamos de arbitrar otra, pero ésa es mejor.

Lo del papel, bien, suponiendo que sea desplegado el pedazo que me mandas.

Mejor a plana entera (no a dos columnas) si el precio es igual, como supongo.

Entre el precio que dan con papel y sin él, hay un margen de 35 pesetas millar. Para que valga la pena de comprarlo aparte, sería menester encontrar uno que costase 22 o 24 pesetas *resma,* y tendríamos un ahorro de unas cien pesetas en cada obra. Quizá con eso podría ponerse una cubierta. Tú verás si eso no complica el asunto (compras en la Papelera, portes, etc.). Resuélvelo como quieras sobre el terreno.

No sólo debes hablarle del caballero, sino que *la condición inexcusable* es que hagan los dos a un tiempo. La razón es el temor de que hecho uno, se vuelvan otros; y además la conveniencia, por motivos que no se te ocultarán, de repartirlos juntos. Otra condición es que lo hagan en seguida, en seguida...

Cantidad: cinco millares de uno y cuatro del caballero.[1]

Tenemos que reservar algo para el tercero, que debía ser el primero. Para esto te envío una nota que se pondrá en la 1.ª plana. Mientras hacen eso, veré si completo el 1.º, suponiendo que me dejen unos días libres. De todos modos, éstos son más importantes.

Yo creo que cabe, sobre todo yendo a plana entera. Si no, se quitan regletas.

1. Se refiere a una de las publicaciones, tres folletos, a juzgar por el contenido de esta carta, que es la más explícita del asunto de que tratan desde principio del carteo. Pero no son datos bastantes para colegir qué documento es. Uno de los folletos, es *Apelación a la República,* ya que en su carta del 2 de septiembre Azaña dice: «Están en la Apelación. Es lo más urgente».

Me mandas pruebas.
En cuanto te haga falta dinero me lo dices.
No creo que se me olvida nada.
Encárgale que sea discreto.
Después hablaremos de la distribución.
No escribo más porque voy a ver si alcanzo a certificar.
Mucho tino.

Manolo

La Coruña 11 de Agosto (1924)

Querido Cipriano: ayer te escribí contestando a tu carta última, pero, como temía, llegué tarde a certificar. No habrá salido hasta hoy por la mañana. Te puse un telefonema para que supieras mi conformidad con el proyecto y pudieras ganar tiempo. En esta *poación*[1] se acaba de cenar a las 12 menos cuarto de la noche y se certifica el correo a las 6 1/2 de la mañana. Esto es absurdo, y contradice abiertamente las promesas de orden y de lógica que encierra el hecho de estar situado el Correo en la calle de la Forma...

La novela portuguesa me parece increíble.[2] Nuestro amigo es algo soñador y folletinesco; puede que todo sea un antojo suyo. Puede también que haya cometido alguna ligereza. Si no es así: ¿cómo y por qué iban a dedicarse a abrir las cartas?

Me planteas un problema psicológico. Yo no sé realmente si estoy o no aburrido. Distraído, sí que estoy; lo que pasa es :1º que Cruña[3] no da de sí más que para diez o doce días. 2º que se echa de menos a los amigos, porque esta pandilla de aquí, en el fondo, no concuerda conmigo. 3º que siento tener abandonados mis trabajos. Por lo demás, el tiempo se va como un soplo.

El otro día, sábado, tuvimos batalla de flores. Asistí en un auto del eminente vasco Zubirarreta, que las hábiles manos y el refinado fruto de Espinosa habían adornado elegantemente. Había unas señoritas muy requeteguapísimas. Menos mal que la serpentina y el *ramallo* andan aquí baratos. Los opositores, emboscados en los jardines de Méndez Núñez, me miraban con odio. Ayer caí en la taurada. Una lata, como las de Madrid. Me he librado de asistir a la «fiesta española» nocturna en la misma plaza de toros. Unas comparsas valencianas, aragonesas y gallegas cantaban y bailaban, precedidas por la brillante banda de Zamora, que aunque parezca raro, es de

1. Por población.
2. El asunto de la impresión en Portugal.
3. «Cruña» por Coruña.

Lugo. Nada más ver a los baturros, enseñando los calzoncillos por las bocas del pantalón, me puse muy enfadado. Los pasean en las calles, en carrozas. Detrás, a pie, va el coro *da Cruña,* «Cantigas da terra», berreando sus foliadas, aturugos, etc. Esto se llama arte *enxebre*. Claro: no asistí. Pero el entusiasmo público duraba a las tres de la mañana.

Debe tenerse presente que todo lo que está pasando en Coruña se llama «Fiestas de María Pita.» No sé si sabes que esta María fue una heroína contra Drake, la misma a quien dedicó un gran sermón el Sr. Obispo de Orense, de quien ya te he contado. Indudablemente, Andalucía es un país calumniado. Aquí sí que viven en juerga continua. La explicación es muy clara. Los gallegos envían a América la cuarta parte de su población, para que trabaje. Hay un millón de gallegos en América. Cada trasatlántico trae quinientos o seiscientos giros; y unos cuantos repatriados con dinero. Todo eso se reparte mucho, y a divertirse tocan. Los muy pobres se dedican a poner pleitos a los ricos, y sacan algo. Los demás son canónigos, notarios o arqueólogos locales. Y como todo está verde, gracias a que llueve, desprecian a los de la meseta; o los tienen un poco en lástima porque no hablan gallego.

Como te anunciaba, suspendimos a Linares. Este sujeto es algo fresco. Nos dijo que llevaba cuatro meses preparándose, hizo un ejercicio de reporter audaz, y luego, hablando conmigo, parecía convencido de haber sido víctima de una injusticia. A propósito de ese garabato que hacen los notarios al pie de las escrituras nos habló de Asurbanipal, a quien hizo rey de los egipcios... Y así en todo. El examen de este señorito había despertado expectación, por sus grandes relaciones en Coruña. Creía tener al tribunal en el bolsillo, y no se engañaba más que en parte. Hasta se alababa de tenerme sujeto, porque «traía una recomendación de un amigo íntimo del Sr. Azaña». Pero estuvo tan desastroso que nadie se atrevió en el Tribunal a defenderlo. El mismo día suspendimos a otros dos, uno de ellos sobrino del fiscal de la Audiencia. Era otro de los *nudos* de esta oposición. Tuvimos un rifirrafe tremendo. El señorín católico que me había llevado a merendar con el Arzobispo, quiso aprobarlo a todo trance. Amenazó con retirarse del tribunal y me dijo una impertinencia. Entonces yo pronuncié una arenga violentísima. Los dos notarios me siguieron, y derrotamos a los otros tres señores. El barullo duró hora y media. Al publicarse la calificación, los opositores aplaudieron. Después, los otros jueces están como un guante. Pero mañana vamos a tener otra batalla, porque se examinan dos niños protejidos. Ahora el decano dice que yo hago «proposiciones revolucionarias» y no me llama más que «representante del poder real».

A Linares no le digas nada de esto. Limítate, si le ves, a decirle que lo he sentido mucho.

Con el señor Espinosa, que se marcha pasado mañana sin concluir de contarnos lo que empezó a contar el 22 de Julio, te mandaré una llave, una

carta, y unas señas. La llave es la de mi mesa (cajón derecho) del ministerio. Irás allá, si tu oficina te lo permite. Apartarás todo lo que veas escrito a máquina, que son *cosas mías* (ya te figuras el qué), y a ver si encuentras un paquetito de cuartillas, apaisadas, cosidas, manuscritas (no por mí), que contienen el «extracto de las memorias de los Registradores». Lo sacarás por el título. Sánchez Moreno, por quien preguntarás, te ayudará, y a él le entregas las cuartillas. Pero no le dejes curiosear ni ver lo demás. Entregado el papel que buscas, guardas todo, echas la llave y te la llevas. Se trata de un documento para el Anuario de la Dirección.

Creo que va todo bien explicado. Me llaman a comer. No sé si me dejo algo que decir. Recuerdos.

Abrazos de

Manolo

(Madrid) 13 de Agosto (1924)

Qdo Manolo: Ya está el original en la imprenta. 1050 ptas todo comprendido los 9000 (5 y 4 respectivamente). No sé qué cuentas hacías para suponer que con un papel de 22 o 24 ptas (El más barato de ese tamaño era de 25) se ahorraban 35 pts en millar. No se ahorraban sino ocho por resma y millar (cada millar lleva una resma) que bajaba con los demás gastos de portes etc. bastante. Por otra parte, P. hizo una nueva aunque pequeña rebaja, y como tiene interés en hacerlo precisamente por salir de ese papel que tiene, he juzgado más rápido y hacedero lo que te digo. El sábado habrá pruebas, pero no de todo completo. Se hacen al mismo tiempo las dos.

No me dices si, por fin, se pone alguna indicación general: *Folletos políticos,* o cosa por el Orden, numerados, según pensamos.

Bilbao me preguntó anoche si Villalba tenía algo que ver en todas estas cosas. Yo le dije que no sabía. Porque parece que ayer llegó a Madrid, y preguntó por ti y por mí, y a Bilbao si había algo de unos papeles y unas cosas que traíamos entre manos. Bilbao le dijo que si quería encontrarme de cierto me buscase en el café, pero no fue. Hoy le buscaré yo a él.

Hasta mañana

Cipri

La Coruña 15 Agosto (1924)

Querido Cipriano: he recibido ayer tu carta. Te escribiré mañana o pasado para que organicemos la distribución.

Haz el favor de personarte en la librería Reus, y comprarme el Programa

de *oposiciones a Registros.* Si te dicen que no se ha publicado el de la recientísima convocatoria, compras el programa que estuvo vigente en las *oposiciones de 1923,* y me lo envías certificado. Cuesta una peseta o poco más.

Por aquí no hay novedad, como no sea la comparecencia de D. Enrique Ramos Ramos.

Hasta otro día

Manolo

(Madrid) Viernes 19 (de agosto 1924)

Nuestro gozo en un pozo: ayer, en vez de las pruebas, recibí el original devuelto. Gregorio se niega y Pedro se vuelve atrás. —No he encontrado en el cajón de tu mesa de *España* (en ningún cajón de la del despacho de la izquierda, que supongo es a la que te referías) ni en el mueblecito, que he registrado tal vez demasiado de tu despacho del jardín, la carta de Corpus. No sé qué hacer. He mirado papel por papel—. Recurrí a Martí Jara y me ofreció enseguida que sí, creyendo que se trataba de cosa más breve. Hoy me dará la contestación definitiva (que espero negativa). Fui a la Prosperidad, donde yo conocía un pequeño industrial del ramo; pero no me atreví a insinuárselo, porque se me adelantó él con cualquier pretexto a decirme que no. Voy a ver esta tarde a Fernando de los Ríos. Pero Pepe Villalba opina que se debe hacer, sin buscar más, en París. Escribe o telegrafía qué hago.

Cipri

¡Qué cosas más raras y más divertidas guardas en tu mesa!

. . . . . .(*)

En la calle de S. Gregorio lo que hay es un platero de *Miele* al que, por lo demás, has ido conmigo.

Ah! Me ha preguntado tu criada si pagaba el cuarto, porque el portero le había subido el recibo, y ella aunque tenía dinero no había hecho nada por si te parecía mal.

(*) Raya de puntos suspensivos a través de toda la cuartilla, en el original.

(Madrid) 22 de Agosto (1924) (*)

Querido don Manuel: Muy silencioso estás estos días, sobre todo conmigo. ¿Has recibido los papeles? Espero al llegar a casa hoy encontrarme carta tuya, pero como la esperaba también ayer y anteayer y no la tuve, me decido a adelantarme. —¿Qué hay de nuevo? Estamos muy intrigados. El hombre Villalba me pregunta si yo sospecho cuál habrá sido tu decisión, si hacerlo ahí o enviarlo a París. Yo me inclino a creer esto último, por más que como anunciabas hace unos días que habías intentado algo ahí, dudo—. Ten en cuenta, por si acaso puede servirte, que Jorge Guillén está en París - Avenue de la Grande Armée 14, y que me está ahora muy agradecido por la ponencia de Don Marcelino en el procesamiento de su padre.

También esperaba estos días atrás el arribo de Espinosa con la llave que me decías, pero por tu última a Sindulfo vemos que sigue ahí triunfante. Por cierto, que Pepe Villalba ya está intranquilo con él porque hace diez días que no tiene noticias, y por lo que anoche me dijo, es muy posible que le dé soleta.

Sigue transcurriendo el veranillo —con los grandes fríos de Agosto, claro, que este año son tan verdaderos, que no resistimos la acera por la noche— con el lento aburrimiento acostumbrado. No pasa nada, ni se barrunta que vaya a pasar.

Hasta hoy no te he mandado el paquete de periódicos que te venía anunciando. Había prestado los *Quotidien* y quería mandarte principalmente los últimos artículos de Unamuno, que por fin ya recogí. El programa de las oposiciones a Registros me han dicho que no ha sufrido modificación ninguna; es, por lo tanto, el que te envío en el paquete de periódicos.

No es verdad que estemos, ni que esté yo embrutecidos con la catalanaza doña Elena, que sigue tan pintoresca y proyectista, y con la que hemos salido hasta dos veces. Mi otro *amor,* la señorita Elvira, está yacente en un sanatorio, con la cabeza deshecha por la trepanación del mastoides, que le han quitado de cuajo. Ya parece que no hay peligro; pero ha estado grave. —Ya te contaré a qué cómicos arbitrios he llegado en el *Heraldo.* Mi amiguito Marquina me ha dicho que si quería ganar unos duros más de los prometidos, sin gran trabajo, sin responsabilidad y dentro del presupuesto de que él puede disponer, que mandara ocurrencias de esas de «Ocurrió cierto día» por las que pagan al *espontáneo* colaborador ¡tres duros!—. En efecto, ya me ha publicado tres gansadas; con lo que resulta esa *labor* anónima, o pseudónima mejor dicho, hasta mejor pagada que los articolitos.

(*) Con membrete: Ministerio de Estado. 2.ª Política. Oficina de Relaciones Culturales Españolas.

Con unos y otros no llego a los 50 duros mensuales; es una delicia. Pero enfin, menos da una piedra.

Salud, recuerdos, y no te hagas tanto de rogar.

Cipri

La Coruña 27 Agosto 1924

Querido Cipriano: habrás recibido una postal que te enviamos desde Puentedeume, a donde fui el domingo. Viaje pintoresco y hospitalidad agradable en un lugar estupendo. Madrugón a las seis y media de la mañana, y partida sin desayunar (oh! los grandes hoteles!) en compañía de Doña Aspirina, mi antigua aya. En la estación, dos mil personas, arremolinadas junto a los despachos de billetes, clamando, cantando, llorando, y unos guardias con tan malos modos como los de Madrid que intentaban poner orden. Cuando el estupor me dejó preguntar ¿qué pasaba? comprendí mi imprudencia! ¡Era la fiesta de Betanzos! La segunda fiesta de Betanzos en esta semana, preparatoria de la fiesta del siguiente día, en que iba a repetirse la verbena de los Caneiros... Pero ya no podía retroceder; me esperaban los Tenreiros. Hice cola, hicimos cola. Tres cuartos de hora después abordaba al billetero ferroviario, no sin llevar en torno mío tres mujerucas y un padre de familia que me encargaron de sacar sus respectivos boletos: ¡Siete terceras para el Brugo, señor! ¡Dos segundas para Cambre, por estas criaturas! ¿Va para abaixo, señor? —Cuando repartí los billetes entre todos mis mandantes, me cubrieron de bendiciones, me abrazaron, lloraron, y el padre de las seis criaturas me ofreció su casa. Yo le ofrecí la mía y pasamos al andén. No hacía más que hora y cuarto que debía haber salido el tren, que estaba esperando.

Uno de los agravios que Galicia tiene contra «Castilla», según he oído decir en las tertulias del Canton Grande, es aquel dicterio que se malea en las estaciones: «Señores viajeros al tren, y los gallegos también!» Bueno: pues es un dicterio merecido. ¡Cómo transportan a los gallegos, en su propia tierra! En mi departamento, capaz para ocho personas, íbamos exactamente diez y ocho; doce, sentadas unas encima de otras, y seis de pie. Item: cestas, botas, gaitas, bombos de tamaño natural, panderos, y niños pequeños. Así arrancamos; y apenas el tren se puso en marcha, todo aquel gentío rompió a cantar. Se oía una batahola más alta que el ruido del tren; y en las paradas, mientras subía más personal, el bailoteo dentro de los coches atronaba. No hubo incidentes en el viaje, salvo el de un viejo que quería mear, y como las paradas eran cortas tuvo que hacerlo desde la ventanilla. Las mujeres decían, buscando mi aprobación: Pobriño, va reventando! (Noto que en el departamento yo *era un señor* a quien las mujeronas

presentes dieron mil disculpas por invadirle el coche llevando como llevaban billete de peor clase).

En la primera estación de Betanzos, la mitad del gentío se desbandó. Los que iban *por abaixo,* siguieron conmigo en el tren hasta Betanzos-pueblo. Yo me fui a un coche corrido, por ir más ancho. Las filas se habían aclarado. Allí había unas mujeres provectas, de perfil romano, con las trenzas colgando, que hacían música de pandero y sonajas, y cantaban un estribillo:

«¡Que tengo salir
que tengo salir
(unos versos ininteligibles)
María [1] !»

Las jovenzuelas repetían al oído de sus amadores las canciones de la [2] :

«Mírame, mírame...
con tus bellos ojos...»

De pronto, las viejas, como si las pinchasen el culo, se ponían de pie de un brinco, y empezaban a bailar, aporreando los panderos. Era muy divertido. Yo creí que estuviesen locas. Pero Tenreiro me ha dicho que ésta es una raza pagana, en la que ha penetrado muy poco el cristianismo. Es una explicación.

En Betanzos-pueblo, los paganos que todavía quedaban en el tren, se apearon. Alguien manifestó un bombo disforme, una gaita como las sacan a veces en las zarzuelas, y el gentío echó detrás, trepando por las cuestas con un entusiasmo enternecedor, a emborracharse junto a una ermita.

En Betanzos hice una fórmula de desayuno, que no me envenenó. Desde allí el viaje es delicioso. El tren corre a la orilla del mar, hasta Puentedeume. ¡Qué día! Fresco, fresco, y un sol espléndido. Unos pueblecitos de juguete, y playas minúsculas, solitarias. Paisaje de montaña y de mar; dejando el tren, el *fiord* del Eume.

Los hermanos Tenreiro me esperaban en la estación, y fuimos en auto por la carretera de las Nieves hasta una montaña de las que cierran el cauce del Eume. Allí empieza otra Galicia; una meseta selvática, bastante desolada, la Galicia *nórdica,* muy diferente de la Galicia de las rías bajas. Con un catalejo veíamos La Coruña, los barcos del puerto, y mucho más lejos las Sisargas. Al pie, la ría de Betanzos, Sada, el mar abierto, y por encima del Ferrol, también el mar. Es magnífico.

1. Dos palabras monosilábicas ininteligibles.
2. Palabra ininteligible.

Los Tenreiros tienen al borde mismo de la ría una finca muy buena, con casa grande, y una huerta, y un jardín muy bonitos. Pasamos el día hablando de las cosas de que se habla en Madrid; lo que ya no me ocurría desde hace seis semanas. También por las montañas había fiestas. Tropezamos con gente endomingada que iba a pie por la carretera. Era *San Payo,* en las Nieves; y San Payo en Cabanas...

El viaje de vuelta fue terrible. Regresó el personal de la mañana. Solo que estaban borrachos todos. Entre las dos estaciones de Betanzos (donde estuvimos a punto de estrellarnos, porque la máquina se quedó sin presión y el tren comenzó a recular, cuesta abajo), recibí las confidencias de un borracho que ha recorrido medio mundo; no sabía castellano, pero sí el inglés. Pretendió obsequiarme con un vaso de vinazo, yo me resistía, y en estas, alguien le tropezó en el codo y me volcó encima todo el vaso. En Betanzos-Norte, empalmaron tres trenes. Yo me vi en la plataforma del coche, preso, sin poder entrar ni salir. El que se apeaba, no recuperaba el puesto. Y estuve de pie, esperando la salida del tren, en mi plataforma, desde las 6 y 1/2 hasta las ocho y veinte, en que arrancó. Veníamos veintidós personas en la plataforma, entre ellas tres mujeres con enormes cestos en la cabeza, paisanos borrachos, chicos llorando, y dentro del coche un infierno. Así llegamos a Coruña.

Ya ves si es divertido viajar cuando hay fiesta en Betanzos.

Cuando regresé me entregaron en el hotel la tarjeta de Saracíbar. No decía donde se alojan. Como esperaba, al día siguiente los encontré en la playa. Hablamos un momento, supe que se hospedan en el Atlantic, y ayer por la tarde fui a visitarlos. El alemán rubio que se esfuerza por dar al Atlantic un aire Ritziano me dijo que los señores de Saracíbar [3] estaban en Ferrol. Veré si los encuentro esta tarde.

Hazme el favor de personarte en el Banco Hispano Americano a canjear el talón adjunto por el resguardo definitivo. Está abierto hasta las dos, y por la tarde de cuatro a cinco. No es menester que me envíes el resguardo. Ya me lo darás. La cantidad que representa me va a hacer falta pronto, creo yo, a pesar de que traje ya algún dinero. Pero aquí todo resulta caro, y algunas cosas más caras que en Madrid. A Don Jorgito [4] no le encargues ya nada.

He tenido carta de Amós, que está en un monte de León. Cree que estoy concluyendo las oposiciones, y me invita a detenerme a almorzar con él, cuando regrese. Me detendré, si aquí no me hacen perder demasiado tiempo. ¡Vaya pelmazos! Todo se hace muy despacito en Coruña, muy despacito; así es que probablemente no concluiremos hasta muy entrado Septiembre.

3. D. Julio Saracíbar, marido de una prima de R.Ch.
4. Referencia a la carta de R.Ch. del 22 de agosto: Jorge Guillén.

No necesitas encargarme que te ponga al corriente de todo. Te cuento lo que hay, y en esta carta, ¡bien de cosas te digo! Cuando estoy sin escribir o te parezco parco en detalles, es que no hay más que contar.

Con Enrique Ramos te he enviado la llave para abrir mi mesa. El Sr. Espinosa, cuyo viaje se anuncia desde hace tiempo, no acaba de cortar la breva del mobiliario. Espinosa es mucho más grande de lo que parece!

Por aquí no hay novedades, desde que por fortuna se acabaron las fiestas. El único *suceso* ha sido la llegada del arquitecto Palacios, dispuesto a transformar Coruña. Su plan consiste en quitarla de donde está, ponerla donde ahora hay mar, y el mar, donde está Coruña, y abrir muchas zanjas o trincheras en el Orzan.

Me voy a la Audiencia. Muchos recuerdos, y abrazos de

Manolo

Regreso del tribunal; hoy no hemos suspendido más que a cuatro. El patio de la Audiencia es un lago de sangre hipotecaria... Dile a Sindulfo que en el Tribunal ha entrado un nuevo miembro, sustituto del ancianito magistrado, que tiene la ventaja de llamarse

DON SOLUTOR.

Acabo de pasar por el Atlantic, y no he encontrado a los Sres. de Saracíbar.

Ahora me dispongo a presentar la gran retreta cívico-militar que pone fin a las fiestas de María Pita. Pero antes he de cenar. Son las diez. ¡Qué buena noche hacía!

Madrid, 28 - VIII - (1924)

Querido don Manuel: Sigues siendo tan rarito como siempre; ya podías suponer que tengo cierta curiosidad y no precisamente malsana, por saber la resolución adoptada. He visto al padre de nuestro amigo, que me ha dicho, caso de hacerse todo fuera, las posibilidades bastante seguras con que cuenta para la introducción, que era lo que se nos hacía más difícil. Como tú dices que parece que todo va bien, sospecho que las principales dificultades están vencidas; pero por otra parte pienso que si no las has resuelto definitivamente estaremos perdiendo un tiempo precioso, dada la circunstancia que te decía de poder utilizar los ofrecimientos de nuestro amigo en París.

Pepe, que está conmigo muy fino (?) me convidó anoche a cenar; yo

creí que tenía algo que decirme; pero no fue así, lo cual que me chocó, porque no suele prodigar esas atenciones.

Tiene cierto miedo de que el pesado agente que comparte contigo las dulzuras de ese veraneo no sea capaz de lograr al cabo el fin para que fue enviado; pero como por otra parte me acababa de decir que no utiliza nunca recomendaciones para cosas de la Casa, no me pareció oportuno indicarle que se le podía decir algo a Tenreiro, pariente y en íntima relación con el Pastor del Banco.

Se conoce que se te ha acabado el gas epistolar, porque ya apenas nos cuentas nada: ni siquiera a Sindulfo.

El jeroglífico de la plata Miele no lo es si haces un poco de memoria. Todo se reduce a que en tu mesa y buscando lo que querías que buscase y que no encontré, sí en cambio vi los extraños restos de una carta, cuyo contenido no daba luces acerca de las razones que pudieran haberte movido a conservarla con tanto cuidado. Leída con malicia puede dar pábulo a una suposición que se compagina muy bien con tu broma de uno o dos años cada vez que pasábamos por las proximidades de la calle de San Gregorio. Ahora bien, la cita a que se refiere esa carta, no lo es en el sentido genérico que a las citas suele darse: era un encuentro circunstancial para llevarme al platero que existe en dicha calle y al que después recuerdo haberte llevado a mi vez alguna, para que regalases a unos paletos. Cierto que el darte todas estas explicaciones tan por lo menudo no deja de ser una ingenuidad también; pero, la verdad, me hizo tanta gracia encontrarme allí los rotos papelitos, que no se me ocurre otra explicación menos ingenua.

Nos aburrimos bastante; pero no lo podemos remediar.

Bello está deseando que vuelvas para empezar a hacer la revoli. En el Heraldo le han gustado tantísimo mis articolitos a Hurtado (que el año pasado ni me hizo caso siquiera), que me han invitado a que solicite de mis amigos del grupo «España» y afines, colaboración semejante. Así que si serías bueno [1] te protejeré y te darán lo menos veinte duros al mes.

Que escribas y digas algo. Muchos recuerdos de todos, que seguimos buenos, excepto mi madre que nos dio un buen susto cayéndose anteanoche en casa como viene teniendo por costumbre. Parece por fortuna que todo ha sido un resbalón sin importancia en el enlucido del piso y que el derrame sinovial que temimos no se ha presentado. Tuvo sí derrame sanguíneo intramuscular que le produjo fortísimos dolores ayer y le obligará a guardar cama unos días.

Se ha muerto (te lo digo por si quieres decirles algo) la madre de los Sáez de la Imprenta.

1. Por «si eres bueno».

Hasta la vuelta y que te alivies. Vas a ir por fin a ver a Amós a tu paso?

Tuyo

Cipri

La Coruña 30 de agosto (1924)

Querido Cipriano: acabo de recibir, hoy sábado, ocho de la tarde, una carta tuya, fechada el 28. De su texto deduzco que no has recibido mi anterior, una larguísima epístola en que te contaba mi excursión a Puentedeume, y además te daba otras noticias, que tanto deseas. Supongo que se habrá retrasado, o se habrá cruzado con la tuya, aunque yo suponía que te llegara el jueves pasado. Si por fin ha llegado, leerás bien lo que te cuento, y aprenderás que el asunto está en marcha. Lo está desde hace muchos días, muchos; pero, hijo mio, tú no sabes lo que son los gallegos puestos a tardar. Ríete de los andaluces más pelmas. Añade a eso el misterio con que lo llevan todo. Yo mismo estoy a *escuras* [1] en muchos detalles; existen los intermediarios precavidos, que son, como habrás oído decir, los que dificultan y encarecen el comercio. Y luego, ¡qué de consejos, de advertencias, de rodeos!

De las dos cosas que me proponía hacer en este pueblo, una, como te digo, está ya a medio componer. La otra vendrá después, porque no pueden hacerse dos cosas a un tiempo. No es culpa mía. Y gracias que se pueda!

La solución *técnica* que aquí me han propuesto, o más bien, impuesto, no es la que habíamos pensado! No se parece nada a nuestro proyecto. No es lo que *me figuro*, por lo que hasta ahora he visto.

Si te parece mal, o feo, podría aprovecharse el ofrecimiento de Jorge para el segundo proyecto, pero echando cuentas calculo que no habría manera sin que Pepe, u otro, se echasen *pa lante*. Además, opino que es mejor la igualdad.

La recomendación de Tenreiro no servía, porque es precisamente el arquitecto de la casa, y uno de los examinadores de los proyectos del *hombre pelma*. El cual se ha marchado hoy, para Asturias, muy contento, porque al fin le han dado *el sí*. El hombre pelma *no sabe nada*. Te lo advierto para que si se hace contigo el enterado, estar sobre aviso.

Mucho siento el accidente de tu madre. Confío en que como tú dices no tendrá consecuencias y se aliviará pronto.

De Amós tengo carta hoy. Mi detención en León depende de cuando acabemos aquí. Creo que hasta el 12 de Septiembre no podré tomar el

1. Por oscuras.

tren. He de combinar con Amós algunas fechas, y necesito estar ahí con antelación bastante al 22 de Septiembre.

Temo que tendré que dejar aquí algo sin concluir.

Ya he caído, con tus explicaciones, en lo de la plata Miele. No sé por qué te acusas de ingenuo. Parece que con la distancia, te desorientas un poco. Sí, sí: pedazos de un pedazo de carta que te dejaste en casa, y que se me ocurrió conservar, para bromear un poco, y *confundirte!* Conservaba la broma, pero no memoria del documento en que se originaba. Ya ves qué misterio y qué picardía.

La otra noche, por fin, pude ver a tus primos,[2] que me invitaron a tomar café, ya que cenar con ellos no pude, por la hora a que salíamos de las opo. Supongo que ya estarán en Madrid y que los habrás visto.

Conmovedor es el ofrecimiento del Heraldo. Al fin, se nos abre una sucursal de la fama! Pero yo no era periodista. Yo era un latoso. No sé qué quiere de mí el Sr. Le Beau. Precisamente es un *carácter* que no me va. Y ahora que se se ha declarado *discípulo* de Ortega, y que Canedo le cita ¡junto a Gabriel Miró! me inspira mucha menos confianza...

Aquí me he encontrado con Correa Calderón, nuestro accidental colaborador en España. A qué no sabes cuál es lo *más interesante* que publicamos en La Pluma? No; no lo sabes... Pues, los artículos de Erasmo![3] Et allez donc! Este joven Correhuela publica en Lugo una Revista, Ronzel, escrita por Ramón, Marichalar, etc. Anuncia que cuenta con los escritores más selectos de Portugal, Galicia, Cataluña y... *Madrid.* Por no estampar España, ni Castilla. La tontería naciente.

Por cierto que me hizo la fineza de pedirme colaboración, y el Sr. Espinosa, al oírlo, prorrumpió en una violenta carcajada. Yo era un latazo...

He leído que el tío Valle Inclán sale para el balneario de .[4] Hubiera ido a la Puebla, de tener tiempo y ninguna cosa mejor que hacer. Pero, si la noticia es cierta, no le encontraría allí.

Hoy he aprobado (dependía de mi voto) a un opositor por causa tuya. Bien ajeno estarás. Y sin embargo, si pasa en el 2.º ejercicio, como es probable, deberá el ser notario a tu *influencia.* ¡Oh la psicología!

Voy a cerrar esta carta, y la echaré sin certificar para que alcance el correo de mañana y la recibas el lunes... o el sábado! Estoy intranquilo por mi carta anterior.

¿Tampoco has recibido la llave que te mandé con Enrique Ramos? Fue antes que mi carta. Reclámasela.

Tuyo

Manolo

2. Ver carta de A. del 27 de agosto de 1924.
3. Erasmo Buceta.
4. Palabra ininteligible.

Madrid 31 de Agosto (1924)

Querido don Manuel: Excuso decirte lo que nos ha regocijado el relato de tus peripecias en el viaje a Betanzos. Pese a tan duros trabajos, me cambiaba por ti. Ya sabes que a mí lo que más me aburre es verme condenado a tener que hacer lo mismo todos los días. Cuando además lo que hago es ir al café y ver a las mismas gentes anodinas, mi mansa desesperación sube de punto. Llegará pronto un día en que me daré cuenta de que ya no es ocasión de hacer la tontería que pudo salvarme de este marasmo. Como por otra parte tampoco sabré acomodarme completamente a una vida de familia, habré fracasado del todo. Por lo pronto noto que ya ni siquiera se me van ocurriendo las tonterías cuyo proyecto me distraía hasta hace poco. Enfin, para qué hablar de cosas que no sé tampoco si entenderás con tanto tiempo como ha pasado desque que estuvimos en Cruña.[1]

Muchas cosas nos cuentas, pero en realidad no me cuentas nada. Sobre todo de lo que me interesa saber por si todavía nos es dable a los demás ayudarte en algo. Puesto que dices que a don Jorgito ya no hay que decirle nada, nos figuramos un próximo resultado feliz de lo que constituye un enigma y casi casi una obsesión por lo poco que tenemos aquí con qué distraernos repito. Lo que no se me alcanza bien es cómo te las vas a arreglar para distribuir; pero enfin, como te callas es señal de que te las arreglas mejor solo. Sería lástima sin embargo que no pudiera coincidir con la fecha que anuncias para tu vuelta a Madrid, porque le daría más interés.

Hice tu encargo en el Ministerio, donde me dijo tu súbdito el señorín elegante que estaban locos, buscando lo que me encargaste le diese, y que, naturalmente, encontré enseguida. Mañana haré lo del resguarlo.

Otro lío se ha debido armar con la letra de las 500 de Bilbao en A.G.P.; pero como tú me has dicho que no me preocupe de tal cosa allá cuidados. Anteanoche al volver a casa me encontré con un aviso de tu portero, anunciando el aviso del Banco para el día siguiente a las doce. Ese día siguiente era ayer; como Luis Bilbao no compareció según acostumbra otras veces, nada le pude decir, y como el día de marras le avisé y no hizo nada, consideré que no tenía necesidad de ser más papista que el Papa. Total que anoche volvió a avisar tu portero que había habido un aviso del notario con el protesto, que quedará en espectativa de devolución de la letra hasta mañana a las doce. Si esta tarde no veo a Bilbao le avisaré a su casa; pero tampoco sé hasta qué punto puede tener validez un protesto hecho en otro domicilio que el suyo.

De noticias políticas, ninguna decisiva, aunque nos empeñamos en ver todos los días indicios de un cambio. Nuestro amigo el padre de Jorgito,

1. Por «Coruña».

que se ha hecho muy intimísimo y nos convida a chocolate por la noche en el Savoia a Sindulfo, porque ha conocido a su padre, y a mi, en compañía de la Jordi, con quien ya se muestra en público sin miedo a que yo se lo cuente a su familia, nos ha dicho ayer cosas bastante interesantes del señor Echevarrieta por lo que revela de enfriamiento de relaciones con el exministro de Estado. Según parece, el viaje del bilbaíno a la conquista de Alhucemas, ha sido un fracaso tan grande que en estas circunstancias puede dar lugar a que se agrave con la situación de África, la de aquí.

De Primo cuentan que dice que ya sabe que el rey le quiere «bonear».

¿Con que has sabido de Amós? Pues has tenido más suerte, si se le puede llamar así, que yo. Se conoce que en vista del mal resultado de las aproximaciones sentimentales del verano pasado, ha decidido, si no cortar por lo sano, apartar por lo enfermo la ocasión de ninguna veleidad. Ahora quien me proteje desde Irún es Miguel.[2]

En mi ministerio como puedes muy bien comprender no hago más que perder el tiempo, pero ya sabes que no me proponía precisamente regenerar las relaciones culturales con Europa y América. Por lo menos, tampoco la oficina es antipática, dado mi escepticismo comunicativo.

Que te aburras lo menos que puedas, que ya falta poco para que cambies de escenario y de maldiciones —por cierto, tu vecina la señora de Uriarte ha dado a luz un robusto infante cuya crianza amenizará tus horas como las amenizó la de su hermana; que nos digas algo si puede ser (a propósito, ¿te acuerdas de que yo tengo un montón de señas ya impresas?) y manda cuanto quieras a tu afmo. y seguro servidor

Cipri

La Coruña 2 de Septiembre (1924)

Querido Cipriano: he recibido tu carta, que se habrá cruzado con otra mía, echada el sábado. Veo que sigues impaciente por saber noticias. Entre la carta a que contestas y la que te escribí hace tres días va contado todo lo que verdaderamente *hay*. Si fuese a referir todas las conversaciones que he tenido sobre el particular, necesitaría un volumen. Aquí todo el mundo es elocuente. No es, pues, cierto que *me las arregle mejor solo,* como dices con tanta sorna, ni que lo tenga resuelto todo. Es que todavía no hay nada que arreglar, y que ciertas cosas no puedo resolverlas, ni en proyecto, mientras no posea algunos datos que todavía desconozco. Siento mucho que los acontecimientos no vayan tan rápidos como tu imaginación; pero no es

2. Don Miguel Salvador.

culpa mía. Estoy ahora como hace tres semanas. ¿Yo qué le voy a hacer? ¿Qué noticias te voy a dar, fuera de que ya lo están haciendo, cosa que te he dicho varias veces, y que es la única noticia que hay? Están en la Apelación.[1] Es lo más urgente. He corregido pruebas de una tercera parte. No sé más. Ni sé quién lo hace, ni dónde ni nada. Me contentaría con poder llevármelo y organizar ahí lo demás. *Pero no sé el formato.* Así que no puedo encargarte fajas ni volver, mientras no lo sepa. Primero dijeron que como medio A.B.C. ahora dicen que más pequeño. Se debe a la falta de elementos, y a que lo hace *uno solo.* El encargo es por diez mil, de cada uno.

No te entusiasmes con las facilidades de París. Cuando esas ofertas llegaron a mi noticia ya estaba amarrado el trabajo aquí. No creo que fuera cosa de suspenderlo para lanzarse a otro tanteo. ¿Es un disparate? De todos modos, si el primero no resulta bien, podrían aprovecharse para el segundo, como te decía en mi anterior. Pero mejor será que vayan iguales. La disminución del formato, que le quita apariencia, resulta ventajosa para el reparto y transporte. Además en París será más caro, y no nos alcanzaría para un n.º tan copioso como lo que puede hacerse aquí.

Para todas estas cosas me he entendido con un señor, el cual a su vez ignora quien lo hace, pues se entiende con un tercero; el cual desconoce de dónde viene el asunto. Y me han mareado con precauciones para que no pase lo de Portugal. ¿Entiendes? Creo que sí.

Cuando haya lugar para ello, te prevendré de lo que sea menester ir haciendo. No te he ocultado nada. Siempre salías por el mismo registro. No me extraña que creaís que aquí pasaban muchas cosas. Pero no pasan. Todo es lento, y silencioso. Y lo mejor será que te muestres reservado con el papá de Jorge, cuya correspondencia debe de estar poco segura.

Enterado del protesto de la letra. Supongo que la habían protestado en Prado 11,[2] como es debido, porque allí estaba domiciliada. El aviso del notario a mi portero será cosa de Nicolai, a oficiosidad del notario, porque a mi casa no tenían que ir. No adivino lo que se propone Bilbao. Es decir, sí; no paga, y pata. Los Mecenas fracasan.

Aunque hace tantos años que estuvimos en Coruña, entiendo lo que me dices. Lo que no acierto es *la tontería* que podías hacer para salir del marasmo! Pueden hacerse tantas! Pero hacer una tontería a sabiendas, no me convence. Yo, cuando tenía 25 años (¡parece mentira!), buena salud y algún dinero, me declaré fracasado cenando con amigos en casa de Moran. Se rieron mucho. Pero aquello era un presentimiento, cuando menos. Mi fracaso es de nacimiento. Llamamos fracaso a la convicción de que es preciso vivir rodeado de majaderías y de latas, sin hacer nunca el menor ca-

1. Véase nota introductoria al Carteo de 1924 y carta de Azaña del 10 de agosto de 1924.
2. Administración de la revista *España.*

pricho. Yo me lo figuraba. Me aburría ya en brazos de la nodriza. Con que figúrate si los años que te llevo no me habrán consolidado en la apreciación de lo que empiezas a descubrir. ¿Cuál es la tontería que lo remedie? Dame la receta. Yo creo que todo se arreglaría con un poco de dinero, que nos permitiera no ocuparnos en cosas fastidiosas: ministerios, periodicos, etc. En suma: teniendo *más instinto*, tenemos poca libertad.

Como yo pienso morirme de repente y no muy viejo, creo que me faltará tiempo para desesperarme. Te legaré la tarea de defenderme, y eso te servirá de entretenimiento. Plantearás la tesis de que yo *era un postergado*...

Bueno: ayer acabamos el primer ejercicio: Hoy y mañana, nada que hacer. Tenemos un día negro, lloviznando. No se puede ir a ninguna parte! He visitado por tercera vez, desde los sótanos hasta la terraza (45 metros de altura) el rascacielos Pastor. ¡¡Tanta casa, para vivir en Cruña!!

No sé si haré todavía alguna excursión. El domingo volví por Sada. «Paseo bonito, dimos»; dice mi amigo *Saens*. el [3]: «Seguimos carretera!»

Como nada me dices en tu carta, supongo que tu madre está mejor.

Recuerdos, y abrazos de Manolo

Certifico esta carta. Observa cómo llega.

Madrid 6 de Septiembre de 1924

Querido Manolo: Ayer tarde mismo hablé con Pepe, el cual me dijo que no cree posible llevarse el enfermo [1] a su casa en primer lugar porque para esos días ya no estará él en ella, y luego porque la gente que tiene no es como para fiarse, sobre todo el pelma que con su afán de métome-en-todo pondría un pregón por donde el propio enfermo se enteraría de su verdadera situación, cosa que hay que evitar.

El Mecenas [2] pasó ayer el día fuera y hasta hace un momento no he podido comunicar telefónicamente con él. Dice que ya no tiene alquilada la casa de campo y que en cuanto a la suya pequeña de un poco más allá tampoco está en condiciones; sobre que no pudiendo él atender directamente a la curación estaría siempre intranquilo. Opina y en esa idea le acompaño, que lo mejor es traerse al enfermo a su propia casa de aquí (A casa del Mecenas, se entiende), porque los médicos no le han recomendado precisamente el campo, y por lo mismo que la casa es grande e independiente no molesta a nadie, ni él se da cuenta de que está en cura. Yo

3. Palabra ininteligible.

1. Lo más probable es que sea la palabra «clave» para designar la publicación clandestina de que están tratando, y que ya ha sido impresa en Galicia.

2. Amós Salvador.

creo también que de esa suerte a mí me será más fácil compartir el cuidado e incluso llevármelo conmigo a ratos. Salvo que se decida hacer la operación en un solo día, cosa que eres tú en último término quien ha de decidirlo, pero que me parece más prudente que el método de observación lenta y de curas sucesivas.

Yo creo por lo demás que todos estáis, incluso tú, un poco preocupados respecto al trato, no ya al tratamiento que ha de dársele. Si no se toman precauciones con él puede hacer un desaguisado, pero si él sospecha que se le vigila, que hablamos de su enfermedad, etc., recelará y a última hora no nos dejará hacer nada. Lo mejor es tratarle como si tal cosa y a mí no me hubiera dado ningún miedo tenerlo en casa e incluso salir a la calle con él y traérmelo al ministerio. En cuanto a que pueda sospechar y atreverse a abrir las cartas llevado de su manía, también creo que es un poco exagerado vuestro temor. Enfin, creo que la solución del Mecenas es la buena.

Certifico ésta también para más seguridad; pero creo que es cosa, repito, para tratada incluso delante de él. Ya ves, el propio tío Jaime[3] (el amigo del padre de Jorgito) cuando me escribe para hablarme, para hablarnos mejor dicho, de algo que si no en relación al caso, que él ignora, puede referirse a algo que al enfermo no le convenga saber, lo hace en postales que todo el mundo puede leer.

Por aquí nada de particular. La gente está como siempre más curiosa que asustada cuando no indiferente ante las noticias de Africa cada vez más graves y desconcertantes. En casa, todos buenos, aunque mi madre no del todo bien aún, y desde luego quieta. Todos te saludan y desean tu vuelta.

Te abraza

Cipri

La Coruña 8 Septiembre (1924)

Querido Cipriano: he recibido esta mañana tu carta certificada. No te había escrito esperando el resultado de mis encargos. Me figuraba que lo de Pepe no podría ser, por cualquier motivo. La solución propuesta por el Mecenas es la mejor, sin duda. Yo no lo había indicado porque no contaba con que estuviese ahí estos días; la solución campestre era, en efecto, mucho más *escandalosa*. No habría pensado en nada de esto, si aquí no me hubieran puesto la cabeza como una devanadera a fuerza de advertencias y suposiciones. El otro día, hablando con Ramos, les dije que pensaba valerme del correo y llevar conmigo el enfermo hasta Madrid. Se alarmaron

3. Probablemente el padre de don Santiago Alba.

mucho, previendo las dificultades del andén de la estación de Madrid y las *angosturas* de la puerta de salida, donde podrían molestarnos. En su vista, pensamos lo siguiente: salir de aquí en el correo, en vez del rápido, que no para en Pozuelo; apearnos en Pozuelo, y en un automóvil que nos tendrías tú preparado (para lo cual serviría el de Paco) continuar viaje hasta Madrid, llevándolo directamente a casa de Mecenas, ya que la estación en sus fincas se suprime. Dime lo que te parece, y como el tiempo apremia, si no puedes alcanzar el correo que sale de Madrid el miércoles por la tarde para que yo reciba la respuesta el jueves a primera hora de la noche, ponme un telefonema. Yo te avisaría por telégrafo el día y tren en que vamos.

Las oposiciones se acaban el jueves. Podría salir de aquí en el rápido del viernes, si la precaución de Pozuelo es innecesaria, o en el correo del sábado. Todo en el supuesto de que para uno de esos días el enfermo esté dispuesto, con su impedimenta, que será mucha. Si no, aguardaré al lunes. En la Dirección gruñirán, pero no importa.

Como te dije, el asunto de que te llevó noticia breve el hombre pelma se ha retrasado por enfermedad de uno de los dos hombres que lo traen entre manos. El amigo que me puso en relación con ellos se ha marchado a Paris, y hoy estoy esperando que *aparezca* un substituto. Hasta que no aparezca no tengo con quien entenderme. Por eso no puedo decirte en este momento si habremos concluido para el viernes, o no. Por supuesto, lo de concluir se refiere solo a la primera mitad de lo contratado.

Me ha causado admiración el plan del gran pintor[1] ¡Vaya Nunca falta un roto para un descosido, dicho sea sin segunda intención. Supongo que no habrá dejado de causarte a ti mala impresión, el verte sustituido; pero como nunca *me decías nada* de esos asuntos, te encomiendas a Sindulfo para que él me cuente lo que sepa, que no será todo. Se plantea un caso ibseniano, para que lo resuelva una mujer hiperbórea. El gran pintor estaba llamado a eso: a quedarse con las dormidas que te han sobrado! Soís de una generación muy corrompida.

Los planes teatrales me parecen fastuosos. Ya me darás algo! El cambio de título de *Los Trasatlánticos* me es indiferente. La Carroza no sé donde estará. Pero como yo llegaré dentro de pocos días, la buscaremos. No creo que eso te retrase demasiado.

Hemos tenido aquí dos partidos de forbol; a uno he asistido, porque jugaba Zamora. Han hecho todos los *goles*, y a Paco (?) le insultaban mucho porque no sabía chutar. A mí lo mismo me da Zamora que Toro; pero no a los coruñeses, muy irritados porque su equipo perdía siempre.

1. Parece estar contestando o comentando a una carta de Sindulfo de La Fuente, escrita al mismo tiempo que la de R.Ch. —a la cual está contestando A.—, del 6 de sept.

Le han pegado a Zamora y le han llamado chulo. Mañana tienen otro partido, pero lo jugarán en barcas, único modo de salir a la calle o al campo en estos días.

Ayer se ha embarcado la artillería para Marruecos. Pasaron por delante del hotel, a las diez de la mañana, y yo fui al puerto, a verlos. No dejaban pasar al muelle; los soldados no llevaban armas; había trescientas personas pegadas a la verja, contemplando el embarco. En un altozano próximo, donde me instalé, estaban sentadas en hileras una porción de viejas campesinas, liada la cabeza en sus pañolones de color, y diciendo y haciendo las exclamaciones y los gestos más trágicos del mundo. ¡Qué ayes, qué lamentos! Por la tarde, volvimos a pasar por allí, y continuaban plañendo. El embarco no había concluido; estaban metiendo los mulos en el vapor, colgados de la grúa, y los mulos coceaban, protestando, lo que no hacían los soldados. No han tardado más que 10 horas en embarcar doscientos hombres y cuatro cañones.

Hoy por la mañana ha salido el barco. Lo he visto desde mi balcón. Salía empavesado, y todos los vapores lo han despedido tocando las sirenas larguísimo rato. Estruendo infernal, y espectáculo que no dejaba de ser impresionante. En el balcón de al lado, la camarera gimoteaba: «¿Se le llevan a Vd. el novio?» pregunté. «Ah, no señor! Ni novio ni hermanos. Mi hermano es mayor, yo soy *la más nueva*, y lo *librará* mamá... Pero es que van como los becerros al matadero». Se ve que el pueblo no lee a Maeztu.

El tiempo se ha echado a perder definitivamente desde el sábado. Se desencadenó un temporal furibundo: qué viento, qué chaparrones, qué oleaje! Ayer también llovió, pero como era domingo, las cosas parecían propicias a la bonanza: la lluvia aguardaba a que hubiéramos tomado el tranvía; el leproso del puente del Pasaje se había cubierto las patas con un lienzo blanquísimo; el pordiosero del Burgo, un viejo admirable, que es gran amigo mío, trasladó su puesto a la entrada de la carretera de Betanzos, frente al tullido que siempre hay allí, y profería con una voz estentórea un llamado apremiante: «Almas cristianas! Deixen algo al pobriño...!» Y entre ambos evolucionaba el rapaz que se arrastra sobre las rodillas y lleva las piernas colgando como un rabo. Romería en Cambre, romería en Puentedeume. Las gentes volvían con docenas de rosquillas ensartadas en juncos, y no las deshacía el agua. Cartiñeira, que se asusta de los relámpagos, no los vio; y el camarero del café me sirvió, sin yo pedírselo, un doble (que parecía quíntuple) de leche helada. Todo estuvo, pues, muy bien. Pero hoy ya es la desesperada. Está lloviendo tinta desde el amanecer. Hace un día de Todos los Santos. La lluvia suena en las losas de la calle Real como en un patio fanfarrón. Y los coruñenses, habituados a vivir en medio de la calle, están apelotonados en los portales, esperando que escampe. Escampará el año que viene. Se nos ha frustrado la expedición a Monferro y Ca-

veiro que teníamos dispuesto para ayer y hoy. Lo dejo para otras oposiciones.

Si voy el viernes llegaré con el *sensillo* Saens. Es un tipo de melodrama; el hombre bueno que proteje a los parientes pobres, habla con todos los niños de la calle y sueña con la República. Un papel para Merejo padre, si este admirado actor no hubiese fallecido. Saens cree que los obreros intelectuales son, por ejemplo, los que ponen azulejos, a diferencia de los peones, que solo *mescla hasían* Es cosa formidable.

He pensado un esperpento: «Viaje imprevisto a la isla de los Bacallaos», tomando elementos *topográficos* de aquí. Lo escribiré un día que esté de buen humor.

Enfin, esto se acaba. Todavía hay 17 opositores que *resisten*. Menos habría si los frailes no recomendasen tanto y si en el tribunal no abundaran los idiotas. Ya tengo gana de ocupar mi puesto en el tranvía 6 y de contarle a Sindulfo el terrible fracaso que aquí ha tenido la telefonía sin hilos. Instalada en un cafe, con un «alta voz», y un aparato muy grandísimo, no se oyó nada, nada, nada. Yo grité: Viva la galena.

Ultimas impresiones de Coruña:

El Canton grande tiene 214 pasos.

La Calle Real 458 pasos.

El Riego de Agua 245 id.

El pórtico del «Rosalía», nueve arcos en el frente y dos laterales.

Los portales de María Pita, 20 arcos en el lado que está completo.

Llueve, llueve, llueve, llueve
llueve, llueve
llueve, llueve, llueve, llueve
llueve, llueve, llueve, llueve, llueve,
llueve, llueve, llueve, llueve,
chove, chove, chove,
chove, chove,
llueve

Esta es la lluvia

Aquí hay en el original un

DIBUJO

de Manuel Azaña

Que haya salud, y sequía

Abrazos de

Manolo

CARTEO DE 1925

Entre Manuel Azaña en Madrid y Cipriano de Rivas Cherif en viaje por España.

Este carteo va referido al capítulo XVII, *Acción Republicana,* y a las páginas 141 y 142 por lo que se refiere al *Jardín de los Frailes* y a la *Vida de don Juan Valera.* Rivas Cherif está de viaje con la compañía de teatro de la actriz italiana Mimí Aguglia en calidad de Agente de Publicidad («Press Agent» dice él en su carta del 11 de junio), y recorren varias regiones de España y Portugal. Punto obligado de referencia para este año es el que nos da Azaña en sus *Memorias* del día 18 de agosto de 1931:

«Yo estaba entonces muy desanimado y en desacuerdo con casi todo el mundo, porque casi todo el mundo acataba la dictadura de Primo de Rivera, o la encontraba muy buena; sin exceptuar a los escritores y redactores de *El Sol,* que ahora, en su forma mínima de *Crisol,* expiden patentes de republicanismo. Al quedarme sin *España,* sin *La Pluma,* y con el horizonte cerrado como por losa de plomo, no sabía qué hacer, y entré en una especie de interinidad expectante, parecida en cierto modo a lo que nos ocurría durante la gran guerra. Estaba además deprimido y muy a disgusto por haberme tenido que ir a vivir en familia, perdiendo el "espléndido aislamiento" a que desde hacía muchos años venía habituado.

»Ni siquiera iba al Ateneo (...) Recuerdo que, por esas causas, y, sobre todo, por *la soledad* en que vine a encontrarme de pronto, el año 1925 es probablemente el más triste de mi vida. Entonces estuve a punto de hacer una tontería gigantesca. Yo creo que la soledad me indujo en error; la soledad y la absoluta carencia de ambición que siempre he tenido (facilidad para contentarme con lo presente y no creerme *con derecho* a más ni a nada. ¿Será el freno de la indolencia?). Entré en

unos devaneos que al punto no fueron entendidos. ¡Lo que me habría pesado después! Lo chusco es que ya por entonces pensaba en otra cosa, pero me parecía inasequible, y la cultivaba nada más que como un cebo de la imaginación. (...) Por entonces también me refugié en la afición a escribir. Concluí *El Jardín de los Frailes* y comencé el libro sobre Valera.» (*Memorias,* I, p. 108.)

La primera carta es del 19 de enero y la última del 5 de agosto de ese mismo año. Son en total 26, 14 de Azaña y 12 de Rivas Cherif. Falta la primera de éste, a la que hace referencia Azaña en la suya del 19 de enero, que sería la primera de la serie, y la respuesta de Rivas Cherif a la de Azaña del 5 de marzo. Es difícil colegir si se ha perdido alguna otra, porque durante esos seis meses y medio Rivas Cherif vuelve a Madrid alguna vez.

Todas las cartas son manuscritas. Las de Azaña llevan siete de ellas membrete del Ateneo, una, membrete del Ministerio de Gracia y Justicia, y las dos últimas membrete del Hotel Inglaterra de Bilbao. Casi ninguna de las de Azaña lleva indicación del año; las de Rivas Cherif, en su mayoría, sí lo indican.

(Madrid) 19 de Enero (1925)

Querido Cipriano: recibí la postal, refrendada por Salinas,[1] y ayer tu carta, que me fue agradable, aunque no precisamente porque me serenase. Te hubiera contestado ayer, pero resolví no hacerlo; estaba de «ánimo muy flaco» y quizás te habría dicho algunas tonterías. Sí, sí; del fondo de tus sentimientos yo no he dudado; lo que me entristece es que la comunidad que teníamos puesta desde hace pronto ocho años, se rompa. Tampoco te *ragañé* la víspera de tu viaje; por lo menos yo no lo creía así. Lo que hice fue demostrarte que sentía tu marcha, y por qué la sentía, cosa de que al parecer tú no te dabas cuenta. Me parece que si te enfadaste algo fue porque yo tenía otro tanto de razón; y si yo me enfadé, o más bien me disgusté, fue porque te sorprendías demasiado al verme triste. Enfin; ya está! ¿Me aconsejas que esté contento? Pero si precisamente lo que me pasa es que no lo estoy! No importa no estar contento. Nadie se muere de melancolía. Y hasta parece que está uno *más en su ser.*

Anoche tuvimos la tertulia de Baroja,[2] como siempre. Nos habíamos

1. Pedro Salinas.
2. Véase carta de R.Ch. del 21 de julio de 1924, nota, y el principio del capítulo XX, *Un baile de máscaras.*

asustado mucho creyendo que asistiría Palmirera a escuchar La Dogaresa; por suerte, la lectura se la hicieron a la hora de merendar.

Ya te habrá contado Sindulfo la aparición de Doña Elena.[3] No se le conoce el acento más que antes; y por chispazos, nada. Pero dice: *¡que móne...! —¡puedès irte!* — y así ¡Conocí en su cuarto al protector! Por la emoción del momento, la tuteaba delante de gente; y me dijo que el acto segundo *«está lleno de frivolidaz»*.

También hemos visto el drama de Mori en la Latina; drama terrible, fundado en los hechos, porque se trataba de saber quién se había acostado con la hija de Muñoz, y nadie quería confesarlo! Al fin, el propio Muñoz dijo que había sido él; y resultaba ¡claro! mentira.

He ido al cine más de dos días y al ministerio más de tres, y más de cuatro a esta biblioteca,[4] de la que cada cierto número de años me sacan mis pasiones. Veremos hasta cuando dura este nuevo encierro. He echado la cuenta, y hace ahora un cuarto de siglo que entré aquí por primera vez. ¡Cuánto he medrado!

¿Has dejado hecho lo de la cobranza de tu último sueldo? Me dijiste que harías un poder. Será que no ha hecho falta.

Mi familia sigue en Totana; no sé cuándo vuelven. A la tuya la vi en la Princesa. Ya me dirás algo de tus viajes.

Recuerdos al catedrático Salinas.

Y abrazos

Manolo

(De Sevilla a Córdoba) 23 - I - 925

Querido Manolo: Te escribo, como podrás comprobar fácilmente en el tren —de Sevilla a Córdoba; he salido a las 8 de la noche y mañana estaré de vuelta a la misma hora próximamente. Ya te contaré con detalle mis impresiones de *debutante* en conferencias. Indudablemente tengo la cara dura. Hubo *demasiada* gente y se estuvieron quietos. No es verdad que haya *incurtura,* porque, ¡mira que poder hablar yo de cosas que no le importaban a nadie, en la calle de las Sierpes!... He tenido bonísima prensa. que te pueden enseñar mis *papás*, y *Ariel* (el Ateneo disidente, de Salinas y sus amigos) me ha pedido una conferencia literaria ¡Qué éxito! — La compañía [1] debutó ayer con bastante público para lo que aquí se estila y un

3. La actriz Elena Jordi.
4. La biblioteca del Ateneo de Madrid.
1. La compañía de teatro de Mimí Aguglia. Véase introducción al carteo de 1925.

éxito desconocido en Sevilla. Al final levantamos el telón 8 veces y la aplaudían como en Madrid a Zacconi. — Pero... ya no vamos a Africa, y lo siento. De ayer a hoy han surgido facilidades más cerca y estaremos en Andalucía todo el mes hasta recalar en Córdoba el 27 de Febrero. — Esta misma noche, ya desde Córdoba, te volveré a escribir *rebatiéndote* en lo de la comunidad rota. *¿Po qué?* [2] Yo no quería. — Sé que tienes las pruebas de Pepita.[3] Pero ¡hay que hacerle las notas! Bueno, sobre eso te escribiré, repito, esta noche mismo, cuando llegue a Córdoba.

El Domingo por la noche tengo que estar en Sevilla a leer antes de medianoche unas cuartillas de los Quinteros en honor de Mimí Aguglia. El Lunes me voy a Huelva.

Muchos recuerdos y un abrazo de tu fiel

Cipri

(Madrid) 27 Enero (1925)

Querido Cipriano: he visto a Salinas, que me ha contado tu conferencia y lo sucedido en ella. Salinas no cree que tenga buen éxito la Aguglia; pero esto ya será una cuestión ventilada. Hemos tenido cuatro días de fiesta y si no anduviera tan mal de cuartos los hubiera aprovechado para sorprenderte en Sevilla; pero no es posible. Todavía no me han pagado las pesetas que tienen que devolverme por los asuntos de Calera; y de las demás *fuentes* posibles, nada. Pero, como buen señorito, he pagado las cuentas que me encargaste de pagar, sin distraer un céntimo.

En el hervor patriótico de estos días ha salido a la superficie la roña más municipal que hay en España, con gran refuerzo de estandartes, *señeras,* maceros, músicas y tradiciones. Triunfa el ruralismo. Más allá del asfalto de Madrid —y solo están asfaltadas unas pocas calles— empieza la mugre castiza. ¡Qué espectáculo! Cuantísimo marrano, cuantísima canalla, mugiendo como una piara! ¡Viva Orbajosa! Esa sí que es política de *calzón corto,* como quería Costa. Y de calzón quitado.

Han reaparecido los hermanos Villalba y sobrino, con la expresión irónica que es propia cuando se vuelve del extranjero. La mayor parte de los que cruzan la frontera en estas circunstancias, creen que hacen una hombrada, *una viril protesta,* y luego nos interrogan como si cayeran de la luna, como si no tuvieran nada que ver con lo de aquí. También hemos tenido el gusto de saludar a Filiberto, al notario Prat, y al poeta Girondo, que ya no me conocía. La mujer de Xuanón ha perdido a su madre, el tío de Sindulfo ha perdido la voz y D.ª Carmen ha perdido el juicio. Quien más

2. Por «por qué».
3. La novela *Pepita Jiménez* de Juan Valera.

pierde es Don Julio, a quien le entregaron delante de mí un volantito plegado; lo desplegó, leyólo, y guardólo, cubierto de un mortal palor. Enfin, yo he perdido la paciencia, anoche, porque en el Regina han descubierto que Guillermo de Torre tiene talento y será un buen crítico: pruébase con un artículo que ha parido en America. Ce cul terreux!

He corregido unas galeradas de Pepita Jiménez, pero no las he devuelto en espera de tus instrucciones para las notas, porque algo tendrás pensado sobre eso.

No sé cómo te rebelas contra la ruptura de la comunidad, puesto que es un hecho. Que no vaya a ser definitiva es distinto, y podemos explicarlo, pero no creo que sea igual vivir separados muchos meses por tantas leguas, absorto tú en otras distracciones, o vivir como hace cinco o seis años, en que todo lo emprendíamos juntos, los viajes y las elecciones.[1] Si han sentido otras personas esa misma impresión de cansancio o de desencanto, que tú dices, ¿no serás tú el que se cansa, puesto que el suceso se repite, o te lo imaginas, con personas tan diferentes y separadas por tantos años? Por lo visto, hemos estado sintiendo paralelamente las mismas cosas el uno del otro. No quiero decirte cómo, ni cuáles ni desde cuándo las he sentido yo, porque esto te parecerá un capítulo de cargos; pero tan convencido he estado a veces de que ya no podía contar contigo, que procuraba prepararme para que me importase lo menos posible. Tu viaje a América (del que tuve la primera noticia por Sindulfo, precisamente), anunciado para cinco años, al que te entregabas con alegría, sin salvedad alguna, como si a mi no debiera interesarme, me pareció el remate de una separación ya comenzada moralmente. De que no sea así, creo yo que me alegro mucho más de lo que a mí mismo me digo. Pero eso no quita para que me encuentre excesivamente solo. Resultas de haber infrigido el consejo de Renan: Pas d'amitiês particulières![2] Ya es tarde para la enmienda. ¡Si, al

1. Véanse capítulos VIII, *Haciendo camino,* IX, X, XI, XV, *Puente del Arzobispo.*

2. Cita de Ernest Renan de 1883, de su libro *Souvenirs d'Enfance et de Jeunesse* (Recuerdos de infancia y juventud). Explica Renan que en el seminario de Saint-Sulpice, donde se educó, las amistades individuales eran presentadas como un «robo a la comunidad» («Une des choses les plus recommandées au séminaire était d'éviter les'amitiés particulières! De telles amitiés étaient présentées comme un vol fait à la communauté.») Y añade: «...la amistad, como se entiende corrientemente, es una injusticia, un error que no te permite ver más que las cualidades de uno solo y te cierra los ojos a las cualidades de otras personas». Y tras una página de justificar por qué él no tiene un alto concepto de la amistad, que considera «la cadena más pesada para la independencia», concluye: «En cuanto empieza a nacer un poco de calor, mi principio sulpiciano "Nada de amistades individuales" viene como un pedazo de hielo, a turbar el juego de todas las afinidades» («Dês qu'un peu de chaleur commence à naître, mon principe sulpicien "Pas d'amitiés particulières" vient comme un glaçon troubler le jeu de toutes

menos, este silencio forzoso se resolviera en literatura! Pero a veces pienso que mi literatismo es cosa tuya; si yo no hubiese sido amigo más que de Amós, nunca habría escrito.[3]

Ya se sabe lo que contenía la expedición anunciada dos días antes de tu marcha, y de la que me dejaste el talón: unas hojas bien intencionadas, de poca importancia, pero que han tenido gran éxito, al parecer. No tengo aquí ninguna.

En este momento se apaga la luz de esta biblioteca, y casi no se ve. No sé si alcanzará al correo esta carta. Cuando salgáis de ahí, dime dónde te puedo escribir con alguna seguridad, si es que no vas a estar revoloteando todo el tiempo.

Abrazos

Manolo

Huelva 26 - I - 925

Querido Manolo: ¿Sabes que es bonito y simpático Huelva como yo no creía? Claro que enseguida se advierte el tedio lento que habría de consumir al que aquí se quedara engañado por esta paz; pero es lo cierto que la primera impresión es de lo más agradable. Primero el viaje, iniciado a las 9 y 1/2 en Sevilla, levantándose la niebla como un telón de teatro a tiempo que el tren atravesaba el Guadalquivir. Después un campo verde lleno de prestigio antiguo, que diría don Ramón: Itálica, Villalba de Alcor, Niebla, y unas marismas enrojecidas como el Río Tinto sanguinolento. Después Huelva, clara, baja, con calle de la Marina (aunque el letrero diga otra cosa que la gente no repite) y una ría magnífica, el Odiel, que tampoco sospechaba yo en mi supina ignorancia de la Geografía.

He paseado un rato por el pueblo en compañía de mi amigo Pepe Aramburu, hermano del que está en Sevilla con el Infante, pero ferozmente antidirectorista, que es ingeniero de una mina en Los Milanos (línea de Zafra); después he visitado (mejor dicho, allí me he encontrado a mi amigo) la librería de Buendía, cuyo padre ¡ay! me ha regalado una novela suya diciéndome que él no es tan buen escritor como su hijo; quien, por lo demás, se encuentra en Davos-Platz perfeccionando su especialidad médica. He ido a buscar al tercer Aramburu (aquí residente como Ingeniero Agrónomo) con quien he gastado la última hora de la tarde. Con eso y con no haber dado la Conferencia, porque el empresario, teniendo en cuenta que

---

les affinités.» (*Souvenirs d'Enfance et de Jeunesse,* Nelson Editeurs, Paris, s.f., p. 260 y p. 261).

3. Véase pág. 129 del *Retrato.*

era lunes y no había prensa decidió ayer que la pasáramos por alto, mi viaje de hoy a Huelva, como el del otro día a Córdoba han sido un apacibilísimo remanso en el trajín de días atrás.

Los días de Sevilla, para lo que aquí se estila, no han ido mal. A unas 2000 pts diarias, que le hacen 1000 al Sr. Ferrau, con lo que, si no amortizar gastos, va cubriendo los que hay cada día. Éxito artístico y de prensa (tanto que me apunto) muy bueno. A été vraiment acclamée par une salle si no *comble, assez* repleta, y le dicen y que es mejor que nadie.

Acabo de cenar, me voy a saludar a la Prensa local, y después me acostaré temprano, tras un rato de tertulia, o así, en el Casino. Mañana llega y debuta la Compañía.

Hasta ahora el sistema me es muy grato, porque ni estoy completamente solo, ni siempre en reata con los demás. Anoche lucí de nuevo mis habilidades de *hombre público,* saliendo al escenario del enorme San Fernando a leer una tontería que *nos* habían mandado los Quinteros en el día de Marianela.

El Sábado creo que daré la conferencita que te dije, en Sevilla. Y no sé si podré ir a ver la mina de mi amigo pasado mañana.

Adiós, muchas, muchas cosas a Sindulfo y demás amigos (dile que le escribiré mañana, que recibí la suya) tantas otras a mi familia y a la tuya, y para ti lo que quieras de tu

Cipri

30 de Enero (1925) Sevilla

Querido Manuel: La tuya me fue reexpedida desde Huelva, de donde habrás tenido noticias mías, y de donde salí antes de lo que creía, pues solo estuve allí desde mediodía del Lunes hasta el Miércoles de madrugada en que tomé el tren de regreso. No di conferencia, porque vi que no había *ambiente,* falta de anuncios por ser lunes y porque el empresario se había armado un lío y no sabía bien ni cuando iba yo, ni cuándo debutaba exactamente la compañía. —Aproveché el poco tiempo que estuve para empezar por La Rábida mi «Nuevo descubrimiento de América». La excursión se hace en una hora desde la punta del muelle, con solo atravesar en cinco minutos la ría del Odiel. Huelva me fue, como te dije, un poblachín simpático y sobre todo el camino es encantador.

He estado en Sevilla Miércoles, Jueves y Viernes, y mañana por la mañana salgo rumbo a Málaga. La compañía terminaba hoy en Huelva y estará aquí dando nuevos golpes en vista del éxito. Domingo, Lunes y Martes. Es posible que estemos en Málaga hasta el Jueves 12, en ese caso, sábado y domingo irían a Algeciras, y luego otros dos o tres días a Ronda,

hasta Córdoba el 21, que es lo seguro. Yo me adelantaré siempre, y es posible que suprima Algeciras, donde no creo necesaria mi propaganda. Claro que todos estos pequeños planes se varían a lo mejor de un día a otro, porque el empresario de Huelva también quiere *de repetir* y ya no habrá modo de seguir. El éxito *artístico* es grandísimo entre estos andaluces esaboridos, y el pecunario muy decentito. En Córdoba darán diez funciones y como el 4 se debuta en Barcelona, quiere decirse que ellos van directamente Alcázar-Valencia, y yo aprovecharé unos días para estar en Madrid, no sea que luego se me precipiten los acontecimientos, porque acabo de escribir una carta al Sr. Salvati, empresario del *Politeama Argentino* de Buenos Aires, anunciándole, para que firme Ferrau, que yo iré quince o veinte días antes que la compañía y que me manden pronto mi pasaje de primera para el barco italiano correspondiente a los últimos días de Marzo o primeros de Abril. El contrato con ese empresario es por 6 meses; pero el propio Ferrau le pregunta en esa carta si piensa tenernos solo en la Argentina, o entran en sus seis meses Uruguay, Chile y Perú.

Insisto, caro ,[1] en que si bien es verdad que las *circunstancias* nos separan, yo no me siento desglosado de ti. Es más, estoy por decir, que es muy posible que mi actitud sea puro instinto de conservación. Pas d'amitiés particulières?... Miente Renan.[2] Es lo único que vale la pena. Y si yo me voy tan confiado y seguro es porque sé que me acompaña la *falta* que nos hacemos el uno al otro. Sí, es verdad, hacíamos juntos los viajes y las elecciones, pero... no es menos cierto que tú o te ibas cansando de mi ansiedad y de mi deseo de estirar las piernas, o disimulabas muy bien las ganas de hacer lo propio. Enfin, basta de recriminaciones, si no haces literatura no tienes perdón de Dios, ni mío. Claro que es muy posible que sin mí no hubieras escrito y ya sabes que de ello me siento verdaderamente satisfecho; pero no me gusta que hace algún tiempo no quieras escribir. Y si te decía me regañabas y me contestabas que era un agobio...

Yo quería, sobre todo, que hicieras una novela. Tengo clavado en el corazón ese Jardín de los Frailes sin terminar.

No sé todavía a qué hotel iré en Málaga. Al llegar telegrafiaré a casa, diciendo donde estoy, pregúntales allí.

En cuanto a *Pepita*[3]... ¡si yo lo que quería era que lo hicieras tú! Pero enfin, si te empeñas en *no saber* te daré un día de estos una lista de las notas. Y en un dos por tres te haré un prólogo facha que no habrá más que pedir.

Pregunta en mi casa, haz el favor, qué son unas cuartillas de Calpe que dicen que me han enviado, porque me dan de ello unas referencias harto extrañas.

1. Palabra ininteligible.
2. Ver carta de M.A. el 27 de enero de 1925, nota.
3. La novela *Pepita Jiménez.*

He dado, ante veinte amigos mal contados, una preciosa conferencia sobre *Los esperpentos de Valle-Inclán* en «Ariel», Sociedad de Estudios y Conferencias que preside Salinas. He tenido muchísimo suceso, y por primera vez he hablado. ¡1 hora y diez! sin llevar escrito más que un leve guión. Pero digan lo que quieran, para mí fue más importante la del *gran público* de Llorens.

En este momento salimos del estreno del *Retablo de Maese Pedro,* que ha salido bastante desigual; pero hemos aplaudido mucho. Falla recorda-ba [4] que cada seis años me encuentro con él en un estreno suyo. Halfter ha dirigido la 1.ª parte del Concierto —ha llegado esta mañana y no sabía ni siquiera qué programa era—. Excuso decirte que ni la orquesta tocaba nada ni *ná.*

Cómo, qué dices, que la Srta. [5] ha perdido la voz? Nada me dice don Sindul.[6]

De la Yordi [7] y Tito Rufo tampoco sé nada directamente.

Te abraza muy fuerte tu

Cipri

(Madrid) 4 febrero 1925

Querido Cipriano: recibí vuestro alborotado telegrama, acogido con el frío desprecio que otorgo a los fuegos fatuos del ingenio andaluz y a la frivolidad del señoritismo madrileño... ¡Qué Málaga! Por fortuna, el Sr. Orueta, el académico conferenciante, se había encargado de restituir un poco de seriedad a esas cartas.

Puesto que te empeñas, haré el prólogo de Valera. Ya estoy tomando algunas notas de la Correspondencia para hacer la semblanza. Trataré de que salga pronto. Te decía que me comunicases lo que tuvieras pensado para las *notas* del texto, si ha de llevar alguna.

En la biografía de Valera hay algunos personajes desconocidos para mí: ¿Quién es Malvina la Culebrosa? ¿Quién es *La Muerta* de quien habla como enamorado? Esto habrá que preguntárselo a su hija; pero se lo pre-guntas tú, ¿no?

A tu casa han mandado otras pruebas de Pepita Jiménez, para Calpe. Cosa rara: cotejadas con las de Barnés, *dicen lo mismo,* ¿no te choca? Sólo que las de Calpe están impresas con letra más gorda, como pertenece a la

4. Véase el capítulo XI, *La orilla derecha,* p. 93.
5. Nombre ininteligible.
6. Sindulfo de La Fuente.
7. La actriz Elena Jordi.

importancia de llamarse Urgoiti. La señora de Serrat [1] ha mandado a decir que esas pruebas se remitan al conde de las Navas. Tu diligente y angustiada familia así lo ha hecho.

Por un paquete que le he remitido al Quino [2] habrás visto cuál era el contenido del fardo que dejaste en la estación. Me lo atribuyen a mí. ¡Todos! y algunos afirman que, leyendo esa hojita, *creen oírme hablar*. Ha tenido un éxito envidiable; por todas partes la piden, la ensalzan; después del folleto de Blasco,[3] es lo mejor que se ha hecho; un señor decía ayer delante de mí que quisiera conocer al autor para darle un abrazo... La verdad es que no me imagino quién lo habrá escrito, aunque pudiera ser Casares u otro de allá. Pero, ¡qué imbécil es la gente!

Leemos cartas de Alba a tu buen padre, manifestando que se halla muy sin dineros; leemos la declaración prestada por el susodicho oligarca ante nuestro torneado amigo Sánchez Ocaña, vicecónsul de la nación en París, el cual Sánchez Ocaña, mezclado por su suerte a un acontecimiento tan histórico, se habrá creído cuando menos un Fouquier-Thinville, o algo tan truculento. De lo que Alba declara, resulta que él no ha robado nunca nada. Hay otras cartas, de Romanones, de Martín Rosales. Y reunión de generales, presididos por Burguete, siendo asistente Aguilera; no pudiendo por el momento perder ninguna batalla, no obstante ser muchos, los reunidos acordaron que no procedía derribar, como pueden, al Directorio, porque no tienen con qué sustituirlo. Y el general dictador, en una comida de casa de Pancent, declara que ansía dejar el Poder para entregarse a lo que más le gusta en la vida: jugarse las pestañas y marcharse luego con dos golfas del brazo.

Estas noticias circulan, después que los alcaldes («un personal ensimismado», dijo un guardia) dejaron de circular.

En tu viaje a América vas a coincidir con el Ortega y el *Ramón*,[4] que se embarcan en Marzo o Abril. Tú llevas muy mal pronóstico, con esas dos vedettes, y, peor aun, después del viaje del Doctor Americus,[5] que por filólogo y por trigueño barbudo, no habrá dejado boca sin abrir de admiración.

Recuerdos al filósofo leonés, y a todos los boquerones que pregunten por mí.

Abrazos

Manolo

1. Doña Carmen Valera de Serrat, hija de D. Juan Valera.
2. Joaquín Alvarez Pastor.
3. Vicente Blasco Ibáñez. Véase capítulo XVII, *Acción Republicana*, página 130.
4. José Ortega y Gasset y Ramón Gómez de la Serna.
5. Américo Castro.

(Madrid) 18 febrero 1925

Querido Cipriano: no te he escrito porque no sabía donde estabas; tu última carta me hizo creer que emprendías una etapa vertiginosa. Esperaba tener noticias tuyas. Ahora que las tengo, tampoco sé muy bien donde paras, porque el nombre de tu fonda lo has escrito en letra indescifrable. He ido a consultarlo con tu familia, por quien he sabido cuál es esa posada. Por pocos días vienes, la verdad. Si es que vas a estar aquí el domingo por la mañana, dímelo, para no marcharme de Madrid. Tenía pensado estar en el Escorial ese día; pero si llegas en el exprés, me quedaré. Y como es domingo irás a despedirte de los Barojas, a cuyo templado home seguimos acudiendo, si bien sospecho que Carmen está cansada de estas reuniones.[1]

Que no tendrías tiempo para nada ya me lo figuraba yo, o más bien, lo temía. Ese es el inconveniente de tu viaje, y esa es la razón desinteresada para que lo acortes prudentemente. Ver las Américas, sin gasto, bien; pero no más. Es lo que yo haría, si bien a ti no te acosan, como a mí, los años y los achaques.

En los pocos días que estés aquí, tendrás que resolver una porción de asuntos. Supongo que te habrá escrito el maestro Fiat acerca del estreno en la Filarmónica. Y que tendrás un minuto para acordar conmigo la ejecución de Pepita Jiménez. De las colecciones y libros de *La Pluma,* no encuentro mal que te lleves muestras, si bien no muchas, para no recargar el equipaje sin necesidad. Veremos aquí cómo se hace el porte más barato. Lo de las fotos se lo diré a Amós mañana, que espero verle. No hablo con él desde antes de marcharte tú; me escribió desde Logroño contándome sus éxitos políticos; le contesté; y no nos hemos visto. Es buena idea eso del *itinerario* fotográfico de España.

Yo estoy haciendo el «Valera»[2] para la Lectura. Me falta solo escribirlo. Pensado todo el plan, quiero consultarlo contigo antes, y que me proporciones algunos detalles biográficos, o se los preguntes a D.ª Carmen.[3] Creo que estará para fin de marzo. Con más tiempo, para poder *aprovechar* todo lo que da de sí el personaje, podría hacerse un ensayo bonito sobre este gran testigo del siglo XIX. Enfin, trataré de condensarlo, y hablaré muy bien de D. Juan, que se lo merece. ¡Qué tío más listo!

Mi familia regresó de Totana. La madre de mi cuñado sigue gravísima, con sus 81 años y su parálisis. Quien se murió, estando allí ellos, fue una tía de mi cuñado, rayana con los 92 años. Este suceso ha venido rodeado de incidentes económico-familiares muy pintorescos, que ya te contaré. Yo

1. Véase carta de C.R.Ch. del 21 de julio de 1924, nota.
2. Prólogo y edición de *Pepita Jiménez.*
3. Doña Carmen Valera de Serrat.

sigo aquejado de incomodidades de toda especie, y almacenando resignación, paciencia, y desdén. He tenido tiempo para pensar detenidamente estos días muchas cosas, y he como decidido inaugurar el *cuarto acto* de mi tragicómica existencia. El Sr. Azaña, recluido en un desnudo aposento, recapitula sus faltas y renuncia a contar con el mundo exterior. Es un acto cuarto que, si bien a mí me gustan las comedias de cinco, pudiera ser el último. No sé cuánto podrá durar.

El viernes hay baile en casa de los Borbones. Quizás vaya. Tengo una papeleta y había hecho pedir otra para ti, previendo que estuvieses aquí ese día. El espectáculo será interesante. No hay noticias; como no sea el rumor de que expulsan del ejército al general Lossada, y el de que es inminente la publicación de un libro de Alba. Circula una nueva carta de este prohombre, con el membrete del Claridge hasta en las copias, compuesta de 18 hojas, varias de las cuales están destinadas a proclamar insigne y descollante hacendista al Sr. Chapaprieta! Ese Sr. Alba no tiene arreglo.

Parece probable que tengamos periodiquito. Quincenal o así, como la hoja de los «jóvenes monárquicos», y hecho por los mismos impresores. Se [4] por pequeñas cuotas. Si hay bastante, haré imprimir otros dos folletos (los artículos de *Nosotros*). He sabido que el tío Cierva se ha reído mucho con el *Caballero*.[5] Se lo dio Caraciolo. ¡Siempre es un suceso!

El angustiado Sindulfo te contará lo mal que se han portado los *cortesinos* con la Srta. María. Se han fugado de Milano, dejando a deber cinque mille lire! Y además han dicho que hablábamos mal de Sindulfo!!! Todo ello son porterías; o, como diría Guillén: frivolidaz.

Que me avises cuando llegas.

Abrazos

Manolo

(Madrid) 2 marzo

Querido Cipriano: ahí te mando el certificado de penales y dos cartas que me dio anoche Vayo para los de La Nación.

Nada ocurre digno de contarse. La noche de tu viaje fuimos a la despedida de D.ª Elena. Tenía una *corbeille,* la pobre. Allí estuvo Grau, que hizo declaraciones. No se compara con Shakespeare. Pero le hacen en España lo que en Italia hicieron a Pirandello. En Praga están poniendo obras de Calderón y a Grau.

4. Palabra ininteligible.
5. Alusión a uno de los folletos clandestinos de que trata el carteo de 1924. Véase especialmente la carta de Azaña del 10 de agosto de 1924.

Por aquí ha pasado Deyrin, uno de los estudiantes argentinos, amigos nuestros. Yo no le he visto, pero sí le ha visto Bilbao.

Nada más por hoy, que estoy muy ocupado con este ministerio.

Recuerdos de Saez Hermanos.

Abrazos

Manolo

(Madrid) 5 de marzo 1925

Querido Cipriano: Por un telegrama del ABC he sabido que a tu conferencia del Ateneo ha asistido bastante público y que no se han privado de aplaudir. Estás en grande. Viajas, te diviertes, no te cuesta dinero, suscitas la envidia de los literatos, y además encuentras que, sentimentalmente, esta situación tiene su encanto. En eso te reconozco. Nunca te ha faltado una teoría para hacerme creer que tu gusto del momento tenía que parecerme a mi también muy bueno.

A condición de que no lo tomes por reproche te diré que el haberte impresionado más esta segunda despedida que la primera, no se debe a nada de mi parte, sino a que tú, como no podía por menos de ser, has progresado en comprender y justificar una cosa que, al principio, te sorprendió: en comprender el sentimiento que me causaba tu viaje. Bien se veía que al principio te pareció una cosa inesperada, y desmedida. Creo te hará entrever a qué distancia, sin sospecharlo, te habías ido poniendo de mí, en los últimos tiempos. Incluso materialmente, porque no ponías los pies en mi casa, cuando antes no salías de ella; y en los asuntos y asuntillos de cada día, donde me reservabas el papel de una especie de reina madre, o de amigote un poco raro, gruñón, y un poco jubilado. Sin duda, tú no lo querías hacer así, pero tal era para mis adentros el resultado. El que resolvieras tu viaje sin contar conmigo, sin tenerme al corriente de tus proyectos (hablabas de ello alguna vez como si continuaras una conversación empezada, que no había empezado), sin percatarte de que yo podía tener algo que opinar o que sentir en el caso, era la confirmación y la consecuencia natural de lo que yo venía ya observando. Siempre he sido algo propenso a menospreciarme; y viendo lo que pasaba: ¡Será que no merezco más! —me decía. Yo me había imaginado, y más que imaginado, otra situación; así es que no dejaba de sentir despecho y cólera, además de tristeza. Todo esto es tan exacto, que si yo te hubiera hecho una despedida, ¿cómo diré?, como la de Sindulfo, entre amistosa y humorística, es lo más probable que tú la hubieras encontrado acorde con lo antecedente y no me habrías descubierto debajo de ese disfraz. Como no me disfracé, te encuentro impresionado, pero sorprendido. Habías llegado a desorientarte tanto, y

a incomunicarte conmigo de tal modo que, antes de tu viaje a Sevilla, la noche que fuimos a cenar a los italianos, creías que eran recriminaciones las cosas más sencillas y afectuosas que te dije. Ahora ya estás mejor, es decir, ahora ya estás bien. Si tu viaje sirve para esto, para algo ha servido. Mas, ¿por qué ha sido necesario que una separación te descubra que yo existo, tanto como antes?

Puesto a tratar del caso, y para no hacerme pesado otro día, te diré que no es la separación material lo que me entristece más. Ya es mucho, no creas. ¡Ir yo por Madrid sin el Cipri! Pero eso ya pertenece casi a la prehistoria. Lo que me desconsuela es que el separarnos manifiesta un fracaso, mío principalmente, y de los dos, en cuanto ninguna de las cosas que hemos soñado y proyectado ha venido a cumplirse. Además —aquí entra mi egoísmo— tú eras lo que me quedaba de juventud. Una cosa me llama la atención. La gente ¿no sabía que éramos tan amigos? Nadie me dice nada; ni los más próximos sospechan que debo de estar... contrariado. A no ser que, sacando las cosas de quicio, como acostumbro, esté yo haciendo del sentimental y del infortunado, y me atormente sin causa. Pero no lo creo.

No vayas a tomar todo esto por lo triste. Ni creas que voy a amargarte el viaje con epístolas lamentables. Esta es una crisis provechosa, después de todo. Tú te renuevas viajando por el mundo. Yo también me renovaré, viajando por mi interior.[1] Ahora estamos en la tempestad. Luego vendrá «la alegría de los pastores después de la tempestad.» Y si antes no se me interrumpe la gran sinfonía, solo me queda aguardar el tiempo victorioso, si ahora estamos en el luctuoso. Ya volverás, ¿no es eso? Mira tú qué cosa: apenas te has marchado, y ya no hay en tu programa número más importante que volver. Es, pues, cuestión de un momento. Aprovecharé la crisis para luchar con mi indolencia. Estoy ahora algo menos embotado que hace unos meses. ¿Pertenece esto a la fisiología? Es un efecto de las bajas presiones? Lo ignoro. Pero a veces me hago la ilusión de que me quito diez años de encima. Y, cosa rara, aunque por mis desapacibles sentimientos estoy así como más atento a mí mismo que otros días, no me tienta el escribir «confesiones», ni prosas líricas. Las criaturas que imagino no tienen nada que ver conmigo, no llevan nada mío, y las miro no sé si con desprecio —no con desprecio literario, sino con un desprecio humano— o con desengaño. Quizás sea bueno eso para escribir una comedia.

Yo ahora no escribo más que de Don Juan Valera. Voy hilvanando las notas, y si tardas un poco en embarcar quizá pueda enviarte un trozo grande de la biografía, para que me digas tu parecer. Acaso resulte demasiado prolijo.

1. Compárese con esta frase escrita en 1913-1915 «Mi vida de relación disminuye, se reduce al *minimum* a medida que me perfecciono; ya casi todo está en mi interior». (O.C. III, p. 803).

También hacemos política. Albornoz declara que yo sirvo mucho para el caso, solo que hasta ahora no he tenido campo... El resultado será que manden Bugallal o Cierva. Esos sí que tienen campo.

Cuando me cuentes cosas de Barcelona, díme qué piensan los catalanistas, qué esperan, qué se proponen; y de los sindicatos revolucionarios, en qué situación están.

Si mañana es el estreno del *Pelele,* te comunicaremos el resultado.

Abrazos

Manolo

(Madrid) 19 de marzo (1925)

Querido Cipriano: contestas a mi carta[1] con una especie de artículo muy objetivo. Se ve que eres un polemista, y que la contradicción te convence de lo contrario, precisamente, que se te quiere inculcar. No puedo refutarte. Tengo la cabeza como un bombo, merced a un trancazo que pillé el otro día; engañado por el buen tiempo, *creí que habíamos echado fuera el invierno,* y me enfrié. No es nada. Pero el caso es que llevo tres días hecho un lelo.

Hace una semana Sindulfo y yo examinamos la probabilidad de que no vayas a América. Hoy hemos sabido que el actor llamado Tudela se ha separado de vuestra compañía, y eso nos hace creer que el contrato en el nuevo mundo continúa siendo problemático. Yo he expuesto en el seno de tu familia la hipótesis de tu retorno anticipado. Me pareció que se alegraban, y a Lola la regocijaba tanto tu imprevisto fracaso y tu vuelta, que hube de interponer un veto, y es éste: que si no te embarcas, no te dejaremos entrar en Madrid, y habrás de estarte un año en Vallecas, escondido; a lo más, se te permitirá venir de noche a conferenciar con Palmieri.

Sindulfo apunta tímidamente la idea (yo no digo nada) de que te augures bien con Ferrau, sobre todo para los medios de vuelta, porque todos son simpáticos y amables, hasta que hacen la primera trastada; ejemplo, Podrecca.[2]

Lo de Amós puede ser para él una cosa muy seria. He ido varias veces a su casa, pero no le encontraba nunca; se marchaba temprano y no volvía hasta la hora de cena. Por fin, le escribí, dándole el pésame. Y me contestó a los dos días, sin que haya logrado verle. Me parece que le buscan las vueltas. Papanastaziu dice que no habrá nadie que se atreva a dictaminar que la *culpa* es del arquitecto, pero que han debido de cometer alguna imprudencia, sea el contratista, u otra persona cualquiera. Amós ha

1. La carta de R.Ch. a la que alude no se ha conservado.
2. La compañía italiana de títeres que R.Ch. había introducido en España.

dicho ante el juez que algún obrero habrá hecho mal las mezclas, lo cual le ha valido un ataque violento del *Socialista,* que hace campaña de esto; el Gobierno, por dar pruebas de interés obrerista, nombra juez especial; y como se trata de un político del antiguo régimen, y además, rico, les gustaría engancharle. Por lo que yo entreveo, Amós está muy preocupado. Y como yo tengo tan buena suerte, no ha dejado de alcanzarme un cascote del hundimiento: ahora íbamos a arreglar lo del Hispano, en forma conveniente para mí. Pues bien: ayer recibí carta de Amós diciéndome que no puede ocuparse de eso. No sé cuándo le veré. El día del santo de su mujer, ¿crees tú que debo limitarme a enviar una tarjeta? ¿O pega que le mande flores estando como están, tan contristados por esta desgracia? ¿Tú qué decías?

Siguiendo con la relación de *las desgracias,* te diré, por si no lo publican antes los periódicos, que ha sido suprimida la Escuela Superior del Magisterio, con lo que varios amigos quedan *sur le pavé,* entre otros, nuestro Angelito Vegue. Esta tarde se ha presentado en el Ateneo, pretendiendo acaparar la admiración y la compasión de todos, pero se le han reído en su pescuezo, y yo he pronunciado una arenga contra los profesores de literatura que llevan el cuello torcido.

Más noticias: el tribunal supremo, por unanimidad, ha fallado en contra de García Goyena el recurso que le había puesto Zabala; de modo que le quitan a mi jefe la Presidencia que le dio Primo de Rivera. Esto regocijará mucho a tu buen padre, defensor del lustre de la magistratura.

Supongo que, si no publicadas en los periódicos, se habrán corrido por ahí las nuevas de la prisión del marqués de Aldama y del conde de los Gaitanes en Bilbao, con motivo de la quiebra de la Unión Minera. El juez los procesó y los encarceló, sin fianza.

Hubo una escena magnífica entre Aldama y el juez, en que se bordó el tema: ¿Usted sabe quién soy yo? Con todo, entró en la cárcel. Aldama había llevado a su ayuda de cámara a Bilbao, y no quería prescindir de sus servicios aquélla noche que iba a dormir preso. Pero como en las cárceles no se admiten voluntarios, discurrieron una cosa magnífica, que fue encerrar al ayuda de cámara como quincenario. Y así lo hicieron. El Gobierno envió al fiscal del Supremo (Don Galo Ponte: «¿Eres tú, Galo?» —decía Vicenti), con orden de poner en libertad a los marqueses. El juez se negó, y los han libertado, no sé si por orden de la Audiencia, o cómo. Pero ya llegaron a Madrid. Ahora se espera que el destituido y el encarcelado, sea el juez.

Con estas ruinas bancarias (Teran y L. Bilbao hacen frente a todo), se ha sabido un rasgo de la marquesa de Aldama: en un día ha hipotecado todas sus fincas de Madrid, para llevar el dinero al Banco de su hijo, del que han retirado 70 millones de las cuentas corrientes. Nuestro amigo Amós también es accionista del Banco Central, y tiene allí depositados todos sus

valores. ¿Tú has oído de familias que se arruinan de la noche a la mañana? Pues esa es una manera. Se sabe que los de la Unión Minera, a parte de otros delitos, habían vendido o pignorado todos o casi todos los títulos que tenían en depósito de custodia. Parece que era una gran juerga, y, la verdad, es lástima no haberlo sabido. Con decirte que ese señor Villamil, amigo de Araquistáin, que suele ir al Regina, es deudor de la Unión Minera por *trece millones* de pesetas, que le habían prestado sobre su palabra. Sin embargo: Olariaga dice en *El Sol* que lo hecho por los de la Unión Minera no tiene nada de raro.

Habrás visto en la prensa la revolución de La Libertad. Don Jorgito me contó hace días las cuitas familiares que les ha acarreado ese papel, sostenido desde hace dieciocho meses por su padre. Parece que el nuevo dinero es de March, el contrabandista, quien ha comprado también *Informaciones*. Han echado a Oteyza, y se espera que contraten a Luis de Tapia. *Todo va bien en Puerto Arturo*... como decían veinte años ha.

Hay vehementes sospechas de que se gestiona la paz con Abdelkrim. Interviene un periodista mejicano, como agente oficioso del Directorio. Trátase de que Abdelkrim se aviste con Primo en un punto próximo a la zona internacional. A cambio de que Abdelkrim reconozca la soberanía del Sultán, se le darán ciertas ventajas, dinero, mando, etc. Con todo, se insiste, y esto puede ser parte de las negociaciones, en que van a desembarcar en Alhucemas.

No creo que haya más noticias que darte. Buena vida llevas, acostándote a las cinco de la mañana. Pero si piaban los pájaros, serían más de las cinco, a no ser que los pájaros barceloneses, como es de razón sean más activos y madrugadores que los de la meseta. Ya sé que te las das de separatista en Barcelona. Haces mal. Hay que ser optimista en el camino y pesimista en la ciudad. Barcelona conquista a los castellanos, por lo que se ve. Verdad es que nadie ha hablado de Barcelona como un alcalaíno, y yo espero hablar de ella un día, aunque no lo haga tan bien como el pobre alcabalero; pero en cambio, tengo un ochavo de sangre catalana, porque una mi agüela era de Arenys de Mar. Pero quién, por muy Quijote que sea, volverá a encontrar la costa barcelonesa («la tierra jocunda, el aire claro») con un viejo cuatralvo como el que mandaba la maniobra de las galeras, y con una mocita, disfrazada de mancebo, a quien iban a ahorcar?.

Basta. Voy a acostarme. Todavía una pregunta: ¿le has dicho ya a Barnés que yo corro con lo de Valera. ¿Le escribes tú, o yo? ¿No se lo habrá encargado a otro?.

Abrazos

Manolo

Recuerdos de mi familia, calenturienta la más de ella.

(El Madrid) 30 de marzo 1925.

Querido Cipriano: he aguardado a tener un día de humor menos malo para escribirte. Entre la gripe, las neuralgias, el trabajo (¡hasta en el ministerio tengo mucho que hacer estos días!) y las incomodidades que me rodean, he pasado diez o doce días insoportables. Si te hubiese escrito tal como estaba, habrías creído que me había trastornado. Hoy estoy casi bien, y aunque no alegre, reequilibrado. ¿Es posible que si tardo diez semanas en escribirte, tú tampoco me habrías escrito? Supongo que no lo harás cuestión de etiqueta, y que tu silencio no será rencoroso. Valle me ha dicho que andas, o mejor, que corres, muy ocupado. Admira tu actividad: «¡¡las cosas que hace...!!!», repite a cada momento. Te atribuye mucha parte en el buen éxito de la compañía y graves preocupaciones a propósito del drama de Araquistáin. Valle quiere desengañarle, y que se retire del teatro. Pero ¿a cuántos no habría que retirar antes que a nuestro robusto amigo? Incluso —o sobre todo— de los que triunfan. Por ejemplo: tu amiguito Ardavín, de quien espero habrás leído en La Libertad el artículo *contracríticos,* donde se afirma, bajo la fe del propio Ardavín que el público, en el estreno de *Doña Diabla,* sintió el escalofrío de lo sublime. Yo formaba parte de ese público. No sentí nada semejante a un escalofrío. Sofoco muy grande, sí; por la temperatura de la sala; y grandes ataques de risa oyendo el fallo que Muñoz Seca pronunciaba al oído de Machado, ambos mis vecinos de butaca. «La obra —decía el Seca— no tiene finalidad.» Este juicio sólo peca de incompleto, y podríamos suscribirle añadiendo que carece también la obra de sentido común. No obstante, bueno es que la hayan estrenado. Gracias a eso hemos visto a la Doña María Guerrero beber copitas de Agustín Blázquez en una casa de citas, casa que ella tiene. El hallazgo es de los que obtienen patente. Por cierto, Doña María está muy bien en su papel; recuerda a Cristina (o Doña Cristina, como decían las putas), salvo las interjecciones. Pero se supone que Doña María las dirá entre bastidores. Enfin, ¡cosa notable! esta leona de Castilla, haciendo de alcahueta imita a Thuillier. Hasta se le parece algo. Del argumento no me acuerdo. Hay una mujer muy mala, Doña Diabla, alcahueta, que tiene una hija en un colegio de monjas. La niña es muy buena, y, a lo que parece, algo tortillera. Extravío de los pocos años. Se fuga del convento, entra en el saloncito de la casa de citas de su mamá (en el cual salón hay una copia, tan mala como la casa, de la Maja Desnuda), y en seguida se enamora y quiere acostarse con alguien, porque ella, en resumidas cuentas, es muy cachonda. Esta confesión valiosa corre a cargo de Mariquita Guerrero, la cual está como para cogerla por la palabra. Háse revelado actriz, esta señorita. Ya la estropearán, por las buenas o las malas; es decir acostándola con Fernandito, o a fuerza de representar disparates. El de Ardavín concluye muy mal; a tiros. Doña Diabla mata al seductor corrompido, que da cocaína,

y nada más, a Mariquita, y deja a la niña en brazos del seductor sano y joven, que ha venido de París en un Rolls, para llegar a tiempo a la escena del tiro. Fernandito, de corruptor, morfinómano, y hombre fatal, hace reír mucho. Se parece [1] a Lalo Tejero: sale igual de alicaído, escuchimizado, y calvito. No quieras saber la ardavinesca expresión de la obra. Se habla de un entierro «con clero alzado», Porque la niña no puede ser buena, su mamá grita: «entonces, ¡la humanidad es irredenta!». Y para marcar lo corrompida, zarandeada y perversa que es Doña Diabla dice que trató mucho a... a... Baudelaire!!!

Es lo mejor, creo yo de esta temporada.

Valle ha instalado su tertulia en la cueva de un hotel; es un bar y restaurant subterráneo, donde no se puede respirar, pero todos lo alaban, porque no hay corrientes. Allí estamos unas horas por la noche. Valle está cada vez más cambiado. Ya no inventa apenas nada, ni se exalta, ni alborota como antes. Suprimida la fantasía en la conversación, se empeña en tratar seriamente de cosas pesadas por sí mismas, como la política, la historia, *libremente interpretada,* el cultivo del maíz y los foros. No pasan en vano los días; claro; pero yo atribuyo el apagamiento actual de Valle a que ha suprimido el alcohol. Aquellos *medios pelos* con que le veíamos hace algún tiempo, verdaderamente le inspiraban cosas geniales. Convendrá que le den pronto el premio Nobel, para que pueda vivir en Madrid, y se desentumezca un poco.

Está muy contento con la publicación de su novela en el papel suramericano. Ya sabrás que Vayo le preguntó cuánto querría cobrar. Y el fenómeno responde: «A mí lo que más me han pagado ha sido tres cientas pesetas.» Se refería a lo del *Sol* con *Divinas Palabras.* Vayo andaba consultando a los amigos en el café sobre el precio que podría ofrecerse. Precisamente había habido un partido de foot ball con los argentinos, y nos decía que se habían gastado ocho mil pesetas en transmitir los resultados a Buenos Aires cinco minutos antes que el corresponsal de La Prensa; con otros americanismos de cine por el mismo orden. Yo entonces le dije que un periódico tan rico, que se hacía transmitir por cable los artículos de Poincaré no debería lucirse publicando obras inéditas de Valle Inclán por menos de quince o veinte mil pesetas. Se espantó. Me dijo que las informaciones interesaban más. Que él sentía mucha simpatía por Valle. Que la publicación en el periódico le facilitaría la edición en América. Y añadió esta cosa estupenda: «Precisamente, cuando yo proponía la colaboración de Valle, una agencia ha telegrafiado que la literatura del 98 está en baja y es muy discutida...». Me dió bastante risa, y sentí alguna indignación, más que nada, por ver una vez, como tantas a un señor decidiendo de lo que no entiende. Le pregunté que si en América la literatura se cotizaba en al-

1. Palabra ininteligible.

guna bolsa, y le aconsejé que no le importase el telegrama de la agencia, que todavía las novelas del fenómeno eran una buena colocación del dinero del periódico. ¿Tú has visto una tontería igual? Ahora me explico que Vayo telegrafiase desde Berlín: «6 tarde: aumenta el odio contra Francia...»; como si se tratase de una inundación.

El caso es que al fenómeno le han indicado que pida dos mil pesos, y eso ha pedido; serán unas cinco mil quinientas pesetas. El hombre está encantado. Hará mucho tiempo que no las ha visto juntas, si alguna vez las ha visto; y no sacará más de la venta de una edición entera de uno de sus volúmenes. *Mi señora Doña Josefina*[2] está dándose prisa a copiar la obra, que es *La Corte*.

Para que veas si nuestro pobre fenómeno está cambiado, imagínate que en el conflicto Baroja-Juan de la Encina, quiere hacer de prudente mentor. En otros tiempos ya habría escrito alguna carta insultando a varias personas, o un artículo, o dado voces en el café y en la exposición. Ahora, ni siquiera ha asistido a la conferencia de Baroja, donde estalló, como se presumía, el conflicto. Y nos decía anoche que se encuentra, con este disgusto «muy abatido». No lo está; pero sí *al pairo*. Sindulfo asegura que si la cuestión se agrava, Don Ramón desaparecerá de Madrid, por no tomar parte públicamente en ella.

Tú ya sabes que Baroja había decidido exponer esos cuadros hace un poco de tiempo, más que nada, según dijo, como pretexto para dar una conferencia contra la pintura moderna y contra los críticos. Quería insultar a los impresionistas, a los post-impresionistas, a Encina y a Vegue. Abrió la exposición a la que va mucha gente. A mí me parece que los cuadros de Baroja son cosa ligera, ingeniosa, ni disparatada ni importante. También creo que el público no se ha dejado prender, contra lo que Baroja esperaba en los trucos que para divertirse había preparado. El caso es que Encina, a los tres días de abierta, visitó la exposición. Hizo un artículo hablando muy bien de Baroja, y nada de sus cuadros. El artículo que un principiante desconocido le hubiese agradecido; pero el que podía molestar más a Baroja. Y aquí fue ella: dió su conferencia, y al final leyó unas cuartillas de respuesta al artículo de Encina: le llamaba insensible, ininteligente, arbitrario, etc. Y como Encina había tenido la ocurrencia de equiparar el arte de Pío y el de Ricardo, este protestó con alguna violencia, lastimado, al parecer, de que hubiesen traído a colación a su hermano. Ya puedes imaginarte la composición del auditorio; estaban todos, y *todas* las que en tal ocasión no podían faltar. En el grupo de todas, donde yo vine a encontrarme, había una resaca muy profunda, porque este debate pictórico-literario ha venido a complicarse con tremendos líos de mujeres... y de hombres. A mí, con estos barullos, me pasa lo que a ti con las películas; que no los

2. Josefina Blanco, esposa de Valle Inclán.

entiendo. De modo que si quieres empaparte, ven aquí, y que te lo cuenten; luego harás tú una versión personal. Por de pronto, te daré las que circulan. Versión Baroja: que el artículo de Encina fue acordado y escrito antes de que el crítico visitase la exposición. Instigadora: Isolina.

Versión Encina: que retrasó la visita a la exposición, porque el artículo no podía salir hasta tal día, y no quiso que se le borrasen las impresiones. Que Echevarría le indujo a hablar de Baroja benévolamente, y que va a insultarle, como réplica, cubriéndole de horrores.

Versión Valle: Baroja no tiene razón. Encina ha procedido de buena fé. Los críticos no entienden de pintura, y los pintores tampoco. Pío Baroja y familia han exigido a Ricardo el ataque a Encina, como satisfacción por haber dado pie a que se hable con poco aprecio del genio de la casa.

Versión Echevarría, transmitida por Valle: está apuradísimo. Encima le reprocha que por su culpa ha hablado, y hablado con benevolencia, de Baroja. Le exige que rompa con Baroja. Echevarría se niega, porque estima a Ricardo personal y artísticamente. Que si se logra impedir la publicación de las cuartillas de Baroja él, Echevarría, logrará que Encina no conteste, y se acabó la cuestión. Hay de por medio —dice Echevarría— una carta de horrible difamación escrita por Isolina a Juan de la Encina. Pilar estuvo enamorada de Ricardo... Todo ello dicho en secreto por Echevarría a Don Ramón, y por Don Ramón a nosotros, a medias, y con omisiones que hacen incomprensible esta historia.

Actitudes:

Encina: Yo le arreglaré a ese envidioso.

Vegue: Ladra al oído de Encina, adulándole, y excitándole contra Baroja.

Echevarría: Pero, hombre... ¡Por Dios!... ¡Qué disgusto! A ver si lo impedimos.

Baroja: Va al café a buscar a Encina. No habla del asunto delante de Valle, resentido.

Carmen Baroja de Caro: Hemos estado toda la tarde convenciéndole para que no lea esas cuartillas y .[3]

Don Ramón: Estoy abatido...

Yo: No me importa nada esto, pero el más simpático es Baroja.

Si quieres saber más de los *sucesos del sábado* ven a verlos. Sospecho que alguna señora está echando chispas de alegría al ver la que se ha armado. Espérase que los periódicos de esta noche enconen los ánimos si publican las cuartillas de Ricardo y la réplica de Encina. No quiero decirte si hay gente frotándose las manos de gusto, con las antipatías que goza este crítico. Y Echevarría predica la paz, como amigo de entrambos, y por si le alcanza algún cascote, como fruto de los indiscretos elogios de Encina.

3. Palabra ininteligible.

Enfin, basta de líos!

Tendría que contarte ahora el homenaje a Ganivet; pero ya no queda tiempo, ni, a lo que creo, papel en esta biblioteca. Ya habrás visto la carta de Unamuno.[4] El rector prohibió que se leyera, y entonces Marañón vino a mí, para que le buscase impresor, como lo hice, no sin trabajo, porque están acobardados. La carta se repartió en el Paraninfo, mientras hablaba nuestro caduco amigo De Baquero, a quien, con tal motivo, chafaron el discurso. No es que la carta esté mal, dada la circunstancia (aunque me carga un poco el afán de Unamuno de hablar siempre de sus huesos,[5] y de los huesos del vecino), pero el último párrafo me parece desagradable.[6] Unamuno se empeña en que el único español digno es él, porque está en París, y antes estuvo en una isla, injustamente sin duda, pero sin comerlo ni beberlo, y gracias a una indiscreción de un amigo, no a un acto *de civismo.* Bueno; dejémosle en paz.

En la sesión, el único que estuvo en su punto fue D'Ors. Dijo lo que hay que decir de Ganivet, siempre que se hable de él con inteligencia; a mí me pareció muy bien, porque es lo mismo que yo opino y he escrito de Ganivet. A Pompey, le pareció que Ors había estado *clerical.* Y a casi todo el público, que *le tosió* un ratito. Sería formidable que los periodistas del *Sol* se empeñaran en hacer de Ganivet un liberal, y lo consiguieran. ¡Y un profeta!. Produce mucha admiración que Ganivet dijese en 1896 ó 97, que no estamos preparados para dominar en Marruecos. La verdad es que eso se sabe, y *se ve,* desde la conquista de Orán. Otros le llaman el *genial suicida,* y con eso, le aproximan a Larra. Igual podrían aproximarle a [7] Castellanos, que también se ha suicidado! Te encargo que si me tiro por el viaducto o me dejo pillar por un autobús, hagas constar, *donde procediere,* que mi suicidio *no tiene nada que ver* con mi literatura, ni con los *problemas de España,* por los que nadie se ha matado aún.

¡Qué buen discurso el del Sr. Viguri! Desde los tiempos de Duval no recordaba un camelo semejante. Y el de Argente!; este caballero declaró que en su juventud había tenido el propósito de engrandecer a España. Lo cambió, sin duda, por el engrandecimiento de su familia. También habló nuestro amigo Américus. Parecía muy enfadado. Tiene la voz impostada

4. Fechada en París el 20 de marzo de 1925 e impresa en una hoja suelta.
5. Alusión a la frase inicial: «Pobre amigo Ganivet, vuelven tus huesos a reposar sobre los huesos...»
6. El último párrafo decía:

«Y a nadie debe chocar que me dirija a ti, al que ya no respira ni ve. Estoy tan abrumado, amigo mío, de predicar a los que respiran y ven y cuchicheándose al oído comadrerías cierran a la palabra del corazón la boca con que comen y se creen vivos»

7. Castellanos —ininteligible.

en la cabeza. Y habla *con acento extranjero*! ¿Por qué? Es cosa bien rara.

Creo que he perdido todos los correos por escribir tan largo. Seguiré otro día, con lo que me dejo en el tintero.

Abrazos

Manolo

Palma - Hotel Alhambra
31 - III - 925

Querido Manolo: Héteme en Palma, a donde no creí venir tan pronto, y sólo decidí el viaje unas horas antes para poder estar de vuelta en Barcelona el sábado por la mañana y asistir a la comida con que piensan obsequiar a doña Mimí los *intelectuales* y artistas. Ferrau considera tan importante mi misión exploradora que no ha querido prescindir de ella aquí. Y de no venir en esta semana, en la próxima por ser Santa no habrá posibilidad de que mi modesta palabra compitiera con las siete del sermón ritual. — Así, pues, me embarqué anoche a las 8 en el «Rey Jaime I», y a las 7 de la mañana he desembarcado en Palma, luego de admirar la *salida del sol* —que no ha querido salir— sobre la costa mallorquina, un tanto desteñida hoy, pero siempre bella, especialmente la bahía y el puerto de Palma, ciudad por lo que he podido ver ya, de gran empaque. — Me he mareado un poco; me acosté temprano para madrugar, y desperté con dolor de cabeza y leves bascas no obstante estar la mar tranquila y no advertirse movimiento. Por lo visto, no tiene que ver el no haberse mareado otras veces, o yo he cambiado con la prematura vejez.

No he visto todavía más que a los empresarios del Principal, uno de ellos director de «La Abundancia» y a unos cuantos periodistas lectores de «España». Ahora que he terminado de comer voy a ver a Alomar, y mañana uno de los empresarios me ha invitado a ir a Soller, que creo que es excursión muy agradable. Veremos si no llueve, porque ahora sigue lloviznando. El Jueves soltaré mi *conferencia,* y el Viernes por la noche me embarcaré de nuevo, para regresar aquí con la compañía, por diez o doce días, el miércoles santo.

Recibí antes de salir de Barcelona el escrito de Unamuno, y claro que todavía no tu relatio de la sesión. He dicho en el Hotel que no me envíen nada, pues que vuelvo tan pronto y no hay vapor más que un día sí y otro no.

Los últimos he tenido a tu atolondrado admirador Melchor,[1] que parecía haber traído con Valle el mal tiempo, según el agua que ha caído del cielo durante su estancia. Me ha hecho reír bastante, sobre todo contándome

1. Melchor Fernández-Almagro.

su apuro al enterarse por no sé quién de la tertulia de que eras el autor de los folletos que él no *había leído* al emitir su repentino juicio condenatorio, y que ahora no encuentra.

Dice que lo sintió tanto más porque eres de sus *más puras* admiraciones y, según él, uno de los poquísimos talentos fuertes y de los mejores escritores. — No le hables de ello porque se azora; pero si le ves y quieres hacerle rabiar, *dale un vale,* por lo bien que se comporta en los cabarets. Encontró en uno de ellos a cierta cupletistilla muy mona, que atiende por Lina Coello para ocultar su nombre verdadero, por ser de *buena* familia de Granada y sobrina del ministro que fue Montilla, y como la chica hiciera consideraciones sentimentales acerca de su situación, él la consolaba diciéndole que era una *actividad* como otra cualquiera (la de hacer hombres, se sobreentendía).

Nada he vuelto a saber del estado en que tienes a Valera. Date prisa ¡hombre! Doña Carmen me ha vuelto a decir que cuando quieras puedes ir por su casa con una tarjeta mía, o sin tarjeta.

Sabrás que al actor llamado Morano, a quien tanto admiras, le ha entrado verdadera pasión artística por mí. Amparo [2] le dijo que quizá yo pudiera encargarme de hacerle una obra de magia que quería y como hace tiempo que estaba hecho el «Juan sin Miedo» que entregaré para poner en música al absurdo Benítez —Allent— Fiat, se lo he colocado a Morano según parece. A mí vuelta a Barcelona, *leemos.*

Además, y esto me importa más, según le ha dicho a mi amiguito Sainz de Baranda, quiere proponerme que me vaya con él. Yo no lo haré, claro, mientras los Aguglios se sigan portando como hasta ahora; pero no quiero perderle de vista. Prepara tu dramita rústico. Morano va a ir a la Latina en Septiembre y Juanito me ha hecho quedar muy bien a sus ojos. ¡Mira que si te estrenara *La Vara*! [3]

Me hace mucha gracia el ver lo expresivo y amable que está conmigo. Si mi verdadero camino será el de *domador de fieras*! Porque Morano tiene todavía fama de peor carácter que... que tú. Y perdona el modo de señalar. No es que compare. Es *groma.*[4]

De política ya veo que no pasa nada. ¡Es curioso el espejismo de Barcelona sobre Madrid! Con sólo pasearse dos veces por la Rambla y tratar a los intelectuales catalanistas se ve que no hay nada, nada, nada, que decía don Ramón.

Excuso ponderaros su estancia en Barcelona. La obra fue un gran éxito y se seguiría dando aún a no haberse marchado Tudela. Pero ya se la está aprendiendo el Sr. Somera, quien por otra parte me parece que tampoco hará

2. La actriz Amparo Fernández Villegas.
3. Única mención existente de esta obra de Azaña, que pudiera ser nada más un proyecto.
4. Por broma.

los huesos duros en nuestra compañía. Valle estuvo magnífico, y como a Benavente le habían tratado tan mal, estaba de lo más hueco.

¡Ya ha encargado a su amigo Soto que le busque casa! Ahora es en Barcelona donde va a vivir. — Dile a Sindulfo que ahora los mares que quiere comunicar son el Mediterráneo y el Atlántico, con una red ferroviaria hispano-portuguesa; pero sobre todo, la última invención de la corrupción del castellano integrado por el catalán, el portugués y los modismos americanos, es algo precioso. A Segarra, purista catalá, no le acabó de convencer, claro.

Después de la temporada balear, volveremos a Cataluña. Y haremos una gira alrededor de Barcelona, llegando quizás unos días a Valencia, hasta el 10 de Mayo, que debutaremos en Novedades a estrenar *Cada cual a su manera* de Pirandello. — Después, parece seguro el verano en el Norte, y si es así, yo creo que no será en Otoño como dicen, sino dentro de un año cuando iremos a América...

Yo me resigno porque no me queda otro remedio, y porque no lo paso mal. Que me escribas, a Barcelona ya, y recibe un abrazo muy fuerte de

Cipri

Muchas cosas en tu casa. ¿Están bien ya? Así lo deseo.

Valencia 15 de Abril de 1925

Querido Manuel: Llegué a Valencia anteayer tarde con un día delicioso, y medio dormido de gusto por el camino que desde el tren se ve, casi todo él a orilla del mar más *azul marino* posible. No me detuve en Tarragona, porque pienso hacerlo mejor a la vuelta, dada la combinación de horas y trenes. — Me he paseado arriba y abajo por la luminosa y polvorienta Valencia, más pintoresca a primera vista que *importante*. Como mi llegada ha coincidido con las monas de Pascua, la gente popular me ha parecido de una brutalidad callejera, verdaderamente Serrana. Hoy ya parece más tranquila y apacible la ciudad. He visto la catedral, la Lonja, la Alameda, el Grao, las Torres de Serranos y de Cuart, y muchas de las calles y plazas que el Baedeker señala. Aun no he ido al Museo. — Visité a Llorca, al yerno de Blasco, en su Editorial Prometeo y allí conocí a su mujer y a su cuñado Mario. El otro hijo de Blasco, Sigfrido (!) a quien conocí hace pocos días en Barcelona, por lo que he podido ver hace pocas migas con su familia. Le encontré en La Democracia, café donde hace la vida, y allí conocí a otros periodistas de *El Pueblo,* entre otros al que hace pocos días te saludó en Madrid y cuyo nombre te agradeceré me des, para no tener que preguntárselo otra vez, porque cada vez estoy peor de memoria, y está mal que no recuerde a un hombre tan importante como parece entre la juventud inte-

lectual. El se ha encargado de prepararme la Conferencia en el Ateneo, y me ha dicho que puedo ser muy útil en mi viaje por las provincias, para los trabajos a que se refirió la visita que te hizo. — Conocí a Azzati que es hombre muy simpático y efusivo, y al cual he dado tu nombre porque necesita un buen traductor del francés para Sempere. No sé si he hecho mal, porque Sempere no paga muy bien, pero discútele. Yo he aceptado, de tantas instancias como me hizo, el traducirle algo italiano.

Todo el mundo me habla de lo bien hecha que estaba tu Hoja de los Jóvenes Monárquicos...!!! [1] Yo les saco de su error, pero me parece que no me creen del todo.

¿Teníamos algún amigo en Valencia? ¿Nos tratábamos [2] con *El Mercantil Valenciano*? Si es así, recomiéndame. Y hazme el favor de mandarme dos ejemplares de *Compañerito* [3] que le he prometido a Mario Blasco y a su hermana, abonados ¡entusiastas! del teatro de la Escuela Nueva,[4] y que no sabía que estaba publicado por nosotros el dramita de los Millares.

Y otra pequeña lata: cuando estuve en Zamora, hice en *La Pluma* una crónica teatral hablando de Morano. ¿Quieres leerla, y, si no me meto con él, mandarme un número?

¿Y Pepita?

Muchas cosas en tu casa, y un abrazo muy fuerte de tu fiel

Cipri

(Madrid) 16 de Abril (1925)

Querido Cipriano: el periodista que estuvo a verme en compañía de Sigfrido se llama Julio Just; hoy me ha llegado, precisamente, un talón, que acaso venga de él. Podrías preguntar a este Just acerca de las posibilidades de imprimir un folleto en Valencia. En el número de Febrero de la rev. Nosotros se publica íntegro «Un año de dictadura», según he visto en el ejemplar del Ateneo, porque ni yo ni ninguno de los amigos hemos recibido otro. Con ese «Año», y el artículo que salió en 1923, podría hacerse un folleto. Entérate, y de cuánto costaría, sean cinco mil, o diez mil ejemplares.

Ahí en Valencia tengo yo un amigo, Don Francisco Núñez Moreno, notario, suscriptor de la Pluma. Antiguamente era no más que Paco Núñez, dueño del café de San Sebastián, en esta Corte, y miembro de la pandilla ate-

1. Aludida en la carta de R.Ch. del 31 de marzo.
2. Por tratamos.
3. Drama de los hermanos Luis y Agustín Millares, publicado en Ediciones de *La Pluma* en 1921.
4. Véase la carta de R.Ch. del 21 de julio de 1924, nota.

neísta de hace veinte años. Intelectual; preocupado por los problemas de España. Y de la izquierda. Ahora creo que ha evolucionado, y piensa más *sanamente*. Puedes presentarte con una visita de mi parte y creo que podría servirte de algo, porque tiene muchas relaciones. Siempre ha estado conmigo muy atento. Vive en la calle de Jovellanos, n.º 3.

Los del *Mercantil* estaban en buenas relaciones con *España*; pero tengo barruntos de que entre Araquistáin y el Director de aquél, surgió alguna diferencia por cuestiones periodísticas. Pero eso no creo que deba importarte. No dejarán de acogerte bien.

He leído esta misma tarde el artículo sobre Morano, que publicó La Pluma. A mí me parece que *te metías* con él; pero como sois tan sutiles, a lo mejor es lo contrario. Yo creo que no está así como para leérselo por gracia. Bueno: me alegro de que no hayas ido con Morano. Si llegas a decir en alguna parte que es siquiera mediano actor, no cuentes más conmigo...

Te enviaré los dos ejˢ del *Compañerito,* mañana, si llego a tiempo.

Para que esta pueda alcanzar el tren, no escribo más hoy. ¡Cómo te divertías![1] ¡Y cómo estaba[2] yo, de miserable, de cansado, y de moribundísimo!

Abrazos

Manolo

Valencia 23 - IV - 1925

Querido don Manuel: Te tenía guardado un recorte de «Las Provincias» así titulado: «Salaverría y Rivas Cherif» para que vieras que había llegado no sólo a Valencia, sino a la gloria... provinciana; pero no sé qué he hecho de él qué se me ha perdido. Y, la verdad, tanto como para ir expresamente a la redacción a comprar otro número, no vale la pena. A mi familia le mando toda clase de recortes, porque eso me conserva cierto prestigio filial, si no fraterno, porque los jóvenes ven más claro en las vanidades humanas.

Sabrás de cómo fui ayer a visitar a tu amigo el señor de Núñez Moreno, que, en efecto, me recibió muy amablemente; pero detrás de su mesa de notario intelectual. Me habló primero de Barahona, de Atard, de Santibáñez. Y cayendo luego en la cuenta, prefirió derivar la conversación hacia los temas artísticos y literarios, ora elogiando a Tormo y Gómez Morano, ya preguntándome con mucho interés por el segundo tomo de Spengler. De Tormo, pude advertir que lo que más le admira es que va dando sus conferencias de Museo de cuadro en cuadro, y el público detrás. Se excusó de ir a la mía de anoche por tener a su señora enferma, y no sé qué obligacio-

1. Por cómo te diviertes!
2. Por cómo estoy.

nes con no sé qué ilustre huésped de los notarios. También me preguntó qué hacías, si no te casabas y si había muerto La Pluma. A lo primero no supe bien qué contestarle; a lo segundo le respondí que al salir yo de Madrid todavía no te habías casado; a lo tercero, que sí.

Eres muy admirado por la joven intelectualidad valenciana, y piensan no tardando invitarte a dar una conferencia, pagada, claro, en una lista de ilustres prohombres. Yo, aunque me voy soltando, no logro más que sucesos de estimación... vamos, que no les gusto. Me dicen que soy muy correcto, que hablo igual que escribo —lo cual aunque dicho en tono de elogio no sé si quiere decir que de una y otra manera les parece mal— y que me quedo corto en el tiempo y en el espacio. Esta observación es de Azzati, buen tipo de diputado republicano, hombre amable, expresivo y bastante jaranero, a quien le parece poco hablar tres cuartos de hora después de breves pero sentidas palabras de ¡dos presentadores! uno que le presentaba a él y él que me presentaba a mí. He podido observar, eso sí, que los públicos de provincias son muy pacientes, no se va nadie y aunque no sé si entienden ni les gusta, se fijan, se fijan, como la lechuza del cuento.[1]

Todas estas impresiones sinceras no obstan para que mi triunfo con el señor Ferrau sea definitivo cuando ve los *bombos* que me dan, las columnas que me dedican y lo que por mí se jalea a su señora.[2]

Si has visto a mi familia, sabrás de cómo estuve en peligro de volcar y ahogarme el otro día en la Albufera. Me invitaron estos jóvenes, capitaneados por el bárbaro Sigfrido, el Hijo del Apóstol, y salimos de mañana para Catarroja, pueblo grande y pintoresco, con un *puerto* sobre el canal de la Albufera a unos dos kilómetros. Nos embarcamos los nueve que íbamos con dos gondoleros, que tal parecen y navegan ayudados de largas perchas, hasta la salida del canal a la Albufera, que izamos la vela. En verdad, no creí que el espectáculo de la laguna fuera tan hermoso. Casi no recuerdo *Cañas y barro,* aunque sí la gran impresión que me hizo; pero desde luego yo tenía una sugestión de pequeños canales pantanosos, y de ninguna manera la creencia de que fuese la Albufera un lago abierto, donde los italianos, pongo por caso, hubiesen hecho un pequeño paraíso. Desembarcamos en *El Palmar,* isla de barracas, eucaliptos tristes, mosquitos y gentes amarillas, en ánimo de seguir luego al Perelló, pueblo ya sobre el mar, donde entre otras cosas sucede el advenimiento de la inspiración del maestro Serrano, autor del «Soldado de Nápoles» y otras piezas de las que luego te levantan dolor de cabeza. Pero no pudimos ir al Perelló; el barquero, los barqueros mejor dicho, porque eran dos, adujeron el mal estado del lago y el peligro que habíamos corrido, peligro que, por lo demás ni yo ni mis compañeros de viaje, advertimos. Hacía, sí, un viento terrible y en un

1. Véase carta de R.Ch. del 28 de julio de 1922.
2. Mimí Aguglia y su marido.

cierto momento hubo que achicar la vela, como en las novelas de Julio Verne, mientras nos chapuzábamos de lo lindo; pero a nosotros nos parecía que la que estaba en peligro era una barcaza que cruzaba a distancia nuestro camino, y cuyos tripulantes nos dijeron después también que habían temido por nuestra suerte. Total que la excursión no fue completa. Pudimos tan sólo ir por los canales bordeados de arrozales, y trigales tan altos que no reconocía la espiga, hasta las compuertas del Perellonet, donde la albufera desemboca en el mar por una playa abierta a... todo el Mediterráneo. Sobre esa playa hay una pineda, que llaman la Dehesa, muy agreste y hermosa. Comimos en El Palmar una paella suculenta y un *all-y-pebre* (ajo y pimienta, que así le dicen a un plato de anguilas finísimas condimentado como para levantar en vilo al estómago más resistente), todo ello bien regado con vino de porrón, que para mí fue en vaso, porque ya sabes mi inadaptación, por torpeza, a esos usos populares. Regresamos por la tarde a Catarroja en la gasolinera del correo, por la negativa de los barqueros a llevarnos a vela otra vez, y ello me dio ocasión de ver unos cuantos tipos verdaderamente pintorescos, y un tanto refractarios a las predicaciones sociales de Arámbul, excelente muchacho periodista de *El Pueblo* (y tu admirador, claro), que aprovecha toda coyuntura para hacer proselitismo. También iba una pescadora con un niño en brazos; guapa como yo no creo casi nunca que las haya fuera de puertas de las ciudades.

Sigo aprovechando las horas libres, que son las más del día, en ver cosas. Tienen un museo, especialmente de primitivos valencianos, muy bonito, a más de los conocidos Goyas, sobre todo el soberbio Bayeu, y algún gran Ribera; hay unas iglesias barrocas, realmente espléndidas, la Lonja, cosa perfecta, como puede serlo el mejor gótico veneciano, y algunos artesonados, como los de la antigua Generalitat de una suntuosidad sorprendente; pero los valencianistas se ven y se desean para dar carácter extra español y rigurosamente autónomo a su buen arte y maneras peculiares.

Te mando esas fotos de la expedición a la Albufera, que te ruego enseñes a *mis papás,* que recibirán a su vez otras dos. Donde dice, por detrás, El Príncipe, el Fill del Apóstol, Su Alteza o cosa así, léase el bárbaro Sigfrido. Por cierto que Just está un tanto mohíno pensando en lo que habrás creído de las intenciones de sus representados por lo que el Fill del Apóstol te dijo. Me ha confesado, sin incitarle yo mucho, porque por lo visto estaba deseando decirlo, que le desconcertó un poco tu actitud, un sí es no es soñolienta y en que parecías denotar un aburrimiento muy justificado por lo que Sigrido te decía; que ya le habían advertido que parecías un hombre de pocos amigos, pero que no se asustara; y que, por último, sintió no hablar contigo un rato, cosa que quizá pueda hacer dentro de unos días, si, como cree, vuelve a ésa. Excuso decirte lo que río por dentro.

Ayer he ayudado a lo que, por mi iniciativa, se llama ya la *conspi,* y que como puedes figurarse consiste, modestamente, en atar paquetes. Esta

actitud de solidaridad republicana ha causado el mejor efecto. Son unos buenos tipos, de los que yo creí que no quedaban, y, sobre todo un sastre gordo llamado Senén, que en el retrato no sé si llegarás a distinguir en toda su simpática comicidad, que es verdaderamente gracioso.

He visto la representación, a la puerta de las iglesias, de los «milacres» de S. Vicent Ferrer, fiesta popular rematada con sonora traca. Es un espectáculo muy curioso y vivo por lo visto en las costumbres valencianas. Uno de estos días iré a Sagunto, y veré si también podemos ir a Játiva.

Terminadas las funciones de Valencia volvemos como sabes a Barcelona; el mes de Junio creo que lo haremos en la propia Cataluña, y a primeros de Julio vamos a Santander, y a mediados de Agosto a Bilbao; hay en medio unas fechas para llenar con San Sebastián y otras poblaciones del Norte. Al Otoño... al otoño tampoco nos vamos. Ferrau acaricia la idea de volver a Madrid con los estrenos, cosa que me da un poco de miedo, y hasta me ha encargado que le procure, si es posible, la Zarzuela; pero yo creo que no habrá lugar porque ya estarán comprometidos los teatros ahora para la primera temporada. Total que, por lo menos, hasta el año que viene, por la fecha que pensábamos irnos éste, no creo que haya de qué. No digas nada en los corritos si te preguntan, porque estas cosas de teatros corren y se estropean los *negocios*.

Dile a Don Ramón, para quien te mando estos recortes, que haga el puñetero favor de mandarme la carta prometida, que me valga para el estreno de «La Cabeza» en Valencia; [3] que no sea pesado —Ruiz Castillo me escribe diciéndome que como en Doña Luz no había sino corregir pruebas que había que devolver sobre la marcha, que no te las ha mandado; pero que apenas publique los cuentos y crítica que requieren el entendimiento del *valerista* te las mandará.

¿Qué es de Sindulfo? No me contesta. ¿No copia ya las cartas? [4] En cuanto a lo que me dices del señor Morano, yo soy el primero como sabes en no creer que se trata de un buen cómico; pero no son mejores los demás —protesto— y... menos da una piedra. Ya sabes que no soy nada imparcial, y que caigo siempre del lado del que me hace un favor. Al fin, hombre. Bueno ¡hombre! que me escribas, que no te enfundes en tu aburrimiento ni te desesperes en tu ovillo. Da muchos recuerdos a tu familia y recibe un abrazo y dos de tu fiel

Cipri

Me he encontrado a Milego y me ha dicho que vuelve a salir una especie de revista *España* (?) dirigida por Araquistáin??? ¿Tú qué sabías? [5]

3. Ramón del Valle-Inclán y su obra *La Cabeza* del Bautista.
4. La correspondencia de don Juan Valera, puesta a disposición de Azaña por la hija de Valera.
5. Por tú qué sabes?

Madrid, 25 de Abril 1925

Querido Cipriano: tu carta me ha sorprendido por venir de Valencia. Creía que ya te habías marchado de ahí, y que estarías visitando el sepulcro de los Escipiones y otras maravillas de la antigua Tarraco. Por eso no te escribía, esperando a que avisases de tu llegada a Barcelona. Supongo, pues, que habrás recibido los ejemplares de *Compañerito,* y el de *La Costumbre,*[1] que hallé entre mis papeles y deposité en el seno de tu familia, para que te la remitieran. ¿Es que van a estrenarte esa obra? ¿Vas a representarla tú mismo? Martínez Sierra nunca ha salido a las tablas; pero sí Don Jacinto, Valle, y... Sacha Guitry. Sin hablar de Poquelin, autorizado ejemplo...

No puedo cumplir tu encargo para Don Ramón. Nos reuníamos todos los días, o mejor, todas las noches, en el café más recóndito que encontrábamos. Valle predicaba contra la flaqueza de escribir para el teatro que, según dice, domina a muchos literatos. Estaba muy gracioso. Resulta que escribir para el teatro es una afición peligrosísima, que seguramente acarrea la ruina del autor, y la de su familia. Pone ejemplos Don Ramón (el de un boticario sevillano que traspasó su botica, ilusionado por una promesa de Emilio Mario), según los cuales, el teatro es el camino de la perdición, como el juego, el alcoholismo y otros vicios. Ya sabes el convencimiento que pone Valle en sus discursos; parecía, oyéndole, que trataba de volver al redil a cualquier oveja descarriada. Con eso, y algunas divagaciones sobre su instalación en el mediodía de Francia, se ha entretenido unos días. El viernes de la semana pasada nos dijo: «Mañana, si está buen tiempo, voy a ir a Toledo». Como no le vimos, era lógico suponer que se había ido a Toledo, en efecto. Pero yo le dije a Sindulfo: ¡Valle se ha ido a Galicia! No querían creerme. Y en Galicia está, según parece. Ya tú ves si conozco la manera de Valle. Me gusta observar al *cultivador galaico* que lleva escondido detrás de sus gafas y de sus barbas. Sindulfo está muy incomodado con esa fuga, parecida a otras muchas; y más incomodado porque le ha recordado varias veces el encargo de la carta para la Aguglia, y no lo ha cumplido. Así es el fenómeno. Por ahora, pues, se han acabado los conciliábulos en la esquina del Banco, a las tres de la mañana.

Hoy se ha recogido la segunda remesa[2] que nos han hecho esos hombres terribles de por ahí y está repartiéndose, sin novedad. En efecto, tuvimos una reunión con Just y Sigfredo. Si conoces a este joven, ya puedes imaginar el efecto que me hizo. Comenzó a decir tartarinadas. Aseguró que, nada más leer la proclama, los curas y los oficiales se convencerían. Y otras cosas por el orden. A mi fatigada atención no le queda fuerza para ab-

1. Obras de los hermanos Millares y de R.Ch. editadas por *La Pluma.* Véase carteo de 1924.

2. Probablemente se trata del segundo folleto de Blasco Ibáñez al que alude *Retrato,* p. 130.

sorber tonterías así es que al punto se me cayeron las compuertas interiores, y pensé en otra cosa. Eso sería lo que notase Just. Pero debe añadirse que la somnolencia que me atribuye, se la han hecho ver otros; es decir, nuestro amigo Carreras junior, que si bien se desconcierta menos que su hermano, todavía se desconcierta. Y hace que otros se desconcierten. El mismo Just se mostró luego muy preocupado del efecto que nos habrían producido los dichos de Don Sigfredito. No nos produjeron otro efecto que el de creerle tonto.

Trabajamos activamente en la preparación de la República, para lo cual nos reunimos todas las semanas en una rebotica.[3] Creo que voy a escribir un manifiesto. Albornoz es de nuestro grupo, y por las conversaciones que hemos tenido puedo darte la clave de ese enigma que hallas en las noticias de Milego, o en los *rumores* que Milego te transmite sobre la reaparición de «España». No reaparece, creo yo. Y tú vas a creer lo mismo. Martí Jara, que varias veces me tenía hablado de si sería posible resucitar el semanario, vino a decirme que Albornoz contaba con dinero, y que estaba dispuesto a emplearlo en publicar «España». *Para que no quedase por mí,* como decíamos cuando nos era adversa la suerte, busqué una entrevista con Albornoz, temiendo, o por lo menos sospechando que a Martí Jara el buen deseo le hiciese ver fantasmas. Hablamos los tres. Albornoz se mostró empeñadísimo en hacer un semanario, que se transformaría en diario a su hora. Dijo que podría reunir no sé cuántos miles de duros, y que entre hacer un nuevo periódico, o gastarlo en otro ya acreditado prefería esto último. Le expuse el plan mío, tomando por base la adquisición de una comandita en la imprenta, que asegurase el interés del capital entero empleado. No quedamos en nada. Pero yo vi dónde estaba el obstáculo. Albornoz quería, o quiere, un periódico para dirigirlo él. Nada censurable hay en eso, ¿verdad? Pero los que le pusieron al habla conmigo discurrían sobre el supuesto de que *compraban* el semanario, y yo sería... un colaborador. No hay que enfadarse si no percibieron la indelicadeza que habría en resucitar el periódico, y prescindir de mí. No hay que enfadarse, pero sin enfadarme, y viendo que andaban dando vueltas al asunto sin acabar de romper, yo se lo dije a Martí Jara: que si traían dinero a la sociedad de «España», para echarla a andar otra vez, serían bien venidos, y el periórico renacería, como estaba, o en otra forma, pero con las mismas gentes; que el semanario éramos tú y yo, Canedo y otros pocos, y que pensar otra cosa era absurdo. «Entonces —dijo— no hay periódico.» Que no lo haya. Y nada más. Albornoz me dijo que había hablado de sus proyectos con Pedroso. No es pues, raro que se sepa en Valencia. Posible es que hablase con Araquistáin. Yo sé demasiado que «España» no podrá revivir, ni espero nada por ahí; pero sería el colmo que después de lo que trabajamos,

3. La del doctor don José Giral. Véase pág. 132.

fuesen ahora a prescindir de nosotros. Amós, con quien hablé del caso, se mostró de acuerdo conmigo.

Leerás en el Heraldo las atrocidades que Baroja y Araquistáin se dicen. Si lo lees, no hay por qué comentarlo. El aborrecimiento que se tenían desde antiguo sale ahora a la superficie. El Heraldo sigue poniendo por título a esos desahogos «Polémica de Crítica». La cual polémica se envenenará más cuando se estrene el drama de Araquistáin, El Rodeo, anunciado en la Latina. Baroja no dejará de tomar apuntes para sus cuchufletas. Yo no sé aún cómo es el drama. Araquistáin dice que muere hasta el apuntador. Temo algo terrible. La otra noche asistimos al estreno de una obra de Sassone. Trátase de una señorita enamorada que, en vísperas de casarse, se acuesta con un pintor transeúnte, *porque huele a lo mismo que el novio,* a la sazón en América. Y dice la Palou que de su entrevista con el pintor *le ha quedado señal.* La *señal* es un pequeño feto, que ella siente latir en sus entrañas. Hay conflicto social, besamanos de cura, cura descalabrado, violín y rondalla. ¡¡Y lenguaje de Castilla!! Para Sassone, el lenguaje de Castilla (distinto, por lo que se ve, del castellano) consiste en decir fuése, por se fue; muar, por mudar, y otros primores, hijos de la observancia del natural. Araquistáin, como quien ve pelar las barbas del vecino, guardaba mucha compostura, y no admitía bromas sobre lo que estaba ocurriendo en el escenario.

Ya he recibido el libro que voy a traducir para Sempere. No me dices cuánto pagarán. Gastan la fineza de dejarlo a mi discreción, para cuando esté traducido. Yo voy a escribir proponiéndoles la tarifa de Calpe, y procuraré llegar a un acuerdo si me aseguran una colaboración regular, por ejemplo, un tomo cada tres meses, que no me recarga mucho y me ayuda algo. No dejo de trabajar en lo de Valera. Tengo hecho un gran pedazo. Cuando lo copie a máquina, te lo mandaré, para que opines. Lo más importante y difícil es reconstruir su formación literaria y encadenar, hasta donde es posible, sus ideas. En eso estoy. Me importaría leer más cartas. Si tuviera las del Doctor Thebuceu, que abarcan los últimos veinte años de Valera (son 250 cartas), la biografía sería cabal. Por cierto que Don Juan Güeto, el de Doña Mencía, te escribió preguntándote si querías más cartas. ¿Qué le dijiste? Te parece oportuno escribirle para que mande todas las que tenga, o *copia literal* de ellas? Lo mejor sería ver los originales, porque las copias suelen estar mal. Para lo último dejo los papeles que tiene Doña Carmen Valera. Me serviría para completar lo que tengo hecho. Sindulfo sigue copiando las otras cartas. Casi todas están copiadas. Luego hemos de cotejarlas; pero no sé de qué he sacado yo que desiste D.ª Carmen de publicarlas. No obstante, se copian.

Tengo a medio hacer un esperpento: «Flores políticas del siempre siervo Azorín, y su incorrupción milagrosa, demostrada». Viene a tiempo, porque este danzante va a dirigir el periódico *La Nación,* del Directorio. Dicen que empieza a publicarse a mediados de mayo. También tengo pensado, re-

pensado y planeado el primer acto de la comedia de que te hablé.[4] No es ibseniana. Antes de empezar a escribirla, espero ver qué hacen los personajes en los otros dos actos. Si tuviese tino y vista, saldría una comedia por los cánones españoles *clásicos,* es decir, romántica, pero romántica por dentro, y no le habría de faltar una punta irónica: Todo esto es difícil. Esperemos. No quiero empezar cosas nuevas, sin saber que puedo concluirlas.

Ya se ve que no piensas volver por aquí. Te disgusta que Ferrau piense en hacer temporada en Madrid el año próximo. Como te has ido harto de todo y de todos, no quieres desperdiciar la tierna despedida que te hicimos. *No tengo nada que decir.* Procura no ahogarte en las albuferas, y ten siempre el tino de no ir a Las Planas cuando vaya a descarrilar el tren. Ya que te pones «a peligro de ligas y de babas», a ver si duras hasta recoger mis papeles y libros. Yo te los dejaré bien encuadernados. Después de todo, haces bien en no pisar Madrid. Está más aburrido que nunca, y más triste. Cada vez hay menos gente. Ya sabes tú cómo solía estar Madrid por las noches en esta época del año. Ahora no hay un alma. Anoche, a las 12, contamos seis personas en la Carrera de San Jerónimo, desde la Puerta del Sol a Neptuno, y ningún coche. Parece que estamos en un verano de aquellos de principio de siglo, cuando Madrid, en Agosto, se quedaba vacío. Tampoco va gente a los cafés. Dicen que la culpa es de la radio-telefonía. No lo creo. La gente que andaba por las calles, de noche, o se ha marchado o no tienen un cuarto. Yo no veo a nadie. A tu familia, de vez en cuando. Al café de los literatos no voy. Y en el Ateneo suelo estar en la Biblioteca, porque abajo hay seres impotables, que le provocan a uno a discreción; prefiero mi somnolencia.

El Quino, que hace la navette entre León y Málaga ha pasado por aquí. Iba a León. Paseamos dos días. Y una noche cenamos en casa de Américo. Este amigo me insinuó que podría ir yo a dar conferencias jurídicas en América. Mucho habría que decir sobre esta proposición; pero tú te lo figu-

4. ¿Trátase de *La Vera,* a la que alude R.Ch. en su carta del 31 de marzo de 1925? ¿O está pensando Azaña ya en *La Corona*? R.Ch. dice en la pág. 148: «Me aseguraba que el propósito había sido anterior a la idea». Esta conversación de R.Ch. con A. parece situarse mucho después que esta carta, porque da por concluidos *El Jardín de los Frailes* y la *Vida de Don Juan Valera;* el mismo A. nos dice que compuso *La Corona* en febrero de 1928; pero lo que escribe al respecto en las *Memorias* del 18-21 diciembre coincide en varios puntos con esta carta: Compárese: «No había pensado el conjunto de la obra, y si alguna vez se me ocurría preguntarme qué iba a hacer con los dos personajes que se me aparecían tan insistentemente, más bien me inclinaba a una cosa humorística y satírica», Memorias, I, p. 353. «Leí el primer acto a unos amigos, que lo encontraron bueno; pero entre bromas y veras, alguno me retó a que escribiese el segundo (...). Y al necesitar un tercer acto, recuerdo que hice un esfuerzo para levantarlo sobre los dos primeros, como quien *levanta* una cúpula.» (*Ibid.*)

ras casi todo. El caso es que no voy. No sé noticias. Como no sea noticia el que Ortega piensa fundar un teatro de Arte. ¿Por qué no te ofreces? También es noticia que me han instalado una línea de autobuses desde Goya a Rosales, que pasa por San Bernardo, y me hace buen servicio para ir al ministerio. Este suceso es lo más placentero que me ha ocurrido en los últimos seis meses.

He tenido estos días vagos proyectos de marcharme de Madrid, indefinidamente, pidiendo la excedencia en el ministerio, y encerrarme a escribir en Alcalá, varios meses del año, los de buen tiempo, a cambio de recobrar mi libertad los restantes para viajar por donde me plazca. Lo de Alcalá, que nunca me ha gustado, ahora me asusta menos. Entre estar solo aquí, o allí, preferible es allí, porque aprovecharía el tiempo, y vería de escribir un libro antes de cumplir los sesenta años. Para ese cambio tan radical tendría que entenderme con mi familia, que se dispone a recobrar una buena (relativamente) finca, y que administrada por mi cuenta me daría para vivir, sin Carrascos ni leyes hipotecarias. Me he detenido porque no cuento con los fondos necesarios para empezar. Además, es probable que no nos entendiéramos sobre lo que yo deseo. Seguiremos vejetando. ¿Tú no necesitas un animador en la compañía, o un contador, o *un criado que no habla*? A ver, hombre.

Amós está más contento. Su asunto no se ha desenlazado aún; pero tiene buenas esperanzas. Su hija está mejor. Te lo digo para tu satisfacción personal. No dirás que no escribo.

Abrazos

Manolo

(Barcelona) 25 - Mayo - 25

Mi querido don Manuel: Quise ponerte una conferencia de madrugada anteayer y no las había por exceso de servicio. Conste, pues, que no es que pretendiera ocultarte ni ocultar a la familia el *fracasco* [1] de mi intervención en «Cada cual a su manera».

¿Te acordabas de la fiesta de la danza y del «innumerable maaaar»? Pues muy por el estilo. La mayor parte de los críticos se callan el suceso; pero en *El Liberal* y *La Noche* me llenan de piropos, e incluso Montaner me pide excusas en nombre de Cataluña...

La cosa es que salí con mi *fraquecito* a decir un prologuito que nos había hecho mucha gracia a Ferrau, a Alfredo [2] y a mí mismo, claro, y que no

1. Por fracaso.
2. El actor mexicano Alfredo Gómez de La Vega.

había dicho veinte palabras ante una multitud de circo de Parish en día de lucha greco-romana, cuando los espectadores de un proscenio ya me decían a su vez «Prou, prou». No sé si sabrás que quiere decir: ¡basta!

Yo, entonces, muy descaradito, les dije risueño que se habían adelantado, porque teníamos preparadas las protestas para después. Esto produjo cierto efecto, y hasta me aplaudieron tres amigos tres. Pero no había dicho diez palabras más, cuando de lo alto, la voz de Dios me anunció: «Te la vas a cargar, noy!». Era en el preciso momento en que yo decía con un simil *poco común* que el público era un *monstruo* de mil cabezas. Sólo que por decir monstruo, casi dije menstruo.

Nuevas reacciones me significaron la opinión, cuando menos impaciente, de una asamblea, en que los amigos eran menos y tímidos, si bien me alentaban con sus siseos a los que interrumpían. Y con sus aplausos interrumpidos por los siseos de la mayoría.

Total, que opté por dar un corte, que en mi intención fue de mangas, y apresurando la salutación final me fui para adentro. ¡Lo que se divertiría Martínez Sierra, que estaba!

Transcurrió luego la representación, sin tiros, y como habíamos hecho un reclamo tremendo, y los críticos son muy torpes; que se creen de verdad que la comedia tendrá dos o tres actos, según la actitud del público, aunque todos creían que había sido un gran éxito, a la gente le gustó poco, y hemos tenido, salvo yo que fui el que estuvo mal, muy mala prensa. Ayer y anteayer no hubo gente.

Sin embargo de lo cual, sigo dispuesto a *jalear* el acontecimiento. Veo que se me ha adelantado un corresponsal de *Heraldo* y *Sol*. Lo siento porque las notas que yo envié eran más justas, verídicas y graciosas.

El Jueves creo que estrenamos *Coquetería* de Archebachef, María Martínez Sierra, Portnof, Gregorio, Ferrau y yo. Claro, que no figuramos los más importantes: yo y María. Creo que tampoco gustará.

¿Y tu dramita? Haz lo posible por concentrar la acción en pocos personajes, los menos posibles. No te importará porque esto es muy clásico.

Hasta dentro de muy pocos días. Se acentúan mis probabilidades de *ascenso* de sueldo y de *sustitutivo* del Marqués gordinflón. Abrazos a Sindulfo.

Ah! Ha escrito Valle, que está escribiendo un drama rústico para Mimí. Ya os mandaré la Prensa. Se me ha agotado la primera provisión.
Tuyo

Cipri

Veo que procesaron a Amós.[3] ¡Vaya por Dios! 20.000 duros que le cuesta. Menos mal que los tiene.

3. Véase la carta de M.A. del 19 de marzo de 1925.

Lisboa 11 de Junio (1925)

Querido don Manuel: Hay que ver cómo eras. Si yo no te escribo, tú no puedes tampoco descender de tu inconmovible susceptibilidad, aunque no sepas si el escribirte o no dependa de que esté moribundo. No es así, afortunadamente para mí; pero sí que he estado tan ajetreado y de ceca en meca que no he tenido tiempo ni para sentarme. En primer lugar, la llegada de la compañía fue una verdadera catástrofe por lo que hace a la organización del representante. El material se retrasó dos días, todo costó el doble; enfin, lo que se dice un verdadero lío. Como el susodicho representante no ha venido, yo he hecho sus veces, lo que me ha convencido de que es papel que no me gusta nada. Yo, Press-Agent y nada más; ya se lo he dicho al señor Ferrau. Añade que aquí la temporada ha ido muy bien de aplausos y laureles, vítores y ditirambos; pero muy floja de dinero; que el Empresario es un señor sonriente que a todo dice que sí, pero que no hace nada de lo que dice y tendrás vaguísima idea de mis quehaceres sinnúmero de un lado para otro. He conocido gente simpática y agradable entre periodistas, literatores, etc., etc., y cultivado alguna de mis antiguas amistades, como la señorita Victorino, sáfica poetisa; pero no he tenido el vagar que otras veces, repito. Además, gozo de la compañía servicial de un vicecónsul tímido y triste, amigo de Melchor, que me agobia un poco con su melancolía. Ayer di en el pintoresco Centro Español una conferencia —la conferencia— gira de siempre, a que asistieron importantes personalidades oficiales: el hijo del Ministro, el Cónsul, el Presidente de la Cámara de Comercio, toda la fauna. Mañana vamos a que nos den el té en la Legación. El Sr. Padilla es de una amabilidad estúpida perfectamente diplomática. Me acuerdo mucho de don Juan Valera.

He visto pocas cosas, entre otras razones porque no hay cosas que ver. Lisboa es una bellísima capital de provincia, lo que quiere decir algo aburrida. Todavía no he podido ver Cintra y Cascaes. Aquí terminamos el lunes. Y el martes se debuta en Coímbra coincidiendo cuatro días con el Congreso de Ciencias. Mañana nos enteraremos de si conviene más hacer unas funciones de camino en Porto, Viana do Castelho y Braga, o si es preferible volver desde Coímbra, dar otras funciones en Lisboa y embarcar para Vigo.

He visto una pintoresca cuanto ridícula corrida de toros, cosa de lo más aburrido y sosa, y una compañía de teatro dirigida por nuestra amiga por tabla la señora Rey Colaço, Catalina Bárcena de por acá, aunque más lista y, como amiga del Sr. Cossío, más intelectual. A Pimenta no he logrado echarle la vista encima. Claro que tampoco le busco con ahínco. — Hoy he conocido a Julio Dantas, a Carlo Selvagem, capitán y dramaturgo, y al novelista Aquilino Ribeiro, que parece ser el literato de más consistencia. Por lo menos es el más persona a primera vista.

También he conocido al director de un teatro de arte —todo indicado

nada más— con el inevitable Knock, pieza de una gracia soporífera. Me hago del partido de Boisard.

¿Y tú? ¿Qué tal Valera? Te lo sabes ya todo? ¡Cuéntame algo!!!

Recibe un abrazo de tu affmo y s.s.

Cipri

Madrid 19 de Junio (1925)

Querido Cipriano: el día 16 recibí una carta tuya fechada en Lisboa el 11; como me decías que acabábais en Lisboa el lunes y era precisamente lunes cuando la recibí, supuse que ya no te alcanzaría ahí la respuesta, y esperaba a saber tus señas en Coímbra. Anoche fui a tu casa, vi a tus papás, tiernas hermanitas, competente facultativo D. Manuel y convidada prima de Zaragoza, sin faltar la *Mona,* que me recibió con muchos arrumacos, saltos y gruñidos de satisfacción: se ha enterado, por lo visto, de que soy amigo tuyo. Allí me dijeron que continúas en Lisboa, donde haces una vida que envidiarían más de cuatro filósofos mundanos. Te escribo con la esperanza de que esta carta vaya más deprisa a Lisboa que no ha venido la tuya a Madrid. Como ves, no estaba encastillado en nada, como no sea en el fastidio; esperaba carta tuya de un día para otro, y esperando se ha pasado el tiempo.

Veo que sigues haciendo l'uomo piacevole en todas partes. Y que te agitas como una devanadera. «No tengo nada que decir.» Sólo siento que las ganancias no abulten tanto como los laureles. Por ese camino, en cuanto vayáis a la otra banda, serás fácilmente un hombre inter-continental, que es tanto o más que ser «español europeo», título concedido por Monsieur Carayou a Salvador de Madariaga en el último número de *Europe* que he recibido. Por cierto que América se está arreglando mucho: mi antiguo amigo, el joven Telémaco García Miranda, ha sido nombrado vice cónsul en Buenos Aires, y Prieto Villabuille en La Plata. De modo que tienes allá dos secuaces. Pero ninguno gozará de tanta suerte como Daniel Alarcón, que ha ganado en Buenos Aires 76.000 duros, según dice Prieto. El joven alicantino ha comparecido, gordo y chato, en este Madrid ominoso, escupiendo por el colmillo. También está aquí Rafaelito, con licencia; se dedica a propalar que don Melquíades conspira con unos militares. Nadie, ni Don Melquíades, lo cree.

Yo, rodeado de incomodidades y contemplando la altura de la barrancada en que estoy caído, trabajo lo que puedo. Del asunto Valera, en efecto, sé más que Lepe. Todas las tardes voy a casa de Carmen Valera, que me ha franqueado muchas y voluminosas carpetas de documentos. Me entretiene mucho la lectura. Entre otras mil curiosidades he visto la correspondencia

de varias amantes de Don Juan, desde la alemanota principesca, romántica y lasciva, que se subía a las montañas las noches de tempestad o miraba a la luna pensando que también su Juanito (su *mono*) estará mirándola, hasta la señorita de Lucena, modesta y casi analfabeta, que se duele de lo mucho que a su Juan le «ase sufrir esa canaya» de electores de Málaga. No veo a la Sra. todos los días. Algunas veces entra a darme conversación y yo le pregunto mil cosas, de las que no siempre está enterada. No he podido convencerla de que publique un mazo de cartas literarias muy interesantes. Sólo piensa en las cartas íntimas, por ahora; y me ha preguntado si tú, al fin, te encargarías de publicarlas. Yo la he dicho que sí, y que en acabando de copiarlas, me encargaré del cotejo, y le devolveré los originales. Como yo no estoy enterado de lo que pensabas hacer con ese libro, no me he alargado a más. Debes enviar instrucciones, a Sindulfo, o a mí; o si te parece le diré que cuando vengas en otoño te ocuparás del asunto. También Moreno Villa me pidió las cartas de Estébanez. Le he dicho que, ausente tú, se las devolveríamos con tu conformidad cuando estén cotejadas. Esto se llevará algún tiempo, aún. En casa de Valera tengo trabajo para otros quince días, a lo que creo. Después, podré hacer el cotejo, con Sindulfo.

Antes de dejar este asunto de Valera, te revelaré que tu presencia en esa «vecina república» pudiera serme útil para mis tareas. En Portugal hay cartas de Valera; entre otras las que escribió a Latino Coelho y a Oliveira Martins. Latino Coelho se murió a fines del siglo pasado, me parece; pero acaso tenga en Lisboa hijos, o alguna familia. Con tus nuevas relaciones podrías averiguarlo, ponerte al habla con sus herederos, y pedir que nos prestasen las cartas de Valera que conserven, para copiarlas, o que las dejasen copiar ahí. Latino Coelho, además de escritor, fue político: diputado, no sé si sería ministro. En el *Século* deben de poseer informaciones sobre su persona. También podrías averiguar algo acerca de Oliveira Martins, buscando a su familia. Pero todo eso si tienes tiempo.

Ya supondrás que aquí no pasa nada. Ha quedado en agua de borrajas todo el manejo que nos traíamos. ¡Eran demasiado importantes los personajes! A los Villalba los han metido en un lío. Alguien ha denunciado a la policía la existencia del cuadro que pintaba Pepe: la policía se ha presentado, registró la casa, se llevaron el cuadro, detuvieron a Jerónimo, y creo que habrán detenido a Pepe que, ignorante de todo, iba camino de Francia. No sé a punto fijo lo que habrá pasado desde anteanoche, en que me contó el suceso Jerónimo.

Se ha celebrado un banquete a Juan de la Encina: yo me hice presente con una tarjeta. El banquete era de trágala, por un lado, y por otro, de reconciliación. Ortega leyó un discurso, con el que abrió un abismo donde han caído el Tiziano, Rafael, Velázquez, y otros personajes. En fin: «rompimos con el pasado.» Lo malo es que no pueda romperse con el presente, bastante más molesto que el pretérito.

Hace un tiempo magnífico: tormentas ruidosísimas todos los días, y densos chaparrones. Hoy está diluviando desde mediodía. No hay verano. Los horchateros se han declarado en quiebra. Yo no me declaro más que en suspensión de pagos.

Que escribas, sin encastillarte, y te diviertas.

Abrazos de

Manolo

Vigo 28 — Junio (1925)

Querido don Manuel: Ya estaréis todos, espero, y tú principalmente, más tranquilos, por muy asustadizos que os haga la distancia, respecto a mi suerte. La verdad es que la popularidad tiene sus inconvenientes; y de haber yo supuesto tan rápida difusión de la noticia en Madrid, tomara las precauciones que desatendí. Ayer todavía tuve que hablar con Adela por teléfono para que se convenciera de que nada me ha sucedido. A estas horas ya les habrás leído, espero también, la que te escribí en Lisboa aún y que, por lo visto, ayer no habías recibido, como tampoco ellos la que les dirigí en la misma fecha (26).

Aquí me tienes otra vez, es decir, no me tienes porque no estás; y aunque ya sabes lo bien que suelo defenderme de las acechanzas de la melancolía, veces hay que la memoria conspira en contra de mi defensa. Tengo un balcón sobre la ría y la vista es siempre espléndida; pero los ojos no son los mismos. Estoy seguro de no ir a Cangas a tomar baño alguno de sol.

En Lisboa, hubiera podido dejarte resuelto cuanto querías, a decírmelo antes. De todos modos, y pese al barullo de los últimos días, he conseguido saber que el excmo sr. Fidelino de Figueiredo, advertido ya por nuestro viceconsul don Francisco Campos, puede ponerte en relación con la familia de Oliveira Martins. Fidelino vive en Duque de Avila 112, Lisboa. Más difícil parece que se te presentará lo de Latino Coelho porque creo que no ha dejado descendientes; pero o excmo Sr Brito Camacho te puede poner sobre la pista. Para las señas de Brito Camacho, escribe a mi amigo Jorge de S. Bazilio, redactor de *A Capital,* rua do Norte Nº 1 que ya está advertido también, y a quien el último día no pude ver.

Aquí estaremos hasta el miércoles; después se dan cinco o seis funciones en Pontevedra, Santiago y no sé si en Villagarcía, y el día 10 a Santander. Pero yo supongo que iré algunos días antes. Ya te diré.

Mi colaboración con el Sr. Morano, prosigue felizmente. Aunque no lo quieras creer, su intervención en el desarrollo de la magia e incluso en la versificación y prosa del diálogo es muy feliz. Siento que este juicio me haga, sin duda, perder en el tuyo, que me veas definitivamente *perdido* en *la adaptación al medio*; pero puedes creer en la sinceridad de lo que te

digo. Ese bárbaro lo es mucho menos que la generalidad de sus compañeros. A ver si esa comedia me da algún dinero. Puede que, fracasada mi pasión romántica por Merceditas —Amós ya ni siquiera me escribe— sea una solución el casarse con Fifí Morano... Como preciosa la niña lo es. —Aquí he saludado, recién desembarcados, a Vilches y la López Heredia, muy escualidillos.

Con todas estas cosas, no me has contado por lo menudo el fracaso de la *revoli*. Quiero saberlo. Muchas cosas a todos, especialmente a Sindulfo y para ti un abrazo ¡hombre!

Cipri

(Madrid) 2 de Julio (1925)

Querido Cipriano: Ya es un poco tarde para contarte las impresiones que tuvimos con la noticia de tu tremendo lance; supongo además que tu familia te las habrá contado. Como ahora resulta que tú lo tomaste a broma, hemos pasado, singularmente yo, un mal rato innecesario. Yo me enteré porque tu tía Salvadora [1] me llamó al teléfono y me rogó que le dijese *la verdad* de lo que te pasaba. Contesté que no tenía noticias de que te pasase nada. Entonces me leyó el telegrama del Heraldo, donde se anunciaba tu duelo a pistola. Debes comprender que no teniendo antecedentes del suceso, no tenía por qué echarlo a broma. Mis nervios, comprimidos desde hace mucho tiempo, se aprovecharon de la ocasión para regalarme con una sacudida de las buenas. Lo que a mí me asustaba no era precisamente que tuvieses una cuestión personal, sino que fuera en un país donde no tienes amigos, y que te vieses en manos de cualquier bárbaro (¡Un capitán de caballería, portugués, y salvagem! [2]) que te llevase, por un motivo fútil, a un lance muy serio. Estuve en el café, y la pagué con Papanastasiu, a quien traté violentamente, porque me irritó la tranquilidad chirigotera con que hablaba del caso. Como yo casi me representaba una tragedia, veía en los

1. Hermana del padre de R.Ch.
2. Alusión a la carta de R.Ch. del 11 de junio. La noticia de *El Heraldo* decía: *El escritor español Rivas Cherif se va a batir con un actor-empresario*: Lisboa, 24. — «Entre los señores Rivas Cherif, redactor de un periódico madrileño y secretario de la compañía de Mimí Aguglia, y Erico Braga, empresario y actor, ha surgido una cuestión personal a consecuencia de ciertas apreciaciones sobre la labor de una artista hechas por el Sr. Braga. El Sr. Rivas Cherif ha enviado sus padrinos —el vicecónsul español Sr. Aravaca y el capitán portugués Carlos Selvagem— al Sr. Braga, quien por su parte ha designado a los señores Rodrigo Ayres y Osorio. Como el Sr. Rivas Cherif sufre una luxación del brazo derecho, que le produjo un conflicto anterior de parecido género, ha manifestado su deseo de que el duelo se efectúe a pistola.»

dichos del arquitecto los comentarios de la peña del Regina, y sentí una indignación atroz, por tu causa tanto como por la mía. Me marché del café, para no reñir inevitablemente, y anduve por las calles haciendo el idiota. Después, con tu hermano y Sindulfo esperamos los telegramas (que no llegaron) de El Liberal hasta las cuatro. Al siguiente día se recibió en tu casa el primer telegrama tuyo, y por la noche tuve yo otro del hijo de Padilla, a quien habíamos pedido noticias, que me tranquilizó por completo. A Papanastasiu le escribí yo una carta, y estamos tan amigos como antes. Solo se ha ganado que este amigo, y otros, vislumbren lo mucho que yo lo soy tuyo; o mejor, la manera que tengo de serlo. Manera incómoda, en la que me parece que soy único.

No es echármelas de clarividente decir que adiviné el origen del suceso. Entre la gente con quien andas, la nobleza y la corrección me parece que son raras, y supuse que hacías el caballero andante cuando otros andaban haciendo el Panza. Esto es lo que me daba más rabia. Casi siempre das tu más de lo que te piden, y a esa troupe le darás una amistad y una devoción que no pueden pagarte sino con camaradería sin fondo, y si te he visto no me acuerdo. Que hagas cuanto sepas y puedas en lo que es ahora tu obligación con ellos, bien está; pero en las cosas personales, aunque te subieras al alero para divertirte en observarlos, sin dejarte prender en un lío, no harías nada de más. (¡Cómo te estarás enfadando!) Serán disparates estos que digo; entonces, también es disparatado el interés con que los escribo.

Para acabar de cómicos. No creo que te *degrades* por darle a Morano esa tramoya, que además puede estar bien hecha. No soy yo empleado público, y no escribo Reales órdenes para la Gaceta, en vez de ser señorito y escribir libros, como yo creo que debía ser? Hasta que llegues a verte tan lejos de las cosas de tu gusto como yo me veo de las del mío, aún te falta un rato. Y no tengo la disculpa (si fuese menester) de ganar dinero.

En mi última carta te dije lo que Carmen Valera me preguntaba de las cartas íntimas de su padre. Como nada contestas sobre eso, te lo recuerdo, para que a mí o a Sindulfo nos envíes instrucciones. También me ha dicho Carmen Valera que el conde de las Navas te necesitaba en Madrid para reunir el comité del monumento; como yo la he dicho que no pensabas volver a Madrid hasta después del verano, se mostró un poco apurada, porque necesitan un secretario, y al parecer les *daba fatiga* prescindir de ti. Yo he asegurado (no sé si he hecho mal) a Carmen Valera que tú no te molestarías lo más mínimo porque en ausencia tuya otro personaje asuma el papel de Secretario, y que con toda libertad procedieran, contando con tu asentimiento. ¿Es eso lo que he debido decir? Parece que uno de los Quinteros se tomará el trabajo de ser secretario. Debes felicitarte de no estar aquí para intervenir en esas reuniones. Solo han reunido 28.000 pesetas, y como no puede hacerse la estatua con tan poco dinero (Coullant Valera se ofrece a hacerla por lo que le den), piensan instituir un *premio Valera* en la

Academia Española. A la hija no le hace gracia esto, pero como no tienen cuartos para realizar el proyecto habrán de aguantarse.

Valle vive en el Hotel Gran Vía. No ha escrito, ni me parece que está en escribir el drama para la Aguglia. Piensa estar aquí todo el verano; pero yo creo que acaso se vaya antes, sin despedirse, como acostumbra, si arregla la impresión de dos tomos inéditos. Vino muy revolucionario, dispuesto a sumarse a nuestro movimiento, y una de las *primeras medidas que había que tomar,* según me dijo el día que llegó, *era la de que yo renunciase a mi destino.* (¡Es muy grande, Valle!) Después ha hablado sin duda con alguno de los prohombres literarios que andaban en el fregado, y han debido de echarle toda el agua fría de sus fregaderos, porque no ha vuelto a decir palabra del caso. Ya sabes tú que nunca es más claro Valle que cuando se encierra en su reserva. Y yo veo, por su silencio, cómo le han desanimado los otros.

Con él hemos estado en compañía de Vasconcelos, el mexicano [3]. En lo físico es talmente el pintor del «sombrero de paja». Es agradable y nada pedante. El día que llegó Valle de Galicia se celebraba en el Ritz un homenaje a Vasconcelos. Valle dijo que había venido solo a eso, y asistió, con el chaquet que se hizo para ir a comer con Dato. Cuando el General Magandia se levantó a pronunciar un discurso, Valle dijo: ¿Quién ez eze? —El General Magandia, le contestaron. Se puso de pie, tomó el sombrero, y diciendo a grandes voces: ¡Yo no puedo estar donde haya un representante del Gobierno!, se marchó, seguido de Américo Castro. Yo no estuve; me lo han contado los que lo vieron. Imagínate la profunda desaprobación que habrá formulado el Sr. Canedo, allí presente, y el cómico asombro que afectaba el fenómeno porque no le siguieron Dubois, Luzurriaga, y otros.

La otra noche comimos Valle, Vasconcelos, Echevarría y yo, porque no fuimos a otra comida que le dieron los de otro grupo Hispano-Americano, recién nacido, donde andan Sangroniz y Américo. Valle estuvo muy chistoso. No comió nada: una patata y un plátano; y se pasó el tiempo hablando de pintura, soltando, para mayor desconcierto de los clientes de La Viña P., esas frases finales: «buzca el arabezco en un modo oriental...»; o, haciendo una horquilla con dos dedos: «Da un concepto extra-pictórico...»

Ahora, desde que han abierto la exposición de los Ibéricos, no se habla en Madrid más que de pintura. Los cuales ibéricos, para serlo de verdad, se han puesto en guerra civil: nuestro amigo Echevarría discute con Abril, Moroto con... Espartero (?), Baroja con Encina. Nadie que se tenga en algo deja de trazar en el aire un escorzo con el dedo pulgar ni de resolver sobre *la calidad de la materia.* Como yo no hablo de estas cosas, me hundo cada vez más en la insignificancia. Yo estoy muy sorprendido de los conocimientos pictóricos que se le despiertan aquí a la gente. En el Museo Mo-

3. Don José Vasconcelos.

derno han expendido unas conferencias de 50 duros (a las 12 de la mañana y sin anunciarse) varios amigos: Díez Canedo ha disertado de Goya; Espina del paisaje en la pintura moderna; Marquina del impresionismo; y Guillermo de Torre, cet écrivain au cul rélevé, de las tendencias novísimas de la pintura. Todo ello repartido por Ayala, vicepresidente del Museo. No es extraño que, con esta difusión de los conocimientos, y además sin Cortes, con censura que no deja hablar de política, las plumas ociosas se ceben en la pintura. Los ánimos están muy encendidos. Encina ha retirado el saludo a Valle y a Echevarría; Baroja sigue insultando (con poco acierto, esta vez) a Encina y al superfluo. El fenómeno está irritadísimo, y amenaza, con su grandiosa jactancia, desembozarse y *echar de Madrid* a Encina y a otros. Como cada uno tiene los enemigos que se merece, quien ha dejado de saludarme a mí no ha sido Encina, sino Vegue! Vegue se enoja por cuenta ajena, en vista de que contribuí a la publicación de la conferencia de R. Baroja.[4] Todo esto, junto con la excelente temporada otoñal que disfrutamos, nos permite entrar en el mes de Julio con menos fastidio del que yo temía. ¿Será que han puesto el invierno en Julio, para hacernos más agradables a los argentinos?

Hace ya bastante tiempo que estoy solo en mi casa. La angustiada familia se fue, y con ella los ecos complutenses que tardíamente se me metieron por las puertas. Ahora hago una vida que me gusta mucho. No tengo hora fija para nada, como y duermo cuando me parece, no cuento con nadie; y considero lo poco que me place la vida de familia por el contento que me produce este otro modo de vivir, al que ya durante seis meses me había deshabituado. Hoy he tenido malas noticias de mi cuñado. Está peor. El día que tú le viste, le acababa de dar un ataque, según me dijeron. Y él estaba después muy fastidiado, porque no te podía ni hablar, y preguntaba qué habrías dicho de él. A tu familia la vi anoche, toda reunida, de sobremesa. Como te han escrito, sabrás que están buenos. Únicamente, Lola tenía dos o tres dedos vendados, porque se había hecho una quemadura.

De la fracasada revoli no hay nada que contar. Fuimos en comisión a un café, a conferenciar con un capitán ferocísimo: quedamos en seguir conferenciando, para conocer los detalles de un plan muy prolijo. Volvimos otro día. No fue él. No hemos vuelto a verle más. Se conoce que no le gustamos. Tampoco él me gustó a mí nada. Demasiado bruto.

Lo del manifiesto, parado, porque no hemos reunido más que 30 firmas. Vayo lo mandó a La Nación, donde se ha publicado, pero sin firmas, que es como si no se hubiera hecho nada.

Tenreiro está en Puentedeume hace ya días. En Coruña vive su hermano Antonio; Plaza de Orense; las personas que conozco yo en Coruña las conozco por Anti-Tenreiro. De modo que él te piloteará. También co-

4. Véase la carta de M.A. del 30 de marzo de 1925.

nozco allí a otras gentes, pero que no son personas. Ahora no dejes de ir a Puentedeume, que es muy bonito; y si puedes, ve a Sobrado de los Monjes, donde yo estuve el año pasado. Verás una cosa magnífica. ¿Con qué vais a reemplazar la temporada de Santander, aplazada hasta Septiembre?

¡Qué carta tan larga! Pero esta reflexión se pone siempre al final, cuando ya no hay remedio. Supongo que la recibirás en Santiago, aunque no alcance el correo de hoy.

Que me escribas; sobre todo si vas a tener otro desafío, diciéndome si es en serio o en broma.

Abrazos de

Manolo

Amós te ha escrito a Coruña, H. Palace.

(Madrid) 14 de julio (1925)

Querido Cipriano: anoche he recibido, al retirarme tarde a casa, tu carta del Ferrol, que trae fecha 11. Ya sabía por tu hermano que estás en San Sebastián. Estuvimos en el café hasta que cerraron. Había una tertulia grande, que empezaba por los señores de Benito en una punta y terminaba en otra por los Solanas. El pintor recitó el Alcalde de Zalamea, trozos del Otello, cantó mejor que Tita Rufo y nos explicó el cuadro que va a pintar próximamente: la visita del Obispo, creo que se llamará. Habrá dos mecedoras y un sofá enmedio. El Obispo visita al hidalgo, y el hidalgo, que no ve con agrado la visita, tira el gorro encima de la mesa. ¡Plau! Esta preñez pictórica de Solana es más chistosa que la preñez de la señora de Benito, aunque no sea acaso tan encomiada. Cuando entré en casa eran las tres; leí tu carta, y, formado el propósito de entregar hoy mismo tu consulta al médico, de quien acababa de separarme, pensé en dormir. No lo he conseguido (este pretérito está bien empleado, como vas a ver). No tengo ninguna preocupación importante o que ya no tuviera; estoy además atrasado de sueño; pero éste no ha querido visitarme, por más que he querido amodorrarme dando vueltas a las pesadísimas fantasías que yo suelo devanar en casos como éste. Mi alterada circulación me desvela. En fin: son las cinco de la mañana, hace dos horas que te he leído y ya estoy contestándote, con la fresca, en un silencio magnífico: las palomas se arrullan y oigo el resuello de las locomotoras de la estación de Atocha. Ninguna otra cosa. Dentro de poco empezarán a sonar las campanas como en el acto 3.º de La Tosca. Yo espero que no han de fusilarme en la azotea de mi casa. Descubro que hay en Madrid un par de horas de silencio. No lo sabía. Advierto que, a pesar del insomnio, sería capaz de ponerme al trabajo ahora mismo.*

* La cartas nunca fue terminada. Fue encontrada en un sobre cerrado, rota en dos pedazos.

Bilbao 1 de Agosto 1925

Querido Cipriano: parece que te has arrojado a la Zurriola, o que estás muy envuelto en tus líos: sólo he tenido noticias tuyas por la nota que pusiste al artículo de Tristán. Verdad es que yo tampoco te he escrito: pero eso no tenía nada que ver. Leí el artículo, que me pareció bien, aunque me enseña poco. Yo no he dicho nunca que para escribir comedias u otra cosa cualquiera haya que prepararse leyendo tratados de estética. Eso lo creerá Luzuriaga.

Estoy muy aburrido. La visita me entretiene una hora todos los días. El resto, me paseo, leo, hablo con algunos amigos que he encontrado aquí, y que me han obsequiado con algunas comilonas. Duermo hasta las 12 o la una. Y no sé qué hacer. ¡Hasta he leído una novela de [1] la primera en mi vida, que me ha prestado el mozo del ascensor del hotel. ¡¡Qué buena novela!! Todos los personajes son imbéciles.

He preguntado por los hospedajes. En la Eibarresa, que es de 2.ª fila, cobran 20 pesetas. En la Valmeredena, 12 o 14. En ésta vive mi secretario. No la he visto por dentro. Por fuera es muy negruzca. Me parece que os vais a ver mal para esto. Yo pienso irme a Santander la semana que viene: el miércoles o jueves, sea para volver a Bilbao o no, según lo que tú hagas, y lo que me dejen hacer en Madrid. En Santander no deseo estar más que 3 o 4 días. Si tú me dices con anticipación cuándo vienes, podría esperarte, para que hagamos alguna excursión.

He visto aquí a Gustavo Maeztu, a Quintín Torre, a Anselmo, a nuestro amigo el búho, que desea vernos en Guernica, a G [2] que me brinda con una partida de pesca, y al Señor De la Maza, antiguo camarada de cuando yo era señorito libertino. Hemos estado en el Club náutico. El otro día en Plencia. Ayer subí a Archanda, y medí los contornos de Bilbao. También hemos comido en *ca Luciano*. De Bilbao sólo se me contagia el deseo de ser millonario.

He visitado el Museo Moderno. Mi Secretario no lo aprueba. También he reconocido detenidamente el Bilbao viejo. No sé cómo Unamuno se pone tierno al recordarlo. Es una mazmorra.

Escríbeme diciéndome cuáles son tus planes. Te abraza

Manolo

A un periódico de aquí le han telegrafiado la noticia de que la López Heredia se casa con un título de Castilla. ¡Qué chismoso eras! [3] No me escribe nadie, nadie, nadie.

1. Nombre ilegible.
2. Nombre ilegible.
3. Por eres.

San Sebastián 2 de Agosto 1925

Querido don Manuel: Eres un majaderito. Yo no te escribía esperando precisamente tus noticias de Santander, para donde, según tus cuentas, debías haber salido el viernes. No ha sido así y yo lo celebro, coligiendo por lo que dices que puedes retrasar tu vuelta a Madrid y que por lo tanto aumentan las probabilidades de reunirnos de nuevo.

Yo no tengo plan fijo aún. El martes se estrena «Seis personajes» y yo tengo que decir breves y sentidas palabras al principio. Yo creo que, de no ocurrir novedad, el jueves o viernes podré salir de aquí. Pero...

Ya te dije que la compañía *descansaba* de 1.º de Septiembre al 21, porque el 22 se debuta en Santander. Coincidiendo con esa noticia *oficial ya,* ha insistido en sus pretensiones la señorita Yordi, asegurándome que Tito Julio hace depender de mi aquiescencia la suya a tales empresas. Creo haberte dicho que a sus proposiciones para que me adelantara en el próximo Octubre a la isla de Cuba, contesté que iría si me pagaban por anticipado la ida y vuelta y un mes de estancia, cantidad que yo no calculaba en menos de diez mil pesetas. Ha contestado que sí. Me ha dicho además que yo, si así lo prefiero, puedo continuar con esta gente hasta el momento de partir. Me insinuaba que si podía prepararle algo aquí para primero de Octubre, y le he obtenido un contrato de quince días desde el 17 de septiembre en bastantes mejores condiciones que las nuestras desastrosas. Se ha entusiasmado y me da, dice, todo lo que yo le pida y participación en los beneficios (?) La verdad, no sé qué hacer. Voy a escribir a Tito Julio, que me habló en Madrid cuando lo de la Princesa, y, si se decide a darme vara alta, *aceto.* Para congraciarse conmigo, la señorita Yordi asegura que quiere hacer *La querroza del San Sacremán,*[1] porque sabe que es tuya y que tengo debilidad literaria por ti. Los empresarios del Principal de aquí me dicen que haciendo obras verdes, y sobre todo el Pirandello que aquí llama la atención, se las promete felices. Si yo veo que esto se asegura, me despediría de Mimí al terminar en Bilbao. Doña Elena se siente muy intelectual para halagarme y quiere hacer el *Jorge Dandin,* quitándole algunas cosas muy fuertes (!!!) ¿Qué me aconsejabas?,[2] aunque no te haga caso luego.

Todo esto viene a cuento de que la señorita Yordi anuncia su paso para el sur de Francia uno de estos días y hemos quedado en hablar. He ahí otra razón de mi ignorancia de la fecha exacta de salida. Ya le he advertido, claro, que me tengo que ir a Bilbao en seguida.

De mis líos no hay nada en mi silencio. Al día siguiente se presentaron Alvaro y Miguel Calvo con un amigo, de recoger en la frontera a unos Dion Bouton de los que venden en Zamora con pingüe resultado. Me con-

1. *La Carroza del Santísimo,* de P. Merimée, traducida por Azaña. Véase pág. 93.

2. Por me aconsejas?

vidaron al día siguiente e hicimos una excursión muy bonita a Zarauz, Guetaria, Zumaya y Deva. En Zarauz saludé a Trudy y a Ella Palencia que allí veranea. Los Calvos partieron para su pueblo.

Parece que he conseguido arreglar la temporada de la Latina para Mimí, del 25 de Noviembre al 10 de Enero. Falta que se pongan de acuerdo sobre las condiciones.

Y no va más. Nos escribió Sindulfo creyéndote aquí y celebrando que hayas vuelto a tu natural gordo y pacífico. Fui anteayer a Hendaya a bailar con la poetisa portuguesa, y hoy vienen ellas a los toros y a ver a la Isaura. En nuestro teatro sigue il *vuoto assoluto.*

Te abraza

Cipri

Bilbao 4 Agosto (1925)

Querido Cipriano: el mejor alojamiento que he encontrado para ti es *Gran Vía, 28, 2.º, Pensión Matilde.* 12 pesetas, incluido el aumento de precio por las fiestas. La pensión me la ha recomendado Sabino (casi moribundo) con quien acabo de tomar café, y con Sánchez Díaz. He dicho a la patrona que vendrías probablemente el Viernes. Ella espera que la escribas diciéndole el día que llegas. Escríbela, pues. Tienes un cuartito con balcón a la calle. El aspecto de la casa es bueno, y según Sabino, se come bien. Está a cuatro pasos del teatro de los Campos. ¿Qué más quieres?

Yo me voy mañana a Santander. Espero despachar allí en cuatro días, y volver aquí, para que pasemos juntos una semana, si es que en el Ministerio me dan permiso hasta el 15 o 18. La visita la terminaré oficialmente el 10 o el 11. En Santander creo que *descenderé* en el hotel de Europa. Avísame tu llegada a Bilbao.

Ayer comí con Encina, Zuazagoitia y otros intelectuales. Por la noche estuve con Besteiro y Prieto. Después compareció Mourlane. No me presentaron. ¡¡Qué señor!!

Me había dado en la nariz que no te harías viejo en esa compañía. Yo creo que de cambiar debía ser para siempre. Es preferible Morano a la Yordi, porque por mucho que haga don Julio, nunca pasará esta catalana de aventuras teatrales pasajeras. En fin, yo no sé cuál es lo mejor, y me alivia mucho saber que, como es natural, *no me hacías caso.*[1] Si la compañía *para* en Septiembre, ¿a ti no te pagaban?[2] ¿A dónde ibas a estar esa temporada?

1. Por no me haces.
2. Por no te pagan?

Creo que todos los hoteles están llenos.

Tenéis aquí a la Bárcena, que da doce funciones. Tú tendrás que matar a Gregorio.

Te abraza

Manolo

Bilbao 4 de Agosto (1925)

Querido Cipriano: tu probable patrona me ha dado esa tarjeta para ti, que se me ha olvidado incluir en la carta que te he escrito esta tarde. Como soy hombre escrupuloso, te la envío.

En esa pensión, además de vivir el Srio del Gobierno Civil, hay un peligro terrible: el ascensor. Tiene dos puertas, y una de ellas se abre sobre un abismo, o patio, donde yo he estado a punto de estrellarme. ¡Mucho ojo!

Si vienes antes que yo vuelva, encontrarás a Sánchez Díaz, calle de los Héroes, 15 (cerca de tu casa) donde tiene su despacho.

He escrito a la Dirección, a ver si me dejan con permiso una semana para que estemos juntos. A mi vuelta de Santander no pienso en instalarme en esta fonda; me iré a la tuya, si hay sitio, o a otra parecida.

Aquí nos vamos volviendo ranas.

Abrazos

Manolo

S. Sebas. 5 (Agosto de 1925)

Querido don Azaña: Creo que llegaré, y así se lo aviso a Doña Matilde, antes doña Ana, el próximo viernes. En todo caso, retrasaría un día el viaje, sobre todo pensando que, de encontrarte, no ha de ser hasta tu vuelta. Mucho me alegraré que te den el permiso; pero ¿no lo tenías de todas maneras para veranear?

Lo de la Yordi no es seguro ni mucho menos; por cierto que me avisó ayer, pero ya tarde, su paso para Francia y aunque en carta anterior me anunciaba su venida al día siguiente, no sé nada más de ella y creo que tendrá que ir a verme a Bilbao si quiere. Lo que me seduce de la propuesta Yordi es en todo caso el inmediato viaje a la Gran Antilla. Te lo he dicho porque luego decías que *no te decía*[1] nada. Y lo de no hacerte caso es para librarte de tan tremenda responsabilidad como es darme un consejo.

Por lo demás, ¿porqué no creías que duraría aquí? Yo en cambio creo,

1. Por «no te digo».

que, con todas esas letras a la vista, me quedaré en la *labor subalterna* de ahora.

Gran éxito ayer de nuestros vaticinios intelectuales; se llenó el teatro tarde y noche para los «Seis personajes», hablé al principio, no me tiraron nada, y hoy se repite y se va vendiendo mucho. La gente no se enteró del *argumento,* pero aplaudió. En vista de eso, se salvan del *ostracismo* estos últimos días, *Cada cual a su manera* y Valle Inclán.

Tuyo

Cipri

CARTAS DESDE LA CORUÑA (1927)

Sólo se conservan 6 cartas de Manuel Azaña desde La Coruña, a donde había ido, como en 1924, al Tribunal de Oposiciones a Notarías. No se conservan las de Rivas Cherif. Abarcan un período de un mes, desde el 13 de agosto al 15 de septiembre. Llevan membrete del Atlantic Hotel de La Coruña, y están todas escritas a mano.

Corresponden a unas notas de su diario de 1927, que llevan sólo la indicación del mes *agosto septiembre* (ver *Obras Completas,* III, pp. 894-895) que empiezan: «Mes y medio de estancia en La Coruña, como en 1924, *engendrando notarios.*» La carta del 15 de Sept. de 1927 corresponde al estado de ánimo descrito en las pp. 150-153 del *Retrato de un desconocido.*

La Coruña 13 de Agosto (1927)

Querido Cipriano: el lunes, cuando llegué a Coruña, te escribí una postal pidiéndote noticias de tu salud. Te dejé en tal estado que por mi gusto hubiera suspendido el viaje. Como no he tenido carta tuya estoy intranquilo: no sé si estarás peor, o es que no te tratas conmigo. Una postal pronto se escribe; y si no, que me mande noticias Manolo.

Puedes escribirme al Colegio notarial, Tribunal de oposiciones; por si me marcho de este hotel, que aún no lo sé.

Si me escribes, dime el n.º de tu teléfono, que no puedo recordar.

No sé de qué humor estarás para leer. Quisiera saber qué te pasa. Recuerdos.

Abrazos de

Manolo

La Coruña 19 de agosto 1927

Querido Cipriano: ayer tarde recibí el paquete con los libros, y un pedazo de carta tuya, conclusión de otra que llegó a mi poder tres horas después. Los libros ya no me hacían falta, porque los compré en Madrid, la víspera del viaje, cuando aún tenía esperanza de poder aprovechar aquí el tiempo. Tu carta anterior se cruzó en efecto con la mía. Veo que, por lo menos, no estás peor, ni más enfadado y desesperado. Me parece a mí que estás pagando el desgaste de tus agitaciones del invierno pasado, y que has *dado en quiebra*: no todos pueden ser tan brutos y tan resistentes como yo. Los versos que me envías me gustan, pero unos más que otros. El impromptu a una musa no lo entendía. El más bonito es el *verdeniano* «Impromptu fabuloso», y después el soneto.

Aquí me aburro más que la temporada anterior, porque he encontrado menos conocidos con quien tratarme. Afortunadamente, no estoy en el mismo hotel que Carrasco, y es una pesadez menos. Tenemos seis horas diarias de sesión; acabamos a las diez de la noche, y sólo me quedan ganas de acostarme. La ventaja es que vamos bastante deprisa; ya hemos pasado la cuarta parte de la lista, gracias a un terror saludable que desmoraliza a los opositores. Si continuamos lo mismo, podré concluir hacia el 15 o 20 de Setiembre, en vez del 15 de octubre, como se calculaba. Te incluyo dos líneas para Don Mateo, referentes a su recomendado y otras para Saracíbar.

Hemos tenido una semana espléndida: mucho sol y mucho fresco. Pero ya ha vuelto a llover, como llueve aquí. ¡Qué borrascas! No es que llueva mucho, es que el mar se sale, cambia de sitio, y recupera el Canton. De esto ha resultado el deslucimiento de las fiestas: suspendidas las corridas, las verbenas, etc., etc., sólo resisten los polvoristas. Día y noche nos atruenan. Desde el balcón de mi cuarto, que da al mar, veía yo la otra noche cuatro bombardeos simultáneos, en otras tantas aldeas, de las que rodean la rada. Parecía Verdún. He asistido a una de las fiestas nocturnas del Sporting. Dos mil señoritas (ni una menos) de las de sin mangas, pululaban en el parque, precisamente encursilado; dos mil señoritas que quieren casarse y no lo consiguen, a causa del aumento de la emigración. Todas son muy guapas, muy modernas, y hablan como Pura Lago. Son las mismas que por la mañana hacen la ostra en Riazor: quiero decir que están bañándose pegadas a los peñascos verdinegros de la playa. También acuden a ver a tu amigo *Tuller,* y desaprueban que una compañía tan buena ponga obras tan malas como *La Pájara.* Yo me he guardado muy bien de comprobar si la compañía y la obra son buenas o malas.

Ayer, paseando por Miramar, vi salir de entre unos banquecillos a un hombre flaco y lúgubre, barbudo, que se abalanzó a mí: ¡Era Santaella! Está muy triste: la sua mamma è morta! Viaja para conocer el barroco gallego; yo le expedí a Sobrada de los Monjes. Me contó cosas dificilísimas,

etéreas, y con raíces en la Historia de los pueblos, del arte y de las religiones. Una turbonada nos disolvió y no he vuelto a verlo.

También me trato con Antonio Tenreiro, que ahora está en la aldea, con su hermano. Por cierto que su tío, el banquero Pastor, se ha estampado con el auto, y se ha roto cierto número de huesos, de difícil compostura. También su costilla se ha roto una, y es la segunda que se rompe. A veces, como una sombra, pasa por la calle Real la espigada forma del encanecido señor D'Halmar. Esto, y la presencia de Pilar Millán Astray en este hotel, acompañada de un personaje hombruno, con faldas y gafas, es lo más notable del *personal* que he visto.

Con toda reverencia puedes decir a mi señora Doña Susana [1] que el haberse acordado de mí al ver una sandía, me alegra, no por la sandía, sino por el recuerdo; y que el haberme personificado, por decirlo así, en tan oronda fruta, no me humilla, ni disminuye en nada la admiración que profeso, por tantos títulos, a la autora de tus días. También admiro a la sandía, de la que soy goloso, y creo recordar que con sandía me destetaron. Cada cosa se encomienda a su semejante, y yo me encomendaré a las sandías, para que me recuerden. Regalaré a tu mamá una sarta de ellas; ya las veo rodar descabaladas por el comedor, como las perlas del collar [2] de Su Alteza Serenísima, la Srta. Lola. Después de todo, el ser cabezudo merece clemencia.

En primer lugar, no es culpa mía, y nadie lo ha sentido más que yo, como no fuese mi mamá; pero de esto no me acuerdo. Además, nunca lo he ocultado, y siempre he hecho ostentación de ello, pasara lo que pasara; ya en la escuela me decían: ¡si fuese un brillante! No lo ha sido, y de ahí que a veces no me haya importado perderla. Está llena de viento, y no desespero de que un día se me escape de entre los hombros y suba como un globo de esos que regalan a los niños en los grandes almacenes. Por fin, *todos no podemos* tener una cabeza tan bonita como... Saracíbar! Lo que puedo hacer es enviar a tu mamá mi cabeza (es decir, una gran sandía) puesta en un plato, para que la ruede por el pasillo. En una sandía me representan de bulto; en un retrato soy, según su Alteza Serenísima, Don Honorio el ahorcado: [3] convengo en todo. No dirán que soy soberbio.

Si te vas a la función de las *Folies Monné,*[4] puede que esta carta ya no te alcance en Madrid; ya me contarás los éxitos guipuzcoanos. Pero ¿y Sin-

1. La madre de C.R.Ch.
2. Compárese esta alusión con lo escrito el 2 de mayo de 1927: «Hoy no estaba Lola guillotinada por un collar que tenía puesto ayer tarde, que le separaba la cabeza del tronco.»
3. Referencia a un famoso crimen que hubo en Madrid.
4. Alusión al teatro de los Baroja del Mirlo Blanco (véase capítulo XX) de Doña Carmen Monné de Baroja y Ricardo Baroja, que ese verano se trasladan a su casa de Vera.

dulfo? ¿Cómo vais a *actuar* sin él? ¿Dónde ha ido a esconder su idilio polaco? Estará haciendo el *tío raro de las fondas.*

Te incluyo un recorte de un periódico local, para que veas la fauna que tengo.

No más. Recuerdos afectuosos a todos. Un abrazo de

Manolo

Supongo que el encuadernador habrá ido a recoger las tapas de La Pluma. Si no ha ido, avísale: Justo Luna, calle de Cervantes.

La Coruña 30 agosto 1927

Querido Cipriano: espero que hayas llegado sin novedad a Columela. Realmente, la Coruña no es un sitio para venir *de paso,* como fuiste a Burgos el año pasado. En otros tiempos habrías venido, sin embargo; cosas más aburridas hemos hecho. Eso prueba que no estás de humor. Ya llevamos aquí muchos días de buen tiempo. Mucho sol, aire fresquísimo, y un mar portentoso. Está espléndido. Tengo la bahía al pie de mi balcón, y me entretengo en *tomarle las medidas.* A sus horas, es maravillosa. La otra tarde, al acabar las oposiciones, nos asomamos al balcón de la Audiencia, que da al mar, frente al castillo de San Antón, y el espectáculo es tan magnífico que el Sr. Carrasco, movido del demonio de la poesía, rompió a recitar versos. ¡Y de Garcilaso, además! Ya ves tú si estará bonito esto, que ablanda las peñas. Algunas noches, como estábamos en plenas *fiestas,* la bahía, transformada en una decoración de gran ópera, era bombardeada desde cuatro o cinco aldeas circunvecinas. ¡Qué estruendo! ¡Qué chorros de pólvora inflamada! Estos gallegos son el diablo. En fin, Santaella no disimulaba su asombro ni su admiración. Yo tuve que refrenarle, y le dije que en Verdun había más ruido. Ayer, de mañana, me despertaron a cañonazos. Había fondeado una escuadra. Al punto, desembarcó un almirante. Tremendos estampidos nos avisaron que venía. Fue de ver cómo subió las escalerillas del muelle. «Tan almirante es como Cristóbal Colón», me dije. «No es culpa suya si ya no hay continentes que descubrir.» Las chicas de este pueblo están revolucionadas con la llegada de los marinos. Ya no hacen caso a los pocos locales. Y ayer, en el café, un grupo de señoritos acordó no ir al baile que dan en el «Jaime 1.º», por vía de represalias contra el desdén de las jóvenes coruñesas. A los marinos de más edad, se les ve pasear del brazo de sus matronas, todas en estado de buena esperanza. No parece que esto suscite la menor sospecha.

El domingo fuimos en coche al Ferrol. El Sr. Carrasco ha encontrado una palabra para traducir su admiración: Esplendente, ésta es la palabra

que dice a cada momento; y la dice con benevolencia, haciendo un favor al paisaje, lo mismo que cuando da licencia a un notario tímido. También estuvimos en la terraza de Sada, que yo estaba harto de conocer. Apareció una cuadrilla de cantantes, hombres y mujeres, vestidos de máscara. Ellas con las sayas de colorines y pañuelos y arracadas; ellos de calzón, y un sombrero negro, con un cuerno nada más. Verdad que el cuerno era grande, pero era uno solo. Ellos tenían pinta de secretarios de ayuntamiento, de opositores, con gafas y todo, o de francos truhanes. Cantaban aturugos, muñeiras y ribeiranas, muy mal; pero el público se enternecía. Parece que esto era regionalismo. La combinación del aturugo y el jazz band es algo diabólico e insufrible. En la terraza, la high life de Sada y la low life de Coruña bailaban el Charleston. Había mozas rollizas y pizpiretas, aspirantes a amas de cría. Ahora están en el año de practicar. Para ser notario exigimos mucho menos.

Don Amós me ha escrito una larga carta, dándome noticia de su viaje y de la política de Logroño, que siempre le preocupa. Después me confía sus preocupaciones por el «queridísimo Cipriano». En opinión de Amós, él y yo somos los amigos que más te queremos. No sé qué hacer, que por todas partes dejas corazones inflamados! El caso es que Amós está mal impresionado de ti, es decir, de la situación de ánimo en que te ha encontrado, y desea que entre él y yo veamos el modo de sacarte de ella. Ya le he contestado, agradeciéndole sus sentimientos. Pero yo, ¿cómo te saco de la neurastenia? A ver, ¿qué necesitas? A no ser que volvamos a fundar La Pluma, la cual, según me ha dicho el director de *Alfar,* «purificó el ambiente literario». La verdad es que si yo tuviese los medios de Amós, no estaríamos tan perniquebrados. El toque estaría en encontrar algo útil y agradable en que ocuparse, para que tu actividad desenfrenada no se perdiese en empresas ingratas, como la del «Cántaro roto». A este y otros desgastes baldíos me referí yo en la carta anterior; pero a ninguna cosa más en particular.

Ya me contarás lo que te haya dicho el tío Unamuno, y los pareceres de Don Pío, que te han parecido tan bien. ¿Qué tal salió la *función*? [1]

Hazme el favor de llamar por teléfono a la imprenta de la Ciudad Lineal y decirles que cuándo van a mandarme más pruebas de Pepita Jiménez; que se den prisa. Y llama también por teléfono a la Imprenta Clásica (Glorieta de la Iglesia), y diles que si no me mandan las pruebas del final del folleto de Sentencias del Tribunal de la Haya, y que cuándo piensan terminarlo.

Muchos recuerdos a toda esa familia y abrazos de

Manolo

1. Del teatro del Mirlo Blanco en la casa de los Baroja en Vera. (Véase carta precedente.)

La Coruña 7 Setiembre 1927

Querido Cipriano: hoy envío a la imprenta de la Ciudad Lineal 8 cuartillas del original para un prospecto anunciando El Jardín de los frailes, con recortes de los artículos de prensa. El prospecto es para intercalarlo en «Pepita Jiménez» y se lo encargo a la misma imprenta donde hacen el libro para mayor comodidad.

Escribo ahora a Barnés pidiéndole permiso para este anuncio, y creo que no me lo niegue. A la imprenta digo que te manden las pruebas. Hazme el penoso favor de corregirlas, porque así ganamos tiempo. Puedes ponerte en comunicación con el impresor, desde luego, por si tienen alguna duda o dificultad, y se la resuelves tú a tu gusto. Se me ha olvidado decir al impresor la tirada: 4000 ejemplares. Pero supongo que caerán en que ha de ser igual a la del libro.

El prospecto, del tamaño del libro, ha de tener una hoja sola, si en las dos caras cabe todo el original. Si no cabe, cuatro planas, en la forma de un pliego de cartas. Si todavía sobrase original,[1] suprime algo, por ejemplo, lo del A.B.C., o lo de Fernando González, o lo de Chabás: por ese orden.

No creo que sobre mucho, porque les digo que lo compongan del cuerpo 7.

Si tuvieras que ir a la imprenta (caso desgraciado) hay que tomar el tranvía de la Ciudad Lineal donde se acaba el Metro, y dejarlo en *Oficinas,* o sea a la entrada. La imprenta está detrás de las Oficinas de esa *Cidad.*[2]

También puedes decir a la imprenta que no distribuyan[3] el molde del prospecto, por si hay que tirar más. Yo esperaba algún otro artículo, entre otros el de Cassou; pero como aquí no hay el Meruvre, no sé si ha salido.

Del papel les digo que lo pongan ellos, y yo se lo abonaré a mi regreso. Si no quisieran, mandaré un vale para A. E. P.

Creo que no se me olvida nada.

Que estés mejor. Abrazos de

Manolo

La Coruña 11 setiembre 1927

Querido Cipriano: cuando las cartas para La Coruña se ponen en el correo después de la salida del exprés, se reciben aquí con cuatro fechas.

1. El prospecto reproducía pasajes de las críticas de: Andrenio, Eduardo Ortega y Gasset, Antonio Espúina, Julio Álvarez del Vayo, ABC, Enrique Díez Canedo, Melchor Fernández Almagro, Juan Chabás y Fernando González.
2. Por ciudad.
3. Así en el manuscrito. Probablemente error de pluma por «destruyan».

Así he recibido ayer, día 10, la última tuya, que es del 7. Si llegan al exprés, se reciben al día siguiente. Esta podría llegarte mañana, si alcanza, aunque lo dudo, al tren de hoy. El pequeño salvaje granadino,[4] que anda por aquí, muy gracioso, y sin soltar la varita que le sirve de bastón, me había dicho que estabas mejor. Por lo visto era una *falsa alarma*. Se ve por tus cartas lo abatido que estás, y no es lo peor, sobre todo habiendo sido tú siempre tan *animadito*. Claro que los amigos no podemos quitarte el dolor de cabeza, y es un gran fracaso de la amistad. Pero sí quisiera quitarte la depresión, por más que sea consecuencia inevitable de la enfermedad. No sé por qué va a *aniquilarte* el dolor de cabeza. No pienses tonterías, ni te refugies en sueños de enfermo. Tampoco debes intentar trabajar, si eso, como se ve, te empeora. Ya tendrás tiempo. Y puesto que estás neurótico, neurítico, neurasténico, o lo que fuese, debías ponerte en manos de un especialista, que bien pudiera ser tu amigo Sacristán. El quebranto nervioso en que estás, proviene acaso de que tu resistencia no basta para la agitación en que solías vivir. Cuando los afanes del «Cántaro roto», te pusiste tan delgadito que dabas lástima. Si aquello te hizo mella hasta en el aspecto físico, tu constante inquietud no puede menos de haberte «demolido el interior». Tendrás que cambiar de manera de vivir, como es propio de quien *se acerca a la cuarentena*. Y lleva a la práctica aquello que me decías: que ibas a ocuparte sólo de ti mismo. Siempre que esto no sea para irte a tu trinchera, y objetivarme desde lejos, como en algunas cartas me objetivas. Bueno: lo que te aconsejo es que veas a Sacristán, y si éste no da chispas debes ver a Hernando, que es muy buen médico. ¡Cómo que ha descubierto lo que padece mi hermana, que era un misterio de 10 años fecha!

Me ha hecho gracia lo de mi *vida interior*. Lo dirás en broma. Si acaso será «crepúsculo interior», cansado del artritismo.

Por lo visto, lees mis cartas a tu familia. No me opongo, si en ellas hay chistes que los divierten. Pero supongo que no se lo leerás todo. Precisamente en mi última había alusiones demasiado transparentes a lo que nunca debió dejar de ser una quimera secreta. No me importa hablar de ello contigo, porque no iba a hacerte un misterio. Pero, ponerme sobre el tapete, me daría vergüenza.

Para lo del libro pedido por tu amigo, podrías pasarle la nota a Meléndez,[5] para que lo envíe contra reembolso. Así lo he hecho yo con algún otro.

4. Compárese con lo que escribe en su Diario de 1927: «Por aquí ha pasado Juan Cristóbal, a fallar en un concurso de proyectos para elevar un monumento a Curros Enríquez. Han promovido no sé qué cuestión reglamentaria, y Juan Cristóbal quería que yo se la resolviese. Trae el pedacito de vara que le sirve de bastón, o mejor, de batuta.» (O.C. III, p. 895).

5. Librero de la calle de Cedaceros esquina a Arlabán (ver pág. 118, fin del capítulo XIV).

Habrás recibido mi carta sobre el prospecto para «Pepita Jiménez». Supongo que no habrá dificultades.

Abrazos de

Manolo

La Coruña 15 Setiembre 1927

Querido Cipriano: si yo te aconsejaba por ahora la holganza era porque, según dices tú mismo, trabajar te aumenta la neuralgia. Y nada hay que pueda importarte más que el curarte. Por muy grande, antigua y profunda que sea tu desazón y tu contrariedad por las cosas domésticas, lo agudo es la dolencia que estás pasando. Y aunque tengan mucho que ver las unas con la otra, por la depresión y el desabrimiento en que has ido entrando, tu enfermedad no deja de ser una enfermedad del organismo, que tendrá su causa en alguna lesión o en algún accidente local, susceptible de ser tratado por los médicos. Es un caso de clínica. Ninguna contrariedad basta por sí sola a producir un dolor físico de la naturaleza del tuyo. Hace mucho tiempo que padeces tal contrariedad, y hasta hace dos meses no te ha dolido la cabeza. Inversamente, si te fueras a vivir mañana a un hotel, no dejaría de dolerte sólo por eso. Lo que sucede es que, debilitado por la enfermedad, todas las cosas desagradables se te representan con una violencia muy grande, y se te hacen insoportables de momento, no obstante haberlas soportado años enteros, cuando estabas bueno. Ya dijo sabiamente Pepito Biberón que lo peor son los sufrimientos *mogales*. También a mí me duele muchas veces la cabeza, aunque no con la pertinacia que a ti; y al estar malo de eso, todo se me vuelve de color negro, y algunas veces quisiera ahorcarme. Lo más característico es que no puedo soportar nada de lo que me rodea. Pasado el dolor, reaparece el equilibrio, y vamos viviendo. Todo este discurso se dirige, no a separar lo físico de lo moral, sino a poner lo moral en una modesta dependencia de lo físico. He leído no sé dónde que los antiguos egipcios ponían entre los dones de la bienaventuranza eterna la desaparición del estreñimiento. Quiere decirse que la perfecta salud es una especie de paraíso, y que no hay paraíso posible sin un regular funcionamiento de los órganos. Eça de Queirós pone por conclusión de una novela muy gruesa este aforismo: «Depende enteramente del estómago.» Tú necesitas restaurar algo que no funciona bien; y aunque no sea ostensible al deterioro, para un ojo clínico tu enfermedad ha de ser tan concreta, localizada y patente como puede ser a nuestros ojos una descalabradura. Déjate, pues, de echar la culpa al ambiente que te oprime; en cuanto te repongas, dejará de oprimirte tan desesperadamente, y tendrás fuerzas para oponerte o sobreponerte a él.

No des excesiva importancia a lo que te dije del «Cántaro roto». Fue

por vía de ejemplo. No combato las que llamas «manías», sean inocentes o no. Lo que resulta clarísimo es que te desgastas en mil cosas que pasan de ser diversión y se convierten en absorción de toda tu persona; y que no eres tan fuerte ni tan resistente como tu *impetuosa* juventud te había hecho creer.

Estoy conforme contigo en que necesitas cambiar de ambiente doméstico. Lo necesitarías aunque no pasase nada de lo que te quejas, y aunque no estuvieses enfermo. Si no pasara eso, viviendo como vives, pasaría otra cosa cualquiera. Ya eres *mayorcito* para seguir en plan de hijo de familia. Te conviene más independencia. Eso es fatal, y a todo el mundo le sucede. A mí también me ocurrió; las circunstancias me permitieron poner pronto remedio. Y en los diez y siete años que he vivido apartado de mi familia (sin reñir, es claro), me encontraba muy a gusto. Como yo soy algo caviloso, a veces me reprochaba ese gusto, como si fuera un egoísmo bárbaro; pero no tenía razón. Lo natural es, llegada la madurez, constituirse uno en el *centro* de su propia vida, y administrar a su antojo las inclinaciones personales. Por el momento, no puedes tú pensar en ello; pero ya verás cómo llega. La cuestión es que se haga sin disgustos ni catástrofes sentimentales.

Al *decirte* que *suponía* que no ibas a leer a tu familia todas mis cartas, es que estaba seguro de que no las leías. Fue una alarma pasajera, que me asaltó al considerar qué pasaría si se las hubieses leído; quiero decir, aquellos trozos que se refieren a mis debilidades sentimentales. No creo, sin embargo, que fuesen causa de *irrisión,* como tú escribes; sino que no los compartirían, no los *compadecerían.* Por lo demás, no me sorprende que no te hablen de este *asunto*: porque dejó de ser *asunto* apenas nació, hace más de un año, y yo no he hecho ni dicho nada desde entonces para que recobre actualidad. De modo que lo tendrán casi olvidado, y no les gustará recordar un incidente que, por entrar yo ahí tan de diario, no puede dejar de ser enojoso. Pensándolo más despacio, como lo he pensado, reconozco que ha ocurrido lo que debía ocurrir: mi propósito era casi contrario a la naturaleza. Me consuelo releyendo un folletín del Sr. Ortega sobre la elección en amor. Dice el Sr. Ortega que las mujeres no se enamoran de los hombres «que impulsan el progreso». Ahora bien: yo pretendo impulsar el progreso, sea político, sea literario, y no me corresponde por lo tanto, que me quiera esa señorita, ni tal vez otra ninguna. Y como yo no me inclinaba a ella porque la creyese una *mujer superior,* sino por las cualidades medias, y apacibles, que se me imagina que posee, es natural que no se conforme conmigo, que soy algo tempestuoso y desapacible, dado como se entiende la apacibilidad en los comedores de familia. Tú y tu madre tenéis alguna *culpa,* si puede decirse así, en mi quimera. Tú dices que me equivoco. Podrá ser. Más motivos tienes tú, por una parte, para saberlo; pero tienes muchos menos que yo, por otra. Después de todo, mi aspiración se

reducía a probar; y si nos equivocábamos, no había pasado nada. Lo único que me ha maravillado en toda esta historia, que ya va siendo eso, historia, es el no haber podido ser admitido a libre plática, como dicen de los barcos, después que salen de cuarentena. Yo no he podido hablar de lo que habla cualquier señorito que baila en el Ritz. Así es que me he quedado con mi quimera en el cuerpo. Te confesaré, y no te rías pensando en la escena que habría resultado, que algunas veces he estado a punto de soltarlo todo en plena reunión familiar, *a ver qué pasaba.* ¡Hubiera sido formidable, aunque penoso en conclusión! Y por eso no lo hice.[1]

En fin, dejemos eso. Yo estoy habituado a ser razonable. Más que razón, lo que me vale es la imaginación. Lo mismo se me desmanda y sube a las nubes, que se abate y se esconde bajo tierra. Este esconderse es también puramente imaginativo, que no razonable. Y como hace más de 20 años que vivo encogido, hecho un ovillo, como está el feto en la matriz, me imagino yo que debo vivir siempre arrugadito, sin *estirarme* nunca. Algunas veces me ha parecido que me estiraba, que iba a nacer. Pero luego resultaba que no nacía. Opino que he de morirme nonnato. Es posible que todo el *tremendo error* de que venimos hablando, no fuese más que una equivocada presunción de nacimiento.

Bueno. Si resistes hasta aquí sin proferir alaridos, es que vas mucho mejor. Creo que el miércoles o jueves de la semana próxima podré marcharme de aquí. Yo lo deseo mucho. Estoy harto de La Coruña, de su naturaleza. En el programa de mis locas ambiciones se inscribe desde ahora la de no volver más a este pueblo. Mi *valencia* galaica se ha agotado. Desde las 10 de la noche del sábado hasta las tres de la tarde del lunes, no hablé con nadie. Hago memoria, y no recuerdo que me haya sucedido cosa tal en parte alguna.

No sabréis, ahí, acaso, que Ramón Tenrerio ha estado gravísimo en Cercedilla, hace 4 o 5 días. Su madre ha salido para allá. Tienen aquí mejores noticias; pero creo que está mal.

Escribí a Barnés pidiéndole autorización para concluir el proyecto de «Pepita Jiménez», y diciéndole que te telefonease a ti, si había o no inconveniente. Si no te ha dicho nada, háblale por teléfono.

Recuerdos. Un abrazo de

Manolo

1. Ver capítulo XX, página 147, nota 1.

CARTAS DE 1934

Se conservan 11 cartas de Manuel Azaña a C. de Rivas Cherif del 21 de junio de 1934 al 3 de enero de 1935. No hay ninguna de Rivas Cherif que se haya conservado. La primera, del 21 de junio, está escrita desde Madrid y dirigida a R.Ch. en Barcelona, así como la segunda, poco antes de salir para el balneario de Sant Hilari en Cataluña. La tercera, sin fecha precisa, está escrita probablemente el mismo 6 de octubre, poco antes de su arresto en Barcelona. Las siguientes siete están escritas desde la prisión de los varios barcos en que estuvo recluido Azaña en la bahía de Barcelona.

Estas cartas corresponden a los acontecimientos narrados en el capítulo XXXVI *Su rebelión en Barcelona.*

(Madrid) 21 de junio (1934)

Querido Cipriano: Leí tu informe [1] y quedo convencido de que vivimos sobre *dos* volcanes: el de ahí y el que Samper and C.º [2] han abierto en el cerrillo de San Blas. Esto es, propiamente, el *acabóse.* He pasado unos días muy agitados, con demasiadas idas y venidas, reuniones, cabildeos, propuestas, etc. Todo lo que me revienta de la política. Mi deseo era hacer llegar un poco de cordura a las altas esferas. Sánchez Román me ha ayudado mucho, y a su modo, Maura. Como esto no tiene más salida normal que derribar al gobierno, hemos apretado lo que no es decible; así como para impedir que haya sesión patriótica en el Congreso. Ahora, las 7 de la tarde, acaban de decirme que por fin hoy no se discute el asunto; y se percibe el propósito del Gobierno de caer por otra cosa. Cirilo acaba de presentar la

1. Carta no conservada. R.Ch. está en Barcelona.
2. El gobierno Samper, que se había formado en marzo de ese año.

cuestión de confianza sobre una enmienda al presupuesto. No creo que el Gobierno haya pensado en medidas violentas, por lo menos hasta el Consejo de hoy, del que aun no tengo referencias; ignoro, pues, si ha cambiado de postura. El barullo es colosal. La gente no se ha encalabrinado aún por la patriotería, salvo los monárquicos, es claro.

Don Niceto se resiste a hacer una crisis por causa de la Generalidad. Se piensa en otro gobierno de entretiempo, presidido por Rico Avello, o por... ¡oh númenes del Toboso!! por Kirilo...! Si ahí no se les va la mano y no hacen alguna cosa que soliviante la sensiblería, tienen ganada la partida. Yo *estaba*[3] cada vez más salvaje. Pero, como Medrano en La Noche del Sábado, no quiero ser emperador.

Están impresos los dos vols.[4] de mis discursos. He puesto un brillante *pólogo,* que, según Domenchina, es de *mi mejor prosa*; porque aquí entendemos mucho de prosas. Por cierto que Domenchina está poseído de un terrible furor contra Ricardo Baroja, que le ha cubierto de injurias en La Tierra. Dice Domenchina que no me las cuenta porque son demasiado soeces. Naturalmente, los *juristas* le han dicho que no le conviene querellarse, y se ha decidido a pegar a Ricardo; ayer lo esperó en vano a la puerta del Ateneo, metido en un taxi, con un garrote. Yo procuro calmarle, pero no lo consigo. Es una idea fija.

Amós te contará cuando vuelvas el *periplo balear,* o sea el prodigioso viaje que han hecho los ministros, algunos embajadores, quince diputados, innumerables autonomistas valencianos y sus *criaes* para presenciar el desfile de la inexistente escuadra. Te describirá a la Presidenta del Consejo tangueando con el alcalde Valencia; a la Sra. de Sánchez Guerra obligando al embajador de la Argentina a quitarse el *smoking*; la toilette marinera de Pich y Pon, y un sinnúmero de truculencias como no se le habían ocurrido a nuestro antiguo amigo y colaborador *Cardenio,*[5] en sus ratos de buen humor. Estos días, no se ha hablado aquí de otra cosa, cuando dejábamos de hablar de Cataluña.

No me enfado porque me preguntes por la novela.[6] Me enfada que no me dejen reposo para continuarla. Hace un mes que no trabajo en ella. Pero ya trabajaré. Y en otras cosas. Por cierto: ¿os convendría para el centenario de Lope una adaptación de *La Dorotea*? Quitándole toda la filosofía que embadurna los diálogos, y reducida a la *cosa amatoria* podría quedar muy representable. Hay dos o tres escenas muy buenas, y no deja de ser a ratos divertida. Claro que si Margarita[7] cantase, el suceso sería magnífico. Reducida a lo escénico posible en estos tiempos, la obra se achica a una pa-

3. Por «yo estoy».
4. *Una política* (1930-1932) y *En el poder y en la oposición* (1932-1934).
5. Antiguo pseudónimo de Azaña en *La Pluma.*
6. Se trata de *Fresdeval.* Ver capítulo XVIII.
7. Margarita Xirgu.

sión romántico-picaresca, erótico-sentimental, y a lo que a principios de este siglo llamábamos un *encoñamiento*. Ya lo pensarás.

José Ramón [8] ha estado aquí una tarde. Sostiene que los soldados rusos llevan plumero. Yo no estoy de acuerdo y lo hemos discutido largamente. Tía Araceli está muy decaída.[9] Hoy no se ha levantado.

Saludos a Margarita [10] y demás personajes. Y a los esquerranos amigos. Abrazos de

Manolo

23 de Julio (1934)

Querido Cipriano: sí, probablemente nos iremos ahora a San Hilario, y después al cuerno, no de oro, sino de asta purísima. Todo por su orden. He pedido informes de San Hilario, porque de este personaje no sé más que esto: «Ciento y veinte años vivió el glorioso San Hilario y cada año se creció un palmo el escapulario.» Antes de ir a catalanizarme los riñones (pienso hacer *esta frase* en la Rambla), he preguntado a Don Hipólito, hidrólogo republicano, qué sabe de aquellas aguas. Están en opinión de salutíferas para los que padecemos empedernimiento de las entrañas. Hoy escribo al balneario, y si todo marcha bien, nos iríamos el sábado.

En aquel apartamiento meditaré a dónde vamos después. En quince días, bien puedo formar una revolución. Más tiempo ha estado nuestro amigo Bernardo Giner *meditando sobre la situación política* para acabar adheriéndose (¡y tanto!) a Martínez Barrio, según nos ha contado un suelto oficioso del Liberal. No sé si cuajará lo de Palma (ya te avisaría), o un pequeño tour por el extranjero, o si nos volvemos a Madrid. Después de todo, ya hemos echado fuera el verano; no me lo negarás... A continuación vendrá lo de irse al cuerno, a no ser que los sucesos se precipiten. En efecto: nos reunimos el día 14, como te dije, tres *insignes repúblicos,* tres sociales (entre ellos Don Paco [1]) y Lluhí. Después de explicarles mis propósitos y de invitarles a la acción común, Don Paco nos dijo sencillamente que había acudido a la cita por cortesía, pareciéndole mal darnos una negativa por carta; pero que un comité (el del Partido y el de la U.G.T.) habían acordado no colaborar con los republicanos, ni para la paz ni para la guerra, porque ellos van a hacer solos la revolución, implantando, con un gobierno socialista, no el programa marxista, sino una serie de reformas

8. Hijo mayor de C.R.Ch.
9. La Sra. Araceli Cherif, Vda. de Andrés, tía materna de R.Ch.
10. Margarita Xirgu.
1. Francisco Largo Caballero.

audaces, de las que sólo es garantía su presencia exclusiva en el Poder, Lluhí habló a continuación, ofreciendo todo apoyo para una acción común. No sirvió de nada. Largo nos dijo que su conversación con nosotros les perjudicaría moral y materialmente, si fuese conocida. No lo hemos publicado porque estaba Lluhí presente, y dejaríamos a la Generalidad en mala postura. Nos separamos sin reñir, gracias a mi paciencia. De modo que por este lado, nada. Torpeza, pedantería; talento político? Cero.[2] El periódico de las juventudes socialistas dice en su último número que en cuanto hagan la revolusión fusilarán a los republicanos de izquierda, que son el mayor peligro. Supongo que Don Niceto estará muy contento, porque El Socialista, sin contar la conversación, deja ver el desacuerdo, y más aún, la enemistad. De manera que, o no harán nada, o harán solos alguna estupidez, condenada al fracaso, con todas sus previstas consecuencias. Lo que yo te digo: nos iremos al cuerno.

He leído la carta de Valle. Es muy divertida. Ahora, en Roma,[3] Valle se cree un personaje del ruedo ibérico, en el cogollo de la vida política y se imagina que posee fuertes secretos de Estado. Naturalmente, él no podía quedarse atrás en eso de hacer el jabalí a posteriori; como otros muchos, que no han hecho más que estorbar, o insultar cuando no se les daba algo, y ahora abren las fauces queriendo hacer creer que ellos se habrían tragado la osa. ¡Qué tendrá que ver con la marcha de la República el bueno de Don Américo! Lo de Pita no es más que un planchazo, que yo me alegraré de que llegue a definitivo, porque todo lo que hace Nicéforo gira en torno del Concordato.

He terminado otro gran capítulo de Fresdeval,[4] el 2.º, con lo que llevo trescientas veintitantas cuartillas! Es muy mortuorio este final, y algo romántico. Hay hasta un vendaval nocturno que *ulula en el bosque,* con que figúrate qué bonito estará! Ahora discurro el cap. 3.º, más complicado y difícil; el 4.º será inextricable; y el 5.º... no sé: lo mejor sería meter a todos los personajes en un barco y hacerlo naufragar —con lo que no habría vencedores ni vencidos—. Se han publicado hasta ahora tres artículos tres; sobre El Poder y la Opo. (en El Sol, la Voz y Liberal). Ponen que soy muy buen señor («un hombre de bien» «un entendimiento cumbre», dice Zozaya), pero ninguno lo llama todavía *superproducción.* Esperemos.

Del Sol no sé más que se ha constituido otra sociedad, en la que pre-

2. Compárese con lo que escribe A. a Indalecio Prieto el 20 de abril de 1935: «No es culpa mía (ni de usted, bien lo sé), que la inexperiencia de unos, el enojo de otros, el exceso de suficiencia y de pedantería de algunos, diesen al traste con una táctica que era de sentido común.» (*O.C.* III, p. 601).

3. Valle Inclán había sido nombrado director de la Academia de Bellas Artes de España en Roma.

4. Ver *O.C.*, I, p. 907.

domina Roviralta y el grupo catalán; están muy asustados, porque el Gobierno hace presión sobre los capitalisas de la empresa, para que cedan el paso a Bravo, etc. En el Sol han despedido a 12 o 14 redactores, por economía. Resulta que pierden 800.000 pesetas al año. Los redactores se niegan al despido, y han propuesto una baja general de sueldos, pero quedándose todos. No sé lo que pasará. Guzmán creo que está en San Sebastián.

Antes de marcharos iremos a veros, y a los prohombres, de cuyos progresos, fantasía y salud nos alegramos. Lo del chico de Lafora es un fastidio, aunque dice Manolo [5] que cree que no hay peligro. Infórmate bien. Lola [6] se ha ido de dentista eterno; por eso no os escribe. Lo hará otro día. Muchas cosas a la comadre,[7] a Anita,[8] etc.

Abrazos de

Manolo

Carta sin fecha. 6 octubre 1934 (?)

Barcelona, Hotel Colón (Membrete)

Querido Cipriano: Acabo de recibir el notición. Aquí todo está tranquilo a estas horas, 6 de la tarde; pero las personas *competentes* opinan que vamos a bailar.

Creo haber entendido que te has llevado de casa papeles.[1] Ponlos en seguridad, y acaso no sea bastante que estén en tu casa, si como creo, nos oyeron la conversación por teléfono. Puedes seguir sacando más, sobre todo los que están en unos sobres, en el armario de la estantería. Son unos sobres de tamaño grande, pero no los más grandes, y tienen escrita esta indicación: «Cartas de políticos, escritores, etc.» Es lo más interesante.

Hazme el favor de ir al Río de la Plata, departamento de cajas de alquiler (sótano) y preguntar qué hay que hacer para autorizar a una persona para que abra una caja alquilada. No digas que se trata de la mía. Si se puede hacer la autorización por escrito, la extenderé para que Lola saque lo que allí tengo.

Ocúpate un poco, si tienes tiempo, de la edición de mi libro.[2] Está por hacer la cubierta.

5. El Dr. Manuel de Rivas Cherif.
6. La Sra. de Azaña.
7. La mujer de C.R.Ch.
8. La Srta. Anita Ibáñez, hermana de la mujer de C.R.Ch.

1. Véase pág. 297.
2. *La invención del Quijote* y *otros ensayos*. Espasa Calpe, Madrid, 1934.

Habla con Sáez para eso. Y revisa las correcciones que hice en las 2.as pruebas, que las dejé en casa y supongo habrán recogido.

Y no hagas el entusiasta espontáneo!

Abrazos de

Manolo

Barcelona, 2 de diciembre 1934

Querido Cipriano: me llegaron, con retraso, tus dos cartas anteriores, y hoy me ha traído Lola la que nos escribes a los tres. Me doy cuenta del viaje que hacías desde Zaragoza [1] y de lo que pudo ser la ceremonia de Alcalá. Estoy viéndolo. Yo pasé un día atroz. Mientras estuvo aquí Lola, todo fue bien. Cuando se marchó, a las 5, y me quedé solo, se me vino el mundo encima, y no tuve, entre estas cuatro paredes, más que las paredes mismas para contarles mi desconsuelo. Parecía que era entonces cuando me enteraba de lo que había ocurrido, y la primera impresión de por la mañana se me aumentó hasta la desesperación. De Zaragoza me han escrito mi hermana y Gregorio. Lo que me cuentan, me consuela, pensando que no ha padecido. ¡Pobrecito! No puedo recordarlo con serenidad. Además de la pena normal, siento pensando en Gregorio una lástima desgarradora, por lo que ha sido su vida, tan risueña y fácil en la primera juventud, tan dura y penosa después, privado de una porción de satisfacciones a las que era muy sensible, y que hubiera sido muy capaz de alcanzar, en otra situación. Me han escrito también los médicos que le han asistido. Uno de ellos, en una carta llena de buena intención, sin duda, pero bastante torpe, me dice brutalmente que mi hermano se ha muerto de la impresión que le ha causado mi prisión. El otro, uno de los Pérez Lizano, que es amigo mío, no me lo dice en igual forma, pero lo da a entender. Como comprenderás, estas opiniones, aunque desmentidas por la familia, no han dejado de agravar mi penosa situación. Delante de una desgracia profunda, todos sentimos ese impulso que tú llamas justificación, deseo de justificarse con la víctima. Yo también lo siento ahora con mi hermano. Pero no sé por qué has de sentirlo tú respecto de mí. Qué más me vais a dar unos y otros? Desde los tiempos, ya lejanos, en que tu madre me convidaba a cenar todas las Nochebuenas, para que no estuviese solo, como si hubiese adivinado todo lo remolón y casero que soy, hasta el día presente, en que tengo a Lola haciendo de *mujer fuerte,* ¿qué más me vais a dar? Yo soy, en realidad, el que está en deuda con vosotros, sobre todo desde que he *degenerado* en personaje histórico. Cuando tú decías que te encontrabas como alejado de mí por la vida pública, no

1. En ocasión de la muerte de Gregorio Azaña, hermano de M.A. Véase pág. 302.

tenías razón más que desde fuera. No he podido evadirme del miedo que me daba pensar que *también* os zarandearan y maltrataran a vosotros, por causa mía, y hubiera querido poneros donde no os llegase nadie. Quizás he hecho mal, pero eso pensaba. Ahora que somos otra vez *pequeños,* me gustaría vivir en adelante rodeado de las pocas personas cuya compañía me es indispensable, y hacer un poco el *golfo candoroso,* como cuando íbamos en persona a dejar *La Pluma* en el correo. Es decir, que no tengo gana de *luchar,* ni vocación de estatua. No comprendo por qué Margarita se arma esos líos pensando en la historia y en *mi gloria.* Hay que dejarse de historias. Nuestro país no está para eso y hay que acomodarse a su talla.

El último párrafo de mi discurso del Ateneo[2] es la triste verdad, recordada después —como si lo llevara siempre ante los ojos— en otros discursos. Releerlo ahora, cuando he visto el libro, me hace pensar que cuando lo escribí no estaba tonto. Como yo no puedo amoldarme a los Botas y otros Gordones, lo mejor es que se las arreglen como puedan. Cuando estábamos subiendo la cuesta en el Gobierno tenía yo aún el primer impulso de la revolución y el entusiasmo de la novedad de la empresa. Ahora, volver a empezar, creo que sería superior a mis fuerzas, porque siempre estaría seguro que detrás de mí, durase lo que durase, estaba en acecho la barbarie.

Por lo demás, todo esto, y los propósitos para un mañana próximo, me parecen habladurías. De la prisión no hay quien me saque, por ahora. Ossorio afirma que me procesarán por lo de Barcelona, y no niega la posibilidad de que me condenen. Depende de la presión política, sobre el tribunal. Yo creo también seguro que me procesen por lo de las armas, y échote meses hasta que una causa así se desenlace. Mientras haya estado de guerra y censura, la presión popular poco puede hacer. Y no creo que supriman las mordazas. Lo de Asturias puede tener, en la política, las mismas consecuencias que lo de Anual.

Con Ossorio he hablado mucho. Ha venido tres tardes. Le he dicho muchas gansadas y bastantes truculencias, que le divierten y a ratos le admiran, por más que él, como hombre moderado, no dijo que las comparte todas. Pero yo creo que sí las comparte. De los procesos, poco teníamos que hablar. Aunque al principio parecía inclinado a dilatar la marcha del de Barcelona, por fin ha aceptado mi opinión, y hemos convenido en que vale más acelerarlo. La opinión pública ya está enterada. Convendría, sí, difundir más mi declaración, que al verla me ha parecido inatacable. En el *Heraldo* ha salido con erratas.

Con Barcia hablé, y se fue muy impresionado. Le anuncié determinaciones resonantes en cuanto al proceso, y espera que lo piense mejor. So-

2. Véase *O.C.,* I, pp. 636-637.

bre todo le he dicho a Ossorio algunas cosas, y parece lo más lógico atenerse a lo que pida la situación política cuando se celebre la vista. En realidad, yo no tengo por qué hacer el *insigne repúblico,* forrado de gravedad silenciosa. «Tampoco —le he dicho a Ossorio— hago política como los cornudos. Eso, para Alba.» (Ossorio se reía a carcajadas). En ese ilustre gremio se contaba Marco Aurelio: pero si la República necesita un Marco Aurelio, que lo busque en la masonería, donde seguramente no faltará un h: [3] con ese mote. Por la misma situación de interinidad en que está todo, no creo oportuno decir nada respecto al partido. Hasta ahora, recibo de las provincias muchísimas adhesiones. No creo que convenga ahora desorientarlos más, con resoluciones que, estando preso, no tendrían *lendemain.* Yo no he dicho ni rectificado nada. Por ahora, es lo mejor.

He comenzado el relato de mis aventuras catalanas.[4] Tengo hecho el prólogo, o así, que ocupa doce hojas grandes. Cuando lo relea, te diré lo que me parece. Recibo muchas cartas, muchas, muchas: días de cincuenta. Y telegramas, tengo algunos cientos. Es preciso poner en orden todo esto, y así me entretengo. Por de pronto, creo que debo hacer alguna demostración con los firmantes del manifiesto: [5] mandarles tarjeta, pongo por cumplido. Como Domenchina no puede salir de casa, porque tiene reuma, podría llamar a Marqués, y dictarle las direcciones. En el *buró* de la librería pequeña encontrarás tarjetas mías de luto, con o sin la mención de diputado a Cortes. No sé si habrá sobres. Puedes mandar una tarjeta a *todos* y *cada uno* de los que residen en Madrid. A los de Barcelona se las enviaré yo.

También hay que contestar a algunos pésames. Te mando una lista de cuatro hojas, toda de gente de Madrid, para que vaya haciéndolo Marqués. Inspecciónale el trabajo, cuando lo tenga hecho. Y una vez concluida esa lista te enviaré otras.

Escribí a Domenchina para que enviasen el libro de ensayos a Calpe. 200 ej. a casa, de los que puedes enviarme 14 o 15 con algún amigo que venga, para repartirlos entre gente de aquí. Domenchina podría hablar por teléfono con Olarra para exhortarle a que haga propaganda del libro. No creo que la censura tache los anuncios. Y tú pregúntale a Gregorio Saez para qué día de Diciembre tengo la letra última por la impresión de «En el Poder y en la oposición».

De los 200 ejemplares que manden a casa, puedes enviar, con tarjeta mía dentro, a falta de dedicatoria, un tomo a: Zozaya, Azorín, Guixé, Fabián Vidal, García Martí, Francisco Ayala, Espina, Chavez Nogales, Masip, Mori, Pérez Ferrero, Chabás, González Blanco, Castrovido, R. Baeza.

3. Así en el manuscrito. A.«h» correspondía el grado de «Aprendiz».
4. *Mi rebelión en Barcelona, O.C.,* III.
5. El manifiesto está publicado también en *O.C.,* III, pp. 25-26.

¡Y Margarita! Ya iremos poniendo otros literatores. De los políticos hay que enviar a Santiago, Ossorio, Besteiro, Sánchez Román, Marcelino, Albornoz, Don Fernando. Y otros cuyo nombre siento no recordar.

A José Ramón [6] le dices que el comandante me pregunta por él. Se ve que ha causado mucha impresión. Si hubiera estado hoy aquí, se habría divertido, porque hemos navegado para cambiar otra vez de sitio. Cuando los vea, no van a conocerme, al paso que vamos, sobre todo el pequeño). Adela [7] viene todos los días y raro es el que no me trae algo, de parte de la Bisa.[8] Muchos abrazos a todos: Bisa, Manolos, Saludes, Cármenes, niños, etc.[9] A Margarita [10] le dices que no me quite mérito; que no me quiera por ti, sino por mí, que soy así. Parezco nada, y hago estragos.

Abrazos de

Manolo

Aquí no había radio, y estaba contento; pero van a instalarla. Ahora me ha dado por dormir mal, y me despierto tres o cuatro veces. Hoy estoy despierto desde las 4 de la mañana.

Barcelona, 6 de diciembre 1934

Querido Cipriano: Ayer recibí otra carta tuya, la que trae la nueva copla del Botas. No hay nada nuevo que contar. Ya Ossorio te habrá hablado de nuestras entrevistas. A los de la Generalidad se los llevan a Madrid. Temo que también a mí. El panorama procesal que me pintabas es, en efecto, el más favorable, pero su desarrollo pide cerca de dos meses; sin contar lo que haga Alarcón. No; lo que es paciencia, ya hace falta, ya; pero a ratos me estará permitido no tenerla.

Hoy está aquí mi sobrino,[1] que me ha visitado en compañía de uno de los Pérez Lizcano, el más discreto. Estará aquí también mañana, y por la tarde se irá a Zaragoza para recoger a su hermana y marcharse a Alcalá; al panteón de la familia viviente.

Te mandé una lista de envío de libros. Hoy tengo carta de Domenchina, hablándome de lo mismo. Como él está estropeado, no creí que pudiera ocuparse de esto. Habla con él, para no hacer las cosas dos veces. También le mando más nombres de literatos y así, para el reparto de libros.

6. Hijo de C.R.Ch.
7. Hermana de C.R.Ch.
8. Por «bisabuela» —Referencia a la Sra. Araceli Cherif, Vda. de Andrés, tía materna de los R.Ch.
9. Miembros de la familia R.Ch.
10. Margarita Xirgu.
1. Gregorio Azaña, hijo de Gregorio Azaña Díaz.

Todo eso del artículo de Ortega será una paparrucha inventada para hacer que hacemos, o que *queríamos hacer*. No se le pedía tanto. Prefiero, además, que no haya escrito el artículo, porque lo habría aprovechado para meterse conmigo a su manera.

Me ha escrito Margarita.[2] Está muy afligida, porque sigues disgustado y eso le causa mucha pena, en vista de que no tiene bastante influjo sobre ti. Miguel, o el padre recóndito, me escribe igualmente, y Fernando y Rosario. No sé si te dije que Azorín me puso un telegrama de pésame, muy expresivo. Le mando el libro para corresponder. Es la primera vez que le regalo una obra mía.

Me acostumbro a todo, con una facilidad que casi me deshonra a mis propios ojos. A esta vida me acomodo también, sobre todo si consigo no pensar en que estoy preso. Pero a veces, me acuerdo, y aunque sea poco heroico, me pongo de mal humor y me entristezco. Barrunto que cuando salga de aquí voy a defraudar a mucha gente, que sin duda espera de mí cosas tremendas. Si he de volver al comité, al Congreso, al meeting, a las comisiones y al visiteo, en que he perdido estúpidamente un año, prefiero el barco. Voy a hacer otra lista para enviar tarjetas y si la concluyo a tiempo, la incluiré en esta carta.

Muchos afectos a todos, grandes y chicos. Abrazos de

Manolo

A Emma[3] y a Luis, que les agradezco sus cartas.

No dejes de enterarte de lo de la letra.

(Barcelona) 7 de diciembre (1934)

Ahora me trae Lola tu última carta, con el artículo de Unamuno. Lo mismo da que digan una cosa que otra.

Te incluyo otra lista para repartir tarjetas, como te anunciaba en la carta de ayer.

Has comprobado las remesas de libros?

No eches en olvido lo de la fecha de la letra Saez.

Ruiz Funes me ha escrito anunciándome su visita con Fernández Clérigo. Ignoro las señas de Funes en Madrid, y las de Clérigo; pero este tiene teléfono. Haz el favor de decirles que los veré con mucho gusto, que no he contestado a Funes por el motivo dicho; y que sólo puedo verlos de uno en uno, como sabes. Deben avisar con 24 horas de anticipación su llegada, para no comprometer el pase.

2. Margarita Xirgu.
3. Emma Iznart, tía de Rivas Cherif.

Lo del reparto de tarjetas puedes organizarlo de acuerdo con Domenchina, auxiliado por Marquez.

No va más.

Manolo

Carta sin fecha (1934, desde el barco)

Querido Cipriano: He recibido tus cartas. Siento mucho que discrepemos. Será que yo no tengo tu intrepidez, o que estas experiencias, como las enfermedades, son muy personales. De la cosa política, no espero nada bueno. Será milagroso que esto no desemboque en una dictadura franca. Esperemos que yo no esté preso cuando surja el suceso. Los estadistas republicanos se han dado maña para ponernos otra vez en manos de los militares. No queda más que nicetismo, Ceda, fascio y milicia. Los de enfrente estamos para mucho tiempo, perdidos. Y yo más que ninguno. No es amargura, ni despecho, etc., etc. Es la realidad. Y yo no quiero seguir en una posición falsa, como hasta ahora. Yo era la esperanza y el *ídolo* de las izquierdas. Pero las izquierdas no han querido en ningún caso, desde que salí del gobierno, seguir mis consejos. Han hecho todos los disparates posibles. Y yo sirvo de pararrayos a las cóleras suscitadas por los que no se dejan guiar por mí. Era una situación insostenible, que yo debí liquidar antes. Pero mi debilidad de carácter, y la violencia que me cuesta reñir con la gente, me lo impidieron. Ahora aparezco yo a los ojos de todos, como instigador y casi director de estos estropicios. No me negarás que mi posición y mi autoridad han salido maltrechas, por razones de fondo y por motivos accidentales, nacidos de mi detención. Si la policía me echa mano como a un cualquiera, yo no soy más que un cualquiera a ojos de todos. No puedo, suponiendo que salga pronto de aquí, ponerme donde estaba, hablar inútilmente, y aguardar golpes de éstos. Tampoco puedo ir yo contra todos. Es mucho peso, y mucha barbarie. No es el caso de las elecciones de Puente.[1] Entonces se trataba de un chasco juvenil, sintomático, sin duda, pero no definitivo. Esto otro es grandioso, si quieres, pero demostrativo. Yo no persisto, en un país que se acoge a Lerroux y expulsa a las personas inteligentes. Siempre he tenido el presentimiento, y lo dije en mis discursos, que estábamos en un nuevo caso como los del siglo 19. Una temporada de buen sentido y de razón, de grandes intenciones y de decencia, y luego diez o quince años de opresión españolista, patriótica, eclesiástica, etc. El golpe que me han dado es muy certero, porque aún absolviéndome, siempre seré el hombre que conspiró contra la unidad de la patria. Cual-

1. Puente del Arzobispo. Véase capítulo XV.

quier demostración de mi inculpabilidad, no servirá de nada, y sentiré crecer el odio y la hostilidad, ya bastante fuertes e insoportables. Prefiero vivir tranquilo, si me dejan mi casa y mis libros, y devanear como cuando, en efecto, estábamos solos. Después de todo, nunca lo he pasado mejor que cuando no tenía nada que ver con la vida pública. De todos modos, una larga temporada de silencio y de apartamiento, me es necesaria para restaurarme el ánimo y el buen humor. Si quieren algo de mí, que empiecen por desembarazarme el camino quitando a los granujas. Yo no pienso *luchar* con ellos, ni pienso quejarme de nada, ni chillar; aunque consigan lo que se proponen y me aparten de las personas que quiero.

Todo esto te parecerá demasiado. Pero la experiencia de estos días la he pasado yo, y yo soy el que siente los efectos. No me encuentro ahora más solo que antes. He procurado siempre que a ti no te metieran en ninguna locura por causa mía, porque era lo que más me habría herido. Pero no me he sentido solo. En cuanto a esa criatura,[2] como tú dices, es un ejemplar poco común. Si no la habíais descubierto, yo sí. Cosa que nada tiene de particular, porque la vida en familia no es el mejor medio para conocerse.

Abrazos de

Manolo

Barcelona 9 de diciembre 1934

Querido Cipriano: yo ahora debería estar escribiendo pero es imposible. Nuestro gozo en un pozo. Los oficiales han instalado la radio en su cámara, contigua a la mía, y como están con el ardor del neófito, la hacen sonar desde las 8 de la mañana. Son las 6 y 1/2 y nos están sirviendo Los Puritanos, desde el Liceo. ¡La desesperación! Cierro la puerta, echo la cortina, me atrampo los oídos con algodón. Es lo mismo. ¡Qué vamos a hacerle! Ayer tarde oí dos tiempos de la 7ª Sinfonía radiados desde El Español. Os oí también aplaudir, porque supuse que estariais. Ni esto me hace gracia, como todo lo que me recuerda que yo no he nacido en este camarote ni me han criado para conformarme con esta vida idiota.

Hoy ha venido Suriñach de visita, que me ha traído libros y revistas. También nos ha hecho fotos. Las de Carmen están bien. José Ramón tiene una cara muy superferolítica en una de ellas. Esperábamos hoy a Ruiz Funes o a Esplá y Compañía; pero no han parecido. Barcia me ha escrito diciéndome que no son ciertas las frases de holgazán mental que se atribuían a Ortega, etc. El artículo de Unamuno no lo habría entendido, a no ser por tu exégesis. No leo ningún periódico de Madrid ni de Barcelona. Con el

2. Su esposa.

sesudo Temps tengo de sobra para formarme una idea grave de la vida. Y con los semanarios, me empapo de literatura periodística. Ahora no tendré más remedio que escribir cartas, como me recomienda Ossorio, para quedar bien.

Aquí no ocurre nada, ni sabemos nada, ni nos importa nada de nada. Han libertado al patronato de la Universidad, sobreseyendo en la causa; y a los diputados del parlamento catalán. También esperan salir pronto los concejales, y hasta Casanovas, que firmó el manifiesto de Companys. No sé si lo deberá a influjo de la Carvajal o de la negra.

No tengo más encargos que hacerte sino los ya dichos sobre reparto de tarjetas a los firmantes del manifiesto, y los dadores de pésames, incluidos en las listas, de que te he mandado ya dos. También sobre el reparto de libros te envié nombres. Las 750 pesetas del habilitado son para pagar la casa; y si la hubiesen pagado ya, con los fondos que dejamos a Adela, para engrosar esos fondos.

No dudo de que haces las cosas más deprisa que los demás. En cuanto a lo del apartamiento, etc., además del interés de asociarse siempre a mis cosas, puede que haya en eso una mala impresión producida por oficiosidades de *los amigos*, deseosos de parecer más importantes con una intimidad que ciertamente yo no les habría dado.

Estás en un error ¡vaya! respecto de mis *posibilidades*... Lo digo a propósito de los coloquios con Margarita. No me dice nada, claro, y lo importante en esos asuntos es la imaginación.

¡Cielos! ¡Se ha callado la radio, por vez primera! Se habrán dormido?

Abrazos para todos

Manolo

Hoy, lunes, 10 de diciembre (1934)

He abierto la carta que había cerrado anoche, porque acabo de leer la tuya que me trae Lola.

Me dices que «siempre guardo la prudencia y la cautela para los intemperantes acérrimos con quien estoy conforme».

No entiendo eso, ni sé a qué se aplica, ni me doy cuenta de haber tenido cautela. ¿Es a propósito de la visita de Barcia? Pues lo entiendo menos.

Me parece que alrededor de la visita de Barcia se forma una especie de mito, y que ha despertado una expectación que no me explico, y a la que soy ajeno. Yo no tenía que decirle a Barcia nada especial, ni él me lo ha dicho a mi tampoco. Le he repetido algunas de las cosas que te habrá contado Ossorio, y no todas, porque sólo hablamos una hora, y Ossorio vino tres tardes.

En resumen: que en la vista de mi causa, el acusado sería el Botas.

Barcia me dio la razón en todo, pero esperaba que en lo demás yo reflexionaría y no me metiese *ahora* con Don Niceto. Eso es todo. Se fue impresionado por la rotundidad con que hablo, porque es amigo de Don Niceto, y porque es hombre que todo lo quiere arreglar amistosamente.

Siento mucho que la cosa no haya dado más de sí. Cuando me habló de si volvía o no al parlamento, me limité a encogerme de hombros. Lo mismo que cuando Marcelino y Ossorio hablaron del nuevo documento.

Si antes de venir, Barcia ha despertado expectación, o la despierta por su reserva de volver, no tengo yo la culpa, ni tengo que echar mano de la cautela para mantener ese importante misterio. Me sorprende que no lo hayas comprendido así. Porque has estado hablando aquí conmigo una porción de días, y sabes de sobra lo que pienso y digo; y no iba improvisar para Barcia un sentir inédito. Les quitas a mis conversaciones con Ossorio las cuatro quintas partes, y eso es el contenido de mis confidencias con Don Augusto. Conste que *no os hago de menos.*

La única confidencia que aún no he hecho —y también porque creí que no la necesitabas— es que estoy hecho la puñeta, física y moralmente, y que se me acaba la cuerda para soportar con calma todas las molestias y privaciones a que estoy sujeto. Después de todo, a fuerza de tener paciencia y serenidad, etc., etc., corre uno el peligro de conformarse con ser idiota.

Cierro otra vez, para que Lola se lleve la carta.

Abrazos sin cautela

Manolo

Barcelona, 12 Dic. 1934

Querido Cipriano: he recibido con tu carta la del librero de París, que como yo suponía estaba en casa. Me ha aclarado las cosas, y ya no hay que escribir para nada. La postal con estado de cuentas que me mandas, no es de ahora, es atrasada.

No me ha llegado ninguna carta de Domenchina explicándome lo de Calpe. Por eso yo hacía otras cuentas. Has hecho bien en pagar las letras con los fondos que dejamos ahí. Con lo del habilitado, Manolo puede pagar la casa. Si Saez presenta ahora factura por el libro, no le des dinero ninguno, hasta que yo vea si conviene pagarle en metálico o con letras. Domenchina me dijo que me había enviado dos ejemplares del libro nuevo en papel especial. Mandé hacer unos cuantos. No han llegado los que Domenchina me anuncia. Si los mandó sin certificar, es como tirarlos a la basura. Si los certificó, que reclame en Correos.

Me parece bien que haga Olarra el reparto de libros. Envíale la lista, sacada de mis cartas, añadiendo a Canedo, y las tarjetas.

No espero nada del helado polo. Las cosas irán por su camino, que es el malo. No te pongas nervioso ni te desesperes. Hagamos el personaje *histórico*. Después de todo, tanto moler puede que sea bueno. Yo estos días tengo reuma. Era fatal, porque este mar, que ni siquiera parece húmedo, al fin moja. Y al cabo de dos meses largos de vivir a flor de agua, tenía que resentirme de un achaque que parecía desvanecido. A pesar de eso, mejor estoy aquí que en la cárcel.

Todo podría arreglarse si al fin me toca el gordo de Navidad, como fundadamente espero. Comenzaremos por llamar a Sánchez Furber y preguntarle cuánto quiere Lerroux por mi libertad. Ya me llevará algo menos que a March. Hecho el trato, desarrollaremos un vasto plan de viajes, sirviéndonos de intérprete José Ramón. Después fundaremos un teatro de mucho arte, en que no se admita como espectadores más que a Sindulfo, Saravia y Luis Bilbao, y una revista exquisita, a 500 pesetas el ejemplar, que solamente podrán comprar las personas que tengan una recomendación nuestra. Por último, arrojar, arrojar, desde Navacerrada, la gran vomitona sobre los carpetanos que llevo en el estómago desde hace muchos años. ¡Ah! Pero tampoco me hacía de la periferia, *tan griega*, según Hurtado.

El prólogo de mi relato barcelonés, ya puesto en limpio, creo que te agradaría. Ahora necesito encontrar el *tono* para el cuerpo del relato, para que no sea ni demasiado minucioso, ni reportaje, ni *respire indignación*.

Me han traído más libros, más tabaco, más mazapán. Observo que mi ordenanza colabora en el consumo. Es del Ferrol, y algo loco, pero tan fino que lava la fruta en agua mineral. A bordo, no ocurre novedad. Friera, lluvia y viento. Mi sobrino Antonio ha llegado esta mañana de Palma con un gran temporal. Ayer hubo en el Uruguay un consejo de guerra que duró 12 horas, presidido por *nuestro* comandante, para juzgar a los que atacaron la base naval. El jefe de aquella expedición, Tomás y [1], está en París.

Ha estado a verme Albornoz. No le comenté que me hablase de Roma. Como había otra visita, no se complicó la conversación. «Y ahora —me dijo— qué podemos hacer?» — «Escriba usted artículos» —le contesté. Lamenta mucho que no disolviéramos el ejército.

No hay más. Afectos a todos. Un abrazo de

Manolo

Badalona,[1] 3 de enero (1935)

Querido Cipriano: como te he dicho esta mañana, conviene que hables a Vidal, para que, si continúa siendo ayudante de López Gómez, procure

1. Ilegible.

1. Azaña había sido puesto en libertad el 28 de diciembre, y se alojó unos días en casa de Margarita Xirgu en Badalona.

averiguar, *como cosa suya* y sin darle importancia, si ese señor, o algún otro del Consorcio, por ej., Barbero, tienen alguna citación del juez para estos días. Supongo que la diligencia es algún careo, y quiero ir con los datos necesarios. Hasta el lunes o martes, tiene tiempo de averiguarlo.

Mi propósito es llegar el lunes, y si fuese posible, no demasiado tarde. Aunque parezca mal, deseo que desde el primer día me traigan y me lleven poco. Espero que me ayures a no quedarme en Madrid, haciendo el idiota como el invierno pasado. Si el juzgado me deja moverme, elegiré entre Alicante y Badalona, ya que en los alrededores de Madrid será difícil encontrar algo que convenga.

El domingo creo que vamos a comer a la finca del Sr. Riu, fuera de Barcelona. Si no hubiera sido por eso, habría salido antes.

No ocurre nada. Muchas visitas, muchas cartas.

Abrazos de

Manolo

CARTAS DE 1936

De Manuel Azaña a Cipriano de Rivas Cherif y su mujer en gira teatral por Cuba y México con la Compañía de Teatro de Margarita Xirgu.

Son tres cartas. La primera, de veintiocho cuartillas manuscritas, está empezada el 16 de marzo, continuada el 17, 21 y 29 de marzo, y terminada el 4 y 10 de abril.

La segunda, empezada el 14 de mayo y terminada el 18, consta de doce cuartillas manuscritas.

La tercera, del 5 de junio, consta de ocho cuartillas manuscritas.

Corresponden al capítulo XXXIX, *Presidente de la República,* y de ellas hace mención expresa Rivas Cherif en la página 325.

La carta del 16 de marzo-10 de abril es una reseña pormenorizada de los más importantes acontecimientos políticos de esos días, desde el triunfo del Frente Popular en las elecciones del 16 de febrero, hasta la destitución del Presidente de la República don Niceto Alcalá-Zamora. De estos días, las *Memorias políticas y de guerra* abarcan sólo el 19 y el 20 de febrero, a los que se refiere Azaña al decir: «Ya no puedo tomar el relato por su orden. Lo encontrarás en mis memorias». De hecho, las *Memorias* no se reanudan hasta el 20 de mayo de 1937, en que empieza el «Cuaderno de la Pobleta».

La carta del 14-18 de mayo da cuenta de su elección a la Presidencia de la República y su instalación provisional en La Quinta del Pardo.

La carta del 5 de junio continúa la precedente, pero es predominantemente de tono y asuntos familiares.

Lunes, 16 de marzo (1936)

Querido Cipriano: Hoy se han abierto las Cortes. A las 7, para escuchar el pálido discurso de Don Diego,[1] he reocupado la punta del banco azul. Recuerdo que la última vez que hablé desde él, dos días antes de la crisis de Septiembre del 33, como ya preveíamos lo que iba a suceder, me marché diciendo: «aquí ya no vuelvo más, hasta Dios sabe cuándo». No sé lo que tendría previsto el dios de las repúblicas, pero hoy he vuelto, como si no hiciera más que 24 horas de aquella escena. Ahora parece que todo el mundo está conforme en que el sitio me pertenece. Lo he ocupado con mi mejor cara de patata, viéndome mucho por dentro, y no sin satisfacción por todo lo que el caso significa. En la tribuna diplomática el Sr. Herbette[2] se sonreía, porque un momento antes me ha visto sentado encima de una mesa, al lado de la barandilla. El salón de sesiones estaba atestado, porque hay más diputados que escaños, aunque a veces son valores intercambiables. Nada más entrar, cuando he visto tan nutridos los batallones, el discutidor insolente que llevo dentro ha pegado un respingo: «Esto ya es otra cosa», les he dicho a los que me rodeaban. Y allí me he estado, en mi sitio, mirando al techo, o de reojo al personal. Son las Cortes Constituyentes, sin Lerroux ni masa encefálica y con 14 o 16 comunistas.

En esta escena de hoy y en esa reaparición del Ogro[3] desembocan los dos meses últimos, justamente los que hace desde vuestra partida. ¡Qué temporada! ¡Qué líos! ¡Qué fiebre! Hubiera querido escribirte algo de lo que iba pasando, pero imposible. Ahora mismo estoy tan cansado y he perdido tanto el hábito de escribir cartas, que no sé cuándo concluiré esta primera. Si fuese posible dictársela a un taquígrafo, ya recibirías más, pero esa no es manera propia para cartas familiares. Ya no puedo tomar el relato por su orden. Lo encontrarás en mis memorias.[4] Aprovecho este rato después de cenar, en que los ministros no me consultan nada, para hacer unos borrones. ¡Aprecia la buena intención!

Puedes imaginarte la tarea que me cayó encima cuando tuve que presidir el «tribunal de conflictos», o sea la comisión de republicanos y socialistas que hizo el reparto de puestos en las candidaturas de toda España. Un mes estuvimos en ello, casi hasta la víspera de la elección. Grandes batallas con los socialistas, que pretendían quedarse con todo, y aun se han llevado más de lo que les corresponde. Una sola vez me enfadé, a propósito de la candidatura de Valencia provincia, y porque me enfadé,

1. Don Diego Martínez Barrio.
2. Embajador de Francia.
3. Aplicado a sí mismo. Véase pág. 232.
4. Del 19 y 20 de febrero de 1936, *Memorias,* II, pp. 9-21.

transigieron. No recuerdo haber pasado nunca unas semanas de mayor confusión y barullo. ¡Los gritos que he mandado a provincias por teléfono! Quizás los hayas oído. Quisiera que hubieras presenciado una escena con los delegados de Toledo, que venían a hablar de las «masas comunistas» de la provincia. Y la visita que me hizo con el partido una comisión de 40 huertanos de Murcia, enviados por el farsante de Viedma, a quien he expulsado del partido: una mujer, igual que la Campoamor, pero en joven, me daba chillidos, hablando del «alma de la huerta», y otras lindezas de zarzuela grande, para imponerme la candidatura de Viedma. Lo que he conseguido, por empeño personal, y con miras de higiene política, es barrer a los federales, a los autonomistas valencianos, a Botella y sus amigos. Me opuse terminantemente a que figurasen en candidatura, en contra de la opinión de todos, y en efecto, no ha salido ninguna, excepto un señor por Las Palmas, gracias a la mala sombra de Fernando González. Los partidos republicanos me deben ese saneamiento y la supresión de unos cuantos santones figurados. Los federales me pedían 14 actas, y como no les he hecho caso, andaban por ahí llamándome «acaparador de la República». Pero hasta ahora, nadie chista.

Nosotros tenemos 83 diputados, contando con 2 galleguistas. Por tontería de las organizaciones, y enredos locales, hemos perdido el acta de Las Palmas, Ceuta y Huelva. En Valencia hemos sacado nueve de Izquierda. Tu amigo Miñana es Diputado. Y también Fe Cartell, por Castellón, donde le encajamos en sustitución de Royo Gómez, que no se atrevió. En Castellón mismo hemos barrido a los Cantos, padre e hijo, que tuvieron la frescura de venir a pedirme, siendo ya Presidente, que los sacáramos en la 2ª vuelta.

En la Coruña íbamos a sacar cinco o seis. Pero antes del escrutinio surgió la crisis, y entonces, los poseedores de 90.000 votos en blanco se asustaron ante las iras populares, y hemos ganado los 13 puestos de la mayoría. ¡Veleidades del sufragio! En Pontevedra han sacado al otro Don Manuel, o sea Portela, para que no saliera Emiliano, a quien metimos preso la misma noche de formarse el gobierno, *para salvarle la vida*, decían los de allí. En Andalucía (menos Granada), Badajoz, Canarias, Alicante, Murcia, Aragón, Asturias, y, claro, Cataluña, el triunfo ha sido aplastante. Hasta en Alava hemos sacado uno, Viguri y otro en Guipúzcoa, Ansó, y no tenemos dos, porque los comunistas se llevaron las actas pistola en mano.

Las derechas han *copado* en Navarra, en Baleares, Palencia, Vizcaya provincia, Cuenca; y ganan en casi toda Castilla, o en toda. Nuestra mayoría cuenta con 260 diputados, contando con los catalanes. Para tu satisfacción te diré que el Sr. Ballvé ha salido diputado por Barcelona. Ballvé, Domingo y Nogués son los que han salido del I.R. en Cataluña.

Los monárquicos y tradicionalistas son 24. La Ceda más de 90. Luego hay unos pocos agrarios (cuatro o cinco; Martínez de Velasco no salió);

dos mauristas, contando a Miguel, y un reformista, Don Melquías. También disfrutamos de la presencia de tu amigo Alba, con unos radicales. Juntos, suman bastantes votos. Si no hubiera hecho Portela tantos disparates, seríamos cerca de 300. La gente, que habla de la victoria, se va a quedar un poco sorprendida cuando vea la fuerza que las derechas tienen en las Cortes.

El idiota de Portela creía que iba a ganar las elecciones. También lo creía don Niceto, y las derechas en general. Han hecho un esfuerzo enorme. Se ha producido un fenómeno de contagio. En cuanto se empezó la campaña, creció la bola y si hubiese durado 15 días más el período electoral, el resultado habría sido mejor. Yo estaba rendido con los trabajos del comité arbitral, y salí de propaganda la última semana. Comenzamos con un mitin en 6 teatros de Madrid, el nueve de febrero. La retransmisión, organizada por los socialistas, funcionó muy mal. Yo hablé en un gran cine «Temeroso» de los barrios bajos. Después estuve en León, Toledo, Albacete y otra vez en Madrid, la noche del 15. Hablamos en la Zarzuela y se radió a muchas provincias. El día de la votación, y luego, por la noche en el partido, fue una jornada febril. Estuvimos hasta las 5 de la mañana recibiendo noticias. Cuando se supo la victoria de Madrid (228.000 votos) no quieras saber la que se armó. La gente de derechas se quedó aplastada, como es natural, y creyó que Madrid ardería por las cuatro puntas al día siguiente. La verdad es que no ha empezado a arder hasta el viernes pasado.

En seguida empezaron los *boatos* de golpe de Estado. Hubo recaditos de generales y reuniones misteriosas en Guerra. Portela estaba aturdido. Una noche, la del martes, tenían a las fuerzas de Seguridad apostadas frente a los cuarteles. Empezaron a sublevarse los presos. Portela se asustó y huyó. El miércoles le dijo al Presidente que no quería continuar ni una hora más. Ese día, a las 4, me pidió por teléfono mi opinión sobre la crisis. Se la di.

Poco después me llamó a Palacio. En el discurso de la Zarzuela había yo dicho, el sábado, que de donde se sale dando portazos, no hay, para volver, más que hundir la puerta. Cuando se supo en Madrid que *me llamaban,* imagínate la expectación. El gentío se agolpó frente a Palacio. Sánchez Guerra me dijo su contento por verme otra vez en la casa.

El Presidente me recibió y habló como si nos hubiésemos visto el día antes. No hubo la menor alusión a nada. Me preguntó por Lola. Y luego: «¿Y Cipriano? —En La Habana—. ¿Y qué hace allí? —Con Margarita Xirgu. (Estaba harto de saberlo, es claro.) Me encargó de formar gobierno. Hice las visitas de protocolo. Alba, por fortuna, no estaba en el Congreso. Vi a Portela, en Gobernación, que me pareció un viejo sonámbulo. Vine a casa, y en diez minutos hice el gobierno. No tenía nada preparado, porque

no esperábamos la crisis hasta unos días después. Casi todos los ministros estaban en provincias, y los llamé por teléfono: Amós en Logroño, Funes [1] en Murcia, Domingo en Tortosa, etc. Desde la Presidencia, le dije por teléfono a Don Niceto el gobierno que había formado. Estaba allí Portela. En aquel momento llegó Amós,[2] de Logroño, que no sabía para qué le llamaba. — Señor Portela —le dije— aquí tiene usted su sucesor en Gobernación.

Amós se asustó mucho. Claro que esperaría ser ministro, pero Gobernación le amedrentaba. Se fueron juntos a la toma de posesión, y yo me vine a casa. A las diez, ya estaba todo hecho. Me fui a Gobernación después de cenar, y a media noche empezaron a llegar los otros ministros viajeros. También llegó una muchedumbre inmensa, que llenó la Puerta del Sol. Me asomé al balcón, ¡qué estruendo!, hablé y se fueron. En Gobernación había el barullo correspondiente. Los gobernadores de Portela habían huido casi todos. Nadie mandaba en ninguna parte, y empezaron los motines. En los penales, los presos comunes acometían a los políticos. Han quemado el penal de Valencia, el de Alicante y algún otro. Empezamos a fabricar gobernadores de «todo a 0'65».[3] Toda esa noche, que a los novatos les impresionaba mucho, no me hacía gran efecto, porque era un débil remedo de la del 14 de abril. Estuvimos allí hasta las 5 de la mañana, y como la noche antes no había dormido más que tres horas a causa de los boatos, no me podía tener de pie.

Los días inmediatos también fueron buenos, pero ya el jueves, al siguiente de formar gobierno, pude ir al café Lyon, a tomar chocolate; y allí he vuelto otras veces, así como al cine, a ver películas policíacas y a Charlot. Cuando estoy muy cansado, prefiero trasnochar y rendirme para dormir mejor.

Martes, 17 de marzo

Continúo esta noche lo que empecé ayer. (Antes de contar más cosas, intercalo mi negra desesperación. Hoy nos han quemado Yecla: 7 iglesias, 6 casas, todos los centros políticos de derecha, y el Registro de la Propiedad. A media tarde, incendios en Albacete, en Almansa. Ayer, motín y asesinatos en Jumilla. El sábado, Logroño, el viernes Madrid: tres iglesias. El jueves y el miércoles, Vallecas... Han apaleado, en la calle del Caballero de Gracia, a un comandante, vestido de uniforme, que no hacía nada. En Ferrol, a dos oficiales de artillería; en Logroño, acorralaron y encerraron

1. Don Mariano Ruiz Funes.
2. Don Amós Salvador.
3. «A poco precio». (Frase tomada de la propaganda comercial de la época.)

a un general y cuatro oficiales... Lo más oportuno. Creo que van más de doscientos muertos y heridos desde que se formó el Gobierno, y he perdido la cuenta de las poblaciones en que han quemado iglesias y conventos: ¡hasta en Alcalá! Omito las reflexiones pertinentes).

Como habrás visto, el gobierno está formado con los más adictos. Aunque te sorprenda, los radicales-socialistas no pedían nada, ni podían aspirar a nada. El ministerio produjo muy buena impresión. Viñuales no quiso entrar en él, porque tiene negocios bancarios, y le reemplaza Franquito.[1] Barcia navega ampulosamente en las aguas diplomáticas. Está en sus glorias, y en los Consejos nos lee notas en francés. Hace todo lo que yo le digo, y nada más. El se encargó de decirle a Ayala,[2] que se hacía el sordo, que iba a ser sustituido. La carta de Ayala a Barcia, dándose por enterado, es un verdadero monumento. También serán sustituidos Cárdenas, Justo, Agromonte, y López Ferrer, y Danvila... Los líos internacionales han retrasado la combinación. Sabes quien aspira a la Embajada de Cuba? Angel Lázaro. Hasta ahora, los que mejor lo hacen son Ramos y Funes. Casares está como siempre, y muy entusiasmado con sus obras públicas, en las que proyectamos cosas «faraónicas», como diría Marraco. Amós, acoquinado y descontento. Franco tiene mucha fama técnica. Y yo soy el ministro universal. Tengo que atender a todo y ocuparme de todo. Por fortuna, todavía me pasan por la cabeza cincuenta cosas al minuto. A los más listos, me basta hacerles indicaciones generales, pero a algunos tengo que llevarles la mano y decirles todo lo que tienen que hacer, y cómo. La gente se quedó admirada de que yo no fuese a Guerra. Tenía mil razones políticas para no ir; aparte de mucho trabajo y de la imposibilidad de atender al Ministerio y a la Presidencia. Ahora me doy cuenta de la formidable tarea que me impuse la vez pasada. Con la Presidencia sólo, y mirando a todas partes, puedo holgadamente. En realidad, no hago más que hablar de política todo el día; lo mismo que antes; solamente que en vez de hablar con Montilla, Barroso o el planchadito,[3] hablo con los ministros. Además, aunque parezca raro, esto de seguir viviendo en casa, me da impresión de libertad y de seguir siendo un señor particular. Aquello de vivir en Buenavista era horrible, ahora lo veo más claro, siempre en V.E., y en el ámbito oficial. La otra noche fui a ver al ministro de la Guerra, y al penetrar en mi antiguo despacho me quedé asustado de su lobreguez y de su tristeza y lamenté el tiempo que candorosamente he perdido allí.

He repartido los cargos entre los más fieles: Honorato,[4] Vergara, Bolívar, Cuevas, Rodríguez Mata, el arquitecto de alambre, Carreritas, Solsona, Orueta, Velao, etc., etc. He escogido la gente mejor del partido. Pero:

1. Don Gabriel Franco.
2. Don Ramón Pérez de Ayala.
3. Don Santos Martínez Saura.
4. Don Honorato de Castro.

Montilla quiere la embajada de Méjico, Antonio de La Villa quiere otra embajada, y Ballester Gozalvo quiere algo grande, y Pepe Benito, también.

La buena impresión del Gobierno se acentuó hasta el entusiasmo por unas palabras que dije el jueves al día siguiente de la crisis, transmitidas por radio [1] a toda España. Habían comenzado los motines y los incendios. En las cárceles andaban a tiros. Aquella noche se escaparon tranquilamente de las de Gijón mil cien presos, dejándolas vacías. En Oviedo los imitaron. Ante este panorama, hablé para decir lo que diría cualquier gobierno, creo yo: que no teníamos más enemigos que los enemigos de la República, que se observasen las leyes, que confiaran en el gobierno, etc. El efecto fue prodigioso. Todo el mundo respiró. Tal miedo tenían. Durante unos días, he sido el *ídolo* de las derechas; ya lo era de las zurdas. Era el *ídolo* nacional. ¡Lástima que me lo vayan estropeando! La cosa llegó a tal punto, que los rrrrepublicanos empezaron a enfadarse, porque ya no me insultaban los periódicos monárquicos. *La Libertad* se metió conmigo, por eso, y por haberle hecho a Lezama la ofensa de ofrecerle un gobierno civil. Como no he perdido el *humour,* a los pocos días, en un banquete, pronuncié un discurso en el que rogué a la prensa monárquica que volviera a injuriarme, porque lo echaba de menos y era mejor reclamo.

Rápidamente di unos cuantos golpes: lo de la amnistía, que el pacto electoral dejaba para las nuevas Cortes, y que conseguí sacar de la Diputación permanente a las 48 horas; la readmisión de los obreros despedidos, que es enorme, y mucho más de lo pactado; y lo del Estatuto de Cataluña. Los consejeros de la Generalidad llegaron del penal, de donde los saqué antes de votarse la amnistía, con ánimos de plantarse en Barcelona y tomar posesión del gobierno por la fuerza. Era un disparate colosal, repetir otro 6 de Octubre y hacérmelo a mí. Los retuve en Madrid una semana, hasta que se habló de la solución pacífica, que buen trabajo me costó, y para retenerlos tuve que sacar la caja de los truenos, es decir, la dimisión. Cedieron, y ahora no les pesará, aunque no lo reconocerán. Estos catalanes parecen chiquillos y me dan mucho que hacer para traerlos al buen sentido. Aunque me esté mal el decirlo, las tres cosas: amnistía, readmisión de obreros y Estatuto, las resolví con elegancia y aparente facilidad, quitando de enmedio tres conflictos mayúsculos. En aquellos días, el gobierno y el Sr. Azaña, no hicieron más que subir, subir, subir... Hasta los desórdenes me los perdonaban, y el que más y el que menos los encontraba... naturales. Ahora, vamos cuesta abajo, por la anarquía persistente de algunas provincias, por la taimada deslealtad de la política socialista en muchas partes, por las brutalidades de unos y otros, por la incapacidad de las autoridades, por los disparates que el «Frente popular» está haciendo en casi todos los pueblos, por los despropósitos que empiezan a decir algunos

1. Véase pág. 322, nota.

diputados republicanos de la mayoría. No sé, en esta fecha, cómo vamos a dominar esto. Si no tuviese a la vista la cuestión presidencial, ya habría dado la *espantá*; pero quisiera dejar también libre a la República del maleficio de Priego.[1]

Sábado, 21 de marzo. Continúo. Decíamos del Presidente. Después de amenazar tanto con dimitir, ahora parece que no quiere irse. Nunca he creído en la sinceridad de sus intenciones. A mí también ha querido hacerme la jugada de la dimisión fingida, pero le salió mal la cuenta. En realidad, lo que pretendía era explorar la disposición del gobierno sobre el caso. En el segundo consejo que celebramos en Palacio, hizo un discurso de hora y media, muy absurdo. Mi respuesta es una de las mejores cosas que he hecho. Le di una pateadura correctísima. El hombre retrocedió, asustado, después de decirnos que el Presidente del Consejo es más fuerte que él. Ahora, en los consejos, me llama «mi querido Don Manuel...» y para opinar me pide permiso, preguntándome si no sería una falta de respeto hacerme alguna observación. Ya adivinas lo que hay debajo de todo esto. Pero el último consejo ha sido terrible. El domingo pasado ocurrieron unos desórdenes en Alcaudete de Jaén. El alcalde, para «tranquilizar a las masas», metió en la cárcel a los muchos parientes que don Niceto tenía en aquel pueblo. Toda su familia quedó presa, menos la anciana señora que «hizo las veces de madre». Excuso decirte cómo estaba el hombre cuando al día siguiente fuimos a Palacio. Después de un discurso suyo, en que insultó a casi todo el mundo, vino otro mío, violentísimo, que le disparé a quemarropa, ante el estupor y la satisfacción del gobierno. Nuevo retroceso y nuevas explicaciones de Don Niceto. Así estamos, por hoy. La cuestión se resolverá la semana próxima. Como las izquierdas, triunfantes, que han estado pidiendo año y medio la disolución de Cortes, no pueden salir ahora diciendo que ha hecho mal en disolverlas (ése sería el caso de destitución), queda el segundo punto, o sea el de si se ha agotado o no la facultad de disolver. Al principio nos decía que si las Cortes se declaraban indisolubles, él dimitiría; pero en cuanto se ha percatado de que la mayoría, y yo también, opinamos que él no puede disolver este Parlamento, ya anda buscando consejos y argumentos para no dimitir tampoco en ese caso. No adivino que va a resultar, seguramente un lío bastante grande. En cuanto estén constituidas las Cortes, se descorrerá la cortina, y no sería imposible que diese yo el escándalo de marcharme del gobierno. Hasta este momento no puede hacerse nada, porque no hay bastante número de actas aprobadas para tomar acuerdos.

Quien me ha presentado la dimisión es Amós, abrumado por el ministerio de la Gobernación. No se lo he dicho a nadie, pero algo se trasluce.

1. Nombre del pueblo donde nació don Niceto Alcalá Zamora.

Está además enfermo. Sobre todo, resulta que no tiene ánimos ni iniciativas. Algunas exclamaciones mías han debido de sentarle mal. El lío que tiene encima es ciertamente más que regular, pero creí que como «viejo político» tendría mano izquierda y no se azoraría. Pues se azora y se encoje, como si hubiéramos hecho ministro a Josefina. La gran dificultad es que no tengo gente bastante.

Ayer, en la sesión de Cortes, discutiendo las actas de Salamanca, hubo las primeras bofetadas, a cargo de Pérez Madrigal. Los socialistas dieron el espectáculo de separarse del resto de la mayoría, después de haber votado con los republicanos en la comisión. Pudo arreglarse el caso por el momento, pero si no aprenden, no doy cinco céntimos por la solidez del bloque. Los socialistas están reñidísimos entre sí. Con decirte que Largo no ha sido para decirle una palabra a su defensor, Asúa, el día que estuvo a punto de morir asesinado... La dictadura de Largo en el partido y en el grupo parlamentario llega a cosas nimias, como la de haber designado a cada diputado el escaño que debe ocupar en el Congreso. Los importantes no se saludan. Los soldados de fila, están muy insolentes. Nadie se entiende. Parece seguro que en el Congreso del partido triunfe Largo, lo que determinaría una escisión. Enfin, lo más discreto en estas circunstancias. Todos los síntomas me hacen temer la poca duración de la política de apoyo. En Francia, los partidos del Frente popular están muy preocupados con lo que sucede en España, por lo que puede influir en sus elecciones, y envían recaditos para que haya formalidad.

Habrás leído en los periódicos que Primo de Rivera, Ruiz de Alda, Sánchez Mazas y otros de Falange están presos y procesados. También ABC se está rascando, porque la readmisión de sus obreros, a que le hemos obligado, le cuesta millón y medio de pesetas por las indemnizaciones. Luca de Tena, el día antes de readmitirlos, ofrecía al sindicato ochocientas mil pesetas al contado para que no entrasen, y renunciaran a la indemnización. Luca de Tena ha dimitido. En menor proporción, ocurre lo mismo en Informaciones, de donde se ha marchado Pujol. El periódico publica el retrato de José Ramón con su tío, de simpáticos que somos. Con La Nación han hecho la tontería de quemarla; Delgado Barreto se embolsa un magnífico seguro, hecho a su nombre.

He tenido algunas escenas divertidas. Por ejemplo: vino a visitarme el Consorcio de la Banca privada, en pleno, con motivo del empréstito, y a pedirme que hiciera algunas declaraciones sobre el orden público. El más republicano es el Sr. Villalonga. Les dije que no me daba la gana de hacer declaraciones sobre nada, y que debían dar cuarenta mil duros para los inundados de Sevilla, para impedir que quemaran algún Banco. Se quedaron de piedra, y han soltado los 40.000 duritos. Me he dado el gusto de no admitir en mi despacho al Presidente del Supremo, que ante mi negativa a concederle audiencia, tuvo el descaro de presentarse en la antesala.

También la [1] pidió audiencia. Le hice decir por Santitos que la dispensaba de la penosa obligación de venir a visitarme (se presentaba con la Cruz Roja). Con estas y otras mil cosas se divierte uno un poquito. Si no, estaría tan aburrido como mi canario, que bosteza continuamente. Se le habrá contagiado. Ya están procesados los del Straperlo, que no han sido ministros ni diputados. Para éstos, habrá suplicatorio, etc., etc. Hemos echado abajo el acta de Diego Hidalgo, y a lo que parece, la de Don Melquis. En su lugar sale Pedregalito.[2] También ha sido anulado Montar, mi acusador. Ahora nos vamos a meter con la turba curialesca. Y ya hay otro generalote preso. Yo no digo nada, me rasco la barba y los periodistas echan de menos las amenidades de Lerroux. Hago punto, porque tengo que salir.

Esta tarde a última hora, al volver a la Presidencia, me han entregado un cable de López Ferrer comunicándome el fallecimiento de Pepe.[3] Se lo he telefoneado a casa. Poco después han recibido en Velázquez [4] uno tuyo. Excuso decirte el disgusto que tenemos, por el muerto, por Margarita y por vosotros. Lola y Adela están afligidísimas. ¡Dichoso viaje! Habíamos llegado a creer que Pepe mejoraba, pero el retraso de vuestra ida a México nos quitó la esperanza. Margarita sabe cuánto la queremos todos y no hacemos más que hablar de ella y de su desgracia. Aquí están ahora tus hermanas, comentando con muchas lágrimas lo ocurrido. Le das a Margarita un abrazo de parte mía. Hacemos muchas cábalas sobre lo que puede ser el mañana inmediato, ante el conflicto en que os veis.

29 de marzo

Nunca me decido a cerrar esta carta, porque siempre creo que al día siguiente habrá cosas interesantes que quiero comentar y explicarte. Ahora ansiamos saber qué haréis, si salís para Méjico, si estaréis ahí más días, o qué. La familia te ha escrito ya al Teatro de Bellas Artes de Méjico, cuando creía que vuestra salida era inminente. Habrá un hueco en la correspondencia y las cartas estarán esperándoos allá. Te contaré más cosas políticas. La cuestión presidencial está difícil. El triunfo electoral, que políticamente es fuerte, lo es menos numéricamente, en las Cortes. Somos 268. Hay que descontar 6 o 7 catalanes que son incompatibles, como consejeros de la Generalidad, y en aquel número entran los comunistas. El resultado es que no tenemos votos para destituir a Don Niceto, porque se necesita reunir los tres quintos de la Cámara para que haya quorum, y harán falta doscientos setenta y tantos. De modo que aún suponiendo que no falte nin-

1. Nombre ilegible.
2. Don José Manuel Pedregal.
3. Don José Arnall, marido de Margarita Xirgu.
4. Domicilio de Cipriano de Rivas Cherif y familia.

guno (cosa difícil) y que nadie se vuelva atrás (la votación es secreta, por bolas), todavía no llegamos. El quorum se rebaja un poco con las anulaciones de actas. Se anulan Granada (por donde había salido Almagro San Martín, portelista), y Cuenca (por donde han salido Goicochea y Fanjul). Se ha anulado la elección de Lamamié y de otros dos cavernas en Salamanca, y en virtud de la corrida de puestos saco uno de I.R.[1] por esa provincia, y además un socialista. En Burgos se ha anulado al Sr. Estébanez y entra otro de IR. Lo mismo sucede con Orense, ganando nosotros dos puestos, pero saldrá Calvo Sotelo. Han aprobado las actas de La Coruña por donde salió tu jefe inmoderado,[2] y doce más. Ya creo que te he dicho algo de lo que pasó allí. Prieto, presidente de la Comisión de actas, quería anular la elección de Coruña. Yo me opuse, porque se trataba de Casares. Prieto ha dimitido la presidencia, y se ha ido de la comisión. Gran revuelo ha habido con esto y no pequeños disgustos, incluso dentro del partido.

La Ceda se ha retirado del Congreso antes de discutirse la elección de Salamanca. La chillería a Gil Robles ha sido fenomenal. La Pasionaria le ha cubierto de insultos. Gil Robles no sabe donde meterse, de miedo que tiene. Es seguro que volverán a las Cortes, y los de Renovación, también retirados ahora, en cuanto se constituya el Congreso. Con todos estos arreglos electorales, el grupo de I.R. se compone de 85 diputados, contando con que vuelva a salir por Granada Palanco.

Con el Presidente ocurren cosas muy buenas. Ya te he dicho cómo fue nuestra primera entrevista. En el primer consejo, dio la mano a todos los ministros, sin mirar a la cara a los *enemigos*. No pasó más. Después, en los latosos y venenosos discursos que suele soltar, alude alguna vez a sus *favoritos*. Por ejemplo, a Casares le aludió así: «El que entonces era ministro de la Gobernación, y hoy de Obras Públicas...» Con quien más enfadado está ahora no es con las derechas ni con las zurdas, sino con el centro. Cada vez que se le habla del Centro, echa espumarajos por la boca. Su preocupación del momento es saber si las Cortes van a considerar que la última disolución es la 2ª, y que, por lo tanto, no puede ya disolver estas Cortes. Me preguntó mi opinión y la del Gobierno. Le dije en Consejo que opino lo mismo que el año pasado, o sea, que no puede disolver estas Cortes. Me dijo que eso es un golpe de Estado. Es seguro que las Cortes lo votarán así en la 1ª sesión. Antes de que lo voten, Don Niceto querría provocarme a dimitir, tal vez con el propósito de disolver. Ya ha hecho todo lo necesario para que yo salte. Pero no salto. Me contento con decirle atrocidades delante del gobierno. No me falta más que sacudirle por las solapas. El hombre se encoje, se retuerce, mete los dedos en el tintero, se

1. Izquierda Republicana.
2. Alusión a Casares Quiroga. Véase pág. 329.

embolsa puñados de caramelos, y hace las demás cosas que puede hacer en esos trances de furor. Está mucho peor que en mi otra etapa de gobierno. Entonces no discutía nada, ni apenas opinaba. Pero con Samper, Lerroux, Portela, etc., ha adquirido malas mañas y no quiere perderlas. El día del último consejo le dije:

—Yo no vengo aquí con el Gobierno a que el Sr. Presidente nos pronuncie discursos de oposición, que están bien en el Congreso, pero no en Palacio. Como el Sr. Presidente ha tenido una larga serie de Presidentes del Consejo y de ministros ineptos o traidores, se ha habituado a dirigir al gobierno, pero los que yo presido no se dejan dirigir más que por mí.

—Tengo el derecho —replicó— de hacer observaciones al Gobierno, y las haré siempre que mi deber me lo aconseje.

—Las hará usted mientras haya aquí alguien que se crea en el deber de escucharlas. En otro caso, se las hará usted a los muebles.

—También se las hacía a los gobiernos de derechas.

—Lo mismo habría hecho yo, suponiendo que hubiese servido tales gobiernos.

—Es que usted, Don Manuel, cree que las derechas nunca tienen razón.

—Claro. A mí, todo lo que es de derecha, me repugna.

Esto es de lo más suave que nos decimos. Ya comprendes lo difícil de la situación. A falta de votos para destituirlo, lo más llano sería el procedimiento que siguieron las izquierdas francesas para echar a Millerand: que nadie quisera formar gobierno con él. Si nos lanzamos a eso, corremos el peligro gravísimo de que encuentre alguien que se preste, *por patriotismo,* a formar un gobierno cualquiera y disolver las Cortes, liándose la manta. Es capaz de todo. Enfin, lo que sea sonará.

Lo del Frente Popular anda mediano. En las Cortes, fuera de pequeños incidentes, va bien, y en cuanto se empiecen los debates y yo les eche un discurso, espero domesticarlos. Fuera de las Cortes, por esos pueblos, no nos entendemos. Con motivo de las elecciones municipales, hay un alboroto tremendo. Socialistas y comunistas quieren la mayoría en todos los ayuntamientos y además los alcaldes. Hay capitales, como Alicante, donde la mayoría republicana es aplastante, en que de 21 concejales quieren 19, y dos para los republicanos. Y así en casi todas partes. Han cometido la ligereza de decir que eso lo hacen para dominar la República desde los ayuntamientos y proclamar la dictadura y el soviet. Esto es una simpleza, pero por lo mismo es dañoso. Los republicanos protestan y el hombre neutro está asustadísimo. El pánico de un movimiento comunista, es equivalente al pánico de un golpe militar. La estupidez sube ya más alta que los tejados. Tendré que suspender las elecciones, si no se llega a un acuerdo, para evitar que republicanos y sociales vayan desunidos y a favor de esto triunfen las derechas, como en el año 33.

Este es el guirigay en que estoy metido. Te saliste con la tuya en lo

del triunfo electoral. Creo que mis pesimismos sobre el resultado de las elecciones, eran un resultado inconsciente de mis ganas de no verme en tantos compromisos y tantos enredos. Pereza, vamos. Como no podía decirme a mí mismo que deseaba perder, la esperanza de que perdiéramos iba muy bien con mi comodidad. Y habiendo hecho todo lo necesario para ganar bajo el signo del azañismo, soy ahora el ganancioso a mi pesar. Bueno. Cada uno tiene las rarezas que puede. Más seguro era que se me frustraría el deseo de no formar yo el primer gobierno, en caso de victoria. Esto sí que era una ilusión. Fue imposible. Nadie comprendía ni admitía mi negativa, y las «masas populares» se habrían revuelto contra una determinación de esa especie. Lo mejor será dejarse ir, y que pase lo que quiera.

Aquí llegan ahora los niños, que van a retratarse. Carolus está tremendo. Da una guerra como para aturdir a sus tías. Hace todo lo que se le antoja. Ahí está revolcándose por el suelo, después de ver el libro de «Don Napolión». Enrique, tan reservado como siempre. Pero ha hecho declaraciones: dice que no se casará nunca, *porque va a ser alcalde*... ¿Qué será esto? José Ramón, tan listejo y resuelto. Muy contento, y parece que engorda un poco. Ya no me llama tío Manolo. Siempre me dice «adiós, Presidente»; quiere que sea presidente de la República para que él pueda jugar con los soldados de palacio. Ahora, su favorito es Fortunato,[1] y por él nos desprecia a todos.

Aunque no tiene nada que ver con esto: hay guerra literaria. Los poetas más finos: Alberti, Salinas, Guillén y García Lorca han publicado un manifiesto contra Domenchina. Como García Lorca va a Méjico, te contará el significado de estas simplezas, si es que tienen alguno. Gustavito[2] está en París, dirigiendo conciertos. Ana María[3] hace reportajes fotográficos en el Congreso. Me he retratado con ella en una escalera.

4 de abril

Ayer se constituyó el Congreso, elegimos otra vez a Martínez Barrio y en seguida empezamos a discutir si Don Niceto tiene agotadas o no las facultades de disolver las Cortes. Era el gran asunto, sobre que ha estado intrigando dos años, y más aun desde que he vuelto al Gobierno. Primero amenazó con dimitir si se votaba que ya no podía darnos otra patada. Cuando le dije que yo opinaba que no podía disolver y que así lo acordaría la mayoría, ya no habló de dimisión, y me dijo que ese acuerdo sería nulo e inconstitucional. En el consejo de anteayer en Palacio, tuvimos una escena

1. Don Fortunato Vela, conductor del coche oficial.
2. Don Gustavo Pittaluga.
3. La esposa de don Gustavo Pittaluga.

tremenda. Se atrevió a defender su creación del partido centro, y nos reveló el odio que ahora profesa a Portela. Estuvo hablando dos horas, contra todos y contra todo. Tenía el propósito de provocarme a dimitir, quizás con la intención de disolver estas Cortes antes de que tomasen el acuerdo fatal. Yo no hablé más que un cuarto de hora, pero bien aprovechado. La escena fue memorable. Cuando yo salía de la Presid.[1] para Palacio me entregaron una nota confidencial según la que, Calvo Sotelo habría revelado que en ese Consejo el Presidente pondría las cartas boca arriba, para echar al Gobierno.[2] Cuando vi confirmada la nota por el discurso del Presidente, se lo dije, para empezar. Le recordé que una vez, Gil Robles, en las Cortes, me había dicho que yo no estaba enterado de lo que sucedía en las altas esferas políticas. «Esta situación —añadí— se reproduce hoy. Un personaje político, que no es republicano, sabía anoche lo que usted acaba de hacer.» Se puso furioso. «Yo no he hablado de esto ni con Sánchez Guerra ni con Herrero...» La situación quedó insostenible. Dije a los ministros que yo no volvía más a Palacio con aquel hombre. Y no pienso volver. La bronca fue tal, que ayer viernes, me citó para firmar en su casa, lo que no hacía desde junio de 1933. Quería estar amable. Le llevé el decreto de suspensión de las elecciones municipales (obligada por la desunión del Frente, y en previsión de la crisis presidencial). Después de firmarlo me dijo: «¿Habrá debate esta tarde?». «Supongo que sí.» Pero no quise decirle sobre qué, ni lo que haríamos. Creo que Don Niceto ha ido diciendo por ahí que nuestra entrevista fue muy cordial y que estuve amabilísimo.

En las Cortes, no se podía tratar más asunto que el de la disolución de las anteriores. No podía haber debate político, ni declaración ministerial, ni votación de confianza. Pero la ansiedad pública era tal, que era inexcusable que yo hablase. Las izquierdas temían cada noche un golpe militar, para cortar el paso al comunismo. Las derechas creían que el soviet estaba a la vista. No se ha visto nunca una situación de pánico semejante, ni más estúpida. Los socialistas tienen montado un espionaje mediante las porteras, las criadas y los chauffeurs, y recogen todas las habladurías de escaleras abajo. Durante una semana o más, hemos estado ahogados por chismes porteriles. Bajaba la bolsa, la gente emigraba a millares, se llevaban el dinero, ale. No iba público a los espectáculos, salía poca gente a la calle. Como si hubiera guerra o peste. Hay que haberlo visto. En cuanto empezó la discusión sobre el decreto de Don Niceto, en la que el gobierno no intervenía personalmente, aproveché una alusión convenida con Maura, y pronuncié un discurso de política general, sin tocar en el asunto que se discutía. La noche antes había dormido tres horas, y la anterior poco más. Estaba cayéndome de sueño y me *dolía la cabeza*... Son las condiciones buenas.[3]

1. Así en el manuscrito.
2. Véase pág. 323 del *Retrato*.
3. Véase pág. 248 del *Retrato*.

Estuve en el Congreso a primera hora, y por mi cansancio, me marché. Vine a casa, y como era día de los Dolores estaba llena de gente. Estuve aquí hasta que me avisaron de las Cortes. Como te digo, aproveché la alusión de Maura, y solté el discurso de más efecto que he pronunciado. ¡Qué éxito! No creo haber tenido ninguno igual en las Cortes. La mayoría, en pie, vociferaba, vitoreaba. Los más entusiastas, los comunistas. Y después de los comunistas... las derechas. El espectáculo fue magnífico. El discurso ha tenido la virtud de gustar a todos. Subió la Bolsa, se ha cubierto la renovación de las obligaciones del Tesoro, ya nadie cree en los soviets ni en el golpe militar. Los socialistas que inspirados por las porteras pedían armas la noche antes para defender la República, ya no piden nada. Es decir, algunos sí piden. Por ejemplo: Araquistáin pide que dure yo mucho tiempo en el Poder «para hacerme polvo y acabar conmigo, y que no tenga que oír hablar de Azaña cuando va por los pueblos.» Prieto dijo que era un discurso «mágico». Después de leerlo me ha dicho, cenando en casa de Marichu, que es un discurso vacío. González Peña opina que soy «demasiado elegante para este país.» Le he gustado a Romanones y a Manolito Jiménez Fernández. Aquí me tienes convertido en el *ídolo nacional,* sin proponérmelo. Causa profunda de todo esto? El miedo. Te divertirías mucho si estuvieras aquí.

10 de abril. Ya ha habido un suceso grande, grande, que me permite cerrar esta carta con *broche de oro.* Me refiero, claro, a la destitución de Don Niceto. He estado dándole vueltas al asunto tres o cuatro días. Sin necesidad de acordarme de lo que no se me había olvidado, tenía el convencimiento, después de lo ocurrido en los consejos, de que este hombre se disponía a jugarnos una mala partida, para lo que aguardaba una ocasión favorable. No puede tragarnos, y después de unos pocos días de mansedumbre, ya no dábamos un paso sin librar una batalla. Y no hemos hecho más que empezar. La gente tenía ganas, naturalmente, de que lo echáramos. La dificultad consistía en el procedimiento. Hay el del art. 82 de la Constitución, o sea, un voto de censura; pero se necesitan los votos de los 3/5 del Congreso, y no los tenemos. Quedaba el del artículo 81, que consiste en declarar mal disueltas las Cortes anteriores; pero casi todos los partidos del Frente, o muchos diputados de todos los partidos del Frente, consideraban la incongruencia de que nosotros declarásemos mal disueltas unas Cortes, cuando habíamos estado dos años pidiendo la disolución y hemos triunfado en las elecciones. Prieto, Casares, y otros amigos, me hablaban de esto muchas veces, incitándome a que tomara la resolución de destituirlo. Yo no decía nada, o me limitaba a presentar las dificultades del caso. Después de la votación previa del viernes, y citado el Congreso para el martes, con el objeto de votar si las Cortes estuvieron bien o mal disueltas (o mejor dicho: si *era necesario* disolverlas), era urgente tomar una reso-

lución, pero me reservé hasta última hora. Todavía el domingo por la noche cenamos Prieto, Felipe,[1] Casares, Viñuales y yo, y hasta las 3 de la mañana hablamos del asunto. Prieto quería sonsacarme, pero me cerré en la negativa. Los socialistas esperaban que el Gobierno tomase una posición. Yo rehusé, primero porque no veía claro aún el camino, y segundo, porque no quería que se trasluciese nada. De haberse traslucido, el asunto habría sido manoseado en la prensa y en los corrillos, y seguramente Don Niceto habría maniobrado con ventaja. El lunes por la noche, después de cenar, estuvo aquí Esplá, a pedirme orientación para el periódico sobre el asunto, y no se la di. Se fue muy contristado, así como Casares, que veía la continuación de Don Niceto y hacía muy negros vaticinios. Nunca he estado más pesadito ni más dueño de mis decisiones, y nunca me ha salido nada mejor. La misma noche del lunes, al acostarme, reflexioné lo que haría al día siguiente en las Cortes. La resolución que llevaba en eso que llaman el subconsciente, apareció clarísima. Dejé a un lado todas las dificultades y me dije que no podía cargar con la responsabilidad de dejar en la Presidencia de la República a su mayor enemigo; y que si todos se arrepienten de haberlo votado en 1931, no quería tener que arrepentirme de volverlo a elegir en abril del 36, pues a tanto equivalía desperdiciar la ocasión de la tarde del martes. Casi entre sueños, pensé los términos de la proposición que debía presentarse y la guardé en la memoria. Al día siguiente, a las 10, tuvimos consejo en la Presidencia. Despachamos muchísimos asuntos, como si tal cosa, y yo no decía nada. Probablemente creían que no se trataría del suceso. A las dos, cuando íbamos a terminar, les dije que había tomado una resolución en lo del art. 81, les expliqué las razones, y en qué consistía: Don Niceto no debe continuar. Marcelino perdió el color y miró con ojos desencajados. Barcia cayó en un mutismo de piedra. Mientras los demás hablaban (Casares brincaba en el sillón), escribí la proposición en un volante, que te regalaré para tu archivo. La leí. «Pero eso es terrible», exclamó D. Antonio Lara. «Pues hay que hacerlo, porque no queda otro camino». Quedaron conformes, o por lo menos, los tímidos no se opusieron. A las tres llamé a Prieto; vino a casa, le comuniqué la resolución, y le dicté la proposición, para que la conociera su partido. Me dijo que sería mejor que nuestro grupo se la comunicara a la Directiva socialista, para que no creyeran que había tratado con Prieto, prescindiendo de ellos. Fui a las Cortes a las 4, donde tenía citados a los grupos republicanos para tomar acuerdos. Antes entré en el despacho de Martínez Barrio, que no sabía nada, y le solté la andanada. Le produjo mucha impresión, pero no se opuso; a poco llegó Lara, empezó a hacer objeciones, pero Martínez Barrio le hizo callar, diciéndole que yo tenía razón. En la reunión de los grupos expuse mis razones, y apunté la solución, que fue muy bien recibida. Después llamé

1. Don Felipe Sánchez Román.

a Clérigo,[1] le di la proposición, que llevé a una reunión de las directivas de los grupos, la aceptaron todos sin quitarle ni ponerle una coma, y designaron a Prieto para defenderla. Yo no tenía ya nada más que hacer. Cuatro horas después, Don Niceto no era Presidente. Desde el banco azul oí el discurso de Prieto, que era muy difícil, si no quería ser muy desgarrado, y que tuvo partes buenas, y otras malas. Prieto se pasa de hábil parlamentario, y cometió el error de hostigar a Gil Robles y la Ceda. El resultado fue que se abstuvieron de votar, cuando hubiera estado muy bien que la destitución la votase casi toda la Cámara. Don Niceto tuvo *cinco* votos, y en contra 238. Los vascos votaron con la mayoría. Nadie lo defendió, ni le ha defendido nadie en la prensa. Cuando iba a empezar la sesión, le dije a Martínez Barrio si no sería conveniente enviarle a Don Niceto noticia de lo que se había acordado y de lo que iba a pasar, por si le parecía más decoroso dimitir. Dos días antes se había despedido del personal del Cuarto militar y secretaría, había recogido sus papeles, y con un notario levantó acta de lo que dejaba. Cuando yo le dije eso a Martínez Barrio, estaba en el antedespacho Pepe Centeno.[2] Don Diego le habló. Centeno visitó a Don Niceto, que le recibió muy mal, y le contestó: «Ni recado ni mensaje. Que hagan lo que quieran.» Quedaron muy reñidos. Después de la destitución, Don Niceto le ha dicho a Demófilo: «Aquí estuvo un sevillanito de apellido cereal...» Parece que la visita de Centeno la tomó como síntoma de una conjuración. No sé por qué. Probablemente creía que no nos atreveríamos a nada, y que esa gestión era un engaño.

Del debate no vi más que el comienzo, hasta que dejó de hablar Gil Robles. Entre Maura y Portela, hubo una disputa violentísima, ventilando los agravios de la crisis de diciembre. Estuvieron a punto de pegarse. En cuanto se conoció la *proposición de Prieto,* empezaron los rumores. Muchos temían que los militares se pusieran de parte de Don Niceto. Jiménez Asúa, que entraba a ser Presidente de las Cortes por el ascenso de M. B.[3] a Presidente interino, vino a preguntarme qué pasaría si al ir a notificar a Don Niceto la destitución, la guardia de Palacio y el Cuarto Militar negaban la entrada a la Mesa de las Cortes... Otros, muy novatos y pueblerinos, preguntaban: «¿Cuándo viene Pavía?» Estas estupideces me enfurecían.

Don Niceto lo ha hecho mal hasta última hora. A las 9 empezamos a buscarle para la notificación. En Palacio no había nadie. Sánchez Guerra no aparecía por parte alguna. Hasta las 11 no dimos con él. Al ministro de la Guerra le dije que ordenase al Jefe del Cuarto Militar que se constituyera en Palacio con todo su personal, para recibir la notificación, en ausencia del Presidente y del Secretario.

1. Don Luis Fernández Clérigo.
2. Véase pág. 324 del *Retrato.*
3. D. Martínez Barrio.

—Verán ustedes —les había yo dicho a los ministros— cómo ahora empieza la táctica de los escribanos.

En efecto: se averiguó que don Niceto estaba en su casa. Fue allá la Mesa de las Cortes. Se negó a recibirla. Salió Emilio Herrero. Discusión. Salió el hijo mayor de Don Niceto. Discusión: que ninguna ley le obligaba a recibir la notificación. Que no es necesario hacerlas por escrito. Que si deben hacerse en el domicilio oficial... La Mesa se fue a Palacio. Ya estaba allí Sánchez Guerra; levantaron acta, omitiendo las groserías del Secretario. En cuanto volvieron, se hizo la toma de posesión y promesa de Martínez Barrio. Salió muy bien, muy solemne. Toda nuestra familia estaba en la Tribuna. A las 12 nos trasladamos a Palacio, con el nuevo Presidente. Llovía a mares. Ya estaban allí Amós y otro ministro, pero al ver a Batet, que se adelantaba a saludarme, di media vuelta, le dejé plantado y esperé al Presidente en su despacho. Herrero quiso pedirme órdenes. Le mandé a esparragar. Entró mucha gente. Amós hizo las presentaciones, y Sánchez Guerra, que estaba detrás de mí, empezó a barbarizar, porque era objeto de una desconsideración. En *Ahora* se ha publicado una foto que sorprendió ese momento. Por las caras que tenemos podrás adivinarlo todo. En fin, no hubo más. Allí se quedó M. B., que aún no se había repuesto de la impresión. Yo me vine a casa con Casares y otros amigos y estuvimos comentando los sucesos hasta las tres de la mañana. Aunque supuse que la prensa de la tarde alcanzaría ahí lo ocurrido, le encargué a Ansó que te pusiera un cable.

Todas estas cosas han pasado en medio de la indiferencia general. Nadie se esperaba que la destitución fuese así, ni tan pronto, ni tan rápida y ordenada. La gente está contenta dentro de su indiferencia. No le han dado al caso más gravedad que al relevo de un gobernador. Como ejemplo de decisión, celeridad y energía ha sentado muy bien y le ha dado al gobierno una gran fuerza. Los enemigos no chistan. Los amigos tímidos, que pensaban en graves complicaciones, reconocen ahora la oportunidad del remedio. Dentro de dos meses, ya no hubiéramos podido hacerlo. Don Fernando,[1] que estaba en Almería, daba grandes gritos por teléfono, asustado por el planteamiento de la cuestión. Esta mañana me ha hablado, contentísimo. Supongo que Ossorio, no lo aprobaría. La prensa inglesa, bajo este título: «Cómo cambian de presidentes en España», dice que la operación, hecha en cuatro horas, denota una «marvellous discipline and security». Ojalá pudiéramos denotarla en todo. Ahora entramos en el problema de la sustitución, sobre la que no hay todavía nada pensado.

Bueno, es día de concluir. Por este documento percibirás las impresiones que me han ido causando los sucesos. Ahora estamos tranquilos, salvo que de vez en cuando nos queman algo. Tenemos mucho éxito en la re-

1. Don Fernando de los Ríos.

forma agraria, y eso molesta a los socialistas revolucionarios. Ramos y Casares lo hacen muy bien. Seguimos destituyendo peces gordos; no va a ser sólo Don Niceto. No se me olvida ninguno. Todo podría marchar si el araquistainismo no tuviese envenenado al partido socialista, de lo que vendrá seguramente la ruptura del Frente. Luego se quejarán de lo que sobrevenga.

Algunos amigos me dicen que te han escrito. Sindulfo[2] te ha mandado dos cartas. Todo este papel te demostrará que he estado escribiéndote casi a diario, lo que no deja de ser apreciable, dada la vida que llevo. He visto lo que le escribes a Santos.[3] Yo no te tengo por un *joven* (eso quisieras tú), *alocado,* que sólo sirve para la diversión. En todo caso si quieres quejarte de mí, o crees tener motivo, prefiero que te quejes conmigo a que se lo cuentes a Santitos.

Os deseo muchas prosperidades en el Anahuac, y que te entiendas bien con los gachupines. Muchos abrazos

Manolo

Los niños están buenos. También Carlitos me llama Sr. Presidente, como se lo oye a José Ramón.

Quinta del Pardo, 14 de mayo 1936

Querido Cipriano: Supongo que habréis recibido una larguísima carta que os escribí, contando interioridades de los sucesos políticos. Te la envié certificada al Teatro de Bellas Artes, porque aún no habíais salido de La Habana, e ignorábamos cuál sería vuestro paradero en Méjico. Creo que terminaba la carta con la destitución de Don Niceto, que salió muy bien. Como era de suponer, lo ha llevado muy mal, pero con su estilo propio, inelegante y rencoroso. Por de pronto, se sumió en el silencio, y solamente nos llegaban anécdotas de su mal humor, pagándolo con algunas personas de su antigua amistad, como Pepe Centeno, que le llevó nuestro último recado, antes de leerse en el Congreso la propuesta de destitución: «Aquí vino —decía— un sevillano que tiene apellido cereal...» El caso es que no creía que nos atreveríamos a tanto. Pasadas unas semanas, y acercándose las elecciones en Granada, que habían sido anuladas, hizo gestiones oficiosas para que se le admitiera en la candidatura de las minorías. Roldán, diputado progresista, fue a visitar a Otero, el socialista, que manda más en Granada, y tanteó el asunto. Otero se lo dijo a Fernando,[1] Fernando a Bernardo,[2] y

2. Sindulfo de la Fuente.
3. Santos Martínez Saura.
1. Don Fernando de los Ríos.
2. Don Bernardo Giner de los Ríos.

Bernardo a mí. Contesté que tenía derecho Don Niceto a presentarse diputado, pero que lo hiciese de cara y públicamente, sin esperar apoyo del Frente Popular. Porque lo que pretendía era no proclamarse, y que el día de la elección le votasen por las minorías. Naturalmente, la pretensión se frustró. Después ha reunido en su casa a los partidos: Roldán, Sánchez Guerra, Castillejo (Fernández) [3] y otros dos o tres: han publicado una nota diciendo que Don Niceto rompe sus relaciones personales con mi gobierno, con la mayoría, y con los «coadyuvantes». Añade que en su día, volverá a la vida política para rescatar la República del 14 de abril, y restablecer la *convivencia*; pero lo mejor es la afirmación de que él es el primer presidente *legítimamente* elegido. Esto, al pronto, parece una simple perogrullada. En realidad significa que tiene por nulo el acuerdo de su destitución, y por tanto es ilegítima la elección subsiguiente. A la gente le da mucha risa, y ya dicen los periódicos que don Niceto funda el *partido legitimista*...

Desde que se produjo la vacante, pensé que no habría más solución que la de ocuparla yo. Lo pensaba desde hace mucho tiempo, y ya el verano pasado, antes de formarse el Frente y de disolverse las Cortes, al ver la oleada del azañismo, solía decir, y muchos lo oyeron, que yo no podía ser más que Presidente de la República, no sólo por mi comodidad, sino porque es el único modo de que el «azañismo» rinda todo lo que puede dar de sí, en vez de estrellarlo en la Presidencia del Consejo. Vista la composición de las Cortes y la situación del Bloque y de los partidos, la cosa no ofrecía dudas. Dejo aparte el placer estético de la operación, que no es pequeño, pensando en lo ocurrido desde el 4 de octubre, y si se quiere, desde Setiembre de 1933. Si como yo deseaba y propuse, el gobierno del 19 de febrero lo hubiera formado otro, nadie habría puesto reparos a mi elección. Pero como no pude eludir el ser presidente del Gobierno, la gente no quería de ninguna manera que abandonase el puesto. Inconvenientes de mi buen éxito en las Cortes, que nunca ha sido igual al de esta temporada. Mi último discurso,[4] a las 3 de la madrugada, alcanzó la unanimidad. ¡Lástima que el instrumento esté tan estropeado por dentro, como se verá en cuanto lo toque otro!

Tuvimos muchos enredos y dificultades para organizar la elección, porque la ley no da más que 30 días desde que se produce la vacante hasta la designación del sucesor. Había que movilizar a los partidos y a los electores, y a nadie le importaba la elección de compromisarios. Ha habido que aumentarles las dietas y pagar los gastos más precisos, para que alguien se

3. Ilegible.

4. En realidad el último discurso es del 15 de abril, en relación con la fecha del 14 de mayo (véase O.C. III, pp. 309-319), pero aquí parece referirse de nuevo al discurso del que habla en la carta anterior, que es del 3 de abril. Pudiera ser así, si se considera que el discurso del 15 de abril es la declaración ministerial del nuevo gobierno.

presentara. La Ceda no quiso ir a las elecciones. Han ido otros de la derecha, por ejemplo, Maura, que ha *sacado* 40 compromisarios, y los agrarios, y los centristas. Claro, las elecciones las ganó el Frente con facilidad. En algunas provincias, donde la coalición está rota, los socialistas votaron contra los republicanos de izquierda, y acapararon los puestos. En otras, han vencido los republicanos a los socialistas. De mi partido vinieron unos cien compromisarios. De los partidos obreros, algunos más. En junto, los republicanos eran más que los sociales y comunistas, como sucede en las Cortes.

Antes de elegirse los compromisarios, el Frente Popular quería que se designase el candidato a Presidente. Me opuse, creo que con razón, como han probado los acontecimientos. Además de ciertos motivos de tipo legal y constitucional, contrarios a que la elección de Presidente sea o parezca un plebiscito, había el más claro e inmediato de que el candidato designado con un mes de antelación, no llegaría al final de la campaña. Tan envenenadas estaban las cosas. Obtuve que no se hablase de candidatura hasta después de elegidos los compromisarios, o sea, hasta pocos días antes de la asamblea. Había, claro está, algunas conversaciones particulares. Se convino en que el Presidente habría de ser un político, y de ningún modo una eminencia ajena a los partidos. Descartada la «masa encefálica». Convinimos también en que no debía serlo un socialista. Lo sería un republicano de izquierda. Prieto hizo campaña en *El Liberal* de Bilbao en pro de que el Presidente fuese una *gran figura.* Muchos opinaban por un presidente de menos fuste, y en mi partido se hablaba de Giral; lo propalaba Esplá y también Casares. Un día se lo dije a Giral y empezó a dar gritos. La idea de un Presidente de gran porte era la más admitida. Hablé yo de Sánchez Román. Los catalanes se opusieron en redondo. Largo me dijo que personalmente le parecía bien Sánchez Román, pero que en los elementos obreros despertaría resistencia, porque se había separado del Frente Popular. Sánchez Román se enteró de mis conatos de conversación, y al principio creyó que era broma. Cuando se convenció de lo contrario, me lo agradeció mucho, y dijo que en ningún caso aceptaría, porque cree que no sirve para el cargo. La idea de presentar a Sánchez Román circuló muy poco y se acabó en seguida.

Tuvimos una comida de amigos en la que Prieto dijo que no había más candidato que yo. Marcelino estaba presente, y puso muy mala cara. Me hice el sordo y dejé las cosas correr. El mismo Prieto publicó en *El Liberal* de Bilbao un artículo sobre cómo debía ser el Presidente, en el que no faltaba más que mi nombre. En los corrillos se hablaba del asunto, como es natural, pero mi nombre era el que menos se cotizaba. De las conversaciones que tuvimos algo se traslució, y en seguida los periódicos republicanos se pusieron frente a mi probable candidatura. *El Heraldo,* con letras muy gordas; *La Libertad,* en varios artículos, demostrando que no podía-

mos ser presidente ni Besteiro, ni Martínez Barrio, ni yo; *El Liberal,* lo mismo. Defendían la candidatura de Albornoz... *La Libertad* llegó a decir en un artículo que sería una traición aceptar la candidatura. Esta campaña no se dirigía contra mí personalmente; era «un homenaje», según decían, y un reconocimiento de «mis condiciones». Nadie podía reemplazarme como Jefe del Gobierno y del Frente Popular.

Hablé con Maura, con Sánchez Román, Viñuales, Companys, Fernando de los Ríos. Todos, por diversos motivos, eran partidarios de mi elección. Martínez Barrio también. Su partido se reunió y adoptó el acuerdo de que no aceptase la candidatura, si se la ofrecían, como hubiera sido fácil, por el hecho mismo de su interinidad. El Debate, que según noticias particulares, veía bien mi candidatura, cometió la torpeza de publicar un artículo oponiéndose a la de Albornoz. Bastó eso para que cundiera la especie de que mi presentación era una maniobra de los jesuitas —para sacarme del Poder— y de Prieto, porque aspiraba a sucederme. Quien más ha explotado esa patraña ha sido *Claridad,* el periódico de Araquistáin y Baraibar, órgano del *izquierdismo* revolucionario socialista. Han hecho una campaña sostenida, primero por odio a Prieto, a quien achacaban una confabulación conmigo, y segundo, por los puntos de vista personales de Araquistáin. Parece ser que Araquistáin quiere acabar con el «mito Azaña», y el mejor modo, a su juicio, era dejarme en la Presidencia del Consejo, para «hacerme polvo», y que cuando él, Araquistáin, vaya por los pueblos, no oiga gritar viva Azaña. No han dicho ni podían decir nada contra mí; pero han llevado el asunto tortuosamente, enredándolo con las discordias internas del partido socialista. Ultimamente, la tesis de *Claridad* era que yo no me había atrevido a dar la batalla al proletariado, que huí del gobierno, y que desde la Presidencia de la República buscaría un Noske (Prieto), que batiese a los obreros revolucionarios. Hecha la elección, y abierta la crisis, *Claridad* ha dicho que yo estaba convenciendo a Casares para que hiciera una degollina, y que Casares no se dejaba convencer. Formado el gobierno, *Claridad* comenta: «No sabemos quién habrá convencido a quién».

En general, mi candidatura, cuando cinco días antes de la elección, pareció asegurada, produjo estupor en las masas, descontento y temor. Y en mi partido, desesperación. La gente del pueblo lo desaprobaba, porque el Sr. Azaña «es su padre», y se lo querían quitar poniéndolo en la Presidencia, porque es un estorbo para las derechas. Nadie comprendía los motivos. En Izquierda Republicana la oposición ha sido unánime. El más ardiente enemigo de mi candidatura, Casares. Me dijo que se retiraba de la política y se iba de España. Que a mí me servía donde fuese, pero que eliminado yo, nada le quedaba que hacer. Tuvimos dos o tres conversaciones bastante penosas. (En castigo, sin venganza, le he hecho, con aplauso general, Presidente del Consejo.) Le secundaban y le azuzaban, Esplá, los diputados valencianos, Velao, Funes, Franco, etc. También se oponía Marcelino Do-

mingo. La agrupación de Madrid, con ocho mil afiliados, convocó una asamblea en un teatro. Asistieron cerca de tres mil y por aclamación votaron en contra de mi candidatura. Los ministros del partido se oponían todos, menos Amós, que todavía lo era en nombre, aunque no ejercía, por enfermo, desde un mes antes. Barcia anunciaba su retirada de la política. De pronto, cambió. Supe que le había convencido Martínez Barrio. Ramos temía lo que pudiera pasar, pero cuando advirtió que a mí me parecía bien, se puso de mi parte. Honorato y otros, organizaron una protesta en provincias y comenzaron a llover telegramas de las organizaciones, para que no los abandonase. En todo ello, podía haber una parte de egoísmo, pero en general lo hacían de buena fe y con un entusiasmo por «el Jefe» verdaderamente extraordinario. El lunes, 4 de mayo, di estado oficial al asunto en el partido. Desde las 4 de la tarde hasta las 11, estuve celebrando reuniones con la plana mayor: ministros, ex-ministros, subsecretarios, etc. Hubo lágrimas, abrazos, enternecimientos, protestas, apelaciones, etc. Casares y Velao dieron el espectáculo: el primero por su desesperación sombría, el segundo por su llanto, como otros. Aquella misma noche se reunió el Comité ejecutivo. Marcelino pronunció un discurso vehemente durante una hora, probando las desastrosas consecuencias de mi elección. Por mayoría acordaron no autorizarla. Al día siguiente, se reunió en pleno el Consejo Nacional. De allí salió el acuerdo de que si algún partido del Frente Popular proponía mi candidatura, Izquierda Republicana se sacrificaría privándose de su Presidente. La escena fue interesante. Yo les dije que buscasen una solución, que no fuese la de elegirme. Les expuse la situación verdadera de la política, los inconvenientes inmediatos de mi designación, /// las ventajas probables para el mañana, y que resolviesen bajo su responsabilidad. Amós me dijo luego cosas muy buenas sobre lo ocurrido, comparándolo con mi comparencia ante el equipo parlamentario el 7 de abril, cuando fui a proponerle la destitución de Don Niceto. El te hará los comentarios.

Después de esto ya no había duda. Lo decisivo en la opinión de las gentes es que por torpeza de los propaladores de la candidatura de Albornoz, el asunto había quedado en una opción entre él y yo; nadie quería a Albornoz. Entre los peródicos que te han mandado hay un número de «Ahora» con una foto de Don Alvaro en el salón de conferencias del Congreso. Fíjate bien en las caras.

Todavía se arrastró la cuestión tres o cuatro días, por triquiñuelas de los partidos, pero estaba resuelta. Sobre todo, los socialistas, han tardado mucho en decidirse oficialmente, y en la reunión que tuvieron maltrataron a Prieto ferozmente, no por oposición a mí, sino por combatirle a él. El día de la elección, Araquistáin y Zugazagoitia, se dieron de bofetadas.

El viernes por la noche, fue mi despedida del partido, en el Congreso. Se reunieron los diputados y los compromisarios, unos doscientos señores. Les hice un discurso de 15 minutos, muy angustioso y emocionante. Es la

única vez que he pasado un mal rato hablando. Llorera general, empezando por Marcelino. Tema: «Os pediré cuenta de lo que hacéis con el partido que os entrego». Explosión de entusiasmo, abrazos, promesas, juramentos cívicos... En fin, muy bien. Es posible que ahora lo destrocen todo. Y ya no hubo más que comidas y almuerzos de despedida, entre otros, uno en la tasca del Nalón, donde me tomé tres platos de estupenda fabada, con Prieto, Felipe, Maura, Fernando, Casares y Viñuales. Te recomiendo el establecimiento para cuando vuelvas. Y es posible que yo vaya otra vez por allí, en busca de las fabas, disfrazado.

18 de mayo

Continúo en la Quinta, mientras llueve a torrentes, por no variar, como sucede desde enero.

Esta madrugada se han insubordinado los dos regimientos de caballería de Alcalá. Hace tiempo que allí estaba mal la situación, porque en tiempos de Lerroux y Gil Robles habían sido destinados a Alcalá los oficiales del 10 de agosto, readmitidos. Desde febrero, han ocurrido varios incidentes entre la guarnición y los paisanos, con tiros, heridos, etc. Estando yo todavía de Presidente, se acordó trasladar la brigada entera a Palencia y Salamanca. Anoche dio la orden de salida el ministerio, y se negaron a obedecer todos los jefes y oficiales del 1, y casi todos los del 2. Figúrate el escándalo. Se enviaron fuerzas de asalto y otros jefes. La oficialidad está presa, se les sigue juicio sumarísimo. Los regimientos, sin oficiales, están camino de su nuevo destino. Esto por un lado. Por otro: motines en la provincia de Valencia. En Carcagente han quemado tres conventos, varias iglesias, han arrastrado las momias de unas monjas, han arrasado naranjales, quisieron matar a nuestro amigo Donat. Sucesos análogos en Alcira. Asaltos y quemas en Vigo. En fin, muy bien.

Volvamos a la elección. La Asamblea fue en el Palacio de Cristal del Retiro, porque no cabían en otra parte. Lo arreglaron muy bien. La Ceda asistió, pero votó en blanco. Todos los demás grupos me votaron. A las 2 de la tarde, me llevaron a la Presidencia del Consejo el acuerdo de la Asamblea. Acepté, aunque habría tenido mucha gracia decir que no. Os puse un cable. Reuní al gobierno. Dimití, y quedó hecho presidente del Consejo el Sr. Barcia. La ceremonia de la promesa, al día siguiente, en las Cortes, fue solemnísima e imponente. En mi calidad de sucesor de Recaredo, de Doña Juana la Loca y de Carlos 3º comparecí, cargado de preseas, y con un collar estupendo, el que me dieron hace dos años. Estuve muy bueno, tan serio, delante del apretado y expectante concurso. Habían puesto un estrado para los diplomáticos, todos de oro reluciente, y otro para los mandarines de la República. Asúa, «en un muy rico escaño», me tomó la pro-

mesa. Las Cortes (menos la Ceda, silenciosa), y las tribunas, me hicieron una ovación estrepitosa, que me habría obligado a dar la vuelta al ruedo en otras circunstancias. La comitiva a Palacio, estuvo brillante y fastuosa. Mucho público en todas partes, corazas, bayonetas, etc. El desfile, breve. A las 5 se había acabado todo. El espectáculo ha estado, por una vez, bien organizado, y con cierto empaque aparatoso muy conveniente. Volví a casa a ponerme otra ropa y a las 7 nos vinimos a la Quinta, donde resido.

En Palacio he escogido un ángulo del piso principal, el que da a Bailén y Caballerizas. Creo que para visitar al Jefe del Estado, que es como me llaman ahora, la gente debe subir escaleras, y no encontrarse en aquella especie de comisaría que puso Don Niceto. Un periódico monárquico dijo que voy a profanar las habitaciones de la sacrosanta reina Cristina; o quiso decirlo, porque lo tachó la censura. No son muy grandes, pero son las más confortables, y están contiguas a los salones que destino a Consejo, audiencias, etc. En la entreplanta que cae debajo, pongo todos los servicios de la casa particular. Como no había nada dispuesto y Don Niceto no se atrevía a usar el Palacio, hay que hacer muchas obras, y hasta el mes que viene no acabarán. Por eso, y para no quedarme en mi piso, habilitaron en 48 horas la Quinta, felizmente rehecha por mí hace tres años. La encuentro como la dejé. Nadie se ha ocupado de ella, pero no la han estropeado. Hemos traído tapices y muebles del patrimonio y está habitable. En la planta principal no estamos más que Lola y yo; arriba se aloja un batallón de gente, guardias, policías, mecánicos, criadas, criados y coro general. Es probable, dado el marco pastoril y bucólico, que se aumente la población, por más que las criadas han pedido que les pongan candado. En la puerta de su alcoba, claro. Hemos tenido cuatro días de sol, los únicos en todo este año diluvial. Los jardines estaban maravillosos, y por las mañanas es la verdadera sinfonía pastoral, con abubillas y cucos de verdad, que me despiertan con sus arpadas lenguas. Me he sumido en un augusto apartamiento, y voy a Madrid para los actos oficiales. No me aburro: 1.º, porque aún estoy *eliminando* cansancio, que era morrocotudo; 2.º, porque todos los días tenemos a comer y a cenar unos cuantos amigos; 3.º, porque estoy haciendo proyectos y obras, continuación de los que empecé en 1932. He *derribado* (claro), una casucha, y estoy quitando un cerro que me estorba para hacer otro jardín. Después pienso derruir la antigua casa de labor y fabricar una especie de Generalife, si consigo que el ministro de O.P. me traiga el agua del canal. En fin, ya puedes imaginarte, Bolívar es un gran realizador, y en cuanto me oye una fantasía, la pone en ejecución. Aquí han estado los niños, cuando ha hecho bueno. Se divierten mucho, comen al aire libre, están todo el tiempo en el jardín. Carlos, que es un punto formidable, me preguntó unos días antes de mi elección: «Tío Manolo Azaña: ¿se puede llorar en Palacio?» Le dije que no, pero llora algunas veces, peleándose con su hermano el intransigente. A José Ramón le vi ayer. Se enteró muy bien de la elección, por la

radio, y cuando Pallete y Angulo se lo quisieron contar, ya lo sabía. Se da mucha importancia. Se ha pasado la semana preguntando cuándo iría a verle el Presidente de la República, y a Lola le dijo que su tío Manolo fuera a visitarle «con la artillería...» Está muy bueno, muy hombrecito, aunque ha engordado solamente 600 gramos; pero de gran aspecto, y tan listo y sociable como siempre.

Esta mañana ha sido la recepción colectiva del Cuerpo Diplomático. La he hecho en grande, con gran aparato, y ha resultado muy brillante. Mancilla me ha leído un discurso, yo le he leído otro. Ambos llenos de estupideces, como todos los textos protocolarios. La gentes espera mucho del *tono* que voy a dar a la Casa Presidencial. Van a ir servidos. Antes de dejar el gobierno hice votar en las Cortes una ley creando mi guardia personal. Se compondrá, por ahora, del escuadrón de escolta, de la Banda Republicana, y de un batallón de infantería, que se acuartelará en Palacio. Los vestiré bien y parecerá muy bonito. Va a mandarlo Leopoldo Menéndez. Toda la plantilla será de mi elección. Pero no pienso montar a caballo, ni dejar de ser un intelectual. Todo lo contrario. Ahora el público se entera de que tengo buen gusto y algunas letras. El decreto que di en la Presidencia del Consejo, fundando la Biblioteca de escritores clásicos, ha producido gran efecto, así como el que hice fundando el Museo de Tapices, armas y armaduras, que se levantará en la calle de Bailén, en los solares del Ministerio de Marina. En vista de ello, los periódicos han dicho que me preocupan «las cosas del espíritu...» Ceferino me asegura que todos los artistas están pendientes de mí. ¿Tendré que comprar cuadros de Moreno Carbonero? Mi mecenazgo no puede llegar a tanto.

De política no sé apenas nada, desde que resolví la crisis. La llamada a Prieto produjo magnífico efecto, y espero que refuerce su posición. Ayer, Casares, tuvo muy buena votación, y parece que arranca bien. ¿Echo de menos el Congreso? Resulta que no, por ahora. La verdad es que aquello está como el Ateneo, en una decadencia de fin de estación. Ni siquiera hay tipos jocosos, ni truculentos, ni nada. Los que más llaman la atención son los «reyes Católicos». Ella es maestra, diputado por la provincia de Madrid; él, también maestro, diputado por Murcia. Son jóvenes, socialistas y recién casados. Se sientan juntos en los escaños, y discurren por los pasillos agarraditos de la mano. Ella luce una vestimenta como dalmática, o así. Prieto les puso el mote. El otro día entraban en el bar del Congreso, y un periodista dijo: —Los reyes católicos van a tomar... granadina...!

Desde entonces, no se asoman al bar. La «reina católica» interrumpe casi tanto como la Nelken. En una de las últimas sesiones a que asistí, hablando uno de la Ceda, la reina interrumpió. Otro diputado de la derecha la increpó: «¡Menos interrupciones y más hijos!» Entonces el marido se indignó: «Canallas! Ladrones! ¡Eso es llamar infecunda a mi señora!» — Es lo mejor, hasta hoy, de este Parlamento.

Ha llegado ayer una carta vuestra, por lo que compruebo que habéis recibido la mía anterior. Lo que os escribo es para que lo leáis vosotros dos, y Margarita.[1] Nadie más. Has tomado una rabieta un poco excesiva con tus amigos de Cuba.[2] A Millares Vázquez le escribí yo personalmente, dándole las gracias por todo, le mandé dos retratos, uno de dos hectáreas para el partido, y otro pequeño para él; le he condecorado, y le he enviado las insignias, regaladas. También he condecorado a y ,[3] y no sé si a alguien más. No se han dado nada más que 14 condecoraciones. ¡Ah! También te he condecorado a ti, dándote la placa de la *Polonia Restituta,* en la que yo poseo, por mi elevada categoría, el Gran Cordón. Supongo que no me harás el desaire de rechazarla.

Hablé varias veces con Pedro Rico. Me dice que seguramente concederán el teatro a Margarita, por unanimidad, y durante 6 años. Le contesté que me parecían pocos. Necesitan abrir concurso, y piensan convocarlo en seguida. Del Ministerio de I.P. sólo he logrado impedir algunos despropósitos teatrales. Hablé con Orueta, con el ministro, etc. Dispuestísimos a todo... pero ahí estamos. Todo esto, no es para que dejes de regañarme por lo mal que lo hacemos todo. En tus notas, me reservas lo más acerbo de tu humor. Ya comprendo que nada sale bien. Trataremos de enmendarnos.

He perdido el hábito de emborronar cuartillas y me cuesta trabajo arrastrar la pluma. Ya estoy cansado. Ahora llega vuestra familia de Velázquez, que viene a merendar. Ha cesado de llover, después de unos turbiones espantosos, y en este despacho entra un poco de sol del Guadarrama. Lola se va esta noche al teatro. Vendrán a hacerme compañía algunos amigos, en esta Malmaison carpetana, en la que me faltan por lo menos Duroc y Junot y unas cuantas mariscalas licenciosas. Pero estoy gordo para hacer de Cónsul, y el romanonismo, en sus formas relucientes, lo cubre todo, ni más ni menos que el esparto el suelo nacional. ¿Qué vamos a fundar...? Una casita en el Viso. Urbanizado por los ediles madrileños. Y gracias que pueda ser guarda mayor de las encinas del Pardo. Que está hermosísimo, merced a las tremendas lluvias, y muy florido y bienoliente. Abrazos y hasta otra.

Manolo

Dice Dolores [4] que Adela debía haber ido a la Pradera, asumiendo los papeles de infanta Isabel.

1. Margarita Xirgu.
2. Véase pág. 327.
3. Dos nombres ilegibles.
4. Dolores Ibáñez de Lobo.

Quinta del Pardo, 5 de Junio (1936)

Querido Cipriano: seguimos en este lugar, para más tiempo del que pensábamos. Las obras de arreglo en Palacio habían de acabarse a mediados de mes; pero ha surgido la huelga del ramo de construcción, que según los bien enterados, durará tres o cuatro semanas, de modo que será entrado julio, suponiendo que no haya nuevas complicaciones, cuando el Palacio esté habitable. De aquí a entonces, espero haber resuelto la cuestión del veraneo. Ya conoces mi decisión de no ir a la Granja. Prefiero los aguaduchos del Hipódromo. Yo siempre he creído que el mejor sitio para el Presidente de la República es la Magdalena; pero allí está la Universidad de verano, en contra de mi antigua opinión y por empeños de Don Fernando, cuando fue ministro. Las gentes de Santander quieren que veranee allí, y he recibido a una gran comisión de «fuerzas vivas», que me ofrecían un palacio de nuevo rico. El Ayuntamiento estaba dispuesto a gastarse dos millones en adquirirlo. Les dije que de ninguna manera. En primer lugar, el flamante palacio-castillo es horroroso, y sus habitaciones (de las que me trajeron fotos), están amuebladas de un modo atroz. Tendría que arrojar los muebles por la ventana. En segundo, que el ayuntamiento hiciera ese gasto, creaba una especie de obligación que no me gustaba nada. Les indiqué cuánto lamentaba que no estuviese libre la Magdalena, y me confesaron que su intención era sacar a la Universidad de donde está, llevársela al Hotel Real, y dejarme a mí aquel sitio. Si lo logran, nos iremos dos meses a tan fresco rincón, que es independiente y cómodo. Hasta tanto, continuaremos aquí, y no me pesa. Está magnífico el Pardo. Como ha llovido tanto (y continúa) parece un jardín. Todo cubierto de flores, y con una alfombra de hierba que llega a la rodilla. Nunca se ha visto así. Hay también muchísima caza, y espero poder recobrar esta diversión de mis mocedades. Doy largos paseos, unas veces con Sindulfo, otras con Bolívar, o con algún amigo de éstos. La otra tarde, con Sindulfo, se nos hizo de noche y nos perdimos. La policía no puede seguirme, y se pondrán malitos todos. Bolívar, que sabe de todo, anda mucho, y me explica todas las plantas y todas las piedras. De esta manera, al paso que se robustece el cuerpo, se guarnece el entendimiento y admiramos las obras del Creador, o del Gran Arquitecto, porque Bolívar es «aprendiz». Otras tardes estoy solo y me paseo por los jardines, que están muy agradables en estos melancólicos anochecidos de junio. Ya no veo La Quinta como es, sino como yo voy a hacerla. Cada día agrando mis proyectos, que aunque no pasen de tales, me entretienen la imaginación, y no me dejan emplearla en otras cosas. Cuando estén realizados, o me canse de ellos, me ocuparé de literatura. Pero ahora no puedo. Las obras están paradas por la huelga, que llega hasta aquí. Pero ya *anda* el expediente para la traída de aguas, gracias a Velao y a los hijos de Diamante, ingenieros del canal; y se va a hacer el nuevo camino de acceso, y

las casas nuevas para los guardas. Ahora busco una fuente monumental, que me hace falta para la nueva explanada. Si no la encuentro, habrá que fabricarla.

Las cosas públicas andan como siempre; muy medianas. Asesinatos a diario. El otro día, se salvaron de milagro Prieto, González Peña y Belarmino, a quienes quisieron asesinar en un mitin *socialista* de Ecija. Parece que los agresores eran de los extremistas del partido, que encuentran poco revolucionario a González Peña y siguen a Araquistáin y Baraibar. El mundo es ansí. En Madrid, además de la huelga de la construcción, hay huelga de camareros y del ramo de ascensores. Y huelga minera en Asturias. De todo esto nos consolamos contemplando lo que empieza a pasar en Francia. En San Sebastián han reabierto el Hotel Cristina, por el gran número de franceses que se refugia en España. Y nuestra Bolsa sube, porque se repatrían los capitales, en vista de que en todas partes hay agitación, y aún mayor que aquí.

Yo inauguro exposiciones, compro cuadros malos y libros no muy buenos. Cada quince días veo al Gobierno, y todo el mundo se hace lenguas de *lo constitucional* que soy. En *Ahora* habrás visto muchas fotos de los actos presidenciales a que he asistido. Recibo también muchas visitas, con gran pompa y majestad. El otro día recibí al embajador de Italia, que me trajo a nuestro antiguo amigo Mario Puccini. Es un pinta. Los recibí en la sala de Gasparini, con muchos coraceros, pegados al quicio de las puertas, y Puccini se quedó turulato. Me preguntó por il de Rivas y me aseguró que soy un gran escritor y un humanista. He tenido un telegrama de mi «grande y leal amigo» Hiro Hito, emperador del Catay... «Forse altro canterà con miglior plectro...» Pero este Hiro Hito no ha debido de ser nunca caballero andante, como yo lo soy, aunque no ando más que el Pardo. Le he transmitido mis más fervientes votos por su ventura personal.

Creo haberte hablado de la inauguración de la Feria del Libro, pero de seguro no te he contado algunas anécdotas. Recorrí todos los puestos, muchos de ellos propiedad de gente desafecta u hostil. Tuve «una palabra amable para cada invitado», y en una de las barracas estaba Baylli, el sobrino de mi injuriador, a quien tengo procesado y con cien mil pesetas embargadas. El hombre estaba azarado, pero yo me puse muy elegante y le pregunté muchas cosas de sus ediciones; no sabía cómo ponerse más fino y contento, así como los libreros de F.A.X. (católicos), que creían que no iba a detenerme en su tienda. Los periódicos me atribuyen, con motivo de esta visita, frases dignas de la Infanta Isabel; por ejemplo: ¡qué pregunté por las obras completas de Pereda!!! Pasamos después a la Nacional, y entre mucha gente reconocí a Benjamín Jarnés, que, por vez primera no se me despintó. Le saludé, le di las gracias por un libro suyo que me había mandado días atrás, y se puso tan contento, que se emborrachó allí mismo, le besó las sandalias a la estatua de San Isidoro, y compró libros

en la feria para regalárselos a un guardia. Borracho, y después sereno, no hacía más que ponderar lo amabilísimo que había estado el Presidente y su gran satisfacción por ello. Desde ese día, comienza a circular por Madrid el rumor de que el Presidente es muy simpático.

Ayer tuvimos aquí a almorzar a Ossorio y Asúa, con sus respectivas. Ossorio no ha ido a verme. Dice que él sólo va a donde le llaman, y que estando yo tan encumbrado, se aparta. No se ha creído obligado a más cumplidos. Meter en la cabeza de los españoles unas reglas de urbanidad, es imposible. Se lo disimulo, porque le debo muchos y buenos servicios, y me he adelantado a invitarle. Se divirtió mucho, y nos divirtió, aunque está algo pesado y casi maniático, con la idea de su próxima muerte y con que su carrera política se acabó. No habla de otra cosa. Por lo menos, con las personas mayores. Con los niños habló en el jardín, por la tarde. Los dos pequeños andaban con un corderito que les han regalado, y a fuerza de acariciarlo y de jugar con él, van a matarlo. Carlos le explicó a Ossorio la «historia de los indios», la gran atracción para el niño estos días. La historia de los indios es la que aparece estampada en los papeles que forran mi despacho, escenas indianas con el espíritu de Pablo y Virginia y el decorado de Aída. Los dos niños estuvieron muy expansivos y Ossorio los ponderó mucho y les contó cuentos.

(Ha venido Sindulfo, y nos hemos ido de paseo. Volvemos pronto, porque amenaza lluvia. Sindulfo me ha dicho que la empresa para que trabaja Lopito te hace proposiciones de *metteur en scène,* muy buenas, y que esperan tu respuesta.)

En un mismo día han llegado cuatro cartas vuestras, y otra al siguiente, dirigida a Palacio. Compruebo en todas ellas el susto y el disgusto que os ha dado el ingreso de José Ramón en el preventorio. Es natural y ya preveíamos que la distancia os haría imaginar muchas cosas malas. Si hubiera dependido de mí solo, no os hubiera dicho nada, aun corriendo el riesgo de que os enteráseis por otros, y habría sido peor. Vuestro susto es desproporcionado con la realidad, podéis creerlo. José Ramón está muy bueno, y *muy contento,* aunque no quieras creerlo. Ha engordado, hasta fin de mayo, 800 gramos, que no es mucho, pero denota lo que avanza. Sobre todo, tiene un aspecto excelente, y ha crecido también moralmente, si puede decirse así. No nos echa de menos, y cuando va la familia a verle, no la hace mucho caso. Prefiere a Fortunato.[1] El último día que le vi, nos hizo la visita, muy cumplido, pero estaba deseando marcharse con los otros niños, y en cuanto yo apunté que nos íbamos, se largó apresuradamente, porque tenían cine. La infancia es así y bien está. En Velázquez ya se han conformado con que no vaya al Paular, desde que han conocido vuestro parecer.

1. Don Fortunato Vela, conductor del coche oficial.

A los otros dos, La Quinta les ha producido un efecto maravilloso, sobre todo al pequeño. Carlos se ha puesto muy gordo, coloradote, y con su traje de punto, tiene un perfil divertidísimo. Además está hecho un bárbaro de mandón, revoltoso y alegre. Enriquito también gana, pero mucho menos que el otro. Como a los ocho días de venir aquí, advertimos los resultados, se nos ocurrió qué podían vivir en la Quinta, donde hay dos alcobas principales sobrantes, con las camas, y gente bastante para cuidarlos. Ahora nunca llegan antes de las 12 o la una, y pierden la mañana. Lola se lo apuntó a Carmen, pero la abuela se ha opuesto terminantemente invocando el orden; el orden doméstico. No hemos insistido.

Los niños se han aficionado tanto a esto, que no quieren ir a ninguna parte. Su tía Mina se empeña en llevarlos una vez a la semana a su terraza, y ellos no quieren. El otro día, decidieron traer aquí a Enrique, y llevar a Carlos a casa de Mina. Pero Carlitos, con el magnífico imperio que corresponde, se negó en redondo, empeñado en venir aquí, y hubieron de traerle. Su tía Mina se ha disgustado mucho, y parece que ha habido enfados y recriminaciones. Los niños prefieren esto, no sólo porque juegan mucho y hay variedad de cosas y personas que los divierten, sino porque se encuentran mejor de salud, aunque no sepan decirlo. Enriquito, a su modo, lo dice. Ya sabéis lo mañoso y lo dengoso que es este niño, y lo mucho que llora, y los raptos de huraña incomunicación que le entran. Atribuirlo al carácter es demasiado fácil. El otro día, después de pasarlo muy divertido y sin llorar ni enfadarse un solo momento, le dijo a su tía: «¿Ves, tía Lola, lo bueno que he sido hoy?» Lo cual, en lenguaje de mayores, significa: «¿Ves lo bueno que estoy hoy?».

Como Enrique no progresa tan visiblemente como su hermano, y de vez en cuando recae en sus malos humores y no quiere jugar, se nos ha ocurrido que Pallete y Angulo le reconocieran. Esto pareció mal en Velázquez, y se adoptó allí la norma de no hablar de ello. Cuando se sacaba la conversación, se oponía un mutismo absoluto. No obstante, Lola y Adela, encargaron que le reconocieran y así se ha hecho. No tiene nada. Dice Pallete que está desnutrido y débil, y que se le observe, porque está expuesto a tener también ganglios, como José Ramón. Asegura que la mitad de los niños de Madrid están como Enrique, y que las familias no se enteran o no hacen caso. Le convendría régimen, mejor en el preventorio que en casa, y desde luego mejor que en el Paular. No parece que esta opinión de Pallete tenga las simpatías de la familia. Su abuela ha decidido que le pongan inyecciones de calcio y llevárselo en seguida al Paular. Yo creo poco en la medicina, pero en la medicina doméstica no creo nada. Tampoco siento el fanatismo del Paular, que, como el paisaje de Castilla, requiere estar preparado para comprenderlo y ser fuerte para resistirlo. Ya sabes que yo no gusto de entrometerme en nada, y cuando me piden opinión sobre algo, casi prefiero no darla. En todo este asunto de los niños, no he opinado, y

me limito a hablar de ello con Lola. Pero tratándose de la salud de los niños, creo que debo decirte mi parecer, que no es dictamen propio, sino de los médicos. Si por no tomar ahora una precaución sencilla, dentro de unos meses, en pleno invierno, Enriquito sale con ganglios y parasitis (?) lo mismo que el otro, diremos que la culpa es nuestra. Entonces habría que llevarle, en mala estación, al preventorio, cuando ya no estará allí su hermano, y se le haría más penoso el cambio. Es probable que de Velázquez no os digan nada, porque temerán que os llevéis otro susto. Pero yo estimo: 1.º que no hay motivo de susto; y 2.º que vuestro susto y disgusto, aunque lo hubiera, y exagerado, no es motivo bastante para detener una previsión que los médicos estiman beneficiosa. Ayer oí decir, no sé si a Lola o Adela, con referencia a una conversación en Velázquez, que accederían a llevar a Enrique al preventorio sacando a Ramón, para tenerlo en el Paular. Esto me parece equivocado, y sin fundamento alguno. Os cuento estas cosas, porque sois vosotros los llamados a resolver. Hacedme el favor de no creer de todo esto más que lo que va dicho, sin punto ni coma más ni menos, como yo hago con el programa del Frente Popular. Y cuando toméis una decisión, la que fuere, os agradeceré que no aparezca yo haciendo de informador, no vayan a echarlo a mala parte en Velázquez y a disgustos pensando que os he ido con cuentos.

El Pardo les va tan bien (*) a los peques, que aún marchándonos nosotros de aquí, podrían vivir los niños, con el servicio y la compañía necesarios, y con una nurse, fraulein, gouvernante o azafata para atenderlos y enseñarlos, hasta vuestro regreso. Todos deseamos que sea pronto. Nunca me gustó vuestro viaje, pero como no tenía entonces medios de impedirlo razonablemente, nada dije. Como se hubiera retrasado un mes más, no os vais. Comprendo que no podrás anticipar la vuelta contrariando los planes de Margarita; pero no lo hagáis depender todo del asunto del Español. Creo que lo tendréis, y si no, otro. Pero aunque no tengáis ninguno... ¡Si ahora no realizamos algunos caprichos! Yo espero conseguir dos de los más antiguos míos: plantar un bosque, aunque sea pequeño, y edificar una torre, aunque no sea muy alta. Pourvu que cela dure...

Muchas cosas a Margarita, y enhorabuena por los éxitos.

Abrazos

Manolo

Tus niños están cargando con sus palitos las vagonetas abandonadas por los huelguistas. ¡Dicen que es el tren de Valladolid! Les tira la tierra de sus mayores.

(*) El manuscrito dice claramente «también»; pero el sentido es el de la transcripción.

CARTA DEL 5 DE SEPTIEMBRE DE 1937

De Manuel Azaña en Valencia a Cipriano de Rivas Cherif en Ginebra.

En esta época Azaña escribía bastante en las *Memorias*. La carta contiene noticias varias, acerca de amigos comunes, de familiares, y consideraciones de tipo general sobre la guerra. Es la última, en orden cronológico, que se conserva de la correspondencia de Azaña y C. de Rivas Cherif.

(Valencia) 5 de setiembre (1937)

Querido Cipriano: Aprovecho el viaje de un amigo para que te lleve esta carta, suponiendo que no has hecho el viaje a Moscovia, cuando nada me has dicho después de nuestra última conversación. María Luisa lleva otras de Lola. Yo sigo hipertenso, azucarado, insomne y con hinchazón en los tobillos. Fraile, en representación del partido socialista, y Peset, en representación de I.R., me han sacado abundantes muestras de sangre, para cocerla, freírla y guisarla en sus alambiques. Manolito [1] me pincha todos los días. Tomo unas pastillas. Como «verduras de las eras». Sirve de poco. La naturaleza gasta unas ironías crueles: salir con azúcar en la sangre, cuando yo esperaba vinagre! Los demás están buenos, excepto Salud,[2] que tiene fiebre, por una inflamación del pecho, efecto de la crianza. Quizás no pueda seguir amamantando al chico, el cual pesa ahora 4 kilos y ochocientos y tantos gramos, según parte facultativo de su padre el doctor. Desde que hace vida de campo ha mejorado mucho y tiene muy buen aspecto. Todavía no ha dicho si quiere inscribirse en las juventudes unificadas para luchar contra el fascismo internacional. Adela, en Madrid,

1. El Dr. Manuel de Rivas Cherif.
2. Esposa de Manuel de Rivas Cherif.

vive todavía en casa de Carmen Rodero, pero tiene que buscar casa, porque a su amiga Carmen la trasladan a Valencia con todo el personal de la Escuela de idiomas. Tampoco quiere que se envíen víveres. Visita los hospitales y ha ofrecido su sangre para las transfusiones. La veremos retratada en las cajas de cerillas, con un gorrito de miliciana y un cornetín en la cadera, después de enronquecer «empujando los cañones». Hemos sabido de Rafael Andrés y familia. Han aparecido en Puigcerdá. Pudo haberse marchado de Santander antes de la catástrofe, pero se negó, según me dijo Rebollo. En un barco inglés, capaz para 800 pasajeros se embarcaron en Rivaderella, con 3.500 fugtivos más, y llegaron a Cataluña en total desnudez, hambrientos y desesperados. Les he enviado un poco de dinero para que se remedien en lo más urgente, y aún no sé si lo han recibido. Todo son lástimas y calamidades, a cual más desastrosas.

Habrás leído en los periódicos que en Asturias se ha constituido un «Gobierno soberano». Gran remedio. Son los indomables cántabros y astures de que hablan las historias. En realidad, esta guerra y sus consecuencias han venido a corroborar que cada español lo que apetece es, 1.º que no le mande nadie; 2º mandar en otros, si se dejan. Los cuales retruecan con la misma, y tampoco se dejan, pero quieren mandar en alguien, por su parte. Iberismo eterno. Subsisten los arevacos, los turdetanos, los ilergetes..., precursores de los reinos de taifas, precursores de las juntas, precursores de los comités y de los incontrolados. En Cataluña ha llegado a haber mil consejeros de defensa desparramados por los pueblos. Cuando yo vine a Valencia, me encontré con un subgobiernito, yacente bajo el Gobierno regular, y en Burjasot había un ministro de Marina, local. Ya han desaparecido la república de Fraga, el *gobierno* de Puigcerdà, el Consejo de Aragón... Por este lado, las cosas van entrando en caja; pero falta mucho que hacer. Consolémonos pensando que en el otro lado están lo mismo, o peor, en ese particular.

De los amigos no tengo noticias que darte. Amós está aquí, pero nos vemos poco. Ha venido su mujer. Díez Canedo me ha dicho que te escribirá desde Londres, a donde va a pasar unos días, pidiéndote original para la revista «Madrid». Te escribirá desde Londres *para que le contestes allí*. Giral ha tenido un arrechucho alarmante; parecía un amago de derrame. Ya está bien, y no te des por enterado. El «músico hermosísimo» de que hablaba el pobre de García Lorca, manda una división, y está muy apuesto en su uniforme. Chabás también es jefe de algo y cuentan que se porta muy bien. Que se le ha pegado el «lenguaje rudo de los campamentos», me consta, de cuando estuvo a verme. En fin, muchos realizan aquello de la zarzuela antigua: «Bebed, capitán, y desechad esa melancolía que os ahoga. Acaba de encenderse la guerra en Flandes y os esperan grandes triunfos...» (Ossorio te dirá de dónde es la cita). Pero la guerra, ¡ay! no es en Flandes, sino en nuestra propia casa, que ya no es apenas casa, ni

nuestra. Para esto ha servido «l'elmo di Cipio»,[1] de que nos reíamos hace años! De mi triste pueblo[2] tengo malas noticias por Viquiera, allí destinado. La aviación ataca todos los días, y uno de ellos lo bombardearon tres veces, derrumbando cuarenta casas. Han demolido el patio trilingüe. ¡Y yo que soñaba hacer del pueblecito una especie de museo! El vecindario se va por las noches a la cueva «de los gigantones», como la llamaban antiguamente, al otro lado del río. Para medir la inverosímil profundidad de este cataclismo, me basta pensar: ¡Guerra y revolución en Alcalá! Volviendo a los amigos: Saravia manda el ejército de Teruel. A Leopoldo[3] le han dado el mando de no sé cuál cuerpo de ejército, y cuando ha ido a buscar el cuerpo ése de que debía ser alma, no lo ha encontrado por ninguna parte. Será un cuerpo astral. Parra también se ha ido a la guerra, y su puesto lo ocupa Ayza. Navarro, el marino, cuñado de Luzu, desertó en Bilbao; y allí han hecho prisionero y fusilado a Cueto. Tengo con eso un gran disgusto.

¿Tú crees en el Destino? Yo voy creyendo, en vista de los sorprendentes e imprevisibles juegos con que se burla de todos. Recordarás a Emilio Acebedo, el de Puente. Aliado electoral mío en 1918, por su enemistad con Eusebio Martín, cacique de Mora, era entonces administrador de Lerroux y de Ossorio. Después fue del Somatén y de la U.P. Ahora, después de arruinarlo, los rebeldes le han fusilado en su pueblo. Antes, un mucha-cho que fue alcalde socialista de Puente, había fusilado a Eusebio Martín y a casi toda su familia. Seguramente son miles y miles los casos en que los odios locales y las disputas de caciques se han aprovechado de la guerra para añadirle más horrores. Como no sea al revés, y que la verdadera filosofía de esta guerra consista en comprenderla como una proyección colosal de las contiendas interiores de ese pueblecito soleado, luminoso, alegre, no muy lejano de Puente, y al que yo llamo, después de conocer a sus vecinos, Tenebrosa de los Caballeros.

Ya te dije el *descubrimiento*[4] que habían hecho en Salamanca. Las personas que te verán estos días *saben* que se trata de una superchería. Hacen una explotación en regla, como era de suponer, mediante toda la prensa facciosa.

De la cuestión principal, el nudo no está en lo que ocurra oficialmente ahí, sino en las conversaciones. Hay notable mejoría, aunque muy retrasada, de parte de nuestros vecinos. Veremos qué perspectivas se presentan y si puede hallarse el camino para una solución. El cambio es tan

1. Cipio en lugar de Scipio, en el manuscrito.
2. Alcalá de Henares.
3. El Gral. Leopoldo Menéndez.
4. Probablemente alude a los cuadernos de las *Memorias* robados. Véase pág. 382.

reciente que aún no se puede calcular su efecto ni su valor. Cuando haya algo, te lo diré. Por ahora, no hay nada. No tengo tiempo de escribir más, si han de llevarte esta carta.

Muchos afectos a Carmen y a los peques.

Abrazos de

Manolo

ÍNDICE DE NOMBRES

En este Índice onomástico se referencian los nombres que aparecen en el texto de la obra y sus correspondientes notas al pie de página. Los números en *cursiva* indican los nombres que salen en las notas.

Acebal, 27
Acosta, 508
Agramonte, 191
Aguglia, Mimí, *128*
Aguilera, general, 144
Aguirre, embajador, 309
Alarcón, Daniel, 45
Alba, Duque de, 48, 193
Alba, Santiago, 143, 144, 160, 279, 299
Albornoz, Álvaro de, 326, 335, 356
Alcalá Zamora, Niceto, 158, 159, 163, 165, 171, 173, 180, 181, 182, 197, 202, 203, 204, 205, 207, 209, 224, 227, 228, 229, 230, 236, 243, 255, 280, 283, 289, 293, 299, 312, 315, 316, 317, 323, *323*, 324, 325, 327, 334, 339, 343, 344, 372, 379, 387, 453, 456, 473, 474
Alfonso VII, 201
Alfonso XII, 57, 209, 472
Alfonso XIII, 60, 126, 144, 156, 161, 163, 167, 180, 182, 188, 193, 196, *260*, 266, 269, 311, 429, 432, 452, 479
Almostadi, Muley, *116*
Alomar, Gabriel, 360
Altamira, Rafael, 72, 209, *210*
Altamira de Acosta, M., 506, 508, *508*
Álvarez, Melquíades, 22, 59, 63, *63*, 64, 126, *126*, 127, *127*, 160, 162, 189, 345, 347
Álvarez del Vayo, Julio, *100*, 225, 354, 355, 356, 357, *362*, 364, 368, 369, 372, 374, 377, 385, 386, 390, 391, 392, 393, 394, 410, 417, 418, 419, 423, 424, 425, 426, 428, 445
Álvarez Pastor, Joaquín, 45, 149
Álvarez Valdés, 344
Amadeo de Saboya, 365, 453
Amado, Enrique, 25
André, 114
Andrés, Manuel, 324, *325*
Angers, Obispo de, 79
Anguera de Sojo, José Oriol, 214, 215
Anguiano, Daniel, 61
Anselmi, actor, 133
Ansó, Mariano, 297
Araquistáin, Luis, 103, 124, 211, *211*, 212, 309, 323, 326, 327, 355, 356, 368, 370, 373, 374, 376, 424, 433, 455
Argüelles, marquesa de, 227
Arlegui, general, 255
Arnall, José, 217, 302, 327
Arnaud, Ernesto, *504*
Asensio, coronel, 337, 338

Asquith, lord, 259, 260, *260*
Asturias, Príncipe de, 273
Atard, 46
Aub, Max, 301, 441, 442
Austria, casa de, 74
Azaña, Anita, 287
Azaña, Josefa, 29
Azaña Catarineu, Esteban, *31*
Azaña Díaz, Gregorio, *32*, 302, 381
Azcárate, Gumersindo, 124, 129, 130
Azcárate, Pablo, *63*, 353, 354, 356, 368, 369, 385, 391, 423, 424, 445
Aznar, Manuel, 190, 267, 269, *269*, 270
Azorín (José Martínez Ruiz), 27, 84, *97*, 378, 478
Azzati, 130

Baldwin, Stanley, 370
Barcia, Augusto, 320, 348, 356, 424
Barnés, Domingo, 330, 331
Baroja, Pío, 97, *97*, 145
Baroja, Ricardo, *125*, 145, 146, 147, 177, 189, 190
Barrès, Maurice, 84
Barrón, Isabel, 157
Barroso, Antonio, 229
Barroso, Eugenio, 229
Batet, Domingo, 296, *296*, 343
Batista, Fulgencio, 320
Bello, Luis, 49, 50, 103, 270, 298
Benavente, Jacinto, *97*, 183, 223
Benedito, maestro, 168
Benes, Eduard, 393
Benito, sargento, 421
Berard, Léon, 426
Berenguer, Dámaso, 187
Berenguer, Federico, 160, 165, 168, 178, 186, 187, 260
Berenguer, Silvestre, 187
Besteiro, Julián, 61, 69, 162, 203, 204, 205, 209, 375, 394, *394*, 437, 438, 445, 451
Bibesco, Elizabeth, 259, 260, *260*, 276, 277, 303
Blasco, Mario, 305
Blasco, Sigfrido, 130, 288, 305
Blasco Ibáñez, Vicente, 130, 132, 173, 288
Bolívar, Cándido, 273, 303, 330, 332, 333, 387, 400, 406, 416
Boncour, Paul, 423
Bonnet, Georges, 404, 425, 426, 428
Borbones, 74, 75, 143, 201, 228, 230, 273, 383
Borrás, Enrique, 302
Borromeo, príncipes, 50, 51
Borrow, George, 115, 116, *116*, 117
Bosch Gimpera, Pere, 292, 393
Bowers, Claude, 485, 489
Brauns, 296, 297
Bueno, Manuel, *125*
Bugeda, 368
Búllit, 489
Burgos Mazo, 160
Burmann, escenógrafo, 216

Cabanellas, Miguel, 238, 239
Cabello, doctor, 501, 503
Colonna, Romano, 442
Calvo, Luis, 154
Calvo, Ricardo, 232
Calvo Sotelo, Joaquín, 323, 329
Camarasa, Santiago, 350
Camba, Julio, 97
Cambó, Francisco, 59
Camp, Jean, 442, 443, 449, 464
Campoamor, señorita, *210*
Canalejas, 161
Cánovas del Castillo, 160
Carabias, Josefina, 180, 181
Cárceles, 159
Cárdenas, Lázaro, 309, 447, 503
Carducci, 50
Carlos, pretendiente, 76, 409
Carlos III, 66, 201
Carlos IV, 116
Carner, Jaume, 249, 250, 288, 289, *289*, 294
Caro Roggio, 145
Casado, coronel, 338, 339, 340, 437, 438, 445, 451
Casals, Pau, 399, *399*
Casanovas, Joan, 298
Casares, María Victoria, 442, 443
Casares Quiroga, Santiago, 231, 232, 234, 261, 264, 277, 291, 295, 301,

306, 318, 328, 329, 332, 335, 341, 399, 411, 424, 442, 477, 491, 492, 493
Cassou, Jean, *125*, 412, 449
Castelar, Emilio, 22, 130
Castro (secretario de Legación), 503
Castro, Américo, 49, 50
Castro Girona, 144
Castrovido, Roberto, 130
Cavalcanti, general, 193
Cavia, Mariano de, *97*
Cervantes, Miguel de, 27, 33, 62, 111, 134, 247, 250
Comenge, agregado comercial, 330
Companys, Lluís, 288, 293, 298, 359, *360*, 366, 383, 390, 398, 399, 416, 497, 498, 509
Conde de los Andes, 487
Contreras, actor, 221, 222, 223
Cornelio, casa de, 256, *256*
Corpus Barga, 91, *125*
Cossío, Manuel Bartolomé, 208, *208*, 354
Costa, Dalmau, 359
Courbet, 94
Creagh, Joaquín Eugenio, 39, 76
Cruz Salido, Francisco, 496, 498, 500,
Cuadrillero, familia, 110, 407
Cuadrillero, Pedro, 499

Chabàs, Juan, *100*
Chamberlain, Neville, 394
Chapaprieta, 429, 430
Chelito, cupletista, 183, 223
Churchill, Winston, 428, *490*

Daladier, 394, 397, 484
Dato, Eduardo, 61
Delbos, Yvon, 487
Deó, Josefina, *501*
Deschanel, M., 95
Díaz Cobeña, 31, *31*
Díaz del Castillo, Bernal, 19
Díaz Gallo, Félix, *31*, 34, *34*, *35*
Díaz Gallo, Josefa, *31*
Díaz de Mendoza, Fernando, 146, 222
Díaz Pérez, Luis, *31*
Díez-Canedo, Enrique, *100*, 103, *125*, 154
Dimitrof, Giorgy, 314
Domenchina, Juan José, 207
Domingo, Marcelino, 190, 284, *284*, 301, 306
Dreyfus, 88, 114
Duque del Infantado, 236
Duque de Rivas, 453
Durán, Fernando, 26, 290

Eboli, princesa de, 134, 135
Echegaray, 217
Eduardo VIII, 370
Encina, Juan de la, 103
Escalante, Ciria, 122
Escribano, Roberto, 455, 471, *480*
Espina, Antonio, *100*, 356, *357*, 478, 479
Espinosa, 364
Esplá, Carlos, 130, 173, 236, 264, 286, 347, 354, 383, 385, 440, 441, 442, 447, 478
Esplá, Oscar, 252
Estébanez Calderón, 143
Eulalia, Infanta, 429, 430

Fabela, Isidro, 445, 452
Fabra Ribas, 354
Fanjul, general, 337, *337*
Felipe II, 52, 55, 56, 247, 291
Felipe V, 66, 246
Fernández Almagro, Melchor, 26, *100*, 154
Fernández Clérigo, 447
Fernando VI, 116
Ferrer Guardia, Francisco, 63
Ferrero, Guglielmo, 446, 452
Fischer, Luis, 391, *392*
Floridablanca, marqués, 52, 202
Foch, general, 77, 89, 490
Fortún, Fernando, 28, 131
Fortún, Luis, 131
Fouq du Parc, 365, 393, 404, 418
Franco Bahamonde, Francisco, 236, 237, 321, 322, 373, 384, 385, 397, 400, 401, 406, 417, 420, 421, 427, 428, 429, 431, 432, 435, 437, 441, 445,

463, 464, 470, *479*, 487, 488, 489, 490, 509
Franco Bahamonde, Ramón, 164, 171, 194, 195
Frias, 72
Fuente, Sindulfo de la, 103, *171*, 177, 193, 198, 199, 225, 332, 333, 352, 355, 387
Fuentes, Pedro, 358

Galán, Fermín, 164, 166, 168, 173, 178, 179, 191, 194, 242
Galarza, director de Seguridad, 196
Galicia, Francisco, 509, 510, *510*
Gallardo, Carmen, *156*
Gallo, Luigi, 401
Gama, Vasco de, 133
Gambetta, 285, 453
Gamelín, general, 459, 484
Gaos, José, *370*
García, Félix, 500
García, Gregorio, 342, 343, 381
García Benítez, Ángel, *47*, 290, 302, 342, 343, 388
García Bilbao, Luis, 103, 124
García Calderón, Ventura, 91
García Hernández, Ángel, 173, 178, 179, 191, 242
García Herreros, Antonio, 25, 42
García Lorca, Federico, 153, 181, 307, 399, 422
García Lorca, Paco, 399
García Miranda, 463
García Prieto, Manuel, 92, 118, 126, 229
Gasset, Ricardo, 501, 505
Gassol, Ventura, 355
Gide, André, 475
Gielly, Mr., 452
Gil Robles, José M.ª, 294, 313, 335
Giner, Bernardo, 185, *346*, 411, 416
Giner, José, 408, 409, 445
Giner de los Ríos, Francisco, 31, *31*, *110*, 208, 227
Giral, José, 129, 132, 140, 172, 301, 317, 326, 332, *346*, 347, 348, 351, *351*, *360*, *361*, 377, *382*, 383, 384, 385, 389, *389*, 406, 407, 408, 409, 410, 411, 418, 419, 420, 422, 425, 427, *427*, 430, 433, 440, 442, 445, 478, 479, *480*
Goded, Manuel, 158, 237, 470
Gómez, Mariano, *346*, 406
Gómez de Boquero, E., *125*
Gómez de la Serna, Ramón, *125*
Gómez Ocerin, Justo, 260
Gómez Pallete, doctor, 329, 484, 487, 492, 494, 495, 501, 502, 503, 505, 506, 507, 508
González, Fernando, *100*, 129
González Martínez, 169
Gordón Ordaz, general, 329
Gris, Juan, 94
Grumbach, diputado, 85, 86, 87
Guariglia, 307
Gubern, Rafael, 296
Guerrero, Anita, 222, 223, 224
Guerrero, María, 147, 222
Guillén, Jorge, *125*
Guillermo II, 85
Gustavo, Soledad, 378
Gutiérrez, Ricardo, 103
Guzmán, Martín Luis, 103, 169, 170, 181, *181*, 182, 183, 196, 225, 269, 270, 301

Halifax, lord, 427, 428
Harcourt, doctor d', 508
Haro Oliva, Antonio, *504*
Henry, Jules, 404, 405, 411, 417, 418, 420, 425, 427, 431
Herbette, Jean, 210, 225, 245, 277, 278, 384, 385, *385*
Hernando, Teófilo, 477
Hermant, Abel, 90
Hernández, Miguel, 19
Herriot, Edouard, 277, 278, 502
Hidalgo de Cisneros, Ignacio, 402, 425
Hitler, Adolfo, 260, 309, 373, 394, 489
Hoo, M., 422
Hoyos, Mercedes, 46, 47
Hoyos Sainz, Luis de, 46, 47, *47*
Hurtado, Amadeo («Saboyano»), 365, 366, 369
Hurtado, Víctor, 365

Ibáñez, coronel, *299*
Ibáñez, Diego, 419, 422
Ibáñez Gallardo, Carmen, *156*, 166, 178
Ibáñez Marín, José, *156*
Ibarra, Marqués de, 68
Ibarruri, Dolores («La Pasionaria»), 332, 447
Icaza, Francisco de A., 28
Iglesias, Pablo, 130
Ignace, sor, *505*, *506*, *509*, 510, *510*
Isabel II, 71
Ishmaïl, Muley, *116*

Jiménez, Alberto, 115
Jiménez, Juan Ramón, 97
Jiménez Asúa, *354*, *368*, *385*
Jorge VI, *370*, *371*, *375*
Juan, Príncipe don, 77

Kent, Victoria, *210*, *433*

Labonne, Eric, *385*, *397*, *405*, 491
Labra, Rafael María de, *320*
La Cierva, *275*
Lachenal, M., *434*
Lafora, Juan, *25*, 131
Laguardia, Ramón, *29*
Lahoz, 221, *339*
Lamoneda, Ramón, 492
Lampérez, restaurador, 133
Landa, Jacinta, *172*
Lara, Antonio, *424*
Largo Caballero, Francisco, *51*, 162, *162*, 170, 171, *173*, *236*, *255*, *285*, *326*, *336*, *351*, *353*, *355*, *356*, *359*, *372*, *374*, *375*, *376*, *377*, *383*, 424, 433
Lebrun, Albert, *397*, *453*, 493
Leche, John, *393*
Lenoir, 92, 93
León, Ricardo, *75*, 97
Lequerica, Félix, 123
Lerroux, Alejandro, 127, 130, 157, 159, 165, 171, *173*, *189*, 191, 197, 198, *203*, *209*, *210*, *228*, *261*, *262*, *283*, *284*, *284*, *294*, *297*, *299*, *355*, 430, 468
Linares, marqués de, 497
Litvinof, Máximo M., *386*
López, Vicente, 409
López de Ayala, Adelardo, 217
López Ferrer, Luciano, *319*, *320*, *327*
López Gómez, comandante, 420, 493
López Heredia, Irene, 154
López Mezquita, 381
López Oliván, *353*, *399*
López Silva, *232*
Loriga, madre, 429
Lot, Antonio, *303*, *467*, *494*, *507*, 510, *510*
Lothe, André, 94
Luca de Tena, Juan Ignacio, 193, 265
Luis XIV, 66, *95*
Lluhí Vallescà, Juan, 299

Macià, Francesc, 184, *250*, *251*, *252*, *253*, *254*, *288*
Mac Mahon, *285*, *453*
Machado, Antonio, *125*, 425
Madariaga, Salvador de, *369*
Maeztu, Ramiro de, 191
Manrique, Jorge, 138
Marañón, Gregorio, *103*, 168, 182, *210*, 283
March, Juan, 180
Márquez, coronel, *58*
Marquina, Eduardo, *251*, *292*, *298*
Martí Jara, *69*, *69*, 70, 129, *129*, 160, 171
Martín, Isidoro, *388*, *388*, 389
Martín, Piñol, *45*
Martínez Anido, general, *255*, 312
Martínez Barrio, Diego, *210*, 261, 280, 284, *284*, 289, 314, *315*, *323*, 324, *324*, *325*, *332*, *343*, 349, *349*, 382, 411, 416, 418, 419, 420, 424, 434, 435, 436, 469, 470, *470*, 479, 501
Martínez de la Fuente, Julio, 103
Martínez de la Rosa, 217
Martínez de Velasco, *345*
Martínez Díaz, Antonio, *287*, *379*
Martínez Díaz, Luis, 419
Martínez Monje, Fernando, *470*
Martínez Sierra, Gregorio, *27*, *97*
Marty, André, 401
Marzo, general, 173
Masquelet, general, *332*, *338*, *349*, 414

Mateu, Miguel, 406, 409
Matos, Leopoldo, 168, 183
Maura, Antonio, 59, 60, 67, *86*, 126, 267, 315
Maura, Miguel, 158, 170, 171, 178, 179, 180, 183, 184, 193, 194, 197, 198, 205, 255, 256, *256*, 316, *337*, 349, *349*, 352, 484, 485, 486, 487, 488
Maximino, actor, 221
Meléndez, librero, 118
Méndez Aspe, Rafael, 433, 434
Menéndez, Arturo, 144, 186, 214, 220, 231, 234, 264, 265
Menéndez, Leopoldo, 195, 233, 234, 381, 386, 445, 450, 452, 466
Menéndez, Teodomiro, 496, 498, 500
Menéndez Pidal, Ramón, 48, 76
Mendizábal, 115, 117
Mendoza, Hurtado de, 111
Mercè, Antonia («La Argentinita»), 291, 307
Mesa, Diego de, 213, 444, 454
Mesa, Enrique de, 24, 156, *156*, 158, 213, 304, 470
Miaja, general, *115*, 348
Michelena, Mourlane, 131
Millares Vázquez, Manuel, 320, 327, 331, 337
Miomandre, Francis de, *125*
Mola, general, 357, 384, 469, *470*
Moles, Juan, 251, 297
Molotof, V. M., 386
Monné de Baroja, Carmen, 145, 146, 147, 155, 189
Monod, doctor, 471, 472, 475, 476, 477, 484, 503
Montaner, Joaquín, 215, 296
Montero, Germaine, 442
Montero Ríos, 74
Montilla, Carlos, 10, 453, 454, 455, 456, 457, 459, 460, 461, 463, 468, 471, 473, 477, 487, 492, 496, 498, 499, 500
Montseny, Federica, 378, 390
Mora, César de la, 67, 71, 121, 122, 123
Morano, Francisco, 232
Moret, Segismundo, 22, 22
Morla, Carlos, 276
Moro, Antonio, 309
Moya del Pino, J., *125*
Munters, 385, 386
Munthe, Axel, 474
Mussolini, Benito, 125, 260, 308, 309, 311, 312, 367, 372, 373, 394, 410, 446

Napoleón Bonaparte, 109, 428
Napoleón III, 82, 109
Navarro, Enrique, *501*
Negrín, Juan, *65*, *359*, 361, 368, *375*, *375*, 376, 377, 383, 384, 385, 387, 389, 390, 391, *391*, 392, *392*, 393, 394, *394*, 395, 396, 398, *399*, 400, 401, 402, 403, *403*, 408, 410, 411, 412, 414, 415, 416, 418, 419, 420, 421, 422, 423, 427, *427*, 428, 430, 431, 432, 433, 434, 435, 436, 437, 438, 445, 446, 447, 448, 449, 455, 492
Nicolau d'Olwer, Lluís, 163, *360*
Novais Teixeira, 441

Ors, Eugenio d', 97, *97*
Ortega y Gasset, Eduardo, 124 208, *210*, 246, 261, 267, 268, 269, *269*, *271*, 352
Ortega y Gasset, José, 97, *97*, 191, 352, 354, 355
Ortega y Rubio, 56
Ortueta, Xavier, 193, 199
Ossorio y Gallardo, Ángel, 103, 124, 171, 208, 232, 236, 266, 267, *267*, 298, 305, 335, *337*, 345, 346, 347, *347*, 348, *353*, 354, 356, 363, 368, 370, 371, 372, 374, 376, 381
Ovseenko, cónsul, 366
Oyarzábal, Isabel, 354

Paiva, Conceiro, 441
Polencia, Ceferino, 385
Páramo, Platón, 71, 119, 122
Pardo Bazán, Emilia, 97, 98
Parra, comandante, 412, 414, 415, 419, 420, 422, 433, 436, 449, 451, 452, 453, 459, 466

Pascua, Marcelino, 368, 385, 421, 422, 424, 425, 433
Pascual, doctor, 45
Pasionaria, La (Dolores Ibarruri), 332, 447
Pavía, general, 203
Pedrazzi, embajador, 308
Pedregal, Guillermo, 43, *43*, 44, *44*, 210
Pelayo, don, 74
Pérez, Casas, 275, 388
Pérez de Ayala, R., *125*, 193, 208, 213, 214, 268, 303, 304
Pérez de Guzmán, 18
Pérez Galdós, Benito, 39, 43, 76, 118, 148, 224
Pérez Rubio, 408, 409, 417, 445
Pétain, mariscal, 488 490, 491, 494
Picasso, general, 124
Picasso, Pablo Ruiz, 94
Picón, Jacinto Octavio, 48
Pi y Margall, Francisco, 130
Pitoef, 91
Pittaluga, Gustavo, 416, 489, 493
Poincaré, presidente R. francesa, 49, 88, 89, 91, 92
Pomés, Matilde, 148
Ponzone, conde, 49
Portela Valladares, Manuel, 311, 320, 321, *321*, 322, 325
Pouget, doctor, 503, 508
Prato, Carlos A. («el Barone»), 363, 364, 440, 446, 452, 459
Prevost, Abate, 133
Prieto, Blanca, 357, *357*, 358, 359
Prieto, Concepción, 357, *357*, 358, 359
Prieto, Indalecio, 158, *158*, *161*, *162*, 164, 192, 223, 270, 286, 288, *288*, *289*, 294, *304*, 306, 326, 327, 328, *328*, 349, 352, 356, 357, 358, 359, 372, 375, *375*, 376, 383, 389, 390, 391, *392*, *427*, 446, 447, 448, 449, 455, 456, 469, 497
Primo de Rivera, José Antonio, 260, *260*, 312, *510*
Primo de Rivera, Miguel, 61, 125, 126, 127, 143, 144, 157, 160, 162, 195, 229, 260, 279, 441
Pujol, Juan, 45
Queipo de Llano, 196, *196*, 359
Quintero, hermanos, 212
Quiñones de León, 93, 429
Ramos, Enrique, 207, 217, 233, 235, 238, 240, 253, 269, 301, 319
Reale, abogado, 446, 452
Renso, 387
Reyes, Alfonso, 97, *125*
Reyes Católicos, 77, 247
Reymand, Paul, 484
Riaño, comandante, 238, 332, 419
Rice, Elmer, 170
Ríos, Fernando de los, 164, 180, 184, 185, 195, *196*, *210*, 267, 294, 336, 354, 383, 448, *457*
Riquelme, general, 337, 379
Rivas Cuadrillero, Mateo de, *172*, 216 217, 278, 279
Rivas Cherif, Dolores de, Vda. de Azaña, *57*, 105, 107, 108, 109, 132, 146, 147, 151, *151*, 152, 153, 156, 167, 169, 177, 183, 187, 217, 234, 235, 238, 243, 244, 295, 296, 297, 300, 301, 302, 309, 325, 328, 329, 332, 333, 334, 343, 352, 357, 358, 363, 364, 381, 385, 391, 407, 408, 414, 415, 417, 419, 439, 444, 450, 459, 467, 469, 476, 477, 481, 484, 492, 501
Rivas Cherif, Adela de, 108, 404, 407, 408, 420, 449, 450, 462, 469, 473, 481, 482, 496, 502
Rivas Cherif, María de, 108,
Rivas Cherif, Manuel de, *357*
Rivas Cherif, Ramón de, 105, 106, 107, 273, 329, 484
Rivas Ibáñez, Enrique M. de, 178, 402
Rivas Ibáñez, José Ramón de, 172, 225, 226, 244, 330, 371
Rodero, Carmen, *108*
Rodés, Felipe, 440
Rodríguez, Luis, 503, *504*, 505
Rojas, capitán, 264, 265
Rojo, Vicente, 350, *361*, 386, *386*, 411, 412, 413, 416, 423, 424, 425, 435, 436
Rojo Villanova, Antonio, 249

Romanones, conde de, 182, 194, 226, 283
Roosevelt, Franklin D., 489, 492
Roquero, doctor, 499
Rosemberg, embajador, 339, 443
Rousseau, Juan Jacobo, 100, 101, *101*, 458
Ruiz de Alda, 345
Ruiz Funes, Mariano, 410
Rusiñol, Santiago, 49, 50, 51, 94

Saborit, Andrés, 61
Sacristán, doctor, 131
Sáez, impresores, 104
Sagasta, 160
Salazar, A. de Oliveira, 441
Salinas, Jaime, *100*
Salinas, Pedro, 21, 25, 33, 133
Salmerón, Nicolás, 130
Salvador, Amós, 96, 104, 132, 133, 135, 136, 176, 177, 178, 190, 301, 314, 384, 392, 399, 423, 468
Salvador, Fernando, 172, 303
Salvador, Miguel, 10, 190, 471, 473, 482, 483, 487, 496, 498, *500*, *506*
Samper, Ricardo, 289, 293
Sánchez Albornoz, Claudio, *283*, 369, 467, *468*, 469, 470, 485, 486
Sánchez Guerra, José, 132, 143, 144, 182, 213, 229
Sánchez Guerra, Rafael, 394, *394*
Sánchez Mazas, 389
Sánchez Mejía, Ignacio, 291
Sánchez Ocaña, Rafael, 23
Sánchez Román, Felipe, 352, 353, 432
Sanjurjo, José, 182, 195, 196, 231, 233, 234, 237, 238, 241, 242, 243, 244, 292, 313, 318, 330, 348, 373, 384
San Sebastián Donostia, padre, 506, *506*
Santos Martínez, 289, 290, 344, 345, 387, 407, 408, 414, 419, 420, 422, 434, 449, 452, 465, 466, 485, 501
Sanz, Rafael, 279
Sanz de Diego, José, 37, 38
Saravia, Juan Hernández, 144, 186, 195, 225, 233, 236, 264, 332, 341, 342, *343*, 348, 350, 386, 400, 401, 403, 405, *405*, 413, *413*, 419, 422, 433, 466, *466*, 506, 507, 508, 509, 510, *510*
Sarrail, ministro francés, 441
Sardou, 150
Scherif, José M. Cayetano Thomas, *116*
Segura, cardenal, 192
Semprún, José M.ª, 374
Serrano, Juan, 25
Sforza, conde, 363
Simarro, doctor, 26
Slaviansky, 169
Solsona, Braulio, 301
Soriano, Rodrigo, 129
Stalin, José, 260
Stevenson, 417
Stirner, Max, 101
Stuart, Fitz-James, 48

Tapia, Luis de, 192
Teba, condesa de, 109
Tedeschini, monseñor, 165
Tendero, Sandalio, 23
Tenreiro, Ramón María, *125*
Theas, monseñor, *510*
Tomás Cuesta, Ángel, 25
Tomé, Amancio, 500
Torres, Demetrio de, 423

Unamuno, Miguel, 49, 50, 51, 97, 98, 208, 268, *308*
Uña, Juan, 43, 44, *44*, 272
Urales, Federico, 378

Valera, Carmen, 141, 142, 143
Valera, Juan, 16, 17, 141, 142, 143, 151
Valverde Piñal, José, 12
Valle Inclán, Ramón, 73, 97, 103, 125, 145, 275, 319
Vázquez Mella, 106, 132
Vega y Carpio, Félix Lope de, 150, 307, 308, 442
Velao, ministro, 499
Velázquez, Diego Rodríguez de Silva, 94, 111, 275, 417, 452
Verdin, viuda de, 93
Vicario, José María, 29, *30*, *31*, *45*, 290
Victoria, reina, 168

Vidal, comandante, 429
Viesca, marqués de la, 190
Vighi, Francisco, 122
Villaespesa, 27
Villanueva, 160
Viñuelas, 236
Von Unruh, 493

Wellington, 112
Weygand, general, 484
Winthuysen, 273

Ximénez de Sandoval, Conchita, 454
Xirau Palau, José, 495
Xirgu, Margarita, 153, 154, 157, 183, 198, 212, 213, 214, 215, 216, 218, 220, 221, 222, 223, 224, 232, 245, 301, 302, 307, 308, *308*, 318, 327, 329, 379

Zugazagoitia, Julián, 326, 497, 498, 499, 500, *500*
Zulueta, Luis de, 270, 369

la sublevación del 10 de agosto de 1932, la represión contra la izquierda en octubre de 1934, las elecciones de 1936 y, finalmente, la guerra civil. Son los escenarios que le sirven de pauta a Rivas Cherif para mostrarnos el carácter, la sensibilidad, los gustos personales, las reacciones íntimas de Manuel Azaña ante personas y cosas, la hondura moral de su fuerte personalidad, acendrándose en los años terribles de la guerra en una agonía personal por conseguir el cese de las hostilidades que paliase el sufrimiento de España toda, y culminando en las desventuras del exilio en Francia, compartidas con miles de compatriotas, hasta su pasión y muerte en Montauban en los oscuros días de 1940.

Contraste grande será este retrato histórico-literario del presidente Azaña para quienes se hayan formado de él una imagen heredada de sus enemigos de entonces, perpetuada por propagandistas de triunfalismos caducados o difundida por novelerías comerciales. Si marco y fondo de este retrato son los sucesos de dominio público fácilmente comprobables, igualmente lo son en la obra publicada de Azaña los remansos de la vida familiar y de la creación literaria en los que paralelamente a sus ideales de gobernante se realiza su condición humana y su vocación de escritor.

Además del texto de RETRATO DE UN DESCONOCIDO, que se publica íntegro por vez primera, el presente volumen está enriquecido por un material inédito de insustituible valor documental: la correspondencia de Azaña y Rivas Cherif de 1921 hasta 1937, que constituye una ilustración contemporánea de las narraciones del *Retrato,* complementándolas con detalles inéditos y exactitudes a toda prueba.

La riquísima ilustración fuera de texto que acompaña la obra, con numerosas fotografías inéditas o poco conocidas, contribuye a que el lector se sienta partícipe de una época lejana en el tiempo, pero viva y trascendental para la España de hoy.

Cubierta: RECIO (sobre una foto de Manuel Azaña de 1937)

CIPRIANO DE RIVAS CHERIF nació en Madrid en 1891 y murió en México en 1967. Conocido como escritor y traductor desde muy joven, licenciado por el Colegio de España en Bolonia, conoce a Manuel Azaña en el Ateneo de Madrid en 1914, y con él participa desde entonces en diversas actividades literarias, como la fundación de la revista "La Pluma" **y la colaboración en el semanario** "España".

A partir de los años veinte, Rivas Cherif se convierte en el animador o director teatral más auténticamente de vanguardia cara a la renovación del teatro español. Dirige pequeños grupos experimentales y asesora escénicamente a varias compañías profesionales, entre las que destaca la de la gran actriz catalana Margarita Xirgu, con quien permanece de 1930 a 1936. Premio Nacional de Literatura en 1931, Rivas Cherif es también subdirector del Conservatorio y autor de varias coreografías y ballets. Hallándose en México con la Xirgu en julio de 1936, deja la Compañía y se reincorpora a España para ponerse a las órdenes del gobierno de la República, que, con Azaña ya presidente —cuñado suyo desde 1929 por su matrimonio con Dolores de Rivas Cherif—, se enfrenta al alzamiento militar con el que se inicia la guerra. Nombrado cónsul general en Ginebra, permanece en Suiza hasta 1938, año en que se traslada a Barcelona para ocupar el cargo de introductor de embajadores. Exiliado en Francia desde febrero de 1939, es apresado en 1940 por la policía franquista y la Gestapo alemana, llevado a España, juzgado sumariamente y condenado a muerte. Conmutada la sentencia por la de treinta años de reclusión, transcurre seis en prisión, donde escribe RETRATO DE UN DESCONOCIDO. En 1947 se reúne con su familia refugiada en México y continúa allí, así como en Puerto Rico y Guatemala, sus actividades teatrales y de escritor hasta su muerte en 1967.

QMW LIBRARY
(MILE END)

WITHDRAWN
FROM STOCK
QMUL LIBRARY